Claire Préaux

El mundo helenístico

Grecia y Oriente

(323-146 a. de C.)

NUEVA CLIO
la historia y sus problemas

El mundo helenístico

Grecia y Oriente, desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a. de C.)

Tomo primero

Claire Préaux

Miembro correspondiente del Instituto
Profesora emérita de la Universidad Libre de Bruselas

EDITORIAL LABOR, S. A.
Calabria, 235-239 - 08029 Barcelona
1984

El mundo helenístico

NUEVA CLIO ▸ La Historia y sus problemas

Colección fundada por
ROBERT BOUTRUCHE y PAUL LEMERLE
y dirigida por
JEAN DELUMEAU y PAUL LEMERLE

Traducción de
JUAN FACI LACASTA

Primera edición: 1984

Título de la obra original:
Le monde hellénistique
© Presses Universitaires de France, París, 1978
© de la edición en lengua castellana y de la traducción:
Editorial Labor, S. A. - Calabria, 235-239 - 08029 Barcelona (1984)
Depósito legal: B-35217-1984
ISBN 84-335-9314-5
Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en
GERSA, Industria Gráfica
Tambor del Bruc, 6 - Sant Joan Despí (Barcelona)

Introducción

Convencionalmente, se sitúa la época helenística entre dos fechas: la muerte de Alejandro, en 323, y el advenimiento de Augusto, en el año 30 a. de J. C.

¿Constituye esta época un conjunto histórico que pueda ser caracterizado por uno o varios fenómenos determinantes?

Desde hace un siglo y medio, desde J. G. Droysen, se considera que el hecho esencial de la época helenística es la fusión del helenismo y de las civilizaciones de Oriente, que se atribuye al impulso de Alejandro Magno.

Es esto lo que nuestra obra tratará de reconsiderar.

Señalemos, ante todo, que el término *helenístico* no está atestiguado en griego antiguo. Es posible que los autores modernos hayan formado este adjetivo a partir de *hellenizo* y *hellenismos,* palabras que expresan la adquisición de la lengua y el modo de vida de los griegos por parte de los no helenos. El autor del libro II de los *Macabeos* (4, 13) utiliza *hellenismos* para referirse a la implantación del helenismo entre los judíos, empresa que acometió el sumo sacerdote Jasón. Por otra parte, en los *Hechos de los Apóstoles,* 6, 1, el término *hellenistes* designa al judío que ha adoptado la lengua y la educación griegas. Según Littré, es Bossuet el primero que utiliza en francés el término *helléniстique,* al hacer referencia a los judíos en la *Historia Universal,* I, 8. Lo aplica a la lengua de los Setenta. Cuando escribe Littré, en 1874, no conoce otro uso del término sino como calificativo de la lengua.

Sin embargo, el fenómeno de aculturación, ya fuera aceptado o rechazado, fue percibido por los antiguos. Y ello incluso en el nivel más humilde

del campesino egipcio, que se considera relegado porque no conoce el griego (*P. Columbia Zenón,* II, 66: verbo *hellenizo*).

Pero esta expansión de la cultura griega no se produjo tan sólo en el período transcurrido entre Alejandro Magno y Augusto. De hecho, se remonta, al menos, al gran movimiento de colonización de los siglos VIII y VII, mientras que la expansión impulsada por Alejandro no sería sino la última manifestación de un flujo continuo. En el siglo IV, Isócrates elogia a Atenas, en el *Panegírico,* 50, «por haber hecho que el nombre de Grecia no sea ya el de una raza, sino el de una forma de pensar, y que se dé el nombre de griegos a los que comparten nuestra educación, y no solamente a los que tienen el mismo origen que nosotros».

Por otra parte, la expansión del helenismo prosiguió en Oriente, después de Augusto, en Petra, en Siria, en Palmira, en Nubia, donde los puestos avanzados de Roma eran defendidos por soldados que hablaban griego. Posteriormente, la expansión del cristianismo haría que la cultura griega se expandiera también desde Rusia a Etiopía.

No obstante, es cierto que Alejandro fue visto por sus contemporáneos como un gran creador. Pensemos en el discurso de Demetrio de Falero, *Sobre la fortuna,* que nos ha transcrito Polibio (XXIX, 21). Y Plutarco atribuye a Alejandro, no sin razón, la promoción del helenismo (*De Alexandri Magni Fortuna aut virtute,* I, 328-329).

Una línea divisoria mucho más clara es la que propone Polibio en 220 a. de J. C. En efecto, en esa fecha comienza su historia, en primer lugar por una causa fortuita, como lo es el hecho de que su narración continúa la de Arato, que se interrumpe en ese año, pero también porque advierte, precisamente en el año 220, que los romanos comenzaban a dar a la historia un impulso que dirigía «hacia el mismo fin los asuntos de Italia y de África, los de Asia y los de Grecia» (I, 3). La posibilidad que Roma ofrece a Occidente de acceder a la historia del mundo es para el historiador un hecho más significativo que la helenización de Oriente. Polibio relega el imperialismo macedonio, junto con el de Persia y Esparta, al plano de las potencias cuya expansión no merece constituir una época (I, 2).

En cuanto a la «orientalización» de las costumbres, que tanto se reprochó a Alejandro, no podía ser éste, para los griegos, un fenómeno tan significativo como para marcar una época. Polibio (XXXIV, 14), Tito Livio (XXXVIII, 17) y Tácito (*Anales,* VI, 42) ven en toda fusión, ya tenga lugar en Alejandría, en Seleucia o en Babilonia, una degeneración, una caída en la barbarie.

Esta idea de decadencia es la que han recogido los historiadores modernos, hasta mediados del siglo XIX, con respecto a la época helenística, que en principio no estudian y que, además, no es conocida por un nombre específico.

Fue J. G. Droysen quien concibió esa época en función del *tema de la fusión de las civilizaciones.* ¿Por qué elegir ese tema que los autores antiguos, sin ignorarlo, no habían considerado como el signo de una época? Droysen escribe en la época del romanticismo pleno. En 1831, el joven Droysen publicó la tesis de la Universidad de Berlín, que le había sugerido Boeckh, sobre Ptolomeo VI, Filométor. Luego, en 1833, apareció en Gotha su *Geschichte Alexanders des Grossen.* Una ferviente comunión con el genio del héroe brilla con fuerza en un relato, por lo demás muy próximo a las fuentes (traducción de J. Benoist-Méchin, París, 1934). Luego, en 1836 dio a la luz una *Geschichte der Diadochen* y, en 1843, una *Geschichte der Epigonen,* que llega hasta 220 a. de J. C. En 1877, estas tres obras se refundieron en una sola, con el título de *Geschichte des Hellenismus.*[1] Fue este conjunto el que, incrementado con notas y corregido por el autor, sirvió de base a la traducción francesa en tres volúmenes que publicó A. Bouché-Leclerq (París, 1883-1885), con un importante prefacio en el que se comentaban las características de la obra de Droysen.

En el prefacio de 1836 de la *Historia de los diádocos,* Droysen justificaba así el nombre de helenística que daba a esta época: «La ciencia ha podido dar a un solo acontecimiento análogo, a la combinación de las costumbres germánicas y romanas, un nombre que antes sólo se aplicaba a la lengua de estos pueblos, llamada romance; de igual forma, hemos heredado de los antiguos la costumbre de designar la lengua hablada en el mundo surgido de la mezcla de los pueblos occidentales y orientales, con el nombre de lengua helenística». Vemos aquí cuál es el concepto que para Droysen constituye el fundamento de este período: *la mezcla de Occidente y Oriente.*

Al imaginar así amplias fusiones de donde nacen mundos nuevos, Droysen se nos revela discípulo de Hegel, al que había escuchado en Berlín, donde el filósofo murió en 1831.

Droysen, filólogo escrupuloso, preocupado por la crítica de las fuentes todavía muy escasas con que cuenta, cuando se detiene a interpretar la historia a escala de los siglos, evoca grandes movimientos donde se sumergen, en un enfrentamiento antitético, las grandes civilizaciones de las que debe surgir el futuro: flujo y reflejo que un impulso fatal conduce hacia un final preconcebido. Es el mismo espíritu que el de las *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte* de Hegel. Para Hegel, los hombres cumplen la finalidad racional de la historia de eclosiones en ruinas en eclosiones nuevas. Droysen definía con estas palabras lo que subsistía de la obra de Alejandro al finalizar la época de los diádocos: «Lo único que subsiste, lo que se engrandece y amplía sin cesar, como la ola sobre el mar encrespado, es el resultado de las audacias creadoras de su idealismo desdeñoso de toda precaución, es lo que quiso dar como instrumento y

como fundamento a su obra, es la fusión del espíritu helénico con el de los pueblos de Asia, la creación de una nueva civilización común al Occidente y al Oriente, la unidad del mundo histórico en el marco de la cultura helenística». He aquí Plutarco vertido, por un temperamento romántico, en un molde hegeliano. Al igual que Plutarco, Droysen interpreta el simple deseo de Alejandro de reconciliar a los persas –y sólo a ellos– con los griegos (Arriano, *Anábasis,* VII, 11, 8-9) como un cosmopolitismo estoico precoz. Pero Plutarco piensa tan poco en una receptividad de los griegos frente a lo oriental que, cuando admite que Alejandro adoptó la vestimenta persa, le excusa comparándolo con el cazador que se disfraza con pieles de animales para atraer a la caza. Por otra parte, pone fin bruscamente a las reflexiones sobre la *crátera de amistad* donde se mezclan las costumbres, con esta vieja afirmación del prejuicio de la superioridad de lo griego: «El signo del helenismo es la nobleza; el de la barbarie es la disposición al mal».

Droysen subraya con gran énfasis el carácter fatal del proceso de fusión: «Es preciso elevarse del régimen de la Ciudad al del Estado... Occidente y Oriente debían fundirse en un solo pueblo y, en esa unión, cada nación, participando según su naturaleza en el proceso helénico...». Pero, al igual que Plutarco, enfoca esta transmutación en función de la superioridad de la *raza* griega «transplantada entre los bárbaros y jugando, en medio de ellos, el papel de luz, de fermento, de agente de descomposición» (Introducción del libro V, vol. III, de la traducción de A. Bouché-Leclercq, pp. 14 y 24). Todo ello debía desembocar «en el trabajo decisivo de la Antigüedad realizando su destino», es decir, el encuentro del helenismo con el judaísmo, los dos agentes de la síntesis que es la civilización cristiana. La elección de esta predestinación como elemento determinante explica que Droysen construyera la época helenística sobre el tema de la fusión de entidades antagonistas.

Este tema de la «civilización mixta» anima, desde hace más de un siglo, nuestras historias sobre la época helenística, como si la egiptología, la asiriología y el estudio del mundo judío en la época de los Seléucidas no nos hubieran revelado poco a poco, y aun contando con la presencia griega, la vitalidad de un Egipto egipcio, y la de Babilonia, así como la resistencia de los macabeos a la helenización, junto a indudables intercambios de influencias.

Como primera razón para dudar de que esa fusión fuera el proceso dominante de la historia helenística, observaremos que las guerras de los diádocos y de sus sucesores nunca hicieron de ella uno de sus móviles. Esas guerras eran una continua competencia de poder entre reyes griegos y no un enfrentamiento de civilizaciones o choques de conciencias nacionales. Roma tuvo aliados griegos durante todo el tiempo que duró su

conquista de Grecia, y el Egipto rural parecía profundamente indiferente a las guerras de los soberanos griegos.

Los reyes desarrollaron y apoyaron la cultura urbana, custodia de la tradición griega, pero protegieron también los templos indígenas, bastión de las culturas orientales. Por otra parte, un permanente antagonismo opuso la ciudad al campo, en su mayor parte indígena y despreciado, pero requerido para alimentar a la ciudad, florón del helenismo. En torno a estas fuerzas intentaremos organizar la historia de las grandes entidades sociales del mundo helenístico.

Luego, en el último capítulo del libro, replantearemos más concretamente el tema de la civilización mixta. Examinaremos los comportamientos de los contactos diversos y las especializaciones mantenidas entre indígenas y griegos. Someteremos a la misma investigación los modos de expresión de la cultura, para descubrir, según los casos, su grado de permeabilidad a las influencias y a los contactos.

A continuación abordaremos el estudio de las grandes entidades sociológicas. El lector deberá excusarnos por referirnos, a veces, a los mismos hechos en diferentes capítulos. En cada ocasión nos referimos a ellos en un contexto diferente. Así ocurre, por ejemplo, con el «botín», pues la guerra está presente en todos los capítulos.

NOTA DE LA INTRODUCCIÓN

1. Reeditado en Basilea por B. Schwabe en 1952-1953.

Índice de materias

INTRODUCCIÓN VII
Nota de la introducción XIV

PRIMERA PARTE

LAS GRANDES ENTIDADES

I / Reales

CAPÍTULO PRIMERO. **El rey** 3
1) Crítica del tema 3
2) La victoria, cualificación real 5
a) El territorio 7
b) La naturaleza real 11
c) El rey protector, liberador y salvador 13
d) El rey en el combate 14
e) El botín 16
f) Los consejeros en la guerra 17
g) El rey, restaurador de la paz 18
3) Función alimenticia y social del rey 19
a) Donaciones a las ciudades 19
b) La filantropía 23
c) La riqueza del rey 24
d) El rey sabio y los filósofos en la corte 27
e) Los embajadores 33
f) La tensión entre los sabios y el rey 37
g) El banquete del rey y de los sabios 38
h) La elección de las orientaciones filosóficas 39
i) Los institutos de investigación 41
4) Los cultos reales 46
a) Los antecedentes del culto real en la ciudad griega 46
b) El culto de Alejandro en las ciudades griegas 48
c) Los diádocos 51
d) Los cultos a Demetrios Poliorcetes 51
e) Los cultos para los otros diádocos 53
f) Los epítetos de culto 54
g) La asociación del rey a un dios 55
h) Leyendas del rapto del rey por los dioses 56

i) El culto de las reinas . . . 57
j) Los cultos dinásticos . . . 57
k) El culto dinástico de rito egipcio . . . 60
l) Los aniversarios reales . . . 62
m) Las cofradías del culto real . . . 63
n) Los actores al servicio del «dionisismo» real . . . 64
o) El culto real en el gimnasio . . . 64
p) Los cultos reales y la economía . . . 65
q) Los sacerdotes de los cultos reales . . . 66
r) Aspectos culturales del culto real . . . 67
5) El rey, legislador y juez . . . 68
a) Legislación fiscal de los Lágidas . . . 70
b) La jurisdicción real en materia civil . . . 71
c) La jurisdicción inmediata del rey . . . 71
d) Los tribunales . . . 72
6) La moneda real . . . 75
a) El patrón . . . 76
b) Los tipos . . . 77
c) Las cecas . . . 80
d) La moneda de las ciudades . . . 81
e) Conclusión sobre la moneda . . . 83
Notas del capítulo primero . . . 85

CAPÍTULO II. **La guerra** . . . 100
1) La guerra, fenómeno económico y social . . . 100
a) La guerra inevitable . . . 100
b) Guerra y circulación de riquezas: los saqueos . . . 102
c) Guerra y población . . . 103
d) Los efectivos . . . 106
e) La soldada . . . 108
f) Retraso en el pago de las soldadas. Estratagemas para pagarlas . . . 109
g) El motín . . . 110
h) Mantenimiento de las tropas por el campo y la ciudad . . . 111
i) Requisas y alojamiento . . . 111
j) Las cleruquías . . . 112
k) Procedencia de los mercenarios . . . 114
l) Los cuadros superiores . . . 118
2) La técnica de combate . . . 119
a) Batallas campales . . . 119
b) Los asedios . . . 122
c) Las expediciones lejanas . . . 129
3) Los motivos de la guerra: pretexto y causa . . . 130
a) Motivos económicos . . . 130
b) Engrandecimiento del territorio . . . 133
c) Razones estratégicas . . . 133
d) Imperialismo ofensivo o defensivo . . . 134

e) La guerra de revancha y de disuasión 135
f) El carácter de los reyes 135
g) Guerras e ideologías 136
h) Razones jurídicas 137
i) Las alianzas 138
j) Alianzas para la guerra 139
4) La paz y la reflexión sobre la guerra 141
a) Alianzas después de la guerra: la paz 141
b) Los artesanos de la paz 146
c) La guerra y la moral 147
d) La guerra, operación racional 149
e) La marina de guerra 150
Notas del capitulo II 151

CAPÍTULO III. **La economía real** 155
1) Diversidad de fuentes, diversidad de situaciones 155
2) La economía real 159
a) La riqueza de los reyes: intento de evaluación 159
b) El botín 161
c) La explotación real de la tierra 163
d) El arrendamiento 165
e) Responsabilidades de los funcionarios 167
f) ¿Burocracia oriental? 167
g) ¿Monopolio? ¿Economía de Estado? ¿Economía dirigida? 168
h) La banca 168
i) Los templos egipcios en la economía real 169
j) Las doreai 170
k) El mercantilismo ptolemaico 172
l) Los ingresos de los Seléucidas 174
Notas del capítulo III 178

CAPÍTULO IV. **Las revoluciones en Egipto** 183
Notas del capítulo IV 191

SEGUNDA PARTE

LAS GRANDES ENTIDADES

II / Urbanas

CAPÍTULO PRIMERO. **Las ciudades** 195
1) Fundación de ciudades 195
a) Las fundaciones de Alejandro Magno 196
b) Las fundaciones de los sucesores de Alejandro 196
2) La ciudad y el rey 200

a) Alejandro y las ciudades ... 200
b) Grados y elementos de la libertad ... 201
c) Contenido y ejercicio de la libertad ... 202
d) El tema político de la libertad de los griegos ... 203
e) El rey y el gobierno de las ciudades ... 205
f) Nombramiento de los magistrados urbanos por el rey ... 207
g) El comisario real ... 207
h) Los reyes epónimos en las ciudades ... 210
i) Jurisdicción real en las ciudades ... 210
j) El rey y el arbitraje en las ciudades ... 211
k) La legislación real para la ciudad ... 212
l) Las instituciones reales en las ciudades ... 213
m) La suerte de las ciudades en la guerra: pillaje y piratería ... 214
n) Guerra real y guerra civil ... 216
o) La asilía ... 219
p) Las finanzas de las ciudades y los reyes ... 220
q) Los impuestos que las cuidades pagaban a los reyes ... 222
3) Las instituciones internas de las ciudades ... 224
a) Las magistraturas ... 225
b) Los servicios ... 226
c) El juramento de los efebos y de los ciudadanos ... 229
d) las tiranías ... 230
4) La ciudad y los extranjeros ... 231
Notas del capítulo primero ... 238

CAPÍTULO II. **Las ligas** ... 248
1) Las ligas organizadas por reyes ... 249
a) La Liga de Corinto ... 249
b) La Liga de Demetrio Poliorcetes y de Antígono ... 250
c) La Liga de Antigono Dosón ... 251
d) Los insulares de las Cícladas ... 251
e) Reyes magistrados de las ligas ... 252
2) Las ligas sin Hegemón ... 252
a) La Liga etolia helenística ... 253
b) La Liga aquea helenística ... 254
c) Conclusión sobre las ligas ... 259
Notas del capítulo II ... 260

CAPÍTULO III. **El campo y la ciudad** ... 261
1) Los límites de la urbanización ... 261
a) Promoción limitada de la agricultura ... 262
b) La limitación de los transportes ... 264
2) Medidas de coacción sobre el agricultor ... 264
a) Promoción de la propiedad privada ... 267
b) La pobreza del campesino egipcio ... 268

c) Griegos y egipcios en la economía 270
Notas del capítulo III 272

CAPÍTULO IV. **La economía urbana** 275
a) Rodas 275
b) Alejandría 279
c) Delos 289
d) Las ciudades de la costa occidental del mar Negro 295
e) Una ciudad caravanera: Petra 298
Notas del capítulo IV 300

CAPÍTULO V. **Las revoluciones urbanas** 308
1) Consideraciones generales 308
2) Revueltas de esclavos 312
3) Las revoluciones en Esparta 312
a) Agis IV 314
b) Cleómenes III 316
c) Nabis 318
Notas del capítulo V 322

PRIMERA PARTE

LAS GRANDES ENTIDADES

I/Reales

CAPÍTULO PRIMERO

El rey

1) *CRÍTICA DEL TEMA*

Ante todo, una cuestión previa. ¿Es posible presentar –como vamos a hacer aquí– una tipología del rey helenístico, basándose en la vida de monarcas tan diferentes como Ptolomeo Filadelfo, Hierón de Siracusa, Eumenes II de Pérgamo, Antíoco III, Nabis de Esparta o Filipo V de Macedonia? Creemos que sí, si consideramos las cosas desde un punto de vista muy general. En efecto, todos estos reyes tienen una misma concepción de la guerra, que es su preocupación común, de la diplomacia, en la que se enfrentan sus intereses, de sus relaciones con las ciudades, de su papel protector, del prestigio de la victoria y de la riqueza, condición de su poder.

A estos rasgos comunes se añade un tipo ideal, creado por los historiadores que sirvieron como fuente a Diodoro, Polibio, Tito Livio y Plutarco, tipo que se remonta a un Alejandro de leyenda.

El elogio fúnebre que hace Polibio de Atalo I (XVIII, 41, 3) es una síntesis del personaje real. Poco importa que el relato sea o no verídico. El ideal, por lo que puede inspirar, también forma parte de la historia.

«Para acceder a la realeza, Atalo no tenía otro fundamento sino la riqueza. Ésta, manejada con inteligencia y audacia, es un poderoso auxilio en toda empresa, pero sin estas cualidades engendra, generalmente, la desgracia y, por qué no decirlo, la ruina total. Provoca envidias y complots y tiene tendencia a corromper el cuerpo y el alma. En efecto, muy pocas son las almas capaces de resistir al poder de las

riquezas. Hay que elogiar la grandeza de alma de Atalo, que sólo se sirvió de sus bienes para acceder a la realeza, que constituye la suprema y más alta ambición que pueda imaginarse. Para cumplir su designio, no sólo colmó a sus amigos de regalos y mercedes, sino que también fueron importantes sus hazañas guerreras. Venció a los gálatas, que eran entonces el pueblo más temible y belicoso de Asia. Éste fue el fundamento de su ascensión: con ocasión de su victoria, tomó el título de rey. Asumió este cargo durante 44 años, de los 72 que vivió. Llevó con su mujer y sus hijos una vida de gran discreción y dignidad. Siempre fue fiel a sus amigos y a sus aliados y murió por la más hermosa de las causas, luchando por la libertad de los griegos.»

¿No estamos, en definitiva, a una escala más elevada, ante el ciudadano de una ciudad griega clásica, según Isócrates, por ejemplo?

Los historiadores, que relatan las guerras, describen las figuras de grandes capitanes, saqueadores de ciudades, que recorren sin respiro inmensos territorios y se reparten el mundo.

Pero las inscripciones nos permiten descubrir un nuevo tipo de monarca: el bienhechor que libera a la ciudad de la opresión que ejercía sobre ella otro rey, el hombre opulento que colma de regalos a los templos y adorna la ciudad con monumentos prestigiosos y útiles, el sabio al que se pide que arbitre los conflictos con los vecinos, el salvador que conjura la amenaza de los galos o que aporta provisiones a una población hambrienta, el hombre providencial al que se honra como a un dios y a quien se le dedican estatuas.

Para los poetas y los sabios, el rey helenístico es el mecenas de las obras del espíritu, al cual se le dedican. Es el anfitrión que, como Hierón de Siracusa cuando invita a Píndaro y Baquílides, trata de encontrar en los banquetes el encanto de una conversación refinada o el estímulo de una discusión filosófica. Es también un amante de los libros, que funda bibliotecas.

En fin, el mismo rey, en Egipto o en Persia, aparece bajo un nuevo aspecto todavía: es un faraón o un rey de Persia y asume los ritos tradicionales de sus funciones. Nada en los templos de Edfú, de Karnak y de tantos otros lugares revela, ni en la representación ni en las funciones, que un rey determinado sea griego.

El modelo dominante es Alejandro (Polibio, V, 10). Es decir, para la definición de los poderes militares y de las relaciones políticas, el modelo es Filipo II y la monarquía macedónica, tal como los diádocos habían visto que la ejercía Filipo.

Mucho reflexionaron los pensadores antiguos sobre la monarquía, y son muchas las obras que tratan de este tema desde una óptica pitagórica o estoica.[1] Conservamos todavía los consejos de Isócrates *A Nicocles* y su biografía de *Evágoras,* rey de Chipre; las preguntas de Ptolomeo a los

sabios judíos que tradujeron la Biblia al griego, en la *Carta de Aristeas a Filócrates;* los *Apotegmas de reyes* y la *Carta a un príncipe inculto,* de Plutarco. Diógenes Laercio atribuye un tratado sobre la monarquía a la mayor parte de los filósofos helenísticos. En el ámbito de la India, las *Conversaciones de Milinda* parecen situarse en el mismo contexto.

Examinaremos a continuación las funciones del rey helenístico, distribuyéndolas en los tres apartados fundamentales que Georges Dumézil ha señalado en la estructura de las sociedades indoeuropeas: función guerrera y de protección; función alimenticia y de fecundidad, función mágica y judicial.

2) *LA VICTORIA, CUALIFICACIÓN REAL*

El rey helenístico es, ante todo y necesariamente, un guerrero y, además, un guerrero vencedor. Es la victoria la que revela la naturaleza real. Polibio (XI, 34), en su relato de la campaña de Antíoco III en los confines de la India, en 206, concluye:

> «En una palabra, había garantizado la seguridad del reino, aterrorizando, por su audacia y su actividad, a todos los pueblos a los que sometía. Esta expedición reveló, no sólo en Asia, sino también en Europa, que era digno del título de rey».

Lo que revela la victoria es la impronta de una protección divina, el elemento *carismático* del soberano.

Así, después de los asesinatos que acabaron con la descendencia de Filipo II, cada uno de los diádocos hubo de recurrir a las armas para afirmar su derecho a la monarquía. En 306, Antíoco y su hijo Demetrio se proclamaron reyes después de triunfar en Salamina de Chipre sobre sus rivales coligados (Diodoro, XX, 53 y Apiano, *Sir.,* 54).[2] Ptolomeo –aunque vencido y, tal vez, como sugiere Plutarco (*Demetrio,* 18), para indicar que no se tenía en menos por su derrota– no tardó en seguir su ejemplo, al igual que Seleuco, Casandro y Lisímaco (Plutarco, *Demetrio,* 18, 1-3; Justino, XV, 2, 10-12). Después de los diádocos, la serie continuó y, así, Mitrídates del Ponto, en 296 o 281 (Diodoro, XX, 111); Zipetes, en 297 (Memnon, *FGH* 434F 12, 4-5), Agatocles de Siracusa, en 305 (Diodoro, XX, 54), todos se proclamaron reyes en razón de algún éxito militar o porque supieron mantenerse independientes.[3]

Por lo demás, el concepto griego de cualificación por la victoria, que expresan los mitos de conquista del poder (Pélope, Ulises, Edipo, Teseo), entronca con el de Oriente (por ejemplo, el Ciro de la *Ciropedia* de Jenofonte).

A menudo, los reyes subrayan su calidad de vencedores permitiendo que se les otorguen epítetos que la expresan, como Nicátor, Nicéforo, Calínico, el Grande, el Salvador, o, incluso, Cerauno (el rayo).

La diadema,[4] con la que adornaban su cabello y su casco en la batalla, es el ornamento antiguo del vencedor atlético. Por otra parte, eran coronas lo que ofrecían por decreto innumerables ciudades griegas a los reyes, después de una victoria liberadora. Y es que la corona y la diadema eran sacralizantes. Se rezaba por la victoria del rey en las ciudades de su alianza (por ejemplo, *OGIS,* 332). Hay otros atributos de la soberanía: la túnica real y el anillo, cuyo engaste constituía el sello. Junto con la diadema, eran éstas las insignias que un rey legaba al morir al que designaba como sucesor. Alejandro legó el sello a Pérdicas (Diodoro, XVII, 117). Antíoco IV legó sus insignias reales al regente Filipo (*I Macabeos,* 6, 15). Pirro, al verse acorralado en el asedio de Argos, entregó a un compañero la diadema que portaba sobre su casco (Plutarco, *Pirro,* 34). Se reprocha al usurpador Aqueo el haber osado llevar la diadema (Polibio, V, 57).[5]

Pero, para ser efectiva, *la cualificación por la victoria debía ser reconocida.* Reconocida por el ejército, que había colaborado en la victoria. La investidura por parte de la asamblea en armas de los macedonios no era más que una condición indispensable para el advenimiento al trono. Pero en ocasiones, después de una victoria, el ejército proclamaba rey a su jefe. Eso era más frecuente entre los diádocos, que debían afirmar derechos nuevos, y más habitual entre los macedonios que en otras partes.[6] En los reinos lágidas y seléucidas, el ejército muy pronto sólo tuvo de macedonio el armamento y la organización. Pero los mercenarios codiciaban el botín, se negaban a seguir a un jefe vencido[7] y se pasaban al bando del vencedor, que les enriquecía. Por eso, el rey debía acumular victorias si quería que el ejército le fuera fiel. Por lo demás, todo contribuía a exaltar al vencedor. La gloria le aureolaba y los poetas le conferían la inmortalidad. *Un rey debe estar ávido de gloria,* y los historiadores sólo consideraban grandes a los reyes conquistadores. Las tradiciones de los faraones y de los aqueménidas, inscritas en los muros de los templos de Egipto o en las rocas de Asia, reforzaron esa obligación por su coincidencia con el ideal griego.

Además, el rey debía ser reconocido por sus rivales, que en cualquier momento podían disputarle su título. Desde antes de alcanzar la monarquía, los diádocos se reconocían entre sí zonas de influencia. Los términos de un tratado firmado en 311 para poner fin a una coalición contra Antígono (Diodoro, XIX, 105) expresan ese compromiso contractual.

a) *El territorio*

El reconocimiento de zonas en las que el rey ejercía el poder *con consentimiento de los otros reyes* y donde percibía el tributo, puede hacer pensar que la posesión de un *territorio* era una condición necesaria de la monarquía. En realidad, no era imprescindible. Así, Antígono Gonatas era rey desde la muerte de su padre, Demetrio Poliorcetes, que murió en cautividad, privado de todo territorio, en el año 283. Pero fue en calidad de rey[8] como negoció con sus iguales entre 283 y 277. Por otra parte, en su titulatura griega, los reyes helenísticos no contaban con un epíteto territorial. Su título era el de «rey» sin más, salvo en Macedonia, donde el rey era «rey de los macedonios» o «rey y los macedonios».[9] Pero los historiadores no siempre se limitaban a la titulatura oficial.[10] Por el contrario, en los documentos elaborados en lengua indígena, o en sus traducciones griegas, encontramos los epítetos territoriales: Antíoco I era llamado «rey de Babilonia», «rey de los países» en los documentos cuneiformes,[11] y los Ptolomeos, «reyes del Alto y del Bajo Egipto».[12]

A pesar de la diplomacia oficial, lo cierto es que la posesión, explotación, defensa y engrandecimiento de un territorio eran indispensables para el ejercicio de la realeza y eran obligaciones del rey. Así lo proclama el *Idilio* XVII de Teócrito. Y, en la inscripción de Adulis (*OGIS,* 54), Ptolomeo Evergetes I, aunque sólo se da el título de «gran rey», sin epíteto territorial, se vanagloria no sólo de haber recibido de su padre el reino de Egipto y otros territorios, sino también de haber sometido a los habitantes de regiones que ha conquistado más allá del Éufrates. Polibio (XXXII, 8) elogia a Eumenes II el hecho de haber engrandecido notablemente el reino de su padre.[13] Al igual que Heródoto (VII, 8) atribuye a Jerjes sueños de realeza universal, Plutarco evoca sueños parecidos en Antígono el Tuerto, después de la muerte de Pérdicas (*Eumenes,* 12), y Polibio (V, 104, 7) se los atribuye a Demetrio de Faros, quien aconseja a Filipo que aprovecha la derrota que Aníbal acaba de infligir a los romanos para apoderarse del imperio del mundo.

Los reyes hacían valer diversos argumentos para la posesión de un territorio.

En primer lugar, *la conquista por las armas.* Era precisamente este argumento el que reconocían los repartos o cláusulas de tratados de paz que comportaban delimitaciones territoriales. En efecto, era la posesión de un territorio lo que se dilucidaba en las guerras. La garantía de posesión por los terceros, que hacía «oponible a terceros» la propiedad en derecho griego, era el objeto de todos los tratados. El título invocado en apoyo de una reivindicación de un territorio era el de haberlo «conquistado por las armas» (Diodoro, XVIII, 39). Ptolomeo, que, a la muerte de Alejandro,

había recibido Egipto de Pérdicas (Diodoro, XVIII, 3), cuando luego venció a Pérdicas consideró a Egipto como «conquistado por la lanza» y lo conservaría sobre esa base (Diodoro, XVIII, 43). Seleuco, a quien en el tratado que siguió a la batalla de Ipsos se le otorgó la Celesiria, se disponía a tomar posesión de ella. Pero Ptolomeo, que no había recibido territorio alguno, se le adelantó y se quejó de que «los reyes no le habían dado nada del país conquistado por las armas». Seleuco admitió que «era justo que los vencedores fueran dueños de lo que habían conquistado por las armas» y cedió provisionalmente a las pretensiones de Ptolomeo (Diodoro, XXI, 1). Aproximadamente un siglo después, en 218, poco antes de la batalla que le detendría en Rafia, Antíoco III, que acababa de invadir la Celesiria, declaró a los embajadores de Ptolomeo que

«sobre la base de su argumentación jurídica, no considera que la desgracia y el mal manifiestos que él acaba de causar a Ptolomeo al ocupar la Celesiria, tenga nada de escandaloso; además, su acción no puede ser considerada reprobable, pues no hace más que reivindicar lo que le pertenece. En efecto, estos territorios, conquistados primero por Antígono el Tuerto, y situados después bajo la soberanía de Seleuco, son (para los Seléucidas), afirma, adquisiciones detentadas en virtud de títulos plenamente auténticos y legítimos. Sobre ellos se basa para afirmar que la Celesiria pertenece a los Seléucidas y no a Ptolomeo. Además, si Ptolomeo había participado en la guerra contra Antígono era para instalar en esos territorios no su propio dominio sino el de Seleuco» (Polibio, V, 67).

Como vemos, se invocan aquí dos argumentos. En primer lugar, la *conquista,* que fundamenta el derecho de propiedad. A continuación, establecido éste, el territorio es considerado como un *patrimonio que se hereda* y que se defiende contra las reivindicaciones de un tercero, invocando argumentos «auténticos y legítimos», como se hace en el caso de una *propiedad privada.*

«Por su parte, los embajadores de Ptolomeo se esforzaban por mantener la tesis opuesta [...] Invocaban las posesiones de Ptolomeo, hijo de Lagos, y afirmaban que este rey no había combatido al lado de Seleuco, sino con la condición de que si le ayudaba a establecer su dominio sobre toda Asia, él adquiriría la Celesiria y la Fenicia.»

Vemos, pues, que la victoria, que revela la naturaleza real, justifica también el derecho de conquista, considerado a su vez como un título jurídico a la propiedad de un territorio.[14] Las discusiones de los embajadores sobre estos temas y los argumentos presentados en la negociación suponen la existencia de *archivos diplomáticos y un personal con una formación histórica y jurídica.* Por otra parte, sabemos que en la corte de

Macedonia había archivos reales que Filipo V, una vez vencido, hizo destruir (Polibio, XVIII, 33).

En el siglo II, los romanos practicaron una política de *delimitación* de territorios con respecto a los reyes helenísticos. En 188, el tratado de Apamea estipuló que Antíoco evacuaría los territorios y las ciudades situados entre el Tauro y el Halis (Polibio, XXI, 43, completado por Tito Livio, XXXVIII, cap. 38).

El territorio conquistado podía contener ciudades. Dedicaremos un capítulo a estudiar las relaciones entre las ciudades y el rey. Ciudades y campiñas tenían para el rey un doble interés: estratégico y fiscal. Fiscal, en efecto, pues a menos que hubiera una disposición especial, fruto de la benevolencia real, debían satisfacer diferentes tributos.

Así tratado, desde el punto de vista del derecho patrimonial privado, *el territorio era ante todo objeto de herencia.* Pasaba al hijo del rey, por orden de primogenitura en línea masculina. Era éste un principio común a todas las monarquías helenísticas, afirmado muchas veces, especialmente en los casos de usurpación (por ejemplo, Polibio, V, 40, 5; V, 57, 6; XXXI, 11, 11; *OGIS* 248, l. 21, etc.). Así pues, el derecho de herencia se añadía al de conquista. Según Pausanias (I, 6), Ptolomeo I, además de invocar su derecho de conquistador, afirmaba ser hijo de Filipo II, lo cual le daba un derecho de herencia. En la estela de Adulis (*OGIS,* 54), Ptolomeo III califica a Egipto como su herencia. En ciertas ocasiones, los matrimonios dinásticos servían para establecer derechos de tipo sucesorial.

Sin embargo, la regla de primogenitura fue falseada muchas veces por la voluntad de los reyes de que accediera al trono uno de sus hijos que preferían al primogénito, o por el deseo de favorecer al hijo de un segundo matrimonio.[15]

Idéntica intención se cumplía, a menudo, mediante el *asesinato de los primogénitos,* en beneficio de los hijos menores o de los hermanos del rey. Asesinatos tan numerosos que Plutarco (*Demetrio,* 3), a propósito de las relaciones confiadas que —así lo creía él— unían a Demetrio, el futuro Poliorcetes, con su padre Antígono, dice que la casa de Macedonia era la única que durante muchas generaciones no conoció asesinatos dinásticos.[16]

Para asegurar más firmente una sucesión, a veces *el rey asociaba al trono al hijo al que había elegido como heredero,* con la idea de colocar a los adversarios ante un hecho consumado en el momento de su muerte. Así, Ptolomeo I asoció al trono al hijo de Berenice, el futuro Ptolomeo II, y Seleuco I delegó el gobierno de Asia en Antíoco I, a quien también asoció al trono.[17] De igual forma, entre los Atálidas puede hablarse de una asociación de hecho entre los dos hermanos Eumenes II y Atalo II (Polibio, XXX, 2).

Como cualquier patrimonio privado, el territorio podía también ser objeto de cesiones de diversa índole.

Podía ser entregado como *dote* a una princesa cuyo matrimonio sellaba una alianza. Así, en 252, para sellar el fin de la segunda guerra siria, Ptolomeo Filadelfo donó la Celesiria a su hija Berenice, que contrajo matrimonio con Antíoco II, en calidad de dote (Daniel, XI, 6; *P. Cairo-Zenón* 59251); de igual forma, Corcira fue la dote de Lanasa, hija de Agatocles, que casó con Pirro en 295 (Plutarco, *Pirro,* 9). También conocemos ejemplos de territorios *vendidos o cedidos.* Seleuco I intentó, mediante el pago de dinero, que su suegro Demetrio Poliocertes (Plutarco, *Demetrio,* 32) le cediera Cilicia; en el tratado de Apamea, en 188, se contempla el caso de una serie de ciudades que Antíoco III habría cedido a un tercero (Polibio, XXI, 43 y Tito Livio, XXXVIII, 38). Por su parte, los etolios vendieron Egina a Atalo I por 30 talentos en el año 210 (Polibio, XXII, 8). Por supuesto, los reyes podían donar a sus altos funcionarios y oficiales y generales, como también a los príncipes de su casa y a los dioses, territorios cuyos ingresos, si no la propiedad, revertían en el beneficiario. Pero no estamos ante un acto de derecho internacional, sino ante un acto de disposición que indica que la «tierra real» era considerada como propiedad privada.

Desde mediados del siglo II, los soberanos helenísticos disponían de su territorio —pero no solamente de su «tierra real»— por *testamento,* como lo hacían con cualquier patrimonio privado. Así, conocemos el testamento de Ptolomeo el Joven, el futuro Evergetes II, que legó el reino de Cirenaica a los romanos, en el caso de que muriera sin descendencia (*SEG,* IX, 1, núm. 7); el de Atalo III (*OGIS,* 338; Estrabón, XIII, 4, 2, p. 624 C; Justino, XXXVI, 4, 5; Veleyo, II, 4, 1; Floro, I, 35, II, 3); de Nicomedes IV de Bitinia (Apiano, *Mitr.,* 7), así como el de Ptolomeo Alejandro II, que tal vez no es auténtico,[18] también en favor de Roma (Cicerón, *De Lege Agraria,* I, 1, 1; II, 16, 41-17, 44; *De rege Alexandrino,* frg. 9). Por otra parte, cuando no lo hacían por medio de un asesinato, el testamento era el procedimiento que utilizaban los reyes para derogar la norma de la primogenitura. Así, Antíoco IV legó a su hijo menor, Antíoco V, la sucesión seléucida, que debía disputarle, en razón del orden de primogenitura, Demetrio I, hijo de Seleuco IV (*II Macabeos,* 9, 25). Fue así también como Ptolomeo Auletes hizo un testamento en virtud del cual legaba el reino conjuntamente a su hijo primogénito Ptolomeo XII y a su hija Cleopatra VII, que se convertiría en esposa de su joven hermano (César, *Bell. Civ.,* III, 108, 2; Hirtio, *Bell. Alex.,* 33).

Contra la norma antigua, que era la de preservar la integridad del territorio, lo que se realizaba mediante la monarquía asumida en común, en Egipto asistimos a una división entre hermanos enemigos: así, en 163,

Ptolomeo Filométor, a quien correspondieron Egipto y Chipre, y Ptolomeo el Joven, que reinó en Cirene (Polibio, XXXI, 2, 14; XVIII, 14; Diodoro, XXXI, 15*a*; 17*b-c*; 18; y las prescripciones de los papiros datados en esa época). Luego se establecería entre ambos una asociación. Al parecer, una asociación de idénticas características se produjo entre Antíoco Hiérax, hijo de Laodice, y Seleuco II, su hermano mayor.[19]

Estas excepciones a la vieja regla de sucesión suscitaron las esperanzas de los ambiciosos, y vemos aparecer así a los *usurpadores*. Algunos eran, precisamente, los tutores de los reyes menores de edad,[20] como Antíoco IV, que usurpó el trono que correspondía a uno de los hijos de su primogénito Seleuco IV (Polibio, XXXI, 2, 1-3 y 11, 11 expone este caso). Las usurpaciones, frecuentes entre los Seléucidas,[21] contribuyeron al debilitamiento de la dinastía. Mencionemos las usurpaciones de los sátrapas, defensores de las regiones amenazadas, caso de Aqueo, pariente de Seleuco III, quien a la muerte de este último quiso primero preservar la corona para Antíoco III, pero a quien sus éxitos contra Atalo de Pérgamo le impulsaron a usurpar el título real (Polibio, IV, 48). Caso similar es el de Eutidemo de Bactriana en 206, que se defendía de la acusación de usurpador, pues había luchado contra los nómadas y contra quienes desertaban, lo que, si hemos de creer a Polibio (X, 49; XI, 34, 1-10),[22] le valió el reconocimiento del título de rey por parte de Antíoco III.

Naturalmente, el usurpador provocaba fenómenos de desmembramiento: formación de partidos legitimistas; guerras entre pretendientes, cada uno de ellos apoyado por su facción. Así, para limitarnos a un solo ejemplo, la larga guerra que enfrentó a Antíoco III con Aqueo, hasta que este último cayó en una emboscada (Polibio, VIII, 15-21).

Por último, en Egipto vemos cómo a partir de mediados del siglo II aparecen *princesas asociadas* oficialmente al trono. Se constituye, así, el trío de Filométor, Evergetes II y Cleopatra II. Se abandonó, de esta manera, el modelo de la sucesión privada griega.

b) *La naturaleza real*

A estos derechos jurídicos, como lo eran la posesión de un territorio y la sucesión hereditaria, se añaden, en el caso de los reyes, una serie de cualidades y una conducta que se les atribuye y que revelan la naturaleza real. En efecto, la victoria, el más importante de los signos de esa naturaleza, no era, sin embargo, el único.

Tanto en el mundo griego y romano como en Oriente, aparece un esquema biográfico de manifestaciones de la naturaleza real, esquema heredado de viejos mitos.

En primer lugar, el niño destinado a ser rey, a menudo es *salvado en su nacimiento* de un peligro mortal. Moisés y Rómulo, Edipo y Pélope, Ciro y Jasón, tenían que morir; desaparecieron y sólo por milagro fueron salvados. En principio, no estaban destinados a ser reyes; pero, una vez salvados, una serie de proezas de fuerza y de inteligencia revelaron su naturaleza real: domaron caballos salvajes, como Alejandro o Ciro; lanzaban más lejos que nadie la flecha mortal, como Ulises (salvado de naufragios, es decir, de las aguas, después de una larga desaparición); obtuvieron la victoria atlética, como Pélope; resolvieron un problema difícil, caso de Edipo o Juan Hircano (también éste de nacimiento irregular); exhibieron poderes sobrenaturales, como Salmoneo, antepasado de Evágoras, que podía provocar la lluvia; o casaron con una princesa, como Pélope o Ulises.

También encontramos estos rasgos «míticos» en las biografías de algunos reyes helenísticos. Así, Pirro,[23] al igual que los reyes de Francia en la Edad Media, tenía un poder curador: con el dedo gordo del pie derecho efectuaba un eficaz masaje en el bazo (Plutarco, *Pirro,* 3). De niño, había escapado milagrosamente a los enemigos que le perseguían (*ibid.,* 2). Fue salvado de un naufragio cuando se dirigía a Tarento (*ibid.,* 15). Por otra parte, tenía los dientes soldados entre sí en el maxilar superior. El caso de Agatocles de Siracusa se ajusta a un esquema similar, que podríamos llamar «hagiográfico». Abandonado por su padre después de su nacimiento, pero salvado por su madre, demostró muy pronto una fuerza excepcional (Diodoro, XIX, 2). No estaba destinado a ser rey. Un día, un enjambre de abejas, presagio feliz, vino a anidar en la estatua que su madre había hecho erigir de él. Las armas que manejaba en los ejercicios militares eran tan pesadas que sólo él —como Ulises— era capaz de utilizarlas. Casó con la viuda de un rico ciudadano (tema del «matrimonio con la princesa», degradado), luego se distinguió en la guerra por una bravura heroica y salvó milagrosamente, mediante diversas estratagemas, a sus compañeros de armas (Diodoro, XIX, 3-4).

Plutarco (*Alejandro,* 4) afirma que la carne de Alejandro exhalaba un perfume natural. Por su parte, Pausanias (I, 16, 1) dice que el fuego de un sacrificio que ofrecía el futuro rey Seleuco se encendía por sí solo.

En las postrimerías de la época clásica, estos antiguos esquemas milagrosos habían dejado paso a un tipo real basado en el saber y en la capacidad de previsión racional. No hay más que pensar en el «filósofo-rey» de Platón o en esta afirmación de Aristóteles (*Política,* I, 2, 1252 *a*): «El ser que, gracias a su inteligencia, es capaz de prever, es jefe por naturaleza y maestro por naturaleza». Las dos imágenes del rey, una heroica y milagrosa y la otra la de una mentalidad racional, aparecerían,

una junto a otra, en las biografías de un Plutarco o de un Polibio, así como entre los moralistas, autores de los «consejos al príncipe».

c) *El rey protector, liberador y salvador*

Los reyes, milagrosamente fuertes y victoriosos, tenían la misión de defender eficazmente a los pueblos y a las ciudades.

En la práctica, la protección tiene una definición precisa: el rey defendía a las ciudades de los ataques de sus enemigos. Él las «liberaba», lo que quiere decir que las arrebataba a sus adversarios. El tema de la «libertad de los griegos», libertad concedida y garantizada por los reyes rivales, uno tras otro, está presente a lo largo de toda la historia helenística. Polibio describe el entusiasmo con que los griegos acogieron al liberador Flaminino: todos querían tocarle las manos y le arrojaban coronas (XVIII, 46). Por otra parte, un decreto de Gitio (*Syll.*, 3.ª ed., 592) califica al romano de «salvador». Flaminino desempeña, aquí, función de rey.

En ese mundo, permanentemente en guerra, las ciudades califican, precisamente, de *salvadores, bienhechores, restauradores de la paz* a los reyes, en innumerables decretos otorgados en su honor.[24] Pero Polibio (XV, 24) subraya con decepcionadas lucidez que

> «casi todos los reyes, al principio de su carrera, agitan ante los ojos de todos la palabra libertad [...] luego al hilo de los hechos, se comportan como déspotas con quienes han confiado en ellos».

Como veremos más adelante, estos epítetos justificarían, poco a poco, los cultos.

La liberación es una restauración: comporta el restablecimiento de las instituciones modificadas por algún protector anterior y va acompañada de la autonomía. El rey tenía como misión hacer revivir un pasado que era calificado de excelente. En materia política, no puede elogiársele por iniciativas innovadoras. Como en las ciudades existían siempre dos partidos opuestos, su alternancia en el poder según los «protectores» que se sucedían, constituía siempre una restauración –ya fuera oligárquica o democrática–, de la que se felicitaba el vencedor del momento. Pero un decreto no implica unanimidad.

El restablecimiento de la paz debía provocar el de la prosperidad. Así, Ilión elogió la actuación de Antíoco I, quien después de los momentos difíciles que habían conocido las ciudades con ocasión de la revuelta de la Seleukis, «ha restablecido la paz y la antigua prosperidad» (*OGIS*, 219), lo que le convirtió en bienhechor y salvador. En ese punto, la función guerrera se articulaba con la función alimenticia.

Pero en tiempo de guerra, si esa protección real faltaba, las ciudades quedaban a merced del enemigo. Como dicen las inscripciones, corrían «los peores peligros».

d) *El rey en el combate*

Verdaderamente, los reyes desempeñaban personalmente la función guerrera. *Educados para la guerra* desde la infancia (véase, por ejemplo, Plutarco, *Pirro,* 9), como Alejandro, debían ser buenos estrategas. La práctica de *la caza* les permitía ejercitar su valor. Los reyes de Macedonia poseían extensos cotos de caza. Tras la batalla de Pidna, Paulo Emilio ofreció al joven Escipión la ocasión de ejercitar las virtudes guerreras en esos cotos recientemente conquistados. Mientras cazaba en los dominios del rey de Macedonia –dice Polibio–, el joven se veía casi como un rey (XXXI, 29). En la caza, el rey debía mostrar un talento excepcional, anunciador de la victoria. Así, se atribuía a Ptolomeo V la proeza de haber abatido a un toro con un solo lanzamiento de jabalina (Polibio, XXII, 3). La caza real era también de tradición oriental. Los reyes de Egipto estaban representados en los pílonos de los templos de Karnak y de Medinet Habu, cazando el búfalo salvaje. Pensemos, también, en la caza del león de Asurbanipal.

Los reyes combatían personalmente. Debían compartir con sus soldados los rigores de la vida militar. Filipo V, durante la guerra social, hacía marchas nocturnas (Polibio, V, 6) y Antíoco, en su avance contra Arsaces, atravesó el desierto para alcanzar Hecatompilos, y luego se internó en un país montañoso de difícil acceso. Evidentemente, el ejemplo de Alejandro le impulsaba (Polibio, X, 28-30).

Esa vida de dureza era la garantía del éxito en las empresas militares, éxito que no podían esperar los príncipes afeminados. A la edad de 25 años, dice Polibio (XXII, 17), Ptolomeo V Epifanes no había tomado parte todavía en ninguna expedición. Era éste un signo de debilidad que se podía achacar a la actuación del mal consejero Polícrates. De igual forma, Prusias II (muerto en 149), «era afeminado de espíritu y de cuerpo», dice Polibio (XXXVI, 15). «Son, éstos, defectos que todos los pueblos en general, pero los bitinios en particular, no gustan de ver en un rey.»

Aunque compartía la vida del campamento, el rey tenía una tienda donde se acumulaban sus tesoros personales. Así, Polibio evoca, por ejemplo (V, 81), la tienda de Ptolomeo IV en Rafia. Atalo I tenía muchos objetos preciosos en el *barco insignia,* del que Filipo V se apoderó en Quíos (Polibio, XVI, 6).

Antes de la batalla, el rey, como buen general, reconocía el lugar y

preparaba su táctica. Así, antes de la batalla de Selasia, Antígono Dosón «se tomó algunos días para estudiar, al abrigo del curso del Gorgilo, la topografía del lugar y las características de los diferentes cuerpos de soldados» (Polibio, II, 66).

Antes de que comenzara la batalla, el rey pasaba revista y arengaba a sus tropas, así como a sus oficiales de mayor graduación. Eso fue lo que hicieron Ptolomeo IV y Antíoco III antes de la batalla de Rafia. Y, por parte egipcia, la reina Arsínoe añadió sus estímulos y promesas (Polibio, V, 83-84, corroborado por la estela egipcia de Phitom, publicada por Gauthier y Sottas, *Un décret trilingue en l'honneur de Ptolémée IV,* El Cairo, 1925). Cada uno de los dos reyes recordó la gloria de sus antepasados y despertó en sus soldados la esperanza del botín. Fue lo mismo que hizo Filipo V antes de Cinoscéfalos (Plutarco, *Flaminino,* 7).

Durante la batalla, el rey se rodeaba de su *guardia.* Un escuadrón de 3000 hombres constituía la guardia de Ptolomeo IV en Rafia; 700 de esos hombres eran caballeros, que constituían la escolta más inmediata al rey (Polibio, V, 65); Antíoco III tenía una escolta de 2000 caballeros en Bactriana, en la batalla contra Eutidemo (Polibio, X, 49). El título de *somatofilax,* guardia de corps, designaba a un alto rango en el personal de la corte macedónica.

Con frecuencia, el rey se mantenía en el centro de su ejército, presto a intervenir en los puntos que flaqueaban. Así, Antíoco III en Nahr-el-Kelb, en el Líbano (Polibio, V, 69). En ocasiones, los dos reyes podían tomar el mando de las alas de su ejército respectivo, para enfrentarse personalmente. Tal fue lo que ocurrió en Rafia (Polibio, V, 84).

El soberano, vestido de púrpura y tocado con un casco reluciente —sobre el que los Seléucidas y Pirro colocaban la diadema—, resultaba peligrosamente visible. Pero estaba obligado a exponerse, pues ello estimulaba a sus tropas y asustaba al enemigo. Así, también en Rafia, según dice Polibio (V, 85), Ptolomeo, «que se había replegado al abrigo de la falange, se descubrió en seguida y se lanzó al centro de la batalla; su aparición entre las tropas aterrorizó al enemigo, mientras que inspiró coraje y ardor a los suyos». Estamos ante una evidente supervivencia de los modelos de la *Ilíada.* La persona del rey, su estatura heroica, ejercía sobre las tropas una fascinación capaz de decidir la suerte de la batalla. Así, en la decisiva batalla que Antíoco III libró con el sátrapa rebelde de Mesopotamia, Molón, «el ala izquierda de Molón, en cuanto se vio en presencia del rey, se pasó al lado de éste; entonces, las tropas de Molón le abandonaron, mientras que las del rey redoblaron su ardor» (Polibio, V, 54). Ello decidió la suerte de la batalla e impulsó a Molón al suicidio. Unas palabras atribuidas a Antígono Gonatas por Plutarco (*Apotegma* 183 D) resumen este sentimiento del valor sobrenatural de la persona real.

Cuando se comunicó a Antígono que Ptolomeo tenía más barcos que él, respondió: «¿Cuántos barcos vale mi presencia?».

Incluso en el mar, los reyes combatían personalmente. En 201, Atalo I y Filipo V se enfrentaron cada uno a bordo de su barco insignia (Polibio, XVI, 3-6).

Cuando había que sitiar una ciudad, no era raro que el rey estableciera su campamento al pie de las murallas y que decidiera personalmente la táctica, como lo hizo Antíoco III en el asedio de Amman, antes de la batalla de Rafia (Polibio, V, 71). o en el asedio de Sardes, donde se hallaba acorralado Aqueo (Polibio, VII, 15). De igual forma, Demetrio Poliorcetes dirigió en persona el asedio de Rodas, donde hizo construir máquinas nuevas (Diodoro. XX, 91). Podríamos citar también a Filipo V en el sitio de Equino (Polibio, IX, 41).

Estas guerras, en las que exponían su persona, suponían muchas veces que los reyes resultaran heridos. Alejandro se hallaba cubierto de cicatrices. Antíoco I fue herido en el cuello en un combate (*OGIS*, 220). Los reyes se hacían acompañar por su médico durante la batalla (por ejemplo, Polibio, V, 81). Por otra parte, algunos soberanos murieron en el campo de batalla, ya por efecto de las heridas, como Ptolomeo VI (*I Macabeos*, 11, 18) o Pirro en el asedio de Argos (Plutarco, *Pirro*, 34), o por efecto de una enfermedad contraída durante la expedición, caso de Antíoco IV (*II Macabeos*, 9. 5).

Dos tradiciones imponían al rey esa bravura: la de Alejandro, que se remontaba a la *Ilíada*, y la de los soberanos orientales. Esta analogía de los modelos de Oriente y de Grecia se percibe en la comparación de los relatos —desde luego, independientes— que poseemos de la batalla de Rafia en Polibio y en la estela de Phitom.

La derrota era vergonzosa. Para Polibio, era, con frecuencia, el efecto de una falta de cálculo.[25] Por tanto, era consecuencia de una conducta no racional, que él despreciaba. Más valía suicidarse que sobrevivir a una catástrofe irreparable, y Polibio (XXIX, 17, 3) acusa a Perseo de no haber tenido el valor de hacerlo (cf. Plutarco, *Paulo Emilio*, 33). Cleopatra sí que tuvo ese valor.

e) *El botín*

Si la guerra victoriosa era condición de prestigio y poder, era también —y estamos ante una de sus funciones esenciales— proveedora de botín. No vamos a evocar aquí el valor económico del botín. aspecto que trataremos en los capítulos dedicados a la guerra y la economía. Bástenos decir que el rey, como en la *Ilíada*. guardaba para sí una parte privilegiada

del botín. Siguiendo la costumbre, dice Filarco, al que cita Polibio (II, 62), Cleómenes de Esparta recibió la tercera parte del botín después de la conquista de Megalópolis. En ocasiones, el rey moderaba el ardor de sus soldados en el pillaje por humanidad o por preocupación de preservar el valor fiscal de una ciudad.

Sin embargo, el pillaje estaba admitido por *las leyes (o las costumbres) de la guerra* (Polibio, V, 11, 3).

El rey ofrendaba a los templos las primicias de su botín, especialmente a los santuarios panhelénicos de Delfos, Olimpia y Delos. Era una costumbre griega antigua. Tal es el origen del tesoro de los atenienses y del Trípode de Platea ofrecidos a Delfos. Los templos estaban llenos de escudos conquistados al enemigo, escudos que Pausanias menciona con complacencia en sus descripciones. Pirro dedicó a Zeus de Dodona una parte del botín conquistado a los romanos y a sus aliados (*Syll.*, 3.ª ed., 392). Antígono Dosón dedicó a Apolo de Delos un monumento, hoy perdido, que aparece mencionado en una inscripción (Durrbach, *Choix d'inscriptions de Délos*, núm. 51) y que pagó con el botín de su victoria en Selasia. Los romanos adoptaron también esta tradición. En Delos, también, al sur del pilar de Antíoco, una «Base de los Trofeos» representaba el amontonamiento de escudos macedónicos que un general romano había tomado en Grecia y dedicaba a Apolo. Las particularidades de los escudos indicaban la nacionalidad del vencido. Tal vez expiatorio fue el destino que Demetrio Poliorcetes dio al botín conseguido en Rodas: consagró el diezmo a la reconstrucción de Tebas, destruida al principio del reinado de Alejandro (*Syll.*, 3.ª ed., 337). Por último, había un botín de carácter particular: las estatuas sagradas, robadas mucho tiempo antes por algún enemigo y que se iban a recuperar. Era el objetivo de la expedición de Alejandro, y fue también el de Ptolomeo Evergetes I en su campaña contra el Seléucida (*OGIS*, 56, ll. 10-11).

f) *Los consejeros en la guerra*

Tanto durante las campañas como en tiempo de paz, el rey era acompañado de sus *consejeros y «amigos»*. Deliberaba con ellos sobre la táctica a seguir. En ocasiones surgían disensiones entre los consejeros, que terminaban de forma trágica. Por ejemplo, la disputa entre Hermias y Epígenes pesó en la estrategia de Antíoco III (Polibio, V, 49-51). No obstante, fuera cual fuera la influencia de sus consejeros, el rey era responsable de sus decisiones. Lo era ante la historia. «Es a los soberanos a quienes nosotros los historiadores debemos atribuir las decisiones que constituyen el resultado de las deliberaciones», afirma Polibio

(IV, 24) con respecto a Filipo V y los consejeros de ese joven rey de 17 años.

Después de la victoria, amigos y consejeros participaban en el banquete que ofrecía el rey (por ejemplo, Polibio, V, 14-15, a propósito de Filipo V durante la guerra social contra los etolios, entre 220 y 217), desfilaban en el triunfo en la escolta real, por ejemplo, al lado de Antíoco IV, en Dafne, en 166 (Polibio, XXX, 25-27; Diodoro, XXXI, 16) y también permanecían junto al rey en la derrota, como los amigos de Perseo, cuando fue derrotado por Paulo Emilio (Plutarco, *Paulo Emilio,* 33).

La guerra y el valor eran el patrimonio obligado del monarca, si bien se elogiaban los beneficios de la paz. No obstante, se juzgaba con dureza al rey que pretendía comprar la paz con dinero o hacer pagar su neutralidad. Polibio (XXIX, 8) estigmatiza los regateos de Eumenes II, que exigió 500 talentos a Perseo para permanecer neutral en el conflicto entre este último y Roma, y 1500 para poner fin a la guerra. La complicidad y la avaricia eran incompatibles con la idea que se tenía de un rey (Polibio, XXVIII, 9). Ahora bien, lo cierto es que ese tipo de transacciones no eran raras. Polibio afirma que en las ciudades había gentes que se enriquecían con los regalos que les hacían los monarcas para comprar su influencia con vistas a hacer votar una alianza. Por ejemplo, en Rodas, Poliarato y Dinón obtuvieron la generosidad de Perseo por desvincular a la ciudad de los romanos (Polibio, XXVII, 7).

g) *El rey, restaurador de la paz*

El segundo aspecto del díptico es la protección de las poblaciones y la conservación de su prosperidad. La función de «liberador» que asumía con respecto a las ciudades griegas, obligaba al rey a ayudarlas a defenderse de los ataques de los enemigos, ya lo hemos dicho antes. El rey defendía al mundo civilizado frente a los bárbaros. Así —ya lo hemos visto—, Eutidemo de Bactriana justificaba ante Antíoco III el título de rey que se había otorgado por la seguridad que ofrecía a las poblaciones de las fronteras de la India, que las incursiones de los nómadas amenazaban con barbarizar (Polibio, XI, 34). La gran amenaza de la que los reyes salvaban a las ciudades, en el siglo III, eran los galos. Véase el capítulo dedicado a la guerra.

Restaurar y conservar la paz era, una vez más, en la esfera real, un ideal común a los griegos y al mundo oriental. El decreto de Canope, cuya versión jeroglífica prolonga Igetes por haber «preservado el país en paz contragetes por haber «preservado el país en paz, luchando
contra muchos pueblos y contra sus príncipes» (*OGIS,* 56, ll. 12-13).

Y, según el decreto de Menfis, Ptolomeo Epifanes desempeñó la misma función luchando en Egipto contra los «rebeldes» atrincherados en Licópolis (*OGIS,* 90, ll. 19-28).[26]

El rey protegía también a sus súbditos de la arbitrariedad de sus funcionarios. Tal fue la política constante de los Ptolomeos, que nos es bien conocida (*P. Tebtunis,* 5, *P. Tebtunis,* 703, así como *OGIS,* 90). En efecto, la paz interna importaba tanto como la protección de las fronteras.

3) *FUNCIÓN ALIMENTICIA Y SOCIAL DEL REY*

La función real que consiste en asumir y garantizar la *fecundidad,* la *prosperidad* y la *alimentación,* tenía profundas raíces en el mundo griego. Ya en Homero encontramos algunas referencias al hecho de que la fecundidad de la tierra depende de un buen rey cuando Ulises, elogiando las cualidades «reales» de Penélope, afirma: «Al amparo de su buen gobierno la negra tierra produce trigo y cebada, los árboles se cargan de fruta, las ovejas paren hijuelos robustos, el mar da peces y son dichosos los pueblos que le están sometidos» (*Odisea,* XIX, 111-114).[27] De igual forma la realización correcta de los ritos por parte del faraón permitía que Egipto fuera feliz y próspero.

a) *Donaciones a las ciudades*

En la línea de esta función «nutricia» se inscriben las *donaciones* que los reyes hacían a las ciudades y, muy especialmente, *las donaciones de trigo,* particularmente apreciadas en Grecia. Asi en 307-306, Antígono el Tuerto entregó 150 000 medimnos de trigo a Atenas para alimentar durante un mes a 150 000 personas (Plutarco, *Demetrio,* 10, y Diodoro, XX, 46, 4) (cf. *Syll.,* 3.ª ed., 334). Atalo I donó a Sición 10 talentos y 10 000 medimnos de trigo, en reconocimiento de lo cual esta ciudad decidió dedicarle una estatua de oro y un sacrificio anual (Polibio, XVIII, 16). Eumenes II y Atalo II entregaron dinero a Delfos para la compra de trigo, la reconstrucción del teatro y la educación de los niños (*Syll.,* 3.ª ed., 671 y 672). Los reyes semibárbaros imitaron esta generosidad: Autoleón, rey de los peonios, donó a Atenas 7500 medimnos de trigo, que entregó en su puerto (*Syll.,* 3.ª ed., 371). Espartoco, rey del Bósforo, envió 15 000 medimnos a Atenas en 289-288, y este buen entendimiento se remontaba a sus antepasados (*Syll.,* 3.ª ed., 370). Masinisa donó trigo a Delos (Durrbach, *Choix,* p. 92).

Frecuentemente, la donación era promovida por mediación de un

compatriota influyente en la corte de un rey. Así, hacia 287-286, el poeta Filípedes obtuvo de Lisímaco una donación de 10 000 medimnos áticos para Atenas (*Syll.*, 3.ª ed., 374). Atenas elogió a Fedra de Esfeto, quien obtuvo de Ptolomeo II donaciones de trigo y de dinero para la ciudad, en 275-274 (*Syll*, 3.ª ed., 409). Calcis obtuvo de Ptolomeo VI, gracias a la mediación de Aristón de Soles, a la que se lo agradeció, lo necesario para alimentar a los soldados romanos acantonados (*OGIS*, 760).

Por otra parte, el ejemplo real lo seguían también muchos mecenas privados. Volveremos a encontrarlos en el capítulo dedicado a las ciudades. Citemos aquí únicamente a Protógenes de Olbia, hacia 230 (*Syll.*, 3.ª ed., 495).

El transporte de las donaciones de trigo exigía la protección de los barcos de carga. Las ciudades elogiaban a los reyes y a sus navarcos, como también a los de Rodas, por esa protección. Los decretos de reconocimiento que suscitaban las donaciones de trigo muestran, por otra parte, que el *hambre* era un fenómeno frecuente. Al igual que el mecenas de Olbia, al que acabamos de citar (*Syll.*, 3.ª ed., 495), Tersipo aprovisionó a su ciudad en una época de escasez (*OGIS*, 4, poco después de 323). Ptolomeo Evergetes aseguró el bienestar de Egipto haciendo que se importara trigo (*OGIS*, 56). De igual forma, Ptolomeo Epifanes no sólo llevó a Egipto la felicidad y la tranquilidad, sino que se preocupó de que todo el mundo viviera en la abundancia, a pesar de los conflictos (*OGIS*, 90, ll. 11-13). A raíz del terremoto de Rodas, en 227 o 226, los reyes dieron muestra de su generosidad y Polibio detalla la cuantía de sus donaciones, en especie y en dinero (V, 88-90). Especialmente, Ptolomeo III donó un millón de artabes de trigo, es decir, 400 000 hectolitros.

Los templos eran los beneficiarios privilegiados de las donaciones reales. Filetero ofreció al santuario de Hermes, en Tespias, que era al mismo tiempo un gimnasio, una tierra cuyo beneficio debía bastar para subvenir a las necesidades de aceite (*OGIS*, 749). Los Atálidas decoraron con mármol blanco el templo de Pesinunte (Estrabón, XII, 5, 3 = C 567). Los inventarios de Delos testimonian la gran generosidad de los reyes (Michel, *Recueil d'inscr. gr.*, núm. 833; F. Durrbach, *Inscriptions de Délos* 442 B (de 179); 444 B (de 177); 396 (de 194); 385 (de 196). Encontramos atestiguadas las donaciones de Antígono, de Atalo I, de Ptolomeo I y de la reina Estratónice, que podemos seguir a través de los inventarios sucesivos.

Así pues, los objetos preciosos se amontonaban en los santuarios. Las inscripciones muestran que el inventario se realizaba cada año. Pausanias gusta de enumerar esas donaciones.

El bienhechor era honrado con una *agalma*, estatua de culto en el interior del templo, o con una *eikon*, estatua en pie o ecuestre situada en la plaza pública o en el recinto del santuario.

Eumenes II –afirma Tito Livio (XLII, 5)– hizo más regalos que los otros reyes (véase L. Robert, *Ét. anat.*, pp. 24-25, y G. Daux, *Delphes au IIe et au Ier siècle,* pp. 497-511, y Apéndice X). Para los Seléucidas, pueden encontrarse fuentes en E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* p. 125.

También las *fundaciones culturales* que ofrecían a las ciudades incrementaban el prestigio de los reyes. Eumenes II prometió a Rodas un teatro de mármol blanco (Diodoro, XXXI, 36); Filetero donó 26 talentos a Cícico, para el aceite de su gimnasio y las fiestas de sus *neoi* (*OGIS,* 748); por su parte, Eumenes II hizo reparar el teatro de Delfos (*Syll.* 3.ª ed., 671, B, ll. 12-13); Ptolomeo Filadelfo fundó en Atenas un Ptolemaion, que era al mismo tiempo gimnasio y biblioteca (Pausanias, I, 17, 2). También en Ereso existía un Ptolemaion (L. Robert, *Et. anat.*, p. 175). El gimnasio de Iaso contaba con un Ptolemaion y recibió donaciones de Antíoco (L. Robert, *op. cit.*, p. 452).

Los reyes contribuían a *restaurar las murallas.* Así, Lisímaco rehízo las murallas y las cloacas de Éfeso (Estrabón, XIV, 1 = C 640). Atalo I hizo una donación a Quíos para que construyera sus murallas (L. Robert, *op. cit.*, p. 85).

Asimismo, cuando una ciudad se hallaba en mala situación, el rey podía *reducir los impuestos* que ésta le debía. Fue lo que hizo Ptolomeo, hijo de Lisímaco, en Telmeso (*OGIS,* 55) o Filetero en Cícico (*ibid.*, 748).

Los reyes *reconstruían a veces ciudades destruidas por la guerra.* Tebas constituye un ejemplo en este sentido, poco después de 304, por iniciativa de Casandro (*Syll.*, 3.ª ed., 337), como también Rodas, que en 227 o 226 fue destruida por un temblor de tierra (Polibio, V, 89-90).

«Eumenes II tenía la pasión de la gloria. Llenó con sus dones a más ciudades particulares que ningún rey de su tiempo en Grecia» (Polibio, XXXII, 8). En Atenas, existía un pórtico de Eumenes II y el pórtico de Atalo II, reconstruido actualmente en el ágora.[28] Todavía puede verse en Delos la inscripción dedicatoria del pórtico de Antígono Gonatas (*Choix d'inscriptions de Délos,* de F. Durrbach, núm. 25) y la base del pórtico de Filipo V (cf. Ph. Bruneau y J. Ducat, *Guide de Délos,* p. 75).[29] Antíoco IV ofreció a Olimpia un tapiz de lana adornado con bordados asirios y púrpura de Fenicia, así como una égida de oro al teatro de Atenas (Pausanias, V, 12, 4), e hizo que se renudara la construcción del Olimpeion; en el Didimeo de Mileto, Seleuco I ofreció una gran lámpara, copas de oro y plata y otros regalos que enumera *OGIS,* 214. Antíoco I prometió construir en Mileto un pórtico cuyos ingresos serían dedicados al mantenimiento del Didimeo (*OGIS,* 213), Las donaciones de Seleuco IV al templo de Jerusalén se recogen en *II Macabeos,* 3, 3. Asimismo, según la *Carta de Aristeas a Filócrates* (§§ 33 y 51-82), Ptolomeo (I o II) realizó fastuosos regalos al templo de Jerusalén.

La consecuencia económica de esas donaciones era una gran inmovilización de la riqueza... hasta el siguiente pillaje.

Por parte de los reyes, las donaciones respondían a diversas intenciones. En primer lugar, se buscaba el prestigio inmediato y la inmortalidad del recuerdo. Esto explica el gran número de monumentos ofrecidos a las ciudades y a los santuarios más frecuentados: Atenas, Delfos, Olimpia y Delos. En este aspecto, los reyes seguían el ejemplo de las ciudades clásicas y de los tiranos de Siracusa, que habían dedicado a Delfos y a Olimpia los monumentos de sus victorias. Los reyes semibárbaros de Oriente hacían regalos a las ciudades griegas para ganarse la reputación de filohelénicos.[30]

Por otra parte, se sabía que las donaciones producían el reconocimiento, que podía redundar en ventajas políticas para el donante. Ésa era la razón por la cual la Liga aquea rechazaba los regalos de los reyes.[31] Había también ciudades pobres que los reyes sostenían para que su pobreza no las convirtiera en presa demasiado fácil para el enemigo. Así, las ciudades de la Liga beocia eran «alimentadas por los reyes de Macedonia».[32] Los reyes hacían también donaciones a las ciudades que sitiaba su adversario. Así, Rodas, cuando fue atacada por Demetrio Poliorcetes, recibió la ayuda de Ptolomeo I (Diodoro, XX, 96 y 100). Cuando Antígono el Tuerto donó a Atenas 150 000 medimnos de trigo en 307-306 y, además, madera para construir 100 barcos, pensaba en utilizar los barcos para sus guerras (Diodoro, XX, 46, 4 y 50, 3). Los anfictiones de Delfos comprendieron claramente cuáles eran las intenciones políticas que inspiraban la generosidad de Eumenes II. En el decreto en el que le expresan su reconocimiento (*Syll,* 3.ª ed., 630) recuerdan que había gratificado con regalos a numerosas ciudades griegas para que conservaran su autonomía,[33] y el estilo de los considerandos del decreto permite adivinar que fue escrito por el propio rey. Las subvenciones para la reparación de las murallas iban dirigidas al mismo fin. Así pues, la competencia estimuló la generosidad de los reyes antagonistas: Polibio (V, 89) lo subraya con respecto a los regalos enviados a Rodas después del terremoto.

Desde luego, tampoco hay que excluir forzosamente la existencia de una auténtica piedad, de una generosidad desinteresada.

También el *deseo de establecer una alianza* podía impulsar al benefactor. Así, hacia 180, Ptolomeo V, que deseaba conseguir la alianza de la Liga aquea, envió a ésta diez barcos de 50 remos, totalmente aparejados (Polibio, XXIV, 5). Con miras a la misma alianza, ya había ofrecido 6000 escudos de peltastas en bronce y 200 talentos de bronce amonedados (Polibio, XXII, 9). Perseo, que deseaba obtener el apoyo de Rodas, regaló a la ciudad madera para la construcción de barcos y regaló una cinta de oro a cada uno de los marinos que le habían llevado a Laodice, hija de

Seleuco IV, con ocasión de su matrimonio (Polibio, XXV, 3). Hacia 160, el rey Ariárates envió a Roma una corona de 10 000 estateros de oro. Por su parte, Roma le envió el cetro y un precioso trono de marfil (Polibio, XXXII, 1). También el rey seléucida Demetrio I envió a Roma una corona de 10 000 estateros (Polibio, XXXIII, 2). Antíoco IV, con ocasión de su efímera conquista de Egipto, entregó una moneda de oro a cada uno de los griegos de Naucratis (Polibio, XXVIII, 20, 11).

En cuanto a los regalos efectuados a los templos, su intención política queda de manifiesto especialmente en el decreto de Menfis (piedra de Rosetta, *OGIS,* 90), donde se lee la capitulación real con respecto a los templos después de una revolución. La principal donación consiste en la supresión de impuestos (ll. 28-31), que se suma a la confirmación de los ingresos que el rey concedía a los templos (ll. 11 ss.), al incremento de las subvenciones para las exequias de los animales sagrados (ll. 31-32), a los regalos de objetos preciosos y a la construcción de un templo dedicado a Apis (ll. 33-35).

Es cierto que en su largueza para con los templos indígenas, los reyes se vieron obligados a seguir el ejemplo de sus predecesores, aqueménidas y faraones, que el clero no debió de dejar de recordar a la hora de sacar partido a su lealtad.

Pero, a veces, cuando se ofrecían a las ciudades para conseguir su alianza, los regalos eran rechazados. Así, Eumenes II ofreció a los aqueos 120 talentos, cuyos intereses debían utilizarse para indemnizar en cada sesión a los representantes de la asamblea. Los aqueos rechazaron el regalo porque las leyes les prohibían recibir un regalo de un rey. En efecto, «los intereses de los reyes son opuestos, por naturaleza, a los de las democracias» (Polibio, XXII, 8).

En el capítulo dedicado a la economía nos referiremos a las donaciones de tierras que los reyes hicieron no sólo a los templos, sino también a los grandes personajes y a sus oficiales. Nos limitaremos a presentar ahora dos ejemplos: Casandro regaló tierras, en plena propiedad, a un antiguo oficial de Alejandro (*Syll.* 3.ª ed., 332); Antíoco I regaló un dominio a Aristodícida de Aso, como recompensa por su amistad (*OGIS,* 221).

b) *La «filantropía»*

Polibio (V, 11), al reprender a Filipo V, al que condena por sus atentados a las «leyes de la guerra», dice: «un rey testimonia a todos su benevolencia, se le ama por sus buenos actos y por su humanidad, lo que hace que se le considere de buen grado como guía y jefe».[34] La *Carta de Aristeas a Filócrates,* §§ 190-192, ve en esa «humanidad» la imitación, que

preconiza, de un modelo divino: «la indulgencia es la manera de dios». Más adelante, § 208, el autor añade que la humanidad tiende a la misericordia. Por su parte, Polibio (V, 11) se refiere a este concepto de misericordia cuando afirma: «No golpearemos a todos juntos, inocentes y culpables; nos esforzaremos, más bien, por salvar y no tocar, con los inocentes, a aquellos que consideramos culpables». La *filantropía* limita, pues, con la justicia.

El concepto de *filantropía* fue de tal forma deformado, que el índice de las *OGIS* no enumera las menciones de ese concepto.

c) *La riqueza del rey*

Otra proyección, en el registro social, de esa capacidad acumulativa y nutricia que define al carisma real es *la obligación de ser rico.* Polibio, que admiraba la vida sobria de los Escipiones y de Paulo Emilio, despreciaba, sin embargo, a los reyes empobrecidos (V, 88-90). Ya Isócrates recomendaba a Nicocles (§ 19) –al tiempo que le prohibía los gastos inútiles– «un tren de vida brillante y digno de un rey». Y Ptolomeo pregunta al sabio judío que traducía para él la Biblia: «¿Cómo seguir siendo rico?» A ello responde el sabio, «no hay que hacer ningún despilfarro, sino atraerse, por la benevolencia, la dedicación de los súbditos» (*Carta de Aristeas,* § 205). Así, el ideal de autarquía define a la riqueza como un tesoro que hay que conservar.

Sin embargo, el gasto, que, con la riqueza, revela la capacidad de proteger y de alimentar, era también un *tema de propaganda.* Lo era ya para Hierón de Siracusa, al que Píndaro celebra en la primera *Olímpica.* Polibio dice que en el advenimiento al trono de Ptolomeo Epifanes se hicieron preparativos suntuosos y que hubo una solemnidad digna de la majestad real (XVIII, 55). Los reyes celebraban grandiosas fiestas. Así, Ptolomeo II, cuya riqueza celebró Teócrito (*Idilio* XVII, vv. 73 ss.) y que, según Ateneo (V, 203 C) superaba a todo el mundo en este capítulo, hizo desfilar por las calles de Alejandría, y dedicado a la memoria de sus parientes, el interminable cortejo dionisíaco de sus tesoros, sus esclavos, sus perros, sus animales exóticos y sus tapices, que describe Calíxeno de Rodas (Ateneo, V, 198 ss.). El triunfo de Antíoco IV, con su desfile en Dafne (XXXI, 25), respondía también a un objetivo propagandístico.

Las donaciones y la hospitalidad eran, junto con las fiestas, las principales manifestaciones de la riqueza. Los magníficos banquetes dedicados a los embajadores se celebraban para hacer ostentación del poder de quien los ofrecía. Así ocurrió con la recepción que Antíoco IV ofreció a los embajadores de Ptolomeo VI (Polibio, XXVIII, 20). Por lo

demás, la opulencia era el signo del favor de los dioses y se suponía que se extendía del rey a los súbditos (Teócrito, *Idilio* XVII).

También los *palacios* debían sugerir la riqueza por el brillo de su decoración. En este aspecto, el modelo era oriental: pensemos en el palacio de Persépolis y en el esplendor de la vida de la corte que expresan los frisos de los servidores y de los arqueros. Polibio (X, 27) describe los artesonados recubiertos de oro de la residencia de Ecbatana, oro del que Antíoco III habría obtenido 4000 talentos en moneda.[35] Por otra parte, los reyes adornaban la ciudad en la que residían con templos, tanto indígenas como griegos, gimnasios, jardines, instituciones científicas, bibliotecas o puertos de placer. El partido que los arquitectos helenísticos sacaron de la imposible pitón de Pérgamo[36] permite adivinar la belleza de un urbanismo audaz. Alejandría[37] no ha sobrevivido más que en el trazado magnífico de sus calles principales y en la descripción que hace Estrabón de la ciudad y del vasto conjunto real que agrupaba, al borde del mar, palacios, jardines e instituciones científicas (XVII, 1, 8-10 = C 795 ss.). El palacio de Masada, en Judea, y las fachadas de los palacios que señalan las tumbas de Petra, imitaron en los confines del desierto la opulencia de Alejandría. No dedicaremos estas páginas a evaluar la riqueza de los reyes. El lector encontrará unas cifras al respecto en el capítulo dedicado a la economía.

El palacio albergaba una *vida cortesana.* Junto a Alejandro se hallaban de forma permanente los amigos (*Hetairoi* o *philoi*), y el escuadrón de la guardia de corps *(sômatophylakes)* le rodeaba en el combate y sus miembros desempeñaban funciones de ayudas de campo.

Además de esa «casa militar», entre los Seléucidas (véase E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* pp. 36-38 y 40-50) como entre los Lágidas (véanse los trabajos de L. Mooren, especialmente *Studia Hellenistica,* 23, 1977), el rey tenía una casa civil,[38] cuyos miembros tenían títulos honoríficos. Esos títulos se concedían también a otros altos funcionarios que no vivían en la corte y, particularmente entre los Lágidas, a los estrategos gobernadores de los nomos. En Egipto vemos la existencia de una jerarquía de títulos que parece ordenarse de esta forma, de arriba a abajo: *pariente* (real), *equivalente a los parientes reales, amigos principales, equivalente a los primeros amigos, archisomathophylakes, amigos, somatophylakes* y, por último, un título difícil de situar: *«sucesores»,* es decir, «la reserva de reclutamiento». Esos títulos no eran hereditarios. La determinación de esa jerarquía y su conexión con la jerarquía de las funciones civiles plantea no pocos problemas. Puede encontrarse la bibliografía, el estado de la cuestión y las últimas conclusiones en los trabajos de L. Mooren, especialmente en «Ueber die ptol. Hofrangtitel», *Studia Hellenistica,* 16, *Antidorum Peremans,* pp. 161-180.

Una jerarquía de parecidas características surge no sólo en los reinos

helenísticos sino también —sobre todo, el título de *amigo* o *«conocido del rey»*— en el Egipto faraónico, atestiguado por los historiadores de Alejandro, fue reforzado, sin duda, por los modelos orientales.

El rey manifestaba el don divino de la opulencia por un *brillo* majestuoso. Tenía un «aire real» que no permitía el error. Así, Antíoco III reconoció en Demetrio de Bactriana «el aire, la conversación, la prestancia dignas de un soberano, y le prometió en matrimonio a una de sus hijas (Polibio, XI, 34). Plutarco, por su parte, atribuye a Pirro el equilibrio que da la coexistencia de cualidades opuestas: «invencible y deslumbrante en el combate, pero lleno de dulzura para con los prisioneros» (*Pirro,* 11).

Este brillo del rostro nos sitúa en la vía del diosinismo real, sobre el que volveremos más adelante. Pero éste es el momento de evocar la *tryphe,* ya condenada como una molicie envilecedora (es el carácter que Polibio atribuye a Ptolomeo Filopátor) o que impulsa a una embriaguez mística, o simple despliegue de todas las formas del lujo.[39]

A esta exaltación del poder y de la suerte, los moralistas oponen, para exigírselas también al rey, la *reserva* y el *dominio de sí mismo,* virtudes que se apreciaban en el ciudadano de la época clásica, ya que eran virtudes militares. Isócrates permitía a Nicocles el lujo del vestido, que designaba con el verbo *tryphao,* pero le exigía la sobriedad y el dominio de sí (*A Nicocles,* 29-32). Eran las corrientes cínica y estoica las que propugnaban esa moderación en torno a los reyes. Polibio (II, 64) hace una descripción de Antígono Dosón, maltratado por los argienos pero «dueño de sí mismo, como corresponde a un general y a un rey», sin dejarse arrastrar a la réplica. Filipo V, después de haber sido vencido, permaneció dueño de sí y lleno de tacto en sus negociaciones con los romanos y con los griegos (Polibio, XVIII, 38). De igual forma, la Carta de *Aristeas a Filócrates,* cuya inspiración estoica es evidente, a la pregunta «¿cuál es el poder más fuerte?», responde: «dominarse uno mismo y no dejarse llevar por los impulsos...» (§§ 221-223; cf. § 237).

El rey, bienhechor, lo era también si era *justo.* En todos los ámbitos, tanto el oriental como el griego, la justicia era una de sus mayores virtudes. La religión egipcia asociaba al faraón con Maat, la diosa de la justicia, de la verdad y del orden cósmico.[40] El decreto sacerdotal de Menfis, *OGIS,* 90, de estilo faraónico, elogiaba al rey por haber dispensado a todos un tratamiento justo, como Hermes (Toth). Ser justo implicaba seguir un modelo divino. En el modelo griego, la justicia era la cualidad que se esperaba del ciudadano, del magistrado y, por supuesto, del árbitro.[41]

Con respecto a los reyes, los «tratados de la realeza» y los «consejos al príncipe» son los que insisten en ese espíritu de justicia, pero éste es más raramente elogiado en ellos que las virtudes menos intelectuales de la beneficencia y la humanidad. Y, si las reinas de Egipto eran *Dikaiosyne,* lo

eran en tanto que Isis.[42] Por lo que sabemos, los reyes nunca tuvieron el epíteto de «justo».

Al igual que los sabios egipcios, los moralistas griegos identifican el concepto de justicia con el de «justicia del juicio». Isócrates concede ese don a Evágoras (§ 41). El rey era capaz, independientemente de la guía que le proporcionaran las leyes, de «dar a cada uno lo que le era debido» (§ 42). Desde Evágoras a Justiniano, que comienza las *Institutiones* con las famosas palabras *justitia est constants et perpetua voluntas suum cuique tribuens,* ese ideal sobrevivió a mil años de reflexiones sobre la condición real.

El sentido de lo justo tenía como fuente el *amor de la verdad* «Isócrates, *A Nicocles,* 22). Arriano (*Anábasis,* I, 1) consideraba que Ptolomeo I era el más fiable de los historiadores de Alejandro, especialmente porque «siendo él mismo rey, hubiera sido más vergonzoso mentir en su caso, que en el de ningún otro». Filipo V, afirma Polibio (XIII, 3), «recurrió a una astucia de guerra que a nadie le parecería digna de un rey, pero que algunos estarían dispuestos a admitir como un mal necesario, pues hoy en día, en la dirección de los asuntos, la astucia se ha convertido en moneda corriente». Por su parte, Polibio reprocha a Antíoco la astucia que utilizó para apoderarse de Pelusa (XXVIII, 18), por ser contraria a la dignidad real.

La verdad debía buscarse y establecerse. Para ello, *un rey debía saber escuchar a sus súbditos.* Conocida es la anécdota que Plutarco cuenta sobre Demetrio Poliorcetes, quien, invocando falta de tiempo, se negó a escuchar la petición de una pobre anciana. «Entonces –le dijo ella–, no seas rey» (Demetrio, 42; cf. *Carta de Aristeas a Filócrates,* § 239).

Es aquí donde el sentido de lo justo limita con el de la *filantropía.* Los súbditos de los Ptolomeos, en sus súplicas de iniciación de un proceso, pedían *justicia* para gozar de la beneficencia real (O. Gueraud, *Enteuxeis, passim*).

d) *El rey sabio y los filósofos en la corte*

Sin embargo, la verdad era también algo más elevado, que se definía por el saber, y el rey justo de la época helenística se identifica con el *rey filósofo* de Platón (*República,* V, 473D). *Necesita una educación real apropiada y consejos.* Isócrates se plantea la elevada tarea de ser el educador de los reyes (*A Nicocles,* 8). En efecto, si el rey no puede ser filósofo, al menos debe rodearse de consejeros que lo sean. El saber daría al rey una *previsión,* imitada de la *providencia* divina, virtud generadora de seguridad para él y para los pueblos.

En la costumbre de atraer a la corte a filósofos y poetas seguían el modelo griego. Un aedo frecuentaba la casa de los reyes de la epopeya; Píndaro, Baquílides y Platón estuvieron en la corte de los tiranos de Siracusa; en torno a Pericles gravitaba una *intelligentsia* un tanto subversiva, a cuyo frente figuraba Anaxágoras, y Eurípides precedió a Aristóteles en su labor de educador de los reyes de Macedonia. Esto constituía el adorno de la corte.

Con Alejandro comenzó la explotación metódica de los sabios y filósofos en beneficio de la eficacia real. En la *Vida de Alejandro* (7), Plutarco insiste en el valor de la educación que Alejandro recibió de Aristóteles. Había llegado incluso a aprender de él la medicina, versión racional del tema del «rey curador». Alejandro partió en campaña con la *Ilíada,* en la edición corregida de Aristóteles y, más tarde, Harpalo le habría enviado las obras del historiador Filisto, tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo y los ditirambos de Telestes y Filoxenos. Al parecer, tenía un don natural para la filosofía, don que se vio fortalecido por la educación. Sentía una gran amistad por Anaxarco de Abdera, de la escuela de Demócrito, quien le acompañó a Asia (28), y habría enviado 50 talentos a Xenócrates, segundo sucesor de Platón en la Academia. Deseoso de no dejar perder ni un solo grano de sabiduría, nada más llegar a Egipto habría escuchado una conferencia del filósofo Psamón (27) y en la India los gimnosofistas habrían pasado con éxito la prueba de sus preguntas, capciosas (64), mientras que Dandamis y Calamos, con una rudeza totalmente cínica, se hacían de rogar para contestar a las preguntas que Onesícrito –también filósofo– les planteaba de parte del rey (65). Muchos filósofos recibieron regalos por haber acompañado a Alejandro. Entre ellos hemos de citar, aparte del cínico Onesícrito, a Pirrón de Elis, el primero de los escépticos. Una vez más, lo importante no es llegar a establecer lo que hay de verdad y de exageración en las afirmaciones de Plutarco. Lo que importa es encontrar aquí, *a posteriori* desde luego, pero alimentado con toda la experiencia helenística, un modelo de conducta real que debió ser invocado tanto más pronto cuanto que tenía raíces en el mundo griego.

Sabios y filósofos aparecen en la corte de los reyes, primero, como preceptores. Así, Filetas de Cos, autor del primer glosario griego, fue preceptor de Ptolomeo II (Suidas, s.v. *Philétas,* ed. A. Adler, IV, núm. 332, p. 723). Se dice también que el peripatético Estratón de Lámpsaco (Diógenes Laercio, V, 58) habría desempeñado también esa función. No sabemos con certeza si Eratóstenes formó a Ptolomeo III y permaneció al lado de Ptolomeo IV.[43] Antígono Gonatas no parece haber encontrado la filosofía hasta sus primeras estancias en Atenas.[44] Se proclamaba discípulo de Menedemo de Eretria (Diógenes Laercio, II, 141). Menedemo, aunque de origen oscuro, ejerció altos cargos en su ciudad y desempeñó embaja-

das ante Ptolomeo, Lisímaco y Demetrio *(ibid.)*. Antígono habría sido también el auditor de Cleanto (Diógenes Laercio, VII, 169) y de Zenón, cuando acudía a Atenas (íd., VII, 6). Diógenes Laercio cita incluso una carta, aunque ficticia, de Antígono a Zenón, al que ruega que acuda a su corte, a lo que Zenón se niega en razón de su edad, delegando en su discípulo Perseo y en Filónides de Tebas (Diógenes Laercio, VII, 7-9). El interés de esta supuesta correspondencia radica en que expresa la consideración de que la filosofía —«ciencia de la verdad y de lo útil»— se insertaba en la educación real, cultivando la «nobleza de carácter».[45]

Cleanto, Perseo y Eufanto de Olinto recibieron dones como autores de «tratados sobre la realeza».[46] Zenón había redactado una *Politeia* (Diógenes Laercio, VII, 34). Estilpón escribió para Demetrio Poliorcetes un tratado dialéctico «sobre la benevolencia» (Diógenes Laercio, II, 116); habría rechazado una invitación de Ptolomeo I para acudir a Egipto y, al parecer, se había ganado la amistad de Demetrio. Tales obras indican la intención de los filósofos de convertirse en educadores de los reyes. Demetrio de Falero recomendó a Ptolomeo I la lectura de tratados de este tipo (Plutarco, *Apophtegma Reg.,* 189 D = Dem. Fal., fgr. 63 Wehrli), «pues —decía— lo que sus amigos no osan decir a los reyes está escrito en los libros». Antígono Gonatas no sólo frecuentó a los filósofos sino también a los poetas,[47] Arato de Soles, por ejemplo, que escribió un himno para su matrimonio. Atalo I fue educado por Lisímaco, que había sido, tal vez, alumno de Teofrasto, o por Teodoro de Cirene, el ateo (Ateneo, VI, 252C, según Hermipo). Atalo II fue alumno de Carnéades, al igual que Ariárates; ambos dedicaron una estatua en Atenas a este filósofo (*Syll.,* 3.ª ed., 666 en 178). Los Atálidas protegieron a los estoicos.[48] y el Pórtico Medio formó a los dirigentes de Roma. Esfero, autor de un tratado sobre la monarquía (Diógenes Laercio, VII, 178), fue consejero de Cleómenes de Esparta (Plutarco, *Vida de Cleómenes,* 11). Junto con los preceptores, gravitaban en torno a los reyes los pajes, jóvenes compañeros de juegos procedentes de familias cultivadas.[49]

La época helenística exaltaba el pasado, tanto el de los bárbaros como el de los griegos. En consecuencia, el rey necesitaba historiadores. Dionisio de Heraclea, que frecuentaba la corte de Antígono Gonatas, escribió una obra *Sobre los reyes de los tiempos antiguos* y otra *Sobre las costumbres de los pueblos bárbaros* (Diógenes Laercio, VII, 166-167), lo que revela perfectamente esa doble dirección del interés histórico. La historia de Egipto, que Ptolomeo I encargó a Hecateo de Abdera y a Manetón, la de Babilonia, que Seleuco I solicitó a Beroso, y la traducción de la Biblia, que habría sido propuesta por Demetrio de Falero a Ptolomeo I, o que dataría de Ptolomeo II, respondían a la necesidad de acumular toda la sabiduría. Los reyes necesitaban también una buena

cultura geográfica, y Estrabón nos explica los motivos (I, 1, 16 = C 9).

Una serie de *historiógrafos* seguían a Alejandro en sus campañas. Los reyes helenísticos los asociaban a su corte, pero ya en tiempos de Pausanias (I, 6), en el siglo II de nuestra era, sus obras se habían perdido. Algunos nombres ha llegado a hasta nosotros: Neantes de Cícico fue el historiador de Atalo I, hacia el año 200, y esa historia de Atalo estaba precedida de una historia de los griegos en seis libros (Jacoby, *F. Gr. Hist.*, II, 6, 144). Piteas celebró en verso la victoria de Eumenes II en 166. Según una inscripción de Delos (*Choix*, núm., 31), la victoria de Filetero sobre los galos inspiró tanto a los poetas como a los escultores. Plutarco utilizó todavía algunas de estas biografías, hoy en día perdidas. Pero tal vez en época de Plutarco ya se había perdido la historiografía de los Seléucidas y de los Ptolomeos, ya que no escribió *Vidas* de los reyes de estas dos dinastías. La casa de los asmoneos de Judea tuvo dos historiógrafos, Jasón de Cirene y otro que no conocemos, autores del II y del I Libros de los *Macabeos*, respectivamente. Paradójicamente, su obra es en la actualidad la fuente –parcial, pero la más importante– que poseemos sobre la historia de los Seléucidas en el siglo II a. de J. C. y, particularmente, de Antíoco IV, cuyo historiógrafo griego se ha perdido, pero al que sin duda tuvo acceso Polibio. Al servicio de Eumenes de Cardia y, luego, de Antígono el Tuerto, trabajó el historiador Jerónimo de Cardia, del que Diodoro conservó algunos extractos. Existían también recopilaciones de cotilleos de la corte, que afloran en los *Apophtegmata Regum* de Plutarco y en los escritos de Diógenes Laercio. Para el reinado de Ptolomeo Filopátor, Polibio utilizó una obra de este tipo, escrita por Ptolomeo de Megalópolis.

Algunos reyes escribieron su propia historia. Arriano utilizó las *Memorias* de Ptolomeo Sóter sobre su campaña con Alejandro. Pirro fue su propio biógrafo y lo mismo podemos decir de Ptolomeo Evergetes II. Nada conservamos de las obras de estos dos últimos autores.

La obra de los sabios fue útil también a los reyes en el arte de la guerra. Así, Apolonio de Perga dedicó los libros IV y siguientes de sus *Cónicos* a Atalo I, y Bitón, su tratado sobre las *Máquinas de guerra* (Ateneo, XIV, 634 A). Arquímedes, a quien Hierón II de Siracusa solicitó que pensara en las aplicaciones prácticas de sus descubrimientos sobre las poleas (Plutarco, *Marcelo*, 14-15), le dedicó su *Arenario*, que, en realidad, no es un tratado práctico, pero debió escribir también una obra sobre las poleas (Plutarco, *ibid.*). Dicearco midió montañas «por orden de los reyes», según dice Plinio (*Hist. Nat.*, II, 162).[50] También por orden del rey, Ptolomeo (Auletes), Apolonio de Citio compuso, según su dedicatoria, el comentario del libro de Hipócrates *Sobre las dislocaciones de las articulaciones*.[51] Por su parte, en el capítulo III de su libro sobre la artillería titulado

Belopoika, Filón de Bizancio menciona la ayuda que recibieron los técnicos de Alejandría de parte de los reyes «amantes de la gloria y de las artes».[52] A un nivel más humilde, el autor de un cuadrante solar y el artesano que lo construyó, lo dedicaron a Ptolomeo II en Heraclea del Latmos (*OGIS* 24). De cualquier forma, el acto que exigía del rey la mayor sabiduría, el mejor diagnóstico, era la decisión política o militar, de la cual era el único responsable. Pues bien, los filósofos dialécticos y lógicos eran los técnicos de la deliberación. Así, Polibio construyó, sobre el modelo de los debates contradictorios de la tragedia, algunas deliberaciones que analizan los datos de una situación como lo hacían los «discursos» en la obra de Tucídides. Por ejemplo, Ptolomeo IV delibera con su ministro Sosilio y sus consejeros sobre la suerte que debe corresponder a Cleómenes de Esparta (Polibio, V, 35). El rey Antíoco III reúne a su consejo para deliberar sobre la conducta a seguir respecto a la revuelta de Molón (Polibio, V, 41; cf. V, 49; V, 51). El rey escuchaba, pero nada le obligaba a seguir las opiniones que le eran expresadas. Resultaba útil tener al alcance de la mano, para la deliberación, a un Demetrio de Falero, al que Ptolomeo I instaló cerca de él al final de su carrera atendiense. Demetrio Poliorcetes se convirtió en discípulo de Estilpón el socrático, al que había intentado atraer a su corte Ptolomeo I (Diógenes Laercio, II, 116). Pirro utilizaba al hábil orador Cineas para las misiones difíciles y decía «que había conquistado más ciudades por medio de la palabra, que las que él había conseguido por las armas». Plutarco (*Pirro,* 14), que nos ha transmitido estas palabras, reproduce a continuación un diálogo típico del consejero y el rey en vísperas de la primera campaña de Italia, tratando Cineas de mostrar, en vano, al rey, la vanidad de las conquistas.

Estaban también las almas condenadas de los soberanos. Consejeros que se guiaban por celos y rencores, como Demetrio de Faros, que impulsó a Filipo V a que se aliara con Aníbal por odio contra Roma, donde algunos de sus parientes estaban retenidos como rehenes (Polibio, V, 101; VII, 9 y 13). Aduladores, como Agatocles y Agatoclea ante Ptolomeo IV y el joven Ptolomeo V, según Polibio (XV, 34-35). Consejeros que utilizaban la calumnia para alcanzar sus fines, como Hermias y Epígenes ante Antíoco III. A partir del año 195, Aníbal fue el artífice de una serie de decisiones funestas de este rey (Polibio, III, 11; Tito Livio, XXXIII, 45-49). Había eunucos como Aristónico, al servicio de Ptolomeo V (Polibio, XXII, 22), y Euleo, que condujo a Ptolomeo VI a la derrota en la sexta guerra de Siria (Polibio, XXVIII, 20-21). Polibio constata que eran pocos los reyes que elegían a los consejeros con buen tino (VII, 14). Así, hace un retrato siniestro de Heráclides de Tarento, al que responsabiliza de la derrota final de Filipo V (XIII, 4). Polibio presenta una interesante galería de consejeros de Filipo V,[53] de la que sobresale Arato, envejecido (VII,

13). Sigue con toda su agudeza psicológica las etapas de la desgracia de Apeles, sospechoso de preparar una usurpación. El rey se negó a recibirle, su situación se deterioró y, muy pronto, todo el mundo le volvió la espalda. Polibio concluye: «En un momento, los cortesanos son felices o miserables ante un simple signo de la cabeza del rey» (V, 26). De igual forma, desde Hermias a Aníbal, pasando por el médico Apolófanes, es fácil discernir las presiones que ejercieron sobre Antíoco III sus consejeros, lo que explica las fluctuaciones de la política de este rey (P. Pedech, *op. cit.*, p. 232). También en la corte de los Lágidas había consejeros, pero la mayor parte de las veces eran los favoritos, o amantes, como Hegatoclea en el caso de Ptolomeo IV, al que, por otra parte, también sirvió Sosibio, hombre de guerra y diplomático, organizador de la victoria de Rafia, del que Polibio dice que no tenía escrúpulos y que supo poner fin a la influencia que el viejo Eratóstenes ejercía sobre el rey (Polibio, V, 63-65, 86; XV, 34).[54] Pero Polibio presenta un cuadro desfavorable de los que no eran filósofos.

La influencia de las reinas y las madres de los reyes es invocada a menudo en la historiografía de los diádocos. Diodoro insiste en el odio de Olimpia.

Entre los consejeros hay que mencionar, en un lugar aparte, a los *médicos*. Su actuación, muy discreta, raramente ha quedado reflejada en los archivos. Mencionaremos, sin embargo, a algunos médicos reales. Apolófanes de Seleucia advirtió a Antíoco III de las intenciones asesinas de Hermias (Polibio, V, 56) y provocó la muerte de éste. Pero sin limitarse a las advertencias secretas, desarrolló en el mismo consejo un plan estratégico para la conquista de Siria que iba a emprender Antíoco III (Polibio, V, 58). El médico Andreas de Caristo dormía en la tienda de Ptolomeo IV. Según Polibio (V, 81, 5-6), ello le sirvió para que lo mataran en lugar del rey. El papel que Plutarco (*Demetrio,* 38) atribuye a Erasístrato, que habría descubierto el amor del joven Antíoco I hacia su suegra Estratónice, es, sin duda, ficticio, pero esta conmovedora historia pone de manifiesto el prestigio y la perspicacia que se atribuía a los médicos, al mismo tiempo que la autoridad que adquirían ante los reyes.[55] Eran varios los médicos que poseían títulos áulicos[56] y las ciudades les concedían honores como testimonio de su lealtad al rey. Así, Ilión otorgó la ciudadanía a Metródoro de Anfípolis, que había curado a Antíoco (¿I?) de una herida en el cuello recibida en el campo de batalla (*OGIS,* 220). Por otra parte, habrían sido los médicos quienes, so pretexto de practicarle una operación, habrían matado al joven Antíoco VI, por instigación de su tutor Trifón (Tito Livio, *Periocha,* 55). ¡Pero no olvidemos la literatura de escándalo!

Ese papel de consejero real que asumía el médico tenía antecedentes

entre los faraones,[57] y conocemos la influencia que el médico griego Democedes tenía ante Darío, según Heródoto (III, 131-134; 137). Por último, sabemos cuál era el papel de los médicos en el entorno de Alejandro y, en especial, el de Filipo de Acarnania, su compañero, «médico excelente, al tiempo que hombre de guerra», quien, según Arriano (*Anábasis,* II, 4, 7-11), que sigue a Aristóbulo, salvó a Alejandro cuando los restantes médicos le habían desahuciado.

Su intimidad con los reyes, su prestigio de curadores hacía de los médicos los *embajadores* más adecuados. Así, cuando Eumenes II de Pérgamo quiso prevenir ante los romanos las intrigas de su hermano Atalo II, de quien sospechaba que pretendía suplantarle, fue a su médico Estratio, al que envió a Roma para tan delicada misión (Polibio, XXX, 2); de igual forma, los médicos Dioscórides y Serapion fueron embajadores de Ptolomeo XII en Roma (César, *Bell. Civ.,* III, 109, 3-4 = *Pros. Ptol.,* núms. 16594, 16595; 16633; cf. 16650).

Los médicos de los reyes procedían de todas las ciudades del mundo griego y no sólo de Cos, Cnido o de las capitales. En este aspecto, el medio era común para las cortes y para las capitales.

e) *Los embajadores*

Durante la época helenística hubo una permanente utilización de los diplomáticos. Una mirada a los *Indices* de las principales recopilaciones de inscripciones o al glosario de Polibio,[58] o a la palabra *legatus* en Tito Livio, revelan esta proliferación. La institución se remonta a las ciudades de la época clásica, pero su extensión ocurrió en el momento de la ampliación del mundo helenístico.[59]

La misión de los embajadores podía ser de cortesía: llevaban a un alto personaje o a un rey el decreto de felicitación o de reconocimiento con que le honraba una ciudad.[60] Esto les suponía pruebas de afecto y una inscripción que, como sus autores deseaban, ha sobrevivido a muchos siglos y conservado un nombre.

Pero las tareas políticas más delicadas exigían hombres con otros atributos, aparte de la riqueza y de la posibilidad de hacer frente a los gastos de una misión fastuosa. Hacían falta hombres competentes, y aquí vuelven a aparecer los filósofos, los sabios, los médicos y, sobre todo, los historiadores y juristas. Así, Pérgamo elogia a Andrónico, embajador de Atalo II ante los romanos en «circunstancias difíciles», reconociéndole, además de «su dedicación», «su inteligencia y su cultura» (*OGIS,* 323). Estas misiones fueron cada vez más delicadas, a medida que la presión romana se hizo más insistente y hubo reyes que actuaron como su propio

embajador, caso de los Atálidas (por ejemplo, Polibio, XXX, 3) o Ptolomeo el Joven (Polibio, XXXIII, 10), Ariárates V (Polibio, XXXII, 10) o Filipo V (Polibio, XVIII, 1-4; XVIII, 38), quien, desde su barco anclado en el golfo maliaco, discutió, rodeado tan sólo de sus secretarios, con los griegos coaligados y con Flaminino.

Una vez más, los reyes reclutaron a sus embajadores en todas las ciudades del mundo griego. Así, fue a un ateniense, Demetrio, al que Ptolomeo VI envió para restablecer su alianza con los aqueos, cuyo representante era Licorta, padre de Polibio (Polibio, XXII, 3). No vemos a los reyes recurrir a elementos indígenas orientales para utilizarlos como embajadores, salvo —pero estos «bárbaros» eran reyes y, sin duda, educados en la cultura griega— a Filocles, rey de Sidón, a quien Ptolomeo envió a Delos (*Syll.*, 3.ª ed., 391, hacia 280), y Aminandro, rey de los atamanes, al que Atalo I envió, en 198, para que participara en las negociaciones de Nicea entre Filipo V, los aqueos, los etolios y Flaminino. El juego era seguro. Flaminino envió a Aminandro ante el Senado de Roma y Polibio explica que contaba con la impresión que causaría al Senado su título de rey (XVIII, 10). Las negociaciones de Ptolomeo IV y Antíoco III sobre la posesión de Siria, en vísperas de la batalla de Rafia (Polibio, V, 66-67), exigían diplomáticos con conocimiento de la historia y del derecho internacional, ya lo hemos visto más arriba. Pero, en la Antigüedad, el hombre cultivado poseía un saber enciclopédico y, así, el ingeniero Sóstrato de Cnido, que construyó el faro de Alejandría, complementó para Ptolomeo II varias misiones diplomáticas, como puede apreciarse en las inscripciones de Delos (Durrbach, Choix, núms. 21-24 y Peremans-Van't Dack, *Pros. Ptol.*, núm. 16555).

Muchas veces, para tratar con una ciudad o llevar a ella un mensaje, los reyes utilizaban a uno de sus ciudadanos de mayor prestigio (véase, por ejemplo, *OGIS*, 42 en Cos; *Syll.*, 3.ª ed., 572, en Nisiros). Otras veces delegaban en alguno de los filósofos de su consejo: Cineas fue embajador de Pirro en Roma (Diodoro, XXII, 6, 3) y Crates de Malos acompañó a Atalo II a Roma en 169-168 (Suetonio, *De Gramm.*, 2). Podían incluso hacerse representar por un pariente. Así, Ateneo, hermano de Atalo II, acudió a Roma para declarar contra Prusias, en 156 (Polibio, XXXIII, 1), lo mismo que Atalo, hijo de Eumenes II (Polibio, XXXIII, 17). También las ciudades confiaban a los filósofos misiones diplomáticas. En 156-155, Atenas envió a Roma «a Carnéades, vehemente y rápido, a Critolao, elegante y fino, a Diógenes de Babilonia, sobrio y mesurado» (Polibio, XXXIII, cap. 2; cf. Cicerón, *Tusc.*, IV, 5; *Acad.*, II, 137).

No parece que hubiera embajadores permanentes, pero en realidad, los proxenos jugaban ese papel por la acogida que procuraban. También

los romanos, salvo raras excepciones, poseían un personal diplomático de calidad.

Estas negociaciones, que tanto Polibio como Plutarco han explotado, constituyen un repertorio de temas que fundamentan las relaciones internacionales: fidelidad a las alianzas, llamamientos a la piedad o a la indignación, análisis de las obligaciones contractuales. A este respecto, las ciudades y los reyes utilizaban los mismos «valores», conjunto de conceptos comunes en el cual entraba Roma.

La voluntad de Roma no se manifestaba como la afirmación brutal del derecho del más fuerte, pero era sentida como tal. Por otra parte, lo cierto es que era ese derecho el que preponderaba y sólo el cálculo determinaba la indulgencia. Polibio presenta la diplomacia helenística —aunque fuera conducida por filósofos— como el juego de cálculos cerrados y, sin embargo, casi tan vanos como la agitación del héroe de la tragedia, pues para este historiador las cartas ya estaban echadas y el triunfo de Roma era inevitable, a la espera de que se produjera su lejana caída, también inevitable (Polibio, VI, 57). Los precedentes que se invocaban, los derechos históricos, las refutaciones impecables, la amenaza de los reveses de fortuna, incluso las estadísticas (Polibio, XXX, 31) de nada valían frente a las armas.

A través de Roma, la diplomacia helenística ha transmitido y hecho vivir hasta nuestros días la técnica de la argumentación, establecida en el siglo V a. de J. C. Sin embargo, la argumentación del embajador helenístico, tal como la ve Polibio, era menos retórica y menos apegada a definiciones de conceptos filosóficos que la que expresa Tucídides. Paul Pédech ha puesto en evidencia (*La méthode historique de Polybe,* pp. 281-289) que los plenipotenciarios de Polibio alegan con más frecuencia hechos, documentos y precedentes, en resumen, que presentan alegatos de abogados más que análisis dialécticos. Argumento de abogado, es, en efecto, el afirmar o negar que, una vez que se ha modificado profundamente una situación, la obligación contraída en las condiciones anteriores no tiene ya razón de ser (véase, por ejemplo, Polibio, IX, 31 y 37, donde en 211-210, la situación nueva era el ascenso de los romanos; véase también XVIII, 38). Otro argumento típico es el concepto de deberes: ¿hay que respetar, por ejemplo, la alianza con los etolios o mostrar su reconocimiento a Filipo V? (Polibio, IX, 36). A menudo, el interés del enemigo era el que el diplomático pretendía hacer ver a éste (Polibio, IX, 32-33 o XI, 4).

En 217 comenzó a materializarse la amenaza romana. Según Polibio (V, 104), la primera nota de este tema —nubes en el Occidente— fue lanzada por Agelao de Naupacto, cuando todavía no se planteaba la cuestión en términos de elegir entre la libertad de los griegos y el

imperialismo macedónico. Desde 211-210, los lacedemonios, que debían elegir entre los etolios, en nombre de los cuales hablaba Claineas, y los acarnanios, representados por Licisco (Polibio, IX, 28-39), fueron advertidos de que la auténtica elección era la que había que realizar entre Roma y Macedonia.

El Senado romano no apreciaba la retórica: calculaba, contemporizaba; sus comisiones de encuesta recogían y verificaban los hechos que le presentaban las quejas contradictorias de los reyes y de las ciudades; finalmente, el Senado arbitraba (véase, por ejemplo, Polibio, XXII, 11).

Sin embargo, estas idas y venidas diplomáticas imponían a Roma algo de la forma del pensamiento griego. Por otra parte, junto a Flaminino se encontraba, en 198, además del rey de los atamanes, el griego Dionisidoro, representante de Atalo I (Polibio, XVIII, 1). Así, un mismo tema, «la Macedonia protectora de Grecia contra los galos», es puesto por Polibio en boca de Licisco, en 211 (IX, 35) y luego, en 198, en boca de un romano (XVIII, 37).

Desde luego, la misión del diplomático exigía una dosis de tacto. Astímedes, al elegir argumentos que debían resultar embarazosos para el Senado romano y al dar rienda suelta a su elocuencia, perdió la causa de Rodas, según dice Polibio (XXX, 4 y 31). Del Senado no podía esperarse, como de un juez, una objetividad total. La argumentación del embajador, aunque recordara al alegato, no podía dejar de tener en cuenta la relación de fuerzas.

Las maniobras entre bastidores eran frecuentes.[61] En ocasiones, los embajadores eran portadores de proposiciones secretas que no debían desvelar más que a una persona determinada. Así, Heráclides de Bizancio transmitió a P. Escipión las promesas de Antíoco III, que constituyen una posición de repliegue, que no debía revelar en público (Polibio, XXI, 13); Cércidas y Nicófanes de Megalópolis negociaron en secreto en nombre de Arato ante Antígono, contra los etolios y Cleómenes de Esparta (Polibio, II, 48). Por último, los embajadores podían entregar una nota escrita que comentaban oralmente. Es lo que hicieron, por ejemplo, los enviados de Perseo, cuya misión consistía en apartar a Rodas de la alianza romana (Polibio, XXVII, 4).

Era importante que el embajador tuviera prestigio, ya por su riqueza y porque podía aparecer con un séquito fastuoso[62] o por pertenecer a una gran familia.[63] A veces, ofrecía regalos.

A los embajadores hay que añadir los *theoroi,* encargados de anunciar las fiestas religiosas o de representar en ellas a su mandatario. La *theoria,* institución de las ciudades clásicas, era utilizada también para los juegos que organizaban o en los que participaban. En la época helenística dio lugar a numerosos decretos honoríficos escritos en piedra en las ciudades

o en las sedes de los juegos panhelénicos.[64] Añadamos, por último, que las relaciones de hospitalidad se situaban al servicio de la diplomacia. Eran los proxenos los encargados de proveerlas, así como los *theodorocoi,* por lo que se refiere a los *theoroi.*

Así pues, entre las ciudades, los reyes y Roma existió una intensa circulación de mensajes que sirvió para tejer una unidad cultural, un diálogo continuo que mantuvo el concepto de helenismo, cuando menos en el más alto nivel social.

Queda por mencionar un último tipo de misión: *la exploración geográfica y etnográfica* de los países bárbaros y el eventual establecimiento de relaciones con sus soberanos. Los Seléucidas enviaron expediciones para reconocer los confines orientales de sus dominios, a los que Alejandro apenas había llegado. Demodamante exploró la región del Iaxarte para Seleuco I y Antíoco I (Plinio, VI, 49). Por su parte, Demodamante envió a otro funcionario, Patroclo, a reconocer la situación, incierta, del mar Caspio y de sus comunicaciones fluviales, rutas posibles para las mercancías de la India, pero sólo nos quedan de él algunas menciones de distancias.[65] En cuanto a la India, Megástenes, que fue enviado por Seleuco I ante el rey maurya Chandragupta entre los años 302 y 291, en Pataliputra, sobre el Ganges, había dejado una descripción que fue citada a menudo y de la que se conservan fragmentos y resúmenes (Jacoby, *F. Gr. Hist.,* III, C, 715). Junto a historias fantásticas, por lo demás, tomadas de Heródoto (como las hormigas buscadoras de oro) o de los historiadores de Alejandro (como el encuentro con los gimnosofistas o las aventuras de Dionisio y Hércules en la India, que le hacen ser acusado de mentira por Estrabón, II, 1, 9 = C, 70), Megástenes reúne también informaciones sobre las costumbres e instituciones, especialmente sobre las castas (cf. Diodoro, II, 40-41), informaciones que son confirmadas por el Arthaśastra de Kautilya. Tal vez fue la búsqueda de elefantes lo que inspiró a esa misión, así como la de Pitón y de otros emisarios lágidas a Etiopía.[66] También, sin duda, bajo protección real, Agatárquides de Cnido y Artemidoro exploraron en el siglo II las orillas desérticas del mar Rojo y describieron la vida primitiva de esos parajes. Un embajador ptolemaico, Dionisio, fue enviado ante el rey de la India.[67] Algo más tarde, hacia 260, el rey maurya Asoka envió, a su vez, embajadores a los reyes helenísticos para anunciarles el budismo (*Edicto XIII* de Asoka, ed. y trad. de J. Bloch).

f) *La tensión entre los sabios y el rey*

Los historiadores antiguos creen ver tensiones entre los filósofos y los reyes. Es, sobre todo, Diógenes Laercio quien nos ha transmitido la

imagen del filósofo intratable, que mantenía sus distancias con respecto al rey, utilizando frases cortantes. Hemos visto la historia de Cineas, que se opuso al entusiasmo de Pirro al considerar desde el punto de vista de Sirio la conquista de Italia (Plutarco, *Pirro,* 14). Bión de Boristene tuvo el mal gusto de jactarse ante Antígono de ser hijo de un esclavo (Diógenes Laercio, IV, 46-47). Estilpón se negó a ir a Egipto, adonde había sido llamado por Ptolomeo Sóter (Diógenes Laercio, II, 115). En la corte de Ptolomeo Filopátor, Esfero osó decir que éste no era un rey (Diógenes Laercio, VII, 177). Hemos visto, también, cómo Zenón el estoico rechazó la invitación de Antígono Gonatas, aunque es cierto que fue por razón de edad (Diógenes Laercio, VII, 7-8). El peripatético Licón, amigo de Eumenes y de Atalo se negó a acudir junto a Antíoco II (Diógenes Laercio, V, 67). Diógenes el Cínico hizo, al parecer, a Alejandro y a otros soberanos las respuestas impertinentes que son conocidas. (Diógenes Laercio, VI, 32; 38; 43; 44; 46).

Hay aquí un esquema biográfico que nos lleva a dudar de la realidad de los hechos, pero que, en su insistencia, revela una crítica del poder absoluto. Hubo panfletarios: un tal Dafitis habría sido crucificado por un dístico injurioso con respecto a los reyes de Pérgamo (Estrabón, XIV, 1, 39 = C 647). La historia, sea verdadera o no, indica qué era lo que se creía.

Por otra parte, el filósofo había surgido de la cultura de la ciudad. Carácter impertinente, vengaba a la ciudad de su humillación. Tal vez vengaba también al intelectual del lujo deslumbrante de los reyes. Pero los reyes apenas se vieron afectados por el orgullo receloso de los filósofos, que trataban de hacer reconocer su independencia y su superioridad personales, pero solamente personales.

g) *El banquete del rey y de los sabios*

Otro tipo de historia revela la misma tensión. El rey planteaba al filósofo preguntas destinadas a confundirle. Así, Antígono Gonatas, que pretendía poner a prueba a Perseo, le hizo confesar que la riqueza no le era indiferente (Diógenes Laercio, VII, 36). En una ocasión en que Esfero afirmó que el sabio no podía equivocarse, Ptolomeo Filopátor le hizo tomar por verdaderas unas granadas de cera (Diógenes Laercio, VII, 177). Otras veces, el rey invitaba a los filósofos a un banquete y, al acabar la comida, les planteaba preguntas capciosas. Los filósofos salían con bien de la situación: su superioridad sobre quien se pretendía superior estaba demostrada. Sobre este tema del banquete de los sabios y del rey,[68] se elaboró el «tratado de la realeza» en 72 preguntas y respuestas de la *Carta de Aristeas a Filócrates,* o el episodio de las preguntas que planteó

Ptolomeo III al financiero judío José, y al que hace referencia Flavio Josefo (*Ant. Jud.,* XII, § 175), o, en la India, las *Preguntas de Milinda.*[69] Ya Píndaro evoca en la primera *Olímpica* (10-15) el banquete de los poetas con Hierón de Siracusa.

Con independencia de la presencia eventual de los filósofos, el banquete real tenía varios significados. El rey entretenía en él a sus *amigos.* Y, ciertamente, la amistad era, junto con la política, uno de los dos polos de la vida aristocrática griega. Pensamos en los modelos –mantenidos por la educación– de Aquiles y Patroclo, Orestes y Pílades. Para Jenofonte (*Económica,* IV, 3), lo que hacía que los oficios de los artesanos fueran despreciables «es sobre todo que no permiten el placer de ocuparse de los amigos y de la ciudad». Entre los monarcas helenísticos, esa amistad prolongada por otra parte, la vieja camaradería militar macedónica. Por lo demás, el banquete era también gesto de hospitalidad. El hecho de comer en compañía sellaba una comunión, una fidelidad. En el banquete el rey y el filósofo se hacían regalos recíprocamente. El rechazo de un filósofo ante una invitación real era una forma significativa de oposición.

No era sólo que el banquete creara una comunidad sino que, además, esa comunidad tenía algo de sagrado. Por otra parte, el banquete implicaba siempre un sacrificio; los dioses estaban, pues, presentes. El banquete real, con sus libaciones de vino, actualizaba el elemento dionisíaco de la realeza helenística.

La ebriedad era la entrada en la comunión de Dionisio. Más adelante veremos hasta qué punto el modelo dionisíaco inspiró la conducta real, tanto por sus connotaciones conquistadoras como por sus temas de fecundidad. El banquete era una manifestación de la *tryphe* real. Sería un contrasentido traducir siempre esta palabra por «molicie» o «vida de placer». La *tryphe* es abundancia y, por eso mismo, signo del favor de los dioses. Es el *olbos* de los poetas clásicos, esa prosperidad de los rebaños, imagen y testimonio de la felicidad del pueblo que evoca Píndaro en la primera *Olímpica,* 10-15. Pero, sin duda, el concepto es ambivalente. En una civilización del hambre y de la guerra, el despilfarro, aunque sacralizado, era inmoral, en otro plano, y el lujo se asimilaba a la desidia. También para Polibio, hombre muy racional, la palabra *tryphe* tiene un sentido peyorativo.

h) *La elección de las orientaciones filosóficas*

Hay un hecho paradójico en las relaciones de los filósofos con los reyes: la importancia que adquirió ante éstos la filosofía cínica, que si hemos de creer la recopilación de palabras contundentes que Diógenes

Laercio atribuye a Diógenes el Cínico, preconizaba, sin embargo, una «anticultura».[70] En materia de cultura, los reyes eran conservadores: asumieron la promoción de los valores de la ciudad clásica. Así pues, los filósofos cínicos tuvieron como misión, sin duda, la de plantear, por medio del desafío, un límite al poder de los reyes: ¿molestaría ese poder al filósofo o encontraría en él al dueño de lo que no tenía dueño? Tal vez su impertinencia invulnerable convirtió, de alguna manera, a los cínicos en los «locos del rey».

Otra razón podría explicar la convergencia entre el rey y los cínicos. Es el hecho de que esa doctrina tiene como modelo a Heracles, héroe victorioso pero también salvador. La casa real de Macedonia, a la que se adherían ficticiamente las otras dinastías, tenía por antepasado a Heracles y los reyes encontraban un prototipo en ese héroe «cínico», que ponía su fuerza al servicio de la salvación de los hombres.[71]

También el estoicismo estuvo presente en las cortes helenísticas. Perseo vivió junto a Antígono Gonatas (Diógenes Laercio, VII, 9 y 36); Esfero, con Ptolomeo Filopátor y Cleómenes (Diógenes Laercio, VII, 177); Crates de Malos fue el embajador de los Atálidas en Roma (Suetonio, *Gramm.,* 2). Si Zenón se negó a ir a Pella, Antígono Gonatas acudió frecuentemente a visitarle en Atenas (Diógenes Laercio, VII, 14). Por otra parte, fueron varios los filósofos estoicos que escribieron tratados sobre la realeza. En el orden político, el estoicismo podía aportar al rey el sentido de un orden cósmico al que hacer referencia y, más tarde, el interés por las ciencias astronómicas, por la teología solar y por la astrología, forma de «previsión». En el orden moral, el estoicismo pudo proveer modelos de conducta[72] basados en la autarquía, la resistencia y la impasibilidad. Pero es posible que esa actitud fuera atribuida a los reyes por biógrafos e historiadores, imbuidos ellos mismos de estoicismo. En todo caso, las conductas que esta doctrina preconiza tenían algo del dominio de uno mismo que caracterizaba al hombre imperial de la Atenas clásica. El estoicismo fue uno de los agentes de la transferencia de los valores de la ciudad al ideal real.

Más raro es encontrar filósofos platónicos en el entorno de los reyes, y ello por varias razones. Ante todo, el pensamiento de Platón, donde se mezclan las sugestiones del mito y las precisiones de la dialéctica, es, en cada una de sus afirmaciones, de una polivalencia que excluye el dogmatismo al que se pedía que guiara una conducta. No hay en el platonismo ninguna receta para el bien hacer. Sin duda, los comentarios de Xenócrates y de Crantor, quienes, cada uno a su manera, esquematizaron y simplificaron el pensamiento de Platón, pudieron hacer más accesible a su maestro. Por su parte, Xenócrates hizo, al parecer (Diógenes Laercio, IV, 14), un *Tratado de la realeza para Alejandro.* Pero hacia 250, esos comenta-

rios desembocaron en el escepticismo de Arcesilao. Pero el escepticismo no convenía a los reyes, cuya tarea consistía en tomar decisiones y no en suspenderlas. Por lo demás, esa evolución determinó una ruptura de tradición que se vería agravada en 202 por la destrucción material de la Academia en una acción de guerra. Polibio (VI, 5, 1) afirma que en su tiempo apenas se leían las obras políticas de Platón ni «de algunos otros filósofos», con lo que tal vez pretende hacer referencia a Aristóteles.

i) *Los institutos de investigación*[73]

En la *República,* 528 C, Platón deplora el escaso apoyo que la ciudad otorga a los historiadores y manifiesta su deseo de que ésta estimule y dirija la investigación. Eso era, precisamente, lo que se hacía a pequeña escala en las comunidades de la Academia y del Liceo. En ese modelo se basaron los Atálidas y los Ptolomeos para organizar los institutos de investigación que constituyen uno de los legados de Alejandría y de Pérgamo.

Nos referiremos aquí, por separado, al Museo y a la Biblioteca. El Museo era, ante todo, un recinto sagrado donde se rendía culto a las Musas y, subsidiariamente, a un muerto.[74] Ese vínculo entre el culto a las Musas y la heroización se remonta al pitagorismo italiano (Aristóteles, *Retórica,* 1398 B).

El fundador de ese culto se aseguró su perpetuidad creando una sociedad de sacerdotes, cuyas prestaciones eran remuneradas por los ingresos de los bienes destinados a ese fin y que eran inalienables. Naturalmente, el culto tomó la forma de un sacrificio, que acababa en banquete comunitario,[75] en el curso del cual podían iniciarse conversaciones filosóficas o recitaciones de poemas. Jardín, sala de reunión, paseos, altar de las Musas, he aquí, en consecuencia, el programa de la institución.

El vínculo de las Musas con un culto funerario se explica por un elemento común: la memoria. El museo sería, pues, el conservatorio del recuerdo, pero no necesariamente de un difunto.

En las ciudades nos encontramos los elementos de ese culto en el siglo III, en Istria;[76] más tarde, en Tera, en la fundación que Epícteta[77] instituyó en memoria de sus hijos. Pero estos jardines de las Musas no han dejado vestigio de actividad intelectual.

Por el contrario, el testamento de Teofrasto, sea o no verdadero, pero en todo caso plausible, que nos ha transmitido Diógenes Laercio (V, 51 ss.), revela la existencia de un vínculo —que Platón ya había establecido en la Academia [78]— entre el Museo y la actividad filosófica. La construcción del instituto, comenzada en tiempo de Aristóteles, continuó según las instrucciones de Teofrasto.

En el recinto sagrado existían estatuas de Aristóteles y Nicómaco,[79] pórticos, uno de los cuales estaría adornado con mapas geográficos, y un altar. En Estagira, el Museo se organizaría en los jardines rodeados de casas que poseía Teofrasto. Esos bienes, constituidos en fundación, permanecerían indivisos entre los filósofos que designara el testador. Éstos se reunirían en los jardines, para desarrollar allí sus clases. Además, Teofrasto legó su biblioteca a Neleo. En fin, expresó su deseo de ser enterrado en un rincón del jardín.

Este esquema es exactamente el mismo que el del Museo de Alejandría, que Estrabón (XVII, 1, 8 = C 793-794) ha descrito así: «También forma parte del palacio el Museo, que posee un paseo una sala de reunión y un gran edifico donde se encuentra el comedor común de los sabios, miembros del Museo. Esta corporación posee dinero en común y un sacerdote, nombrado para la dirección del Museo, antes por los reyes y en la actualidad por Augusto».

Esta similitud parece indicar que la institución ptolemaica seguía un modelo peripatético y, sin duda, fue Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles refugiado en Alejandría en el año 307, quien inspiró a Ptolomeo I esa fundación.

A imitación de Alejandría o como creación espontánea, fueron varias las ciudades del mundo griego que poseyeron museos. Hubo uno en Tespias, en Beocia, patrocinado por Ptolomeo Filopátor. Una cofradía de las Musas mantenía allí el recuerdo de Hesíodo.[80] También posiblemente en Atenas, en Éfeso, Esmirna y en otros lugares hubo museos en tiempos del Imperio romano.[81]

Apenas conocemos las actividades de los pensionistas del Museo de Alejandría. En la tradición de *Las Nubes* de Aristófanes, Ateneo (I, 22 D), citando un pasaje de *Las Silas* del escéptico Timón, revela las burlas del gran público sobre las disputas futiles de esos sabios de pacotilla: «En la populosa Egipto se mantiene a innumerables ratas de biblioteca, que se pelean hasta el infinito en la casa de las Musas.» Habría que saber si esas disputas sin salida excluían toda labor de enseñanza. Nada nos dicen las fuentes a este respecto, pero por los contactos que se establecían entre los miembros más antiguos y los recién llegados podemos deducir que el Museo fue, tal vez, un lugar de transmisión del conocimiento y en donde la investigación tenía ese tono crítico en las discusiones cuyo estilo ha conservado Galeno.

Pero la investigación necesita también instrumentos. Alejandría contaba con un observatorio, donde trabajaron Timócaris y Aristilo en el siglo III a. de J. C.,[82] un jardín botánico real,[83] un jardín zoológico, también real,[84] y un instituto de anatomía.[85]

Entre estos instrumentos de trabajo hay que destacar de forma sobre-

saliente la *Biblioteca*.[86] También en este punto, el modelo procedía de la Grecia clásica. Ateneo (I, 3, A-B) cita, siguiendo a Polícrato de Samos y Pisístrato, a algunos coleccionistas célebres de libros y su lista llega hasta Teofrasto y Neleo, depositario de los libros de Teofrasto y Aristóteles. Los Ptolomeos y los Atálidas fundaron bibliotecas, continuando el papel de los tiranos, los hombres ricos y los filósofos de la ciudad. Parece que fue a Neleo a quien Ptolomeo Filadelfo compró la biblioteca de Aristóteles, creando de esta forma el fondo de la biblioteca de Alejandría.[87] Esta anécdota, aunque sea falsa,[88] expresa la convicción de que, en la organización de los recuerdos, los reyes helenísticos se inspiraron en la visión enciclopédica de Aristóteles. Otra anécdota es la de la «caza de libros» a la que se habrían entregado los Atálidas. ¡Los herederos de Neleo habrían enterrado los libros de Aristóteles para sustraerlos a estos reyes! (Estrabón, XIII, 1, 54 = C 608-609). Las compras produjeron una competencia entre los reyes, que es evocada por Galeno, *Comm. in Hippocratis Epidem.* III (Kühn, XVII, 1, pp. 606-607 = *Corp. Medic. Gr.*, V, 10, 2, 1, pp. 78 ss.), cuando cuenta que todo barco que arribaba a Egipto tenía que descargar los libros que transportara; se entregaba una copia al propietario y los ejemplares confiscados se depositaban en la Biblioteca, en las *reservas* donde se amontonaban. Galeno añade que Ptolomeo se llevó de Atenas, en calidad de préstamo, una preciosa edición de los *Trágicos*, depositando una fianza de 15 talentos de plata. El monarca egipcio se quedó con esa edición, envió una copia a Atenas y dejó que los atenienses se quedaran con la fianza. Se produjo, así, la importación por parte de los reyes de hombres y riquezas, todo ello sin una renovación profunda, pues lo que se intentaba era, sobre todo, preservar la memoria del pasado.

Esta «caza de libros», antiguos y raros, en la que los Atálidas y los Lágidas compitieron, fue causa de que proliferaran las obras falsificadas a las que Galeno (*Comentario a Hipócrates, De Natura Hominis, II, Prooim.*, ed. Kühn, t. XV, p. 109, y I (V, 17), ed. Kühn, XV, p. 105) también hace alusión.[89]

Ya en la Antigüedad se localizaron obras atribuidas falsamente a Aristóteles, que los Ptolomeos habían comprado como auténticas.[90]

Alejandría poseía al menos dos bibliotecas. Una de ellas se hallaba en la proximidad del Museo y el palacio real, y la otra en el *Serapeum*.[91] En Pérgamo, la biblioteca de la ciudad real estaba situada junto al pórtico que cerraba por el Norte el santuario de Atenea.[92] En Pella, los reyes de Macedonia poseían una biblioteca que albergaba también los archivos. Después de su victoria sobre Perseo en Pidna, Paulo Emilio la donó a sus hijos, los cuales la trasladaron a Roma (Plutarco, *Paulo Emilio*, 27, 8), lo que, por otra parte, permitió que Polibio conociera las conversaciones

mantenidas durante los contactos diplomáticos.[93] Por supuesto, otras ciudades como Atenas, Rodas o Éfeso tenían también sus bibliotecas. Finalmente, Antioquía tenía una «biblioteca pública», de la que fue director el poeta Euforión durante el reinado de Antíoco III.[94]

En cuanto al número de volúmenes, no hay duda de que entramos en un terreno de leyenda. La *Carta de Aristeas a Filócrates* (§§ 9-11) atribuye a Demetrio de Falero, que habría organizado la biblioteca de Alejandría, una evaluación de 200 000 volúmenes y la intención de alcanzar muy pronto los 500 000. Según Amiano Marcelino (XXII, 16[95] y Aulo-Gelio (*Noches áticas,* VI, 17), en el momento del incendio que arrasó la Biblioteca con ocasión de la guerra que llevó a César hasta Alejandría en el año 47 (Plutarco, *César,* 49), la Biblioteca contaría en ese momento con 700 000 volúmenes. Para reparar las pérdidas sufridas a consecuencia de ese incendio, Antonio habría comprado los 200 000 volúmenes de la biblioteca de Pérgamo y los habría ofrecido a Cleopatra (Plutarco, *Antonio,* 58).[96]

El proyecto real consistía en reunir, si era posible, «todos los libros publicados en el mundo entero, procediendo a efectuar compras y copias» (*Carta de Aristeas,* 9-11). Demetrio de Falero no excluía de ese programa enciclopédico las obras en idiomas extranjeros, lo cual se presenta como el origen de la traducción de la Biblia al griego.

Cuando no existía un libro que les pudiera ser traducido, los reyes hacían que se les resumiera en griego la historia y el saber de los pueblos que formaban parte de su reino. Ya hemos visto que Ptolomeo Sóter encargó a Manetón una historia de Egipto en griego.[97] Por su parte, Seleuco I pidió a Beroso que escribiera en griego lo fundamental del saber babilónico.[98]

La transmisión manuscrita alteró muy pronto las obras. En su intento de rastrear el destino de la biblioteca de Aristóteles, que sus propietarios habrían enterrado para sustraerla a la codicia de los Atálidas, Estrabón (XIII, 1, 54 = C 608-609) afirma que los libros fueron deteriorados por la humedad y por las cucarachas. Adquiridos más tarde por Apelicón de Teos, éste habría restaurado, sin mucho sentido, las lagunas. Estos defectos habrían perjudicado posteriormente la transmisión de la doctrina peripatética.

Esta anécdota pone en evidencia que el trabajo del filólogo es indispensable para la reconstrucción correcta de los textos. Sabemos que, desde Pisístrato, el texto de Homero fue depurado de adiciones indebidas. El objetivo era siempre el mismo: asegurar el recuerdo del pasado. Por tanto, la misión de los bibliotecarios era triple. Tenían que comprar libros o hacerlos copiar, catalogarlos y elegir y restaurar los textos más conformes al original.

Galeno evoca las «reservas donde los libros se amontonan». Éstos estaban provistos de una etiqueta de procedencia,[99] que mencionaba el editor y la ciudad de origen.[100]

En cuanto a las *Pinakes* (las tablillas) de Calímaco, eran, sin duda, noticias sobre los autores más que fichas de un catálogo.

La lista de los bibliotecarios de Alejandría está llena de incertidumbre. Si sabemos que Zenódoto fue el primero, las dudas surgen, sin embargo, respecto al orden cronológico de los bibliotecarios siguientes. Parece posible excluir a Calímaco.[101] Por lo que respecta a Apolonio de Rodas y a Eratóstenes, dos fuentes, el *P. Oxi.*, 1241, y Suidas (s. v. *Apollonios*),[102] mencionan un orden cronológico inverso. Creemos que hay que admitir, con Fraser,[103] la prioridad cronológica de Apolonio. A continuación, ocupó el cargo Aristófanes de Bizancio, otro Apolonio y, después, Aristarco. Fue entonces, hacia 145, cuando comenzó la persecución de los sabios de Alejandría por parte de Evergetes II.[104] En Pérgamo, parece posible deducir de su actividad de filólogo que Crates de Malos fue bibliotecario.[105]

Los bibliotecarios de Alejandría posteriores a Zenódoto fueron todos preceptores de los príncipes.[106] Si no establecieron la crítica de textos, que se remonta cuando menos a la revisión del texto de Homero bajo Pisístrato y de la que vemos ya algunos rasgos en Tucídides,[107] al menos hicieron de ella una disciplina minuciosa. Esta preocupación por la autenticidad se explica en una cultura que se basaba en la autoridad del pasado y en la que la ciencia y la discusión de los textos era adhesión a escuelas concretas, tanto o más que observación. La importancia de los textos en medicina aparece en las obras de Galeno, que era filólogo para ser buen médico. Pero la crítica no era siempre prudente y se podría hacer una antología de correcciones violentas exageradas para la obra de Homero por sus intérpretes (véase un ejemplo de tamaña audacia en Posidonio, que cita Estrabón, II, 3, 7 = C 103). La preocupación por la autenticidad se debía también a la sacralidad de los textos, en la óptica del saber revelado. El respeto de las fuentes escritas inmutables que Heródoto (II, 144-146) y, tras él, Platón (*Timeo*, 23-24) atribuyen a los egipcios, el miedo que revela la *Carta de Aristeas a Filócrates* de traicionar el texto de la Biblia al traducirlo, la sacralidad de Homero,[108] el tema del galimatías a descifrar, en las *Revelaciones de Hermes Trismegisto*, pone en evidencia la conjunción, en la filología de Alejandría y de Pérgamo, de una técnica racional y de una intención mística bajo el patrocinio de las Musas, divinidades del recuerdo.

Los medios cultos de Egipto y Babilonia, en los templos, también contaban con bibliotecas. Puede leerse todavía el catálogo y ver los nichos para libros de la biblioteca del templo de Edfú.[109] Encontramos allí,

especialmente, la mención de obras de astronomía y del arte de la guerra, así como un libro «sobre la protección mágica del rey en su palacio».

4) *LOS CULTOS REALES*

Hagamos una observación previa: hay que distinguir sacralidad y divinidad. Un hombre, muerto o vivo, podía ser objeto de manifestaciones culturales sin que por ello se le considerara como un dios.

El culto rendido al rey por los griegos es un fenómeno típicamente helenístico. Se ha querido ver en él un signo de la influencia de Oriente sobre la cultura griega.[110] pero las cosas no son tan simples. Ante todo, hay que distinguir dos fenómenos religiosos independientes. La inserción de Alejandro y de los Ptolomeos en el culto indígena con el título de faraones es un tema exclusivamente egipcio que, incluso en Egipto, no parece haber influido en el culto real de tipo griego, pues la influencia de las teologías solares sobre las definiciones de la soberanía no se desarrollaron sino en tiempos del Imperio romano.

Por paradójico que pueda parecer, el culto real griego fue, en el origen, una creación de la ciudad.

a) *Los antecedentes del culto real en la ciudad griega*

Los griegos concebían dos tipos de relaciones opuestas entre los dioses y los hombres: separación o pasos hacia los dioses.

La separación se expresa en el castigo infligido a quienes pretendían arrebatar a los dioses alguna de sus prerrogativas –Prometeo o Tántalo– o incluso en los mitos de mortales amadas por los dioses y luego castigadas por ese contacto, como Sémele e Ío. De igual forma, la victoria o una dicha demasiado grande, que igualaran al hombre con los dioses, harían dudar de la preeminencia de éstos si no desencadenaban la catástrofe. Éste es el mensaje de la tragedia y de Píndaro.

Pero, por otra parte, varios pasos preparan la comunicación con lo divino. Los héroes de Homero tienen su dios protector, con el cual conversan y que acude a su llamada. En Eurípides encontramos varias epifanías: Dionisio en las *Bacantes,* Artemisa en *Hipólito* y Heracles en *Alceste.* Los misterios órficos y eleusíacos abrían, para el iniciado, pasos hacia lo divino. El poeta tenía acceso al mundo de las Musas. Por último, con Platón, el alma fue considerada capaz de alcanzar y comprender lo divino y, más tarde, con los estoicos, concebida como un fragmento de dios exiliado en nuestro cuerpo y que nos sirve de guía.

Por otra parte, aunque sin ser divinizados, los muertos tenían un potencial sagrado: sacralizaban el lugar en el que estaban enterrados, por ejemplo, Edipo en Colona o Pélope en Olimpia. Se les hacía libaciones y sacrificios, sin duda, distintos de los que se dedicaban a los dioses, pero, de todas formas, gestos rituales. Según dice Aristóteles (*Retórica,* II, 1398 B), las ciudades rendían honores a los poetas y a los sabios, así como a su fundador, cuando éste moría. Ya hemos hecho referencia al culto conjunto de las musas y de los filósofos.

Veamos otra vía hacia el culto del rey: la victoria era considerada como una manifestación del favor divino. Como un dios, el estratego vencedor era el salvador de ciudades y pueblos. Así, el primer hombre que, por lo que sabemos, fue objeto de culto, habría sido el almirante espartano Lisandro, en Samos, después de haber aplastado a Atenas en 404. De todas formas, hay que mantener ciertas prevenciones respecto a Duris de Samos, de quien Plutarco toma este detalle (*Lisandro,* 18).[111]

El concepto de la cualidad divina del vencedor y, en general, del hombre superior, se integró poco a poco en el pensamiento político de los griegos, durante el siglo IV, por el camino de las comparaciones. Para Aristóteles (*Política,* III, 8 = 1284 *a*), «el hombre superior es como un dios entre los hombres». Isócrates (*Filipo,* 111-115) propone a Filipo *el modelo del Heracles victorioso,* que es el antepasado de la dinastía de Macedonia. Con respecto a *Evágoras* (72), afirma: «Si algunos poetas, cuando hablan de algún hombre del pasado, exageran al decir que era un dios entre los hombres o un dios mortal, todas las expresiones de este tipo se adaptarían particularmente a la naturaleza de ese gran hombre». Así pues, la expresión es antigua y, en efecto, la encontramos en la *Ilíada* a propósito de Héctor (XXIV, 258). En su obra *A Nicocles,* 5, Isócrates afirma que «todo el mundo tiene por iguales a los dioses a quienes ejercen el poder monárquico».

Los amores de los dioses con una mortal produjeron seres divinos sujetos al sufrimiento humano, como Heracles o Dioniso, o seres sometidos a la muerte, como Aquiles. Éstos serían, precisamente, los grandes modelos de los reyes helenísticos. El hecho de que Alejandro fuera considerado como descendiente de Heracles (cf. Isócrates, *Filipo,* 32, 77, 111-115) contribuyó a fundamentar la idea de que había en él algún elemento divino.

La mancha en forma de áncora sobre el muslo de los Seléucidas descubría su filiación apolínea.[112]

Pero fue, sin duda, la milagrosa carrera de Alejandro la que aceleró el acceso gradual de los dirigentes a la sacralidad. En este punto, donde desde la Antigüedad se ha creído ver influencias orientales, se entremezclan varios problemas: ¿pretendió Alejandro que se le rindiera un culto u

honores divinos?; ¿hay que ver en ello una influencia oriental y, en caso afirmativo, de qué región de Oriente?; ¿cuáles fueron sus modelos inmediatos?

Digamos, ante todo, que aunque sus fuentes se remontan, en lo fundamental, a la historiografía contemporánea del macedonio, es posible que un Plutarco o un Arriano se vieran influidos por la divinidad plenamente aceptada de los últimos reyes helenísticos o por el *aura* divinizante de los emperadores romanos. ¿Pero según qué referencia hay que realizar una crítica sobre este punto?

b) *El culto de Alejandro en las ciudades griegas*

Felizmente, podemos ignorar todas las *Vidas* para responder a la primera pregunta: ¿pretendió Alejandro que se le dedicara un culto en las ciudades griegas?[113] En 324, lo habría reclamado de las ciudades de la Liga de Corinto, así como reclamó el regreso de los exiliados. El decreto del regreso de los exiliados conservado por Diodoro (XVIII, 8) no está acompañado, en esta versión, de una petición de culto. No podemos saber si, como afirman la mayor parte de los historiadores modernos,[114] pretendió ser considerado como un dios o si simplemente solicitó un *culto,* que no es exactamente lo mismo.

El culto de Alejandro en 324. Parece indudable que Alejandro reclamó, al menos, que se le dedicara un culto. En efecto, las reacciones ante esta exigencia son numerosas en las fuentes griegas contemporáneas.[115] Van desde la indignación a la alabanza. Citemos a Hipérides, cuyo rechazo revela precisamente las presiones de algunos. Sin el valor de los hombres caídos en torno a Leóstenes, afirma,

> «La insolencia de los macedonios hubiera alcanzado un punto insospechado» [...] «Esto se desprende con toda claridad de lo que tenemos que sufrir incluso ahora: sacrificios creados para simples mortales, estatuas, altares, templos consagrados a los dioses de forma negligente, a los hombres con prisa, y estar obligados a honrar como héroes a los servidores de estas gentes» (*Or. fún.,* 21).

Los atenienses debían de considerar que los honores que menciona Hipérides implicaban la divinización, lo que hacía más escandalosa la petición de Alejandro. Es sin duda éste el sentido de la ocurrencia que Hipérides reprocha a Demóstenes, sin comprender lo que de desprecio y desdén se expresa a través de ella: «concedió —afirma— a Alejandro ser hijo de Zeus o de Poseidón si así lo deseaba» (Hipérides, *Contra Demóstenes,* 31).

Ahora bien, en ningún momento hay que considerar estos gestos de culto como el indicio de una divinización. En efecto, todos ellos son mencionados por Aristóteles en la *Retórica,* I, 1361 A, como simple signo de reconocimiento.

«La honra –afirma– es signo de reputación de buenas obras, pues son honrados justa y principalmente los que han obrado el bien, pero no es honrado el que sólo pueda obrar el bien [...] pues muchos alcanzan honra por cosas que parecen pequeñas, pero la verdadera causa son los lugares o las ocasiones. Aspectos de la honra son los sacrificios, las conmemoraciones en verso y en prosa, los privilegios, los recintos sagrados, presidencias, sepulcros, imágenes, subsidios públicos; y, según las costumbres bárbaras, las postraciones [116] y los arrobamientos; y los dones que según las diversas gentes son estimados.»

En centenares de ocasiones, las ciudades otorgarían ese tipo de honores a los reyes helenísticos pero también a los hombres influyentes. Para Aristóteles, un simple bienhechor podía recibirlo, incluso antes de que hubiera reyes, solamente por unos servicios mínimos, por unos servicios, que, simplemente, se esperaban de él. Pero algunos de esos honores –sacrificios, recintos sagrados, himnos– eran también dedicados a los dioses. De ahí la confusión que existía, en el caso de los griegos, entre el *honor* y la *divinización* y, entre los historiadores modernos, la tendencia a exagerar y generalizar la divinidad de los reyes helenísticos, que, en principio, simplemente eran venerados.

Así pues, si Alejandro requirió «honores», lo cual, a la vista de las reacciones de Hipérides y de las palabras de Demóstenes («si lo desea») parece verosímil, no creemos que deba concluirse que exigió, además, ser deificado. Por ello, a nuestro juicio, carecen de sentido las especulaciones sobre la intención política que habría guiado a Alejandro [117] y sobre la creencia, más o menos sincera, del macedonio en su propia divinidad.[118]

Analizaremos a continuación los modelos orientales posibles de una divinización real. ¿Cedió Alejandro al deseo de hacerse venerar como un dios, exigiendo de sus compañeros que se prosternasen ante él como lo hacían los persas ante su rey?[119]

La prosternación de Bactres. En 327, Calístenes respondió al filósofo platónico Anaxarco, que había exhortado a los macedonios y a los griegos a adoptar la prosquínesis, que había que distinguir entre los honores que convienen a los hombres y los que deben ser reservados a los dioses y que, por tanto, se limitaría a abrazar a Alejandro, sin arrodillarse. El rey rechazó su beso. Momento dramático. Alejandro no insistiría. De hecho, los griegos, que sólo se arrodillaban ante los dioses,[120] vieron en ello, como afirmaba Anaxarco, un signo de divinización. Que esto no era así lo

demuestra el hecho de que los reyes de Persia, ante quienes se realizaba la prosquínesis, no eran dioses.[121] La prosquínesis, a la que no se interpreta en un sentido correcto, no puede ser considerada, pues, como una prueba de que Alejandro habría buscado la justificación de su divinidad en su cualidad de descendiente de Darío.

Rechazado el modelo persa, queda la posibilidad de un modelo faraónico. En 332, Alejandro penetró en Egipto y debió ser informado del estatuto del faraón.[122] ¿Fue coronado en Menfis? Este hecho sólo es mencionado por el pseudo-Calístenes, fuente tardía.[123] Pero, aunque esta ceremonia no tuviera lugar, Alejandro recibió sus nombres de faraón, inscritos en tarjetas en diversos templos, y que le hacían hijo de Ra, hijo de dios y amado de los dioses.[124] Nunca sabremos lo que Alejandro pensó ni lo que obtuvo de ello.

La consulta de Amón en el Oasis.[125] Nuestras fuentes, Diodoro (XVII, 49-51), Estrabón (XVII, I, 43 = C 814), Plutarco (*Alejandro,* 26-27), Quinto Curcio (IV, 7, 8-27), Justino (XI, 11) y Arriano, que sigue a Aristóbulo y Ptolomeo (III, 3), coinciden en lo esencial en la descripción de la pista desértica donde las lluvias facilitaron el viaje, mientras que las serpientes o los cuervos guiaron a los peregrinos. Luego, Arriano (III, 4) se limita a decir que Alejandro consultó al oráculo y consiguió de él lo que deseaba. Los otros autores cuentan que, al llegar al oasis, los sacerdotes le saludaron llamándolo «hijo de Zeus» y que el oráculo le prometió el imperio universal. Las variantes son mínimas y nuestros autores saben que había muchas fuentes sobre el tema, y citan además algunas de ellas. Arriano, que había leído a Ptolomeo y Aristóbulo, contemporáneos de Alejandro, no cuenta nada respecto a lo que pudo decir el oráculo. Por tanto, hemos de suponer que nadie supo nada al respecto. Por otra parte, Estrabón duda de que los historiógrafos añadieran mucho de su cosecha por deseo de alabar. No obstante, no hay que pensar que el viaje al oasis no llegó a realizarse. La descripción del desierto es ajustada, particularmente en Aristóbulo, cuyas informaciones utiliza Arriano. Incluso es posible que la lluvia fuera real también. En cuanto a los cuervos, su presencia en busca de carroña indica precisamente la pista donde tenían oportunidad de encontrar animales muertos. Las serpientes de Ptolomeo resultan más problemáticas, pero pueden indicar que la existencia de un poco de humedad llevó a elegir la pista que existía desde tiempo inmemorial.

El oráculo de Amón era conocido por los griegos, por Cirene, lo que explica, sin duda, el peregrinaje de Alejandro. Incluso aunque le saludaran con el nombre de «hijo de Zeus», los sacerdotes egipcios no habrían añadido nada a su ascendencia divina, pues Alejandro, descendiente del Heracles griego, tenía por ello a Zeus como antepasado.

La salutación en nombre de Amón, ya fuera inventada después o como traducción del epíteto de «hijo de Ra» debido a Alejandro, no parece haber sido conocida por Ptolomeo y Aristóbulo. En consecuencia, no hay que ver en ello el origen —oriental— de los cultos que fueron dedicados a Alejandro.

c) *Los diádocos*

Culto del salvador y del liberador. En tiempo de los diádocos, las ciudades griegas estaban maduras —a pesar de los sarcasmos— para otorgar a los soberanos honores equivalentes a los que rendían a los dioses.

De acuerdo con la *Retórica* de Aristóteles (I, 1361 A), ya hemos visto que era al bienhechor, al salvador, al liberador, a quien las ciudades rendían ese homenaje, ya se tratara de un rey victorioso o de bienhechores más modestos,[12b] o incluso de héroes muertos en combate, como Leóstenes (Diodoro, XVIII, 13). Nada tiene, pues, de insólito ni de oriental que se dedicara un culto a un rey. Los honores no eran divinizantes sino equivalentes a los que se rendían a los dioses *(isotheoi)*. Diodoro habla de «funerales heroicos».

A continuación, reproducimos, los considerandos y modalidades del culto que la ciudad de Escepsis, en la Tróade, instituyó para Antígono el Tuerto en 311, en reconocimiento de la paz general con los otros diádocos, de la que él era artífice; paz que las ciudades griegas esperaban que fuera una garantía de libertad y autonomía.

«La ciudad se felicita, con los otros griegos, de que ahora vivirán en paz, libres y autónomos. Así, para honrar a Antígono de una forma que sea digna de sus actos y para mostrar el reconocimiento por los bienes recibidos, el pueblo (de Escepsis) ha decidido dedicarle un recinto sagrado, construirle un altar y erigir una estatua de culto magnífico. El sacrificio, el concurso, el porte de coronas y el resto de la fiesta serán celebrados en su honor cada año, como anteriormente. Se le coronará con una corona de 100 estateros de oro. Se coronará también a Demetrio y Filipo (sus hijos), a cada uno de ellos con una corona de 50 estateros de oro» (*OGIS*, 6, ll. 15-30).

d) *Los cultos a Demetrio Poliorcetes*

Demetrio Poliorcetes es el hombre de las victorias milagrosas. He aquí lo que dice Plutarco (*Demetrio*, 10):

«Los atenienses fueron los únicos en calificar a Antígono el Tuerto y a su hijo

Demetrio de dioses salvadores. Haciendo que cesara el antiguo arconte epónimo, eligieron cada año un sacerdote de los salvadores y el nombre de éste era el que había de servir para fijar la data de los decretos y los contratos. Decretaron que en el gran peplo se tejieran sus retratos con los de los dioses y, consagrando el lugar donde primero echó pie a tierra Demetrio, erigieron un altar que habría de llamarse Demetrio Catebata. Añadieron a las tribus otras dos, la Demetriada y la Antigónida.»

En 303-302, Demetrio arrebató Sición a su guarnición ptolemaica. La ciudad, desmantelada y reconstruida en un lugar mejor, otorgó a este príncipe,

«que había restaurado su libertad, honores equivalentes a los de los dioses, en razón de los bienes recibidos. Los habitantes de Sición dieron a su ciudad el nombre de Demetrias. Instituyeron para él sacrificios, fiestas y juegos anuales y le concedieron los mismos honores que al fundador de una ciudad».

Pero Diodoro, que relata estos homenajes (XX, 102), añade: «De todas formas, el tiempo, sensible a los cambios bruscos, abolió estas instituciones». En efecto, Atenas suprimió un día sus tribus Antigónida y Demetriada e incluso se llegó a borrar el nombre de estos reyes (Plutarco, *Demetrio,* 46).[127]

Los poetas jugaban su papel en la elevación de un hombre a la estatura de un dios. Siempre por Aristóteles, sabemos que había conmemoraciones en prosa o en verso —elogios para los humanos, himnos en el caso de los dioses— que celebraban los méritos de los bienhechores. En 291-290, la ciudad de Atenas hizo componer para Demetrio Poliorcetes un himno en versos itifálicos, que fue conservado por Duris de Samos y que ha llegado hasta nosotros a través de Ateneo (VI, p. 253 D = Jacoby, *F. Gr. H.,* II, A, pp. 141-142, núm. 13). Los primeros versos relatan la entrada triunfal de la diosa Deméter y de Demetrio. Los epítetos utilizados para describir a este último sugieren que se trata de una *epifanía de Dioniso:* tiene su *alegría desbordante,* su *sonrisa* y su *belleza.* Más adelante, el poeta lo compara, cuando está rodeado de sus amigos, con el sol en medio de los astros. El vínculo del sol con el rey, que tanta fortuna habría de alcanzar, se halla establecido ya aquí según el modelo griego. Luego es el saludo a Demetrio, tal como se dirige en los himnos a los dioses. Asimismo, se le invoca como «hijo del dios Poseidón y de Afrodita». El poeta introduce luego la patética oración «haz reinar la paz y protégenos de los etolios», que justifica con esta declaración: «Los otros dioses o se hallan lejos o no tienen oídos o no existen o no nos prestan la menor atención. Pero tú, tú estás aquí, a ti te vemos. No eres de madera o de piedra, eres real.» El epicureísmo abrió así la vía a esa búsqueda de los dioses vivos. Si hemos

de creer a Plutarco (*Demetrio,* 13), se llegó incluso a interrogar a Demetrio, como a un oráculo, sobre el medio más adecuado para honrarle, y a enviarles a él y a su padre, *theoroi,* como se hacía con los dioses, en lugar de embajadores. La anécdota testimonia por su «sensacionalismo», más que un hecho real, el escándalo que debió de provocar tamaña adulación.

Por último, sabemos que la vestimenta podía tener una función sacralizante. Demetrio hizo que tejieran para él una túnica «que representaba el cosmos y las constelaciones», dice Plutarco (*Demetrio,* 41), que ve en ello el efecto de un mal gusto de actor trágico y sitúa esta orgía de divinización al mismo nivel que las restantes orgías de Demetrio. Ve en ello manifestaciones de desmesura, tanto en él como en sus aduladores, que provocarían la degradación final del personaje. Sugiere que, incluso en Atenas, el exceso de adulación no dejaba de resultar chocante. ¿Acaso los más exagerados de esos honores —que Plutarco detalla minuciosamente, observando que provocaron funestos presagios por parte de los dioses (*ibid.,* 12)— no procedían simplemente de una especie de recopilación de «sensacionalismos», donde habrían coincidido dos escándalos, la exageración de los honores y la profanación del Partenón por las orgías y los atentados al pudor que habría perpetrado allí Demetrio (*ibid.,* 23)?

Felizmente, el himno en versos itifálicos no suscita las mismas reservas. Muestra cómo el poeta, utilizando las comparaciones, lleva a la imaginación conceptos que rechaza el buen sentido. Único superviviente de una producción literaria que debió de ser ingente, ya que a menudo se mencionan los himnos en las fundaciones de cultos.[128]

e) *Los cultos para los otros diádocos*

Los rodios querían testimoniar su reconocimiento a Ptolomeo I, que les había ayudado a resistir a Demetrio. Consultaron el oráculo de Amón para «saber si convenía que le honrasen como a un dios. Con el acuerdo del oráculo, le dedicaron en la ciudad un recinto cuadrado, a cada lado del cual construyeron un pórtico de un estadio de longitud. Fue éste el Ptolemaion» (Diodoro, XX, 100). Según Pausanias (8, 6), fueron ellos quienes, además, otorgaron a Ptolomeo el epíteto de «salvador». Todo en esto era griego. El *temenos,* recinto sagrado, era uno de los honores previstos por Aristóteles para los bienhechores. Por otra parte, era el nombre que se daba al territorio privilegiado del rey desde la época micénica y homérica.[129] Tal vez la consulta del oráculo de Amón se inspiró en la que antes había hecho Alejandro, pero el problema se planteó en la forma griega, pues los rodios sólo pretendían honrar *como* a un dios al rey que les había salvado. Ahora bien, lo cierto es que la consagración de un

temenos era adecuada tanto para un dios como para un hombre. Sin duda, la confusión facilitó más tarde la divinización de los reyes. Pero su nueva cualidad de rey de Egipto, y las connotaciones divinas del faraón en que se había convertido Ptolomeo, seguían siendo extrañas a ese honor griego de los rodios.

Por lo demás, los otros diádocos, sin lazos egipcios, obtuvieron honores que no rebasaron tampoco los que enumera Aristóteles. A Lisímaco, que había prestado ayuda militar a Priene, se le consagró una estatua de bronce y un altar, al que los sacerdotes y magistrados acudían en procesión llevando coronas para celebrar sacrificios en su aniversario (*OGIS,* 11).[130] En Ilión, a Seleuco Nicátor se le otorgó la proedria en el teatro y en los juegos; se le dedicó un altar donde el gimnasiarca hacía sacrificios el día 12 de cada mes. A uno de los meses se le dio el nombre de *Seleukeios.* Durante ese mes se celebraban, cada cuatro años, juegos *stephanites* (es decir, asimilados a los juegos panhelénicos), musicales, gimnásticos, hípicos, «como para Apolo, antepasado de la dinastía» (*OGIS,* 212).[131]

Así pues, se crearon diversos cultos en diferentes momentos, en las ciudades del mundo helenístico, en honor de los reyes, ya fuera de forma espontánea o por sugerencia de algún embajador.[132] A pesar de las variantes locales, existía un esquema casi estereotipado: *temenos,* altar, sacrificios, procesión de aniversario, juegos, himnos, ofrendas de coronas de oro, estatuas, y nombre dinástico que se daba a una tribu o a uno de los meses.[133]

Todo esto no suponía sino *asimilar* al rey a una divinidad o a uno de sus antepasados divinos.

Por otra parte, hay que subrayar la importancia de la *fiesta* en los ritos de estos cultos. La fiesta era sacralizante. Establecía la comunidad del grupo que la celebraba; atestiguaba el estatuto excepcional del que era el héroe de la fiesta; lo perpetuaba mediante los ritos. Si, por la acción de los reyes, el mundo helenístico era un mundo en guerra permanente, también a causa de esos mismos reyes, era un mundo perpetuamente en fiesta.

f) *Los epítetos de culto*

El reconocimiento, justificación del culto, llevaba a la dedicación de epítetos, que eran, preciamente, los de los dioses. Así, el epíteto de «salvador», otorgado a Antíoco I por su victoria sobre los galos (Apiano, *Sir.,* 65), o a Atalo I, también por una victoria sobre los galos en Heraclea del Latmos (*Inschr. von Pergamon,* núms. 43-45), fue concedido, de igual

forma, a Zeus, a Asclepio y a los dióscuros. En la misma época, también se dedicaron a Apolo, por su victoria sobre los galos, fiestas de *Soteria* (*Syll.*, 3.ª ed., 398, 402, 408). El epíteto de *Epifanes,* que aparece posteriormente (por ejemplo, para Ptolomeo V: *OGIS,* 90),[134] es ambiguo, ya que significa «ilustre», pero aplicado a los dioses hace alusión a su aparición entre los hombres (precisamente en *Syll.*, 3.ª ed., 398). Así, el dios al que se atribuía ese epíteto era el «dios presente», al cual glorificaba el himno itifálico a Demetrio Poliorcetes. Por su parte, esa ambigüedad contribuiría a la difusión de la idea de que el rey era dios. Finalmente, a algunos soberanos se les dedicó el epíteto de *Theos.* Era frecuente en el caso de los soberanos muertos, entre los Lágidas y los Seléucidas (cf. *OGIS,* 245 y el *Wörterbuch* de Preisigke para los primeros Lágidas), pero Antíoco II, Antíoco IV y Demetrio II lo llevaron en vida. Por contra, los Atálidas nunca fueron llamados dioses antes de su muerte.[135]

Hay que subrayar que algunos de esos epítetos de culto no eran necesariamente los de la cancillería real, donde el rey, en las actas donde es mencionado, no añade nada a su nombre, y que algunos sólo fueron utilizados en las ciudades que los habían otorgado. Ya hemos señalado la libertad de las ciudades en la elección de las modalidades de un culto, que hay que distinguir de los cultos dinásticos establecidos por los reyes.[136]

g) *La asociación del rey a un dios*

La asociación del rey a un dios es otro acceso más hacia la divinidad. Esa asociación podía revestir diversas formas. Por ejemplo, se erigía junto a la de un dios la estatua del rey al que se quería venerar.[137] Ello no implica, por sí solo, una divinización. Así, Atalo I tuvo su estatua colosal en la plaza pública de Sición, junto a la de Apolo (Polibio, XVIII, 16), siendo que, al igual que los demás Atálidas, no fue considerado como un dios mientras vivió. Otras veces, *el rey era honrado como huésped del dios* con el que compartía el templo, tal como se hacía entre los dioses desde finales del siglo V.[138] Atalo III, que no fue divinizado sino después de su muerte, tuvo en Pérgamo su estatua colosal de vencedor «en el templo de Asclepio Sóter, para que fuera su *synnaos*» y... «una estatua ecuestre de oro sobre una columna de mármol, cerca del altar de Zeus Sóter en el ágora» (*OGIS,* 332).[139] En Delfos había una estatua de Antíoco III en el recinto sagrado (*OGIS,* 234), las de Perseo, que fueron sustituidas por las de Paulo Emilio (Polibio, XXX, 10, 1), una de Atalo II y, tal vez, de Eumenes II bajo la terraza del pórtico de los atenienses (*Syll.*, 3.ª ed., 670). El pueblo de Halicarnaso dedicó un pórtico a Apolo y al rey Ptolomeo Filadelfo (*OGIS,* 46). En Seleucia de Pieria, los Seléucidas fueron asociados a Apolo y de su

culto se encargaba un sacerdote común (*OGIS,* 245, entre 187 y 175). Son innumerables las asociaciones de un rey y un dios en las dedicatorias realizadas por los griegos[140] «en el nombre o en honor del rey».

Una asociación similar se estableció también en el rito egipcio. Por el decreto de Canope (*OGIS,* 56, del año 238), los sacerdotes egipcios decidieron que la pequeña princesa Berenice, hija difunta de Ptolomeo Evergetes, sería honrada en Canope, en *synnaos* en el templo de Osiris.

Otra forma de simbiosis era aquella en la que una diosa recibía como epíteto el nombre de una reina: Afrodita era Estratónice en un templo de Esmirna (*OGIS,* 229, l. 12).[141] Idéntico sistema se utilizaba para los reyes: Zeus era Eumenes en Tralles.[142]

También los emblemas de las monedas sugieren asimilaciones: el cuerno de Amón, en las monedas de Ptolomeo I con la efigie de Alejandro, es el prototipo de esa asimilación, o también el cuerno de toro, signo de Dioniso, en las monedas de Atalo I.[143]

Incluso, algunas veces los retratos de las monedas incorporaban a la efigie de algunos reyes los rasgos de su dios tutelar: el rostro de Antígono Gonatas aparecía con el aspecto y los pequeños cuernos de Pan, cuya epifanía había puesto en fuga a los galos en la batalla de Lisimaquia (Ch. Seltman, *Gr. Coins,* p. 225); a la inversa, la cabeza de Zeus tenía los rasgos de Alejandro Balas en una moneda de este rey.[144]

En el capítulo dedicado a las monedas encontraremos otros ejemplos de este tipo de asimilaciones.

h) *Leyendas del rapto del rey por los dioses*

El patrocinio del dios se traducía también en las leyendas de rapto sacralizante, que recuerdan al de Pélope por Poseidón que inventó Píndaro en la primera *Olímpica,* o al de Ifigenia por Artemisa, que inspiró a Eurípides la *Ifigenia en Táuride.* Así, en el *Idilio* XVII (46-50), que es un himno a Ptolomeo II, Teócrito evoca a Berenice I, la madre de este rey, a la que Afrodita, para ahorrarle el Aqueronte, raptó y depositó en un templo donde ella participó en sus honores. En el mismo poema afirma que el propio Zeus instaló junto a él, en un trono de oro, a Ptolomeo I, quien encontró allí a Alejandro. Zeus le otorgó «los mismos honores que a los inmortales». Calímaco imaginó a los dióscuros raptando a Arsínoe II para convertirla en diosa (*Diegeseis,* X, 10). Conocida es la fortuna que tuvo en el mundo romano, a través de Catulo (poema 66), la metamorfosis de la cabellera de la reina Berenice en constelación, que había sido ideada por Calímaco (frg. 110 de Pfeiffer). La expresión «ha partido hacia la morada de los dioses», corriente en griego para indicar la muerte del primer

llegado, sirve de soporte a esta incesante creación de mitos.[145] La mitología griega es una mitología abierta. Con numerosas variantes para cada leyenda en la época clásica, nunca fue estereotipada por los ritos. En la época helenística, fue inventada constantemente para justificar los ritos nuevos del culto real.

i) *El culto de las reinas*

Las reinas y las favoritas participaban en los honores culturales que otorgaban las ciudades.[146] Tanto después de su muerte como en vida, fueron asimiladas, por medio de los epítetos, a Afrodita y, más tarde, a Isis, siendo además asociadas al culto de estas diosas. Esta práctica está profusamente atestiguada entre los Lágidas [147] y en otras dinastías.[148] Uno de los casos ejemplares, cuya génesis podemos seguir gracias a la coincidencia de Polibio (XXII, 20) con las informaciones de las inscripciones,[149] es el de Apolónide de Cícico, esposa de Atalo I, madre de Eumenes II y de Atalo II. Polibio hace de ella un elogio, que es el retrato ideal de la esposa y de la madre. Esta virtud y la admiración de los contemporáneos debían suscitar comparaciones con las diosas. Los estrategos de Pérgamo hacen de ella, en *OGIS,* 308, un elogio análogo al de Polibio. En Teos fue creado un culto en el templo de Afrodita, a la que fue asociada Apolónide con el nombre de «diosa Apolónide la piadosa». En fin, fue erigido un altar especial en el lugar donde desembarcó al llegar de Cícico, en Asia, como ocurrió con Demetrio Poliorcetes en el sitio donde descendió de su carro al llegar a Atenas. Apolónide era también *synnaos* de Hera Basilea, cuyo templo dominaba el gimnasio de Pérgamo (cf. E. Hansen, *The Attalids of Pergamon,* p. 414).

j) *Los cultos dinásticos*

Abordaremos, ahora, el estudio de los cultos establecidos y mantenidos por los propios reyes. Todo comenzó con los cultos que los diádocos instituyeron para Alejandro. En 318, Eumenes de Cardia, que no era macedonio y se sabía despreciado, con el objetivo de asentar su preeminencia sobre los generales que le rodeaban,

> «contó que Alejandro se le había aparecido en sueños y que le había mostrado un trono en una tienda preparada para un rey; que luego le había dicho que estaría presente en las asambleas y en las decisiones de los que deliberaran en esa tienda, y que tomaría parte en todas sus discusiones y empresas, siempre que se emprendieran bajo sus auspicios».

Eumenes hizo colocar en una tienda un *trono vacío,* que indicaba la presencia de Alejandro (Plutarco, *Eumenes,* 13). Diodoro (XVIII, 60-61) da algunos detalles diferentes que no alteran lo fundamental: el trono vacío con una diadema y un cetro y ante el cual los oficiales «se prosternaban como ante un dios»... Alejandro parecía ejercer así el mando entre ellos.

La fórmula, que indica la búsqueda de un vínculo privilegiado con Alejandro, quedó sin efecto a la muerte de Eumenes, pero no sin un futuro, ya que Ptolomeo Filadelfo hizo llevar los tronos vacíos de Alejandro y de Ptolomeo Sóter junto a los de los dioses, en la procesión que dedicó a la memoria de sus parientes (Ateneo, V, 34, 202 *a-b*), y por cuanto ese símbolo tenía gran importancia, también, en algunos gimnasios.[150] El trono vacío tenía también una significación en varias civilizaciones del Oriente antiguo, especialmente en la India.[151] Así pues, la inspiración oriental parece plausible en este punto.

Por otra parte, Ptolomeo I había captado para su beneficio el potencial sagrado de Alejandro. En efecto, desvió hacia Alejandría el convoy que debía llevar a Macedonia el cuerpo del rey.[152] Alejandro, héroe fundador de Alejandría, se convirtió, así, en fundador de la dinastía lágida. En efecto, Ptolomeo I creó en honor de Alejandro sacrificios heroicos y juegos, e hizo situar el cuerpo en un féretro de oro que pronto fue sustituido por un féretro de alabastro (Estrabón, XVII, 1, 8 = C 794). Además, la posesión de una tumba era un talismán.[153]

Otra tradición, que ha transmitido Zenobio,[154] indica que Ptolomeo IV habría construido «en el centro de la ciudad» un mausoleo común «para Alejandro y sus antepasados cuando murió su madre Berenice».

El culto dinástico de Alejandro fue confiado en Egipto a un sacerdote, cuyo nombre databa tanto los contratos demóticos como los griegos, lo que indica un culto que se trataba de extender por todo Egipto.[155] Parecida datación aparece también en un contrato firmado en 259 en una posesión exterior, Palestina (*P. Cairo-Zenón,* 59003). Un sacerdote epónimo, que sólo puede ser el de Alejandro, es atestiguado en 285-284 y se remonta tal vez a 290, según *P. Elef.,* 2.[156] Pero, en 311, un contrato de matrimonio griego, redactado en Elefantina (*P. Elef.,* 1), no está datado aún de esta forma.

Sobre este modelo estableció Ptolomeo II el culto de su padre difunto, Ptolomeo Sóter, al que Teócrito (*Idilio* XVII, 16-17) instala, recordémoslo, en un trono de oro, junto a Zeus. La liga de los nesiotas había concedido ya a este soberano honores «iguales a los de los dioses», lo que recuerda en el decreto *Syll.,* 3.ª ed., 390, por el que aceptaba tomar parte en la celebracón del culto creado por Ptolomeo II. La procesión que Ptolomeo II hizo desfilar en Alejandría en honor de estos difuntos divinizados, mezcla el fasto que crea el prestigio con los temas dionísiacos que sugieren

la asimilación de la naturaleza real a la del dios (Calíxeno, *apud* Ateneo V, pp. 197-203). Pero, no sabemos por qué, el culto de Ptolomeo Sóter no fue como el de Alejandro, dotado de un sacerdocio epónimo antes del reinado de Filopátor.[157] Tal vez el culto no se concebía aún como un culto «dinástico».[158] En seguida se franqueó *la etapa de la divinización del rey vivo.* Después de su matrimonio con su hermana Arsínoe II, Ptolomeo II debió crear un culto de la pareja *Filadelfo* que formó con aquélla. Un sacerdote de los *Theoi Adelphoi* es atestiguado en 272-271 por el papiro de *Hibeh,* 199, ll. 11-17.[159]

Dado que Ptolomeo II y Arsínoe habían sido divinizados en vida, todos los reyes lágidas recibirían en vida un culto dinástico con sacerdocio epónimo. A partir de Ptolomeo VI, las reinas fueron incluidas en vida en el culto dinástico. Subrayemos que por griega que sea la inspiración,[160] el culto de Arsínoe Filadelfo fue introducido en *synnaos,* sin embargo, en todos los templos egipcios,[161]: A medida que envejeció la dinastía, los cultos y los sacerdocios fueron gravando a la monarquía y a la población con cargas cada vez más pesadas. En tiempo de Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII, las querellas dinásticas se reflejaron en las menciones de cultos, algunos de los cuales eran omitidos[162] (exclusión de Cleopatra II).

Los Seléucidas, aparte de los honores que les dedicaban las ciudades, tuvieron también su culto dinástico.[163] En una carta dirigida al gobernador de satrapía Anaximbroto,[164] Antíoco III expone los méritos de la reina Laodice y su piedad, lo que le lleva a aumentar los honores dedicados a ella y a establecer sacerdocios epónimos de su culto. Anunció, además, el nombramiento de la suma sacerdotisa en la satrapía de Anaximbroto. Se observa, así, la organización centralizada del culto dinástico, pero con un reparto por satrapía, teniendo cada satrapía una eponimia diferente, mientras que en Egipto eran los epónimos de Alejandría los nombres que databan los contratos en todo el país. Contraste de dos tradiciones administrativas que se remontaba a tiempos remotos. Por lo demás, en el dominio de los Seléucidas, los nombres de los sumos sacerdotes epónimos no figuran en las dataciones de los contratos en escritura cuneiforme.[165]

Los Atálidas, que recibieron tantos honores culturales en las ciudades griegas[166] y que eran considerados divinos después de su muerte, no crearon un culto dinástico.

En Macedonia tampoco encontramos un culto de Estado. Sólo algunos soberanos de esta dinastía fueron objeto de culto en las ciudades.[167]

Las dinastías situadas fuera del mundo helenístico manifestaron, durante el siglo I a. de J. C., un deseo evidente de imitar a los soberanos griegos y también de permanecer fieles a las tradiciones indígenas. Antíoco de Comagena[168] hizo grabar su testamento en griego en Nimrud-

Dagh, a mediados del siglo I (*OGIS*, 383). El rey recuerda la excelencia de sus virtudes y la doble «raíz», persa y griega, tanto de su cultura como de su genealogía. Posiblemente, por primera vez por lo que se refiere al culto real, encontramos aquí un verdadero sincretismo que no existió, por lo que sabemos, en ninguna de las grandes dinastías helenísticas. Antíoco de Comagena creó un culto dotado de un sacerdote, a quien prescribió minuciosamente los ritos, incluso el vestido persa que debía llevar. Este culto incluiría la celebración de fiestas cada mes, en los días del nacimiento del rey, para los dioses y para él (l. 134). El servicio del sacerdote sería remunerado con una fundación consistente en ingresos procedentes de diversas aldeas. El panteón que el rey adoraba era persa y griego al mismo tiempo.

k) *El culto dinástico de rito egipcio*

Hemos analizado hasta ahora los cultos griegos creados por los griegos, ya fueran ciudades o reyes. Pero en Egipto, el Ptolomeo, como faraón, penetraba en una estructura *sui generis*.

Ciertamente, la divinidad del faraón no puede definirse en términos tan simples como se hace tradicionalmente. G. Posener[169] ha puesto de manifiesto que, en determinadas circunstancias y funciones, esa divinidad no era concebida como existente en sí misma y que lo divino y lo humano hacían del soberano una entidad híbrida en la que coexistían elementos contradictorios. Así, el rey era hijo de dios, imagen viva de dios, pero al mismo tiempo era teóricamente el único sacerdote de dios, y en esta capacidad rendía culto a su propia divinidad. Sin duda, el culto no era un acto de veneración sino una operación de supervivencia realizada para el universo entero. De todas formas, los dioses «otorgaban» favores al rey y éste «hacía ofrendas», lo que, desde luego, recuerda muy estrechamente a la relación del ser humano con el dios.

Como sucesores de los faraones, los Ptolomeos eran también «hijos de Ra», «imagen viva de Amón». Asumían la función sacerdotal que implicaban estas relaciones. Las inscripciones jeroglíficas en los muros de los templos de época grecorromana no revelan ninguna diferencia a este respecto entre ellos y los antiguos faraones, a no ser una mayor prolijidad de detalles. El elemento griego no se vislumbra en absoluto en Edfú y Denderah.[170]

Pero la religión egipcia permanecía viva. Los cultos dedicados a los reyes proliferaron a medida que éstos, por sus victorias y su generosidad, adquirieron nuevos derechos al reconocimiento del Egipto de los templos.

He aquí dos decretos que promulgaron, en griego y en egipcio, sínodos

de sacerdotes, uno en Canope, el 7 de marzo de 238 (*OGIS*, 56), y el otro en Menfis, el 27 de marzo de 196 (piedra de Rosetta, *OGIS*, 90): entre otras cosas, exponen las justificaciones y regulan las formas de los cultos dinásticos nuevos.

En 238, los sacerdotes de todo Egipto, reunidos en Canope, en el templo de la pareja divina real, para los aniversarios del nacimiento y del advenimiento del rey, decidieron establecer en todos los templos egipcios un culto, para el rey Ptolomeo III y la reina Berenice, de los «dioses evergetes», además del culto que ya gozaban como faraones y distinto del culto dinástico griego. Las donaciones del rey y de la reina a los templos egipcios, la repatriación, en el curso de una campaña victoriosa, de las estatuas sagradas que en otro tiempo habían robado los persas, la defensa del territorio, la ayuda alimenticia a la población en épocas de hambre, fueron las razones —parecidas, por otra parte, a las que hemos visto que se invocaban en las ciudades griegas— que justificaban el nuevo culto. Los nuevos sacerdotes, que eran necesarios, eran remunerados por las donaciones del rey, y esas donaciones sellaron una alianza política del soberano y el clero. El sínodo creó también un culto para la pequeña princesa Berenice, muerta durante la reunión del propio sínodo. La princesa, asimilada a una diosa, hija del sol, y que «había partido hacia el mundo eterno», tendría el mismo culto que esa diosa. El culto se celebraría en el Osireion de Canope. Una estatua de oro, adornada de piedras preciosas, le sería dedicada en el santuario de los templos de primera y de segunda categoría. Se la llevaría en procesión con las otras estatuas de los dioses. La descripción de la estatua muestra los atributos egipcios tradicionales. El servicio de jóvenes cantantes de himnos, hijas de sacerdotes, sería sufragado con los ingresos sagrados.[171]

El decreto trilingüe de Menfis que se conserva en la piedra Rosetta (*OGIS*, 90) se ajusta más aún al modelo egipcio.[172] Celebra la coronación del joven Ptolomeo Epifanes en 197, y data del 27 de marzo de 196. Los derechos del rey son los de las tarjetas del faraón. Las buenas acciones que justifican el decreto y, especialmente, importantes exenciones de impuestos, son el efecto de una capitulación del rey ante los sacerdotes después de un período de agitación revolucionaria. La «victoria» que conmemora el culto es la que había obtenido sobre los rebeldes, atrincherados en Licópolis y representados como impíos. En esta ocasión, Ptolomeo Epifanes es comparado a Toth y a Orus. El culto, que se describe de forma minuciosa, es completamente egipcio, sin ninguna relación con las modalidades del culto dinástico griego.

Fuera de Egipto es poco lo que conocemos de la inserción eventual de los reyes en un panteón indígena. Sabemos que los templos indígenas de Uruk y Susa eran prósperos en tiempos de los Seléucidas, pero no

encontramos en ellos ningún rastro de culto real. Sin embargo, en una tablilla encontrada en Uruk puede leerse la mención «de ofrendas de carne realizadas ante la estatua de los reyes para los días reservados a los sacrificios».[173] Y un fragmento de la estatua de bronce de un Seléucida ha sido encontrado en Elam, en las ruinas de un templo situado en la pequeña aldea de Shami. Ciertamente, el rostro es un retrato de estilo plenamente griego.[174]

l) *Los aniversarios reales*

Aunque claramente diferentes, los cultos egipcios y los cultos griegos dedicados al rey coinciden, sin embargo, en un aspecto. En ambos casos se invocan las buenas acciones, la victoria, la justicia y la piedad del soberano. Asimismo, hay coincidencia en otro punto: la celebración de los aniversarios reales.

En este aspecto, existe una dependencia de los griegos con respecto a Oriente. Platón (*Primer Alcibíades,* 121 C) evoca, como una institución típicamente persa, la celebración de los aniversarios reales.

Esta costumbre fue adoptada por los Lágidas en los cultos griegos, donde se celebraban los aniversarios de nacimiento o de advenimiento al trono (*OGIS,* 49, de Ptolemaida). Encontramos también las fiestas aniversarios en el culto egipcio (*OGIS,* 56, l. 5; 90, l. 46); entre los Seléucidas, que celebraban ya los aniversarios de Alejandro (por ejemplo, *OGIS,* 222); entre los Atálidas (por ejemplo, *OGIS,* 339, l. 35) y, finalmente, en el mundo griego (por ejemplo, en Itanos, en Creta, para Ptolomeo III, *Syll.,* 3.ª ed., 463). Por otra parte, esta costumbre no se limitaba a los cultos oficiales. En efecto, los papiros de Zenón ponen de manifiesto el celo con que los griegos de Egipto celebraban el aniversario de Ptolomeo II y los regalos que, en tal ocasión, despachaban a Alejandría.[175]

De igual forma, los aniversarios de advenimiento al trono se conmemoraban con fiestas en los templos egipcios. La idea que presidía esta celebración aparece expresada en el decreto de Menfis (piedra Rosetta, *OGIS,* 90, l. 47): esos días de nacimiento y de advenimiento al trono fueron para Egipto «el origen de bienes innumerables». Es la vieja idea de la renovación de la vitalidad de todas las cosas mediante la intervención del rey.

m) *Las cofradías del culto real*

Había grupos privados que organizaban cultos reales. El *Papiro de Oxirrinco,* 2465, frg. 2, describe la celebración, tanto privada como pública, del culto de Arsínoe II.

En el caso de los Lágidas, *basilistes* y *filobasilistes*[176] se asociaban para celebrar los cultos de los reyes al mismo tiempo que los de los dioses. Se trataba de mercenarios griegos, o de veteranos. Así, un oficial llamado Herodes, natural de Pérgamo

«comandante de la guarnición de Siene», encargado de «la custodia de las defensas y de las zonas montañosas, profeta del dios Chnub (el dios egipcio de la Catarata), arcipreste de los vestidos de los dioses en los templos de Elefantina, de Abatón y de File» se une a los sacerdotes de otros dioses egipcios y de los reyes que «fundaron conjuntamente la asociación, situada en el templo de la isla de Setis, que tiene por objeto la celebración de las fiestas anuales en honor del rey, de la reina y de sus hijos, así como el aniversario del estratego Boetos», dedica una estela (*OGIS* 111) al «rey Ptolomeo y a la reina Cleopatra, su hermana, dioses Filométores, así como a sus hijos, a Amón, a Chnub, a Hera, que es también Setis, a Hestia, que es también Anuki, a Dioniso, que es también Petepamentis y otros dioses».

Y ello en honor (o en nombre) del guardia de corps y estratego Boetos, por su dedicación a la familia real.[177] Así, en los medios militares de la frontera sur de Egipto, la lealtad mantenía un culto en el que la familia real se integraba por asociación entre los dioses egipcios, asimilados éstos a los dioses griegos. El oficial Herodes –acabamos de verlo– ocupaba, por otra parte, puestos importantes en el clero de rito egipcio. Era muy frecuente la asociación de un personaje en cuyo honor se celebraba un acto de culto. A menudo, el propio rey era, así, designado como beneficiario de una ofrenda dedicada a un dios.

En Tera, posesión ptolemaica, una asociación de *basilistes,* de quienes no sabemos si son militares, dedica un tesoro a Serapis, Isis y Anubis.[178] Una vez más, un grupo que asegura la promoción del culto real, asocia su devoción por el rey a la que dedica a los dioses egipcios y propaga fuera de Egipto el culto de éste.

Una serie de cofradías del mismo tipo mantenían el culto de los Atálidas. Había *fileterianos* de Tespias (*OGIS,* 311) y *atalistas* de Teos a los que su presidente colmaba de dones por medio del testamento (*OGIS,* 326). Los estatutos, redactados por el presidente, habían sido ratificados por el rey Atalo II. El presidente había consagrado cerca del teatro un *Ataleion,* sede del culto de los Atálidas. En fin, una inscripción (*OGIS,* 367) hace mención de *eupatoristas,* a quienes escribe Mitrídates Eupátor. Eran miembros del gimnasio.

n) *Los actores al servicio del «dionisismo» real*

Los atalistas de Teos no eran militares, sino actores, los «tecnitas» de Dioniso (cf. *OGIS,* 325).[179] Los vínculos que existían entre los actores y los reyes se explican por las fiestas para las cuales éstos reclamaban a los *tecnitas.* Pero las conexiones de los Atálidas con Dioniso debieron reforzar el interés mutuo que sentían los actores y los reyes.[180]

En el caso de los Lágidas, entre los cuales se desarrolló también un *dionisismo real,* varias asociaciones de *tecnitas* de Dioniso servían el culto de los soberanos (*OGIS,* 50 y 51, del siglo III). Sin ninguna duda, esta forma del culto real era plenamente griega. Por otra parte, en la cofradía sólo había actores. Así, en Chipre, un alto personaje ptolemaico, pariente real e hiponematógrafo, formaba parte de los *tecnitas de Dioniso* (*OGIS,* 163; cf. 164 y 166).

Los *tecnitas* de Atenas (*OGIS,* 352) sirvieron incluso, entre 163 y 130, los intereses del rey Ariárates V de Capadocia, quien les colmó de mercedes, lo que les decidió a dedicarle una estatua de culto junto a la del dios Dioniso y una estatua de bronce junto a la entrada del *temenos.* Se realizarían sacrificios en honor de la cofradía y del rey Ariárates, así como de la reina Nisa. Los ritos del culto del rey y de la reina eran regulados minuciosamente y vinculados a la celebración de las fiestas dionisíacas de Atenas.[181] Los tecnitas de Atenas rogaron a Ariárates que mantuviera las tradiciones de hospitalidad (asilo y salvoconducto) que «los anfictiones (de Delfos)...[182] y los otros griegos han concedido siempre».[183] Al hacer esto, introducían al rey en la más genuina tradición griega. Estos honores decían expresamente, debían provocar entre los posibles mecenas una emulación que sería beneficiosa para la cofradía. Así, los actores de Dioniso de Atenas hicieron –a través del culto real– a los reyes, incluso a los más lejanos, protectores de la cultura griega.

o) *El culto real en el gimnasio*

En todos los lugares donde se organizaban estas comunidades de educación, salidas de la ciudad clásica, que eran los gimnasios, el culto al rey constituía una parte de su actividad,[184] En Atenas existía un gimnasio Ptolemaion (Pausanias, I, 17, 2). Una serie de concursos –elementos del culto– fueron instituidos en los gimnasios en honor del rey, asociado a Hermes y Hércules.[185] Conocemos, por ejemplo, el calendario de las fiestas del gimnasio de Cos entre 159 y 133 (*Syll.,* 3.ª ed., 1028): las ceremonias culturales en honor de un Ptolomeo, de un Eumenes y un

Atalo se insertaban, en la serie de las fiestas, entre las de Atenea, Zeus Sóter, Dioniso y las musas.

En el gimnasio, el sacrificio que se realizaba en honor del rey tenía lugar delante de su estatua. Son abundantes los testimonios procedentes de Egipto y del imperio lágida respecto a sacrificios realizados en los gimnasios, especialmente en el aniversario de los Ptolomeos.[186] En ocasiones, un trono representaba al rey en el gimnasio. Esto nos recuerda el trono vacío que Eumenes de Cardia hizo preparar para perpetuar la memoria de Alejandro.[187] ¿Trono para el dios o trono para el rey? Ambas cosas, sin duda, ya que el rey era, al mismo tiempo, objeto de culto y codedicante en las dedicatorias votivas realizadas en su nombre.[188]

El vínculo del ejército con el rey —el ejército era real y no «nacional»— explica esa lealtad de los gimnasios. A ello se añade el hecho de que Heracles, patrono de los atletas, era también, por Alejandro, el antepasado dinástico de todas las casas reales que habían surgido del monarca macedonio. Así, por la adhesión que suscitaba, culto real, en el que muchas veces sólo se ha querido ver el indicio de una orientalización, era, por el contrario, un instrumento, si no de helenización, al menos de cohesión del helenismo. «Si no de helenización», decimos, pues el gimnasio estaba reservado a griegos o a elementos helenizados. La separación de ritos —griego y egipcio— de los cultos reales en Egipto contribuyó a la compartimentación cultural de los dos medios sacerdotales, mientras que la similitud de los ritos griegos en todo el mundo helenístico contribuyó a la unificación cultural de la clase social griega. En fin, la asociación del rey con dioses egipcios, fuera de Egipto, extendió el conocimiento de éstos en los medios griegos.

p) *Los cultos reales y la economía*

Los cultos reales, ya fueran instituidos por las ciudades griegas o por los templos indígenas o incluso por las cofradías y los gimnasios, respondían siempre a donaciones o privilegios concedidos por los soberanos a los que se les dedicaban. Se trataba de testimoniar el reconocimiento, no sólo por una victoria liberadora sino por donaciones en dinero o ingresos de aldeas constituidas en fundaciones, exenciones de impuestos, amnistías fiscales, asilos, salvoconductos y ofrendas de objetos preciosos. En ocasiones, los reyes financiaban la construcción de los edificios que albergaban las instituciones organizadoras de los juegos, que eran uno de los elementos del culto.[189]

El culto real griego vinculaba a los reyes con las ciudades y demuestra la importancia y el prestigio que éstas tenían en el mundo helenístico, al

igual que el culto real de rito indígena mantenía, por su amplitud, el poder de los templos egipcios.

Junto con el culto de los dioses, el culto real contribuyó a determinar, en el mundo helenístico, una inmovilización de la riqueza que aumentó a medida que fueron pasando las diversas generaciones de reyes.

Pero, cuando menos en una ocasión, ocurrió en Egipto que una donación de fundación era más ficticia que real. Los ingresos del impuesto sobre las viñas eran percibidos por el clero. Así, mediante una transferencia de esa *apomoira* al servicio del culto que instituyó para Arsínoe Filadelfo, Ptolomeo II pretendió remunerar a éste.[190]

q) *Los sacerdotes de los cultos reales*

El desarrollo de los cultos provocó, naturalmente, la proliferación de sacerdotes. Sólo en Egipto podemos evaluar de forma aproximada este fenómeno. En efecto, los contratos, tanto demóticos como griegos, han permitido elaborar una lista de varios centenares de sacerdotes epónimos.[191] Ya en la Antigüedad se elaboraban listas de este tipo: conocemos el título de una obra de Caronte de Naucratis sobre los sacerdocios epónimos.[192]

Tanto en Egipto[193] como entre los Seléucidas,[194] los sacerdotes nombrados por los reyes –al menos para determinados cargos–disfrutaban de los ingresos de fundaciones, ingresos que, cuando menos en los escalones inferiores, compraban por adjudicación[195] y que tendían a disponer como propiedades plenas, aunque el rey sólo les había vendido el usufructo.[196] El rey recordaba con insistencia que esas prebendas pertenecían al patrimonio del dios[197] y que eran intransmisibles.

Por otra parte, la tendencia a la hereditariedad de las prebendas coincide con la hereditariedad –que tal vez se impuso de forma gradual– de los cargos sacerdotales. Este principio de hereditariedad se remonta, al menos en el caso de algunos sacerdocios, a la época faraónica,[198] aunque, desde luego, con algunos períodos de interrupción. En todo caso, Heródoto habla de la transmisión hereditaria de los cargos sacerdotales (II, 37) contra la cual lucharon en vano los Ptolomeos. No es que éstos no admitieran a los hijos de los sacerdotes para ejercer la misma función que su padre; lo que trataron de prohibir fue el legado de las prebendas.

En las carreras de sacerdotes epónimos del culto dinástico, la hereditariedad es muy clara. Estos cargos permanecían en el seno de algunas familias privilegiadas. Así, por ejemplo, varias hermanas fueron, sucesivamente, sacerdotisas del culto de las reinas.[199] Esos sacerdocios parecen haber estado reservados a las familias de dignatarios de la corte y de altos

funcionarios. Por ejemplo, se ha podido conocer acerca de la familia de un tal Seleuco,[200] «pariente real», estratego y navarco, sumo sacerdote de Chipre a mediados del siglo II (*Pros. Ptol.*, núm. 15078), cuyo hijo, Teodoro, ocupó el mismo cargo (*Pros. Ptol.*, núm. 15046).[201]

También las sacerdotisas de los cultos de las reinas procedían de grandes familias. Así, Eirene (*Pros. Ptol.*, núm. 5104), hija de Ptolomeo de Megalópolis, que fue embajador de Ptolomeo V, estratego y sumo sacerdote de Chipre (*Pros. Ptol.*, 15068). Las sacerdotisas del culto egipcio de la pequeña princesa Berenice, instituido por el sínodo de Canope en 238 (*OGIS*, 56, l. 71), serian las hijas de los sacerdotes y recibirían una parte de los fondos dedicados al culto.

Podemos imaginar que los sacerdotes del culto dinástico nombrados por los Seléucidas y, asimismo, las sacerdotisas nombradas por Antíoco III para dar más brillo al culto de la reina Laodice (*OGIS*, 224 = Welles, *Royal Correspondence*, núm. 36) procedían también de familias importantes.

Por lo general, los sacerdotes epónimos del culto dinástico griego detentaban ese cargo junto con otras dignidades y funciones de alto rango en el «entourage» de los reyes. Este hecho está profusamente atestiguado en Egipto.[202] donde con frecuencia eran «parientes reales», estrategos, navarcos, gobernadores de Chipre, incluso directores de la Biblioteca de Alejandría. Al parecer, nunca accedió un egipcio al cargo de sacerdote epónimo de la dinastía.[203]

Se dibuja, así, una clase social de reclutamiento griego, mantenida por fundaciones reales y que acaparaba, incluso en el caso de las mujeres y las hijas, ingresos de tierras que no sufrían mutaciones. Así, por intermedio de estos sacerdocios, aparece una hereditariedad de los altos cargos políticos reservados a la población de cultura griega.

r) *Aspectos culturales del culto real*

El culto real, era el medio de vida de los sacerdotes, también servía para alimentar a todo un mundo de artistas. Ante todo, los arquitectos, invitados a construir templos y capillas, gimnasios y pórticos, a los que se daría el nombre de Ptolemaion, Ataleion, Arsinoeion o Filipeion. Escultores también, que harían las *agalmata*, imágenes de culto engastadas de piedras preciosas, encerradas en los templos, y los *eikones*, estatuas de piedra, de bronce o de oro que representaban al rey, a pie o a caballo, asociado, en el ágora o en un recinto sagrado, a sus dioses tutelares; escultores también para adornar los altares previstos para los sacrificios. También poetas, que durante siglos y en miles de lugares inventaron

himnos cada año —perdidos todos ellos salvo el que Atenas dedicó a Demetrio Poliorcetes— para elogiar al rey. Cantores y actores, inventores de mitos (como Teócrito y Calímaco), profesores de atletismo, que preparaban en todo el mundo griego los juegos de los Eumeneia, los Ataleia y los Ptolemaia. La fiesta, instigadora de emoción sagrada, era la razón de todas las artes.

Todo esto se ha perdido, pero algunos restos de monumentos prestigiosos que subsisten en Pérgamo, en Samotracia, Delos, Delfos, y Olimpia y, sobre todo, las inscripciones, que regulan las ofrendas y las fiestas y describen las estatuas, nos permiten adivinar la intensísima actividad cultural que produjo el culto real. Esta actividad era realizada, a menudo, por artistas itinerantes. Por ejemplo, en 162-160, Eumenes II envió a Delfos, al mismo tiempo que donaciones para los sacrificios instituidos en su honor, a obreros para que repararan el teatro —donde, en efecto, se han encontrado piedras procedentes de Pérgamo— y acondicionaran las ofrendas que había realizado allí (*Syll.*, 3.ª ed., 671 B, ll. 12-13). Esta circulación de artistas contribuyó a extender, a través del mundo, una cierta unidad de estilo típicamente helenística.

Por otra parte, el culto real practicado en los templos egipcios suscitó donaciones de los reyes que no sólo sirvieron para preservar la fuerza económica de estas instituciones sino que, además, permitieron iniciar o proseguir construcciones gigantescas, en Edfú, en Denderah, en Karnak y en muchos otros santuarios.[204]

El culto real de rito griego es una de las creaciones helenísticas que durante más tiempo perduró. Inspiró el culto de los emperadores romanos. Algunas de las manifestaciones de lealtad que lo expresaban subsisten aún en la actualidad: la costumbre de erigir estatuas ecuestres de los reyes, aceptada por Roma —el *Marco Aurelio* del Capitolio— y luego por nuestra civilización occidental; el carácter sacralizante de la coronación, que todavía en la actualidad persiste en Inglaterra; el *Te Deum* cantado en los aniversarios reales; la protección que los reyes han concedido siempre a las iglesias y que se ha expresado en innumerables encargos de obras de arte ofrecidas a éstas; las fundaciones de monasterios para asegurar las plegarias por el rey. Finalmente, al culto real helenístico se remonta, a través del Imperio romano y del Renacimiento, el esquema urbanístico de la plaza pública adornada con la estatua del rey.

5) *EL REY, LEGISLADOR Y JUEZ*

El rey es fuente de derecho. Lo es en el Egipto faraónico.[205] Pero, desde antes de Alejandro, los griegos habían elaborado una teoría del

poder legislativo del rey.[206] Para Isócrates (*A Demónicos,* 36), «la voluntad del rey hace la ley». Aristóteles (*Política,* III, 8, 2 = 1284 *a,* 14) considera que quienes se elevan por encima de nosotros hasta el punto de ser considerados «como un dios entre los hombres», no necesitan leyes: «ellos mismos son la ley». Y se cita la fórmula de Diotógenes que nos ha transmitido Estobeo (*Florilegio,* VII, 61, 10): «el rey es la ley viva».

Por otra parte, entre los reyes helenísticos, la legislación, al igual que la jurisdicción, se presentaba también como una buena acción de su parte. Así, muchas disposiciones legislativas eran calificadas de *philanthropa.*[207]

Los reyes griegos, promovidos por Alejandro a ocupar la dirección de los territorios conquistados, tuvieron que vérselas con legislaciones concebidas a diferentes escalas, en diferentes lenguas y que surgían de tradiciones diferentes.[208]

Sin duda, en un principio no se introdujeron grandes cambios. Así, según Arriano (*Anábasis,* III, 5, 4), Alejandro, cuando confió el gobierno de Egipto a Cleómenes de Naucratis, le habría ordenado «dejar que los monarcas gobernaran su nomo según el antiguo estatuto y limitarse a recaudar sus tributos». Al parecer, esta orientación pragmática del ejercicio del poder fue la que inspiró la obra legislativa de los diádocos y de sus sucesores.

Fuera de Egipto, y dado que las fuentes son fundamentalmente epigráficas y se refieren, por tanto, a las ciudades, la actividad legislativa de los reyes se plasma, sobre todo, en una ayuda a las ciudades, donde los incesantes cambios de régimen o de dueño provocaban cambios constitucionales.[209] En el capítulo dedicado a las ciudades analizaremos cómo afectaba a éstas la acción legislativa de los monarcas.

Por otra parte, la organización de una fiscalidad nueva en Egipto dio origen a una legislación de cuya importancia dan testimonios los papiros.[210] No podemos decir si este fenómeno revistió una importancia similar en los restantes reinos helenísticos.

Finalmente, por lo que se refiere al derecho privado, no se hizo esfuerzo alguno por unificar las tradiciones jurídicas de los griegos y las de las poblaciones autóctonas. La pluralidad de derechos siguió siendo una yuxtaposición y no desembocó en una *fusión.* Creemos que en el capítulo dedicado a la impermeabilidad de los derechos podremos demostrar este extremo.

En cuanto a la legislación propiamente real, debemos limitarnos a los Lágidas, por cuanto son los únicos reyes para los cuales poseemos una documentación mínimamente consistente gracias a los papiros.[211] De este tema nos ocuparemos también en el capítulo dedicado a la impermeabilidad de los derechos. También los Seléucidas tuvieron que compaginar la existencia de derechos de orígenes diversos. Bajo su jurisdicción siguieron

realizándose contratos de lengua y de derecho indígenas (M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide du Louvre*). En las ciudades griegas persistió, por otra parte, una legislación urbana *sui generis*. Eso explica la posibilidad de conflictos de derechos de los que da testimonio una frase que Plutarco atribuye a Antíoco III en los *Apotegmas de reyes y de generales*, 183 F. Si su autenticidad no es segura, al menos queda de manifiesto que los juristas y los moralistas percibían la existencia del problema. Así, Antíoco III «escribió a las ciudades, diciendo que si en algún momento les dictaba una orden contraria a sus creencias debían ignorarla e imputarla a su ignorancia».

Significativo a este respecto es el caso de los judíos. El rey Antíoco III garantizó por medio de una carta la integridad de sus leyes sagradas y, dado que entre los judíos el derecho privado viene determinado por principios religiosos inscritos en libros sagrados, este rey se convirtió en garante de los *patrioi nomoi*, de las leyes ancestrales que singularizaban a los judíos.[212] De igual forma, cuando Antíoco IV ordenó, como legislador real, la abolición de la religión judía, no hizo nada que rebasara su poder de rey en la óptica helenística. Los acontecimientos demostraron, simplemente, que la empresa superaba los medios que tenía para acometerla con éxito. También Antíoco III nombraba al sumo sacerdote de Apolo y Artemisa y de los otros templos situados en Dafne (Welles, *Royal Correspondence*, núm. 44).

Precisamente, a propósito de los judíos se plantea el problema de la preservación de sus leyes en la diáspora y, fundamentalmente, en Egipto. Haremos referencia a este tema en el capítulo que dedicaremos a los extranjeros en la ciudad.

a) *Legislación fiscal de los Lágidas*

Existió en Egipto un ámbito en el que sólo contaba el derecho real: el de la fiscalidad y la administración. El modelo griego era el del arrendamiento de los ingresos en dinero,[213] mientras que el egipcio consistía en la percepción del tributo en especie (en trigo), pero estos diferentes orígenes no impedían que existiera una legislación creada o avalada por el rey. Esa legislación revelaba la intención de proteger, tanto de la severidad de los acreedores como de la arbitrariedad de los funcionarios, a los trabajadores del campo y a los artesanos que alimentaban los ingresos reales, política coherente al servico de los intereses del rey.[214] Ciertamente, esta protección incidía en las modalidades de la ejecución de las deudas y de los embargos.[215] La intención fiscal que presidió la legislación sobre el registro de los contratos modeló la administración de las pruebas de la obliga-

ción.[216] Así, el derecho fiscal real influyó sobre el derecho privado. Por último, el rey tuvo una incidencia sobre el estatuto jurídico de los templos mediante las disposiciones de orden fiscal y los controles de gestión.[217]

b) *La jurisdicción real en materia civil*

Las funciones judiciales del rey helenístico no pueden definirse de una forma que convenga a todas las dinastías.

En el caso de los Seléucidas, carecemos casi por completo de fuentes: se limitan a algunos casos de alta traición que, por supuesto, correspondían a una jurisdicción excepcional.[218] Idéntica situación encontramos en la monarquía macedónica y entre los Atálidas. En efecto, los historiadores antiguos –Plutarco y Polibio– sólo ven la historia al nivel de la alta política. En cuanto a las inscripciones, nos proporcionan datos de enorme valor acerca de las funciones judiciales de los reyes con respecto a las ciudades, datos que utilizaremos en el capítulo consagrado al estudio de la ciudad.

En consecuencia, la exposición de la jurisdicción real debe limitarse a la monarquía egipcia. Pero al margen de algunas ordenanzas referentes a las competencias y procedimientos de los tribunales, la investigación sobre las relaciones entre los diferentes órganos de la jurisdiccón deben partir de los indicios que ofrecen los documentos de la práctica: quejas introductivas de instancia, procesos verbales de audiencia. Por abundante que pueda ser, esta documentación presenta lagunas, En estas condiciones, es fácil comprender que los historiadores del derecho hayan presentado unas estructuras de jurisdicción muy diferentes.[219] Reseñaremos aquí los que parecen datos seguros, después de más de 75 años de investigación.

c) *La jurisdicción inmediata del rey*

No debe extrañar que no exista en Egipto separación de poderes. Al igual que la asamblea del pueblo en Atenas, el monarca lágida era, a un tiempo, juez y legislador, así como detentador del poder ejecutivo.

En el mundo griego, el rey poseía su poder de jurisdicción en su calidad de jefe del ejército en campaña. El modelo se remonta, cuando menos, a Alejandro, que juzgaba, fundamentalmente, en los casos de motín, por ejemplo en Opis (Arriano, *Anábasis,* VII, 8).

En Egipto, el Ptolomeo era juez en su calidad de faraón.[220] En fin, era juez, porque la jurisdicción es una manifestación de la benevolencia real.[221]

Por supuesto, no todas las peticiones y solicitudes dirigidas al rey llegaban al palacio de Alejandría. Pero lo que pedía fundamentalmente el querellante que se dirigía al rey era que convocara a las partes.[222] Por lo demás, los reyes eran accesibles. En el palacio existía un «pórtico de audiencias» (Polibio, XV, 31, 2), audiencias que durante las campañas se celebraban en el interior de la tienda real (Polibio, V, 81, 5).

Algunos datos se añaden a estos indicios que demuestran el ejercicio efectivo de la jurisdicción por el rey. En una *ostraca* del Alto Egipto[223] se conserva un extracto de «la ordenanza relativa a los juicios efectuados por el rey y por otro juez». Se lee allí que «si alguien, habiendo sido juzgado por el rey, pretende ser juzgado de nuevo por el mismo asunto por otro tribunal, kriterion o dikasterion [224] pagará una multa de (tantas) dracmas y su acción no será válida». La copia es de finales del siglo II. Esta disposición demuestra que existía una jurisdicción inmediata del rey y que la había también de otros tribunales. La prohibición de que un caso fuera juzgado dos veces es atestiguada en Atenas por Demóstenes, *Sobre la Corona* (XVIII, 224).

Por otra parte, este texto demuestra que el rey había promulgado un «código de procedimiento», pues contiene el principio de otra ordenanza sobre el mismo tema. Este código, al que se refiere una cláusula frecuente en los contratos griegos de Egipto, preveía especialmente las modalidades de ejecución de las deudas, ya desde la época de Ptolomeo Filadelfo.[225] Se conserva también —está fechada en 242— una ordenanza de Ptolomeo Evergetes organizando las competencias de los diferentes tribunales.[226] Finalmente, una decisión de este rey del año 237 constituye un auténtico rescripto que, en un aspecto en que la ley guarda silencio o es oscura, combina la función judicial y la función legislativa, convirtiéndose la decisión en un precedente que habría de convertirse en ley, y comunicada al interesado por medio de una ordenanza real. En este caso, se trata de los plazos de presentación ante la justicia de un demandado por su caución.[227]

d) *Los tribunales*

Pero si el poder jurisdiccional del rey estaba bien establecido, es difícil determinar, en cambio, la competencia específica del soberano y de los tribunales.

En el siglo III, algunos procesos verbales de audiencia, reproduciendo citaciones para comparecer, así como una sentencia,[228] emanan de un tribunal llamado simplemente *dikasterion,* que conocía las acciones iniciadas por emigrantes griegos o de otros orígenes (especialmente, judíos).[229] Este tribunal colegial, formado por 10 hombres, estaba presidido por uno

de sus miembros y asistido por un introductor de causas a petición del estratego que gobernaba el nomo. Éste era, en efecto, quien, después de haber intentado una conciliación, dirigía al demandante hacia el tribunal competente. Los jueces, cuyos nombres indican que eran de origen griego, podían ser recusados por las partes, lo cual hace pensar que ejercían una función de árbitros, que se trataba de una especie de jurado que se formaba con los griegos y otros extranjeros establecidos en la zona rural egipcia y que reproducía, así, la afinidad social que vinculaba a los ciudadanos de una ciudad griega con sus jueces, pudiendo cada uno, llegado el caso, ser demandante, demandado o juez. Este tribunal, de modelo urbano, se articulaba, sin embargo, con la jurisdicción real, ya que era convocado por el estratego, funcionario real.

Por otra parte, el derecho que aplicaban estos *dikasteria,* es decir, el de las ordenanzas reales, admitía, en caso de lagunas de estas últimas, *el derecho de las ciudades*[230] y, para cuanto no estuviera previsto por éste, la equidad, *la opinión más justa.*[231] Ahora bien, esta expresión se encuentra en la costumbre griega de la época clásica.[232]

Sin detenernos en el *koinodikion,* «tribunal mixto», del que apenas conocemos algo más que el nombre,[233] pasaremos al tribunal de «los jueces del país», los *laocrites,* tribunal egipcio que juzgaba en lengua egipcia. Hemos encontrado el historial completo de un proceso presentado ante este tribunal en Siut, en el año 169.[234] Vemos en él, en demótico, el alegato, los medios utilizados y el juicio. Los jueces son sacerdotes, ayudados por un «introductor de causas» griego. No sabemos si este tribunal, cuya existencia está atestiguada desde el siglo III, existía ya a la llegada de los griegos a Egipto. Las quejas introductorias de instancia llegaban hasta él a través del estratego, funcionario real, al igual que las que llegaban a los *dikasteria* griegos. Los *laocrites* juzgaban los litigios de los egipcios entre sí, sin importar que los contratos que daban lugar a esos procesos estuvieran en egipcio o en griego, al menos desde la ordenanza del año 118 (*P. Tebtunis,* 5, ll. 212-220). Aplicaban la «ley del país», ley egipcia, donde se insertaban, por otra parte, ordenanzas reales dictadas por los Ptolomeos en materia de derecho egipcio.

El tercer tribunal era el de los *chrematistes,* que estaba formado por tres jueces y por un introductor de causas. Los *chrematistes* eran de lengua griega y fueron creados en el siglo III para ahorrar —dice la *Carta de Aristeas a Filócrates,* § 111— largas estancias en Alejandría a las gentes del campo que estaban involucradas en un proceso. Itinerantes en un principio (véase el *P. Columbia-Zenón,* núm. 54, del año 250), desde el siglo II pasaron a ser tribunales permanentes en los nomos. Su título revela la amplitud de sus competencias: *juzgan los asuntos reales, fiscales y privados.* La importancia de los ingresos reales en la economía de Egipto

aseguraba a este tribunal un número considerable de causas. Los *chrematistes,* creación sin pasado, constituían un órgano específicamente real de jurisdicción, abierto, a todos, griegos y egipcios, en la medida en que las causas afectaban, poco o mucho, a los intereses del rey y aceptando además, hasta el año 118, todo tipo de litigios privados. Después de esa fecha, este tribunal se especializó, por lo que respecta a los asuntos privados, en las causas que tenían como objeto contratos griegos, a menos que éstos hubieran sido concluidos entre egipcios.

En la estructura de la jurisdicción de los Ptolomeos hay que subrayar el importante papel del estratego del nomo. Éste pasó a ser, gradualmente, de jefe militar a jefe de la administración. Su papel judicial deriva del de general en campaña. Desde mediados del siglo III, su función judicial aparece, sin embargo, especializada. Examinaba las peticiones, indicaba las investigaciones que había que hacer y, sobre todo, era el encargado de realizar los intentos de conciliación. A esta participación en las fases que precedían al proceso, se añadieron funciones de «jurisdicción especial» desde la época de Ptolomeo Filadelfo. En efecto, una parte importante del contencioso era regulada por los funcionarios reales del cuadro administrativo.[235] Dado que no existía separación de poderes, no era insólito que el agente de la ejecución ejerciera también poderes de jurisdicción. Tal es el caso de Egipto en materia penal administrativa, en la que el funcionario tenía poder de coerción. Se han conservado fragmentos de las ordenanzas de Ptolomeo Filadelfo organizando esa jurisdicción especial (*P. Hibeh,* II, 198, ll. 148-153; 161-172) en materia de daños y perjuicios y en la de daños a terceros.

Sería ese poder coercitivo el que los litigantes solicitarían cada vez más, sobre todo en lo referente a ejecución de deudas, embargos y dejación, en definitiva, en todos aquellos litigios en los que era necesario obligar a la parte contraria y en los que se podía establecer un lazo, por tenue que fuera, con los intereses del fisco. Lo que se pedía al funcionario no era ya que dictara sentencia, sino que actuara. Sin embargo, poco a poco el funcionario comenzó a comportarse como un verdadero juez. Se le dirigían peticiones directamente, y en las quejas de la población se vislumbran los abusos que este sistema podía conllevar. Después de un largo período de conflictos, Ptolomeo Evergetes II tomó, en el año 118, una serie de medidas tendentes a proteger de la arbitrariedad de los funcionarios a todos aquellos cuya actividad estaba relacionada con los ingresos reales. Especialmente, el rey impuso límites a la ejecución de las deudas (*P. Tebtunis,* 5, ll. 221-264).

El reforzamiento del papel coercitivo de los funcionarios y el hecho de que los simples particulares recurrieran cada vez más a su poder y protección, eran elementos que entraban en oposición con las tradiciones

de la ciudad griega y que se situaban en la línea de la jurisdicción de las monarquías absolutas.

6) *LA MONEDA REAL*

Acuñar moneda era una prerrogativa de la soberanía, pero en la época helenística existían soberanías de diversos grados. La de los reyes era absoluta, pero la de las ciudades dependía de la voluntad del rey y podía verse limitada por determinadas condiciones, a no ser que se tratara de ciudades plenamente libres, caso, por ejemplo, de Rodas. A estos niveles diferentes de soberanía corresponden diferentes monedas: la de los reyes, acuñada en ciudades que tenían ceca real; la de las ciudades, que acuñaban para el rey monedas de tipo real, pero añadiendo algún símbolo propio, por ejemplo, su nombre; por último, la de las ciudades que acuñaban para sí mismas, sin autorización real. En este último caso, se trataba de una moneda de circulación local.

La moneda pertenecía a aquel que la emitía y que garantizaba su peso y su ley. Era «del rey» o «de una ciudad determinada» o «del tesoro de un templo» (en Egipto, «del tesoro de Ptah»).[236] En este sentido, el incremento de poder de los usurpadores se distingue en la aparición en las monedas de su nombre al lado del del rey y, más tarde, de su nombre únicamente.[237]

Al igual que Atenas, poco antes del año 420, ordenó el curso legal y exclusivo de su moneda en las ciudades de su imperio (*Syll.*, 3.ª ed., 87),[238] los reyes trataron también de reservar a la moneda real el curso legal en el territorio que controlaban, conservando una circulación local para las monedas específicamente urbanas cuya acuñación autorizaban.

Siguiendo estos principios,[239] Ptolomeo II ordenó en 258 que en Egipto los pagos se efectuaran en moneda ptolemaica. A este efecto, se invitaba a los compradores extranjeros a que reacuñaran en moneda ptolemaica las piezas de oro que llevaban de sus países. También debían reacuñarse los viejos pentadracmas ptolemaicos (*P. Cairo-Zenón,* 59021).

Tal como lo había hecho Alejandro, los monarcas helenísticos también acuñaron el oro y la plata. Hacían también emisiones en bronce. Acuñaron el oro los Antigónidas,[240] los Ptolomeos,[241] Agatocles y Pirro,[242] los etolios, Atenas y Rodas,[243] los reyes de Bactriana,[244] los reyes del Ponto,[245] Lisímaco y Pérgamo (a comienzos del siglo III), pero no los Atálidas.[246] Por lo que respecta a los Seléucidas, las acuñaciones de monedas de oro son raras en las cecas de la zona occidental pero abundantes en las de la zona oriental, hasta mediados del siglo III, lo que indica que alimentaban el comercio con la India.[247] Parece que después de perder los territorios colindantes con la India, las acuñaciones de oro

quedaron reservadas —como en el caso de las otras dinastías— a las conmemoraciones o gratificaciones. Así, durante su corta ocupación de Egipto, Antíoco IV habría hecho distribuir en 169-168 una moneda de oro a cada habitantes de Naucratis (Polibio, XXVIII, 20, 10). De igual forma, para conmemorar su victoria sobre Filipo V en Cinoscéfalos en el año 197, Flaminino hizo acuñar en Grecia monedas de oro similares a las de Alejandro, con una Victoria coronando el nombre del vencedor escrito en latín. El rostro barbudo de Flaminino, que aparece representado en el anverso, constituye el retrato más antiguo de un romano sobre moneda.[248]

Pero lo cierto es que la circulación de las monedas de oro era muy restringida. Todo el mundo prefería atesorarlas. Los reyes las acumulaban en sus tesoros. Tito Livio hace el inventario de las monedas de oro (aunque también de plata, es cierto) que Flaminino tomó como botín, entre innumerables objetos preciosos, del tesoro de Macedonia (XXXIV, 52).[249]

La moneda que tenía una amplia circulación era la de plata. Como Atenas, como Alejandro, los reyes helenísticos utilizaron fundamentalmente la plata para sus acuñaciones.

En cuanto a la moneda real de bronce, presenta gran variedad de tipos en el caso de los Seléucidas, tipos que recuerdan a veces las leyendas o los cultos de la ciudad que la acuñaba para el rey, pero su circulación quedaba restringida al plano local.[250] Por contra, los Ptolomeos apenas acuñaban el bronce y el tipo corriente que aparecía en las monedas era una cabeza de Zeus barbudo, mientras que en el reverso aparecía el águila ptolemaica.[251] A partir del siglo II, en Egipto circuló casi exclusivamente la moneda de bronce[252] (cf. *P. Tebtunis,* 884, de 210).

La moneda de los reyes helenísticos deriva de la moneda de Alejandro. Después de haberse proclamado reyes, los diádocos conservaron en el anverso de sus monedas el retrato de Alejandro con los cuernos de Amón, el cuero cabelludo de elefante o la piel de león de Heracles.

a) *El patrón*

Todos también, salvo los Ptolomeos, mantuvieron el peso ático que Alejandro había adoptado, es decir, unos 17 g en un tetradracma de plata. Ésta es una prueba de la expansión que había alcanzado el comercio de los atenienses y de la confianza que inspiraba su moneda, gracias al mantenimiento de su ley y de su peso. De cualquier forma, los «alejandros» eran algo más ligeros que los tetradracmas de Atenas.[253]

Pero en Egipto, Ptolomeo Sóter encontró un país sin tradición monetaria, ya que no hubo una moneda real faraónica, a excepción de un breve

intento de Tachos.[254] En el Egipto faraónico se utilizaban las monedas griegas de cualquier procedencia y, también, dáricos. Había, además, lingotes marcados con el signo de los tesoros de los templos. Al parecer, hasta el año 318 no hubo una ceca en Egipto. Las piezas de un tesoro encontradas en Fakus, anteriores a esa fecha, proceden de las cecas de Anfípolis y Babilonia.[255]

Ptolomeo no tenía, pues, las mismas razones que los otros reyes para adoptar el patrón ático. Acuñó primero siguiendo el patrón de Rodas y, finalmente, adoptó el de Cirene, que era fenicio, lo cual dio como resultado un tetradracma ligero de unos 14,25 g. de plata. Ese patrón fue adoptado en Cartago, también en Siracusa en tiempo de Hierón II y, por supuesto, en Chipre, así como en Siria y Fenicia.[256] La costumbre de operar con monedas de peso ptolemaico estaba tan aceptada en estas dos últimas regiones (en poder de los Ptolomeos hasta el año 200), que Antíoco III acuñó allí utilizando el mismo patrón, una vez que las hubo conquistado.[257] Con esa decisión de acuñar una moneda «ligera», Ptolomeo Sóter reforzó la vocación de aislamiento económico en que los faraones habían mantenido a Egipto.

b) *Los tipos*

Si la moneda de los Ptolomeos se diferencia, por su peso, de las de las otras dinastías, sin embargo mantiene con ellas una unidad de estilo. Esa unidad expresa la del mundo de inspiración griega que fundó Alejandro.

En efecto, los tipos de las monedas reales se atienen a unas líneas fundamentales.

La gran novedad de la época helenística consiste en la introducción del retrato en el repertorio de los tipos. La idea pudo haber sido tomada de Persia, donde una serie de grabadores griegos realizaron para diversos sátrapas monedas con hermosos retratos,[258] con leyendas en arameo. Alejandro no fue el iniciador del retrato monetario. Sus primeras monedas llevaban en el anverso la imagen de Atenea con casco de Corinto, pues Alejandro era el hegemón de la Liga panhelénica que asedió esa ciudad; el reverso estaba ocupado por una Victoria. Posteriormente, en el anverso de sus monedas aparecía Heracles con la piel de león, antepasado de su dinastía, mientras que el reverso lo ocupaba Zeus de Olimpia con el águila. Fue Lisímaco quien ordenó que se grabara en sus monedas el admirable retrato de Alejandro con el cuerno de carnero (XLIX, 9).[259] También Ptolomeo hizo grabar en sus primeras monedas la cabeza de Alejandro, pero adornada con el cuero cabelludo de elefante (LVIII, 1, 2, 3). Éstos habrían de ser los prototipos de los retratos de todos los soberanos

helenísticos. Incluso tras el reinado de Lisímaco, la efigie de Alejandro fue adoptada por muchas ciudades autónomas de la región de los estrechos, entre ellas Bizancio. Pero el primer retrato monetario de un *rey vivo* en Europa es el de Demetrio Poliorcetes (L, 5, 6). A partir de entonces, los retratos fueron muy numerosos: Antíoco Hiérax, con la diadema alada (LII, 8); Antíoco III, de perfil apuntado (LIII, 1); Antíoco IV, menos firme (LIII, 6), y el delicado retrato de su sobrino, el pequeño Antíoco asociado al trono, que no llegaría a reinar (LIII, 5); el gordo Ptolomeo IV (LIX, 2); Filipo V de Macedonia, cuyo rostro revela fogosidad (LI, 1) y, además, en el Ponto, Mitrídates III, Farnaces I y Mitrídates IV, retratos todos ellos que se parecen por el tamaño pequeño del cráneo y por un prognatismo que el artista no intenta disimular (LVI, 8, 9, 10); los reyes de Bactriana, cuyos retratos, adornados con el petaso o el casco, son de un sobrio realismo (LV), o Filetero (LVII, 5), cuya efigie, adoptada por Eumenes I y por sus sucesores, perpetuó hasta el fin de la dinastía uno de los retratos más bellos del siglo III.

También las reinas aparecen en las monedas. Los Ptolomeos acuñaron bellas monedas conmemorativas con efigies de reinas, idealizadas o realistas, con la cabeza cubierta por un velo que destaca la frente: el octadracma de Arsínoe II (LVIII, 6); el octadracma y el decadracma de oro de Berenice II, el primero acuñado en Éfeso hacia 258 para la muchacha de delicado rostro alerta, y el segundo hacia 240, en Egipto, para la matrona con rasgos dignos y pesados (LVIII, 8, 9). Podemos seguir el paso de los años en el rostro de Cleopatra: joven y sonriente (LIX, 7), su perfil vivaracho se hace anguloso, autoritario, el de una Cleopatra reina con el águila ptolemaica (LIX, 8).

A veces, como ocurre en una moneda de oro de Ptolomeo II, los dos perfiles del rey y de la reina se yuxtaponen (LVIII, 7), esquema que volvemos a encontrar en los casos de Antíoco VIII y Cleopatra (LIV, 5) o de Mitrídates IV y Laodice (LVII, 1). Así conocemos el lugar que ocupaban las reinas en la vida de la corte y en el culto, aspecto nuevo en la civilización griega, donde la política no atraía a las mujeres, pero tradicional en Egipto, debido al papel de la mujer en la transmisión de la divinidad real.

Pero los retratos reales son realizados de tal forma que sugieran algo más que la mera naturaleza humana. El grabador juega con una sacralidad siempre deseada por medio de sutiles semejanzas y por los símbolos que cuelga de las cabelleras. ¿Es Heracles quien se parece a Alejandro o Alejandro a Heracles? El motivo de Amón con el cuerno aparecía ya hacia el año 400 en una moneda de Cirene (LXII, 6): Alejandro se convierte en Amón absorbiendo el poder sagrado de los cuernos, símbolo inmemorial de la fuerza real, pero tal vez presta también su rostro al dios que lo habita.

El rostro sonrosado y mofletudo del rey niño Antíoco VI se satura de los rayos de sol (LIV, 3), como ocurre, en una moneda de oro, con la cabeza de Ptolomeo III (LVIII, 10), y se mide así el camino recorrido desde la simple comparación poética de toda excelencia con el sol, que encontramos al comienzo de la primera *Olímpica* de Píndaro, hasta esta asimilación que, en Egipto, era milenaria e institucional. La efigie de Zeus toma los rasgos de Alejandro Balas en una moneda de este rey.[260] Más sutil es aún la sugestión dionisíaca de la sonrisa que anima el admirable retrato de Demetrio Poliorcetes (L, 5, 6). Perdido en su cabellera, el cuerno de un Poseidón-toro proclama la protección del dios que, en 306, le dio la victoria de Salamina de Chipre. Por otra parte, no debemos olvidar que el lugar que en la época helenística estaba ocupada por el rostro de los reyes, lo llenaban los dioses en la ciudad clásica.

En las monarquías helenísticas, los dioses ocupan casi siempre el reverso de la moneda: confirman su patrocinio o bien recuerdan una leyenda divinizante. Así, los Seléucidas tenían a Apolo y al áncora con que ese dios marcó a su dinastía. Heracles y Zeus, los antepasados de los Argéadas, eran los protectores de las dinastías que se unieron a esa casa. Los reyes de Macedonia exhibían también la protección de una Atenea combatiente. Una Atenea sentada tiende una Victoria a Lisímaco. Demetrio Poliorcetes invocaba a un Poseidón con el tridente.

También existieron blasones. El caballero de Filipo II pervivió en algunas acuñaciones de sus primeros sucesores y pasó, con los avatares que son conocidos, a las monedas celtas, donde con frecuencia resulta irreconocible. Por otra parte, el águila era el símbolo de los Ptolomeos.

El tema de la victoria, que señala al hombre real, está presente en todas partes. A veces, se intenta recordar una victoria reciente: un pequeño Alejandro a caballo persigue a los enormes elefantes de Poros (XLIX, 6, 7), mientras que en el reverso una Victoria corona a un Alejandro a la vez soldado y portador del rayo; o bien, una Niké anuncia, en la proa del barco real, la victoria de Demetrio Poliorcetes en Salamina de Chipre. Las expediciones a la alta Asia de Seleuco I (LII, 2) y de Antíoco III (LIII, 3) son recordadas por medio de un elefante en las monedas. Una victoria corona el nombre de Flaminino después de Cinoscéfalos (L, 12).

Junto a las conmemoraciones concretas, existen innumerables Victorias que conceden al rey una protección global y la promesa del éxito, como sucede con la Atenea combatiente[261] que aparece incluso en las monedas de los reyes de la India.

Ningún rey permaneció fiel —como ocurrió en Atenas— a un tipo único, pese a la preferencia de cada dinastía por determinados símbolos. Esta variedad, estas referencias a la actualidad, estos retratos en los que se

vislumbra al individuo por debajo del tipo dinástico, esa afirmación de la persona, esos rostros captados a veces en plena acción, como el de Antíoco III, son característicos de la sensibilidad helenística.

Ahora bien, junto a esa unidad del mensaje existen notables diferencias de calidad, pues las monedas se fabricaban en diferentes cecas reales.[262]

c) *Las cecas*

No siempre es fácil descubrir las cecas. En efecto, hay que clasificar las series en función de detalles, a veces ínfimos, que diferencian las piezas del mismo tipo. En efecto, las cecas no firmaban con un monograma o un símbolo las monedas que emitían. Y en los casos en que lo hacen, no siempre se puede interpretar el monograma con seguridad. De todas formas, hay muchas identificaciones seguras. Así, la aparición de una pequeña abeja en el campo de una moneda real indica que la moneda fue acuñada en Éfeso.

Una vez atribuidas a una ceca concreta una serie de monedas firmadas, se pueden añadir a éstas las monedas del mismo estilo, aunque no posean monograma, siempre que el estilo sea muy característico. Pero lo que complica las cosas es el hecho de que las ciudades se prestaban, unas a otras, los buenos grabadores.

Muchas veces resulta problemático establecer la fecha en que una ceca comenzó o dejó de emitir. No todas las monedas están fechadas y, cuando lo están, hay que averiguar según qué era está realizada la datación, la era de los Seléucidas o la de la ciudad, por ejemplo.

El volumen de las emisiones, dato de valor inestimable para la historia económica, se establece por el número de cuños que se descubren para un mismo tipo. No hace falta decir que, dado el carácter aleatorio de los hallazgos, cualquier conclusión al respecto ha de ser provisional. No obstante, podemos afirmar, con toda seguridad, la importancia de la ceca de Babilonia en tiempo de Alejandro Magno.

Las cecas reales parecen haber tenido una cierta libertad de elección, no sólo de los epítetos añadidos al nombre de los reyes en la leyenda,[263] sino también de los tipos. Frecuentemente, hacían alusión a los cultos locales. Éste es, para el numismático, un medio de identificar las cecas. Así, algunos dioses aparecen representados según una estatua de la que la ciudad que realiza la emisión se siente orgullosa. No es raro, tampoco, ver estatuas arcaicas en monedas helenísticas.[264] El Apolo Citaredo que Briaxis había esculpido para el santuario de Dafne, cerca de Antioquía, figura en una moneda de Antíoco IV (LVII, 9) en lugar del habitual Apolo

desnudo, sentado en el punto central de Delfos. Se puede concluir que esa moneda fue acuñada en Antioquía.[265]

Las ciudades y los reyes asumieron, así, conjuntamente, la promoción del mismo fondo artístico y religioso. Comprobamos, una vez más, que los reyes contribuyeron a la expansión y al futuro de la cultura urbana de la época clásica. Los tipos son, en consecuencia, una historia en imágenes de las tradiciones, las aspiraciones y los orgullos.

La clasificación cronológica de las monedas reales fechadas, acuñadas por las cecas de las ciudades, puede permitir averiguar, asimismo, la sucesión de los monarcas bajo los cuales fueron emitidas. Nueva dirección de la investigación, de gran dificultad y que apenas ha hecho sino comenzar. Sin embargo, los resultados contribuyen, por su parte, a la historia política de las zonas de influencia de los reyes. A esta labor se han dedicado con gran eficacia Henri Seyrig[266] y Louis Robert.[267] Unas veces es la historia la que permite datar las monedas, mientras que otras es la numismática la que arroja una cierta luz sobre el proceso histórico.[268]

No olvidemos las complicaciones que produce la persistencia del tipo de Alejandro tras la muerte de este rey, e incluso después de los diádocos.

d) *La moneda de las ciudades*

Hasta ahora nos hemos centrado exclusivamente en el análisis de la moneda real. Hemos de referirnos también a la moneda de las ciudades. Las de la costa occidental del Asia Menor tuvieron autonomía monetaria en tiempo de los aqueménidas. Alejandro les permitió que la conservaran, pero les impuso la unidad de patrón y de tipo.[269] Los primeros sucesores de Alejandro fueron remisos a conceder autonomía monetaria, pero posteriormente se otorgó con mayor liberalidad. A finales del siglo II, muchas ciudades dependientes de los Seléucidas se arrogaron esa autonomía monetaria.[270] Por su parte, los romanos, que favorecieron el renacimiento de la vida urbana en Oriente, fueron pródigos en la concesión del derecho de acuñar moneda.

Si nos parece oportuno referirnos a la moneda de las ciudades en este capítulo, dedicado a la institución real, es porque era del rey de quien las ciudades obtenían la autonomía monetaria.

Las monedas firmadas con el solo nombre de una ciudad autorizada, así, por el rey, raras veces eran de plata, acuñándose habitualmente en bronce. Su circulación era de carácter local. Así, cuando Antíoco VII concedió al sumo sacerdote de Jerusalén, Simón, el derecho de acuñar su propia moneda, en el año 139, especificó que sólo podría ser utilizada dentro de los límites de su país (*I Macabeos,* 15, 6).[271] El carácter local de la

circulación de esas monedas de la ciudad queda demostrada por el hecho de que sólo son encontradas en un área muy reducida. Hasta tal punto esto es así que, algunas veces, es posible determinar el emplazamiento[272] de una pequeña ciudad por la concentración de los hallazgos de monedas en un área limitada. En el caso de los Atálidas, junto a la moneda real con la efigie de Filetero, Pérgamo emitió monedas municipales en bronce, con tipos muy variados:[273] Atenea, Asclepio, Apolo e Higía. Por otra parte, también las ciudades sometidas acuñaron su propia moneda.

Al menos doce ciudades de la costa de Asia Menor, entre las cuales se cuentan Éfeso y Esmirna, acuñaron desde el año 200 monedas de patrón rodio (alrededor de 12,70 g) y de idéntico tipo, los *cistóforos,*[274] grabados con el cesto sagrado de Baco de donde se escapa una serpiente, mientras que el reverso de la moneda está grabado con serpientes. Los cistóforos fueron moneda federal en una amplia región, en gran parte sometida al control de los Atálidas. Las iniciales del nombre de un magistrado indican la procedencia de las monedas de esta especie de Unión monetaria. Los cistóforos se convirtieron en una moneda de comercio internacional y se acuñaron en grandes cantidades. Tito Livio[275] da la cifra de 960 000 en los botines procedentes de Oriente que se exhibieron en Roma en los triunfos de Acilio, de Regilio, de L. Escipión y de Cn. Manlio, en los años 190 y 189. Cicerón, cuando fue procónsul de Asia en 51-50, hizo grabar su nombre en una emisión de cistóforos.[276]

Como ocurrió en muchos otros aspectos, los Ptolomeos presentan una situación diferente por lo que respecta a la moneda de las ciudades. Contaban con pocas cecas reales: Alejandría, Cirene y Chipre. Cirene tenía una moneda autónoma, donde a veces figuraba la doble pertenencia: «de los cireneos y de los Ptolomeos». Esto ocurrió entre 323 y 285. En tiempo de Ptolomeo II emitió una moneda autónoma de bronce con la efigie de Libia, y en ella el nombre de Ptolomeo parece en ocasiones borrado y sustituido por el de Magas, soberano independiente, que murió en 258. Bajo Ptolomeo III, la moneda de Cirene fue autónoma, pero pasó a ser real a partir de 221.[277]

Atenas, a pesar de que sufrió la ocupación macedónica, siempre conservó su propia moneda,[278] y sus tetradracmas de plata, muy abundantes, tenían curso internacional. Tito Livio las distingue cuidadosamente de las otras monedas en el inventario del botín que llevaban a Roma los triunfadores.

También Rodas conservó, con su independencia, su moneda independiente con el tipo del sol y de la «rosa», durante toda la época helenística. También poseyeron su propia moneda la Liga etolia, la Liga aquea, Bizancio, Calcedonia y las ciudades de las orillas del mar Negro.[279]

En Esparta, que durante la época clásica no tenía otra moneda que sus

obeles de hierro, Areo manifestó su vocación de rey helenístico acuñando, en 280, tetradracmas de plata cuyo tipo era el Alejandro hercúleo, mientras que el reverso estaba ocupado con la efigie de Zeus sentado. La moneda estaba firmada con su nombre (LXII, 6). En 228, Cleómenes III hizo acuñar su propio retrato con diadema, imitado del tipo de los Seléucidas; el reverso estaba ocupado por un símbolo muy espartano, el Apolo de Amiclea (LXII, 7), mientras que Nabis unió a un hermoso retrato coronado de laurel, un Heracles sentado (LXII, 8).

Digamos, por último, que desde fines del siglo IV, y en razón del aflujo de monedas de Alejandro hacia Occidente, Cartago entró en el circuito monetario griego (de hecho, a partir de ese momento no existiría otro en todo el mundo). Una moneda con la efigie de Heracles con la piel de león, imitó a los «alejandros», pero, en el reverso, el caballo y la palmera serían el emblema típico de Cartago (LX, 6). Luego, las monedas llevarían en el anverso la cabeza de Tanit helenizada, con una corona de espigas de trigo, que imitaba la cabeza de Aretusa, característica de las monedas de Siracusa. Cartago adoptó el patrón ptolemaico.

e) *Conclusión sobre la moneda*

La actividad monetaria de los reyes permite sacar algunas conclusiones. De la ciudad, de sus dioses y de sus mitos procedían los tipos del reverso de las monedas; de la ciudad procedían también los patrones. También los artistas de la ciudad se ocupaban de las cecas donde se acuñaban las monedas reales. Por último, la ciudad conservó, o recuperó en el curso del tiempo, una moneda propia, que conservaría durante el Imperio romano. En este aspecto, la institución real preservó, pues, un elemento típico de la cultura urbana griega, que difundió, en beneficio de la persona regia, por todo el ámbito del mundo conocido en torno al Mediterráneo.

Al ser adoptada por los reyes, la moneda griega fue también adoptada por Roma. En este sentido, hay que decir que el retrato de Flaminino fue un prototipo para los emperadores. El cónsul triunfante imitó al rey vencido. Por otra parte, encontramos incluso en Inglaterra las imitaciones celtas de los «filipos», mientras que en la India fue la moneda griega y no la dárica la que inspiró las acuñaciones de los reyes greco-indios de la época helenística.

A través de Roma, la moneda helenística sirvió también de modelo a los medallistas de Occidente en el Renacimiento, donde florecen los retratos de príncipes italianos y, luego, de los reyes, para perpetuarse hasta nuestros días, mediante los retratos en los raros reinos que subsisten, y en

otros lugares por sus águilas, por sus entidades abstractas humanizadas y por sus tipos parlantes. A la moneda se añaden, desde hace casi dos siglos, las efigies de los sellos de correos, que explotan los mismos temas, celebrando también conmemoraciones y recuperando en las flores, los pájaros y las estatuas el equivalente de las imágenes locales de las monedas de las ciudades, el silfio de Cirene, la viña de Maronea y el Zeus de Olimpia.

La moneda de los reyes era griega y en sus tipos no existía ninguna alusión a Oriente,[280] a no ser el elefante que conmemoraba una victoria (XLIX, 6 y 7 o LVIII, 5 o LIII, 3, o LII, 6). Incluso en las ciudades helenizadas más recientemente, es raro que en las monedas que acuñaban, para el rey o para ellas mismas, la efigie de una divinidad local recordara que la ciudad existía antes de la llegada de los griegos.[281] De todas formas, existían algunas leyendas en idioma local o bilingües, ya sea en tiempo de Alejandro (Mazaeos en Miriandro: XLVIII, 7 y 10; o en Babilonia, XLIX, 1), o, más tarde, en la India, en el momento de declive de la influencia griega, en las monedas de Demetrio y de Eucrátides (LVI, 1, 2, 3, 4), o incluso entre los judíos.

La moneda de los Ptolomeos, aparte de las alusiones a Isis y Serapis helenizadas, no presenta ningún símbolo tomado de Egipto, mientras que los romanos emitieron más tarde, en Egipto, monedas con un pílono de templo egipcio[282] (de donde surgió una epifanía divina) o que tenían grabadas un cocodrilo o un hipopótamo.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Cf. E. GOODENOUGH, «The Philosophy of Hellenistic Kingship», en *Yale Classical Studies*, 1 (1928), pp. 55-102; M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), p. 1379, n. 83; L. DELATTE, *Les traites de la royauté d'Ecphante, Diotogène et Sthénidas* (Lieja-París, 1942); R. HOÏSTAD, *Cynic Hero and Cynic King* (Upsala, 1948).
2. Véase el análisis de esta proclamación en la que el ejército jugó un papel sin importancia, en P. BRIANT, *Antigone le Borgne* (1973), pp. 303-310, con un estudio de todas las fuentes.
3. Hubo otros vencedores que fueron proclamados reyes. Tal es el caso de Hierón de Siracusa, después de una victoria sobre los mamertinos, hacia 264 (POLIBIO, I, 8-9), Atalo I de Pérgamo, hacia 240, después de haber vencido a los galos (POLIBIO, XVIII, 41-3), Pirro, proclamado rey de los macedonios en 288, tras haber derrotado a Demetrio Poliorcetes (PLUTARCO, *Pirro*, 11), Eutidemo de Bactriana, a quien Antíoco III reconoció el título de rey en 206, cuando venció a los bárbaros (POLIBIO, XI, 34), Antígono Gonatas que, en 227, tras su victoria sobre los galos en Lisimaquia (JUSTINO, XXV, 1, 2-10: 2, 1-7), fue reconocido como rey de Macedonia, siendo acogido como salvador.
4. Véase H. W. RITTER, *Diadem und Königsherrschaft* (Vestigia, 7, Munich, 1965).
5. Sobre la diadema, véase también POLIBIO, XXX, 2, donde se afirma que Atalo no llevaba la diadema ni el título de rey, aunque compartía el poder con su hermano. Véase también *OGIS*, 248, 11, 17-18. Otras fuentes para los Seléucidas pueden encontrarse en E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides* (París, 1938), pp. 32-33, que señala que en las monedas los Seléucidas aparecen representados con la cabeza descubierta y que sólo llevan diadema cuando llevan casco.
6. Cf. F. GRANIER, *Die makedonische Heeresversammlung* (1931), y las reservas de BIKERMAN, *op. cit.*, pp. 7-11. Véase el análisis reciente de las funciones —diferentes en el orden político— de la Asamblea del Pueblo, de la Asamblea del Ejército y de la Asamblea de los Falangites en el reinado de Alejandro y en los primeros años de los diádocos, en P. BRIANT, *Antigone le Borgne* (París, 1973), pp. 235-350.
7. Así, en 288, Demetrio Poliorcetes fue abandonado por sus soldados después de haber sido derrotado y huyó de Macedonia, donde el ejército le había exaltado a la realeza (PLUTARCO, *Demetrio*, 44). Las tropas de Aqueo se negaron a seguirle. Entonces, tuvo que ceder, y las condujo a la conquista de un nuevo botín (POLIBIO, V, 57).
8. Cf. E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, I (1966), p. 93.
9. Véase, por ejemplo, POLIBIO, II, 48 (Antígono y los macedonios), o VII, 9 (Filipo V y los macedonios, en el tratado con Cartago). Asimismo, en *Syll.*, 3.ª ed., 434, en 266, los lacedemonios y sus reyes. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 5.
10. Los historiadores antiguos llaman a los Seléucidas «reyes de Siria», tras la pérdida de la alta Asia, mientras que los Macabeos y Flavio Josefo les llaman «reyes de Asia», al igual que hace Diodoro (XXVIII, 14), en el caso de Antíoco IV. También en el caso de los Ptolomeos utilizan los historiadores epítetos territoriales: «rey de Egipto» (DIODORO, XXVIII, *Excerpt. De Virt. et Vit.*, p. 574) o «rey de Alejandría», en Tito Livio. En una inscripción de Itanos, en Creta, se menciona a Ptolomeo VI como «rey que reinó en

Egipto», en 139 (*Syll.*, 3.ª ed., 685, l. 42), pero, sin duda, eso se debe a la división del reino entre su hermano y él. En el siglo II d. de J. C., Pausanias conoce las variaciones del epíteto real según el tipo de documento. «Ptolomeo –dice– era llamado macedonio en la inscripción, aunque fue rey de Egipto» (VI, 3, 1; cf. X, 7, 8).

11. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 6.
12. Cf. GAUTHIER, *Le Livre des Rois*, y, para una traducción griega, *OGIS*, 90, l. 46.
13. Véase además ISÓCRATES, *A Nicocles*, 9; *Carta de Aristeas a Filócrates*, 196.
14. Así, Antíoco III se hizo con la Celesiria por la batalla del Panion, en el año 200. «Antíoco (IV), para quien la adquisición realizada por medio de la guerra era la que tenía una base más sólida y honesta, consideraba estos territorios como bienes privados» (POLIBIO, XVIII, 1).
15. Así, Ptolomeo I eligió para sucederle –asociándolo al trono– al hijo más joven de Berenice, en detrimento de Ptolomeo Cerauno, hijo de Eurídice. De igual forma, Antíoco, al casar con Berenice, hija de Ptolomeo II, en 252, repudió a su esposa Laodice y apartó del trono a los hijos de ésta, en beneficio de los hijos de Berenice. Pero en el momento de su muerte, en 246, reconoció los derechos de los hijos de Laodice (PORFIRIO, 260, frg. 43; cf. POLIENO, VIII, 50, y E. BIKERMAN, *Inst. des Séleucides*, p. 18). Perseo, hijo primogénito –pero ilegítimo– de Filipo V, indujo a su padre a asesinar a su hijo Demetrio (POLIBIO, XXIII, 7).
16. Sin embargo, según DIODORO, XXI, *Exc. Hoeschel.*, pp. 490-491, Demetrio Poliorcetes asesinó a Antípatro y a su hermano Alejandro para no tener que compartir el trono con ellos.
17. Véase E. BIKERMAN, *Inst. des Séleucides*, p. 22.
18. Véase E. BADIAN, «The testament of Ptolemy Alexander», en *Rheinisches Museum*, n. F., 110 (1967), pp. 178-192.
19. Véanse los documentos babilónicos a los que hace referencia E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 18, n. 2.
20. Cf. A. AYMARD, «Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques», en *Aegyptus*, 32 (1952), pp. 85-96 = *Études d'histoire ancienne* (Paris, 1967), pp. 230-239.
21. Véase la lista en MANNI, *Fasti ellenistici*, p. 76.
22. Véase la discusión de este acontecimiento en E. WILL, *Hist. pol. du monde hellénistique*, II (1967), p. 48.
23. Véase G. NENCI, «Il segno reale e la taumaturgia di Pirro», en *Miscellanea Rostagni* (Turín, 1963), pp. 152-161.
24. Por ejemplo, Syll., 3.ª ed., 390, de los nesiotas a propósito de Ptolomeo Sóter; *OGIS*, 56 y 90, Ptolomeo Evergetes, y luego Ptolomeo Epifanes, protectores y salvadores de Egipto; *Syll.*, 3.ª ed., 434, alianza de Esparta y Atenas, aliada esta última a Ptolomeo II, que llevó a cabo la liberación de los griegos del yugo de los lacedemonios, en 266; *Syll.*, 3.ª ed., 330, hacia 306, la Liga de Ilión agradece a Antígono el Tuerto la libertad y la autonomía concedidas por este rey a las ciudades de la Liga. Recordemos el título de Salvador otorgado por los rodios a Ptolomeo I, que les ayudó cuando la ciudad estaba sitiada por Demetrio, y a Antíoco I, a raíz de su victoria sobre los galos.
25. Véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe* (Paris, 1964), pp. 216-288.
26. Es conocido el decreto del general Horemheb, quien reinó en Egipto entre 1339 y 1314, por haber asumido la protección de las poblaciones, decreto conservado en una estela de Karnak (BREASTED, *Ancient Records*, III, § 45-67. Véase J. PIRENNE, *Histoire de la civilisation de l'Egypte ancienne*, II (1962), pp. 340 ss., y bibliografía, n. 23. Traducción francesa de B. VAN DE WALLE, según la edición de K. PFLÜGER, en la *Chronique d'Egypte*, XXII, núm., 44, 1947, pp. 230-238).
27. Es irrelevante el hecho de que haya interpolaciones en este pasaje. Su mera existencia atestigua la creencia que aquí nos interesa.
28. Louis ROBERT ofrece una lista de las fundaciones y de las donaciones de los Atálidas a las

ciudades y santuarios de Grecia, en las pp. 84-85 de su trabajo *Études anatoliennes* (París, 1937; reimpresión, 1970). Cf. también pp. 154, 201, 452.

29. Dedicatoria en F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos,* núm. 57. Cf. R. VALLOIS, *Exploration archéologique de Délos,* VII, *Le portique de Philippe* (1923).
30. Véase L. ROBERT, *Études épigr. et philol.,* pp. 136-150.
31. POLIBIO, XXII, 7-8.
32. La cita corresponde a M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie,* p. 284.
33. *Auton omian* ha sido reconstruida por L. ROBERT, «Notes d'épigraphie hellénistique», en *BCH,* 1930, p. 346, n. 3 = *Opera Minora Selecta,* I, p. 165.
34. ISÓCRATES, *A Nicocles,* 15, preconizaba ya la *filantropía* real.
35. Sobre los palacios de los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 33.
36. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon* (véase el índice, «Pérgamon», «Palaces») describe (pp. 333-338) cómo las sucesivas ampliaciones convirtieron, poco a poco, la ciudadela militar en un palacio de gran lujo, unido a los templos de Zeus y de Atenea.
37. Véanse fuentes y discusiones en P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 14-17.
38. Por ejemplo, en Egipto conocemos «el gran maestre de boca». Se puede encontrar información sobre cargos y títulos en W. PEREMANS -E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* VI (1968), cap. «La Corte», núms. 14576-14636.
39. Cf. J. TONDRIAU, «La Tryphè, philosophie royale ptolémaïque», en la *Revue des Études Anciennes,* 50 (1948), pp. 49-54.
40. Sobre Maat en sus relaciones con la justicia real, véase S. SAUNERON, en POSENER, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne, Maat;* A. MORET, «La doctrine de Maat», en la *Revue d'Egyptologie,* IV (1940), pp. 1-14; y *Le Nil et la civilisation égyptienne* (1937), pp. 456-457.
41. El juramento de fidelidad que prestan a Atenas los buleutes de Eritrea, hacia 465 (*Syll.,* 3.ª ed., 41, l. 21), el juramento de los comisarios en el deslinde de un campo sagrado en Eleusis en 352-351 (*Syll.,* 3.ª ed., 204, ll. 10 y 15), el elogio de los hiéropes de Atenas hacia 330 (*Syll., 3.ª* ed., 289, l. 27), el juramento del ciudadano de Quersoneso hacia 300-280 (*Syll.,* 3.ª ed., 360, l. 23), el elogio de los hiermomnémones en Delfos, hacia 236 (*Syll.,* 3.ª ed., 482, ll. 3-4) mencionan en todos los casos la justicia con que una misión debía ser realizada, o lo fue.
42. Cf. J. TONDRIAU, «Princesses ptolémaïques comparées ou identifiées à des déesses (IIIe-Ier siècle av. J.-C.)», en el *Bulletin de la Société archéologique d'Alexandrie,* 37 (1948), pp. 12-33.
43. Véase P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, p. 323, y discusión, II (Notas), cap. 6, núm. 127, p. 477.
44. Véase W. W. TARN, *Antigonos Gonatas* (Oxford, 1913), pp. 223-256: capítulo «Antigonos and his Circle».
45. Timón el Escéptico (DIÓGENES LAERCIO, IX, 110), Bion de Boristenes (id., IX, 46), Eufanto de Olinto (id., II, 110) habrían formado parte, también, de sus cortejo de filósofos.
46. Para Cleantes (DIÓGENES LAERCIO, VII, 174); para Perseo (id., VII, 37); para Eufanto de Olinto (id., II, 110).
47. Sobre la educación (permanente) de Antígono, véase W. W. TARN, *Antigonos Gonatas,* cap. VIII, pp. 223-256.
48. Sobre los filósofos en la corte de Pérgamo, véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* pp. 353 ss.
49. Sobre los pajes en la corte de los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Seléucides,* p. 38. Sobre los pajes en el círculo del joven Filipo V, véase POLIBIO, V, 9.
50. Pueden encontrarse dedicatorias de libros a los Ptolomeos en P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 311-312, e Índice, *Dedicación de libros a los Ptolomeos.*

51. Texto de la dedicatoria en P. FRASER, *op. cit.*, II, p. 536, n. 223.
52. Texto citado por FRASER, *op. cit.*, II, p. 620, n. 428 *(artstechnique)*.
53. Véanse las referencias de P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe* (París, 1964), pp. 231-236, que examina los «retratos» de consejeros, tan vivos en Polibio y discute (p. 170) el peso de la influencia de Aníbal.
54. Para los otros consejeros, véase P. PEDECH, *op. cit.*, p. 234.
55. Sobre los médicos de la corte, en general, véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, II, pp. 1090-1092, y III, n. 45-48, especialmente, 47, pp. 1597-1600. Para los Seléucidas, E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 36-38. Para los Lágidas, Cl. GORTEMAN, «Médecins de Cour dans l'Egypte du IIIe siècle avant J.-C.», en la *Chronique d'Egypte*, XXXII (1957), pp. 313-336, y W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, VI (1968), núms. 16571-16651.
56. Por ejemplo, Cratero, *«de los primeros amigos»* de Antíoco Filopátor, que era, además, *arquiatra*, antiguo preceptor del rey e intendente del tesoro de la reina (*OGIS*, 256); o Crisermo, en la corte de uno de los Ptolomeos del siglo II, jefe del cuerpo médico, *«pariente real»*, «exégeta» de Alejandría y *epistate* (presidente) del Museo. Un ateniense le dedicó una estatua en Delos (*OGIS*, 104).
57. Véase F. JONCKHEERE, «Médecins de cour et médecine palatine sous les Pharaons», en la *Chronique d'Egypte*, XXVII (1952), pp. 51-87.
58. Embajadores de los Lágidas, cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, vol. VI, núms. 14738-14787 (enviados de los Lágidas) y 14788-14881 (enviados ante los Lágidas).
59. Véase E. OLSHAUSEN, *Prosopographie der hellenistischen Königsgesandten, I: Von Triparadeisos bis Pydna* (Lovanii, Studia Hellenistica, 19, 1974). Información de G. NACHTERGAEL, *Chron. d'Egypte*, L, núms. 99-100 (1975), pp. 249-262.
60. Véase, entre muchos otros ejemplos, *OGIS*, 11; 222; 44, 1. 14.
61. Véase por ejemplo, POLIBIO, XXX, 2 (Atalo contra Eumenes); XXXII, 10 (los emisarios de Orofernes y de Demetrio, que mienten descaradamente y cuentan con sus excelentes pertrechos); XXXIII, 14 (Heráclides enviado de Alejandro Balas); XXIX, 23-25 (embajada de Ptolomeo Filométor y de Ptolomeo el Joven para pedir ayuda a los aqueos.
62. Así, Cineas, emisario de Pirro, lleva a Roma regalos de gran valor (DIODORO, XXII, 6, 3). De igual forma, POLIBIO (XXXII, 10) subraya el contraste entre el lujo de que hacen gala en Roma los embajadores de Orofernes y de Demetrio, y la pobreza de Ariárates V (XXXII, 10).
63. Por ejemplo, Ptolomeo II se sirvió del rey de Sidón, Filocles, para realizar misiones diplomáticas (*Syll.*, 3.ª ed., 391, hacia 280). Podemos recordar también las misiones del rey Aminandro, ya citado, o de los parientes de los reyes, caso frecuente entre los Atálidas, citados más arriba. De igual forma, Arato de Sición eligió a amigos de mucho tiempo de su familia (POLIBIO, II, 48), para negociar con Antígono.
64. Sobre los *theoros*, véase el artículo «Theoroi» de L. TIEHEN en Pauly-Wissowa, *Real Enc.*, cols. 2239-2244 (1934); para los Lágidas, PEREMANS-VAN'T DACK, *Pros. Ptol.*, 14969-15013, (*theoros* enviados o recibidos por estos reyes).
65. Sobre Patroclo, conocido sobre todo por Estrabón, según Eratóstenes, véase F. JACOBY, *F. Gr. Hist.*, III, C, 712, y sobre Demodamante, III, B, 428.
66. Véanse las fuentes en nuestra obra *Économie royale des Lagides*, p. 357 (ESTRABON, XVI, 4, 14 = C 773-774; PLINIO, VI, 104).
67. JACOBY, *F. Gr. Hist.*, III, 717 = PEREMANS-VAN'T DACK, *Pros. Ptol.*, núm. 16534.
68. Podemos mencionar aquí el banquete de Zenón con los embajadores de Ptolomeo (Von ARNIM, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, I, 284) o con los de Antígono *(ibid.)* y el silencio desdeñoso que muestra al respecto.
69. Traducción francesa L. FINOT, *Les questions de Milinda* (1923). Cf. el estudio de W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India* (2.ª 1951), pp. 414-436. Milinda es el rey greco-indio

Menandro, que se relaciona con un sabio budista cuya dialéctica triunfa y educa al rey. No sabemos si se trata de influencia griega o de situaciones similares.

70. HOISTAD, *Cynic Hero and Cynic King* (Upsala, 1948).
71. Cf. CERFAUX y J. TONDRIAU, *Le culte des souverains*, pp. 162-163 y J. TONDRIAU, «Héraclès, Héraclides et autres émules du héros», en *Istituto Lombardo di Scienze e Lettere*, 83 (1950), pp. 397-406.
72. Véase, por ejemplo, los fragmentos de Crisipo sobre la conducta, en VON ARNIM, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, III, núms. 567-581.
73. Sobre los institutos de investigación de Alejandría, véase P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1973), cap. 6, pp. 305-335; sobre el mecenazgo científico de los Atálidas, véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 353-394.
74. Véase P. BOYANCE, *Le culte des Muses chez les philosophes grecs* (Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 141, 1937), especialmente, el capítulo sobre «El culto de las Musas y la heroización en los filósofos».
75. Cf. P. BOYANCÉ, *op. cit.*, p. 257
76. *Istria*, I, núm. 1, publicada por D. M. PIPPIDI. Cf. J. y L. ROBERT, Bull. épigr., en la *Revue des Études grecques*, 68 (1955), núm. 163, pp. 238 ss.
77. *IG*, XII, 3, 436 = MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques*, 1001.
78. Cf. P. BOYANCE, *op. cit.*, pp. 250-275.
79. «Platón y Aristóteles, tras fundar sendas capillas, se convirtieron en los santos de ellas», afirma P. BOYANCE, *op. cit.*, p. 231.
80. *IG*, VII, 1785 = MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques*, núm. 767. Sobre el conjunto del Museo de Tespias, véase la n. 55 de P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, II, p. 467; M. FEYEL, *Contribution á l'epigraphie béotienne* (Le Puy, 1942, pp. 100-117; G. ROUX, «Le Val des Muses et les Musées chez les auteurs anciens», en el *Bulletin de Correspondance hellénique*, 78 (1954), pp. 22-48, que pone en evidencia que los santuarios de las Musas no tenían templo, sino tan sólo un altar; J. y L. ROBERT, Bulletin ípigraphique, *Revue des Études grecques*, t. LXVII (1954), p. 134, núm. 129, y t. LXVIII (1955), pp. 223-226, núm. 119.
81. Además de P. BOYANCÉ, *op. cit.*, y G. ROUX, *op. cit.*, véase P. LEMERLE, «Inscriptions de Philippe», en el *Bulletin de Correspondance hellénique*, 49 (1935), pp. 131-140; L. ROBERT, *Études anatoliennes* (1937), pp. 146-148; H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, pp. 261 ss. y 528-529; M. TOD, «Sidelights on Greek Philosophers», en *The Journal of Hellenic Studies*, 1957, pp. 132-141; para Atenas, véase J. H. OLIVER, «The Mouseion in late Attic Inscriptions», en *Hesperia*, 3 (1934), pp. 191-196, con las dudas de P. GRAINDOR, *Revue belge de Philologie et d'histoire*, 1938, pp. 207-212; para Éfeso, J. KEIL, «Aertzeninschriften aus Ephesos», en *Jahreshefte Oester. Arch. Inst.*, 8 (1905), pp. 128 ss.; para Esmirna, L. ROBERT, *op. cit.*
82. Observaciones utilizadas por PTOLOMEO, *Syntaxis*, VII, 1, p. 3 y VII, 3, p. 19 del t. II de la edición HEIBERG y, además, las referencias en el índice de la traducción alemana por K. MANITIUS, t. II, «Aristyll» y «Timocharis».
83. Véase *P. Cairo-Zenón*, 59156 (aclimatación de árboles frutales).
84. Cf. DIODORO, III, 36, 3, sobre la adquisición por parte del rey de una inmensa serpiente, y los animales extraños que Ptolomeo II hizo desfilar por las calles de Alejandría en la procesión de los Ptolemaia, según Callxeno de Rodas, informaciones transmitidas por ATENEO V, 197 ss., especialmente, 201 B-C.
85. CELSO, *Sobre la medicina*, Introd., 19-20, sobre la disección de prisioneros vivos, con el permiso del rey, por parte de Erasístrato y Herófilo.
86. Sobre la Biblioteca de Alejandría, véase E.A. PARSONS, *The Alexandrian Library, Glory of the Hellenistic World* (Londres, 1952), con una bibliografía en las pp. 433-461; P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, pp. 320-335; sobre la biblioteca de Pérgamo, véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 251-253.

87. ATENEO, I, 3 B.
88. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* no admite esta compra (II, cap. 6, p. 473, n. 100) porque Estrabón (XIII, 1, 54 = C 608-609), que menciona a Neleo como heredero de la biblioteca de Aristóteles, afirma que éste enseñó a los reyes de Egipto cómo *reunir* libros, pero no habla *en absoluto de compra,* de forma que sigue hasta Apelicón de Teos la herencia de Neleo.
89. Véase P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* cap. 6, n. 150-151 (II, p. 481).
90. Véanse las referencias, con la transcripción de los textos, en P. FRASER, *op. cit.*, II, p. 482.
91. Véase P. FRASER, *op. cit.,* I, pp. 323-324 y II, p. 479, n. 136, así como p. 423, n. 648 (discusión de los hallazgos arqueológicos).
92. Véase CONZE, *Altert. von Pergamon,* II, pp. 56-71; PAULY-WISSOWA, *Real Enc. Pergamon* (Zschietzmann), cols. 1258-1259; E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon* pp. 251-253 y 321; E. AKURGAL, *Ancient Civilisations and Ruins of Turkey* (Estambul, 1969), pp. 79-80.
93. Véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe,* p. 373.
94. Cf. SUIDAS (p. 72 West.), «Euphorion».
95. Pero todo este pasaje sobre Alejandría contiene importantes inexactitudes cronológicas (¡el Faro habría sido construido por Cleopatra!) y hay, además, importantes exageraciones de auténtica leyenda.
96. Una noticia de Tzetzes, que procede de una escuela de comedia, da cifras diferentes, pero del mismo orden: 42 800 volúmenes para la «biblioteca exterior» (sin duda, del *Serapeum*) y 490 000 para la biblioteca del palacio. Referencias en P. FRASER, *op. cit.*, I, cap. 6, pp. 321 y 329, y II, n. 107, 108 y 170, pp. 474 y 485.
97. *F. Gr. Hist.*, núm. 609. Testimonio y citas en FLAVIO JOSEFO, ontra Apión, I, 73-84 y *passim.*
98. Sobre Beroso, véase P. SCHNABEL, *Berossos und die babylonisch-hellenistische Literatur* (Leipzig, 1923; anastático, 1968).
99. GALENO, *Comm. in Hippocr. Epidem.*, III (Kühn, XVII, 1, pp. 606-607). Cf. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 326-327.
100. Así, los escolios de Homero citan las ediciones de Quíos, de Marsella, de Sínope y de Argos (P. FRASER, *ibid.*).
101. Véase P. FRASER, *op. cit.*, I, p. 330, y II, p. 488, n. 189-193.
102. Véase P. FRASER, *op. cit.*, I, pp. 331-332, y II, pp. 489-490, n. 205.
103. P. FRASER, *op. cit., ibid.* Sobre los bibliotecarios, véase además R. PARSONS, *The Alexandrian Library* (1952).
104. P. FRASER, *op. cit.*, I, pp. 332-333, y II, p. 491, n. 211-213.
105. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* pp. 371-380.
106. Véase W. PEREMANS -E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* VI.
107. TUCIDIDES, II, 54 (sobre *limos* y *loimos*).
108. Véase B. STRICKER, *De Brief van Aristeas, de hellenistische Codificaties der praehelleense Godsdiensten* (Amsterdam, 1956).
109. Véase *Edfou* III, 347 y 351, traducido por S. SAUNERON, *Les prêtres de l'ancienne Egypte,* p. 136, que cita otras bibliotecas de templos.
110. Tal es la tesis sostenida por C. C. MAC EWAN, que sigue a otros autores, en *The Oriental Origin of hellenistic Kingship* (Chicago, 1934).
111. Véanse otros ejemplos en L. CERFAUX y J. TONDRIAU, *Le culte des souverains,* anexo, 4, pp. 468-469.
112. APIANO, *Sir.,* 57, Justino, XV, 4, 2. Sobre Apolo, al que invocaba como padre Seleuco I, véase el decreto de Ilión, *OGIS,* 212, l. 14, de 281, y *OGIS,* 219, l. 26; L. ROBERT, *Etudes anatoliennes,* pp. 172-184. *OGIS,* 212, muestra que la leyenda de la filiación divina es admitida desde 281 (la restitución de Apolo se basa sobre 219). Véase también, hacia 246, la carta de Seleuco II a Mileto, *OGIS,* 227).
113. Sobre el culto de Alejandro, véase W. W. TARN, *Alexander the Great,* II (Cambridge,

1950), Apéndice 22; L. CERFAUX y J. TONDRIAU, *Le culte des souverains* (París, 1957), pp. 123-167 y bibliografía, pp. 30-34.

114. A excepción de GERNET y BOULANGER, *Le génie grec dans la religion*, p. 474, y J. P. BALDSON, «The divinity of Alexander», en *Historia*, I (1950), pp. 363-388.

115. HIPÉRIDES, *Oración fúnebre*, 21; *Contra Demóstenes*, cols. 31-32; DINARCO, *Contra Demóstenes*, I, 94; TIMEO, según POLIBIO, XII, 12 *bis*, 2.

116. Observemos que Aristóteles no considera la prosternación *(prosquineme)* como un signo de divinización.

117. Así, W. W. TARN, *Alexander the Great*, Apéndice 22, III, pp. 370 ss., piensa que Alejandro quiso presentarse como un dios para que las ciudades de la Liga de Corinto tuvieran que aceptar, como procedente de un dios, su petición de que permitieran el regreso de los exiliados. Según DIODORO (XVIII, 8), Alejandro realizó esta petición en las Olimpiadas de 324, por medio de Nicanor. Esta interpretación no se fundamenta en ninguna fuente.

118. PLUTARCO *(Alejandro*, 28) concluye, a partir de una serie de anécdotas, que Alejandro no veía «la creencia que existía de su divinidad» sino como un medio de dominio.

119. PLUTARCO, *Alejandro*, 54; ARRIANO, *Anábasis*, IV, 10-12; QUINTO CURCIO, VIII, 5.

120. Entre los trágicos hay numerosos ejemplos de prosquínesis ante un dios. Por otra parte, ISÓCRATES (*Panegírico*, 151) evoca con desdén la prosternación de los persas ante un mortal, al que llamaban dios.

121. Pese a la opinión de Isócrates citada más arriba, véase W. W. TARN, *Alexander the Great*, II p. 359.

122. G. POSENER pone de relieve la ambigüedad de la condición del faraón en su admirable trabajo *De la divinité du Pharaon*. El faraón no era un dios en la plenitud de la expresión. Aunque era hijo de dios y se hallaba en relación constante con los dioses, estaba en una situación de dependencia con respecto a ellos. Pero, sin duda, Alejandro, como también los griegos, ignoraban estos matices.

123. Pseudo-CALISTENES, I, 34, 1-2.

124. Véase GAUTHIER, *Livre des Rois*.

125. Véase U. WILCKEN, *Alexanders Zug zum Oase Siwa* (Sitz Berl. Akademie, 1928, XXX) y *Ein Epilog* (Sitz Berl. Akademie, 1930, X), y W. W. TARN, *Alexander the Great*, II (Cambridge, 1950), Apéndice 22, pp. 347-374 *(Alexander's Deification)*.

126. L. ROBERT, *Études anatoliennes* (París, 1937), pp. 45-50, ha estudiado unos decretos de Pérgamo, algo posteriores a la muerte de Atalo III, creando honores, que incluían un culto para un embajador, de nombre Diodoro.

127. Sobre la tribu Antigónida en Atenas, véase *Syll.*, 3.ª ed., 362 (en 299-298), 370 (en 289-288) y 473 (c. 240-239). Vemos cómo se borra el nombre de Antígono, sin duda, en 198, en *Syll.*, 3.ª ed., 466, 487, que son, respectivamente, de c. 246-245-244-243 y 235-234. Sobre las tribus y los meses de las ciudades seléucidas que tenían nombres dinásticos, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 246; para Pérgamo, E. HANSEN, The Attalids of Pergamon, pp. 425-426. La costumbre de dar a un mes el nombre de un rey se perpetuó durante el imperio romano y, así, nosotros hemos conservado el nombre de Augusto en el mes de agosto.

128. Véase, por ejemplo, *OGIS*, 309. Las inscripciones de Delfos (por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 449 y 450) nos hablan de la importancia de los himnos en las fiestas de Apolo, himnos que, al parecer, se componían especialmente para cada ocasión.

129. Véase M. VENTRIS, J. CHADWICK, *Documents in Mycenaean Greek*, núm. 152; p. 266.

130. Véase la edición de HILLER VON GAERTRINGEN, *Inschr. von Priene*, 14, y L. ROBERT, *Études anatoliennes*, pp. 183-184.

131. L. ROBERT, *Études anatoliennes*, reedita y estudia este texto (pp. 172-182). Los juegos *stephanites* se asimilan a los juegos panhelénicos (L. ROBERT, *ibid.*, p. 176). Cf. también, con respecto a Antíoco I, *OGIS*, 219, reeditado por L. ROBERT, «Sur un décret d'Ilion et sur un papyrus concernant des cultes royaux», en *Studies Welles* (1967), pp. 175-210.

132. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 243-246, da una lista de los cultos instaurados en las ciudades para los Seléucidas, en el excelente capítulo que dedica (pp. 236-257) al «Culto monárquico». Por lo que se refiere a los Atálidas, véase una lista análoga en E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* pp. 410-426.
133. Citemos, por ejemplo, el culto de Ptolomeo III establecido en Itanos, en Creta, por las buenas acciones del rey, «que ha preservado las leyes» (hay que leer «protegido a la facción que le era favorable») (*Syll.,* 3.ª ed., 463, hacia 246). Basándose en el ejemplo de Alejandro, el *koinon* de las ciudades jonias ofreció a Antíoco I un *temenos* con juegos y sacrificios (*OGIS,* 222). Los habitantes de Sición ofrecieron a Atalo I un *temenos,* una estatua de oro y un sacrificio anual por sus donaciones (Polibio, XVIII, 16). Asimismo, entre 288 y 281, Samotracia dedicó a Lisímaco un altar donde se celebrarían sacrificios y procesiones (*Syll.,* 3.ª ed., 372). Los atenienses ofrecieron sacrificios a Demetrio II, a la reina Ptia y a sus hijos (*Syll.,* 3.ª ed., 485). En Atenas, al igual que hubo una tribu Antigónida y una tribu Demetriada –ya lo hemos visto– (*Syll.,* 3.ª ed., 334, nota) existió también una tribu Atálida, con un demo dedicado a la reina Apolónide (STEPH. BYZ., «Apollonieis»; cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 413). Por lo que respecta a Seleucia de Pieria, una inscripción (*OGIS,* 245, entre 187 y 175) conserva la lista –que se elaboraba cada año– de los sacerdotes, de los dioses y de los Seléucidas muertos y divinizados, así como de Seleuco IV, vivo pero no considerado como un dios. Cf. *OGIS,* 246, entre los años 162 y 150, que no contiene sino nombres de reyes muertos calificados de dioses, salvo Antíoco III y Antíoco I.
134. Véanse las fuentes para Ptolomeo Epifanes en F. PREISIGKE, *Wörterbuch der griechischen Papyrusurkunden,* III, Abschnitt, 2. Hay que consultar, además, toda esa sección de la obra para los epítetos de todos los Ptolomeos.
135. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 412. L. ROBERT, *Études anatoliennes,* p. 17, suprime la mención de *theos* en el caso de Eumenes II en vida, en *OGIS,* 309.
136. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 242. A este autor le corresponde el mérito de haber establecido esa distinción y de haber puesto de relieve que un rey podía recibir epítetos diferentes de distintas ciudades. A este respecto, véase, por ejemplo, el índice de las *OGIS.*
137. Así, la base de una estatua de Hera Basilea en Pérgamo, en la que se ven tres pares de pies, sugiere que la reina Apolónide y su hijo Atalo estaban representados al lado de la diosa (E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 414).
138. Véase A. D. NOCK, «Synnaos Theos», en *Harvard Studies in Classical Philology,* 41 (1930), pp. 1-62.
139. L. ROBERT, *Études anatoliennes,* p. 17, comenta esta inscripción y subraya la diferencia entre *algama,* estatua de culto, y *eikon,* estatua erigida en una plaza pública, Cf. especialmente *OGIS,* 352.
140. Véase, por ejemplo, *OGIS,* 62, 63, 64, 102, 111, 665.
141. Cf. otros ejemplos en L. ROBERT, *Études anatoliennes,* p. 18.
142. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 145.
143. Véase E. HANSEN, *op., cit.,* p. 411, con la bibliografía sobre la interpretación dionisíaca de este símbolo. PAUSANIAS (X, 15, 3) afirma que el oráculo de Delfos había calificado a Atalo I de *taurokeros* (el hombre con el cuerno de toro).
144. BABELON, *Catalogue des monnaies grecques de la Bibliothèque nationale, Les rois de Syrie* (París, 1890), núm. 884, citado por E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 217. Otro caso: Apolónide y la *Meter Basileia* de Pérgamo tenían la misma diadema y el mismo tocado, según E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 414.
145. Véase, por ejemplo, *OGIS,* 56, l. 55 (decreto de Canope); *OGIS,* 339, l. 16, sobre Atalo III; *OGIS,* 308, acerca de la reina Apolónide.
146. Véase L. CERFAUX y J. TONDRIAU, *Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine,* pp. 198-201, con la bibliografía.

147. Además de la obra citada *supra*, véase L. ROBERT, *Études anatoliennes*, p. 17, y F. PREISIGKE, *Wörterbuch der gr. Papyrusurkunden*, III, Abschn., 2.
148. Véase, para los Seléucidas, E. BIKERMAN, *Institution des Séleucides*, pp. 243-245. Por ejemplo, el culto de Estratónice está atestiguado, en las ciudades por *OGIS*, 222, II, 31 ss. (confederación jonia), *OGIS*, 228 y 229 (Esmirna). Línea 12 de *OGIS*, 229, Afrodita toma el epíteto de Stratonikis.
149. Elogio de Apolónide: *OGIS*, 308 y 309, que puede encontrarse en la reedición de L. ROBERT, *Études anatoliennes*, pp. 9-20.
150. Cf. M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, II, (París, 1950), p. 855.
151. Cf. J. AUBOYER, *Le trône et son symbolisme dans l'Inde ancienne* (París, 1949) y H. DANTHINNE, «L'imagerie des trônes vides et des trônes porteurs de symboles dans le Proche-Orient ancient», en *Mélanges Dussaud*, II, pp. 857-866. Cf. también H. SEYRIG, *Antiquités syriennes*, 95: «Le culte du soleil en Syrie à l'époque romaine», en *Syria*, 48 (1971), p. 352.
152. Cf. DIODORO, XVIII, 26-28, que se deleita describiendo los ornamentos de la carroza; PAUSANIAS, I, 6, 3 y 7, 1; QUINTO CURCIO, X, 10, 20 (etapa en Menfis).
153. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (1972), I, pp. 15-17, expone las investigaciones frustradas y las discusiones a las que ha dado lugar el emplazamiento de la tumba de Alejandro.
154. ZENOBIO, III, 94 (*Paroemiographi Graeci*, I, p. 81): texto transcrito por Fraser, *op. cit.*, II, p. 33, n. 80.
155. Respecto al culto dinástico de Alejandro, el último que se ha ocupado de este tema es P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, I, pp. 215-217. Sobre los sacerdotes epónimos, véanse las listas de J. LISEWIJN, *De sacerdotibus sacerdotiisque Alexandri Magni et Lagidarum eponymis* (Verhand. Koninkl. Vlaamse Akad., Bruselas, 1961); W. PESTMAN, *Chronologie egyptienne d'après les textes démoriques, 323 av. J.-C. - 453 apr. J.-C.* (Stud. Lugdun. – Batav. 15, 1967), pp. 132-163; W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, III, núms. 4984-5348.
156. Hay que leer este texto con la interpretación de H. I. BELL, *Archiv für Papyrusforchung*, VII, pp. 27-29, y la n. 215 de P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, II, p. 365.
157. *P. Gradenwitz*, 10, 11. 6 ss. Cf. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, II, n. 237, p. 369.
158. Cf. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, I, p. 216, y II, n. 229 y 230. J. TONDRIAU sugiere que Ptolomeo II tal vez no se planteó la creación de un culto «dinástico», sino solamente un culto a su padre como «individuo» (*Aegyptus*, 33, 1953, pp. 125-126, y L. CERFAUX, J. TONDRIAU, *Le culte des souverains*, pp. 194-195).
159. Véase P. FRASER, *op. cit.*, I, p. 216, y II, n. 208, p. 364, cuyas conclusiones seguimos aquí: culto establecido en vida de Arsinoe.
160. Los detalles del culto, la forma de realizar el sacrificio, las asociaciones de las autoridades civiles y de los particulares, la procesión y los altares provisionales descritos en *P. Oxi.*, 2465, fgr. 2, tienen paralelos en el mundo griego, que indica L. ROBERT, *Studies Welles* (1966), pp. 175-210.
161. Cf. *Revenue Laws of Ptolemy Philadelphus*, col. 36, ll. 4-11, y L. CERFAUX, J. TONDRIAU, *Le culte des souverains*, p. 197, n. 5.
162. Véase W. OTTO, H. BENGTSON, *Zur Geschichte des Niederganges*, pp. 136-140.
163. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 247-250, que rinde homenaje a BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire des Séleucides* (1913-1914), p. 470, por haber distinguido entre cultos municipales y «religión de Estado».
164. *OGIS*, 224 (atribuido erróneamente a Antíoco II), que puede encontrarse en la reedición, muy modificada, de C. B. WELLES, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period* (1934) número 36. Esta inscripción de Durdurkar, ha de fecharse en 193.
165. La observación es de E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 248.
166. Véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 410-426.

167. L. CERFAUX, J. TONDRIAU, *Le culte des souverains,* pp. 171- 172, no han podido presentar apenas resultados sobre este punto.
168. Véase la bibliografía de este monumento, de interés excepcional, en L. CERFAUX, J. TONDRIAU, *op. cit.,* p. 50. Véase también F. K. DÖRNER, T. GOEL, «Arsameia am Nymphaios», en *Instanbuler Forsch.,* 23 (1963), sobre el culto real en Comagena.
169. G. POSENER, *De la divinité du Pharaon* (Paris, 1960) donde pueden encontrarse la bibliografía y el inventario de las opiniones sobre este tema.
170. Véase A. ERMAN, *La religion des Egyptiens,* pp. 408 ss.
171. Algunos himnos egipcios, que datan del Imperio Nuevo, dan idea de esta poesía. Véase, por ejemplo, A. ERMAN, *La religion des Egyptiens* (París, Payot, 1937), pp. 423-430.
172. Véase F. DAUMAS, *Les moyens d'expression du grec et de l'egyptien comparés dans les decrets de Canope et de Memphis* (El Cairo, 1952).
173. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 255-256, que cita la tablilla según M. RUTTEN, *Contrats de l'époque séleucide conservés au Musée du Louvre,* p. 52. Sobre la ausencia del culto real, M. RUTTEN, *op. cit.,* p. 36. Véase también, sobre este tema, M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic history of the hellenistic World* (Oxford, 1941), I, p. 437, y n. 236 y 237, del vol. III, p. 1428.
174. Cf. Sir Aurel STEIN, *Geographical Journal,* 92, 4 (1938), pp. 325 ss., fig. 9, citado por ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* p. 1428, que reproduce la estatua lám. X, 1.
175. Véanse las referencias en nuestra obra *Économie royale des Lagides,* pp. 394 y 562.
176. Véase U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemaerzeit,* II, p. 56, y M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II (1950), pp. 1026-1031.
177. Sobre este texto, véase M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* I, pp. 446-447; W. PEREMANS,-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* núms. 2059, 2083: *Sammelbuch,* 1918. Corresponde al reinado de Filométor, entre 180 y 145.
178. *IG,* XII, 3, 443, de siglo III, Cf. M. LAUNEY, *op. cit.,* p. 1026, que señala también *basilistes* de los Ptolomeos en Pafos, en Chipre.
179. Véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* pp. 417-420.
180. Cf. E. HANSEN, *op. cit.,* pp. 409-410. Las cartas de Eumenes II (*Inschr. Perg.,* núm. 163 = WELLES, *Royal Corr.,* núm. 53) y de Atalo II (*Inschr. Perg.,* núm. 248 = WELLES, *op. cit.,* núms. 65, 66) tratan sobre los tecnitas y el culto de Dionisio. Sobre los tecnitas en general, véase F. POLAND, «Technitai», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.,* y L. ROBERT, *Études anatoliennes,* pp. 39-44 y 445-450.
181. Véase L. ROBERT, *Études anatoliennes,* p. 449.
182. La reconstrucción «los reyes y las dinastías» de *OGIS,* 352, no es segura, según L. ROBERT, *loc. cit.* Véase también *BCH,* 1926, pp. 497-498 = *Opera Minora,* I, pp. 61-65, y A. WILHELM, *Jahreshefte Oester.* XXIV (1929), pp. 184-186.
183. En efecto, en Delfos, el asilo de los tecnitas está garantizado por varias inscripciones. Cf. L. ROBERT, *loc. cit.*
184. Véase M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II, pp. 853-869. L. ROBERT, «Decret d'Eresos», en *Revue des Études grecques,* 1925, pp. 423-426 = *Opera Minora,* II, pp. 736-739, reúne numerosas fuentes sobre el culto rendido en los gimnasios tanto a los Atálidas como a los Ptolomeos. Cf., del mismo autor, *Études anatoliennes,* p. 175.
185. Estos dioses son asociados a un Ptolomeo en Tera (*IG,* XII, 3, 321, ll. 21-22), en Chytroi, en Chipre (MITFORD, *Journal of Hellenic Studies,* 1937, p. 33, n. 8), citado por L. ROBERT, *Études anatoliennes,* p. 175. Otros ejemplos de la asociación de Heracles y un Ptolomeo son citados por M. LAUNEY, *op. cit.,* p. 853.
186. Véase una lista en M. LAUNEY, *op. cit.,* II, pp. 853-857.
187. Cf. M. LAUNEY, *op. cit.,* II, p. 855, con una nota sobre el «trono vacío». Véase *Sammelbuch gr. Urkunden aus Aegypten,* núm. 1164.
188. Cf. G. POSENER, *De la divinité du Pharaon* (Cahiers de la Société asiatique, 15, París, 1960).
189. Véase la inscripción de Cos, *Syll.,* 3.ª ed., 1028.

190. Véanse las fuentes en nuestra obra *Économie des Lagides,* pp. 171 ss., y añádase el artículo *Apomoira,* de H. KORTENBEUTEL, en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.,* Suppl. Bd VII (1940), cols. 43-44.
191. Véase W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* III, y J. IJSEWIJN, *De sacerdotibus, sacerdotiisque eponymis* (Bruselas, Koninklijke Vlaamse Academie, 1961).
192. Cf. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* II, p. 364, n. 204, que reproduce la noticia de SUIDAS, «Charon Naucratitès».
193. Véase S. SAUNERON, *Les prêtres de l'ancienne Egypte* (Paris, 1957), pp. 41-46, y nuestro trabajo *Économie royale des Lagides,* p. 403.
194. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 247, según WELLES, *Royal Correspondence,* núms. 36 y 37, en el reinado de Antíoco III.
195. No se trata aquí únicamente del culto real. Véase sobre estas adjudicaciones, nuestra obra *Économie royale des Lagides,* pp. 403, 489-491. Véase, además, la compra del pontificado de Jerusalén bajo Antíoco IV: fuentes en el capítulo «El helenismo y los judíos», *infra.*
196. He aquí algunas fuentes sobre las adjudicaciones de ingresos de fundaciones de culto: *P. Elefantina,* 14; 24; *UPZ,* 153-155; *P. Michigan Zenón,* 9; *P. Tebtunis,* 699. Por supuesto, no se trata únicamente del culto real.
197. Cf. nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 489-491. Véase, por ejemplo, *P. Tebtunis,* 5, l. 83.
198. Véase S. SAUNERON, *op. cit.,* pp. 41-42.
199. Véase, por ejemplo, W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* núms. 5014, 5144, 5181, 5228, u otro grupo de hermanas: núms. 4991, 5005, 5087 y, tal vez, 5193.
200. Cf. J. IJSEWIJN, *De sacerdotibus,* p. 148; en general, S. R. K. GLANVILLE-T. C. SKEAT, *Eponymous Priesthood of Alexandria.*
201. Otra sucesión de padres e hijos: los núms. 5001 y 5002 de la *Prosopographia Ptolemaica.*
202. Véase W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* III, núms. 4984-5348, donde puede encontrarse el detalle de las carreras de los sacerdotes epónimos.
203. Véase la resolución de excepciones aparentes en J. IJSEWIJN, *op. cit.,* p. 143. Las sacerdotisas de la pequeña Berenice eran hijas de sacerdotes egipcios (*OGIS,* 56, l. 71), pero no se trata de un culto dinástico griego.
204. Se encontrará una lista de templos donde fueron erigidas construcciones de época ptolemaica y romana, en la bibliografía de N. SAUNERON, *Temples ptolémaiques et romains d'Egypte. Études et publications parues entre 1939 et 1954* (El Cairo, IFAO, 1956).
205. Para Egipto, véase J. PIRENNE, *Histoire des institutions et du droit privé de l'ancien Egypte,* I, pp. 191-194; II, pp. 253-259.
206. Véanse los textos reunidos por Cl. MOSSÉ, *La fin de la démocratie athénienne* (París, 1962), pp. 375-397. Véase, asimismo, E. R. GOODENOUGH, «The Political Philosophy of Hellenistic Kingship», en *Yale Classical Studies,* I (1928), pp. 55-102, y J. MODRZEJEWSKI, «Note sur la legislation royale des Lagides», en *Mélanges d'histoire ancienne offerts à William Seston* (París, 1974), pp. 365-380.
207. Véase, por ejemplo, el índice de *Syll.,* 3.ª ed. El índice de *OGIS* renuncia, por un *passim,* a dar todos los ejemplos. Para Egipto, véase M.-Th. LENGER, «La notion de bienfait ("philantrôpon") royal et les ordonnances des rois Lagides», en *Studi in Onore di Vincenzo Arangio-Ruiz,* vol. I (Nápoles, 1952), pp. 483-499. Véase también la *Carta de Aristóteles a Alejandro sobre la política respecto a las ciudades,* texto árabe fijado y traducido por J. BIELAWSKI, comentado por M. PLEZIA (Wroclaw, Varsovia, Cracovia, 1970).
208. Véase H. J. WOLFF, «Plurality of Laws in Ptolemaic Egypt», en *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, 7 (1960), pp. 191-223.
209. Véase, por ejemplo, la modificación de la constitución de Quíos, exigida por Alejandro (*Syll.,* 3.ª ed., 283); la carta otorgada a Cirene por Ptolomeo I (*SEG,* IX, 1, 1); las cartas de Filipo V a Larisa (*Syll.,* 3.ª ed., 543 y *SEG,* XIII, 389), sobre las

cuales hay que consultar J.-M. HANNICK, *Antidorum Peremans* (1968), pp. 97-104.

210. Véase M.-Th. LENGER, «Les Ptolémées législateurs», en *Revue historique de Droit français et étranger* (1964), pp. 5-17; *Corpus des ordonnances des Ptolém.* (Bruselas, 1964); J. MODRZEJEWSKI, «Note sur la législation royale des Lagides», en *Mélanges d'histoire ancienne offerts à William Seston* (París, 1974), p. 369.

211. El *Corpus des ordonnaces des Ptolemées,* de M.-Th. LENGER (Bruselas, Académie royale de Belgique, Mémoires in-8.º, Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques, t. LVII, fasc. 1, 1964), reúne toda la legislación por *prostagmata.* Puede encontrarse una exposición sobre el derecho tanto egipcio como griego en E. SEIDL, *Ptolemäische Rechtsgeschichte* (2.ª ed., Glückstadt, 1962), y un inventario de los problemas y las fuentes en R. TAUBENSCHLAG, *The Law of Greco-Roman Egypt in the Light of the Papyri* (2.ª ed., Warszawa, 1955). Véanse, en general, los boletines bibliográficos y críticos de J. MODRZEJEWSKI, en la *Revue historique de Droit français et étranger* y en *Archiv. f. Papyr.*

212. Esta carta es conocida por FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judaicas,* XII, 138 ss. Cf. E. BIKERMAN, «La charte séleucide de Jérusalem», *en Revue des Études juives,* 100 (1935), pp. 4 ss.

213. Evidentemente, no consideramos como una legislación los pliegos de condiciones de arrendamiento de Ptolomeo Filadelfo. Las traducciones erróneas del título de las *Revenue Laws* que realizaron los primeros editores, GRENFELL y MAHAFFY, han provocado algunas confusiones al respecto.

214. Véanse las ordenanzas sobre este tema en el *Corpus des ordonnances des Ptolémées* de M.-Th. LENGER, especialmente, núm. 53 = *P. Tebtunis,* 5.

215. Véase nuestra obra *Économie royale des Lagides,* pp. 537-547.

216. Véase *ibid.,* pp. 321-325.

217. Véase *ibid.,* pp. 179-181 y 480-491.

218. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 207-210.

219. Un primer cuadro de conjunto fue elaborado en 1912 por L. Mitteis, en la *Juristischer Teil,* que constituye el tomo II de los *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde,* de L. MITTEIS y U. WILCKEN. En 1962, E. SEIDL presenta, en la 2.ª ed. de su *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* pp. 69-104, una reconstrucción de la jurisdicción ptolemaica bastante distinta de la que ese mismo año propuso H. J. WOLFF «Das Justizwesen der Ptolemäer» (*Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte,* 44). Las conclusiones de este último han sido discutidas por SEIDL, *Revue d'Histoire du Droit,* 31 (1963), pp. 119-125. En general, seguimos a WOLFF, teniendo en cuenta las observaciones de J. MODRZEJEWSKI, «Zum Justizwesen der Ptolemäer», en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte,* Rom. Abt., 80 (1963), pp. 42-82.

220. Cf. A. SCHARFF, E. SEIDL, *Einführung in die Aegyptische Rechtsgeschichte bis zum Ende des Neuen Reiches,* I, Juristischer Teil (Glückstadt, 1939), p. 41. Véase *OGIS,* 90, l. 19.

221. O. GUÉRAUD, *Enteuxeis* (El Cairo, 2 vols., 1931-1932). Cf. las fuentes reunidas por M.-Th. LENGER, «La notion de bienfait («philanthrōpon») royal et les ordonnances des rois Lagides», en *Studi in onore di Vincenzo Arangio-Ruiz* (Nápoles, 1952), pp. 483-499.

222. U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemäerzeit,* I, núm. 6, ll. 32-35 (año 163). Cf. también *PSI,* VI, 551 (mediados del siglo III).

223. Publicado por J. G. TAIT, *Greek Ostraca in the Bodleian Library at Oxford* (Londres, 1930), núm. 277.

224. He aquí, según H. J. WOLFF, *Das Justizwesen der Ptolemäer,* p. 99, la distinción entre el *kriterion* y el *dikasterion.* El primero establece la existencia o no existencia de una situación de hecho o de derecho, y el segundo dice si una acción privada puede, o no, seguir su curso (da una *dike*). Las peticiones de los *Enteuxeis* publicadas por O. GUÉRAUD distinguen entre estos dos tipos de tribunales (véase el índice), cuyos nombres se remontan al lenguaje judicial de la época clásica y se encuentran, especialmente, en el «Código» de Gortina. Esta distinción se difumina en el siglo II.

225. Se trata de la *praxis kata to diagramma,* sobre la cual puede encontrarse una lista de fuentes en J. MODRZEJEWSKI, «Note sur la législation royale des Lagides», en *Mélanges d'Histoire ancienne offerts à William Seston* (París, 1974), p. 375, n. 43.
226. E. G. TURNER, M.-Th. LENGER, *The Hibeh Papyri,* II, núm. 198, ll. 233-245 = M.-Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núm. 26.
227. C. C. EDGAR, *Zenon Papyri in the University of Michigan Collection* (1930), núm. 70 = M.-Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núm. 27.
228. L. MITTEIS, *Chrestomathie der Papyruskunde,* II, Jurist. Teil, núms. 3; 20; 21; 28.
229. L. MITTEIS, *ibid.,* núm. 21 = *P. Gurob,* 2.
230. Entendemos esta expresión en el sentido de «costumbre griega común», siguiendo a J. MODRZEJEWSKI, *La règle droit...* (1964).
231. *P. Gurob,* 2 = HUNT-EDGAR, *Select Papyri,* núm. 256, ll. 41-45.
232. J. MODRZEJEWSKI, *op. cit.,* p. 130, invoca el juramento de los heliastes transmitido por el *Contra Boetos,* núm. 39 del *Corpus demosteniense,* § 40, y el juramento de los árbitros de la Anfictionía de Delfos, *Syll.,* 3.ª ed., 145, ll. 3-4. Véase también L. GERNET, *Sur la notion de jugement en droit grec,* reproducido en *Droit et Société,* p. 67.
233. Véase, sobre este tribunal, H.-J. WOLFF, *Das Justizwesen der Ptolemäer* (1962), pp. 53-56.
234. Sir Herbert THOMPSON, *A Family Archive from Siut from Papyri in the British Museum* (Oxford, 1934). Crítica y traducción nueva de E. SEIDL, «Das Juristische Gutachten im ptolemäischen Prozess», en *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, IX (1962), pp. 239-258.
235. Sobre la jurisdicción especial, véase E. BERNEKER *Die Sondergerischtsbarkeit im griechischen Recht Aegyptens* (1937); H.-J. WOLFF, «Das Justizwesen der Ptolemäer», *Münchener Beiträge,* núm. 44 (Munich, 1962), pp. 113-194; E. SEIDL, *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* Aegyptologische Forschunger..., Munich, Heft 22 (Glückstadt, 1962), pp. 82-83.
236. Véanse también las monedas del tesoro sacerdotal de Hierápolis de Siria, en el reinado de Alejandro. Están acuñadas con los nombres de Hadad y Atargatis. El nombre de Alejandro se añadió luego a los de los dioses en la moneda del santuario. Sobre estas emisiones, véase H. SEYRIG, «Monnaies hellénistiques», XIX, en la *Revue de Numismatique,* 6.ª serie, t. XIII (1971), pp. 11-21.
237. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* 219.
238. Ejemplares de este decreto se han encontrado en varias ciudades: en Sifnos, en Esmirna y en Sime (este último, editado en *SEG,* III, núm. 713), Cf. ARISTÓTELES, *Política,* I, 1257 A, 28 ss., y *Ética a Nicómaco,* V, 5, 11, sobre las manipulaciones de la moneda y los decretos que la hacían inutilizable.
239. Un edicto de Olbia del siglo IV (*Syll.,* 3.ª ed., 218) estipula que cualquier venta y cualquier compra se realizarían desde ese momento con la moneda de la ciudad. La intención era similar a la de Ptolomeo II. Otro caso, hacia 220, en Bizancio y Calcedonia: véase H. SEYRIG, «Monnaies hellénistiques de Byzance et de Calcédoine», en *Essays presented to Stanley Robinson* (1968), pp. 183-200, utilizando los datos de un tesoro sobre el cual cita a M. THOMPSON «A countermarked Hoard from Büyükcekmece», en *American Numismatic Society Museum Notes,* 6 (1954), pp. 11 ss.
240. Cf. Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* lám. L, 6, 7, 10. En las notas que siguen citaremos simplemente algunos ejemplos de monedas de oro, ejemplos elegidos en las láminas de SELTMAN que, en su bibliografía, remite a los catálogos de los que se han tomado los ejemplares. Citamos la 2.ª ed., 1955.
241. Lám. LVIII, 5-10; LIX, 2, 3.
242. Lám. LX, 2, 4, 5, 8, 9, 10.
243. Lám. LXII, 3 (etolios); LXII, 12 (Atenas); LXI, 15 (Rodas).
244. Lám. LV, 5 (Eucrátides).
245. Lám. LVII, 2 (Mitrídates, VI, hacia el año 100).
246. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 201 y Apéndice II.

247. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 214-216, y E.-T. NEWELL *The Coinage of the Western Seleucid Mints* (Nueva York, 1941) y *The Coinage of the Eastern Seleucid Mints* (Nueva York, 1938).
248. Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* lám L, 12.
249. Cf. XXXVII, 59 (tesoro de Antíoco); XXXIX, 5 y 7; XLV, 39 (tesoro de Perseo). Los tesoros de los reyes poseen, siempre, «filipos» de oro, pero también tetradracmas áticos de plata. Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* p. 215, da una cifra de 876 256 «filipos» de oro llegados así a Roma.
250. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 223-225.
251. Un ejemplo, en Ch. SELTMAN *Greek Coins,* lám. LIX, 5.
252. Sobre la interrupción de la circulación de monedas de plata en Egipto, en el siglo II, véase T. REEKMANS, «Economic and Social Repercussions of the Ptolemaic Copper Inflation», en *Chronique d'Egypte,* 48 (1949), pp. 327-347, y «Monetary History and the Dating of Ptolemaic Papyri», en *Studia Hellenistica,* V (1948), pp. 17-43.
253. DIÓGENES LAERCIO atribuye una ocurrencia a Zenón el Estoico sobre este tema (VII, 1, 18 = 19).
254. La moneda de oro de Tachos imita la moneda de Atenas, de la que toma la lechuza, con el peso del dárico. Cf. nuestra obra *Économie royale des Lagides,* p. 268, y E. WILL, «Chabrias et les finances de tachos», en la *Revue des Études anciennes,* 62 (1960), pp. 254 ss.
255. Es la opinión de E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* I, p. 42, citando a G. K. JENKINS «An Early Ptolemaic Hoard from Phakous», en *American Numismatic Society Museum News,* IX (1960), pp. 17 ss.
256. Véase el *status quaestionis* de estos intentos en E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* I, pp. 155-158.
257. Esto es lo que observa E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 216.
258. El Cabinet des Medailles de France posee monedas de Orontes, de Tiribazes, de Farnabazes, con retratos (*Guide du visiteur* de 1929, núms. 991, 994, 997, 998 y 999).
259. Este número, como los que siguen, remite a una de las láminas de Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* 2.ª ed., 1955. Hay una tercera edición de 1960.
260. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 217, que cita la moneda núm. 884 del *Catalogue des monnaies grecques de la Bibliothèque nationale. Les rois de Syrie* (París, 1890).
261. Cf. L. LACROIX, *Les reproductions de statues sur les monnaies grecques* (Lieja, 1949), pp. 116-121: «Atenea combatiente en las monedas helenísticas».
262. H. SEYRIG, «Parion au IIIe siècle avant notre ère», en *American Numismatic Society, Centennial Volume* (1958), p. 616, ha elaborado un mapa de las ciudades que tuvieron una ceca real para Lisímaco. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* Apéndice II, da la lista de las cecas que acuñaron para los Atálidas y de las cecas autónomas. En E.T. NEWELL, *The Coinage of the Eastern Seleucid Mints* (Nueva York, 1938) y *The Coinage of the Western Seleucid Mints* (Nueva York, 1941), la mención de las cecas discernibles entre los reinados de Seleuco I y Antíoco III. Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* p. 217, presenta un cuadro de la actividad de las veinte cecas más importantes durante el reinado de Alejandro Magno.
263. Véase por ejemplo, para los Seléucidas, E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 219-223.
264. Véase el inventario que ha hecho L. LACROIX (*Les réproductions de statues sur les monnaies grecques. La statuaire archaïque et classique,* Lieja, 1949) y que engloba tanto las monedas reales helenísticas como las monedas de las ciudades desde la época clásica.
265. Cf. L. LACROIX, *Les reproductions de statues sur les monnnaies grecques,* pp. 319-320, y lám. XXVIII, 7.
266. Citemos, por ejemplo, H. SEYRIG, «Aradus et sa Pérée sous les rois séleucides», en *Syria,*

28 (1951), pp. 191-220 (Arado obtuvo la autonomía monetaria en 259-258), y la serie de veinte apuntes aparecidos con el título de «Monnaies hellénistiques», en la *Revue Numismatique*. Los números XVIII a XX están en el t. XIII (6.ª serie) de 1971.

267. Louis ROBERT ha emprendido la tarea de elaborar el «dossier» completo de las ciudades: numismática, historiadores, inscripciones, monumentos, topografía y arqueología. Este tipo de estudios, por ejemplo en *Villes d'Asie Mineure* (2.ª ed., 1962) o en *Études de numismatique grecque* (Paris, 1962) muestran que es posible reducir, así, las lagunas de nuestros conocimientos sobre las vicisitudes políticas y colmar mejor las que aún subsisten.

268. Por ejemplo, H. SEYRIG, «Monnaies hellénistiques, XI, Bargylia», en *Revue Numismatique*, 6.ª serie, VI (1964) pp. 7-8, piensa que las monedas pseudo-alejandrinas que llevan en el campo el «tipo pequeño» de Artemisa de Bargilia, sólo pudieron ser acuñadas en tiempo de los Seléucidas, a partir de 281, pues estos reyes fueron más liberales que un Lisímaco o un Demetrio Poliorcetes en la concesión de la acuñación real a ciudades poco importantes. Otro ejemplo de investigación: L. ROBERT, en *Le sanctuaire de Sinuri I* (1945), p. 62, muestra que ignoramos en qué zona de influencia se hallaba Caria después de la batalla de Ipsos, hasta 287, momento en que pertenecía a Lisímaco.

269. Cf. E. BIKERMAN, «Alexandre et les villes d'Asie», en la *Revue des Études grecques*, 1934, p. 349.

270. Así, en 169, Antíoco IV concedió a muchas ciudades la autonomía monetaria, Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 231-233.

271. Este ejemplo es aportado por E. BIKERMAN, *op. cit., loc. cit.*

272. Véase, por ejemplo, L. ROBERT, *Villes d'Asie Mineure*, cap. I, *Kame*, pp. 17-40.

273. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, p. 201 y Apéndice I.

274. Cf. F. IMHOOF.BLUMER, *Die Münzen der Dynastie von Pergamon*, pp. 32, ss., y Ch. SELTMAN, *Greek Coins*, p. 239 y lám. LVII, 7 y 9.

275. XXXVII, 46; 58-59; XXXIX, 7.

276. Ch. SELTMAN, *Greek Coins*, lám. LVII, 9.

277. Sobre la moneda de la Cirene helenística, véase E. S. G. ROBINSON, *Catalogue of Greek Coins in the British Museum. Cyrenaica* (Londres, 1927).

278. Sobre la moneda de la Atenas helenística, véase Ch. SELTMAN, *Greek Coins*, pp. 257-264. Seltman piensa, debido a la existencia de una interrupción en la serie de los tetradracmas, que Antígono Gonatas suprimió en 262 el derecho de Atenas a acuñar moneda de plata, supresión que mantuvo durante algunos años. Pero este argumento es *a silentio*. En el capítulo dedicado a las fuentes y la numismática, hemos hecho referencia a la implantación del tipo «nuevo estilo». Véase *Addendum* a la bibliografía, en el t. II.

279. Véase Ch. SELTMAN, *Greek Coins*, pp. 252-256.

280. Serapis e Isis en una moneda de Ptolomeo IV (LIX, 1) se hallan hasta tal punto helenizadas que podría tratarse de Plutón y Deméter.

281. Podemos citar, por ejemplo, el león del sátrapa Mazaeos en las monedas locales de Babilonia en tiempos de Alejandro Magno (XLVIII, 10).

282. Véase P. NASTER, «Le pylône egyptien sur les monnaies impériales d'Alexandrie», en *Antidorum W. Peremans oblatum* (= *Studia Hellenistica*, 16, Lovaina, 1968), pp. 181-190, 2 lám.

CAPÍTULO II

La guerra[1]

1) *LA GUERRA, FENÓMENO ECONÓMICO Y SOCIAL*

a) *La guerra inevitable*

La guerra es un elemento determinante de la civilización helenística, como lo es también de la época clásica griega. En la *Vida de Pirro,* 12, Plutarco dice a propósito de los reyes helenísticos:

«Aquellos a cuya ambición, ni el mar ni los montes, ni los desiertos son suficiente término y a cuya codicia no ponen coto los límites que separan a Europa de Asia, no puede concebirse cómo estarán en quietud rozándose y tocándose continuamente sino que es preciso que se hagan siempre la guerra, siéndoles ingénito el armarse asechanzas y tenerse envidia. Así es que de estos dos nombres, guerra y paz, hacen uso común de la moneda, para lo que les es útil, no para lo justo, y debe considerarse que son mejores cuando abierta y francamente hacen la guerra que no cuando, al abstenerse y hacer pausas en la violencia, le dan los nombres de justicia y amistad».

Sin duda, Plutarco recordaba, en este pasaje, las palabras de Platón (*Leyes,* I, 626 A):

«Lo que la mayor parte de la gente llama paz, no es allí más que una palabra; en realidad, todas las ciudades se hallan en estado de guerra, si no declarada, al menos virtual, respecto a las otras: es un hecho natural».

La guerra, que Polibio o Plutarco nos presentan como efecto de la ambición de los reyes, tenía también una función económica: satisfacía las necesidades de una sociedad demasiado exigente para la situación todavía rudimentaria, de las técnicas de producción y de intercambio. La guerra hacía pasar de unas manos a otras las reservas acumuladas de una economía de atesoramiento. Magnificada por una moral imperial que sugería prestigio y deberes, sólo la guerra podía crear y mantener entidades políticas lo bastante grandes como para asegurar a algunas ciudades una autarquía que no se limitara a lo estrictamente necesario. Durante la paz romana, Plutarco se hace intérprete de una especie de nostalgia de esa moral heroica: todas sus *Vidas* son vidas de guerreros o de instigadores de guerras.

La ciudad clásica vivía, pues, ante todo, de una economía de predación. No era otra cosa que un grupo de hombres en armas: uno se convertía en ciudadano en el momento en que recibía sus armas –armas sagradas– y el joven efebo no sólo juraba mantener sino, también, engrandecer su patria (M. N. Tod, *Greek Historical Inscriptions,* núm. 204). Era, si no más fácil, al menos mejor considerado, apropiarse de las cosechas, el ganado u las reservas del vencido que satisfacer esas necesidades vitales trabajando la tierra o en un taller recalentado. El desdén con que Aristóteles se refiere al artesano (*Política,* 1337 B) explica que, después de todo, se prefiriera la guerra con sus riesgos. En efecto, la *Ilíada,* Tirteo y Pericles (Tucídides, II, 36 ss.) habían glorificado el riesgo del soldado.

Es cierto que en la época helenística se recurría, junto a las milicias de las ciudades, sobre todo, a los mercenarios. Cuando éstos se jactaban de sus hazañas, la comedia nueva reía de su vanagloria.[2] El mercenario era un profesional, con todo lo que eso comporta de negativo. De hecho, el ideal heroico se concentraba en la persona y en la gesta de los reyes. Sólo ellos asumían los riesgos mayores, que engrandecen al hombre. Por contra, el mercenario intentaba evitarlos. Tal era, en el siglo IV, el espíritu de los consejos que prodigaba Eneas el Táctico en su *Poliorcética.*

Pero la concentración en un solo hombre del ideal del riesgo no disminuye las oportunidades de guerra. En efecto, el mercenario no se unía a un rey sino cuando éste le entregaba ciudades para saquear. El rey acogía a los mercenarios del enemigo, que codiciaban el botín de las próximas victorias. Así, Ptolomeo I enroló en sus filas a los soldados de Pérdicas cuando éste fue vencido en Menfis y muerto por sus oficiales (Diodoro, XVIII, 36); Antígono el Tuerto incorporó a su ejército las tropas de Eumenes de Cardia, a las que había vencido en Capadocia (Diodoro, XVIII, 50), pero antes ya había intentado sobornarlos (XVIII, 40); en 317, los soldados de Antígono el Tuerto fueron desanimados por tres derrotas

sucesivas (XIX, 20); Antíoco III, después de vencer al sátrapa rebelde Molón, alistó en su ejército a las tropas del vencido (Polibio, V, 54); en fin, en el pacto que hacia 260 selló la reconciliación de Eumenes I de Pérgamo y de sus mercenarios amotinados (*OGIS,* 266), éstos se comprometían a rechazar cualquier ofrecimiento enemigo.

En definitiva, había que combatir y vencer siempre para asegurarse la fidelidad de la fuerza de choque. Sólo los Lágidas de Egipto —que podía mantener su autarquía gracias a su fertilidad— pudieron retirarse de la lucha después de la batalla de Rafia, en 217. Según Polibio (IX, 11, 2), todo el mundo, salvo Egipto, estaba en guerra en el año 210.

b) *Guerra y circulación de riquezas: los saqueos*

El pillaje provocaba una circulación de la riqueza de circuito corto, entre las diversas regiones, circulación irracional desde el punto de vista económico, ya que dependía del azar de las batallas. Polibio compara ese azar con la propagación de un incendio (XI, 4), que a veces alcanza antes que a nadie a quien lo ha provocado.

El pillaje movilizaba los tesoros. Así, las gentes de Termo, en Etolia, guardaban los tesoros en su ciudad, a la que consideraban inexpugnable. Sin embargo, Filipo V la saqueó y se apoderó de 15 000 armaduras (Polibio, V, 7-8). El pillaje de Siracusa en 212 (Polibio, IX, 10 y Plutarco, *Marcelo,* 19) y de Corinto en 146 (Polibio, XXXIX, 2), además de que tenían por objetivo aniquilar toda resistencia (Polibio, IX, 10, 11), reportaron a Roma centenares de obras de arte que despertaron el gusto por lo griego. De igual forma, y al socaire de las victorias de Flaminino sobre Filipo V en Cinoscéfalos (197) y de Paulo Emilio sobre Perseo en Pidna (168), los tesoros de los reyes de Macedonia también tomaron el camino de Roma. Allí fueron exhibidos, en los triunfos de estos generales las joyas, las telas preciosas, las monedas de oro y los esclavos de Pella (Tito Livio, XXXIV, 52, según Polibio: Cinoscéfalos; Plutarco, *Flaminino,* 14: Cinoscéfalos; *Paulo Emilio,* 29 y 32-33: Pidna). A Polibio no se le escapaba (IX, 10, 11-13) que esa captación de riqueza era la condición misma del dominio del mundo por Roma, aunque este historiador estigmatizara la rapiña como generadora de odio.

Algunos se atrevían incluso a llegar al sacrilegio y saquear los templos.[3]

Por otra parte, al igual que ocurría en la época clásica, los vencedores ofrecían a los dioses el diezmo del botín. De esta forma, nuevas riquezas afluían hacia los grandes templos, especialmente, a los santuarios panhelénicos de Olimpia, Delfos y Delos, donde quedarían de nuevo inmovilizadas. Después de Cinoscéfalos, Flaminino (Plutarco, *Flaminino,* 12) ofreció

su escudo a Apolo de Delfos, tal como Milcíades había ofrecido, tras la batalla del Maratón, su casco a Olimpia, donde aún se conserva. Los atenienses ofrecieron a Apolo su «tesoro» sobre el diezmo del botín conquistado en Maratón, y Atalo dedicó a Atena y a Zeus el admirable monumento de su victoria sobre los galos, al igual que Pirro hizo en Dodona la ofrenda de sus victorias.

Las ciudades, obligadas a defenderse en beneficio del rey que las «protegía», se veían en la necesidad de construir o reparar sus murallas. Pesada carga que agotaba no sólo el tesoro público sino también las reservas de los ciudadanos, llamados a contribuir en los gastos de defensa. En las inscripciones se conservan largas listas de esas contribuciones teóricamente voluntarias, así como decretos de reconocimiento a los mecenas, a veces extranjeros, que tomaron a su cargo algunas obras costosas.[4]

c) *Guerra y población*

Las guerras influían también en el contingente demográfico. A este respecto, los efectos de las sediciones internas se añadían a los de las batallas que libraban los reyes. Las cifras de pérdidas han de ser manejadas con precaución. Según las anuncie el vencedor o el vencido, acusan una enorme diferencia. He aquí algunas aproximaciones.[5] En Cinoscéfalos, Flaminino y Filipo V pusieron cada uno en orden de combate unos 26 000 hombres (Plutarco, *Flaminino,* 7-8; cf. Polibio, XXXIII, 4); los macedonios tuvieron 8000 muertos y perdieron 500 prisioneros, mientras que los romanos vencedores sólo mencionan 700 muertos (Polibio, XVIII, 27). En 320, la victoria de Antigono costó a Eumenes de Cardia 8000 muertos (Diodoro, XVIII, 40). En cambio, en 317, cuando Antígono fue vencido por Eumenes, vio cómo morían 3700 de sus infantes y 54 caballeros (Diodoro, XIX, 31); tuvo, además, 4000 heridos. En la batalla que riñó en Gaza en 312 contra Ptolomeo I, Demetrio Poliorcetes tuvo 5000 muertos y 8000 prisioneros (Diodoro, XIX, 85, 3), lo que hace pensar que se produjo la defección de sus mercenarios. En la batalla naval de Quíos, en la que se enfrentaron en 201 Filipo V y Atalo I, aliado de los rodios, el primero vio perecer a 3000 de sus macedonios y 6000 auxiliares, mientras que se le capturaron 2000 prisioneros y 17 de sus barcos. Los rodios y Atalo tuvieron, respectivamente, 60 y 70 muertos, aunque la pérdida en barcos fue aproximadamente la misma que la de Filipo, a lo que hay que añadir la captura del barco real, según afirma Polibio (XVI, 7), que se basa, sin duda, en una fuente rodia.

Venta como esclavos de los prisioneros

Frecuentemente, los prisioneros[6] eran vendidos como esclavos (Diodoro, XVIII, 38), lo que hacía disminuir el potencial de hombres libres y, en consecuencia, el poder político de las ciudades de las que procedían. Pero, sobre todo, fueron los romanos los que, cuando intervinieron en Grecia y en Asia, convirtieron en esclavos a sus prisioneros, para gran enriquecimiento de Delos (cf., Estrabón, XIV, 668), adonde afluían también los hombres capturados por los piratas. Debemos insistir en que las cifras hay que tomarlas siempre con precaución. Polibio afirma que tras la derrota de Perseo, Paulo Emilio destruyó 70 ciudades de Macedonia, especialmente de los molosos de Epiro, y vendió como esclavos a 150 000 personas (XXX, 15). Poco antes de 211, los romanos y los etolios tomaron conjuntamente Anticira y vendieron a sus habitantes (Polibio, IX, 39). Se ha calculado en 250 000 el número de esclavos que afluyó a Roma, entre los años 200 y 150, como cautivos de guerra (Volkmann, *op. cit.,* p. 231).[7] Tan importante transferencia de mano de obra afectó brutalmente a la economía, tanto de Grecia como de Roma, y provocó las revueltas de esclavos (véase Diodoro, XXXIV, 2, 36, respecto a Sicilia). Los comerciantes de esclavos seguían a los ejércitos y los grandes guerreros, como Filipo V y los etolios, organizaban un mercado después de cada campaña.

Ahora bien, en el siglo IV, en las guerras de los diádocos, lo más habitual era que los prisioneros fueran incorporados al ejército del vencedor o instalados como colonos. Así, Ptolomeo I, vencedor de Demetrio en Gaza, instaló en Egipto, en 312, a 8000 hombres que había capturado (Diodoro, XIX, 85, 4). Otras veces se aceptaba un rescate, lo cual suponía una sangría de las reservas de dinero del adversario.[8] Así, los reyes bárbaros tomaban rehenes de las ciudades del mar Negro, donde hacían frecuentes razzias, lo cual nos permite leer en las inscripciones los decretos en honor de los mecenas que rescataban a sus conciudadanos.[9] En el sitio de Rodas, Demetrio Poliorcetes y los rodios aceptaron, por sus prisioneros respectivos, un rescate de 1000 dracmas por cada hombre libre y de 500 por esclavo (Diodoro, XX, 84, 6). Frecuentemente los tratados de paz de la época clásica contenían cláusulas de intercambio de prisioneros, cláusulas que desaparecieron en los tratados de paz impuestos por los romanos a los griegos,[10] pero que aún encontramos en los tratados entre las ciudades helenísticas, por ejemplo, en el acuerdo entre Magnesia, Mileto, Heraclea y Priene (*Syll.,* 3.ª ed., núm. 588).

Las matanzas afectaban durísimamente a la economía y podían provocar la ruina irremediable de una pequeña ciudad. En Grecia, la matanza tenía una larga tradición.[11] Alejandro había permitido que Tebas, cuya resistencia había hecho condenar por la Liga de Corinto, se transformara en un desierto (Diodoro, XVII, 8, 9). En 317, Agatocles hizo que sus soldados y la «multitud» exterminaran a los 600 oligarcas de Siracusa, cuyos bienes fueron, además, saqueados (Diodoro, XIX, 6-8). Diodoro acusa, además, a Alejandro de haber aniquilado a la población de varias ciudades de Sicilia (XIX, 1), pero lo cierto es que hay que desconfiar acerca del tema fácil de la «crueldad del tirano». En 315, el lugarteniente de Casandro, Apolónides, tomó por la fuerza Argos, cuyos habitantes eran fieles a Poliperconte. Hizo quemar vivos a 500 de ellos en el pritaneo (Diodoro, XIX, 63). En Orcómeno de Arcadia, los partidarios de Poliperconte fueron también asesinados por sus enemigos políticos, con el asentimiento de Casandro, aunque se hallaban refugiados en el templo de Atenea (Diodoro, XIX, 63). En 303-302, Demetrio Poliorcetes hizo crucificar a los seguidores de Poliperconte en Orcómeno de Arcadia (Diodoro, XX, 103). La matanza y la venta como esclavos de los habitantes de Mantinea por parte de los aqueos y macedonios aliados, en 223, inspiró a Filarco las páginas dramáticas que rechaza Polibio, decidido a defender la reputación de los aqueos (II, 56). En 218, Filipo V, en el curso de una campaña contra los etolios, arrasó la aldea de Metapa después de que sus mercenarios hubieran saqueado Termo (Polibio, V, 13, 8). Su avance a través del Peloponeso fue una sucesión interminable de pillajes y asesinatos (Polibio, V, 10-30 y XVIII, 3). No parecía ser diferente la costumbre en los territorios allende el mundo griego. El edicto XIII de Asoka da testimonio del arrepentimiento del rey budista ante las grandes matanzas de brahmanes.

Los sitiados eran tan conscientes de la suerte que esperaba a los vencidos, que en ocasiones preferían la muerte. Tenemos noticia de estos suicidios colectivos. Cuando Pérdicas estaba a punto de entrar en Isaura, en Pisidia, los defensores de la ciudad, viéndose perdidos, provocaron un incendio, hicieron perecer a sus mujeres y sus niños, arrojaron luego sus bienes a las llamas y acabaron precipitándose ellos mismos. La ciudad fue ocupada y los soldados rescataron de entre los escombros la plata y el oro (Diodoro, XVIII, 22). Fue esto mismo lo que hicieron en el año 73 d. de J. C. Eleazar y los defensores de la fortaleza palestina de Masada, sitiada por los romanos (Flavio Josefo, *Guerra judía,* VII, 304-406).[12]

De esta forma, la guerra iba vaciando algunas regiones de sus habitantes. Se producían, así, terribles fluctuaciones económicas, aunque de

carácter local, que hacen difíciles los juicios de conjunto sobre la prosperidad o el empobrecimiento del mundo griego. Parece que durante la lucha de Roma contra Pirro, la Magna Grecia, que fue saqueada, perdió una parte importante de su población. Tito Livio cita el caso de Crotona, en la que más de la mitad de la superficie estaba desierta (XXIV, 3), y en la que en 272 no quedaban más que 2000 habitantes (XXIII, 30). En el reinado de Perseo, o un poco antes, los macedonios habían obligado a los habitantes de una parte de Iliria a que la abandonaran. Esa zona, una vez desierta, debía servir de freno a la invasión de los dárdanos en dirección al resto de Iliria y de Macedonia (Polibio, XXVIII, 8). En Creta, dice Polibio (XXIV, 3), la guerra entre las ciudades era endémica y particularmente cruel. En ocasiones, un rey decidía deportar a toda la población de una región especialmente turbulenta. Al igual que Darío deportó a Kisia a los eretrios en 490 (Heródoto, VI, 119), también Antípatro había proyectado trasladar a todos los etolios a alguna región lejana y desierta de Asia, lo cual finalmente se lo impidió una amenaza de Pérdicas (Diodoro, XVIII, 25).

Así se repetían sin cesar las sangrías demográficas en Grecia, hasta la última gran matanza, la que el cónsul Mumio permitió a sus tropas en Corinto, derrotado en 146 (Polibio, XXXIX, 2; Diodoro, XXXII, 26-25).

La situación de Grecia durante la «paz romana» pone en evidencia la capacidad de los seres humanos para regenerarse rápidamente. El desastre sólo parece haber sido definitivo en el caso de Sicilia y de algunas ciudades pequeñas. En los demás lugares, las ciudades importantes eran reconstruidas y repobladas rápidamente.[13] Por otra parte, por lo que se refiere a la crueldad, no creo, como afirma Pierre Ducrey,[14] que se deba hacer diferencias entre los romanos y los griegos. Éstos no eran menos crueles que sus vencedores. Más de una vez crucificaron a alguno de sus enemigos.[15]

d) *Los efectivos*

Los reyes helenísticos y, luego los romanos, contaron con efectivos considerables tanto en hombres como en barcos.[16] Polibio subraya la admiración que provocaban las poderosas flotas reunidas por un Antígono, un Ptolomeo o un Demetrio, pero es para hacer resaltar que la marina de Roma era mucho más importante desde finales de la primera guerra púnica, en 241 (I, 63, 7).

He aquí algunas cifras. En 317, Antígono el Tuerto avanzó contra Eumenes de Cardia con 28 000 infantes, 8500 caballeros y 65 elefantes. Eumenes, con 35 000 infantes, de los cuales 3000 pertenecían a las tropas de élite de los argiráspidas, 6000 mercenarios y 5000 extranjeros armados

según la costumbre macedónica. Además, contaba con 6100 caballeros de orígenes diversos, y 114 elefantes (Diodoro, XIX, 27-28).

En 306, Antígono dirigió contra Egipto, en Gaza a 80 000 infantes, 8000 caballeros y 83 elefantes (Diodoro, XX, 73, 2). Para el enfrentamiento entre Antíoco III y Ptolomeo IV que tuvo lugar en Rafia en 217, el Lágida puso en línea de combate, a 73 elefantes, 70 000 infantes y 5000 caballeros (Polibio, V, 79). Sabemos que, al margen de los 3000 libios y 20 000 egipcios, esos hombres habían sido reclutados en Grecia el año anterior o bien eran clerucos movilizados, a los cuales se añadieron galos (Polibio, V, 63-65). Por su parte, Antíoco contaba con 62 000 infantes, 6000 caballeros y 102 elefantes (Polibio, V, 79). Sus tropas eran de un origen étnico muy dispar. Contaba incluso con un contingente de 10 000 árabes comandados por un árabe. Pero cuando menos 5000 mercenarios eran originarios de Grecia y 2500 eran cretenses. Si añadimos a esto los escuderos, libres o esclavos, podemos evaluar en cerca de 100 000 el número de hombres que partieron de Grecia y que se distribuían en ambos bandos. Sin duda, muchos de los hombres de Ptolomeo permanecieron en Egipto después de la campaña, asentados en cleruquías como sus predecesores, los 8000 prisioneros de Gaza que Ptolomeo I asentó en Egipto en 312 (Diodoro, XIX, 85, 3).[17]

Por otra parte, no hay que olvidar que, junto con los africanos, también Cartago utilizaba mercenarios griegos o, al menos, de sangre mixta. Polibio afirma que esta peligrosa mezcla étnica fue una de las causas de la gravedad que alcanzó en Cartago la revuelta de los mercenarios (I, 67, 7).

Ahora bien, esta pérdida de identidad que el mercenario provocó en Grecia no era sino consecuencia de una economía deficiente. En efecto, si encontramos allí, como también entre los bárbaros limítrofes, hombres a reclutar para la guerra, era tal vez porque no había para ellos otro trabajo lo bastante lucrativo, porque la agricultura, el artesanado y los servicios no podían absorber una mano de obra que, en definitiva, hemos de calificar de excedentaria, a pesar de las matanzas.

Por otra parte, en tiempo de Alejandro y de los diádocos, el mercenario desmovilizado erraba en paro, manteniéndose a veces del producto del pillaje, hasta que, finalmente, en el gran mercado de soldados del cabo Tenaro encontraba quien quisiera reclutarle. Ésta fue la suerte que corrieron los mercenarios licenciados del ejército de Alejandro (Diodoro, XVII, 111) en 326-325, y de los que Harpalo había llevado a Asia, ocho mil de los cuales, en paro en el cabo Tenaro, fueron empleados por Leóstenes para la guerra lamiaca (Diodoro, XVIII, 9).

Grecia no podía ofrecer trabajo a su población y la guerra, por dolorosa que pueda considerarse, era una salida no sólo por las perspectivas de pillaje que suscitaba sino porque los reyes helenísticos eran patronos que

proveían salarios y alimentos, que requisaban en los países que atravesaban sus ejércitos (véase, por ejemplo, Diodoro, XIX, 26).

En verdad, durante la época helenística, la guerra recordaba de alguna forma el esquema de las empresas capitalistas de nuestros días. El «trabajador» era el mercenario; el patrono,[18] que daba trabajo, que planeaba el conjunto de la operación, tomaba los riesgos más importantes y, en caso de éxito, sacaba los mayores beneficios, era el rey. La guerra de la época helenística utilizaba un personal jerarquizado según su competencia y bien remunerado. Los reyes helenísticos buscaban los hombres que habían servido en los ejércitos de Alejandro y, luego, aquellos que tenían una larga experiencia en el combate (cf. por ejemplo, Polibio, V, 64). La guerra era uno de los pocos aspectos en los que la técnica progresaba. La competencia de los patronos –los reyes– en la búsqueda de mano de obra militar, por una parte, y la práctica del motín, equivalente a la huelga, por otra, produjeron la posibilidad de presión que el mercenario ejercía sobre el rey para mejorar su remuneración.

Por supuesto, la comparación de la guerra helenística con la industria de nuestros días no debe ser llevada demasiado lejos. En período de paro, el trabajador antiguo se veía abandonado. Sin embargo, veremos en el pacto que Eumenes estableció con sus mercenarios (*OGIS,* 266) que éstos intentaban asegurarse una cierta estabilidad en el empleo. Por otra parte, la guerra helenística sólo sirvió para destruir o desplazar la riqueza tesaurizada. No creó, como sucede con la industria en la actualidad, bienes de consumo, aunque ofreció trabajo a los artesanos que fabricaban armas y armaduras (Polibio, V, 63, 11: preparación de la batalla de Rafia).

El mercenario helenístico dio al campesino pobre de Grecia la oportunidad de elevar su nivel de vida al ofrecerle, siempre que estuviera dispuesto a expatriarse y aceptar los riesgos de la lucha, la esperanza de una remuneración importante que no podía obtener sin abandonar Grecia.

Para los proletarios «que no viven más que de su sueldo –decía Filipo II de Macedonia– la guerra es una paz y la paz una guerra» (Diodoro, XVIII, 10). Si esto era así, demuestra que no existía en Grecia, ni tampoco en el conjunto del mundo helenístico, un desarrollo económico susceptible de producir la opulencia.

e) *La soldada*

El mercenario era «un trabajador extranjero», reclutado cuando se necesitaba de él, pero cuya seguridad en el empleo era sólo temporal. Por lo general, solía ser contratado para un período de un año, a veces para

diez o incluso nueve meses (cf. *OGIS,* 266, ll. 6-7). Su soldada [19] consistía en dinero y trigo (cf. *OGIS,* 266; l. 15; Polibio, I, 68, 9, acerca de Cartago), y las concesiones de trigo se sustituían a veces por su equivalente en dinero *(adaeratio)* en una tasa que los mercenarios no dejaban de discutir.

Incluso la soldada del soldado raso, independientemente de la parte de botín que le correspondía, era superior al salario de un obrero, cualificado. En el siglo III, la cantidad que percibían sería, como mínimo, de una dracma ática por día para un infante, de dos a tres dracmas para un caballero, con un suplemento para alimento de tres óbolos. Los papiros griegos mencionan, por otra parte, unos salarios de los obreros agrícolas en Egipto, del orden de dos a tres óbolos diarios.[20] Por desgracia los datos son difíciles de comparar. Hay una serie de elementos que introducen un índice importante de incertidumbre a este respecto, tales como las fluctuaciones del poder de compra de la moneda, el valor del mercenario según la urgencia de la demanda, la raza del soldado y su cualificación, según el valor de la dracma –rodia, ateniense, ptolemaica, corintia–, según la fecha; la falta de información sobre la duración del compromiso y las ventajas al margen del sueldo, etc. Veamos un ejemplo concreto. En 170-169, Roma dispensó la Liga aquea de enviarle al Epiro una ayuda simáquica de 5000 hombres. Polibio (XXVIII, 13) estima que esta medida supuso para los aqueos un ahorro de 120 talentos de oro. Ello supondría 12 dracmas de oro diarias para la soldada y el mantenimiento de cada hombre si la campaña duraba 144 días, es decir, cinco meses lunares, y con un precio del oro cinco veces superior al de la plata. Pero, ¿cuál fue la duración de la campaña? Incluso si ésta durara 10 meses, el mantenimiento del mercenario, comprendida la remuneración de los oficiales, supondría como media 6 dracmas diarias. A través de la formación de ejércitos de mercenarios, una parte del campesinado griego que hasta ese momento veía su seguridad garantizada al precio de la miseria, fue asociada a la obra de riesgo que era la suerte de los reyes. Además, como el soldado del *Escudo* de Menandro, el mercenario de los diádocos aportaba a Grecia un botín que estimulaba su economía, al menos momentáneamente.

f) *Retrasos en el pago de las soldadas. Estratagemas para pagarlas*

Pero antes de comenzar una guerra –que habría de enriquecerle–, en ocasiones, el rey no tenía con qué pagar a sus mercenarios. En tales circunstancias, recurría a extorsiones y estratagemas para conseguir el dinero de la soldada. Así, Eumenes de Cardia, que había prometido a sus soldados el pago de lo debido en un plazo de tres días, les vendió (sin duda, a bajo precio) una serie de dominios (confiscados, con toda seguridad) que

debían ir a conquistar (Plutarco, *Eumenes,* 8). En 223-222, Cleómenes de Esparta dependía exclusivamente de Ptolomeo III para pagar a sus tropas (Polibio, II, 63): ocultó a éstas la retirada de la subvención ptolemaica y pretendió acelerar la decisión sobre el terreno. En general, los reyes buscaban, pues, decisiones rápidas que les permitían prolongar los gastos de la guerra. Veamos otro dato: a finales del invierno de 219-218, Filipo V carecía de dinero y trigo para el mantenimiento de sus tropas, en vistas a la expedición que quería organizar contra los etolios. Los aqueos, aliados suyos, aprobaron la entrega inmediata de 50 talentos, una soldada de tres meses para sus tropas y 10 000 medimnos de trigo. Dado que el medimno era la ración mensual de un hombre, si la subvención debía cubrir tres meses de campaña, ello suponía el mantenimiento de 3300 hombres. Además, durante todo el tiempo que Filipo combatiera con ellos en el Peloponeso, los aqueos le proporcionarían 17 talentos mensuales, lo que constituía, para un total de 3300 hombres, un dracma por día (Polibio, V, 1),[21] cantidad evidentemente escasa para una soldada completa.

Si el jefe no podía poner en práctica ninguna estratagema de este tipo y no había nada que pudiera saquear, el ejército podía incluso sufrir hambre y el cortejo de enfermedades que acompañan a la escasez. Eso fue lo que ocurrió, por ejemplo, en 156-154, a la infantería de Prusias II, en guerra con Atalo II (Polibio, XXXII, 15, 14).

El costo del mantenimiento de las tropas explica que los diádocos codiciaran los tesoros de las satrapías, restos de los tesoros persas. Así, Antíoco, después de haber triunfado sobre Eumenes en 320, cuando enroló a sus ejércitos se apoderó de una serie de satrapías con sus tesoros (Diodoro, XVIII, 41, 4). En 316, encontró en Susa objetos de oro con un peso total de 15 000 talentos, a los que había que añadir 5000 talentos de otras piezas de orfebrería y los tesoros —por un valor de 5000 talentos— que capturó después en Media (Diodoro, XIX, 48, 8).

En ocasiones, debido a la competencia entre los reyes para contratar mercenarios, les entregaban un adelanto de la soldada.[22] Pero, en verdad, era más frecuente que se retrasaran en el pago.

g) *El motín*

Los retrasos en la percepción de la soldada provocaban defecciones, motines y saqueos. En 321, los macedonios se rebelaron contra Antipatro por ese motivo (Polieno, *Estratagemas,* IV, 6, 4). En 320-319, 3000 macedonios desertaron del ejército de Antígono por idéntica razón, mientras hibernaban en Capadocia, y saquearon Licaonia y Frigia antes de

que Antígono pudiera persuadirles de que regresaran a Macedonia (Polieno, *ibid.*, 6, 6).[23]

¿Cuál era la razón de tan crónica penuria? Ocurría que la guerra antigua –ya lo hemos dicho– provocaba tan sólo un desplazamiento de la riqueza, pero no la creaba, aunque es verdad que estimulaba algunas producciones, como la de armas y caballos, si bien es cierto que esos productos también eran destruidos por la guerra.

h) *Mantenimiento de las tropas por el campo y la ciudad*

En realidad, aparte de los pillajes de las reservas atesoradas, la que aprovisionaba al soldado era la clase social productiva. Por una parte, los campesinos indígenas de Egipto, Asia y Macedonia y los terratenientes de las ciudades griegas; por otra parte, la población de las ciudades que vivía del artesanado y del comercio, y que estaba obligada a aportar contribuciones y ayudas simáquicas. Sin embargo, ninguno de estos dos grupos participaba en la toma de decisión que desencadenaba estas guerras, que ellos solos estaban llamados a sostener.

i) *Requisas y alojamiento*

Como la base fundamental de la economía de las ciudades era la agricultura, era, en definitiva, el campesino el que aprovisionaba al soldado. En primer lugar, lo mantenía de forma inmediata mediante las requisas de trigo y forraje, así como por el alojamiento que le proporcionaba. Así, en 317, Antígono, en su retirada ante Eumenes de Cardia, condujo a su ejército a una región no afectada por la guerra donde pudiera aprovisionarse (Diodoro, XIX, 32). Otro tanto hizo Eumenes (Diodoro, XIX, 34). Cuando Antíoco III, cuya mirada estaba puesta en Egipto, conquistó paso a paso Siria, en 218, aceptó la rendición voluntaria de Filoteria cerca del lago de Tiberíades, y de Escitópolis, porque esas regiones eran ricas y podrían aprovisionar a su ejército (Polibio, V, 70).

Conocemos fundamentalmente las exenciones que concedían los reyes, que nos informan sobre la carga del mantenimiento de los soldados.[24] La «libertad» de los griegos, tan a menudo proclamada, comportaba en general exenciones de la carga del mantenimiento de las guarniciones (por ejemplo, las proclamaciones de 315 que menciona Diodoro, XIX, 61 y 62, y la de Flaminino en 196, según Polibio, XVIII, 46). Algunos productos eran requisados en regiones en las que constituían la especialidad: los

caballos en Media (Diodoro, XIX, 20), los barcos en las ciudades marítimas (por ejemplo, Halicarnaso, según *P. Cairo-Zenón,* 59036).[25]

Las ciudades que se hallaban en contacto con los bárbaros mantenían, de buen o de mal grado, a estos temibles guerreros. Bizancio, por ejemplo, pagaba tributo a los galos (Polibio, IV, 45-46), y Olbia, a Saitafarnes (*Syll.,* 3.ª ed., 495).

Campesinos y ciudadanos intervenían también en el pago de las soldadas, indirectamente, a través de sus prestaciones fiscales. Los Ptolomeos obtenían ingresos de la tierra real, impuestos territoriales y artesanales que les proporcionaba Egipto y contribuciones de su imperio, con los que pagaban a los ejércitos que reunieron en el siglo III para las guerras sirias. Los reyes de Macedonia y los Seléucidas solicitaban ayudas a sus aliados, tanto en hombres como en dinero. Los romanos, por su parte, imponían a los reyes vencidos indemnizaciones de guerra que les permitían preparar sus nuevas victorias.[26] Para poder pagar tales indemnizaciones, los reyes tomaban como rehenes a ciudades, templos y campiñas. Era esto lo que los Macabeos reprochaban a Antíoco IV.

En el siglo II, cuando macedonios y Seléucidas no conseguían más que derrotas o victorias ilusorias, el problema de la soldada y, en consecuencia, del reclutamiento, se convirtió en una preocupación más grave todavía. No hay duda de que fueron vencidos, no sólo por los errores de sus decisiones, que Polibio se encarga de subrayar con respecto a Filipo V o Perseo, sino también, pese a sus esfuerzos de recuperación económica, por su agotamiento financiero, ya que la derrota llama siempre a la derrota.

j) *Las cleruquías*

Los Ptolomeos se hallaron, a este respecto, en una situación privilegiada. En su estado unificado no tenían que depender de la buena voluntad de las ciudades o de las ligas aliadas. El territorio de Egipto les aseguraba una relativa estabilidad en sus ingresos, si exceptuamos los periodos de conflictos del siglo II. Liberados, después de Rafia, de los riesgos de guerra, tan habituales en los otros reyes, y al quedar al margen de la trayectoria del avance romano, pudieron comenzar a prescindir de los mercenarios, especialmente porque habían estabilizado su ejército, instalándolo en las cleruquias. La idea no era original. Ya Eumenes de Cardia había recurrido a una solución similar al vender a sus soldados una serie de dominios que debían conquistar (Plutarco, *Eumenes,* 8). Otros diádocos distribuyeron tierras[27] a expensas de las ciudades. Por ejemplo, el tirano Apolodoro instaló en Casandria a contingentes de soldados a los que concedió la ciudadanía y otorgó tierras (Polieno, *Estratagemas,* VI, 7, 2; cf. también,

OGIS, 229, admisión de los catoecos y de otros soldados asentados en Magnesia en la ciudadanía de Esmirna). Esta admisión de soldados en el cuerpo cívico de una ciudad donde se hallaban en guarnición, la *politografía,* era un sistema de remuneración, sobre todo si se acompañaba de la concesión de tierras. Mediante este sistema, el soberano se ahorraba la búsqueda constante de mercenarios, pues el cleruco era movilizable y su tierra, que pasaba de padres a hijos, estaba gravada con la obligación de prestar servicio militar, lo que aseguraba, como en una ciudad, la permanencia de un ejército.

En Egipto, durante el siglo III, un soldado que poseía tierras debía estar disponible ante cualquier llamamiento por parte del rey. A menudo, vivía como rentista de su *cleros,* rentista del campesino al que entregaba a censo la tenencia real de la que, en principio, sólo había obtenido el usufructo vitalicio.[28] Una parte del trabajo del agricultor egipcio servía, pues, para aprovisionar al soldado griego. La superficie de la tenencia estaba en proporción al rango del militar que la recibía. Iba desde 25 arures, es decir, algo más de 6 ha, a 100 arures, 25 ha, y hasta 1000 arures. Las tenencias de los soldados indígenas incorporados desde la batalla de Rafia eran del orden de 5 arures. La diferencia revela el abismo social y económico que separaba al egipcio del griego o asimilado.

Los clerucos no solían trabajar la tierra personalmente. A medida que Egipto renunció a las guerras exteriores, se convirtieron en una burguesía de rentistas que se estabilizó, olvidó las técnicas del riesgo y que, en tres siglos, conseguiría del rey la hereditariedad y, luego, la propiedad plena de las tenencias.[29]

En cuanto a los Seléucidas, la escasez de las fuentes y la variedad de los regímenes económicos de las regiones sometidas a su autoridad, no permiten distinguir una línea única de evolucion.[30] Ciertamente, soldados macedonios y mercenarios se estabilizaron en las colonias militares fundadas por los primeros Seléucidas, de entre las cuales, la mejor conocida es la de Dura-Europos en el Éufrates, cuyos documentos, es cierto, son, en su mayoría, posteriores a la época helenística.

Estos contingentes de macedonios o de mercenarios griegos o asimilados fijaron elementos de cultura helénica en las zonas rurales de Oriente. Pero no hemos de pensar que a favor de estos asentamientos, y aunque, sin duda, hubo matrimonios entre indígenas y clerucos, Oriente recibió grandes aportaciones del helenismo hasta formarse una cultura mixta. Trataremos de demostrar este aspecto más adelante.

Por otra parte, muchos de los mercenarios iban a vivir a las ciudades, especialmente a Alejandría (Polibio, en Estrabón, XVII, 797).

k) *Procedencia de los mercenarios*

Fuentes. M. Launey ha elaborado el cuadro de la procedencia de los mercenaros enrolados en los ejércitos helenísticos.[31]

Antes de intentar sacar algunas conclusiones de estos datos, siguiendo sus reflexiones, consideremos la naturaleza y la distribución de nuestras fuentes.

En Egipto, a partir del año 280 aproximadamente y hasta la conquista romana, los papiros griegos —ya lo hemos visto en el capítulo dedicado a las fuentes— proceden tan sólo de algunos conjuntos. El Fayum ha aportado los papiros *Petria* y los de los *archivos de Zenón,* de mediados del siglo III; asimismo los papiros de *Tebtunis,* del siglo II. Del Egipto Medio proceden los papiros de *Hibeh,* del siglo III, y del Heracleopolita, del siglo I (*BGU,* VIII). Por lo que respecta al Alto Egipto, sólo poseemos documentos de los siglos II y I, los documentos de Pathyris, salvo en el caso de Elefantina, de donde procede el más antiguo papiro fechado (del año 311).

Esta documentación, que aporta abundante información sobre los clerucos, pero que está formada por conjuntos aislados en el tiempo y en el espacio, no permite, a nuestro juicio, realizar extrapolaciones estadísticas.[32]

Lo mismo ocurre con las etnias que aparecen en las listas de soldados y en las estelas funerarias. Por ejemplo, no parece que a partir de las listas de mercenarios al servicio de Atenas, una de ellas de alrededor del año 300 (*IG*^{2}, 1956, ll. 167-171 y 199-204, y 1957, II. 5-7, 11 y 16), donde aparecen 10 locrios de un total de 150 soldados cuya etnia se menciona, y la otra, unos 60 años más reciente (*IG*^{2}, II, 1299, l. 114, posterior a 236-235), en la que sólo aparece un locrio, sea posible concluir, como lo hace Launey, pp. 166-167, que se produjo una disminución del número de locrios en los ejércitos de mercenarios, disminución que vendría confirmada por su ausencia en los documentos egipcios. Las listas de soldados, tanto en los papiros como en las inscripciones sobre piedra, sólo nos dan una idea del abigarramiento que caracteriza la procedencia de los soldados, pero en ningún caso, de la proporción de esas procedencias.

Desde un punto de vista global, podemos afirmar que durante la época ptolemaica, en el siglo III, Grecia continental y los Balcanes aportaban, como era de esperar, el mayor porcentaje de soldados mencionados[33] a Pérgamo, Atenas y Samos. Huelga decir que, en Pérgamo, los bárbaros vecinos —misios, frigios y otros— se añaden a los contingentes de origen griego. En Egipto, las estelas funerarias de la región de Alejandría, y los grafitos griegos del Memnonion de Abidos, demuestran que en el siglo III y comienzos de siglo II existían numerosos elementos procedentes de las islas del mar Egeo, de las regiones costeras

del Asia Menor y de Cirene,[34] lo que corresponde a la extensión del «imperio» de los Ptolomeos.

Si es peligroso realizar y utilizar estadísticas sobre listas, las más largas de las cuales no superan el centenar de nombres, por contra, las informaciones sobre la composición de los contingentes de millares o de decenas de millares de hombres que nos dan los autores –fundamentalmente Diodoro para los diádocos y Polibio, completado por Tito Livio, para fines del siglo III y la primera mitad del siglo II– podrían revelar, si se ordenaran cronológicamente, fluctuaciones reales en la procedencia de los efectivos y, a través de este dato, fluctuaciones políticas o demográficas en los lugares de origen. Pero hay que tener precaución con respecto a las «pseudo-etnias», es decir, sobre el hecho de que bárbaros «llegados de todas partes» combatieran armados a la manera macedónica (véase, por ejemplo, Diodoro, XIX, 27, 6; XIX, 29, 3). En fin, las politografías otorgan el estatuto de ciudadanos a muchos soldados extranjeros.

Sin ninguna duda, las fluctuaciones políticas influyeron en la composición étnica de los grandes ejércitos. En efecto, según las circunstancias, algunas potencias prohibían o permitían el reclutamiento en sus territorios. Así, en 315, Aristodemo, estratego de Antíoco el Tuerto, reclutó 8000 mercenarios del Peloponeso «con permiso de Esparta» (Diodoro, XIX, 60), y en 188, en el tratado de Apamea, los romanos prohibieron al Seléucida que reclutara soldados en la zona de influencia romana (Polibio, XXI, 43).

Debemos referirnos también a los piratas que contrataban los reyes,[35] contingentes cuya variación étnica no se menciona nunca. Demetrio Poliorcetes los utilizó en el asedio de Rodas, en 305-304 (Diodoro, XX, 83), Antígono Gonatas tomó Casandria con la ayuda de los piratas (Polieno, *Estratagemas,* IV, 6, 18) y Filipo V recurrió al pirata etolio Dicearco para atacar las Cícladas (Polibio, XVIII, 54, 7).

Los macedonios

Con el paso del tiempo, el número de soldados macedonios disminuyó –excepto en Macedonia– en los ejércitos que los reyes formaban para las grandes batallas.[36] De hecho, el elemento macedónico era preponderante, sobre todo, en las fuerzas de los diádocos, que disponían aún de los restos del ejército de Alejandro y que contrataron de nuevo a los hombres que éste había licenciado al final de su vida. Pero, a partir de las grandes batallas que se produjeron en el enfrentamiento entre Antígono y Eumenes, los macedonios perdieron esa preponderancia.

En el siglo III, tanto bajo los Lágidas como bajo los Seléucidas, los

macedonios combatientes debían proceder de las cleruquías de Egipto y de las colonias militares de Asia.[37] Por otra parte, desde el siglo III, la etnia «macedónica» no era necesariamente, al menos en Egipto, indicativa de procedencia; a lo sumo, indicaba una situación privilegiada entre los clerucos. Sabemos, por lo demás, que la llevaron los judíos de la diáspora alejandrina.

No hay duda de que en tiempo de Alejandro y los diádocos y, luego, con Filipo V, Macedonia aportó grandes contingentes humanos a la guerra. En 323, Diodoro hacía referencia al agotamiento que sufría esa región (XVIII, 12).

Los griegos del continente y de las islas

La pobreza del suelo de algunas pequeñas islas debió ser causa de que muchos de sus habitantes se enrolaran al servicio de reyes, de las ligas o de las ciudades. Los cretenses[38] formaban contingentes singulares, armados con arcos, utilizados por su movilidad y poco inclinados a permanecer durante mucho tiempo al servicio del mismo rey. Durante la batalla de Rafia, 3000 de ellos estaban integrados en el ejército de Ptolomeo IV (Polibio, V, 65, 7). En cuanto a Rodas, poseía un ejército de ciudadanos, a los cuales añadió, en el momento de gran peligro que supuso el asedio de Demetrio Poliorcetes, a los extranjeros domiciliados que lo desearon y a contingentes de esclavos (Diodoro, XX, 84). En los barcos servían elementos autóctonos a los que, sin embargo, se añadían elementos extranjeros. Por otra parte, Rodas alquilaba su marina y sus oficiales navales a los reyes.[39]

Los bárbaros

El mundo bárbaro era la gran reserva de mano de obra militar. La guerra era, pues, uno de los puntos de contacto entre dos mundos a los que el desprecio y el miedo recíprocos hacían hostiles.

Varios pueblos de los Balcanes, entre ellos los tracios, aportaron a los Lágidas soldados a los que encontramos asentados como clerucos en el agro egipcio del siglo III. En vísperas de la batalla de Rafia, en 218, 4000 tracios y galos (posiblemente, procedentes de Tracia) fueron reclutados entre los clerucos y sus descendientes, a los cuales se añadieron 2000 mercenarios reclutados en la misma Tracia (Polibio, V, 65, 10 y 82, 5). A su mando se situó a un oficial de su misma nacionalidad. Combatieron también en los ejércitos macedónicos: las tropas que Perseo condujo en la

última derrota, en Pidna, en 168, incluían todavía tracios (Tito Livio, XLIV, 40 y Plutarco, *Paulo Emilio,* 17), al igual, por otra parte, que el ejército de los romanos (Plutarco, *ibid.,* 14, 7). En 165, formaban parte del cortejo triunfal que Antíoco IV organizó en Dafne (Polibio, XXX, 25). Con frecuencia, los tracios constituían cuerpos de caballería y su dios caballero penetró con ellos en Egipto y también en país seléucida.

Los ilirios se enrolaban sobre todo como contingentes simáquicos, conducidos por sus dinastas, fundamentalmente, al servicio de Macedonia.[40] Los bastarnos, menos civilizados, eran temibles por su alta estatura y por su valor (Polibio, XXV, 5).

También las poblaciones de Lidia, Caria, Misia y Frigia aportaron mercenarios a los ejércitos helenísticos.[41] Algunos indios acompañaban a los elefantes.

Por último, hay que referirse a los galos:[42] los de Tracia, asentados desde el año 278 en el interior de Bizancio, y los que fueron confinados en Capadocia algo más tarde. Memnón de Heraclea ha conservado el tratado de alianza que Nicomedes de Bitinia concluyó con ellos en 277, contra su hermano Zipetes II (Memnón, FGH, III, núm. 434, 11, p. 346. Cf. Schmitt, *Die Staatsverträge des Altertums,* núm. 469, y C. Habicht, *Zipoïtes II,* en Pauly-Wissowa, *Real Enc.,* 1972, cols. 477-458, y bibliografía). Después de la campaña, estos galos asolaron el norte y el centro del Asia Menor, dirigidos por Leonorio y Lutario (Tito Livio, XXXVIII, 16), hasta el momento en que, en 275-274, Antíoco I consiguió vencerles gracias al efecto sorpresa que provocaron sus elefantes (Luciano, *Zeuxis,* 8-11). A propósito de su invasión en Grecia en 278, Diodoro (XXII, 9), Justino (XXIV, 6) y Pausanias (X, 19, 9) describen sus tropas, cuyos efectivos fueron sin duda exagerados por la imaginación aterrorizada de sus contemporáneos. Es una migración total, con mujeres, niños, comerciantes, carros y bagajes. Los galos aparecen unas veces como mercenarios que consiguen la victoria gracias a su valor, o como enemigos a los que hay que masacrar por su ferocidad. Así, Antígono Gonatas hizo que se reconociera su derecho al trono de Macedonia tras infligir una fuerte derrota en Lisimaquia a los galos que amenazaban el norte de Grecia (Justino, XXV, 2, 6-8; Diógenes Laercio, *Vida de Menedemo de Eretria,* II, 142). Ahora bien, muy poco después, gracias a los mercenarios galos conquistó efectivamente su reino a Antípatro el etesio (Polieno, *Estratagemas,* IV, 6, 17). Debido precisamente al miedo que inspiraban, una victoria sobre los galos suponía siempre un éxito excepcional. Así, por ejemplo, la victoria que entre 240 y 230 consiguió Atalo I en las fuentes del Caico y que le permitió obtener el título de rey, después de los triunfos que antes habían alcanzado Antíoco I y Antígono Gonatas (*Inschr. Perg.,* 20-28; 24 = *OGIS,* 276).[43]

A estos bárbaros hay que añadir los de Occidente: los lucanios y otros,[44] poco numerosos en realidad, en los ejércitos helenísticos de Oriente.

No parece que fuera mucho lo que aportaron a la civilización helenística estos hombres, mandados siempre por oficiales que eran de los suyos y que hablaban su propia lengua, provistos de sus armas tradicionales y que atravesaban en todos los sentidos los países griegos. Incluso los griegos y asimilados que asentaron en Egipto los Ptolomeos, así como los «macedonios» de las colonias militares de los Seléucidas, vivieron en círculos completamente cerrados, recreando bien que mal el estilo de su país natal y preservando su lengua. Sin duda, no poseían una cultura lo bastante rica como para promocionarla. Por ello, lo único que pudieron hacer fue conservarla. Fieles, pero replegados sobre sí mismos, no helenizaron lo que encontraban en su torno. Para ellos, el helenismo era un privilegio que se guardaban de compartir.

Pero, entre estos hombres llegados hasta Oriente para servir en los ejércitos de los reyes, los que formaban los cuadros superiores conocieron un destino muy diferente.

1) *Los cuadros superiores*

Entre estos oficiales fueron elegidos, por Alejandro primero y por los diádocos y los reyes después, los gobernadores de lugares y regiones, los sátrapas griegos de los Seléucidas. Estos altos funcionarios aportaron a las cortes de los reyes y a los escalones superiores de la administración muchas costumbres de la ciudad griega: legislación aduanera, organización del aprovisionamiento, urbanismo en la construcción de las ciudades, cultura literaria tradicional de base homérica, costumbres y lengua de la diplomacia, sin olvidar el culto real. Era precisamente en ese ámbito donde reinaba, en todo el mundo real helenístico, una comunidad de formas que era, tal vez, el elemento fundamental de unidad.

Ha sido posible realizar una abundante prosopografía de esos estrategos y epimeletes:[45] sus funciones, cuyo detalle varía según los lugares, fue perdiendo progresivamente el carácter militar en beneficio de la vocación civil. En Egipto, en el siglo II, los estrategos de los nomos sólo desempeñaban funciones judiciales, salvo aquellos que estaban encargados de la vigilancia de las pistas del desierto oriental. Siempre en Egipto, algunos de esos oficiales unían a cargos en la corte y, especialmente, a los sacerdocios epónimos, los cargos de gobernador y navarco de Chipre.[46] Podemos seguir la genealogía de algunas familias de dignatarios cuyas hijas también fueron nombradas sacerdotisas. Imaginamos, pues, que la alta sociedad de

Alejandría estaba formada, en sus orígenes, por oficiales macedonios o mercenarios. El caso del filólogo Aristófanes de Bizancio, bibliotecario de Alejandría e hijo del jefe de mercenarios Apeles de Bizancio,[47] no debe ser un caso aislado. Embajadores e historiógrafos procedían a menudo de familias que acumulaban los altos cargos. Este alto personal, surgido de la carrera militar, sólo excepcionalmente contaba con elementos indígenas en sus filas. Sin embargo, en Egipto conocemos estrategos egipcios[48] y la nobleza de las satrapías de la alta Asia se introdujo, a través de una política de matrimonios, en el mundo de los oficiales griegos, para dar a esas provincias gobernadores, que a no tardar se convertirían en usurpadores.

Añadamos, por último, que en los períodos de guerra los reyes, intentaban, a veces, hacerse con gobernadores de su enemigo, a los que compraban a precio de oro. No era raro que se pidiera a un oficial competente que se pasara de bando. Ése fue el caso de Teodoto el etolio, que abandonó las filas de Ptolomeo IV para integrarse en el bando de Antíoco III en vísperas de la cuarta guerra siria (Polibio, V, 40).

En Rodas, el alto personal de la marina de guerra tenía una gran tradición, tanto desde el punto de vista técnico como político. Los almirantes rodios, muchos de los cuales fueron enterrados en Lindos, donde se han encontrado sus epitafios, constituían una aristocracia del mar, a la que se confiaban misiones políticas, no sólo por parte de su ciudad, sino también por los Ptolomeos, para que actuaran como policía del Egeo contra los piratas.[49] También desempeñaban misiones de embajadores y tenían una gran tradición en el arte de la guerra.[50]

2) *LA TÉCNICA DE COMBATE*[51]

a) *Batallas campales*

El grueso de los ejércitos helenísticos estaba formado por la infantería. Los caballeros suponían apenas el 10% de los efectivos. Los infantes estaban equipados de formas diversas según su origen, pero a veces se aplicaban nombres gentilicios que no indicaban realmente el origen. Éste es el caso de los «tarentinos», que no eran gentes de Tarento sino aquellos que llevaban un tipo determinado de armamento.[52]

La falange

El elemento característico, la unidad de combate por excelencia de los macedonios, era la falange. Polibio (XVIII, 29-32) nos ha dejado una descripción técnica de esta formación:

«El hombre, con sus armas, ocupa un espacio de tres pies en posición de combate y la longitud de las lanzas (las sarisas) que en un principio era de 16 codos, hoy es de 14 [...] lo que deja una distancia de 10 codos por delante de cada hoplita, cuando carga sujetando la lanza con las dos manos».

Así, el combatiente de la primera fila quedaba protegido al sobresalir las sarisas de la segunda, tercera, cuarta y quinta filas. El conjunto de la falange constaba de 16 filas de profundidad. Las cinco primeras filas atacaban con la sarisa en posición horizontal. Los combatientes de las filas 6 a la 16 no tomaban parte activa y personal en el ataque, sino que levantaban su sarisa por encima del hombro de los que les precedían para protegerles del enemigo; además, el peso de su empuje impulsaba hacia adelante a las primeras filas.

Esta fuerza hubiera sido irresistible, a no ser por su falta de maniobrabilidad: «la falange requiere un terreno llano y sin obstáculos», lo que en Grecia, donde se enfrentó a los romanos, es raro en una distancia de más de 20 estadios (alrededor de 3,6 km), observa Polibio (XVIII, 31). La falange, inigualable en el ataque frontal, carecía de la maniobrabilidad necesaria para volverse sobre sí misma (XVIII, 26) para hacer frente a una maniobra envolvente. Además, el soldado de la falange, cuando quedaba aislado del grupo, se veía incapacitado para actuar solo o defenderse (cf. Plutarco, *Flaminino,* 8 y Tito Livio, XXXIII, 8, respecto a la batalla de Cinoscéfalos).

Por el contrario, el infante romano, protegido por su largo escudo, se situaba individualmenrte para hacer frente a los ataques, vinieran de donde vinieran, por medio de la espada. Esta movilidad significó la superioridad de los romanos en el accidentado terreno de Grecia. La falange, demasiado especializada en el ataque frontal, tenía que sucumbir en los ataques que griegos y macedonios libraron con los romanos en el siglo II. Así pues, junto al agotamiento económico que hemos señalado, la esclerosis del armamento explica, como supo comprenderlo Polibio (XVIII, 30 y 32) las repetidas derrotas de los griegos.

Las otras formaciones

Es cierto que los ejércitos disponían de elementos de mayor movilidad. Los mercenarios eran situados delante de las falanges para realizar las primeras escaramuzas. La caballería llevaba a cabo misiones de reconocimiento y de hostigamiento por los flancos. Los mercenarios cretenses o bárbaros, de armamento heterogéneo, eran claramente visibles cuando no iban equipados a la macedonia. Tenían sus propios oficiales, que durante

la acción daban las órdenes en su lengua y a los cuales una serie de intérpretes les transmitían las consignas generales (Polibio, V, 83).

Los elefantes

Los *elefantes* eran el único elemento oriental, elemento que caracteriza, además, a la época helenística. Conducidos por indios, protegidos por una coraza y provistos de una plataforma sobre la que se situaban los tiradores, arremetían y pisoteaban. Pero, aparte de que resultaba difícil obtenerlos –los Ptolomeos se los hacían traer de África[53] y los Seléucidas los obtenían en la India y los domesticaban en Apamea del Oronte[54]–, resultaba difícil maniobrar con ellos. En efecto, se encabritaban fácilmente y pronto se encontró el sistema para hacer que cayeran en trampas (Diodoro, XVIII, 70-71, respecto al sitio de Megalópolis por Poliperconte en 318).

Los relatos de batallas

Los relatos de batallas campales constituyen una de las formas de literatura técnica más firmemente esbozadas en Diodoro (libros XVIII y XIX), en Polibio, en Tito Livio y, asimismo en las *Vidas* de Plutarco, que se inspiran en Polibio. Por otra parte, este último realizó una especie de metodología de los relatos de batallas (por ejemplo, V, 21 y XVI, 14-20, sobre los errores de Zenón de Rodas). Polibio tiende a ser muy preciso con respecto a los lugares, con el fin de mostrar *cómo* el desenlace *debía* ser el que había sido.

Al igual que las batallas de Alejandro, las de los diádocos y los reyes helenísticos debieron ser relatadas primero en los diarios de los historiógrafos de los reyes y en los de los oficiales superiores (por ejemplo, Polibio, XVI, 9). En efecto, es en los reyes o en los generales romanos en los que se concentra la atención del narrador, que cuenta sus planes estratégicos, sus hipótesis sobre las maniobras del enemigo, su elección del lugar para el enfrentamiento, su participación personal en el combate, las arengas que pronuncian antes del ataque, su heroísmo y su muerte. Por supuesto, se enumeran también los efectivos y se detalla la disposición de las tropas y sus movimientos. La batalla se describe con un cálculo racional de probabilidades. Técnica de la elección y de la decisión en situaciones dominadas por el azar, sobre todo en este sentido interesa a los historiadores, tanto a Polibio, como antes a Tucídides o, más tarde, a Tito Livio.

Como en todas las batallas campales, la táctica de envolvimiento de los

flancos, de ataque por el centro, donde se oponían falange contra falange, constituían lo esencial de la estrategia, que se completaba con la persecución del enemigo en retirada y con la captura y el saqueo de la impedimenta. Hay que citar también las informaciones que proporcionaban los espías y los tránsfugas.

Los relatos de las batallas del largo enfrentamiento entre Antígono y Eumenes de Cardia en las llanuras de Asia son textos en los que Diodoro exalta la bravura (XIX, 26; XIX, 37-44, por ejemplo). Polibio se interesó particularmente en algunas grandes batallas: Selasia, en 222 (II, 63-71), Rafia, en 217 (V, 82 ss.). Por precisa que pretenda ser, su descripción deja a veces indeciso al lector sobre los lugares que describe.

Polibio afirma (XXXV, 1) que, en general, bastaba con una sola batalla para decidir el resultado de una guerra. No es difícil explicar este hecho: las grandes batallas helenísticas, con enfrentamiento en terreno llano, oponían efectivos mucho más numerosos que en la época clásica, pero la disparidad étnica, los mercenarios, a quienes el resultado del combate sólo interesaba a efectos del pillaje, la concentración de toda la fuerza del rey en un solo punto, hacía que el riesgo del combate fuera irreversible y total, tanto más cuanto que la derrota privaba al rey de la confianza y los servicios de los hombres que había reclutado. Pero en Grecia, el relieve exigía una forma más científica de combatir.

La táctica de la batalla en terreno llano no era nueva: en Leuctra, Mantinea o Queronea o en las grandes batallas que libró Alejandro, siempre se ponían en práctica las mismas maniobras de envolvimiento anteriores al choque de las fuerzas centrales. Esta técnica, incluidas las arengas, subsistiría hasta Napoleón, con el mismo efecto delirante de la victoria que hacía caer en manos del vencedor ingentes territorios y un enorme botín, mientras que hundía al vencido en una catástrofe total.

El ejército en retirada se protegía dejando tras de sí la «tierra quemada». Al igual que los escitas cuando Darío les atacó en 512 (Heródoto, IV, 120), Filipo V, al abandonar el Epiro, donde había sido vencido por Flaminino, destruyó cuanto encontró a su paso en Tesalia, donde el general romano le persigió (Plutarco, *Flaminino,* 5).

b) *Los asedios*[55]

En los países donde la vida se organizaba en torno a las ciudades, caso de Siria y Grecia, o en las regiones montañosas, la operación fundamental era el asedio.

En principio, todas las ciudades estaban fortificadas (es notable la

excepción de Esparta) y defendidas por los ciudadanos, ayudados en ocasiones por mercenarios y aliados.

Las murallas

Los muros contaban con torres (véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 346; 961; y el índice «Pirgos») unidas por caminos de ronda. También la puerta estaba flanqueada por altas torres. Las fortificaciones de Mesenia, bien conservadas, dan una idea de lo que eran las murallas a fines del siglo IV, pudiéndose aplicar esta imagen a la época helenística.

Muchas ciudades se veían abrumadas por los gastos que exigía el mantenimiento de las murallas, pues no sólo había que repararlas, sino que debían ser reforzadas y elevadas, con un gran costo, debido al perfeccionamiento de las máquinas de asalto y a la mayor altura de las torres rodantes. En este aspecto, junto con los historiadores habituales, entran en escena las inscripciones: listas de contribuciones más o menos voluntarias y decretos de reconocimiento a los mecenas.

En efecto, para financiar estas obras, las ciudades proponían el cobro de contribuciones extraordinarias que también satisfacían los extranjeros domiciliados. Atenas recurrió a este sistema en 306-305 (*Syll.*, 3.ª ed., 346).[56] No obstante, poco a poco la carga fue haciéndose demasiado pesada. Según Tito Livio (XXXI, 26, 8), que relata el ataque de Filipo V contra Atenas en el año 200, los largos muros fueron casi destruidos,[57] aunque en 229 un mecenas los hizo reparar, al tiempo que fortificaba los puertos del Pireo (*Syll.*, 3.ª ed., 497). Igualmente, hacia 252, las murallas de Salamina fueron destruidas (*Syll.*, 3.ª ed., 454) y el estratego enviado por Antígono para ejercer el mando de El Pireo y las zonas próximas las hizo reparar.

El recurso al mecenazgo era frecuente: en Cos, en el curso de la guerra que Filipo V libró contra cretenses y rodios entre 204 y 201, un mecenas fue elogiado por haber hecho construir un muro y reparar el ya existente (*Syll.*, 3.ª ed., 569, 11. 14-15).[58]

Todavía a fines del siglo V d. de J.C., un mecenas hizo reparar el muro de Megara, y así entramos en la Edad Media, sin que los procedimientos y los problemas hubieran variado (*Syll.*, 3.ª ed., 909).

En ocasiones, las ciudades recurrían también a los préstamos para efectuar la reparación de sus murallas. Un ejemplo, en este sentido, lo constituye Oropos, en el siglo III (*Syll.*, 3.ª ed., 544). Se invitaba tanto a los ciudadanos como a los extranjeros a conceder préstamos que les valdrían los honores de la proxenia o la isotelia. Un magistrado especial, el polemarca o incluso el estratego, se encargaba de la construcción de las

murallas y de las operaciones financieras necesarias (véase por ejemplo, «Teichopoios» en el índice de *Syll.*, 3.ª ed.).

Cuando las ciudades estaban en alianza con el rey, a menudo los pactos les obligaban a organizar su defensa en beneficio de aquél. El comisario real instalado en ellas tenía como misión la de velar por la restauración de las murallas (*Syll.*, 3.ª ed., 454). La alianza con otras ciudades o con las ligas creaba las mismas obligaciones. Tales fueron los compromisos que tomó a finales del siglo III Oropos, con respecto a los beocios (*Syll.*, 3.ª ed., 544).

Las murallas debían ser custodiadas (véase, por ejemplo, en Atenas, en 302-301, *Syll.*, 3.ª ed., 345). En efecto, cuando todo el mundo se hallaba en los campos o en alguna fiesta de las proximidades, la muralla desguarnecida invitaba a que se ralizaran golpes de mano por parte del enemigo, que, en mayor o menor medida, era siempre el vecino (véase, por ejemplo, Frontino, *Estratagemas,* III, 2, 8).[59] Con respecto a Cos, se conserva la lista alfabética de los hombres asignados al turno de guardia. La inscripción que conserva esta lista (*Syll.*, 3.ª ed., 569, de 204-201) describe con todo detalle la organización de la defensa de una ciudad. En Atenas, la ley exigía a los ciudadanos que participaran en ejercicios militares (*IG,* editio minor, II, 672, l. 22, en 279-278; *Syll.*, 3.ª ed., 345, en 302-301; 485, después de 236-235).

En la zona rural dependiente de la ciudad, una serie de pequeños puestos fortificados defendían los pasos por donde podía penetrar el enemigo. Así, todos los pasos que conducían a Argos estaban fortificados (Polibio, II, 64). Estos puestos debían estar permanentemente custodiados. Los estrategos que los vigilaban se hacían acreedores a elogios; por lo demás, en Atenas la ley les obligaba a realizar esa tarea (véase, por ejemplo, la custodia de los fortines exteriores de Atenas, en 236-235, en *Syll.*, 3.ª ed., 485).

La táctica de la guerra en los países en los que las ciudades eran numerosas, era diferente de la que se aplicaba en las batallas en terreno llano. En este caso, el sistema utilizado consistía en pillajes y asedios. Existían dos procedimientos para reducir a los defensores: el hambre y el asalto. Aquel que pretendía ocupar una ciudad, o simplemente dominarla, comenzaba por saquear el campo circundante (Polibio, II, 64). Por ejemplo, en 217, Filipo V, vencedor de los etolios, llegó ante Esparta, que no esperaba su presencia. Saqueó Laconia hasta Gitio y destruyó las cosechas (Polibio, V, 18-19), lo que provocó el terror de los espartanos. Aparte del impacto psicológico (Polibio, II, 64), la tierra así «quemada» provocaba el hambre de los sitiados. Hacia 229, esta táctica, practicada por los etolios, aqueos y macedonios en la campiña próxima a la Atenas sitiada, redujo la tierra a barbecho y, debido a la escasez, fue necesario que

un mecenas proporcionara lo necesario para reiniciar la agricultura (*Syll.*, 3.ª ed., 497). En 200, Filipo V, por su parte, saqueó sistemáticamente la campiña de Atenas, efectuando el pillaje de los templos y destruyendo estatuas y tumbas (Tito Livio, XXXI, 26, 8-13).

En ocasiones, como hicieron los atenienses en 480 por consejo de Temístocles, se abandonaba una ciudad difícil de defender, para refugiarse en algún lugar inaccesible. Eso fue lo que hicieron en 322 los etolios, contra los cuales luchaban Antípatro y Cratero. Cargados con sus familias y sus tesoros, se retiraron a las fortalezas de las montañas donde, sin embargo, llegado el invierno, hubieran muerto de hambre, afirma Diodoro (Diodoro, XVIII, 24), si no les hubiera salvado una maniobra de diversión.

Uno de los principios del arte del asedio era la rapidez de la operación, que tomaba al asediado desprevenido e impedía que los campesinos de los alrededores se refugiaran en el interior de los muros con su ganado y sus cosechas. Filipo V supo bien cómo conseguir ese efecto sorpresa, con operaciones relámpago.

Contrafortificación

Durante el invierno –pues sólo se combatía en la estación de buen tiempo– se construían las máquinas de asedio, se ejercitaba y se equipaba a los hombres. En 218, Filipo V preparó el asedio de Tebas de Ptiótida, ciudad próxima a Larisa que servía de base a los piratas etolios. Polibio (V, 99-100) describe este asedio clásico. Filipo, provisto de 150 catapultas y de 25 balistas, situó a sus tropas en tres altozanos que dominaban la ciudad y conectó estos tres puntos por medio de una trinchera y de una doble empalizada provista de torres. Era la técnica de la contrafortificación de asedio que los romanos practicaron, por ejemplo, en Masada, en Palestina, en 72-73 d. de J.C. (Flavio Josefo, *Guerra Judía,* VII, 304-306), o los turcos en Rumeli Hissar para el asedio de Constantinopla, en 1453.

La zapa

Filipo utilizaba sus máquinas y, una vez que el bombardeo debilitaba la resistencia de los sitiados, hacía que día y noche se desarrollara una labor de zapa. El objetivo era instalar, bajo la muralla, estacas de madera, a las que luego se prendía fuego para que el muro se derrumbara. Pero si cedían las estacas, la muralla caía antes del incendio y los sitiados se rendían. El trabajo bajo tierra tenía finalidades diversas. A menudo, la

ciudadela comunicaba con el campo por medio de un paso subterráneo que el sitiador cerraba para impedir que los habitantes fueran a buscar agua. En Amman, Antíoco III consiguió de esta forma que los sitiados, que morían de sed, capitularan (Polibio, V, 71, 9-10).

Pero, a menudo, los sitiados respondían a la zapa por medio de una contrazapa que les permitiera encontrar al enemigo bajo tierra y enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Tal fue lo que ocurrió en Abidos del Helesponto cuando la sitió Filipo V (Polibio, XVI, 31, 8). Después de la caída de su muro exterior, por efecto de la zapa de Filipo, los sitiados se apresuraron a construir un segundo muro, lo que se intentaba en efecto, en los casos de resistencia desesperada.[60]

No es necesario decir que los sitiados intentaban también salir al amparo de la noche (Eneas el Táctico, *Poliorcética,* cap. XXIII).

Para el historiador, el relato de los asedios era frecuentemente ocasión propicia para describir el pánico o el valor desesperado de los sitiados, que preferían matar a sus mujeres y sus niños antes de verles caer en manos del enemigo: tal era en Abidos el plan que, finalmente, no se llevó a la práctica (Polibio XVI, 31). Eneas el Táctico dedica un capítulo (XXVII), en su *Poliorcética,* a la situación de pánico.

La táctica utilizada para el asedio apenas varió hasta la invención de las armas de fuego. El triple muro de Buhen, en la segunda catarata del Nilo, fue construido hacia el año 2000 a. de J. C., tal como serían construidos posteriormente los muros de cualquier ciudad medieval. En cuanto a los combates en las zapas, una huella patética lo constituyen los cadáveres entremezclados de asaltantes y defensores que han aparecido bajo el muro de Dura Europos, en el Éufrates, conquistada por los persas sasánidas en el año 258 d. de J.C.

Los tránsfugas

Otro aspecto importante de la guerra de asedio era el papel que desempeñaban los tránsfugas. Ya en el siglo IV, Eneas el Táctico hace una advertencia sobre la presencia de partidarios del enemigo en una plaza sitiada. Era para él una auténtica obsesión (*Poliorcética,* caps. X-XII, XIV, XXIV, etc.). Así, en el asedio de Seleucia de Pieria, en 218, Antíoco III consiguió la colaboración de una serie de cómplices (Polibio, V, 60), como lo haría poco después en el sitio de Amman (Polibio, V, 71). Al margen de esto, hay que citar también las traiciones de oficiales superiores que entregaban a todo un país, como lo hizo Teodoto el etolio en 218, al pasar de las filas de Ptolomeo IV, que le había confiado Siria, a las de Antíoco III (Polibio, V, 61, 3-4), o bien un general al servicio de los Ptolomeos, que

vendió Cauno a Rodas (Polibio, XXX, 31). Como caso inverso podemos citar el de Filipo V, que fracasó en su intento de apoderarse de Palea, plaza etolia, porque uno de sus oficiales estaba en connivencia con los sitiados (Polibio, V, 4).

Eran especialmente las puertas de la ciudad las que estaban expuestas a la intervención de los traidores: Eneas el Táctico explica la forma de hacer saltar los cerrojos (caps. XVIII a XX). He aquí la razón por la que la custodia de las puertas era un deber muy estricto para el magistrado responsable de las llaves.[61] A veces se emborrachaba a los guardias, y luego se les daba muerte mientras dormían, totalmente borrachos. Así fue cómo los etolios consiguieron tomar Egira (Polibio, IV, 57).

De cualquier forma, aun cuando se entrase por sorpresa en una ciudad, no era conveniente, dice Polibio (IV, 57) creerse vencedor demasiado pronto y comenzar el pillaje sin prevenir la posible reacción de los habitantes, tal como ocurrió, precisamente, en Egira (Polibio, IV, 58).

Naturalmente, los traidores aparecían cuando se producían disensiones en la ciudad. Desde luego, había traidores comprados, pero el que recurría a sus servicios desconfiaba de ellos. Flaminino hizo encadenar a los pastores que le servían de guías para acortar el camino en la montaña (Plutarco, *Flaminino,* 4). Los sitiados temían también que hubiera traidores entre sus esclavos y, a veces, los liberaban para tratar de conciliárselos.

El incremento del poder y la eficacia de las máquinas[62] caracteriza algunos grandes asedios de la época helenística. Dos figuras destacan a este respecto, las de Demetrio Poliorcetes y Arquímedes, en el sitio de Rodas del año 305-304 (Diodoro, XX, 82-88 y 91-100) y en el de Siracusa por Marcelo en 212 (Polibio, VIII, 3-7; Plutarco, *Marcelo,* 14-19 y Tito Livio, XXIV, 34), respectivamente.

A las descripciones de las máquinas —a veces demasiado vagas— de los historiadores, hay que añadir las de los ingenieros Ateneo Bitón, Filón de Bizancio y, más tarde, Herón de Alejandría, autores de *Mechanica* y *Belopoica.*[63]

Los límites del gigantismo: el asedio de Rodas según Diodoro (XX, 82-88; 91-100)

Cuando Rodas se negó a aliarse con Antígono el Tuerto contra Ptolomeo I, aquél la hizo sitiar por su hijo Demetrio. Los rodios construyeron máquinas arrojadizas. Por su parte. Demetrio dispuso tortugas para proteger a los asaltantes de las piedras que lanzaban los rodios contra ellos. Hizo fabricar torres rodantes más elevadas que las murallas para bombardear la ciudad. Como una parte de la muralla discurría a lo largo del

puerto, montó las torres sobre una serie de barcos, pero la tempestad los sacudió y el incendio que provocaron los sitiados las destruyó.

Demetrio reanudó el asedio por tierra al año siguiente (304) e hizo entonces que un ingeniero ateniense (Vitruvio, X, 16, 4) construyera su famosa máquina de asedio *helepole,* «más grande –dice Diodoro, XX, 91– que todas cuantas habían sido construidas hasta entonces».[64] Era una torre de base cuadrada que, según Diodoro, tenía 25 m de lado y 50 de altura, pero estas medidas, dadas en codos, deben corresponder a pies, sin duda.[65]. En efecto, una torre de 50 m habría rebasado con mucho la altura de las murallas. La torre estaba montada sobre ocho ruedas pivotantes; tenía nueve pisos y tres de sus lados estaban blindados con hierro, lo que la protegía del fuego. El lado que daba al enemigo estaba provisto de una serie de agujeros por donde se lanzaban los proyectiles. En el sitio de Salamina, en 306, la helepole de Demetrio lanzaba piedras de 3 talentos, es decir, de casi 80 kg de peso (Diodoro, XX, 48). En el interior de la torre existían unas escaleras para asegurar el aprovisionamiento de municiones de piso en piso. Cada piso disponía de un depósito de agua. Para el paso de la torre fue necesario nivelar el suelo, y 30 000 obreros habían trabajado en esa gigantesca construcción.

Los rodios reforzaron sus murallas y luego hicieron zarpar a sus barcos para cortar las comunicaciones de Demetrio por mar (XX, 93) y proteger los transportes aliados que les llevaban víveres y municiones. Sin duda, fue eso lo que les permitió resistir.

Demetrio inició entonces los tradicionales trabajos de zapa y creyó poder beneficiarse de la ayuda de un jefe de mercenarios al servicio de los rodios, personaje que, en realidad, era un agente doble y espiaba para los sitiados. El ataque contra las murallas no dio frutos positivos y los rodios consiguieron incendiar la helepole lanzando contra ella proyectiles inflamados.

Finalmente, una serie de mediadores, especiamente Ptolomeo I, aconsejaron a los beligerantes que firmaran la paz. Ésta se concluyó después de un año de asedio (XX, 99) y Ptolomeo fue honrado en Rodas con los honores del salvador.

Vemos que el gigantismo había provocado que las máquinas fueran vulnerables, antes que eficaces.

La economía de energía: el asedio de Siracusa

También en Siracusa en el año 212, el ingeniero Arquímedes trató de alcanzar un poder colosal, pero entendió conseguirlo mediante un gasto de energía insignificante. Los millares de hombres necesarios para despla-

zar la helepole y para situar en ella grandes piedras fueron sustituidos, en su caso, por el simple movimiento de un dedo —sin duda, la afirmación es un tanto exagerada— que le permitía levantar un barco (Plutarco, *Marcelo,* 14). Etapa fundamental de la técnica, la utilización calculada de las poleas habría cambiado por completo —como en nuestros días la situación del hombre con respecto a la energía— si hubiera conocido otras aplicaciones. La máquina que Arquímedes ideó para defender Siracusa de los ataques por mar era un garfio formado por poleas combinadas, que levantó los barcos de Marcelo como si se tratara de una simple operación de pesca, para dejarlos caer descoyuntados y sin su tripulación (Polibio, VIII, 6; Plutarco, *Marcelo,* 15). Había construido también una balista, cuyos proyectiles, que pesaban unos 350 kg, destrozaron el sambuco, una escala elevada dotada de protecciones que Marcelo había montado sobre una plataforma de ocho galeras y que intentaba situar junto a las murallas que bordeaban el puerto (Plutarco, *ibid*). ¿Pero hemos de creer todo esto?

La economía de energía inventada por Arquímedes es el hecho más novedoso de la poliorcética helenística. Pero Plutarco, atribuyendo a Arquímedes un desprecio platónico por sus propios inventos técnicos, nos permite comprender cuáles fueron los prejuicios sociales contra la mecánica que hicieron que estos inventos no tuvieran futuro.

c) *Las expediciones lejanas*

Hubo, finalmente, expediciones a lejanas tierras, cabalgadas relámpago del estilo de las de Alejandro: Pirro en Italia, Antígono el Tuerto en su duelo con Eumenes de Cardia, Ptolomeo Evergetes I, quien, en el curso de la tercera guerra siria alcanzó el Eufrates, atravesó Media y no se detuvo —¿es esto realmente cierto?— hasta llegar a Bactriana; Antíoco III, que llegó «hasta la India» y, en Occidente, la expedición de Aníbal.

Guerras sin futuro, salvo la eliminación de Eumenes por Antígono, estas cabalgadas originaban gloriosos partes de victoria. En una estela encontrada en Adulis se glorifica a Ptolomeo Evergetes I por la amplitud de sus conquistas, el número de enemigos a los que dio muerte, la cantidad de objetos preciosos que rescató para los templos egipcios, de donde mucho tiempo atrás habían sido robados, y por el enorme botín que consiguió (*OGIS,* 54).[66] Pero sabemos por san Jerónimo (*in Dan.,* XI, 6, 7) que esta marcha triunfal fue seguida de un rápido regreso a causa de las agitaciones producidas en Egipto. Los conquistadores, demasiado alejados de sus bases de partida, perdían su autoridad y se dejaban atacar en las partes vitales de su imperio. Tal fue el caso de Seleuco I, cuya partida hacia la India incitó a Demetrio Poliorcetes a saquear Babilonia, indefensa

(Plutarco, *Demetrio,* 7). El peligro del segundo frente y la lentitud de las comunicaciones fue la debilidad constante de los Seléucidas.

3) *LOS MOTIVOS DE LA GUERRA: PRETEXTO Y CAUSA*

Para justificar sus empresas, los beligerantes invocaban motivos, que, como bien ha visto Polibio,[67] no eran siempre las causas profundas de la guerra. En efecto, el historiador se pregunta (XX, 18) sobre las causas de la guerra en la que se enfrentaron Perseo y los romanos y que desembocó, en 168, en la liquidación de Macedonia. ¿Es, como pretenden ciertos autores —afirma—

«la expulsión de Abrúpolis, jefe de un pueblo tracio, del territorio donde ejercía su soberanía, so pretexto de que tras la muerte de Filipo [V] se había apoderado de las minas del Pangeo? Perseo acudió en socorro de esa región, persiguió a Abrúpolis e incluso le expulsó de su propio territorio. Otra causa que se alega: la invasión de Perseo en Dolopia y su penetración en Delfos. Y, por último, la conspiración formada en Delfos contra el rey Eumenes y el asesinato de los embajadores de Beocia» (XXII, 18).

Hay que distinguir la causa determinante de la ocasión y del punto de partida, prosigue Polibio, y todo cuanto acabamos de leer no era sino ocasión y punto de partida, pues la guerra que iba a iniciarse entre Perseo y Roma era, en realidad, la consecuencia de lo que había decidido Filipo V. Las ocasiones que acabamos de ver invocadas son banales: reivindicación de territorios y humillaciones que había que vengar.

En las ciudades bastaba con un orador capaz de tocar el orgullo de la asamblea para acabar con cualquier cálculo. Plutarco (*Demóstenes,* 18) describe así el efecto de un discurso de Demóstenes sobre los tebanos:

«Pero la elocuencia del orador, encendiendo sus ánimos, como dice Teopompo, y acalorando su ambición, hizo sombra a todos los demás objetos de manera que les quitó delante de los ojos el miedo, su interés y su gratitud, entusiasmados con el discurso de Demóstenes por sólo lo honesto».

a) *Motivos económicos*

Sin duda, en la primera mitad del siglo XX, se han destacado excesivamente las causas económicas de las guerras: la madera de Macedonia y del Líbano para la construcción de flotas, la riqueza triguera de Egipto o Sicilia, o los caballos de Media, codiciados por aquellos que no podían

obtenerlos fácilmente, sin contar las razzias que se efectuaban para la captura de esclavos. Causas que, desde luego, son auténticas.

Indudablemente, Polibio era consciente de la existencia de una serie de causas económicas, pero él no las sitúa en el primer plano de su explicación, que da mayor importancia a la personalidad de quienes tomaban las decisiones. Así, si la economía ocupa un segundo plano en los motivos apuntados por Polibio, tal vez se debe a que también lo estaba en las deliberaciones de las asambleas y los consejos de los reyes, a los que hace referencia el historiador.

He aquí, no obstante, una guerra con un motivo económico confesado: la que Rodas declaró a Bizancio en 220, cuando esta última impuso un peaje a todos los barcos que cruzaron el Bósforo, a fin de recaudar el tributo que debía pagar a los galos (Polibio, IV, 47). Prusias I se unió a Rodas.

Fue también la actividad comercial la que Rodas invocó en 165-164 para pedir a Roma que olvidara sus rencores. Rodas sólo podía sentirse libre si obtenía de su puerto los ingresos suficientes. Pero Roma había hecho de Delos un puerto franco, lo cual tuvo como consecuencia que los ingresos portuarios de Rodas descendieran de un millón de dracmas anuales a 150 000, según comunicó al Senado de Roma su embajador Astímedes (Polibio, XXX, 31).

En general, las consideraciones económicas que tenían en mente los beligerantes, se referían menos al comercio que al pillaje y a la conquista de ciudades y territorios de los que podían obtenerse tributos que habrían de servir para mantener los ejércitos. Ya Tucídides (VI, 24, 3) afirma, en vísperas de la expedición de Sicilia:

> «La gran masa de los soldados pensaba que se obtendría dinero de forma inmediata y que, además, la ciudad pasaría a dominar a una potencia de la que obtendría un tributo a perpetuidad».

Por su parte, Rodas se quejó ante Roma, en 165-164, a través de Astímedes, de haber sido desposeída de Licia y de Caria y hacía, así, el balance de la guerra:

> «Después de tantos esfuerzos para hacerse con esas provincias, pues Rodas había tenido que hacer tres guerras para ello, se veía privada de los considerables ingresos que le reportaban» (Polibio, XXX, 31).

La guerra era, pues, una inversión que debía resultar productiva. Asimismo.

> «Después de la destrucción de Tebas, Alejandro distribuyó entre los beocios de

las proximidades el territorio perteneciente a la ciudad. Éstos ocuparon las propiedades de los desgraciados y obtenían grandes ingresos de ellos. Por eso, conscientes de que si los atenienses resultaban vencedores [en la guerra lamiaca] entregarían a los tebanos sus hogares y su territorio, abrazaron el partido de Macedonia» (Diodoro, XVIII, 11).

A una escala menor, la mera idea de conseguir ganado o hombres que luego pudieran venderse como esclavos era con frecuencia, causa de que se produjeran guerras entre las ciudades. Polibio, a quien le desagradaban los etolios, les atribuye estos móviles en su guerra contra Mesenia de 222-221.

«Estaban cansados de una paz tan larga y les importunaba tener que utilizar sus propios bienes, ya que estaban habituados a vivir a expensas de sus vecinos» (Polibio, IV, 3).

A esta causa profunda *(aitia)* hay que añadir la causa inmediata: los odios personales, las razzias para conseguir ganado, el ataque contra granjas aisladas de los mesenios y la humillación que un etolio había sufrido en Mesenia.

¿Hay que dudar de esta causa profunda y de estos pretextos? Creemos que no, pues la Liga etolia, la Liga aquea y Macedonia luchaban entre sí en la disputa de los escasos recursos de Grecia y habían acumulado hondos resentimientos y tantas codicias que el más leve pretexto podía servir para encender la guerra.

Pero a escala de los reinos se han invocado muchas veces los posibles móviles económicos de las conquistas de los Lágidas fuera de Egipto. U. Wilcken («Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft», en *Schmollers Jahrbuch,* 45, 1921, pp. 349-420) ha calificado de *mercantilista* la economía de los Lágidas, es decir, el intento de desarrollar las exportaciones para asegurarse unos ingresos más considerables. Esta intención se ve atestiguada en el *P. Cairo-Zenón,* 59021, como veremos en el capítulo dedicado a la economía. En la misma perspectiva, podía ocurrir que se hiciera una guerra para asegurarse clientes o territorios productores de materias primas, que se exigían como tributo y que luego se vendían en beneficio propio, política similar a la del colonialismo de los siglos XVIII al XX.

La ausencia de fuentes nos impide constatar si los Lágidas practicaron esta política de forma sistemática y, en consecuencia, dirigieron a ese fin sus intervenciones en el escenario egeo. A lo sumo, vemos en su imperio un solo caso de coacción económica (véase E. Will, *Hist. pol. du monde hellén.,* I, pp. 160-170): Samotracia agradece a un estratego-comisario real de Ptolomeo III la autorización a importar trigo exento de impuestos del

Quersoneso y de otros lugares (*Syll.*, 3.ª ed., 502). Esta autorización implica la existencia de una prohibición anterior. Así pues, la conquista de Samotracia había procurado un cliente al rey por medio de la coacción. Una relación del mismo tipo se estableció entre Antígono el Tuerto y Teos-Lebedos (*Syll.*, 3.ª ed., 344). Ahora bien, la diversidad de la relación de los reyes con las ciudades y los territorios de ellos dependientes, nos obliga a evitar la afirmación de que esa política se aplicó de forma generalizada.

b) *Engrandecimiento del territorio*

Todas las guerras de los diádocos tuvieron como objetivo no sólo la herencia de todo el territorio gobernado por Alejandro sino también la posesión de los tesoros de Asia, «que habrían servido para garantizar a perpetuidad la soldada de los mercenarios» (Diodoro, XVIII, 50). Siria suscitaba, entre los Ptolomeos y los Seléucidas, la codicia que provoca un territorio rico del que se obtienen importantes tributos. Plutarco se refiere frecuentemente a esa necesidad de obtener siempre más, en la conversación que reproduce entre Pirro y el filósofo Cineas (*Pirro*, 14). Todo esto es también de orden «económico».

Como en tiempo de los diádocos, cuando Filipo V, la Liga etolia y los romanos se disputaban la hegemonía de Grecia, las reflexiones de Polibio ponen de manifiesto que, por ambos bandos, se comprendía que lo que estaba en juego era un imperio de dimensiones mundiales, a no ser que el discurso de Agelao de Naupacto exprese simplemente las ideas de Polibio (V, 104). El delegado de los etolios afirma que, si los griegos llegaran a unirse y si Filipo eligiera bien el momento para atacar a los romanos, apoyado por todos los griegos, tendría la posibilidad de acceder al dominio del mundo.

c) *Razones estratégicas*

La conquista de un territorio podía responder, también, a razones estratégicas. Así, tanto para los Ptolomeos como para los Seléucidas, Siria era un bastión que protegía su territorio principal. Egipto se defendía en el Orontes y Siria en Gaza. Al mismo tiempo, Siria era para unos y otros un excelente punto de partida para realizar una invasión más profunda en territorio enemigo. Fue este designio más ambicioso el que impulsó a Evergetes I en 246 y a Antíoco III en 218, a invadir Siria. De igual forma, Corinto era el cerrojo del Peloponeso. De ahí la insistencia de los reyes

de Macedonia en mantener guarniciones en esa población, y los deseos de sus enemigos de apoderarse de esa plaza fuerte.

d) *Imperialismo ofensivo o defensivo*

A partir de Wilcken,[68] los historiadores han planteado respecto a las posesiones de los Ptolomeos fuera de Egipto el problema de los objetivos ofensivos o defensivos del imperialismo. Creemos que no existe un auténtico problema respecto a este punto y que ambas intenciones estratégicas no son incompatibles. Todo depende de la línea sobre la que una potencia creyera tener que establecer su defensa. Un imperio es siempre ofensivo en el sentido de que tiende a situar esa línea más lejos de su centro vital, pues, dado que se basa en la expoliación de otro, debe contar con la posible represalia de sus víctimas. Ya Alcibíades lo vio así en Atenas, o al menos Tucídides (VI, 18, 3) le atribuye tan lúcida reflexión.

Polibio (V, 34) enumera las posesiones exteriores de Egipto que Ptolomeo IV recibió en el momento de su advenimiento: Celesiria y Chipre, desde donde podía amenazar a los Seléucidas por tierra y por mar, el protectorado de los pequeños reinos de Asia Menor, algunas islas y ciudades, puertos y plazas fuertes importantes en las costas, desde Panfilia al Helesponto, así como en las costas de Tracia y Macedonia. El historiador considera «que extendiendo así el brazo tan lejos y que, manejando ante ellos, a larga distancia, a los Estados que controlaban, los Ptolomeos no tenían nunca que temer por su soberanía sobre Egipto». Así, a los ojos de Polibio, el imperio egipcio simplemente se hallaba en buena disposición para defenderse a larga distancia. Ofensivo para ser defensivo.

Ciertamente, existían las guerras puramente defensivas, a las cuales se estaba abocado por una invasión: por ejemplo, los ataques de los griegos contra los galos en 279-278, y las sucesivas batallas que mantuvieron contra ellos Antigono Gonatas en 277 en Lisimaquia, Antíoco I en 275-274 en lugar desconocido, y Atalo I entre 241 y 230, en las fuentes del Caico.[69] De este tipo eran también las guerras de los reyes contra los usurpadores y los gobernadores que pretendían hacerse independientes. Pérdicas tuvo que enviar a Pitón para dominar a los griegos de las satrapías de la alta Asia que se habían rebelado porque se sentían demasiado alejados (Diodoro, XVIII, 4, 8 y 7, 3-9). Los Seléucidas tuvieron que librar muchas guerras de este tipo: Antíoco III tuvo que reducir la secesión de Molón (Polibio, V, 40-54) y de Aqueo (Polibio, V, 57 ss. y *passim*) y las usurpaciones se sucedieron tras la muerte de Antíoco IV.[70] En cuanto a los Ptolomeos, hay que hacer referencia a las guerras que se libraron en las calles de Alejandría y ante el Senado de Roma entre los dos hermanos, Filométor y

el futuro Evergetes II, que entre 167 y 152 se acusaron mutuamente de usurpadores.[71]

e) *La guerra de revancha y de disuasión*

La guerra de predación encontraba a menudo su justificación en la necesidad de llevar a cabo una represalia. He ahí un motivo que nadie discute. Tal fue la misión que la Liga de Corinto confió a Alejandro en 335: vengar las afrentas infligidas a los griegos por los persas con ocasión de las guerras médicas (Diodoro, XVII, 4). En 246, cuando Ptolomeo Evergetes I invadió Siria y avanzó hasta el Éufrates e incluso más allá de éste, lo hizo para vengar –o si aún era posible, para socorrer– a su hermana Berenice, expuesta al odio de la reina Laodice, repudiada por ella, pero también, según los documentos oficiales, para recuperar los objetos sagrados que se habían llevado de Egipto en otro tiempo (*OGIS,* 54, ll. 20-21, y *P. Gurob* 1 = Wilcken, *Chrest., Hist. Teil* núm. 1). Así, de igual forma, cuando en 218 los acarnanios se unieron a Filipo V (Polibio, V, 6), su objetivo no era otro que el de vengarse de los etolios, que tantas veces habían saqueado su territorio. Por otra parte, las ciudades temían sobre todo de Filipo V sus terribles venganzas (Polibio, XXII, 13), y la historia de este rey, acosado por los romanos y por unos aliados dispuestos siempre a abandonarle, está llena de expediciones de castigo, que pretendía que sirvieran de ejemplo, como la matanza de los habitantes de Maronea (XXII, 13). Ejemplar, y dirigida a aterrorizar a sus vecinos, pretendió que fuera también la concesión de ayuda a Bizancio para impedir cualquier ataque procedente de Tracia (Polibio, XXII, 14). Por otra parte, las ciudades practicaban la misma táctica: aterrorizar para impedir la revancha y para disuadir a los aliados de que rompieran sus pactos. El debate sobre la suerte que debía reservarse a los mitilenos, al que hace referencia Tucídides (III, 36-50), evoca este objetivo (39-40), pero lo cuestiona (46). De igual forma, también «para dar un ejemplo», en 220 Cnosos pretendía destruir Lito, que se había negado a reconocer su hegemonía, pero sus aliados estaban divididos con respecto a este proyecto (Polibio, IV, 53).

f) *El carácter de los reyes*

A estos móviles, Polibio añade los que se refieren al carácter[72] de los reyes: su ambición de poseer más territorios, no ya sólo por los tributos sino por la gloria; su cólera o su humillación después de la derrota. Para él, era ésta una causa capital de la guerra. Causa irracional que los historiado-

res de la primera mitad de nuestro siglo a menudo han subestimado. Pero en la época helenística, en los reinos, la guerra era decisión de un solo hombre, el rey, en quien influía, es verdad, el más elocuente de sus consejeros. No existía nada parecido a la opinión pública. Los consejos no consistían en otra cosa que en un cálculo de las posibilidades, sin datos cuantitativos, a no ser con respecto a la importancia de los efectivos. Junto a ese cálculo tan primitivo pesaban de manera definitiva la orientación y la imaginación, optimista o temerosa, la necesidad de prestigio y de venganza. Datos no «cuantificables», pero en absoluto despreciables. Sin duda, Polibio tiene razón cuando les otorga un lugar importante en la explicación de las guerras. El carácter impulsivo de Filipo V (XVI, I; 10; 28),[73] los errores de juicio de Perseo (XXVIII, 9 y XXIX, 9), la perseverancia calculadora de Flaminino (XVIII, 12; 34), de Paulo Emilio (Tito Livio, XLIV, 22; 38-39) o de Filopemen (XI, 16; XXIII, 12), la megalomanía de Antíoco IV (XXX, 25) y sus excentricidades (XXVI, 1) son causas históricas, como lo son también las intrigas de palacio de Hermias cerca de Antíoco III contra Molón (V, 42-50). Pero Polibio está convencido de que en la guerra, las «oportunidades» se merecen (X, 5-8) y recompensan el pronóstico más racional, de forma que el análisis de la psicología de los protagonistas le permite fundamentar la racionalidad de la historia. Para él, el vencedor era siempre quien mejor había razonado y, como la eficacia de los cálculos es tanto un rasgo moral como intelectual, el vencedor, especialmente Roma, siempre tenía la moral de su lado. Los excesos en el pillaje por parte de un vencedor que abusaba de su victoria eran condenables, según Polibio, pero testimoniaban, además, una naturaleza irreflexiva que pronto o tarde llevaría a su autor a la derrota.

g) *Guerras e ideologías*

¿Hubo en la época helenística móviles ideológicos para la guerra? Sin duda ninguna. El mundo griego, cuando se sentía amenazado por una potencia demasiado fuerte, ya fuera Filipo, Alejandro o alguno de los diádocos, o, más tarde, los romanos, reencontraba el viejo tema del tiempo de las guerras médicas, la «libertad de los griegos». En sus enfrentamientos, las grandes potencias, no importa cuáles fueran, se declaraban campeonas de esa libertad. La guerra lamiaca que Atenas organizó a la muerte de Alejandro, fue una guerra de liberación (Diodoro, XVIII, 10): se trataba de expulsar a las guarniciones macedonias. Más tarde, muchos reyes se declararon garantes de esa libertad contra las pretensiones de sus adversarios.[74] Esta promesa, surgida de la política de la época clásica (Diodoro, XVIII, 10, 3), pasó así de mano en mano, a través

de los siglos, siempre renovada, siempre violada, pero sin que sus términos llegaran a cambiar nunca.

Junto a este tema fundamental, reservado únicamente a las grandes potencias, en el interior de las ciudades eran las opciones políticas —coincidentes a menudo con la clase social—, así como los odios personales los que determinaban alianzas y la decisión de participar en una guerra, aunque, como ocurría casi siempre, no se tenía la obligación moral. Los ricos, los «oligarcas» de las ciudades griegas, estaban a favor de Antipatro, y, de una forma general, a favor de la paz. Por contra, especialmente en Atenas, eran los demagogos y el partido del mayor número los que querían participar en la guerra lamíaca, «los que preferían la guerra porque estaban habituados a obtener su subsistencia de los sueldos de mercenarios» (Diodoro, XVIII, 10). Posteriormente, Roma contaría con el apoyo de los ricos. Hay que añadir que, si el entusiasmo patriótico determinaba a menudo en las ciudades una resistencia a ultranza, resistencia que provocaba los actos de valor más desesperados, por contra, a escala de los reinos, no existía ningún patriotismo perceptible. Eran los reyes y no los pueblos los que se enfrentaban.

h) *Razones jurídicas*

Esas pasiones y cálculos tenían justificaciones jurídicas. Son las que formulan los embajadores en las negociaciones, cuyo contenido resumen Polibio, Diodoro y Tito Livio, basándose muchas veces en una fuente desconocida.

En tiempo de los diádocos, el que pretendía arrogarse el título de rey era condenado por los demás en el tribunal del ejército macedónico. Es el régimen de las coaliciones contra un «culpable». Así, Pérdicas acusaba a Ptolomeo, que se disculpó, pero no por ello dejó de invadir Egipto (Arriano, *Diádocos* = *F. Gr. hist.* nº 156, frg. 9, 28-29). El mismo Pérdicas había hecho condenar a Antígono (ibid. frg. 9, 20). El ejército macedónico condenó a Eumenes de Cardia por la muerte de Cratero y encargó a Antígono que le detuviera vivo o muerto (Diodoro XVIII, 37; 39; 63), pero Eumenes recuperó el afecto del ejército. Aquel que quería hacer la guerra, se encargaba así de buena gana de la ejecución de una sentencia.

Por supuesto, Roma jugó su papel en este esquema. En 198-197, Flaminino y los aliados del pueblo romano condenaron a Filipo V a evacuar Grecia, con ocasión de unas conversaciones con este último. Todos le reprochaban las matanzas y los pillajes cometidos en ciudades inocentes. Bajo la protección de Flaminino, los griegos instituyeron allí un auténtico tribunal para juzgar a Filipo, tribunal que delegaría sus poderes en el

Senado de Roma (Polibio, XVIII, 1-12). Flaminino sería el ejecutor de la sentencia: lucharía contra Filipo para obligarle a que abandonara totalmente Grecia. De igual forma, había sido por las quejas de la mayor parte de los griegos, aliados, a la sazón, de Filipo, por lo que en 220 el consejo de los aliados reunido en Corinto condenó a los etolios y votó la guerra contra ellos (Polibio, IV, 25), a fin de recuperar las ciudades que habían ocupado y liberarlas.

Eran también motivos jurídicos –Polibio lo afirma de forma explícita (V, 67)– los que invocaron los embajadores de Ptolomeo IV y Antíoco III en sus negociaciones previas a la guerra siria de 217: se discutieron los derechos que cada uno de estos soberanos decía tener sobre la Celesiria. Jóvenes los dos, invocaron los derechos de sus antepasados respectivos a la posesión de ese territorio. Pero estas negociaciones, mantenidas por los amigos de dos reyes que contaban con una fuerza sensiblemente parecida, no tomaron la forma de un proceso y no podían desembocar en nada concreto. En efecto –afirma Polibio–, en esa «controversia jurídica, nadie tenía poder para prevenir e impedir la iniciativa de quien se juzgara que estaba equivocado» (V, 67, 11).

Debilidad secular de los arbitrajes internacionales sin fuerza sancionadora. Cuando menos, el valor concedido a los argumentos jurídicos era un indicio de que se cuestionaba, aunque sólo fuera de forma teórica, la razón del más fuerte.

i) *Las alianzas*

Desde la época clásica, la guerra griega provocó siempre alianzas, que eran una causa de que se extendieran los conflictos. Ya Tucídides lo vio así en el origen de la guerra del Peloponeso (I, 1).

Las alianzas fueron un aspecto fundamental en la época helenística. La historia de los reyes y de las ligas es un continuo vaivén en la configuración de las coaliciones. «Los reyes no consideran a nadie como amigo o enemigo por naturaleza, sino que es por el cálculo de su interés por el que miden su odio o su amistad». Ésta es la reflexión que Polibio (II, 47) atribuye a Arato cuando en 227, en trance de concluir sus propias alianzas, trató de prever la conducta de Antígono III Dosón. En estas condiciones, las ciudades y las ligas, conscientes de su debilidad, buscaban la alianza del más fuerte, a menos que éste les obligara a alinearse en sus filas, como lo hicieron, tan a menudo, Antígono el Tuerto y Demetrio Poliorcetes y, más tarde, Filipo V, los etolios o los romanos.

j) *Alianzas para la guerra*

Nos referiremos primero a las *alianzas concluidas para la guerra.* El acuerdo de los aliados se realizaba sobre objetivos políticos comunes o resentimientos recientes, no sobre una identidad ideológica o histórica, aunque a veces se invocaba.

Al principio de su reinado, en 220, Filipo V se alió con la mayor parte de los griegos contra los etolios. Polibio (IV, 25) nos permite conocer en sus líneas fundamentales el pacto que los unió en sus comunes agravios. En su declaración de guerra, los aliados afirmaban unánimemente que «se prestaría ayuda para recuperar de los etolios cualquier región o ciudad que éstos hubieran ocupado desde la muerte de Demetrio, padre de Filipo», y se comprometían a restablecer la libertad de los griegos. «El consejo de los delegados de los aliados *(synedroi)* envió inmediatamente, a cada uno de éstos, embajadores con el objetivo de obtener la confirmación del decreto por parte de su asamblea popular». Procedimiento previo para la iniciación de las hostilidades (Polibio, IV, 26). De todas formas, la guerra no empezaría sino tras haber dejado un plazo a los etolios para que se defendieran. «Filipo –afirma Polibio– envió una carta a los etolios para significarles que si podían presentar una justa defensa a las acusaciones de que eran objeto, aún estaban a tiempo para obtener una solución por medio de conversaciones». Estamos, pues, ante una guerra –se le dio el nombre de «guerra social»– declarada en forma de un proceso en que la defensa del acusado fue adecuadamente prevista. El consejo de la Liga de los aliados actuó como tribunal y el procedimiento no era sino una copia, proyectada a escala internacional, de un proceso privado. La guerra no fue más que la ejecución de la sentencia.

Pero no todas las alianzas adoptaban esta forma de un procedimiento de sanción. Así, la alianza romano-etolia de 212 tuvo como modelo un contrato de reparto de beneficios entre asociados (véanse otros casos en A. Aymard, *Et. hist. anc.,* pp. 490-519). Roma entregaría a los etolios las conquistas territoriales y conservaría el botín, que se repartiría en caso de ser obtenido en una expedición común (*SEG*, III, 382; cf. Tito Livio, XXVI, 24), cláusulas que sin tardar fueron contestadas por Flaminino (Polibio, XVIII, 38).

La búsqueda de alianzas para la guerra era, frecuentemente, objeto de largas negociaciones diplomáticas, en las qe tanto el interés como el miedo tenían su importancia. Así, en el año 200, Atalo I de Pérgamo, aliado ya de Roma y de Rodas, solicitó la alianza de Atenas contra Filipo V. Colmó a la ciudad de regalos (los monumentos y fundaciones de los reyes en las ciudades, eran, a menudo, el precio de las alianzas) y fue recibido en Atenas como mecenas y honrado con la eponimia de una tribu; dirigió a la

asamblea de la ciudad una carta cuyo contenido resume Polibio (XVI, 26). La habilidad en la redacción de la carta, en la que los recuerdos de éxitos y de las donaciones se mezclan con las amenazas para arrastrar a una ciudad a la guerra, corresponde tal vez a Polibio y no a la cancillería de Atalo. Pero poco importa, en realidad, pues éste era el espíritu de la negociación.

Otras veces, los reyes compraban con dinero la alianza de otras potencias. Así, Polibio (XXVIII, 9) piensa que Perseo habría podido conseguir aliados,

«otorgando dinero a las ciudades o, individualmente, a reyes o políticos, aunque sin realizar gastos enormes que, sin embargo, hubiera podido hacer, sino limitándose a sumas moderadas».

Y añade:

«Nadie que tenga buen juicio sostendría, creo yo, que ninguno de los griegos ni ninguno de los reyes se hubiera dejado convencer».

Volvemos siempre, pues, a la riqueza de los reyes como elemento determinante de la historia. (Véase también Polibio, XVIII, 34.)

Pero Perseo no tenía clarividencia o era muy avaro. Polibio dice de él que su inteligencia política era escasa. Así, Gentio, hijo de Pleurato, rey de Iliria, comunicó a los enviados de Perseo que era demasiado pobre para asumir los gastos de una campaña contra los romanos. Perseo hizo oídos sordos en un principio (Polibio, XXVIII, 8-9), pero cuando Gentio le hizo una petición más concreta, exigiendo 300 talentos y garantías, Perseo entregó esa suma y consiguió la alianza. Exigió entonces rehenes como garantía de la fidelidad de Gentio. Finalmente, cumplimentaron un pacto escrito lleno de juramentos (Polibio, XXIX, 3).

Ciertamente, las alianzas pretendían provocar la formación de bloques que, cuando menos, equilibraran las posibilidades de éxito en una empresa. La intervención de Roma en la política griega se realizó, así, fundamentalmente por medio de alianzas protectoras. Pero los reyes respondieron a Roma mediante alianzas defensivas. Así, en este contexto, Filipo V se aseguró en 215 la alianza de Aníbal contra Roma, su enemiga común.[75] Polibio (VII, 9) ha conservado el tratado entre los dos soberanos, que comprometía bajo juramento no solamente a los jefes[76] sino también a los pueblos a los que representaban y a todos sus aliados, así como a los elementos cartagineses y macedonios de los ejércitos que comandaban. El tratado invocaba como garantes de sinceridad a todos los dioses de los cartagineses, macedonios y griegos. El objetivo del tratado era el de garantizar una ayuda mutua que se hacía extensiva a los aliados de las dos partes. Cada una de éstas tendría los mismos enemigos, salvo con respecto

a potencias a las que les uniera una alianza anterior. Filipo V y Aníbal definieron unos objetivos territoriales comunes: cerrar los territorios de la costa oeste de Grecia a los romanos. Las partes se comprometían, además, a no firmar una paz por separado. Su tratado podía ser modificado de común acuerdo. Los dos aliados pensaban, así, coger a Roma dentro de una gran tenaza que iba del Egeo hasta la Galia, pero Polibio (libros VII-XI) pone en evidencia los fallos de coordinación que dieron al traste con esa esperanza. Sea como fuere, revela hasta qué punto los conflictos habían tomado una amplitud universal por medio de las alianzas.

4) *LA PAZ Y LA REFLEXIÓN SOBRE LA GUERRA*

a) *Alianzas después de la guerra: la paz*

En el capítulo dedicado a las ciudades evocaremos los esfuerzos de pacificación social que intentaban en las ciudades los reyes u otros elementos conciliadores, por procedimientos de arbitraje fundamentalmente.[77] Pero la paz había de ser precaria entre ciudades siempre dispuestas a mantener enfrentamientos territoriales o a organizar razzias.[78]

Analizaremos aquí la «paz de las grandes potencias». Polibio, que analiza con agudeza los móviles de la guerra, estudia con el mismo interés las razones que daban origen a la paz.

Tal vez se deseaba reconciliarse con un enemigo para tener las manos libres para poder atacar a otro adversario. Así, en 217, Filipo V de Macedonia y los aqueos, sus aliados, firmaron la paz con los etolios, pues el rey, al conocer la noticia de que los romanos habían sido vencidos por Aníbal en el lago Trasimeno, se preparó para atacarlos (Polibio V, 101-105).

Otras veces, aquel que había sido vencido, se apresuraba a tratar con el vencedor porque temía que éste pudiera obtener aún más ventajas, o que otro enemigo aprovechara su debiidad. Así actuó, por ejemplo, Antíoco III, vencido en Rafia en 217 por Ptolomeo IV (Polibio V, 87), llevado de su temor hacia el vencedor y hacia el usurpador aqueo.

Una paz, al igual que una alinza, no era, pues, otra cosa que la preparación de una nueva guerra. Sólo después de haber vencido definitivamente a Grecia y a los Seléucidas pudieron los romanos pensar en una paz universal.

La paz pretendía estabilizar una relación de fuerzas por medio de una alianza. Ménipo, embajador de Antíoco III en Roma en 193, inauguró su alegato en nombre del rey mediante una breve exposición de la teoría de

los tres tipos de alianza: la que era impuesta por el vencedor, la que se establecía en pie de igualdad y, por último, la que se concluía sin que se hubiera producido una guerra. Las alianzas de los dos primeros tipos, que ponían fin a las guerras, incluían condiciones o cláusulas sobre lo que cada uno adquiría o conservaba; la tercera, afirmaba Ménipo, no conllevaba condiciones. Según él, era esta última forma la que debía regular las relaciones de Antíoco III con Roma (Tito Livio XXXIV, 57).

Pero en los casos de paz después de una guerra, se encontraba a veces una mezcla de cláusulas dictadas por el vencedor y de obligaciones recíprocas. Éste es el caso de la paz de Apamea (cuyo texto ha sido conservado por Polibio (XXI, 43) y Tito Livio (XXXVIII, 38), paz concluida en 188 entre Roma y Antíoco III[79] y que fue preparada por el Senado en 189. Éste es el tratado del cual conservamos el texto más completo.[80] Por ello, reproducimos las principales cláusulas según Polibio.

I: «Existirá amistad eterna entre los romanos y Antíoco en la medida en que éste observará las cláusulas del tratado».

Las cláusulas de amistad no eran bilaterales, ya que la no observancia no suponía la ruptura de la alianza sino en el caso de Antíoco. De la misma forma, en la paz que estableció en 446-445 a. de J. C con Calcis, Atenas había impuesto a ésta una fidelidad a la que ella no se comprometía (*Syll.,* 3.ª ed., 64). Tito Livio ignora esta cláusula.

II: «El rey Antíoco y sus súbditos no dejarán pasar por sus territorios a los enemigos de Roma y de sus aliados y no les proporcionarán nada. Los romanos toman el mismo compromiso con respecto a Antíoco y sus súbditos».[81]

III: «Antíoco no hará la guerra ni en las islas ni en Europa. Evacuará las ciudades y los territorios,[82] aldeas y fortalezas hasta el Tauro y hasta el río Halis y desde la llanura situada al pie del Tauro hasta las montañas que dominan Licaonia».

Paz punitiva, de castigo, el tratado de Apamea obligaba a Antíoco a reconocer una *esfera de influencia* romana. La precisión que se da al concepto de *límite* parece una «novedad introducida por Roma» en los instrumentos diplomáticos.[83] Es cierto que la preocupación de limitar el territorio de las ciudades aparece a menudo en los pactos de arbitraje que ponen fin a los enfrentamientos por los pastos (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 679; 599; 471), pero entre los reyes helenísticos el concepto de frontera parecía más vago. Fuera como fuere, en el tratado de Apamea no sólo se enumeran algunas plazas fuertes que el vencedor deseaba retener sino que se define una línea, aparentemente sobre un mapa. Sin embargo, sobre el terreno, hubo a veces enfrentamientos. Así, después del tratado de Apamea, Eumenes de Pérgamo mantuvo «que Panfilia estaba más acá

del Tauro mientras que los enviados de Antíoco decían que estaba al otro lado del Tauro» (Polibio, XXI, 46). Hay que decir que el Tauro, al igual que el Halis, describe una curva, lo cual hace que su dirección pudiera prestarse a confusión.

No es el tratado de Apamea el primero que preveía una limitación en beneficio de Roma de los territorios donde se ejercía el poder de vencedor. En 197, Flaminino dejó a Filipo V su reino de Macedonia, pero le hizo comprometerse a renunciar a la guerra y a evacuar Grecia, así como varios lugares de Asia Menor (Plutarco, *Flaminino* 9, 8; Polibio XVIII, 44).

La cláusula IV preveía la devolución a las ciudades del botín obtenido por los soldados y el retorno de los esclavos y de los prisioneros a su lugar de origen, restitución obligatoria para Antíoco pero que, en el caso de Roma, quedaba a voluntad de los interesados.

Una disposición similar de restitución encontramos en el tratado que puso fin, en 220, a la guerra entre Prusias y Bizancio (Polibio IV, 52).

La restitución unilateral de los prisioneros y de los desertores por parte del vencido se preveía también en la paz de 197 entre Flaminino y Filipo V (Polibio, XVIII, 44). Como vemos, no se trata de «intercambio» de prisioneros, como en los tratados de la época clásica, el de 421 entre Atenas y Esparta (Tucídides, V, 18, 7) o el que puso fin a la guerra del Peloponeso (Jenofonte, *Helénicas,* II, 2, 20-23) o el que concluyeron Dionisio de Siracusa y Cartago (Diodoro, XIII, 114, 2). Finalmente, también en la paz concluida en 196, entre Mileto y Magnesia (*Syll.,* 3.ª ed., 588, ll. 65-75) encontramos una cláusula de intercambio de prisioneros por una y otra parte.[84]

V: «Antíoco entregará, si le es posible, al cartaginense Aníbal, hijo de Amílcar, al acarnanio Mnasilocos, al etolio Toas, a los calcidios, eubúlidas y a Filón y a todos los etolios que hayan asumido magistraturas federales...»

VI: «Antíoco entregará todos los elefantes que se encuentran en Apamea y no volverá a tener elefantes en el futuro. Entregará también los barcos de guerra equipados con sus aparejos y sus velas; sólo conservará diez barcos con puente; ya no podrá utilizar barcos de treinta remeros ni siquiera en caso de guerra, si él es el agresor. Los barcos no podrán superar la desembocadura del Calicadno y el cabo de Sarpedón si no es para transportar contribuciones, embajadores o rehenes. Antíoco no podrá reclutar mercenarios en los territorios sometidos a los romanos ni acoger a los tránsfugas de aquéllos.[85]

VII: «Todas las casas pertenecientes a los rodios o a sus aliados que estaban situadas en el territorio sometido a Antíoco, seguirán siendo propiedad de los rodios, al igual que antes de la guerra. Éstos tendrán derecho a exigir la ejecución de toda deuda que tuvieran (en este territorio) y a recuperar, después de una investigación, cualquier bien que hubieran tenido que abandonar. Los bienes de los rodios quedarán exentos de impuestos, como antes de la guerra».

VIII: «Si Antíoco ha cedido a un tercero alguna de las ciudades que debe

entregar, hará salir de ellas a las guarniciones y a las tropas. A las que posteriormente quieran hacer defección, no las acogerá».

IX: «Antíoco entregará a los romanos 12 000 talentos de plata ática en 12 anualidades de mil talentos. El talento no pesará menos de 80 libras romanas. Entregará, también, 540 000 medimnos de trigo. A Eumenes le entregará 350 talentos en cinco años, a razón de 70 por año, en el mismo plazo que para los romanos. En cuanto al trigo que debe a Eumenes, Antíoco entregará, según su propia estimación que Eumenes ha aceptado y con la que se considera satisfecho, 127 talentos y 1208 dracmas».

Las enormes indemnizaciones de guerra, punitivas más que reparadoras, constituyen el sustituto de tributo del vencido. Esta sangría de los recursos de Antíoco, como la prohibición de reclutar mercenarios en las regiones controladas por Roma, debía garantizar el debilitamiento definitivo del vencido y la estabilidad de la relación de fuerzas indicada por las armas. Una vez más, parece que sirvió de modelo para este tratado la paz de 197 de Flaminino con Filipo V: el romano exigió en esa ocasión, al rey vencido, una indemnización de 1000 talentos (Plutarco, *Flaminino*, 9, 8; Polibio, XVIII, 44-45 y Tito Livio, XXXIII, 30-31). Otro precedente lo constituye la ciudad de Selge en Pisidia, sitiada por Aqueo en 218. Temerosa de que estallara una guerra civil, solicitó la paz y la obtuvo mediante el pago de una indemnización de 700 talentos y la devolución unilateral de prisioneros, que había capturado en Pednelisa (Polibio, V, 76).

Vienen a continuación las cláusulas de garantía de ejecución: toma de rehenes, prohibición a Antíoco de que conquistara nuevas ciudades o de establecer alianza con ellas. Luego se hace referencia al procedimiento de arbitraje en caso de que surgieran diferencias sobre la interpretación del tratado.

XIII: «Con respecto a las disputas que pudieran producirse entre ellas, las partes contratantes recurrirán a un arbitraje».[86]

Pero sobre este punto existe una divergencia significativa entre Polibio y Tito Livio. Tito Livio (XXXVIII, 38, 17) reproduce, así, la cláusula: «toda disputa entre las partes será regulada conforme al derecho por procedimiento judicial», cláusula cuya forma está tomada del derecho civil romano y a la que se añade «o si ambos coinciden en ello, por las armas», que no la encontramos en Polibio. Tal vez Tito Livio quería justificar así, *a posteriori*, como conforme con el tratado, la reanudación de hostilidades que se produjo después.[87]

En la época clásica, encontramos la cláusula de arbitraje en diversas convenciones entre ciudades.[88] Por supuesto, el arbitraje no se invocaba únicamente en caso de conflicto respecto a los compromisos de un tra-

tado, sino también para llegar a la conclusión de un pacto. Sabemos que ya Artafernes, sátrapa de Sardes, obligó a las ciudades griegas de su satrapía a «superar sus diferencias por la vía de la justicia en lugar de recurrir a las armas y al pillaje» (Heródoto, VI, 42).

Pero la eficacia de la sentencia dependía del poder del que la pronunciaba. Los reyes helenísticos arbitraron, a menudo, los conflictos entre ciudades o, al menos, proporcionaron árbitros para que solucionaran las diferencias.[89] Pero el árbitro debía tener más fuerza que la más fuerte de las dos partes. Recordemos que Polibio lo dice a propósito de las negociaciones entre Antíoco III y Ptolomeo IV en 218 (V, 67). ¿Qué árbitro podía ser más fuerte que Roma, a partir del siglo II, y siendo que la propia Roma era parte de los pactos con los reyes?

XIV: «Si lo desean, las partes contratantes tienen el derecho de añadir o recortar cualquier cláusula al presente pacto, de común acuerdo».

XV: «El cónsul —dice Tito Livio (XXXVIII, 39)— jura observar el tratado y envía dos plenipotenciarios para recibir el juramento del rey».

Vemos que los aliados de Roma —Eumenes II, Rodas— no intervinieron en el acta que ratificaba este tratado, aunque algunas de sus cláusulas les afectaban directamente. Este detalle formal indica que Roma ejercía un dominio imperial sobre sus aliados. Por otra parte, los aliados no dejarían de discutir, a continuación, las cláusulas de este tratado y el detalle de su aplicación (Polibio, XXI, 46).

Las comparaciones con el tratado de Flaminino ponen de relieve que, al menos desde 197, Roma contaba con un modelo de acción diplomática con respecto a los vencidos, modelo cuyas fuentes se remontan en buena parte a la práctica de las ciudades griegas y que expresa, como en la Atenas del siglo V, una política que privaba a sus aliados de toda iniciativa de orden internacional que no contara con su beneplácito.

Además, en las cláusulas territoriales, Roma —como antes lo habían hecho los reyes o la Atenas hegemónica del siglo V— no tenía en cuenta las preferencias de la población que estaba bajo su dominio. El caso de los licios y los carios, que Roma entregó a los rodios (Polibio, XXII, 5) como recompensa por su devoción, es característico, a este respecto, pues los licios protestaron ante los comisarios del Senado y fueron apoyados por Ilión, aunque en vano.

El concepto del «derecho de los pueblos a decidir su propio destino», si bien era invocado para sostener las reivindicaciones de las ciudades oprimidas por una potencia enemiga, no era reconocida como un derecho absoluto en la Antigüedad. La «libertad» y la «autonomía» otorgadas a las ciudades griegas en tantas ocasiones no implicaban el reconocimiento de

ese derecho: se trataba de una libertad que dependía de la buena disposición del más fuerte. En cuanto a los pueblos no griegos, por ejemplo los egipcios, «conquistados por la lanza», nadie planteó jamás la cuestión de su derecho a disponer de ellos mismos.

Lo que sorprende en los pactos de paz de la época helenística es la permanencia de los esquemas heredados de la ciudad clásica.

b) *Los artesanos de la paz*

Los procedimientos de paz, antes o después del enfrentamiento, eran iniciados a menudo por una tercera potencia que prestaba sus buenos oficios. Por supuesto, estos intermediarios eran inútiles cuando se trataba de paces dictadas como las que impuso Roma en el siglo II.

Era en el caso de potencias más pequeñas, susceptibles de ser influidas, y también en los casos de situaciones indecisas o de asedios prolongados, cuando intervenían los negociadores. En ocasiones, éstos tenían un interés personal en la paz. Así, en 168, Eumenes II de Pérgamo ofreció sus buenos oficios a Perseo y a los romanos antes de la batalla de Pidna, y Polibio (XXIX, 7) afirma que esta iniciativa debía ser beneficiosa para Eumenes, que temía una victoria de Perseo.

En el siglo II, los romanos fueron los mediadores universales en las disputas entre los griegos: una Grecia pacificada y neutralizada era para ellos el trampolín que le serviría par someter a los reyes. En las negociaciones seguían su propio plan. Así, por ejemplo, en 154, los diez comisarios del senado romano intervinieron en las conversaciones entre Atalo II y Prusias II de Bitinia, pero amenazaron a Prusias y rompieron con él porque no se sometía a sus deseos (Polibio, XXXIII, 12).

Con frecuencia, Roma pedía a otra potencia que la ayudara a poner fin a un conflicto en el que se había visto mezclado. Así, solicitó a Rodas que intentara detener la guerra entre Ptolomeo VI y Antíoco IV, tal vez para evitar una victoria que otorgaría al Seléucida un poder extraordinario. Pero Polibio (XXVIII, 17) duda sobre las razones que podían alimentar esa voluntad pacificadora.

Una vez más, en este recurso a los mediadores, el mundo de los reyes —en el cual se integró el senado de Roma—, reanudó la tradición de las ciudades. Así, Rodas prestó sus buenos oficios a Mileto y a Magnesia para ayudarlas, con numerosas ciudades, a hacer la paz en 196 (*Syll.*, 3.ª ed., núm. 588).

Muchas veces, sin embargo, los reyes no aceptaban la intervención de un tercero. Los reyes de Pérgamo acudían a Roma a defender su causa y la de sus aliados. Polibio (XXI, 18, ss.) relata el alegato de Eumenes de

Pérgamo en 190-189. Filipo V de Macedonia se presentó en persona a una conferencia de paz de Flaminino en Nicea, en 198-197, pero, lleno de desconfianza, no se atrevió a descender de su barco y Flaminino se vio obligado a mantener la discusión desde la orilla, levantando mucho la voz (Polibio XVIII, 1-11).

Después, el Senado tomó la costumbre de convocar a los representantes de los reyes, las ligas, ciudades y pueblos para una pacificación general después de la victoria de Roma en Grecia o en Oriente. Así se escuchaban los agravios y los deseos de todos. Polibio —y después de él Tito Livio— describe estas grandes conferencias donde se apiñaban los embajadores y donde no dejaban de acudir los reyes de Pérgamo (XXI, 18, en la conferencia de 189). Un rey, afirma Polibio por otra parte, siempre impresionaba al Senado (XVIII, 10), aunque se tratara de Aminandro, rey de los atamanes. El Senado sabía hacer esperar sus decisiones y dosificar, para hacerlas prever, el calor de su acogida (Polibio XXI, 18).

Deberíamos referirnos aquí a las «embajadas», que un hacedor de extractos ha rescatado de la obra de Polibio, y evocar el estatuto del diplomático y la técnica de las negociaciones. Lo hemos hecho en el capítulo dedicado al rey.

c) *La guerra y la moral*

El tipo moral del ciudadano de la ciudad clásica se construye con miras a la eficiencia en la guerra. Ya sea duro, ejercitado, disciplinado como los espartanos o capaz de iniciativa en la acción y lucidez en las decisiones, como Pericles (Tucídides, II, 39), era siempre una concepción de la guerra la que modelaba ese tipo.

En la época helenística la guerra era asunto de mercenarios y el trabajo que se les exigía no tenía ninguna implicación moral.

La moral del griego se confundía entonces con la del jefe o del rey. Ponía en primer plano el honor y el prestigio.

> «Aunque la paz sea el más bello y el más ventajoso de los bienes cuando es justa y honorable, es la más odiosa y perjudicial de las cosas cuando su precio es la bajeza y una cobardía despreciable» (Polibio IV, 31, 8).
>
> «El hombre de corazón, en el combate debe ser duro y ardiente; cuando es vencido, debe dar prueba de valor y de grandeza de alma; si es vencedor se mostrará moderado, clemente y humano».

Es el ideal que Polibio (XVIII, 37, 7) atribuye a Flaminino.

Huelga decir que no siempre se realizaba. Por otra parte, Polibio pone de manifiesto que existía un interés por no abusar de la victoria, por no

exterminar a los enemigos, pues, al aterrorizarlos, no se hacía otra cosa que avivar su odio (XXIII, 15). El argumento ya había servido a los partidarios de la clemencia con respecto a los mitilenos en el célebre debate que refiere Tucídides (III, 46).

Merece la pena citar la argumentación de Polibio por la mezcla de buen sentido y de cinismo, al tiempo que por el orgullo paternalista que revela entre quienes creían tener el derecho de castigar la «falta» de sus enemigos. A Filipo V dedica el historiador esta lección (V, 11, 3-6).

«Las leyes de la guerra nos permiten ocupar y destruir las fortalezas, puertos, ciudades, hombres, barcos, cosechas y mil otros recursos, cuya pérdida debilita al enemigo, mientras que mejora nuestra situación y aumenta el poder de nuestros ataques. Pero saquear además los templos con las estatuas y el mobiliario que allí se encuentra, sin ninguna ventaja para nosotros, en detrimento del enemigo, ¿cómo no ver en ello la obra de un comportamiento loco? Pues el hombre de corazón no debe hacer la guerra a quienes son culpables para destruirlos y exterminarlos, sino para corregir y reformar sus errores; no debe reservar tampoco al inocente la misma suerte que al que considera culpable, sino antes bien, asegurar a éste la salvación y la liberación que reservará al inocente. Es el tirano el que reina por la maldad y el terror sobre súbditos que no aceptan su poder y a los que odia tanto como ellos le odian. Pero un rey es el bienhechor de todos; se le ama por su generosidad y su humanidad y se deja guiar por él de buen grado».

Polibio reprocha esta locura de destrucción tanto a Prusias, al atacar a Atalo II en 156-154 (XXXII, 15 y XXXIII, 12), como a Escopas el etolio (VI, 62), y a Filipo por el pillaje del templo de Termo (V, 9), de Cíos (XV, 22; XVIII, 3, 12). A estas conductas dementes opone la humanidad de Antígono Dosón, que renunció a saquear Esparta después de su victoria sobre Cleómenes (V, 9), y la moderación de los antiguos reyes de Macedonia, Filipo II y Alejandro, que, en general, no atacaban a las ciudades (XVIII, 3.).[90]

Los excesos de Filipo habían despertado la indignación de Atenas. Tito Livio atribuye a los declamadores que florecen en toda ciudad libre, pero que en Atenas tenían una influencia considerable, el voto, por parte de esta ciudad, de un decreto de execración de Filipo que el historiador ha conservado (XXXI, 44).

Por otra parte, el contenido del «derecho de la guerra» que invoca Polibio está mal definido, o más bien está definido según el grado de simpatías de las que, sin embargo, el historiador trata de guardarse. Cuando Filarco ataca a los aqueos por el trato que habían infligido a Mantinea, Polibio le critica (II, 56, 10). Por contra, Polibio reprocha a los etolios, los enemigos de siempre de su Liga aquea, que invadan brutalmente, sin otra razón que para saquearlo, el territorio de un vecino con el que,

durante mucho tiempo, se ha mantenido «amistad y alianza», pues eso supone actuar «sin consideración de las reglas de derecho universales».

Si buscamos una doctrina en su pensamiento veremos que, para él, el derecho de la guerra y la moral del jefe limitan a lo útil[91] el mal que está permitido causar a otro (V, 11, 3). Sin embargo, se reconocía al vencedor su derecho de disponer a voluntad del vencido. Es lo que Polibio (XVIII, 38, 5) hace decir a Flaminino, en 197, respecto a Tebas de Ptiótida, que se había negado a aliarse con los romanos y merecía, por tanto, ser castigada.

Pero este derecho, delimitado según Polibio, por mutuo acuerdo entre los hombres, nunca fue, que nosotros sepamos, objeto de una convención internacional autentificada y acompañada, como todo contrato, de sanciones.

En este mundo, donde reinaba la violencia había, sin embargo, lugar para la *piedad*. De la piedad de Aquiles con respecto a Príamo a la de Marcelo ante Siracusa, que iba a ser saqueada (Plutarco, *Marcelo*, 19), *la tristeza del vencedor* es un tema que corre por toda la historia de la guerra griega. Y el pensamiento —desde luego, antitético— de los oradores y de los historiadores hace surgir así dos tipos de jefes, el brutal y el humano. Tema literario y, sin duda, exclusivamente literario.

Por lo demás, cuando Platón condena en la *República* (V, 471 *a-b*) las destrucciones, los incendios, las sevicias contra las mujeres y los niños, esta limitación no la concibe sino en la guerra entre los griegos, pero lo permite todo con respecto a los bárbaros.

d) *La guerra, operación racional*

Con frecuencia, la guerra escapaba al control de quienes la habían iniciado y, «así como el viento atiza el fuego, idéntico papel juega en la guerra la locura de los hombres que la alumbran», afirma Polibio (XI, 4). Es el tema del aprendiz de brujo, con que los oradores amenazaban al recomendar la paz.

> «Una vez que ha estallado —dice también Polibio—, la guerra destruye, ante todo, a sus autores, o bien, sin consideraciones de justicia, a todo cuanto aparece en su camino».

Como Polibio, Diodoro nos ha dejado la descripción de jefes que caían en el error por defecto de cálculo o de información. Para ganarla, la guerra exigía la práctica del pronóstico racional, es decir, la evaluación correcta tanto de la resistencia moral como de la fuerza de ataque del enemigo.

El historiador antiguo se convierte en censor y, persuadido de que la

historia es un encadenamiento de fuerzas necesarias, atribuye los fracasos a la *agnoia,* «la equivocación», el error de apreciación. Encontramos este término también en Diodoro (XXI, 2, 3) con respecto a Agatocles de Sicilia, «la guerra está llena de decepciones, pues el error y la equivocación tienen, con frecuencia, más peso que la fuerza de las armas», y en Polibio (XI, 4), en consideraciones generales respecto a los etolios.

El tipo de jefe prudente y previsor, a quien Polibio (IX, 20) pretende dar una formación seria desde el punto de vista técnico, que incluyera además de la poliorcética la geometría, la astronomía (para guiarse en las marchas nocturnas) y la geografía, corresponde, según Polibio, a los romanos, los Escipiones, Paulo Emilio, Flaminino y Marcelo, o a los reyes del pasado, Filipo II y Alejandro Magno, en suma, a los vencedores. Los impulsivos, más bien jefes de una banda que monarcas, tales como Filipo V, Perseo o Agatocles según la descripción de Diodoro (XIX, 1, 10), son los vencidos. Por otra parte, Plutarco ratifica, en su elección de la mayoría de los personajes a los que dedica una biografía, esa explicación de la historia como producto de las conductas racionales.

En ocasiones, los filósofos eran, como en el caso de los reyes, los educadores de los hombres de guerra. Según Polibio (X, 22, 1-5), no otra fue la formación del virtuoso Filopemen. Sus maestros le inculcaron la resistencia, el valor y la austeridad en sus costumbres (XI, 9-10), garantía de honestidad en la administración de los fondos públicos.

e) *La marina de guerra*

Los reyes se enfrentaron en el Egeo que, según la fuerza de aquéllos, unía o separaba sus posesiones dispersas. Por tanto, tenían que asegurarse la madera necesaria para la construcción de barcos. Esto explica su interés por Macedonia, el Líbano y la zona sur del Asia Menor. Los Ptolomeos utilizaron, incluso, la madera de Egipto, de tan mala calidad.[92] En virtud de alianzas o en concepto de tributo, las ciudades marítimas aportaban barcos.[93] De ellas procedían también los oficiales y navarcos. Ya hemos mencionado —y volveremos a ocuparnos de este tema en el tomo II— la lucha de Rodas contra los piratas. Muchas veces, los reyes y los romanos buscaron su alianza. Rodas guardó siempre con el mayor cuidado el secreto de sus arsenales (Estrabón, XIV, 2, 5 = C 653).

Una carrera de armamento naval impulsó a los diádocos y a los reyes a ampliar sin cesar sus unidades de combate.[94] Sin embargo, existía un límite para las dimensiones y la velocidad de los barcos: el timón-remo, que era frágil, no podía dirigir un barco de grandes dimensiones. De ahí que existiera un límite, también, al número de remeros y de combatientes.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Véase, bajo la dirección de J.-P. VERNANT, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (París, 1968), volumen colectivo en el que P. LÉVÊQUE describe «La guerra en la época helenística», pp. 261-287.
2. Recopilación de fuentes sobre este tema en M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II, pp. 794-812.
3. Fue lo que hicieron Filipo V (Polibio, V, 9) o Prusias II en su guerra contra Atalo II en 156-154 (Polibio, XXXII, 15) o lo que proyectaba Antíoco IV en Elimaida (Polibio, XXXI, 9).
4. Véase, por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 346; 495, e *infra,* el capítulo dedicado a la ciudad.
5. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World,* p. 148.
6. Respecto al trato otorgado a los prisioneros, véase P. DUCREY, *La treitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique des origines à la conquête romaine* (École française d'Athènes, Travaux et Mémoires des anciens membres étrangers de l'École, fasc. XVIII, París, 1968).
7. H. VOLKMANN, *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenistisch-römischen Zeit* (Abhandl. Mainz, 1961, 3, pp. 115-242). Cf. las fuentes que cita P. DUCREY, *op. cit.,* p. 236.
8. Sobre el rescate, véase P. DUCREY, *op. cit.,* pp. 238-246. Los casos citados se suceden a lo largo de toda la historia griega hasta la conquista romana, y ponen de relieve que en la época helenística no se produjo innovación alguna en este tema.
9. Cf. por ejemplo, *SEG,* XVIII, 288 (Istria, siglo III).
10. Cf. P. DUCREY, *op. cit.,* pp. 267-270. Véase TUCÍDIDES, III, 35-50; III, 84, para la época clásica.
11. Cf. P. DUCREY, *op. cit.,* pp. 56-74.
12. Cf. otros ejemplos en H. VOLKMANN, *op. cit.,* pp. 234-235.
13. Véase VOLKMANN, *Die Massenversklavungen...* (Wiesbaden, 1961), pp. 233-234.
14. P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre.* Conclusión, pp. 333 ss., especialmente, p. 339.
15. P. DUCREY, *ibid.,* p. 213.
16. Para todo lo referente a los efectivos contamos con la obra fundamental de M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* t. I, pp. 94-103 y t. II, *Prosopographie.* El lector encontrará en esta obra, además, de una recopilación de fuentes, toda la problemática del tema.
17. Véase los efectivos de Antípatro y Cratero contra los etolios, en 322 (DIODORO, XVIII, 24) o los de Antígono Dosón (28 000 infantes y 1200 caballeros) contra Cleómenes III (alrededor de 20 000 hombres) en la batalla de Selasia, en 222 (POLIBIO, II, 65).

    En 189, en la batalla de Magnesia, Antíoco III contaba con 56 900 hombres (TITO LIVIO, XXXVII, 40). En 171, Perseo tenía 43 000 hombres (id., XLII, 51). En Dafne, en 165, Antíoco IV hizo desfilar a 41 000 infantes, 9500 caballeros, carros y 38 elefantes (POLIBIO, XXX, 25, 3).
18. Cf. TEÓCRITO, *Idilio* XVII, 93-94 y, sobre todo, XIV, 58-59.

19. Sobre la soldada, véase G. T. GRIFFITH, *The Mercenaries of the Hellenistic World* (Cambridge, 1935), pp. 274-316; M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques* (Paris, 1950-1952), pp. 752-780.
20. Cf. M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 750-780; sobre los trabajadores de Egipto cf. el capítulo dedicado a la economía.
21. M. LAUNEY, *op. cit.*, p. 760, saca otras conclusiones de este texto.
22. Ejemplos en M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 733-735.
23. Veamos algunos otros ejemplos. En 302, los mercenarios autariates, cansados de esperar su soldada, desertaron de los cuarteles de invierno de Lisímaco y se enrolaron en las filas de Antígono, que les premió con regalos (DIODORO, XX, 113, 3); los mercenarios de Eumenes I se rebelaron hacia 260 y en el pacto de reconciliación consta un reajuste del salario (*OGIS*, 266); Ptolomeo de Éfeso fue aplastado por sus mercenarios (Ateneo, XIII, 64, 593 *a-b*); un motín estalló en Apamea, en el ejército de Antíoco III, antes de emprender la expedición contra Molón: la causa era la falta de pago de la soldada (POLIBIO, V, 50). Antíoco pagó a los soldados, pero quedaron unos 6000 irreductibles, la mayor parte de los cuales fueron aniquilados.
24. Véase M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, pp. 695 ss., y nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 387-392.
25. Cf. U. WILCKEN, «Zur Trierarchie im Lagidenreich», en *Raccolta Lumbroso* (Milán, 1925), pp. 93-99.
26. Véase *infra*, «La paz».
27. Véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, I, p. 148, y III, p. 1346.
28. Para todo lo referente a las cleruquías véase nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 468-480, y F. UEBEL, *Die Kleruchen Aegyptens unter den ersten sechs Ptolemaern*, Abh. Deut. Akad. der Wiss., 1968, 3.
29. Véase nuestra *Économie royale des Lagides*, *loc. cit.*, y M. Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées*, núms. 1; 5-10; 24; 71; 84.
30. Cf. E. BIKERMAN *Institutions des Séleucides*, cap. «Ejército», pp. 83-105.
31. *Recherches sur les armées hellénistiques*, I, pp. 63-609 y II, *Prosopographie*. Véase, para Egipto, W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, vol. II, núms. 1825-4983 y Addenda.
32. Sobre este punto, no creemos poder compartir la confianza de M. LAUNEY, *op. cit.*, en este tipo de extrapolaciones (pp. 90-91).
33. Cuando menos la mitad, según el cuadro de LAUNEY, p. 75.
34. Cf. M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 81-87.
35. Cf. G.T. GRIFFITH, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, p. 262 y H. ORMEROD, *Piracy in the ancient World*, pp. 119-120.
36. Cf. G. T. GRIFFITH, *op. cit.*, cap. X, pp. 236-263, y M. LAUNEY, *op. cit.*, cap. V, pp. 287-365.
37. Véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 78-87, y 100-105; y M. LAUNEY, *op. cit.* pp. 335-353, con bibliografía.
38. Véase M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 248-286.
39. Cf. M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 240-245.
40. Véase M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 412-417.
41. Véase id., *op. cit.*, pp. 424-489.
42. Véase M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 490-534.
43. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 32-33.
44. Cf. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 604-605.
45. H. BENGTSON, «Die Strategie in der hellenistischen Zeit», *Münchener Beiträge*, 3 vols., Munich, 1937, 1944, 1952.
46. Véase W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, I (1950); II (1952), y VI (1968); y fuera de Egipto, además de LAUNEY, *op. cit.*, G.T. GRIFFITH, *The Merce-*

naries of the Hellenistic World, nombres de los oficiales en cursiva en el índice general.

47. Cf. SUIDAS.
48. Cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, I, núms. 266, 283, 284, 285, 293, 294, etc. Todos son del final de la época ptolemaica, a excepción del príncipe Nectanebo (núm. 285).
49. Cf. F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos*, núms. 38, 39, 40, 63; *Syll.*, 3.ª ed., núm. 582.
50. Véase, por ejemplo, la acción y la conducta de Teofilisco en la batalla naval de Quíos, en POLIBIO, XVI, 2-9.
51. Véase, en general, J. KROMAYER, G. VEITH, *Heerwesen und Kriegsführung der Griechen und Römer* (Handbuch der Altertumswissenschaft hrsg. von W. OTTO, IV, 3, 2, Munich, 1928), pp. 95-250, y PEDECH, *La méthode historique de Polybe*, pp. 537-545.
52. Véase M. LAUNEY, *op. cit.*, pp. 601-604.
53. Cf. nuestra *Economie royale des Lagides*, pp. 34-37; *OGIS*, 54, 82; DIODORO, III, 36, 3; ESTRABON, XVI, 769, según Artemidoro.
54. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 61-62.
55. Sobre los asedios, véase KROMAYER-VEITH, *Heerwesen und Kriegsführung der Griechen und Römer*, cap. V, «Poliorketik» de E. SCHRAMM, pp. 209-245.
56. Cf. W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, pp. 112-114.
57. Cf. *ibid.*, p. 211.
58. Véanse otros ejemplos (*Syll.*, 3.ª ed., 495, en Olbia; 708 en Istria), en nuestro capítulo sobre las ciudades ribereñas del mar Negro.
59. Véase también ENEAS EL TACTICO, *Poliorcética*, cap. I-VII, XXII, XXVI, XXVIII, XXIX.
60. Véase también el asedio de Syrinx en Hircania por Antíoco III (POLIBIO, X, 31).
61. POLIBIO, IV, 18, cuenta a este respecto lo ocurrido en Cineta, sitiada por los etolios, cuyas puertas fueron abiertas por un polemarca, antiguo exiliado.
62. Cf. KROMAYER-VEITH, *op. cit.*, pp. 209 ss., lám. 13-32.
63. Cf. KROMAYER-VEITH, *op. cit.*, pp. 209-210.
64. Se trata de las que construyeron Diades y Carias para el asedio de Tiro en 332 (Arriano, *Anábasis*, II, 21, 4) y Epimaco para el asedio de Salamina de Chipre en 306 (DIODORO, XX, 48).
65. Cf. la argumentación de KROMAYER-VEITH, *op. cit.*, pp. 235-240, con las láms. 22-25, figuras 75, 76, 78 y 80.
66. Cf. *Pap. Gurob*, reeditado por U. WILCKEN, en L. MITTEIS, U. WILCKEN, *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde*, I: *Historischer Teil*, fasc. 2: *Chrestomathie*, núm. 1.
67. La reflexión de Polibio sobre las causas es el tema central del estudio fundamental de P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe*, cap. II-VII, pp. 54-354.
68. U. WILCKEN, en MITTEIS-WILCKEN, *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde*, Historischer teil, *Grundzüge*, p. 4 y «Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft», en *Schmollers Jahrbuch*, 45 (1921), pp. 365-366, y KORNEMANN, en *Klio*, 16 (1916), p. 229, atribuyen a los Ptolomeos una política ofensiva. M. ROSTOVTZEFF, «The Foundations of Social and Economic Life in Egypt in Hellenistic Times», en *The Journal of Egyptian Archaeology*, 6 (1920), pp. 172-178, cree que se limitaron a un imperialismo defensivo. P. JOUGUET, *L'imperialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient* (1926), pp. 281-292 (pp. 252 ss., de la ed. de 1972) distingue entre los objetivos de los Ptolomeos sucesivos. Cf. *Economie royale des Lagides*, p. 33, y E. WILL., *Hist. pol. du monde hellén.*, I (1966), pp. 133-178.
69. Véase JUSTINO, XXV, 1, 2-10; 2, 1-7; *IG*, ed. minor, II, 677, ll. 3-6; DIOGENES LAERCIO, II, 142; WILL, *op. cit.*, I, pp. 91-92 (subraya las incertidumbres acerca de la fecha); para la batalla librada por Antíoco I, véase APIANO, *Sir.*, 65; A. REHM, *Didyma*, II, núm. 4, 26 ss.; LUCIANO, *Zeux.*, 8; WILL, *op. cit.*, I, pp. 123-124; para la victoria de Atalo I, véase *OGIS*, 269, 275, 276, 280; POLIBIO, XVIII, 41, 3; monumentos conmemorativos de Pérgamo, sobre los cuales hay que ver HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 226 ss.; WILL, op. cit., I, p. 267 (fecha: 238-237). Añádase G. NACHTERGAEL, *Les Galates en Grèce...* (1977).

70. Véase WILL, *op. cit.*, II, pp. 306-318.
71. Véase WILL, *op. cit.*, II, pp. 302-306.
72. Cf. el admirable análisis que hace P. PEDECH de la forma en que Polibio «sitúa el agente junto a las otras categorías históricas que participan en la explicación» (*La méthode historique de Polybe*, pp. 204-302).
73. Véanse otros pasajes: V, 11; VII, 13; VIII, 8; XI, 7; XXII, 13.
74. Véase el capítulo dedicado a las ciudades, vol. II: las referencias.
75. Véase F. GEYER, *Philoppos V*, en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.* (1938), col. 2306, y H. BENGTSON, *Griechische Geschichte* (1960), p. 412, bibliografía, n. 2.
76. Filipo V estaba representado por un plenipotenciario, Jenófanes de Atenas.
77. Cf. nuestra comunicación sobre «La paix à l'époque hellénistique», en *Recueils de la Société Jean Bodin* (Bruselas, 1962), pp. 237-247.
78. Cf. ibid., pp. 247-257.
79. Bibliografía sobre este importante instrumento diplomático en H. BENGTSON, *Griechische Geschichte* (1960), p. 471, y E. WILL, *Hist. pol. du monde hellénistique*, II, pp. 185-187.
80. De todas formas, Polibio sólo reproduce parcialmente las cláusulas territoriales, y el texto de Tito Livio sobr este punto hay que tomarlo con precaución.
81. Cf. V. MARTIN, *La vie internationale dans la Grèce des cites* (Ginebra, 1940), pp. 371-377, para cláusulas análogas en la época clásica.
82. En este aspecto hay una laguna en el texto de Polibio, que puede llenarse con el texto –por desgracia, discutido– de Tito Livio. Cf. también, POLIBIO, XXI, 46.
83. Véase Th. LIEBMANN-FRANCFORT, *La frontière orientale dans la politique extérieure de la République romaine du traite d'Apamée jusqu'à la fin des conquêtes asiatiques de Pompée* (Bruselas, Académie Royale de Belgique, 1969).
84. Cf. P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre*, pp. 269-270.
85. Estas cláusulas punitativas impuestas al vencido se sitúan en el contexto de la tradición clásica. Al acabar la guerra del Peloponeso, Esparta obligó a Atenas a derruir sus Largos Muros y entregar su flota (JENOFONTE, *Helénicas*, II, 2, 20-23). En 197, Flaminino exigió a Filipo V la entrega de la mayor parte de su flota (PLUTARCO, *Flaminino*, 9, 8; POLIBIO, XVIII, 44).
86. En griego, *krisis*.
87. Sobre este tipo de modificaciones y sobre la prudencia que impone a los historiadores esta libertad, véase M. HOLLEAUX, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle av. J.-C.*, p. 260.
88. Véase V. MARTIN, *La vie internationale dans la Grèce des cites*, pp. 490-566, *passim*.
89. Véase *infra*, t. II.
90. Cf. P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre*, pp. 313 ss.
91. En el enfrentamiento dialéctico que se produjo en Atenas entre los partidarios y adversarios de aniquilar a los mitilenos, durante la guerra del Peloponeso, los que querían salvarles no utilizaron ningún tipo de argumento humanitario (Tucídides, III, 35-50).
92. Cf. P. M. FRASER, C. H. ROBERTS, «A new Letter of Apollonios», *Chronique d'Egypte*, XXIV (1949), pp. 289-294.
93. U. WILCKEN, «Zur Trierarchie im Lagidenreich», *Raccolta Lumbroso* (1925), pp. 93-99. Cf. *P. Cairo-Zenón*, 59036.
94. Cf. L. CASSON, *Ships and Seamanship in the ancient World* (Princeton, 1971), pp. 97-140 (fuentes y bibliografía).

CAPÍTULO III

La economía real

1) *DIVERSIDAD DE FUENTES, DIVERSIDAD DE SITUACIONES*

Sería imposible hacer una historia económica continua de la época helenística. En efecto, las fuentes se distribuyen de forma esporádica tanto en el tiempo como en el espacio. Así, la obra fundamental de M. Rostovtzeff, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941) no es más que una serie de monografías que el autor no vincula demasiado sólidamente entre sí.

La economía egipcia es la que se nos aparece con mayor claridad, gracias a los papiros griegos y demóticos. Ahora bien, se trata del Egipto rural, que depende directamente de la administración real, donde se ajustan fiscalidad y economía. Hay que decir, además, que los papiros ptolemaicos proceden en su mayoría del oasis de El Fayum y, más concretamente, de dos aldeas. La primera de ellas es Filadelfia, donde a mediados del siglo III reinaba un clima de iniciativa excepcional gracias a la explotación de un gran dominio *(dorea),* cuyo usufructo había sido cedido por el rey a su ministro Apolonio.[1] En segundo lugar, hemos de citar a Tebtunis, a finales del siglo II, época en que la gestión de la tierra real cayó en la rutina.[2] Añadamos a eso las informaciones sobre las condiciones de arrendamiento, las *Revenue Laws* de Ptolomeo Filadelfo,[3] una disposición definiendo las funciones del ecónomo,[4] algunos documentos del *Serapeum* de Menfis y de la región tebana,[5] un millar de recibos de impuestos sobre fragmentos de barro cocido *(ostraca),* contratos privados y cuentas donde se recogen alquileres, precios y salarios, y veremos que, incluso en

el caso de Egipto, subsisten extensas lagunas. Por ejemplo, ignoramos el funcionamiento de la economía de los templos, de Alejandría y, más aún de Menfis, Naucratis y Tebas, así como el proceso de formación de una economía real por Ptolomeo Sóter o por Ptolomeo II, que vemos ya en funcionamiento en tiempos de este último monarca. Salvo algunos indicios, nada sabemos de las familias egipcias de notables, aunque es cierto que se puede esperar obtener más información de los documentos demóticos aún sin descifrar.

¿Qué podemos decir de los Seléucidas? Lo que sabemos sobre su economía es tan poco —salvo algunas indicaciones sobre el sistema fiscal[6]— que Rostovtzeff ha tenido que imaginarla de acuerdo con el esquema de «la economía real» del libro II de la *Económica* del pseudo Aristóteles (*Soc. Econ. Hist. Hell. World*), pp. 422 ss. y 440 ss.). No es mucho más lo que sabemos sobre los Atálidas, hasta el punto de que ha bastado con variar la interpretación de una sola inscripción para echar por tierra la teoría de una economía estatal que Rostovtzeff creía poder atribuir a esta dinastía.[7]

Por lo que respecta a los Ptolomeos, la documentación que poseemos sobre los ingresos reales no corresponde al mismo nivel social que la documentación con que contamos en el caso de los Seléucidas.

En el caso de estos últimos, sólo conocemos el nivel superior: las satrapías o las ciudades.

Por lo que se refiere a los Ptolomeos, la información con que contamos corresponde a las contribuciones individuales o de las aldeas, por cuanto no existían satrapías.

Veremos cuáles eran las dificultades financieras de las ciudades. Por otra parte, en las cuentas de los templos —por ejemplo, en Delos— es posible obtener información sobre precios, alquileres y salarios.

Por su parte, los historiadores antiguos —ya lo dijimos— no prestan la necesaria atención a las causas o los efectos económicos de las guerras. No obstante, encontramos en Polibio algunas indicaciones de tipo económico. Nos da información sobre Bizancio, para explicar la guerra que Rodas hizo contra ella (IV, 38-47); sobre la riqueza de la Media, proveedora de caballos para los Seléucidas (V, 44, 1 y X, 27, 1); sobre los ingresos de Rodas, según una fuente rodia (XXX, 31). Estrabón explica bien, aunque muy brevemente, la economía de Alejandría (XVII, I, 7 = C 792), de Delos (X, V, 4 = C 485-486) o la de Rodas (XIV, II, 5 = C 652). Por lo demás, sólo contamos con hechos aislados.[8] No es posible hacer generalizaciones puesto que el mundo helenístico no presenta una estructura única. Los reinos, ni siquiera Egipto, no conocían la centralización que existe en los Estados modernos.

Por lo que respecta a Oriente, la diversidad de la economía helenística

se explica por la supervivencia de las entidades regionales, en razón de la autonomía de las satrapías en el imperio aqueménida. Grecia estaba totalmente dividida en ciudades y, por ello, fraccionada en pequeñas entidades que pretendían mantenerse autárquicas. Por lo que sabemos, las ligas no tuvieron nunca un programa económico. Entre los Seléucidas, las ciudades se hallaban agrupadas en algunas regiones. La diversidad de su vocación económica tenía una larga tradición. También en el reino seléucida subsistían grupos nómadas, en Jordania y Mesopotamia (Estrabón, XVI, II, 26 = C 747-748), que, sin embargo, están ausentes por completo en la sociedad egipcia. Había etnias, también, que bajo los macedonios y, luego, bajo los partos continuaron dirigiendo a sus príncipes hereditarios.[9] Egipto, por sus tradiciones y por sus necesidades ecológicas, se prestaba mejor a una unificación económica, siempre que el rey tuviera un poder fuerte.

La guerra azotaba a Grecia con sus consecuencias económicas. A veces, la destrucción que provocaba era total; en el siglo III también devastó en varias ocasiones la Siria de los Lágidas. En cambio, en Egipto sólo se produjo en dos ocasiones, con Pérdicas y con Antíoco y, únicamente, durante cortos períodos. Por contra, en la primera mitad del siglo II se produjo la secesión de la Tebaida.

Tampoco la función económica de los templos puede plantearse según un esquema único. Ciertamente, en Egipto eran ricos, pero apenas conservaron poder político, a no ser el que suponía que el sumo sacerdote de Menfis coronara al faraón Ptolomeo. Por el contrario, en la Jerusalén seléucida del siglo II, el templo era todavía una entidad política.[10] En Grecia, en Egipto y en algunas ciudades del Asia Menor, los dominios de los templos constituían una reserva de alimentos,[11] pero ignoramos si desempeñaron la actividad «industrial» que ejercían, además, en los templos de Egipto[12] o en la ciudad-templo de Borsipa, en Babilonia.[13]. En cualquier caso, la prosperidad de Delos no se basaba en una actividad industrial que estuviera bajo el control de sus templos.

También la situación de los agricultores era diferente. En el caso de los Seléucidas se aprecian todavía rasgos serviles,[14] En Egipto, la tierra real era arrendada a campesinos libres que, sin embargo, se pretendió vincular a la tierra cada vez más.[15] En Grecia, el rico propietario siempre había poseído esclavos; el pequeño cultivador libre, del tipo del Díscolo de Menandro, que trabajaba su propia tierra, vivía a menudo en condiciones muy difíciles. Pero a no ser por la comedia de Menandro, nada sabríamos de su existencia. La economía de tipo urbano dejaba subsistir regiones rurales en zonas montañosas, caso de Epiro. Esparta renunció al comercio, al igual que, en un determinado momento, Tebas[16] negó el acceso a las magistraturas a aquellos que no hacía al menos diez años que no practica-

ban una actividad comercial. Muchas veces, las ciudades sufrían de escasez de tierras de cultivo, pero también de escasez de hombres. En los centros más importantes, la necesidad de importar productos alimenticios pudo estimular la industria con miras al comercio.

La trata de esclavos fue un elemento importante del mundo griego, pero que sólo aparece en los decretos que honraban a quienes rescataban a sus conciudadanos que habían sido apresados por los piratas. Tampoco el comercio con los nómadas ha dejado muchas huellas, a no ser de tipo arqueológico.

Por último, carecemos de datos cuantitativos suficientes sobre el volumen de la producción, del comercio, de las emisiones monetarias y de la población, así como sobre la movilidad de los bienes. No obstante, hemos de hacer referencia a dos censos. En primer lugar, hubo un censo en Atenas, en tiempo de Antípatro y Demetrio de Falero.[17] Por otra parte, en Alejandría, Diodoro[18] consultó los «registros sagrados». Y, desde luego, el arrendamiento del aceite (*Revenue Laws,* cols. 60-72) preveía, en función de los censos de población, las superficies donde debían cultivarse plantas oleaginosas, en beneficio de los nomos deficitarios y de Alejandría.[19] En la Palestina lágida hubo censos de ganado y de esclavos (*Corp. Ord. Ptol.,* 21-22), al igual que en Egipto (*P. Tebtunis* 703, ll. 165-174: ganado; y *P. Rendell Harris* 61: esclavos).

Las *Geoponica* constituyen la única obra técnica sobre economía que nos ha legado la época helenística, aunque ciertamente hubo otras, incluso algunas escritas por los reyes (Ptolomeo Evergetes II y Atalo III). Plinio cita algunas de ellas en la lista de sus fuentes, que menciona en el libro I de su *Historia Natural.*

El mundo helenístico no supo aprovechar al máximo su extensión y las diferencias de potencial entre sus regiones. Nadie supo comprender –lo cual había sido explicado por Jenofonte en su *Económica*– que la prosperidad se nutre de la prosperidad de los demás y no de su miseria. La actividad básica fue siempre la desposesión del otro, ya fuera por la guerra o por la revolución; de ahí la importancia correlativa de las donaciones y de la tesaurización. Podemos afirmar que la época helenística no fue innovadora sino que, más bien, se aferró a la tradición.

2) *LA ECONOMÍA REAL*

a) *La riqueza de los reyes: intento de evaluación*

El tributo, la tierra real que producía ingresos en concepto de arrendamientos y de impuestos, y los botines eran los frutos inmediatos de la victoria. Además de eso, los impuestos que gravaban a las personas y sus bienes, por ejemplo, los impuestos sobre las profesiones, el ganado, los esclavos, los derechos de transmisión de herencia, las aduanas y derechos de entrada, la venta de derechos sacerdotales, los ingresos de las minas y las salinas, los impuestos extraordinarios, los regalos y las coronas que recibían de las ciudades, hacían que afluyera a su poder una ingente cantidad de recursos.[20] Diodoro (XXXIII, 18) describe la admiración que produjo en los romanos que, con Escipión el Africano, fueron como embajadores a Egipto, las inmensas riquezas que les mostró el rey Ptolomeo. Por otra parte, los romanos (Horacio, *Odas* I, 1, 11-13; II, 18, 5-6) consideraban que los Atálidas eran inmensamente ricos, lo cual viene corroborado por la importancia de sus regalos.

De cualquier forma, sólo en el caso de los Lágidas es posible intentar una aproximación de la cuantía de esas riquezas.

Sus ingresos anuales en dinero variaban entre los 10 000 y 15 000 talentos.[21] Evaluemos estos ingresos en términos de jornadas de trabajo de un trabajador agrícola que, en Egipto, ganaba por término medio un máximo de 2 óbolos por día, o sea, 120 dracmas anuales.[22] Dado que un talento valía 6000 dracmas, los ingresos de los Ptolomeos equivalían a un total de 500 000-750 000 salarios de un obrero agrícola.

A esto hay que añadir los ingresos en trigo. San Jerónimo (*Com. a Daniel,* XI, 5) cita una cifra demasiado baja[23] de 1 500 000 artabes para Ptolomeo Filadelfo. Creemos que una cifra de unos ocho millones de artabes estaría más próxima a la realidad, cantidad que exigió Justiniano a Egipto por el Edicto XIII, § 7. El artabe, equivalente a 30 o 40 litros, es decir, entre 24 y 32 kg de trigo, era la ración mensual media de un hombre, o sea, 1 kg de pan completo por día para el artabe de 40 litros.[24] Si calculamos una media de ingresos anuales para los reyes de seis millones de artabes (esta cantidad era la que Augusto exigía a Egipto, según Aurelio Víctor, *Epitome,* I, 4) y, por otra parte, un consumo de 12 artabes anuales por persona adulta, estos ingresos equivaldrían a la alimentación necesaria para 500 000 personas.

Así pues, la capacidad económica de un Ptolomeo era del orden de la que tenían 500 000 personas. Estableciendo una comparación, la Atenas de Pericles habría contado, en 431 (según Jenofonte, *Anábasis,* VII, 1, 27),

con unos ingresos anuales de 1000 talentos[25] y la riqueza total de los atenienses, tanto en bienes muebles como inmuebles, en el momento de la guerra contra Lacedemonia en su condición de aliados de Tebas, no alcanzaría los 6000 talentos, según Polibio (II, 62).

Por enormes que puedan parecer los recursos de los Ptolomeos, no constituían una parte exagerada del trabajo del país. No poseemos información alguna sobre la renta nacional, a fin de fijar la proporción, pero podemos intentar una aproximación. Si partimos de una población de 7 millones de habitantes, que Diodoro (I, 31, 6-8) atribuye al Egipto «de otro tiempo», podríamos pensar en una población de 3 millones de trabajadores, ya que había mujeres que trabajaban[26] y que los niños comenzaban a trabajar a temprana edad. Atribuyamos a esos 3 millones de trabajadores un salario medio de 2 óbolos diarios o 1 millón de dracmas diarios, 360 millones por año o 60 000 talentos. Según esta evaluación, los 10 000 talentos anuales del rey representan la sexta parte de todo el trabajo de Egipto (15 000 talentos supondrían la cuarta parte). Son demasiados los datos que ignoramos para sacar conclusiones seguras de este cálculo. Ante todo, hemos de decir que los ingresos del rey no procedían únicamente de Egipto. Hasta el año 200 contribuyó Siria-Palestina y otro tanto hay que decir, hasta fechas distintas, de las otras partes del imperio egeo y Chipre. Digamos que nuestras cargas fiscales son cuando menos del mismo orden y, muchas veces, más elevadas. Es cierto, que, en nuestro caso, los impuestos revierten al contribuyente en forma de servicios organizados por el Estado, lo cual, como veremos, no ocurría en Egipto, donde además la redistribución de la renta que se efectuaba tenia lugar en forma de donaciones. Ahora bien, estas donaciones iban a parar a los templos, bastión de la aristocracia egipcia, y a las ciudades griegas del exterior. Hemos de mencionar también los salarios de los soldados griegos. De esta forma la redistribución sólo afectaba a dos sectores privilegiados de la sociedad.[27]

Por otra parte, los ingresos que el rey obtenía en forma de trigo, si equivalían a la alimentación necesaria para 500 000 personas, serían del orden del 7 % del alimento consumido por 7 millones de habitantes. Aun en el caso de que dobláramos ese porcentaje, la cantidad seguiría siendo inferior a los porcentajes del 30-40 % de la producción, que los propietarios privados del Egipto romano y algunos clerucos de la época ptolemaica exigían a sus arrendatarios[28] en concepto de arriendo (*P. Tebtunis,* 815), arriendos que, por lo demás, eran los que los Ptolomeos obtenían de las mejores tierras reales.[29]

Una gran desigualdad preside el reparto de las exigencias del rey. En efecto, el campesino pagaba, en concepto de arriendo, en torno al 40 % de la producción de trigo de un buen suelo. En cuanto a los artesanos, los

impuestos variaban entre el 33 1/3 y el 25%.[30] Por lo general, los campesinos y artesanos eran egipcios. Por contra, el viticultor, casi siempre griego, sólo pagaba la sexta parte —es decir, alrededor del 17%— de su cosecha. (No se han incluido, para ningún productor, los pequeños impuestos adicionales.) En cuanto a los mercenarios griegos, tenentes de cleruquías, no pagaban nada en concepto de arriendo, sino tan sólo impuestos sobre la tierra cuyo usufructo les era concedido. Es verdad que tenían que satisfacer prestaciones militares, pero en las acciones guerreras podían participar del botín. En definitiva, podemos concluir que las cargas fiscales pesaban mucho más sobre el campesino egipcio que sobre el griego.

b) *El botín*

En los capítulos dedicados al rey y a la guerra hemos explicado el significado político del botín. Haremos referencia, aquí, a su importancia económica. Aristóteles (*Política,* 1256 B) menciona la guerra como una de las técnicas naturales de adquisición económica.

El botín que Alejandro Magno consiguió en Persia hizo que en Grecia descendiera el precio del oro. Nuestras cifras proceden de los autores antiguos y hay que tomarlas con reservas. Polibio critica las cifras exageradas que da Filarco (II, 62) sobre el botín.

El rey tenía que dar a sus tropas la posibilidad de saquear ciudades, si no quería que sus soldados le abandonaran.[31] El botín se conseguía al apoderarse del tesoro que los generales y los reyes siempre llevaban consigo en toda campaña guerrera, o bien por el pillaje de ciudades o templos o mediante la conquista de un palacio real.

Por ejemplo, la ocupación de la ciudad de Seleucia del Orontes reportó a Ptolomeo III 1500 talentos de plata, es decir, aproximadamente el 10% de sus ingresos anuales (*P. Gurob* reeditado por Wilcken, *Chrestomathie der Papyr.,* núm. 1; cf. *OGIS* 56, l. 10, y 54, l. 20). Según la Estela de Phitom,[32] el botín que Ptolomeo IV consiguió en Rafia fue inmenso. Antíoco IV habría obtenido, en 168, un «enorme» botín en su campaña en Egipto (Daniel, XI, 29; *I Macabeos,* I, 19; Polibio, XXX, 26; sobre el saqueo de los templos egipcios, *P. Tebtunis,* III, 781). El mismo Antíoco habría obtenido 1800 talentos en el templo de Jerusalén (*II Macabeos,* 5, 21; *I Macabeos,* 1, 21). En 206, Antíoco III habría obligado al rey indio Sofagaseno a que le entregara un número de elefantes con ocasión de una alianza que estableció con él (Polibio, XI, 34). Asimismo, habría obtenido de los gerreos, en concepto de homenaje, 500 talentos de plata, 1000 talentos de incienso y 200 talentos de una esencia llamada *stacte* (Polibio, XIII, 9, 4).

Demetrio I habría obtenido de Orofernes 1000 talentos de plata por haberle reinstaurado en su trono de Capadocia (Apiano, *Sir.*, , 47; Diodoro, XXXI, 32, dice que fueron 1070 talentos).[33] Ya hemos visto que tampoco los templos quedaban al margen del pillaje.

Durante el siglo II, las ciudades griegas fueron sometidas a una dura prueba, ya que fueron saqueadas de forma sistemática por los etolios, por los reyes de Macedonia y por los romanos. La situación era particularmente dramática en las ciudades más pequeñas, donde la población podía ser vendida como esclavos si los ocupantes consideraban que el botín no era lo suficientemente rentable.[34] Esto provocó un desplazamiento de la mano de obra y, entre los compradores de esclavos, la depreciación del trabajo libre. Al mismo tiempo, la venta de hombres libres como esclavos —generalmente, éstos eran enviados a Roma— agotó la reserva de soldados de que podía disponer el mundo de las ciudades griegas.

En el capítulo del botín, el epíteto «pasivo» determina más aún, tal vez, que el epíteto «activo» la historia del mundo helenístico.

En efecto, en el siglo II, los romanos victoriosos desangraron una y otra vez los tesoros reales. Tras la victoria de L. Escipión el Asiático y de Emilio Regilo sobre Antíoco III, Tito Livio (XXXVII, 59) enumera minuciosamente las monedas de plata y de oro, los objetos de orfebrería finamente trabajados y los 1231 colmillos de elefantes que exhibieron en su desfile por las calles de Roma. Flaminino llevó en triunfo hasta Roma el botín que había capturado a Filipo V tras la batalla de Cinoscéfalos. Plutarco, que utiliza la información de un tal Tuditano, cuya obra se ha perdido, menciona 3713 libras de oro en lingotes, 43 270 de plata y 14 514 filipos de oro. Por otra parte, la indemnización de guerra ascendía a 1000 talentos (*Flaminino,* 14). El triunfo de Paulo Emilio, vencedor de Perseo en Pidna, en 168, fue, durante tres días, un desfile de armas de un cúmulo de estatuas y luego «tres mil hombres llevaban moneda de plata en 750 esportillas de tres talentos»... los portadores de monedas de oro exhibieron 77 esportillas y «una copa sagrada que Paulo Emilio había hecho fabricar, con un peso de diez talentos e incrustada de piedras preciosas»; luego seguía la orfebrería, en la que destacaba especialmente la vajilla de oro (Plutarco, *Paulo Emilio,* 31-32). A esto habría que añadir los tributos que se pagaban a los galos, pero estos gastos correspondían fundamentalmente a las ciudades.[35]

Hay que mencionar las indemnizaciones de guerra.[36] En los doce años posteriores, a 189, Antíoco III tuvo que pagar a Roma 15 000 talentos (Tito Livio, XXXVIII, 38). El montante de las indemnizaciones y botines que los romanos se llevaron de Grecia entre 201 y 167 fue de unos 12 000 talentos,[37] aparte de la indemnización de Antíoco III.

Las exhibiciones de los triunfos romanos demuestran que los reyes

acumulaban ingentes riquezas. La economía helenística tenía tendencia a la tesaurización siguiendo en esto la doble tradición que se remontaba a los tiempos homéricos y a las monarquías orientales, faraones y reyes de Asia.[38] Sin duda, uno puede extrañarse, junto con Tito Livio (XLV, 40) de que «Perseo pudiera acumular tanto dinero de los ingresos de las minas, e impuestos en los treinta años que siguieron a la guerra que Filipo libró con los romanos», y ello tras la sangría que Flaminino había efectuado en los tesoros de Macedonia. Tal vez se ha exagerado la cuantía del botín de Paulo Emilio en 168.

La necesidad de rehacer sus tesoros después de las derrotas lanzaba a los reyes a guerras constantes, cuyos resultados eran cada vez menos claros.

Según Diodoro (XXXI, 16), Antíoco IV, a diferencia de los demás reyes, que ocultaban sus tesoros a la codicia de los romanos, decidió hacer, en los Juegos de Dafne de 166, una suntuosa exhibición de sus riquezas. Era un desafío. En efecto, Polibio (XXX, 25-27) ve en ese cortejo de soldados adornados de plata y oro, en esos esclavos cargados con objetos de orfebrería, en esos banquetes y competiciones, una respuesta a los juegos organizados por Paulo Emilio en Macedonia tras su triunfo sobre Perseo. Polibio explica que para sufragar los gastos de esa demostración de poder, Antíoco utilizó el botín que había conseguido en Egipto en 168. Los Seléucidas proclamaban esta riqueza en Roma, en un intento de disuasión: el embajador de Antíoco III recordó a los romanos –lo cual ellos ya sabían– que los reinos de Asia rebosaban oro (Tito Livio, XXXV, 48, 7). Fue una intención propagandística la que animó a Ptolomeo II, el rey más rico de su época,[39] a organizar en Alejandría el desfile de sus tesoros, que ha descrito Calíxeno de Rodas (*apud* Ateneo V, 196-203), aunque, sin duda, exageró un tanto en su descripción.

El capítulo de los ingresos inmediatos del rey se completaba, finalmente, con las cantidades que obtenía de las *multas* y las *confiscaciones*.

c) *La explotación real de la tierra*

Los reyes de Egipto y los Seléucidas poseían inmensas extensiones de tierra, sobre las que tenían derechos más o menos amplios: propiedad de la tierra real, control de las tierras sagradas, impuestos en las tierras cedidas o en las cleruquías.

Sólo por lo que respecta a Egipto conocemos el sistema de ingresos en trigo.[40] Trataremos de describirlo a grandes rasgos.

La recogida de trigo se efectuaba por un doble concepto: arrendamiento de la tierra real e impuestos.

La siembra de las tierras de propiedad real era objeto de un programa, *diagraphe sporou,* distribuido por aldeas tras la concertación entre la aldea y la administración central.[41] Los funcionarios reales estaban obligados a hacer que se cumpliera ese programa, bajo la vigilancia del ecónomo del nomo, que supervisaba la situación de la siembra (*P. Tebtunis,* 703, ll. 57-60; *P. Lille,* 26; *UPZ,* 110, l. 42). En ocasiones, las discusiones entre los campesinos y los funcionarios eran muy agrias, llegándose incluso a la huelga (*P. Soc. Ital.,* 502). No sabemos si el programa de la siembra se aplicaba únicamente en las tierras reales o a todas las tierras, lo cual implicaría un dirigismo más marcado de la economía.

Los servicios del rey prestaban a los cultivadores las semillas y los útiles de labranza.

Después de la cosecha, el trigo era trillado en la era común de la aldea (*P. Tebtunis,* 27). Allí mismo se efectuaba la detracción real, tras lo cual el campesino recibía la parte que le correspondía. El rey recibía el importe del arriendo –según la calidad de la tierra, hasta el 40 o el 50% de la cosecha–, el impuesto sobre la tierra, de un artabe por arura, y otra serie de impuestos menores. Una vez que había pagado el arriendo y los impuestos y había reembolsado el préstamo de la semilla de un artabe por arura, al campesino le quedaban de 3 1/2 a 4 artabes por arura, es decir, menos de la mitad de la cosecha.

Una serie de bateleros privados, contratados al efecto, transportaban el trigo a Alejandría, donde era entregado en los almacenes reales y, desde allí, distribuido al ejército,[42] vendido a la población o a compradores extranjeros, o regalado[43] a ciudades griegas o a los templos egipcios para contribuir a la propaganda política del rey.

Sabemos que una parte del trigo era vendido a compradores extranjeros.[44] Algunos historiadores se han preguntado si acaso los Ptolomeos intentaron, mediante presiones políticas, reservarse la clientela de determinadas regiones. En realidad, los indicios que creían tenerse de que eso era así[45] no resisten un análisis objetivo,[46] como hemos visto en el capítulo dedicado a la guerra. Parece que, una vez efectuada la detracción real, el comercio del trigo restante era libre.

El rey poseía cabezas de ganado mayor y menor, que era censado y arrendado a los agricultores. El ecónomo supervisaba la crianza de las terneras reales, cuya ración diaria era fijada por decreto (*P. Tebtunis,* 703, ll. 63-70 y 183-191). Pero algunos campesinos poseían su propio ganado. La existencia de un impuesto sobre ese ganado, así como sobre los corderos y las palomas, suponía un censo y una declaración, sistema que funcionaba también en la Palestina lágida (*Sammelbuch gr. Urk. aus Aeg.* 8008).

A todo esto hay que añadir los impuestos sobre la sal y sobre los pro-

ductos minerales del desierto, la explotación de las minas de oro, los derechos de transmisión sobre las ventas de los bienes raíces, lo que condujo al registro obligatorio de los contratos (*UPZ,* pp. 596-600), ya practicado, por otra parte, en las ciudades griegas (Quíos, según el pseudo-Aristóteles, *Econ.,* II, 1348 A; véase nuestro trabajo, *Écon. Lag.,* pp. 327 ss.). En definitiva, el rey obtenía en concepto de arriendo o de impuesto una parte de todo cuanto se producía y se vendía en Egipto. No se limitaba, pues, como los Seléucidas, a obtener un *phoros* global exigido a los sátrapas y a otras entidades, cada uno para su región,[47] salvo por el arrendamiento de los impuestos de Palestina en un momento determinado, si hemos de hacer caso a la historia del arrendatario José, que cuenta Flavio Josefo (*Ant. Jud.,* XII, 175-176). Sólo en un momento determinado, pues, por otra parte, en la Palestina lágida tenemos información de percepciones individuales después de un censo (cf. M. Th. Lenger, *C. ord. Ptol.,* 21). Mencionemos, por último, las prestaciones personales.

d) *El arrendamiento*

En cuanto a los restantes productos agrícolas que servían para la explotación de una industria, como el lino, el papiro, las plantas oleaginosas o la uva, lo importante era asegurar su conversión en dinero en beneficio del rey. Problema típico del contacto entre una economía urbana monetaria y una economía agraria.[48] El rey necesitaba dinero, y el dinero estaba en manos de los griegos.

En efecto, Egipto no conoció el uso generalizado de la moneda del rey sino desde los Lágidas, y los impuestos en especie siguieron siendo fundamentales. La percepción y la conversión en dinero de los productos de la industria agrícola habrían de operarse bajo la garantía del capital monetario griego, es decir, por intermedio del *arrendamiento.* Para que el arrendatario pudiera evaluar el rendimiento del impuesto cuya recaudación asumía, necesitaba que el rey le garantizase un mínimo de productos imponibles. Ése es el motivo de la existencia de programas de producción agrícola e industrial que acompaña, por ejemplo, a los pliegos de condiciones del arrendamiento, *Revenue Laws,* cols. 60-70. El compromiso del rey estaba garantizado por la responsabilidad de los funcionarios encargados de supervisar la ejecución del programa.

Exponemos a continuación el régimen de producción de aceite de consumo y de iluminación, tal como aparece en el pliego de condiciones de arrendamiento, *Revenue Laws,* cols., 38-72, del año 259. Las semillas oleaginosas eran prestadas, a los cultivadores. Cuando se aproximaba el momento de la cosecha, los funcionarios reales evaluaban su cuantía, de

acuerdo con el cultivador. Luego, toda la cosecha era vendida al arrendatario a los precios fijados. Los campesinos no guardaban nada para la venta libre. Cualquier déficit con respecto a la estimación de la cosecha debían pagarlo los funcionarios, que eran los responsables. El grano vendido en arriendo era trabajado en las aceiterías, privadas o instaladas en los templos y cuyas prensas eran selladas durante la temporada de inactividad para evitar una producción clandestina. Una vez fabricado, el aceite era vendido a quienes querían encargarse de su posterior venta al por menor, mediante una adjudicación que afectaba, no al precio ya fijado, sino a la cantidad que los comerciantes se comprometían a vender. El precio era muy superior a los que regían fuera de Egipto, por ejemplo, en Delos.[49] El mercado interior de Egipto debía ser protegido, por tanto, mediante elevados aranceles, que se elevaban hasta al 50 % para el aceite extranjero (*P. Cairo-Zenón,* 59012). Los templos estaban autorizados a producir el aceite que consumían, pero no para la venta.

Así pues, el control estricto de la producción no tenía otro objetivo que el de garantizar al arrendatario el producto sobre el que se percibía el impuesto de *elaike,* cuya recaudación él había garantizado al rey. El planteamiento era, pues, fiscal y no económico.

En cuanto a la detracción real sobre el producto de las industrias textiles, el esquema se inspiraba en el mismo objetivo de garantizar al arrendatario una producción que le servía de base para la recaudación del impuesto (*P. Revenue Laws,* cols. 87-107).[50] El programa de la siembra de lino y la calidad de las telas estaban previstos (*P. Tebtunis,* 703, ll. 87-117). Los tejedores estaban agrupados en corporaciones solidariamente responsables. Sin embargo, los templos que contaban con talleres donde se tejía el *byssus* estaban sometidos a aprovisionamientos obligatorios.[51] Sin duda, otras disposiciones regulaban el aprovisionamiento de tejidos de lana para el ejército.[52] Se traslucen algunas medidas referentes a la organización de la venta de tejidos destinados a la exportación (*Revenue Laws,* cols. 93-94).

La percepción del impuesto de un sexto sobre el producto de los viñedos y de los huertos, cuyos ingresos debían servir para remunerar el culto de la deificada reina Arsínoe II, también era objeto de un pliego de condiciones de arrendamiento (*Revenue Laws,* cols. 23-36). En esa actividad no podía existir un programa de producción, pero el arrendatario podía conocer la extensión de los viñedos y su edad, evaluando así su rendimiento. En el momento en que la uva estaba madura, se evaluaba la cosecha en presencia de un delegado del arrendatario, de un delegado del ecónomo real y del viticultor. Éste elaboraba todo el vino bajo el control de los dos delegados (col. 25). Las prensas de vino debían ser declaradas y, también en este caso, selladas después de haber sido utilizadas, para evitar la fabricación clandestina.

Algunas profesiones se ejercían bajo licencia arrendada individualmente por cada artesano, como sucedía por ejemplo, con el cervecero. La detracción real era de la tercera o la cuarta parte del rendimiento. En el caso de la pesca, la detracción era de un cuarto. La producción de papiro también estaba controlada y la venta se adjudicaba por arrendamiento (*P. Tebtunis,* 709).

El arrendatario, que debía al rey sumas por las que se había comprometido, pero que aún no había recibido (el dinero lo obtendría de la venta de los productos), estaba sometido a control y debía aportar garantías.[53] En primer lugar, comprometía sus bienes como garantía. Además, los contribuyentes y los compradores al por mayor entregaban obligatoriamente a la banca real —en la cuenta del arriendo— lo que debían al rey. Ese dinero permanecía inmovilizado hasta el final del ejercicio. Todos los meses, los bancos sometían las cuentas del arriendo a los ecónomos, que las verificaban y hacían balance (*Revenue Laws,* col. 16; *UPZ,* 112, cols. IV y V). Las copias selladas de los balances eran enviadas a Alejandría, al dioceta o al eclogista, gran contable del reino (*Revenue Laws,* col. 18, ll. 6-9). El excedente eventual de la recaudación sólo se entregaba al arrendatario al final del ejercicio. En caso de déficit se recurría a las garantías y se pedían responsabilidades a los funcionarios.

e) *Responsabilidades de los funcionarios*

Su responsabilidad en la ejecución de los programas impulsaba a los funcionarios a ejercer presiones sobre los contribuyentes y, de forma especial, sobre los campesinos. Ello provocaba enfrentamientos que la política real intentaba evitar. Los diocetas condenaban en sus escritos (*P. Tebtunis,* 703 y *UPZ,* 110) los abusos de autoridad en las aldeas. Tras las revoluciones del siglo II, los edictos protegían a los campesinos, revelando, así, la gravedad de esos abusos (*P. Tebtunis,* 5).

La abundancia de controles entorpecía de alguna manera el flujo de los ingresos hacia el tesoro real. «Ordenen a los arrendatarios que envíen urgentemente a sus agentes», escribe un viticultor que no podía vendimiar sino en presencia de aquéllos. Y añade: «La uva se seca y pronto no quedará nada» (*P. Sorbonne inv.,* 582, publicado por P. Collart y P. Jouguet, *Raccolta Lumbroso,* 1925, pp. 121-126).

f) *¿Burocracia oriental?*

Con frecuencia se considera que esa proliferación de controles era una manifestación de la «burocracia oriental». Por nuestra parte, no creemos

que pueda reducirse todo a una herencia de Oriente. En efecto, se trata de las consecuencias del arrendamiento, que es una institución griega. Además, el control minucioso de quienes manejaban fondos públicos —arrendatarios o magistrados— es típico de la ciudad griega. Aristóteles (*Constitución de Atenas,* 47 y 54) nos habla de ello, y la normativa para la compra y distribución de trigo en Samos, en el siglo II, demuestra también cuanto acabamos de decir (*Syll.,* 3.ª ed., 976). Por contra, la recaudación de los impuestos en especie (en trigo), institución «oriental», y que era tradicional en Egipto, sólo exigía controles muy simples.

g) *¿Monopolio? ¿Economía de Estado? ¿Economía dirigida?*

Éstas son las expresiones que se utilizan, generalmente, para caracterizar la economía de los Lágidas.[54] Estos calificativos se aplican por la extrañeza de los historiadores ante la minuciosidad de los controles, la prohibición de la fabricación clandestina, la definición estricta de los productos manufacturados y los programas de producción.

Pero, de hecho, esa normativa tan compleja sólo responde al deseo de proteger el arrendamiento, nunca al de promover técnicas nuevas (el caso de la *dorea* de Apolonio, sobre el que volveremos más adelante, es verdaderamente excepcional). No encontramos manufacturas propiamente reales ni almacenes del Estado que gozaran de un monopolio de venta. Los pequeños comerciantes del aceite y los artesanos de los templos conservaban su lugar dentro del sistema de control. Más aún, eran los comerciantes del aceite los que, en el momento de la adjudicación, evaluaban la cantidad que creían poder vender. Si el programa de producción de aceite de los nomos (*Revenue Laws,* cols. 60-72) estaba pensado para asegurar la alimentación de los nomos deficitarios y de Alejandría, lo cierto es que las ciudades griegas tomaban medidas similares para organizar sus reservas de trigo.

El rey no hizo otra cosa sino superponer, a la estructura básica del mundo egipcio, dos instituciones griegas vinculadas a la introducción de la moneda: el arrendamiento, al que acabamos de hacer referencia, y la banca.

h) *La banca*

Los bancos estaban arrendados (*Revenue Laws,* cols. 73-78)[55] y desempeñaban diversas funciones. El arrendatario compraba el derecho exclusivo de vender, comprar y cambiar la moneda. Monopolio, pero no monopo-

lio de Estado. En tanto que cajas reales, los bancos recibían el producto de los impuestos y de las prestaciones, que el intermediario del arriendo ingresaba en la cuenta del rey. Eso hacía que hubiera bancos incluso en las aldeas. Los bancos entregaban, pues, un gran número de recibos de impuestos. En ellos se depositaban los títulos de los créditos que los arrendatarios y sus avalistas daban como garantía de su gestión del arriendo. Por otra parte, los bancos recibían depósitos de particulares y realizaban pagos en su nombre. Hacían que el dinero del rey y de sus clientes privados produjera beneficios concediendo préstamos de los que ellos eran garantes. Al parecer, la naturaleza de esas garantías estaba determinada por el rey. De cualquier forma los bancos no tenían el monopolio de las operaciones de préstamo. En efecto, por los papiros conocemos muchos contratos de préstamo concluidos entre particulares.[56] La tasa mínima de interés, del 24 %, era fijada por la legislación real, desde mediados del siglo III.[57] El interés prácticamente el doble del que regía en el mundo helenístico, mantenía una política de dinero caro, que redundaba en beneficio de los prestamistas y banqueros, pero que perjudicaba el espíritu de empresa que pudieran tener el campesino o el hombre de condición humilde. Sin duda, lo que se perseguía era atraer capitales extranjeros. Por otra parte, la reglamentación de la tasa de interés no era extraña a las prácticas de la ciudad griega. Tenemos un ejemplo de ello a mediados del siglo III (P. Cairo-Zenón, 59341).

En Alejandría los bancos hacían préstamos para viajes por mar. Tenemos un ejemplo, en el siglo II,[58] para realizar un viaje al mar Rojo, al país de los aromates.

La banca fue el instrumento para el perfeccionamiento del derecho de obligaciones. Heredera, en este aspecto, de la banca griega del siglo IV, sus libros revelan las transacciones y, especialmente, los pagos, que se realizaban a través de ella.[59]

i) *Los templos egipcios en la economía real*[60]

Los templos egipcios eran unas poderosas instituciones económicas. Desde la época faraónica estaban dotados de tierras que los reyes sucesivos ofrecían a los dioses, tierras cuyos ingresos servían para sufragar el culto real al mismo tiempo que el de los dioses. Poseían talleres, donde se fabricaban especialmente las más delicadas telas de lino, recibían ingresos de diversas aldeas, obtenían dones de los reyes, tanto en especie como en dinero, para la celebración de grandes fiestas, contaban con tesoros de objetos y lingotes de metal precioso. Los dioses eran ricos[61] y sus templos, autárquicos. Los Ptolomeos no dejaron de enriquecerlos.

Sin embargo, Ptolomeo II decidió la gestión real de al menos uno de los impuestos destinados al culto. En el año 259-258, transfirió al culto de Arsínoe II los ingresos del sexto del producto de los viñedos y los huertos, que antes recibían los templos directamente (*P. Revenue Laws*, cols. 33-34). Además, el arrendamiento de las tierras sagradas dependía de la administración real.[62]

Por otra parte, el disfrute de los ingresos de fundaciones que remuneraban a los servidores de los cultos, fue vendido a éstos por los servicios reales. Esos ingresos revertían a la corona a la muerte de los sacerdotes beneficiarios y, entonces, el rey volvía a venderlos una vez más.

Este sistema fue modificado poco a poco por los sacerdotes, que aspiraban a la propiedad y a la hereditariedad de sus cargos, es decir, de los ingresos concomitantes con esos cargos. Los reyes tuvieron que regresar muchas veces —lo que significaba que lo hicieron sin éxito— al sistema original.[63]

Finalmente, para poder contar con el indispensable apoyo de los templos en medio de los tiempos revueltos del siglo II, los monarcas tuvieron que desistir del derecho de administrar los bienes sagrados. En 118, una de las ordenanzas de pacificación de Evergetes II (*P. Tebtunis*, 5, ll. 57-61) reconocía los abusos que habían cometido los funcionarios reales y renunciaba a la gestión real del patrimonio de los dioses, así como a la percepción de impuestos sobre las tierras sagradas.

«Nadie tomará por medio de la violencia nada de lo que está consagrado a los dioses, no torturará a los encargados de los ingresos sagrados, no ocupará aldeas, tierras ni formará otros ingresos sagrados, no exigirá los impuestos debidos en concepto de asociaciones ni de «corona», no percibirá el impuesto de un artabe por arura sobre las tierras consagradas a los dioses, ni «protegerá», bajo ningún pretexto, las aruras sagradas que, por contra, se dejará que sean administradas por los sacerdotes».

j) *Las doreai*

Algunos griegos de alto rango fueron gratificados con porciones de la tierra real, las *doreai*, dominios sobre los cuales no gozaban de propiedad sino tan sólo del usufructo.

Han sido hallados los archivos[64] de una de esas *doreai*. Aunque están incompletos, contienen unos 2000 papiros. Son los llamados «Archivos de Zenón», del nombre del intendente que dirigía en Filadelfia, al borde de El Fayum, el dominio de unas 2500 ha que Ptolomeo II entregó, para su explotación, a su ministro Apolonio, a mediados del siglo III. Bajo el impulso directo del rey, se desarrollaron prometedoras iniciativas en

el campo de la agricultura. Una cuadrícula de canales, cuyo plano se conserva en el *Papiro de Lille*, aseguraba a esa tierra, demasiado elevada para beneficiarse de la inundación del Nilo y parcialmente inculta, posibilidades de iniciar cultivos nuevos. Del jardín botánico del rey se trasplantaron árboles frutales de Grecia, olivos, higueras, nogales, perales y granados que se pretendía aclimatar en la *dorea*. El rey ordenó que se experimentara una especie temprana de trigo que permitió una doble cosecha, y el ministro solicitó que se regara la tierra, con las manos si era preciso a fin de prepararlas para la segunda siembra (*P. Cairo-Zenón*, 59155). El cultivo de la viña fue introducido en sus especies más reputadas.[65] También se aclimataron corderos milesios. Estamos ante un intento de practicar una agricultura de alto rendimiento. Por otra parte, en Filadelfia se construyeron casas, cuyos muros estaban adornados con imitaciones de mármol, y templos dedicados tanto a los dioses egipcios como a los dioses griegos. La intensidad del trabajo y la novedad de las labores fue acusada por los campesinos egipcios contratados en calidad de arrendatarios o de obreros agrícolas. Protestaron porque se sentían presionados[66] y querían atenerse a los métodos tradicionales porque —así lo decían— no había nadie competente para guiarles. Fue también en Filadelfia donde el rey hizo preparar la tierra para jóvenes clerucos griegos a los que había dotado de tenencias. De todas formas, fueron bastantes los clerucos griegos que entregaron la tierra a censo a los campesinos egipcios y que, así, no se instalaron en el campo.

La mayor parte de los trabajos sobre economía egipcia que se han realizado desde hace medio siglo, destacan esta eficacia griega, ese racionalismo que se introdujo en el tradicional sistema de indolencia atribuido a Egipto. Posiblemente, en esa generalización y en esa complacencia en subrayar la penetración de una técnica superior en un medio indígena, hay una proyección inconsciente del colonialismo de la primera mitad de nuestro siglo.

Hubo otras *doreai*, destacando la de Betanah, en Palestina.[67]

Ciertamente, no podemos dejar de mencionar al hombre de negocios que era el ministro Apolonio. Si no fuera por sus archivos, nada sabríamos de los artífices de la prosperidad de Alejandría, de la amplitud de sus intereses y de la audacia de sus iniciativas.

En contacto constante con el rey, que le confiaba sus proyectos económicos (*P. Cairo-Zenón*, 59155), ese cario, formado en las técnicas de negocios de la ciudad griega, era el inspirador, sin duda, de las estructuras fiscales introducidas en el reinado de Ptolomeo II. Era, además, un hombre de negocios de estatura internacional. Sus agentes realizaban un comercio de esclavos en Idumea (véase V. Tcherikower-A. Fuks, *Corpus Papyrorum Judaicarum*, I, núms. 1-6). Probablemente, el jefe amonita

Tobías fue su corresponsal en estos parajes (*P. Cairo-Zenón,* 59075 y 59076). Apolonio invirtió su capital en un préstamo internacional en el que estaba implicada la ciudad de Halicarnaso (*P. Cairo-Zenón,* 59036). Celebraba con gran fasto los aniversarios reales (véase nuestro trabajo *Grecs en Egypte,* pp. 71-72). De su secretaría procedían cartas de un lenguaje conciso y perfecto y de una hermosa escritura de cancillería. Como confidente del rey, recomendaba a éste sus protegidos (por ejemplo, *P. Soc. Ital.,* 347, 361, y *Grecs en Egypte,* p. 81). Apolonio se hallaba, pues, en el centro de toda una red de influencias e intereses. Pero el favor que le había otorgado un rey le fue retirado por su sucesor. Ignoramos, así, cuál fue el destino de Apolonio, despojado de su *dorea* en tiempo de Evergetes I.

Este proceso, en el que el poder secundó a la iniciativa privada, no debía de ser único en la economía de los reinos helenísticos. A menor escala, los agentes reales y los mecenas en las ciudades debieron de basar muchas veces su fortuna de «bienhechores», en una hábil utilización del poder.

k) *El mercantilismo ptolemaico*

Aunque los Ptolomeos tenían importantes ingresos, necesitaban también otros productos que Egipto no se los proporcionaba; caso del hierro, por ejemplo, para los útiles de labranza. Por encima de todo, importaban una mano de obra constituida por técnicos griegos, a los que había que pagar: artistas, sabios y filósofos, ingenieros y arquitectos y, lo más importante de todo, los mercenarios y los caballos, los elefantes y las armas con que había que equiparlos.[68] Su política fuera de Egipto les llevó, asimismo, a comprar alianzas.

Esos gastos, a excepción de las donaciones de trigo, había que pagarlos en dinero. Egipto no contaba con un Laurion y los tributos de las posesiones exteriores se perdieron casi por completo en el curso del siglo II. Por tanto, Egipto debía exportar al mundo griego para transformar en dinero sus excedentes de trigo, transformación que aseguraba el arrendamiento de los otros ingresos. Sus campesinos autárquicos tuvieron que convertirse en vendedores para pagar los impuestos que debían satisfacer en dinero.

Desde el siglo IV, Egipto tenía una balanza comercial favorable con Atenas, lo cual le permitió acumular importantes tesoros de tetradracmas.[69] Los nomarcas de Cleómenes de Naucratis, el sátrapa griego al que Alejandro encomendó la administración de Egipto, no tenían duda de que «no podrían pagar sus impuestos (en dinero) si no podían exportar su trigo» (pseudo-Aristóteles, *Economica,* II, 2, 33 *a*).

Esta situación, que se prolongó en la dinastía de los Ptolomeos, ha sido calificada por Ulrich Wilken como un mercantilismo.[70] En efecto, se trataba, como en el caso de las monarquías europeas durante los siglos XVII y XVIII, de conseguir que ingresara la mayor cantidad posible de dinero en el tesoro real, mediante el desarrollo de las exportaciones. Una prueba de que ésa fue la política económica que intentaron aplicar los Ptolomeos, es la carta (*P. Cairo-Zenón,* 59021) dirigida por el director de la Moneda de Alejandría al ministro Apolonio, en el año 258. Una ordenanza de Ptolomeo II prescribía que se fundieran las monedas extranjeras y las antiguas monedas ptolemaicas para acuñar otras monedas nuevas. Pero las órdenes eran poco precisas en cuanto a la tasa de conversión. Todo estaba parado y «los extranjeros que desembarcan en Alejandría, grandes comerciantes y agentes de cambio [...], se irritan porque no se les acepta su moneda», impacientándose por no poder comprar mercancías. El director de la Moneda pidió instrucciones que le permitieran desbloquear la situación, que «perjudica gravemente los ingresos del rey». Y añadía: «considero que es beneficioso que se importe del extranjero la mayor cantidad posible de oro y que la moneda del rey sea siempre hermosa y nueva, sin que ello sea gravoso para él». Por lo demás, los teóricos de la economía y de la política del siglo IV habían reflexionado, ciertamente, acerca de las maniobras que había que realizar sobre la exportación y la importación y sobre la selección de mercancías o de dinero para los pagos que había que hacer (pseudo-Aristóteles, *Econ.,* II, 1).

Las *aduanas* eran un elemento importante de la política mercantilista. En una declaración en aduana de productos importados en Pelusa (*P. Cairo-Zenón,* 59012) vemos que se imponían aranceles del 20 al 50 %, que era precisamente la cuantía de los impuestos internos de los Ptolomeos. Tarifas compensatoriass que debían disuadir las importaciones de productos suntuarios.

El equilibrio comercial habría de ser favorable mientras en el mundo griego hubiera el dinero suficiente para comprar y Egipto tuviera productos para vender. La primera condición se deterioró en las guerras del siglo II, en las que se forjó la hegemonía de Roma. En cuanto a la segunda, la abundancia de quejas desde finales del siglo III indica que se estaban oxidando los engranajes de la economía egipcia como consecuencia de los abusos de los funcionarios. El rey respondió al movimiento de revuelta que paralizó el cobro de sus impuestos, renunciando a sus derechos e impuestos, sobre todo en las tierras de los templos.[71] Fue entonces, también, cuando Egipto perdió Siria y la mayor parte de sus posesiones exteriores.

Esta coincidencia explica el fracaso del mercantilismo en el siglo II y la catastrófica devaluación de la moneda ptolemaica.[72] La moneda de plata

no tardó en desaparecer y, con la moneda de bronce, Egipto se vio aislado del movimiento económico del resto del mundo. Los salarios no se reajustaron al valor de la moneda y una gran miseria se adueñó del país.[73]

Sin embargo, fue por entonces cuando Alejandría realizó sus intentos de navegación hasta la India.[74] ¿Acaso los romanos vencedores pedían ya que les hicieran llegar los productos del Lejano Oriente?

l) *Los ingresos de los Seléucidas*[75]

Ante todo, hay que subrayar la diversidad de situaciones en las que los Seléucidas podían exigir pagos por parte de sus territorios. En efecto, bajo su autoridad encontramos ciudades, poseedoras o no de autonomía y de privilegios fiscales, príncipes-clientes en las marcas del reino, pueblos como los judíos y templos que poseían grandes dominios.

Esta diversidad de relaciones se remontaba a los aqueménidas y a Alejandro Magno. Los Seléucidas conservaron de sus predecesores el esquema de la economía satrápica. La pieza esencial del sistema era el *phoros,* el tributo, que se pagaba en especie y en dinero, y cuya creación es atribuida a Darío por Heródoto (III, 89). También el libro II de la *Economica* del pseudo-Aristóteles hace del tributo (al que da el nombre de *tage*) un elemento característico de esta economía (1345 B). Esa prestación era debida de forma global por la satrapía y el rey no intervenía en su distribución en el interior de ésta (1348 A).

Al parecer, durante los Seléucidas, el *phoros* no sólo lo pagaban las satrapías sino también las entidades: ciudades, dinastas, pueblos y templos.

Las ciudades tenían que pagarlo salvo si quedaban exentas por un privilegio especial, que cada soberano confirmaba o denegaba.[76] Las ciudades veían en el tributo el signo de la sujeción. También los Atálidas exigían un tributo de las ciudades que estaban bajo su férula (Polibio, XXI, 24). En Jerusalén, salvo ciertas excepciones, el candidato a ocupar el cargo de sumo sacerdote que ofrecía al rey el tributo más alto, era quien solía obtener el nombramiento del rey (*II Macabeos,* 4, 27). También los dinastas tenían que pagarlo, como ya lo hacían en tiempo de los aqueménidas (Polibio, VIII, 23: Jerjes de Armosate).

También las aldeas podían estar sometidas al *phoros.* Esto es lo que se desprende de la inscripción de Sardes (W. H. Buckler y D. M. Robinson, *Sardis,* VII, *Greek and Latin Inscriptions,* 1932, núm. 1, l. 10) que relata la pignoración por el beneficiario Mnesímaco de varias aldeas que constituían una concesión real.

Además del *phoros,* que afectaba globalmente a las comunidades, los

Seléucidas recaudaban impuestos directos[77] sobre los individuos, sin que debamos pensar que sobre este aspecto existía un régimen único.

Así, la *capitación* sólo es conocida en Jerusalén, gracias a la carta de Antíoco III, que declara exentos de ella a la gerusía y a diversas categorías de sacerdotes de esa ciudad (Flavio Josefo, *Ant. Jud.,* XII, 142). Al igual que en el imperio de los Lágidas, el impuesto llamado *corona,* sustitutivo de la donación ofrecida al rey en razón de su victoria,[78] tenían que pagarlo las ciudades y los dinastas y, por extensión, en algunos lugares se convertían en un impuesto individual. También están atestiguados el *impuesto de la sal,*[79] los *impuestos sobre los oficios* (pseudo-Aristóteles, *Econ.,* 1346 A) y, por último, las *Galatika.* Estas contribuciones para la defensa contra los galos a veces se les pagaban a éstos para comprarles la paz (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 410, Eritrea, hacia 274) o bien al rey, que se encargaba de organizar la defensa (por ejemplo, en Eritrea, en otro momento, o, según *OGIS,* 223, l. 28, Antíoco I condonó el impuesto).

Los Seléucidas percibieron impuestos sobre las transacciones comerciales. *Aduanas y derechos de entrada:* Rodas estaba exenta de ellos por concesión de Seleuco III, privilegio que tal vez perdió en el tratado de Apamea (Polibio, V, 89, 8; XXI, 43, 17);[80] también Jerusalén estaba exenta por decisión de Antíoco III, para la importación de madera destinada para la restauración del templo (Flavio Josefo, *Ant. Jud.,* XII, 141). *Derechos de transmisión* sobre las ventas de esclavos;[81] *derechos de registro* sobre los actos jurídicos privados y *diezmos;*[82] *derechos de mercado.*[83] Tales eran las partidas de esos ingresos.

Citemos por último la contribución más detestada, el *alojamiento de las tropas.*[84]

A esto hay que añadir los impuestos percibidos por las ciudades, y que debía satisfacer cada individuo (pseudo-Aristóteles, *Econ.,* 1346 A, 5).[85]

Pero los ingresos que obtenían los Seléucidas no provenían tan sólo del importe de los impuestos. En efecto, disponían, por derecho de victoria, de la *tierra real,* al igual que los Lágidas, y hemos de suponer que poseían también *minas* y *salinas,* aunque ningún documento lo atestigua de forma expresa. Respecto a la gestión de la tierra real, disponemos tan sólo de algunos documentos de donación, correspondientes a algunos dominios del Asia Menor y de Babilonia.[86] Por lo que se refiere al Asia Menor, la unidad económica y fiscal en esos dominios era la aldea, con su territorio, donde trabajaban los hombres (dominios de Laódice y Mnesímaco). Esos *laoi* pagaban un *phoros* al rey (impuesto o arriendo) y estaban obligados a satisfacer prestaciones personales y *abastecimientos en especie* (dominio de Mnesímaco). Lo que el rey daba a los beneficios eran los ingresos procedentes de esas aldeas, es decir, una parte del trabajo de los *laoi.* Éstos, como sucedía en Egipto, eran asignados a una aldea que, sin

embargo, a veces abandonaban (*OGIS*, 225, ll. 5-10, dominio de Laodice).[87] La tierra así cedida debía ser adscrita a una ciudad (*ibid.*, ll. 10-12). Las *confiscaciones* servían para que algunas tierras entraran a formar parte del dominio real,[88] lo cual ocurría también en el Egipto lágida.[89]

Recordemos, finalmente, la importancia del botín y el pillaje de algunos templos.[90]

En el capítulo de los *gastos* se inscriben las donaciones de dominios o el disfrute de éstos concedidos a grandes personajes, tal como acabamos de ver, o incluso a los dioses. Así, un Antíoco donó a Zeus de Baoticece la aldea de este nombre (*OGIS*, 262), cuyos ingresos se destinaban para sufragar el culto. El rey hacía también *regalos* de prestigio, objetos preciosos que ofrecía a los templos:[91] se ha encontrado, por ejemplo, el inventario de los objetos que Seleuco I ofreció a Apolo de Dídima (*OGIS*, 214). No olvidemos tampoco las exenciones de impuestos y de requisas para las tropas, concedidas a las ciudades y a los templos para ganarse su lealtad.[92] Si exceptuamos algunas operaciones de saqueo atribuidas a Antíoco IV, lo cierto es que la política de los Seléucidas con respecto a los templos fue generosa, como lo fue también la de los Lágidas. Se ha subrayado[93] que los contratos privados escritos en cuneiforme que se referían a las familias sacerdotales de Babilonia no estaban registrados en la oficina real y, por tanto, estaban exentos de los derechos de registro. Por otra parte, en el reinado de Antíoco V, el tesoro de Bel en Babilonia era gestionado por un funcionario real, como ocurría en el templo de Sardes en el reinado de Eumenes II.[94] En el templo de Jerusalén no existía un comisario real de esas características, pero Antíoco IV trató de imponerlo.[95]

Parece que a medida que su reino veía cómo se reducían sus límites, los reyes tuvieron que hacer más concesiones a los templos y a las ciudades. Fue precisamente en ese momento cuando los romanos, vencedores, les impusieron fuertes indemnizaciones de guerra.[96]

Por desgracia, en el caso de los Seléucidas carecemos de los datos cuantitativos que, en el caso de los Lágidas, nos han permitido evaluar sus ingresos. No tenemos una idea, ni siquiera aproximada, de lo que podían reportarles la tierra real, ni de la porción del trabajo de los campesinos que detraían. Sólo para Judea disponemos de algunas cifras.[97]

En cualquier caso, los Seléucidas pudieron formar importantes tesoros, como lo demuestra el cortejo de Dafne, donde Antíoco IV hizo desfilar sus tesoros y el botín capturado en Egipto en 168, si Polibio (XXX, 25) no exagera. Pero esa tesaurización, junto con la de los templos, implicó una falta de inversiones en empresas que pudieran redundar en un aumento de la producción.

La prosperidad de las ciudades costeras del norte de Siria y de

Damasco, a la que hace referencia Estrabón (XVI, 2, 4-20 = C 749-756), se fundamentaba en una agricultura floreciente y en la exportación de vino, sobre todo a Alejandría. En las otras regiones nos parece entrever la economía dominial de los templos y las aldeas de la tierra real. En cuanto a los puntos de paso obligado de las caravanas en Mesopotamia, Estrabón menciona la independencia de los jefes «árabes», que recaudaban impuestos para su propio beneficio en el momento en que comenzó a debilitarse la monarquía (Estrabón, XVI, 1, 27 = C 748). Por otra parte, un bactriano aparece en Delos (F. Durrbach, *Inscriptions de Délos,* 443, B *b,* l. 33) en 178, lo que demuestra la existencia de una corriente comercial entre la India y el Mediterráneo. Pero, ¿a quién beneficiaba esa corriente comercial y qué actividad fomentaba en el país de los Seléucidas? Lo ignoramos. Los tesoros de monedas seléucidas encontrados en Persia y las acuñaciones monetarias de las cecas orientales, indican la existencia de corrientes económicas que tendían algunos hilos a través de la disparidad de culturas que había permitido que subsistieran vastas unidades autárquicas.

Menos información tenemos, todavía, sobre los ingresos de los Atálidas y de los reyes de Macedonia. La información que podemos obtener de las fuentes dispersas y escasas han sido reunidas y explotadas por M. Rostovtzeff, *Economic and social History of the Hellenistic World* (véase el Índice). Respecto a la fiscalidad de los Atálidas, hay que consultar también E. Hansen, *The Attalids of Pergamon,* pp. 189-200. Volvemos a encontrar allí el tributo y los impuestos, la economía más o menos autárquica y más o menos privilegiada de los templos, y los dominios de tierra real. Hemos visto antes que la existencia de manufacturas reales no está atestiguada en el reino de Pérgamo, como pretendió demostrarlo Rostovtzeff. Nos hemos referido antes, también, a los esfuerzos de Filipo V y de Perseo para reorganizar las finanzas de Macedonia.

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Este aspecto es conocido gracias a un conjunto de unos 2000 papiros que constituyen los *Archivos de Zenón,* intendente del ministro Apolonio. Estos papiros se conservan en El Cairo, Florencia, Ann Arbor (Michigan), en la Columbia University, en Manchester y en Londres. M. Rostovtzeff los ha analizado en *A Large State in Egypt in the 3rd century B.C.* (Madison, 1923). Puede encontrarse la lista de estos papiros en nuestra breve obra *Les Grecs en Egypte* (Bruselas, 1947), donde hemos intentado poner de relieve su valor histórico, o en nuestra *Économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939). La edición de estos archivos se completó en 1974 con la publicación del conjunto conservado en el British Museum por T. C. Skeat.
2. *The Tebtunis Papyri* (Egypt Exploration Fund, Londres), vol. I, ed. Grenfell, Hunt Smyly 1902; el vol. II apenas contiene documentos ptolemaicos; vol. III, 1, ed. Hunt, Smyly, Grenfell, Lobel, Rostovtzeff, 1933; vol. III, 2, ed. Hunt, Smyly, Edgar, 1938; vol. IV, ed. Keenan, Shelton, 1976.
3. B. P. Grenfell, *Revenue Laws of Ptolemy Philadelphus,* y una introducción a cargo de J. P. Mahaffy (Oxford, 1896), reeditado por J. Bingen, en *Sammelbuch griechischer Urkunden aus Aegypten,* Beiheft 1 (Gotinga, 1952).
4. *P. Tebtunis,* 703.
5. U. Wilcken, *Urkunden der Ptolomäerzeit* (ältere Funde) I (Berlín-Leipzig, 1927: Papiros del Bajo Egipto); II (1935-1957: Papiros del Alto Egipto).
6. Véase E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* pp. 106-132; sobre los grandes dominios otorgados pp. 181-185; y P. Briant, «Villages et communautés villageoises d'Asie achéménide et hellénistique», en *Journal of the economic and social History of the Orient,* 18 (1975), pp. 165-188.
7. M. Rostovtzeff, «Notes on the economic Policy of the Pergamene Kings», en *Anatolian Studies presented to Sir William Ramsay* (Manchester, 1923), pp. 359-390. La inscripción *Syll.,* 2.ª ed., 846 (no reproducida en *Syll.,* 3.ª ed.), menciona un *epi ton ergon ton basilikon* de Atalo (en 197), pero este título designa al encargado de las obras de los monumentos que el rey hacía construir en Delfos. L. Robert, *Etudes anatoliennes,* pp. 87-88, hace la historia de la interpretación de este texto. G. Daux, entre otros historiadores, ha visto correctamente el sentido de este documento en *Delphes au IIe et au Ier siècle* (1936), p. 221.
8. En Munich, M. Lauffer ha emprendido la tarea de realizar un estudio exhaustivo de la economía antigua.
9. Véase Estrabón, XV, III, 24 = C 736. Cf. E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* pp. 166-169, para otros dinastas.
10. Véase E. Bikerman, *op. cit.,* pp. 164-165. Cf. nuestro capítulo sobre los judíos. Bikerman (pp. 172-173) cita otras ciudades y otros territorios gobernados por los sacerdotes de sus templos: Borsipa, Antioquía de Pisidia y Elimaida.
11. Las tierras de la diosa Anais abastecían de trigo a Samos en el siglo II, según *Syll.,* 3.ª ed., 976.

12. Véase *infra*, hoja traducción 400.
13. ESTRABÓN, XVI, 1, 7 = C 739, menciona en ese pasaje los talleres del tejido del lino.
14. Véase la donación de Antíoco I a Aristodícida (WELLES, *Royal Correspondence*, 10-12); la venta de un dominio de Antíoco II a Laodice (*OGIS*, 225 = WELLES, op. cit., 18-20); los actos referentes al dominio de Mnesímaco cerca de Sardes (*Sardis*, VII, 1, 1). Cf. P. BRIANT, «Villages et communautés villageoises d'Asie achéménide et hellénistique», en *Journal of the economic and social History of the Orient*, 18 (1975), pp. 165-188.
15. Véase nuestra obra *Economie royale des Lagides*, pp. 491-514.
16. Véase ARISTÓTELES, *Política*, III, 3, 4 = 1278 A 25. Cf. VI, 4, 5 = 1321 A 28.
17. Según CTESICLES, en ATENEO, VI, 272 C.
18. DIODORO, I, 31, 6-8. En XVII, 52, 6, menciona registros de su tiempo sin calificarlos de sagrados.
19. Sobre esta sección de las *Revenue Laws*, véase J. BINGEN, «Les colonnes 60-72 du P. Revenue Laws», en la *Chronique d'Egypte*, núm. 47 (1949), pp. 113-122.
20. Para una información más detallada sobre los impuestos entre los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, cap. «Fisco», pp. 106-132; para los Lágidas, nuestra *Économie royale des Lagides* y nuestra comunicación «L'économie lagide 1933-1958», en el Congreso de Papirología de Oslo, en *Proceedings of the IX. International Congress of Papyrology* (Oslo, 1961), pp. 202-232, que estudia las fuentes nuevas hasta 1958. Para los Atálidas, E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon* (Itaca, 1947), pp. 188-192.
21. SAN JERÓNIMO, *Comentario al libro de Daniel*, XI, 5, da una cifra de 14 800 talentos para Ptolomeo II. ESTRABÓN (XVIII, I, 13 = C 798), según CICERÓN, 12 500 talentos para Ptolomeo Auletes; JOSEFO, *Ant.*, XII, 175: 8000 talentos para los ingresos de la Celesiria, de Fenicia, de Judea y de Samaria; DIODORO, XVII, 52: 6000 talentos de su tiempo, pero probablemente no incluye Alejandría. Véase la discusión de estas cifras en WILCKEN, *Gr. Ostraka*, I, pp. 411-421.
22. En esta cantidad incluimos la distribución de trigo, además del salario. Cf. E. HEICHELHEIM, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus* (Jena, 1930), pp. 123-125.
23. Véase la discusión de esta cifra en nuestra obra, *Économie royale des Lagides*, pp. 136-137, utilizando ingresos parciales conocidos por los papiros.
24. Así, un kg de trigo daba aproximadamente un kg de pan, después de descontar los desechos y el salario del molinero, y añadiendo el peso del agua y de la panificación. El peso del trigo por litro se obtiene de PLINIO, *Hist. nat.*, XVIII, 66 (764 g por litro de trigo alejandrino, trigo duro). Sobre todo esto, véase T. REEKMANS, *La sitométrie dans les Archives de Zénon* (Bruselas, *P. Brux.*, 3, 1966), que estudia las variaciones sociales y las modificaciones de estos salarios en el tiempo.
25. Véase GLOTZ, *Histoire grecque*, II, pp. 376-385. ARISTÓFANES, en *Las avispas*, v. 660, adelanta una cifra de 2000 talentos, pero hay que contar con la exageración típica de las obras cómicas.
26. Ejemplo de mujeres tejedoras: *Pap. Soc. Ital.*, 599.
27. Cf. TEÓCRITO, *Idilio* XVII, 106-117.
28. Cf. H. HERRMANN, *Studien zur Bodenpacht im Recht der graecc-aegyptischen Papyri* (Munich, 1958), pp. 255-272.
29. Véase nuestra *Économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939), pp. 129-137.
30. Véase *op. cit.*, índice, voces *«Tritè»* y *«Tetarte»*.
31. Véase la escena de pillaje de la comedia *El escudo*, de MENANDRO, encontrada recientemente. POLIBIO, II, 29, evoca el botín que esperaban obtener los romanos a la vista de las joyas de oro que llevaban los galos.
32. Estela publicada por GAUTHIER y SOTTAS, *Un décret trilingue en l'honneur de Ptolémée IV* (El Cairo, 1925), versión griega reeditada en *SEG*, VIII, núm. 467.

33. Para los datos relativos a los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 120-121. Para todas las dinastías, véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, índice, voz «Booty».
34. Nicanor, estratego de Antioco IV, tenía el proyecto de procurar al rey los 2000 talentos que éste debía a los romanos, mediante la venta como esclavos de los prisioneros judíos (*II Macabeos*, 8, 10; *I Macabeos*, 3, 41 y 10, 33). Filipo V hizo que los habitantes de Tebas de Ptiotida fueran vendidos como esclavos (POLIBIO, V, 100, 8). Arato hizo vender a los habitantes de Mantinea (POLIBIO, II, 56-61). Véase en general, VOLKMAN, *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenistisch-römischen Zeit* (Abhandl. Mains, 1961).
35. Véase POLIBIO, IV, 45-46; *OGIS*, 748; 765; *Syll.*, 3.ª ed., 495, l. 11 y l. 108, y los *Índices* de las recopilaciones de inscripciones, voz *«Galatika»*.
36. Sobre las indemnizaciones de guerra, véase A. H. M. JONES, *Trosième Conference d'histoire économique, Munich 1965* (Paris 1970), cap. «Roma», pp. 81-84.
37. Véase Tenney FRANK, *Economic Survey of Ancient Rome*, IV, pp. 313-325.
38. Véase I. M. DIAKONOFF, «Main Features of the Economy in the Monarchies of Ancient Western Asia», en *Troisième Conference internationale d'histoire économique, Munich 1965* (Paris, 1970), pp. 13-32, con el comentario de A. L. OPPENHEIM, pp. 33-40.
39. APIANO, *Prooimion*, 10, da una cifra de 740 000 talentos egipcios para el tesoro de Ptolomeo II, dato cuya fuente nos es desconocida y que es imposible verificar. Cf. TEÓCRITO, *Idilio* XVII.
40. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 119, 179-185. En cuanto a la economía real lágida, resumimos aquí nuestra *Économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939).
41. Véase P. VIDAL-NAQUET, *Le bordereau d'ensemencement dans l'Egypte ptolémaïque* (Bruselas, 1967).
42. T. REEKMANS, E. VAN'T DACK, «A Bodleian Archive on Corn Transport», *Chronique d'Égypte*, núm. 53 (1952), pp. 149-195.
43. Véase la lista de estas donaciones en F. HEICHELHEIM, *Sitos*, en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, supl. VI, cols. 849-852.
44. A. SEGRÈ, «Note sull'economia dell'Egitto ellenistico nell'età tolemaica»; en el *Bulletin de la société royale d'Archéologie d'Alexandrie*, n. s., VIII, núm. 29 (1934), pp. 281 ss., calcula que la producción anual de trigo en Egipto superaba el consumo en 10 millones de artabes.
45. Véase nuestra *Économie royale des Lagides*, p. 149.
46. Cf. E. WILL *Hist. pol.*, I (1966), p. 161, a cuya opinión nos sumamos.
47. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, pp. 106-111.
48. Es el caso en la Atenas de Solón o en las empresas coloniales del siglo XIX, en África, donde se exigía a los indígenas que pagaran los tributos en dinero, lo que les obligaba a acudir a las factorías para vender sus preciosas materias primas: caucho, marfil y cobre.
49. En 259 era de 48 dracmas el metretes para el aceite de sésamo, contra un precio de 20 dracmas en Delos.
50. Texto bastante mutilado pero cuyos datos se pueden completar con algunos papiros, especialmente, *P. Tebtunis*, 703, ll. 87-117. Véanse las fuentes en nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 93-116.
51. En el decreto de Menfis, que conocemos gracias a la piedra Rosetta (*OGIS*, 90), los sacerdotes agradecen e Ptolomeo Epifanes que les hubiera eximido parcialmente de esa obligación (ll. 17-18 y 29-30).
52. Véase nuestra *Economie royale des Lagides*, pp. 106-107 y el *P. Sorbonne*, I, 21, publicado por Hélène CADELL.
53. Las *Revenue Laws*, cols. 1-22, dan la regulación general de los pliegos de condiciones de los arrendamientos en 259-258. Véase el análisis de estos datos y de otras fuentes en nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 450-458.

54. Es el punto de vista de Rostovtzeff en *Social and Economic History of the Hellenistic World,* y que yo he enfatizado demasiado –lo cual lamento ahora– en mi obra, *Économie royale des Lagides.*
55. Véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 280-297.
56. Lista de T. REEKMANS, *Chronique d'Égypte,* núm. 48 (1949), pp. 327-329. Cf. H. RUPPRECHT, *Unters. zum Darlehen...* (Munich. Beiträge, 51, 1967).
57. *P. Columbia Zenón,* 83.
58. U. WILCKEN, «Puntfahrten in der Ptolemaerzeit», en *Zeitschrift für ägyptische Sprache,* 60 (1925), pp. 86-102. Véase R. BOGAERT, «Banquiers, courtiers et prêts maritimes à Alexandrie», en la *Chronique d'Egypte,* XL, núm. 79 (1965), pp. 140-156.
59. Véase nuestro artículo «De la Grèce classique à l'Égypte hellénistique. La banque témoin», en la *Chronique d'Égypte,* XXXIII, núm. 66 (1958), pp. 243-255.
60. Véase W. OTTO, *Priester und Tempel im hellenistischen Aegypten* (Leipzig-Berlin, 2 vols., 1905-1908), que no ha sido superado. Cf. nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 480-491.
61. Las inscripciones de Edfú recuerdan estas donaciones. Cf. S. SAUNERON, *Les prêtres de l'ancienne Egypte,* pp. 51-58, sobre la riqueza de los templos.
62. *Économie royale des Lagides,* p. 481 (fuentes).
63. Fuentes en nuestra *Economie royale des Lagides,* pp. 489-491.
64. Sobre estos archivos, véase nuestra obra *Grecs en Égypte* (Bruselas, 1947).
65. Fuentes en nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 170-171.
66. *P. Londres,* inv. 2090 = 1954 de la edición de T. C. SKEAT.
67. *P. Soc. Ital.,* 554, 594, *P. Londres,* inv. 2661 = 1948, ed. SKEAT. Cf. *Économie royale des Lagides,* pp. 20-21. Véase también *Revenue Laws,* col. 36, l. 15; 41, l. 11; 44, l. 3. Según este texto, algunos *doreai* consistían en el beneficio de los ingresos de aldeas. Véase también E. WIPSZYSKA, «The dorea of Apollonios the Dioeketes in the Memphite nome», en *Klio,* 39 (1961), pp. 153-190.
68. Véase en POLIBIO, V, 63-67, los preparativos de la batalla de Rafia. Por otra parte, Ptolomeo I reunió 8000 talentos para formar un ejército de mercenarios (DIODORO, XVIII, 14).
69. Véase, por ejemplo, los tetradracmas atenienses encontrados en Tell-el-Maskutah, en el Delta.
70. U. WILCKEN, «Alexander der grosse und die hellenistische Wirtschaft», en *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im deutschen Reiche,* 45 (1921), pp. 349-420. Véase la aguda crítica de E. WILL, *Hist. pol. du monde hellénistique,* I, pp. 148-170, de la teoría de Wilcken.
71. *OGIS,* 90; *P. Tebtunis,* especialmente, 5.
72. Sobre este punto, véase T. REEKMANS, «Monetary History and the Dating of Ptolemaic Papyri», en *Studia hellenistica,* V, 1948, pp. 17-43.
73. *UPZ,* 59, del año 168.
74. Véase *infra,* el capítulo de la economía de Alejandría.
75. Nuestra exposición se basa en M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), pp. 422-551 e Índice, voz «Seleucids», y E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides* (París, 1938), pp. 106-132 y 173-185. Para los *laoi* del Asia Menor, hay que consultar el reciente *status quaestionis* de P. BRIANT, «Remarques sur les laoi et les esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique», en *Actes du Colloque de 1971 sur l'esclavage* (Ann. litt. Univ. Besançon, Paris, 1973), pp. 93-133, que utiliza los trabajos soviéticos.
76. Antíoco I concedió la exención a Eritrea (*OGIS,* 223); Antíoco III a Jerusalén (JOSEFO, *Ant.,* XII, 144); Demetrio I a la misma ciudad (*I Macabeos,* 13, 41); Seleuco II a la ciudad de Esmirna y a su *chora* (*OGIS,* 228).
77. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* pp. 470 ss.
78. Fuentes en E. BIKERMAN, *op. cit.,* pp. 111-112.

79. Cf. E. BIKERMAN, *op. cit.*, pp. 115-117.
80. Es cierto que el contenido de esta exención no está definido.
81. E. BIKERMAN, *op. cit.*, p. 117.
82. Id., *op. cit.*, pp. 117-118, y L. ROBERT, *Études anatoliennes*, pp. 453, 457, 486; para los diezmos, cf. *I Macabeos*, 11, 35.
83. Conocidos fundamentalmente por la exención concedida a la aldea de Baitocece, cedido a Zeus, en *OGIS*, 262 (confirmación por Augusto).
84. Véase M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, pp. 695-711.
85. Véase el capítulo dedicado a la ciudad, t. II. Véase también los derechos de importación y exportación concedidos por Priene a Larico, en tiempo de Seleuco I (*OGIS*, 215) y la inscripción de Milasa, citada por E. BIKERMAN, op. cit., p. 110, n. 6 y p. 119.
86. Donación de Antíoco I a Aristodícida (*OGIS*, 221 = WELLES, *Royal Correspondence*, 10-12); venta de un dominio a Laodice por parte de Antíoco I (*OGIS*, 225 = WELLES, *op. cit.*, 18-20); transacción entre Mnesímaco y el templo de Artemisa en Sardes (BUCKLER-ROBINSON, *Sardis*, VII, 1, 1). En Babilonia, donación de dominios mencionados en tablillas en acadio (BIKERMAN, *op. cit.*, p. 176).
87. Véase el importante artículo de P. BRIANT, citado *supra*.
88. Véase, por ejemplo, *SEG*, I, 366, ll. 5 ss., en Samos antes de 246-243, donde el rey Antíoco II acepta entregar tierras que había confiscado.
89. Véase nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 407-409.
90. Véanse los capítulos dedicados a la guerra y al rey y en el índice, «pillaje».
91. Véanse las ofrendas de los Seléucidas en los inventarios de los templos de Delos: referencias en el capítulo dedicado al rey y, especialmente, F. DURRBACH, *Inscr. de Délos*, 442 B, ll. 4-5.
92. Para una primera relación de fuentes, véanse las palabras *ateleia, aphorologetos, anepistathmos*, en el índice de las *OGIS* y de los *SEG*, así como E. BIKERMAN, *op. cit.*, para Jerusalén.
93. A. AYMARD, «Une ville de la Babylonie séleucide, d'après les tablettes cunéiformes», en la *Revue des Études anciennes*, 40 (1938), pp. 178-211 (comentando la publicación de los contratos de época seléucida del Louvre, por M. RUTTEN.
94. Cf. E. BIKERMAN, *op. cit.*, p. 174.
95. Véase el capítulo dedicado a los judíos, t. II.
96. Véase *supra*, el capítulo dedicado a la guerra, pp. 317 y 365-367.
97. Véase el capítulo dedicado a los judíos y, en general, V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilisation and the Jews*, p. 82 y BIKERMAN, *Inst. Sél.*, pp. 131-132.

CAPÍTULO IV

Las revoluciones en Egipto

Las revoluciones de Egipto son contemporáneas de las que ocurrieron en Grecia,[1] pero no se fundamentan en la misma filosofía política. Podemos señalar diversos movimientos –los conflictos en Alejandría, las revueltas de campesinos, las secesiones y usurpaciones en la región tebana– que, a menudo, coinciden en el tiempo.

En Alejandría, el pueblo participó en el ajuste de cuentas entre facciones de la corte, en el momento de la muerte de Ptolomeo Filadelfo (Polibio, XV, 25-36). A la muerte de Ptolomeo Epifanes estalló un largo conflicto sucesorio entre los dos hijos y la hija de ese rey, conflicto que dividió, no sólo a la dinastía sino también a los habitantes de Alejandría. Esto ocurrió a partir de los años 170-169, al socaire de la primera invasión de Antíoco IV. Los alejandrinos se desembarazaron de los dos regentes, Comanos y Cineas y, dado que la asociación entre los dos jóvenes reyes se había deshecho, proclamaron rey al más joven, que sería Evergetes II, mientras que su hermano mayor, Filométor, se refugiaba en Menfis (Polibio, XXIX, 23, 4). Cuando Antíoco puso fin a su invasión de Egipto, Filométor se reconcilió con Evergetes II (Polibio, *ibid.*). Pero el Seléucida invadió Egipto por segunda vez en el año 168, saqueó los templos, se comportó como rey (*P. Tebtunis,* 698) y no se retiró de Eleusis, donde se preparaba para entrar en Alejandría, hasta que se lo ordenaron los romanos (Polibio, XXIX, 27). Más tarde, en una fecha que no es posible precisar, un gran personaje egipcio de la corte, Dionisio Petosarapis, sublevó a Alejandría contra Filométor y se mostró decidido a destronar a Evergetes II, pero fracasó en su propósito (Diodoro, XXXI, 15 *a*). A partir

de ese momento, los alejandrinos pondrían y quitarían a los reyes,[2] pero también sufrirían la venganza de éstos.

En 145 murió Filométor en Siria, ocasión que aprovechó Evergetes II, que era rey en Cirene y en Chipre, para regresar a Egipto. Desde entonces, el conflicto que le enfrentaría con Alejandría iba a ser permanente. Después de asesinar a una serie de supuestos herederos, el rey ordenó que sus fuerzas efectuaran terribles matanzas en Alejandría (Polibio, XXXIV, 14, 7; Diodoro, XXXIII, 6; Justino, XXXVIII, 3-4; Valerio Máximo, IX, 2, Ext. 5). Menecles de Barca (*F. Gr. Hist.*, 270 F 9) menciona especialmente a los intelectuales entre aquellos que fueron exiliados o relegados a las islas: gramáticos, filósofos, geómetras, músicos, pintores, pedotribes y médicos, los cuales –dice nuestra fuente– fueron a extender su cultura en otros lugares. En 131-130, Alejandría expulsó una vez más a Evergetes II, con su segunda esposa, su sobrina Cleopatra III, hija de su hermana Cleopatra II (Diodoro, XXXII, 28 *a*; Justino, XXXVIII, 8; Valerio Máximo, IX, 2, Ext. 5). Pero volvió a ocupar de nuevo el trono entre 127 y 116, fecha de su muerte. Tal vez debemos situar en estos diez últimos años algunos de los asesinatos y proscripciones que se le atribuyen.

La participación de Alejandría en las querellas de los reyes no cesaría hasta el final de la dinastía.

La «revolución» alejandrina no parece haber tenido causas económicas. Se trataba de las disputas de palacio que llegaban hasta la calle. Es la revolución-fiesta, la violación del orden, signo de la debilidad del rey. Esa debilidad podía tener causas de tipo económico; es la consecuencia lejana del progreso de Roma en Grecia y Oriente; iba unida a acontecimientos guerreros y coincidió con revueltas campesinas. Sin que aparentemente hubieran concertado sus acciones, lo cierto es que Alejandría y Egipto reaccionaron de forma simultánea a la debilidad de los reyes.

Abordemos ahora el segundo movimiento: *el malestar de los campesinos.* Los primeros síntomas de este problema pueden apreciarse en los papiros de Zenón, donde los campesinos protestan contra las cláusulas de un arrendamiento y amenazan con abandonar la tierra (*PSI,* 502). En 245, cuando Evergetes I llevaba a cabo su campaña hacia el Éufrates, tuvo que regresar a Egipto, donde había estallado una *seditio domestica,* cuyos objetivos y amplitud no podemos precisar (Justino, XVII, 1, 9; San Jerónimo, *Com. a Daniel,* XI). El decreto de Canope, de comienzos del reinado, nos informa de que existía una hambruna en el país (*OGIS,* 56, l. 14), y Ateneo (V, 209 B) menciona el hecho de que Hierón de Siracusa envió trigo a Egipto en uno de sus barcos gigantes. Si fuera posible demostrar que es de esta época la orden de un dioceta al ecónomo (*P. Tebtunis,* 703), se explicaría la revuelta por el descontento de los campesinos que allí se menciona, y por los abusos de los funcionarios que

denuncia el documento. Cuando menos, el documento menciona el tema de la revolución campesina, que habría de hacerse más y más grave. Tras la victoria de Ptolomeo Filopátor sobre Antíoco III en Rafia, el 22 de junio de 217, Polibio (V, 107, 1) dice que los egipcios, orgullosos del papel que ellos habían desempeñado en ese triunfo, no podían seguir soportando la idea de obedecer. El rey se vio entonces envuelto en una guerra sin batallas con ejércitos ordenados, sin asedios, sin nada digno de ser recordado, al margen de la crueldad y la perfidia recíprocas (Polibio, XIV, 12). Un papiro de Berlín (*BGU,* 1215) relata el ataque contra un puesto de guardia en una aldea. Al final del reinado de Filopátor, la revolución tenía un triple frente: Alejandría (ya lo hemos visto); el campesinado; la secesión de Tebas, donde se instalaron los reyes nubios Harmachis y Anchmachis.[3] Estas usurpaciones, que revelan las datas de algunos contratos, entre los cuales se insertan, no obstante, algunos datados por Epifanes, así como la ausencia de recibos de impuestos en la región tebana datados por los Ptolomeos, y la interrupción de las obras en Edfú entre 206 y 186, coinciden con una gran revuelta en Basa y en el Egipto Medio, que obligó al ejército fiel al joven Ptolomeo Epifanes a realizar asedios en Licópolis y, probablemente, en Abidos.[4] En efecto, en su decreto de Menfis del año 196 (*OGIS,* 90), los sacerdotes cuentan que el rey había tomado Licópolis, donde se habían hecho fuertes elementos «impíos» (ll. 22-26). Elogian a Epifanes por una serie de reformas que revelan las reivindicaciones de los insurgentes. Entre éstos había soldados egipcios, que fueron tratados con clemencia (l. 12) y a los que se les devolvieron sus propiedades, que habían sido confiscadas (l. 19). Por otra parte, el rey perdonó las deudas de los campesinos y de sus otros súbditos. Esta medida es equivalente a la abolición de las deudas privadas en las ciudades griegas. El campesino egipcio, que trabajaba la tierra de propiedad real, y el campesino griego, que trabajaba la tierra de un propietario privado, apenas ganaban lo suficiente para pagar el importe del arriendo de la tierra. Ya hemos visto que el rey egipcio no le dejaba al campesino más de la mitad de la cosecha. Así pues, aquella revuelta fue la rebelión de gentes pobres y endeudadas, como ya antes había ocurrido en Grecia. Algunos se hallaban encarcelados desde hacía mucho tiempo y se beneficiaron de una amnistía. Por último, los templos obtuvieron todo tipo de privilegios: sus impuestos fueron suprimidos o aliviados, el rey confirmó los ingresos ya concedidos (ll. 15-18; 30-35) y recibieron donaciones importantes para los cultos de Apis y Mnevis. Esto supuso que se intensificara el culto rendido a la persona del rey. Estas informaciones relativas a los templos indican que también éstos habían planteado reivindicaciones de carácter fiscal y que el rey las aceptó para garantizarse el apoyo de la clase sacerdotal, que calificaba de impíos a los rebeldes.

Así pues, la revolución que estalló en Egipto en el reinado de Ptolomeo Epifanes iba dirigida contra el rey o, más exactamente, contra una economía real opresiva. Hasta 186-185 no fue dominada la usurpación nubia en el Alto Egipto (Estela de File),[5] mientras que en el Bajo Egipto las últimas resistencias fueron superadas con terrible dureza (Polibio, XXII, 17), y los funcionarios que habían abusado de su poder y que habían realizado arrestos arbitrarios fueron llevados ante el tribunal especial del rey (*Sammelbuch griechischer Urkunden aus Aegypten,* núm. 5675).

Ahora bien, la situación se deterioró de nuevo en los agitados reinados de Filométor y de Evergetes II, así como en los de las dos Cleopatras. En efecto, a las revoluciones que surgieron en Alejandría como consecuencia de las querellas dinásticas, se añadió la revuelta de la miseria que, tras los pillajes de Antíoco IV, provocó una grave devaluación de la moneda. Son los papiros los que nos informan del declive y la desorganización en que se vio sumida la economía egipcia. Los funcionarios, presionados para que ingresaran en el tesoro real las rentas de la tierra de los que eran responsables, hicieron recaer sobre los más pobres (sobre las mujeres de los soldados que habían permanecido en Alejandría) las cargas que los ricos no estaban dispuestos a aceptar (*UPZ,* 110). Los hombres que no lo habían hecho ya para luchar en la guerra o en la revolución, abandonaron el campo. Algunos de ellos se refugiaron en los templos, especialmente en el *Serapeum* de Menfis, donde decían estar «detenidos» (o retenidos por el dios).[6] Allí gozaron del derecho de asilo, mientras que su familia sufría los efectos del hambre y la devaluación de la moneda (*UPZ,* 59). Con todo, el derecho de asilo no impidió que elementos policiales registraran el *Serapeum* en busca de armas (*UPZ,* 5). Por otra parte, los templos fueron saqueados por los insurgentes egipcios (*P. Tebtunis,* 781). En una aldea de El Fayum, en Dime, los rebeldes egipcios obligaron a los habitantes a que les devolvieran sus contratos (sin duda, los reconocimientos de deuda) y los quemaron; luego fue necesario —como en Grecia— reconstruir con grandes dificultades los títulos así perdidos (*P. Anherbt,* 30). El rey intentó reaccionar con medios militares contra el bandolerismo, los ataques a las aldeas o a los templos, la negativa a cultivar la tierra y el abandono de la propia casa. Para poder recuperar la Tebaida envió fuertes contingentes, lo cual implicó restar más brazos a la agricultura. Diodoro (XXXI, 17 *b*) nos ha conservado el relato del asedio de Panópolis, en el Alto Egipto, en una fecha imposible de precisar exactamente, entre los años 165-164 y 118. Hacia 176-175 está atestiguado por primera vez un cargo superior nuevo, el de *epistratego* (*P. Tebtunis,* III, 778 y 895). No obstante, es posible que la creación de este cargo se remonte al momento final de la secesión tebana. La creación de esa nueva figura, cuya responsabilidad era de carácter general, la *epistrategia de todo Egipto,* podría revelar la preocupación de

coordinar y reforzar la autoridad, cuya fragilidad se había hecho patente durante los conflictos.[7] Por otra parte, el estratego de la Tebaida ejercía una epistrategia especial sobre ese nomo.[8].

¿Hemos de pensar, como se afirma a menudo,[9] que esa larga revuelta, que los papiros llaman *amixia* («negativa de colaboración») o, como en Grecia, *tarache* («agitaciones»), fue ante todo la expresión de un sentimiento antiheleno entre los egipcios? Ciertamente, sabemos que entre los egipcios y los griegos existía una desconfianza recíproca. Ya en el siglo III se vislumbran los primeros indicios de ese fenómeno en los papiros de Zenón,[10] que aparecen de nuevo en el siglo II, entre los «recluidos» del *Serapeum* de Menfis.[11] Pero el argumento fundamental que se invoca como prueba de ese sentimiento es una profecía, el *Oráculo del alfarero* (sin duda, ese alfarero era el dios demiurgo Chnum), que aparece en griego en varios papiros del siglo III de nuestra era. El que mejor se conserva es el *P. Oxi.*, núm. 2332, publicado por C. H. Roberts en 1954. Esta profecía [12] fue, según se dice, traducida del egipcio. En este texto apocalíptico, entre las desgracias y desquiciamientos del orden natural que se habrían de abatir sobre el mundo, se cita la destrucción de Alejandría. Se considera, pues, que esta profecía es un testimonio fundamental del odio que los egipcios sentían hacia los griegos. Pero si es innegable que ese sentimiento existió y que condujo, incluso, al intento de usurpación de Dionisio Petosarapis ya mencionado, no es seguro que la destrucción de Alejandría profetizada por el *Oráculo del alfarero* tenga toda la significación que se le atribuye. En efecto, la destrucción, sanción de la culpabilidad de la gran ciudad o de todo un país, a causa de la deshonra que aportan a ellos los extranjeros, es un tema constante de esa literatura oracular. Ésta se remonta a los tiempos faraónicos, cuando aún no había griegos en Egipto.[13] Encontramos también este tema en el *Asclepius,* que se inserta en la literatura hermética.[14] Por otra parte, no es seguro que el *Oráculo del alfarero* estuviera escrito originalmente en egipcio, pues el «motivo» del «galimatías traducido» es banal en ese género de literatura.[15] Por otra parte, el hecho de que se hayan encontrado varios ejemplares griegos de este oráculo, procedentes del siglo III d. de J. C., indica que en esa época muy distante de las revoluciones ptolemaicas, existía un público de lectores griegos. Nos planteamos también si no habría que ver en esa profecía no sólo el testimonio de sentimientos antihelenos limitado a la época lágida, sino también la prueba del éxito de las apocalipsis, como respuesta a las desgracias de Egipto, en cualquier época. Ese sentimiento de un próximo cataclismo volvemos a encontrarlo de forma similar, incluso en los términos, en el *Asclepius* hermético. Una de las desgracias evocadas en el *Oráculo* es la del campesino obligado a satisfacer sus prestaciones por una tierra que ni siquiera sembraba (*P. Oxi.*, 2332, ll.

20-22) y condenado a pasar hambre, mal endémico que provocaba en Egipto una economía real demasiado exigente. En virtud de esta información confirmada por tantos papiros, el *Oráculo* es un documento de historia económica. Es, además, una fuente de la historia de la cultura y, más concretamente, atestigua (junto con los textos análogos del *Corpus Hermeticum*) el sentimiento de culpabilidad y de inminencia de las catástrofes que despertaban las agitaciones sociales y las invasiones. Idéntico proceso se produce entre los judíos y se expresa en las profecías, y ocurrió también en Occidente, durante las invasiones del siglo V de nuestra era.[16]

Por lo demás, una agitación antihelena sólo podía ser dirigida por una clase social superior que conservara su idiosincrasia egipcia, pero lo cierto es que el de Dioniso Petosarapis es el único nombre de un dirigente egipcio que aparece en los documentos. *La clase social superior indígena* se encontraba en los templos. Como veremos, en los templos es donde exigió y consiguió la restitución de sus privilegios, de su autonomía.

En efecto, no creemos que exista un método de análisis mejor, para intentar averiguar los motivos multiformes de la revuelta que durante dos siglos, con momentos de calma y de mayor virulencia, asoló Egipto, que el análisis de las principales cláusulas de las amnistías y las ordenanzas que se sucedieron entre 163 (e incluso desde 186) y 118, o incluso el año 60.[17] Los beneficiarios de la amnistía eran los campesinos, los miembros del ejército y los sacerdotes. La presencia en esa lista de los miembros del ejército, especialmente en Chipre (*Corp. Ord. Ptol.,* núms. 41 y 42, en 145-144), indica que en el seno de esos movimientos insurreccionales existieron también elementos no egipcios.

Los campesinos pedían un alivio de sus prestaciones. Habían huido de la tierra, lo cual les impulsaba, naturalmente, al bandolerismo como medio de subsistencia. Se les perdonaron sus deudas atrasadas y se les devolvieron los bienes que le habían sido confiscados (*P. Tebtunis,* 5 = *Corp. Ord. Ptol.,* 53, ll. 6-18).

Los soldados habían intentado apropiarse de sus tenencias u ocupar una parte de la tierra real o sagrada. Algunos debieron huir, sin ser perseguidos (*ibid.,* ll. 36-43); los egipcios fueron autorizados a conservar lo que habían conseguido de forma ilegal (*ibid.,* ll. 44-48); en el año 144 (*Corp. Ord. Ptol.,* 44), a los clerucos se les confirmó la hereditariedad de sus tenencias. El clero pedía la inmunidad de los templos y la exención o el perdón de los impuestos a los que estaban sometidos. El poder real dio satisfacción a esas peticiones y confirmó a los templos el disfrute de los ingresos que les había concedido el rey y las subvenciones para los funerales de Apis y Mnevis (*ibid.,* 53, ll. 50-84). No obstante, las prebendas seguirían siendo reales.

La revolución había hecho precaria la posesión de inmuebles. Los propietarios de casas incendiadas o destruidas fueron autorizados a reconstruirlas (*ibid.*, ll. 134-138); una amplia categoría social, cuyo trabajo era útil al rey, quedó exenta de la obligación de dar alojamiento a las tropas (*ibid.*, ll. 168-177); quienes habían comprado al fisco propiedades confiscadas seguirían siendo sus propietarios (*ibid.*, ll. 99-101).

De hecho, a lo largo de todas estas ordenanzas se culpabiliza a una clase social del malestar general: son los *funcionarios,* que ejecutaban mal las órdenes de un rey «benévolo». Muchas veces, para calcular el trigo de las prestaciones utilizaban medidas demasiado grandes. El rey verificaría esas medidas (*ibid.* ll. 85-92). Otros se apropiaban de las buenas tierras, requisaban a los campesinos y a sus ganados para que hicieran trabajos privados para ellos, o bien procedían a realizar arrestos arbitrarios, en virtud de créditos privados a los que ilegalmente daban fuerza de créditos públicos. Todo eso fue objeto de severos castigos (*ibid.*, ll. 138-146; 178-187; 248-251; 255-264). Los cultivadores reales y aquellos cuyo trabajo contribuía a los ingresos reales, fueron protegidos de la ejecución sobre la persona (esclavización por deudas) y contra la venta de su casa y de sus útiles de trabajo en beneficio de un acreedor (*ibid.*, ll. 221-247).

En fin, una medida que delimitaba la competencia respectiva de los tribunales griegos y de los tribunales egipcios nos induce a pensar que existirían —como también ocurriera en Grecia— problemas de jurisdicción o, cuando menos, confusiones que habían provocado conflictos (*ibid.*, ll. 207-220) en los que podía manifestarse una hostilidad entre griegos y egipcios.

Los vencedores de estas revoluciones fueron los campesinos, los clerucos y los templos. Pero si los templos conservaron su recuperada autonomía, si los clerucos se arrogaron cada vez con mayor firmeza derechos equivalentes a los de un propietario sobre sus tenencias, por contra, los campesinos no consiguieron que los funcionarios respetaran la protección que les prestaban los reyes. La publicación continuada de las mismas ordenanzas atestigua la debilidad del rey y la omnipotencia de los funcionarios que le representaban. Lentamente, fueron adscribiendo al campesino al suelo, mediante la asignación de las tierras que debían cultivar (*UPZ,* 110), por el arriendo obligatorio y por la solidaridad de la aldea. Ante la arbitrariedad de los funcionarios, el campesino, a pesar de cuanto pudieran disponer las ordenanzas, no tenía otro recurso más que el de la huida. La huida, es decir, una vida de rapiña a expensas de los ricos, o la clandestinidad en medio de la multitud agitada y despreciada de Alejandría. Así, escribía un funcionario, «si se obliga a los campesinos» que quedaban en las aldeas, «a pagar los arriendos de las tierras [reales] pobres o desertizadas durante las agitaciones [...] toda la tierra llegará a estar en barbecho» (*P. Tebtunis,* 61

(b), ll. 30-34, de fines del siglo II). Frente a la *solidaridad de la aldea*, así contestada, el *arriendo obligatorio* de tierra real condujo a la *tenencia hereditaria*, que desembocó en la *propiedad privada*.[18] Todo el mundo deseaba convertirse en propietario de tierra en razón de la devaluación de la moneda, prueba y causa de la debilidad del rey.

Son muchos los que dicen que, en las ordenanzas que hemos resumido, nada venía a oponerse al origen fundamental del problema: la estructura de una economía «de sentido único», en la que todo afluía hacia Alejandría, hacia el rey y hacia los templos.

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Se encontrarán las fuentes en nuestro artículo «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides», en la *Chronique d'Égypte*. XI, núm. 22 (1936), pp. 522-552. Hay que consultar, además, *P. Hibeh*, 198.
2. P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 119-123, estudia los conflictos de los reyes con Alejandría En las notas, II, pp. 211-219, se encontrarán las fuentes, con frecuencia transcritas, y las discusiones sobre la cronología —incierta— de los acontecimientos. Véase también el estudio crítico de W. OTTO, H. BENGTSON, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches* (Abhandl. der Bayer. Akad. der Wiss. Phil.-Hist. Klasse, Neue Folge, Heft 17, Munich, 1938).
3. Véase P. W. PESTMAN «Harmachis et Anchmachis, deux rois indigènes du temps des Ptolémées», en la *Chronique d'Égypte*, XL, núm. 79 (1965), pp. 157-170: fuentes, bibliografía, clasificación cronológica de los documentos. En Abidos está atestiguado un rey de nombre Hurgonafor, por un graffito del Memnonion, cuya fecha no es posible precisar. Cf. P. JOUGUET, «Le roi nubien Hurgonaphor et les révoltes de la Thébaïde», en las *Mélanges Navarre* (1935), pp. 265-273.
4. Véase G. LEFEVRE, P. PERDRIZET, *Les graffites grecs du Memnonion d'Abydos*, núms. 32 y 22 *bis* = *Sammelbuch gr. Urk, aus Aeg.*, núm. 3776. Fechado en el año VI de un rey que no se nombra, este graffito no puede ser situado cronológicamente.
5. Estudiada por K. SETHE, «Die historische Bedeutung des 2. Philae-Dekrets aus der Zeit des Ptolemaios Epiphanes», en la *Zeitschrift für ägyptische Sprache* 33 (1917), pp. 35-49.
6. Véase el magistral estudio de U. WILCKEN, que intenta discernir —sin llegar a una conclusión definitiva— el sentido de esa «detención», *catoche*, que podría tener una significación mística: *Urkunden der Ptolemäerzeit*, I (1927), pp. 52-82. Véase el capítulo dedicado a la religión, en el t. II.
7. Véase H. BENGTSON, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit* III (= *Münchener Beiträge*, núm. 36, 1952), pp. 121-127; W. PEREMANS - E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica*, I (Leuven, 1950), núms. 186-202; T. C. SKEAT, «The Epistrategos Hippalos», en *Archiv für Papyrusforchung*, 12, pp. 40 ss.; W. OTTO, H. BENGTSON, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches* (1938), índice, voz «Epistratege».
8. E. VAN'T DACK, «Notes concernant l'épistratégie ptolémaïque», en *Aegyptus*, 32 (1952), pp. 437-450, ha puesto de relieve que es necesario distinguir entre epistrategia general y epistrategia de Tebaida. Véase la bibliografía reciente en L. MOOREN, «The Governors general of the Thebaid», en *Ancient Society*, 4 (1973), pp. 115-132.
9. P. JOUGUET, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient* (París, 1926), pp. 386-398 (ed. 1972, pp. 339-348), relata las revoluciones egipcias bajo el título «la reacción indígena», y M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, aunque más sensible a las explicaciones económicas, no incluye el término «Revoluciones» en su índice. ¡Hay que buscarlas en la voz «Nativos»!
10. Véase nuestro trabajo *Grecs en Egypte*, pp. 68-70 y, entre las fuentes citadas, hay que prestar especial atención a *P. Columbia-Zenón*, 63 y 66, así como a *P. Rylands-Zenón*, 10.

11. *UPZ,* 7, del 12 de noviembre de 163.
12. En la introducción y en las notas del *P. Oxi.,* 2332, se encontrará la lista de los ejemplares del *Oráculo del alfarero,* así como una discusión de la interpretación de estos textos, muy mutilados. Se encontrará, asimismo la bibliografía. Véase V. STRUVE, «Zum Töpferorakel», en *Raccolta Lumbroso* (Milán, 1925), pp. 273-281; G. MANTEUFFEL, *De Opusculis Graecis Aegypti e papyris, ostracis lapidibusque collectis* (Varsovia, 1930), pp. 99 ss.; Id., «Zur Prophetic in PSI VIII, 982», en *Mélanges Maspero,* II, pp. 119-124; P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* pp. 681-684 (bibliografía reciente t. II, pp. 950-954).
13. Fuentes en la introducción al *P. Oxi.,* 2332, que cita la obra de MAC COWN, «Hebrew and Egyptian Apocalyptic Literature», en *Harvard Theological Review,* 18 (1925).
14. A. D. NOCK, A. J. FESTUGIÈRE, *Corpus Hermeticum,* II (París, 1960), pp. 326-330, con las notas.
15. Véase A. J. FESTUGIÈRE, *La révélation d'Hermès Trismégiste,* I (2.ª ed., París, 1950), pp. 319-324.
16. Véase, P. COURCELLE, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques.*
17. Véase M. Th. LENGER, *Corp. Ord. Ptol.,* núms. 34, 35, 41, 42, 43, 45, 46, 47, 53, 54, 55, 71.
18. Sobre esta evolución, véase t. II. Cf. M. ROSTOVTZEW, *Stud. zur Gesch. des röm. Kolonates* (Berlín, 1911), pp. 1-80, y C. PRÉAUX, «Les modalités de l'attache a la glèbe dans l'Eg. gr. et rom.», *Rec. Soc. J. Bodin,* II: *Le servage* (2.ª ed., 1959), pp. 33-65.

SEGUNDA PARTE

LAS GRANDES ENTIDADES

II/Urbanas

CAPÍTULO PRIMERO

Las ciudades

En los reinos helenísticos abundan las ciudades y los reyes aseguraban, pese a los fracasos y catástrofes, la supervivencia y promoción de la cultura urbana.

Se ha afirmado que en Queronea murió la ciudad griega y, con ella, la Grecia libre.[1] ¿Pero acaso la Grecia clásica era libre con sus ligas opresivas? Sólo hay que pensar en los calcidios o en los mitilenos del siglo V. Lo que murió en Queronea fue, en realidad, el sueño de un imperio ateniense, mientras que para la cultura que había creado la ciudad griega comenzaba una expansión que ese imperialismo no había tenido tiempo o no había conseguido realizar.

1) *FUNDACIÓN DE CIUDADES*

Expansión material ante todo. Alejandro Magno, y luego los diádocos, fundaron centenares de ciudades. En verdad, resulta imposible hacer el inventario completo de ellas.[2] De más de 70 ciudades cuya fundación es atribuida por Plutarco *(De Alexandri Magni Fortuna aut Virtute,* I, p. 328 E) y Apiano (*Sir.,* 57) a Alejandro Magno, sólo 13 han sido identificadas con seguridad y una veintena con ciertas probabilidades. Con frecuencia, la identificación del emplazamiento es discutida o incluso imposible.[3] Por otra parte, muchas ciudades desaparecían o eran refundadas y cambiaban de nombre. Así, hace unos quince años se descubrieron los restos de una ciudad griega totalmente desconocida en el Oxus, en Aï Khanum, en la frontera septentrional de Afganistán.[4]

a) *Las fundaciones de Alejandro Magno*

Todas las ciudades que llevaban por nombre Alejandría se hallaban más allá del Tigris, a excepción de la Alejandría de Egipto. Esas fundaciones respondían a diferentes objetivos: estratégico, económico o político. Plutarco (*De Alex. Fort.*, I, p. 328 E) sólo ve en la fundación de esas ciudades una intención civilizadora. Pero en su reflexión sobre la carrera de Alejandro utiliza los tópicos sobre la superioridad de los griegos que se remontaban al siglo V.

De hecho, se trataba ante todo, por ser una zona montañosa, de *guardar los pasos* de las grandes vías de comunicación. El emplazamiento debía ofrecer, además, posibilidades de autarquía alimenticia. Por otra parte, Alejandro esperaba que la nueva ciudad *atraería a los nómadas* convirtiéndoles en los campesinos indispensables para la subsistencia de los ciudadanos. Según pensaba Aristóteles (*Política*, VII, IX, 9 = 1380 A), sería beneficioso que esos campesinos fueran bárbaros (Arriano, *India*, 48) así sedentarizados. Los ciudadanos a los que aprovisionarían serían griegos licenciados recientemente del ejército, o macedonios a los que el rey donaba tierras.

Por otra parte, las nuevas ciudades, situadas en un camino de paso, podrían convertirse también en *centros comerciales*. Pero, al igual que en el caso de las colonias fundadas en los siglos VIII y VII, cabe preguntarse si Alejandro pretendía, ante todo, crear un centro económico o si su objetivo consistía tan sólo en asegurar una tierra productiva a los colonos, capaces además de defender un lugar estratégico. No hemos de pensar que Alejandro previera en todos los casos el papel económico que una ciudad habría de llegar a desempeñar. Por ejemplo, las ciudades próximas a las desembocaduras de los grandes ríos no estaban predeterminadas necesariamente a desempeñar tal función económica. Así, la Alejandría situada en la desembocadura del Tigris que luego se convertiría en Espasinu Carax, sólo cinco siglos más tarde llegaría a dominar el comercio marítimo por el golfo Pérsico hacia la India, para los comerciantes de Palmira. Asimismo, Alejandría de Egipto no habría llegado a ser lo que fue si los Ptolomeos no hubieran hecho de ella su capital y si Roma no la hubiera convertido en una etapa de su comercio con la India. Por lo demás, hubo numerosas *fundaciones mal concebidas* y ciudades que desaparecieron por completo.

b) *Las fundaciones de los sucesores de Alejandro*

Muchas ciudades que se fundaron con el nombre de Alejandría fueron destruidas tras algunos años de existencia en las zonas más orientales de la

conquista. Éste es el caso, por ejemplo, de Alejandría-Merv. No obstante, algunas de estas ciudades fueron refundadas por los Seléucidas.

Podemos distinguir diversos tipos de ciudades entre las fundaciones de reyes helenísticos.

En primer lugar, había ciudades *completamente de nuevo cuño* —ciudades o colonias militares—, pobladas exclusivamente por elementos griegos y macedonios. Éste es el caso de Apamea del Orontes, Estratónice de Caria, Apolónide de Lidia, Seleucia de Pieria, Antioquía del Orontes y Dura-Europos en el Éufrates. Esto no quiere decir que no hubiera existido previamente alguna aldea o un lugar fortificado, tal como en el lugar donde se fundó Alejandría de Egipto existía previamente Racotis. En este sentido se han encontrado restos prehistóricos y esculturas hititas en Apamea del Orontes, y Amiano Marcelino (XIV, 8, 5) recoge datos sobre la colonización de Seleuco I:

"Al disponer de millares de brazos durante los períodos de tranquilidad de un largo reinado, construyó ciudades fuertes y opulentas allí donde antes sólo había cabañas de campesinos. Hoy en día estas ciudades llevan los nombres griegos que les dio el fundador; sin embargo, no han perdido el nombre asirio que conservan de su antiguo origen».

Con frecuencia, este nombre ha sobrevivido bajo el sustrato de cultura griega para aparecer en la actualidad y permitir su identificación: Akko (San Juan de Acre) llevó en otro tiempo el nombre de Ptolemaida, y Amman el de Filadelfia.

Un segundo tipo de fundación era aquel en el que se transfería población griega y se otorgaba un estatuto político y un nombre griego, generalmente dinástico, *a una antigua ciudad oriental.* Así, Alep se convirtió en Beroia [5] y Antíoco IV quería que Jerusalén tomara el nombre de Antioquía.[6] Con respecto a este tipo de «fundaciones» hay que mirar con prudencia el entusiasmo de Plutarco, que en el *De Alexandri Magni Fortuna aut Virtute,* I, 328 D, afirma que estas antiguas ciudades orientales eran centros de cultura griega. La capa helénica o helenizada, por ejemplo en Palestina, era bastante débil a pesar de los teatros y pórticos que en ellas se construían. En efecto, el renacimiento de la lengua indígena en esos lugares, al socaire del desarrollo del cristianismo, atestigua su pervivencia en las capas populares.

Hemos de hacer referencia a un tercer tipo de fundaciones. En ocasiones, el curso de una guerra, un temblor de tierra o el enarenamiento de la desembocadura de un río revelaban que un emplazamiento era inadecuado, aprovechándose entonces la reconstrucción para desplazar de sitio la ciudad y reformar las defensas. Así, Colofón amplió sus murallas

y fusionó a dos ciudades vecinas para contar con mayor fuerza.[7] Demetrio Poliorcetes desplazó Sición, afirma Plutarco (*Demetrio,* 25) y le dio el nombre de *Demetrias.*[8] Filipo V de Macedonia, aliado de Prusias I, destruyó Cíos y vendió como esclavos a sus habitantes (Polibio, XV, 23, 8 ss.); Prusias reconstruyó la ciudad y le dio su nombre, Prusias del Mar (Estrabón, XII, 4, 3 = C 563 y *OGIS,* 340).

Seleuco I fundó Antioquía, Seleucia de Pieria, Apamea, Laodicea, Seleucia del Tigris y Dura. Para fundar Antioquía en honor de su hijo,[9] «destruyó hasta los cimientos» una ciudad reciente de nombre Antigonea, utilizó los materiales de esta construcción y «trasplantó a esa nueva ciudad a los atenienses que Antígono y su hijo Demetrio habían instalado en Antigonea, así como a macedonios en número de cinco mil trescientos». Los cretenses, chipriotas y argivos de Iópolis se convirtieron en ciudadanos de Antioquía. Se mantuvieron los dioses del lugar y a ellos se añadieron las divinidades de los inmigrados. Se honraba al águila que había indicado el emplazamiento de la ciudad; por otra parte, el calendario macedónico sustituyó al calendario sirio (Pausanias de Dam., fg. 4).

Desde el punto de vista económico, fundar una ciudad significaba crear islotes de prosperidad. Amiano Marcelino alude a ello en el texto que hemos citado anteriormente (XIV, 8, 5). El traslado de población afectaba, sin duda, a las gentes más pobres, que aceptaban bajo coacción[10] o para escapar a la miseria. Diodoro (XX, 40, 6-7) afirma que muchos griegos, y en especial atenienses, deseaban seguir a Ofelas a Cirenaica,

> «impulsados por la esperanza de conseguir tierras en la mejor región de Libia y de apoderarse de las riquezas de Cartago. En efecto, en razón de las guerras continuas y de la rivalidad de los príncipes, Grecia era pobre y miserable, y ello les llevaba a pensar no sólo que se harían ricos sino que escaparían a las desgracias del momento».

Ahora bien, la esperanza de conseguir botín y tierras fértiles no era necesariamente —como cree Diodoro— indicativa de la pobreza general de Grecia sino, antes bien, de una distribución desigual de la riqueza.

Por otra parte, no en todas las regiones de Grecia existía un excedente demográfico. Así, en 314, Casandro aconseja a los acarnanios que abandonen sus pequeños núcleos fortificados pero dispersos y que se agrupen en algunas ciudades para defenderse mejor (Diodoro, XIX, 67). Por su parte, Polibio explica que en 223, Megalópolis no pudo resistir los ataques de Cleómenes por la dificultad de defender una ciudad tan grande con tan pocos habitantes (II, 55, 2). Poco después, llegado el momento de reconstruir su ciudad, los megalopolitas se preguntaban si no sería conveniente reducir el perímetro de la ciudad e intentar atraer a ella

extranjeros concediéndoles tierras, que serían cedidas por los ciudadanos más ricos (Polibio, V, 93, 5-7).

Algunas ciudades resultaban especialmente vulnerables debido a sus dimensiones reducidas: Peonio, con sólo 7 estadios de perímetro, es decir, unos 1250 m, no pudo sobrevivir y fue destruida por Filipo V (Polibio, IV, 65). Los reyes intentaban solucionar este problema imponiendo el *sinoicismo.*[11] fusión entre ciudades. Lisímaco amplió Éfeso trasladando a ella una parte de los habitantes de Colofón y de Lébedos (Pausanias, I, 9). Otra solución consistía en el asentamiento de ciudadanos nuevos, la *politografía.* Así, Filipo V pidió a Larisa, hacia 220, que recibiera nuevos ciudadanos.[12] Muchas ciudades griegas, impulsadas por los reyes, agrupaban sus fuerzas, y sus pactos de *simpolitia* quedaron inscritos en la piedra.[13] Por ejemplo, los colonos militares de Magnesia fueron incorporados a Esmirna por "politografía". Su común alianza con el rey les impulsó a tomar esta determinación, que «beneficiaría los intereses» de Seleuco II (*OGIS,* 229, hacia 244). Los magnesios adoptaron el derecho de Esmirna y también su moneda. Algunas veces, la alianza se manifestaba en forma de una *isopolitia* más o menos completa, como la que se estableció entre Pérgamo y Temnos, bajo Lisímaco o Filetero [14] (M. Fraenkel, *Inschr, Pergamon,* 5 = *OGIS,* 265), o entre Mesena y Figalia (*Syll.,* 3.ª ed., 472, hacia 240).

En otras ocasiones, el objetivo de la fundación de una ciudad era la defensa de un territorio contra los bárbaros. «La Media —dice Polibio, X, 27— está rodeada por un cinturón de ciudades griegas que, según el sistema preconizado por Alejandro, deben protegerla contra los bárbaros que la rodean. Ecbatana es la única excepción a esta regla.»

Estas ciudades eran, en un principio, colonias militares, pero si el lugar y las circunstancias lo permitían, podían llegar a tener una función de mercado y posteriormente, al ampliarse, hacer que convergieran hacia ellas las rutas y el comercio. No otro fue el caso de Dura Europos y de Pérgamo, fundada en el siglo IV sobre un promontorio rocoso por Orontes de Bactriana, sátrapa de Misia.[15] El palacio de los Atálidas, construido sobre la roca, en la llanura, al pie de la acrópolis, se convirtió en etapa obligada del comercio del Ponto hacia Sardes y Rodas.

Hemos de mencionar aún otro tipo de fundación y de función. Muchas veces, los griegos fundaban una ciudad propia en las cercanías de una antigua capital de Oriente, subsistiendo, en esta última, la población, la lengua, el derecho y las técnicas indígenas. Esto ocurrió, por ejemplo, en el caso de Seleucia del Tigris, situada junto a Babilonia, o en el de Ptolemaida, junto a Tebas, en el Alto Egipto.

Con respecto a la fundación de ciudades, al igual que en muchos otros terrenos, los Ptolomeos mantuvieron una actitud singular. Aparte de Ptolemaida, no fundaron ciudades en Egipto, sino tan sólo puestos avanzados

para la caza de los elefantes y el comercio de los productos africanos: Berenice, Filotera en el mar Rojo y Ampelone en la orilla oriental de este mar, fundación que Ptolomeo II encargó a Mileto,[16] para atraer el comercio árabe de los productos aromáticos. Lo cierto es que los Ptolomeos no estaban interesados en urbanizar Egipto, cuya vocación agrícola, fuente de su riqueza, pretendían mantener.[17]

Pero fuera de Egipto, en Siria y en Palestina, actuaron de la misma forma que los Seléucidas y dieron nombres dinásticos a antiguas ciudades indígenas. Como ya hemos visto más arriba, Akko recibió el nombre de Ptolemaida y Amman el de Filadelfia.

2) *LA CIUDAD Y EL REY*

Para la ciudad helenística, el problema institucional no era otro que el de sus relaciones con el rey.[18] Toda ciudad, aunque fuera totalmente libre, como Rodas, se hallaba comprometida en alianzas o se la requería para ello.

a) *Alejandro y las ciudades*

Con la aparición de Alejandro Magno, muchas ciudades, griegas o no griegas, abrieron sus puertas al rey macedonio, ya fuera espontáneamente o tras haber sufrido una revolución interna. En Éfeso (Arriano, *Anábasis,* I, 17) Alejandro hizo regresar a sus partidarios, que habían sido exiliados, restauró la democracia y ordenó que a partir de entonces fueran para Artemisa los tributos que antes se pagaban a los persas. Lo mismo ocurrió en Sardes (Arriano, *Anábasis,* I, 17, 3-5) y en las ciudades de la costa siria, a excepción de Tiro y Gaza (Arriano, *ibid,* II, 13, 7; 20, 1-3; Diodoro XVII, 40). Alejandro acabó con los últimos vestigios de oligarquía o tiranía, pasó por alto los intentos de resistencia, estableció la democracia y concedió autonomía y libertad. Dejó en cada ciudad una guarnición macedónica y exteriorizó a los dioses su piedad.

Pero Mileto se defendió encarnizadamente. No obstante, Alejandro concedió la libertad a los supervivientes (Arriano, *Anábasis,* I, 18, 3-19, 6 y Diodoro XVII, 22). En Tiro y en Gaza, ciudades a las que tuvo que someter a largo asedio, fue implacable: estas ciudades fueron destruidas y repobladas con colonos extranjeros (Arriano, *Anábasis,* II, 15-24 y 25-26, y Diodoro, XVII, 40-46 y 48, 7).

Algunas ciudades se mantuvieron indecisas, al igual que en el siglo V con ocasión de la conquista persa o bajo el imperio ateniense. El almirante

rodio Memnón, al servicio de Darío, estimulaba su ánimo de resistencia. Alejandro les hizo pagar un alto precio por su actitud titubeante. En Quíos, cuyo régimen varió en cuatro ocasiones entre los años 334 y 332, ordenó el regreso de los exiliados, expulsó a los partidarios de los persas, exigió que se estableciese una constitución democrática, que él controlaría, y solicitó barcos y pertrechos. La carta que dirigió a la ciudad a este respecto (*Syll.*, 3.ª ed., 283) es uno de los escasos documentos auténticos de su reinado. Alejandro se reservaba el derecho de juzgar sin apelación en todos los asuntos de índole política, después de que el *synedrion* de la Liga de Corinto hubiera juzgado en primera instancia.

En todos los lugares donde eso fue posible, Alejandro se presentó como liberador (Diodoro, XVII, 24). Por contra, invocó el derecho de conquista —que le autorizaba a sancionar o a perdonar— como último recurso. La actuación jurídica iba de la mano de la presión militar y de las revoluciones internas, que servían para superar las resistencias.

b) *Grados y elementos de la libertad*

Existían diversos grados en la libertad concedida a las ciudades. El primer nivel era la *autonomía:* la ciudad conservaba sus leyes y su individualidad política.

Pero su constitución podía ser controlada (por ejemplo, en Quíos, según *Syll,* 3.ª ed., 283), por cuanto había sido necesaria la llegada de Alejandro para que se impusiera una constitución democrática. Posteriormente, con ocasión del regreso de los exiliados, en 324, las ciudades de Europa procederían a esa misma operación (Diodoro, XVIII, 8, 2 y *Syll.,* 3.ª ed., 306, circular sobre las modalidades de devolución de las propiedades en Tegea).

La imposición de un *tributo y de la obligación de aprovisionamientos para el mantenimiento del ejército* parece haberse inspirado en las exigencias del rey de Persia. En ocasiones, Alejandro mantenía el tributo pero lo dedicaba al dios poliada, como hizo en Éfeso. La exención del tributo y de la obligación de alojar al ejército, así como la ausencia de una guarnición macedónica, indicaban una mayor libertad. Ahora bien, podía ocurrir que una ciudad fuera declarada autónoma y libre y, sin embargo, tuviera que soportar, como Sardes, una guarnición macedónica (Arriano, *Anábasis,* 1, 17, 7). Estas medidas se explican por la necesidad de asegurar la defensa y de prevenir posibles revoluciones que pudieran poner en peligro a la retaguardia del ejército.

Sin embargo, Alejandro —lo mismo ocurriría posteriormente con los reyes helenísticos— no tenía interés en debilitar las ciudades. Muchas

veces, éstas eran excelentes plazas fuertes, situadas en lugares estratégicos para la defensa. Era imprescindible que, bajo control macedónico, su estructura política garantizara un orden que ni Alejandro, ni más tarde los reyes, podían asegurar. Por otra parte, las ciudades garantizaban la subsistencia del ejército. Esto explica la liberalidad de los reyes. Pero la revuelta y la secesión constituían un grave peligro y eran duramente castigadas, incluso con la destrucción total.[19]

c) *Contenido y ejercicio de la libertad*

Era el rey quien concedía o restituía la libertad, y éste era un acto unilateral.[20] Pero la libertad no era un estado pasivo para la ciudad. Ésta debía utilizarla en un sentido político determinado. En efecto, «la libertad» era la obligación de no servir a un rey enemigo. La ciudad debía ser capaz, por tanto, de defenderse y de desear hacerlo. Así se justificaba la guarnición real en los casos en que se imponía (véase *Syll.,* 3.ª ed., 410, Eritrea, hacia 274).

Por otra parte, el rey daba también una *garantía.* Mientras que Alejandro, como liberador, *daba* o *restituía* la libertad, sus sucesores hablan de *preservarla,* de *garantizarla* (véase, por ejemplo, *OGIS,* 229, ll. 10-11). Así, según Polibio (IV, 84),[21] Filipo V

«hace saber a los eleos que si entran en su alianza entrarán todos los prisioneros de guerra sin exigir rescate, cuidará de su seguridad contra cualquier ataque externo y, además, respetará su libertad, no les impondrá guarnición ni tributo y les permitirá que conserven su propia constitución».

Sin embargo, los eleos desconfiaron y no aceptaron esta propuesta, permaneciendo en su alianza con los etolios.

¿Cómo explicar esta evolución entre la libertad simplemente *concedida* por Alejandro y la libertad *garantizada* por sus sucesores? En la época de Alejandro, la condición de las ciudades dependía de su relación con un solo rey. La ciudad no podía elegir su aliado. Por el contrario, los reyes helenísticos siempre tenían rivales. Entre los reyes se estableció una competencia,[22] de la que se aprovechaban las ciudades, lo que incrementaba el contenido de su libertad. A medida que se hizo mayor el debilitamiento de los reyes, en razón sobre todo de la presión romana, las ciudades llegaron a conseguir una autonomía casi total.

El derecho máximo que un rey podía arrogarse sobre una ciudad era el de venderla: Alejandro Balas vendió Márato a Arados, según Diodoro (XXXIII, 5, 1), pero los aradios tuvieron que recurrir a la astucia para

ocupar Márato. En 211-210, los etolios vendieron Egina, que habían recibido de los romanos, a Atalo I, por 30 talentos.[23] Antíoco III donó Estratónice de Caria a Rodas como testimonio de su reconocimiento.[24] Ptolomeo II regaló Telmeso a Ptolomeo, hijo de Lisímaco.[25]

Por contra, una ciudad fuerte podía chantajear a un rey que se encontrara en dificultades. Así, una ciudad, cuyo nombre se ha perdido, amenazó con entregarse a los romanos (Polibio, XVIII, 49, 1). Otras veces, se entregaba a un rey a cambio de la garantía de libertad. Por ejemplo, los tasios hicieron decir a Filipo V «que le entregarían su ciudad si no les imponía guarnición, ni tributo, ni tropas a las que alojar y si les permitía vivir según sus leyes», lo cual fue concedido por Filipo (Polibio, XV, 24, 2-3). Ahora bien, en este tipo de negociaciones raramente existía el juego limpio. Las ciudades, atraídas por otras promesas reales, y los reyes, presionados por los acontecimientos militares o los problemas económicos, incumplían sus compromisos. Así, Atenas se situó alternativamente al lado de Casandro y de Demetrio Poliorcetes, según el dominio de los diferentes partidos en la ciudad y el resultado de las batallas.

Hubo un lugar donde las ciudades no fueron nunca objeto de competencia entre los reyes. Una vez más, este país singular es Egipto. Nadie disputó a los Lagidas Alejandría, Naucratis o Ptolemaida. A lo sumo, los hermanos enemigos Filométor y Evergetes II se disputaron el apoyo de los alejandrinos. Asimismo, nadie prometía ni otorgaba la libertad a las ciudades. Parece incluso que Alejandría, que tal vez no contaba con una *bulé*,[26] disfrutó de una autonomía menor que muchas ciudades del reino seléucida.

d) *El tema político de la libertad de los griegos*

Independientemente de las cartas concedidas por los reyes a cada ciudad según las circunstancias, un tema de propaganda política aparece en diversas ocasiones durante la época helenística, al igual que en la Grecia europea: el de la "libertad de los griegos". En el año 319, Poliporconte, el tutor de los reyes, decidió, para debilitar el crédito de Casandro, así como de Antígono y de Ptolomeo, aliados de aquél, y «para atraerse numerosas alianzas y un gran prestigio, liberar las ciudades de Grecia y disolver las oligarquías que en ellas había establecido Antípatro». La proclamación, hecha en nombre de los reyes, implicaba también el regreso de los exiliados y la vuelta a la situación de tiempos de Filipo y Alejandro (Diodoro, XVIII, 55-56). Pero esta generosidad reveló a no tardar un objetivo político preciso: «Los griegos tendrán que decretar que nadie tomará las armas contra nosotros ni actuará contra nuestros intere-

ses». Ésta era «una orden» a la que los reyes «no permitirán que se sustraiga nadie». Pero Poliperconte fracasó en su intento de ocupar Megalópolis (Diodoro, XVIII, 70); su poder disminuyó y las ciudades se alejaron del partido de los reyes para negociar con Casandro (Diodoro, XVIII, 74). Las ciudades —al igual que los mercenarios— pasaron al bando del vencedor. En el año 315, Ptolomeo y Casandro eran aliados en contra de Antígono. En esta ocasión, Diodoro (XIX, 61-62) ha conservado las proclamas antagónicas y similares de Antígono y Ptolomeo, liberando a los griegos de toda guarnición extranjera y reconociéndoles la libertad. «Los dos adversarios —afirma Diodoro— comprendían la importancia de la amistad de los griegos. Así, para asegurársela, rivalizaban en la promesa de beneficios.» De igual forma se pronunciaron Filipo V en 220, en su desafío a los etolios (Polibio, IV, 25), Antíoco III en 192, en su enfrentamiento con Roma (Tito Livio, XXXV, 44), y Antíoco III y Roma en la paz de Apamea en el año 188 (Polibio, XXI, 43 y Tito Livio, XXXVIII, 38 ss.). El tema de la libertad de los griegos fue retomado por los romanos en el curso de la conquista de Grecia: la proclamación de Flaminino en nombre del Senado, en el año 196, tras su victoria en Cinoscéfalos, fue acogida con gran entusiasmo, que es evocado por Polibio (XVIII, 46) y Plutarco (*Flaminino,* 10). Junto con la libertad, Roma concedió a las ciudades griegas la exención del tributo y de guarnición, así como la autonomía y renovó este gesto tras el saqueo de Corinto. Pero fue Roma la que dio a los aqueos su constitución y la que juzgaba a quienes la violaban (*Syll.* 3.ª ed., 684).

Como conclusión de este breve análisis de las relaciones políticas entre los reyes y las ciudades, podemos hablar de una gran inestabilidad. Las filosofías de la ataraxia y, por otra parte, el cinismo y el escepticismo, traducen la angustia y el desarraigo que surgían como consecuencia de la arazosa vida en las ciudades.

Hasta ahora hemos examinado las condiciones impuestas a las ciudades por los reyes, Pero en tiempo de los diádocos, algunas ciudades eran consideradas como potencias autónomas en materia de política exterior. Cuando Antígono el Tuerto y los coaligados firmaron la paz en el año 311, el tratado fue entregado a las ciudades griegas para que fuera ratificado (*OGIS,* 5). Un embajador les entregó el texto. No obstante, la aceptación de Escepsis con respecto a Antígono se acompañó de protestas de lealtad que llegaron casi hasta la creación de un culto (*OGIS,* 6).

Tenemos, pues, la impresión de que la relación entre las ciudades y los reyes era una relación de alianza. De esta forma, si habían de entregar ayuda militar, ésta sería de tipo simáquico. Pero las formas no deben ocultarnos la desigualdad de la relación de fuerzas.

e) *El rey y el gobierno de las ciudades*

La autonomía, que era uno de los elementos de la libertad concedido por los reyes, implicaba, en el caso de las ciudades, la conservación de los órganos de la vida política heredados de la época clásica. El cuerpo cívico se definía según fórmulas que iban desde la oligarquía hasta la democracia. La asamblea del pueblo, en función de sus poderes legislativos, judiciales y ejecutivos, continuó promulgando decretos; los cuerpos restringidos emanados de esa asamblea *–bulé, gerusía–* continuaron preparando su trabajo; magistrados, pritanos, ecónomos, gimnasiarcas y, muy en especial, los estrategos, eran elegidos o designados por sorteo, ejecutaban las decisiones de la asamblea, proponían decretos y eran epónimos; se designaban embajadores para realizar misiones cerca de los reyes de otras ciudades; se firmaban tratados entre ciudades; se enviaban misiones a Delfos o a Olimpia; las ciudades tenían sus sacerdotes y sus fiestas; se enviaban delegaciones a Roma para quejarse de los reyes; Esparta conservó sus reyes y sus éforos. Polibio y las inscripciones nos permiten adentrarnos en la intensa vida política de las ciudades. Las inscripciones revelan la pervivencia de una diplomática específica en cada una de ellas y, si bien los reyes utilizaban el griego común, algunas ciudades conservaban su dialecto (por ejemplo, en Cirene, según *SEG,* IX, 5).

Sin embargo, en estos mecanismos intactos de una vida política autónoma se inserta la intervención real a diversos niveles.

Para discernir las formas de esa intervención, partiremos de la constitución que Ptolomeo I otorgó a Cirene en una fecha que es imposible de precisar, en 322, 312 o 308.[27]

Esta constitución comienza con la definición del ciudadano. A dos categorías basadas en situaciones de nacimiento, se añade una tercera: "los hombres que nombrará Ptolomeo y aquellos que el cuerpo político activo acoja conforme a las leyes que siguen a continuación» (ll. 1-4). Esta intervención real nada tiene de insólita: se promulgaron numerosos decretos ratificando el ingreso en el cuerpo cívico de ciudadanos de honor, en respuesta al deseo o a una orden de un rey. Así, Poliperconte (que era el equivalente de un rey) ordenó a Atenas que admitiera a dos de sus protegidos como ciudadanos (*Syll.,* 3.ª ed., 315, de 319-318). Por otra parte, los reyes sugerían las simpolitias o el asentamiento de nuevos ciudadanos en ciudades que manifestaban una debilidad demográfica. Hemos citado antes la recomendación de Filipo V, que invitó a Larisa a admitir en su cuerpo político, diezmado por las guerras, a los tesalios y a los otros griegos que habitaban en la ciudad sin ser ciudadanos (*Syll.,* 3.ª ed., 543, con bibliografía en *SEG,* XIII, 1956, num. 389).[28] Siguiendo el modelo de la

llamada a los exiliados realizada por Alejandro en 324, las órdenes de exilio o de regreso fueron frecuentes entre los diádocos. Así, en el año 319, Poliperconte ordenó a determinadas ciudades que exiliaran a los ciudadanos que Antípatro había situado en ellas al frente del gobierno (Diodoro, XVIII, 57). Evergetes II introdujo extranjeros en el cuerpo político de Alejandría (Justino, 38, 8, 7), probablemente para humillar a los alejandrinos que habían tomado partido contra él en las querellas dinásticas y para repoblar su ciudad desierta.

Precisamente, en Cirene, Ptolomeo intervino en la composición del cuerpo político activo:

«El cuerpo político activo estará compuesto por 10 000 hombres. Formarán parte de él, primero, entre los exiliados que habían buscado refugio en Egipto, los que sean designados por Ptolomeo; segundo, aquellos cuyo censo sobre la fortuna territorial libre de hipoteca –comprendidos los bienes de su esposa– sea de 2000 dracmas de Alejandro, según evaluación de los censores» (ll. 6-9). Se añaden las deudas.

La edad de los ciudadanos activos era de treinta años. El cuerpo político estaba formado anteriormente por 1000 hombres (l. 35). Ptolomeo procedió, por tanto, a ampliar el cuerpo político en un sentido democrático. Por contra, en 322-321, Antípatro había establecido en Atenas un régimen censitario que privaba a 12 000 hombres, de un total de 21 000, de la ciudadanía activa, exigiendo también un censo de 2000 dracmas (Diodoro, XVIII, 18, 4).

En Cirene, una *bulé* de quinientos miembros, con una edad mínima de cincuenta años y elegidos por sorteo, parece haber quedado al margen de la influencia real (ll. 16-19). Señalemos que en Alejandría si, como parece cierto, la *bulé* había sido instituida por Alejandro, fue suprimida por uno de los Ptolomeos (*PSI,* 1160). Por otra parte, los reyes sí intervinieron en Cirene por lo que respecta a la *gerusía* de 101 miembros con un mínimo de cincuenta años: «Los 101 miembros (de la primera sesión) serán nombrados por Ptolomeo». Luego, los 10 000 elegirían a los sustitutos (ll. 20-24). La intervención de Ptolomeo fue, pues, temporal en esa ciudad. La injerencia «real» del sátrapa se ejercía también sobre las magistraturas superiores. En Cirene, «será estratego el propio Ptolomeo. Además, elegirá cinco estrategos entre los ciudadanos de más de cincuenta años que no hayan ejercido todavía ese cargo» (ll. 26-28). Sin duda, el modelo no era otro que el ejercicio, por parte de Filipo y Alejandro, del cargo de hegemón de la Liga de Corinto. Así, posteriormente, Filipo V de Macedonia fue elegido como jefe de la Liga de las ciudades cretenses (Polibio, VII, 11).

f) *Nombramiento de los magistrados urbanos por el rey*

En los demás lugares, los reyes, sin ejercer personalmente las magistraturas, intervenían en la designación de los magistrados. Los Seléucidas nombraban al sumo sacerdote de Jerusalén (Josefo, *Ant.*, XII, 5, 1, con respecto a Antíoco IV). En Pérgamo, Eumenes I nombró a los cinco estrategas que eligió entre los ciudadanos (*OGIS*, 267, ll. 20 ss.); escribió a Pérgamo para proponer que se reconocieran sus méritos. Ignoramos si esta forma de designación era corriente entre los demás reyes Atálidas. En Atenas, Demetrio de Falero fue «elegido por el pueblo legislador y epimeleta», en el año 317 (*Syll*, 3.ª ed., 318), con el asentimiento y, por supuesto, con la recomendación de Casandro. De hecho, Demetrio de Falero ejercía las funciones de un comisario real, y posteriormente fue elegido por la ciudad en nueve ocasiones para desempeñar el cargo de estratego.

La figura del estratego era importante, pues desempeñaba funciones religiosas (por ejemplo, *OGIS*, 267, de Pérgamo) y económicas. Los estrategos tenían el derecho, a veces en exclusiva, de proponer decisiones a la samblea.[29] En Pérgamo, los estrategos-ciudadanos nombrados por Eumenes eran los únicos que poseían ese derecho,[30] lo que privaba a los demás ciudadanos de uno de los derechos que les eran reconocidos por las democracias: la iniciativa de proponer leyes. En Atenas, vencida en la guerra de Cremónides, en 263-262 (?), el rey de Macedonia Antígono Gónatas designó estrategos que más tarde fueron elegidos por la asamblea del pueblo,[31] procedimiento que continuó, cuando menos, hasta el año 250. Es cierto que los dos únicos estrategos de los que sabemos que fueron, al mismo tiempo, nombrados y elegidos en estas condiciones desempeñaban una función militar importante: uno estaba encargado de la defensa de la costa (*SEG*, III, 122) y el otro, de la defensa del Pireo y de las plazas fuertes colindantes (*Syll.*, 3.ª ed., 454).

g) *El comisario real*

Una forma de control mucho más habitual era el nombramiento de un *comisario real* en las ciudades. Desde hace mucho tiempo, se ha planteado la cuestión de si la gran variedad de títulos de estos agentes reales responde a funciones diferentes.[32] Es imposible dar una respuesta que sea válida para todo el mundo helenístico, y durante un período de 300 años. Una clasificación de títulos, por fechas y lugares, para el dominio de los Lagidas[33] hace aparecer para cada título una variedad de acepciones según las ciudades y las fechas, que explica, sin duda, el carácter global

de las misiones de las que, al parecer, estaban encargados estos comisarios.

Nos limitaremos a esbozar aquí algunos rasgos generales. Generales, en efecto, ya que los cargos de este tipo existían en todas partes.[34] El origen de las funciones del comisario, no importa cuál fuera el título que adoptara, es sin duda militar y, una vez más, heredado del imperio ateniense, que situaba epimeletas en las ciudades que entraban en la órbita de su alianza. Hay que distinguir nuestros comisarios reales helenísticos de los *phrourarkoi,* comandantes de puesto, cuyas funciones eran exclusivamente militares. Ahora bien, en algunos casos, por ejemplo en Seleucia del Tigris, a fines del siglo III, debió de haber acumulación de funciones (*OGIS,* 254).

Poco a poco, y en el mismo sentido que evolucionó la función de los estrategos de los nomos egipcios y la de los estrategos de la ciudad de Pérgamo,[35] el mantenimiento del orden y del *statu quo* político, que exigía poderes militares, requirió también intervenciones judiciales y una acción mucho más amplia.[36]

Ya Demetrio de Falero, epimeleta de Atenas nombrado por Casandro, era un «civil», preocupado por las reformas que le inspiraba su formación peripatética.

Una vez más, los poderes que en la Antigüedad no estaban separados, se definen en la acción. Era precisamente la acción la que era objeto de los decretos honoríficos de las ciudades en las que obtenemos la información sobre esta institución. Lamentablemente, estos decretos ocultan la pobre realidad, lo que a veces resulta decepcionante.

Antes que realizar un vano intento de definición precisa, analizaremos aquí, sin pretender, por otra parte, generalizar los detalles, un decreto honorífico otorgado por Egina en un momento en que dependía de los Atálidas, (*OGIS,* 329). El personaje, honrado entre 210 y 133, es un tal Cleón•*epi tes poleos,* que pasó dieciséis años en la isla; formaba parte «de los guardias de corps», título de la corte. Las virtudes que se le atribuyen son de carácter real:

> «Tanto en la gestión de los asuntos como en la vida privada tiene una dichosa disciplina, se manifiesta imparcial y justo con respecto a todos, con una total integridad».

Luego, los eginetas elogian en él al juez que,

> «sin retraso, pero intentando también evitar la precipitación y una decisión autoritaria, intenta llevar a las partes a una conciliación, en la mayor parte de las causas privadas, y cuando no consigue reconciliarlas las remite a las correctas y justas disposiciones consignadas en nuestra legislación real —ordenanzas y leyes—

para que tanto el pobre como el poderoso, el hombre del pueblo como el rico, reciban una igual justicia... En el resto de su misión, se mostró excelente y digno del rey y de la ciudad. No pretendió provocar ningún mal a ninguna persona, sino, por el contrario, hacer el bien tanto a la ciudad como a cada uno en particular. En ello siguió el ejemplo que no cesan de dar nuestros reyes. Fue accesible a los ciudadanos y a los funcionarios reales, así como a los extranjeros asentados en la ciudad».

Por todo eso, Egina solicitó en varias ocasiones que su mandato fuera prolongado.

Con frecuencia, los comisarios ejercían funciones judiciales,[37] que desempeñaban con devoción «al rey y a la ciudad», devoción que es elogiada en los decretos honoríficos.

Al igual que Cleón, los comisarios, además de desempeñar una misión específica, con frecuencia judicial, podían tener poderes de gestión general. Así, cuando en 218 Antíoco III, que preparaba la campaña que debía emprender contra Ptolomeo IV en Siria, pretendió apoderarse de Seleucia de Pieria, fue a los «epístatas ptolemaicos» a quienes intentó corromper y Polibio (V, 60, 1) llama a éstos «epístatas de la ciudad... al frente del conjunto de los asuntos», sin duda a un tiempo militares y civiles. Posteriormente, en el año 186, cuando Seleuco IV quiso comunicar un decreto a esta ciudad –una vez más bajo dominio seléucida– para que lo ratificara, se dirigió al mismo tiempo al epístata y a la ciudad (*SEG,* VII, 62).[38] Seleuco IV deseaba que se concediera la ciudadanía de Seleucia a un tal Aristoloco, que había servido con devoción los intereses del rey y de la ciudad. El decreto que respondía a su *prostagma* epistolar se llevó a cabo a propuesta del epístata y de los magistrados de la ciudad. Así pues, el epístata tenía el mismo derecho de proposición a la asamblea que los magistrados. En Pérgamo, el comisario juzgó, junto con los estrategos, a los astinomos que no habían perseguido a los transgresores de los reglamentos referentes al vertido de basuras (*OGIS,* 483, l. 56).

El cargo de comisario real era ejercido muchas veces por oficiales superiores de origen macedónico,[39] tanto en el imperio egeo de los Ptolomeos[40] como entre los Seléucidas.[41] En las ciudades de Chipre, el comisario ptolemaico acumulaba, por lo general, otras funciones, tanto religiosas como militares.[42] El estratego o el sátrapa encargado de la administración general de una provincia actuaba, en ocasiones, como comisario en una ciudad de su región.[43] El comisario actuaba a modo de intermediario entre el rey y la ciudad y su actuación no respondía solamente a una intención represiva u opresiva. Era él quien solicitaba al rey la exención de un impuesto o quien organizaba el aprovisionamiento en los momentos de dificultades (por ejemplo, *SEG,* II, 663).

En las funciones del comisario real, la clase superior griega, de for-

mación naturalmente militar, y surgida de las ciudades, encontraba una salida importante, que le era ofrecida por los reyes.

Clase superior griega, hemos afirmado. Sin embargo, en Uruk-Warka existió en el año 201 un comisario de doble nombre, babilonio y griego.[44] Designado como «señor de la ciudad de Uruk», sería uno de los escasos funcionarios de este rango que no tendría origen griego. Pero esta circunstancia, tanto allí como en Egipto, que nos resulta tan extraña, podía no serlo tanto y deberse al hecho de que se ha descifrado un número mucho mayor de documentos en griego que en cuneiforme o en demótico.

h) *Los reyes epónimos en las ciudades*

El de los sacerdocios epónimos era otro punto de inserción de los reyes en la función de la ciudad. Alejandro fue magistrado epónimo en Mileto en 334-333 (*Syll.*, 3.ª ed., 272) y, según esta lista analística, dos años después el dios Apolo aceptó la eponimia. También en Mileto, Demetrio Poliorcetes en 295 y Antíoco I en 280-279 fueron aisimnetas epónimos (*Syll.*, 3.ª ed., 322).

Una serie de reyes de Anatolia, todavía semibárbaros, pretendieron la eponimia en ciudades gloriosas, y por medio de donaciones compraron ese honor que asentó su reputación de filohelenos.[45]

En el año 193, Antíoco III pidió a las ciudades situadas bajo la obediencia seléucida que tuvieran por epónimos en ellas a las sacerdotisas del culto que había establecido en honor de la reina Laodice, sacerdotisas de sangre real.[46]

i) *Jurisdicción real en las ciudades*

Una vez más, la constitución de Cirene (*SEG.* IX, 1, 1) nos servirá de punto de partida por lo que respecta al ejercicio de una jurisdicción real en las ciudades. Leemos en ella:

> «Aquel que, detenido por orden de los estrategos, haya sido condenado a muerte por los gerontes y la *bulé*, tendrá el derecho de interponer apelación ya sea ante los órganos legales (de la ciudad), o ante Ptolomeo, todo ello durante un plazo de tres años».

Esta disposición transitoria pretendía evitar las venganzas políticas que seguían a una revolución. Tres años después, sólo una disposición

subsistía en este sentido: «Un exiliado no puede ser condenado sin que sea remitido a Ptolomeo» (ll. 39-42).

Esta injerencia encuentra su paralelismo en el imperio ateniense: en sus relaciones con Calcis, tras una revuelta de esta última en 446-445, Atenas se reservaba el derecho de juzgar en apelación los procesos que acarrearan sentencias de exilio, muerte o atimia (*Syll.,* 3.ª ed., 64, ll. 74-75). Alejandro había exiliado a los tiranos de Quíos (*Syll.,* 3.ª ed., 283, ll. 10 ss.). En Ereso, en la Eólida, exigió en dos ocasiones que la ciudad acusara a «tiranos» locales aunque sin dictarles la sentencia (*OGIS,* núm. 8). Por su parte, Antígono el Tuerto dirigió a Ereso una orden por escrito sobre este tema (ll. 105-120).

Durante toda la época helenística, las ciudades conocieron revoluciones internas, muchas veces debidas a la presión de grandes potencias —reyes, ligas, Roma— que, para conseguir un cambio de las alianzas en beneficio propio, intentaban hacer caer al partido reticente. Por otra parte, los trastornos económicos desembocaban en el reparto de tierras y en la abolición de las deudas, pero el retorno al poder de las víctimas de estas medidas provocaban procesos insolubles.[47] Conocemos el caso de Beocia —excepcional, es cierto—, donde, según Polibio (XX, 6), se dejó de administrar justicia durante veinticinco años.[48]

Los reyes temían los conflictos sociales, de los que una parálisis de estas características no era más que un síntoma. Los reyes intervenían, ya fuera actuando personalmente como árbitros o —más frecuentemente— designando a los árbitros.

j) *El rey y el arbitraje en las ciudades*

Sólo conocemos algunos casos de arbitraje por parte del rey y siempre en asuntos de tipo político: diferencias entre ciudades o diferencias internas de orden público. Así, Lisímaco reguló, mediante una carta dirigida a Samos (*OGIS,* 13 = Welles, *Royal Correspondence,* núm. 7, con bibliografía), una disputa fronteriza entre esta ciudad y Priene, después de haber escuchado a los embajadores de ambas ciudades. Cada uno de éstos aportó, en apoyo de su tesis, la historia de la región disputada durante dos siglos, con pruebas y documentos. Por su parte, Antíoco III reconcilió a los aradios de la isla con los del continente en el año 218, durante su invasión de Siria (Polibio, V, 68, 7).

Más frecuente era que el papel de árbitro en la disputa entre dos ciudades lo ejerciera una tercera ciudad, designada por un rey[49] y, posteriormente, por Roma. Por ejemplo, tras la paz de Apamea, en 188, el general romano Cn. Manlio Vulso concedió audiencia a todos los pueblos

que tenían diferencias territoriales o de otro tipo y, previo acuerdo mutuo, designó una ciudad donde serían juzgadas sus diferencias, según afirma Polibio (XXI, 46).

Estas intervenciones tuvieron diversos efectos sobre la jurisdicción. En primer lugar, conforme a la costumbre del procedimiento griego en materia civil (cf. O. Guéraud, *Enteuxeis*), los jueces a los que se acudía solucionaban muchas de las diferencias mediante la conciliación. Por ello les elogian los decretos votados en su honor. Por otra parte, debían juzgar menos según las leyes que según la equidad, que fue en todo momento uno de los fundamentos de la jurisdicción griega.[50] Al trasladarse de una ciudad a otra debieron contribuir a la formación de un derecho griego común. Y, sin duda, se convirtieron en jueces profesionales, a diferencia de los ciudadanos a los que se acudía para que emitieran juicio en su propia ciudad.

Hemos de admitir que los arbitrajes de derecho público se referían, muchas veces, a delimitaciones fronterizas. Estas disputas territoriales provocaron, a veces durante varios siglos, incursiones o incluso guerras entre ciudades vecinas. El arbitraje, favorecido por los reyes, servía para que se solucionara por vía judicial un contencioso que, de otra forma, habría seguido regulándose por medio de la guerra.

k) *La legislación real para la ciudad*

Otra intervención real que contribuía a la unificación del derecho era la solicitud del rey para que una ciudad incorporara una ley real a su cuerpo de derecho. Veamos uno de estos casos. Los reyes conjuntos de Egipto –probablemente Evergetes II y Cleopatra II–, deseosos de proteger a sus súbditos contra los embargos y las detenciones arbitrarias, promulgaron una ordenanza en estos términos:

> «Los funcionarios u otros súbditos reales que reinvindiquen bienes vacantes o que son objeto de un litigio no precintarán la propiedad de los demandados ni harán encarcelar a éstos ni a sus esclavos, sin mandato de los crematistas».[51]

Los soberanos enviaron copia de esta ordenanza a Cirene, donde fue grabada en piedra como habían solicitado, pidiendo además a la ciudad que esta ordenanza se introdujera en el espíritu de su código de actuación. Al mismo tiempo que a Cirene, la ordenanza fue enviada a todos los comisarios reales de las ciudades. Esto suponía, por parte de los soberanos, la voluntad de unificar, al menos respecto a un punto, el procedimiento judicial seguido en las ciudades de su reino, en este caso con-

creto, para evitar la arbitrariedad, efecto y causa de desórdenes políticos.

En Egina, en el siglo II, la justicia se administraba según las leyes y ordenanzas otorgadas por los Atálidas, así como según las leyes (sin duda, de la ciudad) (*OGIS,* 329, ll. 13-15). En Megalópolis, Antígono Gonatas envió a la ciudad, para que estableciera una legislación, al peripatético Prítanis, que fracasó (Polibio, V, 93). La «ley de los astínomos» que regulaba en Pérgamo la utilización, tanto privada como pública, de los vertidos, materia típicamente urbana, era una «ley real», que pervivía todavía en tiempo de Trajano o Adriano (*OGIS,* 483). Atalo III solicitó a la ciudad de Pérgamo que incorporara en sus «leyes sagradas» la creación de un sacerdocio hereditario (M. Fraenkel, *Inschr. Pergamon,* 248 = Welles, *Royal Correspondence,* núm. 67). Antíoco III, al reconocer los juegos isopíticos que Magnesia del Meandro estableció para su Artemisa, ordenó a las ciudades de su reino que hicieran lo mismo (*OGIS,* 231) y Atalo I, al reconocer esos mismos juegos, respondió también de la aceptación por parte de las ciudades bajo su dominio (*OGIS,* 282).

Podía producirse un conflicto entre la ley real y la legislación de la ciudad a la que se pedía que la adoptara. Dos soluciones opuestas están atestiguadas. Antíoco III habría proclamado que el derecho de las ciudades prevalecía sobre sus ordenanzas, pero este Apotegma real de Plutarco (*Moralia,* 183 F) no es una fuente segura; por contra, en Egipto, la legislación real tenía prioridad sobre la de las ciudades *(Pap. Gurob, 2 y Pap. Lille, 29).*

l) *Las instituciones reales en las ciudades*

Las ciudades eran plazas fuertes que utilizaban los reyes.[52] Aprovisionaban en ellas a sus ejércitos y allí situaban los cuarteles de invierno de sus tropas (véase un ejemplo en Diodoro, XIX, 77, respecto a Antígono, en 312, pudiéndose encontrar muchos otros en Polibio).

Hemos visto que la «libertad» implicaba la obligación de defenderse del enemigo. Cuando no estaban exentas por privilegio especial, el rey instalaba en las ciudades, incluso en las ciudades «libres», *guarniciones* de macedonios y de mercenarios, los *phrourai.* Todas las monarquías helenísticas actuaron de igual modo.[53] Por ejemplo, Atenas, que fue «libre» durante todo un siglo —entre 322 y 329— sólo entre 301 y 295 se vio libre de una guarnición.[54] Ello se explica porque El Pireo, Muniquia y Egóstenes eran posiciones que había que defender. Eso pensaba, sobre todo, Poliperconte (Diodoro, XVIII, 66).

La presencia de una guarnición era considerada como una sumisión (Polibio, XXVIII,5) tanto en Jerusalén, según los *Macabeos* (I y II *passim*),

como en Atenas o en Sición (*Syll.,* 3.ª ed., 317). Pero lo que provocaba quejas constantes era la obligación de dar alojamiento a los soldados.[55] También se intentaba conseguir el privilegio de quedar exento de esa obligación. Por ejemplo, Filipo V concedió tal privilegio a Tasos para poder entrar en la ciudad (Polibio, XV, 24, 2-3).

Era raro que las ciudades proporcionaran a los reyes contingentes de ciudadanos-soldados en virtud de una alianza.[56] Pero, en las alianzas que concluían entre sí, las ciudades se prometían mutuamente «ayudas simáquicas».[57] En caso de guerra entre ciudades o en caso de urgencia, eran las milicias urbanas a las que se llamaba para que tomaran las armas.[58] Los reyes tenían prioridades de reclutamiento de mercenarios.

Las ciudades costeras proporcionaban al rey del que dependían barcos equipados:[59] es la tradición de los comienzos del imperio ateniense, que fue mantenida por Alejandro.[60] Fue también la tradición de los aqueménidas con respecto a las ciudades fenicias y a otros pueblos ribereños del mar.[61]

Cuando estallaba la guerra, los reyes pedían contribuciones extraordinarias en dinero,[62], así como aprovisionamiento de víveres, forraje y caballos.[63]

En el caso de las ciudades, la contrapartida del privilegio de «libertad» era la de defenderse de cualquier enemigo del rey que garantizaba esa libertad. Esto les obligaba a reconstruir las murallas cuando era necesario. Ésa era una obra costosa que les obligaba a tomar gravosos préstamos.[64] Por otra parte, incluso en tiempo de paz, los ciudadanos debían asegurar la custodia de las murallas y de los puestos fortificados en el campo. Este aspecto es bien conocido por lo que respecta a Atenas, por *Syll.,* 3.ª ed., 319 (hacia 315), 345 (302-301) y 485 (con posterioridad a 236-235), sobre los puestos fortificados del Ática.

Dejemos aparte los casos en los que una ciudad compraba la retirada de un enemigo. Esto se efectuaba predominantemente con los galos.[65] Normalmente, dado que eran plazas fuertes, las ciudades eran arrastradas a la guerra de los reyes y sitiadas. Diodoro, en el caso de los diádocos y, luego, Polibio, nos relatan numerosos sitios dramáticos.

m) *La suerte de las ciudades en la guerra: pillaje y piratería*

En las inscripciones que elogian a los ciudadanos o reyes «salvadores», la guerra es designada con los términos «terror» y «peligro». En efecto, la guerra era terrible en Grecia. Pillajes, ventas de los prisioneros como esclavos, destrucción sistemática, matanzas después de la capitulación, las calamidades eran abrumadoras. Ya nos hemos referido a este tema en el

capítulo dedicado a la guerra. Evocaremos tan sólo aquí algunos hechos. Las ciudades no tenían unas para con las otras más consideración que los reyes. Por ejemplo, en Lito, en Creta, en un momento en que los hombres habían abandonado la ciudad para realizar una expedición, los habitantes de Cnosos se apoderaron de su ciudad, la saquearon, la incendiaron, la destruyeron y se llevaron consigo a las mujeres y a los niños. A su regreso, los litios, consternados, no se atrevieron a instalarse de nuevo en su ciudad. Convertidos en exiliados, fueron acogidos por los lapeos (Polibio, IV, 54). Estas razzias constituían la técnica habitual de los piratas y, muy en especial, de los etolios. Polibio, poco amante de este pueblo, menciona sus fechorías un tanto escandalizado. Así, describe el asalto y saqueo de Cineta (IV, 18); de Anticira, cuyos habitantes fueron reducidos a la condición de esclavos (IX, 39); de Dime, de Farai, de Tritea (IV, 59). Pero no se trataba tan sólo de los etolios: los habitantes de Egina fueron vendidos como esclavos por Sulpicio Galba (IX, 42, 2). Filipo V saqueó Cíos en Bitinia. Polibio (XV, 21-22), que hace una reflexión sobre estos crímenes, atestigua la frecuencia de estos saqueos y de las ambiciones que los provocaban:

«Por mucho que los hombres oigan hablar de ciudades destruidas totalmente [...] y aunque asistan directamente a tal espectáculo, ello no es obstáculo para que, con un poco de habilidad, haciendo brillar ante sus ojos la esperanza de enriquecerse a expensas de otro, se les haga morder el cebo. Sin embargo, saben bien que cuantos han mordido ese cebo, han salido dañados, y que esa política, según opina todo el mundo, ha conducido siempre a la ruina».

«Filipo se sentía feliz tras haberse apoderado de Cíos. Se decía a si mismo que había realizado una hazaña hermosa y noble, había llevado socorro a su yerno, aterrorizado a todos sus enemigos y había conseguido legítimamente una gran cantidad de esclavos y botín».

Polibio comprendió que esos actos de terrorismo debían servir de ejemplo aunque produjeran grandes beneficios. Pero este historiador cree en la existencia de una justicia final y relata cómo ese crimen levantó contra Filipo a Rodas y a los etolios. Por lo demás, para que el mal sea aceptable, Polibio concluye que la ciudad saqueada había llamado a la catástrofe debido a la incapacidad de su tirano.

Otra catástrofe habitual era la invasión de pueblos bárbaros. Hemos de mencionar las invasiones de los galos,[66] cuya retirada, por otra parte temporal, se compraba cuando eso era posible (Polibio, IV, 45, con respecto a Bizancio). Las razzias de los getas, escitas y otros bárbaros vecinos de las ciudades de las costas del mar Negro, en Istria (*Syll.*, 3.ª ed., 708; *SEG*, XVIII, 288), en Tomi (*Syll.*, 3.ª ed., 731), donde cabe pensar que esas razzias coincidían con guerras civiles.[67]

Citemos un último motivo de destrucción de la ciudad: la práctica de la táctica de la «tierra quemada» en el curso de una retirada. Fue lo que hizo Ptolomeo I, en el año 312, tras su victoria en Gaza, cuando decidió regresar a Egipto sin esperar la respuesta de Antígono (Diodoro, XIX, 93).

Tanto en el caso de las razzias como en el de la piratería, se trataba de ataques por sorpresa. En las ciudades pequeñas reinaba la inquietud. Las novelas griegas, cuyos temas remontan a la época helenística, narran las separaciones imprevistas que provocaban la captura de los ciudadanos por los piratas y su venta como esclavos.

En estas condiciones, no es difícil imaginar hasta qué punto eran trágicas las deliberaciones de las asambleas de las ciudades cuando debían elegir su alianza entre dos grandes potencias enemigas. Cada una de estas potencias contaba con sus partidarios en la ciudad, en coincidencia, sin duda, con la diversidad de clases económicas y sociales en lucha, de forma que la situación, muchas veces, degeneraba en guerra civil. El abismo entre ricos y pobres queda atestiguado por la voluntad de imparcialidad por la que Egina elogia al comisario Cleón (*OGIS,* 329). Atenas y Esparta utilizaban en beneficio propio la existencia de facciones en las ciudades (Tucídides, III, 84).

n) *Guerra real y guerra civil*

La aparición de Alejandro provocó, en todas partes, el exilio de los oligarcas; pero, en el año 324, el rey ordenó el regreso de los exiliados. Este regreso planteó diversos problemas: quien había comprado los bienes confiscados se veía en el riesgo de tener que huir y la devolución provocó enfrentamientos, sobre los cuales podemos hacernos una idea a través de una inscripción de Mitilene (*OGIS,* 2). Sin duda, el regreso de los exiliados le fue sugerido a Alejandro por los más influyentes de entre ellos o por los amigos que tenían en el círculo del rey. En efecto, Samos, donde los exiliados regresaron poco después del año 321, elogia a uno de estos bienhechores por haber conseguido de Alejandro, todavía en campaña, que «entregara Samos a los samios» (*Syll.,* 3.ª ed., 312). Cada vez que en medio del azar de la guerra una ciudad pasaba a obedecer a un rey diferente, cambiaba también de constitución, es decir, preponderaba en ella una clase social diferente. En el año 318, Poliperconte solicitó la alianza de las ciudades del Peloponeso. En 321 exigió que se diera muerte a todos los jefes del partido oligárquico partidarios de Antípatro. Megalópolis se negó y fue sitiada (Diodoro, XVIII, 69). En Atenas, la revuelta de los demócratas contra los oligarcas, organizada por Antípatro, provocó la condena a muerte de Foción (Diodoro, XVIII, 66-67). Atenas conoció

siete regímenes diferentes entre los años 307 y 261.[68] En cuatro ocasiones fue la intervención de los reyes la que provocó el cambio de la constitución. La sucesión de los protectorados sobre las ciudades provocaba cambios incesantes. Así, Mileto fue «liberada» por Antígono I en 313-312. En 289-288, pasó a manos de Lisímaco; en 280-279, a las de Antíoco I, y en 279-278, a poder de Ptolomeo II (*Syll.*, 3.ª ed., 322 y 368). Asistimos a una continua ida y venida de los partidos en el poder, y, en la Antigüedad, quien dice «partido» dice «clase social». Cada partido destruía lo anterior y, luego, su enemigo restablecía las estelas honoríficas de los hombres ensalzados o despreciados alternativamente (véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 317). Así, Atenas destruyó las estatuas de Demetrio de Falero (Diógenes Laercio, V, 5, *Demetrio*). Antígono Gonatas suscitó la instauración de tiranías en las ciudades griegas, lo cual provocó la irreductible hostilidad de los aqueos «contra cualquiera que intente reducirlos a la servidumbre con el apoyo de un rey» (Polibio, II, 41-42). Por otra parte, las ciudades desconfiaban de los reyes y de sus regalos (véase Plutarco, *Pirro,* 12, consejo de Pirro a los atenienses, y Polibio, XXII, 7-8, rechazo de los regalos de Eumenes por parte de los aqueos). Mantinea dudaba entre los aqueos y Esparta, lo cual provocó una sucesión de asesinatos y venganzas y, finalmente, la venta de los mantineos como esclavos por los aqueos y por Antígono Dosón, en el año 223 (Polibio, II, 58). En Argos, Aristómaco hizo asesinar a los partidarios de Arato y de los aqueos. Luego, Antígono y los aqueos recuperaron Argos y torturaron, a su vez, a Aristómaco, según afirma Filarco, a quien critica Polibio (II, 59).

Cuando comenzaron a intervenir en la política griega, los romanos se atuvieron a estas costumbres. Polibio (XXI, 6, 1-2) evoca las luchas entre los partidarios de Seleuco IV y los de Roma en Focea. Los magistrados, temerosos de una sublevación popular a causa del hambre, hicieron saber a Seleuco que deseaban permanecer neutrales. Pero el rey se aprovechó del hambre para marchar sobre la ciudad.

Por otra parte, «los romanos sabían quiénes eran, en cada ciudad del Peloponeso, los ciudadanos favorables a Roma»; la neutralidad no les bastaba (Polibio, XXVIII, 3 y 4). En todas partes existía una lucha encarnizada entre sus partidarios y los de un rey determinado, por ejemplo en Rodas (XXVIII, 2 y XXX, 31) o en Beocia, donde las ciudades abandonaron la alianza de Perseo para situarse junto a los romanos, aunque al precio de luchas intestinas (XXVII, 1-2). Polibio vivió esta situación en Megalópolis (véase, por ejemplo, XXVIII, 3). En su obra supo combinar admirablemente estos dos planos de la historia que se condicionan mutuamente: las grandes cabalgadas de los reyes o las misiones diplomáticas de los romanos, por una parte, y las luchas intestinas —luchas de clases[69] o luchas de familias— en las ciudades desquiciadas, por otra.

Las ciudades no sólo se veían inmersas en el torbellino de las guerras reales, sino que también luchaban de forma encarnizada con ciudades vecinas, pues las comisiones de arbitraje no conseguían solucionar todos los problemas. Por ejemplo, en Creta, a despecho de la existencia de una alianza jurada, los cidoniatas se apoderaron de Apolonia, degollaron a los hombres, robaron los bienes y se llevaron a las mujeres y los niños (Polibio, XXVIII, 14). En tales casos, los reyes ayudaban a una ciudad determinada contra otras. Así, los cidoniatas se aliaron a Eumenes II para obtener apoyo en su lucha contra Gortina (Polibio, XXVIII, 15). Estos episodios de escasa envergadura nos son conocidos, muchas veces, por la existencia de decretos de reconocimiento que convierten a un rey en salvador. En este sentido, Lisímaco envió refuerzos militares a Priene, enfrentada con Magnesia del Meandro, que la había atacado. Luego, Priene le otorgó al rey una corona de oro, una estatua de bronce, un altar y sacrificios (*OGIS*, 11).

Indudablemente, el objetivo que guiaba a los reyes a ayudar a una ciudad determinada no era otro que el de introducirse en algún lugar estratégico, explotando así, en el escenario de la política a gran escala, los enfrentamientos por tierras de pasto o los odios familiares que surgían entre las ciudades pequeñas.

Al margen de algunas iniciativas de Atenas, Rodas, Esparta o Bizancio, la guerra era pasiva para las ciudades, es decir defensiva y, en consecuencia, casi siempre desastrosa. No es difícil explicarse que las ciudades pequeñas, diezmadas por las matanzas y la venta de sus habitantes como esclavos, no contribuyeran en gran medida al progreso. Las capitales reales, cuya posesión no era disputada, aunque minadas también por el enfrentamiento de facciones, sufrieron menos destrucciones y supieron preservar mejor su potencial humano. Ésta es, sin duda, una de las razones de la concentración de la ciencia y la cultura en esas grandes ciudades. Desde el ataque de Demetrio Poliorcetes, Rodas fue lo bastante fuerte, durante varios siglos, para escapar a los asedios y a las matanzas. Atenas debió su prestigio a un tratamiento privilegiado. Esto explica la función de capitales del espíritu que desempeñaron estas dos ciudades en la época helenística. Esta concentración de la cultura en las ciudades que eran bastante fuertes para escapar a los trastornos de la guerra, prolongó las condiciones del imperio ateniense en cuyo seno se produjo el mismo empobrecimiento cultural de las ciudades pequeñas, cuyos espíritus más ilustrados acudían a Atenas.

o) *La asilía*

La asilía confería la inviolabilidad de lo sagrado a la persona, al templo o a la ciudad que la recibía. Declarar asilo a un lugar era, ante todo, consagrarlo a un dios.

Desde la época clásica, este privilegio había sido otorgado con frecuencia por las ciudades a las personas a las que se pretendía honrar.[70] A veces se acompañaba con la exención del impuesto *(ateleia)* y cuando se otorgaba a personas, daba lugar a un salvoconducto *(asfaleia)*. La Anfictionía de Delfos la otorgaba a menudo a compañías de actores (por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 692, 698); añadía a la asilía la prioridad de consulta del oráculo.

Los templos recibían la asilía de los reyes.[71] Una ordenanza de Ptolomeo Alejandro I (del año 95) la define así: «No permitir a nadie que penetre en el templo» (M.-Th. Lenger, *Corpus des Ordonnances des Ptolomées,* núm. 65). Esta decisión tenía como consecuencia la prohibición en el territorio del templo de cualquier intrusión de funcionarios reales con finalidades judiciales o de ejecución fiscal. El acta que otorgaba la asilía iba acompañada de una delimitación precisa del territorio así privilegiado. El rey añadía, a veces, la donación de alguna aldea cuyos ingresos serían para remunerar el culto. Algunos templos hicieron reconocer esta asilía por parte de Delfos, especie de conservatorio internacional de las convenciones de orden público, o por alguna potencia extranjera.[72] Según el modelo de los templos y, generalmente, en razón de su relación con un templo célebre, algunas ciudades hicieron reconocer su carácter sagrado e inviolable por potencias extranjeras, reyes, ciudades, Delfos, los etolios [73] y, más tarde, los romanos. Un acontecimiento religioso, aparición divina u orden de un dios, era la ocasión de hacer valer el carácter sagrado que el dios acababa de revelar y exigir así.[74] Al parecer, fue Esmirna la primera ciudad que obtuvo en el año 245,[75] al mismo tiempo que su templo de Afrodita Estratonica, y por recomendación de Seleuco II, el reconocimiento de este privilegio por parte de Delfos. Creemos que hay que admitir la interpretación de Henri Seyrig respecto a los objetivos que perseguían los reyes cuando recomendaban el reconocimiento, por parte de terceras potencias, de la asilía de una ciudad situada bajo su férula. Seyrig constata que «no existe un solo documento que atestigüe, o permita ni siquiera sospechar, que una ciudad viera cómo le concedía la asilía su propio soberano».[76] De hecho, la concesión de la asilía se realizaba en dos momentos. En primer lugar, la ciudad era consagrada a un dios, condición necesaria para que fuera un refugio inviolable. El rey realizaba esta primera gestión[77] y, luego, por recomendación del rey, la ciudad hacía reconocer su asilía por parte de las otras potencias. Seyrig observa que fueron fundamentalmente las ciudades costeras las que se embarcaron en ese proceso, y que muchos

reconocimientos procedían de los etolios. Cuando, hacia el año 208, éstos garantizaron la asilía a Magnesia del Meandro (*Syll.,* 3.ª ed., 554), se impusieron la prohibición de detener a cualquier persona de Magnesia, ya fuera en tierra o en el mar. Así pues, la asilía sería un procedimiento para ponerse al abrigo de los piratas y, de forma general, serviría para alejar de la ciudad, al catalogarlos de sacrílegos, los ataques de cualquier otra potencia. El reconocimiento por Delfos, la inscripción en las monedas de una ciudad de las palabras «sagrada e inviolable», eran formas de hacer pública esa protección, que redundaba en beneficio del rey que había consagrado la ciudad a un dios.

Las asilías constituían una amplia red internacional de protección, atestiguada por las inscripciones. El conjunto del que hace alarde a este respecto Magnesia del Meandro, a fines del siglo III, es considerable. Esta ciudad hizo reconocer los juegos isopíticos que estableció, a raíz de una aparición, en honor de su diosa Artemisa Leucofriene. Al mismo tiempo, vio cómo le era concedida la asilía «por los reyes y por todos los griegos —ligas y ciudades— a los que había enviado embajadas» (*Syll.,* 3.ª ed., 557). De esta forma, era visitado y requerido todo el mundo helenístico. Una de las misiones sólo consiguió contactar con Antíoco III en Antioquía de Pérsida (*OGIS,* 231). Ciudades y ligas manifestaron su adhesión por decenas. Sin embargo, no todas añadieron la asilía. Atalo I, Ptolomeo IV y Antíoco III se unieron a este movimiento,[78] efectuando además diversas donaciones.

El ejemplo de Magnesia nos permite imaginar cómo eran las relaciones diplomáticas que, bajo la égida de los reyes, unían a las ciudades helenísticas, preocupadas por edificar en ese mundo en guerra pequeños islotes de seguridad.

p) *Las finanzas de las ciudades y los reyes*

Las ciudades poseían sus propias finanzas. Su régimen fiscal, heredado de la época clásica, suponía la existencia de algunos cargos típicos con algunas variedades locales.

Por lo que se refiere a los recursos, hay que notar que algunos servicios públicos eran asumidos por medio de *liturgias.* Sabemos que Demetrio de Falero las abolió en Atenas, medida típica en favor de los ricos.[79] Las ciudades arrendaban sus tierras públicas[80] o algunos servicios, como las barcas. Poseían derechos de entrada y aduanas, impuestos sobre las ventas, las profesiones, los transportes, los productos de los huertos y de las colmenas. A ello hay que añadir la venta de los cargos sacerdotales y los productos de las multas.[81] Por último, las contribuciones voluntarias

(epidosis) y las contribuciones extraordinarias *(eisfora)* procuraban recursos en caso de una situación excepcional y, muy en especial, cuando era necesario realizar construcciones defensivas.[82]

Los reyes aportaban importantes recursos a las ciudades. Sus donaciones, calculadas para que reforzaran su prestigio, consistían las más de las veces en edificios suntuarios, fundaciones religiosas o culturales, entregas de trigo o de dinero en caso de hambre, e incluso en el envío de materiales o mano de obra cuando se producía alguna catástrofe.

En el capítulo dedicado al rey, nos referimos a estas donaciones que tuvieron importantes consecuencias de tipo cultural. El apoyo a los gimnasios, las subvenciones para las fiestas, las fundaciones de escuelas o la protección de los actores, aseguraron la supervivencia y la expansión de la cultura griega en ciudades pequeñas, a veces muy alejadas del mar Egeo. La construcción de pórticos y teatros permitió difundir una concepción del urbanismo que el Imperio romano haría florecer en el Oriente hasta Petra, Bosra y Palmira. Las capitales reales –Alejandría, Antioquía, Pérgamo– servían como modelo a las ciudades de menor tamaño.[83]

Los reyes enviaban sus arquitectos de ciudad en ciudad para que construyeran los monumentos que ofrecían,[84] y todo ello contribuyó a la unidad de la arquitectura helenística. Este estilo real se sustraía casi por completo a la influencia oriental.

Por otra parte, las donaciones reales contribuyeron a provocar cierto estancamiento económico. En efecto, permitieron que muchas ciudades no se molestaran en desarrollar –como tal vez lo habrían hecho de no haber contado con ese maná– una economía basada en intercambios más intensos. Una serie de bienhechores privados intentaron emular a los reyes en sus donaciones. Los mecenas eran «salvadores». Su habilidad diplomática procuraba a la ciudad venturosas alianzas y le permitía contar con la benevolencia de los reyes; asumían a su costa los gastos de las embajadas y, cuando surgía el hambre, prestaban dinero sin interés para la compra de trigo, o bien lo importaban ellos mismos para luego revenderlo a bajo precio.[85] Asimismo, financiaban la construcción de edificios públicos, en especial gimnasios.[86]

La figura típica del evergeta se remonta a la ciudad clásica, pero los reyes, al magnificarla, le dieron nuevos modelos. Una larga inscripción en honor de Protógenes de Olbia (*Syll.,* 3.ª ed., 495, hacia 230) nos da una idea de lo que era este tipo social. Fiel a las tradiciones de su padre, Protógenes ayudó a su ciudad –situada en las proximidades del mar Negro, región hostigada por los escitas– a pagar a los bárbaros los tributos que éstos exigían. Una y otra vez se erigió en salvador de Olbia, cuyo tesoro estaba vacío. En Samos, Bulágoras obtuvo de Antíoco, gracias a sus buenas relaciones, la devolución de los bienes confiscados hacia 246-243. En su

condición de abogado, participó con éxito en los procesos en los que se hallaba implicada la ciudad; desempeñó con justicia y distinción el cargo de presidente del gimnasio, se preocupó de subvenir a los gastos del viaje de los *theoroi* a Alejandría, para que Samos siguiera contando con el favor de Ptolomeo III, y pagó las seis mil dracmas que costaron las coronas de oro que hubo que ofrecer al rey en esa ocasión. En un momento en que se produjo una situación de hambre, hipotecó sus bienes como garantía de los préstamos que contrató la ciudad para comprar trigo e, incluso, llegó a pagar de su bolsillo las deudas de la ciudad. Arbitraba las disputas de sus conciudadanos y hacía préstamos sin interés a quienes se hallaban en alguna dificultad (*SEG,* I, 366).

El poder del mecenas en una ciudad constantemente en deuda, revela la desigualdad del reparto de la riqueza. Hay que subrayar el atesoramiento que permitió al rico Bulágoras alimentar a toda su ciudad en determinados momentos. Ello ha de advertirnos del peligro de «modernizar» en exceso la economía de las ciudades helenísticas. La importancia que en ellas tenían las donaciones constituye un rasgo arcaico, magnificado por el doble prestigio del beneficiario y del donante, cuando fue Atenas quien recibió un pórtico de Atalo II.

q) *Los impuestos que las ciudades pagaban a los reyes*

Las ciudades debían pagar impuestos al rey.[87] Hemos mencionado más arriba, § *1*, el alojamiento y el mantenimiento de las tropas, así como el suministro de barcos. En principio, las ciudades tenían que pagar además un tributo, el *foros*.[88] Ese tributo era el signo de la sujeción. Alejandro y sus sucesores se apoyaban en una doble tradición —la de los aqueménidas y la de la Atenas imperial— para imponer a las ciudades conquistadas esa sanción de la derrota.[89]

El tributo era responsabilidad colectiva de la ciudad y, por tanto, el rey no se preocupaba de recaudarlo entre los ciudadanos. Sabemos también de dinastas y de pueblos sometidos, de igual forma, al tributo.[90]

Algunas ciudades estaban exentas del pago del *foros*. Por ejemplo, Eritrea lo estaba desde tiempo de Alejandro, pero una carta de Antíoco I indica que ese favor debía ser solicitado cada vez que accedía un nuevo rey (*OGIS,* 223). Seleuco II declaró exenta a Esmirna hacia el año 245 (*OGIS,* 228); Demetrio I, a Jerusalén (*I Macabeos,* 13, 41), y Filipo V, al territorio sagrado de Abai, en el año 208 (*Syll.*, 3.ª ed., 552). También los Atálidas imponían un tributo a las ciudades griegas, tributo que fue confirmado por el Senado romano (Polibio, XXI, 24). Los romanos, vencedores de Filipo V, proclamaron en los juegos ístmicos del año 196 la libertad de los

griegos y la exención del tributo, lo que indica que este impuesto de sujeción afectaba también a las ciudades de Grecia en beneficio de los reyes de Macedonia (Polibio, XVIII, 46).

En ocasiones, los reyes exigían a las ciudades *contribuciones de guerra extraordinarias,* que se añadían a las que las ciudades recaudaban para subvenir a sus necesidades. Antípatro exigió esta contribución (*OGIS,* 4, ll. 10-12), como también lo hizo Ptolomeo I, que, sin embargo, liberó de ella a los nesiotas (*Syll.,* 3.ª ed., 390, l. 16), o Lisímaco, quien le exigió a Mileto (*Inschr. Milet,* 138 y 139), o incluso Demetrio Poliorcetes, quien impuso a Atenas una contribución de 250 talentos (Plutarco, *Demetrio,* 27, 1).[91] Para subvenir a los gastos de las guerras contra los galos se recaudaban los impuestos llamados *Galátika.*[92]

Las ciudades ofrecían a los reyes *coronas de oro,* como reconocimiento por alguna donación del monarca, con ocasión de un acontecimiento, o de forma periódica, para asociarse a las fiestas, los juegos o los aniversarios.[93] A mediados del siglo III, el mecenas Bulágoras pagó en Samos la corona que la ciudad entregó a Ptolomeo III (*SEG,* I, 366). De hecho, estas «coronas» se convirtieron en impuestos regulares.

Las *bullae* encontradas en Seleucia del Tigris y en Uruk mencionan diversos impuestos que percibían los Seléucidas: *impuesto de la sal* (cuya definición es incierta), *impuestos sobre las ventas de esclavos y de inmuebles,* que podría justificar la organización de un registro real que asegurara la publicidad de las transmisiones, *derechos reales* en la entrada de las ciudades.[94]

Una *capitación* individual, que debían pagar los miembros de la gerusía y los sacerdotes de Jerusalén, es atestiguada, junto con el tributo global, por la carta de Antíoco III, que los declara exentos (Josefo, *Ant.,* XII, 142). Añadamos a ello las *confiscaciones* ordenadas por el rey (*OGIS,* 59, en Tera; en *SEG,* I, 366, en Samos). Y cuando Antípatro deja a los ciudadanos de Atenas sus propiedades, el hecho de que Diodoro (XVIII, 18) lo mencione, implica que habría podido confiscarlas.

Estos escasos datos dejan aún grandes lagunas.

Incluso en Rodas, en Delos y Atenas, de donde proceden la mayoría de las informaciones, nos es imposible evaluar los recursos urbanos.[95] Pero los decretos que honran a los bienhechores permiten vislumbrar, muy a menudo, graves problemas de tesorería que inducían a las ciudades a conseguir préstamos para pagar las contribuciones al fisco real. Así, el dioceta de Ptolomeo II, Apolonio, recibió la petición de otorgar un préstamo al liturgo de Halicarnaso encargado de equipar la triere que la ciudad debía entregar al rey. Como garantía del préstamo se utilizaría el producto de algunos impuestos urbanos (*P. Cairo-Zenón,* 59036). Muchas veces, la reconstrucción de las murallas y las compras de trigo obligaban a

las ciudades a solicitar préstamos que, como hemos visto, se encargaban de devolver una serie de generosos mecenas.[96]

3) *LAS INSTITUCIONES INTERNAS DE LAS CIUDADES*[97]

Contemplaremos en este apartado los órganos del poder, es decir, el cuerpo de ciudadanos agrupado en asambleas y los magistrados. A este respecto, la época helenística no presenta ninguna novedad esencial, al margen de la intervención de los reyes.

Las constituciones griegas se alinean según determinados modelos, jónico, dórico o ateniense,[98] o combinan diversos modelos, sobre todo, cuando son promulgadas en el momento de una fundación. Los alejandrinos afirmaban que su constitución –por otra parte, mal conocida– seguía el modelo ateniense.[99]

La extensión del cuerpo político fue objeto de numerosas reformas en la época helenística, y este aspecto traduce la intención más o menos democrática del autor de la constitución. Los teóricos del siglo IV –Platón, Aristóteles y Teofrasto– proponían limitar el cuerpo de los ciudadanos en función de las capacidades alimenticias de la tierra (Platón, *Leyes,* IV, 707 E, y Aristóteles, *Política,* VII, 1326), y también de la necesidad de que cada individuo conociera a sus conciudadanos (Aristóteles, *loc., cit.*). A estos dos argumentos se añade la noción de ser ciudadano, que conduce a actitudes de limitación del cuerpo cívico. Aparte el número de 5040 ciudadanos propuesto por Platón (*Leyes,* V, 737, D-738 E), conocemos la existencia de cuerpos políticos de 1000,[100] de 5000,[101] o de 10000,[102] ciudadanos, como el que, según Aristóteles (*Política,* II, 1267 B) recomendaba Hipódamo de Mileto. Es el número de ciudadanos que Ptolomeo I impuso en Cirene (*SEG,* IX, 1, 1).

Estas limitaciones del número de ciudadanos se obtenían mediante una severidad mayor o menor, con respecto a la capacidad reconocida a las madres extranjeras de no descalificar a sus hijos para la ciudadanía, o por medio de la exigencia de un censo. En Atenas, en 321, Antípatro elevó a 2000 dracmas el censo requerido para ser ciudadano, medida que excluyó a 12000[103] ciudadanos activos, quedando el cuerpo cívico formado desde entonces por 9000 individuos (Diodoro, XVIII, 18, 4). Medida antidemocrática que se acompañó de la expulsión de los más pobres. Posteriormente, Demetrio de Falero, de acuerdo con Casandro, que le había nombrado epimeleta de Atenas, rebajó el censo a 1000 dracmas (Diodoro, XVIII, 74), lo cual significó que entrara a formar parte del cuerpo político activo la burguesía media, tan cara a Aristóteles. Un censo de aproximadamente el año 311 revela, además, la existencia de 10000 metecos y 4000 esclavos

(¡cifra exagerada!) entre más de 21000 ciudadanos activos (Ctesicles, *ap.* Ateneo, VI, 272 C).

Por otra parte, cuando el cuerpo político disminuía, se reforzaba mediante sinoicismo, politografía o, incluso, mediante la liberación de esclavos.

Ya hemos visto que muchas veces los reyes, especialmente los diádocos, actuaron de instigadores de estos frecuentes cambios.

La verificación de los derechos a la ciudadanía siguió siendo una institución fundamental, confiada a alguno de los sectores del cuerpo político, tribu, demo o fratría.

a) *Las magistraturas*

Como en la época clásica, la asamblea de los ciudadanos delegaba, por lo general, sus poderes de gestión a un consejo —*bulé* o *gerusía*— en cuyo nombre se tomaban, juntamente con la asamblea, las decisiones ejecutivas. Estos decretos, inscritos en piedra, nos permiten conocer cómo se realizaban la relación entre los distintos poderes.[104] Al igual que en la época clásica, el Consejo preparaba las deliberaciones de la asamblea y decidía su orden del día, situando, en primer lugar, los asuntos sagrados y, a veces, los asuntos reales (*Syll.,* 3.ª ed., 333; *SEG,* I, 363, por ejemplo).

Los magistrados eran designados por elección más que por sorteo,[105] lo que aseguraba una designación más equilibrada. Algunos cargos se compraban o eran hereditarios, especialmente los de sacerdote,[106] porque reportaban una participación en el sacrificio. Existían cargos colegiados, como los *tagoi* de Tesalia, que dirigían, al mismo tiempo, los asuntos civiles y militares en Larisa.[107]

Algunas ciudades tenían dificultades para encontrar candidatos para las magistraturas.[108] Ello inducía a utilizar métodos coactivos para obligar a los ciudadanos designados a ejercer su cargo, práctica que revelan las exenciones que conseguían los privilegiados.[109] La maquinaria judicial se detenía en ocasiones ante la falta de jueces, o a causa de tumultos sociales o porque, al paralizar la jurisdicción, los ciudadanos pretendían sustraerse a las persecuciones por deudas, mal endémico en Grecia. Esto fue lo que ocurrió en Beocia durante veinticinco años a partir del año 213.[110]

Del estudio de las magistraturas helenísticas, trabajo de gran dificultad se concluiría en primer lugar con la continuidad de estructura prolongando las instituciones de la época clásica y ordenándose en torno a cargos fundamentales que encontramos en todas partes: magistraturas y sacerdotes epónimos, consejo restringido, estrategia, funciones judiciales desempeñadas por lo general por turno, gimnasiarquía y educación, organiza-

ción de las fiestas, aprovisionamiento y vigilancia de los mercados, policía, etc.

La concentración de cargos en manos de mecenas revela, por el contenido de los decretos que les honraban, que sus conciudadanos intentaban evitar esos cargos gratuitos y onerosos. Se elogia a los mecenas por no reparar en gastos. De esta forma, la riqueza y el poder se asociaban en un solo hombre. Sin duda, hay que creer que el poder incrementaba la riqueza de aquel que, no obstante, gastaba grandes cantidades por su ciudad. Pero ignoramos cuál pueda ser el origen de la fortuna de los mecenas. Si la fortuna se basaba en la posesión de tierra, tal vez, el poder permitía al mecenas evitar la distribución de tierras y la abolición de deudas que tan a menudo se reclamaban. En el caso del gran terrateniente, le resultaba más conveniente alimentar a los pobres que ver cómo violentaban el orden establecido. Cuando la fortuna se basaba en el comercio marítimo, el poder ofrecía al mecenas la posibilidad de negociar acuerdos ventajosos, obtener en el extranjero ciudadanías honoríficas que facilitaran los negocios (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 354), protegerse de la piratería y relacionarse con los reyes o con los romanos en el desempeño de las embajadas.

b) *Los servicios*

Las ciudades realizaban una serie de servicios públicos para los ciudadanos; en primer lugar, el *aprovisionamiento de trigo.*

La escasez de trigo o el miedo a padecerla son extremos profusamente atestiguados[111] Para hacer frente a ese problema, las ciudades tomaban diversas medidas. A veces encargaban a un magistrado *ad hoc,* el *sitones* (comprador de trigo), de una misión de compra. Esos compradores procuraban realizar el pedido antes de que el precio del trigo se incrementara (*Syll.,* 3.ª ed., 946, de Astipalea, siglos III-II). Existía también una reglamentación de comercio internacional que prohibía exportar el trigo (*Syll.,* 3.ª ed., 360, 1. 47, de Olbia, entre 300 y 280), medida atestiguada ya en la Atenas clásica por el discurso de Lisias *Contra los mercaderes de trigo.* Asimismo, se aseguraba en ocasiones la protección de los cargamentos de trigo mediante la marina de guerra de alguna gran potencia. Así fue cómo un estratego de Ptolomeo III, asignado al Helesponto y a Tracia, consiguió permiso para importar trigo del Quersoneso a Samotracia sin ningún impuesto (*Syll.,* 3.ª ed., 502); en 290-289, Atenas elogia al almirante de Ptolomeo I, Zenón, por haber protegido sus convoyes de trigo (*Syll.,* 3.ª ed., 367); hacia el año 300, Éfeso agradece a Agatocles de Rodas que hubiera importado trigo que luego vendió a bajo precio (*Syll.,* 3.ª ed., 354).

Atenas fundó una colonia en el Adriático, en 325-324, para asegurar la protección de convoyes, presumiblemente de trigo (*Syll.,* 3.ª ed., 305).

Una vez asegurada la fuente de aprovisionamiento, había que pagar el trigo, cuya escasez provocaba la subida de precios. Aquí intervienen a menudo los mecenas que importaban cereales a su costa para, luego, revenderlos a bajo precio (*Syll.,* 3.ª ed., 304, 354, 495, 596, 371, por ejemplo) o que concedían a la ciudad un préstamo sin intereses para financiar una compra (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 493, 495), o incluso realizaban una donación para sufragar la compra (por ejemplo, *SEG,* I, 366), o que utilizaban su influencia cerca de un rey para que éste donara a la ciudad trigo o dinero para comprarlo (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 374, 409; Durrbach, *Choix d'inscription de Délos,* 68 y 69).

Hacia 246, Samos, en un momento de escasez de trigo, aceptó la donación del mecenas Bulágoras (*SEG,* I, 366). Pero en el siglo II, esta ciudad ideó una ingeniosa forma de financiación. Se consiguió acumular un capital —presumiblemente recurriendo a un *éisfora*— que luego se invirtió en forma de préstamos, cuyos intereses, que cobraban unos magistrados especiales, los «curadores» *(meledones),* se dedicaban cada año a la compra de trigo que luego se distribuía gratuitamente entre los ciudadanos (*Syll.,* 3.ª ed., 976). Los «curadores» entregaban los intereses a los «compradores de trigo» elegidos por la asamblea del pueblo. El trigo procedía del impuesto del veinteavo de las cosechas de la diosa Anais, a la que se pagaría, al menos, un precio fijado por la asamblea, pero también podía proceder de otros proveedores. Duras penas castigaban las eventuales negligencias del «curador» del fondo que, en el momento de su elección, otorgaba garantías e hipotecas sobre sus bienes, al igual que el «comprador de trigo». En cuanto a la distribución, se realizaba tan sólo entre los ciudadanos presentes en Samos; en ningún caso se podía recibir trigo para un tercero, salvo en el caso de un enfermo. Las cuentas nominales de las distribuciones se depositaban en manos de un comité de verificación.

Tan estricta reglamentación revela la importancia de las desconfianzas y los controles de una institución democrática, las garantías que una ciudad exigía a sus magistrados, así como la red de solidaridades que por medio de las garantías vinculaba a los ciudadanos más ricos, a los que la ciudad pedía su colaboración.

La situación en Alejandría era menos angustiosa, dada la proximidad de Egipto, donde el trigo era abundante. De cualquier forma, había que asegurar el transporte del cereal hacia la ciudad (*P. Hibeh,* 98, del año 251; *P. Tebtunis,* 703, 11. 80-87; para el aprovisionamiento de aceite, cf. *P. Revenue Laws,* cols, 60-72). En el caso de Egipto, el proveedor de trigo era el rey, que lo recaudaba a título de arriendo y de impuesto sobre las

«tierras reales». Pero en el período turbulento del reinado de la última Cleopatra, en el año 50, una ordenanza (*BGU,* 1730) exigió, según el esquema clásico, que todo mercader que comprara trigo o legumbres en el Egipto Medio, los depositara en Alejandría. Para garantizar el aprovisionamiento de la ciudad, era indispensable asegurarse el trabajo de los cultivadores mediante alguna forma de sujeción a la tierra.

Otro de los servicios que garantizaba la ciudad era la *medicina pública.*[112] Esta actividad está atestiguada en Atenas desde el siglo V por Aristófanes (*Ac.,* 1029-1030). El médico era elegido por la asamblea del pueblo (Platón, *Gorgias,* 455 B). Cuando ocurría una epidemia, las ciudades llamaban a médicos afamados.[113] Estas consultas proporcionaron el contenido de las observaciones clínicas consignadas en las *Epidemias* del *Corpus hipocrático.*

Este servicio público sobrevivió en la época helenística. El médico era nombrado por la asamblea del pueblo [114] y retribuido por la ciudad [115] con el producto de un impuesto recaudado a este efecto, el *iatrikon.*[116] No obstante, a veces prestaba sus servicios de forma gratuita (*Syll.,* 3.ª ed., 335, de Atenas, en 304-303). Los decretos elogian la competencia y la dedicación de los médicos que permanecían en su puesto durante las epidemias (*Syll.,* 3.ª ed., 943, de Cos, siglo III) o cuando se producía un terremoto (L. Robert, *Opera Minora,* II, p. 1318), o que acudían a sustituir a sus colegas afectados por la enfermedad (*Syll.,* 3.ª ed., 620, de Tinos y de los nesiotas después del año 188), o bien que iban en ayuda de los heridos de guerra (*Syll.,* 3.ª ed., 528, decreto de Cnosos para un médico de Cos). Cuando se celebraba una fiesta, la ciudad aseguraba la presencia de un médico a sus visitantes de otros lugares (*Syll.,* 3.ª ed., 596, confederación de Ilión).

A menudo, el médico era un personaje itinerante y, en cierta forma, al margen de la ciudad. En Cirene, estaba excluido (o exento) de las magistraturas por la carta de Ptolomeo I (*SEG,* IX, 1, 1).

Tendríamos que citar aún muchos otros servicios, por ejemplo, las *distribuciones de agua* en Pérgamo, Cirene, Magnesia del Meandro, Éfeso o Alejandría.[117] El servicio de las fuentes y las cisternas y la reglamentación de su uso para evitar la contaminación son bien conocidos en Pérgamo por una ley real que las organiza (*OGIS,* 483: Copia de la época de Trajano).[118]

Pero habría que poner en primer plano el *gimnasio* y las *fiestas.* El gimnasiarca asumía de forma gratuita estos servicios de educación y de placer. Sin duda, es esta figura la que es objeto de mayor número de decretos de reconocimiento en las ciudades [119] por la forma generosa en que realizaba los sacrificios, dotaba las competiciones, construía un anexo al gimnasio u organizaba la participación de los jóvenes en las fiestas y procesiones. Los mecenas mantenían estas actividades por medio de fundaciones (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 577 y 578). El gimnasiarca solía ser

un personaje fastuoso, dado al mecenazgo. representaba la vieja tradición de la educación aristocrática en las ciudades helénicas situadas en pleno mundo bárbaro, hasta Susa y Babilonia (*SEG,* VII, 3 y 39).[120]

El gimnasio era el instrumento de la formación de los efebos, cuerpo de reclutamiento de los ciudadanos.

c) *El juramento de los efebos y de los ciudadanos*

Al igual que en la época clásica, el joven que entraba a formar parte del cuerpo de ciudadanos prestaba un juramento. Según Jenofonte (*Memorables,* IV, 4, 16), era una institución común a toda Grecia, en la que él ve el instrumento de la concordia y de la fuerza de las ciudades. Pero habría que preguntarse si la concordia existió alguna vez en las ciudades griegas. Por lo que respecta a la época helenística, podemos leer todavía el juramento de los hombres de Quersoneso de Táuride (*Syll.,* 3.ª ed., 360, entre los años 300 y 280). Ante todo, se trata, de acuerdo con el sentimiento de Jenofonte, de una promesa de concordia. Acuerdo «sobre la salvación y la libertad de la ciudad y de los ciudadanos», compromiso de no entregar o traicionar a la ciudad, a sus arrios, su puerto, sus murallas y sus campos. No es otra cosa que la definición física de la ciudad la que aparece en esta fórmula. Acuerdo también con el régimen:

> «Nunca derrocaré la democracia ni permitiré que nadie la traicione ni la destruya. Lejos de callarme aquello que descubra, lo denunciaré a los demiurgos de la ciudad [...] ejerceré de la mejor forma y con la mayor justicia para la ciudad y los ciudadanos las magistraturas de demiurgo y de buleuta [...] no traicionaré ningún secreto en beneficio de nadie, griego o bárbaro, que pretendiera dañar a la ciudad [...] no participaré en ninguna conspiración...»

El juramento de los hombres de Itanos (Creta) en el siglo III (*Syll.,* 3.ª ed., 526) se basa prácticamente en el mismo modelo. Se trata, ante todo, de asegurar la permanencia —tan frágil— del régimen existente: el ciudadano de Itanos se compromete a no participar en una redistribución de las tierras y en la abolición de las deudas. Se trata también de preservar la integridad física de la ciudad. Estos juramentos expresan la obsesión acerca de los cambios de régimen, con su secuela de exilios y venganzas, y obsesión, también, por la destrucción total por parte del enemigo.[121] Así, la necesidad de la seguridad se pagaba al precio de la inmovilidad en ese mundo en guerra, donde todo cambiaba sin cesar, sin que en realidad apareciera nada nuevo.

d) *Las tiranías*[122]

Las ciudades de Grecia y Asia conocieron un nuevo auge de la tiranía en el período helenístico. Unos hombres decididos conseguían hacerse con el control en una situación de inestabilidad, estableciendo un orden en beneficio de un rey o de una liga a los que servían. Polibio (II, 41-42) afirma que Antígono Gonatas instauró numerosos tiranos en las ciudades: así, las dinastías de Aristómaco de Argos,[123] Aristótimo de Elis,[124] Atistódamo de Megalópolis[125] y Arístipo de Argos[126] eran aliadas de Macedonia.

Durante la dominación de los Seléucidas había numerosos tiranos en las ciudades de Asia, tiranos acerca de los cuales apenas conocemos algo más que los nombres.[127]

Junto a esos «pequeños tiranos»,[128] hay que tener en cuenta a algunos personajes de mayor importancia. Claude Mossé retiene cuatro nombres en su libro sobre *La tyrannie dans la Grèce antique:* Demetrio de Falero, aun cuando este personaje rechazara, sin duda, llamarse tirano, Agatocles de Siracusa, Nabis de Esparta y Aristónico de Pérgamo. En verdad, estos personajes son los únicos cuya personalidad es evocada por las fuentes, aunque de forma algo novelada.

Demetrio de Falero,[129] apoyado por la guarnición macedónica de Casandro, reformó profundamente las instituciones de Atenas en un sentido favorable a la clase media. *Epimeleta, epístata* o *prostata* nombrado por Casandro, fue estratego y, luego, arconte elegido en la ciudad.[130] Lamentablemente, no conservamos nada de la obra legislativa de este político-filósofo, a excepción de los títulos de sus obras citados por Diógenes Laercio. Hemos mencionado anteriormente la ampliación del cuerpo cívico mediante la disminución a mil dracmas del censo requerido (Ctesicles, *apud* Ateneo, VI, 272 B). Ya en tiempo de Antípatro se había sustituido el sorteo por la elección para la designación de los magistrados,[131] lo cual daba mayores posibilidades a los hombres influyentes y verdaderamente capaces. Se nombraron los *nomofilacas* como encargados de hacer respetar las leyes. En el orden económico, Demetrio de Falero suprimió las liturgias, medida que permitió a los ciudadanos más ricos conservar su fortuna. La ciudad tomó a su cargo las fiestas y representaciones teatrales, que hasta entonces eran responsabilidad de los coregos. Pero se suprimieron las dietas para la asistencia a la asamblea y al teatro, lo cual marginó a los más pobres. A diferencia de la mayor parte de los tiranos de la época clásica, Demetrio no emprendió la realización de grandes obras públicas. Su obra moral se realizó mediante leyes que prohibían el lujo de los funerales y de las tumbas y mediante la creación del cargo de los ginecónomos, encargados de la vigilancia de las mujeres. Diez años de este «reinado» —entre 317 y 307— y la oportunidad de

mantenerse al margen de la guerra durante ese período produjeron una prosperidad para la Atenas de Demetrio de Falero que es subrayada por Duris de Samos (*apud* Ateneo, XII, 542 C) y Polibio (XII, 13).

La tiranía de Agatocles de Siracusa es objeto de algunas páginas brillantes y dramáticas de Diodoro (XIX, 8-9, y XX, *passim*). Contemporáneo de Demetrio de Falero, alcanzó el poder no sólo al socaire de los tumultos que oponían a los partidarios y los adversarios del tirano anterior, Sosístrato, así como a los demócratas y los oligarcas, sino también porque las cualidades militares que había demostrado en una guerra contra los brucios, en el sur de Italia, hacían de él un hombre de valor incalculable en ese momento en que se cernía sobre Siracusa la amenaza cartaginesa. Tomó Siracusa respondiendo al llamamiento del partido popular y la saqueó por completo. Restableció la constitución democrática, y «la asamblea del pueblo le concedió que gobernara solo y fue elegido estratego con plenos poderes» (Diodoro, XIX, 9). A partir de entonces le vemos, escribe Diodoro, «como buen tirano» según el modelo del «buen rey» del siglo IV, accesible a todos, benévolo, preocupado por los fondos públicos y despreciando incluso la guardia personal que acompañaba a todo tirano. Cuando, tras la batalla de Salamina de Chipre, en 306, los diádocos tomaron el título de rey, también Agatocles se proclamó rey, aunque, según dice Diodoro (XX, 54), sin ceñir la diadema, sino permaneciendo fiel a una corona sacerdotal que siempre llevaba. Fue asesinado por su nieto.

En el capítulo que dedicamos a las revoluciones nos referimos a Nabis y a Aristónico.

Sería en vano pretender esbozar una tipología demasiado precisa del tirano helenístico. De todas formas, todos los tiranos alcanzaron el poder en un momento en que la lucha de los partidos desembocó en un *impasse*. Todos ellos encontraron la justificación en una amenaza exterior.

En Grecia, los partidos se encarnaban siempre en hombres. Tucídides (II, 65, 9) observa que, aunque bajo la etiqueta de democracia, Pericles ejercía un gobierno en solitario. La tendencia hacia la tiranía no fue sino otro aspecto más en el que se manifestó una continuidad de la Grecia clásica en el mundo helenístico.

4) *LA CIUDAD Y LOS EXTRANJEROS*

La ciudad helenística, al igual que la de la época clásica, mantenía dos actitudes opuestas con respecto a los extranjeros. Acogía a los comerciantes y a los refugiados políticos con la condición de que éstos respondieran al ideal del partido dominante; la ciudad honraba el medio cul-

tural itinerante de los médicos, filósofos, poetas, embajadores y actores.

Hostil, por contra, a los bárbaros y a los campesinos que rodeaban la ciudad pero de los que dependía, desconfiaba de los vecinos, enemigos potenciales, de los nómadas y de los galos que la asolaban, de los mercenarios reales que ocupaban su ciudadela, de los piratas y de los exiliados a los que había expulsado.

A la primera actitud corresponde una posición receptiva. Un sentimiento de curiosidad hacia las costumbres extranjeras, aparecido en Grecia desde Hecateo de Mileto y Heródoto, impulsó las investigaciones etnográficas y las traducciones de obras científicas y religiosas. De todas formas, el cosmopolitismo de los estoicos y de los cínicos parece que no tuvo consecuencias prácticas.

La actitud receptiva respecto a los extranjeros parecería indicada con vistas a poblar las nuevas ciudades fundadas en Oriente, pero en general, no fue una actitud muy extendida. Así, en Alejandría, Polibio (XXXIV, 14, al que cita Estrabón, XVII, 1, 12 = C 797) percibe y desprecia, después de más de 150 años, el abigarramiento de la población, al que hay que añadir a los judíos, tal vez instalados por Alejandro y, sin duda, por Ptolomeo Sóter,[132] en un barrio que les estaba reservado.[133]

En Seleucia del Tigris, fundada por Seleuco I, Flavio Josefo (*Ant,* XVIII, 9, 8) menciona la existencia de griegos, sirios y judíos, en perpetuo enfrentamiento. La situación debía de ser similar en las ciudades fundadas por Alejandro y los Seléucidas en los confines de la India.[134] Recíprocamente, al igual que en tiempo de Heródoto, un grupo heterogéneo de griegos subsistía en Menfis (*PSI,* 531).

Los estatutos de estos grupos dependían de las circunstancias locales, pero podemos vislumbrar dos soluciones típicas: el *politeuma,* cuerpo estructurado como una ciudad dentro de la ciudad, y la *corporación* o *cofradía,* que organizaba, a título privado, las funciones sociales de la comunidad. Haremos referencia a la primera solución con respecto a los judíos de Alejandría, y a la segunda por lo que respecta a las cofradías de Delos.

En Alejandría existía un *politeuma* judío.[135] Sabemos que existían también en otras ciudades. En este sentido, Flavio Josefo (*Ant,* XIV, 10) reúne los privilegios —verdaderos o apócrifos— concedidos por Roma a comunidades judías de diversas ciudades griegas o provistas de una estructura helénica.[136] A comienzos de nuestra era existió un *politeuma* judío en Berenice de Cirenaica.[137] Los judíos intentaban mantener sus propias leyes y, especialmente, no ser obligados a prestar el servicio militar, imposible en el día del *sabbat.* En muchas ciudades se les permitía construir una sinagoga.[138]

Especialmente a comienzos de nuestra era, en el momento en que

aparece el antisemitismo, se precisa la vida del *politeuma* judío de Alejandría gracias a Filón (*In Flaccum* y *Legatio ad Gai um*), a la *Carta de Claudio a los alejandrinos* (*P. Lond.*, 1912, que publicó H. I. Bell) y, posteriormente, gracias a Flavio Josefo.

No obstante, ya en la época ptolemaica, aparece mencionado el politeuma judío[139] en la *Carta de Aristeas a Filócrates,* § 310: ante él se presentó, para su aprobación, la traducción de la Biblia llamada de los Setenta. La incertidumbre de la fecha de la *Carta de Aristeas* no es un impedimento para hacer remontar la institución a la época helenística, dado que ya en tiempo de Augusto, Estrabón la describe así, según Flavio Josefo (*Ant.,* XIV, 7, 2): «Tienen al frente a un etnarca que administra la comunidad, arbitra los litigios, se ocupa de los contratos y promulga ordenanzas, como si fuera el jefe de una ciudad autónoma».

El régimen del etnarca se remonta a la época helenística, ya que una carta de Claudio –si hemos de creer a Flavio Josefo (*Ant.,* XIX, 5, 2)– recuerda que Augusto autorizó la *renovación* del etnarca, «deseoso de que cada uno permaneciera fiel a sus costumbres y que nadie fuera obligado a transgredir las reglas de la religión de sus antepasados».

Podemos precisar un poco las afirmaciones de Estrabón. El etnarca, elegido por la comunidad,[140] era autorizado por el rey. A este respecto, Augusto no habría hecho más que preservar la institución ptolemaica. Sus funciones, expresadas por el verbo *dioikeo* (administrar), eran administrativas más que políticas. El verbo *diaitao,* que designa sus *poderes judiciales,* indica la jurisdicción de un árbitro. Ignoramos si sus sentencias eran ejecutorias sin ratificación por una instancia de la ciudad o del rey, o si la ejecución era asumida por algún miembro de la comunidad.[141] Ignoramos, asimismo, si el etnarca era competente en cualquier proceso o solamente en aquellos en donde la ley judía difería del derecho griego, fundamentalmente el derecho de familia, ordenado por los preceptos religiosos.[142] Tal vez los judíos no estaban obligados a recurrir a esa jurisdicción especial. Cuando menos, en el campo vemos cómo dirigen sus peticiones al rey, al igual que los griegos o los egipcios.[143]

La *responsabilidad de los contratos* que Estrabón atribuye al etnarca, nos hace pensar en la existencia de un notariado judío y en un organismo especial que conservaba y autentificaba los contratos, aspecto atestiguado en Alejandría en la época de Augusto (*BGU,* 1151).

Las *ordenanzas* que promulgaba el etnarca podrían contener una interpretación de la ley religiosa. Todo ello indica, como afirma Estrabón, que el *politeuma* de los judíos de Alejandría era *como* una ciudad autónoma, lo que implica que, a menos que se produjera una concesión individual del derecho de ciudadanía, los judíos no eran ciudadanos de Alejandría.[144] Un argumento que corrobora esta afirmación es el hecho

de que en el *Libro III de los Macabeos* (2, 28-30), el autor reprocha a Ptolomeo IV —que habría ordenado un censo de los judíos— que no admitiera en la isopolitia de Alejandría sino a aquellos que se iniciaban en los misterios. Ahora bien, no hay razón para otorgar la *isopolitia* (derechos *equivalentes*) a un ciudadano.

Sin embargo, a comienzos de la era cristiana, Filón y las embajadas judías a las que responde Claudio en su famosa *Carta a los alejandrinos* (*P. Lond,* 1912) y, más tarde, Flavio Josefo, afirman que los judíos eran ciudadanos de Alejandría.[145] Uno de sus argumentos consistía en que Alejandro les había instalado allí desde la fundación de la ciudad. Lo que hacían quienes sustentaban estos argumentos era jugar con el doble sentido de la palabra «alejandrino»: «habitante» o «ciudadano» de Alejandría.[146]

En realidad, el *politeuma* tenía como función la preservación de un derecho y una cultura entre los extranjeros. Pero los judíos de Alejandría formulaban dos reivindicaciones incompatibles. Pretendían preservar un derecho y unas costumbres de los que la religión hacía un «muro de hierro» (*Carta de Aristeas,* § 139). En efecto, les estaba prohibido el contacto con el extranjero en la mesa o en un matrimonio mixto. Pero, seducidos por la ciudad griega y por su cultura, aspiraban a conseguir el prestigio de la ciudadanía. Ya hemos visto, al hacer referencia al juramento de los ciudadanos de Quersoneso, que la ciudadanía se basaba en el acuerdo. Era inconcebible la posibilidad de ser «ciudadano» y «diferente» al mismo tiempo. Llegado el caso, los reyes podrían imponerlo. Por las cartas de Flavio Josefo, adivinamos que los judíos lo esperaron de ellos y, posteriormente, de los emperadores romanos.

La solución del *politeuma,* de la casi-ciudad, no estaba reservada tan sólo a los judíos. En efecto, los soldados asentados en territorio real no eran tampoco ciudadanos de su ciudad o de la de sus antepasados, aunque tuvieran la misma etnia.[147] Sin embargo, necesitaban una solidaridad que nos hace pensar en la vida política. Formaban *politeumata* basadas en una comunidad de origen.[148] Pero esos agrupamientos por afinidad cultural no difieren mucho de las cofradías en las que las inocentes asambleas imitaban la estructura de la ciudad.[149]

Era precisamente este último el esquema según el cual se organizaban los extranjeros en Delos. Los templos no tenían vocación comercial. Las cuentas de los templos[150] nos revelan que sus capitales se invertían en bienes raíces, inversiones que eran también las preferidas de los delios: se ha hablado de una «economía de ahorro». Pero ya en el período de la independencia, entre los años 314 y 166, las cuentas de los hiéropes y los decretos honoríficos revelan la existencia de extranjeros. No obstante, dado el uso a que se destinaban esos documentos, nada nos dicen sobre su

estatuto político.[151] Los extranjeros eran adjudicatarios de obras públicas. Originarios casi siempre de las islas vecinas, eran, por tanto, griegos, al igual que algunas familias de banqueros, como Timón, y luego Heracleides y Nimfodoro de Siracusa.[152] Sin embargo, había también algunos orientales procedentes de Tiro o de Beirut.[153] Con frecuencia, a estos extranjeros se les concedía el derecho, a título honorífico, de poseer tierras y casas. Así, ya Jenofonte recomendaba en su obra *Sobre las rentas,* cap. II, que se honrara a los metecos que se quisiera retener en la ciudad.

A partir del año 166 se produjo una súbita expansión. Para arruinar a Rodas, los romanos convirtieron a Delos en puerto franco y, por tanto, en competencia con Rodas. Los extranjeros gozaban de la *ateleia* (exención de impuesto) *del santuario.* Orientales e italianos poseían ahora en Delos sus sucursales, sus casinos y sus depósitos. Afluían sin cesar cargamentos de esclavos que había que vender y reexpedir el mismo día ante la falta de agua para todo el mundo (Estrabón, XIV, 5, 2 = C 669).[154]

Fue entonces cuando se formaron *cofradías* que agrupaban a los devotos de un dios cuyo nombre griego traduce a veces su origen extranjero: los heracleístas de Tiro, los posidoniastas de Beirut, los italianos agrupados bajo el patrocinio de Hermes, de Apolo o de Poseidón. No sabemos con seguridad si el amplia ágora de los italianos, situada en el norte del santuario, rodeada de pórticos que acogían la entrada de las tiendas, y el establecimiento de los posidoniastas, desde donde se dominaba el ágora, indican que poseían la tierra. En efecto, podía tratarse de contratos a largo plazo. Los extranjeros estaban autorizados —por Atenas después del año 166 (Durrbach, *Choix,* núm. 85)— a erigir los templos de sus dioses en la colina del Cinto.

Ignoramos los estatutos de estas asociaciones, pero los de una cofradía de Zeus Hypsistos conservados en un papiro griego de Egipto[155] revelan que los poderes y las relaciones se organizaban según el modelo de la ciudad. El presidente, designado por elección, no sólo tenía poderes ejecutivos de gestión sino que, además, ejercía sobre los miembros de la cofradía una jurisdicción arbitral que suplía la ausencia de jurisdicción, situación a la que se veía sometido cualquier individuo que se hallara fuera de su ciudad, a menos que existiera una convención especial entre dos ciudades. Por otra parte, los estatutos de las cofradías preveían, a veces, la asistencia mutua de sus miembros en caso de proceso. Los miembros de la cofradía se ofrecían como garantía eventual de los demás cofrades. De esta forma, la asociación podía cumplir la función —importante en los negocios marítimos— de una compañía de seguros.

Al margen de esta solidaridad social, las cofradías ofrecían a sus miembros el sentimiento de formar una entidad política, ya que los heracleístas de Tiro enviaron en 153-152 una embajada al pueblo y al

consejo de Atenas para que se les asignara un emplazamiento donde edificar su templo de Heracles (Durrbach, *Choix,* núm. 85).

Para asimilar a los extranjeros griegos, la ciudad les concedía el derecho de ciudadanía. Pero el asentamiento de nuevos ciudadanos en masa por politografía,[156] sinoicismo o simpolitia —fusión de dos ciudades [157]—, isopolitia [158] —ciudadanía honorífica— no quebraban en lo esencial el deseo de aislamiento de la ciudad, que se consideraba como un grupo privilegiado. Estas actitudes receptivas, así como el derecho de ciudadanía concedido en tiempo de guerra a los metecos que tomaban las armas,[159] eran con frecuencia la consecuencia de situaciones de peligro o la respuesta a una sugerencia de los reyes (por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 344, 543, 647).

El obstáculo fundamental para que la ciudad se abriera hacia el exterior, era el rechazo hacia aquellos cuya cultura era considerada inferior. Así, Plutarco atribuye a Agis (*Agis,* 8) la intención de seleccionar a los más calificados de entre los periecos y los extranjeros, «aquellos que se recomendasen por su figura y su educación liberal y que, estando en buena edad, tuviesen la conveniente robustez», todo ello con el objetivo de completar el diezmado cuerpo político de Esparta. Pero esta educación liberal era costosa, puesto que exigía poder dedicar tiempo a los placeres. Se basaba en el desprecio del trabajo manual. Aristóteles había recomendado «no dar a los jóvenes más que los conocimientos útiles que no les impondrían el género de vida del obrero» (*Política,* 1337 B).

En Oriente, los que conseguían llegar a integrarse en el cuerpo de ciudadanos eran quienes conseguían helenizarse. Pero no era suficiente el conocimiento de la lengua. La cultura griega sólo se adquiría en el gimnasio, institución de la ciudad. Pero el gimnasio, aunque ya no servía para la preparación militar, era una institución muy cerrada. Incluso entre aquellos sobre los que no existía duda de que eran ciudadanos, los jóvenes sufrían una cuidadosa selección. En Atenas se admitían extranjeros en el gimnasio, pero no participaban en las competiciones (*IG,* II, 1006, 34-35; 81).

La ciudadanía honorífica se reservaba sobre todo a los griegos por su fortuna,[160] sus donaciones[161] y los servicios que hubieran podido prestar a la ciudad, especialmente como comisario real.[162] Los intelectuales itinerantes —médicos, poetas, filósofos— también eran nombrados ciudadanos. Ello confería a la clase superior un carácter internacional. Pero solamente a la clase superior.

Si existía un sentimiento de orgullo por haber preservado el helenismo en las ciudades griegas de Oriente [163] y por haberlo difundido por lejanas tierras,[164] seguía estando viva la vieja desconfianza de Aristóteles con respecto al extranjero y al meteco: «En una ciudad demasiado grande

—decía Aristóteles— es fácil que los extranjeros o los metecos consigan la ciudadanía» (*Política,* 1326 B). Esa desconfianza se hizo más virulenta cuando coincidió con la urgencia de sujetar al suelo a los campesinos bárbaros, mano de obra indispensable para garantizar la alimentación de la ciudad. Esos campesinos se sentían atraídos por las grandes ciudades ante la perspectiva de una existencia más fácil.

El autor de la *Carta de Aristeas a Filócrates* describe así este fenómeno, que considera como un fenómeno general.

«Todas las grandes ciudades que gozan de una prosperidad que responde a su importancia ven incrementarse su población, mientras que su campo se despuebla, pues todo el mundo desea gozar de la vida [...] era también el caso de Alejandría, que supera a todas las ciudades en grandeza y prosperidad. Las gentes del campo que allí acudían, al permanecer en ella provocaban la disminución de la producción agrícola».

Así pues, había que rechazar a los campesinos, sujetarles a su función alimenticia. En Alejandría, era el rey quien tomaba esta medida coactiva. En efecto, prosigue nuestro autor:

«Ésa es la razón por la que el rey, para evitar que se retrasaran, impidió a los campesinos que permanecieran más de veinte días en la ciudad y dio a los funcionarios instrucciones escritas para que, en caso de que tuvieran que comparecer, el asunto fuera juzgado en un plazo de cinco días. Además, como concedían gran importancia a esa prohibición, instituyó en los nomos (un tribunal) de crematistas, con su personal, para disuadir a los campesinos y a sus defensores de que fueran a buscar justicia en la ciudad reduciéndose, de tal manera, el aprovisionamiento que la ciudad obtiene de la agricultura» (§ 108-111).

Así pues, la preocupación de evitar que esos campesinos pasaran a formar parte del cuerpo político respondía, a un tiempo, al desprecio de una cultura rústica y extraña y a la necesidad de asegurar la subsistencia de la ciudad. Esa coincidencia de desprecio y preocupación nunca habría de desaparecer.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Véase especialmente G. GLOTZ, *Histoire grecque,* III, p. 360. L. ROBERT se opone a esta idea en su comunicación «Théophane de Mytilène à Constantinople», en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,* 1969, p. 42. Glotz afirma, además, que Grecia iba a ser *unificada* por la dominación extranjera, cuando en realidad iba a ser dividida entre varias dominaciones, no todas extranjeras, lo cual dejaba a las ciudades en posición de realizar una elección peligrosa.
2. Las conclusiones de la obra de V. TCHERIKOWER, *Die hellenistischen Städtegründungen von Alexander bis auf die Römerzeit* (*Philologus,* Supl. Bd 19, 1, Leipzig, 1927), que es el inventario básico de estas fundaciones, deben ser modificadas, especialmente debido a los trabajos de L. ROBERT, por ejemplo en *Villes d'Asie Mineure* (2.ª ed., París, 1962). L. ROBERT, anuncia, en *CRAI,* 1969, p. 42, n. 2, una obra sobre las ciudades helenísticas. Mientras tanto, A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian* (Oxford, 1940), ofrece una colección de hechos clasificados. Véase también W.W. TARN, en *Alexander the Great,* II (Cambridge, 1950), pp. 199-269, y *The Greeks in Bactria and India* (2.ª ed., Cambridge, 1951), pp. 1-33.
3. Véase por ejemplo, el caso de Proftasia, que estudia W.W. TARN, *Alexander the Great,* II (Cambridge, 1950), Apéndice 8, pp. 232-259.
4. Núcleo descubierto y excavado por D. SCHLUMBERGER y P. BERNARD. Véase, de este último, «Aï Khanum on the Oxus: a Hellenistic City in Central Asia», Albert Reckitt Archaelogical Lectures, 1967, en *Proceedings of the British Academy* (1967), pp. 71-95. Las campañas de 1965 a 1968 fueron publicadas bajo la dirección de P. BERNARD, *Fouilles de Aï Khanoum* (memorias de la delegación arqueológica francesa en Afganistán, t. XXI, París, Klincksieck, 1973). Véase también P. BERNARD, *Bull. Corr. Hell.,* 89 (1965), pp. 590-657, y los informes anuales en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.*
5. Cf. J. SAUVAGET, *Alep* (Paris, 1941).
6. V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews* (Filadelfia-Jerusalén, 1959), pp. 90-116, cita numerosos casos de este tipo y firma el carácter superficial de la helenización.
7. Véase D. MERITT, «Inscriptions of Colophon», en *American Journal of Philology,* 56 (1935), pp. 302 ss.
8. Cf. DIODORO, XX, 102.
9. ESTRABÓN, XVI, 2, 4 = C 749, dice: «En honor de Antíoco, padre de Seleuco». Cf. Pausanias de Damasco, fg. 4, *FHG,* IV, p. 469.
10. PSEUDO ARISTÓTELES, *Económica,* II, 33 *c*, p. 1352 A, atribuye a la coacción ejercida sobre los habitantes de Canope el primer poblamiento de Alejandría de Egipto.
11. Véase el artículo «Synoikismos», de U. KAHRSTEDT, en Pauly-Wissowa, *Real Enc.,* cols. 1435-1445 (1932) y L. ROBERT, *Études de numismatique grecque* (1931), pp. 1-34. Puede citarse, por ejemplo, el sinoicismo de Estiris y Medeón en la Fócida, en *Syll.,* 3.ª ed., 647.
12. *IG,* IX, 2, 517 = *Syll.,* 3.ª ed., 543 = *SEG,* XIII (1956), núm. 389 (bibliografía); además, J. M. HANNICK, «Remarques sur les lettres de Philippe V de Macédoine à la cité de

Larissa» (*IG*, IX, 2, 517), en *Antidorum W. Peremans oblatum* (Lovaina, 1968), pp. 96-104. Se discute la fecha de septiembre del año 220, especialmente por parte de F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940), pp. 35 y 298, donde, asimismo, se comentan las cartas.

13. Sobre la simpolitia de dos o más ciudades, véase L. ROBERT, *Villes d'Asie Mineure* (2.ª ed., 1962), pp. 25, 32, 55-64 (sobre la simpolitia de Milasa y Euromos, L. ROBERT cita numerosos ejemplos de asociaciones limitadas de ciudades).
14. Dittenberger manifiesta sus reservas respecto al reinado, pues el rey no figura en el pacto. Sobre *OGIS*, 265, véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 173-174; L. ROBERT, «Sur le traité d'isopolitie entre Pergame et Temnos», en la *Revue des Etudes grecques*, 40 (1927), pp., 214-219 (= *Opera Minora Selecta*, I, 1969, pp. 204-209), cita otros tratados de isopolitia y analiza sus cláusulas. En base a la comparación de estos casos, rechaza la validez de las reconstrucciones que suponen que el derecho de voto se concedía a los ciudadanos de las dos ciudades en cada una de ellas. Véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 633 (Mileto y Heraclea, hacia 180); 472 (Mesena y Figalia hacia 240) o isopolitias individuales, *Syll.*, 3.ª ed., 510.
15. Véase E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, p. 13.
16. Cf. W. W. TARN, «Ptolemy II and Arabia», en *The Journal of Egyptian Archaeology*, 15 (1929), pp. 9-25.
17. Cf. V. TCHERIKOWER, *Hellenistic Civilization and the Jews*, pp. 26-35, que subraya y explica este contraste.
18. Cf. A. HEUSS, *Stadt und Herrscher des Hellenismus in ihrem Staats-und Völkerrechtlichen Beziehungen* (*Klio*, Beiheft 39, Leipzig, 1937); A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian* (Oxford, 1940), 2.ª parte.
19. Véanse algunos casos al respecto en el capítulo dedicado a la guerra. Véase también la matanza de los reyes de Chipre entre 321 y 310. Cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, «Recherches sur le commandant de place lagide en dehors de l'Egypte», en *Antidoron David* (1968), p. 89.
20. Cf. A. HEUSS, *Stadt und Herrscher des Hellenismus* (1937), pp. 216-244, y E. BIKERMAN, reseña crítica de HEUSS, *op. cit.*, en la *Revue de Philologie*, 1939, pp. 335-349.
21. Texto citado y analizado por A. HEUSS, *op. cit.*, p. 231.
22. DIODORO, XXXIII, 4, ha hecho referencia a esta competencia con respecto a Alejandro Balas.
23. POLIBIO, XXII, 8, 10.
24. POLIBIO, XXX, 31.
25. *Tituli Asiae Minoris*, II, 1, 11, 7-9. Cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, «Recherches sur le commandant de place lagide», en *Antidoron David* (1968), p. 93.
26. Cf. *PSI (Papyri della Società italiana)*, núm. 1160.
27. La constitución, encontrada en el curso de las excavaciones italianas, ha sido reeditada en *SEG*, IX, 1 (1938), núm. 1, con bibliografía. Véase además J. MACHU, «Cyrene, la cité et le souverain à l'époque hellénistique», en la *Revue historique*, 1951, pp. 41 ss.; A. HEUSS, *Stadt und Herrscher des Hellenismus*, pp. 39-41; 89; 98-99; E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, I (1966), p. 34 (bibliografía reciente).
28. Véase *supra* la mención del reciente artículo de HANNICK, en el *Antidorum W. Peremans oblatum*.
29. Por lo que respecta a las ciudades del dominio de los Atálidas se hallará una lista de fuentes en H. BENGTSON, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit*, II, p. 246; para otras ciudades en el período helenístico, Id., *op. cit.*, p. 247. Véase también E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 174 ss.
30. Cf. H. BENGTSON, Die Strategie, II, pp. 232 ss., donde se encontrarán las fuentes.
31. Cf. H. BENGTSON, *op. cit.*, II, pp. 372 ss.
32. *Status quaestionis* de W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, «Prolégomènes à une étude

concernant le commandant de place lagide en dehors de l'Egypte», en *Antidoron Martino David oblatum* (Leiden, 1968), pp. 81-99: encontramos *epistates, epi tes poleos (tetagmenos).*

33. Id., *op. cit.*
34. He aquí algunos ejemplos. En Seleucia del Tigris a fines del siglo III (*OGIS,* 254), en Pérgamo en el siglo II (*OGIS,* 483, l. 57), en la Tera ptolemaica en el siglo III (*IG,* XII, 3, 320, 7; *OGIS,* 44), en Chipre en el siglo II (*OGIS,* 113 y 134), en Tesalónica (Antígono *epistates* según *IG,* XI, 4, 1053), en Alejandría de Egipto (Polibio, V, 39; Plutarco, *Cleómenes,* 37; Diodoro, XXXI, 20; *Pap. Bad.,* IV, 48, 7; cf. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* pp. 106-107; W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* I, núms. 150-157).
35. Cf. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* p. 174.
36. Además de A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian,* pp. 104-105, y de la obra de H. BENGTSON, *Die Strategie,* III, índice, *epi tes poleos,* véase el *status quaestionis* respecto a las posesiones de los Lagidas, en W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *op. cit.,* y la lista de los comisarios clasificados según sus títulos en *Prosopographia Ptolemaica,* VI (1968) de estos autores, pp. 78-105. En cuanto a los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 145-147, 163 y W.W. TARN, *The Greeks in Bactria and India,* pp. 24-26. Para los Atálidas, E. HANSEN, *op. cit.,* pp. 172-188; para los reyes de Macedonia, F.W. WALBANK, *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940), p. 2, n. 6.
37. Por lo que respecta a los Lagidas, véase W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prolégomènes,* citado *supra,* y *Prosopographia Ptolemaica,* VI, núms. 15137-15166.
38. Esta inscripción fue publicada por H. SEYRIG en *Syria,* XIII (1932), pp. 255-258. Puede encontrarse un importante comentario de M. HOLLEAUX al respecto en el *Bulletin de Correspondance hellénique,* 57 (1933), pp. 6-67.
39. Cf. A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian,* pp. 104-105 y p. 317, n. 17 y 19 (recopilación de fuentes).
40. Cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* VI, núms, 15137-15166.
41. Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 206-207.
42. Cf. W. PEREMANS-E. VAN'T DACK, *Prosopographia Ptolemaica,* VI, núms. 15040, 15041, 15046, 15052, 15059, 15065, 15066, 15069, 15077, 15086, 15089, 15091.
43. Véase, por ejemplo, las intervenciones de Korragos, gobernador general de la región del Helesponto, en Prusa, en el siglo II, según *SEG,* II, 663.
44. J. JORDAN, *Uruk-Warka,* 1928, p. 41. Cf. TARN, *The Greeks in Bactria and India,* p. 26, y E. BIKERMAN, *op. cit.,* p. 206.
45. Recopilación de fuentes de L. ROBERT, *Études épigraphiques et philologiques* (Bibliothèque de l'École des Hautes Études, núm. 272, París, 1938), pp. 143-150.
46. Inscripción publicada simultáneamente por L. ROBERT, *Hellenica,* VII, pp. 5-22, y Chr. CLAIRMONT, *Museum Helveticum,* 5, pp. 218-226. Cf. A. AYMARD, *Revue des Études anciennes,* 1949, pp. 327-345 = *Études d'Histoire ancienne* (1967), pp. 212-229. La inscripción es de Laodicea Nehavend (Irán).
47. DIODORO, XXIX, 33, relata cómo se extendió a otros lugares la medida de la abolición de las deudas.
48. Cf. M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle avant notre ere* (Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 152, París, 1942), pp. 274-277. A. HEUSS, *Stadt und Herrscher des Hellenismus,* p. 71, cita algunos otros casos de paralización de la jurisdicción.
49. Cf. en general A. HEUSS, *Stadt und Herrscher des Hellenismus,* pp. 69-90. he aquí algunos ejemplos, *Syll.,* 3.ª ed., 685: Magnesia arbitró un litigio fronterizo entre Itanos y Hierapitna, por sugerencia de Roma; WELLES, *Royal Correspondence,* 46: Esmirna arbitró un conflicto entre Mileto y Priene, tal vez por la intervención de un Atálida; *OGIS,* 7: Antígono el Tuerto pidió a Magnesia que enviara jueces a Cumas para juzgar procesos privados; *OGIS,* 43: Ptolomeo II y la Liga de los nesiotas rogaron a Cos que enviara jueces

a Naxos; *OGIS,* 44: el almirante ptolemaico, Patroclo, envió a Tera jueces de Julis; *Syll.,* 3.ª ed., 391: Ptolomeo II ruega al rey de Sidón, Filocles, que ayude a Delos a recuperar sus créditos concedidos a los nesiotas; *Syll.,* 3.ª ed., 426: Antíoco I Sóter ruega a Teos que envíe jueces a Bargilia; en *Hellenica,* VII, pp. 171-188, L. ROBERT publica decretos de Esmirna para jueces extranjeros; *Syll.,* 3.ª ed., 344: Antígono designa a Mitilene como árbitro entre Teos y Lébedos, en el año 309; *Syll.,* 3.ª ed., 464 (hacia 244-243): Lamia arbitra un conflicto entre Atenas y la Liga de los beocios; *Syll.,* 3.ª ed., 471 (entre 242 y 235): 151 árbitros de Megara proceden a una delimitación entre Epidauro y Corinto; *OGIS,* 335 (siglo II): Pérgamo arbitra una delimitación de frontera entre Mitilene y Pitane.

50. Véase en el capítulo dedicado al rey, jurisdicción real (I, p. 278), los textos citados, especialmente el *Contra Boeto* del *Corpus demosteniano,* § 40, para la Grecia clásica, y *P. Gurob,* 2, para Egipto en el siglo III (HUNT-EDGAR, *Select pap.,* 256).
51. *SEG,* IX, 1, 5. El texto ha sido reeditado con bibliografía por M.Th. LENGER, *Corpus des ordonnaces des Lagides,* núms. 45-46, cuya traducción reproducimos casi por entero.
52. Sobre los ejércitos y las ciudades, véase M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II (París, 1950), pp. 633-689.
53. Sobre los *phrourai,* además de M. LAUNEY, *op. cit.,* II, p. 634, n. 2 (esbozo de un estudio de conjunto), véase A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian,* pp. 316, n. 13, y 317, n. 18. E. BIKERMAN, *Institution des Séleucides,* pp. 53-55, da una lista de las ciudadelas que ocupaban los Seléucidas en las ciudades que controlaban. M. LAUNEY, *op. cit.,* II, pp. 647-649, da una lista de las guarniciones de las ciudades de los Lagidas. Para los Antigónidas, véase M. HOLLEAUX, *Études d'épigraphie et d'histoire grecques,* I (1938), pp. 261-270.
54. Según M. LAUNEY, *op. cit.,* II, pp. 634-641.
55. Sobre los *stathmoi,* véase M. LAUNEY, *op. cit.,* II, 695-712; para el dominio de los Lágidas, véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 387-392; para los Seléucidas, E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 94 (período final de la dinastía).
56. Véanse algunos casos recopilados por M. LAUNEY, *op. cit.,* I, pp. 40-42 y E. BIKERMAN, *op. cit.,* pp. 72-73 y 141-145.
57. Véase, por ejemplo, el tratado entre Rodas y Hierapitna, *Syll.,* 3.ª ed., 581 (hacia 200-197) y M. LAUNEY, *op. cit.,* I, pp. 36-40.
58. Véase *Syll.,* 3.ª ed., 410 (hacia 274), en Eritrea, y E. BIKERMAN, *op. cit.,* p. 73.
59. Para los Seléucidas, véase E. BIKERMAN, *op. cit.,* , p. 100; para los Lagidas, *P. Cairo-Zenón,* 59036, comentado por U. WILCKEN, «Zur Trierarchie im Lagidenreich», en *Raccolta Lumbroso* (Milán, 1925), pp. 93-99. Para su lucha contra Antígono, Eumenes de Cardia organizó su flota gracias a las contribuciones de las ciudades de Fenicia (DIODORO, XVIII, 63). Eretria aportó barcos a la flota de Demetrio Poliorcetes en 302 (*Syll.,* 3.ª ed., 348). Se hallarán muchos casos en Polibio.
60. *Syll.,* 3.ª ed., 283, 11. 8-10: Quíos debía proporcionar a Alejandro 20 trieres durante toda la duración de su campaña.
61. HERÓDOTO, VII, 89-96.
62. Ejemplos: *OGIS,* 4, 1. 10 (para Antípatro); *OGIS,* 5, l. 43 (para Antigono). Ptolomeo I declaró exenta a Mileto de estas prestaciones: WELLES, *Royal Correspondence,* núm. 14. Véase también A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian,* p. 318, n. 24.
63. Cf. *P. Cairo-Zenón,* 59341; POLIBIO, V, 1, 11, sobre el aprovisionamiento de soldados y trigo por parte de las ciudades de la Liga aquea a Filipo V de Macedonia, en 218. Cf. A. H. M. JONES, *op. cit.,* pp. 109-110, y 319, n. 27.
64. Véase F. G. MAIER, *Griechische Mauerbauinschriften,* I (1959) y, por ejemplo, la intervención del mecenas Aristágoras, en Istria, para la financiación de la construcción de las murallas, en *Syll.,* 3.ª ed., 708 (antes del año 100): había sido elegido para una magistratura especial a estos efectos (1. 7). Pero Istria no se hallaba bajo dependencia real. En Colofón, a fines del siglo IV, una inscripción publicada por B. D. MERITT, en

American Journal of Philology, 56 (1935), pp. 357-397, y comentada por L. ROBERT, en la *Revue de Philologie,* 1936, pp. 158-168 (= *Opera Minora,* II, 1969, pp. 1237-1247) contiene una lista de individuos que participaron financieramente en los trabajos de rectificación de las murallas, que a partir de entonces englobarían a la «ciudad vieja», pueden encontrarse otras fuentes en M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), pp. 1463-1464, especialmente para Quíos tras el sitio de Filipo V, en el año 202 (cf. L. ROBERT, *Bulletin de Correspondance hellénique,* 1933, pp. 505-517 = *Opera Minora,* I, 1969), pp. 473-485. Louis Robert data la inscripción de Colofón entre 311 y 306.

65. Por ejemplo, Eritrea compró la retirada del jefe galo Leonorio, según *Syll.,* 3.ª ed., 410 (hacia 274). Según POLIBIO, IV, 45, Bizancio compró también, aunque sin éxito, la paz con los tracios o los galos de esa región.
66. Fuentes sobre los pillajes de los galos en M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (1941), p. 1519, n. 70.
67. En este sentido, I. STOIAN, *Études histriennes* (Bruselas, 1972, col. «Latomus»), pp. 29-69. Más adelante estudiaremos el clima social de las ciudades de la Dobrudja.
68. Esto es lo que afirma W. FERGUSON, *Hellenistic Athens,* p. 95.
69. Podemos pensar, por ejemplo, que en Rodas los partidarios de Roma eran los miembros de la clase social superior, mientras que sus enemigos pertenecían a una clase cuando menos descontenta. Esto se deduce de las expresiones que utiliza Polibio (XXVIII, 17) para designarlos: los partidarios de Roma son gentes de «buen sentido», mientras que los otros son turbulentos y miserables. Ese mismo esquema lo aplica en Beocia (XXVII, 2).
70. Ejemplos, *Syll.,* 3.ª ed., 55 (mediados del siglo v); 155 (375-370); 488 (hacia 234).
71. Numerosos ejemplos en Egipto: véase M. Th. LANGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núms. 64-70, 72; y las alusiones 84, 85, 88-90, 92, 103; F. von VOESS, *Das Asylwesen in der Ptolemäerzeit und die spätere Entwicklung* (Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte, V) (1923). Entre los Seléucidas, véase la célebre asilía de Betocecea (*OGIS,* 262 = WELLES, *Royal Correspondence,* núm. 70; la asilía ofrecida al templo de Jerusalén por Demetrio I (*I Macabeos,* 10, 43); el reconocimiento por Delfos de la asilía y del carácter sagrado de Antioquía de Caria (*OGIS,* 234). Cf. E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* pp. 149-156: precedentes aqueménidas, lista de los templos que se beneficiaban del derecho de asilo, p. 152; lista de las ciudades «santas e inviolables», p. 153. Entre los Atalidas, Eumenes II confirió la asilía al templo de Atenea de Pérgamo (*Syll.,* 3.ª ed., 630, del año 182).
72. Véase, por ejemplo, *Syll.,* 3.ª ed., 550 (asilía del templo de Apolo Pitio en Calcedonia reconocida en Delfos entre 213 y 204); 630 (asilía del templo de Atenea de Pérgamo reconocida en Delfos a petición de Eumenes II en 182); 635 (asilía del templo de Apolo Ptoio reconocida en Delfos entre 182 y 179, al mismo tiempo que los juegos ptoios).
73. En *OGIS,* 229 leemos que Seleuco II «escribió a los reyes, dinastas, ciudades y pueblos para rogarles que concedieran el carácter de sagrado e inviolable al templo de Afrodita Estratonika y de Esmirna». E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* p. 153, enumera las ciudades seléucidas que eran reconocidas como sagradas e inviolables y, en la p. 152, n. 11, cita una serie de ciudades no seléucidas que gozaban del mismo privilegio (Anafe, Delos, Ceos, Tinos, Delfos y Calcedonia). Véase también U. KAHRSTEDT, *Syrische Territorien in hellenisticher Zeit* (Berlín, 1926), pp. 76-79, y mapas, II *a.*
74. *OGIS,* 228, cf. 229; *Syll.,* 3.ª ed., 554, 557-562 (Magnesia del Meandro). Cf. L. ROBERT, *Revue des Études anciennes,* 1936, pp. 13-16 (= *Opera Minora,* II (1969), pp. 776-779).
75. *OGIS,* 228.
76. Los reyes seléucidas y la concesión de la asilía, en *Syria,* 20 (1939), pp. 35-39 (= *Antiquités syriennes,* III, 1946, pp. 1-5).
77. Por ejemplo, Antíoco III reconoce el carácter sagrado de Janto de Licia y la consagra a Artemisa «a causa del parentesco que le une», a él, el descendiente de Apolo, con esa

diosa (*OGIS*, 746). Ello ocurrió en el momento en que se la arrebató a Ptolomeo V.

78. Véase DITTENBERGER, nota a *Syll.*, 3.ª ed., 557. Véase también 554, 557-562. Hay también un «dossier» de la asilía de Teos, en *Syll.*, 3.ª ed., 563-566.
79. Duris, *FHG*, II, 475 = *F. Gr. Hist.*, II A, pp. 136 ss., II B, pp. 115 ss.
80. Por ejemplo, Milasa, de la que E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, cita, p. 110, n. 6, un arrendamiento de tierra de dominio público.
81. Véanse los impuestos en Teos, a fines del siglo IV, en *SEG*, II, 579, y los de Cos en el siglo I en *Syll.*, 3.ª ed., 1000 (cf. A. ANDREADES, *A History of Greek public Finance*, I, pp. 150 ss). En general, hay que consultar M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (1941), pp. 1374, 1463-1464, y A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian*, pp. 241-250; asimismo, SCHWAHN, *Tele* y *Tèlònai*, en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*: para las ventas de sacerdocios, L. ROBERT, *BCH*, 57 (1933), pp. 457-484 (= *Opera Minora*, I, pp. 455 ss.).
82. Ejemplos: una *epidosis* en Atenas en 232, *Syll.*, 3.ª ed., 491 («para la salvación y la custodia» de la ciudad); en Samos, a comienzos del siglo II, *SEG*, I, 367 (para la reconstrucción del templo de Hera). Véase más adelante las donaciones de los mecenas. Véase también W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens* (Londres, 1911), p. 369, n. 5. Bibliografía sobre las *epidoseis* en M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1463-1464, que cita especialmente la obra de A. KUENZI, *Epidosis* (1923), que no he podido consultar.
83. L. ROBERT, *Études anatoliennes*, pp. 82-83, señala la similitud de las terrazas del oscuro Aigai de Eólida con las de Pérgamo.
84. L. ROBERT, *Études épigr. et philol.*, pp. 84-89, reúne las fuentes sobre los arquitectos enviados por los reyes a las ciudades o a los santuarios para construir los monumentos que ellos ofrecían.
85. Fue precisamente lo que hizo un tal Tersipo: el decreto en el que se le honraba ha sido hallado en una pequeña isla próxima a Lesbos (*OGIS*, 4, en torno a 320).
86. L. ROBERT, *Études anatoliennes*, pp. 77-79, ofrece una recopilación de fuentes sobre la construcción y la ampliación de gimnasios por parte de ex gimnasiarcas.
87. En Milasa, el arrendamiento de tierra pública citado *supra* distingue los impuestos debidos al rey de los que percibía la ciudad (inscripción transcrita por E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides*, p. 110, n. 6).
88. Véase A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian*, pp. 102-112.
89. Cf. CICERÓN, III, *Verr.* 6, que cita E. BIKERMAN, *Inst. Sél.*, en su estudio de los tributos entre los Seléucidas, pp. 106-111.
90. Cf. E. BIKERMAN, *Inst. Sél.*, p. 108.
91. Véase también la inscripción de Milasa citada *supra* (E. BIKERMAN, *Inst. Sél.*, p. 110, n. 6).
92. En *OGIS*, 223, Antíoco I declara exenta a Eritrea.
93. Fuentes para los Seléucidas en E. BIKERMAN, *Inst. Sel.*, pp. 111-112. para Ptolomeo II, véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 390 (coronas de los nesiotas); *P. Cairo-Zenón*, 59036 (Halicarnaso). Los embajadores también aportaron coronas. Véase *OGIS*, 223.
94. Véase M. ROSTOVTZEFF, «Seleucid Babylonia, Bullae and Seals of Clay with Greek Inscriptions», en *Yale Classical Studies*, 3 (1932), pp. 1-115. Un *chreophylakion* (conservación de las deudas) real está atestiguado en Susa en el siglo II, por *SEG*, VII, 15, 1. 17. En Babilonia, en tiempo de Alejandro, hubo un otorgamiento real, según pseudo Aristóteles, *Económica*, II, 1352 B, 26.
95. Para Rodas, véase Polibio, XXX, 31: en 166-165, el embajador de Rodas comunicó a Roma que los derechos portuarios reportaban en otro tiempo a la ciudad un millón de dracmas. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, p. 1486, n. 95-100. Para Delos, cf. Id., *op. cit.*, pp. 233-234. Para Atenas, véase W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens* (Londres, 1911), pp. 369-370. Duris de Samos, a quien cita ATENEO (XII, 542 C), dice que en la época de Demetrio de Falero, los ingresos de Atenas se elevaban a 1200 talentos anuales; pero como todas las cifras, ésta hay que

tomarla con reservas. Véase también ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, índice, *Athens, financial difficulties* (fuentes, p. 1354); *wealth* (fuentes, p. 1352).

96. Ejemplo: *SEG*, I, 366 (Bulágoras de Samos). Cf. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, índice, *Loans* (fuentes, especialmente pp. 1341, n. 12; 1464, n. 22; 1520, n. 73).
97. Véase en general, A. H. M. JONES, *Thre Greek City*, Part III, *Internal Politics, The Hellenistic Age*, pp. 157-169 y 334-338 (bibliografía y fuentes).
98. Cf. A. H. M. JONES, *The Greek City*, pp. 46-47, sobre la distribución geográfica de los títulos de magistrados en las ciudades del Asia Menor: M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, índice, *City*, constitución (fuentes, p. 1438, n. 269, sobre Dura Europos).
99. El modelo ateniense es invocado en una de las Actas de los Mártires paganos, *P. Oxirrinco*, 2177. Sobre la constitución de Alejandría, véanse las fuentes y el estado de la cuestión en P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (1973), pp. 38-110. Fuentes fundamentales: *P. Lond*, 1912; *P. Hibeh*, 196 (con las correcciones de J. BINGEN, *Chronique d'Egypte*, 1957, pp. 337-339); *PSI*, 1160 (papiro «de la *bulé*»).
100. Por ejemplo, en Cirene, antes de la constitución instaurada por Ptolomeo I (*SEG*, IX, 1, 1).
101. Tal era el cuerpo político en la constitución de Teramene en 410, en Atenas según ARISTÓTELES, *Constitución de Atenas*, 29, 5 y TUCÍDIDES, VIII, 65, 3.
102. Ésta era, hacia 370, la dimensión del cuerpo político federal de los arcadios (DIODORO, XV, 59, 1).
103. Sigo el texto de Dindorf (ed. Didot), pero hay una variante, 22 000. Los 12 000 son mencionados por PLUTARCO (*Foción*, 28). Cf. FERGUSON, *Hell. Ath.*, p. 22.
104. El estudio de las instituciones internas de las ciudades helenísticas se basa en la epigrafía. Los trabajos de L. ROBERT son fundamentales a este respecto. Véase especialmente *Villes d'Asie Mineure, Études anatoliennes* y los 101 artículos reunidos en *Opera Minora Selecta*, además de las *Hellenica*. Puede encontrarse un estudio detallado de los magistrados de Tespias en M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle av. n. ère*, pp. 266 ss.
105. En Atenas, elección a partir de Antípatro (W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, pp. 22 y 39). Ferguson presenta como prueba la cualidad de los hombres que ejercían las magistraturas y la mención de la *cheirotonia* (elección a mano alzada) como una de las prerrogativas de los ciudadanos censitarios admitidos por Antípatro (DIODORO, XVIII, 18, 4). Véase también *cheirotoneo, cheirotonetos* y *cheirotonia* en el índice de *Syll.*, 3.ª ed., t. IV, p. 620. Para la designación mediante sorteo, véase *cleroo, epicleroo*, en el mismo índice.
106. Compra de sacerdocio atestiguada, por ejemplo, en *Syll*, 3.ª ed., 1003; 1010. Sacerdocio hereditario, por ejemplo, en *Syll.*, 3.ª ed., 1007, en Pérgamo.
107. Cf. *Syll.*, 3.ª ed., 543 (cf. *SEG*, XIII, núm. 389) y 593. JENOFONTE, *Helén.*, VI, 1, 8 y *Syll.*, 3.ª ed., 55: magistratura no colegiada, en la época clásica.
108. Véase A. H. M. JONES, *The Greek City*, p. 337, n. 25, que cita *Syll.*, 3.ª ed., 591 (embajada de Lámpsaco a Roma en 196) y *OGIS*, 339.
109. *Syll.*, 3.ª ed., 647, 11. 35 ss. (exención para los ciudadanos de Medeon que habían servido ya en Estiris antes del sinoicismo de estas dos ciudades); *Syll.*, 3.ª ed., 1003.
110. POLIBIO, XX, 6, 1-3. véase el estudio de este texto por M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle av. n. ère*, pp. 274 ss., que confirma el testimonio de Polibio mediante un fragmento de Heráclides el Crítico (o el cretense).
111. Véase F. HEICHELHEIM, «Sitos», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, Supl. VI (1934), cols. 819-892. Véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 304 (Atenas, en 330) o *Syll.*, 3.ª ed., 495 (Olbia, hacia 230).
112. Véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (1941), pp. 1598-1600; A. G. WOODHEAD, «The State Health Service in ancient Greece», en *The Cambridge Historical Journal*, 10 (1952), pp. 235-253.
113. Véase L. ROBERT, «Décrets de Delphes pour des médecins», en *Bull. Corr. hell.*, 1928,

pp. 172-178 (= *Opera Minora*, I, pp. 101-107); Decreto de los Asclepiades de Colofón, en la *Revue de Philologie*, 1934, pp. 272-274 (= *Opera Minora*, II, pp. 1171-1173); inscripciones relativas a médicos, en la *Revue de Philologie*, 1939, pp. 163-173 (= *Opera Minora*, II, pp. 1316-1326). Estos artículos contienen fuentes.

114. En Samos, por ejemplo, L. ROBERT, *Opera Minora*, II, p. 1318.
115. La retribución está atestiguada por la existencia de decretos que elogian a los médicos que renunciaban a ella: *Syll.*, 3.ª ed., 335 (Atenas, para un médico rodio en 304-303). POLIBIO (XXIX, 8, 8) hace mención de los adelantos de salario que solicitaban los médicos pobres.
116. Por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 437 (Delfos, hacia 263, declaró exento a un meteco, al que honra); 1000 (Cos, siglo I, mención del arrendatario del *iatrikon; P. Cairo-Zenón*, 59036 (Halicarnaso). Los clerucos egipcios también estaban sometidos a este tributo (véase nuestra *Écon. roy. Lag.*, índice).
117. Véase A. von GERKAN, *Griechische Städteanlagen* (1924), pp. 88 ss.
118. Véase E.V. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, pp. 179-180.
119. Véase, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 691.
120. Cf. H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, pp. 148-164; M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, índice, *Gymnasia, Gymnasial Associations, Gymnasiarch*, y el importante capítulo «L'armée et le gymnase» en M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, pp. 813-874 (recopilación de fuentes).
121. Los efectos de Dreros (*Syll.*, 3.ª ed., 527) juraban odiar Lito.
122. Véase Claude MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce antique* (París, 1969), 3.ª parte: «Demetrios de Phalère, Agathocle, Nabis, Aristonicos»); H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vols. (Munich, 1966), 4.ª parte: «La tyrannie hellénistique» (con una bibliografía muy extensa): E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, índice, nombres de los tiranos, por ejemplo, Aristómaco de Argos, Aristipo de Argos, Aristódamo de Megalópolis, Aristótimo de Elis, Cleinias de Sición; FELLMANN, *Antigonos Gonatas und die gr. Staaten* (Würzburg, 1930); E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides* (París, 1938), p. 168; M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), índice, *Tyrants* y *Tyrannies*. Entre los Seléucidas, hay que hablar de los dinastas.
123. Cf. E. WILL, *Hist. pol.*, I, pp. 290, 299, 314, 331s., 338, 344, 353.
124. Véase PAUSANIAS, V, 5, 1 y E. WILL, *Op. cit.*, I, pp. 195, 205, 300.
125. Véase PAUSANIAS, VIII, 27, 11; PLUTARCO, *Agis*, 3, 5 y E. WILL, *op. cit.*, I, p. 195.
126. Sobre esta dinastía, véase PLUTARCO, *Arato*, 25: cf. A. WILHELM, *Beiträge z. gr. Inschriftenkunde* (Viena, 1909), pp. 110 ss., y *Attische Urkunden*, III, Sitz. Ak. Wien, 202-205 (1925), pp. 15 ss., y E. WILL, *op. cit.*, p. 195. Sobre las tiranías establecidas por Antígono Gonatas durante la última parte de su reinado, véase E. WILL, *op. cit.*, I, p. 293.
127. En Asia Menor, véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, pp. 1425-1426 (fuentes); en Bitinia del Ponto, Id., *op. cit.*, p. 1580, n. 120; en Siria, Id., *op. cit.*, p. 1533, núms, 121-122. Cf. E. BIKERMAN, *op. cit.*, p. 168, considera al mismo tiempo a los dinastas vasallos.
128. POLIBIO (XV, 21) esboza, en algunas líneas, una carrera tipo, la del tirano Molpagoras de Cíos, en Bitinia.
129. Sobre Demetrio de Falero, aparte de Cl. MOSSÉ, *op. cit.*, véase W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, pp. 38-94; E. BAYER, *Demetrios Phalereus der Athener* (Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft, fasc. 36, Stuttgart-Berlin, 1942).
130. Demetrio de Falero aparece como estratego en *Syll.*, 3.ª ed., 319, en 315-314; arconte, en 309-308 (DIODORO, XX, 27, 1): cf. FERGUSON, *op. cit.*, p. 54.
131. W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, p. 22, n. 1.
132. FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, XII, 1, 1; *Carta de Aristeas a Filócrates*, § 22; Diodoro, XIX, 85, 4.
133. Flavio JOSEFO, *Bell. Jud.*, II, 18, 7 y *Contra Apión*, II, 35-46.

134. Véase W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India* (2.ª ed.), pp. 18-19.
135. Véase V. TCHERICOVER-A. FUKS, *Corpus Papyrorum Judaicarum* (1957), pp. 1-47; V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews* (1959), pp. 296-332; P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (1973), índice, *Jews*.
136 Sidón, Tiro, Ascalón, Jaffa, Parion, Delos, Éfeso, Cos, Sardes, Mileto, Laodicea, Pérgamo, Halicarnaso. J. JUSTER, *Les Juifs dans l'Empire romain*, II, pp. 1-11, reúne los datos sobre sobre la condición de los judíos en las ciudades griegas, antes del año 70 d. de J. C.
137. J. y G. ROUX, «Un décret du politeuma des Juifs de Bérénikè en Cyrénaïque», en la *Revue des Etudes grecques*, 1949, pp. 281-296, reeditando y comentando *CIG* 5361 y 5362.
138. Por ejemplo, en Sardes, según FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, XIV, 10, 24. V. TCHERIKOVER, A. FUKS, *Corpus Papyrorum Judaicarum*, I, p. 8, ofrecen una lista de las sinagogas de Egipto. Son diez y casi todas ellas se remontan a la época ptolemaica.
139. Sobre el *politeuma* en general, véase W. RUPPEL, «Politeuma», en *Philologus*, 82 (1927), pp. 268-312 y 432-454: M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, pp. 1064-1085.
140. FILON, *In Flaccum*, 10, 74, utiliza el término *genarca*.
141. J. JUSTER, *Les Juifs dans l'Empire romain*, II, pp. 93-114, piensa, p. 114, que los judíos ejecutaban ellos mismos las sentencias.
142. Véase E. R. GOODENOUGH, *The Jurisprudence of the Jewish Courts in Egypt* (New Haven, Conn., 1929).
143. Así, si la reconstrucción es correcta, una mujer casada intenta un proceso contra su marido, según la ley judía, dirigiéndose para ello al tribunal del rey (*P. Enteuxeis*, 23). Otro proceso iniciado por un judío contra una judía que le había insultado, fue juzgado ante el tribunal griego de los Diez (*P. Gurob*, 2 = *Sel. Pap.*, 256). Pero eso ocurrió en el nomo Arsinoíte.
144. Ésta es también la conclusión de P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, pp. 54-57.
145. Véase nuestro artículo «Les étrangers à l'époque hellénistique», en *Recueils de la Société Jean-Bodin*, IX, 1.ª parte (Bruselas, 1958), pp. 158-175 (bibliografía y fuentes). Véase además, V. TCHERIKOVER-A. FUKS, *Corpus Papyrorum Judaicarum*, I (1957), pp. 1-48, y V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews* (1959), pp. 296-332.
146. Véase FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión*, II, 36 y 38: «Todos los hombres llamados en una colonia, por diversas que sean sus razas, son llamados por el nombre del fundador»; FILÓN, *In Flaccum*, 8, 53 = M 525. *Legatio ad Gaium*, 44, 349 = M 597; FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, XIX, 5, 2 (isopolitia otorgada por Alejandro).
147. Véase E. BICKERMANN, «Der Heimatsvermerk und die staatsrechtliche Stellung der Hellenen im ptolem. Aegypten», en *Archiv für Papyrusforschung*, VIII (1927), pp. 216-239.
148. Véanse fuentes y análisis de M. LAUNEY, *Recherches sur les années hellénistiques*, II, pp. 1064-1085.
149. Véase F. POLAND, *Geschichte des griechischen Vereinswesen* (Leipzig, 1909), cap. IV. A título de ejemplo, C. H. ROBERTS, T. C. SKEAT, A. D. NOCK, «The Gild of Zeus Hypsistos», en *Harvard Theological Review*, 29, (1936), pp. 39-89 (papiro de fines de la época ptolemaica que contiene los estatutos de una cofradía). Cf. M. SAN NICOLO, «Aeg. Vereinswesen z. der Ptol. u. Rom.», *Münch. Beit.* (2.ª ed., 1972).
150. En *IG*, XI, 2 y 4, e *Inscriptions de Délos, Comptes des hiéropes*, editadas por F. DURRBACH, por ejemplo núm. 442, del año 179.
151. Véase M. LACROIX, «Les étrangers à Délos pendant la période de l'independance», en *Mélanges Glotz* (París, 1932), II, pp. 501-525.
152. Sobre esta familia, véase F. DURRBACH, *Inscriptions de Délos* (1929), núm. 399 (pp. 66-67) y 442 (p. 174), y *Choix d'inscriptions de Délos* (1921), núm. 66, pp. 87-88, donde se hace referencia a la carrera de otros banqueros.
153. Véase P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne* (Bibl. Ec. fr. Ath. et Rome, fasc. 111, París, 1916), pp. 12 ss., y F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos*, núm. 72, así como M.

ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (1941), pp. 1372-1373.

154. Cf. J. HATZFELD, *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénique* (París, 1919).

155. Véase C. H. ROBERTS, T. C. SKEAT, A. D. NOCK, *The Gild of Zeus Hypsistos*, citado *supra*.

156. Véase, por ejemplo, en Larisa, *Syll.*, 3.ª ed., 543; en Alejandría, *P. Halensis* (Dikaiomata), 1, ll. 157-162; en Esmirna, donde se recibieron catecos y otros militares de Magnesia del Sipilo, *OGIS*, 229.

157. Véase *supra*, p. 199.

158. Véase, asimismo, p. 199.

159. Véase, por ejemplo, la promesa de Rodas a sus metecos, en 304, durante el asedio de Demetrio (DIODORO, XX, 84, 2-3) o la de Éfeso, en lucha contra Mitridates, en 86-85, según *Syll.*, 3.ª ed., 742, ll. 44-48.

160. En el siglo II d. de J. C., ELIO ARÍSTIDES encuentra natural que la ciudadanía del mundo que ofrece Roma sea reservada «a los más distinguidos, los mejor nacidos, los más ricos» (*Elogio de Roma*, 213 [373], 15).

161. Por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 354 (importación de trigo a bajo precio, en Éfeso); 371 (donación de trigo del rey de los peonios a Atenas); 493 (el rodio Atenodoro presta dinero sin interés a Histiea).

162. Por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 502 (Samotracia a Hipomedón de Lacedemonia, estratego de Ptolomeo III); 426 (Bargilia a un árbitro enviado por Teos, por intervención de Antíoco I).

163. Cf. TITO LIVIO, XXXVII, 54, 18, según Polibio; TÁCITO, *Anales*, VI, 42; PLINIO, *Hist. Nat.*, VI, felicitan a las ciudades griegas de Oriente por haber conservado las costumbres de sus fundadores.

164. PLUTARCO, *De Alex. Fort. aut Virt.*, 328 D.

CAPÍTULO II

Las ligas

La historia de la ciudad griega oscila entre la reivindicación de autarquía y autonomía y la necesidad de aumentar su fuerza y seguridad mediante formas variadas de asociación.[1]

En el siglo VI, las ciudades jonias, a raíz de las fiestas comunes que celebraban en el Panjonio del cabo Micale, organizaron una asamblea de representantes para deliberar en común su actitud con respecto a Ciro (Heródoto, I, 141; 148; 170; V, 108-109; VI, 7). Darío favoreció esta «paz» obligando a las ciudades a solucionar sus diferencias por vía judicial (Heródoto, VI, 42). Otras asociaciones se fundaron sobre la base de una comunidad étnica: por ejemplo, los aqueos (Heródoto, I, 145; Estrabón, VIII, 7 = C 383-384; Polibio, II, 41; IV, 1, 5) o los jonios reunidos en Delos en un culto común (Tucídides, III, 104, 3). Por su parte, el imperio ateniense impuso por la fuerza la fórmula de la alianza militar.

Las ciudades beocias, que ya entre los años 550 y 480 habían acuñado monedas federales, se liberaron en 447 de la alianza ateniense, formando una liga gobernada por organismos representativos (*P. Oxi,* 842, cols. XI-XII).

Después de que Atenas perdiera su hegemonía, en 386, la paz del rey (de Persia) disolvió las ligas a excepción de la del Peloponeso (Jenofonte, *Helén.,* V, 1, 31; Diodoro, XIV, 110). Isócrates (*Paneg.,* 175) subraya el defecto de consentimiento de los asociados, tema fundamental de la historia de las ligas. Luego, en 378-377, Atenas constituyó una «segunda liga» basada sobre la igualdad y la autonomía de los asociados (*Syll.,* 3.ª ed., 147 y Diodoro, XV, 28, 2), dotando a esa alianza de un organismo representativo: el *synedrion.* Éste sería el esquema de las ligas helenísticas;

ahora bien, Atenas no respetó la autonomía, lo cual dio origen a diversas revueltas, entre las que destaca la de Ceos (*Syll.*, 3.ª ed., 173).

En el siglo IV, en razón de la debilidad de Esparta tras su derrota en Leuctras en 371, Epaminondas impulsó la organización de federaciones de tipo democrático, basadas en la igualdad de derechos de las ciudades miembros, cuya influencia en el plano federal respondía al porcentaje de su población. Tal fue, por ejemplo, entre los años 369 y 361, la estructura de la Liga arcadia (*Syll.*, 3.ª ed., 183). En 367, un primer documento atestigua la existencia de la Liga *(koinon)* de los etolios (Tod., *Greek, Hist. Inscr.*, II, 137). La Liga beocia se reorganizó en 366-365 (*Syll.*, 3.ª ed., 179), fenómeno que ocurrió también en la misma época en el caso de la Liga aquea (Polibio, II, 39-40).

1) *LAS LIGAS ORGANIZADAS POR REYES*

Hemos visto que Darío favoreció la «paz» entre las ciudades jonias (Heródoto, VI, 42).

a) *La Liga de Corinto*

Tras su victoria en Queronea en 338, Filipo II de Macedonia constituyó en Corinto una liga a la que se adhirieron de buen o mal grado todas las ciudades griegas, a excepción de Esparta. Filipo se hizo conceder la presidencia con el título de *hegemón* y dio, así, el modelo de la injerencia real en el mundo de las ciudades (*Syll.*, 3.ª ed., 260; Diodoro, XVI, 89, 2; Polibio, IX, 33). Se trataba de una alianza militar para luchar contra los persas, alianza basada en la paz entre las ciudades (*eirené*, l. 14 de la inscripción). Además, las ciudades se comprometían a no intentar destruir el reino de Filipo y de sus descendientes, a respetar las constituciones de las diferentes ciudades aliadas (crítica del papel desempeñado por Atenas en sus ligas) y a ayudarse mutuamente contra cualquier enemigo. La liga disponía de un consejo federal, el *synedrion*, en el que cada ciudad contaba con un número determinado de votos en proporción a su población, y un *hegemón*, Filipo. En algunas ciudades se instalaron guarniciones macedónicas. Vemos que no se trataba de una creación *ex nihilo*. Filipo se inspiró en la segunda Liga ateniense. Pretendía inmovilizar una situación. La libertad y la autonomía de las ciudades se afirmaron una vez más con todo énfasis (cf. Demóstenes, *Sobre los tratados con Alejandro*, 8). El *hegemón* era presentado como un *salvador* (Polibio, IX, 33).

La alianza fue renovada por Alejandro poco después de su acceso al

trono en 336 (Arriano, *Anábasis,* VII, 9, 5). Fue nombrado *estratego* y *hegemón autócrator* y se hizo confiar la misión de la guerra contra los persas. Sabemos que el *synedrion* actuaba como tribunal de justicia, ya que condenó a Tebas, que se rebeló contra Alejandro (Diodoro, XVII, 14).

b) *La Liga de Demetrio Poliorcetes y de Antígono*

En el año 302, Demetrio Poliorcetes restableció la Liga de Corinto (Diodoro, XX, 100, 5-7; 102-103; Plutarco, *Demetrio,* 25-26). En el capítulo dedicado a los acontecimientos hemos visto en qué circunstancias tuvo lugar ese hecho. Una inscripción encontrada en Epidauro (*SEG,* I, 75; cf. II, 56; III, 319; XI, 399) contenía la carta de esa Liga. A pesar de que existen importantes lagunas, revela sus estructuras. Al igual que las ligas de Filipo y de Alejandro Magno, se fundaba para la guerra y agrupaba a ciudades amenazadas e intimidadas; aunque supuestamente era un medio para la salvación, de hecho constituía un instrumento de dominación. En esta ocasión el objetivo era destruir a Casandro. Se preveía la prestación de una ayuda militar mutua y una serie de contribuciones de guerra *(eisphorai).* En tiempo de paz, el *synedrion,* que tenía poderes de jurisdicción en materia de delitos políticos, se reuniría una vez al año, con ocasión de los juegos; en tiempo de guerra se reuniría tantas veces como les pareciera oportuno a los *proedroi* y al estratego nombrado por los reyes (Antígono y Demetrio) para la defensa común. Los *synedroi* constituían el órgano de decisión. Las ciudades no podrían acusar a sus representantes en el *synedrion* por el sentido de su voto, lo cual constituye la base de un sistema representativo (Larsen, *Repres. Gov.,* p. 1). En tiempo de paz, los cinco *proedroi* eran elegidos por sorteo entre los *synedroi.* De todas formas, en ningún caso habría más de uno por cada pueblo o ciudad. En tiempo de guerra serían designados por los reyes. Los *proedroi* desempeñaban funciones de dirección: convocaban el *synedrion,* así como a los secretarios y a los funcionarios federales. Establecían el orden del día de la asamblea, recibían las embajadas, controlaban los archivos, registraban las mociones y verificaban la capacidad de quienes las proponían. Debían dar cuenta de su gestión. Vemos cómo la guerra favoreció una fuerte injerencia de los reyes en el mundo de las ciudades. Esta liga perdió su virtualidad en el momento en que Demetrio comenzó a conocer reveses militares.

c) *La Liga de Antígono Dosón*

En 224 o a comienzos de 223, después de su campaña de Arcadia contra Cleómenes, Antígono Dosón se presentó en Egion, sede del Consejo federal aqueo (Polibio, II, 54). Dio cuenta de sus éxitos militares y fue nombrado *hegemón* de todos sus aliados. En verdad, los miembros de esta alianza no son conocidos sino a comienzos del reinado de Filipo V (Polibio, II, 65 y IV, 9, 4). Además de los macedonios y aqueos, agrupaba a los epirotas, focenses, beocios, lócridas orientales, eubeos y tesalios. E. Will (*Hist., Pol.*, I, pp. 354-359) se refiere a las incertidumbres que subsisten respecto a esta lista. Una vez más, la Liga tenía un objetivo guerrero: derrotar a Esparta. Agrupaba «no a ciudades sino a federaciones» (Will, I, p. 354), lo que la distingue de las ligas de Demetrio y Filipo. El *synedrion* era convocado y presidido por el rey (Polibio, IV, 22) para deliberar sobre la paz y la guerra (Polibio, IV, 25; V, 103), fundamentalmente contra Esparta y los etolios. Como novedad hay que citar el hecho de que las decisiones tomadas por el *synedrion* no eran obligatorias para las ciudades miembros sino después de que éstas las hubieran ratificado, hecho que debía dificultar notoriamente la actuación común. Por otra parte, a través de Polibio vislumbramos la debilidad de una liga en la que el rey solicitaba la asociación de aquellos a los que acababa de vencer. Así, Antígono Dosón hizo que los aqueos le cedieran el Acrocorinto, que Arato había conquistado en otro tiempo a los macedonios (Polibio, II, 52, 5; Plutarco, *Arato*, 42). La alianza sólo podría mantenerse durante el tiempo que subsistiera un interés o una amenaza común (real o imaginaria). Pero consideramos, junto con Will (*op., cit.*, I, p. 359), que en este caso no se trataba ya de la amenaza de Roma.

Otros reyes se habían puesto al frente de ligas cuyo objetivo militar no era tan preciso: nos referimos a las ligas de las islas.

d) *Los insulares de las Cícladas*

En 315-314, Antígono el Tuerto incitó a los insulares de las Cícladas a que se organizaran en una Liga de nesiotas (respecto a la fecha, Will, *op., cit.*, I, p. 51), que osciló entre el patrocinio de los Antigónidas y el de los Ptolomeos.[2] En efecto, la derrota de Demetrio al final de su vida impulsó a Ptolomeo I a hacerse cargo de la dirección de los insulares. Una serie de dedicatorias en honor del nesiarca Bacón, de Filocres, rey de Sidón y almirante de Ptolomeo II, así como de otros almirantes (Durrbach, *Choix d'inscr. de Délos*, núms. 17, 18, 19, 25, 26), atestiguan en Delos, centro de la confederación, que ese rey asumió la política de protección

iniciada por su padre. Así lo confirman una serie de ofrendas catalogadas en los inventarios de los templos délicos (Durrbach, *Choix,* p. 25). Por otra parte, ello no excluye la presencia —simultánea o provisional— de Antígono Gonatas, como lo atestiguan, a mediados del siglo III, el pórtico de Antígono y algunas inscripciones (Durrbach, *Choix,* núms. 35, 36, 37). La Liga pareció perder importancia después de la segunda guerra siria, lo que no fue impedimento para que Ptolomeo III extendiera su influencia sobre las islas, si hemos de creer lo que afirma la inscripción, tal vez demasiado triunfal, de Adulis (*OGIS,* 54). Luego se hizo cada vez más importante la influencia de Rodas, cuyos almirantes luchaban contra los piratas (Durrbach, *Choix,* núms. 38, 39, 63, 67).

No conocemos de forma detallada el funcionamiento de esta Liga de las islas. Defensa contra los piratas, ocupación de puntos estratégicos e incremento de su prestigio parecen ser los objetivos que los reyes buscaban al «proteger» a las islas.

e) *Reyes magistrados de las ligas*

En 192, Antíoco III fue nombrado estratego de la Liga etolia (Polibio, XX, 1; Tito Livio, XXXV, 45). Fue la amenaza romana, tanto hacia el rey como hacia la Liga, la que indujo a formalizar esta asociación. Treinta notables, los *apocletoi,* a los que Antígono consultaría cuando le pareciera oportuno, constituirían su consejo.

Ptolomeo III, que fue en un determinado momento aliado de la confederación aquea (Plutarco, *Arato,* 24, 3) vio cómo se le confiaba a título honorífico un mando en tierra y en mar.

Por último, hay que decir que las ligas que constituían «naciones» eran dirigidas por su rey, caso de los molosos y los epirotas, de los cuales constituían una rama (Larsen, *Greek Federal States,* pp. 273-281).

2) *LAS LIGAS SIN HEGEMÓN*

La liga organizada para evitar la hegemonía de una ciudad o de un hombre, el *koinon* igualitario, llegaría a convertirse en una pieza clave de las instituciones de la Grecia helenística. Las grandes ligas —etolia y aquea— construidas sobre este modelo negociarían durante más de un siglo, en calidad de grandes potencias, con los reyes y con Roma.

He aquí los grandes rasgos de su estructura, que, en sus aspectos esenciales, se remonta a la época clásica: una asamblea federal que decidía la política común; un consejo restringido de la asamblea; una presidencia,

un generalato, magistrados federales; un ejército, una jurisdicción y una tesorería federales; en ocasiones, una moneda federal; archivos en los que se conservaba fundamentalmente la legislación federal; un centro de la vida federal que podríamos llamar capital; un estatuto que definía los límites de la autonomía de las ciudades y la competencia de las instituciones federales; una definición de los derechos del ciudadano de una ciudad en otra ciudad de la confederación.

La variante más destacada se refiere a la composición y a los poderes de la asamblea. Había asambleas *primarias,* que reunían a los hombres adultos de todas las ciudades federadas según ciertas condiciones de edad o de censo, y, por otra parte, asambleas *representativas* de delegados de cada una de las ciudades en un número proporcional a su población y, eventualmente, a sus contribuciones en soldados y en dinero.

a) *La Liga etolia helenística*

La asamblea primaria (todos los hombres que contaban con la edad y el censo requerido) detentaba el poder de decisión en lo referente a la guerra y la paz, así como en cuanto a las relaciones de cortesía con las potencias extranjeras (Polibio, XX, 9-10; XXI, 4-5; Tito Livio, XXXV, 33, 8-34, 2; 43, 7-46, *Syll.,* 3.ª ed., 629). Se celebraban dos sesiones anuales y, llegado el caso, sesiones extraordinarias. Parece que la votación se realizaba por cabeza y no por ciudad. Las decisiones de la asamblea «se introducían en las leyes» de cada ciudad o de la confederación, no lo sabemos con certeza (*Syll.,* 3.ª ed., 629, ll. 26-27, en 182). Juzgaba la piratería ilegal (*SEG,* XVIII, 245).

La *bulé* estaba formada por representantes de cada ciudad en número proporcional a su población (*Syll.,* 3.ª ed., 546 B, l. 18, en torno al año 203). Este consejo debía contar con más de quinientos cincuenta miembros y probablemente con un millar en la época en la que Paulo Emilio recorrió Grecia tras su victoria sobre Perseo (Tito Livio, XLV, 28, 7).

En el seno de este consejo se elegía un *consejo restringido,* los *apocletoi.* Sus sesiones eran secretas (Polibio, XX, 1 y 10; XXI, 5; Tito Livio, XXXV, 34, 2) y daban órdenes al ejército sin necesidad de consultar a la asamblea ni a la *bulé* (Tito Livio, XXXV, 35, 4). Negociaban con las potencias extranjeras (Polibio, XX, 1, en este caso, con Antíoco III, en 192). Así, el abanico de decisiones de la asamblea primaria, formada por la masa, al igual que la asamblea de una ciudad democrática, quedaba restringido por el poder de ese consejo secreto.

Las ciudades que componían la Liga tenían entre sí lazos de *isopolitia.* Las concesiones de isopolitia, acompañadas de asilo, es decir, de la

renuncia a la piratería (el gran recurso de los etolios) se inscribían sobre piedra y, de esta forma, es posible seguir paso a paso la extensión en el mar Egeo, y hasta el Asia Menor, del «protectorado» de los etolios (Quíos, hacia 247-246, según *Syll.*, 3.ª ed., 443 = *SEG*, II, 258, que debe ser completado con *SEG*, XVIII, 245, publicado por G. Daux, *BCH*, 1959, pp. 475-477; Creta, Axos, hacia el año 200 según *SEG*, XVIII, 248; Magnesia del Meandro, hacia 224-223, según *Syll;* 3.ª ed., 554, cf. *SEG*, XVIII, 246; Lisimaquia, Calcedonia y Cíos, según Polibio, XVIII, 3, 11 y XV, 23).

El presidente de la Liga era un *estratego,* elegido anualmente y que podía desempeñar el cargo en más de una ocasión (*Syll.*, 3.ª ed., 554; 629, l. 23; Polibio, XVIII, 3).

La asamblea contaba con un *secretario.* Antes del año 207, cuando la Liga adquirió mayor importancia, hubo que añadir un segundo secretario (*SEG*, XII, 217, ll. 7-8). Podemos conocer esta expansión por el número creciente de hieromnémones de origen etolio que aparecen en las actas de la Anfictionía de Delfos, pues los etolios desempeñaron un papel preponderante en la gestión del santuario (véase R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes* y G. Daux, *Delphes au II et au I siècle av. J.-C.).*

b) *La Liga aquea helenística*

Polibio describe la expansión de esta liga y analiza su papel en la historia universal desde una óptica favorable, a la que sirve de contrapunto su odio hacia los etolios (II, 40-43). En su *Vida de Arato,* Plutarco utiliza —como también Polibio— las *Memorias* del sicionense, que fue en numerosas ocasiones estratego de la Liga aquea. Por su parte, Polibio asistió a algunas sesiones de la asamblea (por ejemplo, XXIX, 23).

Tras su incorporación a la Liga de Demetrio Poliorcetes, la Liga aquea se reformó en 281-280, en torno a su núcleo original de Dime y Patras. Por lo general, las ciudades que se incorporaban a ella, como Sición, se hallaban gobernadas por tiranos. En el año 275, Egion expulsó a su guarnición macedónica y entró a formar parte de la Liga; Bura asesinó a su tirano; en Cirenea, el tirano entregó la ciudad a los aqueos; en 251, Arato tomó Sición por sorpresa; por último, en 243, arrebató el Acrocorinto a los macedonios, después Megara en ese mismo año y, en 229, Argos (sobre las etapas de esta expansión, véase Polibio, II, 41-43). En 224-223, la Liga aquea, sintiéndose amenazada por Esparta, se incorporó a la Liga de Dosón. Después de la batalla de Selasia, tomó parte en la guerra social contra los etolios, entre 220 y 217.

Así, durante algunos años, Acaya aglutinó al Peloponeso bajo la dirección de Arato. El objetivo consistía en defender la libertad y autono-

mía contra las amenazas procedentes de Macedonia, de Esparta o de los etolios (Polibio, II, 43). Una vez más, el objetivo de garantizarse la supervivencia cimentaba una frágil cohesión. Polibio (II, 37) así lo ha subrayado:

«En el pasado, muchos se esforzaron por reunir a los peloponesos en torno a un programa de interés común. Pero, como pensaban menos en la libertad de todos que en su propio poder, no lo consiguieron. En cambio, ahora la idea ha hecho tantos progresos que se ha realizado. De esta forma, la comunidad de estas ciudades no es solamente alianza y amistad, sino comunidad de leyes, de pesos, de medidas y de monedas. Además, los aqueos tienen los mismos magistrados, los mismos buleutas y los mismos jueces. En una palabra, en el Peloponeso sólo falta una cosa para que constituya una sola ciudad; se trata de que los habitantes vivan en el interior de un mismo recinto».

Polibio exagera el éxito de esa unificación: Esparta conservó su constitución, que Filopemen había abolido (Plutarco, *Filopemen,* 16), y subsistieron monedas locales. Polibio niega que ese éxito se debiera únicamente al azar y afirma que la explicación radica en la fidelidad de los aqueos a los principios democráticos de una constitución federal basada en la igualdad y en la libertad (II, 38, 6). Elogia, además, la forma en que se amplió la Liga:

«Algunos pueblos del Peloponeso se han integrado en ella espontáneamente; la mayor parte han obedecido a la persuasión y a la razón; algunos, en fin, han sido forzados a entrar en la comunidad, pero se integraron en ella rápidamente, porque los antiguos miembros no gozaban de ningún privilegio: se concedieron derechos iguales a los nuevos miembros. De esta forma, la Liga realizó muy pronto sus proyectos, basándose en dos poderosos auxiliares, la igualdad y la humanidad. Tales son, hay que creerlo, el origen y la causa de la concordia de los peloponesos, fundamento de su prosperidad» (II, 38, 7-9).

Si citamos aquí este texto, no es porque consideremos que refleja la realidad; pero expresa lo que para Polibio era función ideal de la Liga, que considera que era cumplida por los aqueos. La nostalgia de una democracia perfecta basada en la igualdad y la concordia; la obsesión de evitar las preponderancias, ya fueran de tiranos, de reyes o ciudades con objetivos hegemónicos; la ingenua creencia de que un regimen sabio e igualitario consigue la prosperidad, ese sueño en medio de las violencias, los asesinatos y los abusos de la fuerza, que son el núcleo mismo del relato de Polibio, revela la persistencia —entre el ideal de la ciudad griega y la realidad— de esa incompatibilidad trágica que marcó toda la historia griega.

Los historiadores sustentan opiniones divergentes acerca del funciona-

miento de la asamblea aquea. Siguiendo a A. Aymard (*Les Assemblées de la Confedération Achaienne,* 1938), J. A. O. Larsen (*Representative Government,* 1955, pp. 75-102) establece la distinción entre *synodos* y *synkletos* y adopta una solución que seguiremos aquí. Sin entrar en el detalle de la argumentación, digamos que antes del 217, el *synodos* era una reunión ordinaria de la asamblea primaria, que elegía al estratego de la Liga y discutía las alianzas y la guerra. «Con posterioridad al año 200 como muy tarde, el *synodos* era una sesión de la *bulé* y de los magistrados, mientras que la asamblea primaria no se reunía sino cuando era convocada *(synkletos)* de forma especial, en sesión extraordinaria» (Larsen, *op. cit.,* pp. 76-77, refiriéndose a Aymard, *op. cit.,* pp. 415-421, para la fecha del cambio). Así pues, a partir del año 200, el *synodos,* que sólo reunía a la *bulé* y a los *magistrados,* era una *asamblea representativa,* con competencia sobre los asuntos cotidianos. La asamblea primaria, con el nombre de *synkletos,* se convirtió en una asamblea extraordinaria y cuyas competencias se limitaban, al parecer, a la política exterior. Era la asamblea primaria la que recibía, por ejemplo, a un embajador romano portador de un mensaje del Senado (Polibio, XXII, 10, 10-12; 12, 5-7). La ayuda militar que debía concederse a quien la solicitara no era competencia del *synodos* sino de una *synkletos* (sobre este contraste, Polibio, XXIX, 23-25; otro caso: *Syll.,* 3.ª ed., 675).

En la *synkletos,* que se reunía con un objetivo único, que se indicaba en el orden del día (Tito Livio, XXXI, 25, 9), la votación se realizaba por ciudades (XXXII, 23, 1).

Las competencias respectivas de las dos asambleas, *synodos* y *synkletos,* eran frecuentemente objeto de discusiones que los oradores utilizaban para retrasar la votación de las mociones (Polibio, XXIX, 23-25).

La *bulé* federal, que, junto con los magistrados, constituía a partir del año 200 la asamblea representativa ordinaria, contaba con un orden del día variado y repleto. Hay que pensar que el número de *buleutes* era de varios centenares. Cada ciudad designaba varios *buleutes* en proporción a su población (Larsen, *op. cit.,* pp. 95-97).

La asamblea general de las ciudades elegía los órganos del *ejecutivo:* dos *estrategos* entre 280 y 255 y, posteriormente, uno solo flanqueado por un *hiparco* y un *navarco* (Larsen, *op. cit.,* pp. 98 ss.) (cf. *Syll.,* 3.ª ed., 490 donde, de cualquier forma, la reconstrucción *synedroi* es incorrecta según Larsen) El estratego era presidente de la confederación, jefe del ejército y depositario del sello (Plutarco, *Arato,* 38). Ciertamente, existía también un *secretario federal.*

Los estrategos eran hombres de prestigio (véase A. Aymard, «Les stratèges de la Confédération Achéenne de 202 a 172 av. J.-C.», en la *Revue des Études anciennes,* 30, 1928, pp. 1-62). Tenían grandes responsabilida-

des, trataban con los reyes y los romanos y orientaban la política de la Liga. Eran, al mismo tiempo, diplomáticos, oradores de la asamblea y hombres de guerra. Es el tipo de hombre que Polibio y Plutarco identifican en Arato, quien además fue su propio historiador. Podían ser elegidos en varias ocasiones, pero en ningún caso dos años seguidos. Arato fue elegido diecisete veces, uno de cada dos años (Plutarco, *Arato,* 24, 30, 53).

Se mencionan también los *demiurgos,* colegio formado por unos diez hombres que intervenían en la política exterior (*SEG,* XIV, 375;[3] Plutarco, *Arato,* 43). Algunas de sus reuniones con los magistrados superiores *(synarchiai)* eran secretas (Polibio, XXXVIII, 13, 4-5, en 146). Polibio (XXXVIII, 13, 4-5) menciona también la existencia de una *gerusía,* de la que nada sabemos salvo, por este pasaje, que intervino en la asamblea tumultuosa del año 146 donde se discutió la posibilidad de una eventual alianza con Roma y en la que un tal Critolao propuso, de forma ilegal, que se concediera a los estrategas un poder absoluto.

La asamblea primaria, a la que corresondían las decisiones de política exterior después del año 200, estaba sometida a las veleidades de la multitud. Polibio se refiere a decisiones que implicaron un brusco viraje, en las fechas cruciales de 198, 168 y 146 (fuentes en Larsen, *op. cit.,* pp. 172, 184, 187).

Sin embargo, la intervención de la asamblea podía servir para limitar la realización de una política demasiado personal por parte de los estrategos, la *bulé* y los colegios restringidos. De hecho, esta política no se evitó, pues los oradores que intervenían en la asamblea pertenecían precisamente al círculo de los estrategos. Así, la carrera de Arato ofrece más de un duelo oratorio entre los estrategos y la asamblea (véase, por ejemplo, Polibio, IV, 14). Por otra parte, sabemos que muchas decisiones se tomaban en negociaciones que se celebraban al margen de las sesiones (véase, por ejemplo, las conversaciones de Arato y de su hijo con Filipo V, en Polibio, V, 1).

Las *finanzas federales* se alimentaban mediante las contribuciones *(eisphorai)* de las ciudades, fijadas, sin duda, según su capacidad. Ahora bien, como existían dudas al respecto, siempre había defecciones (Polibio, IV, 60, 4-10; V, 30, 5-8; 91, 4-8). El problema era siempre el de subvenir a los gastos que originaba la contratación de mercenarios. Es cierto, no obstante, que, cuando las operaciones eran satisfactorias, el botín completaba las disponibilidades del presupuesto federal. Por otra parte, cuando entró en la Liga de Antígono Dosón, la Liga aquea debió pagar también su contribución (Polibio, V, 1, 11).

El hecho de que existiera una *moneda federal* no era óbice para que las ciudades de la Liga acuñaran monedas con su nombre, monedas que en un lado llevaban grabado el emblema de la Liga, y en el otro, su propio emblema (Seltman, *Greek Coins,* pp. 255-256 y lám. LXII, 9-11).

Digamos algo acerca de la *competencia de las ciudades.* La unificación del derecho, del que habla Polibio (II, 37, 10), no puede referirse sino a legislación federal, pues las ciudades que entraban a formar parte de la Liga promulgaban sus propias leyes. Una prueba a este respecto lo constituyen los decretos de reconocimiento de las fiestas de Artemisa Leucofriene de Magnesia del Meandro, que en 207-206 votaron, además de la Confederación aquea (*Inschr. Magn.,* 39), varias ciudades de Arcadia que habían pasado a ser aqueas (*Syll.,* 3.ª ed., 559). Un decreto de Egira, del año 242, reconociendo el asilio del Asclepieion de Cos, menciona la doble decisión, de los aqueos y de la ciudad (*SEG,* XII, 371 11. 47-48).

Evidentemente, las ciudades tenían su *propia jurisdicción.* Pero los procesos por alta traición o por delito político contra la Confederación dependían de una jurisdicción federal (véase el pacto de admisión de Orcómeno de Arcadia en la Liga aquea, *Syll.,* 3.ª ed., 490, en torno al año 233).

Ignoramos si los ciudadanos de cada ciudad tenían la *isopolitia* en todas las ciudades de la Liga. Si Arato de Sición poseyó propiedades en Corinto (Plutarco, *Arato,* 41, 4; 42, 3) y Hierón de Egira tuvo una casa en Argos (*Syll.,* 3.ª ed., 675) fue tal vez debido a un privilegio individual.

Ya fuera con ciudades de la confederación o en otros ámbitos, las ciudades federadas tenían sus propias *relaciones políticas,* que aparecen naturalmente en nuestras fuentes con ocasión de las disputas, por ejemplo, la que se produjo entre Megalópolis y Esparta. Así, la Liga aquea no pudo entregar Corinto a Antígono Dosón sin el consentimiento de los corintios (Polibio, II, 51).

Existía un *ejército federal* compuesto de ciudadanos de cada ciudad (Plutarco, *Arato,* 31) al cual se añadían, llegado el caso, contingentes de mercenarios. Polibio (XXIX, 24, 8) afirma —con referencia al año 169-168— que los aqueos podían contar con un ejército de unos treinta a cuarenta mil hombres. Realmente, no es mucho si suponemos que el Peloponeso —como hacia el año 400— contaba una población de 1 140 000 habitantes (cifra aproximada de Beloch). ¿Hay que aceptar, pues, con Larsen (*Greek Federal States,* p. 232) que el cuerpo de ciudadanos activos obligados a prestar el servicio militar quedaba reducido por la exigencia de un censo? Son demasiadas las lagunas de nuestra información que nos impiden llegar a una conclusión segura.

El *centro administrativo* de la Liga aquea se hallaba en Egion (Plutarco, *Cleómenes,* 17, 2). Era allí donde, hasta el año 188, se celebraban legalmente las sesiones de la asamblea (por ejemplo, Polibio, V, 1); después de ese año se celebraban, a veces, en otras ciudades. Roma disolvió la Liga aquea en el año 146. Poco después, se construyó un *koinon* de los aqueos (Pausanias, VII, 16, 9-10; *Syll.,* 3.ª ed., 684, l. 10; ¿hacia el año 139?).

Polibio afirma que la Liga aquea, respetuosa de la libertad de las ciudades y sin una ciudad hegemónica, dotada de una amplia asamblea de todos los ciudadanos, y que rechazaba los regalos de los reyes, era de carácter democrático (II, 38, cf. XXII, 7-8). De hecho, los regímenes tiránicos a los que había sucedido en muchas ciudades le habían legado un determinado tipo de individuo que tenía la costumbre y el gusto por el poder personal, como Arato o Filopemen. La carrera de un Arato, como la que Tucídides reconocía a Pericles, es la de un monarca que utilizaba las instituciones democráticas.

c) *Conclusión sobre las ligas*

Las ligas permitieron a las ciudades griegas –gracias a una unión que muchas veces no era respetada– equipararse de alguna manera al poder de los reyes. Al referirse a la obra de Arato y de Filopemen, Plutarco (*Filopemen,* 8) ha sabido explicar el paso de esa fragmentación ineficaz al poder que proporciona la cohesión. Pero el proceso no se completó y la cohesión siempre fue frágil.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Sobre las ligas hay dos obras fundamentales de J. A. O. LARSEN: *Representative Government in Greek and Roman History* (Sather Classical Lectures, núm. 28, 1955) y *Greek Federal State* (Oxford, 1968).
2. Véase F. DURRBACH, «Antigoneia-Demetrieia: Les origines de la Confédération des Insulaires», en *Bull. Corr. Hell.*, 31 (1907), pp. 208 ss.
3. Esta inscripción, que contiene los restos mutilados de un juramento que, sin duda, sellaba un tratado, es de fines del siglo IV y demuestra, por tanto, la antigüedad de la institución. Cf. el editor J. BINGEN, *BCH*, 1954, pp. 402-409, y J. y L. ROBERT, *REG*, 1955, p. 221, núm. 117.

CAPÍTULO III

El campo y la ciudad

La economía helenística se basaba en la relación entre dos entidades: la ciudad griega y el campesinado que la alimentaba. Población en la cual se integraban el artesanado, el comercio y la guerra y en la que, además, los templos y los reyes jugaban también su papel.

Aristóteles señaló que el límite del desarrollo de la ciudad estaba determinado, entre otras cosas, por la necesidad de asegurar su autarquía alimenticia (*Política,* 1326 B 8).

Hacia 1800, en la Europa occidental anterior a la Revolución industrial, la producción de alimentos exigía del 75% al 85% por ciento de la población.[1] Podemos pensar que el porcentaje era, cuando menos, el mismo en la Antigüedad.

Hemos visto que Alejandro y sus sucesores fundaron centenares de nuevas ciudades. El desarrollo de la vida urbana exigía, pues, un incremento correspondiente de la población agrícola. ¿Qué sucedió a este respecto?

1) *LOS LÍMITES DE LA URBANIZACIÓN*

Al principio, las nuevas ciudades de Oriente se poblaron a expensas de Grecia, cuya emigración comprometió, por tanto, las posibilidades de desarrollo de la vida urbana. En la guerra morían muchos hombres y otros eran convertidos en esclavos.[2]

Mantinea (Polibio, II, 58), Tebas de Ptiótida (Polibio, V, 100) y Haliarte (Tito Livio, 42, 63) sufrieron esta suerte.

No obstante, el incremento del número de esclavos podía permitir la

promoción del artesanado y de la agricultura, y la concentración de la riqueza que de ésta se obtenía en manos de quienes ya eran lo bastante ricos como para comprar esclavos. Pero, al parecer, fue sobre todo en Italia donde se produjo ese fenómeno.

La limitación voluntaria de los nacimientos, a cuyas consecuencias patéticas en la Grecia de su época hace referencia Polibio (XXXVI, 17), produjo también una concentración de la riqueza en pocas manos.

Gracias a que era una gran ciudad y a que su prestigio y la calidad de su artesanado, de sus instituciones comerciales, bancarias y culturales le permitían superar situaciones momentáneas de decadencia, Atenas conoció todavía períodos de brillantez y prosperidad,[3] al igual que Rodas, a la que el poderío de su flota y la habilidad de su diplomacia le permitieron alcanzar un desarrollo constante hasta el año 166.

Pero en numerosas ciudades, la despoblación y el empobrecimiento intentaron paliarse acudiendo a los remedios clásicos, sobre los cuales volveremos más adelante: redistribución de tierras mediante el fraccionamiento de la gran propiedad,[4] abolición de las deudas,[5] asentamiento de nuevos ciudadanos,[6] fragmentación de las tierras de dominio público entregadas en arrendamiento,[7] préstamos,[8] intervenciones de mecenas,[9] donaciones reales [10] y revoluciones.[11] Las expulsiones de los ciudadanos, pobres, como ocurrió en Atenas por decisión de Antípatro,[12] constituyen un remedio opuesto, por reducción del cuerpo cívico, pero remedio político.

De cualquier forma, la multiplicación de ciudades planteó un problema de subsistencia y, en consecuencia, de relación numérica y social entre el campo y la ciudad. ¿Qué soluciones se intentaron?

a) *Promoción limitada de la agricultura*

Existía la posibilidad de intentar aprovechar mejor los recursos del campo. Ello se intentó en Egipto a mediados del siglo III. En el lago Copais, en Beocia, prosiguió el drenaje en la época helenística (Estrabón, IX, II, 18-19 = C 407).[13] En Babilonia, Estrabón menciona, siguiendo a Aristóbulo, el interés de Alejandro por la reconstrucción de los canales de irrigación (XVI, 1, 9-10 = C 739-740). En Susa, a fines del siglo I, los partos excavaron canales que permitieron irrigar las zonas secas (*SEG,* VII, 12 y 13). En Crimea, las investigaciones recientes han puesto al descubierto una red de canales análoga a la que existía en la *dorea* de Apolonio.[14]

La aclimatación[15] de especies vegetales nuevas intentaba incrementar el rendimiento de la tierra. Hemos visto anteriormente el interés de Ptolomeo II en las experiencias que practicó, en este sentido, en la *dorea*

de Apolonio. Pero, aparte del trigo temprano, que permitía una doble cosecha o un rendimiento más elevado (*P. Cairo-Zenón,* 59155),[16] las plantas aclimatadas eran producciones de lujo. Así como Ptolomeo II hizo plantar viñas de Tracia, higueras de Quíos, granadas y, tal vez, también albaricoques[17] (*P. Cairo-Zenón,* 59033), los Seléucidas aclimataron en Babilonia especies más finas de viña[18] y en otros lugares se plantaron melocotoneros y pistachos. Pero se trataba, en estos casos, de curiosidades de «coleccionistas», que llegarían a Roma antes de implantarse en Grecia,[19] sin mejorar, no obstante, la vida cotidiana de la gente. Los intentos de aclimatación del balsamero de Arabia, de la cinamona y del nardo de la India, tanto entre los Seléucidas como entre los Lágidas, revelan el deseo de limitar las importaciones conforme a las teorías del mercantilismo.[20]

Más eficaz de cara a la alimentación sería el perfeccionamiento del utillaje agrícola. En Egipto, los servicios reales hicieron distribuir instrumentos para el arado hechos de hierro (*P. Cairo-Zenón,* 59782 *a,* 59849; *P. Soc. Ital.,* 595), dado que el arado faraónico era de madera. Posiblemente, los griegos introdujeron una máquina para trillar el trigo (*BGU,* VII, 1507).[21] El molino de agua se remonta también a la época helenística,[22] así como el tornillo de Arquímedes,[23] la prensa de aceite y el lagar.[24] La noria fue introducida en Egipto por los griegos.[25]

Ahora bien, todo esto parece haber quedado limitado a algunos lugares concretos. Por ejemplo, en Egipto, la irrigación sólo mejoró un área de algunas decenas de kilómetros en Filadelfia, pues en el siglo II Kerkeosiris, situada junto a la orilla del lago del Fayún, sufría de sequía e inundaciones excesivas.[26] Incluso las experiencias de doble cosecha (*P. Cairo-Zenón,* 59155) no sustituyeron la rotación bienal que, como se desprende de los arrendamientos, era frecuente todavía en la época romana.[27] Por otra parte, la alternancia del trigo y de las plantas forrajeras era indispensable para el ganado. La ganadería era necesaria no sólo para la alimentación sino también para la producción de abono en las regiones que sólo obtenían una irrigación artificial.[28] Así pues, existió un límite al progreso del rendimiento de la tierra en cereales. De igual forma, cuando vemos las dificultades que existen en la actualidad para aclimatar en Egipto un árbol frutal europeo, no cabe menos que dudar del éxito de la aclimatación de esas especies originarias de las mesetas templadas de Persia. En cuanto a los instrumentos perfeccionados, para hacerse una idea del escaso éxito que tuvieron basta con observar el número de simples cubos con balancín para sacar agua y de arados de madera que se utilizaban todavía hace algunos años en las aldeas de Egipto.[29]

Finalmente, para calibrar hasta qué punto tenían el carácter de «curiosidades» la mayor parte de esas aclimataciones, hay que decir que el arroz y la caña de azúcar eran conocidos ya en la Antigüedad[30] y, gracias a su

aporte alimentario, habrían podido modificar en beneficio de la ciudad la relación de ésta con el campo. Sin embargo, estas dos plantas no fueron cultivadas en el mundo helenístico.

En definitiva, podemos concluir que, por lo que se refiere a la mejora de las técnicas agrícolas, el progreso no fue suficiente para permitir una gran extensión de la vida urbana. Hay que decir, por lo demás, que hubo hambres de las que dan testimonio los decretos de reconocimiento de las ciudades a quienes les ayudaron en tales circunstancias. Ni siquiera Egipto se libró de ese fenómeno en las épocas de revueltas sociales y políticas.[31]

b) *La limitación de los transportes*[32]

En general, la economía helenística estuvo compartimentada en pequeñas entidades. Esto se debe a que hubo escasos progresos en la rapidez y capacidad de los barcos y en la forma del timón, causa de la inestabilidad de los barcos griegos, situación que no varió en la época helenística.[33]

Si a ello añadimos el problema de la piratería, pocas veces sofocada a pesar de los esfuerzos de Rodas,[34] nos explicamos que cada ciudad intentara encontrar, en la medida de lo posible, los productos necesarios para su alimentación en su inmediata zona de influencia.

Era, pues, en los campos que constituían su *perea* o *cora,* o bien en los dominios de sus templos, donde las ciudades obtenían fundamentalmente el trigo. De ahí la dureza de las guerras que las enfrentaban por el dominio de algunas extensiones de tierra.[35] Desde mediados del siglo III se desvaneció la esperanza de colonización de tierras lejanas. El mundo en el que reinaban los reyes griegos fue reduciéndose gradualmente. Quedaba tan sólo una solución: conseguir, mediante la coacción, que los campesinos aportaran la máxima producción, es decir, un máximo de trabajo.

2) *MEDIDAS DE COACCIÓN SOBRE EL AGRICULTOR*

En las ciudades de Grecia y del Egeo se produjo, en ocasiones, la transformación brutal de los ciudadanos en campesinos, en el caso de aquellos individuos que después de tomada la ciudad eran capturados y vendidos como esclavos por el vencedor.[36] Eran las ciudades más reducidas, aquellas que habían calculado mal sus alianzas y no habían podido defenderse, las que se debilitaban de esta forma en beneficio de las grandes. Así, es posible que la promoción de algunas ciudades —nuevas, como Alejandría de Egipto, o antiguas, como Mileto y Rodas— no significara un incremento global de la población ciudadana.

La utilización de esclavos se practicaba, sobre todo, en Italia y en África del Norte, zonas de producción de trigo para Roma. Posiblemente se practicó también en algunos grandes dominios del Asia Menor o en otros lugares del reino de los Seléucidas, así como entre los Atálidas. Pero no disponemos de fuentes suficientes sobre esta cuestión.[37] En Egipto, la agricultura estaba en manos de campesinos libres, pero la administración intentó adscribirlos a la tierra, debido al desarrollo del sector terciario. En efecto, la presencia griega redundó en el desarrollo de este sector, no sólo en Alejandría sino también en el campo, donde los mercenarios, poseedores de *cleroi,* no eran agricultores sino rentistas.[38] Además, la economía real, bajo la doble garantía de la administración y del arrendamiento, requería para el sector terciario una mano de obra de administradores, la mayoría de los cuales eran de origen griego. Pese a los esfuerzos por imponer sistemas de riego, las superficies cultivables no se incrementaron notablemente ya que el relajamiento del control en el siglo II fue causa de que volvieran al desierto o a los pantanos muchas tierras que con tanto esfuerzo se había beneficiado.[39] Por otra parte, existen razones para pensar que la población del campo no se hallaba en expansión. En efecto, ya en el siglo III, los agricultores utilizaban la amenaza de huelga como medio de presión, lo que indica que no existía excedente de mano de obra agrícola (*P. Soc. ital.,* 502). Por último, el abandono de tierras mal irrigadas en el siglo II implica también que no hubo un incremento demográfico en el campo.

En verdad, no es fácil establecer una delimitación clara entre sector terciario y sector primario. Un pequeño escriba de aldea cultivaba su parcela de tierra (*P. Soc. Ital.,* 571; *P. Michigan Zenon,* 46) y, por otra parte, los artesanos del sector secundario también cultivaban el campo.

Sabemos, cuando menos, que la población de Alejandría trabajaba en bloque en el sector terciario. Es imposible evaluar con un mínimo de seguridad el volumen de la población. Diodoro (XVII, 52), basándose en las listas que consultó, ofrece, para su época, una cifra de 300 000 habitantes libres cuando menos. Pero ignoramos si las mujeres y los niños estaban incluidos en esas listas, cuyo propósito nos es desconocido. Tampoco sabemos cuál era la importancia de la población servil. Carecemos por completo de información con respecto a las otras ciudades de Egipto, y otro tanto cabe decir de las ciudades de Grecia o Asia, a excepción de las indicaciones de Estrabón referentes a Antioquía, en el sentido de que su población sería algo menor que las de Seleucia del Tigris y de Alejandría (XVI, II, 5 = C 750). Plinio (*Hist. Nat.,* VI, 122) afirma que, en su época, Seleucia del Tigris contaba 600 000 habitantes.[40] Resulta imposible seguir las fluctuaciones de estas poblaciones.

He aquí una primera medida de coacción. Ya hemos visto cómo se

pretendía alejar de Alejandría al campesino egipcio (*Carta de Aristeas,* § 110), pues debía dedicarse a producir alimentos para la ciudad.[41] Sin embargo, la atracción de la ciudad era tan fuerte que, pese a esas medidas, Alejandría albergaba en tiempo de Polibio (en Estrabón, XVII, I, 12 = C 797) una importante población egipcia. Ignoramos si en las ciudades de Asia fue necesario tomar este tipo de medidas. El problema no se planteó en Grecia, pues allí el que cultivaba la tierra era el esclavo de un ciudadano o un ciudadano, arrendatario o propietario, que vivía en el campo. Aquellos a los que se expulsaba de las ciudades eran los ciudadanos más pobres o los que pertenecían a la clase social vencida en el curso de una revolución. En problema agrario se centró, en el caso de Grecia, en la cuestión del reparto de las tierras.[42]

Pero volvamos a Egipto. Ya hemos visto que la alimentación de Alejandría estaba asegurada por un programa de producción de una serie de artículos esenciales, en especial el trigo y el aceite. Pero la dificultad con que tropezaba la administración radicaba en lograr la ejecución de un programa mediante contratos de arrendamiento de tierra real concluidos con campesinos libres.

Los papiros nos han conservado la correspondencia de algunos funcionarios con respecto a estos contratos, tanto en la *dorea* de Apolonio en el siglo III como en el resto del Fayún en el siglo II. Los papiros de Tebtunis nos informan sobre las parcelas de tierras sembradas y sobre la producción de las tierras arrendadas. Según la importancia de la inundación, que modificaba el rendimiento de las tierras altas, las condiciones de los contratos eran reconsideradas cada año, al igual que la cuantía de los impuestos en trigo (*P. Tebtunis,* 60-87).

Ciertamente, había campesinos que permanecían como arrendatarios en las mismas tierras durante varias generaciones, pero en otros casos existía una cierta movilidad. En el siglo III, en la *dorea* de Apolonio, muchos campesinos procedían de otros nomos y se asociaban libremente para arrendar las tierras.[43] Otros rechazaban las condiciones que se les proponían y amenazaban con abandonar la tierra (*P. Soc. Ital.,* 502). En el siglo II, cuando los campesinos abandonaban la tierra, los censos catastrales los relacionaban como «desaparecidos»; la policía los buscaba, y a veces los encontraba en otras aldeas; en otras ocasiones acudían a confundirse entre la gran multitud de Alejandría. Es el fenómeno de la *anachoresis.*[44]

El funcionario responsable de los ingresos de los arriendos y los impuestos debía intentar evitar el movimiento de población. Para ello utilizaba diversos medios.

En los contratos —no poseemos muchos, pues hay que pensar que existía la costumbre de la renovación tácita— encontramos, a veces, un

juramento prestado por el arrendatario de una tierra real, que prometía permanecer a la vista del rey y de la reina y de su mandatario, presentarse cada día en el lugar de trabajo, aplicado a las labores agrícolas, sin buscar refugio en el altar sagrado de algún templo, sin intentar encontrar protección y sin inventar ningún procedimiento de evasión (*P. Tebtunis,* 210, del año 107; cf. *P. Tebtunis,* 66, col. III, l. 59). Evidentemente, el asilo de los templos era uno de los recursos del campesino que pretendía escapar a un alquiler demasiado pesado o abandonar una tierra ingrata. Los templos siempre podían emplear a esa mano de obra que abandonaba las tierras del rey.

No obstante, los funcionarios, presionados para reunir el trigo exigido por Alejandría, utilizaron otros medios de coacción. *El contrato impuesto* comenzó a hacer aparición en las costumbres de la administración y, luego, en las ordenanzas reales. ¿Impuesto a quién? «A los campesinos más ricos», afirma un dioceta en una larga circular sobre el tema (*UPZ,* 110, del año 164).

Ahora bien, muchos campesinos escapaban a ese control (cf. *P. Tebtunis,* 734, del año 141) y la circular revela que los funcionarios inferiores pretendían que la carga del arrendamiento de las tierras menos productivas recayese sobre aquellos con menores posibilidades de defensa, los más débiles económicamente, las mujeres de los soldados que permanecían en el hogar.

La coacción provocaba la huida. A su vez, la huida del campesino significaba que la tierra quedara en barbecho. Se recurrió entonces a un procedimiento nuevo que prefigura la inmovilización de las entidades sociales de la época bizantina: la *responsabilidad solidaria de la aldea.* Durante los siglos II y I muchas aldeas perdieron su población. En el reinado de Cleopatra, tres hombres fueron declarados, en Tesenephi, responsables de la tierra en barbecho de ese lugar (*BGU,* 1779). Eran ellos, entonces, y no ya el funcionario, los encargados de conseguir que los aldeanos entregaran el trigo que había que pagar al rey. Vemos también que los impuestos que debían pagar los miembros de otras profesiones suscitaban la formación, deseada por el rey, de una *solidaridad corporativa.*

a) *Promoción de la propiedad privada*

En Egipto la tierra no fue nunca, en su totalidad, propiedad del rey. La propiedad privada existía a la llegada de los griegos, aunque ignoramos en qué porcentaje.[45] A partir del siglo II, los servicios reales favorecieron el desarrollo de la propiedad privada a través de contratos a largo plazo —esperanza de garantía de un arrendamiento fijo— e incluso de contratos

hereditarios. Por lo demás, ésta era la condición habitual de los viñedos, palmerales o vergeles.

El movimiento de compra de tierras se intensificó en el siglo II como respuesta a la inflación monetaria.[46] Por su parte, los clerucos intentaron que se reconociera la hereditariedad de sus posesiones,[47] otorgada por el rey a fines del siglo II a toda persona que, aunque existieran dudas sobre sus derechos, pagaba los impuestos sobre esas tierras (*P. Tebtunis,* 124 y *P. Tebtunis,* 5, 11. 44-48).

Pero ni el desarrollo de la propiedad privada ni las presiones sobre el agricultor consiguieron evitar el abandono de algunas aldeas situadas en los límites del desierto.[48]

b) *La pobreza del campesino egipcio*

El campesino egipcio vivía en la pobreza. Si era jornalero agrícola, su salario era de uno a dos óbolos diarios, lo que equivale de cuatro a ocho kilogramos de trigo.[49] Si añadimos la ración de uno y medio chénices por día con los que se incrementaba ese salario, eso nos lleva a un total de seis a diez kilogramos diarios.[50] Señalemos que durante los períodos de inflación las raciones se pagaban durante mucho tiempo en moneda devaluada antes de ser ajustada. Digamos, a título de comparación, que en nuestros días el salario *hora* de un trabajador agrícola equivale en Francia a 10,5 kg de trigo; en Estados Unidos, a 35 kg. El salario del trabajador egipcio, si trabajaba diez horas diarias, sería de entre 600 g a 1 kg hora.

Veamos cuál era la situación del arrendatario de tierra real. Una tenencia media contaba entre 10 y 20 aruras (2,5 a 5 ha). El rendimiento de 1 arura de tierra de calidad era de 10 artabes, de los cuales, entre arriendo, simientes e impuestos, el rey detraía unos 5 artabes. Así pues, la tenencia de 10 aruras suponía para el arrendatario un rendimiento de 50 artabes. Ahora bien, dado que la rotación era bienal, solamente obtenía 25 artabes, que le debían permitir alimentar a dos personas durante un año y adquirir forraje para el ganado. Con 20 aruras se podía alimentar a cuatro personas. Estas condiciones explican que el campesino deseara abandonar la tierra o limitar el número de hijos.[51] Si las cifras que hemos ofrecido son correctas, el obrero agrícola asalariado gozaría de una condición algo mejor que la del arrendatario, sin tener que hacer frente a las mismas responsabilidades. Razón por la cual, sin duda, el rey no explotaba sus tierras mediante la utilización de mano de obra asalariada. En efecto, el obrero podía alimentar a un total de cinco a diez personas con el salario medio al que hemos hecho referencia.[52] Por otra parte, la explotación de la tierra mediante mano de obra servil no debía de ser más ventajosa que el

arrendamiento. El sustento de los esclavos, el salario del personal de vigilancia, el mantenimiento de los jóvenes esclavos que aún no trabajaban o, si el rey contrataba esclavos a ricos propietarios, el salario de 1 óbolo por día, la alimentación y la sustitución de los esclavos muertos— situación que imaginamos, a juzgar por las condiciones de trabajo de los esclavos de Nicias en las minas del Laurion (Jenofonte, *Rentas,* cap. IV)— todo ello hacía que esa forma de explotación resultara más costosa que la utilización de asalariados o el arrendamiento. Para calibrar la pobreza del campesino egipcio, obrero asalariado o arrendatario de una tenencia de tipo medio, he aquí algunas comparaciones con el sector terciario. Un simple policía podía cobrar de 360 a 960 dracmas anuales;[53] un oficial, 3600 dracmas.[54] Escopas el Etolio, que trabajaba al servicio de Egipto, habría exigio 10 minas, es decir 1000 dracmas diarias, lo que equivale a 360000 dracmas anuales, según Polibio (XIII, 2). Vemos, pues, que la profesión militar estaba mucho mejor remunerada que la de agricultor. En principio, era el riesgo lo que se remuneraba, pero cuando el soldado se convertía en un rentista de la tierra —caso del cleruco, desde fines del siglo III— la remuneración no parece recompensar otra cosa que la condición de «griego».

Así pues, los campesinos reales y los obreros agrícolas contaban con un poder económico muy débil.

El rey explotaba el campo en beneficio suyo y en el de la ciudad. Viejo concepto, a un tiempo griego y aqueménida, de la economía, que Jenofonte fue el único en criticar en su tratado *Sobre las rentas.*

La idea de desarrollar las necesidades del campesino —del indígena— incrementando sus ingresos, para convertirle en cliente de la ciudad, no parece haber sido contemplada en la Antigüedad. En ningún momento se superaron los esquemas de la economía de predación.

Alejandría dirigía sus exportaciones fundamentalmente hacia el mundo griego. La pobreza del mobiliario que han revelado las excavaciones en las aldeas de Fayún, es un indicio de la debilidad del comercio de exportación de Alejandría hacia zonas interiores de Egipto. En estas zonas, la corriente era de sentido único, desde el campo a la ciudad. Es cierto que fuera de los límites inmediatos de Alejandría se han encontrado asas de ánforas procedentes del mundo egeo, especialmente de Rodas, y también algunas estatuillas de mármol. Pero fue esencialmente en las metrópolis de los nomos donde se desarrolló una cierta vida urbana en la época ptolemaica.[55]

Al margen de la ciudad, otra institución del sector terciario exigía de los campesinos un esfuerzo productivo. Se trata de *los templos,* ya fuera que los campesinos trabajaran las tierras del templo o porque el rey entregara a los templos una parte de los impuestos que pagaban los campesinos.

Las condiciones de desarrollo y de subsistencia de Alejandría, situada junto al inmenso campo de producción alimenticio que era Egipto, eran, sin duda, las más favorables del mundo helenístico. En los demás lugares, la vida urbana se hallaba peligrosamente expuesta al hambre y al pillaje.

c) *Griegos y egipcios en la economía*

La sujeción del campesino al suelo, que sólo podemos seguir en Egipto pero que se daba también en los grandes dominios poblados de siervos o esclavos del Asia Menor,[56] implica la separación del indígena y el griego.

Egipto contaba con dos medios indígenas distintos: los campesinos y los templos; los primeros, pobres y sin otro medio de presión que el rechazo, mientras que los segundos eran a menudo ricos y disfrutaban del prestigio de los dioses a los que servían. Unos y otros tenían en común su dedicación a las técnicas antiguas –agricultura, artesanado, religión–, técnicas de seguridad, de conservación.

Por contra, los griegos se reservaban la vida urbana, las relaciones con el mundo exterior, la guerra, la banca y las finanzas, técnicas de riesgo y de expansión.

Entre ambos grupos, enfrentados en una oposición de formas de vida, existía un grupo de clerucos casados con egipcios, y también de «griegos pobres».[57]

En la Antigüedad, el riesgo era mucho más remunerador que las técnicas agrícolas o artesanales. Basta con pensar en el botín que proporcionaba la guerra, en el elevado interés de los préstamos (24 % en Egipto; 12 % en otros lugares; 50 % en los préstamos marítimos). Señalemos de todas formas, que el arrendamiento, tal como aparece en las *Revenue Laws,* no dejaba al parecer, más que un escaso margen de beneficio. En general, hay que decir que el trabajo de los griegos estaba mejor remunerado que el de los egipcios, si exceptuamos al sector más elevado del clero.

En efecto, la economía egipcia desembocaba en dos polos de tesaurización: el rey y los templos. Ya hemos hecho referencia a la riqueza de los reyes. Por su parte, los templos inmovilizaron durante la época ptolemaica el producto de innumerables horas de trabajo. En el Alto Egipto, las construcciones de esta época, que vemos todavía en Denderah, en Karnak, en Deir-el-Medineh, en Edfú y en Kom Ombo, son considerables.[58] Los reyes dieron a los dioses tierras y rentas, hecho que atestiguan las inscripciones grabadas en los muros de los templos y *OGIS,* 56 y 90. El culto dinástico inmovilizó también dotaciones y fundaciones.

En la economía egipcia, la circulación de bienes era escasa, debido a la tesaurización, por una parte, y a la pobreza de las masas, por otra.

Un último rasgo opone al campo con Alejandría. La economía del campo era una economía cerrada. A partir del siglo II, la moneda de plata desaparece ante la moneda de bronce, de circulación local.

Por contra, la economía de Alejandría, que explotaba el trabajo egipcio, era una economía urbana de vocación internacional. Alejandría compraba en Oriente y en Egipto productos que trabajaba. Luego los exportaba, tras haber incorporado en ellos alguna técnica importante que incrementaba notablemente su valor. Con la arena de Egipto fabricaba cristalería de lujo; con las esencias de Oriente producía medicamentos y perfumes; con el lino de Egipto, telas impresas o bordadas; con la lana fabricaba tapices; con los colmillos de los elefantes africanos, marfiles esculpidos; con la plata que obtenía de sus exportaciones elaboraba bellos objetos de orfebrería; con la simple tierra de Egipto, estatuillas del estilo de Tanagra o arabescos.[59] No podemos dudar de que, al menos en Alejandría, existía una mano de obra esclava en los talleres.

Terminado este necesario análisis de la campiña egipcia, recordemos que las ciudades organizaban la distribución de trigo entre los ciudadanos mediante compras, que realizaba el tesoro público para evitar el acaparamiento, y por medio de distribuciones muy controladas, por ejemplo, en el siglo II, en Samos (*Syll.*, 3.ª ed., 976; cf. *supra* pp. 445-446).

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Véase J. FOURASTIÉ, *La civilisation de 1975*. En la actualidad, la proporción es del 6 al 10%.
2. Véase *supra*, p. 214.
3. Cf. W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, p. 373-377, y M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, p. 1352, n. 37.
4. Esto se intentó llevar a cabo en Esparta: véase, más adelante, el capítulo dedicado a las revoluciones.
5. Véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, índice, *chreocopia*, especialmente pp. 1367, n. 34; 1460, n. 14; 1508-1509, n. 24-25.
6. Véanse las cartas de Filipo V a Larisa, *Syll.*, 3.ª ed., 543, y *SEG*, XIII, 389, citadas *supra*.
7. En Tespias: véase M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle av. n. ère* (1942), pp. 238 ss.
8. Véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1371, n. 57; 1464, n. 22; 1467, n. 29; M. FEYEL, *op. cit.*, pp. 42, 71, 247-250.
9. Véase, a título de ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 495 y *SEG*, I, 366.
10. Véase el capítulo dedicado al Rey.
11. Véase *infra*, el capítulo dedicado a las revoluciones, pp. 308 ss.
12. DIODORO, XVIII, 18, 5.
13. Cf. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World*, p. 1608, n. 95.
14. M. PECIRKA me ha facilitado fotografías de esos drenajes. Véase sobre otros trabajos de avenamientos de terrenos pantanosos; M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1160-1162; 1198; 1608-1609, especialmente en la llanura de Larisa (TEOFRASTO, *De Causis Plantarum*, V, 14, 2).
15. Sobre este tema, véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1162-1168, y pp. 1608-1612.
16. Véase *P. Cairo-Zenón*, 59669, 59292, 1, 6; 59094, 59185; *P. Rylands Zenon*, 18; M. SCHNEBEL, «Die Landwirtschaft im hellenistischen Aegypten», *Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und ant. Rechtsgechichte*, VII, 1925, pp. 145-160.
17. Discusión sobre el sentido de *mela earina* (manzanas tempranas o albaricoques) en *P. Cairo-Zenón*, 59033; véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, p. 1610, n. 103, y M. SCHNEBEL, *op. cit.*, pp. 312 ss.
18. ESTRABON, XV, III, 11 = C 731. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1164 y 1610, n. 101, señala que Estrabón incurre en un error al atribuir a los macedonios las primeras plantaciones de viñedos en Babilonia, donde se conocía este cultivo desde la época sumeria. Sin duda, debía tratarse de especies nuevas y de una intensificación de la viticultura.
19. Cf. TEOFRASTO, *Hist. Plant.*, IV, 4, 1, sobre las experiencias de Harpalo en Babilonia. Sobre la aclimatación de árboles frutales en Italia antes que en Grecia, véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1166-1167 y 1610-1611, n. 103. Cf. *De Causis Plant.*, II, 3, 3, sobre las cualidades del aire y del suelo.
20. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, p. 1166.
21. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, p. 1405, n. 157, y M. SCHNEBEL, *op. cit.*, pp. 175-177.
22. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, p. 1405, n. 159.

23. Cf. DIODORO, I, 34, que explica las abundantes cosechas del delta en base a la introducción de esta máquina, que servía para elevar el agua desde un canal a otro más elevado.
24. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, p. 1405, n. 158.
25. *P. Cornell*, 5.
26. Véase *P. Tebtunis*, 60-72 y Apéndice I, y D. CRAWFORD, *Kerkeosiris* (Cambridge, 1971).
27. *P. Oxirrinco*, III, 501. Cf. J. HERMANN, «Studien zur Bodenpacht im Recht der graeco-aegyptischen Papyri», *Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte*, 41, (1958), p. 126; M. SCHNEBEL, *Die Landwirtschaft*, pp. 218 ss.; F. HEICHELHEIM, «Sitos», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, Supl. VI (1936), col., 834.
28. En la actualidad sabemos que incluso el limo del Nilo no es tan fertilizante como se pensaba. Sobre todo lo referente a la irrigación, véase D. BONNEAU, *La crue du Nil* (París, 1964), índice, *irrigation*.
29. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, 1197.
30. Sobre el arroz en la India, en Bactriana y en Babilonia, véase ESTRABON (XV, I, 18 = C 692), que cita a Aristóbulo. Cf. DIODORO, XIX, 13, 6 (Susiana); con respecto al azúcar, véase ESTRABON, XV, 1, 20 = C 693-694 (que deriva de Nearco). Se conocía también, según HERODOTO (III, 47), el algodón de la India (cf. ESTRABON, XV, I, 20 = C 694). Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1166-1167 y 1611 (bibliografía).
31. Sobre las hambres, véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, índice, *Food shortage* y *Famine*; F. HEICHELHEIM, «Sitos», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, Supl. VI (1936), cols, 849-852; L. ROBERT, *Études anatoliennes* (1937), pp. 312-319 (siglo I). La «estela de los cereales» de Cirene contiene la lista de los envíos de trigo de esta ciudad a toda Grecia, en 330 y 328 (*SEG*, IX, 1, 2). Decreto de reconocimiento, por ejemplo, *Syll.*, 3.ª ed., 495 (Olbia, hacia 230). Hambres en Egipto: *OGIS*, 56, 11. 13-20 (bajo Ptolomeo III); *BGU*, 1730 (en tiempo de Cleopatra). Carestía del trigo en período de guerra (invasión de Antíoco IV) y de conflictos, en Egipto: *UPZ*, 59 (168). Hambre en Susiana: DIODORO, XIX, 13, 6.
32. Cf. L. CASSON, *Ships and Seamanship*... (Princeton, 1971).
33. Véanse los trabajos de LEFEVRE DES NOETTES, especialmente sobre *Le gouvernail et l'attelage*. Los grandes barcos, como el de Ptolomeo Filopátor, que describe CALIXENO DE RODAS (*apud* ATENEO, 203 E-204 D), no eran sino palacios flotantes que no servían para navegar.
34. Véase H. ORMEROD, *Piracy in the ancient World* (Liverpool, 1924).
35. Véase, por ejemplo, el arbitraje realizado por Roma entre Itano y Hierapitna, en 139, *Syll*, 3.ª ed., 685, y nuestro artículo «La paix à l'époque hellénistique», en *Recueils de la Société Jean-Bodin*, XIV, 1 (1962), pp. 248 ss. Cf. *Syll.*, 3.ª ed., 471, arbitraje de Megara entre Epidauro y Corinto.
36. Véase *supra*.
37. Véase W. L. WESTERMANN, «Sklaverei», en PAULY-WISOWA, *Real Enc.*, Supl. VI, especialmente cols. 934-935; I. BIEZUNSKA-MALOWIST, *L'esclavage dans l'Egypte gréco-romaine*, I (Varsovia, 1974).
38. Véase J. BINGEN, «Présence grecque et milieu rural ptolémaïque», en *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, publicado bajo la dirección de M. I. FINLEY (París, 1973), pp. 215-222.
39. Véase nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 500-502.
40. Sobre los intentos de evaluación de la población de las ciudades, véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, pp. 1138-1143, quien, por lo demás, renuncia a realizar cualquier evaluación de la población de los reinos, excepto en el caso de Egipto. Con respecto a la población de Alejandría, no parece cierta la existencia de un cuerpo político de 180 000 ciudadanos, tras haber sido revisado el papiro que la adelanta (*P. Bibl. Univ. Giss.*, , 46, publicado por A. von PREMERSTEIN). Véase la reedición de H. MUSURILLO, *The Acts of the Pagan Martyrs* (Oxford, 1954), pp. 105 ss. Cf. P. M. FRASER, *Ptol. Alexandria*, I, pp. 90-92.
41. Véase también J. G. TAIT, *Greek Ostraca in the Bodleian Library*, núm. 278, donde

BRAUNERT ha creído ver un edicto de expulsión (*Journal of Juristic Papyrology*, 9-10, 1955-1956, p. 220).

42. Véase *infra*, el capítulo dedicado al estudio de las revoluciones.
43. *P. Cairo-Zenón*, 59245, 59723, *P. Londres*, 2090 = 1954, de la edición de T. C. SKEAT. Sobre la movilidad de los campesinos, arrendatarios u obreros asalariados en la *dorea*, véase nuestro breve trabajo, *Les Grecs en Egypte*, pp. 49-57.
44. Véase V. MARTIN, «Les papyrus et l'histoire administrative de L'Egypte gréco-romaine», *Münchener Beiträge*, 19 (1934), pp. 144 ss., y H. BRAUNERT, «Idia», en *Journal of Juristic Papyrology*, 9/10 (1955-1956), pp. 211-238.
45. Véase J. PIRENNE, «Les trois cycles de l'histoire politique et sociale de l'ancienne Egypte», en *Études d'histoire dédiées à la mémoire de Henri Pirenne* (Bruselas, 1937), particularmente pp. 256-261; nuestra *Économie royale des Lagides*, p. 460 (fuentes demóticas).
46. Véase T. REEKMANS, «*Economic and social Repercussions of the Ptolemaic Copper Inflation*, en la *Chronique d'Egypte*, XXIV, núm. 48 (1949), pp. 322-344.
47. Véase nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 463-480.
48. Véase V. MARTIN, *op. cit.*
49. El precio medio del trigo en el siglo III era de 1 dracma por artabe (por ejemplo, en *Pap. Soc. Ital*, 400). Si contamos un artabe medio de 30 l de trigo, ello supone 5 l por 1 óbolo, es decir, alrededor de 4 kg; contando 40 l, tendríamos 6 1/2 l por 1 óbolo, es decir, algo más de 5 kg. A 2 óbolos por día, el obrero tendría 10 o 13 l, respectivamente. Cf. T. REEKMANS, *La sitometrie dans les Archives de Zénon* (Bruselas, 1966), p. 55.
50. Un artabe equivale a una cifra entre 24 y 40 l. 1 l de trigo de Alejandría pesa 0,779 kg. Un artabe de 30 l equivaldría, pues, a alrededor de 24 kg.
51. Véase la decisión de abandonar a un niño que había de nacer, si se trataba de una hembra, en *P. Oxirrinco*, 744, de comienzos de nuestra era.
52. Desde luego, no trabajaba durante todo el año.
53. *P. Petrie*, III, 93, col, VII, 11, 21-27. Cf. M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, II, pp. 768-780.
54. *P. Petrie*, III, 128, pp. 316-317.
55. Cf. J. BINGEN, «Présence grecque et milieu rural ptolémaïque», en *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (ed. M. I. FINLEY, 1973), pp, 215-222.
56. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *Soc. and ec. Hist. Hell. W.*, pp. 1515 (siervos), 1435 (esclavos), y P. BRIANT, «Remarques sur laoi et esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique», *Actes du Colloque de 1971 sur l'esclavage* (París, 1973), pp. 93-133.
57. Por ejemplo, *P. Columbia Zenón*, 10 y nuestra obra *Grecs en Egypte*, p. 84, n. 3-6.
58. Véase N. SAUNERON, *Temples ptolemaïques et romains d'Egypte*, Études et publications parues entre 1939 y 1954. Repertorio bibliográfico, El Cairo, IFAO, 1956, Bibliothèque d'Étude, t. 14.
59. Véase P. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, pp. 135-145.

CAPÍTULO IV

La economía urbana

Analizaremos el caso de algunas ciudades donde la economía urbana, basada en el comercio, conoció una notable prosperidad. Nos centraremos en Rodas, Alejandría, Delos y las ciudades de la costa occidental del mar Negro, porque cada una de ellas ofrece una estructura económica y social diferente.

Tal ves no es mera coincidencia el hecho de que todas ellas sean puertos de mar: en la Antigüedad, la prosperidad estaba vinculada, con frecuencia, al comercio marítimo.

a) *Rodas*

Rodas[1] fue fundada en 408 por Lindo, Yaliso y Camiro en busca de un mejor emplazamiento portuario. En efecto, Rodas, al igual que El Pireo o Alejandría, tiene dos puertos. Ello permitió especializar a cada uno de ellos como puerto comercial y puerto militar y, eventualmente, si no existía especialización, elegir el lugar de aproximación según el viento. Estrabón (XIV, II, 9 = C 654) compara a Rodas con El Pireo por el trazado de sus calles, que todavía persiste en la actualidad.

La situación de Rodas, desde donde se distingue el ángulo suroeste de la costa del Asia Menor, la convierte en una de las etapas del tráfico marítimo que desde Egipto y Siria se dirige al Ponto Euxino o a Grecia e Italia. En efecto, la navegación bordeaba las costas de Asia. Chipre desempeñaba una función similar, como también Cnido y Halicarnaso. ¿Cómo explicar, pues, el desarrollo extraordinario de Rodas en la época helenísti-

ca? El determinismo geográfico no explica totalmente este proceso. Según Estrabón y Diodoro, la preponderancia de Rodas se debe a su estructura social y a su habilidad política.

Rodas, que se hallaba situada en los límites de las zonas de influencia que se disputaban los sucesores de Alejandro, consiguó mantenerse libre de toda alianza, aunque con una preferencia hacia los Lagidas, y en el siglo II participó, en el mismo plano que los reyes o las ligas, en las negociaciones del mundo helénico con el Senado de Roma.[2]

En 305-304, el puerto circular, en torno al cual se extendía la ciudad, como un teatro en torno de la orquesta,[3] fue rodeado por fuertes murallas en el mismo emplazamiento que las que aparecen en la actualidad.[4] Hemos visto en el capítulo dedicado a la guerra cómo, con ocasión del sitio de Demetrio, los rodios supieron sacar partido de la fortaleza de sus muros y cómo, además, consiguieron audaces salidas de la flota, que en todo momento consiguió mantener abierto un paso para el avituallamiento de los sitiados (Diodoro, XX, 81-104). La resistencia de los rodios consiguió que su isla se viera libre de los pillajes inherentes a la guerra.

La marina rodia desempeñó un papel determinante en la lucha contra la piratería.[5] A partir del año 250, los Lagidas dejaron de garantizar la seguridad de los mares, recayendo entonces en Rodas esa misión. Sus almirantes llegaron hasta Delos y uno de ellos impidió que los piratas hicieran escala en esa isla.[6] Su marina de guerra protegía las comunicaciones, y ello permitió que Rodas transportara trigo a todas partes, especialmente a Egipto, y obtuviera, así, la amistad y la alianza de las ciudades a las que había liberado de la angustia y del hambre. Hacia el año 220 ayudó a Sínope, que se hallaba en guerra con Mitrídates IV.[7] La libertad de los estrechos[8] le resultaba indispensable para poder realizar su comercio con las ciudades de las orillas del mar Negro. En el año 220, Bizancio estableció un peaje para el paso por los estrechos; Rodas se opuso a esta medida con las armas y obtuvo la libertad de paso (Polibio, 46-52).

Asimismo, Rodas deseaba conseguir la exención de derechos de aduana en todos los puertos donde realizaba su comercio. Los rodios lo consiguieron al alcanzar la ciudadanía en todas las ciudades a las que vendían el trigo, renunciando, en los momentos de hambre, a los habituales incrementos de precios (por ejemplo, en Éfeso: *Syll.*, 3.ª ed., 354). También obtuvo esa ventaja fiscal en los puertos de los Seléucidas y de Hierón de Siracusa, a raíz del terremoto que asoló la isla, impulsando a los reyes a mostrar su generosidad (Polibio, V, 88-90).

La guerra, a la que Rodas sólo recurría en caso de necesidad extrema, la habilidad de su diplomacia, practicada por filósofos, y que era secundada por la fuerza de su marina de guerra, todo ello fue obra de una *aristocracia del mar.* Los epitafios recuerdan la carrera de navarcos

formados entre los simples soldados de marina, convertidos luego en especialistas de la artillería naval y que a continuación ocupaban el grado de comandantes para realizar las maniobras de los buques.[9] La amplia enumeración de miembros de familia —reforzada por asociaciones génicas y asociaciones de antiguos combatientes— en los decretos honoríficos y en los epitafios de los oficiales superiores, revela la cohesión de esa sociedad que constituyó la grandeza de Rodas.[10]

Con frecuencia, esa nobleza del mar dejaba en manos de las gentes de la Perea o en manos de extranjeros las técnicas que se consideraban menos nobles. Conservaba siempre los secretos de la construcción naval (Estrabón, XIV, II, 5 = C 653), la estrategia en el mar y la diplomacia[11] (incluso aportaba diplomáticos a los reyes) y las altas funciones de gobierno en la isla y en la Perea. Impuso la «paz de Rodas» no sólo en las Cícladas, durante más de medio siglo, sino también en las costas del Asia Menor. Así, hacia 180, Mileto y Heraclea concluyeron una paz a instancias de Rodas (*Syll.*, 3.ª ed., 633), pues Rodas era su común aliada.

Esa clase social conservó en la ciudad su constitución conservadora, que Estrabón (XIV, II, 5 = C 652-653) califica de «admirable».

> «El cuidado con que desempeñó la gestión de la ciudad y, particularmente, los asuntos marítimos, permitió a Rodas ejercer durante mucho tiempo la talasocracia, poner coto a la piratería, mantener la amistad del pueblo romano y la de los reyes que eran amigos del pueblo romano y de los griegos. Éstos respetaron su autonomía y la embellecieron con numerosas ofrendas votivas».

Tras evocar al Coloso, que yace, roto a la altura de las rodillas por un terremoto, y algunas otras obras de arte famosas, Estrabón prosigue:

> «Los rodios se preocupan por el pueblo aunque su constitución no sea democrática. Quieren poder controlar a la masa de los pobres.[12] Así pues, el pueblo recibe trigo y los ricos mantienen a los indigentes en virtud de una costumbre ancestral. Existen, además, algunos cargos públicos retribuidos, de forma que el pobre pueda encontrar en ellos su subsistencia y que las necesidades de la ciudad sean cubiertas, especialmente en lo que se refiere a los transportes marítimos».

Vemos que la distinción entre ricos y pobres, el régimen de clases sociales, general en toda Grecia, no desembocó en Rodas en una lucha de clases, sino en un «paternalismo» que sirvió para evitar las revoluciones.

Es cierto que si Rodas pudo alimentar a su plebe y asumir, al mismo tiempo, el papel de una gran potencia en el mundo helenístico, fue porque desde mediados del siglo III hasta el año 167 dispuso de un auténtico imperio[13] cuyos recursos eran absorbidos, en su mayor parte, por su presupuesto. En ese «imperio», hay que distinguir la Perea más próxima

«incorporada», y cuya existencia tal vez sea anterior a la fundación de la ciudad de Rodas, y la Perea «sometida», la mayor parte de la cual, especialmente Licia y Caria hasta el Meandro, a excepción de Telmeso, fue entregada a Rodas por los romanos a raíz del tratado de Apamea,[14] en el año 188, a expensas de los Seléucidas, posesiones que perdió en el año 167.[15] Los límites y las fechas de esas adquisiciones son inseguras, al menos en la mitad de los casos.[16] Rodas gobernaba esos territorios por medio de estrategos, hegemones y epístatas, cuyas funciones militares —como en los reinos helenísticos— no excluían, llegado el caso, las funciones judiciales (C. Michel, *Recueil d'inscriptions grecques,* 479, de Panamara, cerca de Estratónice de Caria, a comienzos del siglo II).

Polibio (XXV, 3-4) pone en boca de un embajador de Janto, en 177, el calificativo de «duro» al referirse al dominio de Rodas sobre Licia, duro hasta el punto de echar de menos el dominio de los Seléucidas, según Tito Livio (XLI, 6, 8-10). Duro también por el tributo exigido, que, por ejemplo, ascendía a 120 talentos para las dos ciudades de Cauno y Estratónice, la primera de ellas comprada por un total de 200 talentos a uno de los generales de Ptolomeo. Podemos comprobar cuál era la productividad de ese capital, pues el tributo se pagaba con periodicidad anual (Polibio, XXX, 31).

Por lo demás, la explotación de la Perea sometida provocó revueltas contra Rodas, de las que Polibio se hace eco.[17] Como siempre, fue la guarnición situada en la ciudad sometida la que inició la revuelta (Polibio, XXX, 21), y las ciudades de Licia pidieron el estatuto «de amistad y alianza» que les permitiera, cuando menos, verse libres de la presencia de la guarnición y disfrutar de autonomía interna (Polibio, XXV, 4). La agitación fue casi constante en Licia entre 188 y 167 y estalló en Caria en el año 167.[18] No aparece que a los romanos les disgustara ese estallido revolucionario e incluso es posible que contribuyeran a avivarlo.[19]

Durante los siglos III y II, el comercio de Rodas fue uno de los más activos del mundo helenístico.[20] Ya hemos visto antes que en el año 165, el embajador Astímedes afirmó ante el Senado romano que los ingresos anuales de los derechos portuarios, antes de que apareciese la competencia del puerto de Delos, convertido en puerto franco por Roma en 167-166, era de un millón de dracmas. Dado que esos derechos constituían habitualmente el 2 %,[21] el valor de las mercancías que pasaban anualmente por el puerto de Rodas seria de unos cincuenta millones de dracmas, es decir, 8300 talentos (Polibio, XXX, 31).

Rodas vendía trigo (*Syll.,* 3.ª ed., 354). Sus banqueros, asentados en el extranjero, prestaban dinero para facilitar las transacciones. Así, entre 230 y 220, un banquero rodio prestó en Delos a la ciudad de Histiea el dinero necesario —sin intereses— para comprar trigo (*Syll.,* 3.ª ed., 493 = Durr-

bach, *Choix,* 50). La descripción que hace Polibio (IV, 38) del comercio de Rodas con las ciudades ribereñas del mar Negro, que se inserta en la relación de la guerra de Rodas contra Bizancio en 220, procede, sin duda, de una fuente rodia. Hay que pensar que las mercancías importadas o exportadas a estas ciudades [22] serían, precisamente, el objeto del comercio rodio. El comercio del vino y del aceite está atestiguado por un centenar de millares de asas de ánforas rodias encontradas en todas partes, desde Susa a Cartago y desde Egipto al norte del mar Negro.[23] Un envío de armas a Priene (*Inschr. v. Priene,* 37) testimonia, sin duda, la existencia de una industria rodia de material de guerra.

La importancia del comercio de Rodas queda demostrada no sólo por el área en la cual se han encontrado asas con su sello sino también por la difusión del patrón de su moneda. La competencia de Delos a partir del año 166 no arruinó a Rodas, tal como manifestó su embajador Astímedes en Roma (Polibio, XXX, 31).[24]

El comercio de Rodas tuvo una consecuencia jurídica que se ha prolongado hasta nuestros días: nos referimos al código de derecho marítimo, uno de cuyos capítulos aparece en el derecho romano, en un párrafo del *Digesto* (XIV, 2), titulado «De Lege Rhodia de jactu». Consiste en diversas disposiciones referentes al reparto entre asociados de la responsabilidad de los daños producidos por la necesidad de arrojar al mar todo o una parte del cargamento. La recepción del derecho marítimo rodio por parte del derecho romano se remonta a Augusto y fue confirmada por Antonino (*Digesto,* XIV, 2, 9). Por otra parte, se conoce con el nombre de «código rodio» una compilación bizantina del siglo VIII, mucho más amplia y que se atribuye a León el Isáurico; su contenido vuelve a encontrarse en los *Estatutos de Ragusa* y en el derecho veneciano y, a través de él, en el derecho actual. Los riesgos que se contemplan en esa legislación dan idea del elevado desarrollo jurídico que había provocado la práctica de la asociación comercial.[25]

No podemos dejar de mencionar, por último, el intenso desarrollo artístico que trajo consigo la prosperidad. Estrabón no ignora este aspecto (XIV, II, 5 = C 652-653).[26] Por otra parte, la importancia que tuvo en Rodas —con Panecio y Posidonio— el estoicismo medio, si no fue consecuencia directa de la prosperidad —en ese momento declinante— de la ciudad, sin duda tuvo que ver con su prestigio.

b) *Alejandría* [27]

A partir del siglo III, Alejandría era considerada como una ciudad maravillosa [28] y esa admiración se transmitió a través de toda la Antigüe-

dad, incluso entre aquellos que denigraban la ligereza de sus habitantes[29] o la degeneración del helenismo en una parte de su población.[30]

La intensidad de la vida económica dio lugar a una *infraestructura* en Alejandría a la que nos referiremos brevemente. Puertos, arsenales y almacenes, el faro, la vinculación con los puertos fluviales, distribución de agua dulce, abundancia de mano de obra cualificada y de productos para la exportación procedentes de Egipto o del extranjero, todo ello es mencionado por Estrabón (XVII, I, 7 = C 792-798) en un texto del que transcribimos varios pasajes y al que únicamente deberemos añadir algunas consideraciones sobre la banca y la moneda.

«Las ventajas de la situación de Alejandría son de diversa índole. En efecto, el lugar está bañado por dos masas de agua: en el norte, la que recibe el nombre de mar de Egipto; en el sur, el lago Mareia, al que se llama también Mareotis.[31] Éste recibe el agua del Nilo a través de diversos canales que proceden de arriba (del sur) y de un lado, y que dirigen a la ciudad importaciones mucho más numerosas que las que proceden del mar, lo que hace que el puerto del lago fuera (en el tiempo de los Ptolomeos) mucho más rico que el puerto marítimo. Ésta es la razón, también, por la que las exportaciones de Alejandría por mar exceden a las importaciones. Podemos juzgar este extremo por la diferencia de carga de los barcos en Alejandría y en Dicearquia (Puzoles): llegan aquí más cargados de lo que parten hacia Alejandría. Además de la riqueza de las mercancías transportadas hasta el puerto marítimo y al puerto del lago, hay que mencionar también la pureza del aire, que se debe al hecho de que la ciudad posee una extensión de agua a ambos lados y también a la inundación del Nilo. En efecto, las otras ciudades situadas sobre lagos tiene un aire pesado y sofocante durante los calores del verano, pues en sus bordes, los lagos son pantanosos debido al hecho de que el sol absorbe el agua. Esta gran humedad que se eleva del pantano hace que el aire sea malsano y provoca epidemias. En cambio, en Alejandría, el comienzo del verano coincide con la inundación. El Nilo llena el lago y no permite la formación de pantanos que polucionarían la exhalación de vapores. Por otra parte, en esa estación los vientos etesios soplan del norte y proceden de una extensión de agua tan grande que los alejandrinos pasan el verano en las mejores condiciones (XVIII, I, 7 = C 792-793)...

La ciudad tiene forma de una clámide cuyos dos lados largos son aquellos que están bañados por las aguas: tienen una extensión de unos 30 estadios (es decir, 5,5 km) mientras que la anchura de los istmos encerrados entre el mar y el lago es de 7 a 8 estadios. Todas las calles permiten la circulación a caballo y en carro pero hay lugares cuya anchura excepcional es de más de 1 fetro (unos 30 m) y que se cortan en ángulo recto. La ciudad posee jardines públicos de gran belleza, así como palacios reales que ocupan una cuarta o una tercera parte de su superficie» (XVII, I, 8 = C 793).

En el capítulo dedicado a los reyes, nos hemos referido a los palacios y a las instituciones reales que son el museo y la biblioteca, así como a la tumba de Alejandro, mencionada a continuación por Estrabón.

El equipamiento portuario estaba dominado por el *Faro,* a propósito del cual, y después de haber descrito la isla rocosa de Faros, dice Estrabón (XVII, I, 6 = C 791-792):

«En el extremo de la pequeña isla, aparece una roca batida por las olas donde se levanta, admirablemente construida en piedra blanca,[32] una torre con numerosos pisos que lleva el mismo nombre de la isla. Fue Sóstrato de Cnido, el amigo de los reyes, quien la construyó para beneficio de los navegantes, tal como lo dice la inscripción».[33]

Estrabón explica que era necesario que existiera esa señal elevada en una costa baja y sembrada de arrecifes. El faro fue construido a comienzos del reinado de Ptolomeo Filadelfo, hacia el año 285, y desde el año 280, Sóstrato de Cnido era honrado en Delos como bienhechor,[34] así como en Delfos.[35] Era elogiado, al igual que Arquímedes, como ingeniero[36] y también, en Delos, como embajador.

Viajeros árabes describen la torre de base cuadrada,[37] que se estrecha ligeramente hacia arriba; sus numerosos pisos y su altura de un centenar de metros. En la cima había estatuas que emitían cantos. Una moneda de la época de Cómodo y un vaso de vidrio encontrado en Begram, en Afganistán, nos permiten hacernos una idea del edificio.[38] Sirvió de modelo para varias mezquitas y dio a las torres luminosas el nombre de «faro», el nombre de la isla, en la mayor parte de las lenguas latinas (aunque no en griego).

Estrabón (XVII, I, 6 = C 792» describe también la calzada de 7 estadios (unos 1250 m), el Heptaestadio, que unía a la isla de Faros con tierra firme, creando en el golfo al que la isla protegía —aunque no muy bien— de las tempestades, dos puertos entre los cuales existían, a través de ese espigón, dos pasos de madera. El puerto oriental,

«el Gran Puerto, aparte la ventaja de estar bien cerrado que debe a su posición natural y al Heptaestadio, es profundo incluso en sus bordes, lo que permite atracar incluso a los barcos más grandes: se divide en varias subdivisiones» *(ibid).*

En el oeste, el Heptaestadio delimitaba otro puerto, el *Eunostos,* que ofrecía especialmente «un puerto cavado por la mano del hombre, el Kibotos (el «Cofre»), donde había también canteras navales» (Estrabón, C 795). En el fondo de este puerto desembocaba un canal navegable procedente del lago Mareotis, que unía el puerto del lago con el puerto marítimo.

«Al entrar en el Gran Puerto, se ve a la derecha la isla y la torre de Faros; a la izquierda, los arrecifes y el cabo Loquias, sobre el cual se eleva el palacio real; a

continuación, los palacios interiores, contiguos al de Loquias, con numerosos lugares de deleite y jardines; más abajo, aparece un puerto creado por el hombre y cerrado, reservado para uso personal de los reyes [...] Al otro lado, el teatro; luego, el Poseideion, una especie de codo con un templo de Poseidón y que avanza hacia el mar a partir de lo que se llama el Emporio (mercado) [...] Más lejos se levantan el Cesareion, el mercado, los almacenes y arsenales»[39] (Estrabón, C 795).

La población —cuya importancia es imposible evaluar con precisión,[40] pero cuya densidad impresionó ya a los autores antiguos[41]— atraída por el prestigio de los primeros Ptolomeos y la confianza que inspiraba su riqueza, propició el desarrollo de la industria alejandrina. En efecto, si para un estilo de vida autárquico y donde todos se conocen, sueño de Aristóteles (*Política,* 1326 A), la ciudad no debe poseer tales proporciones, es indudable, por contra, que la existencia de una gran población obliga a una ciudad a buscar su subsistencia en la industria y el comercio.

De los autores antiguos nos han llegado los nombres de numerosos oficios practicados en Alejandría.[42] Aparte los productos de consumo corriente, se fabricaban objetos destinados a la exportación. Es, una vez más, en Estrabón en quien encontramos una primera información al respecto:

«La consecuencia principal de la adecuada situción de la ciudad es que, en todo Egipto, es el único lugar que resulta adecuado naturalmente tanto para el comercio marítimo, debido a la categoría de su puerto, como para el comercio interior, ya que es fácil transportar allí por el río todas las mercancías, que quedan reunidas en un lugar que se ha convertido en el mercado más grande del mundo habitado» (XVII, I, 13 = C 798).

Ahora bien, esa función de mercado no alcanzó su máxima expresión hasta la época del imperio romano, cuando, abierta ya por completo, la ruta de la India abasteció a Alejandría de productos de Oriente para responder a la demanda romana. Es Estrabón quien lo afirma *(ibid).*

Este «mercado del mundo», del que habla Estrabón, ha permitido durante mucho tiempo a los arqueólogos ver productos alejandrinos en la mayor parte de los objetos de estilo «alejandrino» descubiertos en ese antiguo «mundo habitado». En la actualidad, resulta evidente la necesidad de revisar este concepto.

Examinemos los principales productos exportados y preguntémonos si son alejandrinos, egipcios o reexportados de otros lugares o si eran producidos fuera de Egipto.

Apresurémonos a afirmar que, por lo que se refiere al trigo[43] y al papiro,[44] la exportación alejandrina procedía de Egipto y no exige ninguna revisión. El gran abastecedor de trigo de Alejandría era el rey, que no

parece haberse reservado la exportación.[45] La venta del papiro a los notarios se concedía por arriendo en Egipto (*P. Tebtunis,* 709). El trigo y el papiro que exportarían los griegos de Alejandría eran producto del trabajo de los campesinos egipcios y, además, por lo que se refiere al papiro, de artesanos que conservaban técnicas milenarias de fabricación. Hay que añadir la exportación de libros manuscritos, mano de obra griega sobre un producto egipcio.

Veamos otro producto «alejandrino», los tejidos. Sabemos, por las *Revenue Laws* y el papiro de *Tebtunis,* 703, que el rey se reservaba un abastecimiento obligatorio y que una serie de impuestos gravaban a los tejedores. Ignoramos a qué impuestos estaban sometidos los de Alejandría. Allí el trabajo, una parte del cual se reservaba a la exportación, se realizaba tanto en Egipto como en la ciudad. Las finas telas de lino —técnica egipcia ancestral— se adornaron, por iniciativa griega, con dibujos impresos o bordados. En general, el comercio del tejido ha dejado escasas huellas. Son las descripciones[46] y las representaciones[47] las que nos permiten hacernos una idea del arte de los tejedores alejandrinos. Pero las descripciones se refieren siempre a tejidos excepcionales, algunos de los cuales procedían de Oriente.[48] En cuanto a las representaciones, aparecen en las tumbas en forma de lechos funerarios adornados con una cobertura esculpida en piedra, en los hipogeos de Alejandría, en Mustafa Pacha, pero tal vez los escultores no trataron de representar tejidos específicamente alejandrinos.

Otra especialidad egipcia que exportaba Alejandría era la de los objetos de vidrio.[49] Estrabón (XVI, II, 25 = C 758) menciona la existencia de «una tierra especial vitrificable que se encuentra en Egipto y respecto a la cual los vidrieros de Alejandría» le habían contado «que es indispensable para la producción de objetos de vidrio polícromo y precioso». Es en un texto sobre el vidrio producido en fenicia donde Estrabón inserta esta observación, que nos hace pensar que los antiguos distinguían los productos de Alejandría de los de Fenicia. En nuestro caso, no tenemos esa misma capacidad. Sin embargo, la técnica de inserción entre dos capas de vidrio de un pan de oro recortado en motivos diversos se ha encontrado en recipientes, tanto en Alejandría como en el sur de Italia. Éste sería un testimonio fidedigno de exportación, dado que un fragmento de este tipo encontrado en Olbia se halla decorado con un paisaje egipcio. Cuando menos, el prototipo debe ser alejandrino.[50] El testimonio más seguro de exportación es, sin duda, la vasija de vidrio, adornada con una representación del faro, encontrado en Begram, en Afganistán.[51] Una vez más, nos encontramos ante la combinación de la imaginación griega y una antigua técnica egipcia, en Alejandría.

Técnica egipcia y motivos egipcios introducidos en formas griegas son

las que encontramos también en la cerámica vidriada azul[52] que sólo pueden ser alejandrina. Alejandrinos han de ser también los vasos en relieve que representan, en un estilo totalmente griego, a una de las reinas de Egipto del siglo III y que se han encontrado incluso en el sur de Italia.[53] De estilo griego son también las ánforas acanaladas vitrificadas en negro imitando prototipos áticos y las ánforas funerarias en relieve, cuya tapa está adornada con una estatuilla pintada del tipo de Tanagra,[54] y también las ánforas funerarias de Hadra,[55] que la mayor parte de las veces llevan grabado un emblema militar.

Uno de los productos que se califica de alejandrino con demasiada facilidad es la orfebrería. En este caso, las fuentes son de dos tipos: por una parte, los inventarios, ante todo literarios, de objetos de oro o de plata exhibidos en el cortejo báquico de las Ptolemaia[56] o enviados por Ptolomeo Filadelfo al sumo sacerdote de Jerusalén;[57] además, inventarios reales de tesoros de templos, inscritos sobre piedra, sobre todo en Delos.[58] Por otra parte, los objetos hallados en Alejandría, salvo que sepamos con seguridad que son importados, constituyen nuestra referencia para atribuir al artesanado alejandrino objetos de estilo análogo encontrados por toda el área mediterránea.

Sin duda, los inventarios literarios exageran la riqueza de los objetos, que podían proceder de un botín, como podían proceder de Egipto los objetos presentados por Antíoco IV en el triunfo de Dafne en 166.[59] Los inventarios de los templos nos permiten apreciar que la orfebrería helenística, en general, era muy trabajada, pero es raro que la procedencia de un objeto se indique de alguna otra forma que no sea la del nombre del donador.[60]

Por lo que se refiere a los objetos hallados fuera de Alejandría, hay que someterlos a una doble crítica: de fecha y de estilo. Se trata de un trabajo delicado,[61] basado en métodos comparativos, que raramente conducen a una certidumbre total en cuanto a la producción propiamente helenística y propiamente alejandrina.

Felizmente, los objetos encontrados en la ciudad y conservados en el museo de Alejandría son lo bastante numerosos y lo bastante hermosos como para dar una idea del gusto y de la habilidad de los artistas que los realizaron.[62]

Muchos de estos objetos, de estilo completamente griego, se fabricaban fuera de la ciudad, en Egipto. En Menfis se ha localizado un taller con sus moldes.[63] En Tukh-el-Qarmus, al este del delta,[64] se ha encontrado un tesoro de orfebrería que, gracias a las monedas, puede fecharse en los comienzos del siglo III. Una vez más, vemos cómo la mano de obra egipcia se pone, así, al servicio del comercio griego. Señalemos, también, que la fabricación de objetos de plata por medio de moldes no les permitía una

gran iniciativa y podía ser realizada también por mano de obra esclava. Incluso aunque llegue a concluirse un día que las exportaciones de plata realizadas por Alejandría eran menos importantes de lo que se ha pensado, cuando menos había un mercado considerable entre los mismos alejandrinos, debido a que los objetos preciosos son adecuados para ser atesorados. Así, el rey debía ser cliente del artesanado egipcio y alejandrino, y no olvidemos que el ministro Apolonio tenía una vajilla de plata (*P. Cornell,* 1 y *P. Cairo-Zenón,* 59548). Los objetos de orfebrería servían también como garantía en los préstamos (*P. Cairo-Zenón,* 59327, l. 95 y *Les grecs en Egypte,* p. 83).

Señalemos una última especialidad de Alejandría: la fabricación de perfumes y medicamentos y la preparación del incienso y de las plantas aromáticas. El delta y los huertos del Egipto Medio proporcionaban las flores en todas las estaciones,[65] y nunca faltaba el aceite necesario para hacerlas macerar. Digamos que existía un impuesto del 25 % sobre la venta de perfumes [66] y que el rey controlaba el comercio de la mirra.[67] Esto está atestiguado en la provincia egipcia, pero, como siempre, ignoramos si existía el mismo régimen en Alejandría. Los papiros de Zenón [68] y la relación de la procesión de las Ptolemaia (Ateneo, V, 201 A) dan idea de la importancia de la perfumería que, desde luego, no quedó limitada a Alejandría, y que una vez más utilizaba técnicas egipcias. Antes de la época romana[69] no hay testimonios de exportación, aunque podemos pensar que se practicaba. Hay que recordar, con Estrabón (XVII, I, 13 = C 798) que fue Roma la que estimuló el comercio de Alejandría y, muy en especial, el de los productos de Oriente, en los que se trabajaba bajo una severa vigilancia.

Sin duda, los Lágidas, desde la época de Ptolomeo II y, sobre todo, a fines del siglo II, se preocuparon por explorar las rutas marítimas de África y de la India,[70] para liberarse de los pueblos caravaneros de Arabia, que actuaban como intermediarios, y de los derechos aduaneros que éstos percibian. Pero estos viajes exploratorios no alcanzaron gran expansión y no dieron sus frutos sino cuando se produjo la intervención de Roma.[71]

Con la fabricación de perfumes se vincula la de los medicamentos. También, a este respecto, Egipto contaba con una vieja tradición: algunos de los remedios mencionados en el *Corpus hipocrático* figuran en los papiros de época faraónica.[72] El comercio de las drogas de Egipto está atestiguado con anterioridad a la época helenística [73] y no pudo desarrollarse sino después de la fundación de Alejandría. Con todo, lo cierto es que no culminó sino en la época romana, cuando la apertura de la ruta de la India [74] convirtió a Alejandría en el puerto de reexpedición de medicamentos y productos aromáticos.

El equipamiento del gran puerto alejandrino se completa con las ins-

tituciones bancarias. El banco central real se hallaba establecido en Alejandría (*P. Cairo-Zenón* 59503). Como ya hemos visto, el producto de todos los impuestos se ingresaba en cuentas de los arrendatarios que manejaban los bancos reales. El propio ministro Apolonio tomó en arriendo el banco de Alejandría (*P. Cairo-Zenón,* 59503). Desde mediados del siglo III, el banco de Alejandría realizaba transferencias de fondos internacionales: el ministro Apolonio y la ciudad de Halicarnaso participaban en esa operación (*P. Cairo-Zenón,* 59036). El banco de Alejandría financiaba, asimismo, expediciones maritimas, como lo atestigua un préstamo otorgado a armadores extranjeros para realizar un viaje al país de los productos aromáticos (Wilcken, «Punt-Fahrten in der Ptolemäerzeit» en la *Zeitschrift für Aeg. Sprache,* 60, 1925, pp. 86-102).[75]

Si es cierto, como dice Estrabón *(loc. cit),* que el puerto del lago recibía más mercancía que el puerto de mar y que Alejandría exportaba más de lo que importaba por mar, ello quiere decir que una buena parte de las exportaciones alejandrinas procedían de Egipto o de Oriente, transportadas, en este caso, a través del Nilo, hasta donde llegaban a través de la pista de unos 160 km que, como mínimo, separaba el río de los puertos del mar Rojo. El *Periplo del mar eritreo* (mar Rojo y océano Índico) del siglo I d. de J. C., realizado para un exportador alejandrino, muestra el número de productos fabricados en Egipto que nutrían, por otra parte, el comercio de exportación hacia Oriente.

Pero ciertamente, el Egipto campesino no tenía lugar entre los clientes de la industria alejandrina. Se ha resaltado hasta qué punto los objetos de vidrio fueron un lujo casi inexistente en el caso de las aldes egipcias durante toda la época ptolemaica, y cuán pobre era el mobiliario encontrado en las excavaciones del Fayún. Es ésta una prueba más de la separación de las culturas de Egipto y Alejandría, separación que mantenían la relativa pobreza de Egipto y su tradición de aislamiento con respecto al mundo exterior.

En tiempo de Estrabón, Alejandría exportaba más de lo que importaba, al menos por lo que respecta a Italia. Ello le permitía percibir un excedente de moneda de plata que podía servir para fabricar objetos de plata o que, tras desviarse en parte hacia el rey por medio de los impuestos, era atesorado por éste y por los templos a los que hacía donaciones. Pero hay una segunda consecuencia: el déficit, en la medida en que afectaba a la economía romana, incitó a Roma a conquistar Egipto, lo cual le permitiría ante todo, no pagar el trigo que ahora importaría en concepto de tributo.

En el capítulo de importaciones se inscriben los productos destinados a los alejandrinos y a los griegos de Egipto, así como los productos alimenticios procedentes del ámbito egeo, a los que los griegos no querían renunciar. A este respecto, es significativa la declaración en la aduana de

Pelusa de un cargamento destinado a Apolonio (*P. Cairo-Zenón,* 59012): la miel de diversas procedencias, las salazones, las avellanas, las conservas de carne, el queso, el aceite y el vino mantenían vivo el recuerdo de la tierra griega, al mismo tiempo que el rey recibía de un 20 a un 50% en concepto de derecho de aduana. Ya hemo dicho que las asas de las ánforas dan testimonio de que muchas importaciones de este tipo se efectuaban a través de Rodas. En cuanto a los productos de Oriente y del sur, una parte pasaba en tránsito o era manufacturada antes de ser exportada; pero otra parte estaba destinada a la clientela alejandrina y también —por lo que se refiere al incienso— a los templos egipcios.

Para terminar, evoquemos las importaciones de Oriente y de África.[76] Su llegada a Alejandría resultó de la exploración metódica de las orillas del mar Rojo, emprendida a fines del reinado de Ptolomeo Sóter con el propósito de capturar elefantes. Exploración que permitiría conocer las costumbres de los pueblos con los que había que relacionarse, las coordenadas de los lugares que permitirían que Eratóstenes elaborara un mapa, los productos y la calidad de los posibles fondeaderos. Diodoro, Estrabón, Plinio y algunos papiros han conservado los nombres de media docena de oficiales griegos de los círculos de los reyes, hombres de acción y de ciencia y, a veces, diplomáticos que exploraron las orillas del mar Rojo, tanto por el lado africano como por el árabe.[77]

La ruta del incienso y de los productos aromáticos de África, de Arabia o de la India se hallaba en manos de una cadena de caravaneros árabes en el momento en que Ptolomeo Sóter se convirtió en rey de Egipto. Las preciosas mercancías pasaban de pueblo en pueblo hasta llegar al norte de la península arábiga, a los nabateos atrincherados en la inexpugnable Petra.[78] Desde allí, ganaban el Mediterráneo o el delta del Nilo y Alejandría. En cuanto a las mercancías de la India, podían ser transportadas también por una pista del norte que llegaba hasta los dominios de los Seléucidas. pero en el siglo III, Siria, lugar adonde arribaban esos productos, era territorio lagida, al menos en su parte sur.

Los cuatro primeros Ptolomeos patrocinaron la exploración [79] del mar Rojo, que tuvo como consecuencia la fundación de puertos en la costa africana,[80] etapa en las expediciones de la caza de elefantes, pero también puertos donde, para acortar el trayecto marítimo, se podían desembarcar las mercancías que luego, a través de una pista del desierto, alcanzaban el Nilo y, por éste, Alejandría. Por otra parte, Ptolomeo Filadelfo hizo que volviera a entrar en servicio un canal que permitía conducir las mercancías desde el fondo del golfo de Suez hasta el delta.[81] El hecho de que se creara mayor número de puertos en el sur se debe, ante todo, a que los vientos del norte que soplaban en el mar Rojo invitaban a acortar lo más posible la navegación hacia el norte. Asimismo, al dirigirse más hacia el sur era

posible desembarazarse, poco a poco, de los caravaneros árabes que actuaban de intermediarios.

La etapa final de esa aproximación a la Arabia Feliz y, a través de allí, a la India, se produjo a fines del siglo II, cuando Hípalo descubrió la forma de utilizar los monzones.[82] El relato de este descubrimiento está vinculado al de los intentos de navegación circunafricana de Eudoxio de Cícico, a los que hace referencia Estrabón, según Posidonio, aunque sin concederles verosimilitud (II, 3, 4-5 = C 98-100).

Estrabón no cita a Hípalo, pero cuenta que, dirigido por un navegante indio que habría fracasado, solo, en el golfo de Suez, Eudoxio, según Posidonio, habría hecho el viaje desde Egipto hasta la India.

Habría regresado con un cargamento de productos aromáticos y piedras preciosas que habría sido confiscado por el rey Evergetes II, muerto poco después (en el año 116). Sus intentos de alcanzar la India por el oeste se situaban en tiempo de Cleopatra III y Sóter II. (La confiscación indica un control de los productos aromáticos y de las piedras preciosas, asegurando la detracción fiscal del rey antes de que la mercancía enriqueciera al comercio alejandrino.) Plinio (VI, 100-101) enumera las etapas sucesivas de la navegación directa hacia la India, desde el simple cabotaje hasta el viaje sin escalas intermedias, desde el extremo de Arabia hasta el delta del Indo, e indica que en la segunda fase de ese progreso, se aprovecharon los efectos de un viento del suroeste *(favonius),* llamado *Hípalo.* Sólo en el *Periplo del mar Eritreo,* § 57, se le atribuye a Hípalo el descubrimiento.

Los historiadores discuten la fecha de esa primera navegación.[83] Ahora bien, no es lógico intentar alcanzar una gran precisión, pues hay que pensar que hubo un largo período de sucesivos intentos. Sea como fuere, no más tarde del año 111, el gobernador epistratego de la Tebaida detentaba el título de *comandante del mar de la India y del mar Rojo.*[84]

En el viaje se tardaba un año, y hay que pensar que eran muy pocos los barcos que lo intentaban, a pesar de los beneficios que podían obtenerse. Sin duda, hay que creer a Estrabón, que afirma que fue en la época romana cuando se intensificaron las relaciones entre Alejandría y la India.

Con todo, ya fuera que el tráfico estuviera parcialmente en manos de los árabes o que, a partir del siglo I, se realizara también (aunque, desde luego, nunca de forma exclusiva) por mar bajo pabellón alejandrino, gracias al *Periplo del mar Eritreo,* del siglo I d. de J. C., tenemos una idea aproximada de la cuantía de las mercancías que llegaban desde las orillas del mar Rojo y de la India hasta Alejandría.

Si quisiéramos resumir el carácter particular de la economía de Alejandría, diríamos que Alejandría vivía en simbiosis con el rey. Su subsistencia estaba asegurada, ya que podía disponer del trigo de Egipto;

sus bancos tenían el derecho de hacer fructificar los ingresos reales; el rey, la corte y los griegos que iban a Egipto para entrar al servicio del rey, eran los clientes de su industria y de su comercio; sus gentes estaban presentes en territorios como Siria, conquistados por las armas del rey; en sus almacenes entraban los productos de Oriente y de África, transportados por las rutas marítimas y terrestres que los reyes se esforzaban por hacer explorar y señalizar, cuando no conquistar.

Pero Alejandría aportaba a la economía real el capital mobiliario, fruto de su espíritu de empresa, sus técnicos del comercio lejano, de la banca, industrias de transformación y, si podemos decirlo así, la cobertura del trabajo egipcio con ropaje griego. Aportaba el espíritu de riesgo, la invención de mil formas diferentes del placer de vivir que, tal vez con cierta exageración, le atribuía la Antigüedad, sin distinguir entre sus reyes, sus hombres de negocios griegos y los egipcios a los que explotaba sin por eso acogerles en su seno.

c) *Delos* [85]

El destino de Delos nada debe a una afortunada situación geográfica. Pequeña isla rocosa de 5 kilómetros por menos de 1,5, batida por las olas y por el viento, no tenía, en un principio, más que sus santuarios. Fue este hecho el que atrajo hacia Delos ofrendas, procesiones y fiestas. El poeta del *Himno homérico a Apolo Delio* supo comprender admirablemente el destino económico de Delos. En los versos 54-60, Leto, al pedir a la isla que acoja a su hijo, habla de las riquezas que éste aportará:

> «No serás más rica en bueyes ni en carneros, no tendrás viñas ni producirás plantas sin número. Pero si posees el templo del arquero Apolo, los hombres de todas partes realizarán aquí sacrificios y se reunirán; incesantemente surgirá el humo extraordinario de la carne grasa; tus habitantes serán alimentados por el brazo de otro, puesto que tu suelo no tiene ninguna fertilidad».[86]

Centro sagrado de la Confederación naxiana en el siglo VII, en el santuario no tardaron en acumularse las ofrendas, que fueron atesoradas. Poco a poco, Delos fue dedicándose a actividades de prestamista. El carácter sagrado de la isla le aseguraba una relativa protección contra los piratas, protección que debió verse reforzada por la actividad de los barcos del imperio ateniense y, posteriormente, de los Ptolomeos y de Rodas.[87]

Bajo esta protección, Delos, que fue independiente entre 314 (la fecha no se puede precisar con exactitud) y 166, gracias al principio de la libertad de los griegos aireado por Antígono, que resucitó la Confederación de los nesiotas,[88] vio cómo se instalaban en ella elementos extranjeros.[89] Duran-

te la celebración de las fiestas religiosas se organizaban ferias que atraían a los mercaderes. Una serie de familias de banqueros,[90] la mayoría de ellos extranjeros, acrecentaron en Delos su poder. Los primeros templos extranjeros, en especial el Serapeion, se construyeron a media ladera del monte Cinto.[91] Conforme se incrementó la prosperidad de la isla y aumentó su población, se incrementaron también los alquileres de las casas que pertenecían al dios.[92] Ahora bien, no puede asegurarse que sean éstas las únicas causas de ese incremento (posiblemente se produjo también una devaluación de la moneda) y, por otra parte, el incremento de los alquileres no permite sacar conclusiones seguras con respecto a las fluctuaciones de la población. Además, hay que decir que las excavaciones arqueológicas no se han realizado todavía sino en la mitad de la zona habitada de la isla.

En el año 166, la creación del puerto franco de Delos por los romanos tras la guerra contra Perseo de Macedonia, permitió un nuevo desarrollo del comercio delio, en detrimento de Rodas. Sin duda, Roma eligió a Delos porque existía en ella desde la época en que era independiente una colonia de mercaderes italianos. La isla fue concedida a Atenas,[93] que había apoyado a Roma contra Perseo. Pero los conflictos de los delios con Atenas provocaron su expulsión por orden del Senado romano, al que se había solicitado que actuara de árbitro en el enfrentamiento. Los delios se refugiaron entonces en Acaya.[94] desde entonces fue la cleruquía ateniense la que administró la isla.

La administración ateniense tenía como figura central al *epimeleta de Delos.* La prosopografía de estos magistrados realizada por P. Roussel en su admirable obra *Delos, colonie athénienne,* pp. 97-125, revela que ese cargo estaba en manos de algunas familias prepotentes de Atenas y que algunos epimeletas fueron, además, arcontes. La magistratura era anual y electiva, a juzgar por el carácter familiar del reclutamiento. Sin duda, los epimeletas poseían atribuciones de administración general, de la que sólo entrevemos algunos elementos dispersos: jurisdicción, vigilancia general de la gestión de los bienes de los dioses, todo ello bajo el control de Atenas y de Roma. En el año 126-125, el epimeleta Teofrasto hizo construir entre el puerto y el ángulo noroeste del santuario una nueva ágora e hizo levantar muelles en el puerto, actividades de las que da testimonio un decreto de reconocimiento de los atenienses y de los extranjeros (F. Durrbach, *Choix,* núm. 95).

La gestión de los bienes de los dioses, que durante el período independiente estaba confiada a los *hiéropes,* pasó a manos de un *colegio de administradores* a partir del año 166.[95]

Los bienes de los dioses constituían un elemento importante de la economía comercial de Delos. Tanto durante el período independiente

como durante el régimen de la colonia ateniense, la fortuna del templo de Apolo se componía de tierras situadas en Delos, en Rhenea y en Mykonos —respecto a las cuales las cuentas de los hiéropes nos informan sobre la extensión y los ingresos que producían (algo más de un talento)[96]—, y de casas entregadas en arriendo.[97] Entre estas «casas» había hospederías, inmuebles de apartamentos y talleres. Ciertamente, la confiscación de los bienes de los delios con ocasión de su expulsión se realizó en beneficio de los clerucos atenienses, pero es posible que una parte de esos bienes fuera devuelta al templo de Apolo. Por otra parte, las cuentas nos permiten observar el cuidado que ponían los intendentes atenienses en hacer construir edificios de producción en terrenos vacantes.[98] Su administración era «menos rutinaria que la de los hiéropes delios [...] desde los años 157-156 y 156-155, el dios poseía 30 inmuebles al menos mientras que en el año 179 sólo 18 producían ingresos».[99]

Durante el período de independencia, las tierras de cultivo se alquilaban durante diez años y los inmuebles por cinco años; la administración ateniense puso en práctica un contrato uniforme de cinco años.[100] Durante la independencia, el contrato se realizaba según un modelo que se ha conservado parcialmente, la *hiera syngraphe* (contrato sagrado).[101] Las cláusulas vuelven a encontrarse, con algunas modificaciones, en la época de la colonia,[102] es decir, fianza, garantías de ejecución, de buena gestión, del pago de los alquileres, sanciones por no ejecutar las deudas, cláusulas que son equivalentes a las que aparecen en los contratos del Egipto ptolemaico.

Los ingresos que producía este capital se utilizaban para el mantenimiento de los templos y para realizar nuevas construcciones,[103] como lo atestiguan las cuentas de gestión del santuario. El capital excedente se prestaba al 10 % de interés y durante un plazo de cinco años. Al parecer, la ejecución de las deudas se practicó de forma más estricta en tiempos de la colonia ateniense que durante la independencia.[104]

Sin embargo, una parte de la riqueza de los dioses consistía en tesoros, de los cuales se conserva el inventario anual de varios años, tanto de la época de los hiéropes [105] como durante la colonia.[106] Estas largas inscripciones, realizadas con letra menuda, nos muestran el trabajo de los intendentes, identificando en el momento en que comenzaba su labor cada uno de los objetos, cuya custodia les era consignada y que deberían transmitir intactos a sus sucesores. Sobre una serie de estantes numerados se disponían las ofrendas de oro, de plata, de bronce dorado y de ágata, donde se incrustaban piedras preciosas. Había estatuillas, vasos, joyas y utensilios de culto. Los nombres de los donantes —entre los cuales ocupaban un lugar importante los reyes y las reinas—, procedían de todo el mundo griego y romano. Los objetos eran frágiles. Había muchos que en el curso

de los años perdían un asa o un pie y que, finalmente iban a parar a alguna caja donde se reunían los restos inservibles. Para que nadie intentara recortar un poco de oro o de plata de algún objeto, cada año se comprobaba el peso de las ofrendas más importantes. Entre las ofrendas había monedas de todas las procedencias, que se guardaban en vasijas y que se utilizaban para necesidades específicas.[107] La utilización de estos inventarios se remonta al período clásico.[108] Cuando los leemos, nos damos cuenta de que estamos ante una economía de atesoramiento que nos recuerda que, al igual que los reyes, también los templos inmovilizaban considerables cantidades de riqueza, ya fuera en Grecia, en Egipto o en Asia.

Los templos disponían también de ingresos de fundaciones cuyo montante se dedicaba a la celebración de sacrificios y a la compra de vasos sagrados, lo que mantenía el recuerdo de los fundadores, reyes y ricos mecenas.[109]

Por una ley de alrededor del año 250 (*Syll.*, 3.ª ed., 975) sabemos que la importación de madera y de carbón de madera (no había árboles en Delos) estaba sometida a un impuesto del 2% sobre el valor de la importación, que los mercaderes debían pagar un alquiler por los emplazamientos que ocupaban y que la vigilancia, incluso judicial, de los mercados estaba asegurada por magistrados *ad hoc*. Atenas transfirió estas funciones a los *epimeletas del mercado* y conservó el *agoranomo*.[110] Por desgracia, nada conocemos sobre la organización del puerto franco.

Existía, por último, un *gimansiarca* elegido por el pueblo de Atenas,[111] que se encargaba no sólo de la preparación de los efebos, sino también de la organización de las fiestas. En estas funciones, las tradiciones le imponían una generosidad que, en ocasiones, le llevaban a obtener un decreto honorífico,[112] que era ratificado por Atenas.

Hacia el año 130, el régimen de la cleruquía se disolvió en un conjunto más amplio. Desde ese momento, las decisiones emanaban conjuntamente de los atenienses junto con los romanos y los extranjeros residentes, siendo designados esos extranjeros como negociantes, depositarios y armadores (por ejemplo: F. Durrbach, *Choix,* núm. 95).

Poco a poco, la preponderancia de los clerucos atenienses se eclipsó en beneficio de las compañías de comerciantes extranjeros que, bajo la autoridad de los magistrados atenienses, llevaron la prosperidad a Delos.[113]

Esas compañías constituían una población sin vinculación territorial, sin estructura política. Reunían en cofradías a comerciantes del mismo origen que honraban en conjunto a los dioses de su patria, a los que daban un nombre griego. Ya hemos visto[114] que las asociaciones religiosas, o incluso meras sociedades de ocio, aseguraban a sus miembros una ayuda mutua, comprometiéndose especialmente a ayudar a aquel miembro que

fuera perseguido por la justicia,[115] especie de seguro contra los riesgos inherentes a los negocios. En Delos, las cofradías agrupaban a extranjeros. Dado que, en principio, el extranjero no estaba protegido por la jurisdicción de los lugares donde residía, los miembros de la cofradía podían organizar entre ellos una jurisdicción corporativa.[116]

Sin duda, estas compañías alcanzaron, durante el régimen de la cleruquía ateniense, un importante poderío financiero, a juzgar por la importancia de las instalaciones que construyeron y por el testimonio de Estrabón (X, 5, 4 = C 486).

Así, los posidoniastas de Beirut construyeron a fines del siglo II, en el noroeste de la isla, un edificio que dominaba el Lago Sagrado, y que poseía varios pisos;[117] en el siglo I, los italianos construyeron la magnífica ágora con pórticos.[118] La corporación de los heracleístas de Tiro envió a Atenas una embajada, hacia el año 153, para solicitar un emplazamiento donde construir un santuario de Heracles,[119] y en el decreto con que honró a su embajador se afirmaba que la corporación se había desarrollado gracias al favor divino. Los depositarios de Laodicea de Fenicia honraron a Heliodoro, ministro de Seleuco, IV, entre 187 y 175, en la época de la independencia.[120] A partir del año 166, los italianos comenzaron a desempeñar un papel preponderante. Sus decretos se redactaban a menudo en latín y en griego. Se agrupaban en hermaistas, adoradores de Mercurio y de Maia,[121] en posidoniastas romanos[122] y en apoloniastas.[123] Existían también los «armadores y negociantes romanos de Alejandría»,[124] y depositarios de Alejandría que no se llamaban romanos.[125] Estos últimos se agrupaban bajo la dirección de un «consejo de ancianos».

No poseemos otra información sobre los negocios que realizaban estos comerciantes. Los fenicios y los alejandrinos, situados en los puntos de llegada de las caravanas y de las rutas marítimas de Oriente, respectivamente, transportaban a Delos los productos aromáticos, especias, perfumes, marfil, productos todos ellos que eran comprados por los mercaderes italianos. En cuanto al trigo,[126] tanto por los decretos honoríficos otorgados a elementos bizantinos y a negociantes de las ciudades del mar Negro, como por el agradecimiento de las ciudades macedónicas, vislumbramos que Macedonia se aprovisionaba de trigo en Delos, adonde aportaba, por su parte, madera y pez. Pero el comercio más característico de Delos era el de los esclavos, cuyo aprovisionamiento estaba en manos de los piratas cilicios, según afirma Estrabón (XIV, 5,2 = C 668):

«La exportación de esclavos era muy lucrativa. Se les capturaba muy fácilmente y el puerto no estaba lejos, grande y rico, Delos, que en un día podía recibir y reexpedir a decenas de millares de esclavos, lo que dio lugar al proverbio: "mercader, aborda, descarga, todo está vendido". La razón estriba en que los

romanos, que se habían hecho ricos tras la destrucción de Cartago y Corinto, utilizaban un gran número de esclavos».

Esta gran prosperidad atrajo a Delos a una gran multitud de trabajadores procedentes de las islas vecinas. El lujo de los mosaicos, las pinturas y las estatuas se introdujo en las casas que las excavaciones han puesto al descubierto en el distrito del Teatro.

El equipamiento portuario fue mejorado: muelles,[127] escollera, lonja (la sala hipóstila), pórticos que servían para los contactos de negocios o en donde había tiendas, todo ello hizo de Delos un puerto importante. A lo largo de la orilla oeste se han descubierto recientemente, al sur del puerto, una serie de almacenes que testimonian la importancia de los depósitos.

Por último, existían una serie de bancos privados, regentados sobre todo por rodios y, luego, por italianos, que constituían el equipamiento financiero indispensable de un gran puerto.[128] A menudo, los hijos sucedían a los padres en el oficio de banqueros. Hombres adinerados, realizaban donaciones al santuario y participaban en la construcción de los establecimientos corporativos.

Naturalmente, esta sociedad de comerciantes ricos no podía dejar de utilizar esclavos. En el año 130, en el momento en que los esclavos se rebelan en Sicilia, en Atenas y en Pérgamo, se levantaron también en Delos. Diodoro (XXXIV, 2, 19), quien comenta la coincidencia y la amplitud de esos movimientos, relata también la dura y rápida represión.

Delos, que vivía de la actividad de los piratas, murió también a manos de ellos. En el año 88, la isla fue saqueada por los piratas de Mitrídates (Estrabón, X, 5, 4 = C 486).[129] Consiguió recuperarse, pero en el año 69 un nuevo saqueo de los piratas de Atenodoro, aliado de Mitrídates,[130] constituyó un golpe que no pudo soportar y, cuando escribe Estrabón, la isla se hallaba completamente desierta. Tal vez Estrabón exagera, pues Delos intentó defenderse y se han hallado vestigios de habitación humana en ella hasta el siglo VI d. de J. C.

Pero a partir del año 31 a. de J. C., la conquista de Egipto por Roma trasladaría a Alejandría el lucrativo papel de puerto de tránsito entre un Oriente ahora más accesible por mar, e Italia. Esto demuestra que no es la situación geográfica la que determina necesariamente la apertura de las posibles rutas comerciales.

Delos es, en definitiva, la simbiosis económica de una ciudad y de un dios.

d) *Las ciudades de la costa occidental del mar Negro* [131]

Abordaremos un último tipo de economía urbana, la que corresponde a las ciudades del oeste del Ponto: de sur a norte, Bizancio, Apolonia, Mesembria, Odesos, Calatis, Tomi, Istria, Tira y Olbia. Las estudiamos conjuntamente, porque su situación, su origen colonial y su historia son análogos, pese a que puedan existir diferencias locales. Por lo demás, también Polibio (IV, 38 ss.) las considera conjuntamente. Además, las elegimos antes que a Mileto o Pérgamo porque a menudo han sido olvidadas en las historias helenísticas, en tanto que las excavaciones recientes han dado a la luz numerosas inscripciones, y porque en la interpretación de los hechos, los historiadores marxistas [132] se oponen a la opinión de los historiadores a los que llaman burgueses (V. Parvan y M. Rostovtzeff), lo cual ha de llevarnos a reconsiderar algunos extremos.

Colonias de Mileto (como Tomi e Istria) o fundaciones dóricas (Bizancio, Calatis) que se remontan al siglo VII, tras el reinado de Lisímaco consiguieron escapar al control de los reyes helenísticos. Ciudades marítimas, fortificadas, disponían de un territorio de donde obtenían los productos alimenticios necesarios y cuya superficie resulta imposible evaluar.[133] La delimitación de este territorio en Istria en el año 100 d. de J. C. (*SEG*, XXIV, 1109) no nos permite llegar a una conclusión sobre su situación en la época helenística. Por otra parte, la identificación de los límites no es segura, y, según las hipótesis, contaría entonces entre 400 y 500 km^2. La existencia de ese territorio, condición indispensable para su supervivencia, es conocida en Istria, en los siglos III-II, por la mención de las incursiones de los tracios en esa ciudad (*SEG*, XXIV, 1095) y, en fecha algo anterior al año 100, por el relato de otras invasiones bárbaras, en el decreto honorífico *Syll.*, 3.ª ed., 708.

Si estas incursiones provocaron una situación de perpetua inseguridad, ello se debía a que los territorios de las ciudades no se adentraban muy profundamente en esas regiones, donde ningún accidente de terreno permitía organizar una defensa. Por otra parte, los ríos, helados en invierno, ofrecían a los invasores una vía fácil de penetración, tal como evoca Ovidio en las *Tristes*.

El «bárbaro» estaba próximo y desde Istria se avistaban en el horizonte los grandes kurgans, túmulos funerarios de los reyes escitas que, en algunos momentos, exigían tributo de las ciudades griegas (*SEG*, XXIV, 1095) y que escondían allí su oro.

En su exposición de la situación de Bizancio, a un tiempo peligrosa —debido a la vecindad de los tracios y los galos— y próspera —gracias a los peajes que pagaban los barcos que atravesaban el Bósforo—, Polibio hace una referencia a la economía de esta región (IV, 38). No sabemos si utiliza

alguna fuente relativa a la disputa que se planteó en el año 220 entre Rodas y Bizancio con respecto a esos peajes, o si verdaderamente visitó Bizancio, probablemente antes del año 167,[134] y sus afirmaciones tiene, pues, una base personal:

«El Ponto posee muchos productos de primera necesidad que controlan los bizantinos. En efecto, de primera necesidad son el ganado y las masas de individuos reducidos a la esclavitud que las regiones del Ponto nos proporcionan en abundancia y que resultan de gran calidad. En cuanto a productos de lujo, nos procuran miel, cera, pescado salado en abundancia. De nosotros reciben aceite y vinos de todo tipo, de los que disponemos en excedente. En cuanto al trigo, unas veces son ellos quienes nos lo exportan, y otras lo importan, según las circunstancias».

Sobre la base de este texto hay que observar, ante todo, que las famosas reservas de trigo que los historiadores modernos atribuyen a los territorios próximos al mar Negro constituyen, sin duda, una extrapolación de la producción actual de estas regiones. En la Antigüedad, las «tierras negras» de la Rusia meridional y de la Dobrudja, habitadas por pueblos nómadas, no eran cultivadas como lo son en la actualidad. Eso explica la necesidad, por parte de las ciudades griegas de esas regiones, de importar a veces trigo. Y ello tanto más, por cuanto el territorio que dedicaban al cultivo no era muy extenso y porque se hallaba expuesto a las incursiones de bárbaros que lo asolaban.

La exportación de pesca salada se confirma por una inscripción romana de Istria, donde se hace mención a pesquerías y ahumados (*SEG,* XXIV, 1108; 1109).

Aparte del ganado que se criaba en la *chora* (*SEG,* XXIV, 1095) y que tal vez se compraba a los nómadas, las ciudades del Ponto exportaban esclavos. Respecto a este punto, el testimonio de Polibio es de gran valor, puesto que se trata de un comercio que no deja rastro, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con el comercio del vino o del aceite, del que subsisten restos en ocasiones, como las asas de ánforas. En apoyo de las afirmaciones de Polibio podemos invocar, cuando menos, los nombres de Getas (el geta) y de Daos (el dacio), nombres que se dan a los esclavos de la comedia nueva. ¿De dónde procedían esos esclavos sino de los pueblos cuyos nombres llevan, y de los cuales los obtenían los griegos de las ciudades pónticas? La razzia o la compra a los pueblos bárbaros eran dos modos de adquisición que no se excluían el uno al otro.

El comercio de esclavos no enriqueció nunca más que a algunos traficantes. De ahí la inmensa riqueza de algunos «bienhechores», que conocemos a través de los decretos de reconocimiento que les honraban, en Istria (*SEG,* XXIV, 1095, de los siglos III-II; XVIII, 291 del siglo II; *Syll.,* 3.ª ed., 708, de en torno al año 100), en Tomi (*Syll.,* 3.ª ed., 731, del siglo I),

en Calatis (*SEG*, XVIII, 289, de los siglos III-II) y en Olbia (*Syll.*, 3.ª ed., 495, del año 230 aproximadamente).[135]

Pero, por contra, ese comercio no procuraba a las masas trabajo ni beneficio. Esa masa de individuos se veía reducida a la necesidad de vivir como parásitos de algunos hombres ricos. La superioridad económica correspondía a algunas familias que conservaban la fortuna. En efecto, los decretos honoríficos afirman, a veces, que el bienhechor seguía las huellas de su padre (*SEG*, XXIV, 1095 y *Syll.*, 3.ª ed., 708, de Istria; *Syll.*, 3.ª ed., 495, de Olbia). También la promoción social se veía bloqueada porque su fortuna permitía a los «bienhechores» ejercer sucesivamente todos los cargos onerosos de la ciudad, comprendidas las embajadas que gobernaban las relaciones con el exterior. Por último, eran ellos quienes asumían la tarea de la alimentación y defensa de la ciudad. Ese auténtico reinado del «salvador» revela la existencia de un régimen de oligarquía social.

A los bienhechores universales, de los que *SEG*, XXIV, 1095 y *Syll.*, 3.ª ed., 708 y 495 dan biografías patéticas, se opone un proletariado parásito. Esta situación provocaba conflictos sociales (*tarache* en *SEG*, XXIV, 1095, y XVIII, 291, ambas de Istria).[136] que se veían agravados por las incursiones de elementos bárbaros (*SEG*, XVIII, 288; XXIV, 1095; *Syll.*, 3.ª ed., 495, 708, 730). Cuando sobrevenían al mismo tiempo una peste y una de esas incursiones, como ocurriera en Tomi en el siglo I, estallaba el pánico y se producían conflictos y un éxodo masivo de la población (*Syll.*, 3.ª ed., 731). El «salvador» galvanizaba las energías, reparaba a su costa las murallas y veía cómo se le otorgaban todos los derechos para mantener, cada uno en su puesto, a los pocos hombres con los que aún contaba. No obstante, cabe pensar que ésa pudiera ser la versión oficial de un golpe de fuerza elaborada por el salvador o por sus partidarios. No pensemos que los decretos honoríficos han de ser, necesariamente, una expresión de la opinión unánime.

M. Stoïan (*Études histriennes*, pp. 33-69: «Echos de la lutte des classes à Istros au cours de la seconde moitié du IIIe siècle et de la première moitié du IIe siècle av. notre ère») atribuye ese antagonismo revolucionario al elemento servil de ese proletariado, según una interpretación marxista de la historia. En realidad, no podemos hablar aquí sino de un proletariado reducido al parasitismo, pues no conocemos el porcentaje de esclavos que existía entre esa masa de pobres y tampoco si los esclavos y los hombres libres se unieron en la revuelta que M. Stoïan ha tenido el mérito de descubrir.

Los decretos honoríficos revelan el nerviosismo que hacía presa de una población que se hallaba bajo la amenaza de los bárbaros o implicada en las guerras que reñían entre sí las ciudades (*SEG*, XIX, 468: Istria ayuda a Apolonia en su guerra contra Mesembria). Como ocurría siempre,

cuando existía amenaza de guerra el trigo aumentaba de precio y las intervenciones de los mecenas reforzaban su poder e incrementaban la dependencia del proletariado con respecto a ellos (véase *Syll.*, 3.ª ed., 495; 708; *SEG,* XVIII, 291; XIX, 469; XXIV, 1098-1099).

Pero tal vez podamos obtener otra información de los decretos honoríficos. El hombre rico negociaba con los bárbaros, rescataba a sus conciudadanos que habían sido capturados, adelantaba de su peculio el tributo que exigían, caso de Protógenes en Olbia (*Syll.*, 3.ª ed., 495) o de Agatocles en Istria (*SEG,* XXIV, 1095). Pero ¿por qué los bárbaros no capturaban a los hombres ricos? En este punto, tal vez habría que adelantar la idea de una simbiosis económica. En efecto, capturar a los hombres adinerados supondría tanto como matar a la gallina de los huevos de oro. Podemos imaginar que, tal vez, preferían obtener de él los rescates de sus conciudadanos —forma de tributo— y preservarlo como comprador de los esclavos que capturaban de otros pueblos más bárbaros que ellos y que vendían al mecenas. Ello explicaría que existiera entre ellos una cierta relación. Relación que no dejaba de ser arriesgada, puesto que muchas veces, no se mantenían los compromisos (*SEG,* XXIV, 1095). Cuando los bárbaros consideraban que la trata de esclavos había enriquecido lo suficiente al hombre rico y a alguno de sus conciudadanos, acudían a la ciudad, periódicamente, para hacer sus incursiones de pillaje. Ovidio ha evocado de forma admirable esa amenaza perpetua en las *Tristes,* cuyo realismo queda atestiguado por las inscripciones descubiertas en los últimos años.

e) *Una ciudad caravanera: Petra* [137]

Los nómadas, tanto en las estepas como en los desiertos, amenazantes pero útiles, vincularon África, Arabia y la India con el mundo mediterráneo. Su cultura no escrita no ha dejado recuerdos más que en los relatos de los exploradores y en el oro de sus tumbas. En efecto, todo aquello que transportaban —incienso, especias, piedras preciosas, marfil, esclavos— no deja ni siquiera el simple resto de un asa de ángora. Sin embargo, tal como hemos visto, muchas ciudades les debían su prosperidad.

Petra, refugio y almacén de los nabateos, situada entre el mar Muerto y el golfo de Akaba, en un circo inexpugnable de montañas, da testimonio, por el esplendor de sus tumbas rupestres en las fachadas de los palacios, así como por su teatro y su urbanismo, de la riqueza de quienes la construyeron y de la inspiración helenística del gusto barroco que había imbuido en ellos los modelos egipcios.

Sabemos que los nabateos celebraban ferias anuales y que se las arreglaron para resistir ante Antigono y Demetrio (Diodoro, XIX, 94-100; Estrabón, XVI, 21-26 = C 779-784) antes de que, cuatro siglos después, Trajano convirtiese a «Arabia» en provincia romana.

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. He aquí una orientación bibliográfica: F. HILLER VON GAERTRINGEN, «Rhodas», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, Supl. V, cols. 731 ss. Una expedición danesa realizó excavaciones en la isla de Rodas antes de la primera guerra mundial. Véase C. BLINKENBERG y K. F. KINCH, *Lindos. Fouilles et recherches 1902-1914;* vol. II, *Inscriptions I-II* (Copenhague, 1941). Excavaciones italianas en la revista *Clara Rhodos,* I-IX (1928-1940); E. ZIEBARTH, «Zur Handelsgeschichte der Insel Rhodos», en *Mélanges Glotz* (París, 1932), pp. 909-924; M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World,* pp. 171-173; 225-229; 676-685, con las notas al volumen III; *Cambridge Ancient History,* VIII, pp. 619-642; P. M. FRASER, G. E. BEAN, *The Rhodian Peraea and Islands* (Oxford, 1954); E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique* (1967), índice, *Rhodes.*
2. Véase E. WILL, *op. cit.,* índice, *Rhodes,* para la historia política de Rodas.
3. Esta metáfora es de DIODORO, XX, 83.
4. Sobre los puertos de Rodas, véase DIODORO (XX, 81-104). Sobre los muros, véase el trabajo de A. GABRIEL, *Les remparts de Rhodes* (1922), dedicado a las murallas medievales, pero donde se indica cuáles eran las construcciones antiguas. Véase, del mismo autor, «La construction, l'attitude et l'emplacement du Colosse de Rhodes», en el *BCH,* 56 (1932), pp. 331-359. Véase también LEHMANN-HARTLEBEN, «Die antiken Hafenanlagen», *Klio,* Beiheft XIV, n. F 1 (1923). La lámina 76 de M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World,* da una idea precisa de los emplazamientos (fotografía aérea).
5. Véase H. A. ORMEROD, *Piracy in the ancient World* (1924), índice, *Rhodes.*
6. *Syll.,* 3.ª ed., 582 (entre 200 y 197); F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos,* núm. 39, es un decreto de reconocimiento de Delos para un *navarco* rodio asignado «a la custodia de las islas para la salvación de los griegos» a mediados del siglo III. Según DIODORO (XXVII, 3), los rodios combatían a los piratas cretenses para proteger el comercio. Los rodios persiguieron también a Demetrio de Faros, que había obtenido un botín en las islas (POLIBIO, IV, 19); *Choix,* 39, otorga franquicia.
7. POLIBIO, IV, 56. Cf. M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* p. 1485, n. 92.
8. Véase F. MILTNER, «Die Meerengenfrage in der griechischen Geschichte», en *Klio,* 28 (1935), pp. 1-15.
9. Véase, por ejemplo, M. SEGRE, «Una dedica votiva dell'equipagio di una nave Rodia», en *Clara Rhodos,* 1936, pp. 225 ss., o A. MAIURI, *Nuova Siloge epigrafica di Rodi e Cos* (Florencia, 1925), núm. 18.
10. Véase, por ejemplo, el epitafio publicado por G. JACOPI, «Nuove epigrafi dalle Sporadi meridionali», en *Clara Rhodos,* II, núm. 19.
11. Véanse, por ejemplo, los discursos de los embajadores rodios ante el Senado de Roma, en POLIBIO, XXI, 22-23; XXX, 4-5.
12. Traducimos así *synechien,* que podría significar también «sostener».
13. Véase P. M. FRASER, G. E. BEAN, *The Rhodian Peraea and Islands* (Oxford, 1954): publicación de inscripciones inéditas, identificación de lugares, instituciones, mapas.

14. Polibio, XXI, 24, 7-8 y 46, 8: discusión de los límites por parte de P. M. Fraser, G. E. Bean, *op. cit.*, pp. 107-110.
15. Polibio, XXX, 31, 4, y XXX, 21.
16. Véase P. M. Fraser, G. E. Bean, *op. cit.*, cap. II: «The Topography of the Peraea», pp. 51-78.
17. Polibio (XXX, 24) compara a los carios y libios liberados por Roma, en 167, de la dominación rodia, con esclavos atónitos al verse liberados de sus cadenas.
18. Véase P. M. Fraser, G. E. Bean, *op. cit.*, pp. 109-122.
19. Véase Polibio, XXV, 3-4; XXX, 31, 4.
20. M. Rostovtzeff, *Social and economic History of the Hellenistic World*, pp. 169-173; 225-229; 676-685.
21. Véase W. W. Tarn y G. T. Griffith, *Hellenistic Civilization* (2.ª ed., Londres, 1952), p. 175, n. 4, y M. Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 1486, n. 96.
22. Más adelante transcribimos el detalle de las mercancías que da Polibio acerca de las ciudades del Ponto Euxino (p. 296).
23. Véase la bibliografía de M. Rostovtzeff, *op. cit.*, pp. 1485, n. 93, y 1486, n. 97, y los trabajos de V. Grace, publicados fundamentalmente en *Hesperia*. Hay decenas de millares de asas rodias inéditas que han sido halladas cerca de Alejandría (colección L. Bénachi). Puede hallarse una lista de las publicaciones de V. Grace en P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, II, pp. 277-278. Sobre la colección Bénachi, Id., *ibid.*, p. 278, n. 232 (55 000 asas rodias).
24. E. Will, *Hist. pol. du monde hellénistique*, II, pp. 252-253, indica, con toda razón, que la situación de Rodas hacía que fuera una escala obligatoria.
25. Sobre la *Lex Rhodia*, véase R. Dareste, «La lex Rhodia», en la *Revue historique de Droit française et étranger*, 1905, pp. 429-448; W. Ashburner, *The Rhodian Sea-Law* (Oxford, 1909); F. M. Robertis, «Lex Rhodia: Critica e anticritica su D. 14, 2-9, en *Studi Arangio-Ruiz*, III (1953), pp. 155-173. Sobre la compilación bizantina, véase J. L. Perugi, *Lex Rhodiorum Nautica e codice rescripto Bibliothecae Ambrosianae* (Roma, 1929).
26. Véase Hiller von Gaertringen, *Rhodos*, Supl. V de Pauly-Wissowa, *Real Enc.*, cols. 827 ss.
27. La reciente obra de P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972) es exhaustiva. Es posible encontrar en ella, con referencia a todos los aspectos de la vida de Alejandría, una recopilación de todas las fuentes, a menudo traducidas, una bibliografía completa y una exposición crítica.

    Esto nos permite no extendernos aquí en la bibliografía. Por lo que respecta a la economía, citaremos únicamente, además del capítulo 4 de Fraser, «Industry and Trade», I, pp. 132-188, II, pp. 235-322, M. Rostovtzeff, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), pp. 366 ss. e índice, *Alexandria*; A. Bernand, *Alexandrie la Grande* (París, 1966), pp. 258-278.

    Se puede encontrar una recopilación de fuentes clasificadas por temas, en el *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano* (El Cairo, 1935), de A. Calderini, *Alexandreia*, en el t. I, 1.
28. Es lo que piensan *Las siracusanas* de Teócrito, que admiran la multitud de las calles y la riqueza del palacio (*Idilio* XV) o Herondas, *Mimos*, I, 21-36, o, a fines del siglo III d. de J. C., Aquiles Tacio, *Leucipo y Clitofón*, V, 1.

    La abundancia de mosaicos, lámparas y terracotas que representan a Alejandría, en el mundo antiguo, es una prueba del prestigio de la ciudad. El hecho de que haya sido encontrado en Begram, en Afganistán, un vaso con la imagen del Faro, es demostrativo de ese prestigio, de la misma forma que los objetos que representan la torre Eiffel o la estatua de la Libertad expresan el prestigio de París y de Nueva York. Sobre estas representaciones, véase P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, II, pp. 17-18.
29. Véase el *Discurso* XXXII de Dion Crisostomo.

30. Polibio, XXXIV, 14, citado por Estrabón, XVII, 1, 12 = C 797.
31. Sobre la topografía de Alejandría, el antiguo brazo de mar hundido, la exploración submarina, véase la bibliografía de P. M. Fraser, *op. cit.*, II, pp. 18-21.
32. O de mármol. Sobre el Faro, véase Fraser, *op. cit.*, pp. 17-20.
33. Sobre esta dedicatoria, que no ha sido encontrada, véase Luciano, *Cómo escribir la historia*, 62, y el epigrama de Posidipo, *Papiro Didot*, ed., H. Weil, reproducido por Fraser, *op. cit.*, II, p. 810, n. 129.
34. F. Durrbach, *Choix d'inscriptions de Délos*, núms. 21-24.
35. *OGIS*, 66.
36. Luciano, *Hipias*, 2.
37. Véase A. Bernand, *Alexandrie la Grande*, pp. 106-110, y los textos reunidos por H. Thiersch, *Pharos, Antike Islam und Occident* (1909).
38. Láms. 7 y 9 de A. Bernand, *op. cit.*, y bibliografía, p. 341, n. 8. Sobre el vaso de Begram, véase Ch. Picard, *BCH*, 76 (1952), pp. 61-95, 15 figuras.
39. La palabra griega *apostaseis* no es la que habría que esperar para «almacenes» *(apothekai)*, pero véase la discusión de P. M. Fraser, *op. cit.*, I, pp. 22 y 24-25.
40. Sobre la población de Alejandría, véase P. M. Fraser, *op. cit.*, I, pp. 90-92; II, pp. 171-172, n. 358. Diodoro (XVII, 52, 6) da una cifra: 300 000 libres, pero véase Fraser, II, pp. 171-172. Cf. *supra*, p. 265.
41. Por ejemplo, Teócrito, *Idilio* XV, *Las siracusanas* o, más tarde, Aquiles Tacio, *Leucipo y Clitofón*, V, 1.
42. Véase A. Calderini, *Dizionario, Alexandreia*, y M. P. Fraser, *op. cit.*, cap. IV, «Industry and Trade».
43. Véase *supra* la evaluación de las cantidades de trigo disponibles para la exportación: 10 000 000 de artabes según A. Segré, «Note sull'economia», en *Bulletin de la Société royale d'Archéologie d'Alexandrie*, 29 (1934), p. 281.
44. Sobre el papiro, véase N. Lewis, *L'industrie du papyrus dans l'Egypte gréco-romaine* (París, 1934, refundición, 1974) y nuestra *Économie royale des Lagides*, pp. 187-196.
45. La administración real recibía constantes requerimientos para que apresurara el envío de trigo a Alejandría, donde se mantenía en almacenes reales: véase nuestra *Économie royale*, pp. 143-141. Con respecto al transporte de trigo hacia Alejandría, véase también H. Zilliacus, «Neue Ptolemaertexte zum Korntransport», en *Aegyptus*, 1939, pp. 59 ss.; E. Börner, *Der staatliche Korntransport im gr.-röm. Aegypten* (Hamburgo, 1939); T. Reekmans-E. Van't Dack, «A Bodleian Archive on Corn Transport», en la *Chronique d'Égypte*, XXVIII, núm. 53 (1952), pp. 149-195; *P. Hibeh*, II, núm. 198.
46. Descripciones de vestidos de telas preciosas en el cortejo de las Ptolemaia (Ateneo, V, 197 C - 203 E) y de colgaduras en la tienda real (Ateneo, V, 196 A - 197 C). Sobre los tejidos alejandrinos, véase M. Rostovtzeff, *op. cit.*, pp. 377-380.
47. Las representaciones de Mustafá Pachá han sido estudiadas por M. Rostovtzeff, *op. cit.*, pp. 377-380, fig. 2 y lám. XLVI.
48. Ateneo, V, 197 B (tapices persas en la tienda real).
49. Sobre el vidrio, véase M. Rostovtzeff, *op. cit.*, pp. 370-374 y láms. XLIII-XLIV.
50. Véase M. Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 371 y pp. 1408-1409, n. 165 y 166; bibliografía; láms. XLIII y XLIV. El fragmento del vaso de Olbia aparece reproducido en la lám. XLIV, 2.
51. Véase Ch. Picard, *BCH*, 76 (1952), pp. 61-95 y 15 figuras.
52. Véase M. Rostovtzeff, *op. cit.*, lám. XLII, 1 y 2 (encontrada en Benghazi), p. 369.
53. Véase la lám. XLI, 2, p. 368 de M. Rostovtzeff, *op. cit.*
54. *Ibid.*, lám. XLI, 1 y 3.
55. M. Rostovtzeff, *op. cit.*, lám. XLII, 3-4 y bibliografía.
56. Ateneo, V, 199 B - 200B. Algunos objetos se atribuyen específicamente al arte de Corinto.
57. *Carta de Aristeas a Filócrates*, §§ 51-82: mesa de ofrendas en oro macizo, engastado de piedras preciosas.

58. Véase, por ejemplo. F. DURRBACH, *Inscriptions de Délos. Comptes des Hiéropes* (París, 1929), núms. 443 B *b*, ll. 1-135, del año 178, y 443 B, ll. 1-60, del año 177. Todo parece indicar que las ofrendas reales se fabricaban en las ciudades que dependían del donante.
59. POLIBIO, XXX, 25-26, y DIODORO, XXXI, 16.
60. Véanse, sin embargo, los vasos «laconios» en los inventarios de Delos (W. DEONNA, *La vie privée des Déliens,* pp. 171-172).
61. Véanse, sobre este tema, las investigaciones de A. ADRIANI, *Documenti e Ricerche d'arte alessandrina,* I-IV, 1946-1959; *Repertorio d'arte dell'Egitto greco-romano* (Palermo, 1961). SCHREIBER, *Alexandrinische Toreutik* (Abh. Sachs, Akad., 14, 1894), atribuye a casi toda la toréutica de este período un origen alejandrino. En la actualidad, se mantiene cierta reserva hacia este punto. Véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* pp. 376 y 1411, n. 175, y A. BERNAND, *Alexandrie la Grande,* pp. 269-271, que cita a P. PERDRIZET, *Les bronzes grecs d'Egypte de la Collection Fouquet* (París, 1911), p. XV, sobre la necesidad de una recopilación crítica de todos los hallazgos de toréutica realizados en Alejandría de Egipto. Véase también Ch. PICARD, «Propos et documents concernant la toreutique alexandrine», en la *Revue archéologique,* 1961, I, pp. 113-150.
62. Véanse las reproducciones en las obras de ADRIANI citadas *supra* y en M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* lams. XLV, XLVII y XLVIII.
63. Sobre el hallazgo de Mit-Rahineh (Menfis) conservado fundamentalmente en Hildesheim, véase M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* lám. XLV, núm. 1 (bibliografía).
64. Sobre el hallazgo de joyas de Toukh-el-Qarmous, hay que consultar M. ROSTOVTZEFF, *op. cit.,* lám. XLVII, con el comentario y la bibliografía, p. 390. Las alhajas y objetos presentan piezas de estilo puramente egipcio, otras de estilo griego puro y otras en las que se aprecia una influencia greco-irania. Posiblemente, los productos griegos y greco-iranios son importados.
65. ATENEO, 196 D. Todavía en la actualidad, nuestras flores florecen en Egipto durante todo el año.
66. Sobre el control real de los perfumes, así como sobre los impuestos que gravaban a estos productos, véanse nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 366-371, así como M.Th. LENGER, *Chronique d'Egypte,* XXIII (1948), pp, 109-121, que publica un papiro de la biblioteca bodleiana, y C. PRÉAUX, *Chronique d'Egypte,* XVIII (1953), pp. 109-120, que publica un ostracon de El Cairo, así como T. C. SKEAT, «A Fragment on the Ptolemaic Perfume Monopoly», en el *Journal of Egyptian Archaeology,* 52 (1966), pp. 179-180.
67. Véase *P. Tebtunis,* 35.
68. Véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 369-370.
69. El testimonio de PLINIO (XII, 32, 3 = 60) vale, como ocurre con frecuencia en el caso de este autor, para fines de la época ptolemaica.
70. Véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 353-365 y, entre la bibliografía citada, p. 353, H. KORTENBEUTEL, *Der ägyptische Süd-und Osthandel in der Politik der ptolemäer und römischen Kaiser* (Berlín, 1931).
71. ESTRABÓN, XVII, 1, 13 = C 798.
72. Véase nuestro artículo «Les prescriptions médicales des ostraca grecs de la Bibliothèque Bodléenne», en la *Chronique d'Egypte,* XXXI, núm. 61 (1956), pp. 135-148.
73. Véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* II, p. 236, n. 10; I, p. 141.
74. E. H. WARMINGTON, *The Commerce between the Roman Empire and India* (Cambridge, 1928), pone de relieve cómo el descubrimiento del monzón a fines del periodo ptolemaico, amplió el conocimiento de Roma acerca de los productos aromáticos, especias y medicamentos de la India. Véase especialmente pp. 223-225.
75. Sobre la banca de Alejandría, véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 294-295; R. BOGAERT, «Banques, courtiers et prêts maritimes à Athènes et à Alexandrie», en la *Chronique d'Égypte,* XL, núm. 79 (1965), pp. 140-156.
76. Véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 173-184, con discusión de las fuentes

(Agatárquides en DIODORO, el *Periplo del mar de Eritrea,* los exploradores citados por Plinio) en importantes notas del volumen II.

77. Véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* que da, en las notas, el texto de las principales fuentes, así como la bibliografía y las discusiones, I, pp. 173-184; II, pp. 293-317, n. 322-416, Véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 353-366. W. PEREMANS, «Diodore de Sicile et Agatharchide de Cnide», en *Historia,* 16 (1967), pp. 452-455, lleva a cabo un estudio de los exploradores.

78. Véase DIODORO, XIX, 95, sobre el asedio a que Demetrio Poliorcetes sometió, en vano, a Petra.

79. Hay que suponer que esos exploradores dejaron una serie de informaciones que habría consultado Eratóstenes. En el siglo II, Agatárquides y, más tarde, Artemidoro, recorrieron las mismas regiones. Su obra se ha perdido. Pero DIODORO (III, 1-48) y ESTRABÓN han conservado importantes pasajes sobre estos temas. ESTRABÓN sigue a Eratóstenes. He aquí algunos nombres de exploradores: Filón (PLINIO, *Hist. Nat.,* XXXVII, 108; ESTRABÓN, II, I, 20 = C 77); Timóstenes de Rodas, navarco de Filadelfo, que había escrito una obra sobre los puertos, exploró Nubia (ESTRABON, IX, III, 10 = C 421, cf. también *Sammelbuch,* 5111); Aristón reconoció las costas de Arabia, desde el Sinaí hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb (DIODORO, III, 42); Satiros exploró la costa africana del mar Rojo durante el reinado de Evergetes (OGIS, 30); Simias exploró el país de los ictiofagos (DIODORO, III, 18, que cita a Agatárquides); Eumenes, Pitolao, Peitangelo avanzaron más hacia el sur (ESTRABÓN, XVI, IV, 13-17 = C 772-776).

80. Mios Hormos, Filotera, Leukos Limen, Arsínoe de los trogloditas, Berenice de los trogloditas, Ptolemaida de la Caza (ESTRABÓN, *loc. cit.*).

81. Véase E. NAVILLE, «La stèle de Pithom», en la *Zeitschrift für Aegyptische Sprache,* 40 (1902), pp. 66-75.

82. *Periplo del mar eritreo,* 57; PLINIO, *Hist. Nat.,* VI, 100, 104; W. OTTO, H. BENGTSON, *Zur Gesch. des Niederganges des Ptolemerreiches* (Munich, 1938), cap. III: *Die Aufnahme des direkten Seeverkehrs mit Indien.* Discusión en P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* pp. 182-184 y II, pp. 313-317.

83. Véase W. OTTO, H. BENGTSON, *op. cit.,* pp. 194-210, especialmente p. 196, n. 3; W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India,* pp. 369-370; WARMINGTON, *The Commerce between the Roman Empire and India,* pp. 43-50 (Hipalo en el siglo I d. de J. C.) y P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 182-184; II, pp. 314-317, especialmente, n. 398.

84. Sobre este título: *OGIS,* 190 = *Sammelbuch,* 8404; cf. 3926, 8036, 8398 y la discusión de W. OTTO, H. BENGTSON, *op. cit., loc. cit.* Cf. también J. BINGEN, «Les épistratèges de Thébaïde sous les derniers Ptolémées», en *Chronique d'Eg.,* XLV (1970), pp. 369-378. Sobre el viaje de Eudoxo, véase M. LAFFRANQUE, «Posidonios, Eudoxe de Cyzique et la circumnavigation de l'Afrique», en *Revue philos.* (1963), pp. 199-223, y J. PIRENNE, «Le développement de la navigation Egypte-Inde dans l'Antiquité», en *Sociétés et Comp. de Nav. en Orient et dans l'ocean Indien* (Bibl. Ec. Hautes Et., París, 1971), pp. 101-119.

85. Las inscripciones constituyen, con mucho, la fuente fundamental para el conocimiento de la vida económica de Delos. La exploración arqueológica y epigráfica de la isla realizada por la Escuela francesa de Atenas, comenzó en 1872. La economía de la isla se refleja en las cuentas e inventarios anuales de los hiéropes, magistrados responsables de la conservación y de la gestión de los bienes de los dioses, en las dedicatorias de estatuas, los decretos y las inscripciones de corporaciones. La exploración arqueológica ha permitido que salieran a la luz los almacenes, las oficinas de las corporaciones de comerciantes, los muelles y la riqueza de las casas de los habitantes de Delos, que constituyen también fuentes de importancia para la historia económica.

Las excavaciones se realizan todos los años. Sus resultados se publican en la serie de la *Exploration archéologique de Délos,* de la que Ph. BRUENAU y J. DUCAT dan la lista completa en *Guide de Délos* (2.ª ed., 1966), pp. 9-10. En esas mismas páginas se

mencionan las principales obras que utilizan el material de Delos. Para las inscripciones, véase la lista de las publicaciones que hace Cl. VATIN en la misma guía, pp. 67-68, y la sección «Delos» en el capítulo «Bibliografía: Epigrafía», de este libro. Véase, además, el *Addendum.*

He aquí algunas obras fundamentales para el estudio de la economía: J. A. O. LARSEN, «Roman Greece», en Tenney FRANK, *An economic Survey of Ancient Rome,* IV (1938), pp. 334 ss.; M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), índice, *Delos;* P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne* (París, 1916); W. A. LAIDLAW, *A History of Delos* (Oxford, 1933); W. DEONNA, *La vie privée des Déliens* (París, 1948).

Con respecto a la moneda, la orientación básica se encontrará en el breve capítulo que dedica al tema T. HACKENS, pp. 69-70, de la *Guide de Délos,* de Ph. BRUNEAU y J. DUCAT, donde se encontrará la bibliografía y la explicitación de las lagunas que presenta nuestra información.

86. El v. 59 ha sido mal transmitido, pero en el v. 60, «el brazo de un tercero» (Χειρος 'απ' 'αλλοτριης) asegura el sentido general del pasaje.
87. Véase *supra,* el apartado dedicado a Rodas y, en general, H. ORMEROD, *Piracy in the ancient World* (Liverpool, 1924), índice, *Delos.*
88. Véase E. WILL, *Histoire politique,* I, p. 51. La independencia de Delos resulta de la fundación de la confederación de los nesiotas por Antígono. Véase A. T. GUGGENMOS, *Die geschichte des Nesiotenbundes bis zur Mitte des III en Jahrhunderts v. Chr.* (Würzburg, 1929), pp. 12 ss.
89. Véase J. HATZFELD, *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénique* (París, 1919); W. DEONNA, *La vie privée des Déliens,* pp. 25-37; M. LACROIX, «Les étrangers à Délos pendant la périodo de l'indépendance», en *Mélanges Glotz* (París, 1932), pp. 501 ss.
90. W. DEONNA, *op. cit.,* p. 35, n. 4, da bibliografía y fuentes. Véase, por ejemplo, F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos,* I, núms. 43, 50.
91. Sobre el Serapeion A, templo de mediados del siglo III, véase P. ROUSSEL, *Les cultes égyptiens à Délos* (París, 1915-1916), con la inscripción que relata las peripecias —ciertas o legendarias— del asentamiento, pp. 70 ss. Esas peripecias prosiguieron al menos hasta 164, según la inscripción reeditada por F. DURRBACH, *Choix,* núm. 77. En 187-175, «depositarios y armadores de Laodicea de Fenicia» honran a Heliodoro, el ministro de Seleuco IV: F. DURRBACH, *Choix,* núm. 72, con otros testimonios de la presencia de comerciantes orientales en Delos durante el período de la independencia e incluso desde el siglo IV (dedicatoria greco-fenicia, *Corp. Inscr. Sem.,* I, 114).
92. Véase S. MOLINIER, *Les maisons sacrées de Délos au temps de l'indépendance de l'île, 315-166 av. J. C.* (París, 1914), pp. 71-90; F. HEICHELHEIM, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus* (Jena, 1930), pp. 48 ss., y lista de los alquileres en Delos, en el anexo, p. 115. Sobre las numerosas causas posibles del incremento de los alquileres en Delos y la prudencia que hay que mantener al explicar ese fenómeno, véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World,* p. 1488, n. 110 y 1489, n. 111.
93. POLIBIO, XXX, 20.
94. POLIBIO, XXXII, 7, 2-5; F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos,* I, núms. 76-84.
95. Sobre la dificultad de definir con precisión el colegio y el cargo, véase P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne,* pp. 126-144.
96. P. ROUSSEL, *op. cit.,* p. 146.
97. Lista de las casas y análisis de las prestaciones a cargo de P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 149-156.
98. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 158 ss.
99. Id., *Ibid.*
100. P. ROUSSEL, *op. cit.,* p. 161.
101. F. DURRBACH, *Inscriptions de Délos,* núm. 503, del año 300 aproximadamente.
102. P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 160-164.

103. Por ejemplo, F. DURRBACH, *Inscriptions de Délos,* núm. 500 (contrato de construcción de 297; y la cuenta núm. 444, ll. 61 ss., de 177.
104. P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 164-166.
105. F. DURRBACH, *Inscriptions de Délos, Comptes des hiéropes,* núms. 290-498.
106. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 165 ss.
107. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 166-173.
108. Véase MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques,* núm. 815, del año 364.
109. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 173-176.
110. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 179-185. Decreto para un colegio de agoranomos: F. DURRBACH, *Choix,* núm. 83.
111. Véase P. ROUSSEL, *op. cit.,* pp. 186-198, y J. DELORME, *Les palestres*=t. XXV de *Exploration archéologique de Délos* (1961).
112. Véase F. DURRBACH, *Choix,* núm. 82, con el comentario.
113. F. DURRBACH, *Choix d'inscriptions de Délos,* p. 113. Cf. P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne,* pp. 72-96 (lista de los extranjeros).
114. Capítulo «Ciudad», sección «Extranjeros», pp. 457-458.
115. Véanse, por ejemplo, los estatutos publicados por C. ROBERTS, T. C. SKEAT, A. D. NOCK, «The Gild of Zeus Hypsistos», en *The Harvard Theological Review,* 29 (1936), pp. 39-89 y, en general, F. POLAND, *Geschichte des griechischen Vereinswesen* (Leipzig, 1909), cap. IV.
116. Sobre la jurisdicción corporativa, véase M. SAN NICOLO, «Zur Vereinsgerichtsbarkeit im hellenistischen Aegypten», en *Epitymbion Swoboda* (1927), pp. 255-300. Cf. *supra,* p. 458.
117. *L'établissement des Posidoniastes de Berytos* ha sido publicado por Ch. PICARD, t. VI de *Exploration archéologique de Délos* (1921). Véase también Ch. PICARD, «L'inscription de Cairness House et l'histoire de l'établissement des Posidoniastes Bérytiens à Délos», en la *Revue Archéologique,* 6.ª serie, VIII (1936), pp, 188 ss. Dedicatoria: F. DURRBACH, *Choix,* núm. 119.
118. Véase E. LAPALUS, *L'agora des Italiens,* t. XIX de *Exploration archéologique de Délos* (1939).
119. F. DURRBACH, *Choix,* núm. 85.
120. F. DURRBACH, *Choix,* núm. 72. Esta Laodicea es Beyrut.
121. Véase F. DURRBACH, *Choix,* núms, 86, 96, 116. Además, W. DEONNA, *La vie privée des Déliens,* pp. 30-33, da una lista de las asociaciones con las fuentes y la bibliografía (1948). Sobre los italianos, véase HATZFELD, *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénique, passim.*
122. Véase F. DURRBACH, *Choix,* núm. 98.
123. Id., *Choix,* núm. 97.
124. Id., *Choix,* núms, 105, 107 (aquí, italianos).
125. Id., *Choix,* núm. 108.
126. F. DURRBACH, *Choix,* núms. 46, 48 (siglo III).
127. Véase Z. DURRBACH, *Choix,* núm. 95, con el comentario sobre el ágora del epimeleta Teofrasto y sobre el ágora de los competaliastas.
128. Véase F. DURRBACH, *Choix,* núm. 50 (banquero rodio), núm. 66 (banquero Timón de Siracusa; otros textos citados en comentario), núm. 132 (banquero de Ascalón, cuya casa ha sido hallada con esta dedicatoria), núm. 138 (banquero romano) y las menciones de los banqueros en las cuentas de los hiéropes.
129. La catástrofe es evocada por APIANO, *Mitr.,* 28, y PAUSANIAS, III, 23, 3.
130. Sobre estos dos saqueos, véase P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne,* pp. 317-335.
131. Véase la bibliografía y, especialmente para las fuentes, las obras de D. M. PIPPIDI y E. CONDURACHI.
132. Véase I. STOÏAN, *Études histriennes,* Bruselas, 1972, col. «Latomus», núm. 123.
133. Véase I. STOÏAN, «A propos de l'ancienneté du territoire rural d'Histria», en *Studi si*

cercetari di istorie veche, VIII, 1-4 (1957), pp. 183-204, reproducido en *Etudes histriennes*, pp. 7-33.

134. Cf. P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe*, p. 520 y p. 546. Véase también W. P. NEWSKAIA, *Geschichte von Byzanz in der klassischen und der hellenistischen Epoche* (Leipzig, 1955).

135. Sobre estas inscripciones, véanse los «Bulletines épigraphiques» de J. y L. ROBERT, en la *Revue des Etudes grecques*, desde 1960. Las correcciones propuestas allí son incorporadas al fascículo XXIV del *SEG*. J. y L. ROBERT han dedicado comentarios muy interesantes a estas inscripciones.

136. Cito tan sólo estos dos textos, que considero que son los únicos que reflejan, con toda claridad, una situación de inestabilidad social. M. STOÏAN, *Études histriennes*, pp. 33-69, cree que la expresión *kairoi duschereis* significa «revolución». El contexto es muy poco explícito para pronunciarse respecto a esta traducción.

137. R. BRÜNNOW, A. von DOMASZEWSKI, *Die Provincia Arabia* (2 vols., Estrasburgo, 1905-1909); A. GROHMANN, «Nabataioi», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.* (1935); P. C. HAMMOND, The Nabateans (Göteborg, 1973).

CAPÍTULO V

Las revoluciones urbanas

1) *CONSIDERACIONES GENERALES*

En principio, el ideal consistía en que el ciudadano fuera autárquico: era dueño de la tierra que cultivaba o hacía cultivar.

Pero, dado que la tierra podía cederse y que se formaron, gracias al comercio, algunas importantes fortunas mobiliarias, éstas podían servir para comprar tierras, especialmente aquellas tierras pignoradas de los deudores menos afortunados. Esto acentuaba la diferencia entre terratenientes ricos y pequeños cultivadores o pequeños propietarios pobres, diferencia que, en las estructuras políticas basadas sobre clases censitarias, supone el disfrute de derechos políticos distintos. Esto sucedió, por ejemplo, en Atenas desde la época de Solón. La comedia del *Misántropo (Dyscolos)* de Menandro, de fines del siglo IV, expone esa desigualdad social, criticada pero aceptada.

Sin embargo, el pensamiento cínico proclamaba el desprecio de la riqueza. Durante la segunda mitad del siglo III, el poeta Cércidas de Megalópolis evocó en versos auténticamente feroces el odio que sentía el pobre. Ese poema se leyó durante mucho tiempo y adquirió un valor universal, puesto que aún se leía en Oxirrinco en el siglo II de nuestra era. De allí proviene el papiro (*P. Oxi.*, 1082) que nos permite conocer el poema. Hélo aquí (I, col. 2):

«[¿Por qué la divinidad] no ha empobrecido al extravagante Xenón y no nos ha dado a nosotros su dinero que se gasta en tonterías? ¿Qué se lo impedía? Uno se lo

pregunta. ¿Es fácil para un dios hacer todo lo que le pasa por la cabeza y privar de su dinero al sucio usurero que amasa el dinero y lo recupera cuando lo ha hecho correr, y dar, aunque sólo fuera una miserable limosna, a quien apenas consigue lo necesario y, sin embargo, comparte la copa con su vecino? ¿Acaso el ojo de la Justicia es un ojo de topo?»

Sin duda, la virulencia de estos versos se explica, en parte, por el carácter del género literario. La invectiva y la duda en cuanto a la justicia de los dioses son temas que encontramos de nuevo en Teognis y Arquíloco. Pero también es cierto que estos poetas fueron testigos de crisis sociales. La desigualdad de las fortunas y de oportunidades, como también la desigualdad política, estuvieron siempre presentes en las ciudades griegas[1] y, desde luego, también en la época helenística. Esta continuidad indica que en el orden económico y social, las ciudades no conocieron ninguna novedad esencial.

En las ciudades griegas, los movimientos revolucionarios revelan la incapacidad de acabar con esa gran desigualdad.

Algunas revoluciones fueron provocadas por la expansión económica y abrieron nuevas posibilidades para una clase desfavorecida: tal vez habría que llamarlas «revoluciones de crecimiento». Fueron éstas la de Solón en Atenas, la revolución de 1776 en los Estados Unidos o la guerra de Secesión en ese mismo país, la revolución de 1789 en Francia o la de 1917 en Rusia, que pretendían desarrollar un nuevo tipo de economía ya iniciado.

Por contra, las revoluciones que estallaron en Grecia, entre los siglos IV y II, no son «revoluciones de crecimiento». Los pobres aspiraban simplemente a una parte de los bienes de los ricos y en ningún caso puede hablarse de expansión económica. Las soluciones que se intentaba aplicar para superar el problema de la pobreza no alcanzaban las raíces del mal y, a menudo, los revolucionarios ponían su esperanza en un retorno al pasado. Ya en el siglo IV, el miedo de las revoluciones y el peligro de ver a sus autores introducir al enemigo externo en la ciudad fue la obsesión de Eneas el Táctico en el tratado de la *Defensa de las ciudades,* donde se lee (cap. XIV) que «los hombres endeudados se pasan al enemigo» y donde se aconseja, por esta razón, que se atiendan sus reivindicaciones para restablecer la concordia.[2] Isócrates evoca en *Arquídamo,* 50, el deseo de rebelión de los pobres que esperaban que la guerra pudiera cambiar su situación. El pacto de la Liga de Corinto, creada por Filipo II de Macedonia en 338, comportaba las siguientes cláusulas, cuya observación debían jurar los *synedroi* y los magistrados asignados a la defensa común: «A despecho de las leyes de cada ciudad, no habrá condenas a muerte ni al exilio, ni confiscaciones, distribuciones de tierra, abolición de deudas ni

liberación de esclavos con miras a revoluciones» (Demóstenes, XVII = *Sobre el tratado con Alejandro,* 15). Eran, pues, hechos habituales y los reyes de Macedonia, como Filipo, se oponían, en general, a las reivindicaciones de los pobres. En 303, el pacto de la Liga que fundó Demetrio Poliorcetes contenía también una cláusula que prohibía las revoluciones (*SEG,* I, 75). Ello no impediría que se produjeran reivindicaciones, apoyadas, precisamente, por los enemigos de esos reyes.

En efecto, se han contado hasta sesenta movimientos revolucionarios, fundamentalmente en el período helenístico.[3] Dada la penuria de nuestras fuentes podemos suponer que, en realidad, existieron muchos más. Hubo movimientos de masas, por ejemplo en Argos, en 370, donde pobres y ricos se enfrentaron con odio feroz (Isócrates, *Filipo,* 51-52), avivado por las confiscaciones de las tierras de estos últimos. Durante la época de los diádocos, el partido de los ricos y el partido de los pobres eran apoyados por uno u otro de los pretendientes a la sucesión de Alejandro. La historia de Argos ofrece numerosos ejemplos de esta conquista y pérdida del poder según la suerte de Antípatro, Poliperconte o Casandro (Diodoro, XVIII, 57, 1; 69, 3-4; XIX, 63). Según Polibio (IV, 17, 5), Cineta, en Arcadia, en el siglo III «era presa desde hacía mucho tiempo de incesantes y graves revoluciones. Todo eran matanzas, destierros recíprocos, expoliaciones y, luego, reparto de tierras». Los aqueos apoyaban a uno de los bandos y los etolios al otro. Polibio reprueba estos conflictos, pero presta tan poca atención a las causas económicas que considera que Cineta había llegado a esa situación por haber descuidado la música que suaviza las costumbres (IV, 20). En Itanos, en Creta, el juramento que realizaban los hombres en el siglo III implicaba el compromiso de no prestar ayuda a una operación de abolición de las deudas o de distribución de tierras (*Syll.,* 3.ª ed., 526, ll. 22-23).

La revolución necesitaba un jefe. De esta forma, si duraba lo bastante como para triunfar, se combinaba, a veces, con una tiranía de tipo demagógico. Por ejemplo, en Casandria, un tal Apolodoro se hizo con el poder junto con algunos conjurados que habían bebido con él el vino mezclado con la sangre de un adolescente inmolado. Habiendo reclutado algunos galos bien conocidos «por su crueldad, confiscó los bienes de los ricos, acumuló así mucho dinero y ello le permitió aumentar la paga de sus mercenarios y distribuir a los pobres su parte de riqueza». Pero abusó del poder así adquirido para arrebatar a los ciudadanos sus últimos recursos (Diodoro, XXII, 5), Al menos, así es como ve las cosas la fuente en la que se basa Diodoro, sin duda aristocrática.

La abolición de las deudas y las redistribución de tierras fueron la gran esperanza de los pobres en las ciudades griegas durante el período helenístico.

La renovación no siempre consistía en una simple operación de fuerza, sino que muchas veces se intentaba promulgar leyes que la sancionaran. Así, junto a los tiranos, aparecían los legisladores. Hacia el año 200, «a causa de sus guerras incesantes y de su gusto por el lujo —dice Polibio, XIII, 1—, los etolios, sin que lo hubieran advertido y sin que se supiera, estaban acribillados de deudas [...] Eligieron como legisladores a Dorímaco y Escopas, cuyo temperamento revolucionario era conocido y cuyas propiedades estaban fuertemente hipotecadas». Éstos pusieron manos a la obra, pero Alejandro el Etolio no aceptó sus leyes. Justificó su actitud afirmando que «en todas partes donde se ha implantado la abolición de las deudas, antes de que se haya anulado la medida, se han producido catástrofes». He aquí una nueva prueba de la generalidad del fenómeno... y del conservadurismo de las fuentes.

A veces, los problemas se solucionaban sin violencia. Así, en Naxos, Ptolomeo Filadelfo y la Liga de los nesiotas ordenaron al nesiarca Bacón que pidiera a Cos —reserva de juristas— jueces que acudieran a Naxos para arbitrar las disputas que surgían como consecuencia del endeudamiento de muchos ciudadanos. La situación se solucionó satisfactoriamente para Naxos, que expresó su reconocimiento (*OGIS*, 43). Según Tito Livio (XLII, 5), durante el reinado de Perseo, hacia el año 173, Tesalia «se vio alcanzada por el mal cuyo contagio había llegado hasta Perrebia». En esta ocasión fue el Senado romano quien envió a Apio Claudio para estudiar la situación y buscar una solución al problema. Con el consentimiento de los acreedores, Apio Claudio decidió descontar de las deudas la acumulación de intereses y decretó que las deudas serían satisfechas en anualidades. Pero en Dime, entre 139 y 116, un procónsul llamado Quinto Fabio Máximo recurrió a la mano dura. Los revolucionarios habían quemado y destruido los archivos de la ciudad, y propuesto leyes contrarias a la constitución que los romanos habían dado a los aqueos. El punto fundamental de su reforma era la abolición de las deudas. Fabio Máximo condenó a muerte a los instigadores del movimiento (*Syll*, 3.ª ed., 684).[4] Tras la destrucción de Corinto, Roma «abolió la democracia e instituyó un régimen de magistraturas censitarias», según Pausanias (VII, 16, 9). Es éste el antecedente de la promoción de los *possidentes*, que caracterizaría la estructura del Imperio.

Ya hemos hecho referencia a la interrupción de la vía judicial en Tespias (Polibio, XX, 6, 1-3 y XXII, 4, 2) durante más de veinticinco años, a partir del 213. Esta ausencia de tribunales equivalía a la abolición de las deudas, pues era imposible, sin la intervención de los jueces, que los acreedores consiguieran la ejecución de sus créditos. Por otra parte, Polibio (XX, 6, 2-4) explica que en esa ciudad «algunos estrategos distribuyeron subsidios entre los indigentes, con dinero que tomaban de

los fondos públicos». Hay que decir que las donaciones de Ptolomeo IV facilitaron esta solución en Tespias.[5]

2) *REVUELTAS DE ESCLAVOS*

Hubo también revueltas de esclavos. La primera que nos es conocida estalló en Quíos en el siglo III.[6] Pero los habitantes de esta isla, que poseían gran número de esclavos desde el siglo V debido al desarrollo de su viticultura y de su comercio atestiguado por los fragmentos de sus vasijas dispersas por todo el mundo egeo, los trataban con tanta dureza que ya en el año 412 hubo una huida en masa (Tucídides, VIII, 40, 2). Un individuo llamado Drimako, a la cabeza de un grupo de esclavos fugitivos, llegó hasta las montañas y asoló la campiña. Drimako organizó fuertemente a sus hombres, imponiéndose sobre ellos despóticamente. Ante la imposibilidad de sofocar la revuelta, los habitantes de Quíos hicieron un pacto con el cabecilla. A su muerte, Drimako fue convertido en héroe y se le dedicó un altar. Se apareció en sueños a los dueños de esclavos y les advirtió de las conjuras que tramaban sus siervos contra ellos. Curioso ejemplo de «recuperación» (Ninfodoro de Siracusa, *apud* Ateneo, VI, 265 B-266 F). Sin embargo, las incursiones de esas bandas de esclavos no se interrumpieron, de forma que las revueltas fueron endémicas en Quíos desde el siglo V. Tal vez, en el siglo III la situación se agravó si la industria y el comercio de Quíos declinaron en beneficio de Rodas y si el número de ciudadanos —muchos de ellos servían como mercenarios— disminuyó. No fue ésta una revuelta aislada. Hubo otras también en Delos, en Ática y en Roma (Diodoro, XXXIV, 2, 19, tal vez basándose en Posidonio, hacia 130; Durrbach, *Choix d'inscriptions de Délos,* I, p. 247); también hubo revueltas de esclavos en las minas del Laurion (Orosio, V, 9; cf. W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens,* p. 379), en Pérgamo,[7] revuelta a cuyo frente estuvo Aristónico, en relación, por otra parte, con las revueltas de Sicilia del año 136 y, en Italia, en 133. Una segunda insurrección de esclavos estalló en el Ática hacia el año 103 (W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens,* pp. 427-428). La utilización de mano de obra esclava exigía el mantenimiento de una fuerza armada, por ejemplo en Atenas (W. S. Ferguson, *op. cit.*, p. 378).

3) *LAS REVOLUCIONES EN ESPARTA*

Analizaremos ahora el movimiento revolucionario mejor conocido: el que se desarrolló en Esparta, en tres momentos, durante la segunda mitad del siglo III. El mejor conocido, decimos, porque partió de una iniciativa

real y, por ese motivo, en sus dos primeras fases atrajo la atención de Plutarco en las *Vidas* de Agis IV y Cleómenes III. Pero como fue la obra de reformadores, a los que animaba una inspiración filosófica, nos es presentado como un esfuerzo por retornar a la pureza de las costumbres primitivas. Con Agis y Cleómenes, las revoluciones son sublimadas por la pluma de Plutarco, es decir, de Filarco, fuente en la que se basa.[8] Agis y Cleómenes son los únicos reformadores a los que no se presenta como tiranos o insurgentes. En efecto, por lo general –lo hemos visto hasta aquí–, la tradición histórica griega, en Polibio y en las fuentes de Diodoro, es hostil, a las revoluciones: expresa el punto de vista de los ciudadanos acomodados. No conocemos ningún historiador griego que defienda el punto de vista de los pobres, que es asumido por los epigramatistas, y los términos que designan las reivindicaciones de éstos son todos peyorativos y sugieren el desorden. Seguiremos a Plutarco –¿qué otra cosa podríamos hacer?– por lo que respecta a Agis y Cleómenes, pero sin olvidar en ningún momento que su relato está impregnado de una visión filosófica y casi hagiográfica.

Tras la guerra del Peloponeso, Esparta había acumulado grandes cantidades de oro y plata. En un Estado casi exclusivamente agrario como era Esparta, esa riqueza debía ser atesorada o invertida en productos de lujo o en la tierra. La antigua sencillez espartana dio paso a un gusto por los placeres que condena Plutarco (*Agis*, 3-5) siguiendo a Filarco (aunque el esplendor de Atenas se elogia siempre como la prueba de la legitimidad de su imperialismo). Abolida la inalienabilidad del *cleros* por una ley que había propuesto el éforo Epitadeo (Plutarco, *Agis*, 5), quienes poseían dinero se hicieron muy pronto con grandes dominios y así, con la riqueza de unos y la pobreza de otros, surgió una gran desigualdad en el reparto de la tierra y un gran malestar que hizo nacer el odio entre los dos bandos. Aristóteles (*Política*, 1270 A, 10 ss.) señala este fenómeno y añade, además, que una gran parte de la riqueza y de las tierras estaba en manos de mujeres. En el año 371, el desastre de Leuctras había revelado el debilitamiento demográfico y moral de Esparta. La pérdida de Mesenia que siguió a ese desastre, empobreció considerablemente a la ciudad.

Las guerras y una baja natalidad, tal vez deseada, redujeron poco a poco el cuerpo político. A mediados del siglo III, sólo quedaban 700 espartanos, de los cuales solamente 100 conservaban su *cleros*, y, por otra parte, se habían creado vastos patrimonios territoriales (Plutarco, *Agis*, 5). Aquellos que eran demasiado pobres para pagar su cuota a las *syssitiai* perdieron así el derecho de ejercer sus prerrogativas de ciudadanos. Esparta quedaba expuesta sin defensa a los ataques de sus vecinos.

a) *Agis IV*

Fue en medio de esas circunstancias en las que el joven rey Agis IV, que hacia 244 contaba veinte años, emprendió el restablecimiento de la antigua igualdad «del tiempo de Licurgo» y trató de ampliar el mermado cuerpo político (Plutarco, *Agis,* 6). Encontró el apoyo de los jóvenes y el retorno a la disciplina de antaño suscitó el entusiasmo. Agis y su familia, que eran ricos (aparte de sus tierras, Agis poseía 600 talentos), abandonaron sus bienes con miras a una redistribución equitativa de la tierra. Tras asegurarse el apoyo del éforo Lisandro, Agis propuso a la gerusía las medidas siguientes (Plutarco, *Agis,* 8): abolición de las deudas y redistribución de las tierras para constituir en los límites del territorio espartano 4500 *cleroi* y, en el exterior de esos límites, 15000. Los 4500 *cleroi* del interior serían asignados a los espartanos. En consecuencia, habría 4500 espartanos ciudadanos,[9] añadiendo a los antiguos ciudadanos los periecos y los extranjeros «que hayan recibido una educación liberal, sean vigorosos y se hallen en la flor de la edad». Los 15000 *cleroi* del exterior serían asignados a los periecos capaces de llevar armas.

La gerusía dudó; el pueblo se hallaba lleno de esperanza; por su parte, los éforos se mostraron hostiles al proyecto. El círculo de Agis intrigó y defendió sin auténtica convicción el pensamiento del joven rey. El colega de Agis en el trono, Leónidas II, apoyó a las clases acomodadas pero tuvo que exiliarse a Tegea. La lucha, siempre latente, entre el rey y los éforos envenenó la situación. Agis destituyó a los éforos y nombró a otros dos nuevos, uno de ellos su tío Agesilao, su bestia negra al decir de Plutarco.

Agis se vio ante un problema técnico, ya que muchas de las tierras que había que redistribuir estaban gravadas con hipotecas. El préstamo hipotecario era la única inversión posible en Esparta, donde apenas existía actividad comercial. Así pues, había que abolir las deudas hipotecarias, lo que, evidentemente, fue aprobado por los poseedores endeudados. Los reconocimientos de deudas fueron quemados en el ágora. Después de eso, los propietarios endeudados, favorables a esa reforma, rechazaron la medida siguiente, es decir, la distribución de tierras, y se apoyaron en el rey Leónidas. Los pobres reclamaron el reparto de tierras que se había prometido. Agesilao dio largas al asunto y la reforma se detuvo, al acumularse demasiados intereses contra ella. Agesilao y sus partidarios aprovecharon una amenaza de los etolios para enviar a Agis a luchar contra ellos fuera de Esparta (Plutarco, *Agis,* 14). La disciplina de su tropa, formada por jóvenes, causó la admiración de las ciudades que atravesó, pero la expedición se interrumpió. Agis regresó a Esparta y fue asesinado.

Si la despojamos de cuanto tiene de edificante, la historia de Agis no es otra cosa que una reforma inspirada por el deseo del retorno a la sim-

plicidad original, aspiración que se remonta, cuando menos, a la *República* de Platón. Agis pretendía convertirse en un nuevo Licurgo: vio el «espejismo espartano». Ese valor concedido al pasado es el corolario de la conciencia de la decadencia. La simplicidad feliz y virtuosa que se atribuye al tiempo de los orígenes se confirma por el tema del «buen salvaje» que propagaba en el siglo III la etnografía y que expresaban los cínicos.

¿Pero eran verdaderamente los pobres quienes deseaban ese regreso a la austeridad y a la naturaleza, ese sueño de rico? En la acción de Agis hay un malentendido esencial. El pobre no deseaba la austeridad, de la cual estaba saturado. Quería ser más rico y acceder así a una vida más fácil. Asimismo, hubiera deseado, como Cércidas, ver al rico humillado para vengarse. El reformador, él mismo rico, quería sacrificar su riqueza y la de los demás a un ideal quimérico de igualdad en la austeridad. No lo consiguió porque la distribución de tierras no llegó a realizarse.

Hay que preguntarse si la reforma, de haberse llevado a cabo, habría resuelto los problemas de Esparta, que eran problemas de supervivencia. Otras ciudades demasiado reducidas para defenderse —caso en el que también se hallaba Esparta— sobrevivieron bien que mal gracias al sinoicismo. Agis, y después Cleómenes, prefirieron recurrir al reclutamiento de nuevos ciudadanos, la «politografía».

Pero la redistribución de tierras y la abolición de las deudas no eran una solución para la debilidad de una ciudad, si no respondían a unos hechos nuevos en el orden económico. En la Atenas de Solón, la abolición de las deudas y el desmantelamiento de los patrimonios de las grandes familias fueron medidas beneficiosas, porque coincidieron con el advenimiento —que, al mismo tiempo, apresuraron— de una economía comercial e industrial que, por otra parte, el propio Solón se preocupó de promover. Ello permitió a los ricos, desposeídos de sus bienes, rehacer su fortuna, mientras que los pobres podían escapar, si lo deseaban, a la miseria del campo.

Por contra, el ideal en Esparta no era volcarse hacia el comercio, si bien a comienzos del siglo III Areo, imitando el modelo del rey helenístico, acuñó moneda con el tipo de Alejandro,[10] pues se trataba, sobre todo, de un instrumento de pago de los mercenarios. El planteamiento de Agis no buscaba producir más, sino sobrevivir en una autarquía igualitaria y aumentar el número de ciudadanos para garantizar la defensa. En esas condiciones, la redistribución de tierras no habría producido un desarrollo económico.

¿Es el caso de Esparta un caso aislado, que obedece al peso de su pasado? No lo creemos, pues muchas ciudades —acabamos de verlo— buscaron en la abolición de deudas y la distribución de tierras el camino

hacia la concordia y la salvación. Tito Livio (XXXII, 38) nos da idea de la amplitud de este movimiento cuando afirma que esas medidas eran «las dos antorchas incendiarias con las que todos los revolucionarios arman al pueblo contra la aristocracia». Pero estas soluciones no conseguían crear riqueza. Para ello, habría sido necesario encontrar nuevas posibilidades comerciales y revitalizar un trabajo artesanal que alimentara los intercambios. El fracaso general de las revoluciones en las ciudades griegas durante el período helenístico demuestra, por sí solo, en ausencia de datos cuantitativos, que la economía apenas se basaba en el comercio en las pequeñas ciudades, y que subsistía el miedo al hambre y el ideal de autarquía.

b) *Cleómenes III*

No debe extrañarnos tampoco el fracaso de Cleómenes III. Sucesor, a muy temprana edad, de Agis, del que era sobrino, no tenía, según Plutarco (*Cleómenes,* 1), ni su prudencia ni su dulzura. La viuda de Agis, con la que había contraído matrimonio, y su consejero, el estoico Esfero de Boristene (Plutarco, *op. cit.,* 2), le impulsaron a restaurar, también, la antigua disciplina espartana así como la igualdad.[11] Hijo del rey Leónidas, que estuvo asociado en el trono a Agis IV, Cleómenes renegó de la política paterna, que se apoyaba en los ricos. Éstos habían vuelto a su actitud despreocupada y la masa se sentía fatigada de tanta pobreza.

En el momento en que Cleómenes accedió al trono, en 235, a la muerte de Leónidas, Esparta iba a necesitar toda su energía para resistir las iniciativas de Arato de Sición, que dirigía la Liga aquea y pretendía unificar bajo su férula a todo el Peloponeso. Cleómenes se vio enfrentado a tres problemas: la defensa de Esparta contra el peligro exterior, e incluso conseguir una cierta expansión, incrementando para ello el cuerpo cívico; hacer reinar la concordia en el interior por medio de la igualdad; y para conseguir esas reformas, desembarazarse de la tutela de los éforos.

Este último punto no tardó en ser solucionado cuando Cleómenes hizo asesinar a los éforos con la excepción de uno solo (Plutarco, *Cleómenes,* 8). Proscribió a ochenta ciudadanos influyentes y decidió ocupar él mismo el único puesto de éforo que subsistía. Su crítica del eforado se basaba en que no se remontaba a Licurgo. Por otra parte, parece que Cleómenes quedó como único rey, por el exilio y asesinato de su colega Arquídamo. Sin embargo, designó como colega a su hermano Euclidas (Plutarco, *op. cit.,* 11), pero ésa era una medida ilegal. Estas medidas eran de corte tiránico y Plutarco menciona, a este respecto, la palabra «monarquía». (Plutaco, *Cleómenes,* 8-11).

En cuanto a las reformas que propuso a la *eclesía,* eran las mismas que había intentado Agis IV: abolición de las deudas, distribución de las tierras, ampliación del cuerpo político por admisión de periecos. El objetivo final era restablecer el antiguo poderío militar de Esparta y, revitalizando la disciplina, hacer del ejército (Plutarco, *Cleómenes,* 11) —un cuerpo de 4000 hoplitas, con armamento macedónico— el instrumento de una política abocada no tan sólo a la defensa sino también a la conquista.

Un aspecto importante en la carrera de Cleómenes es la guerra.[12] En efecto, a partir del año 229, Esparta vio cómo se concretaban los peligros. Argos se adhirió a la Liga aquea amenazando el flanco nordeste de Laconia. Inmediatamente se produjo la respuesta de los etolios, que cedieron a Esparta las ciudades de Tegea, Mantinea, Orcómeno y Kafiai, lo que impulsó a Cleómenes a invadir el territorio de Megalópolis. A partir de ese momento comenzó una guerra abierta. En las primeras escaramuzas contra Arato, Cleómenes se mostró como hábil estratega. En 227, era un rey victorioso. Sin duda, en el Peloponeso y en toda Grecia pudo contar con el apoyo de los pobres, que esperaban poder liberarse de su miseria, contra la Liga aquea, que defendía la sociedad de los ricos.[13] La alianza de Arato con Macedonia, donde reinaba Antígono Dosón, preparada desde el año 227, se hizo efectiva en 225, mientras que Cleómenes conseguía el apoyo de los etolios y de Ptolomeo III;[14] alianza que sería poco eficaz. En 225, Cleómenes consiguió una serie de victorias que le permitieron desquiciar a la Liga aquea: Argos, Fliunte, Cleones, Corinto, con excepción del Acrocorinto, cayeron en su poder. Pero el rey espartano no manifestó prisa alguna por realizar en las ciudades conquistadas las reformas que esperaban los pobres. ¿Pensaba en preservar a la Liga aquea y a los ricos que la apoyaban, temeroso ante la importancia cada vez mayor de quienes se oponían a su política social y, por tanto, intentarían frenar su política de conquista? ¿O simplemente dudaba ante la dificultad de la tarea? Sus titubeos provocaron la decepción de sus partidarios, que Plutarco (*Cleómenes,* 20, 3) refiere con respecto a Argos.

Lo cierto es que Cleómenes, que había llegado incluso a vender su libertad a los ilotas, que podían comprarla por cinco minas, se vio acorralado al perder una tras otras las ciudades que había conquistado, ante el avance macedónico. Finalmente, fue vencido por Antígono Dosón en Selasia, en el verano del año 222. Se recogió, entonces, en la corte de Ptolomeo, cuya ayuda había sido bien poco eficaz, y fue asesinado (Polibio, V, 36-39). Polibio (II, 47-71) relata estos acontecimientos siguiendo las *memorias* de Arato y explica por qué prefiere esta fuente a Filarco (II, 56).

Las reformas fueron abolidas en Esparta (Polibio, II, 70). Los aqueos y los macedonios sostuvieron en todas partes el partido de los ricos. Así

pues, la política exterior, es decir, la guerra, había decidido la suerte de las reformas sociales. Los exilios, consecutivos a las reformas, abrieron la ciudad a las influencias de los reyes y de las ligas. La ciudad no era un medio cerrado donde pudiera imponerse, sin posibilidades de contagio y sin repercusiones, una estructura ideal.

c) *Nabis*

La cuestión de las reformas volvió a plantearse en Esparta con Nabis,[15] quien accedió al trono hacia 207-206, aunque su situación era un tanto ilegal, pues Nabis era el único rey y la legitimidad de su título había sido puesta en duda. Nabis reivindicó esa legitimidad, especialmente en sus monedas,[16] y rechazó la calificación de tirano en un discurso a Flaminino que le atribuye Tito Livio (XXXIV, 31). Los historiadores antiguos le dan el nombre de «tirano», pero una inscripción de Delos (*Syll.*, 3.ª ed., 584) le concede el título de rey.

El recuerdo de Nabis ha llegado hasta nosotros rodeado del odio que suscitó. Polibio lo ha evocado con toda la parcialidad de un aqueo, al menos en los pasajes elegidos por su abreviador, tal vez también parcial. A las prevenciones de Polibio añade Tito Livio el punto de vista del romano contra un enemigo.

Polibio evoca las proscripciones de los ricos, los exilios y asesinatos perpetrados incluso en el extranjero por individuos a sueldo de Nabis, y las bandas de desalmados que saqueaban y mataban. Es una auténtica catilinaria. Del mismo tono son los extractos de Diodoro (XXVII, 1). Nabis tenía siempre una urgente necesidad de dinero: dinero para sus mercenarios y su guardia cretense, y para los gastos del culto y de la administración. Para obtener el dinero, Nabis no dudaba en recurrir a la tortura. Polibio (XIII, 7) menciona incluso una rocambolesca estratagema respecto a un maniquí asesino con imagen de la reina.

Nabis manumitió a los «esclavos» y les dio en matrimonio a las mujeres y las hijas de sus amos exiliados (Polibio, XVI, 13 y Tito Livio, XXXIV, 31, 11, 14 y 32, 9). No sabemos si esos «esclavos» *(duloi)* eran ilotas cuya situación, debido a la apropiación privada de los *cleroi* en los que trabajaban, se fue confundiendo poco a poco con la de los esclavos. Esto parece desprenderse de la forma en que se expresa Tito Livio (XXXIV, 27), que afirma que Nabis «armó a 10 000 habitantes del país con los esclavos utilizados en los campos» y relata la traición de «un determinado número de ilotas, esclavos desde hacía mucho tiempo, relegados en los campos que cultivaban».

La idea de fondo era siempre la misma: incrementar el cuerpo político

y restablecer la igualdad en la posesión de tierras. Pero, a diferencia de Cleómenes, Nabis no pudo contar con un filósofo que aureolara la operación, a los ojos de los historiadores, con una intención de justicia social.

La revolución de Nabis se acompañó de la implantación de una tiranía, con las instituciones típicas de este régimen: guardia de corps formada por mercenarios extranjeros (cretenses y tarentinos), régimen de terror (por ejemplo, Tito Livio, XXXIV, 27), política de prestigio, sobre todo mediante la creación de una marina (Tito Livio, XXXIV, 28-30) y donaciones a Delos (*Syll.*, 3.ª ed., 584), y construcción de murallas en Esparta (Plutarco, *Filopemen*, 14 ss.; Tito Livio, XXXIV, 27). Nabis convocaba a la asamblea del pueblo pero hacía que sus mercenarios la vigilaran. Por otra parte, se desembarazó del control de los éforos y de la gerusía. Volvamos ahora a la historia de Nabis.

Si Tito Livio ha consagrado algunas páginas a Nabis es porque su política exterior conquistadora se enfrentó con la de Roma. Ahora bien, al principio fue un efímero aliado de Flaminino, con Atalo I y los aqueos, contra Filipo V y los etolios (Tito Livio, XXXII, 39). Era el momento en que, contra la voluntad de los argivos, acababa de tomar Argos, que le había ofrecido Filipo V, a pesar de que había afirmado que no quería entrar en Argos sino con el acuerdo de sus habitantes (Tito Livio, XXXII, 38). Allí, una vez más, hizo votar la abolición de las deudas y la redistribución de tierras. La expansión territorial se acompañó, pues, de un cambio social revolucionario.

Pero, a no tardar, Roma tomó como pretexto su decisión de liberar a Argos para reunir contra Nabis a una coalición de la que formaron parte los aqueos, atenienses, el rey de Pérgamo y los etolios (Tito Livio, XXXIV, 22 ss.). La técnica de la liberación era siempre la misma: el ejército coaligado, secundado por los exiliados, se presentaba ante la ciudad que había que liberar y contaba con elementos sediciosos en el interior que le abrieran las puertas y evitaran el enfrentamiento. Pero en Argos la sedición fue sofocada, y Flaminino renunció a tomar la ciudad para dirigirse a Esparta y capturar a Nabis en su propia casa. Tito Livio (XXXIV, 26-30) relata cómo se produjo la ocupación de Gition mediante la acción conjugada de las flotas de Eumenes II, de Rodas y de Roma y del ejército de tierra, lo que privó a Nabis de su flota. Sin embargo, una vez más, Flaminino renunció al asalto final: el espartano Pitágoras había incendiado las casas situadas junto a las murallas, lo que provocó la desbandada de los asaltantes (Tito Livio, XXXIV, 39). Nabis se rindió a los romanos en 195. Privado de cualquier posibilidad de acción exterior, permaneció en Esparta (Tito Livio, XXXIV, 42-43), pero perdió Argos y una parte del territorio de los periecos, así como la flota. De todas formas, seguía

conservando una pequeña parción del territorio laconio, que le permitía el acceso al mar.

La resistencia de Esparta durante el asedio del año 195 y el hecho de que Nabis contara en Esparta con 2000 argivos, hace pensar que una parte de la población de estas ciudades no le era hostil.

Fue Filopemen, el estratego de la Liga aquea, quien, pese a las dilaciones de los romanos, frenados en su iniciativa por la inquietud que les inspiraba Antíoco III, acabó con Nabis (Tito Livio, XXXV, 27 ss., y Plutarco, *Filopemen,* 14 ss.). Encerró a Nabis en Esparta, donde el rey espartano quedó atenazado. En ese momento intervinieron las flotas de Eumenes II de Pérgamo y de los romanos, y el reino de Nabis se vio privado de su acceso al mar, en virtud de un armisticio. El golpe de gracia le fue asestado en 192 por Alexámeno, estratego de la Liga etolia, que entró en Esparta con el pretexto de negociar una alianza y asesinó a Nabis (Tito Livio, XXXV, 35 y Plutarco, *Filopemen,* 15, 3). Filopemen hizo que Esparta se adhiriera a la Liga aquea.

Para otros historiadores, Nabis habría podido ser también un revolucionario filántropo (es la forma en que Tito Livio, XXXIV, 31, caracteriza sus reformas) y uno de los últimos defensores de la independencia griega –la de la invicta Esparta– contra los romanos. Pero no existían historiadores griegos en el partido de los pobres. Y la identificación de Nabis con un tirano justificaba, a los ojos de Polibio, todas las condenas.

Intentemos analizar el significado económico de esas revoluciones. Ante todo, hay que decir que fueron revoluciones *agrarias.* Lo que estaba en juego era la posesión de la tierra. Ello demuestra que estamos ante una economía todavía arcaica. Lo que correspondería a un proletariado urbano son las revoluciones de esclavos, aunque aquellas que evoca Diodoro (XXXIV, 2) parecen más bien haber sido protagonizadas por esclavos agricultores.

Al margen de la abolición de las deudas y de un reparto igualitario de las tierras, la economía no interesaba a los reformadores. Su objetivo consistía en reforzar el Estado para conseguir una defensa más eficaz y, en definitiva, para poder realizar mayores conquistas. Pero su sueño era una sociedad inmóvil y con su subsistencia asegurada.

La ciudad griega tuvo siempre un ideal totalitario. La *homonoia,* la concordia, tan frecuentemente invocada, era concebida como unanimidad más que como armonía de opiniones divergentes. La oposición siempre era perseguida. Las proscripciones, destrucciones, asesinatos y confiscaciones hicieron de la revolución un instrumento de despoblación y empobrecimiento.

En Esparta, las nuevas estructuras no significaban sino el deseo de

restaurar un pasado, que coincidía con la grandeza militar y política de la ciudad.

Si, como hemos visto, se produjo una especie de contagio revolucionario, sin embargo, hubo también una apatía por parte de la clase pudiente, que se remonta, al menos, a la época de Demóstenes. Tito Livio (XXXIV, 34) analiza los motivos de esta actitud cuando intenta explicar por qué las ciudades griegas aliadas de Roma se mostraban renuentes a asediar a Nabis en Lacedemonia. El historiador apunta cinco causas: «La burguesía es indolente. Se siente celosa del militar y le denigra; la libertad de discusión dificulta llegar a un acuerdo unánime; el tesoro público está agotado; los ciudadanos se niegan a aceptar nuevos impuestos». Tal vez Tito Livio no supo comprender que la existencia de cierta desconfianza con respecto a Roma hacía que la alianza fuera poco sincera.

Digamos, por último, que las revoluciones espartanas dieron a Macedonia, a la Liga aquea y a Roma pretextos para intervenir y que, para Roma, significaron el comienzo de una intervención en Grecia que no terminaría hasta el año 146.

Considerando la cuestión desde una perspectiva histórica, el fracaso de estas revoluciones se debió a que se produjeron en un período de estancamiento —o de decadencia— económico y de ausencia total de desarrollo técnico.

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. Véase ISÓCRATES, *Panatenaica,* 259.
2. Sobre las revoluciones en el siglo IV, véase Cl. MOSSÉ, *La fin de la démocratie athénienne.*
3. Véase A. FUKS, «Social Revolution in Greece in the Hellenistic Age», en *La Parola del Passato,* 111 (1966), pp. 437-448.
4. Véase A. FUKS, «Social Revolution in Dymè in 116-114 B. C.», en *Scripta Hierosolymitana,* vol. XXIII (1972), pp. 21-27.
5. Véase M. FEYEL, *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle avant notre ère* (París, 1942), pp. 274-283.
6. Véase A. FUKS, «Slave War and Slave-Troubles in Chios in the third Century B.C.», en *Athenaeum,* n.s. 46 (1968), pp. 102-112, y, en general, sobre las revueltas de esclavos, el artículo de W. L. WESTERMANN, «Sklaverei», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.,* Supl. VI, cols. 943-944.
7. Con respecto a Aristónico, véase: E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon,* pp. 142-148. Revuelta y huida de esclavos en la Perea de Rodas (FRASER y BEAN, *The Rodian Peraea and Islands,* inscr. núm. 13). Disposición referente a la huida de esclavos en masa en *Syll.,* 3.ª ed., 633, ll. 87 ss. (Mileto-Heraclea).
8. Cf. T.W. AFRICA, *Phylarchus and the Spartan Revolution* (Berkeley-Los Angeles, 1961) y A. FUKS, «Non phylarchean Tradition of the Programme of Agis IV», en *Classical Quarterly,* n.s. XII (1962), pp. 118-121.
9. Véase A. FUKS, «The Spartan Citizen-Body in mid-third Century B. C. and its Enlargement proposed by Agis IV», en *Athen.,* n.s. XL (1962), pp. 244-263.
10. Cf. Ch. SELTMAN, Greek Coins (2.ª ed., Londres, 1955), pp. 256-257 y lám. LXII, 6.
11. Fuentes sobre la carrera de Cleómenes: POLIBIO, II, 46-70; V, 37; VIII, 35; PLUTARCO, *Cleómenes y Arato.* Véase E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* I, pp. 336-364. Sobre la influencia de Esfero, véase F. OLLIER, «Le philosophe stoïcien Sphairos et L'oeuvre réformatrice des rois de Sparte Agis IV et Cléomène III», en la *Revue des Études grecques,* XLIX (1936), pp. 536-570.
12. Sobre esta guerra, que se ha llamado cleoménica, véase el relato de los acontecimientos, las fuentes y la bibliografía en E. WILL, *op. cit.,* pp. 336 ss.
13. Véase M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic history of the Hellenistic World,* p. 209.
14. Véase la crítica de las fuentes en E. WILL, *op. cit.,* p. 345.
15. Sobre Nabis, véanse las fuentes siguientes: POLIBIO, XIII, 6-8; XVI, 13; 16 (donde Polibio critica a un historiador cuyas obras se han perdido, Zenón de Rodas); TITO LIVIO, XXXII, 38, 6-9-39; XXXIV, 22-41; XXXV, 35; DIODORO, XXVII, 1; PLUTARCO, *Flaminino,* 13; *Syll.,* 3.ª ed., 584; *IG,* V, 1, 885. Sobre su carrera, véase A. AYMARD, *Les premiers rapports de Rome et de la Confédération Achaïenne* (París, 1938), índice, y F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940), índice. Bibliografía y acontecimientos en E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* II, pp. 88-89; 135-136; 150-151; 168-170; V. EHRENBERG, «Nabis», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.,* cols. 1471 ss. A las obras citadas por E. WILL, hay que añadir Cl. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce antique* (París, 1969), pp. 179-192.
16. Véase Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* p. 257, lám. LXII, 8.

El índice alfabético, común a los dos volúmenes, lo hallará el lector al final del tomo 2.

Claire Préaux

El mundo helenístico

Grecia y Oriente

(323-146 a. de C.)

Tomo segundo

NUEVA CLIO

la historia y sus problemas

El mundo helenístico

Grecia y Oriente, desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a. de C.)

Tomo segundo

Claire Préaux

Miembro correspondiente del Instituto
Profesora emérita de la Universidad Libre de Bruselas

EDITORIAL LABOR, S. A.
Calabria, 235-239 - 08029 Barcelona
1984

títulos publicados

1. la prehistoria
ANDRÉ LEROI-GOURHAN y otros
2. el próximo oriente asiático desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del mar
PAUL GARELLI
2 *bis.* el próximo oriente asiático. los imperios mesopotámicos, israel
P. GARELLI y V. NIKIPROWETZKY
6. el mundo helenístico
CLAIRE PRÉAUX
6 *bis.* el mundo helenístico
CLAIRE PRÉAUX
7. roma y el mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas
JACQUES HEURGON
8. roma y la conquista del mundo mediterráneo. I: las estructuras de la italia romana
CLAUDE NICOLET
8 *bis.* roma y la conquista del mundo mediterráneo. II: la génesis de un imperio
CLAUDE NICOLET
9. la paz romana
PAUL PETIT
10. el judaísmo y el cristianismo antiguo
MARCEL SIMON y ANDRÉ BENOIT
11. la crisis del imperio romano
ROGER RÉMONDON
12. las invasiones, las oleadas germánicas
LUCIEN MUSSET
12 *bis.* las invasiones, el segundo asalto contra la europa cristiana (siglos VII-XI)
LUCIEN MUSSET
14. occidente durante la alta edad media. economías y sociedades
RENEE DOEHAERD
16. el cambio feudal (siglos X al XII)
JEAN-PIERRE POLY y ÉRIC BOURNAZEL
17. la infancia de europa (siglos X-XII) I: el hombre y su espacio
ROBERT FOSSIER
17 *bis.* la infancia de europa (siglos X-XII) II: estructuras y problemas
ROBERT FOSSIER
18. europa en el siglo XIII
LEOPOLD GÉNICOT
20. la expansión musulmana (siglos VII-XI)
ROBERT MANTRAN
22. occidente durante los siglos XIV y XV. los estados
BERNARD GUENÉE

El mundo helenístico

NUEVA CLIO ▸ La Historia y sus problemas

Colección fundada por
ROBERT BOUTRUCHE y PAUL LEMERLE
y dirigida por
JEAN DELUMEAU y PAUL LEMERLE

Traducción de
JUAN FACI LACASTA

Con dos mapas

Primera edición: 1984

Título de la obra original:
Le monde hellénistique
© Presses Universitaires de France, París, 1978
© de la edición en lengua castellana y de la traducción:
Editorial Labor, S. A. - Calabria, 235-239 - 08029 Barcelona (1984)
Depósito legal: B-36418-1984
ISBN 84-335-9324-2
Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en
GERSA, Industria Gráfica
Tambor del Bruc, 6 - Sant Joan Despí (Barcelona)

Índice de materias

TERCERA PARTE

LA CULTURA

Crítica de la idea de civilización mixta

CAPÍTULO PRIMERO. **Griegos y no griegos** 325
1) Los prejuicios y los griegos 325
2) El aislamiento del mundo helenístico en Oriente 329
3) El problema de la traducción 331
4) La lengua, factor de aislamiento de los grupos sociales y culturales 332
a) Preservación de las lenguas indígenas 332
b) Preservación del griego 333
c) El griego, lengua de la alta sociedad, del ejército y del comercio a gran escala 337
d) El gimnasio 339
5) El helenismo y los judios 342
Notas del capítulo primero 359

CAPÍTULO II. **La pluralidad de derechos** 362
1) El postulado de la fusión de los derechos 362
2) La pluralidad de derechos en el Egipto ptolemaico 364
a) El derecho de las ciudades 364
b) El derecho de los griegos fuera de la ciudad 365
c) El derecho egipcio 366
3) La ausencia de personalidad en el derecho 366
4) La ausencia de un derecho mixto greco-egipcio 368
5) El derecho real 370
Notas del capitulo II 372

CAPÍTULO III. **La filosofía y la moral** 376
1) La academia 376
2) El aristotelismo: Teofrasto y Estratón 377
3) Las teosofías nuevas 380
a) Caracteres comunes 380
b) Fuentes 381
4) Los escépticos 381
5) Los estoicos 383
6) Los epicureos 387
7) Los cínicos 390
Notas del capítulo III 393

CAPÍTULO IV. **La ciencia helenística** 394
1) Fuentes 394
2) Los progresos de la ciencia helenística sobre los problemas clásicos 395
3) Límites de la ciencia helenística 399
Notas del capítulo IV 406

CAPÍTULO V. **La religión** 407
1) Las fuentes 408
2) Tipología de la religiosidad helenística 408
3) La religiosidad de los filósofos 412
4) Dioniso 415
5) Serapis 416
6) Isis-Osiris 421
7) La exégesis filosófica de la religión 425
Notas del capítulo V 426

CAPÍTULO VI. **La expresión artística y literaria** 428
a) Lagunas de las fuentes 429
b) El realismo 430
c) Lo colosal 434
d) Lo barroco 434
e) Los programas de urbanismo 436
f) La literatura 439
g) Los bárbaros en la literatura de lengua griega 441
Notas del capítulo VI 444

BALANCE DE LA ÉPOCA HELENÍSTICA 445

CUARTA PARTE

INSTRUMENTOS DE INVESTIGACIÓN

BIBLIOGRAFÍA 451

FUENTES Y MÉTODOS 515
Las fuentes literarias narrativas 515
A) Historiadores 515
1.º Historias universales 515
2.º Historias especiales 519
B) Características de las fuentes narrativas 523
1.º Las lagunas 523
2.º Las carencias de la historiografía antigua 525
3.º Los sistemas cronológicos 527
4.º Fuentes documentales de la historia narrativa 530
La epigrafía 531
La interpretación histórica de las inscripciones 533
La papirología 535
La numismática 539
La arqueología 543
Notas del capítulo «Fuentes y métodos» 546

CUADRO DE SINCRONISMOS 549

LOS ACONTECIMIENTOS 561
Notas del capítulo «Los acontecimientos» 610

ÍNDICE ALFABÉTICO 613

TERCERA PARTE

LA CULTURA

Crítica de la idea de civilización mixta

CAPÍTULO PRIMERO

Griegos y no griegos [1]

Generalmente, la civilización helenística se define como un proceso de influencia recíproca del helenismo sobre Oriente y de Oriente sobre el helenismo. Este enfoque de la cuestión se remonta a J. Droysen,[2] y revela la influencia de Hegel en este historiador.

Hay que decir, ante todo, que Oriente no constituye una unidad. En verdad, no hubo, al margen de la religión, una «orientalización» en Grecia. Eventualmente, sólo puede hablarse de mezcla de culturas en el Egipto lágida, en el reino de los Seléucidas y en los confines de la India y, en muy escasa medida, en Pérgamo.

Para decidir sobre la validez de la tesis de Droysen nos preguntaremos, ante todo, cómo contemplaban los griegos sus relaciones con el mundo bárbaro, y en la medida de lo posible, nos plantearemos los mismos interrogantes con respecto a los bárbaros. Luego, intentaremos identificar los puntos de contacto.

1) *LOS PREJUICIOS DE LOS GRIEGOS*

Ya desde la época clásica, los griegos reconocían que algunas aportaciones externas habían alimentado su cultura. Sí, Heródoto (II, 50) creía que los nombres de los dioses griegos procedían de Egipto. El autor del diálogo platónico del *Epinomis* (987 D) sabía que la astronomía griega tenía una gran deuda con Oriente, pero apostilla que «todo cuanto los griegos reciben de los bárbaros lo embellecen y lo llevan a la perfección»: sentimiento de superioridad.

Ese sentimiento de superioridad nació con las victorias de Maratón y Salamina y fue fortalecido por la mentalidad imperial de Atenas. Después de las guerras médicas, el bárbaro —se trataba de Persia— era el *otro,* con referencia al cual se definía el griego, el otro cuya rareza interesaba y estimulaba los sueños del exotismo, pero también el otro al que el griego no deseaba parecerse. Como monarca, el persa de Esquilo o de Heródoto era impulsivo y violento hasta el sacrilegio. Como súbdito, era esclavo e inculto, tal como Eurípides hace decir a su *Helena* (276) o Jenofonte a Jasón de Feres (*Helénicas,* VI, 1, 12).

El gusto por lo «puro» llevaba también a los griegos al desprecio del otro. Platón expresó a menudo su horror ante las mezclas raciales. En las *Leyes* (III, 693 A) imagina lo que sería Grecia si no se hubiera salvado de la dominación de los persas: «Todas las capas griegas estarían mezcladas, los griegos con los bárbaros y los bárbaros con los griegos, así como las regiones que actualmente dominan los persas viven en una descomposición lamentable, a fuerza de dispersiones y de mezclas». Por su parte Polibio no oculta su desdén hacia los griegos de Alejandría, que ya no eran una raza pura (en Estrabón, XVII C 797). Si se desprecia al griego mezclado con el bárbaro es porque se afirma que esa mezcla ha producido su degeneración. Tal es lo que afirma Tito Livio (XXXVIII, 17), sin duda siguiendo a Polibio.

La constatación de esa degeneración indica, pues, que se percibía la influencia del medio oriental. «Cualquier producto —afirma Tito Livio— debe crecer sobre su tierra natal; cuando es trasplantado a suelo extranjero sufre la influencia y degenera».

Influencia del medio físico; nos hallamos ante la teoría del determinismo geográfico del comportamiento y de la raza —el fatalismo racista— que impregna el pensamiento griego desde el Corpus hipocrático con *Aires, Aguas, Lugares* (especialmente cap. XII) al tratado de Astrología, el *Tetrabiblos* de Ptolomeo (lib. II, caps, 2 y 3) pasando por Heródoto (VII, 102) y Polibio (IV, 21).

Pero a este determinismo basado en el clima, que separaría las razas y las culturas, los sofistas oponen la convicción de que lo fundamental es la educación, y sería éste el único aspecto que diferencia a los hombres, a los que la naturaleza ha hecho a todos iguales (Anfitón, frag. 5). El eco de estas tesis opuestas llegó hasta el escenario, instrumento —y para nosotros prueba— de este debate en la gran masa de los ciudadanos (véase, por ejemplo, Eurípides, *Las troyanas,* 764-765; *Helena,* 666; *Andrómaca,* 647-653; *Medea,* 536-538; Aristófanes, *Los acarnanios,* 145-147). Ahora bien, esa gran masa de ciudadanos es la misma a la que en *Las nubes* se invita a mofarse de los sofistas, cuya doctrina de la unidad del género humano debía enfrentarse con los prejuicios de la ciudad. En el siglo IV, el

matrimonio de Ifícrates con la hija del rey tracio Cotis fue ocasión para que el cómico Anaxándrides (Ateneo, IV, 131 B-C) escribiera un «banquete de bodas entre los salvajes», para hacer reír. Por otra parte, Platón, en su *Menexeno,* que parodia uno de los temas favoritos de los elogios de los guerreros muertos por la ciudad, evoca «en nuestra ciudad el odio sin mezcla por la raza extranjera» (245 D). Pero si el tema era popular, bajo la parodia aparece la reprobación que Platón dirigía, a este respecto, a los demagogos. Y ello nos indica una división social posible de las dos opiniones opuestas: la masa, que aceptaría el prejuicio de la superioridad de los griegos, y los intelectuales, divididos, como el propio Platón, quien en las *Leyes* (IV, 704 D-705 A; 707 A-D; XII, 950 A) desconfía de la población mezclada de las ciudades marítimas y la desprecia, pero en otros lugares, en una visión del tiempo ampliada hasta el infinito, supera los límites de la ciudad y sus genealogías mezquinas, para proclamar que cada uno de nosotros es el producto de las mezclas raciales de bárbaros y griegos mil veces repetidas (*Teeteto,* 175 A). Sin duda, esta elevada justificación de los fundamentos del cosmopolitismo no alcanza al personaje insignificante en cuyos labios, de una forma más humilde, pero que prefigura ya la ética del mercenario helenístico, pone Eurípides estas palabras: «Allí donde sea, la tierra que nos alimenta es nuestra patria» (*Faetón,* frg. 777).

Es con un pensamiento más revolucionario con el que hay que relacionar la decisión filosófica de Diógenes el Cínico, que acabaría forjando el término *cosmopolites,* cuya fortuna sería tan larga y fecunda (Diógenes Laercio, VI, 63; 72). Pero, una vez más, en el cinismo, dado que es una doctrina de «contracultura», el cosmopolitismo revela, por contraste, la adhesión de la masa al dogma de la superioridad del griego y de la excelencia de la ciudad.

Otro camino que condujo a los griegos al encuentro de Oriente es el exotismo. El exotismo, iniciado por la *Odisea,* revitalizado por Hecateo de Mileto y Heródoto y mantenido, en las tragedias de Esquilo, por las evocaciones del Nilo y de Persia, y en la *Helena* de Eurípides por la aventura novelesca egipcia, condujo a Platón a la admiración de un Egipto cuya inmovilidad garantizaba la sabiduría (por ejemplo, *Timeo,* 22). Aristóteles (*Política,* 1329 B) se inclina ante la antigüedad de las leyes de Egipto y se muestra dispuesto a aceptarlas. Desvalorizando el futuro, los filósofos idealistas toman como referencia un Oriente al que atribuyen una inmovilidad que en realidad no existió.

Ese mundo que se detiene en la dicha de su perfección es el Egipto que servirá de espejo en todo el período helenístico. Diodoro (II, 29) opone todavía —tal vez siguiendo a Hecateo de Abdera— «los bárbaros, que permanecen siempre en la misma posición y así tienen concepciones

seguras sobre cada punto, a los griegos, que, pensando en el beneficio profesional, fundan nuevas sectas y, oponiéndose entre ellos en principios fundamentales, crean la incertidumbre entre sus discípulos».

Episodios egipcios en las obras griegas, temas nilóticos en los mosaicos, viajes a Egipto, interés por la historia de Babilonia, de los hebreos y de los egipcios que el público griego pedía a Beroso, a Manetón y a Hecateo de Abdera, así como a los traductores del Antiguo Testamento, todo ello es testimonio, en el período helenístico, del «espejo de Oriente», que persistiría bajo el Imperio romano. No es insólita la coexistencia de esa admiración con el desprecio: el siglo XVIII del «¿se puede ser persa?» gustó también de la evocación de las «islas» y de China.

Más reveladora de una aspiración a la fraternidad universal es la intención, que se atribuye a Alejandro,[3] de unir a griegos y bárbaros y, ante todo, de adoptar ciertas costumbres de los persas y de favorecer —u ordenar— los matrimonios mixtos, de lo cual él mismo dio ejemplo al casar con la princesa Roxana de Bactriana. La indignación de sus contemporáneos, que recoge Hipérides (*Oración fúnebre,* 21), atestigua la realidad y lo chocante de ese designio. La actitud de Alejandro no dejaría de ser discutida, lo que demuestra que hubo realmente un problema de «griegos y bárbaros». Así, según Estrabón (I C 66-67), «Eratóstenes reprobaba a aquellos que, dividiendo el género humano en griegos y bárbaros, aconsejaban a Alejandro que tratara a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos. Él afirma que sólo el valor puede ser la medida correcta para establecer una distinción entre los hombres». Eratóstenes da ejemplos de bárbaros importantes: los indios, los arios, los romanos y los cartagineses. Estrabón añade que ello justifica que Alejandro acogiera bien a aquellos entre los cuales «triunfaban el respeto de la ley, el sentido político y todo lo que acompaña a la educación y el arte de hablar». Así pues, para Estrabón, los bárbaros vanidosos son aquellos que han recibido los «valores» de la educación griega.

Plutarco atribuye a Aristóteles las opiniones hostiles a los bárbaros (*De Alexandri Magni fortuna aut virtute,* 329 A-C) y felicita a Alejandro por no haber seguido esos consejos. No es difícil encontrar en la obra de Aristóteles afirmaciones que indican que Plutarco se hallaba en lo cierto. El finalismo que le inspira induce al estagirita a señalar diferencias de naturaleza irreductibles entre los humanos, que justifican los prejuicios de la ciudad con respecto a la inferioridad de la mujer, del bárbaro y del esclavo (por ejemplo, *Política,* 1252 B).

Si Alejandro no siguió a Aristóteles, ¿conoció otras corrientes filosóficas? Podemos suponer que de alguna forma estaba familiarizado con el cinismo por su historiógrafo Onesícrito, al que una tradición relaciona con Diógenes (véase T. S. Brown, *Onesicritus,* pp. 47-48). Por razones de

imposibilidad cronológica hay que rechazar la influencia de Zenón, de la que habla Plutarco (*De fortuna...*, 329 B).

Pero la idea de tratar a los hombres según los méritos desarrollados en ellos por la educación, se remonta a los sofistas y a la preponderancia que concedían a la cultura sobre la naturaleza. Su continuador, Isócrates, afirma en el *Panegírico*, 50: «Se llama griegos a aquellos que comparten nuestra educación más que a quienes tienen el mismo origen que nosotros». ¿Cosmopolitismo generoso? No lo creemos. Si bien abandona el criterio de la raza, Isócrates no contempla para el bárbaro otra posibilidad de promoción que la de la cultura. No estamos ante la «civilización mixta» que imaginaba Droysen, sino a lo sumo ante «la helenización de Oriente» que concebía Pierre Jouguet.

Pero, de hecho, Alejandro no fue un filósofo. El deseo de asociar a los persas en su empresa respondió a la penuria de cuadros griegos, tanto para el ejército como para la administración. El papel de armonizador que le atribuyen Arriano (*Anábasis*, VII, 11, 8-9) o Plutarco (*De fortuna...* 329 C) deriva de una especie de hagiografía del personaje. Los filósofos modelaron poco a poco un Alejandro ideal, realizador de una «unidad de la humanidad» que, de hecho, sólo se alcanzó entre las clases dirigentes.

La política de los primeros diádocos no indica que el mensaje de armonía que se atribuye a Alejandro hubiera sido recibido. Se disputaban los territorios bárbaros donde trabajarían para ellos campesinos indígenas y esclavos de nacionalidad diversa, como correspondía a una buena gestión de la tierra según Aristóteles (*Política*, 1330 A). A pesar de los filósofos, fue el viejo ideal de la ciudad el que triunfó. Las ciudades griegas de Oriente no admitieron bárbaros en la ciudad sino después de haber sido debidamente helenizados, y la educación griega no se extendió de forma voluntaria entre los indígenas, a quienes se reservó el papel de trabajadores de la tierra.

2) *EL AISLAMIENTO DEL MUNDO INDÍGENA EN ORIENTE*

Consideremos ahora la otra cara de la moneda. ¿Qué pensaban los orientales de los griegos? Sólo en Egipto, y entre los judíos, existen documentos que permiten analizar las posibilidades de elaboración de una cultura mixta. Por lo demás, la situación debió variar según los lugares y las épocas.

Hagamos una primera afirmación: en Egipto, al igual que entre los judíos, la cultura estuvo siempre vinculada a la religión (Estrabón, XVII, I, 46 = C 817, observa que los sacerdotes egipcios eran astrónomos y filósofos). El mito egipcio fundamentaba el rito que era considerado como el

mantenimiento del orden sagrado del universo. Sacerdotal y secreta, la cultura era inmutable y la admisión de un elemento extraño destruiría las oportunidades de supervivencia del cosmos. Platón captó perfectamente esta característica (*Timeo,* 22). Ciertamente, los mitos egipcios evolucionaron, pero por sí mismos. Esto es lo que nos dice el *Papiro Salt, 825, ritual para la conservación de la vida en Egipto,*[4] escrito en hierático entre Psamético I y el comienzo de la época ptolemaica. El miedo al enemigo, su exclusión de los lugares sagrados y de las ceremonias aparecen en muchos pasajes (cf. el índice de la edición de Ph. Derchain, *Ennemi*), por ejemplo (VII, 5): «El asiático no debe entrar en la casa de la vida; no debe verla», prescripción que volvemos a encontrar grabada en los muros de los templos en Esnah, en Filé y en Dendera, donde podemos leer: «Éste es un lugar misterioso y secreto. Prohíbase el acceso a los asiáticos. Que el fenicio no se aproxime; que el griego no entre en él, y tampoco el beduino» (texto citado por Ph. Derchain, *op. cit.,* p. 168, n. 83). El papel destructivo del extranjero es afirmado una vez más en un apocalipsis, *ex eventu,* conservado en latín por el pseudo-Apuleyo, según un original griego (trad. de A. J. Festugière, en A. D. Nock y A. J. Festugière, *Hermes Trimégiste,* II, París, 1960, pp. 326-327, con un importante conjunto de textos paralelos procedentes, fundamentalmente, de medios judíos, pp. 379-383). Este apocalipsis revela la existencia de la voluntad de aislamiento.

Desde luego, el griego tenía la posibilidad de entrar en el ambiente más humilde de los patios de los templos. Los mercenarios de Psamético II (595-589 a. de J. C.) habían tocado los pies de los colosos de Abu Simbel para grabar en ellos sus nombres, y sus carios habían inscrito los suyos en las columnas de un templo de Buhen antes de que les imitaran los de Ptolomeo Filadelfo. Los nombres griegos son abundantes en los muros de Osireion de Abidos[5] y en el templo de Hatshepsut de Deir-el-Bahari.[6] Por su parte, Estrabón se paseó en Karnak por la sala hipóstila, que no le pareció hermosa (XVII, 1, 28 = C 806).

Un ejército de humildes escribas se apiñaba en el recinto de los templos, lugar tradicional del conocimiento de la escritura: los notarios egipcios, pero también los recaudadores de impuestos, entregaban sus recibos escritos en griego sobre tejuelas de cerámica. Fue tal vez en estos medios más humildes —pensamos también en el recinto del Serapeum de Menfis— donde se produjo una primera amalgama de creencias religiosas. Por otra parte, existían templos abandonados tras el pillaje de Cambises pero cuyo recinto, que siguió siendo sagrado, hizo renacer un culto en torno a un oráculo o a un lugar de curación. Éste es el caso del santuario de Amenotes, hijo de Hapu, asimilado a Asclepios, en Deir-el-Bahari, donde acudían los griegos[7] al menos desde el año 261-260.

Por otra parte, tras la desaparición de Alejandro, en el círculo de los Ptolomeos, los sacerdotes, reunidos en sínodos, habían asumido la función sagrada de agentes de la supervivencia de Egipto y tenían algo que decir. Así lo atestiguan los decretos de Cánope y de Menfis (*OGIS,* 56 y 90). Los Ptolomeos jugaron su papel de faraones, como lo demuestran sus donaciones a los templos.

Pero al abrir a la curiosidad de los griegos la tradición sagrada que englobaba también su ciencia, los egipcios, judíos y babilonios desafiaron las medidas que prohibían la divulgación. ¿Estaba permitida la traducción?

3) *EL PROBLEMA DE LA TRADUCCIÓN*

Existían respecto a este punto dos corrientes opuestas. En primer lugar, una corriente hostil. Traducir un texto sagrado significaba entregar al enemigo —el extranjero— la eficacia de la palabra ritual. En efecto, la palabra no era tan sólo expresión, sino también acto.[8] La palabra de los textos sagrados actuaba sobre el dios que la escuchaba. Por otra parte, entre la palabra y la cosa significada se creía que existía el lazo místico de una connaturalidad que se veía rota por la traducción. Griegos y egipcios pensaban lo mismo sobre este tema. Platón le dedicó su atención en el *Cratilo* (385 C y 390 E), y Jámblico afirma en los *Misterios de Egipto* (VI, 7) que «los caldeos han aislado, para que conserve su pureza, el lenguaje destinado tan sólo a los dioses» y añade: «si se traducen, los nombres no conservan totalmente el mismo sentido [...] en todo caso, no conservan el mismo poder» (VII, 5: E. des Places). El autor de la *Carta de Aristeas a Filócrates* manifiesta idéntica desconfianza respecto a la traducción de la Biblia al griego: la de los Setenta debía ser la única traducción admitida (§§ 314-316). Idéntica conclusión es la que aparece en los tratados reunidos bajo el nombre de *Hermes Trismegisto* (por ejemplo, XVI, 2; XVIII, 16).

Paralelamente a esas prohibiciones, existía otra corriente favorable a las traducciones. Esta corriente estaba animada por la *intención apostólica* de comunicar al mundo entero una revelación. Pero la comunicación al extranjero laicizaba el fenómeno religioso. A. Festugière ha reunido muchos testimonios sobre este tema en *La révélation d'Hermes Trismegiste.* Se trata de oráculos, sueños de apariciones, relatos de milagros que hacen aparecer en escena, en griego, a dioses egipcios: *Sueño de Nectanebos,* donde reina Isis (Wilcken, *Urk. der Ptolemäerzeit,* I, núm. 81, del siglo II a. de J. C.), o *Visión del dios Mandulis,* en donde un peregrino graba en griego el relato sobre un muro del templo de Kalabche, en Nubia, para recordar que el dios, «dulcificando la lengua bárbara de los etíopes, le exhortó a cantar sus virtudes según la dulce musa helénica» (A. Festu-

gière, *op. cit.*, pp. 48-49). Pero el mensaje de Isis fue el que alcanzó mayor difusión entre los griegos. La enumeración de sus virtudes aparece escrita en griego, en el siglo I a. de J. C., en Egipto, en el templo de Medinet-Madi, en el Fayún (ha sido publicada por A. Vogliano *SEG*, VIII, 548-551; XV, 860: bibliografía y correcciones), y en el siglo II d. de J. C. en un papiro de Oxirrinco (1380). Pero ese género literario de la *aretelogía* floreció en todo el mundo griego.[9] Por otra parte, en el otro extremo del mundo helenístico, el rey Maurya Asoka se presentó como apóstol del budismo entre los griegos, para quienes hizo traducir sus edictos.[10]

¿Es posible averiguar cuáles son los medios sociales en los que se encarnan estas dos actitudes opuestas? La respuesta es afirmativa, pues parece que sólo las manifestaciones más populares del culto podían ser traducidas, para ser así conocidas por los griegos.

Al mismo tiempo, la negativa a la divulgación se refugió en los medios intelectuales y sus secretos. La persistencia de esa hostilidad hacia la traducción inspiró, a fines del siglo III o comienzos del siglo IV d. de J. C., *Los misterios de Egipto* de Jámblico.

Pero a pesar del rechazo de la traducción, hubo un número suficiente de traducciones como para que se incorporaran a la cultura griega la religión popular de Egipto y del culto de Cibeles y de otros dioses de Asia Menor. La pérdida de los territorios de la India y de Bactriana dieron al traste con la posibilidad de que el budismo entrara a formar parte de la herencia helenística. A pesar de haber sido traducida, la Biblia no se incorporaría al helenismo hasta la era cristiana. En cuanto a los «caldeos», sería en la astronomía y en la astrología donde se encontrara su mensaje, transmitido por Beroso y, más tarde, por los «magos helenizados».

4) *LA LENGUA, FACTOR DE AISLAMIENTO DE LOS GRUPOS SOCIALES Y CULTURALES*

a) *Preservación de las lenguas indígenas*

En Egipto, sin hablar de las inscripciones jeroglíficas grabadas en los muros de los templos durante las épocas ptolemaica y romana, inscripciones que sólo los sacerdotes sabían leer, el número de contratos escritos en demótico hasta el siglo II de nuestra era revela la vitalidad de la lengua egipcia, atestiguada, además, por la necesidad de traducir al copto las Sagradas Escrituras en el siglo III d. de J. C. Las estelas grabadas en egipcio y en griego,[11] ya procedan de sacerdotes o de reyes (decretos de Cánope, de Menfis, de Pithom), los procesos verbales de audiencia en demótico del tribunal indígena de los laócritas (H. Thompson, *A Family Archive from*

Siut, Oxford, 1934) y la mención de la publicidad, en dos lenguas, de las condiciones de arrendamiento, prevista en las *Revenue Laws* (col. 9), son rasgos que indican el reconocimiento de los derechos de la cultura indígena por parte de los reyes. El modelo de esa política se remonta, cuando menos, a Darío, de cuya época se conocen varias estelas multilingües. Pero como la moneda de los reyes era una institución griega, las leyendas que aparecen en ellas estaban siempre escritas en griego, tanto en el caso de los reyes lágidas como entre los Seléucidas. Los reyes del Ponto y, desde el siglo II, los de Bactriana, introdujeron en sus monedas leyendas en lengua indígena, lo que demuestra también la vitalidad de estas últimas. Ningún Ptolomeo, a excepción de Cleopatra, conoció la lengua egipcia.

En el antiguo imperio persa, el arameo permaneció como lengua suprarregional: los edictos trilingües (prakrit, arameo, griego) de Asoka dan testimonio de este hecho, así como la utilización de esta lengua en Palestina, entre los judíos de Elefantina, en el interior del Serapeum de Menfis (papiros todavía inéditos encontrados en 1973 por la Egypt Exploration Society) o en las monedas nabateas del siglo I a. de J. C.

b) *Preservación del griego*

No es necesario demostrar que los griegos no abandonaron su lengua cuando se instalaron en Oriente: la gran cantidad de inscripciones y papiros dan fe de ello.

Evidentemente, los dialectos griegos se conservaron en su área de difusión original: en Cirene, Rodas, Delfos y en el Peloponeso, así como en Sicilia, las inscripciones demuestran la vitalidad de esos dialectos. Pero en Oriente la lengua escrita era un griego común, la *koiné,* de base ática. La unidad de esta lengua y la simultaneidad de su evolución desde Egipto hasta los confines de la India son un fenómeno notable que hay que señalar e intentar explicar.

Con respecto al vocabulario, hay que decir que el griego helenístico incorporó muy pocas palabras extranjeras, muchas menos de las que existen en el griego actual. Así, las realidades más concretamente egipcias, como la ausencia de inundación o la acacia espinosa, se designaban no por una palabra extranjera sino por una palabra griega creada al efecto *(abrochia)* o que perdía su sentido primitivo *(akantha).* (Véase J. Yoyotte, «La cité des Acacias», en la *Revue d'Égyptologie,* 13, 1961, pp. 71-105.)

El trazo de la escritura,[12] la pronunciación, la simplificación de la morfología por analogía y de la sintaxis por la pérdida de matices modales, por ejemplo, fueron aspectos que evolucionaron simultáneamente por

todo el ámbito griego. La escritura de una inscripción de Kuweit, del año 239, recuerda la de los papiros literarios de mediados del siglo III, mientras que su diplomática nos hace pensar en la de las actas reales contemporáneas (*SEG,* XX, 411).

Así pues, los griegos permanecieron fieles a referencias griegas comunes, impermeables a los elementos bárbaros en cuyo medio se habían dispersado.

¿Cómo explicar la preservación de esta unidad? En ausencia de la imprenta y de las comunicaciones de masas, no podemos pensar más que en la circulación de personas y en la fidelidad a un programa tradicional de educación.

Circulación y unidad del mundo griego. Los *juegos* de carácter olímpico se multiplicaron durante el período helenístico. Los reyes los instituían para honrar a sus antepasados o conmemorar sus victorias, mientras que los santuarios y las ciudades pretendían, a través de ellos, agradecer a los dioses por haberles salvado de un peligro (por ejemplo, Delfos estableció los *Soteria* para celebrar la victoria de Apolo sobre los galos). Seleuco II creó juegos gimnásticos incluso en Kuweit (Ikaros) en 239 (*SEG,* XX, 411).

En cada celebración, los *theoroi* recorrían el mundo griego, de ciudad en ciudad, para invitarlas a paticipar en los juegos (véase, por ejemplo, la documentación de los Asclepieia de Cos, *SEG,* XII, núms, 368-384). En todas partes se votaban en su honor decretos semejantes, que demuestran, pese a la existencia de muchas variantes, la unidad de la diplomática de las ciudades.

Con ocasión de las fiestas panhelénicas, en Olimpia o en el istmo de Corinto, se reunía todo el mundo griego. Según una tradición que se remonta al *Panegírico* de Isócrates, era allí donde los reyes y, más tarde, los romanos proclamaban sus consignas políticas, especialmente la «libertad de los griegos». Ahora bien, los orientales no participaban en esos juegos, a excepción de algunos altos personajes helenizados, como el rey de Sidón, Filocles.[13] Por su parte, los judíos rechazaban totalmente las competiciones atléticas (*II Macabeos,* IV, 13-19).

Por otra parte, estos juegos permitían que hubiera una circulación de *músicos, actores, atletas* y *poetas,* fenómeno del que dan fe los decretos de asilía y de exención de impuestos que los protegían. Las listas de los vencedores grabadas en piedra muestran la diversidad de procedencia de los competidores y la multiplicidad de sus compromisos. El repertorio de los actores revela la permanencia de las obras clásicas. En el siglo III se representaban todavía a Eurípides en los teatros griegos (*Syll.,* 3.ª ed., 1080), pero también otras obras nuevas, por ejemplo, en Magnesia del Meandro en el siglo II-I (*Syll,* 3.ª ed., 1079).

Según los decretos de las ciudades que les honraban, el trasiego de médicos era importante. Otro tanto podemos decir con respecto a los *embajadores.*[14]

Las *grandes escuelas* de Alejandría, Atenas, Rodas y Pérgamo atraían de todas partes, incluso de Roma, a los jóvenes que pretendían alcanzar una formación filosófica.

Los *consejeros* y los *altos funcionarios* de los reyes procedían de ciudades diferentes, al igual que los *sabios* del Museo o de la Biblioteca de Alejandría. Así, el filólogo Aristófanes y el ingeniero Filón procedían de Bizancio; Calímaco y Eratóstenes, de Cirene; Erasístrato, de Ceos y Herófilo, de Calcedonia.

No olvidemos tampoco la diversidad de origen de los *mercenarios* y de sus *oficiales* (véase M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*).

Con frecuencia, los *escultores* iban de una ciudad a otra realizando su trabajo (véase J. Marcadé, *Recueil des signatures de sculpteurs grecs,* 1953-1957).

Por último, los comerciantes y los emisarios de las ciudades se encontraban, con ocasión de las compras de trigo, en Alejandría (*P. Cairo-Zenón,* 59021) o en Delos.

En resumen, la circulación de un lugar a otro sólo estaba vedada para el campesino, cuya movilidad se impedía, como hemos visto, mediante la coacción y diversas formas de sujeción a la tierra. Ahora bien, el campesino era el indígena, y ese confinamiento le impedía incorporarse a la cultura helenística griega.

Permanencia de la educación griega. Desde el siglo IV, la educación de los jóvenes griegos desbordó el marco de la ciudad. La preparación para las tareas militares, que ponía el énfasis en la cultura física, musical y moral, dejó pasó a una formación filosófica y retórica. El punto de inflexión no hay que situarlo en los comienzos de la época helenística, sino en los escritos de Isócrates.[15] No era ya el guerrero, ahora mercenario, sino más bien el «consejero real» quien orientaba la suerte de las naciones. Era él el que debía ser formado, pero esa formación, aunque al servicio de los reyes, no era similar a la de los escribas orientales. Los papiros griegos de tema educativo ponen de relieve que existía una escrupulosa fidelidad a la educación del primer grado que describe Platón (*Leyes,* VII, 809 E-811 A). Los «fragmentos escogidos» utilizados en la escuela sobrevivirían durante siglos en las antologías.[16] Homero era el fundamento de la educación. La interpretación simbólica (véase F. Buffière, *Les Mythes d'Homère et la pensée grecque*) y los comentarios le convirtieron en el maestro universal del pensamiento. Su preponderancia en las lecturas de los griegos de Egipto (600 números sobre 3000 en el inventario de los papiros literarios

de R. Pack) indica hasta qué punto los griegos tomaban como punto de referencia los orígenes de su cultura. Por otra parte, la filología alejandrina se orientaba a la conservación de ese patrimonio cultural, encarnado, es cierto, en los «mejores» textos.

Mientras que en Egipto el joven escolar griego copiaba a Homero, las sentencias de los Siete Sabios o los Monósticos de Menandro, sabiduría de las ciudades, el pequeño egipcio copiaba otras sentencias (por ejemplo, *Papiro Insinger,* publicado por F. Lexa) que le convertirían en heredero del escriba faraónico.

Por otra parte, la educación de los jóvenes debía estar menos extendida entre los egipcios que entre los griegos. Diodoro (I, 81, 7), siguiendo sin duda a Hecateo de Abdera, subraya que «aprenden un poco las letras, no todos sino únicamente quienes tienen una profesión». La escritura, difícil, seguía siendo en Egipto coto privado de los escribas.

Esta diferencia de formación, que mantenía la diferencia de lenguas, impedía la movilidad social. Quienes no conocían más que la lengua egipcia quedaban excluidos de los puestos elevados de la administración griega.

El bilingüismo. Sin embargo, existían una serie de puentes que comunicaban las dos esferas lingüísticas.

Mencionemos, ante todo, los *intérpretes.* Los papiros griegos los mencionan y conocemos, cuando menos, un documento escrito por el mismo individuo en griego y en egipcio (*Pap. Hamburgo,* II, 187). En los ejércitos indígenas situados en orden de batalla, en Rafia, había intérpretes, tanto en el bando seléucida como en el egipcio (Polibio, V, 83, 7). Pero la existencia de intérpretes demuestra precisamente la ausencia de bilingüismo,[17] al igual que los *resúmenes en griego que se situaban en la parte inferior de los contratos demóticos* destinados al personal griego de las oficinas de registro,[18] así como la traducción en demótico que acompañaba a algunos recibos de impuestos bancarios o, en el dominio de Apolonio, a mediados del siglo III, en Filadelfia del Fayún, algunos contratos hechos en griego con campesinos egipcios.

Sin embargo, muchos egipcios, que en el siglo III se reconocen por su nombre, son autores de cartas en griego. Ahora bien, lo más corriente era que las cartas, procedieran de griegos o de egipcios, fueran escritas por los escribas, que sí eran bilingües. He aquí un caso típico. En un *Papiro de Columbia* (*P. Columbia-Zenón,* 66), un agente de Zenón se queja de no haber recibido su salario y asegura «que se le ha despreciado porque es un bárbaro», y pide «que se le pague lo que se le debe para que no muera de hambre porque no sabe hablar el griego». Ahora bien, la carta está escrita en griego.

c) *El griego, lengua de la alta sociedad, del ejército y del comercio a gran escala*

En el siglo III, tanto en Palestina como en Siria, las ciudades pobladas por griegos y, poco a poco, la alta sociedad que iba helenizándose, aportaban el personal superior de la administración ptolemaica.[19] Pero hay que distinguir entre el campo y la ciudad, es decir, entre dos clases sociales. A mediados del siglo III, el jefe amonita Tobías mantiene correspondencia en griego con Apolonio, el ministro de Ptolomeo II (*P. Cairo-Zenón,* 59075 y 59076); pero es un hombre de una familia importante, que escribe a un rey y a un alto personaje. Por otra parte, tal vez tenía un secretario bilingüe. En las ciudades de Palestina, las inscripciones se escribían en griego cuando se referían a griegos o indígenas de alto rango. Así, *OGIS,* 593, es el epitafio, en griego, del jefe de la comunidad de los sidonios en Marisa. Asimismo, la historia de la familia de los asmoneos es el objeto de los dos primeros libros de los Macabeos: el libro II fue escrito en griego por Jasón de Cirene, que era judío, y el libro I fue escrito en hebreo hacia el año 135, siendo luego traducido al griego, según san Jerónimo (*Prologus Galeatus,* citado por F. M. Abel, *Les livres des Maccabées,* p. XXIII). Una vez más, se trata de una familia insigne. En Delos, los comerciantes de Tiro expresaron en griego su reconocimiento a uno de sus ciudadanos hacia 153-152 (F. Durrbach, *Choix d'inscr. de Délos,* núm. 85). En Beirut, los exportadores de trigo a Roma publicaban en griego las decisiones de su cofradía (F. Durrbach, *ibid.,* núms. 72 y 119). A fines del siglo II, elementos sabeos publican un decreto bilingüe (F. Durrbach, *ibid.,* núm. 129) y hay otros decretos en Delos en griego y en latín (F. Durrbach, *ibid.,* véase índice).

En Seleucia de Euleo, que era la *polis* griega de Susa, las manumisiones se publican en griego en el siglo II (*SEG,* VII, 15-26), pero los amos que dedican así sus esclavos a la diosa Nanaia son militares (núms. 15 y 17); uno de sus testigos es un alto funcionario (núm. 15) y todos tienen nombres griegos excepto uno (núm. 26). También en Hicarnia encontramos una manumisión griega entre 281 y 261 (*SEG,* XX, núm. 325). La dedicatoria a Serapis en honor de la pareja real indica un medio social elevado. De igual forma, los decretos de reconocimiento en griego encontrados en Susa, que proceden de la época helenística, honran a gentes de alto rango (*SEG,* VII, núms. 2-8), oficiales con títulos áulicos y sacerdocios dinásticos. Bajo los partos, esos sectores, estimulados por reyes filohelenos, se mantuvieron fieles al griego durante mucho tiempo, al igual que la cancillería de estos reyes, en su correspondencia con la ciudad griega (*SEG,* VII, 1).

Por lo que respecta a las capas sociales medias o modestas, fuera de las

ciudades, sólo en Egipto podemos evaluar la evolución de las relaciones del griego con la lengua indígena. Pese a todo, es imposible ofrecer algún dato cuantitativo. A lo sumo conocemos la existencia de *matrimonios mixtos.*

En efecto, el cleruco griego, mercenario a quien se le asignaban tierras y que vivía en el campo, se alojaba a menudo en casa del indígena, lo que provocaba enfrentamientos [20] de cuya virulencia son prueba los pleitos ante los tribunales (*Enteuxeis* de O. Guéraud, núms. 11; 12) y ordenanzas reales. Pero esa cohabitación resultaba también en la celebración de matrimonios entre griegos e indígenas. Por otra parte, en las guerras de Siria se capturó a numerosas esposas de soldados (M. Th. Lenger, *Corpus Ord. Ptol.* núm. 22). Los nombres dobles, griego y egipcio, indican también la formación de familias mixtas, que se hicieron frecuentes a fines del siglo III. En el nomo patirita, en el Alto Egipto, se han encontrado los documentos familiares, en griego y en demótico, de un conjunto de clerucos bilingües, producto, sin duda, de matrimonios mixtos (*P. Adler,* publicados por Adler, Heichelheim, Tait y Griffith, Oxford, 1939). Pero según Cl. Vatin (*Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée à l'époque hellénistique,* París, 1970, pp. 132-144), los casos de matrimonios mixtos bien documentados son relativamente escasos. Naucratis no tenía la epigamia con los egipcios (Wilcken, *Chrestom. der Papyr.* núm. 27); Cirene la tenía con los lilibeos (*SEG,* IX, 1). Por último, Estrabón (XIV, 5, 25 = C 679) pone en duda la existencia de una población «mixta» en Anatolia. Si existió una mezcla, afirma, necesariamente predominaron el griego y el bárbaro.

En las aldeas egipcias, los documentos catastrales y las listas fiscales eran redactados en griego por el «escriba de la aldea» (el comográmata) o por un secretario conocedor del griego que escribía para él. Conocemos bien los registros de los papiros de *Tebtunis* (vol. I, publicado por Grenfell, Hunt, Smyly). Por una parte, es evidente que el griego había penetrado hasta los niveles más humildes de la administración de las aldeas, pero, por la otra, no hay duda de que el campesino no comprendía lo que se escribía en su nombre.

Por último, digamos que los judíos de la Diáspora, en Egipto o en Cirene, hablaban el griego y que la traducción de la Biblia al griego no fue hecha tan sólo para la Biblioteca de Alejandría sino también pensando en ellos (V. Tcherikover, *Hellenistic Civilization and the Jews* p. 348).

Digamos, para concluir, que lo que mantiene la ilusión de la helenización de Oriente es que los documentos oficiales, honoríficos o relativos a las clases superiores, se escribían en griego y daban lugar a inscripciones que podemos leer, mientras que la gente del campo, que seguía hablando lenguas indígenas —hasta el punto que más tarde hubo que traducir a su

lengua los evangelios–, apenas sabía escribir el griego. Hemos de añadir que, en tanto que hay muchos helenistas, son numerosos los documentos que hay en esas lenguas indígenas que permanecen inéditos a falta de especialistas que puedan descifrarlos. Todo esto hace que se haya aceptado tan fácilmente la afirmación de Plutarco (*De Alexandri Magni Fortuna aut Virtute,* 328 D-F), que se complace en el hecho de que «cuando Alejandro civilizó Asia, Homero pasó a ser allí "*la* lectura" y los niños persas, de Susiana y de Gedrosia, aprendieron a medir las tragedias de Sófocles y de Eurípides». Sin duda, eso es cierto, pero sólo por lo que respecta a los pocos que constituían la clase social superior, griega o helenizada. Resulta, además, que esta perspectiva respondía perfectamente a nuestro propio proselitismo cultural en los países que en la actualidad constituyen el Tercer Mundo.

d) *El gimnasio*

Junto a la lengua, lo que distingue a la cultura helénica es el gimnasio. Heredero de la tradición aristocrática, era, a un tiempo, centro de formación militar, de educación general, medio social y sede de las cofradías religiosas.[21] Así lo veían los orientales. Diodoro (I, 81, 7), siguiendo a Hecateo de Abdera, reproduce la crítica de la educación griega que hace un egipcio: «La palestra y la música no forman parte de las costumbres (de los egipcios). En efecto, consideran que los ejercicios diarios en la palestra no dan a los jóvenes la salud sino solamente una fuerza que dura poco y que, además, es absolutamente peligrosa. En cuanto a la música, no sólo la consideran inútil, sino perniciosa; a su parecer, puede afeminar el alma». Por su parte, los judíos ortodoxos sentían horror ante esos ejercicios en los que había que exponer el cuerpo desnudo, y la creación de un gimnasio en Jerusalén, que deseaban aquellos que pretendían helenizarse, les parecía el cúmulo del sacrilegio y el signo vergonzoso de la helenización (II *Macabeos,* IV, 9-16).

Dado que el gimnasio era lugar de reunión de griegos, es natural que en el período helenístico existieran no sólo en Grecia sino también en las antiguas ciudades griegas del Asia Menor y en las colonias macedónicas fundadas por Alejandro y sus sucesores, por ejemplo, en Seleucia de Euleo-Susa o en Ptolemaida-Akko.[22] Así pues, la existencia de un gimnasio en Susa (*SEG,* VII, 3, del siglo I) no constituye un signo de la helenización de la población indígena, sino de la preservación del helenismo entre los colonos griegos, en su mayor parte militares.

En el gimnasio griego se enseñaba a manejar las armas y se organizaban competiciones de lucha, de gimnasia y carreras. Asimismo, se impar-

tía educación literaria y musical. Tal era el programa que organizó en Teos, en el siglo II, el mecenas Politros, que constituyó una fundación para subvenir a la gestión del gimnasio (*Syll.,* 3.ª ed., 578). En Mileto, un tal Eudemo inmovilizó 10 talentos de plata, en el año 200-199, cuyo rendimiento debía servir para hacer frente a los gastos de educación, tanto literaria como física, de los niños (*Syll.,* 3.ª ed., 577). La minuciosidad de las disposiciones de esas fundaciones nos permite conocer la vida del gimnasio y de la palestra. En las ciudades, que siempre se veían arrastradas a las guerras de los reyes, la preparación militar tenía todavía plena vigencia: el gimnasio organizaba en el Ática la participación de los efebos en la custodia de las fortalezas.[23]

La concepción de la educación que impartía el gimnasio tenía una unidad significativa en todo el mundo helenístico. El mismo plano del edificio era lo bastante estereotipado como para haber sido objeto, a comienzos de nuestra era, de un capítulo de Vitruvio (V, 11) que describe los pórticos provistos de bancos que daban acceso a las salas, a los vestuarios y a los baños, los lugares reservados a los jóvenes, los paseos que dominaban las zonas de ejercicios y que estaban reservados a las gentes de mayor edad, y las avenidas bordeadas de plátanos. Una sala de conferencias y de conciertos completaba este centro cultural, lugar de encuentro para todas las edades. Era también el lugar idóneo para celebrar las fiestas religiosas. Las inscripciones y las excavaciones realizadas, sobre todo, en Pérgamo, Éfeso, Priene y Sestos han confirmado la descripción de Vitruvio.

El gimnasio estaba dirigido por un gimnasiarca, que por lo general se hacía cargo del aprovisionamiento de aceite (por ejemplo, *OGIS,* 764, en Pérgamo entre 139 y 133), del sueldo de los profesores, de la remuneración de los conferenciantes y del mantenimiento y embellecimiento de los centros, a no ser que algún mecenas hubiera constituido un fondo para esos efectos. Los muros se hallaban cubiertos de retratos de esos magistrados-mecenas (por ejemplo, *SEG,* VIII, 694). El esquema se repite en todos aquellos lugares en donde había un núcleo de población griega, incluso en Babilonia (Launet, *op. cit.,* p. 873) y, tal vez, también en Adulis (id., p. 844). La situación no cambió en absoluto durante el imperio romano. Se organizaban competiciones mensuales y se grababa en piedra la lista de los vencedores en las carreras o en el manejo de las armas. En las actividades musicales, se celebraban los sacrificios a los dioses locales, así como a Hermes y a Heracles, patronos de los gimnasios. Asimismo, se profesaba el culto de los reyes. El mecenazgo se ejercía frecuentemente en el gimnasio. Y era la ocasión para levantar en él estatuas a los bienhechores, a los gimnasiarcas y a los reyes. Pero la etiqueta exigía que no se erigiera la estatua de un gimnasiarca antes que

la del rey (*SEG,* VIII, 641, de Ptolemaida (?) de Egipto = *Sammelbuch gr. Urk.,* 8031).

El programa de educación intelectual –gramática , arte de la oratoria, música, y algo de matemáticas– se cumplimentaba en un año de efebía y, por tanto, era superficial (cf. H. I. Marrou, *Hist. éd., Ant.,* pp. 297-309). Se basaba en las recomendaciones de Aristóteles (*Política.* 1337 B) de que no se diera a los jóvenes más que una instrucción superficial de conocimientos útiles. En la época helenística se siguió fielmente ese programa concebido para una clase social sin profesión.[24] A fines del siglo I de nuestra era, Plutarco expresa todavía ese ideal (*Pericles,* I, 4 y II, 11). Es cierto, pues, que en conjunto la cultura griega helenística fue poco innovadora.

El gimnasio, centro de educación intelectual, contaba con una Biblioteca.[25]

Asimismo, como bastión de la persistencia del ideal de la ciudad, permanecía cerrado a cuanto no era griego o helenizado. El acceso al gimnasio era un privilegio que en Egipto, por ejemplo, fue institucionalizado por los romanos al conceder privilegios fiscales a la clase de los «ex miembros del gimnasio», columna vertebral de la vida urbana.

No obstante, ya en la época ptolemaica existían en las aldeas egipcias gimnasios y palestras, donde además se rendía culto a los dioses locales (lista en M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II, pp. 838-846; consultar, además, *P. Rylands,* IV, 589). Puede parecer que estos gimnasios que existían en las aldeas atestiguan la helenización de los indígenas. Pero la posición social de los gimnasiarcas, casi todos ellos oficiales y provistos de títulos áulicos (M. Launey, op. cit., pp. 851-852) revela que, en realidad, la sociedad griega de las zonas rurales se agrupaba en ese sustituto de la ciudad. Las raras excepciones no son más que aparentes (M. Launey, *op. cit.,* pp. 866-868). Las funciones que el gimnasio desempeñaba en la aldea eran las mismas que en las ciudades. Se rendía culto a Hermes y a Heracles (*Sammelbuch gr. Urk. Aeg.,* 6157; 6159; 8279) y al rey (*SEG,* VIII, 529), y los jóvenes recibían en ellos el tipo de educación que garantizaba la unidad del mundo griego. El hecho de que los miembros de esos gimnasios adoraran a un dios con forma de cocodrilo (*SEG,* VIII, 498; *OGIS,* 176; 178) no significa que fueran egipcios. Más adelante analizaremos el entusiasmo de los griegos por los dioses de los países en los que se asentaban.

El gimnasio era la base social de una cultura decidida a mantener vivos todos los elementos de la ciudad.

5) *EL HELENISMO Y LOS JUDÍOS*

Desde hacía mucho tiempo, los griegos y, antes que ellos, los egeos conocían las costas de Fenicia y de Siria, en donde realizaban una parte de sus actividades comerciales. Demóstenes (LII: *Contra Calipo,* 20) menciona un viaje de negocios proyectado por dos atenienses a Akko (San Juan de Acre), y una serie de monedas de Atenas y algunas imitaciones de éstas confirman la existencia de relaciones comerciales, que se remontarían a fines del siglo VI.[26]

Sin embargo, fue la expedición de Alejandro Magno la que dio a conocer a los griegos la existencia de los judíos (Josefo, *Contra Apión,* I, 2, 5 y 60-68).

Durante su marcha a Egipto en 333-332, Alejandro obtuvo la sumisión de Jerusalén, así como la de numerosas ciudades de Siria y Fenicia, aterrorizadas ante la suerte que Alejandro había hecho correr a Tiro. ¿Visitó Alejandro Jerusalén en esa ocasión, tal como afirma Flavio Josefo (*Antigüedades,* XI, 8, 4, 304 ss.)? No parece muy probable que el monarca macedónico se desviara de su ruta. Los detalles que da Flavio Josefo demuestran que, en efecto, Jerusalén ofreció su sumisión a Alejandro: Dios ordena en sueños al sumo sacerdote Iadus que abra las puertas; éste, aunque aterrorizado, acude ante Alejandro acompañado de todo el cuerpo político. Su fe mantiene su valor y las insignias sagradas que lleva actúan como salvaguarda. Después, se opera el milagro: la sumisión del conquistador, que se arrodilla ante el Dios de los judíos. Esa historia, que preserva y ensalza el honor de Israel, expresa lo que habría debido ser todo rey helenístico para los judíos: respetuoso de las creencias ancestrales y dispensador de privilegios. Por último, Alejandro habría admitido soldados judíos en su ejército, a pesar de su observancia del sabbat. Los principales temas de las relaciones de Israel con el mundo griego son definidos, así, en el arquetipo atribuido a Alejandro.

No obstante, Palestina y Celesiria serían, desde el año 320, el objetivo de la disputa que opondría a los Ptolomeos Antígono y Demetrio Poliorcetes y, posteriormente, a los Seléucidas. En 312, Ptolomeo I obtuvo una victoria sobre Demetrio en Gaza, que le permitiría apoderarse de Palestina, aunque no por mucho tiempo. Demetrio iba acompañado de Hecateo de Abdera, quien escribió un tratado sobre las instituciones y creencias de los judíos. Esta obra se ha perdido, salvo algunos pasajes que revelan el interés admirativo del autor. Uno de estos pasajes, salvado por Focio de la pérdida de los últimos libros de Diodoro (XL, 3), es un texto sobre los orígenes y las instituciones de los judíos. Hecateo conocía los principales aspectos de su legislación: doce tribus, la prohibición de construir imágenes de Dios, el rechazo del antropomorfismo, la universalidad de un dios

cósmico y único, el carácter insólito de los ritos y costumbres y la preponderancia de los sacerdotes, que eran al mismo tiempo jueces de las causas capitales y custodios de las leyes y las costumbres. Hecateo añade que los judíos no tenían rey, sino un sumo sacerdote elegido entre los miembros del clero por sus cualidades eminentes y a quien se consideraba portavoz de Dios. En un deseo de simplificar, atribuye todo esto a Moisés. Hecateo presenta un cuadro idealizado a partir de elementos reales. Se vislumbra cierta influencia del modelo espartano.[27]

Flavio Josefo cita y comenta, en el *Contra Apión* (I, 183-205), algunos extractos del texto de Hecateo. A pesar de algunas exageraciones, la descripción que hacía Hecateo del país, de Jerusalén y del Templo era exacta, según Flavio Josefo. Hecateo señalaba también las dificultades que habían tenido los judíos con sus vecinos, así como con los persas y con Alejandro, debido a su singularidad. Pero su constancia siempre acababa suscitando la tolerancia de los demás.

Aunque Flavio Josefo hubiera afirmado que los griegos no habían tenido noticia de los judíos en la época clásica, se las ingenia de alguna forma para descubrir algunas huellas de esa corriente de admiración en Pitágoras (*Contra Apión,* I, 162) y en Aristóteles (I, 175-183). Después de Hecateo de Abdera, los autores griegos que escribieron acerca de los judíos[28] vieron en ellos a un pueblo de sabios que vivía según la naturaleza. Josefo se refiere a esos autores en el libro primero del *Contra Apión.* El gusto por lo insólito y la existencia de una sabiduría natural y primitiva son temas románticos del pensamiento helenístco, surgidos de los sofistas y de Platón.

Posteriormente sería, por contra, lo que de insólito había en la conducta de los judíos, lo que provocaría la aversión de los griegos: su fidelidad a una ley venerable se convertiría en obstinación y su sabiduría en una odiosa «misantropía». Diodoro (XXXIV, 1) recoge todas las acusaciones de que fueron objeto los judíos en la época de Antíoco IV, figurando entre ellas la de ser leprosos.

La contratación de mercenarios al servicio de los diádocos, favoreció muy pronto la diáspora de los judíos. Éstos mantenían la tradición según la cual, cuando fundó Alejandría en 332, Alejandro instaló a algunos judíos en la ciudad junto a los griegos (Flavio Josefo, *Contra Apión,* II, 36-41 y *Bell. Jud.,* II, 487), afirmación cuyo fundamento es imposible verificar, pero que tiene una cierta justificación en el hecho de que existiera en la ciudad un barrio reservado a los judíos.

Más verosímil es que Ptolomeo I instalara en Egipto cautivos judíos entre los prisioneros capturados en sus campañas de Siria. Es Agatárquides, al que cita Flavio Josefo (*Antigüedades,* XII, 1, 7), quien aporta esta información que encontramos también en la *Carta de Aristeas a Filócrates*

(§§ 12-14 y 35-36) Por contra, para Hecateo, los judíos habrían seguido a Ptolomeo por propia voluntad y éste, dado su valor, les habría confiado la custodia de las fortalezas de Egipto y les habría otorgado la isopolitia con Alejandría (Flavio Josefo, *Contra Apión,* II, 43 ss.). Digamos que ambos movimientos migratorios no parecen excluyentes.

La presencia ptolemaica en Palestina se mantuvo, con algunas interrupciones, hasta el año 200. Los monarcas ptolemaicos impusieron en Palestina una organización fiscal basada en el censo de los recursos del país. Ptolomeo II Filadelfo organizó, en el año 261-260, la declaración e impuesto sobre el ganado, así como la declaración de los esclavos, y prohibió la adquisición de indígenas libres en Siria y en Fenicia (*Papiro Erzherzog Rainer,* núm. 24552 = M. Lenger, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núms. 21 y 22). Este papiro confiere una garantía de autenticidad al contenido, si no a los términos, de la ordenanza del mismo rey sobre la liberación y el rescate de los prisioneros judíos que mencionan la *Carta de Aristeas a Filócrates* (§§ 22-25) y Flavio Josefo (*Antigüedades,* XII, 2, 3 = 28-32). Sólo las consideraciones humanitarias que comporta la versión de estos últimos resultan poco verosímiles en un tipo de documento de estas características, de época tan antigua.

Las ciudades fenicias de la costa prosperan en el contexto económico del imperio lágida y se helenizaron. Filocles, rey de Sidón, se convirtió en uno de los brillantes agentes de Ptolomeo II, a los que honran la Liga de los Nesiotas y Delos hacia 280 (*Syll.,* 3.ª ed., 390 y 391).

No obstante, los papiros de Zenón (*P. Cairo-Zenón,* 59003 y 59018) revelan la existencia de un activo comercio de esclavos en las colinas donde estaban confinados los judíos agricultores, comercio que enriquecía a los alejandrinos, pero también a los proveedores indígenas. Así, Tobías, jefe de una ilustre familia de la región de Amman en Transjordania, envió a Ptolomeo Filadelfo caballos y mulas de raza muy poco conocida, mientras que regaló a Apolonio, ministro del rey, cuatro esclavos, de los cuales dos habían sido circuncidados (*P. Cairo-Zenón,* 59075 y 59076).

En Judea debieron de producirse confiscaciones de tierras, ya que Apolonio recibió un dominio en Betanath,[29] y por cuanto en Transjordania había clerucos, algunos de lo cuales eran judíos (*P. Cairo-Zenón,* 59003).

Por otra parte, la diáspora se dirigió en buena medida hacia Egipto y, así, en las aldeas egipcias encontramos judíos enrolados en el ejército.[30] Otros eran artesanos, agricultores, policías[31] y, en ocasiones, arrendatarios de impuestos.[32] Algunas de estas profesiones implicaban la utilización de la lengua griega y así se helenizaban los miembros de la diáspora.

¿Fue para ellos, que habrían olvidado su lengua, para quienes se tra-

dujo el Antiguo Testamento al griego en el reinado de Ptolomeo Filadelfo, o bien, como se afirma en la *Carta de Aristeas a Filócrates* —por desgracia, no está fechada y, por otra parte, sitúa en tiempo de este rey una mención anacrónica de Demetrio de Falero—, fue una empresa que encargó la Biblioteca de Alejandría, deseosa de poseer una documentación completa de la literatura universal? Ambas razones pueden ser válidas, aunque el principio de la traducción de un texto sagrado provocara entre los judíos numerosas reservas, que se manifiestan en la *Carta de Aristeas* (§§ 312-316), por las medidas tomadas para sacralizar y fijar la obra de los Setenta.

Pero si fuera cierto que se encontraron en la clase sacerdotal 72 traductores, ello implicaría una helenización cultural que no deja de subrayar Aristeas (§ 121). Aristeas añade que era en ese medio helenizado donde se reclutaban los embajadores. Por desgracia, se mantiene la incertidumbre sobre la fecha de la traducción, así como sobre el número y la procedencia de los traductores.

Por otra parte, Aristeas afirma que el pueblo de Israel supo preservar la pureza de su religión. Pone en labios del sumo sacerdote Eleazar la explicación de la unidad y universalidad de Dios, al mismo tiempo que la necesaria singularidad del único pueblo que le conoce y le sirve, al amparo de cualquier promiscuidad, rodeado por el «tabique sin brecha y por el muro de hierro» que constituye la prohibición de ciertos alimentos (§ 139). Sin embargo, considera adecuado explicar a los griegos que esas prohibiciones son simbólicas, mientras que otras prescripciones tienen una justificación moral (§§ 143-160).

Ganados por el helenismo, pero no asimilados, la clase sacerdotal, por un lado, y los judíos de la diáspora, por otro, se vieron envueltos en conflictos. El *Libro III de los Macabeos,* redactado a fines de la época helenística, relata uno de estos episodios, que sin duda es una invención, pero que resulta significativo respecto a las tensiones de la época. Es la historia trágica y edificante de las relaciones de Ptolomeo IV con los judíos tras la batalla de Rafia, que, en 217, reforzó su posesión de Celesiria. El rey quiere entrar en el templo de Jerusalén, pero la Ley se lo impide. Una epifanía divina, que le sacude como a una caña, le determina a renunciar a su pretensión.

A continuación, se revela la omnipotencia de Dios, que salva a su pueblo de una persecución y la matanza planeada por medio de una manada de elefantes excitados. El rey se arrepiente.

Estos temas del miedo y la salvación, así como del arrepentimiento real, constituyen una autodefinición de perseguidos por parte de los judíos, que se remonta a las grandes tribulaciones de Babilonia, pero, como veremos, se agravaría bajo Antíoco IV. Flavio Josefo *Contra Apión,*

II, 53-55) atribuye a Evergetes II la intención de llevar a cabo una matanza de características similares. V. Tcherikover, *Hellenistic Civ. and the Jews,* pp. 274; 275; 282, la atribuiría a este soberano antes que a Filopátor.

Sin embargo, en el seno de la clase sacerdotal se insinúa el modelo de la vida urbana griega que ofrece los signos de la superioridad social: uso de la lengua griega, placeres culturales, estructura política y práctica de las técnicas financieras. Hay un personaje cuya biografía, por mucho que haya sido novelada, revela esa evolución: nos referimos a José, hijo de Tobías. Flavio Josefo (*Antigüedades,* XII, 4, 1 ss. = §§ 158 ss.) cuenta que Onías se negó a pagar a Ptolomeo III Evergetes, hacia 242, el tributo de 20 talentos de plata que le debía. El rey amenazó con convertir Judea en un sinfín de cleruquías. El pueblo comenzó a inquietarse y, entonces, aparece la figura providencial de José, sobrino de Onías. Reprocha a su tío los peligros que su actitud hace correr a los judíos. Convoca una asamblea del pueblo, le da seguridades, envía una embajada a Egipto, a continuación pide prestado el dinero debido a Samaria y acude a Alejandría para defender ante el rey la causa de los judíos. La convocatoria de una asamblea del pueblo es una especie de golpe de Estado. El historiador Flavio Josefo plantea entre José y Onías el conflicto de dos generaciones y dos estilos de vida.

Entre la multitud de aquellos que afluían a Alejandría para arrendar los impuestos (los sirios y los fenicios eran hombres experimentados en estos negocios), José aparece como un hombre nuevo, el primero de los judíos que entra en competencia con ellos, un judío de alta alcurnia que pasa de una economía de atesoramiento a las prácticas financieras basadas en el crédito. Ahora bien, el arrendamiento es una institución típicamente griega, por lo cual ser arrendador de impuestos implica, de alguna manera, helenizarse.

En la venta de los impuestos de Celesiria, Fenicia, Judea y Samaria, José dobla la oferta de sus competidores (§ 175) y les derrota. La cronología es dudosa.

Acompañado de una guardia de 2000 infantes que le ha proporcionado el rey, José presta 500 talentos a Alejandría y regresa a su país. Ante la negativa de los habitantes de Ascalón a pagar el impuesto, da muerte a 20 notables de esa ciudad y confisca propiedades por valor de 1000 talentos, que envía a Ptolomeo. Después de ese episodio, ninguna otra ciudad, salvo Escitópolis, se atreve a resistírsele. El arriendo de los impuestos le produce importantes beneficios, y ello le hace adquirir gran renombre en la corte.

Sin embargo, por muy helenizada que su figura pueda aparecer, existen límites que José no puede franquear y que simbolizan el drama de las relaciones de los judíos con el mundo helenístico. Ya ha ido más allá de lo

que está permitido, al comer en la mesa del rey. Pero, mediante una estratagema, su hermano le evita la impiedad mayor de unirse a una mujer no judía. Así, debido a esa sustitución de personas, de su propia sobrina nace Hircano, su sobrino, que en realidad es su hijo, y a quien adopta.

La historia de Hircano está construida sobre los temas típicos de la cualificación para el poder. Hircano demuestra su superioridad sobre sus hermanos mediante una prueba de ingenio y luego, gracias a su habilidad, desbarata sus proyectos de venganza. Se va al desierto a cultivar la tierra, otra hazaña, y también para retirarse. Tras haber asombrado a la corte de Alejandría con su riqueza y su munificencia, se instala en Transjordania y lucha contra los árabes. Captura a gran número de ellos, y no es difícil imaginar que esas expediciones alimentan un comercio de esclavos. En los confines de los países de los nómadas construye uno de esos castillos del desierto, mansión fortificada cuyo interior, con sus mármoles y sus estanques, se adorna de un lujo totalmente helénico, que prefigura el castillo de Herodes en Massada o de los nabateos en Petra (Josefo, *Antigüedades,* XII, 4, 11 = 223). Hircano, que sin duda permaneció fiel a los Ptolomeos, se suicidó a la llegada de Antíoco III, en el año 200. Evidentemente, no hay que tomar al pie de la letra esta biografía novelada, pero ese retrato idealizado corresponde al hombre helenístico rico, con su gusto por el lujo, su desenvoltura y su dedicación a los grandes negocios.

Cuando Antíoco III tomó posesión de Siria, Fenicia y Judea en el año 200 (Polibio, XVI, 18-19; 39. cf. Josefo, *Antigüedades,* XII, 3, 3 = 129-137), su primera decisión fue fijar los derechos y las obligaciones de las ciudades que le correspondieron: era la tradición de Alejandro. Nada puede sorprender tampoco en la «carta» que Antíoco III otorgó a Jerusalén. Flavio Josefo la ha conservado, acompañada de un decreto de aplicación en las *Antigüedades,* XII, 3, 3 = 138-146. No hay motivos para dudar de su autenticidad (véase E. Bikerman, «La charte séleucide de Jérusalem», en la *Revue des Études juives,* 100, (1935), pp. 4 ss.).

Antíoco declara haber sido ayudado en la conquista de Jerusalén por los judíos, que expulsaron de la ciudadela a la guarnición ptolemaica. Desea contribuir a la recuperación de la ciudad quebrantada por la guerra. Las importantes donaciones para los sacrificios y las exenciones de impuestos sobre la madera importada del Líbano para la reconstrucción del templo, ponen de manifiesto que asume la relación normal del rey con los dioses.

En el aspecto político, la carta garantiza la autonomía: «El pueblo vivirá según las leyes ancestrales». Desde el punto de vista fiscal, se conceden diversas exenciones de impuestos.

El decreto de aplicación debía ser expuesto a la entrada del templo (y no distribuido por todo el reino, como afirma, por error, Flavio Josefo).[33]

Se trata de *prohibir la entrada en el santuario a todo aquel que podría mancillarlo:* a todo extranjero, así como a cualquier judío que no hubiera realizado las purificaciones rituales previstas por las leyes ancestrales. Asimismo, se prohíbe introducir en la ciudad la carne o la piel de los animales impuros. Por último, bajo pena de multa, se decreta que los sacrificios deberán realizarse con los animales tradicionales (Josefo, *Antigüedades,* XII, 145-146). Todo entra dentro de lo habitual: la autoridad civil garantiza la ejecución de las leyes religiosas. Por otra parte, no era en absoluto insólito decretar limitaciones para evitar la mancillación del templo. En Rodas, una ley sagrada de fines del siglo IV (*Syll.,* 3.ª ed., 338) prohibía introducir diversos animales en el templo de Helectrione.

Muy poco sabríamos sobre la situación del pueblo llano y sobre las tensiones sociales en Judea sin la *Sabiduría* que Ben Sirah debió de escribir entre 200 y 180 y que su nieto, con ocasión de un viaje realizado a Egipto en el año 132, tradujo al griego, sin duda para que pudieran conocerlo sus correligionarios de la diáspora. Ben Sirah había viajado a muchos lugares, pero su sabiduría prudente invita a permanecer en el antiguo temor de Dios y a conservar intactas las tradiciones del judaísmo, porque sabe que algunos las transgreden (41, 5-10). Subraya enérgicamente el antagonismo entre ricos y pobres (por ejemplo, 13), y su moral se contrapone a la admiración por el brillo que se aprecia en el relato de las hazañas de los tobíadas que relata Flavio Josefo. Si es verdad que toma partido por el pobre, sin embargo, Ben Sirah le aconseja resignación, pero una resignación amarga y desengañada (por ejemplo, 8 y 13: «No tengas nada en común con aquel que es más fuerte y más rico que tú»). Esta toma de conciencia de la existencia de un abismo social podía provocar tensiones.

Lo que precipitó el antagonismo fue, en primer lugar, el conflicto entre la tradición y la novedad en el seno de la clase dirigente, cuyos pródromos hemos podido ver en la historia de José. Con respecto a este conflicto, las fuentes son exclusivamente judías y favorables a los asmoneos, restauradores de la ortodoxia. Se trata de los dos primeros libros de los *Macabeos*[34] y de Flavio Josefo, que hace un resumen de los acontecimientos en el libro XII de las *Antigüedades* (cap. 5 ss.).

El autor del *I Macabeos* es un judío de Jerusalén que escribe en tiempo de Juan Hircano (16, 24), que accedió al sumo sacerdocio en el año 135. Por su parte, el autor de *II Macabeos* (2, 23) se presenta como el abreviador de Jasón de Cirene, quien, en 142, había escrito una historia de Judas Macabeo en cinco libros. Debió de redactar su obra poco después de 125-124, si hemos de creer lo que dice una carta de los judíos de Palestina a los de Egipto, que sirve de prólogo a su obra y que invita a estos últimos a celebrar la restauración del Templo.

Estos dos historiógrafos de la casa de los asmoneos tuvieron acceso a los archivos y a las tradiciones orales, aún vivas, de la familia. El *I Macabeos,* traducido del hebreo al griego, según afirma San Jerónimo, no tiene intenciones apologéticas: las oraciones son cortas y el estilo sobrio. Su relato llega hasta el advenimiento de Juan Hircano, El *II Macabeos,* escrito en griego, es patético. En él revela Dios, a través de milagros y de epifanías, el lugar que ocupa en los acontecimientos. El relato se centra en la epopeya de Judas. Existen algunas divergencias entre las dos obras.

En cuanto a Flavio Josefo, su relato es más condensado y no carece, tampoco, de algunas confusiones (cf. V. Tcherikover, *Hell. Civ. and the Jews,* pp. 395 ss.).

Ya hemos visto que, desde José, dos tendencias opuestas dividían a la clase social donde se reclutaban los sumos sacerdotes: tendencia progresista de apertura al mundo por un lado y, por otro, tendencia conservadora de fidelidad total a las tradiciones.

Pero en Israel era imposible que la apertura al mundo —en este caso, al helenismo— se efectuara sin peligro para la estricta observancia de las «leyes ancestrales», cuya esencia era religiosa. Las prescripciones rituales no se referían sólo al culto, sino también a las costumbres, ya que comportaban prohibiciones de determinados alimentos, de celebración de matrimonios con extranjeros y porque exigían la observancia del sabbat, que no era fácil de cumplir en un ambiente griego. Así pues, era inevitable que la revolución cultural y política que se iniciaba provocara un conflicto religioso.

Según lo que se afirma en *II Macabeos,* 3, 4, todo comenzó por una disputa entre Simón, comisario real en el templo, y el sumo sacerdote Onías, a propósito de los ingresos de la *agoranomía* de la ciudad. Simón acudió a plantear esas diferencias ante Apolonio, estratego del rey Seleuco IV en Celesiria y Fenicia. Le informó de las riquezas que albergaba el tesoro del Templo y los excedentes de la gestión del culto que podrían ir a parar al tesoro real. El estratego comunicó este extremo al rey, quien envió a su ministro Heliodoro con la orden de confiscar esas riquezas. Cuando éste llegó a Jerusalén, el sumo sacerdote le informó de que esas sumas de dinero correspondían a depósitos de viudas y huérfanos. Sin embargo, Heliodoro manifestó su propósito de cumplir la orden del rey. Pero en el momento en que, en medio de la desolación general, se presentó ante la entrada del Templo, se produjo una epifanía: un caballero con armas de oro apareció flanqueado por dos jóvenes que azotaron a Heliodoro, el cual no tardó en desvanecerse (*II Macabeos,* 3, 13-28). Esta escena tuvo un fuerte impacto en la Antigüedad y Rafael la pintó en las logias del Vaticano.

Heliodoro renunció a su misión y consiguió el perdón de Dios, gracias

a la intercesión de Onías. El hecho de que un dios defendiera su templo mediante una aparición, debió parecer plausible a los griegos, pues, no en vano, Apolo había defendido de esta forma a Delfos contra los persas y los galos.

El tema del castigo del profanador por la epifanía y de la inviolabilidad que Dios asegura al templo aparecen, con frecuencia, en *II Macabeos.* Al correr de los siglos, justificó la resistencia a ultranza que caracterizó a las revueltas judías. Posteriormente, se incorporó a la hagiografía cristiana.

A la muerte de Seleuco IV, subió al trono Antíoco IV, en el año 175. El hermano de Onías, Jasón, solicitó el cargo de sumo sacerdote. Ya sabemos que, al igual que en Egipto, los cargos sacerdotales eran concedidos por el rey contra el pago de un canon. Jasón fue quien más ofreció y consiguió el sumo sacerdocio. Luego, solicitó al rey el permiso de abrir en Jerusalén un gimnasio y un *efebeion,* así como la posibilidad «de inscribir a los habitantes de Jerusalén como habitantes de Antioquía». El sentido de esta frase se presta a discusión, pero parece plausible deducir que, por el asentamiento que dio el rey a esta petición, Jerusalén, se había convertido en una ciudad griega, con el nombre de Antioquía.[35] En efecto, el gimnasio y la efebía eran las instituciones características de la ciudad griega. Fue así como «cundió en alto grado el helenismo», hecho que *II Macabeos,* 4, 13, califica de «aculturación».

Jasón gobernó durante tres años, entre 175 y 172. Pero, muy pronto, Menelao ofreció más dinero a Antíoco IV y suplantó a Jasón, que tuvo que huir a tierra de Ammón. Menelao hizo asesinar a Onías y luego comenzó el saqueo del Templo, lo que provocó, ante la indignación de la masa, una primera revolución popular que, sin duda, quedó abortada en 169, durante la primera campaña de Antíoco IV en Egipto (*II Macabeos,* 4, 30-50).

En el 168, tuvo lugar la segunda campaña de Egipto (*II Macabeos,* 5) y corrió el rumor de que Antíoco IV había muerto. Por su parte, Jasón hizo una breve y cruel reaparición en Jerusalén. Fue expulsado de la ciudad y acabó sus días en Esparta.

Pero Antíoco, que no había muerto, regresó de Egipto (*II Macabeos,* 5, 11 ss.). Al ser informado de los tumultos, dirigió contra Jerusalén una expedición de castigo.[36] Hubo matanzas, prisioneros vendidos como esclavos y, lo que es más grave, el rey penetró en el Templo conducido por Menelao. En esta ocasión, fue el propio Antíoco IV quien lo saqueó. Hizo sacrificar a una cerda, apagó las lámparas y se apoderó de 1800 talentos.

Después de esta profanación, Antíoco IV promulgó una serie de ordenanzas que suprimían la religión judía (*II Macabeos,* 6): la Ley fue abolida, el Templo de Jerusalén fue consagrado a Zeus Olímpico (o Baal Shamin) y se prohibió la observancia del sabbat y de las fiestas ancestrales, al igual que la circuncisión. La celebración de los aniversarios del rey

sustituiría a las fiestas judías. Se instaló en la ciudadela de Jerusalén a una guarnición extranjera y se nombraron nuevos epístatas, también extranjeros, en los templos de Jerusalén y de Garizim. La persecución dio ocasión al martirio: el de Eleazar y el de una madre y sus siete hijos, que murieron por dar testimonio de su fe (*II Macabeos,* 6-7), modelos que serían recogidos por el cristianismo.

El conflicto, localizado en un principio entre dos tendencias de la aristocracia, opondría ahora a dos culturas, dos clases sociales y dos religiones. ¿Por qué decretó el rey esas medidas impopulares que habrían de levantar a todo un pueblo contra el helenismo? Ésta es la cuestión que discute Tcherikover (*op. cit.,* pp. 175-203). Polibio (XXVI, 1), que es parcial, nos muestra a un Antíoco impulsivo y deseoso de venganza. En el año 168, había sufrido una grave afrenta. Popilio Lenas le conminó a abandonar Egipto, que había conquistado. ¿Acaso pretendió vengar esa humillación en Jerusalén? Por otra parte, en *I Macabeos,* 2, 18 (cf. Daniel, 11, 36) se hace referencia a una voluntad de unificar la religión en el reino, y en los emblemas monetarios advertimos una acción en favor de Zeus y de un culto real vinculado a ese dios. El deseo de llevar a cabo la helenización y la voluntad de unificación política (*I Macabeos,* 1, 41) parecen razones verosímiles. Además, Antíoco había recibido ya, sin duda, malas noticias con respecto a la Alta Asia, adonde partiría, a no tardar, en una expedición, y cabe pensar que deseara evitar dejar atrás un núcleo de rebelión. Hacia esa época, había sofocado una revuelta en Arados.[37]

Por otra parte, hay que reducir la importancia que los libros de los Macabeos conceden a las medidas represivas, importancia que realza el panegírico de la revuelta.

Por lo demás, no era la primera vez que un rey helenístico legislaba en materia religiosa,[38] por cuanto su función no era exclusivamente civil. También el pillaje de un templo tiene precedentes [39] en el caso de los reyes helenísticos. La voluntad de gobernar por el terror no era la única razón de esos sacrilegios, que tenían también motivos económicos. En efecto, el atesoramiento atraía a los saqueadores. Atesorar y saquear eran aspectos complementarios que correspondían a un mismo tipo de economía. Por último, la venta como esclavos de los numerosos prisioneros suponía un complemento para las finanzas reales, que las campañas de Egipto, sin resultado positivo, podían haber agotado.

Pero volvamos a los hechos: las persecuciones hicieron huir a las gentes hacia las grutas del desierto de Judea, o simplemente al campo.

Fue en ese «maquis» donde se sublevó Matatías,[40] elemento de la clase sacerdotal, que se había refugiado con sus hijos entre Jerusalén y Jaffa, en Modein, de donde era originario. Los enviados del rey llegaron allí con la

orden de cumplir los sacrificios paganos. Dado que era un notable, Matatías fue invitado a realizar el primero el sacrificio. Se negó, y entonces se adelantó un judío dispuesto a cumplir las órdenes del rey, presto, pues, para ejecutar el sacrificio. En ese momento, Matatías se lanzó sobre él y le mató sobre el altar, al mismo tiempo que al enviado del rey (*I Macabeos,* 2, 1-26). Inmediatamente, invitó a agruparse en su torno a aquellos que estuvieran decididos a permanecer fieles a la Ley. Había estallado la revuelta. Corría el año 166.[41] He aquí el tema del rechazo de la apostasía, que aparecería de nuevo en la hagiografía cristiana.

En un principio, los sublevados se ocultaron en las colinas desérticas, abandonando sus bienes y las mujeres y los niños se les unieron, junto con los rebaños. Las operaciones de búsqueda sorprendieron en sus grutas, un día de sabbat, a los judíos, paralizados por la prohibición ritual de pasar a la acción. Ante el riesgo de una matanza total, Matatías decidió que se levantara la prohibición de combatir en sabbat (*I Macabeos,* 2, 38-41). Junto con sus partidarios, avanzó de una aldea a otra para destruir los altares paganos y circuncidar a los recién nacidos.

Finalmente, en 164-163 designó al morir, para sucederle, a Judas, al que se dio el sobrenombre de El macabeo. La gesta de Judas, contada por *I Macabeos,* 3 y *II Macabeos,* 8 ss., nos lleva de la guerrilla a la estrategia de gran estilo. Irresistible «como un león», se levanta el «salvador» de Israel (*I Macabeos,* 3, 1-9). Judas combatió al comisario real, Apolonio, le dio muerte y se apoderó de su espada. (Es conocido el valor mágico de las armas.) Fue la guerra santa y el triunfo milagroso de un puñado de hombres sobre el ejército, tema que volvería a aparecer en la historiografía judía cada vez que el motivo de una lucha fuera la Ley religiosa.

Por su parte, el rey movilizó contingentes cada vez mayores contra ese maquis invencible, según se afirma en *I Macabeos,* 3, 27 y *II Macabeos,* 8. Pese a las divergencias existentes entre estos dos relatos y entre éstos y el de Flavio Josefo (*Antigüedades,* XII, caps. 6-7) con respecto a la sucesión de los acontecimientos, la táctica de los partisanos era la habitual: los golpes de mano nocturnos les procuraban botín y armas que les permitían ampliar las operaciones.

En ese momento, Antíoco, que había designado a Lisias para dirigir la represión y que había dejado en Jerusalén a Filipo, comandante de los frigios, se hallaba en la Alta Asia (*I Macabeos,* 6; *II Macabeos,* 9). En el camino de regreso, el rey murió de una especie de gangrena, característica de los castigos divinos.[42] El libro *II Macabeos,* 9, 19-27, le atribuye una carta-testamento dirigida a los «buenos» judíos para recomendarles a su hijo Antíoco V Eupátor, a quien designó como sucesor en la primavera del año 164.

Finalmente, en diciembre del año 164, Judas reconquistó el Templo

de Jerusalén, destruyó los altares paganos y, tras haberlo purificado, volvió a encender las lámparas con un nuevo fuego. Es el acontecimiento que conmemora, todavía en la actualidad, la fiesta de la purificación, la Hannuka (*I Macabeos*, 4, 36-61; *II Macabeos*, 10, 1-9; Flavio Josefo, *Antigüedades*, XII,7, 6=316). Por entonces, a fines de 164 o comienzos de 163, murió Antíoco (*I Macabeos*, 6, 13-20; *II Macabeos*, 9, 28-29) tras haber intentado saquear un templo en Elimaida.[43]

No obstante, la guerra santa no había terminado. En tiempo de Antíoco V Eupátor, rey niño, tutelado por un tutor,[44] la política se suavizó y, junto a las acciones de castigo, se realizaron tentativas de paz (*II Macabeos*, 10, 12-13).

Continuemos con el relato del *II Macabeos*. En esta ocasión era Lisias, el personaje más importante del Estado, el tutor del rey, quien se preparaba para atacar con un gran contingente de infantes, caballeros y elefantes (*II Macabeos*, 11, 1-16).[45] Los mercaderes de esclavos estaban ya al acecho ante la expectativa de la derrota de los judíos (*I Macabeos*, 3, 41). Pero en ese momento en que se desesperaba de la salvación, se produjo una nueva epifanía. Dios prestó de nuevo ayuda y derrotó a Lisias y a su numeroso ejército (*I Macabeos*, 4; *II Macabeos*, 11, 6-12). Lisias comprendió que debía negociar y dirigió «a la masa» de los judíos, además de una carta personal, la copia de una ordenanza epistolar del rey niño Antíoco V (*II Macabeos*, 11, 22-26) que concedía a los judíos el restablecimiento de sus costumbres ancestrales y la restitución del Templo. Además, el rey envió "a la gerusía y al resto de los judíos» una carta de análogas características, que, sin embargo, se formuló como una amnistía debida a la intercesión de Menelao. Una tercera carta fue escrita por los embajadores romanos Q. Memmio y T. Manio (*II Macabeos*, 11, 34-38), lo que indica que Roma tal vez vio en la revuelta judía un factor de disgregación del reino seléucida que podría explotar en beneficio propio.[46] La gestión romana se consideró como una gratificación de las decisiones de Lisias. La fecha (macedónica) de la carta de los romanos plantea la duda con respecto a su autenticidad, pero ello no implica que se deba rechazar la idea de una intervención romana. El reducido espacio de tiempo en que se sitúa esta sucesión de hechos desde la muerte de Antíoco IV, indica que en la tradición de las victorias de Judas se repite, a veces, la misma hazaña. Es ése un fenómeno natural en una literatura de tipo hagiográfico. Por otra parte, hay una discordancia de fechas entre las distintas fuentes.

¿Había llegado la paz? ¿Podrían reanudar los judíos las tareas agrícolas (*II Macabeos*, 12, 1)? Todavía no, pues los vecinos —ciudades costeras y periféricas y los nómadas árabes— hostigaron a Judas y le obligaron a tomar represalias que garantizaron la seguridad de los judíos al ampliar su territorio.[47]

Finalmente, tras una última ofensiva fracasada, el rey firmó la paz (*II Macabeos,* 13, 23-24).

Pasaron tres años –por tanto, estamos en el 161 o 160– y Demetrio I, hijo de Seleuco IV, escapó de Roma, donde se hallaba como rehén, desembarcó en Trípoli y reclamó el título de rey contra Antíoco V, hijo de Antíoco IV, su tío, a quien consideraba un usurpador. Antíoco V y Lisias fueron asesinados (*II Macabeos,* 14, 1). En ese momento, el sumo sacerdote de Jerusalén era Alcimo. Éste, partidario de un acuerdo con el rey, acusó a Judas Macabeo y a los asideos de ser una minoría que fomentaba las guerras y cuya obstinación suponía un obstáculo para la paz (*II Macabeos,* 14, 3-14). Nuevo indicio de las tensiones internas que existían en Jerusalén.

Demetrio I decidió organizar una nueva expedición, a cuyo frente iría Nicanor. Después de que entre Nicanor y Judas se celebraran conversaciones de paz y se llegara a una entente amistosa, las calumnias de Alcimo (*II Macabeos,* 14, 26) llevaron a Demetrio a exigir la captura de Judas. Nicanor, a quien se había encargado esta misión, fue muerto y su cabeza fue expuesta en la ciudadela de Jerusalén (*II Macabeos,* 15, 25-36 y Flavio Josefo, XII, 10, 5). Según *II Macabeos,* aquí termina la edificante epopeya de Judas, el salvador invencible de su pueblo.

En este momento, *I Macabeos,* 8, 1-16, y Flavio Josefo (*Antigüedades,* XII, 10, 6) que, sin duda, resumen la misma fuente, hace referencia a una intervención de los romanos. «Judas había oído hablar» en Macedonia de sus grandes conquistas, y de España, cuyas riquezas mineras conocía. Estaba al tanto de sus victorias sobre Filipo V, sobre Perseo y también sobre Antíoco III. «Sólo reinan –afirma– aquellos a quienes quieren ayudar a reinar». Pero ninguno de ellos ha ceñido la diadema ni se ha revestido de púrpura. En *I Macabeos* se hace, incluso, una referencia a la institución del Senado. Sin duda, la simpatía hacia los romanos se explica por la severa actitud que éstos adoptaron con respecto a Antíoco IV.

Fue, así, a Roma, que arbitraba las disputas del mundo, a la que Judas se dirigió para solicitar «amistad y alianzas (*I Macabeos,* 8, 17). El Senado escuchó a su embajador y concedió a los judíos un senadoconsulto que constituía un tratado de alianza con obligaciones recíprocas, susceptibles de ser modificadas a iniciativa de cada una de las partes.[48] La alianza no tendría efectos prácticos. Por otra parte, ¿era auténtico el senadoconsulto? Flavio Josefo y *I Macabeos* lo traducen de forma diferente. La cláusula de alianza se ajusta a los esquemas habituales, que un falsificador podía conocer. De todas maneras, la alianza no tiene en sí nada de inverosímil. Ciertamente, la copia de la amenaza que el Senado habría dirigido a Demetrio para el caso en que los judíos tuvieran quejas contra él, carta que cierra el senadoconsulto, es más dudosa, en *I Macabeos,* 8, 31-32.

Si admitimos si no la alianza, cuando menos el recurso a los romanos, hay que subrayar con Flavio Josefo que ése es un hecho nuevo en la historia de los judíos. Al mismo tiempo, estamos aquí ante uno de los procesos de desintegración del reino seléucida: la aparición de una conciencia nacional en el seno de una raza que atribuyó a Antíoco IV y a sus sucesores el intento inoportuno de unificar entidades regionales. Por otra parte, a comienzos del reinado de Demetrio I, Roma apoyó a Timarco de Mileto, sátrapa de la Media, que se proclamó rey [49] y que fue vencido por el Seléucida.

El apoyo de Roma, el año 161, permitió la independencia de los judíos, que serían gobernados por la casa de los asmoneos, surgida de Matatías y promovida por la revuelta.

Pero, antes de todo ello, Demetrio I intentó una última acción contra los judíos para vengar a Nicanor. Judas, a quien no apoyaron sus soldados, cayó finalmente en abril del año 160 (*I Macabeos,* 9, 1-23 y Flavio Josefo, *Antigüedades,* XII, 11, 2).

La obra de la casa de los asmoneos, a la que hacen referencia *I Macabeos,* 9, 23 ss. y Flavio Josefo, *Antigüedades,* XIII, fue la conquista gradual de la independencia. Los «impíos» alcanzaron mayor fuerza, el hambre hizo aparición, los partidarios de Judas fueron perseguidos y se produjo un arreglo de cuentas dirigido por Báquides. Jonatán, hermano de Judas, reanudó la lucha (*I Macabeos,* 9, 29) y Báquides construyó una serie de plazas fuertes en varios sitios estratégicos de Judea, especialmente en la ciudadela de Jerusalén (*I Macabeos,* 9, 50 ss.). En 159 moría el sumo sacerdote Alcimo y la lucha se interrumpió durante dos años. Pero los «impíos» volvieron a llamar de nuevo a Báquides, y atacaron, sin éxito, a Jonatán. Finalmente, éste hizo la paz con Báquides (*I Macabeos,* 9, 70-73), lo que le permitió proseguir la eliminación de los «impíos».

En el año 152 se produjeron nuevos conflictos dinásticos entre los Seléucidas. Alejandro Balas, que afirmaba ser hijo de Antíoco IV, desembarcó en Ptolemaida y se proclamó rey (*I Macabeos,* 10, 1). Para evitar la connivencia entre el usurpador y los judíos, Demetrio I concedió a Jonatán el derecho de reclutar tropas y fabricar armas, y le prometió que le contaría entre sus aliados, todo lo cual amplió la definición de la autonomía reconocida a los judíos (*I Macabeos,* 10, 4-14). Jonatán se instaló en Jerusalén, de donde había huido la guarnición extranjera.

Pero también Alejandro Balas buscó la alianza de Jonatán. Su carta, que aparece en *I Macabeos,* 10, 18-20, concedió a éste la dignidad de sumo sacerdote y el título de amigo del rey.

Demetrio I hizo una nueva gestión (*I Macabeos,* 10, 26-45): a cambio de la fidelidad de los judíos, ofreció la exención total de los tributos, de los impuestos de la sal y de las coronas, así como de los impuestos territoriales

de la tercera parte de los productos del suelo y de la mitad de los frutos de los árboles. Renunció a sus derechos sobre la ciudadela de Jerusalén en beneficio del sumo sacerdote. Se garantizó a los judíos de la diáspora que estuvieran en el reino de los Seléucidas, la observancia de las fiestas religiosas. Por otra parte, la provincia de Samaria sería anexionada a Judea y los ingresos de Ptolemaida irían a parar al Templo de Jerusalén. El rey prometió también importantes donaciones para la reconstrucción del Templo y de las murallas (*I Macabeos,* 10, 44-45). Aunque cabe la duda de si ese documento es auténtico, de cualquier forma, la situación que evoca no es descabellada. También en Egipto, por esa misma época, las luchas dinásticas desembocaban en importantes concesiones a los templos. Por otra parte, es normal que Jonatán aprovechara la competencia de los dos reyes.

Sin embargo, a pesar de esas promesas de Demetrio I, los judíos se situaron al lado de Alejandro Balas. En una batalla imprecisa entre los dos Seléucidas, murió Demetrio (*I Macabeos,* 10, 46-50; cf. Flavio Josefo, *Antigüedades,* XIII, 59-61). Alejandro obtuvo la mano de la princesa Cleopatra, hija de Filométor, y al matrimonio, que se celebró en Ptolemaida, asistió Jonatán (*I Macabeos,* 10, 55-66). Durante la ceremonia, Alejandro Balas le revistió de púrpura y le nombró estratego, meridarca y de los «primeros amigos». No era aún la independencia, pero para Jonatán —la púrpura es significativa— suponía un rango casi real.

El hijo de Demetrio I, Demetrio II, planteó sus pretensiones al trono contra Alejandro Balas (*I Macabeos,* 10, 67) y Ptolomeo le quitó su hija a Alejandro Balas para dársela en matrimonio a Demetrio II (*I Macabeos,* 11, 9-13). Al mismo tiempo, invadió Siria y se hizo coronar rey de Asia, ciñendo, así, dos diademas. La reacción de Alejandro Balas no se hizo esperar, pero fue vencido y muerto. Ptolomeo Filométor murió como consecuencia de sus heridas tres días más tarde, durante el verano de 145 (*I Macabeos,* 11, 18-19; Flavio Josefo, *Antigüedades,* XIII, 4, 8-9 = 108, 112-115).

Jonatán aprovechó las luchas dinásticas para intentar apoderarse de la ciudadela de Jerusalén, cuya ocupación por las tropas seléucidas profanaba el suelo sagrado. Fue confirmado como sumo sacerdote y promovido al rango de los «primeros amigos» (*I Macabeos,* 11, 20-37). Al mismo tiempo, Demetrio II confirmó a Jonatán la posesión de Judea, comprendidos los tres nomos de Aferema, Lida y Ramata, desgajados de Samaria. El rey abandonó el producto de los impuestos que se le debían en Judea, en beneficio del Templo.

Demetrio II creía haber conseguido, por fin, la paz, pero una sedición de antiguos soldados y del pueblo de Antioquía le puso de nuevo en peligro. Jonatán obtuvo la promesa de la evacuación de la ciudadela por las

tropas extranjeras, cuando le envió un contingente de tropas en su ayuda (*I Macabeos*, 11, 41 ss.).

Hemos superado, en este relato, el año 146, límite cronológico de nuestra obra. Añadiremos tan sólo que Jonatán continuó maniobrando entre los pretendientes de las dos líneas rivales de Seleuco IV y de Antíoco IV, pero terminó por caer en una emboscada en Ptolemaida (*I Macabeos*, 12, 39-53). Su hermano Simón continuó la lucha y logró, finalmente, conquistar la ciudadela de Jerusalén en junio de 141. Es el símbolo de la autonomía y la esperanza del retorno a la paz que celebra un poema reproducido en *I Macabeos*, 14, 4-15. Un último signo de autonomía fue otorgado por Demetrio II a Simón: el derecho de acuñar, con su emblema, una moneda que sería de curso legal en Judea (*I Macabeos*, 15, 6). Una nueva alianza establecida con los romanos, que se hizo reconocer por parte de las principales ciudades y potencias, garantizó esa independencia (*I Macabeos*, 15, 15-24).

Ello no significó el fin de la lucha para Simón y sus sucesores, pero implicó el mayor grado de autonomía que podían conseguir.

Digamos, a modo de conclusión, que los judíos se sabían y se querían diferentes. Su ley les separaba de los demás hombres. En el mundo helenístico, los modelos de promoción habían sido heredados de la ciudad griega y era la cultura griega la que cualificaba a un hombre para esa promoción. El problema se resume, pues, de esta manera: ¿Cómo seguir siendo judío y, al mismo tiempo, un hombre moderno? Las tensiones se hicieron cada vez más fuertes entre los ortodoxos y los partidarios de la modernización, agravadas muy pronto por la brutal intervención de Antíoco IV. La victoria de los ortodoxos, los Hassidim, fieles intérpretes de las Escrituras, preservó la religión judía y, con ella, la conciencia entre los judíos de la especificidad de su raza. La persecución cimentó una fuerte cohesión de grupo; la victoria puso de relieve una causa aprobada por Dios y la esperanza de salvación. Marcó definitivamente al pueblo judío.

El tríptico «persecución-revuelta-esperanza», construido en estos términos macabeos, se transmitió al cristianismo y, de alguna forma, le dio a éste su carácter revolucionario.

La revuelta reforzó también a los partidos judíos ortodoxos, basados en la fidelidad incondicional a los ritos.

Gran importancia tuvo también la existencia de una religión que se mantuvo al abrigo de cualquier helenización y, por otra parte, de la helenización cultural. Esa coexistencia permitió a los judíos de la diáspora pedir con insistencia los privilegios de la ciudadanía griega, al tiempo que mantenían su rechazo a participar en los cultos y en determinados cargos de la ciudad. Petición lógica para el judío, pero inadmisible para el griego. Esa voluntad de unir, como en Israel, una helenización cultural con un

judaísmo religioso que rechazaba determinadas formas de participación en la ciudad constituyó, especialmente en Alejandría, uno de los principales agravios de los antisemitas.

Según el modelo de las ciudades griegas, proclamadas santas e inviolables, el sumo sacerdocio conquistó poco a poco la independencia política de un Estado vasallo. A este respecto, la obra de Judas Macabeo y de sus hermanos fue análoga a las secesiones de la Partiena y de la Bactriana.

Obligados a renunciar a los ingresos que obtenían de Palestina y de la concesión del sumo sacerdocio, para conciliarse un cuerpo religioso ahora potente y unido, reyes y usurpadores compitieron en la concesión de privilegios que les empobrecieron. Situación análoga a la que conoció Egipto. También aquí, la fuerza nacionalista y religiosa llevó a que los reyes, en medio de sus disputas dinásticas, renunciaran a algunos ingresos y concedieran amnistías fiscales, en beneficio de los templos,[50] aunque la independencia política no fue más allá de la inmunidad de los templos, y el antagonismo entre una religión indígena y el helenismo no alcanzó la misma virulencia que entre los judíos. Pero no olvidemos que si la literatura oracular judía, como el libro de Daniel, expresión del odio a Antíoco IV, o la historiografía edificante de los Macabeos, se conservaron gracias a las traducciones en griego y al interés que más tarde demostró el cristianismo –de ello dan fe los comentarios que suscitó el libro de Daniel en los ambientes cristianos–, tal vez hubo también en Egipto una literatura tan abundante y tan virulenta que no ha llegado hasta nuestros días porque no fue traducida al griego.

Sea como fuere, en ambos casos, una religión que conservaba su vitalidad y cuyo clero se había acomodado, sin embargo, a las exigencias fiscales de los reyes griegos, aglutinó una resistencia que permitió que sobrevivieran durante varios siglos una lengua y una cultura.

Para los judíos, la gesta de los Macabeos supuso el aprendizaje de una técnica de resistencia que volveremos a ver en las revueltas judías contra Roma: retirada a las grutas del desierto con las mujeres y los niños, como más tarde con Bar Kochba, en el año 134 de nuestra era, en Ein Geddi, y guerrilla de hostigamiento.

En su lucha contra el helenismo, el judaísmo buscó alianzas: Judas la de Roma, Onías la de Egipto, enemigo tradicional de los Seléucidas. ¿Pero qué Onías? ¿Onías III, entre 168 y 164, según Flavio Josefo (*Guerra,* I, 33 y VII, 423), u Onías IV, hacia 162-160, también según Josefo (*Antigüedades,* XII, 387 y XIII, 62 ss.)? V. Tcherikover (*Hell. Civ. and the Jews,* pp. 275-282) apunta una serie de razones por las que considera que se trata de Onías IV, expulsado del sumo sacerdocio por Alcimo. Fundó un templo en Leontópolis, no tanto para la diáspora, sino más bien para una colonia militar judía que había puesto al servicio de Ptolomeo VI.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. La Fundación Hart ha dedicado uno de sus «entretiens» al tema *Grecs et Barbares* (t. VIII, 1962).
2. *Geschichte des Hellenismus* (1877), traducido por A. BOUCHÉ-LEPLERCQ (1883-1885). Véase nuestra *Introducción,* t. I.
3. Véase W.W. TARN, «Alexander the Great and the Unity of Mankind», en las *Proceedings of the British Academy,* 1933, pp. 123-166.
4. Publicado por Ph. DERCHAIN, en las *Mémoires de l'Académie Royale de Belgique,* en 1964.
5. A. PERDRIZET, *Les graffites grecs du Memnonion d'Abydos* (Nancy, 1919).
6. A. BATAILLE, *Les inscriptions grecques du temple de Hatshepsout à Deir-el-Bahari* (El Cairo, 1951).
7. *P. Oxirrinco,* 1381, Cf. A. BATAILLE, *op. cit.*
8. Véase M. DETIENNE, *Le maître de vérité dans la Grèce archaïque* (París, 1967), especialmente pp. 51-80.
9. Véase, especialmente, la recopilación de M. MALAISE, *Sources sur le culte isiaque dans le monde gréco-romain,* 2 vols. (Leiden, 1972).
10. D. SCHLUMBERGER, «Une nouvelle inscription grecque d'Açoka», en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,* 1964, pp. 126-140.
11. F- DAUMAS, *Les moyens d'expression du grec et de l'égyptien comparés dans les décrets de Canope et de Memphis* (El Cairo, 1952) da una lista de los ejemplares de estos decretos bilingües, pp. 3-9. Véase, además, *SEG,* XVIII (1962), núms. 628-634.
12. L. ROBERT ha demostrado esa unidad respecto al Edicto de Asoka, citado más arriba, en *Comptes rendus de l'Acad. des Inscr. et B.L.,* 1964, pp. 134 ss. Pueden hacerse idénticas observaciones sobre los papiros de Dura o de Ein Geddi, en Palestina, de comienzos de la era cristiana, o de los graffiti de las catacumbas de la isla de Milo o de los subterráneos del Vaticano.
13. Véase E. BICKERMAN, en *Mélanges Dussaud,* I, pp. 91-99 y, en general, L. MORETTI, *Iscrizioni agonistiche greche* (1953), especialmente la núm. 41.
14. Véase E. OLSHAUSEN, *Prosopographie der hellenistischen Königsgesandten,* I (Lovanii, 1974).
15. *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité,* pp. 111-129, y toda la 2.ª parte, pp. 137-309, de H. I. MARROU.
16. O. GUÉRAUD-P. JOUGUET, *Un livre d'écolier du IIIe siècle av. J.C.* (El Cairo, 1938).
17. Véase R. RÉMONDON, *«Problèmes du bilinguisme dans l'Egypte lagide: UPZ, I, 148»,* en la *Chronique d'Egypte,* t. XXXIX, núms. 77-78 (1964), pp. 126-146.
18. Véase U. WILCKEN, *Urk. Ptol. Zeit.,* I, pp. 596-621.
19. Cf. V. TCHERIKOVER-A. FUKS, *Corpus Papyr. Judaicarum,* I, p. 117.
20. Sobre ese tipo de alojamiento, los *stathmoi,* véase nuestra *Économie royale des Lagides,* pp. 387-392; M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II (1950), pp. 695-712, e índice, *stathmos;* M.Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* índice, el mismo término.

21. Véase H. I. MARROU, *Hist. éduc. Ant.*, pp. 257-261, e índice, *gymnase;* M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques,* II, pp. 813-874, e índice, *gymnase;* J. DELORME, *Gymnasion* (París, 1962).
22. Relación de los gimnasios en M. LAUNEY, *op. cit.*, II, pp. 813-874; L. ROBERT, *Études anatoliennes,* pp. 74-89.
23. Cf. M. LAUNEY, *op. cit.*, II, p. 834.
24. Sobre la vida social del gimnasio se encontrarán las fuentes en M. LAUNEY, *op. cit.*, índice, *gymnase.* Citamos a continuación algunas inscripciones particularmente significativas: *OGIS,* 212 (reeditada por L. ROBERT, *Études anatoliennes,* pp. 172-184); *OGIS,* 339, ll. 62 ss.; 764.

    Sobre el culto dinástico en los gimnasios, véase L. ROBERT, *Et. anat.*, pp. 153-154; 175; M. LAUNEY, *op. cit.*, II, pp. 853-855; 870-871; *OGIS,* 764; *SEG,* VIII, 641.

    Sobre las donaciones de los reyes a los gimnasios: *OGIS,* 59 = M.Th. LENGER, *Corp. Ord. Ptol.*, núm. 33; DURRBACH, *Choix,* núm. 124; L. ROBERT, *Et. Anat.*, p. 85, n. 2 y 3; p. 452; en cuanto a las donaciones de mecenas, además de *Syll.*, 3.ª ed., 577 y 578, véase *OGIS,* 764.
25. Véase L. ROBERT, *Et. anat.*, p. 72, n. 7, y *Bull. Corr. Hell.*, 1935, p. 245.
26. Véase V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews* (1959), p. 41 y notas, p. 418; D. AUSCHER, «Les relations entre la Grèce et la Palestine avant la conquête d'Alexandre», en *Vetus testamentum,* 17 (1967), pp. 8-30.
27. Cf. *I Mac.*, 12, 6; 20; 14, 20; FLAVIO JOSEFO, *Ant. Jud.*, XII, 4, 10. Véase F. M. ABEL, *Les livres des Maccabées* (2.ª ed., 1949), pp. 231-233.
28. Cf. *F. Gr. Hist.*, núms. 722-737, y W. JAEGER, «Greeks and Jews: the first Greek Records on Jewish Religion and Civilization», en *Journal of Religion,* XVIII (1938), pp. 127-143.
29. *P. Cairo-Zenón,* 59004; *PSI, 594; P. Londres,* inv. 2661 = SKEAT, 1948; V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews,* pp. 67-71 y 430-433.
30. *Corp. Pap. Judaic.*, 18-33.
31. *Ibid.*, 7-17 y 34-47.
32. *Ibid.*, 48 ss. e introducción a la "sección V».
33. Véase E. BICKERMAN, «Une proclamation séleucide relative au Temple de Jérusalem», en *Syria,* 25 (1946-1948), pp. 67-85.
34. Véase E. BICKERMAN, *Der Gott der Makkabäer* (1937), y F. M. ABEL, *Les Livres des Maccabées* (París, 2.ª ed., 1949), con una importante introducción, texto, traducción y comentarios.
35. Véase V. TCHERIKOVER, *op. cit.*, Apéndice III, pp. 404 ss., que discute a E. BICKERMAN, *Der Gott der Makk.*, pp. 59 ss.
36. Numerosos sacrilegios y pillajes son enumerados en *I Mac.*, 1, 21-64 y *II Mac.*, 5, 11 ss., que mencionamos aquí.
37. Cf. H. SEYRIG, *Syria,* 1951, p. 199.
38. MICHEL, *Recueil d'inscriptions grecques,* 729 (carta de Atalo I) o *BGU,* 1211 (Ptolomeo IV a los sacerdotes de Dioniso).
39. Nos referimos al pillaje del templo de Termo por Filipo V (POLIBIO, V, 9).
40. *II Mac.*, no nombra a Matatías. Sobre las divergencias de los dos libros de los Macabeos, véase, a propósito de este episodio, F. M. ABEL, *op. cit.*, Excursus V, pp. 358-359, que cita las otras fuentes.
41. Fecha según E. BICKERMAN, *From Ezra to the last of the Maccabees,* p. 183.
42. Tema que habría de conocer una gran fortuna entre los cristianos: véase LACTANCIO, *De mortibus persecutorum.*
43. POLIBIO, XXXI, 9, tal vez le atribuye la historia de Antíoco III. Sobre la fecha y las circunstancias de la muerte de Antíoco IV, véase E. WILL, *Hist. pol.*, II, p. 298. La fecha no está determinada con seguridad.
44. Filipo, en *I Mac.*, 6, 17; Lisias en *II Mac.*, 11, 1.
45. Lisias habría intervenido antes de que se encendieran las lámparas en *I Mac.*, 3, 38 ss.

46. Cf. T. LIEBMANN-FRANKFORT, «Rome et le conflit judéo-syrien (164-161 avant notre ère)», en *L'Antiquité classique,* 38 (1969), pp. 101-120.
47. *I Mac.,* 5, 3, habla de operaciones en Idumea, pero las sitúa antes de la muerte de Antíoco IV, de acuerdo a su cronología, que sitúa a esta última en 163.
48. Cf. T. LIEBMANN-FRANKFORT, *op. cit.,* sobre *I Mac.,* 8, 23 ss.
49. Cf. WILL, *Hist. Pol.,* II pp. 308-310: fuentes y discusión.
50. Véase *OGIS,* 90 y, más tarde, en 118, *P. Tebtunis,* 5.

CAPÍTULO II

La pluralidad de derechos

Nada justificaba en la época helenística que las ciudades de Grecia, las ciudades griegas del Asia Menor y las de las orillas del mar Negro incorporaran elementos del mundo oriental. Hay que distinguir, pues, el derecho urbano y el derecho conservado o creado por los reyes.

1) *EL POSTULADO DE LA FUSIÓN DE LOS DERECHOS*

Del concepto hegeliano de una civilización mixta derivó un postulado de la historia del derecho vigente hasta época reciente: la formación, en la época helenística, de un derecho mixto, greco-oriental, consecuencia de una fusión de razas y de culturas. He aquí lo que dice R. Taubenschlag en *The Law of Greco-Roman Egypt in the Light of the Papyri* (2.ª ed., Varsovia 1955), p. 27: «La influencia que ejercieron mutuamente los dos sistemas desembocó en la formación de un derecho compuesto por elementos griegos y egipcios». Asimismo, en un artículo titulado «Die Geschichte der Rezeption des griechischen Privatrechts in Aegypten» (*Atti del IV° Congresso di Papirologia, Florencia, 1935,* publicadas en 1936, pp. 259-281), enuncia los argumentos que, desde su punto de vista, demuestran la «recepción del derecho privado griego en Egipto». Esta doble tesis será objeto de análisis en este capítulo.

Digamos, ante todo, que la tesis y discusión sobre este tema sólo pueden realizarse en el ámbito egipcio ante la ausencia de fuentes suficientes en las demás regiones del mundo helenístico. Por otra parte, las conclusiones que podamos alcanzar no pueden trasladarse, de forma

automática, fuera de Egipto. Todo lo que sabemos, gracias a los *Contratos babilonios de época seléucida*, publicados por M. Rutten, es que el derecho indígena subsistía en Babilonia en la época helenística. Sin embargo, ya han comenzado a manifestarse opiniones contrarias a la concepción global de una civilización mixta greco-egipcia y se hace cada vez más evidente el aislamiento, no total pero sí sustancial, de las diferentes culturas.[1] El hecho de que los griegos adoptaran la religión y el calendario de los egipcios, que hubiera un intercambio en cuanto a la onomástica de las dos culturas y que se celebraran matrimonios mixtos no implica, necesariamente, una fusión de ambos derechos.

Hay que hacer una primera observación. El derecho privado griego, en conjunto,[2] y el derecho privado egipcio,[3] en los inicios de la época helenística, alcanzaron cada uno de ellos una fase individualista. Es decir, las relaciones de familia y la definición de las obligaciones postulan, en ambos derechos, una plena capacidad individual y una concepción análoga de la autonomía de la voluntad, con una desaparición total o un retroceso importante de las solidaridades de grupo. La constatación de este hecho nos impide hablar sin más de imitación, cuando quiera que se presenten similitudes en ambos derechos.

Con todo, subsiste una diferencia en el grado de individualismo entre los dos derechos: la capacidad de la mujer. La mujer egipcia tiene plena capacidad, mientras que la mujer griega sólo puede actuar bajo la autoridad de un hombre —padre, esposo, hermano, pariente o amigo— designado como *kyrios*.[4] Esta diferencia, que había de mantenerse durante seis siglos al menos, es en sí misma prueba de la impermeabilidad de los dos sistemas de derecho.

Por otra parte, cuando hacemos referencia al conjunto del derecho privado griego, asumimos su unidad, pero lo cierto es que cada ciudad tenía su propio derecho. No obstante, podemos admitir esa unidad a escala global,[5] a pesar de la existencia de detalles divergentes. F. Pringsheim ha demostrado (*The Greek Law of Sale*, Weimar, 1950) que existe una doctrina griega común sobre la venta y en su obra *Sobre los contratos*, Teofrasto elabora una teoría general de la venta a pesar de las diferencias locales que menciona.[6] En materia de derecho de familia, el régimen de sucesión varía según la capacidad de los primogénitos, o de las hijas, a heredar. La ejecución de las deudas sobre la persona, prohibida en Atenas desde Solón (Aristóteles, *Const. At.*, VI, 1), estaba permitida en otras ciudades.[7] La publicidad de las transacciones inmobiliarias variaba también según las ciudades.[8] No parece necesario recordar que el régimen de la tierra en Esparta era diferente del que existía en Atenas.

Pero, pese a todas estas diferencias, veremos que puede hablarse, en la

época helenística, de un derecho griego privado común, al menos en materia de obligaciones.

2) *LA PLURALIDAD DE DERECHOS EN EL EGIPTO PTOLEMAICO*

a) *El derecho de las ciudades*

Naucratis, Ptolemaida y Alejandría tenían su propio derecho. El de Naucratis debía ser de origen milesio e inspiró, sin duda, el que Adriano otorgó a Antínoe.[9] Es muy poco lo que conocemos acerca del derecho de Ptolemaida como para poder llegar a una definición.[10] En cuanto a los alejandrinos, al parecer, consideraban que su derecho había sido el de Atenas, si creemos lo que una embajada de Alejandría habría declarado a Trajano o a Adriano (*P. Oxi.,* XVIII, 2177, del siglo III d. de J. C.).[11] En efecto, en los documentos jurídicos reunidos por un abogado para plantear un litigio ante un tribunal de Alejandría, en el siglo III a. de J. C., conjunto que los editores han llamado *Dikaiomata,*[12] aparecen elementos del derecho ateniense,[13] especialmente una ley de Solón sobre las plantaciones próximas al límite del fundo de un tercero (ll. 81-105). A mayor abundamiento, Elio (*Hist. Var.* III, 17) atribuye a Demetrio de Falero una obra legislativa para Ptolomeo Sóter.[14] Por otra parte, en el derecho de Alejandría aparecen también elementos rodios, en materia de la publicidad exigida para la venta de inmuebles (*Dikaiomata,* ll. 253-256, comparado con *SEG,* III, núm. 674, del siglo II a. de J. C.).[15] En la terminología jurídica y en el procedimiento de Alejandría se han descubierto, asimismo, elementos no atenienses.[16] Esa variedad de procedencias, que permite la coexistencia sin traumas de elementos de diversos orígenes, demuestra también la unidad fundamental de las concepciones jurídicas del mundo griego, que ya Teofrasto y Aristóteles habían subrayado al reunir bajo tal título común instituciones, no exactamente idénticas, pero comparables, procedentes de diferentes ciudades.[17]

Pero *el derecho invocado ante los tribunales de la ciudad helenística podía tener también un origen real.* Así, precisamente en las *Dikaiomata,* el abogado invoca unas disposiciones legislativas reales y otras urbanas. Por ejemplo, menciona una ordenanza de Ptolomeo Filadelfo sobre la protección de las familias de militares y de ciudadanos nuevos de Alejandría, enrolados en el ejército (ll. 142 ss.), y otra ordenanza que limitaba las exigencias de alojamiento para el ejército.[18] En este caso, no es fácil decir si la legislación real se admitía en el derecho de la ciudad en virtud de una votación del órgano legislativo de esta última. Cuando menos, ése es el caso en Cirene, donde un Ptolomeo, tal vez Evergetes II, invita a la ciudad

a introducir en su código de procedimiento el espíritu de una ordenanza promulgada para el conjunto de su reino, y que comunica a todos los comisarios reales cerca de las ciudades, y que prohibía las ejecuciones sobre los bienes y las personas sin mandato judicial.[19] Ya se trate de Alejandría o de Cirene, ese derecho real, creado a medida que lo exigían las circunstancias, y que se insertaba en el derecho de la ciudad, no era un derecho indígena. Lo que de él ha llegado hasta nosotros tiene las formas y el espíritu del derecho griego.

b) *El derecho de los griegos fuera de la ciudad*

Cuando no vivían en ciudades de tipo helénico, los griegos se hallaban dispersos en las aldeas o ciudades indígenas. ¿Cuál era el sistema jurídico que regía la vida de estos griegos?

En Egipto se han encontrado centenares de contratos escritos sobre papiros de los que eran parte elementos griegos.[20] Las excavaciones de Dura Europos, en el Éufrates, también han sacado a la luz algunos documentos de este tipo.[21] Esos contratos estaban redactados en lengua griega y según formularios griegos.[22] Pero ¿griegos de qué ciudad? A veces, la familia de los contratantes había abandonado su ciudad de origen varias generaciones atrás. Incluso podía ocurrir que la ciudad hubiera dejado de existir.[23] No había razón alguna para permanecer vinculado al derecho de una ciudad cuando se sabía que, llegado el caso, sería imposible llevar ante esos tribunales los litigios provocados por los contratos firmados en tierra extranjera. Se utilizaban, pues, las formas del contrato que serían admitidas por el tribunal competente, es decir, en caso de litigio, el derecho que permitiría a la parte ofendida obtener la ejecución de la parte transgresora.[24]

Era un derecho griego común[25] el que los notarios, fieles a formularios que no diferían más que en detalles insignificantes, mantenían vivo para los griegos establecidos en tierra extranjera. Ese derecho griego común es la base que utilizaron para juzgar, al inicio de la presencia griega en Egipto, los árbitros privados (previstos, por ejemplo, en el contrato de matrimonio del año 311 a. de J. C., *P. Elefantina,* 1) y luego, los tribunales instituidos por los reyes.

Gracias a un artículo fundamental de M. Modrzejewski («La règle de droit dans l'Egypte ptolemaïque», en *Essays in honour of C. Bradford Welles,* New Haven, Conn., 1966. pp. 125-173) sabemos que el derecho griego común era designado con la expresión global de *politikoi nomoi,* que leemos en el *papiro de Gurob,* 2 (¿del año 226?).[26] Se trata de una sentencia en rebeldía cuyos considerandos definen, en los casos de

lagunas de derecho, el orden de las normas que los jueces han de tomar en cuenta, sucesivamente, para resolver los litigios. El documento data del año 22 o 21 del reinado de Evergetes I y recuerda que «respecto a cualquier punto sobre el que alguien sepa o nos demuestre que ha sido objeto de una disposición legislativa del rey Ptolomeo, se juzgará conforme a esa disposición; sobre todo aquello que no ha sido objeto de disposiciones legislativas (reales), pero que figura en las leyes de las ciudades, se juzgará según esas leyes; sobre cualquier otro punto, se seguirá la opinión más equitativa».

Así pues, el reconocimiento, como muy tarde en la época de Ptolomeo III, del conjunto del derecho de las ciudades del mundo griego como fuente de jurisdicción, daba fuerza obligatoria a los instrumentos concebidos según ese derecho. Junto con M. Modrzejewski, consideramos que las *politikoi nomoi* constituían la «costumbre de las ciudades», costumbre escrita, por otra parte.[27]

c) *El derecho egipcio*

En el Egipto helenístico subsistió, con independencia del derecho griego importado, el derecho egipcio.[28] Su existencia está atestiguada por algunos fragmentos de leyes y por algún comentario,[29] por procesos verbales de audiencias judiciales,[30] por numerosos contratos demóticos,[31] por alusiones a la «ley del país»,[32] por traducciones griegas de contratos demóticos,[33] y por los registros griegos de este tipo de contratos.[34] Así, podemos seguir la persistencia de las formas de los contratos demóticos desde el siglo VI hasta el siglo I a. de J. C. Aunque es cierto que la concepción de la obligación en el derecho egipcio es análoga a la que expresan los contratos griegos, sin embargo, existen algunas diferencias: la capacidad de obligarse no se define de la misma forma (recordemos que la mujer egipcia se obligaba sin *kyrios*), los testigos son más numerosos y la venta registra otras formas; las formas del matrimonio y los impedimentos para el matrimonio entre parientes próximos difieren de las normas vigentes en el mundo griego.

3) *LA AUSENCIA DE PERSONALIDAD EN EL DERECHO*

La persistencia de los dos sistemas jurídicos distintos sugiere el siguiente interrogante: ¿quién utilizaba el derecho griego y quién el derecho egipcio? Es decir, ¿existía la obligación, en razón de un estatuto personal, de atenerse a uno u otro derecho en los contratos privados?

Dicho en otros términos, ¿hay que aceptar el concepto de personalidad del derecho afirmado por los primeros papirólogos juristas, basándose en el privilegio de recurrir al derecho de la ciudad, reservado a los ciudadanos de Alejandría, o invocando el derecho germánico de la alta Edad Media?[35]

Nuestra opinión coincide con la de los últimos autores que han estudiado este tema,[36] quienes afirman que, con la excepción de los habitantes de Alejandría, Naucratis y Ptolemaida, no existía personalidad del derecho, y ello por varias razones. En primer lugar, en un documento procedente de Patiris, los *Papiros Adler,*[37] de fines del siglo II a. de J. C., aparece una misma persona, Thaibis, vendedora asistida de un *kyrios* en el *P. Adler griego,* 11, documento redactado en griego y de forma griega, del año 101 y, sin *kyrios,* como deudora de 6 artabes de trigo, en el reconocimiento de deuda en lengua y forma egipcias, *P. Adler demótico,* 3, del año 116-115 a. de J. C. En segundo lugar, Zenón, intendente del gran dominio del ministro Apolonio, firma con los egipcios contratos en demótico y contratos griegos a mediados del siglo III a. de J. C.[38] He aquí otro argumento: en un proceso litigado en griego ante el epístata de Tebaida, se invocan tanto normas del derecho egipcio como *politikoi nomoi* (derecho griego consuetudinario tomado de las ciudades), ordenanzas reales y decisiones de ciudades.[39] *La pluralidad de derechos no implica, pues, la personalidad del derecho;* todos los derechos coexistentes podían ser invocados, aunque sólo fuese a título de precedente, en un proceso. Pero el argumento más decisivo es que, en el año 118 a. de J. C., Evergetes II decretó que lo que determinaba el tribunal de cuya jurisdicción dependían los litigios en materia de contratos, era la lengua en que estuvieran redactados, a excepción de los egipcios que redactaran el contrato en griego y que, pese a ello, dependerían del tribunal egipcio de los laócritas, hecho que demuestra que los egipcios tenían tendencia a dirigirse a los tribunales griegos. Pero ignoramos cómo se definía un egipcio (*P. Tebtunis,* 5, ll. 207-220).[40] La lengua —egipcia o griega— ha preservado, a través de los notarios o los escribas especializados, los formularios de los contratos y, mediante éstos, las distintas concepciones jurídicas que expresaban.

No obstante, hay que considerar aparte *el caso de los judíos.* Respecto al derecho que utilizaban y la jurisdicción que reivindicaban, hay que distinguir dos soluciones opuestas.

En Alejandría exigían vivir bajo sus leyes ancestrales, es decir, al menos en materia de derecho de familia, bajo la ley religiosa,[41] En la época de Estrabón se hallaban organizados en un *politeuma,* cuasi-ciudad dentro de la ciudad, bajo la jurisdicción especial de su etnarca.[42] Se trata de reivindicaciones muchas veces planteadas. Por contra, en el caso de aquellos que vivían en la campiña egipcia, los papiros demuestran que

desde el siglo III a. de J. C. realizaban contratos en lengua y forma griegas.[43] Así, mientras que, según el derecho judío, las mujeres tenían capacidad para obligarse sin *kyrios,* los papiros nos muestran a las judías asistidas de un *kyrios* en los actos jurídicos que realizaban en griego, al igual que las mujeres griegas, y en contraposición con lo especificado por la ley talmúdica (*Corp. Pap. Jud.,* I, p. 35 lista de fuentes).

En caso de litigio, los judíos que habitaban en el campo egipcio sometían sus quejas a la justicia real,[44] en las mismas formas que los demás habitantes. Esto ocurría, incluso, en materia de derecho de familia: una litigante se dirige a la justicia del rey para plantear un caso de índole matrimonial, mientras que recuerda en su petición la ley especial de los judíos bajo la cual había contraído matrimonio.[45]

¿Cómo explicar estas situaciones contradictorias? Creemos que en Alejandría imperaba el régimen de la ciudad griega clásica, en la que el derecho de la ciudad y el recurso a los tribunales de ésta estaban reservados a los ciudadanos, sin que los extranjeros pudieran acceder a ellos. De ahí que los judíos, no ciudadanos, pese a lo que pudieran decir en contrario,[46] se vieron en la necesidad de organizarse en *politeuma* y darse sus propios tribunales. Por contra, en el campo egipcio, el privilegio del ciudadano no tenía vigencia, y ello tanto para los judíos como para los griegos. Así, en la medida en que fue perdiéndose el uso escrito del arameo,[47] desapareció también el derecho hebreo, ligado a esa lengua, que utilizaban los judíos. Ello habría obligado a los judíos a recurrir a notarios griegos y sus acciones ante la justicia, planteadas a propósito de contratos griegos, dependerían de contratos griegos.

Así pues, los judíos que vivían en la zona rural de Egipto estaban asimilados a los griegos que residían fuera de la ciudad, y sus contratos, redactados en griego, podían revestir formas variadas, al igual que los de los griegos, según el origen de los formularios que utilizaran sus notarios.

Esta explicación nos permite precisar que sólo habría habido personalidad del derecho en las tres ciudades griegas de Egipto y que la utilización del derecho griego estaba vinculada a la de la lengua griega.

4) *LA AUSENCIA DE UN DERECHO MIXTO GRECO-EGIPCIO*

Aunque incompatible con el principio, que ellos admitían —erróneamente—, de la personalidad del derecho, tanto los papirólogos como los historiadores, y Raphael Taubenschlag, aceptaban plenamente la idea de un derecho mixto greco-egipcio.

Los hechos que hemos contemplado anteriormente indican, desde nuestro punto de vista, que esa opinión carece de fundamento. Una serie

de elementos que analizaremos a continuación nos reafirman en nuestra perspectiva respecto a esta cuestión.

En efecto, la existencia en 118 a. de J. C. de dos series de tribunales, los primeros para conocer los litigios sobre los contratos en lengua egipcia (los *laócritas*) y los segundos, los litigios referentes a los contratos firmados en griego (los *crematistas*), revela la existencia de dos derechos separados, incluso en el caso —desde luego, excepcional— de que los laócritas juzgaran también contratos griegos firmados entre egipcios.

Por otra parte, poseemos los documentos de un proceso que un tal Hermias planteó en Tebas, ante los crematistas, contra los sacerdotes funerarios encargados de libaciones rituales, los *coaquitas*, por la posesión de una casa; proceso que, debido a sus repercusiones, se prolongó desde el año 126 al 117 a. de J. C. La sentencia, reeditada por U. Wilcken (*Urkunden der Ptolemäerzeit*, II, núm. 162), se fundamenta en un resumen de los argumentos de las partes, Para demostrar la nulidad de los contratos invocados por los defensores, el abogado del litigante cita varias disposiciones legislativas, tanto de las ordenanzas reales (col. IV, ll. 13-15; col. VII ll. 13-21) como de la «ley del país», es decir, del derecho egipcio (col. IV, ll. 17-20). Así pues, en Egipto coexistían las dos fuentes del derecho. Pero, aunque eran distintas, se invocaban ante un mismo tribunal, con los *politikoi nomoi*.

En realidad, la idea de un derecho mixto se deduce del postulado de que una población mixta —en efecto, hubo matrimonios greco-egipcios— construye una cultura totalmente mixta y, en consecuencia, un derecho mixto. Pero lo cierto es que los diferentes aspectos de la cultura no son igualmente sensibles a las influencias de las culturas extranjeras. La tendencia al sincretismo religioso, evidente en el caso de los griegos, no es un modelo que pueda extrapolarse automáticamente a otras manifestaciones culturales.

La forma de los contratos, tanto egipcios como griegos, no variaron prácticamente —pese a la existencia de variantes locales— durante toda la época ptolemaica y romana. Pero en los dos ámbitos —egipcio y griego— se mantuvo una diferencia fundamental con respecto a la capacidad de la mujer para obligarse o para iniciar una acción judicial.

El hecho de que hubiera en algunos aspectos una influencia mutua, no permite hablar de un derecho mixto. Por otra parte, creemos que ha quedado demostrado que en los casos de venta de inmuebles,[48] de la caución solidaria y mutua[49] o de los arrendamientos de ganado,[50] el formulario griego, que supuestamente habría sido tomado del derecho egipcio, tenía en realidad precedentes griegos clásicos. Por otra parte, M. Seidl (*Ptolemäische Rechtsgeschichte*, p. 51, n. 4) ha puesto en evidencia que el documento doble preptolemaico egipcio no es el precursor del

documento doble griego de la época ptolemaica. Es cierto que en esa época encontramos algunos documentos demóticos dobles, a imitación de los contratos griegos, pero ésa no es la práctica general (pp. 60-61).

En ningún caso hay que considerar que los documentos griegos que son traducción de contratos demóticos demuestran la influencia del derecho egipcio sobre el derecho griego, pues se trata de formalidades de registro, necesarias a partir de mediados del siglo II a. de J. C.[51]

5) *EL DERECHO REAL*

Todo aquel que vivía en Egipto quedaba sometido al derecho real, que se insertaba, por vía de recomendación, en la legislación de las ciudades, a las que se rogaba que lo admitieran mediante votación.[52] Posiblemente, los Ptolomeos también crearon derecho egipcio.[53]

El rey legislaba mediante ordenanzas *(prostagmata)*,[54] mediante cartas o mediante series de ordenanzas coordinadas *(diagrammata)*, mientras que el término *nomos* (ley) quedaba reservado, en general, a la legislación de las ciudades,[55] avalada por el rey como costumbre.

En Egipto, el derecho real era el único que se creaba a medida de las necesidades: necesidades del rey, de carácter público, o también ante consultas de particulares. En efecto, la ordenanza podía ser un rescripto,[56] acompañado de una generalización de la regla que enunciaba la respuesta real.

Se trataba de un derecho vivo, al servicio de una política, y con un volumen muy considerable, sobre todo porque determinadas disposiciones, como la prohibición de la ejecución sobre las personas de las deudas privadas no eran respetadas y debían ser recordadas muchas veces.

La legislación real ptolemaica se refería, sobre todo, a cuestiones de derecho público, pero a través de la legislación fiscal, modificaba también el derecho privado griego y egipcio.

Veamos cuáles era los principales aspectos a los que afectaba.[57] En primer lugar, la organización del cobro de los ingresos reales y, especialmente, el censo de los bienes y personas, las amnistías fiscales, la protección de aquellas gentes cuya actividad contribuía a producir esos ingresos, las obligaciones de los funcionarios, las asilías, el régimen de los bancos, instrumento de recaudación de los impuestos, la reglamentación de los tipos de interés o la provisión de alojamientos para el ejército. A continuación, podemos agrupar todo cuanto concierne a la organización del procedimiento judicial. Así, había un *diagramma* de los tribunales, un *diagramma* sobre la ejecución de las obligaciones contractuales, reservando para los créditos reales el privilegio de la ejecución sobre la persona, la

prohibición de ser juzgado dos veces por el mismo asunto, varias ordenanzas prohibiendo los arrestos arbitrarios, la reglamentación del juramento en justicia, y un rescripto sobre la presentación del defensor en justicia por su caución. Por último, había ordenanzas de carácter fiscal, como la que instituía el registro de los contratos, que conducían normas de derecho privado cuando el rey disponía que los contratos egipcios no registrados fueran considerados nulos cuando se presentaran ante los tribunales.[58] Añadamos a todo esto la prohibición de cambiar de nombre y de étnica (*BGU*, 1213, 1. 3 y 1250).

Conocemos también una ley del año 21 en la que un Ptolomeo, indeterminado, regula la disposición de los bienes matrimoniales.[59]

El derecho real, constantemente creado, predominaba sobre los otros derechos en los procesos.[60]

La novedad que aparece en la época helenística es la existencia de un derecho creado en griego, creado también en egipcio, para dos capas de población, de culturas y lenguas diferentes, por un rey griego.

De ningún modo puede decirse que ese derecho, adaptado a las circunstancias y al interés del rey, y que no ignoraba algunos modelos griegos, por ejemplo en lo referente a la ejecución o al registro, fuera un derecho mixto.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Véase, por ejemplo, Cl. VATIN, *Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée à l'époque hellénistique* (París, 1970), pp. 132-144, especialmente; M. LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, II (París, 1950), capítulo «L'armée et le gymnase» (aunque en otros aspectos admite la idea de mezcla); J. MODRZEJEWSKI, «La règle de droit dans l'Egypte ptolémaïque», en *Essays in honor of C. Bradford Welles* (New Haven, Conn., 1966), pp. 127-173.
2. Véase, en general, L. BEAUCHET, *Histoire du droit privé de la République athénienne*. Sobre la movilidad del suelo en Grecia durante el siglo IV, véase Cl. MOSSÉ, «Le statut des paysans en Attique au IVᵉ siècle, en M. FINLEY, *Problèmes de la terre* en *Grèce ancienne* (París-La Haya, 1973), pp. 179-186.
3. Véase A. SCHARFE, E. SEIDL, *Einführung in die Aegyptische Rechtsgeschichte bis zum Ende des Neuen Reiches*, I. Juristischer Teil (Aegyptologische Forschungen herausgegeben von Alexander Scharff, Heft 10, Glückstadt, 1939); E. SEIDL, *Aegyptische Rechtsgeschichte der Saïten-und Perserzeit* (2.ª ed., Glückstadt, 1968); J. PIRENNE, *Histoire de la civilisation de l'Egypte ancienne*, III (Neuchatel-Bruselas, 1963), pp. 165-170 y 275-283, donde se encontrarán las fuentes, en las notas.
4. Véase R. TAUBENSCHLAG, «La compétence du kyrios dans le droit gréco-égyptien», en *Archives d'histoire du droit oriental*, II (1938), pp. 293-314.
5. Véase F. PRINGSHEIM, «Ausbreitung und Einfluss des griechischen Rechts», en *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie*, 1952, núm. 1; H. J. WOLFF, «Plurality of Laws in Ptolemaic Egypt», en *Revue internationale des Droits de L'Antiquité*, 3.ª serie, VII (1960), p. 197.
6. Cf. el análisis de F. PRINGSHEIM, *The Greek Law of Sale* (Weimar, 1950), pp. 134-142.
7. Sobre la ejecución personal, véase E. WEISS, *Griechisches Privatrecht*, pp. 495 ss.; J. LEWALD, *Zur Personalexekution in Recht der Papyri* (Leipzig, 1910); R. TAUBENSCHLAG, *The Law of Graeco-Roman Egypt* (2.ª ed., 1955), pp. 524-531. Para el contraste entre Atenas y otras ciudades griegas, con respecto a la ejecución de las deudas, véase la inscripción de Halicarnaso, Syll., 3.ª ed., núm. 45 (antes de 454-453 a. de J. C.), donde se prevé una ejecución sobre la persona en materia penal. En el Egipto ptolemaico, esta forma de ejecución está reservada para las deudas con la monarquía: véase *P. Columbia*, 480, l. 23; *P. Reinach*, 7; para Alejandría, *P. Hal.*, 1 *(Dikaiomata)*, l. 116 y nuestra *Économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939), pp. 537-543.
8. Véase TEOFRASTO, *Sobre la venta*, 1-4, y F. PRINGSHEIM, *The Greek Law of Sale*, pp. 135-142.
9. Véase E. KÜHN, *Antinoopolis* (Gotinga, 1913).
10. Sobre el derecho de Ptolemaida, véase *P. Fayún*, 22 = L. MITTEIS, U. WILCKEN, *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde*, II, *Juristischer Teil, Chrestomathie*, núm. 291; *P. Lille*, 29; *Sammelbuch griech. Urkunden aus Aegypten*, núms. 7403; 8031?; y, en general, G. PLAUMANN, *Ptolemaïs in Oberägypten* (Leipzig, 1910). Sobre el derecho de las ciudades griegas, en Egipto, véase, en general, R. TAUBENSCHLAG, *The Law of Graeco-Roman Egypt* (2.ª ed., 1955), pp. 571 ss. (bibliografía).

11. Véase L. AMUNDSEN, «The classical Background of Ptolemaic Law and Administration of Justice», en *Acta Congressus Madvigiani*, I (1958), pp., 251-266.
12. Este largo papiro ha sido editado en Berlín, en 1913, por un equipo del que formaban parte W. SCHUBART y U. WILCKEN y que adoptó el nombre de Graeca Halensis. Sobre el proceso a que dio lugar esta colección de extractos de leyes, véase W. SCHUBART, «Causa Halensis», en *Archiv für Papyrusforschung*, XII (1937), pp. 27-39. A menudo, se citan estas Dikaiomata, *P. Hal.*, 1.
13. Véase el comentario de los editores, y P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 110 ss.
14. Véase F. WEHRLI, *Demetrios von Phaleron*, frg. 65.
15. Cf. F. PRINGSHEIM, *The Greek Law of Sale*, pp. 151-155.
16. Cf. P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, pp. 111-114.
17. Véase, por ejemplo, TEOFRASTO, *Sobre la venta*, 4; ARISTÓTELES, *Política*, 1321 B.
18. Ll. 166-185, reproducidas y corregidas, con bibliografía, traducción y comentario a cargo de M.Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolém.* (Mém. Acad. Roy. de Belgique, Bruselas, 1964), núm. 24.
19. *SEG*, IX, 1, núm. 5 = M.Th. LENGER, *op. cit.*, núms. 45 y 46, y Alusiones, núms. 51-53.
20. Véanse, por ejemplo, las listas de R. TAUBENSCHLAG, en *The Law of Greco-Roman Egypt*, índice, *Lease, Loan, Marriage, Sale*, etc.
21. Véase C. B. WELLES, R. O. FINK, J. F. GILLIAM, *Excavations of Doura-Europos*, Final Report, V, Part I, *The Parchments and Papyri* (New Haven, Conn., 1959), núm. 15, y los números 16-44, que datan de la era cristiana.
22. Véase, con respecto a la venta, F. PRINGSHEIM, *The Greek Law of Sale*.
23. Tal es el caso de Myus, que cita E. BICKERMANN, «Beiträge zur antiken Urkundengeschichte. Der Heimatsvermerk», en *Archiv für Papyrusforschung*, VIII (1927), pp. 223 ss.
24. Esto es lo que dice H. J. WOLFF, «Die Grundlagen des griechischen Vertragsrechets», en *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte*, Rom. Abt., 74 (1957), pp. 26-72, en especial, pp. 33-37. Cf., del mismo autor, «The Praxis-Provision in Papyrus Contracts», en *Transactions of the American Philological Association*, 72 (1941), pp. 418-438.
25. R. TAUBENSCHLAG, «The ancient Greek-City Laws in Ptolemaic Egypt», en *Actes du Ve Congrès international de Papyrologie, Oxford, 1937* (publicadas en Bruselas en 1938), pp. 471-489, ha inventariado, cláusula por cláusula, las analogías entre el derecho griego de Egipto y el derecho de centenares de ciudades griegas. Véase, del mismo autor, «Die Geschichte der Rezeption des griechischen Privatrechts in Aegypten», en *Atti del IV° Congr. int. di Pap. Firenze 1935*, pp. 259-281.
26. Reeditado por A. S. HUNT y C. C. EDGAR, *Select Papyri*, II, núm. 256.
27. M. MODRZEJEWSKI compara esta situación a la de las «costumbres» de Francia garantizadas por el rey en el siglo XV.
28. Se encontrará una relación de fuentes del derecho egipcio de época ptolemaica, en E. SEIDL, *Ptolemäische Rechtsgeschichte* (2.ª ed., Glückstadt, 1962).
29. Véase E. SEIDL, *Bodennützung und Bodenpacht nach den demotischen Texten der Ptolemäerzeit, Oesterreichische Akademie der Wissenschaften*, Phil.-Hist. Kl., *Sitzungsberichte*, 291, Bd. 2. Abhandl. (Viena, 1973). Se trata del supuesto código demótico de Hermópolis, cuya edición debía haber realizado el llorado G. Mattha, pero que es, en realidad, un comentario.
30. Véase Sir HERBERT THOMPSON, *A Family-Archive from Siut from the Papyri in the British Museum* (Oxford, 1934).
31. La lista más reciente de las ediciones de los papiros demóticos donde aparecen, especialmente, contratos, se encuentra en E. REYMOND, *Catalogue of demotic Papyri in the Ashmolean Museum*, vol. I, *Embalmers' Archives from Hawara* (Oxford, 1973), p. XIII (lista de abreviaturas) y pp. XV-XVII (bibliografía).
32. Por ejemplo, U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemäerzeit*, II, núm. 162, col. VII, ll. 2-9. Véanse

otras menciones en R. TAUBENSCHLAG, *The Law of Greco-Roman Egypt* (2.ª ed., 1955), pp. 3-4. Cf. E. SEIDL, *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* p. 2.

33. Véanse los contratos citados *methermeneuo,* en F. PREISIGKE, *Wörterbuch der griechischen Papyrusurkunden.* Véase igualmente, vol. III, Abschn. 14, *Aigyptios, Aigyptia syngraphè* y *synallagma.* Véase, también, la confirmación en griego de un contrato demótico publicado por M. HOMBERT y C. PRÉAUX, «Les papyrus de la Fondation égyptologique Reine Elisabeth III», en *Chronique d'Égypte,* XIII (1938), núm. 25, pp. 139-151, completado por *P. Ashmolean Greek,* 49, y vuelto a publicar por J. BARNS, en E. REYMOND, *Catalogue of demotic Papyri in the Ashmolean Museum,* vol. I (Oxford, 1973), núm. 22, pp. 141-147.
34. Sobre los registros griegos de los contratos demóticos, véase U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemäerzeit,* I, núm. 126 y el importante estudio, pp. 596-621, sobre la reorganización del registro de los contratos egipcios que nos dan a conocer las instrucciones del año 146 a. de J. C., *P. París,* 65, reeditado y comentado por WILCKEN, *op. cit.,* pp. 596-600.
35. Véase L. MITTEIS, en L. MITTEIS, U. WILCKEN, *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde,* II *Juristischer Teil,* lste Hälfte, *Grundzüge* (1912), p. XII; R. TAUBENSCHLAG, *The Law of Greco-Roman Egypt* (2.ª ed., 1955), p. 2, n. 1, con bibliografía, donde destaca especialmente E. SCHÖNBAUER, «Studien zur Personalitätsprinzip im antiken Recht», en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte,* Roman Abt., 49, pp. 345 ss.
36. Véase E. BICKERMANN, «Beiträge zur antiken Urkundengeschichte, I», *Archiv für Papyrusforschung,* VIII (1927), pp. 216-239; H. J. WOLFF, «Plurality of Laws in Ptolemaic Egypt», en *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, VII (1960), pp. 191-223.
37. *The Adler Papyri,* publicados por E. N. ADLER, J. G. TAIT, F. HEICHELHEIM, F. L. GRIFFITH (Oxford, 1939).
38. W. SPIEGELBERG, «Die demotischen Urkunden des Zenon-Archivs» (Leipzig, 1929) y «Der demotische Text des Papyrus Columbia núm. 25», en *Aegyptus,* 11 (1931), pp. 73-75. Citamos a continuación dos ejemplos de contratos realizados en griego con campesinos egipcios: P. Cairo-Zenón, 59245 y 59723.
39. U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemäerzeit,* II (1935), núm. 162, col. VII, ll. 2; 9; 13-21.
40. Esta ordenanza ha sido reeditada por M. Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núm. 53. Véase J. MDRZEJEWSKI, «Chrématistes et laocrites», en *Le Monde grec. Hommages à Claire Préaux* (Bruselas, 1975), pp. 699-708, que libera a este texto de correcciones inútiles y precisa su intención. Seguimos su interpretación.
41. Véase JOSEFO, *Contra Apión,* I, 187 ss., con el comentario de V. TCHERIKOVER, A. FUKS, *Corpus Papyrorum Judaicarum,* I, pp. 6-9, y *supra,* pp. 231-234 y 342-358.
42. ESTRABÓN, *apud* JOSEFO, *Antigüedades,* XIV, 7, 2 = 117.
43. Por ejemplo, Corp. Pap. Jud., 18, 22, 23, 24, 26, 144-149, con el comentario de V. TCHERIKOVER y A. FUKS, I, pp. 33-34. En los núms. 18 y 22-24 no se omite la prescripción que hace referencia a los reyes deificados.
44. Véase, *P. Gurob,* 2, citado supra. Cf. *Corp. Pap. Jud.,* I, p. 33 y núms. 19, 37, 128. El núm. 19 = *P. Gurob,* 2.
45. O. GUÉRAUD, *Enteuxeis* núm. 23 = *Corp. Pap. Jud.,* I, núm. 128. por desgracia, la lectura no es muy segura.
46. Sobre la reivindicación de la ciudadanía alejandrina por parte de los judíos, véase V. TCHERIKOVER, A. FUKS, *Corp. Pap. Jud.,* I, pp. 41-43 (época ptolemaica) y 61 ss. (época romana). Véase también P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 54-58 y notas.
47. Véase P. GRELOT, *Documents araméens d'Egypte* (París, 1972) y M. H. SILVERMAN, *Chronique d'Egypte,* XLVIII (1973), pp. 301-308.
48. «De la Grèce classique à l'Egypte hellénistique. Les formes de la vente d'immeubles», en la *Chronique d'Egypte,* XXXVI, núm. 71 (1961), pp. 187-195.
49. «De la Grèce classique à l'Egypte hellénistique. Le cautionnement mutuel», en la *Chronique d'Egypte,* XLI, núm. 82 (1966), pp. 354-360.

50. «De la Grèce classique a l'Egypte hellénistique. Les troupeaux immortels et les esclaves de Nicias», en la *Chronique d'Egypte,* XLI, núm. 81 (1966), pp. 161-164.
51. Véase, por ejemplo, *supra,* n. 34.
52. Cf. Carta de Ptolomeo Ev. II (?) a Cirene, *SEG,* IX, 1, 5=M.Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núms. 45-46, citada *supra.*
53. Véase H. THOMPSON, *A Family Archive from Siut,* en el proceso verbal demótico de un proceso juzgado en el siglo II a. de J. C. ante los *laocritas, P. British Museum,* 10591, recto X, 7. Se lee «ley del año 21» de un soberano cuyo nombre no se menciona, referente a la nulidad de algunas donaciones, Cf. E. SEIDL, *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* p. 7, donde se contempla la posibilidad de que la ley se remontara a la época faraónica.
54. Las ordenanzas de los Ptolomeos, así como las alusiones que revelan algunas de ellas, han sido reunidas por M.Th. LENGER, *op. cit.*
55. La distinción entre los *nomoi* de la ciudad y el *diagramma* de Ptolomeo es clara en *SEG,* IX, 1 (Cirene). Véase J. MODRZEJEWSKI, *op. cit. La règle de droit...*
56. *Zenon Papyri in the University of Michigan* (ed. C.C. EDGAR), núm. 70=M.Th. LENGER, *Corp. ord. des Ptol.,* núm. 27.
57. Se pueden encontrar estas ordenanzas en el *Corpus des ordonnances des Ptol.,* de M.Th. LENGER, en cuanto tienen la forma de un *prostagma.* Para la legislación fiscal, véase nuestra *Économie royale des Lagides,* en el índice griego, *diagrama* y *prostagma.*
58. U. WILCKEN, *Urkunden der Ptolemäerzeit,* núm. 162, col. IV, ll. 14-15.
59. Véase Sir HERBERT THOMPSON, *A Family Archive from Siut* (Oxford, 1934), col. I, ll. 17-20 y col. X, ll. 7-9.
60. Véase *P. Lille,* 29 y *P. Gurob,* 2: A. S. HUNT, C. C. EDGAR, *Select Papyri,* II, núm. 256.

CAPÍTULO III

La filosofía y la moral

No nos detendremos a narrar la vida de las dos escuelas, el platonismo y el aristotelismo, que la época clásica legó al período helenístico.

1) *LA ACADEMIA*

Entre 339 y 315, Jenócrates[1] dirigió los destinos del platonismo en la Academia. Diógenes Laercio (IV, 2) cita 72 obras de este autor, perdidas en la actualidad y que el platonismo tardío, al parecer, ya no conoció. Las citas de esas obras que han llegado hasta nosotros nos hacen pensar en una personalidad muy amante de las definiciones y preocupada por reducir las ambigüedades, la multiplicidad de planos en los que se movía el pensamiento de Platón. Su definición de la idea –que los textos de Platón no permiten resumir en una sola fórmula– es célebre: *la idea es, a un tiempo «causa y modelo de lo que ha sido constituido»* (frg. 30). En cuanto a la ética, Jenócrates afirma que «el sabio debe hacer todo considerando la ley del universo» (frg. 3). Esquematiza así el principio que Platón expresa en la *República* y prepara la llegada del estoicismo.

Poco es lo que sabemos acerca de Polemón y de Crates, que le sucedieron. El siguiente filósofo de esta escuela, Crantor, aparte de una obra *Sobre el duelo,* que se ha perdido, escribió un comentario de las obras de Platón, que orientó posteriormente la reflexión de Posidonio, Plutarco, Calcidio y Proclo.[2].

Con Arcesilao de Pitane, que ocupó la dirección de la Academia entre 268 y 264, el pensamiento platónico, que siempre mantuvo una actitud de

recelo con respecto a los sentidos, se orientó hacia el escepticismo, entroncando con la dialéctica crítica de Sócrates. Platón y sus sucesores pretendieron establecer una moral. Sólo los escépticos y los cínicos aceptaban que ésta era una pura convención. La Academia, al igual que los estoicos, intentó siempre vincularla al orden del mundo, lo que implica tomar posición sobre los medios que tenemos de conocer ese orden, es decir, una doctrina epistemológica. Y dado que el alma es considerada como el instrumento de ese conocimiento, aunque también los sentidos conocen, es necesario definir la posición del alma y la de los sentidos.

2) *EL ARISTOTELISMO: TEOFRASTO Y ESTRATÓN*

Es el mismo problema que se plantea a los sucesores de Aristóteles, los *peripatéticos,* y en primer lugar, a *Teofrasto.* Diógenes Laercio le atribuye unas 225 obras que cubren todos los temas: medicina, metafísica, mineralogía, lógica, botánica, política y derecho. Los escasos libros de esta inmensa producción que han llegado hasta nosotros (*Historia de las plantas, Origen de las plantas, Sobre los sentidos,* que es el único capítulo conservado de las *Opiniones de los físicos,* los *Caracteres,* por no citar más que las principales) indican la voluntad de proseguir el inventario de hechos y de seres que había emprendido Aristóteles. Por otra parte, fieles al método del estagirita, que iniciaba sus tratados con la historia y la crítica de las opiniones de sus predecesores, algunos de sus discípulos escribieron obras de historia de la ciencia. Las *Opiniones de los físicos* de Teofrasto, parece haber sido la fuente de una serie de obras donde se exponían las tesis, las *doxai,* de los filósofos.

Estas «doxografías» erróneamente atribuidas a Plutarco y Galeno, o escritas por San Hipólito, Aecio, Estobeo y otros,[3] han sido reunidas por H. Diels en una compilación, *Doxographi graeci* (1879; 3.ª ed., 1958). Diels ha puesto de relieve que la mayoría de estas obras se remontan a Teofrasto. Las doxografías son la base sobre la que debe asentarse la recontrucción del pensamiento de muchos filósofos perdidos.

En el capítulo de la historia de las ciencias, que cultivó la escuela peripatética, hemos de citar la *Historia de la geometría de la aritmética y de la astronomía,* de Eudemo de Rodas; la *Historia de la medicina,* de Menón; la *Historia de la música* y obras de *teoría musical,* de Aristóxeno de Tarento, un tratado de *cartografía científica,* de Dicearco de Mesena, autor también de una *Vida de Grecia,* que era una especie de historia de la cultura. Es ésta la cosecha que recogen los discípulos de Aristóteles de la primera generación. Salvo en el caso de Aristóxeno de Tarento, mejor conservado, lo único que nos queda de estos autores son fragmentos o

resúmenes de sus tesis. Sin embargo, su obra guió el desarrollo de las ciencias helenísticas y la cartografía de Dicearco constituye la base de la obra de Eratóstenes, aunque éste la critica (lo sabemos gracias a Estrabón, II, 4 = C 104 ss.).[4]

Pero volvamos a Teofrasto. Además de sus trabajos de historia de las doctrinas y de sus tratados de historia natural, reconsideró el problema del conocimiento que evocábamos anteriormente. Un fragmento que conservamos de su *Metafísica* (2-3) lo formula así, a propósito de la posición que ocupan las ciencias de la naturalza:

«La primera cuestión es la de saber si existe un contacto y, de alguna manera, interacción entre el intelecto y los fenómenos de la naturaleza o si no existe y, en cambio, ambos contribuyen, cada uno en una forma diferente, al conjunto de la sustancia. En realidad, resulta más racional admitir que existe algún contacto y que el universo no carece de leyes, sino que existe, por ejemplo, anterioridad y posterioridad y jerarquía de los principios y superioridad de lo eterno sobre lo caduco. Si es así, ¿cuál es la naturaleza de estas relaciones y en qué consisten? Sin embargo, si lo inteligible reside únicamente en las matemáticas, como algunos afirman, no está clara la conexión de las matemáticas con lo sensible y, de todas formas, parece desprovista de utilidad práctica. Pues todo ocurre como si fuéramos nosotros quienes, para rodear con ellas la realidad, hubiéramos fabricado figuras, formas y relaciones racionales, pero que estos artificios no tuvieran ninguna existencia natural en sí mismos».

Se trata únicamente de un fragmento. Dado que se ha perdido el conjunto de la obra, no podemos saber cómo resolvía Teofrasto este problema. Pero la forma en que plantea la cuestión, está totalmente desprovista de prejuicios. Ésta es, en esbozo, la posición de Kant. Y es también la puerta abierta al escepticismo.

Vemos que Teofrasto no sigue incondicionalmente a Aristóteles. En lógica, avanzando más allá en el análisis del silogismo, plantea la forma de los silogismos hipotéticos y disyuntivos. En su obra sobre la *Física*, cuestiona algunas definiciones, referentes, por ejemplo, al movimiento y al primer motor (frgs. XVIII-XXVI, ed. F. Wimmer, Didot). Es cierto que estos fragmentos son citas seleccionadas por Simplicio en su discusión de la *Física* de Aristóteles, y que pueden hacernos pensar en una actitud de Teofrasto más crítica de la que en realidad adoptó en el conjunto de su obra. Nos limitaremos aquí a evocar la definición del espacio. Teofrasto se pregunta «si el espacio, en lugar de ser concebido como una sustancia en sí mismo, no debería ser definido por el orden y la posición de los cuerpos según su naturaleza y sus propiedades» (frg. XXII, Wimmer). Concepción del espacio como relación que, según algunos autores, está próxima a la de Leibniz. En efecto, Leibniz dice en su tercera carta a

Clarke: «Considero el espacio como una cosa simplemente relativa, como el tiempo; considero que es un orden de coexistencia, así como el tiempo es un orden de sucesión» (citado por S. Sambursky, *The Physical World of Late Antiquity*, Londres, 1962, p. 2).

Una tesis absolutamente opuesta era la que defendía Estratón de Lámpsaco (ed. F. Wehrli, en la serie *Die Schuhle des Aristoteles*, núm. 5, 2.ª ed., Basilea, 1969), alumno de Teofrasto que, tras haber sido preceptor de Ptolomeo Filadelfo en Alejandría entre 300 y 288, y de haber dado su orientación científica al *Museo*, en 288 pasó a dirigir el Liceo, hasta su muerte ocurrida entre 270 y 268. He aquí esta tesis del espacio absoluto, expuesta por Simplicio, *Comentario a la Física de Aristóteles*, 618, 20: «Algunos declaran que el espacio es igual en extensión al cuerpo cósmico y afirman que, aunque vacío de su naturaleza propia, está siempre lleno de cuerpos y que, en teoría, no debe ser considerado sino como existente en sí. Es la opinión de muchos platónicos y, creo que también la de Estratón de Lámpsaco» (Sambursky, *op. cit.*, p. 3). Indudablemente, este espacio vacío, lleno de cuerpos, nos hace pensar en Demócrito.

Espacio relacional, espacio absoluto, ambos conceptos se oponen todavía en la actualidad.

De igual forma, Estratón mantenía la existencia de un tiempo absoluto, tesis que, posteriormente, apoyaría también Newton, en oposición al tiempo relacional de Leibniz.

En su examen de las opiniones sobre el *tiempo*, Simplicio (*op. cit.*, 709, 35) cita la de Estratón, cuyos puntos fundamentales son éstos: «Acción y movimiento son más rápidos o más lentos, pero la cantidad en la que la acción tiene lugar no es ni más rápida ni más lenta; es más grande o más pequeña» (S. Sambursky, *op. cit.*, pp. 10-12).

El hecho de que estas dos concepciones opuestas del espacio y del tiempo pudieran ser formuladas en la escuela peripatética, revela el clima de libertad de crítica que en ella reinaba: la física se elaboraba sobre la polémica. Pero, por desgracia, el alcance de esa polémica sería limitado, a falta de una experimentación suficiente.

En cuanto a Estratón, Diógenes Laercio (V, 58-64) le atribuye al habitual conjunto de obras sobre lógica, biología, psicología y política. Estratón explica los fenómenos por causas mecánicas, sin recurrir a la finalidad, lo cual le separa de Aristóteles. Sabemos que sus investigaciones sobre el vacío creado artificialmente y sobre las presiones, inspiraron a Filón de Bizancio, a Tesibio y, posteriormente, a Herón de Alejandría en sus máquinas neumáticas. Digamos, por último, que para explicar la formación de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, así como el de Gibraltar, hace referencia a la existencia de presiones a escala de los mares y los continentes, que habrían hecho que se quebraran los istmos. De esta

forma, piensa en las aguas del mar Negro y del Mediterráneo en términos de una inmensa fuerza mecánica (Estratón, I, 3, 4-7 = C 49-52).

3) *LAS FILOSOFÍAS NUEVAS*

a) *Caracteres comunes*

El éxito inesperado de las campañas de Alejandro y la caída del imperio persa hicieron que se planteara en los espíritus la idea de la incertidumbre del mañana. Demetrio de Falero expresó la inquietud de su época ante *los azares de la fortuna.* Un siglo y medio después, Polibio, que conserva el recuerdo de esa situación (XXIX, 21), se muestra también sensible a los bruscos cambios de fortuna que Roma impone entonces al mundo griego. Pero, aunque hace referencia al azar, Polibio trata de reducir su importancia en la explicación de la historia (véase P. Pedech, *La méthode historique de Polybe,* pp. 331-354). Todo ello quebrantó el sentimiento de seguridad y la confianza en una jerarquía estable de valores. Surgieron entonces diferentes *respuestas culturales.*

Así, se conjura el temor a los acontecimientos fortuitos poniendo de relieve que una desgracia aparente produce la felicidad; de ahí el auge del *género novelesco* y de la *comedia nueva,* donde las aventuras que provoca la guerra y la piratería siempre acaban bien, intento de dar seguridad.

Otra respuesta consiste en la *moral de indiferencia* en la que desembocan tanto el cinismo como el epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo, por diferentes que puedan ser sus postulados. Se trata de ejercitarse en no sufrir, de sentirse totalmente libre porque se sabe que no se es libre. Pero no es una moral para el pobre, tiene una base intelectual y, por tanto, es aristocrática.

Una tercera respuesta son las *religiones de salvación,* con procedimientos de misterio. A ellas nos referiremos en el capítulo dedicado a la religión.

Así pues, las filosofías helenísticas desempeñaron una función de *evasión:* voluntad de contracultura de los cínicos, búsqueda de la indiferencia por parte de los epicúreos, fatalismo de los estoicos, suspensión del juicio en los escépticos. Todas ellas, salvo el estocismo, renuncian a la acción.

Todos estos sistemas filosóficos dan primacía a la moral. Diógenes Laercio (VII, 161) atribuye al estoico Aristón estas palabras: «Los razonamientos de la dialéctica se parecen a las telarañas que, aunque parecen demostrar un cierto arte, son inútiles». Sin embargo, lo cierto es que los estoicos y los escépticos utilizaron todos los refinamientos de la dialéctica.

b) *Fuentes*

Entre Teofrasto y Lucrecio y, más tarde, Cicerón, sólo leemos algunos fragmentos de la filosofía helenística. Sin embargo, se escribieron millares de obras, si juzgamos por las listas —tal vez exageradas— que Diógenes Laercio atribuye a cada uno de los filósofos cuya vida escribe. Nuestra información procede de las citas realizadas por autores de «recopilaciones de pensamientos» que desembocan en Aecio y Estobeo en el siglo VI, de los críticos de los estoicos y epicúreos, como Plutarco o Galeno, y de las exposiciones más elaboradas de Lucrecio en el caso de Epicuro, de Cicerón para los estoicos y platónicos y de Séneca en el caso de los estoicos, con referencias al epicureísmo.

4) *LOS ESCÉPTICOS*[5]

Los griegos pusieron muy pronto en duda el valor del testimonio de los sentidos como fundamento del conocimiento. En este sentido, Jenófanes, Empédocles, Protágoras, Gorgias y Platón son los predecesores de los escépticos. Citemos a Jenófanes, frg. 34, Diels: «Nadie conoce la verdad segura ni la conocerá nunca, ni acerca de los dioses ni sobre nada de lo que hablo», y Empédocles, frg. 2, Diels: «Las cosas están hasta tal punto más allá del alcance de los hombres, que no pueden ser vistas por el ojo, escuchadas por el oído ni captadas por el entendimiento» (trad. de Baudelot, en E. Bevan, *Stoiciens et sceptiques,* p. 120).

Guiado por esta convicción, *Pirrón de Elis* fundó una escuela en la época de Alejandro. Su dialéctica socrática —se había formado en la escuela megárica— ponía en duda toda afirmación, no importa que estuviera basada en la sensación o en el juicio. Pero, mientras que Platón había construido su idealismo sobre el terreno despejado por Sócrates, Pirrón suspendía definitivamente su juicio y alcanzaba así, ejercitándose en la indiferencia, la *ataraxia,* que nosotros llamaríamos evasión.

Pirrón no escribió nada. Sin embargo, Antígono de Caristo resume su doctrina en una *Vida de Pirrón,* perdida en la actualidad, pero de la que Diógenes Laercio (IX, 61-108) ha consevado algunos fragmentos. Otro filósofo escéptico, *Timón de Fliunte,* escribió en verso (en las *Silles*) las tesis escépticas, especialmente la de Pirrón. Diógenes Laercio, al exponer la obra de Timón (IX, 109-115), siguiendo a Antígono de Caristo, consolida la idea ya existente sobre este movimiento.

Después de casi cinco siglos, a fines del siglo II d. de J. C., el pensamiento escéptico adquirió un desarrollo del que da fe la obra de Sexto Empírico, consagrada a la crítica del conocimiento en todas las ramas del

saber: dialéctica, física, fundamento de la moral, astrología. En el largo camino, desde nuestro punto de vista mal jalonado, que va de Timón a Sexto Empírico, hay que situar, en la época ciceroniana, a Enesidemo y a Agripa y, en el siglo I-II d. de J. C., a Menódoto, principal exponente de la escuela empírica de medicina.

Sexto Empírico conserva los «modos», es decir, los diez dominios donde la argumentación justifica, según Enesidemo, la suspensión del juicio (*Hipotiposis pirrónicas,* I, 36-163) y los cinco modos de Agripa (*ibid.,* I, 169-177).[6]

Estas razones para dudar de las percepciones sensibles y de las opiniones se remontan, según Sexto Empírico (*Hipotiposis,* I, 36), a los «antiguos escépticos», es decir a los filósofos escépticos de comienzos de la época helenística. Por lo que respecta al sujeto cognoscitivo, la subjetividad de las sensaciones y de los temperamentos, así como las circunstancias momentáneas, nos impiden conocer la naturaleza objetiva de las cosas y, por tanto, el mismo concepto de naturaleza es confuso (*Hipotiposis,* I, 98). Por lo que respecta al objeto, algunas cualidades cambian con la cantidad. También la moral cambia según los pueblos y nada hay absoluto en este dominio (ya lo habían dicho Jenófanes, Safo y Heródoto).

Esta crítica del conocimiento implica la existencia de una literatura, perdida en la actualidad, de agudas observaciones psicológicas, especialmente sobre el comportamiento y los medios de comunicación de los animales, sobre las modalidades de la vista y del tacto. Utiliza también la literatura médica y la etnografía. Los escepticos no sólo movilizan todos los conocimientos para demostrar la relatividad de todo concepto, sino que ponen a contribución todos los recursos más sofisticados de la dialéctica. Jugando a menudo con el doble sentido de las palabras, se dedican, por la conclusión negativa de las dos posibilidades de la alternativa en la que sitúan los problemas, a demostrar la inanidad de nuestras opiniones más firmes. En cierto sentido, es el método que recomendaba Aristóteles en los capítulos de la *Retórica* dedicados a la argumentación judicial.

Pero los escépticos ponen la dialéctica al servicio de una omisión. De haber sido aceptada, su *suspensión del juicio,* justificada teóricamente por lo que respecta a los fundamentos de la inducción y la existencia de las ideas, habría paralizado la investigación y la acción. Habría podido estimular el espíritu crítico de los sabios, pero sólo sirvió para crear más hábiles polemistas, y tuvo escasa influencia fuera de la escuela médica de los empiristas, decididos a atenerse a la terapéutica de los síntomas sin buscar las causas de las enfermedades. La ciencia helenística se mantuvo siempre fiel a los principios aristotélicos de ofrecer explicaciones basadas en postulados.

Sin embargo, varios filósofos escépticos estuvieron en la corte de los reyes. Timón de Fliunte formó parte del círculo de Antígono Gonatas y de Ptolomeo Filadelfo (Diógenes Laercio, IX, 12, 110). Sin duda, si los reyes llamaban a su corte a filósofos escépticos, era por el placer del desafío que representaban y también para utilizar en misiones diplomáticas su temible dialéctica. Por lo demás, en la práctica, el escéptico no era un anarquista: Sexto Empírico (*Hipotiposis,* I, 226-231) recomienda obedecer las leyes y respetar los ritos. Hay que añadir que el rechazo de los dogmas que preconiza sólo concierne a los sabios.

Una anécdota que recoge Diógenes Laercio (IX, ll, 61) hace referencia a Pirrón y a los gimnosofistas de la India, que le habrían inspirado su desconfianza con respecto a cualquier medio de conocimiento. De cualquier forma, no debemos pensar que existiera una influencia india muy intensa sobre el escepticismo helenístico. En efecto, hemos visto que la crítica de las percepciones sensibles y de los juicios se remonta, al menos, al siglo V.

5) *LOS ESTOICOS*[7]

El estoicismo tuvo una enorme influencia durante toda la época helenística y también en tiempos del imperio romano. Su evolución se realizó a lo largo de tres períodos: estoicismo antiguo, medio y tardío. Sólo consideraremos aquí el estoicismo antiguo. El medio está representado por Panecio y Posidonio, a los cuales hay que añadir a Cicerón. Al estoicismo antiguo están vinculados los nombres de Zenón, Cleantes y Crisipo, por citar tan sólo aquellas figuras de las que poseemos mayor número de fragmentos. Estos filósofos *reducen la moral a una física.*

La física estoica se fundamenta en la distinción entre un agente y un paciente. «El paciente es la sustancia, materia sin determinación; el agente es la razón que en ella reside, es decir, el dios» (*SVF,* I, 85). Estamos aquí ante una adaptación del artificialismo de Aristóteles.

Pero para que el agente pueda actuar sobre el paciente, es necesario que exista entre ellos una comunidad de naturaleza. Dado que el paciente es un cuerpo, es necesario también que el agente lo sea, no siendo lo incorporal otra cosa que nombre de acción (*SVF,* I, 89, 90, 98; II, 341, 363).

En consecuencia, este materialismo, que afirma la corporalidad de la causa, rechaza todo idealismo, toda realidad trascendente. El agente corporal, que es dios, se extiende por toda la materia (*SVF,* I, 153). Para Zenón, «se desliza por ella como la miel en el panal» (*SVF,* I, 155). Para Cleante y los filósofos escépticos posteriores, es un hálito, el *pneuma,* que compenetra la materia (*SVF,* I, 533 y IV, índice, voz *pneuma*). Dado

que está vivo, ese *pneuma* divino es calor, *fuego* sutil que no destruye sino que elabora y anima a lo vivo, calor de la respiración, del corazón y de la semilla (*SVF,* I, 126, 127: I, 504 y IV, índice, voz *pur*), motor de un universo vivo como nosotros. También el alma individual se halla extendida por todo el cuerpo. Como *pneuma,* anima los cinco sentidos, la función reproductora, la voz y, por último, el «principio director» (*SVF,* II, 834-841) que, según unos, se halla situado en la cabeza (*SVF,* IV, índice, *kefalé*) y, según otros, en el corazón (*SVF,* IV, índice, *cardia*).

Aunque eterno, el mundo no tiene una vida continua. Al final de unos ciclos determinados, el *fuego* le sitúa de nuevo en su punto de partida (*SVF,* IV, índice, *ekpurosis*). Así pues, el devenir no es progreso, ni azar, ni libertad, sino eterno retorno.

Por otra parte, la comunidad del *pneuma* crea una solidaridad entre los individuos y el universo que sitúa en primer plano, sobre todo en la explicación científica, el concepto de *simpatía.* Este viejo concepto, que se remonta a los mimetismos micro-macro-cósmicos imaginados por el pensamiento primitivo, desarrolla sus corolarios en dos direcciones. En primer lugar, justifica la relación que nos une a los astros: la *astrología,* cuyo desarrollo favoreció el estoicismo. En segundo lugar, la simpatía justifica toda la *moral.* Nosotros, como partes de un todo organizado, penetrados del *pneuma* divino, situados en un ciclo determinado por un eterno retorno, estamos totalmente *determinados* y nuestra única libertad consiste en querernos conformar al orden en que estamos insertos, en captar su sentido, instantes de unión que son suprema sabiduría y suprema dicha. Esta percepción de una armonía se parece, en su desenlace, al misticismo neoplatónico.

El estoicismo, al ofrecer una imagen materializada y simple de nuestra relación con el universo, y al basarse en una serie de viejos principios, tales como la simpatía cósmica, alma-fuego, modelo embriológico, eterno retorno, se prestaba a la vulgarización. Daba al individuo, incluso en su sufrimiento o en su humildad, el orgullo de vivir al unísono con la pulsación del mundo. Pero había que percibir esta última y, para asumir con plena conciencia un destino que no se ha elegido, para alcanzar la impasibilidad, fruto de esa aceptación, era necesaria una cultura de la consciencia que no estaba al alcance del pueblo. El estoicismo es una moral de dirigentes; modeló, así, al hombre imperial romano; le ayudó a superar los reveses del poder y el odio de los vencidos. Diógenes Laercio (VII, 122-126) evoca la figura del sabio estoico, inaccesible al asombro, (*SVF,* III, 451) y que sólo ofrece su amistad a los filósofos. La ascesis de una sola virtud le es suficiente, pues todas las virtudes se encadenan; pero la virtud no tiene grados, (*SVF,* IV, índice, *areté, mia*).

El estoicismo insiste en la obligación de dar a cada uno lo que le es

debido, lo que implica que los derechos de cada uno no son iguales. Roma recogió ese concepto de la justicia distributiva: el *suum cuique* que encabeza las *Institutiones* de Justiniano tiene un antecedente histórico (*SVF*, III 255 y 262).

Dado que la conducta es sumisión al orden del mundo, la moral estoica debe basarse en una *teoría del conocimiento*. Como en el estoicismo no hay ideas en el sentido platónico, el conocimiento no debe pasar por los conceptos. Es la *marca impresa*, la huella de un cuerpo, que recibe nuestra alma, también corporal. La imagen del sello aparece frecuentemente (*SVF*, II, 54-57). De todas formas, Crisipo subraya que no pueden existir varias huellas simultáneas.[8] Así, el conocimiento es también «representación». Existen dos grados en ese conocimiento: simple percepción de una apariencia, por una parte y, por otra, percepción activa acompañada de consentimiento de la huella. Por último, junto al conocimiento sensible, existe el conocimiento que aprehende hechos del pensamiento, los *incorpóreos*, que son *lo «dicho», lo vacío, el lugar* y *el tiempo*. El estoicismo, que confía demasiado en lo sensible, resulta débil e inseguro en el capítulo de los criterios de verdad.

Analicemos ahora la *lógica*, instrumento del conocimiento y técnica del juicio. Para Aristóteles, la lógica prevé o justifica los atributos de un objeto por su pertenencia a un conjunto cuyos atributos son conocidos. Está al servicio de la identificación y la clasificación: ligados por atributos comunes, una serie de conjuntos —especies y géneros—, definidos de una vez por todas, se enmarcan en una jerarquía que va de lo individual a lo general. En la medida en que es insólita e imprevisible, la acción no tiene cabida en este sistema. El silogismo aristotélico se basa en el postulado de la inmutabilidad de los caracteres de los seres o de los fenómenos. No permite prever el devenir salvo que éste esté estereotipado. Supone un mundo estable donde el conocimiento se basa en el reconocimiento, a través de los fenómenos, de modelos inmutables, fundamentos de los conceptos generales.

Por el contrario, para los estoicos[9] sólo lo sensible es verdadero. No existe un modelo ideal de las cosas, sino un mundo en acción. El interés se desplaza de lo general a lo individual y hacia los modos de ser y de actuar. Con todo, el futuro puede preverse porque se postula que la providencia que lo dirige lo hace siguiendo caminos racionales y, si la sensación puede ser el origen de un juicio verdadero, es porque está acompañada del asentimiento surgido de la crítica (Diógenes Laercio, VII, 49-51).

Diocles de Magnesia había realizado en su *Revista de los filósofos* una exposición detallada de la lógica de los estoicos, que Diógenes Laercio transcribe o resume (VII, 48 ss.).[10] La retórica y la dialéctica (*SVF*, II, 48 = Diógenes Laercio, VII, 41) son la expresión de la lógica. En la

dialéctica, los estoicos distinguen el significado (*SVF*, II, 166-171) que engloba seres, conceptos y razonamientos, y el significante (*SVF*, II, 136-165), bajo el cual sitúan todos los lenguajes. La lógica en sentido estricto, es decir, la ciencia de los criterios del razonamiento correcto, comporta, en el capítulo formal, un estudio fecundo y «moderno»[11] de las relaciones entre proposiciones, superando la fase de relaciones entre términos.

Por último, conviene explicar el papel que desempeñó el estoicismo en la cultura helenística e indicar la importancia de su legado.[12] Una filosofía que se asienta en lo corporal y fundamenta el conocimiento en la sensación, minimiza la importancia de las especulaciones metafísicas. De ahí la expansión fácil de una «capa» de estoicismo en las clases sociales que buscaban una justificación de su moral. La moral estoica, que se basa en la afirmación de que un solo dios presente en ellos anima a todos los seres conforme a un plan que deben captar y realizar, defiende la conformidad a un orden. De cualquier forma, el fatalismo permite la existencia de una libertad de asentimiento al destino que, por otra parte, no determina en todos sus detalles los acontecimientos. Esto soluciona el problema fundamental de la relación de elementos inconciliables como el determinismo y la libertad, condición de la responsabilidad del hombre. El estoicismo, moral de la aceptación de lo que es dado, valora las conductas austeras e impasibles, que aconsejó a los reyes y que fueron seguidas por los dirigentes romanos. Pero, lógicamente, excluyó la búsqueda del progreso. Ciertamente, a lo largo de seis siglos, conoció versiones diferentes.

Los estoicos, que creían en la animación del mundo, llenaron la ciencia de explicaciones por la pneumática y la simpatía. La astronomía les interesaba como expresión de un orden. Pero, seducidos por la fatalidad del movimiento de los astros, favorecieron la astrología, que justificaban por la simpatía, instrumento de la unidad del universo en el que nos hallamos insertos. Tal vez sea éste el aspecto más popular de su influencia.

Su dialéctica se basa en un estudio agudo de las *categorías gramaticales*. La enumeración de las obras de Crisipo —todas ellas perdidas— que da Diógenes Laercio (II, 189 ss. = *SVF*, II, 13-17) atestigua la importancia de las investigaciones de la escuela estoica sobre las palabras: descubrió y definió el admirable instrumento lógico que es la lengua griega con su juego riguroso de flexiones, derivaciones, prefijos, al servicio de una organización del pensamiento mediante parejas de palabras opuestas: sujeto-objeto, activo-pasivo, seguro-probable. Son categorías gramaticales que todavía utilizamos en la actualidad.

Gracias a sus continuadores romanos —Cicerón, Séneca y Marco

Aurelio—, la moral estoica continuó perviviendo en pleno cristianismo. Sin duda, su estructura monoteísta la preservó. Sin embargo, rechazaba la piedad y carecía de la vocación de dar y de amar.

6) *LOS EPICÚREOS*

Fue hacia el 307-306 cuando Epicuro, de origen ateniense, pero nacido en Samos, inauguró el «Jardín», donde se reunía su escuela. Habría estudiado en Atenas en el momento en que Jenócrates dirigía la Academia y mientras Aristóteles estaba en Calcis. Al parecer, murió a los setenta y dos años, en el año 270 (Diógenes Laercio, X, 15). El libro X de Diógenes Laercio, aparte de las anécdotas habituales, contiene una exposición de su doctrina. Diógenes le atribuye unas 300 obras y enumera las que considera más importantes (X, 27-28). De ellas, destacan las dedicadas a la física, pero Epicuro elaboró también una lógica o una teoría del conocimiento y una ética. Ninguna de sus obras se ha conservado completa. De todas formas, H. Usener ha recogido las citas y las alusiones, procedentes de sus discípulos o de sus adversarios (*Epicúrea,* Leipzig, 1887). Por otra parte, los papiros de Herculano nos han permitido conocer la biblioteca de un epicúreo, y así, desde 1793, han llegado hasta nosotros una serie de fragmentos, de entre los cuales los últimos editados [13] hay que añadirlos al corpus de Usener.

Diógenes Laercio transcribe (X, 35 ss.) tres *cartas* que comprenden el resumen de la doctrina epicúrea y que Epicuro habría dirigido a tres discípulos: a Heródoto, sobre la *Física;* a Pitocles, sobre la *Astronomía y la Meteorología,* y a Meneceo, sobre la *Moral.* Es probable que la primera y la tercera carta sean auténticas, y en cuanto a la segunda, cuando menos existe la posibilidad de que también lo sea. De cualquier forma, los datos que en ellas encontramos son corroborados, en conjunto, por el *De natura Rerum* de Lucrecio y el *De finibus* de Cicerón. Diógenes Laercio cita también comentarios, compendios y polémicas de las que no queda prácticamente nada, salvo el *Contra Colotes* de Plutarco y algunas otras de sus *Moralia.*

Epicuro construye su filosofía para justificar una *Moral de la ataraxia.* Según Diógenes Laercio (X, 30), la divide en tres partes: la *Canónica* estudia los criterios de conocimiento, los principios y los elementos; la *Física* considera los problemas de la generación, de la muerte y de la naturaleza, y la *Ética* discute sobre los fines y los géneros de vida.

El *conocimiento* se basa esencialmente en la *sensación.* Los epicúreos consideran que la sensación siempre es verdadera, en el campo del sujeto perceptor, pero es imposible de controlar la veracidad de su relación con el

objeto, sea por otra sensación o por un razonamiento (Diógenes Laercio, X, 32). Sólo el paso de la sensación al juicio puede estar contaminado por el error (Diógenes Laercio, X, 50). El conocimiento se basa también en «anticipaciones», que nosotros llamaríamos ideas generales y que Diógenes Laercio (X, 33) define como una intelección inmediata, imagen de sensaciones acumuladas en la memoria. Las «afecciones» –placer y dolor– guían nuestra conducta, indicándonos lo que debemos aceptar y lo que debemos rechazar (Diógenes Laercio, X, 34). En la *Carta a Heródoto* (Diógenes Laercio, X, 38), el conocimiento de las cosas se basa en la sensación, la intuición y las afecciones (es decir, lo que se experimenta, *pathe*). Por último, algunos epicúreos añaden al dominio del conocimiento «nociones imaginarias». Como vemos, el análisis psicológico del conocimiento es profundo.

Hablemos ahora de la *Física*. La sensación nos permite afirmar que «el universo está formado de cuerpos». En último extremo, éstos se hallan formados por elementos indivisibles, eternos e inmutables, imposibles de percibir en razón de su pequeñez, en número infinito como la serie de números, los *átomos*, que se mueven perpetuamente en el *vacío infinito* (Diógenes Laercio, X, 39-44). No poseen cualidad sino tan sólo forma, peso, tamaño (X, 54): lo cualitativo se reduce a lo cuantitativo (56). En ausencia de obstáculos, recorren espacios inmensos en un tiempo increíblemente corto (46). Hasta aquí, estamos en la tradición de Demócrito. Pero los átomos de Epicuro tienen formas y pesos variados (Diógenes Laercio, X, 44). Si la gravedad fuera el único responsable de su movimiento, nunca se encontrarían. Por tanto, poseen una inclinación (Lucrecio, II, 216-293), una especie de desviación con relación a la gravedad, que escapa a toda determinación, lo cual permite la formación de agregados que son los seres corporales y también los mundos, necesariamente en número infinito como los átomos. Los átomos más ligeros rebotan por efecto del choque y van hacia otros encuentros eternos: materialismo mecanicista.

Así pues, el *azar* es el fundamento de la existencia de los cuerpos (Lucrecio, I, 1021-1037; II, 1048-1076): no existe una ley de la organización del universo y el origen de los seres vivos es un amontonamiento de seres que, poco a poco, se han fijado. Se rechaza tanto el artificialismo de Aristóteles como el concepto de modelos ideales de Platón, así como la existencia de cualquier demiurgo que pueda constituir una causa racional. Rechazo fundamental que desemboca no a negar a los dioses sino a relegarlos en los intervalos de los mundos, donde gozan de la beatitud de la total inacción. En el epicureísmo se conservan los dioses porque todos los hombres tienen una prenoción, lo cual es un criterio válido de verdad (Diógenes Laercio, X, 123-124). Sin embargo, los dioses de Epicuro no son los dioses de la multitud (Diógenes Laercio, X, 124, 134 y 143).

¿Acaso esta sublimación del azar es una revancha contra la incertidumbre de nuestro mañana, así como el espectáculo del infinito de los mundos que se hacen y se deshacen (Diógenes Laercio, X, 89) compensaría nuestra insignificancia? Lucrecio habla de la poesía del azar y del infinito; el azar, antídoto de la fatalidad.

Epicuro no niega la existencia del *alma,* pero rechaza el antagonismo con el cuerpo del que había hablado Platón. Para él, el alma es un cuerpo hecho de átomos lisos y redondos, más tenue que el nuestro y fortalecido por él. El alma es la causa fundamental de la sensibilidad que se ejerce por el cuerpo, incapaz este último de sentir por sí mismo. Cuando se retira del cuerpo, ni éste ni el cuerpo pueden ya sentir, lo cual debe hacer que desaparezca el temor a la muerte (Diógenes Laercio, X, 63-66). Epicuro concede al alma su primitiva cualidad de calor animal, pero la priva de toda autonomía: después de la muerte, se dispersa en átomos que se redistribuyen al azar.

En cuanto a la *sensación,* sabemos que en todo momento, durante la *Antigüedad,* se imaginó, por explicaciones diversas, como un contacto —huella, afección, conmoción— del órgano sensorial con el objeto percibido, y se concluía en una comunidad de naturaleza —una simpatía para hablar como los estoicos— entre el objeto percibido y el órgano perceptor. Veamos cómo se opera ese contacto material en Epicuro. Los átomos emiten *simulacros,* cáscaras vacías, películas tenues que los representan. Esos simulacros, extraordinariamente ligeros, afectan a nuestros ojos, nuestro oído y nuestro olfato, incluso durante el sueño (Diógenes Laercio, X, 46-53.

Epicuro, portavoz de Demócrito, ha ejercido una notable influencia, a través de Lucrecio, sobre los biólogos y los físicos de la actualidad. Desde nuestro punto de vista, ningún argumento permite realizar una aproximación entre el materialismo y el atomismo antiguos y la ciencia actual. Epicuro, así como los restantes filósofos antiguos, no realizó una física experimental. Diógenes Laercio (X, 6) le atribuye esta frase: «Huye a toda vela de cualquier instrucción». Por otra parte, su negativa a intentar elegir entre teorías astronómicas contradictorias (Diógenes Laercio, X, 94-95) choca por completo con el espíritu de investigación de la ciencia actual.

En realidad, su física no es más que el instrumento de una moral (Diógenes Laercio, X, 143).

Así, la multiplicidad de las explicaciones de las fases de la Luna y de su luminosidad no debe suscitar en el epicúreo ningún esfuerzo de elección que pudiera turbar la ataraxia, objetivo de la moral (Diógenes Laercio, X, 94-95).

En efecto, la *moral* epicúrea que Epicuro expone fundamentalmente en la *Carta a Meneceo,* que transcribe Diógenes Laercio (X, 122, ss.),

persigue la felicidad, al igual que todas las morales helenísticas. El miedo a la muerte es el principal obstáculo para la felicidad. Epicuro conjura ese temor al afirmar la insensibilidad del muerto, al oponerse al mito de los infiernos, y al negar que los dioses se ocupan de nosotros y han previsto nuestro destino (Diógenes Laercio, X, 124-125). La ataraxia se consigue también mediante el arte de escoger el placer que pueda producir mayor felicidad, es decir, la ausencia de sufrimiento físico y de conflicto moral (Diógenes Laercio, X, 130-131). Esta moral altiva tiene algo de desesperada, sin relación con el «epicureísmo» amable de Horacio. Llegó hasta Roma, donde Lucrecio la ha conservado hasta nuestros días. Inspiró el desapego que se afirma en muchos epitafios (véase F. Cumont, *Lux perpetua,* p. 128) y contribuyó a desacreditar los mitos sobre la vida de ultratumba (fuentes en F. Cumont, *op. cit.,* p. 127-131). Uno de los testimonios más notables de esta influencia es la profesión de fe que hace a este respecto un ciudadano de Enoanda, un tal Diógenes que vivió, sin duda, en tiempo de los Antoninos (ed. William, 1907). Pero la influencia de Homero y, más tarde, de Virgilio en la educación debió servir de contrapeso a la tesis epicúrea de la aniquilación total.

7) *LOS CÍNICOS*

El cinismo es un fenómeno típico de *contracultura.* En primer lugar, en una época en que los filósofos escribían sus pensamientos, los cínicos escribieron muy pocas obras. Sin embargo, corrían respecto a ellos numerosas anécdotas y ocurrencias que Diógenes Laercio recoge en el libro VI de *Vidas de filósofos,* uno de los libros menos interesantes de la colección. Estas afirmaciones que atribuye a Diógenes de Sinope, a Crates y a algunos otros traducen el escándalo que constituyó la vida cínica, escándalo porque esa reivindicación era sentida, precisamente, como un cambio de valores. Sin aceptar que sean auténticos, los evocaremos aquí como testimonio de una oposición a la sociedad tradicional. Para comprender la base filosófica de Antístenes y Diógenes, hay que referirse a Juliano el Apóstata, Discurso IX=IV y VII. En Luciano *(Los fugitivos* y *El cínico)* encontramos el punto de vista de la multitud a la que disgusta la negación de los valores tradicionales que profesan los cínicos. Por su parte, Dión Crisóstomo dedica sus *Discursos* VI, VIII, IX y X a Diógenes, cuyo valor y resistencia elogia, en tanto que el *Discurso* IV es una conversación entre Diógenes y Alejandro, donde el filósofo aventaja al rey.[14]

A través de Antístenes, el cinismo se remonta a Sócrates, de quien, en definitiva, parte esta corriente de contracultura. También Sócrates fue condenado por la ciudad. El cinismo es una reivindicación de libertad

absoluta, tanto respecto de las pasiones como de las necesidades físicas y de las obligaciones de la vida social. Es una exasperación del ideal de autarquía, tan fuertemente instalado en la mentalidad griega.

Así, el cínico quiere ser un individuo aislado y rechaza el marco de la ciudad. Aprueba el modelo espartano (Diógenes Laercio, VI, 27) y lo critica todo: la educación, el atletismo, la persecución de la riqueza y el matrimonio. Se manifiesta contra todas las actitudes de la sociedad y quiere *comer, dormir y hacer el amor en público* (Diógenes Laercio, VI, 69). Diógenes afirmaba *oponer a la fortuna su valor, a la ley su naturaleza, al sufrimiento su razón* (Diógenes Laercio, VI, 38). La famosa respuesta a Alejandro: «Quítate de mi sol», naturalmente, inventada, revela la oposición a las autoridades establecidas y pertenece al tema de la impertinencia del filósofo con respecto al rey, que se atribuye también a los estoicos. Superando los límites de la ciudad, el cínico afirmaba ser «ciudadano del mundo» (Diógenes Laercio, VI, 63). La liberación de las limitaciones de la ciudad encuentra justificación en *el modelo animal,* que expresa una voluntad de retorno a la naturaleza, el rechazo de la sociedad de abundancia y el sueño de una regresión al estado salvaje. Diógenes toma como modelo la indigencia y la despreocupación del ratón (Diógenes Laercio, VI, 22-23) y Cércidas (frg. 2) invita al cínico a «imitar a la tortuga y su caparazón». He aquí lo que dice Juliano el Apóstata (Discurso IX = VI, 193 D):

> «El objetivo y el fin de la filosofía cínica, como, sin duda, el de toda filosofía, es la felicidad. La felicidad es vivir según la naturaleza y no según la opinión de la masa. Por lo demás, las plantas y todos los animales se encuentran bien cuando cada uno alcanza sin trabas el fin que le asigna la naturaleza».

Una de las funciones fundamentales de la ciudad griega era la guerra: el cínico rehúsa el servicio de las armas.

Heracles, «sin ciudad, sin casa, privado de patria, mendigo, errante, que vive al día» (Diógenes Laercio, VI, 71, cf. Nauck, *Trag. Gr. Fragm.,* Adespota, 284), es su modelo. De fuerza de la naturaleza que era, Heracles se convierte en el héroe resistente que sufre por el bien de la humanidad, el vencedor de la condición humana y por eso, el cínico Diógenes lo propone como modelo al rey Alejandro en el *Discurso* IV de Dión Crisóstomo. Así, el cinismo promueve un ideal real en el que el valor se convierte en renuncia. Una vez más, es una manifestación de contracultura.

Si Diógenes preconizaba la *comunidad de mujeres* no era, desde luego, para establecer una nueva estructura social, sino para escandalizar, si hemos de creer a Diógenes Laercio (VI, 72), pues ése era el instrumento de su mensaje. En ocasiones, se ha acusado a los cínicos de *comer carne*

humana, como lo hacen los bárbaros (Diógenes Laercio, VI, 73), o de *comer hierbas* (Diógenes Laercio, VI, 105). La actitud ante las comidas, signo de aglutinamiento de una cultura, es el primer aspecto rechazado por quienes se oponen a ella, lo que irrita especialmente a las sociedades afectadas.

En una sociedad de abundancia, la *vocación de pobreza* constituye también el signo de una contestación. Se atribuye a Crates el gesto característico de arrojar su dinero al mar después de haber repartido todo su patrimonio (Diógenes Laercio, VI, 87).

A pesar de los diálogos que se les atribuye con los reyes, los cínicos no parecen haber marcado la civilización helenística sino alimentando con su impudicia el sueño del «regreso a la naturaleza», que favorecían los romanos y las investigaciones etnográficas. Actitud hastiada, el cinismo no podía calar más que entre los ricos. No proponía otra cosa que proezas, limitadas al orgullo del individuo. Los cínicos presentan importantes analogías con los hippies.

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Véase H. DÖRRIE, «Xenokrates (4)», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.*, cols. 1512-1528 (1967), donde se mencionan las fuentes y la bibliografía. Fragmentos editados por R. HEINZE (Leipzig, 1892).
2. A. E. TAYLOR, *A Commentary of Plato's Timaeus*, sobre 34D-36B, cita los textos de Plutarco sobre Jenócrates y Crantor, pp. 111-117.
3. Véase L. ROBIN, *La pensée grecque* (1921), pp. 11-15.
4. Los fragmentos de los peripatéticos están editados por F. WEHRLI, en los fascículos sucesivos de su amplia obra *Die Schule des Aristoteles, Texte und Kommentar*, publicado en Basilea, desde 1952.
5. Véase E. BEVAN, *Stoïciens et sceptiques* (trad. L. BAUDELOT, Col. Et. anc. Budé, París, 1927); V. BROCHARD, *Les sceptiques grecs* (París, 1887; 2.ª ed., 1923); E. BRÉHIER, «Pour l'histoire du scepticisme antique; Les tropes d'Enesidème contre la logique inductive», en la *Revue des Études anciennes*, 1918, pp. 69 ss.; J. P. DUPONT, *Les sceptiques grecs, textes choisis* (París, 1966).
6. DIÓGENES LAERCIO, IX, 11, 78-89, resume esos «modos».
7. Las fuentes sobre el estoicismo antiguo han sido reunidas por J. von ARNIM, *Stoïcorum Veterum Fragmenta*, 4 vols. (Leipzig, que citaremos *SVF*. Es posible hallar una traducción de los principales textos, preparada por E. BRÉHIER y editada por P. M. SCHUHL, *Les stoïciens* (París, Pléiade, 1962); véase también J. BRUN, *Les stoïciens, textes choisis* (París, PUF, 1957); E. BRÉHIER, *Chrysippe*, 2.ª ed., 1951, con el título *Chrysippe et l'ancien stoïcisme;* M. LAFFRANQUE, *Poseidonios d'Apamée* (París, 1964).

   El libro VII que DIÓGENES LAERCIO dedica a los estoicos es uno de los libros de sus *Vidas* con mayor contenido doctrinal.
8. DIÓGENES LAERCIO, VII, 50.
9. Sobre la lógica de los estoicos, véase A. VIRIEUX-REYMOND, *La logique et l'épistémologie des stoïciens* (Lausana, s.f.).
10. Fragmentos sobre la lógica reunidos en *SVF*, II, 45-287. La teoría del conocimiento, la retórica y la dialéctica forman parte de la lógica.
11. Véase A. VIRIEUX-REYMOND, *op. cit.*, pp. 316-319.
12. Véase Id. *op. cit.*, pp. 232-234.
13. Bibliografía en O. MONTEVECCHI, *La papirologia* (Milán, 1973), pp. 347-348. Los principales trabajos son de VOGLIANO, SBORDONE, BIGNONE, GIGANTE y CRÖNERT.
14. Sobre los cínicos, véase D. DUDLEY, *A History of Cynicism. From Diogenes to the 6th Century A. D.* (Londres, 1937), y R. HÖISTAD, *Cynic Hero and Cynic King. Studies in the Cynic Conception of Man* (Uppsala, 1948), donde se encontrará una crítica de las fuentes, una abundante bibliografía y una discusión de las tesis de DUDLEY y de K. von FRITZ, *Quellenuntersuchungen zu Leben und Philosophie des Diogenes von Sinope*, Philologus, Suplemento 18, 2 (Leipzig, 1926).

CAPÍTULO IV

La ciencia helenística

Hay que hacer algunas observaciones previas. En primer lugar, no existe una ciencia propiamente helenística, sino una ciencia griega que, en la época helenística, persigue unos objetivos definidos ya en la época clásica. Por otra parte, está dirigida al pronóstico: en esa función se desarrollan —también en este caso en contacto con Oriente— los procedimientos no racionales de conocimiento inmediato: astrología, medicina oracular, terapéutica mágica y alquimia. Lo racional y lo irracional, los dos instrumentos por los cuales el hombre pretende dominar el medio y su porvenir, coexistieron en la época helenística.

1) *FUENTES*

Por lo que respecta a la ciencia racional, sólo poseemos documentos griegos. Por otra parte, de los varios centenares de obras científicas que fueron escritas en la época helenística y cuyos títulos o autores conocemos a través de Plinio el Viejo (libro I de la *Historia natural*) o de Diógenes Laercio *(Vidas de los filósofos)*, sólo dos decenas han llegado completas hasta nosotros. Terrible naufragio que, en el campo de la medicina, no ha permitido que sobrevivan, aparte de Rufo de Éfeso y Sorano, sino algunas alusiones entre el Corpus hipocrático (fundamentalmente de los siglos V-IV) y Galeno, del siglo II d. de J. C., y que, por lo que respecta a la astronomía, se ha tragado todo —excepto algunas citas de Hiparco— entre Aristarco de Samos (siglo III) y Ptolomeo (siglo II d. de J. C.). La geometría se conserva mejor, pero por lo que respecta a las ciencias

naturales y la astronomía, la pérdida de Posidonio deja una inmensa laguna.

Una última observación: hacia fines del siglo II a. de J. C. se interrumpe al movimiento científico, fenómeno que trataremos de explicar.

2) *LOS PROGRESOS DE LA CIENCIA HELENÍSTICA SOBRE LOS PROBLEMAS CLÁSICOS*

Durante la época helenística, la ciencia siguió preocupada por los problemas planteados durante la época clásica. La medida del meridiano terrestre, gloria de Eratóstenes (procedimiento conservado por Cleómenes, *De motu circulari corporum caelestium,* I, 10, 52-55, pp. 94-100 ed. Ziegler), se investigaba desde el siglo V a. de J. C. (Aristófanes, *Las nubes,* 201-205, y Aristóteles, *De Caelo,* II, cap. XIV, 298 A). La hipótesis de la revolución de la Tierra alrededor del Sol, teoría a la que se adscribe el nombre del astrónomo del siglo III Aristarco de Samos (Arquímedes, *Arenario,* I, 4 y Plutarco, *De facie,* 923 A), había sido refutada ya por Aristóteles (*De Caelo,* II, caps. XIII-XIV, 293 A-296 B). Las «anomalías» en el movimiento de los planetas y de la Luna, cuyo estudio constituye la obra maestra de Hiparco en el siglo II (según Ptolomeo, *Sintaxis,* índice de la traducción de Manicio), eran ya para Platón (*Leyes,* VII, 822 A; *República,* VII, 530 B) el gran escándalo filosófico. La explicación de la nutrición, objeto de tesis contradictorias entre los médicos helenísticos (Celso, *Sobre la medicina, Introd.,* 12), se debatía ya en tiempo de Platón (*Timeo,* 80 D-81 B) y de Aristóteles (*Partes de los animales,* 650 A).

Se planteó, sin embargo, un problema nuevo: las mareas, descubiertas en el Atlántico y en el golfo Pérsico en tiempo de Alejandro.

Sobre los problemas que heredó del pasado, la época helenística recopiló *observaciones más precisas y elaboró explicaciones más exigentes.* Ésta fue su aportación. Pero las soluciones siguieron inscritas en los esquemas de la época clásica, ya que la física estoica, que proporcionó a los sabios la base de su pensamiento, las ratificó: combinación o equilibrio de los cuatro elementos, escalonados según las leyes de la gravedad; acción de los «contrarios» (el calor y el frío, lo seco y lo húmedo); principio de la simpatía que nos hace reconocer nuestra connaturalidad con el universo y nos asegura, ya que nuestro espíritu es racional, la racionalidad del universo, pero que, al mismo tiempo, abre la posibilidad de la especulación astrológica. Hay que añadir, con todo, que este edificio filosófico era un tanto frágil debido a la crítica despiadada de los escépticos, cuya doctrina encontraba sus fundamentos en la desconfianza con respecto a los sentidos manifestada por Platón. Fragilidad, y posteriormente esteri-

lidad, cuando cundía el desánimo por no aparecer el hermoso orden buscado.

Decíamos que las observaciones se hicieron más precisas en la época helenística. En el siglo V, en Atenas, Metón había medido con una aproximación notable la longitud del año solar y del mes lunar (Diodoro, XII, 36, 2; Ptolomeo, *Sintaxis*, III, 1, pp. 203 y 207, Heiberg). Pero, en el siglo II, Hiparco midió, con una aproximación menor de un segundo (29,530583 días) el mes lunar sinódico medio (Ptolomeo, *Sintaxis*, IV, 2, pp. 270-271, Heiberg). Siguiendo a muchos otros (Filipo de Oponte, Aristarco de Samos, Fidias, padre de Arquímedes, Eudoxio), evaluó las distancias y los diámetros de la Luna y del Sol mediante un método perfecto que, por lo que respecta a la Luna, le condujo a evaluar las dimensiones reales. Sin embargo, sabía que no había conseguido la exactitud total y buscaba mejorar sus instrumentos de observación.[1] En su búsqueda de una paralaxia resultante del ángulo variable bajo el cual veríamos desde la Tierra las estrellas en los diferentes momentos del año (es decir, en los diferentes lugares que ocuparía la Tierra en su órbita alrededor del Sol) si la hipótesis de Aristarco de Samos era exacta, elaboró un *Catálogo de estrellas* (Ptolomeo, *Sintaxis*, VII, caps. 3 y 4). Pero los instrumentos de observación no eran lo bastante precisos como para revelar esa paralaxia. Ésa es la razón por la que la astronomía helenística, con Arquímedes al frente, abandonó la hipótesis de Aristarco. Cuando surgió Copérnico, tampoco él había percibido la paralaxia, pero tuvo la audacia, que Arquímedes rechazó, de suponer un universo lo bastante grande como para que aquélla fuera imperceptible. Además, en favor de la inmovilidad de la Tierra, había que contar con la autoridad de Aristóteles (*De Caelo*, II, cap. XIII), que daría a Ptolomeo el postulado fundamental de su astronomía.

Las razones del progreso en la precisión son de orden social y de orden técnico. En primer lugar social, y también real, ya que fueron las instituciones de conservación del saber, especialmente en Alejandría, las que realizaron para el astrónomo las largas series de observaciones, sin omitir tampoco las de los babilonios. Ptolomeo recopiló tan precioso tesoro y nos transmite los nombres de los astrónomos de Alejandría del siglo III: Arístilo, Timócaris y Conon. Por otra parte, los sabios estaban en contacto: se comunicaban por carta sus descubrimientos, se dedicaban sus obras y se criticaban mutuamente. Organizaron la comunicación de observaciones de un mismo eclipse de Sol en lugares distintos, lo cual constituyó el punto de partida de Hiparco en su medida de la distancia de la Luna (Comentario de Pappo a Ptolomeo, *Sintaxis*, V, ll). La costumbre de asentar su pensamiento en la crítica de sus predecesores, modelo que había sido establecido por Aristóteles, exigió no sólo a los astrónomos,

sino también a los anatomistas y a los historiadores, un esfuerzo mayor de precisión. Así, Galeno critica duramente a sus predecesores e Hiparco hace lo mismo con Eratóstenes, mientras que Estrabón pretende corregir a ambos en los libros I y II de su *Geografía*. Por su parte, Polibio utiliza ese método crítico en la historia.

Por lo demás, los progresos técnicos, que facilitaron observaciones más precisas, permitieron el perfeccionamiento de la medida del tiempo y de los aparatos de observación. Al servicio de la astronomía, que combinaba tiempo y porciones de arcos, y también de la astrología, los ingenieros y astrónomos perfeccionaron la clepsidra. Vitruvio describe en su tratado *De arquitectura* (IX, 9) el reloj de Ctesibio. Arquímedes construyó su propio instrumento de observación (la dioptra) (*Arenario*, I, 11), y también Hiparco (Proclo, *Hipotiposis*, IV, 87 ss.), y más tarde Ptolomeo describiría sus instrumentos, el astrolabio y la paraláctica (*Sintaxis*, V, 1 y V, 12). Pero esos aparatos no eran todavía muy seguros. Sin embargo, la mayor precisión de los compases y de los instrumentos de observación astronómica permitió a Eratóstenes realizar una cartografía más exacta. En efecto, si la longitud era todavía más incierta cuanto más se alejaba de Alejandría, la latitud discutida, por otra parte, por Estrabón (cap. I del libro II especialmente), se establecía *grosso modo* con bastante corrección para el paralelo de Atenas e incluso el de Meroe.

Por último, debemos citar dos instrumentos matemáticos nuevos al servicio de la astronomía: la trigonometría, fundada por Hiparco, en la vía que había trazado ya Apolonio de Perga,[2] y la extensión hasta el infinito de la expresión de los grandes números mediante el uso de potencias, sistema propuesto por Arquímedes en el *Arenario*.

En cuanto a la geometría, el primer representante de la época helenística es Euclides, aunque este matemático más bien clausura la época clásica, ya que sus proposiciones eran conocidas y demostradas con anterioridad. Sus sucesores abordan figuras más difíciles de definir, elipses, espirales, parábolas e hipérboles. El cálculo de su superficie y de los volúmenes que de ellas surgen, hizo progresos decisivos con Apolonio de Perga (ed. Heiberg, Leipzig, Teubner, 1891-93; T. L. Heath, *Apolonius of Perga*, 1896, y *A History of Greek Mathematics*, 1921, II, pp. 110-196) y con Arquímedes (ed., CH. Mugler, C. U. F., 1971), a quien, como es sabido, se debe también la evaluación más aproximada de la relación de la circunferencia con su radio. En *El método*, Arquímedes describe la exploración por la mecánica de teoremas demostrados luego por la geometría, método que expone también en el prólogo de la *Cuadratura de la parábola*. Este vínculo de la experiencia con la geometría es uno de los logros más fecundos de la ciencia helenística.

También en las ciencias físicas las observaciones se multiplicaron,

pero provocaron explicaciones por analogía, que no llevan muy lejos. Así, la observación de fósiles marinos en las montañas, que se remonta a Jenófanes (Diels, *Frag. der Vorsokratiker,* 10.ª ed., I, 21, [11], A 33, 5), a Jantos de Lidia (Estrabón, I, 3, 4 = C 49), a Heródoto (II, 12) y a Aristóteles (*Meteorología,* I, 14, 351 A-352 A), suscitó hipótesis sobre el descenso del nivel del Mediterráneo: el istmo en las Columnas de Hércules habría quedado roto por un brusco aflujo de agua procedente de la rotura del istmo del Bósforo debida a la presión del mar Negro, antiguo lago desbordado por las aguas procedentes de los ríos de la llanura rusa. Explicación analógica, ingeniosa y plausible —¿quién no ha observado un vaso que se desborda? —ofrecida por Estratón de Lámpsaco y por Eratóstenes,[3] aunque no existen argumentos para afirmar que deba preferirse esta teoría a la hipótesis de una modificación de la altura del fondo de los mares mediante movimientos bruscos o lentos, cíclicos, hipótesis avanzada por Aristóteles según el modelo de los fenómenos sísmicos (*Meteorología,* I, 14, pp. 351 A-352 A). Estrabón discute todas estas hipótesis, y en sus textos abundan los argumentos analógicos, inspirados en la física de las presiones que cultivaron los estoicos y Posidonio. La pérdida de su obra nos ha privado de una parte importante del pensamiento científico de la época helenística. Cuando menos, conocemos su explicación de las mareas, que se basa en una escrupulosa observación, explicación analógica que toma como base la dilatación del agua en una marmita calentada moderamente, siendo aquí la Luna la fuente de calor.[4]

Progresos también en anatomía, ciencia de la observación, que en la época helenística avanzó de manera importante, gracias a la posibilidad que había en Alejandría de disecar cadáveres humanos. Estos progresos hay que relacionarlos con el nombre de Herófilo, cuya obra se ha perdido, pero cuyo alcance vislumbramos a través de las discusiones que le dedica Galeno.[5] Ni Aristóteles, antes de Herófilo, ni Galeno, después, pudieron disecar cadáveres, procedimiento que sí estuvo al alcance de Herófilo. Así, este investigador pudo precisar la trayectoria de las venas y las arterias que van a la matriz, la forma del hígado, el número y los caracteres de las membranas del ojo y las partes del cerebro, donde sitúa el centro del sistema nervioso y del intelecto. Sabemos que este último problema se había planteado ya en la época clásica. En ese momento, el cardiocentrismo de Aristóteles se oponía al encefalocentrismo de Platón, que, sin duda, se basaba en las investigaciones de Alcmeón de Crotona, en el siglo v.[6] Sus investigaciones sobre el pulso relacionaron a éste con el corazón y las arterias, relación que explica como la propagación de una energía por simpatía.[7] Herófilo observó el pulso con admirable agudeza. Distingue la amplitud, la frecuencia, el ritmo, la intensidad, las variaciones patológicas, lo que le permite convertirlo en instrumento de diagnóstico. Para explicar

el ritmo del pulso, inventó un lenguaje metafórico (pulso «como una hormiga» o «vermicular» o «que salta como una cabra») que confundía a Galeno, que no sabía si había reconocido bien en el paciente lo que esas palabras designaban (VIII, pp. 724 y 788). Pero, y eso constituye un progreso notable en la búsqueda de un lenguaje que pudiera responder a los nuevos descubrimientos, Herófilo dio una expresión cuantitativa de la velocidad del pulso patológico con relación a la velocidad normal (véase Marcelino, p. 463, ll. 260 ss., en P. M. Fraser, *Ptol. Alexandria,* II, pp. 514, n. 101, y 518, n. 113). Al igual que Hiparco en el terreno de la astronomía, Herófilo poseía una de las cualidades fundamentales del auténtico sabio: reconocía las anomalías y las diferencias individuales que observaba (véase Galeno, II, p. 570 y V. p. 543, y II, pp. 894-895), en lugar de apresurarse a construir categorías claras y definitivas.

Menos aún es lo que conocemos acerca de Erasístrato. Galeno se refiere a él por haber localizado el cerebelo, modificando en esto la conclusión de Aristóteles (*De usu partium,* VII, 1). En fisiología se le atribuye una interesante experiencia destinada a demostrar la existencia de una emanación del ser vivo, que tendría un peso. He aquí el protocolo conservado de una colección de extractos que encontramos en un papiro de Londres (W. H. S. Jones, *The medical Writings of the Anonymus Londinensus,* Cambridge, 1947, col. XXXIII, ll. 44-55): «Si durante cierto tiempo mantenemos a un animal, como un pájaro, en un vaso sin administrarle alimento y luego lo pesamos con sus excrementos visibles, veremos que tiene un peso mucho menor, sin duda porque se ha producido una emanación considerable, como indica el razonamiento». La idea de mostrar, mediante una medida, la existencia de un elemento invisible habría de alcanzar gran éxito en el futuro. Pero, en el protocolo, falta la recisión cuantitativa en cuanto al tiempo y al peso. Por ello, la experiencia no supone una explicación nueva.

3) *LÍMITES DE LA CIENCIA HELENÍSTICA*

Después de haber presentado algunos ejemplos de los progresos en la observación, abordaremos el tema de los *límites de la ciencia helenística.* En primer lugar, haremos referencia a las limitaciones que se derivan de las estructuras tradicionales del pensamiento griego. En realidad, *la ciencia antigua permaneció vinculada a la filosofía, que le imponía las directrices.* Así, Platón solicitó a los astrónomos que construyeran todas las órbitas de los cuerpos celestes sobre círculos perfectos, a pesar de sus irregularidades, «para poder salvar las apariencias presentadas por los astros errantes» (los planetas) (*Leyes,* 822 A y Simplicio, que cita a

Sosígeno, en su *Comentario sobre el «De Caelo» de Aristóteles,* p. 422, ed. Heiberg). Para resolver este problema, Eudoxo y Calipo, y luego Aristóteles, construyeron esferas móviles y homocéntricas, cuyos movimientos regulares debían explicar la revolución de los planetas en torno a la Tierra. Estas investigaciones llevaron a Autolico de Pitane a escribir un *Tratado del movimiento de las esferas* (ed. J. Mogenet, 1950). Pero, conforme las observaciones progresaron, hubo que complicar el modelo. La época helenística heredó este problema: Arquímedes construyó la más compleja de esas esferas armilares, y también la última (Cicerón, *De Republica,* I, 14, 21), pues, por supuesto, los planetas no tienen el movimiento circular homocéntrico a la Tierra, y de velocidad constante, que los filósofos les atribuían, mientras que los astrónomos observaban siempre más anomalías. Heráclides del Ponto, que pertenece aún a la época clásica, intentó superar el obstáculo situando a los planetas sobre epiciclos o descentrando sus órbitas, ya que se nos aparecen, a veces, más lejos, y en otras ocasiones, más cerca y parecen, en ocasiones, retroceder. Siguiendo la línea de varios astrónomos helenísticos, Hiparco, cuya obra conservó Ptolomeo (*Sintaxis,* III, 3, pp. 216-232 y XII, 1, pp. 450-457, ed. Heiberg), avanzó en esta vía. Pero la equivalencia de las dos construcciones y la dificultad de determinar el radio de los epiciclos o la distancia de los centros en caso de excéntricas, condujeron a conclusiones que Ptolomeo e Hiparco sabían que eran arbitrarias. Ptolomeo (*Sintaxis,* III, 4, pp. 233-238, ed, Heiberg) eligió la excéntrica «porque es la construcción más simple y porque no necesita sino un movimiento en lugar de dos». Razón estética que interrumpió la investigación. Sin embargo, desde Apolonio de Perga, se conocía la elipse, que habría renovado los datos del problema. Pero Platón había exigido el círculo y Aristóteles había condenado toda construcción que, como la de Aristarco de Samos, afirmara la rotación de la Tierra como planeta alrededor del Sol.

Los avances en *fisiología* quedaron frenados por la búsqueda de explicaciones simples e inmediatas, que invocaban los juegos de presión o el hálito vital de que hablaban los estoicos, o el equilibrio de los cuatro elementos tradicionales, el calor y el frío, o la lucha de lo húmedo y lo seco, todo ello hecho plausible por analogías sacadas de la experiencia cotidiana. Asimismo, se encontraba el fundamento en la simpatía de los semejantes (el ojo ve porque contiene fuego), la finalidad de la naturaleza o una volición de los órganos. Todo ello hace que la fisiología helenística sea imperfecta, como lo atestigua— pese a algunas experiencias bien realizadas, especialmente sobre la digestión— la obra de Galeno *Sobre las facultades naturales* (por ejemplo, III, cap. 4, 155-156, sobre la digestión).

Sin duda, la *imperfección de la medida* es responsable, también, del estancamiento de la ciencia helenística. Aunque Herófilo tuvo la idea de

establecer normas cuantitativas del pulso, Galeno no las menciona. Ese proyecto, que relata Marcelino, no tuvo futuro. No olvidemos que el sabio antiguo no tenía un instrumento para medir la temperatura. Es patético ver cómo Aristóteles (*Partes de los animales*, 648 B) intenta definir la temperatura de coagulación de la sangre, que compara con la congelación del aceite o del agua. «La sangre —dice— es más cálida que el agua y que el aceite al tacto. Pero se coagula más deprisa». He aquí otro caso: los sabios helenísticos sabían que el vapor tenía fuerza, pero, al no haberla medido, resultaba inutilizable, a no ser en los ingenios de diversión que describe Herón de Alejandría.

La indiferencia por la medida fue una herencia de la filosofía clásica. La geometría de Euclides se pretendía válida para líneas, superficies o volúmenes de cualquier tamaño. Cuando Arquímedes se decidió a medir primero para demostrar después, realizó una auténtica revolución. Precisamente en las ciencias aplicadas, en las que la medida era el objeto mismo —arquitectura y astronomía—, los griegos llegaron muy lejos.

Otra razón que podría haber frenado los progresos de la ciencia helenística es *el carácter polifacético de los sabios*. Es conocida la universalidad del saber de Eratóstenes, pero también ese diletantismo que le hacía siempre «quedarse a mitad del camino», como le reprocha Estrabón (I, 2, 2 = C 15). En las *Vidas* de Diógenes Laercio, las listas de obras demuestran que las ciencias se hallaban en manos de filósofos, y que el mismo hombre se ocupaba al mismo tiempo de todas ellas, según el ejemplo de Aristóteles, lo que implicaba que el método fuera más retórico que experimental.

El *escepticismo*, surgido de la desconfianza de la Academia con respecto a los sentidos, es, sin duda, una causa del estancamiento del progreso de las ciencias. Aunque fecunda en principio, esa desconfianza alcanzó poco a poco cualquier proyecto científico, y la «suspensión del juicio» resultó fatal para la investigación. Incluso en Arquímedes encontramos el eco de un escepticismo —por otra parte, justificado y estimulante— cuando afirma en *El arenario*, I, 11: «No es fácil captar el hecho preciso, porque ni la vista ni las manos ni los instrumentos que sirven para ese fin son dignos de confianza para revelarlo».

Finalmente, la estructura y las tradiciones de la sociedad de la época helenística impusieron límites al progreso del conocimiento científico. El tipo humano ideal no era el «buscador» sino el *orador* eficaz en los consejos del rey, es decir, el hombre hábil para establecer un derecho o un pronóstico correcto referente a las fuerzas políticas y militares del adversario. Así, el argumento preponderante en tales casos era el precedente.[8] Pero el precedente seguía siendo buscado en Homero y, así, una cita de Homero era tanto como una prueba: de ello da fe la argumentación de Estrabón en las discusiones de los libros I y II de su *Geografía*. Subsistía,

pues el argumento de autoridad. De igual forma, toda la estructura social se fundamentaba en la autoridad del hombre eminente: rey, mecenas, tirano o jefe guerrero.

Si se consideraban como prueba los textos que se invocaban, evidentemente era necesario contar con el texto «bueno»; de ahí la importancia de la filología en la base de la argumentación en las ciencias naturales. Las discusiones filológicas de Galeno, que recoge la herencia helenística, son características a este respecto.

Sin embargo, por inadecuada que pueda parecernos para una formación científica, esa educación «homérica» era privativa todavía de una minoría, griega o helenizada, a juzgar por el número de analfabetos que revelan en Egipto las firmas en nombre de otro que figuran en la parte inferior de los contratos griegos encontrados sobre papiros.[9] *La falta de capilaridad social* hacía que fuera insignificante la reserva de reclutamiento de sabios. En Atenas, en el Museo de Alejandría, en las bibliotecas de Rodas o de Pérgamo constituían una serie de núcleos, tal vez estimulantes, pero cerrados. Cerrados, porque el hombre honesto sólo pedía a la literatura de vulgarización que floreció en la época helenística un ligero toque de saber. Arato escribió en verso la astronomía e Hiparco no desdeñó dedicarle un comentario. Los «Problemas» y las «Conversaciones de sobremesa» de un Plutarco o de un Ateneo indican la dirección en que avanzó la cultura. Plinio (*Hist. Nat.*, II, 95) hace un elogio entusiasta de Hiparco, pero afirma, también, que sería impúdico pretender seguir a los medidores del cielo (85-88). Estrabón pide al lector de su *Geografía* algún conocimiento de geometría, pero sin llevar demasiado lejos su precisión (I, 1, 21 = C 12). Por otra parte, justifica su obra por lo que aporta a los responsables del gobierno.

Incluso aquellos que leían no recurrían a las obras originales. Polibio (VI, 5) afirma que Platón era demasiado difícil para muchos lectores y, así, reelabora para ellos el ciclo de la evolución de las constituciones. Pausanias (I, 6, 1) asegura, en el siglo II de nuestra era, que los historiógrafos de Atalo I y de Ptolomeo (II?) cayeron en el olvido. Ni siquiera los jóvenes médicos del tiempo de Galeno (VIII, p. 871 Kühn) tenían paciencia para leer, en los tratados técnicos, sino los títulos de los capítulos.

Esta situación resultó fatal para las obras originales y provocó el naufragio de la literatura científica que indicábamos al comienzo de este capítulo.

Ciertamente, no siempre era fácil documentarse. Los ejemplares de las obras eran poco numerosos (Galeno, *Comm. in Hippocr. Epidem.*, III = vol. XVII a, pp. 606-607 Kühn, y Porfirio, *Vida de Plotino*, Carta de Longino, p. 20). Las bibliotecas públicas eran muy escasas fuera de las grandes ciudades.[10]

La exigüidad del mundo sabio y su falta de raíces en la sociedad lo hacían vulnerable al capricho del rey. Así, cuando Evergetes II expulsó de Alejandría a los sabios del Museo porque habían apoyado a su hermano Filométor, parece que la ciencia alejandrina, ya decadente por las razones que acabamos de enumerar, recibió el golpe de gracia. Pero Menecles de Barca (*F. Gr. Hist.,* 270 F 9), que relata esta expulsión, señala el efecto estimulante que ejercieron los sabios en las ciudades que los acogieron.

Sin embargo, lo que sin duda contribuyó más a limitar el progreso de las ciencias fue *el desprecio de las «gentes honestas» hacia la técnica.* Ese desprecio había sido heredado de la tradición clásica. Aristóteles quería que no se enseñara a los jóvenes libres ninguna técnica obrera (*Política,* 1337 B). Por su parte, Plutarco dice: «A menudo, aun cuando la obra nos causa placer, despreciamos al artesano» (*Vida de Pericles,* I, 4). Eso se debía a que la práctica de un oficio, la *banausia,* evocaba en el griego un estado de pobreza sórdida que no permitía el placer de participar en la vida política. Sólo los ricos disponían de ese placer y, por tanto, del poder real. Se dirá, es cierto, que algunas técnicas interesaban a los reyes. Pero se trataba de aquellas que correspondían a las actividades reservadas al «hombre honesto»: la guerra, la caza y la gestión de los grandes dominios. Cuando relata que Hierón II de Siracusa había pedido a Arquímedes que prosiguiera sus investigaciones sobre poliorcética, Plutarco (*Vida de Marcelo,* 14) le atribuye a éste una renuncia a ocuparse de cosas tan groseras y tan poco acordes con la voluntad de Platón de mantener a la geometría en el plano de lo incorporal (cf. *ibid,* 17, 5).

El desprecio hacia las ciencias y las técnicas que exigían una manipulación afectó, naturalmente, a la medicina. La actitud de la Antigüedad con respecto al médico era ambigua. Si bien es cierto que, con frecuencia, era consejero real o embajador, en Cirene, por ejemplo, estaba excluido de las magistraturas (*SEG,* IX, 1) en la constitución que inspiró Ptolomeo I. En Alejandría, fue suficiente con que desapareciera —no se sabe cuándo— el interés del rey para que, ante la ausencia de cadáveres para diseccionar, la fisiología y la terapéutica cayeran en discusiones de tipo retórico, de las que se hacen eco Celso y Galeno. En verdad, ¿cómo era posible hacer observaciones ajustadas y cuantificables sin lupa y sin termómetro? Asimismo, no se había desarrollado todavía una química para apartar a la fisiología de los esquemas analógicos de cocción, de hálito y de simpatía de lo semejante por lo semejante. Por otra parte, la terapéutica se estancó en las dos direcciones en que había venido avanzando desde el siglo V: una de ellas era relacional y recurría al régimen para restablecer los equilibrios que la enfermedad había roto, pero éstos nunca eran objeto de observaciones que los definieran y los midieran; la otra se remonta a la noche de los tiempos y, existente ya en el Egipto faraónico (véase G. Lefèvre, *Essai sur*

la médecine égyptienne de l'époque pharaonique, París, 1956, pp. 45 a 198), determinaba los remedios en función de «simpatías», de oposiciones compensatorias, de virtudes agresivas o calmantes contra el mal y, aparte de algunos remedios respecto a los cuales todavía hoy comprobamos su eficacia, que les había reconocido una larga experiencia, acumulaba los productos más insólitos, incluso los más repugnantes, siendo la dificultad de conseguirlos la garantía de su poder milagroso (véase, por ejemplo, los remedios sacados de animales en los libros XXVIII-XXXII de la *Historia natural* de Plinio).

Por lo demás, la medicina mágica floreció durante toda la Antigüedad y los papiros nos permiten conocer su arsenal de amuletos y de encantamientos, sus templos de Asclepio y de Serapis (véase K. Preisendanz, *Papyri graecae magicae,* 2 vols., Leipzig, 1928-1931, vol. II, índice, *Fieberamulet,* por ejemplo: *P. Oxi.,* XI, núm. 1381, letanía de Imuthes-Asclepio).

Sin duda, el desprecio hacia el técnico es responsable de que las ciencias cayeran en controversias retóricas. Para explicar el estancamiento de la técnica en aquellos dominios en los que se utilizaba una mano de obra numerosa, se habla muchas veces de la gran facilidad que existía para tener esclavos que harían inútil la invención de máquinas o, cuando menos, la utilización a gran escala de las que ya habían sido inventadas (máquinas de vapor y engranajes diversos que describe Herón de Alejandría según Filón de Bizancio o Ctesibio). Pero la situación de la ciencia demuestra que no era la esclavitud la única causa, pues en la ciencia no interviene la mano de obra. La debilidad de la técnica en las ciencias es consecuencia de una mentalidad que la época helenística heredó de los esquemas sociales de la época clásica.

Hemos de referirnos, por último, a la aplicación irracional de la astronomía, que es la astrología. Lo haremos brevemente, pues si la astrología griega debió de formarse en la segunda mitad de la época helenística, ese método de pronóstico apenas nos es conocido en el mundo grecorromano sino a partir de comienzos de nuestra era. El *status quaestionis* sobre esos orígenes ha sido expuesto por O. Neugebauer, *The exact Sciences in Antiquity,* 2.ª ed. (Providence, 1957), pp. 170-171, quien pone de relieve que la astrología helenística griega no deriva de predicciones asirias referentes al rey y al país, predicciones que se basaban en el aspecto de los astros, pero no en una hora de nacimiento, como lo son los horóscopos helenísticos. Por otra parte, «los vestigios del catálogo de estrellas más antiguo, contenido en los escritos astrológicos agrupados bajo el nombre de Hermes Trismegisto, muestran que las coordenadas de esas estrellas corresponden a la época de Hiparco y de sus sucesores inmediatos», afirma Neugebauer (p. 171, cf. pp. 68-69). Esto nos sitúa en el siglo II a. de J. C. Franz Cumont ha demostrado, en su obra *L'Egypte des astrologues*

(Bruselas, 1937), que la astrología griega tiene una gran deuda con el Egipto ptolemaico. En esa obra, Cumont busca vestigios de instituciones ptolemaicas en los manuscritos astrológicos más tardíos.

He aquí cómo define Festugière (*La révélation d'Hermés Trismégiste:* I. *L'Astrologie et les sciences occultes,* 2.ª ed., I, p. 89) la astrología helenística: «La amalgama de una doctrina filosófica seductora, de una mitología absurda y de métodos científicos utilizados a destiempo».

En efecto, la astrología, ya sea que pronostique el futuro de las naciones o de los hombres —y todo ese futuro: carácter, acontecimientos, enfermedades, matrimonio, muerte, éxito en los negocios— deduciéndolo de la carta general de los astros o de la posición del horóscopo en el momento exacto del nacimiento, encuentra su fundamento en la doctrina filosófica antigua, reavivada por los estoicos, de la simpatía que une al macrocosmos que es el universo con el microcosmos que es el hombre. La «mitología absurda» es la que atribuye a los planetas, en razón de su aspecto, o incluso en razón del nombre que se les ha dado o del dios que ese nombre evoca, un carácter, una psicología como la nuestra: Marte guerrero, la Luna femenina, etc. Por último, los «métodos científicos utilizados a destiempo» son los de la astronomía matemática, que intentan establecer con precisión rigurosa las coordenadas de los astros. Pero, en realidad, los documentos que poseemos, ya sea el *Tetrabiblos* de Ptolomeo o los horóscopos (O. Neugebauer-H. B. Van Hoesen, *Greek Horoscopes,* Filadelfia, 1959), no revelan los procedimientos de cálculo mediante los cuales el astrólogo pretendía ajustar la astronomía a la indicación de un destino.

La astrología conoció un gran éxito en la alta sociedad, tanto romana como griega, durante el Imperio. Ese éxito queda demostrado no sólo por la abundancia de documentos positivos, sino también por la virulencia de las críticas pertinentes del escéptico Sexto Empírico en su obra *Adversus Mathematicos.* Además de la obra de Festugière citada *supra,* el lector encontrará una exposición muy completa de la astrología griega en el libro que A. Bouché-Leclercq publicó con ese título en París, en 1899, y que todavía conserva su vigencia.

Finalmente, otra actividad realizada mediante procedimientos irracionales, *la alquimia,* cuyo objetivo era la fabricación de oro, floreció a partir del siglo II, y con ella está relacionado el nombre de Bolos de Mendes. A. Festugière, *La révélation d'Hermés Trismégiste,* pp. 217-282, ha puesto de relieve que la alquimia «es un camino de vida, que supone un trabajo interior de perfección» (p. 282).

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Para las fuentes, véase nuestra obra *La lune dans la pensée grecque* (Bruselas, Acad. Royale de Belgique, 1973), pp. 255-256.
2. Véase TEÓN DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre los libros I y II del Almagesto de Ptolomeo,* I, 10 (ed. A. ROME, 1936), p. 451.
3. Véase ESTRABÓN, I, 3, 4-20 = C 49-60, y G. AUJAC, *Strabon et la science de son temps,* pp. 221-230.
4. Véase nuestra obra *La lune dans la pensée grecque,* pp. 103-115.
5. Los principales textos de Galeno sobre Herófilo son reproducidos *in extenso* por P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* n. 54 a 170 del vol. II, cap. 7 (1), pp. 503-527.
6. Véase nuestro artículo «Grandeur et limites de la science hellénistique», en la *Chronique d'Egypte,* núms. 99-100, 1975, pp. 222-224.
7. Véanse los diferentes escritos de GALENO, *Sobre el pulso,* en el volumen VIII de la edición Kühn.
8. Véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe* (París, 1964), pp. 254-302.
9. Véase R. CALDERINI, «Gil Agrammatoi»», en *Aegyptus,* 30 (1950), pp. 14-41, y H. C. YOUTIE, «Agrammatos, an Aspect of Greek Society», en *Harvard Stud in Cl. Philol.,* 75 (1971), pp. 161-176, e id., «Hypographeus: the social Impact of Illiteracy in Graeco-Roman Egypt», en *Zeitsch. für Papyr. u. Epigr.,* 17 (1975), pp. 201-221.
10. Véase H. I. MARROU, *Hist. éduc. Ant.,* p. 259; L. ROBERT, *Bull. Corr. Hell.,* 59 (1935), pp. 421-425 = *Opera Minora,* pp. 178-182.

CAPÍTULO V

La religión

Nos referiremos tan sólo a los dioses que evolucionaron bajo la influencia del contacto de diferentes culturas. Así pues, no nos ocuparemos de Apolo Delio o Pitio ni de los dioses tradicionales del Olimpo.

Entre los dioses cuyo auge fue extraordinario en la época helenística, nos centraremos en tres casos fundamentales: Dionisos, Serapis e Isis. Podríamos estudiar también a Cibeles, Atis y Adonis, los dioses «sirios», objeto de ceremonias de inducción que condujeron a mutilaciones sangrientas de las que habla Lucrecio (II, 601-660). El hecho de que este culto hiciera fortuna en Roma en el siglo I, implica su expansión en el mundo helenístico. Nuestra decisión de no ocuparnos de él con mayor detenimiento se debe a que era menos permeable a los intercambios de influencia. Sobre este tema remitimos a las obras de F. Cumont y de M.P. Nilsson, que citamos en la bibliografía.

En el capítulo que dedicamos al «rey», nos ocupamos del culto real. Nos limitaremos a indicar aquí algunas líneas fundamentales de la religiosidad helenística entre la multiplicidad de creencias, ritos y mitos, así como de interpretaciones simbólicas. Haremos primero una breve referencia a las fuentes para intentar, después, establecer una tipología y definir algunas actitudes: la religión de los filósofos; las continuidades griegas, especialmente en el culto de Dioniso; el comportamiento de los griegos con respecto a las religiones de los pueblos entre los que se asentaron y las continuidades «orientales», sobre todo en los cultos de Isis, Serapis y de los «dioses sirios». Anteriormente, estudiamos en un apartado especial la crisis de la religión judía.

1) *LAS FUENTES*

Las inscripciones revelan la participación de las ciudades y de los reyes en los cultos oficiales. Las dedicatorias de estatuas y templos, la restauración, construcción y dotación de santuarios, la instauración de fiestas, los exvotos, los inventarios de tesoros sagrados atestiguan la persistencia de los dioses, su expansión y el interés de los griegos hacia los cultos extranjeros.

Junto a todo esto, abundan los testimonios de piedad personal: ofrendas y dedicatorias privadas, regulación de las cofradías, relatos de milagros grabados en piedra o conservados en registros, que utilizan los autores de aretelogías (catálogos de las virtudes de los dioses) o de tratados de historia religiosa.

Pero estos tratados —el *Isis* y *Osiris* de Plutarco, el libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo, los comentarios de Diodoro, las *«Revelaciones» de Hermes Trismegisto,* por ejemplo— pertenecen, con excepción de Diodoro, a comienzos de la era cristiana y, en conecuencia, cabe preguntarse en qué medida podemos atribuir a la época helenística los datos que nos ofrecen. No podemos dar a esta pregunta una respuesta única, pero lo cierto es que, por lo que respecta a los rasgos generales, la extrapolación es lícita muchas veces. Por otra parte, cuando hacen referencia a cultos iniciáticos, los autores antiguos, con Heródoto al frente, guardan el secreto respecto a las ceremonias fundamentales de la iniciación.

Hemos de añadir que, a pesar de los ritos, la religiosidad helenística comporta una variedad de tradiciones sobre un mismo mito, hecho que sorprendió a Diodoro (IV, 1) o a su fuente, a propósito de los semidioses.

2) *TIPOLOGÍA DE LA RELIGIOSIDAD HELENÍSTICA*[1]

El culto de los *dioses políadas,* esencialmente los olímpicos, no perdió vigencia en el mundo de las ciudades griegas. Tanto en Asia como en Europa, los reyes manifestaron una generosa solicitud hacia sus templos. Las dinastías helenísticas se situaron bajo el patrocinio de los dioses olímpicos de los que decían descender: los Seléucidas tenían por antepasado a Apolo, los Atálidas invocaban a Atenea y Dioniso, y los Ptolomeos se decían descendientes de Zeus y Heracles.

Los cultos egipcios o los cultos indígenas del reino de los Seléucidas también florecieron y se vieron colmados de donaciones de los reyes (los pillajes de Antíoco IV o de Filipo V fueron severamente censurados).

Sólo un sector parece haber declinado, *el culto doméstico de los antepasados.* Esto parece lógico, dada la desmembración de la familia

patriarcal, que corrobora la desaparición del *epiclerado*. Pero, en ocasiones, fundaciones de derecho privado[2] organizaban el culto de un difunto por herederos designados.

Una comparación se estableció entre los dioses de Grecia y los de Oriente. Es la *interpretatio graeca,* la traducción que hacían los griegos del nombre de los dioses extranjeros que consideraban que tenían las mismas virtudes que los suyos. Esa costumbre remonta, al menos, a Heródoto (II, 42; 144, 137 etc.), que la justifica atribuyendo un origen egipcio a varios dioses griegos (Por ejemplo, II, 50; 57-58). Pero en la época clásica, el interés hacia la religión de los otros pueblos no implicó un movimiento de «recepción». Aunque Osiris recordara a Dioniso, no se le adoraba. Y cuando se admitió en el Pireo un templo de Isis poco antes del año 333, la medida respondió, sin duda, a una petición de los egipcios y para su exclusivo servicio (*Syll.*, 3.ª ed., núm. 280). Por contra, en la época helenística, la devolución de los griegos se dirigió a los dioses extranjeros, y fueron ellos quienes les construyeron templos en Egipto, en Asia y en el mundo propiamente griego. Así, a comienzos del reino de Ptolomeo Filadelfo, Adonis, penetró en el palacio de Alejandría (Teócrito, *Idilio* 15), y el ministro Apolonio construyó en su dominio de Filadelfia un templo al dios Poremanres, el faraón Amenotes III deificado (*P. Michigan-Zenón,* 84).

El interés que los griegos dedicaron a los dioses extranjeros se explica por el gusto del *exotismo* que encontramos en las novelas, las artes plásticas, la pintura y el mosaico. Estrabón (XVII, I, 38 = C 812) cuenta la curiosidad de los turistas que visitaban los cocodrilos sagrados de la ciudad de Arsínoe, a los que alimentaban con los restos de su comida.

El exotismo renovó y estimuló el sentimiento religioso. Sin embargo, no siempre ofrecía una atmósfera inédita, salvo cuando se trataba de animales sagrados. Los dioses extranjeros que conocieron la mayor audiencia en el mundo griego, fueron aquellos que se prestaban a la *interpretatio graeca,* ya fuera que se asimilaran los ritos isíacos a los misterios de Deméter o que se creyera encontrar en Osiris la pasión, la muerte y la supervivencia de Dioniso, como ya lo había observado Heródoto.

En efecto, si las ciudades continuaron ofreciendo la pompa de los cultos colectivos oficiales, lo que el hombre pedía ahora era un *contacto personal* con el dios y *la salvación individual.* Platón, que se oponía al ateísmo de los sofistas, había encontrado el camino de ese contacto en la ascesis intelectual; algunos privilegiados encontraban un más allá deslumbrante a través de los misterios órficos o eleusíacos. Luego, la multitud eligió a esos dioses en la Tierra que eran los reyes, y se apiñaba para ver a un Demetrio Poliorcetes, «salvador totalmente real». Cundía el deseo de

convencerse de la *realidad de la presencia»* divina: Luciano afirma en el *De Dea Syria.* 10, que los dioses están siempre presentes en los templos de Siria porque las estatuas sudan, se mueven y realizan oráculos; por su parte, Diodoro (I, 25) asegura, respecto a las curaciones de Isis, que «no se trata de mitos como entre los griegos, sino de acciones reales». Es verdad que, ya en la época clásica. Asclepio se aparecía en sueños para hablar y curar y Apolo se presentaba en la techumbre de su templo de Delfos para libertar a Grecia de los persas, antes de expulsar a los galos. Pero la búsqueda de una presencia real se hizo más imperiosa y estimuló la importancia de los dioses que se manifestaban mediante *milagros, curaciones* inesperadas, por las *órdenes* que daban o por los *misterios* en los que el iniciado conseguía la *revelación* inmediata del ser divino. De ahí el éxito que alcanzaron los dioses curadores, como Asclepio y Serapis o los cultos iniciáticos como los de Ysis o el de la diosa Siria y, también, los cultos orgiásticos como el de Dioniso.

El contacto personal con los dioses se conseguía mediante procedimientos que los psicólogos de hoy día reconocen que son capaces de provocar el estado de trance, de disgregar la personalidad: supresión de la sensación mediante la concentración, música monótona prolongada, danzas sin tregua o ayuno. Todo esto lo encontramos en el libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo, dedicado a la preparación de una iniciación isíaca. Esas prácticas producían una especie de desvanecimiento que se tomaba como una *visión* del dios. Los devotos de la época helenística veían al dios en éxtasis o en sueños y recibían así, de él, *órdenes y mensajes.* Los dioses más adorados eran los de *tipo oracular.* En tiempo de Luciano (§ 36), la diosa siria tenía «un gran número de santuarios oraculares en Grecia, Egipto, Libia y Asia».

Se buscaba *el milagro.* Los relatos de milagros, cuidadosamente consignados por escrito[3] y, sobre todo, transmitidos de forma oral, aseguraban la difusión de los cultos orientales en Grecia más que la voluntad política de los reyes a quienes los historiadores modernos conceden, desde nuestro punto de vista, demasiada importancia.

Entre los milagros, el más prestigioso era la *salvación.* Salvación de marinos o de soldados en peligro, que llevaban a cabo Isis, Serapis y los dióscuros; curaciones de Serapis y de Asclepio; pero también el milagro incontrolable, el milagro de esperanza que era la *supervivencia en el más allá.* El epíteto de salvador se concedía, incluso, a los dioses olímpicos y, sobre todo a Zeus, a quien no se atribuía esa característica en la época clásica.

Pero la salvación en la muerte se obtenía por el conocimiento de las fórmulas y ritos que la aseguraban. De ahí la promoción de los dioses a quienes se vinculaba un *mito de supervivencia que se imitaba en las*

ceremonias de iniciación, cuyos secretos fueron guardados por los autores y actores. El libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo, del siglo II de nuestra era, es el que revela mayor número de datos acerca de los ritos preparatorios, de la condición de postulante, del ardiente deseo del novicio, de la alegría del iniciado después de la angustia y del retorno al mundo terrenal. Se utilizaba todo tipo de técnicas de transformación. La similitud de estos datos con los que se han obtenido de los documentos de los «recluidos» en el Serapeum de Menfis, a mediados del siglo II a. de J. C., nos autorizan a utilizar el testimonio de Apuleyo para la época helenística. Es verdad que durante la época clásica existieron ceremonias de iniciación, pero la novedad de la época helenística radica en el gran número de dioses «orientales» que las realizaban, entre ellos, en primer lugar, Osiris (bajo la forma de Serapis) y Adonis, dioses que entraron en la muerte para resucitar. El culto de Osiris en el Egipto faraónico imitaba su muerte, el duelo y la búsqueda de Isis, la alegría de la reanimación del dios por la magia de ésta. En estas ceremonias miméticas, la lengua egipcia no aportaba nada al sentido evidente de los gestos, la música, los objetos rituales, pero creaba para los griegos la desorientación del misterio, que separaba al individuo de lo cotidiano.

Otro rasgo característico de la religiosidad helenística consistía en el hecho de que, junto con la existencia de pequeños cultos locales —por ejemplo, el cocodrilo «osirificado» del Fayún—, se adoptaban con preferencia dioses que, desde antes de la época helenística, tenían una *vocación universal.* Isis, Osiris y Horus eran venerados en todo Egipto antes de la llegada de los griegos. Por su parte, Dioniso y Asclepio no eran los dioses de una sola ciudad. Las letanías de Isis y Serapis enumeran el gran número de lugares donde eran veneradas. Isis dirigía el universo, como diosa astronómica, al igual que el Zeus de Cleantes.

Pero en esa pluralidad de poderes atribuidos a varios dioses, había muchas dobles funciones. Éstas se resolvían en el *polimorfismo* reconocido a los dioses de poder universal. Isis, Asclepio y otros dioses eran calificados de *polyonymoi* o *myrionymoi,* es decir, «de los mil nombres». Esa gran abundancia de personalidades divinas propias en cada ciudad, en cada lugar de culto, con una virtud distinta en cada uno, como lo atestiguan las letanías, condujo, naturalmente, al reagrupamiento bajo algunos dioses universales.

Así, la devoción helenística ofreció dos tendencias opuestas que no se eliminarían mutuamente: la fragmentación de las personalidades divinas en un particularismo local muy marcado y, por reagrupamiento de esas versiones locales, la promoción de dioses universales, *el dios de los mil nombres o el dios más elevado (hypsistos).*

Digamos, por último, que la religión provocó el desarrollo de determí-

nadas instituciones sociales. Para servir a los dioses que no estaban al cargo de una ciudad, se formaron *cofradías*, que organizaban el culto y las fiestas de su divino patrono. Conocemos, desde la época clásica, las *thiasoi* de Dioniso. Estas sociedades de actores (el teatro era un elemento del culto de ese dios) recorrían el mundo griego, provistas de salvoconductos y de privilegios que concedían las ciudades y los reyes. Las cofradías se organizaban a imitación de la estructura política de las ciudades, elegían democráticamente a su presidente y sus magistrados, celebraban asambleas y banquetes estatutarios y regulaban la conducta y las prestaciones de sus miembros, para los cuales organizaban, además, una jurisdicción privada.[4] Para aquellos que vivían fuera del marco de la ciudad, las cofradías eran núcleos de vida democrática que, tal vez, influyeron en las estructuras de la iglesia cristiana primitiva.

He aquí otra relación de la religión con la sociedad. Hemos analizado hasta aquí las razones de la gran expansión de los dioses «orientales». Pero desde el siglo V a. de J. C. hasta el final del paganismo hubo una censura constante hacia sus adeptos: en sus prácticas se denunciaba una contracultura que se enfrentaba con el orden tradicional. En efecto, la ciudad democrática se basaba en el postulado de la racionalidad de la conducta humana y de la responsabilidad total del individuo, únicas bases del pronóstico político y única justificación de la jurisdicción penal tal como era concebida.

Las prácticas destinadas a provocar la comunicación con lo divino eran irracionales; inducían un comportamiento que se aproximaba, en ocasiones, a la locura; además, el retorno del «viaje» de un iniciado en compañía del divino, exigía una cierta protección (vestimenta especial, vida aparte). Por otra parte, las castraciones del culto de Cibeles, las mutilaciones voluntarias y sangrientas del culto de Atis y los disfraces de los eunucos consagrados fueron objeto de un intenso desprecio.[5] La cultura tradicional percibía el peligro de esa contracultura y se defendía atacándola. Señalemos, sin embargo, que los cultos egipcios, más civilizados y debidamente interpretados por una exégesis racionalizadora, como la de Plutarco en el *De Iside et Osiride,* obtuvieron una mejor acogida.

3) *LA RELIGIÓN DE LOS FILÓSOFOS*

En reacción con el ateísmo de los sofistas, Platón analiza el impulso del alma que alcanza, deslumbrada, el dominio divino de las ideas y define, en el *Banquete* (210-212) y en *La República* (libro VII) sobre todo, las condiciones de esa ascesis mística e intelectual a un tiempo. El estoicismo, que insiste en la presencia en todos nosotros de una parcela divina, nos

invita a reconocer y a realizar el orden del cosmos que dios ha concebido y que llena por competo.

Comprender el orden divino y desearlo es para el estoico la forma de nuestra relación con dios. El himno a Zeus, escrito por Cleantes (331-232 a. de J. C.), nos muestra a ese dios y esa relación a través de algunas de las aspiraciones que hemos analizado en nuestro análisis tipológico. Veamos algunos pasajes significativos (J. von Arnim, *Stoicorum Veterum Fragmenta,* I, núm. 537).

«Tú, el más glorioso de los seres inmortales, Zeus el de los mil nombres, eterno todopoderoso, conductor de la naturaleza, tú que gobiernas todas las cosas según la ley, te saludo. Pues todos los mortales pueden dirigirse a ti. Salidos de ti, sólo nosotros, entre todo lo que es mortal y vive y se mueve sobre la tierra, somos semejantes a ti. Yo te elogiaré y cantaré tu fuerza. Todo nuestro universo, que gira en torno a la Tierra, te obedece, no importa a dónde lo conduzcas, y acepta de buen grado tu poder. Porque es verdad que en tus manos invencibles tienes el rayo de brillo bífido, inflamado y eterno. Bajo sus golpes se realiza toda la obra de la naturaleza. Tú diriges la razón común, que está presente en todas partes [...] Sin ti, divinidad, nada se hace sobre la Tierra, ni en el ámbito divino del éter, ni en el mar, a excepción de lo que hacen los malvados en su desatino. Pero tú sabes hacer bueno lo malo, organizar lo que es desorden y hacer amistoso lo que no lo es. Pues así has armonizado todas las cosas en un todo único, los buenos con los malos, de suerte que sea única la razón eterna de todas las cosas, esa razón de la que huyen y a la que abandonan los malvados entre los mortales».

Después de evocar los defectos de quienes no comprenden la obra divina, Cleantes concluye con esta invocación:

«Dispensador de todos los dones, Zeus de las nubes sombrías, con el rayo fulgurante, salva a los hombres de su triste ignorancia; expúlsala de su alma; concédeles que obtengan la inteligencia a la que tú te conformas para gobernar todas las cosas con justicia...»

El dios único de los mil nombres, la comunicación con ese dios por medio de la oración, por la participación en una misma razón, la que preside el orden racional del universo, la esperanza de salvación por la inteligencia, que permitirá al hombre colaborar en el gobierno del mundo, todo ello lleva al *monoteísmo*. Los estoicos atribuyeron a Zeus las importantes funciones que luego veremos encarnadas en Isis. Así pues, una evolución nacida en el interior del mundo griego impulsó a éste hacia los dioses extranjeros.

Pero si la filosofía estoica asumió ese impulso de participación en lo divino, todavía estaba viva la corriente que, siguiendo a los sofistas, pretendía explicar las cosas sin los dioses; esa tendencia aparece no sólo en

el epicureísmo sino en un historiador como Polibio. En efecto, éste no hace intervenir los sentimientos religiosos en el determinismo histórico. «Los personajes de Polibio actúan como una dialéctica viva», dice muy acertadamente Paul Pedech en *La méthode historique de Polybe,* p. 223.

Polibio considera que la religión es un instrumento de esclavización del pueblo, mantenido oportunamente en Roma por las clases dirigentes: «Como toda multitud es inconstante y está llena de pasiones sin freno, de cóleras irreflexivas y raptos violentos, no hay otra solución que dominarla mediante oscuros terrores y otras ficciones de este tipo» (VI, 56, 11). En su deseo de atribuir tan sólo a la inteligencia de Escipión el mérito de sus hazañas, afirma:

> «No hay que creer que Licurgo se atuviera supersticiosamente a las órdenes de la Pitia para establecer la constitución de Esparta, ni que Publio (Escipión) haya obtenido a partir de sueños y presagios la fuerza para conseguir para su patria tan gran poder. Tanto uno como el otro creían que la mayor parte de los hombres no aceptan fácilmente los proyectos extraordinarios, y que no osan lanzarse a empresas peligrosas sin basar sus esperanzas en los dioses» (X, 2, 9-10)...
>
> «Aquellas gentes a quienes la indigencia de su naturaleza, la ignorancia o la pereza hacen incapaces de comprender claramente las circunstancias, causas y condiciones de los acontecimientos, atribuyen a los dioses o al azar las causas de lo que consiguen, puestos al servicio de un espíritu sagaz, el cálculo y la previsión» (X, 5, 8).

En cuanto a la representación del destino del muerto en el más allá, oscila entre los infiernos subterráneos y el mundo astral (cf. F. Cumont, *Lux Perpetua,* cap. III), entre la supresión total y la solicitud de la divinidad en la morada de Hades, alternativa que contempla Hipérides en la *Oración fúnebre* de los guerreros caídos en la guerra lamiaca (43), indicando discretamente su elección de la segunda hipótesis, que, desde luego, no impone.

Hay que decir, por último, que si el ateísmo o la impiedad se persiguieron en el siglo V (pensamos en los procesos de Anaxágoras o de Sócrates), la época helenística admitió la mayor variedad de devociones. Sólo fue intolerante con respecto a los ritos y las prácticas que ran considerados como el signo de una contracultura, tal como lo atestigua la prohibición de las Bacanales en Roma.

Estudiaremos ahora qué fue lo que aportaron al hombre del período helenístico tres dioses que, gracias a la introducción de algunas reformas en su personalidad, alcanzaron una difusión extraordinaria y, de alguna forma, universal: Dioniso, Isis y Serapis.

4) *DIONISO*[6]

Dioniso, amable y terrible a un tiempo, reunía sobre sí varias cualificaciones de lo divino.

Nacido de una mortal, Sémele, y de Zeus, era, como Hércules, uno de los pasos de lo humano a lo divino. En torno a su nacimiento existen diversos mitos de su pervivencia milagrosa. Uno de ellos sigue un esquema típico: fue cortado en trozos, hervido y comido por los Titanes, instrumentos de los celos de Hera, y sólo su corazón fue conservado por Atenea, que había asistido al festín. Atenea se lo entregó a Zeus y éste lo introdujo en una estatua de escayola a la que luego dio vida. El mito de Pélope comida por los dioses, con la reparación del error explica, sin duda, al igual que el despedazamiento y la reconstrucción de Dioniso, los ritos antiguos que consistían en comer el animal o el enemigo cuya fuerza sequería absorber. El despedazamiento y la reanimación aproximan a Dioniso y Osiris.

Por otra parte, Dioniso es asociado con el árbol y, más concretamente, con la viña cuya creación se le atribuye, así como la invención del vino. De ahí dos tipos de poderes divinos. Como la vegetación muere en otoño y renace en primavera, Dioniso, así como otros dioses de la vegetación —Osiris o Adonis— es dios de los muertos y guía de supervivencia. Ésa es la razón por la cual se le asimila a Hades y se le asocia con los ritos eleusíacos. A Dioniso se le atribuyen las virtudes del vino: hace olvidar las penas. En una cultura de tipo represivo, basada en prohibiciones estrictas (*guilt-culture* de Dodds),[7] el vino, como en la actualidad las drogas, suprime las inhibiciones adquiridas, permite al hombre adoptar una nueva personalidad y le procura, bajo la influencia del dios, la evasión y la audacia. Es el éxtasis, al que los griegos atribuían la inspiración poética y musical. Con esa exaltación se vincula un rito que sólo puede realizarse en estado de embriaguez: la carrera de las bacantes, en una noche de invierno, por la montaña; el despedazamiento de un animal vivo que luego se come crudo. Eurípides, en las Bacantes, evoca el horror de ese sacrificio cuya víctima es un hombre, Penteo. Comer la carne cruda, aún caliente, de un ser fuerte al que se ha capturado, es también la paradójica hazaña que tiene todos los caracteres de los ritos de iniciación. Es lo que ha subrayado H. Jeanmaire (*Dionysos,* pp. 249-267; *omofagia* y *diasparagmos*). El rito, al dar una forma estricta a los impulsos contraculturales que patrocina Dioniso, al limitarlos a la fiesta, protegía a la sociedad de una agresión continua de las fuerzas disgregadoras.

Las fiestas de Dioniso eran el teatro y el banquete. Precisamente, la tragedia, la comedia y el banquete constituyen momentos de ruptura del orden, de lo cotidiano, de sus represiones y de sus limitaciones. Desde

luego, en el mundo helenístico se perpetuaron, tanto en las ciudades como en los reinos, las estructuras «represivas». Por otra parte, el éxtasis llevaba a un contacto inmediato con la divinidad que no necesitaba pasar por las ceremonias oficiales de la ciudad y, en consecuencia, resultaba muy adecuado para el gran número de los que vivían fuera de ella.

Por lo demás, el culto de Dioniso se practicaba en común. Las cofradías —*thiasoi*— que lo realizaban constituían estructuras sociales a pequeña escala, con una fuerte cohesión (*Syll,* 3.ª ed., 1109).

Los ritos dionisíacos, que dependían en gran parte de la iniciativa privada y que eran, además, secretos en la medida en que eran de tipo iniciático, no fueron fijados de una forma definitiva. Ptolomeo IV quiso conocer la tradición particular de los diferentes grupos que celebraban en Egipto los misterios de Dioniso (*BGU,* 1211).[8]

Junto a ese Dioniso que desencadenaba las fuerzas irracionales, existía el dios guerrero que había recorrido el mundo de victoria en victoria, hasta la India, el patrono de los reyes vencedores. Muchos de éstos recibieron epítetos dionisíacos: «nuevo Dioniso» o «Trifón», siendo este último epíteto una alusión a la alegría que animaba el rostro del dios. La gran procesión que Ptolomeo Filadelfo dedicó a la memoria de sus parientes (Ateneo, V, 198-202) era un cortejo dionisíaco donde desfilaron, montados sobre carros, cuadros vivientes representando diferentes episodios de la vida del dios: desde los peligros de su infancia a su regreso victorioso de la India.

Hasta aquí, el Dioniso helenístico que hemos evocado es puramente griego, en su triple función de dios de la muerte y de la supervivencia, donador de éxtasis y, a través de ello, de responsable de los fenómenos de contracultura, y, por último, de dispensador de victorias. Pero en las dos primeras funciones se le unirían Osiris, Serapis y los «dioses sirios».

5) *SERAPIS*

Al borde del desierto, al oeste de Menfis, en la necrópolis de Saqqarah, los egipcios enterraban a los bueyes Apis momificados, depositarios animados del potencial sagrado de Osiris que les confería la inmortalidad. Los anales de Palermo grabados sobre piedra muestran ya desde la primera dinastía la dignidad de Apis. La región de la necrópolis, donde se hallaba todavía instalado el santuario en la época helenística, y que fue excavada por Mariette en 1850-1851, reveló la existencia de monumentos funerarios desde el Imperio Antiguo. Por lo que se refiere a la sepultura de los Apis, el recinto contenía tumbas de bueyes, individuales desde Amenofis IV hasta Ramsés II. Posteriormente, la sepultura común de los

Apis pasó a estar constituida por pequeñas catacumbas, desde el año 70 de Ramsés II al año 21 de Psamético I. Finalmente, una serie de grandes catacumbas, inauguradas en el año 52 de Psamético I, fueron utilizadas hasta la época de los últimos Ptolomeos. Este conjunto constituye una fuente muy importante para la cronología de los reyes. Por encima de las catacumbas se elevaba un templo funerario hoy desaparecido. En tiempo de Estrabón (XVII, 32 = C 807) había desaparecido ya casi por completo bajo la arena, pero lo cierto es que Serapis permanecía totalmente vivo entre los griegos y los romanos.

La combinación de Apis y de Osiris tomó el nombre de *Oserapis*. La multitud acudía al Serapeum, atraída por el carácter mágico de las tumbas. Las investigaciones, todavía inéditas, de la Egypt Exploration Society revelan que, junto al egipcio, se hablaba el arameo desde la dominación persa, y luego comenzó a hablarse el griego desde antes de la llegada de Alejandro. De la época de Alejandro se conserva una maldición de una mujer griega, Artemisie, contra su marido, confiada a Serapis (*Urkunden der Ptolemäerzeit,* que citaremos *UPZ,* I, núm. 1, de U. Wilcken). Los reyes griegos se interesaron por el Serapeum de Menfis. Un tal Peukestas, probablemente uno de los oficiales superiores a quienes Alejandro confió el mando en Egipto, concedió su protección a uno de los oratorios del santuario. El anuncio que lleva su orden, encontrado en 1973, ha sido publicado por E. G. Turner en el *Journal of Egyptian Archaeology,* 60 (1974, pp. 239-242). Es una de las joyas de la papirología. Por otra parte, en el extremo de una avenida, Mariette encontró una serie de estatuas, dispuestas en hemiciclo, que representan a los principales filósofos griegos y temas báquicos.[9] Por su estilo, parece que proceden de comienzos de la época ptolemaica. Todo esto atestigua que los griegos no necesitaron esperar a una maquiavélica voluntad política de Ptolomeo I o de Ptolomeo II, como han creído los historiadores modernos, para descubrir y venerar a Serapis.[10] Este dios antiguo no fue una creación de los Lágidas. Pero lo que es nuevo en el período helenístico es la expansión de Serapis en el mundo griego, el antropomorfismo que adoptan sus representaciones y su adaptación a la mentalidad griega. Nada nos permite atribuir a los Ptolomeos la intención de unir en el culto a ese dios sus temas griegos y sus temas egipcios. De hecho, el indudable interés que los reyes demostraron con respecto a Serapis (véase *P. Cairo-Zenón,* 59034; *OGIS,* 56 y 90), es un dato religioso, como puede serlo su interés hacia Dioniso o Isis. (En *OGIS,* 56 y 90, se hace referencia al embalsamamiento de Apis.)

Por otra parte, Serapis conquistó el mundo griego, donde, evidentemente, los Ptolomeos no tenían que unir dos razas. Lo encontramos, incluso, allí donde no penetró su influencia. Así, por ejemplo, la manumisión de un esclavo, grabada en lengua griega sobre piedra, y procedente de

Gorgan, en Hircania (publicada por L. Robert, *Hellenica,* XI-XII, 1960, pp. 85-91 = *SEG,* XX, núm. 325), atestigua la existencia de un templo de Serapis en el sureste del Caspio en tiempo de Antíoco I (281-261).[11]

Sin embargo, los antiguos atribuían a uno de los tres primeros Ptolomeos la introducción en Egipto de una estatua de Serapis, que habría sido el origen del culto a ese dios. Tres autores relatan este descubrimiento: Tácito (*Hist.,* IV, 83-84), Plutarco (*Isis y Osiris,* § 28, 361 F) y Clemente de Alejandría (*Prot.,* IV, 48, simple totem). Sus divergencias ponen de manifiesto que ya en la Antigüedad existían versiones contradictorias sobre este tema (Tácito enumera tres). No hemos de plantearnos si esas historias son auténticas: resultan demasiado conformes, en sus rasgos comunes, a un patrón típico, como para serlo. Se trata del descubrimiento difícil de un talismán de las indicaciones que da el dios en sueños, de los avatares que están a punto de frustrar esa búsqueda. La estatua, tal vez anicónica, encontrada finalmente en Sínope, es tan sagrada como antigua y poco significativa. Pero fue identificada con Plutón, por un Cerbero que le acompañaba. Ciertamente, no se trataba de la estatua de Briaxis, del tipo de Zeus barbudo, tocado con el celemín, tipo según el cual, y gracias a innumerables ejemplares, se representó el mundo griego a un Serapis que era, al mismo tiempo, Zeus y Plutón.

Se ha dicho muchas veces que Serapis era de origen babilonio (véase bibliografía en Wilcken, *UPZ,* I, pp. 79-82). No es imposible que en tiempo de Alejandro existiera un templo de Serapis adonde sus compañeros pensaran llevar al rey moribundo para que curara, tal como lo relata Arriano, *Anábasis,* VII, 26, 2. Es posible que durante la dominación persa, elementos egipcios levantaran ese templo en Babilonia, pero ello no implica un origen babilonio del dios. (Por otra parte, es posible que Arriano caiga en el anacronismo.)

Las virtudes que se atribuían a Serapis derivan de su origen osiriano y eran asimilables a las de otros dioses griegos. Los griegos pusieron en este dios todas sus esperanzas de salvación bajo todas las formas.

Ante todo, se aparecía a los humanos, les hablaba en sueños y ordenaba que construyeran un templo para él, por ejemplo. En ocasiones, mal comprendido o demasiado exigente, se aparecía por segunda vez tras haber enviado a quien había designado una enfermedad premonitoria (véase *P. Cairo-Zenón,* 59034; *UPZ,* 18; 20; *Syll.,* 3.ª ed., núm. 663 = *IG,* XI, 4, 1299). En el Serapeum de Menfis, uno de los «recluidos» contabiliza cuidadosamente sus sueños (*UPZ,* 77-81) y se ha encontrado la estatuilla de un intérprete cretense que «explicaba los sueños por orden del dios» (Rostovtzeff, *Social and economic History of the Hellenistic World,* II, lám. CI, 1, p. 900).

Serapis, dios del mundo subterráneo de los muertos, lo era en tanto

que Osiris (*UPZ,* I, p. 30). Muerto y reanimado por Isis,[12] Osiris es dios de fecundidad, fecundidad del campo, tal como lo expresan las imágenes de arcilla de un Osiris tumbado sobre el cual se hace germinar el trigo, como había fecundado a Isis (A. Erman, *La religion des Egyptiens,* trad., de H. Wild, París, 1937, fig. 29, p. 63). Esa función de «donador de trigo» fue expresada por los griegos por medio del celemín, que al cubrir la cabeza de Serapis, lo asimilaba a Plutón. Al igual que Osiris, Serapis era asimilado, a este respecto, a Dioniso.

Serapis, dios de muerte y de supervivencia, era también —y sobre todo— un dios *curador.* Los *milagros* explican, mejor, sin duda, que una voluntad política, su extraordinario éxito. En este sentido, era asimilado a Asclepio y los procedimientos de actuación eran idénticos para los dos dioses: apariciones en sueños y curación al despertar. Estrabón (XVII, 17 = C 801) describe estos procedimientos: el Serapeum de Cánope (cerca de Alejandría)

> «es objeto de gran veneración y lleva a cabo curaciones, lo que hace que los personajes más elevados, movidos por la fe, acudan allí a dormir para conseguir la curación o hacen dormir a otros en su lugar. Algunos escriben, incluso, la relación de las curaciones y otros consignan la eficacia de los oráculos que allí se realizan»

Es ésta exactamente la técnica que describen las inscripciones de Epidauro, que relatan los milagros de Asclepio en el siglo IV a. de J. C. (CH. Michel, *Recueil d'inscriptions grecques,* núm. 1069).

Poseemos numerosos testimonios de los *oráculos* de Serapis, que a menudo realizaba en sueños (U. Wilcken, *UPZ,* I, pp. 31-33). Dión Crisóstomo (32, p. 659 R) elogia al Serapis de los alejandrinos por la claridad de sus oráculos y de sus órdenes.

Finalmente, Serapis, asimilado a Zeus, es «señor del universo». A menudo se le invoca bajo el epíteto de *muy grande (UPZ,* I, núms, 14, 15, 16, 20, 41, 106-108, cf. Tacito, *Hist.,* IV, 84).

A todo lo largo y ancho del mundo griego existían templos en honor de Serapis. El de Alejandría[13] fue erigido sobre la colina de Racotis, núcleo egipcio de la ciudad (Tácito, *Hist., loc. cit.*). Ese templo desapareció, pero Alan Rowe (*Discovery of the famous Temple and Enclosure of Serapis in Alexandria,* Supl. de los *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte,* II, 1946) encontró en 1943 y 1944 los cimientos de los ángulos sureste y suroeste y, en consecuencia, el trazado del recinto ptolemaico. La dedicatoria bilingüe está redactada en nombre de Ptolomeo III. En 1945, el descubrimiento de otros cimientos permitió a Alan Rowe localizar el templo en el recinto, así como un pequeño santuario de Harpócrates, el hijo de Osiris y de Isis, cuya dedicatoria es de Ptolomeo IV.

El recinto romano era más amplio y el templo, reconstruido en esa época, provocó la admiración de los autores de los siglos III y IV d. de J. C., que lo describen de forma entusiasta (véase, por ejemplo, pese a sus confusiones cronológicas, Amiano Marcelino, XXII, 16, 12-13). El santuario contaba con una biblioteca. También en Alejandría existían, a mediados del siglo III a. de J. C., un Serapeum de Parmenion (*P. Cairo-Zenón,* 59355) y, en Cánope, el Serapeum a cuyas curas milagrosas hace referencia Estrabón *(loc. cit.).*

Desde Alejandría, y sin duda antes de la fundación de Ptolomeo III, el culto de Serapis se extendió por todo el mundo griego.[14] Desde hace mucho tiempo, conocemos los pequeños templos de ese dios situados en la «terraza de los dioses extranjeros», en el Cinto, en Delos, y el relato de la orden que da el dios a su sacerdote de que se le construya un templo (*Syll.,* 3.ª ed., 663, de fines del siglo III). Desde luego, era tan sólo en Menfis donde se criaba y se momificaba al Apis, diferencia fundamental en la atmósfera del culto.

Al igual que el santuario de Apolo en Delfos o el de Zeus en Olimpia, o como los grandes santuarios egipcios, en los recintos consagrados a Serapis existían templos o capillas de otras divinidades. En Delos, se veneraba a Isis en uno de los Serapeums. Los documentos de los «recluidos» del Serapeum de Menfis, de mediados del siglo II, mencionan la existencia de capillas de Astarté-Afrodita, Imhotep-Asclepio, Osiris-Mnevis, del Ibis de Thot, de Bes, de Bubastis y, tal vez también, de Ammón y de Hécate (U. Wilcken, *UPZ,* I, pp. 37-44). Nos revelan, además, la existencia de un personal de sacerdotes egipcios, así como vaqueros y embalsamadores de los toros Osorapis y Osoromnevis (U. Wilcken, *op. cit.,* pp. 44-50), y también agentes de la administración y de la policía griegas. Estos documentos tienen un valor inestimable para introducirnos en la vida de un gran santuario.

En el recinto había también hostelerías y casas que el dios alquilaba, especialmente a los devotos que deseaban vivir cerca de él, los *catochoi.* Wilcken (*op. cit.* pp. 52-77) ha precisado la definición de esa reclusión sobre la que tanto se ha discutido. El término significa «el que es retenido, retirado o poseído». Los *catochoi* no eran sacerdotes y su situación podía cambiar, sin que sepamos cómo comenzaba ni por qué cambiaba. La similitud con la condición del *novicio,* que en el libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo espera a que Isis le indique en sueños que ha llegado el momento de la iniciación, es tan grande, que considero, con Reitzenstein,[15] que los *catochoi* eran *novicios* a pesar de las mínimas diferencias que impiden a Wilcken (*op. cit.,* pp. 72-77) aceptar sin reservas tal identificación. Los «recluidos» del Serapeum de Menfis vivían, en efecto, en una situación de espera mística que no excluía la relación de negocios con el

exterior, de donde obtenían recursos que gestionaban, mientras que ellos, por su parte, eran remunerados por sus servicios como ayudantes de los sacerdotes. El lado, a veces sórdido, de su existencia contrasta con la exaltación de lo inefable que expresa el Lucio del libro XI de las *Metamorfosis*. Los *catochoi* del Serapeum, mendigos y pendencieros, blanco de la hostilidad de los egipcios, debían de representar esa contracultura que era rechazada por las gentes razonables y provocaba el desprecio que producen los textos de los astrólogos reunidos por Franz Cumont, *L'Egypte des astrologues,* pp. 147-149.

Queda por aclarar un punto fundamental: ¿es posible comparar a los *catochoi* de mediados del siglo II a. de J. C. con el místico de Apuleyo, trescientos años posterior? ¿No evolucionó el culto? Creo que la comparación es lícita, si prescindimos de los detalles, en primer lugar porque la analogía general del comportamiento es extraordinaria y, además, porque los procedimientos de inducción al estado segundo y la búsqueda de un contacto místico con lo divino son fenómenos psicológicos que existen en culturas muy diferentes y que, incluso, están renaciendo en nuestros días.[16]

6) *ISIS-OSIRIS*

La Isis helenística aglutinó la mayor parte de las funciones de las diosas griegas y egipcias. Ya antes de la llegada de los griegos a Egipto, había experimentado una larga evolución cuyas etapas están jalonadas por varios textos faraónicos.[17] Su leyenda es inseparable de la de Osiris. Hijos primogénitos de la tierra y del cielo, eran esposos. Junto a ellos, que eran la naturaleza fecunda, la pareja maléfica de sus hermanos menores, Seth, el dios del desierto y Neftis, estéril. Seth mató a Osiris e Isis buscó por todas partes los fragmentos dispersos de su esposo, cuyo falo no pudo encontrar. Finalmente, gracias a sus poderes mágicos, consiguió reconstruir el cuerpo del muerto que tendría, todavía, el poder de fecundarla y de darle un hijo, Horus, el joven, vengador de su padre.

El esquema del nacimiento milagroso y la conquista del poder aparece también entre los griegos. Sólo hemos de pensar en Pélope, en Ulises que reconquista a Penélope y recupera su personalidad, o en Edipo. Los griegos tenían también en Dioniso a un dios desgarrado y reconstruido; de ahí la asimilación de Dioniso y Osiris que realiza Heródoto (II, 42; 144).

Las cualidades mágicas de Isis, que hace de Osiris la primera momia y consigue hacerle vivir más allá de la muerte, proporciona a la leyenda de Osiris el elemento milagroso y activo. Durante el Imperio medio, la capacidad de llegar a ser un Osiris después de la muerte, reservada hasta

entonces a los reyes, fue ampliándose poco a poco en todo Egipto, a todos aquellos cuyo cuerpo había sido momificado según los ritos (Moret, *op. cit.*, pp. 286-302). A cada uno de los fragmentos de Osiris, que Isis enterró por separado para que Seth no se apoderara de ellos, correspondía una *tumba,* siendo Abidos la que reivindicaba la tumba principal (sin duda, la competencia de las tumbas suscitaba el mito etiológico de los «fragmentos»). Cada vez que Isis se instalaba en un nuevo lugar de culto, asimilaba los poderes de la diosa que allí reinaba y, en la época helenística, este proceso desbordó las fronteras de Egipto para desembocar en el siglo I-II de nuestra era en la enorme letanía, *P. Oxi,* 1380.

La representación de la «pasión» de Osiris tenía lugar en Sais, en el santuario de Atenea-Neith, donde, según afirma Heródoto (II, 171), había «un lago cerca del cual se imita por la noche la pasión de ese dios, que los egipcios llaman misterios». Como cree que se trata de «misterios», Heródoto no dice más al respecto. Indica que en Busiris se celebran fiestas de Isis, donde las gentes se golpean e imitan, pues, funerales (II, 61); los carios que habitan Egipto, llegan, incluso, a cortarse la frente, ¿recuerdo del culto de Cibeles o celo de neófitos? La participación de estos extranjeros indica ya la vocación de expansión de Isis. Pero la asimilación de una ceremonia mimética con un misterio, que hace Heródoto, exige una reflexión crítica: hay que distinguir los ritos miméticos que *renuevan nuestra relación sagrada* con los dioses, de las iniciaciones a los misterios, que comportan *pruebas.*

En cuanto a la Isis de los griegos, disponemos de un gran número de fuentes. En primer lugar, fuentes egipcias: inscripciones y representaciones en los templos y, muy especialmente, en Filé,[18] estatuas oficiales y estatuillas populares en las que aparece Isis amamantando a Horus niño, Harpócrates, y los diferentes atributos de la diosa. Pero también fuentes griegas: las letanías (o aretelogías) griegas,[19] el *Isis y Osiris* de Plutarco, el libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo,[20] los templos, las capillas, las innumerables dedicatorias,[21] los epítetos de las reinas, comprendidos Selene (Luna) y Dikaiosine (Justicia), que son asimilaciones con Isis.

Un problema fundamental es el de saber qué es lo que la Isis de los griegos debe a la Isis egipcia.[22] Hay quienes afirman la preponderancia del elemento griego (A. J. Festugière, «A propos des aretalogies d'Isis», en *Harvard Theological Review,* 42, 1949, pp. 209-234, reproducido en *Études de religion grecque et hellénistique,* París, 1972, pp. 138-163, y D. Müller, *Aegypten und die griechischen Isis-Aretalogien,* citado *supra*), mientras que otros autores afirman la mayor importancia del elemento egipcio (R. Harder, *Karpokrates von Chalkis und die memphitische Isispropaganda,* Abh. Akad. Wiss. Berlin, Ph.-Hist. Kl. 1943, Heft 14). La discusión histórica se centra sobre la interpretación de las aretelogías griegas que

enumeran las virtudes de Isis. Estas letanías griegas (véase lista en D. Müller, *op. cit.*, pp. 11-14) proceden de una región geográfica extensa: Íos, Andros, Cirene, Tesalónica, Kime, Kíos (Anubis), Calcis (Harpócrates), Oxirrinco, Medinet-Madi, además del himno que transcribe Diodoro (I, 27). Sólo los dos últimos son anteriores a nuestra era.

Como Diodoro dice que los epitafios de Isis y de Osiris, que él traduce, están inscritos en jeroglíficos sobre sus tumbas, en Nysa de Arabia, se ha creído poder dar a todos los himnos griegos un arquetipo egipcio (M) que procedería de Menfis (Harder). Pero Festugière ha demostrado el origen griego de todo lo que, en estos himnos, atribuye a Isis la invención de las técnicas sociales de la vida civilizada, pues es éste uno de los temas de la reflexión «prometeica» de los sofistas sobre los orígenes de la cultura. Por su parte, D. Müller ha buscado para cada una de las funciones que las aretelogías griegas atribuyen a Isis, el correspondiente egipcio: de 59 entradas, 9 son egipcias con toda seguridad, 7 son egipcias en forma griega, 26 son totalmente griegas y 17 de origen incierto, pero podrían ser griegas. Corroborando las investigaciones de Festugière, D. Müller no ve un correspondiente egipcio en el Isis inventor de la civilización (contrato de matrimonio, navegación, fin del canibalismo, cultivo de los cereales, servicio de los dioses y misterios). No lo ve tampoco para la invención de la escritura, pero, como los egipcios atribuyen esta última a Thot, creo que no puede decirse que la idea les sea extraña. Aunque D. Müller exige una analogía de expresión formal demasiado precisa, desde mi punto de vista, para admitir un origen egipcio en algunas de las «virtudes», creo que puede admitirse una fuerte preponderancia griega en la Isis helenística.

Uno de estos elementos griegos interesa especialmente a la historia de la religiosidad helenística: la invención de los misterios. Una serie de textos, citados por A. Moret (*Le Nil et la civilisation égyptienne,* pp. 287-296; 460-478) y por A. Erman (*La religion des Egyptiens,* pp. 242, 280) y procedentes de las pirámides, de los sarcófagos y del Libro de los Muertos, afirman las modalidades variadas de la vida en el más allá y la prueba del balance de las buenas y las malas acciones. La afirmación de una vida de ultratumba se justifica por la resurrección de Osiris, que reconstruye a Isis, y por la victoria de su hijo Horus sobre los que le habían dado muerte. Ese mito se representaba en Abidos y en otros lugares, y son éstas las fiestas que Heródoto evoca y llama «misterios» (II, 171). Pero con la documentación que poseemos actualmente nada permite afirmar que, al participar en estas ceremonias imitativas, los egipcios garantizaban su supervivencia en el más allá. En el caso de los egipcios, la prueba del juicio se realizaba después de la muerte; en cuanto a los griegos, la prueba iniciática, ya se tratara de las tesmoforías, de los misterios de Dioniso o de los misterios de la Isis helenizada, que evoca el libro XI de las *Metamorfosis* de Apuleyo,

tenía lugar en vida y era secreta. Creemos, pues, con D. Müller (*op. cit.*, p. 49) que fue por la influencia griega por lo que la iniciación a los misterios se añadió a las virtudes de Isis.

Según las aretologías griegas, Isis era también una diosa cósmica, responsable de la mecánica ordenada del cielo; tenía atribuciones mágicas por haber sabido reanimar a Osiris y, por tanto, poseía fórmulas de inmortalidad. Mujer, esposa y madre, era la diosa de las mujeres, y su matrimonio era el prototipo del matrimonio legal y fiel. Era reina y reinaba sobre los reyes a quienes, como a Osiris, aseguraba la supervivencia. Las letanías multiplican sus poderes, al igual que se multiplicaron las sedes de su culto. Diodoro (I, 25) reúne todas las virtudes que se le atribuyen.

Pero por universal que pueda ser, su vocación se limita, sin embargo, a lo que es orden y bondad. La salvación que asegura, a los navegantes, a los afligidos, a los muertos, está en función de su poder para garantizar el triunfo del orden. Sin duda, ésa era la razón por la que los griegos la consideraban superior al destino (fuentes en D. Müller, *op. cit.*, pp. 74-85), lo que significó un extraordinario incremento de poder.

Tanto para los egipcios como para los griegos, el mundo se concebía como oposición de contrarios. Su poder, que disciplina y apacigua es, de alguna forma, opuesto al de Dioniso o al de los «dioses sirios», que desencadenan lo irracional y revitalizan los ritos salvajes. No obstante, todos estos dioses, al igual que Isis, responden a la necesidad, extraordinariamente fuerte en la época helenística, de trascender la muerte.

La expansión de Isis en el mundo griego podría parecer a primera vista un fenómeno de «orientalización» de los griegos. Sin ninguna duda, es la prueba de la fascinación que ejercía sobre éstos la sabiduría de la religión egipcia, ya ponderada por Platón, y sus mitos prometedores de inmortalidad. Pero hay que hablar también de una helenización de Isis, pues ninguno de los poderes que le son atribuidos resultaba insólito en la cultura griega, ni siquiera el mito fundamental de la reconstrucción de Osiris, que recuerda al de Dioniso. También hay que hablar de helenización en las estatuas que la representaban a pesar de que puedan tener algunos elementos y objetos egipcios para darle un cierto «colorido local».

El éxito de Isis no dejó de incrementarse durante el Imperio romano. El *Papiro de Oxirrinco,* 1380, que es una aretología de comienzos del siglo II d. de J. C., nos da una idea de esa expansión, que se ve corroborada por la arqueología y la epigrafía. Enumera los epítetos y los nombres que se daba a Isis en 67 ciudades del Delta (se han perdido los documentos relativos al resto de Egipto) y 55 ciudades de fuera de Egipto en Arabia, Asia Menor, Cirenaica, Creta, islas del Egeo, Chipre, Delfos, Italia y Roma, Persia, la India, el Helesponto, Susa y el mar Rojo. En cada ciudad era asimilada a una diosa egipcia, griega o asiática: Astarté, Atargatis, Nanaia, Afrodita-

Hathor, Hestia, Atenea-Neith, Hera, Maia, Coré, Leto, Dictinis, Temis, Artemisa, la Luna, Hécate.

En Isis, como en Serapis, se mezclan –juego sutil de influencias recíprocas– las aspiraciones y las formas de dos culturas.

Pero hay razones para creer que esa «mezcla» fue acogida, sobre todo, por los griegos. En efecto, hay que subrayarlo para cerrar este apartado, los egipcios parecen haber permanecido fieles a los cultos tradicionales, a juzgar por la epigrafía de los templos. Los dioses griegos no penetraron en el bastión de sus santuarios.

7) *LA EXÉGESIS FILOSÓFICA DE LA RELIGIÓN*

En el siglo I d. de J. C., la obra de Filón el judío y luego *Isis y Osiris* o el *Apud Delfos* de Plutarco, constituyen el resultado de un largo esfuerzo de explicación racional de los mitos, en cuya vía hay que situar un jalón, Evémero, quien a fines del siglo IV y comienzos del siglo III a. de J. C., veía en algunos dioses a hombres divinizados por sus buenas acciones (Diodoro, VI, 2).

Se recurrió a todos los procedimientos –interpretación alegórica, desciframiento de supuestos símbolos, etimologías, analogías– para descifrar lo divino, cuyo poder, según Plutarco (*Isis y Osiris,* 351 D), no reside en la riqueza, «ni en el rayo ni en el relámpago, sino en *el conocimiento y la inteligencia*». Siguiendo los pasos del estoicismo, los exégetas de lo divino presentaron, pues, un dios filósofo a quien atribuían intenciones racionales y, por tanto, explicables.

El *De Opificio Mundi* de Filón,[23] exégesis del Génesis, es un ejemplo típico de este método. El dios de los judíos recuerda al demiurgo del Timeo y, de esta forma, se introduce en la cultura griega el mito de la creación según la Biblia. ¡Grave distorsión! El viejo concepto de la «palabra operante», el *logos* de la Biblia de los Setenta se convierte, así, en el intelecto divino de los estoicos, aprovechando la ambigüedad del término. Mutaciones que permitieron que sobrevivieran los textos sagrados, que eran la condición misma de su supervivencia.

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. Sobre este tema, véase A. J. FESTUGIÈRE, «Le fait religieux à l'époque hellénistique», en *Vivre et penser,* 1945, pp. 30-44, reproducido en *Études de religion grecque et hellénistique* (París, 1972), cuyos 18 artículos forman un admirable conjunto de reflexiones sobre el tema.
2. Pensamos en la fundación del culto funerario de su hijo que Epícteta de Tera instituyó por testamento hacia el año 200 a. J. C. (Michel, *Recueil d'inscr. grecques,* núm. 1001).
3. Véase A. D. NOCK, *Conversion, the old and the new in Religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo* (Oxford, 1933), pp. 89-92. Cf. ESTRABÓN, XVII, 17 = C 801.
4. Véase, por ejemplo. C. H. ROBERTS, T. C. SKEAT, A. D. NOCK, «The Gild of Zeus Hypsistos», en *The Harvard Theological Review,* 29 (1936), pp. 39-89 (siglo I a. de J. C.) y el reglamento de los *Iobacchoi* de Atenas, *Syll.,* 3.ª ed., núm. 1109 (poco antes del año 178 d. de J. C.).
5. Véase, por ejemplo, F. CUMONT, *Lux perpetua* (París, 1949), pp. 252-253, y *Les religions orientales dans le paganisme romain* (París, 1929), pp. 48-49, y n. 19 y 20, p. 223, que cita especialmente a DIODORO, XXXVI, cap. 13, a propósito de recibimiento ultrajante reservado en Roma al sumo sacerdote de la Cibeles de Pesinunte.
6. La obra clásica sobre Dioniso es la de H. JEANMAIRE, *Dyonisos, histoire du culte de Bacchus* (París, 1951), donde se encontrará la bibliografía.
7. Véase el libro de E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational,* Sather Classical Lectures, vol. 25 (Berkeley-Los Ángeles, 1951), donde se utilizan numerosas fuentes sobre lo irracional.
8. Bibliografía de este texto, muchas veces estudiado, en M. Th. LENGER, *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* núm. 29.
9. Cf. J. Ph. LAUER, Ch. PICARD, *Statues ptolémaïques du Sarapeion de Memphis* (París, 1955).
10. Era, aún, la opinión de U. WILCKEN, *UPZ,* I, pp. 82-88. En esta obra se hallará un excelente *status quaestionis* (I, pp. 1-95), sobre todo en cuanto concierne a Serapis, a título de intoducción de los papiros del Serapeum que ha reeditado Wilcken. P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (1973), I, pp. 246-276, y II, pp. 397-432, da la bibliografía reciente y las fuentes, que, por lo general, reproduce *in extenso.*
11. Véase también *SEG,* XXIV, 1091 (Istria, comienzos del siglo III).
12. Sobre la fiesta que imitaba la pasión de Osiris y la alegría de su resurrección, véase HERÓDOTO, II, 171 y PLUTARCO, *Isis y Osiris,* § 39, 366 C-F.
13. Véase A. CALDERINI, *Dizion. d. nomi geogr.,* I (1934), *Alexandreia,* para la recopilación de las fuentes, que se encontrarán en P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 246-276, y II, pp. 397-432. Véase también A. BERNAND, *Alexandrie la Grande,* pp. 123-131 y 342-344.
14. Cf. R. SALDITT-TRAPPMANN, *Tempel der Aegytischen Götter in Griechenland und an der Westküste Kleinasiens* (Leiden, 1970) y *SEG,* XX, 325, citado *supra.*
15. *Mysterienrelig.,* pp. 71-81.
16. E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational,* citado *supra.*
17. Véase A. MORET, *Le Nil et la civilisation égyptienne* (2.ª ed., 1937), pp. 69-71 y 103-116 (Imperio Antiguo); 284-302 (Imperio Medio). Véase también, en general, A. ERMAN, *La*

religion des Egyptiens (trad. H. WILD, París, 1937), índice, *Isis* y *Osiris;* S. MORENZ, *La religion égyptienne* (trad. L. JOSPIN, París, 1962), *Isis.*

18. Véase D. MÜLLER, *Aegypten und die griechischen Isis-Aretalogien,* Abh. Sächs, Akad. Wiss., Ph.-Hist. Kl. Bd. 53, Heft 1 (Berlín, 1961), que da una lista de los textos egipcios sobre Isis.
19. Además de la obra de D. MÜLLER, véase W. PEEK, *Der Isishymnus von Andros und verwandte texte* (Berlín, 1930), y V. F. VANDERLIP, *The Four Greek Hyms of Isidorus,* Am. Stud, of Papyr., XII (1972).
20. Los otros textos se encontrarán citados en las obras mencionadas *supra.* Véase, además, G. VANDEBEEK, *De interpretatio graeca van de Isisfiguur* (Studia hellenistica, 4, Lovaina, 1946), y L. VIDMAN, *Isis und Serapis bei den Griechen und Römern* (Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten, Bd 29, 1974).
21. Véase L. VIDMAN, *Sylloge Inscriptionum Religionis Isiacae et Sarapiacae* (Berlín, 1969).
22. Por lo que respecta a los problemas de Isis, véase G. CLERC y J. LECLANT, *Inventaire bibliographique des Isiaca 1940-1969* (Leiden, Et. prélim, aux rel. or. dans l'Emp. rom., núm. 18, 1972).
23. *Las obras de Filón de Alejandría* (35 vols.) han sido publicadas por R. ARNALDEZ, J. POUILLOUX, Cl. MONDÉSERT, con introd., trad., bibliogr. y notas. Cf. J. DANIÉLOU, *Philon d'Alexandrie* (París, 1958).

CAPÍTULO VI

La expresión artística y literaria

Una cultura se define no sólo por los valores que guían su acción sino también por sus modos de expresión: códigos de comportamiento y comunicación, expresión figurada, plástica, literaria.

Trataremos de delimitar lo que nos parece propio de la época helenística en estos aspectos, preguntándonos, también aquí, cómo actuaron en sus relaciones mutuas las tradiciones griegas y orientales.

En el momento en que la expedición de Alejandro los puso en contacto, la mayor parte de los modos de expresión de la cultura griega era, todavía, creativos, y las tendencias que aparecen se remontan a comienzos del siglo IV. Los de las culturas orientales parecen haber guardado mayor fidelidad a su largo pasado.

Apresurémonos a decir que, en la época helenística, al margen de algunos puntos de contacto, la cultura griega no sustituyó ni absorbió la de los pueblos junto a los cuales, o por encima de los cuales, se asentaron los griegos. Por ejemplo, en Egipto, la lengua, las costumbres, la arquitectura de los templos, el arte figurativo y el arte plástico sólo excepcionalmente —no más que el derecho y la religión— recibieron la influencia griega. Salvo por lo que respecta a la decoración de la tumba de Petosiris en Hermópolis y algunos casos excepcionales, en Egipto, al igual que en Siria, hay que esperar la llegada del Imperio romano para asistir al desarrollo de formas mixtas,[1] por ejemplo, en las catacumbas de Kom-es-Chugafa, en Alejandría. La persistencia de culturas diferentes en una misma zona geográfica era tan fuerte, que aseguraría la supervivencia del egipcio en el copto y del hebreo y del arameo entre los judíos.

Esa pervivencia indica, en sí misma, una separación social entre los

griegos y los habitantes autóctonos. Pero en el seno de cada uno de esos dos grupos, se produjo también una sedimentación por ambientes. En el mismo «griego común» *(koiné)* de la época helenística, apreciamos grados de cultura diferentes. Así, el artesano o el agricultor griego que, a mediados del siglo III a. de J. C., vivía en la aldea nueva de Filadelfia, en Egipto, no habla como el intendente Zenón a quien escribe, ni como el ministro Apolonio, su patrón. Y, con el paso de los siglos, se hacen necesarios comentarios tanto a los poemas de Calímaco como a la *Ilíada*. El campesino egipcio no sabe leer los jeroglíficos de los templos ni el demótico de los notarios. De igual manera, en la representación de la figura humana y el vestido de tipo griego, hay toda una gama de degradaciones con relación al modelo realista de Fidias, que se pretendía seguir.[2] También en este aspecto concreto, la rigidez de los vestidos y la torpeza en la expresión de movimiento, podrían indicar el origen popular del artista y su público, más que una influencia oriental. Por otra parte, hubo también en la Grecia clásica imágenes rudimentarias —podemos hacer referencia a algunos hallazgos de Beocia o a otros realizados en el ágora de Atenas—, pero con frecuencia el arqueólogo las desdeñaba, aunque sólo fuera en la selección de los yacimientos que exploraba o de los objetos que intentaba reproducir. Por lo que respecta a la literatura, dado que en las clases sociales inferiores eran muchos los que no sabían leer, contamos con menor número de ejemplos de degradación popular con respecto al modelo. Por ejemplo, las novelas griegas son de un estilo que indica que sus lectores eran cultivados, pero ignoramos cómo sería una comedia griega auténticamente popular de la época helenística. Sin duda, el Evangelio según San Mateo es uno de los raros ejemplos de literatura popular.

a) *Lagunas de las fuentes*

Como al principio de cada capítulo, hemos de apresurarnos a señalar las enormes lagunas que presenta la documentación. Sin embargo, la creación de ciudades nuevas con sus plazas públicas, gimnasios, teatros, las salas donde se reunía el consejo, la renovación de ciudades destruidas, la celebración de los reyes y de sus victorias permitieron un extraordinario desarrollo de la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía. la mayor parte de aquello que fue creado para la expresión de una cultura, se ha perdido. De los millares de himnos que se compusieron para los vencedores o para los dioses, según las ordenanzas que conservan las inscripciones, apenas subsisten una decena (hemos citado el que los atenienses dedicaron a Demetrio Poliorcetes). Se han perdido también

los millares de tragedias y de comedias o los cuadros de caballete y las composiciones históricas cuya existencia sólo conocemos por las descripciones de Plinio o Pausanias, por las pinturas murales —sobre todo en Pompeya—, mosaicos, epigramas y por las menciones de los historiadores. Se han perdido, por último, las estatuas más famosas, que sólo conocemos gracias a las copias romanas.

Hagamos una última advertencia: salvo en el caso de los que han sido encontrados *in situ,* la procedencia de los objetos helenísticos es muchas veces incierta. Tal es el caso de Alejandría, donde las excavaciones se han realizado de forma esporádica debido a la ocupación constante del emplazamiento urbano. Sin embargo, se califica de «alejandrinos» a millares de objetos de procedencia desconocida que han ingresado en los museos y en las colecciones privadas. En estas condiciones, resulta problemático plantear la existencia de un arte propiamente alejandrino y definir sus caracteres específicos. Por otra parte, en razón de la importancia de las exportaciones de los objetos de arte que se realizaba en Alejandría, muchos objetos hallados en el mundo helenístico podrían provenir de esta ciudad. ¿Pero cómo podemos demostrarlo? ¿Cómo distinguir, por ejemplo, entre el vidrio alejandrino y el vidrio sirio? A este respecto cabe esperar que el análisis químico de los materiales será capaz de aclarar muchos puntos oscuros. Para empezar, los arqueólogos hacen inventario, de acuerdo con las directrices de M. A. Adriani, de todo aquello cuya procedencia alejandrina es segura. Así pues, en las páginas que siguen no hablaremos de arte «alejandrino», sino de arte «helenístico». La unidad de este último nos ha impulsado a no distinguir, salvo en casos excepcionales, las diferentes escuelas en este capítulo en el que intentamos descubrir la mentalidad de las clases sociales a través de la expresión cultural. Esa misma razón hará que utilicemos las copias romanas como testimonio, cuando ello sea necesario.[3]

b) *El realismo*

La representación plástica, pictórica y literaria fue haciéndose cada vez más fiel y más concreta. Dejó de ser símbolo para convertirse en retrato. El realismo implica el gusto por lo individual. Ciertamente, en los frontones de los templos y en los frisos triunfales sólo aparece la representación realista del cuerpo, no del rostro, ya que se trata de evocaciones mitológicas; tampoco en las estelas funerarias o en los mosaicos encontramos retratos. Sin embargo, el retrato aparece ya en la moneda desde el siglo IV, pues debe designar no a un rey cualquiera sino a quien la acuña. ¿Quién no conoce, desde antes de Alejandro, el delicado rostro aristocrático que

aparece en las monedas de Tisafernes? Sin embargo, en la escultura de bulto redondo coexisten el retrato realista, por ejemplo el *Ptolomeo I* de Copenhague (Ch. Delvoye, G. Roux, *La civilisation grecque de l'Antiquité à nos jours,* Bruselas, 1967, I, p. 121) y el retrato idealizado, como el *Ptolomeo II* del Museo de Nápoles (*op. cit.,* I, p. 128),[4] o en *Evergetes I* (?) del Museo de Cirenne (M. Rostovtzeff, *Social and economic History of the Hellenistic World,* que citaremos a partir de ahora *SEHHW,* I, lám IV), o el *Atalo I* de Pérgamo, retrato realista pero retocado luego para ser idealizado y heroizado (Museo de Berlín *SEHHW,* I, lám V). Pero también el ciudadano de las ciudades griegas pide que le hagan o le dediquen su retrato. Los numerosos bustos esculpidos que se han encontrado en Delos y en el ágora de Atenas plantean el problema de un eventual intercambio de influencias entre el retrato romano y el retrato griego, por cuanto expresan una misma preocupación hacia el individuo. Mencionemos también los supuestos retratos de filósofos u hombres célebres, estudios muy trabajados de cabezas de ancianos, de arrugas expresivas y, sin embargo, idealizadas. Éste es el caso, por ejemplo, del *Demóstenes de Polieucto,* hacia el año 280 (K. Papaioannou, *L'art grec,* fig. 817). Así pues, son muchas las obras que combinan el realismo y el idealismo.

Se intenta también reproducir los estigmas que la edad, la enfermedad, el trabajo, la raza y la miseria dejan en los rostros y en los cuerpos: viejos arrugados, esclavos que se doblan bajo el peso, jorobados y cojos, galos y negros. El tema de los actores cómicos con su máscara se suma a ese prejuicio de asumir la fealdad y el mundo de los pobres (*SEHHW,* I, láms. XXII, XXXII, XXXIII, XXXIV y L, con bibliografía; se trata, fundamentalmente de las estatuillas de Mirina). ¿Para quién toda esa miseria? Ciertamente, no para los desheredados, que se reconocerían en ella con demasiada crueldad. Los pobres rechazan la fealdad y se entusiasman con la dulce belleza. ¿No hemos de hablar, acaso, de un fenómeno de evasión hacia un terreno que se aparta del ideal de belleza sin mácula que había cultivado la aristocracia de las ciudades? Por otra parte, aparece también el gusto por los animales insólitos, por ejemplo, el elefante (*SEHHW,* I, lám. LII), y la gente se apiña para ver pasar los animales más raros en el cortejo de las Ptolemaia organizado por Ptolomeo Filadelfo (Ateneo, V, 200-201).

Las pequeñas burguesas representadas en *Las siracusanas* de Teócrito se sacian del lujo vislumbrado cuando se abren las puertas del palacio real de Alejandría. Sin duda, para ellas se fabricaban en serie las estatuillas femeninas, todo gracia y candor, cuyos vestidos pegados al cuerpo prolongan el estilo de la época clásica. Estas «Tanagra» de Alejandría, Mirina, de Siria o de Grecia testimonian, también, la unidad de la clase social que las aprecia (véase, por ejemplo, *SEHHW,* I, lám. XXIII; J. Charbonneaux, *Les*

terres cuites grecques, París, 1936, pp. 16 ss., 44 ss.). Los estados de ánimo están sólo sugeridos.

El realismo, que expresa también el oficio (véase los obreros en el trabajo, representados en los vasos, *SEHHW,* I, lám. XXV; XXVI), reaparece en los tipos sociales y profesionales de las comedias de Menandro: el campesino desafiante y misántropo, el cocinero charlatán, el soldado fanfarrón, el esclavo astuto, el padre irascible. Pero, a este respecto, la comedia nueva comienza con *Las Nubes* de Aristófanes.

Producto del realismo es también el gusto por las *escenas intimistas.* En oposición con las convenciones ideales que se perpetúan en la representación de los dioses, reyes, filósofos y los hombres importantes de la ciudad, la época helenística experimentó el gusto por las escenas de género, la anécdota, la naturaleza muerta, en resumen, la vida cotidiana transformada por el arte. También ese deseo de expresar la vida cotidiana tiene antecedentes clásicos: Eurípides introduce una escena intimista en el momento más cruel de la tragedia de Medea, cuando la prometida de Jasón se adorna ante el espejo con el velo que ha de matarla (versos 1156-1166). Asimismo, en el siglo IV, muchos monumentos erigidos en el Cerámico de Atenas para jóvenes madres, las muestran jugando con su hijo o seleccionando joyas en el cofre que les presenta una pequeña esclava.

Así pues, los cuadros campestres, tiernos o idílicos, los juegos de niños y de la coquetería, fascinan al mundo helenístico. Los campesinos que van al mercado en el famoso relieve de Munich, las naturalezas muertas –flores o cestos de frutas–, los frescos y mosaicos, los epigramas votivos que son naturalezas muertas en verso, el delfín que juega en torno al áncora en Delos, el niño con la oca de Boeto, los pastores de Teócrito y sus humildes comidas y, más tarde, los cabreros Dafnis y Cloe, todo ello es testimonio de una nostalgia de la vida humilde y natural, cuya expresión filosófica es el cinismo, corriente característica de una cultura urbana a la búsqueda de la naturaleza, sencillez que Platón eligió para su ciudad en el libro II de *La República.* En pintura, el paisaje realista y sagrado a un tiempo, responde al bucolismo de Teócrito o de Mosco (por ejemplo, el fresco de Pompeya o de Roma, *Grèce hellénistique,* figs., 169, 176). En cuanto a los «paisajes nilóticos», muy numerosos en el mundo grecorromano durante los primeros siglos de nuestra era (el famoso mosaico de Preneste),[5] añaden al realismo el gusto por el exotismo, pero, no obstante, no constituyen una copia del arte egipcio.

Veamos ahora un aspecto extremo del realismo: la representación del *movimiento* del cuerpo y del alma que exige el *patetismo.* Las danzas de las Ménades constituyen la ocasión para realizar sutiles estudios de los vestidos sobre cuerpos que saltan (véase la crátera de bronce encontrada

en Derveni en 1958, en *Grèce hellénistique,* fig. 236). El gusto por las escenas violentas o crueles y por la tensión trágica, por ejemplo en el mosaico de Alejandro y Darío de la Casa del Fauno (*SEHHW,* lám. XVII), que proviene de Filoxeno de Eretria, o el sarcófago de Alejandro (*Grèce hellénistique,* figs. 248-250), se remonta a la tragedia clásica e incluso a la epopeya homérica. La tragedia y la epopeya inspiraron sin cesar la escultura y la pintura helenísticas. Pensemos, por ejemplo, en la exacerbación del movimiento y en la crueldad del tema del Laocoonte o el gusto por el tema de las Nióbidès, o incluso en el carácter épico de las esculturas del gran altar de Pérgamo,[6] y en el drama psicológico que sugiere la mirada elevada al cielo que aparece en los retratos que siguen el estilo de Lisipo, en primer lugar el de Alejandro, y por último, en el patetismo de la estatuilla de un esclavo flagelado (*SEHHW,* lám. XXXIV).

Pero existieron tendencias opuestas, y el comedimiento del clasicismo se afirmó en numerosas ocasiones. Así, Polibio tacha de mal gusto la predilección por el patetismo y censura a Filarco por haber descrito minuciosamente las matanzas de Mantinea, realizadas por las tropas aliadas de Antígono y Arato (II, 56):

> «Para provocar en los lectores la piedad y la compasión pone ante sus ojos a mujeres que se abrazan, desgreñadas y con los senos desnudos. Añade a ello los lloros y los gemidos de hombres y mujeres a los que se llevan mezclados con los niños y los viejos padres. Y ello a lo largo de toda su historia, para exponer sin cesar las atrocidades ante nuestros ojos. Hay que desdeñar este procedmiento por lo que tiene de vulgar y afeminado»...

De cualquier forma, el patetismo de las batallas y matanzas inspiró no sólo la expresión literaria sino también a la pintura. Los cuadros de historia han desparecido, pero el mosaico de Alejandro y Darío y las descripciones que hacen de esos cuadros Pausanias, Ateneo, Plinio el Viejo y Plutarco revelan las conexiones entre la literatura y la pintura. Así, sabemos por Plutarco (*Arato,* 32) que Timantes reflejó con el pincel la toma de Pellene por Arato. Por otra parte, las escenas más patéticas de las tragedias eran reproducidas también por los pintores en los vasos (Medea aparece matando a sus hijos en un ánfora italiota del siglo IV a. de J. C. en Delvoye-Roux, I, núm. 142, p. 432) o en las paredes de una sala (la Medea de Timómaco de mirada ida, que conocemos por una copia romana de Pompeya).

En el campo de la escultura, se cultiva el patetismo, especialmente en Pérgamo, donde culmina en la gigantomaquia del gran altar. En Rodas domina un matiz candoroso.

También la novela responde a ese gusto por el sufrimiento que, desde Homero, nutrió la imaginación de los griegos. Las filosofías de la sereni-

dad –epicureísmo y estoicismo– tenían como función apaciguar un mundo que perseguía el terror y que lo evocaba para conjurarlo.

c) *Lo colosal*

Una vez más, la época clásica proporcionó algunos ejemplos de esta tendencia: el templo de Zeus en Olimpia y la estatua que albergaba el Partenón de Atenas, que con sus ocho columnas de fachada era mucho mayor que los templos dóricos anteriores, y, también en Atenas, el proyecto del templo de Zeus Olímpico. Por su parte, en Egipto y en Persia, los templos y palacios poseían dimensiones colosales.

Lo colosal es la expresión más fácil del poder. El Partenón se construyó a escala del imperio ateniense. Las ciudades de Asia Menor exhibieron las grandes columnatas de sus templos de estilo jónico: el Didimeon de Mileto reconstruido recuerda el poder de la vieja metrópolis colonial. Con sus diez columnas de fachada es, según Estrabón, «el mayor de todos los templos» (XIV, cap. I, 5 = C 634) (plano y estudio de R. Martin, en Delvoye y Roux, I, pp. 296-304, y *Grèce hellénistique,* p. 352). Sus dimensiones y su función oracular exigieron del arquitecto soluciones originales. La altura excepcional del faro de Alejandría debía proclamar a quien llegara a Egipto la riqueza de los Ptolomeos, y el Coloso de Rodas expresa la fuerza de la ciudad que los reyes no consiguieron someter.

Los muros, excesivamente grandes para la ciudad que protegían, pero en los que los campesinos debían encontrar refugio, son, también, en Éfeso o en Colofón, el inicio de proyectos de crecimiento patrocinados por los reyes. Todo lo que era real, resultaba colosal: los barcos para las paradas, los pabellones de placer o los cortejos (Ateneo, V, 193-206), al igual que los regalos otorgados a las potencias extranjeras (*Carta de Aristeas a Filócrates,* 51-82: en este caso, *Ptolomeo II* en Jerusalén). Lo colosal, exagerado, sugería el milagro.

Pero, junto a esto, existía también un gusto por lo pequeño, por lo precioso y por las representaciones en miniatura en las joyas, en los juguetes o las estatuillas, porque toda tendencia suscita una «contratendencia».

d) *Lo barroco*

Realismo, intimismo, movimiento, patetismo, colosal, precioso, acabamos de mencionar los rasgos que constituyen el estilo barroco. Para completar la definición debemos señalar la utilización de la perspectiva y

sus logros. Ahí se manifiestan las innovaciones más características de la época helenística, puesto que crear una ilusión constituye una obra técnica.

Una serie de mecanismos hacen mover a pequeños personajes como si fueran seres vivos, o bien hacen que las puertas se abran por sí solas: Herón de Alejandría recogió de Filón de Bizancio y de Ctesibio esas construcciones de autómatas, que utilizaban en pequeña escala la presión del aire y del vapor y el peso del agua, y la transmisión del movimiento mediante ruedas dentadas.

En los relieves esculpidos, las técnicas de «trompe l'oeil» intentaban crear la ilusión de la profundidad mediante un modelado riguroso de los cuerpos con el torso de frente que sobresale de la oscuridad del fondo, o mediante un escorzo que sugiere un movimiento hacia el espectador. La gigantomaquia del gran altar de Pérgamo muestra todos los recursos de este arte de la ilusión que, sin duda, se remonta a Fidias. Los progresos en el conocimiento de la anatomía y la observación más aguda de los animales, se ponen al servicio del escultor, quien además, en la evocación de las escenas de confusión y movimiento, intenta encontrar un ritmo y un equilibrio de las masas.

La expresión de la materia y la sugerencia de dos planos, el de la carne y el de la ropa que la cubre, cuando la piedra no tiene más que uno solo entre los frunces del vestido, es el gran logro de la Victoria de Samotracia, de la *Cleopatra* de Delos y de otras muchas estatuas. Pero lo cierto es que esta técnica se utilizó ya a fines del siglo V en la *Victoria de la sandalia,* de la balaustrada del templo de Atenea Niké, en la Acrópolis de Atenas.

También los pintores realizaron estos intentos de sugerir varios planos, que habían conseguido con éxito los escultores. La perspectiva es «trompe l'oeil». Los intentos de perspectiva realizados en los vasos son anteriores a la época helenística, pero no consiguieron crear la ilusión perfecta. Fue en la representación de los conjuntos arquitectónicos y de los paisajes donde se alcanzó la mayor perfección en la sugerencia de profundidad. Lo sabemos por Vitruvio (VII, 5), que se refiere a los temas con que «los antiguos» decoraban los muros: columnas y frontones, frontispicios de escenas de género trágico, templos, florestas, rebaños, pastores, puertos, ríos, riberas, promontorios, fuentes y arroyos y, finalmente, escenas de la mitología o de la epopeya. Se han encontrado en Pompeya, en numerosos mosaicos y en Roma, en la villa de Livia, ejemplos de todo cuanto cita Vitruvio (véase una selección en A. Maiuri, *La peinture romaine,* Ginebra, Skira, 1953, pp. 35 a 49, para los conjuntos arquitectónicos; pp. 26, 33, 118-124 para los paisajes). La pintura sobre paneles de madera para las decoraciones de teatros —la escenografía— fue ocasión, también, para el intento de búsqueda de perspectiva, y Vitruvio

(loc. cit.) cita a Apaturio de Alabanda, quien en un conjunto de representaciones arquitectónicas en perspectiva, «utilizó los diferentes colores para resaltar los relieves». Así pues, la degradación y los contrastes de tonos se utilizaban para sugerir una multiplicidad de planos.

Por otra parte, existió una corriente impresionista, tanto en la pintura como en el mosaico (véase en A. Maiuri, *op. cit.*, p. 123, *Vista de un puerto,* procedente de Stabias, en el Museo de Nápoles). La técnica del esbatimento o de los reflejos en el agua, contribuyó también a la sugerencia del espacio.

El *paisaje* fue una de las conquistas de la época helenística, paisaje siempre habitado por el hombre, por los mitos y por los recuerdos literarios, como los famosos «paisajes odiseicos» del Vaticano. Por otra parte, existe una sutil relación entre la atmósfera de la poesía bucólica de un teócrito o de un Mosco y la obra de un Demetrio el Topógrafo (siglo II a. de J. C.), de quien derivan los paisajes odiseicos.

Debemos hacer referencia, por último, a un género que fue imitado profusamente en los mosaicos: el pavimento cubierto de restos de comida, triunfo de la técnica de «trompe-l'oeil» al servicio del realismo, tema inventado, al parecer, por Sosos en Pérgamo.

Barroco es también el gusto por «aparentar riqueza». La profusión de adornos, que ya vemos en la estatua del *Zeus* de Olimpia que describe Pausanias (V, 11), aparece también en las joyas que se han encontrado,[7] o en las que describen los inventarios de los templos. Al igual que el colosalismo, es una expresión de la riqueza real, por ejemplo, en el carro fúnebre de Alejandro, tal como lo describe Diodoro (XVIII, 26-27).

Pero, a falta de auténtica riqueza, el arte helenístico se especializó en el *ersatz:* se utilizan perlas falsas para simular flores en las guirnaldas de oro falso con que se adorna el cuello de los vasos encontrados en Alejandría. La pintura, imitando el mármol, decora las paredes de las casas de Delos, Egipto[8] y, posteriormente, de Pompeya. Las incrustaciones de vidrio sustituyen a las piedras preciosas, y Alejandría se especializó en la fabricación de camafeos de vidrio. A este respecto, destaca la «Taza Farnesia». El *vidrio soplado* —conquista de la técnica— sustituyó al cristal de roca. Con él se hacían hermosos cubiletes dorados que imitaban al metal precioso.[9] La búsqueda de materiales sustitutivos estimuló el desarrollo de la alquimia.

e) *Los programas de urbanismo*

El espíritu barroco, creador de ilusiones que sugieren espacio, modeló también el espacio urbano. El período helenístico constituye un momento culminante del urbanismo «de programa».[10]

Las fundaciones, reformas y desplazamiento de ciudades, así como la ampliación de los muros por iniciativa de los reyes, permitieron la aplicación de esos programas. El plano octogonal, adoptado a menudo para las calles, se remonta a Hipodamo: lo encontramos en Mileto, en el Pireo y en Olinto, ya desde la época clásica. Por otra parte, el plano cuadriculado es característico del urbanismo helenístico en Alejandría (P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, pp. 13-14),[11] en la reconstrucción de Mileto (*SEHHW*, fig. 5, p. 665), en Cnido (K. Papaioannou, *L'art grec*, p. 560), en Pella (Delvoye-Roux, II, lám. 140, p. 381), en Priene, a fines del siglo IV (*SEHHW*, lám. XXVII) y en Taxila (D. Schlumberger, *L'Orient hellénisé*, p. 25).

Cuando el terreno era accidentado, los arquitectos helenísticos preservaban la topografía del suelo situando las construcciones sobre terrazas o aprovechando las depresiones naturales para instalar un teatro. La máxima expresión, en este sentido, es Pérgamo, donde los monumentos reales y sagrados se escalonan en una empinada ladera (véanse maquetas en *SEHHW*, láms. LXX y LXXI).

El programa de acondicionamiento urbano agrupaba los lugares consagrados a la vida pública en torno al ágora.[12] Un ágora cerrada en tres de sus partes mediante pórticos monumentales, se abría sobre una calle, a ambos lados de la cual se disponía una columnata (Mileto, Priene, Magnesia del Meandro). Otras veces, al fondo del ágora, rodeada de pórticos al menos en dos de sus lados, se elevaba un templo (en Priene, Megalópolis, Asso, o Pérgamo). El arquitecto creaba así espacios cerrados unidos por estrechos pasajes. En Pérgamo, el ágora, el santuario principal y el gimnasio se hallan unidos, pero quedan aislados por la diferencia de nivel.

Las columnatas de los pórticos y las de los templos, aunque fueran de órdenes diferentes, creaban una unidad de estilo entre las diferentes partes de esos conjuntos. Ya hemos visto que los reyes construyeron numerosos pórticos en las ciudades. En Atenas, donde se conservó el ágora clásica, una serie de pórticos nuevos —entre ellos, el de Atalo II, que la limitaba por el este— dieron a la ciudad un aire helenístico. El entusiasmo por los pórticos era tal, que muchas veces se construían con una finalidad meramente decorativa, caso de los que se levantan en la Acrópolis de Lindos, jalonando la escalera monumental que conduce al santuario de Atenea Lindia y ocultando el acceso a este último mediante dos columnatas sucesivas. Otros pórticos coronaban también la cima de los teatros. El pórtico favorecía la vida social, gracias a la sombra que ofrecía a los paseantes y porque en su interior, se disponían una serie de tiendas.

Algunas de estas «galerías» presentan dos columnatas superpuestas, de órdenes diferentes, asemejándose, así, a la fachada del palacio que conoció una gran fortuna durante el Imperio romano: fachadas de tumbas

esculpidas en la roca, en Petra, fachadas falsas, construidas en piedra, de los escenarios de los teatros romanos, fachadas que formaban el fondo de la decoración de los sarcófagos romanos, sin contar las fachadas auténticas que se conservan aún, parcialmente, del palacio de Diocleciano en Split y el de los príncipes sasánidas en Ctesifonte, cerca de Bagdad. En estas fachadas se levantaban, apoyados sobre columnas, los frontones que no soportaban una techumbre, frontones partidos, frontones en arco, típicos del arte barroco y que aparecen pintados según la perspectiva ilusionista del tercer estilo de Pompeya. Este arte pasó a Roma, posteriormente inspiró la arquitectura del Renacimiento occidental y permanecería en vigor hasta finales del siglo XIX.

Los arquitectos perfeccionaban sus técnicas al servicio de las ciudades y los reyes. Vitruvio, que sin duda vivió en tiempo de Augusto, hace referencia a estos progresos. Se desarrolla, así, la utilización de la bóveda: en Janto, en el templo de Apolo de Dídima, o en la techumbre del gimnasio de Pérgamo, o para sostener el techo de la sala subterránea oracular donde se pudría el agua reveladora del templo de Apolo en Claros (pueden encontrarse bellas fotografías en Delvoye-Roux, I, láms. 116 y 117) o el techo de la cisterna bajo el escenario del teatro de Delos, o soportando la cobertura, de plano circular, de la Torre de los Vientos de Atenas.

En el Asia Menor se reconstruyeron los templos incendiados por los persas durante las guerras médicas. En el orden jónico, los arquitectos incrementaron el número de las columnas de la fachada, doblaron los peristilos para responder al gusto por el colosalismo en los templos de Apolo en Dídima, de Artemisa en Sardes y en Éfeso, de Artemisa Leucofriene en Magnesia del Meandro. Por lo que respecta al orden corintio, los escultores introdujeron variaciones en los capiteles, multiplicando hasta el infinito los ramilletes de acanto. En el orden dórico, la columna se alarga bajo la influencia del orden jónico, que inspira también las proporciones del plano, por ejemplo en la Atenea Polias de Pérgamo.

Sin embargo, junto a esta arquitectura «de programa», que expresa un ideal de orden y prestigio, hubo lugares donde no se intentó organizar el espacio. Así, en Delos, las estrechas callejas del barrio del teatro no procuran ninguna perspectiva, mientras que en el norte de la isla, la amplia ágora de los italianos, bordeada de columnatas y, en el centro, los pórticos de Antigono Gonatas, Filipo V de Macedonia y el Monumento de los Toros afirman, en torno al santuario, sus cánones helenísticos. De igual forma, en Delfos, el amontonamiento de monumentos a los lados del sendero de cabras que es la Vía Sacra y sobre la pendiente del suelo del santuario, no manifiesta ninguna intención de organizar el espacio, sino tan sólo la voluntad de los autores de las ofrendas de conseguir

que todos esos monumentos fueran vistos, erigiéndolos siempre más arriba.

f) *La literatura*

Ya hemos indicado que la literatura helenística[13] revela los mismos gustos que las artes plásticas. Indicaremos ahora algunos de los rasgos que le son propios. No haremos referencia a la historia, la filosofía ni la ciencia, que se han tratado en otros capítulos. Nos centraremos, pues, en la poesía.

Los lugares donde floreció la poesía son muy concretos: Atenas, Rodas, Cos, las cortes y las bibliotecas de los reyes en Pella, Pérgamo y, sobre todo, Alejandría. Allí vivían no sólo los poetas sino también los lectores de sus versos. Ciertamente, en muchas ciudades había algunos poetas que componían los himnos o los epigramas votivos, pero sólo en las grandes ciudades se conseguía renombre y audiencia, lo que hacía que se encontraran en ellas literatos y poetas de las más diversas procedencias.

Ya sea Calimaco de Cirene, que pone en verso las *Causas (Aitia)* o explicación de los mitos, los *Himnos* de factura homérica y los *Yambos,* o Apolonio de Rodas, autor de la epopeya de *Los argonautas,* o Arato de Soles que, siguiendo las huellas de Hesíodo, describe los *Fenómenos* celestes y su acción sobre la Tierra, el poeta sólo escribe para el iniciado, para un medio restringido de individuos cultos que gustan de la alusión al mito o a la epopeya. Incluso cuando trata temas de actualidad —así Calímaco en la *Cabellera de Berenice* o Teócrito en el *Elogio de Filadelfo* (*Idilio,* 17)—, proyecta en el mundo de los dioses y de la epopeya los personajes a los que magnifica. Su dicción imita lo más fielmente posible a la epopeya y no puede ser comprendida sin comentario.

Para una sociedad cerrada que pretendía mantener su idiosincrasia griega, una sociedad educada en los gimnasios, prohibidos en principio a quienes no eran ciudadanos, y lectora fiel de Homero, como lo indica el gran número de papiros homéricos hallados en Egipto, esa literatura constituye un auténtico estandarte. Debido a que había muerto y, por tanto, era inmutable, la lengua épica cimentaba la unidad de la sociedad griega desde Bactriana hasta Sicilia y desde Crimea hasta Elefantina. La pervivencia de la lengua mantenía entre los griegos que se esforzaban por leerla la ilusión de la pervivencia de su propia condición. Literatura de una clase social a la defensiva y que se cerraba para conservarse, su unidad en el mundo griego no nos autoriza a proclamar la unidad del mundo helenístico ni la helenización profunda de la población no griega.

La inspiración literaria, que encarnaba, así, la permanencia, se asentaba, como la dicción, sobre unos modelos; de ahí la fuerza del concepto de

clasicismo que justifica la preservación de aquello que se considera lo más bello, en detrimento del resto. Esto explica los criterios de selección que la filología alejandrina aplicó a las obras del pasado, privándonos así de todo cuanto no consideraba de elevada calidad.

Literatura casi siempre intemporal y que ignoraba la ciudad. Un Aristófanes es impensable en la época helenística, pero la crítica de la sociedad se realizaba por parte de pequeños grupos de contracultura, como los cínicos, o por un historiador como Polibio, aunque, por lo que respecta a este último, en función de prejuicios personales.

Con todo, en el entramado de la dicción épica, la poesía helenística expresa la misma inclinación hacia el intimismo que la escultura de pequeño tamaño. El epigrama –funerario o votivo–, género típicamente helenístico, expresa esta tendencia, así como el *Idilio,* de Teócrito y de algunos otros autores, o en *Mimo,* con el cual se vincula el nombre de Herondas. Estos poemas, de pequeña extensión (desde dos versos hasta un centenar), esbozan un paisaje, describen un altar y las ofrendas rústicas que en él deposita un campesino, o sitúan a la sombra de una roca un diálogo de pastores o una declaración de amor. Ya se trate de pescadores (*Idilio,* 21 del pseudo Teócrito), de mujeres captadas en medio de una multitud alborozada (*Las siracusanas* de Teócrito), de las clientes de un zapatero, de una madre en casa del maestro o de un diálogo de alcahuetas o incluso de las mujeres que contemplan unos cuadros en el templo de Asclepio (*Mimos* de Herondas), es la vida cotidiana la que aparece en estas escenas, en esas conversaciones intrascendentes. Sabia imitación del natural y, en ocasiones, aguda observación psicológica, como en *Las hechiceras* de Teócrito.

Esta sociedad que desprecia al artista, al esclavo, la cortesana o la alcahueta, se arrebata con esos poemas que enumeran todos los calzados posibles, esos epigramas que describen los útiles del cazador y del jardinero, las armas del soldado y los tejidos trabajados (hemos de citar aquí los nombres de Leónidas de Tarento, Meleagro de Gadara y Antípatro de Sidón).[14] Este realismo equivale a los hechizos del exotismo porque, como la pequeña escultura, desorienta al lector al introducirle en el ambiente de los humildes. Los epigramatistas, prueba de la estabilidad de los valores en la clase social que los lee, dibujan las mismas naturalezas muertas, insertadas en algunos dísticos, cuya lengua no ha cambiado, mientras que los papiros de Egipto nos muestran la lengua popular ya muy próxima al griego moderno.

He aquí otro rasgo común a la escultura y a la literatura: la búsqueda del patetismo que expresa, por ejemplo, el relato del despedazamiento y la homofagia de Penteo en las *Bacantes* del pseudo Teócrito (*Idilio,* XXVI). El mismo término de *Idilio,* que significa «pequeño cuadro», indica la

identidad de propósitos del poeta y el pintor. De esta forma, lo pintoresco se une a lo patético, por ejemplo, en la escena del hechizo de un amante infiel en *Las hechiceras* de Teócrito (*Idilio,* II) o en el canto III de *Los argonautas* de Apolonio de Rodas, expresión de la pasión de Medea.

Pero hay un dominio donde no se dió esa unidad entre la poesía y las artes plásticas: el colosalismo.

g) *Los bárbaros en la literatura de lengua griega*

Junto a esa literatura que expresa, por su fidelidad a los modelos clásicos, la indiferencia de una sociedad ante el medio extraño en el que vive, hay, sin embargo, obras que dan testimonio de un interés hacia ese mundo diferente. Pero esa corriente se expresa en prosa. Hay que citar las investigaciones etnográficas de Artemidoro y de Agatárquides, de las que Diodoro y Estrabón han conservado largos extractos. En Agatárquides encontramos una vez más la descripción técnica junto al patetismo, en la célebre página sobre el trabajo en las minas de oro del desierto oriental egipcio (Diodoro, III, 12-14). Ya hemos dicho que, a comienzos de la época helenística, Hecateo de Abdera reunió informaciones sobre los judíos y los egipcios, que utilizó también Diodoro.

Al mismo tiempo, se recurrió a elementos bárbaros para que dieran a conocer a los griegos la historia de su país, escrita en griego. A esa petición de los reyes respondieron Beroso, por lo que respecta a Babilonia, y Manetón en Egipto. En este sentido hay que situar también la traducción de la Biblia al griego, acontecimiento de alcance incalculable, no tanto para el mundo griego como para el judaísmo helenizado y para el futuro del cristianismo. Recordemos que Jasón de Cirene escribió en griego la obra que resume el libro II de los *Macabeos* y que un tal Aristeas, de quien nada sabemos, describe, en una *Carta a Filócrates,* la empresa de la traducción de la Biblia por los Setenta. En griego se escribieron también, para los griegos o para los elementos helenizados de Egipto, obras que conducirían al hermetismo, que se desarrollaría, sobre todo, en los primeros siglos de nuestra era. Misticismo, magia, profecías, relatos de milagros y revelaciones constituyen el objeto del mensaje, a menudo hostil, que el Egipto de las proximidades de los templos dirigía a quienes hablaban en griego. El *Sueño de Nectanebo* (Wilcken, *UPZ,* I, pp. 369-374, núm. 81; cf. A. Festugière, *La révélation d'Hermès Trismégiste,* I, pp. 55-56) o el *Oráculo del alfarero* (G. Manteuffel, *De opusculis graecis Aegypti...,* Varsovia, 1930, núm. 7; cf. A. Festugière, *op. cit.,* pp. 313 ss.; este texto, transcrito sobre papiro en el siglo III de nuestra era, es uno de los eslabones de una larga tradición) constituyen algunas muestras de esa literatura que atestigua la

existencia de un medio de contacto. Ciertamente, se trata de un pensamiento de tipo religioso y hemos visto que fue en este terreno en el que los griegos se mostraron más receptivos al mensaje de Oriente.

Si pensamos en la persistencia de formas del arte faraónico en los grandes templos de la época ptolemaica y en la supervivencia de la lengua egipcia, hemos de concluir que en Egipto existía una dicotomía total entre las culturas griega e indígena.

En el terreno literario no se rompió la tradición del Egipto autóctono: subsistieron los textos litúrgicos grabados sobre los muros de los templos que obtenían las donaciones de los Ptolomeos y las recopilaciones de obras morales; la literatura oracular y hermética eran vehículo, en ejemplares de época ptolemaica, en demótico o en hierático, de la antigua reflexión sobre el hombre de los tiempos faraónicos.

Tal vez el mundo judío fue más creativo. Hemos examinado y utilizado los *Libros de los Macabeos.* Hay que añadir el libro profético de Daniel, testimonio de la vitalidad de la literatura hebrea, dentro de la cual hay que citar, también, los escritos místicos de Qumran, de fines del período helenístico. Hasta nuestros días, nunca se ha dejado de pensar y escribir en hebreo.

He aquí dos islotes de resistencia a la helenización.

Hemos dejado para el final a *Menandro,* porque ofrece, a comienzos de la época helenística, una imagen que tiene valor de síntesis.

Contra un fondo de guerras, de piratería y de razzias que le proporciona la fuerza del azar, Menandro teje y desteje las situaciones que revelan y solicitan caracteres. Situaciones que complican la incomunicabilidad de seres tímidos a los que paralizan las convenciones de la familia. Como el escultor de los retratos helenísticos, Menandro crea el tipo social y la psicología de un individuo: el esclavo astuto que maneja todos los hilos de la intriga, el cocinero charlatán, el soldado fanfarrón orgulloso de su recién adquirida fortuna, el amante tímido al que un padre hosco o un malentendido apartan de aquella a la que ama.

Estos tipos humanos le proporcionan la ocasión de desarrollar las mejores situaciones cómicas. El misántropo sordo a cualquier explicación es la «mecánica aplicada sobre el ser vivo»; el esclavo que protege a su dueño y ve con más claridad que él es la inversión insólita de las situaciones normales, tema que ya había sido tratado por Aristófanes en *Las nubes* y *Las avispas,* cuando presenta al hijo que reprende a su padre.

Una comedia de Menandro es un microcosmos del mundo helenístico, encerrado en sus ciudades, en su miedo del azar, pero mundo donde se viaja, donde los países lejanos suscitan sueños de evasión, donde la incertidumbre es total respecto al retorno de la guerra y de las largas travesías, donde el hombre libre corre siempre el riesgo de convertirse en

esclavo; un mundo, en fin, donde la sátira política no puede ser cómica, pues la decisión de la guerra o la paz en la ciudad no es otra cosa sino peligro.

Y, sin embargo, ese mundo quiere creer —porque no es cierto— que la ternura siempre triunfa.

Por su legado a Plauto y a Terencio, Menandro ocupa el primer lugar en la comedia desde Molière hasta nuestros días. Constituye uno de los legados más vivos de la época helenística.

NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. Véase D. SCHLUMBERGER, *L'Orient hellénisé* (París, 1969, col. «L'Art dans le Monde») y «Desccendants non méditerranéens de l'art grec», en *Syria,* 1960, pp. 131-319.
2. Véanse, por ejemplo, las estelas de soldados de Alejandría y de Sidón, en M. ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World,* láms. XIX y XXXVII, o las estatuillas, lám. XXXI.
3. Sobre el arte helenístico, la obra básica es la de J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *Grèce hellénistique,* col. «L'Univers des Formes» (París, 1970).
4. Para las láminas, intentaremos remitir al lector a un reducido número de obras enciclopédicas a fin de facilitarle el acceso a nuestras referencias. Citaremos DELVOYE-ROUX, la obra mencionada *supra.*
5. Reproducida por J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *Grèce hellénistique* (que a partir de ahora citaremos *Grèce hellénistique*), figs. 181-186. Este mosaico data de en torno al año 80 a. de J. C. y lleva inscripciones en griego. Véase también DELVOYE-ROUX, II, lám. 159. p. 432.
6. Reproducción en K. PAPAIOANNOU, *L'art grec* (París, 1972), láms. 652-653. Véase también el friso del templo de Artemisa Leucofriene de Magnesia del Meandro, láms. 650-651, que se halla en el Museo del Louvre.
7. Véase E. COCHE DE LA FERTÉ, *Les bijoux antiques* (París, 1956), láms. XXIV y XXV.
8. Véase, por ejemplo, el presupuesto de un pintor dirigido, a mediados del siglo III, al intendente del dominio del ministro Apolonio en Filadelfia, en Egipto: *Papiro Cairo-Zenón,* 59445; cf. 59763 y 59764.
9. Algunos ejemplos, en *SEHHW,* láms. XLIII, XLIV, CIX y CX.
10. Véase R. MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique* (París, 1956, 2.ª ed., 1974).
11. El texto de Estrabón (XVII, I, 8 = C 793) es la base para la reconstrucción de planos cuyo detalle no conocemos con seguridad.
12. Véase en K. PAPAIONNAU, *L'art grec* (París, 1972), los planos de ciudades –y de templos– en el apéndice; R. MARTIN, *Recherches sur l'agora grecque* (París, 1951).
13. Véase la exposición detallada de P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 495-793, con la bibliografía y las fuentes, a menudo transcritas *in extenso,* en el volumen II. Para una orientación sucinta, véase J. POUILLOUX, en DELVOYE y ROUX, *La civilisation grecque,* I (Bruselas, 1967), pp. 477-493, y nuestra «Bibliografía» de las obras generales.
14. Edición con traducción de P. WALTZ, *Anthologie grecque,* 1.ª parte, *Anthologie palatine,* t. III, libr. VI (Paris, Collection des Universités de France, 1931).

Balance de la época helenística

Al comenzar el libro nos preguntábamos si la expansión de los griegos en lo que había constituido el imperio de Alejadro había hecho surgir una civilización mixta.

Creemos haber mostrado los modelos griegos —surgidos al mismo tiempo de Macedonia y de las ciudades— de las monarquías e incluso del culto real, de la guerra y de la economía real, en la medida en que era una economía monetaria, con los instrumentos característicos del arrendamiento y la banca. Pero, junto a todo esto, hemos apreciado la solidez del mundo indígena, en sus templos y en sus campos, así como la vitalidad de los esquemas clásicos en las ciudades griegas.

Hemos visto, pues, que existía un abismo importante entre los griegos y los bárbaros, los griegos en sus ciudades amuralladas, detentando los altos cargos, las cleruquías, las guarniciones; los griegos, que viajaban y atravesaban los mares como mercenarios o mercaderes. Clase superior que basaba su autarquía —ideal antiguo de la ciudad— en el trabajo que exigía al campesino bárbaro.

Pero hay que hacer referencia a los dioses indígenas, que rompían de alguna manera esa impermeabilidad, el prestigio de sus sacerdotes, la riqueza de sus templos colmados por las donaciones de los reyes. Era importante la atracción que el misterio de los cultos egipcios y sirios y que los sabios de Babilonia ejercían sobre los griegos. Y el carisma sagrado que conferían a sus reyes iba de la mano con el que los sacerdotes de Menfis concedían al faraón, que era ahora el rey ptolomeo.

Por lo que respecta al mundo material, no hubo una técnica lo suficientemente innovadora como para modificar las relaciones del hombre

con la naturaleza y, en consecuencia, las del hombre con sus semejantes. La esclavitud y la sujeción a la tierra, al servicio del abastecimiento de las grandes ciudades, se intensificaron. La aparición de un movimiento de anticultura (los cínicos), las revueltas de esclavos en las ciudades y las protagonizadas por la población no griega en Palestina y Egipto no sirvieron —como tampoco sirvieron la abolición de las deudas y los repartos de tierras— para renovar los esquemas de la sociedad. La revuelta se extingue cuando no coincide con un progreso técnico. Las revoluciones helenísticas no pudieron quebrantar la solidez de una aristocracia de riqueza y de función que, aunque afirmaba luchar por la libertad, luchaba, en realidad, por *su* libertad.

Los reinos helenísticos —ni siquiera el más centralizado de ellos, el Lágida— no alcanzaron la cohesión. Los reinos no eran «Estados», ni «naciones» y, menos aún, «patrias». Había unos reyes, sus «asuntos» *(ta pragmata)* y una serie de pueblos que eran sus súbditos o sus aliados.

La monarquía, aunque más poderosa y rica que las ciudades, no consiguió eclipsar el mensaje de estas últimas. Cuando Roma destruyó las monarquías encontró un substrato urbano que conservaba toda su vigencia y que, tras ser renovado, se convertiría en la base de su Imperio.

La auténtica novedad en el período helenístico fue la penetración inevitable de Roma. Su actividad diplomática, acompañada de algunas victorias militares, reveló la creciente debilidad de las ligas y los reinos, inmersos en una economía de predación en la que había que triunfar para sobrevivir.

Pero si es cierto que la época helenística no renovó las estructuras fundamentales, sin embargo, dejó un legado que, a través de Roma, ha llegado hasta nosotros.

Ante todo, hay que destacar la expansión del helenismo, desde el Indo al Atlántico y desde las estepas rusas a Meroe y al sur de Arabia. Transmitió a Roma y, a través de Roma, al Occidente toda la definición de los poderes y los deberes del rey y el aparato que expresa su poder y su sacralidad: la corte, los consejeros, el fasto y la función guerrera con todo su brillo. Vinculó la función real al mecenazgo de las ciencias y las artes. Es de Alejandría y de Pérgamo de donde proceden las «Bibliotecas reales» y los «Museos reales» de nuestros Estados modernos. Fue la época helenística la que precisó el formalismo y la cortesía de las misiones diplomáticas en las que los reyes, las ciudades y el Senado romano utilizaban procedimientos de negociación y buenos oficios que aún hoy están vigentes. En las bibliotecas, eligió para el futuro, con un gusto certero, pero tal vez con algunos prejuicios, las obras literarias que consideraba dignas de que sobrevivieran. Asimismo, depuró los textos. A través de Plauto y Teren-

cio, Menandro inspira toda nuestra comedia. La curiosidad de los reyes de Egipto inspiró a Manetón la obra que ha hecho llegar hasta nosotros los cuadros cronológicos de la historia del Egipto faraónico, en tanto que —aunque no hablasen el egipcio—, el respeto hacia las dos culturas que profesaban los Lágidas permitió que surgiera el providencial documento bilingüe que es la piedra Rosetta, en la que Champollion encontró la primera clave para el desciframiento de la escritura jeroglífica.

En ese mundo de museos que protegían los reyes, la ciencia continuó sus investigaciones sobre los problemas planteados desde el siglo V: medida de la Tierra por Eratóstenes, medida exacta del mes lunar por Hiparco, medida —siempre cuestionada— de las distancias del Sol y de la Luna, aporía de los planetas. Con el sistema heliocéntrico de Aristarco de Samos se habían sentado las bases para las afirmaciones de Galileo, y la medida de la Tierra por Eratóstenes hizo que las imaginaciones y los cálculos se lanzaran hacia la ruta de la India por el oeste. A la admirable geometría de Euclides, la época helenística añadió los cónicos de Apolonio de Perga y las parábolas de Arquímedes, adelantos verdaderamente definitivos. A través del Galeno, la medicina alejandrina mantuvo su vigencia hasta el siglo XIX, mientras que la astronomía de Hiparco o de Conon estaba aún viva, hace un siglo, por medio de Ptolomeo. Digamos también que nuestro año bisiesto fue instaurado en Egipto en el año 238 por el decreto de Cánope. El mapa de Eratóstenes dio una primera imagen racional del mundo mediterráneo, resumiendo la amplia tarea de exploración de tierras y pueblos emprendida por los reyes.

No podemos olvidar todo aquello que subsiste, en nuestras doctrinas morales, del estoicismo helenístico, transmitido por Séneca y Marco Aurelio, y, también, lo que a través de Lucrecio nos ha revelado Epicuro de su angustia, oculta bajo una capa de serenidad.

La época helenística se expresó a través del barroco. El patetismo de las luchas y los mitos, en las grandes esculturas de Pérgamo y en la decoración de los sarcófagos, fue recogido por Roma en el período imperial, para revivir durante el Renacimiento y conservar su vigencia en nuestros días en obras como *La Marseillaise* de Rude. Las fachadas de los palacios con frontones partidos, cuyos más bellos ejemplos se encuentran en las tumbas de Petra, renacieron en las iglesias barrocas de Italia. Las grandes plazas y los pórticos que concibió el urbanismo para las ciudades helenísticas, inspiró más tarde a los arquitectos de los papas y de los reyes, así como a los de Pedro el Grande en Leningrado. Barroco es también el arte del retrato realista, que imita a la vida —toda la vida, reflejando la edad de la piel y la interrogación interna— y que no ha dejado de revitalizarse en las épocas en que lo importante, lo que cuenta, es el individuo. Pero no sólo es el Occidente el que ha recogido la herencia helenística: los griegos

olvidados en los límites del Ghandara dieron a la escultura búdica sus primeros modelos.

La época helenística vio cómo surgían y desaparecían los reinos según el azar de las batallas. Pero Polibio rechazó ese azar por el que tantos hombres se sentían abrumados. Polibio elaboró la historia de su tiempo como una construcción racional. Heredero de Tucídides, dejó a los historiadores –en primer lugar, a Tito Livio– el principio de su trabajo y la pasión por investigar las causas de los hechos.

Los poetas trataron de responder mediante la evasión a la crueldad de las guerras. Los pasajes idílicos de Teócrito, los mitos que Calímaco proyecta en las constelaciones, han perdurado hasta nuestros días en las *Bucólicas* de Virgilio y en *La cabellera de Berenice* de Catulo.

CUARTA PARTE

INSTRUMENTOS DE LA INVESTIGACIÓN

Bibliografía

Agradezco a Simon Byl, profesor de la Universidad libre de Bruselas, la inapreciable ayuda que me ha prestado en la verificación de las referencias de esta bibliografía.

La extensión de las obras de la colección «Nueva Clío» exige que se limite la bibliografía a los títulos fundamentales. Esto implica una selección que puede parecer discutible, y cuyas omisiones lamentamos. Cuando menos, hay que decir que muchas de las obras citadas contienen bibliografías importantes, con las que se podrán completar los datos reunidos aquí.

En el *addendum,* el lector encontrará algunas publicaciones recientes a las que sólo he tenido acceso durante la impresión de esta obra, así como otras más antiguas que he creído que no debían ser omitidas.

ABREVIACIONES

BCH	*Bulletin de Correspondance hellénique.*
CRAI	*Comptes rendus a l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.*
Et. hist. anc.	A. AYMARD, *Etudes d'histoire ancienne* (París, 1967).
F. Gr. Hist.	F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker.*
Münchener Beiträge	*Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte.*
REA	*Revue des Etudes anciennes.*
ROSTOVTZEFF, *SEHHW*	ROSTOVTZEFF, *Social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941).
WILL, *Hist. pol.*	Ed. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique* (Nancy, 1966-1967).
IG	*Inscriptions graecae* (Berlín).
Syll. 3.ª ed.,	W. DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum,* 3.ª ed. (Lipsiae, 1915).
OGIS	W. DITTENBERGER, *Orientis Graeci Inscriptiones selectae* (Leipzig, 1903; anast. Hildesheim, 1960).
CUF	*Collection des Universités de France* publicada bajo el patrocinio de la Asociación Guillaume-Budé (París).
Loeb	*The Loeb Classical Library* (Londres, Cambridge Mass.).

Los papiros se citan según la abreviatura habitual, que se encontrará en O. MONTEVECCHI, *La Papirología* (Turín, 1973), pp. 407-429. De todas formas, alargamos algunas abreviaturas para hacerlas más claras al lector. *P.* = *Papiro.*

PRIMEROS INSTRUMENTOS DE TODA INVESTIGACIÓN

L'Année Philologique, fundada por MAROUZEAU y continuada por J. ERNST, para la bibliografía, y

PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie der Altertumswissenschaft,* a completar por la reciente edición abreviada. *Der Kleine Pauly.*

CRONOLOGÍA

A. AYMARD, «Du nouveau sur la chronologie des Séleucides», *REA,* 57 (1955), pp. 102-112; reproducido en *Et. hist. anc.* (París, 1967), pp. 263-272.

BICKERMAN (E. J.), *Chronology of the Ancient World,* 2.ª ed. (Londres, 1968).

— «L'Avènement de Ptolémée V Epiphane», *Chronique d'Egypte,* XV, núm. 29 (1940), pp. 124-131.

— «Notes sur Polybe III: Initia belli macedonici», *REG,* 66 (1953), pp. 479-506.

—*Chronologie* (Einleitung in die Altertumswissenschaft herausgegeben von A. GERCKE und E. NORDEN, III. Band, 5. Heft, Leipzig-Berlín, 1933).

— «Sur la chronologie de la sixième guerre de Syrie», *Chronique d'Egypte* XXVII, núm. 54 (1952), pp. 396-403.

BLINKENBERG (Chr.). *Die lindische Tempelchronik* (Kleine Texte für Vorlesungen und Uebungen, núm. 131, Bonn, 1915).

CHAMBERS (M.), «The first regnal Year of Antigonus Gonatas», *Am. J. Phil.,* 75 (1954), pp. 385-394.

CLAY (A. T.), *Legal Documents of Erech dated in the Seleucid Era (312-65 B. C.)* (Babylonian Records in the Library of J. Pierpont Morgan, New Haven, Yale Univ. Press, part II, 1913).

DAUX (G.), *Chronologie delphique* (París, 1943): *Fouilles de Delphes,* t. III, *Epigraphie,* fascículo fuera de la serie.

— «L'expansion étolienne vers le nord à la fin du IIIe siècle av. J.-C.», en *Studia Antiqua Antonino Salač oblata* (Praga, 1955), pp. 35-39 (sobre la incertidumbre de la cronología en el siglo III, en Delfos).

DINSMOOR (W. B.), *The Athenian Archon List in the Light of recent Discoveries* (American School of Athens, 1939; reimpr. anast., 1974).

EDGAR (C. C.), *Zenon Papyri in the University of Michigan Colletion* (Ann Arbor, 1931). Introducción, pp. 50-57: «The problem of dating»: sobre las relaciones entre el calendario egipcio y el calendario macedónico.

ENGEL (R.), Zur Chronologie von Perdiccas' Massnahmen am Vorabend des ersten Koalitionskrieges 321 v. Chr., *Rhein, Mus.* 115 (1972), pp. 215-219.

ERRINGTON (R. M.), «The Chronology of Polybius' Histories Books I and II,» *The Journal of Roman Studies,* 57 (1967), pp. 96-108.

EUSEBIUS, *Die Chronik des Hieronymus,* herausgegeben und in zweiter Auflage bearbeitet von Rudolf HELM (Berlín, Akademie Verlag, 1956).
GLANVILLE (S. R. K.), SKEAT (T. C.), «Eponymous Priesthoods of Alexandria from 211 B. C.», reimpreso en *The Journal of Egyptian Archaeology,* 40 (1954).
IJSEWIJN (J.), *De sacerdotibus sacerdotiisque Alexandri Magni et Lagidarum Eponymis* (Verhandelingen van de Koninklijke Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten van België, Klasse der Letteren, núm. 42, 1961).
KLAFFENBACH (G.), Polyeuktos 6 (Athenischer Archon), PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1952), cols. 1623-1629.
LEVI (M. A.), «La cronologia degli strateghi etolici degli anni 221-168 a. C.,» *Atti Acc. Torino,* 57 (1921-1922), pp. 179-185.
MAC CREDIE, «Fortified military Camps in Attica», *Hesperia,* Supl. XI (1966, pp. 107-113 (se refiere a la cronología de la guerra de Cremónides).
MANNI (E.), «A proposito di una nuova lista babilonese», *Riv. Fil.,* 84 (1956), pp. 273 ss.
— *Fasti ellenistici e romani (323-31 a. C.),* supl. a Kokalos, 1 (Palermo, 1961).
— «Note di cronologia ellenistica I-XI», en *Athenaeum,* hasta 1968.
MERITT (B. D.), *The Athenian Year* (Berkeley-Los Ángeles, 1961), cap. XI: «Lista de los arcontes entre el siglo IV y el siglo I a. de J. C.»
MOND (R.), MYERS (O. H.), *The Bucheum II, The Inscriptions* (Egypt Exploration Society, Memoir 41, Londres, 1934).
NACHTERGAEL (G.), «L'archonte athénien Polyeuctos et la périodicité des Sôteria étoliennes», *Historia,* 25 (1976), pp. 62-78.
OLMSTEAD (A. T.), «Cuneiform Texts and Hellenistic Chronology». *Class, Phil.,* 32 (1937), pp. 1-14.
PELEKIDIS (C.), «L'archonte athénien Polyeuktos (247-246)», *BCH,* 85 (1961). pp. 53-68.
PERL (G.), *Kritische Untersuchungen zu Diodors römischer Jahrzählung* (Berlín, 1957).
PESTMAN (P. W.), *Chronologie égyptienne d'après les textes démotiques (332 av. J.-C.-453 apr. J.-C.)* (Papyrologica Lugduno-Batava, 15, Leiden, 1967).
PRITCHETT (W. K.), MERITT (B. D.), *The Chronology of Hellenistic Athens* (Cambridge, Mass., 1940).
SACHS (A. J.), WISEMAN (D. J.), A Babylonian King-List of the Hellenistic Period, *Iraq,* 16 (1954), pp. 202-212.
SAMUEL (A. E.), «Ptolemaic Chronology» (*Münchener Beiträge,* 43, 1962).
— *Greek and Roman Chronology. Calenders and Years in Classical Antiquity* (I. von Müller's Handbuch der Altertumswissenschaft, I, 7, Munich, 1972).
SKEAT (T. C.), The Reigns of the Ptolemies (*Münchener Beiträge,* 39, 1954; 2.ª ed., 1969).
SMITH (L. C.), «The Chronology of Books XVIII-XX of Diodorus Siculus», *Am. J. Philol,* 82 (1961), pp. 283-290.
WILL (E.), «Les premières années du règne d'Antiochos III (223-219 av. J.-C.),» *REG,* 75 (1962), pp. 72-129.
— «Ophellas, Ptolémée, Cassandre et la chronologie», *REA* 66 (1964), pp. 320-333.

FUENTES

AUTORES

Consideraciones generales sobre las fuentes narrativas

CALDERINI (A.), *Le fonti per la Storia antica greca e romana* I (Milán-Como, 1947), fuentes para el período helenístico, pp. 171-196.

DREWS (R.), *The Greek Accounts of Eastern History* (Cambridge, Mass., 1973).

Entretiens sur l'Antiquité classique, IV: *Histoire et historiens dans l'Antiquité* (Fondation Hardt, Vandœuvres-Ginebra, 1958).

En su *Histoire politique du monde hellénistique,* II (1967), pp. 467-494, E. WILL da una información concisa y una bibliografía de las últimas ediciones y de las obras fundamentales de los historiadores antiguos que se ocuparon de la época helenística.

Historiadores antiguos (en orden alfabético)

APIANO, edición E. GABBA, *Appiani Bellorum Civilium liber primus* (Biblioteca di Studi Superiori, vol. núm. 37, Florencia, 1.ª ed., 1958; 2.ª ed., 1967), *liber quintus,* 1970 (núm 49).

ARISTEAS, *Carta a Filócrates,* introducción, edición con traducción francesa y notas por A. PELLETIER (París, Sources chrétiennes, núm. 89, 1962), donde se encontrará la bibliografía.

DIODORO DE SICILIA

— Edición en 12 volúmenes, Libros XVIII-XX, por R. M. GEER; fragmentos de los libros XXI-XXXII por F. R. WALTON; XXXIII-XL e índice por F. R. WALTON y R. M. GEER. Texto con traducción inglesa (Londres, Loeb, 1954-1967).

— Edición con traducción francesa CUF en curso de publicación; libro XIX por F. BIZIÈRE (1975).

BERVE (H.), *Die Herrschaft des Agathokles,* Sitzungsberichte Akad. Munich, 1952, fasc. 5 (estudio de las fuentes de DIODORO, libros XIX-XX sobre Agatocles).

LA BUA (V.), «Filino-Polibio-Sileno-Diodoro. Il problema delle fonti dalla morte di Agatocle alla guerra mercenaria in Africa», *Sikelika* 3 (Palermo, 1966).

PEREMANS (W.), «Diodore de Sicile et Agatharchide de Cnide», *Histoire,* 16, (1967), pp. 432-455.

DIOGENES LAERCIO, *Vaitae Philosophorum,* edición con traducción inglesa a cargo de R. D. HICKS, 2 vols. (Londres, Loeb, 1925); traducción francesa de R. GENAILLE, 2 vols. (París, Garnier, 1933, reed. 1965).

JOSEFO, *Arqueología* (o *Antigüedades Judías).*

Obras completas traducidas en francés bajo la dirección de Th. REINACH (París, Leroux, 1900-1929).

— Texto y traducción inglesa de H. S. J. THACKERAY y R. MARCUS (Londres, Loeb, 1926-1963).

— *Guerre des Juifs,* libro I, por A. PELLETIER (París, CUF, 1975).

— *Contre Apion* (París, CUF, 1930), texto y traducción de Th. REINACH y L. BLUM.

JUSTINO-TROGO POMPEYO, *Abrégé des Histoires Philipiques de Trogue Pompée et Prologues de Trogue, Pompée,* texto y traducción de E. CHAMBRY y L. THÉLY-CHAMBRY (París, Classiques Garnier, 1936).

KLOTZ (A.), Pompeius Trogus, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1952), cols. 2306-2309.

LIEBMANN-FRANKFORT (Th.), «L'histoire des Parthes dans le livre VI de Trogue Pompée: essai d'identification de ses sources», *Latomus,* 28 (1969), pp. 894-922.

SEEL (O.), *Weltgeschichte von den Anfängen bis Augustus im Auszug des Justin,* cingeleitet, übersetzt und erläutert von O. SEEL (Zurich-Munich, 1972).

FERRERO (L.), *Struttura e metodo dell' Epitome di Giustino* (Turín, 1957).

PAUSANIAS. Edición de H. HITZIG, J. BLUEMNER, 3 vols. (Leipzig, Teubner, 1896-1910) con comentario.

—Edición con traducción inglesa de W. H. S. JONES y H. A. ORMEROD, 4 vols., y un *Companion volume* V de R. E. WYCHERLEY (Londres, Loeb, 1918-1935).

—FRAZER (J. G.), *Pausanias's Description of Greece,* Transl., Comm., 7 vols. (Londres, 1898-1930).

REGENBOGEN (O.), Pausanias 17, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. VIII (1956), cols. 1008-1097.

SEGRÈ (M.), «Le fonte di Pausania per la storia dei Diadochi», *Historia, Studi storici per l'Antichità classica,* II, 2 (1928), pp. 217-237.

PLUTARCO. *Vidas Paralelas.* Éstas son las vidas de Plutarco que interesan para el período helenístico: Alejandro, Eumenes de Cardia, Demetrio Poliorcetes, Pirro, Agis, Cleómenes, Arato, Filopemen, Flaminino, Paulo Emilio, Marcelo, Sila, Lúculo, Pompeyo, Craso, César, Antonio.

— *Vies et Moralia,* edición en curso de publicación a cargo de R. FLACELIÈRE y otros (París, CUF).

— *Plutarch's Lives,* texto y traducción inglesa a cargo de B. PERRIN (Londres, Loeb).

— *Moralia,* por diversos colaboradores, en la misma colección.

— PLUTARCHUS, *Vitae Parallelae,* ed. K. ZIEGLER (Leipzig, Teubner, 1960-1973).

BENDINELLI (S. G.), «Cassandro di Macedonia nella Vita plutarchea di Alessandro Magno», *Riv. Fil.,* ser. 3, 93 (1965), pp. 150-164.

KOSTER (A. J.), *Plutarchi Vitam Arati* edidit, prolegomenis, commentarioque instruxit (Leiden, 1937).

MANNI (E.), *Plutarchi Vita Demetri Poliorcetis* (Florencia, 1953), estudio de las fuentes.

ZIEGLER (K.), Plutarchos, 2, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1951), cols. 636-962.

POLIBIO, edición BÜTTNER-WOBST (Leipzig, Teubner, 1882-1994).

— Traducción francesa de D. ROUSSEL (París, Col. Pléiade, 1970).

—Edición y traducción en curso de publicación a cargo de P. PEDECH (libr. I, II, V, XII), J. de FOUCAULT (III y IV), R. WEIL, Cl. NICOLET (VI), 1971-1976 (París, CUF).

— *Entretiens sur l'Antiquité classique* XX (Fondation Hardt, Vandœuvres-Genève, 1974), preparados y presididos por EMILIO GABBA, sobre *Polibio.*

COLE (T.), «The Sources and Composition of Polybios VI», *Historia,* 13 (1964), pp. 440-486.

LEHMANN (G. A.), *Untersuchungen zur historischen Glaubwürdigkeit des Polybios*, Fontes et Commentationes, Schriftreihe des Instituts für Epigraphik an der Universität Münster 5 (1967).

MAUERSBERGER (A.), *Polybios-Lexikon* (Berlín, 1956, ss.).

PEDECH (P.), *La méthode historique de Polybe* (París, Collection d'Etudes anciennes publiée sous le patronage de l'Association Guillaume-Budé, 1964), (bibl.)

PETZOLD (K.-E.), *Studien zur Methode des Polybios und zu ihrer historischen Auswertung* (Vestigia, Beiträge zur alten Geschichte núm. 9, Munich, 1969).

WALBANK (F. W.), *A historical Commentary on Polybius* (Oxford, vol. I, 1957; vol. II, 1967: lib. I-VI, VII-XVIII.

— *Polybius*, Sather Classical Lectures núm. 42 (Berkeley, Los Ángeles, 1972).

ZIEGLER (K), Polybios, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1952), cols. 1440-1578.

POLYEN, *Strategemata; Polyaeni, Strategicon libri octo*, editados por E. WOELFFLIN (Leipzig, Teubner, 1897-1901, 1970).

ESTRABÓN. Edición con traducción inglesa de H. L. JONES (Londres, Loeb, 1959-1961).
— Edición con traducción francesa de J. AUJAC, F. LASSERRE, R. BALADIE, en curso de publicación (París, CUF 1966). El tomo I contiene una importante introducción.

ALY (W.), *Strabonis Geographica*, edición crítica en curso de publicación (Bonn, I, 1968; II, 1972), continuada después de la muerte de W. ALY por E. KIRSTEN y F. LAPP, con mapas de E. KIRSTEN. La edición alcanza el libro VI.

— *Strabon von Amaseia. Untersuchungen über Text, Aufbau und Quellen der Geographica* (Strabonis Geographica, Band IV, Bonn, 1957).

TITO LIVIO. Edición con traducción francesa en curso de publicación desde 1940: XLIII-XLIV por P. JAL (París, CUF, 1976).

BRISCOE (J.), *A Commentary on Livy, Books XXXI-XXXII* (Oxford, 1973).

KLOTZ (A.), «Zu den Quellen der vierten und fünften Dekade des Livius», *Hermes* 50 (1915), pp. 481-536.

Historiadores cuya obra sólo se conserva a través de diversas citas (en orden alfabético)

JACOBY (F.), *Die Fragmente der griechischen Historiker*. Tres partes que comprenden, cada una, textos y comentarios, I: Historias universales; II: Genealogía-Mitografía: Historias de una época; III: Historias de ciudades y de pueblos *(F. Gr. Hist.)*, 15 vols. (1922-1954); reimpr. (Leiden, 1957, ss.). Los historiadores que citamos a continuación figuran, todos ellos, en esa recopilación.

ARRIANO, *Fragments de l'Histoire des Diadoques et des Parthika*, editados por A. G. ROOS y G. WIRTH, *Flavii Arriani quae exstant omnia*, t. II, 2.ª ed. (Stereotypa correctior, 1968).

FERRERO (L.), «Tra poetica e istorica, Duride di Samo», *Miscellanea Rostagni* (Turín, 1963), pp. 68-100.

TREVES (P.), *Euforione e la storia ellenistica* (Milán, 1955).

BROWN (T. S.), «Hieronymus of Cardia, *American Historical Review*, 52 (1947), pp. 684-696.

JACOBY (F.), «Hieronymos von Kardia, PAULY-WISSOWA», *Real Encyclopädie* (1913), cols. 1540-1560.

— Hekataios aus Abdera, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1912), cols. 2750-2769.

LAQUEUR (R.), Nikolaos 20, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1936), cols. 362-423, importante bibliografía.

WACHOLDER, (B. Z.), *Nicolaus of Damascus* (Univ. of California Publications in History núm. 75, Berkeley-Los Ángeles, 1962).

BROWN (T. S.), *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography* (Univ. of California Publications in History núm. 39, Berkeley-Los Ángeles, 1949).

AFRICA (T. W.), *Phylarchus and the Spartan Revolution* (Univ. of California Publications in History, núm. 68, Berkeley-Los Ángeles, 1961).

GABBA (E.), Studi su Filarco. «Le biografie plutarchee di Agide e di Cleomene» (caps. I-IV), *Athenaeum,* n. s. 35 (1957), pp. 3-55.

KROYMANN (J.), «Phylarchos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. 8 (1956), cols. 471-489.

LAQUEUR (R.), «Timaios 3»; PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1936), cols. 1076-1203.

BROWN (T. S.), *Timaeus of Tauromenium* (Univ. of California Publications in History, núm. 55 Berkeley-Los Ángeles, 1958).

MANNI (E.), Sileno in Diodoro? *Atti Accad. Palermo,* ser. 4, vol. 8 (1957-1958), parte 2, pp. 81 ss.

RECOPILACIONES DE DOCUMENTOS POR TEMAS

BERNAND (A.), *Le Delta égyptien d'après les textes grecs.* I: *Les confins libyques* (París, 1970).

FRANCK (L.), Sources classiques concernant la Cappadoce (textos latinos y griegos reunidos y traducidos al francés), *Revue hittite et asianique* 24 (1966), pp. 5-122.

HAMPL (F.), *Die griechischen Staatsverträge des 4. Jhdts v. Chr.* (Leipzig, 1938; reimpr. anast., Roma, 1966).

SCHMITT (H. von), *Die Staatsverträge des Altertums* herausgegeben von H. BENGTSON; III. Band: *Die Verträge von 338 bis 200 vor Chr.* (Munich, 1969); IV. Band: *Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 200 bis 31 vor Chr.* (anunciado).

SHERK (R. K.), *Roman Documents from the Greek East: Senatusconsulta and Epistulae to the age of Augustus* (Baltimore, 1969), reúne 78 documentos.

EPIGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA. MANUALES. INTRODUCCIONES

ROBERT (J. y L.), Bulletin épigraphique, publicado anualmente en *REG.* Reeditado (años 1938-1973) en 7 vols. (vol. 7, París, 1974). *Index,* I *Mots grecs* (París, 1972), III *Mots français* (París, 1975).

KLAFFENBACH (G.), *Griechische Epigraphik* (Gotinga, 1957; 2.ª ed., 1966), da el contenido de los volúmenes de las *Inscriptiones Graecae (IG),* donde las inscripciones se agrupan por regiones.

LARFELD (W.), *Griechische Epigraphik* (Handbuch der klassischen Altertums-wissenschaft, fondé par Iwan von Müller, 3.ª ed., Munich, 1914).
ROBERT (L.), L'épigraphie, *L'Histoire et ses méthodes* (Paris, 1961), pp. 453-497. Traducción alemana de H. ENGELMANN, *Die Epigraphik der klassischen Welt* (Bonn, 1970), con bibliografía y referencias.
WOODHEAD (A. G.), *The Study of Greek Inscriptions* (Cambridge, 1959: reprint, 1967), da el contenido de los volúmenes de las *IG*.

INSCRIPCIONES

DITTENBERGER (W.), *Orientis graeci Incriptiones selectae* (abreviado *OGIS*), 2 vols. (Leipzig, 1903), ed. definitiva (Hildesheim, 1960).
— *Sylloge Inscriptionum graecarum,* 4 vols. (Leipzig, 3.ª ed., 1915) (abreviado *Syll.,* 3.ª ed.).
MARCADÉ (J.), *Recueil des signatures de sculpteurs grecs,* Bibl. des Ecoles fr. d'Athènes et de Rome (París, I, 1953; II, 1957).
MICHEL (Ch.), *Recueil d'inscriptions grecques* (Bruselas, 1900) Supl. 1912; 1927.
MORETTI (L.), *Iscrizioni storiche ellenistiche* (Roma, 1965).
PLEKET (H.W.), *Epigraphica.* I: *Texts on the economic History of the Greek World.* Textus Minores, vol. 31 (Leiden, 1964); II: *Texts on the social History of the Greek World,* vol. 41 (Leiden, 1969).
PFOHL (G.), *Griechische Inschriften als Zeugnisse des privaten und öffentlichen Lebens* (Munich, 1965) (bibliografía y selección de textos).
POUILLOUX (J.), *Choix d'inscriptions grecques.* Textes, traducciones y notas (París, 1960).
VIDMAN (L.), *Sylloge inscriptionum religionis Isiacae et Sarapiacae* (Berlín, 1969).

RECOPILACIONES

Inscriptiones Graecae (abrégé *IG*). A. G. WOODHEAD, *The Study of Greek Inscriptions* (Cambridge, 1959; reimpreso, 1967) da el contenido, ya realizado o proyectado, de los volúmenes de las *IG* y, eventualmente, de las publicaciones de las excavaciones que se insertan independientemente en esos volúmenes (especialmente, en Delfos, Delos y Rodas). Véase también G. KLAFFENBACH, *Griechische Epigraphik.*
Supplementum epigraphicum graecum, editado por J. E. HONDIUS y, luego, por A.G. WOODHEAD y diversos colaboradores, I (Leiden, 1923), XXV (Leiden, 1971) (Abreviado *SEG*). H.W. PLEKET se ha hecho cargo de la dirección.

INSCRIPCIONES DE LOS NÚCLEOS MÁS IMPORTANTES NO INCLUIDOS, O INCLUIDOS PARCIALMENTE, EN LAS *IG*

(Las inscripciones de la Grecia continental, y especialmente de Atenas, se encuentran, en principio, en las *IG*, que hay que completar con *SEG*. Para Asia Menor y Egipto, véanse los informes de las excavaciones y el *SEG*.)

BUCKLER (W. H.), ROBINSON (D. M.), *Sardis VII. Greek and Latin Inscriptions,* Part I (Leyde, 1932).

BÜRCHNER, «Liste des inscriptions hellénistiques de Smyrne», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* voz Smyrna E. Hellenistisch, cols. 746-747.

CRAMPA (J.), *Labraunda,* Swedish Excavations and Researches, vol. III, 1: *Greek Inscriptions* (Lund, 1969).

FRISCH (P.), *Die Inschriften von Ilion,* Inschr. gr. Städte Kleinas, 3, 1973.

FRAENKEL (M.), *Die Inschriften von Pergamon:* Altertümer von Pergamon VIII, 1 bis zum Ende der Königszeit (Berlín, 1890).

HABICHT (Chr.), dans BÖHRINGER (E.), *Altertümer von Pergamon* VIII, 3, *Die Inschriften des Asklepieion* (Berlín, 1969) (casi exclusivamente romano).

HILLER VON GAERTRINGEN (F.), *Inschriften von Priene* (Berlín, 1906).

KARWEISE (S.), «Liste des éditions d'inscriptions d'Ephèse», en «Ephesos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. XII (1970), cols. 248-251.

KAWERAU (G.), REHM (A.), en Th. WIEGAND, *Milet,* Ergebnisse der Ausgrabungen und Untersuchungen seit dem Jahre 1899, I, Heft III: *Das Delphinion in Milet* (Berlin, 1914).

KERN (O.), *Die Inschriften von Magnesia am Meander* (Berlín, 1900).

REHM (A.), *Didyma* II, *Die Inschriften,* herausgegeben von R. HARDER (Berlín, 1958).

ROBERT (L.), ROBERT (J.). *La Carie. Histoire et géographie historique, avec le recueil des inscriptions antiques* 2 vols. (Paris, 1954).

ROBERT (L.), *Nouvelles inscriptions de Sardes* I (París, 1964).

– *Le sanctuaire de Sinuri près de Mylasa,* I: *Les inscriptions grecques* (París, 1945), especialmente sobre los territorios concedidos a Pleistarco después de la batalla de Ipso, en 301.

– En el volumen de J. DES GAGNIERS *et al., Laodicée du Lycos, Campagnes 1961-1968, Le Nymphée* (Quebec, París, 1969), las pp. 247-389 están dedicadas a las inscripciones por L. ROBERT.

– *Noms indigènes dans l'Asie Mineure gréco-romaine,* Bibl. Arch. Hist. Inst. français d'Archeologie d'Istanboul núm, 13 (París, 1963).

BACTRIANA

ROBERT (L.), De Delphes à l'Oxus, inscriptions grecques nouvelles de la Bactriane, *CRAI,* 1968, pp. 416-457.

COS

KLAFFENBACH (G.), *Asylieurkunden aus Kos,* Abhandl. Deutsch. Akad, Berlín, 1952.

CIRENE

FRASER (P. M.), «Inscriptions from Cyrene», *Berytus* 12 (1956-1958), pp. 104 ss.

OLIVERIO (G.), Documenti antichi dell' Africa Italiana (Bergamo, I, 1933; II, 1936).

DELOS

DURRBACH (F.), *Inscriptiones graecae* XI, fasc. 2., *Comptes des archontes, comptes des hiéropes* (Berlín, 1912).
ROUSSEL (P.), *Inscriptiones graecae* XI, fasc. 4, *Décrets et dédicaces de Délos indépendante* (Berlín, 1914).
DURRBACH (F.), *Inscriptions de Délos. Comptes des hiéropes núms. 290-371* (París, 1926).
— *Comptes des hiéropes núms. 372-498. Lois ou règlements, contrats d'entreprises et devis núms. 499-509* (París, 1929).
DURRBACH (F.), *Actes des fonctionnaires athéniens núms 1400-1496* (en colaboración con P. ROUSSEL, París, 1935).
— *Inscriptions de Délos. Décrets, dédicaces, listes, catalogues, núms. 1497-2879* (en colaboración con M. LAUNEY, París, 1937).
— *Choix d'inscriptions de Délos.* I: *Textes historiques* (París, 1921).

DELFOS

Fouilles de Delphes, t. III: *Epigraphie* (París, 1909-1970), seis fascículos por E. BOURGUET, G. COLIN, G. DAUX, A. SALAČ, R. FLACELIÈRE, A. PLASSART, N. VALMIN, y un fascículo fuera de la serie de G. DAUX, *Chronologie delphique.*

EGIPTO

F. PREISIGKE, F. BILABEL, E. KIESSLING, *Sammelbuch griechischer Urkunden aus Aegypten* reproducen las inscripciones. Véase también *OGIS* y *SEG.*
BERNAND (A.), *Les inscriptions grecques de Philae,* vol. I : *Epoque ptolémaïque* (París, 1969).
— *Le Paneion d'El Kanaïs. Les inscriptions grecques* (Leiden, 1972).
— *De Koptos à Kosseir* (Leiden, 1972).
— *Recueil des inscriptions grecques du Fayoum, I: La «méris» d'Héracleidès* (Leiden, 1975).
FRASER (P. M.), «Inscriptions from Ptolemaic Egypt», *Berytus,* 13, (1960), pp. 155 ss.
— «Inscriptions from Greco-Roman Egypt», *Berytus,* 15 (1964), pp. 71-93.
GAUTHIER (H.), SOTTAS (H.), «Un décret trilingue en l'honneur de Ptolémée IV,» Le Caire, service des Antiquités VII (1925) (estela de Pithom sobre Rafia).
WAGNER (G.), «Inscriptions grecques du temple de Karnak», *Bulletin de l'Institut français d'Archéologie orientale du Caire,* 70 (1971), pp. 1-38, pl. I-VIII.

MAR NEGRO OCCIDENTAL

Véase nuestro capítulo sobre esta región: t. II. Señalemos D. M. PIPPIDI, *Epigraphische Beiträge zur Geschichte Histrias in hellen, und röm. Zeit* (Berlín, 1962) et *Scythia Minor* (Bucuresti, 1973).

BLINKENBERG (C.), KINCH (K. F.), *Lindos. Fouilles et recherches 1902-1914* (Copenhague, 1931-1941), vol. II. inscripciones.

Excavaciones italianas (1919-1945): Inscripciones en la publicación *Clara Rhodos* (1928-1940) (G. JACOPI, M. SEGRÉ, A. MAIURI, etc.); A. MAIURI, *Nuova Silloge epigrafica di Rodi e Cos* (Florencia, 1925).

HOLLEAUX (M.), *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecques* (recopilación de artículos, publicada con índices por L. ROBERT, 6 vols. (París, 1938-1969).

ROBERT (L.), *Opera minora selecta,* reedición de 101 artículos o grupos de noticias, vol. I a III (Amsterdam, 1969); vol. IV (Amsterdam, 1974), Bibliografía de L. ROBERT e informes sobre el curso de sus trabajos.

— *Etudes anatoliennes. Recherches sur les inscriptions grecques de l'Asie Mineure* (Paris, 1937; reimpresión, Amsterdam, 1970).

— *Villes d'Asie Mineure. Etudes de géographie ancienne* (París, 1935; 2.ª ed., reimpresión fotográfica ampliada de 200 páginas y 16 láminas con un índice nuevo, París, 1962).

— *Documents de l'Asie Mineure méridionale. Inscriptions, monnaies et géographie,* Centre de Recherches d'Histoire et de Philologie de la IVe section de l'Ecole pratique des Hautes Etudes (Ginebra, París, 1966).

— *Hellenica. Recueil d'épigraphie, de numismatique et d'antiquités grecques* I (París, 1940) - XIII (1965).

— *Etudes épigraphiques et philologiques* (París, 1938).

WILHELM (A.), *Kleine Schriften,* Abt. I, Akademieschriften zur griechischen Inshchriftenkunde 1895-1951, 3 vols. (Leipzig, 1974) (recopilación de artículos).

PAPIROS Y OSTRACA

Bajo este epígrafe sólo mencionaremos los instrumentos que permiten ubicar, para la investigación histórica, los papiros y ostraca, griegos y demóticos, de época ptolemaica.

No olvidaremos, pues, los papiros literarios. En cuanto a las obras que utilizan papiros, se encontrarán en los apartados dedicados a los problemas de historia a que se refieren: Egipto, economía y sociedad en Egipto, derecho.

Nos limitaremos, aquí, a mencionar algunas introducciones recientes a la papirología, las publicaciones bibliográficas, las listas de las ediciones de papiros, los diccionarios, crestomatías y recopilaciones.

Bibliographie papyrologique sur fiches, elaborada por M. HOMBERT y G. NACHTERGAEL, editée par la Fondation égyptologique Reine-Elisabeth, Bruselas. La información se difunde, en principio, en el mismo año de aparición de las obras.

Bulletin papyrologique de la *REG,* I-X hasta 1931 (publicaciones de 1928-1929) a cargo de S. de RICCI; XI-XIX, hasta 1943 (publicaciones de 1931 a 1941) a cargo de P. COLLART; XX-XXVIII, 1 y 2, hasta 1966 (publicaciones de 1941 a 1959) a cargo de M. HOMBERT.

Aggiunte, correzioni, riedizioni di papiri e di ostraca, listas publicadas anualmente en *Aegyptus*.

CALDERINI (A.), luego CALDERINI-MONDINI (M.), «Bibliografía metodica degli Studi di Egittologia e di Papirologia», *Aegyptus,* anual.

FIKHMAN (I. F.), «Survey of Societ Papyrology, «*The Journal of Juristic Papyrology,* 15 (1965), pp. 417-427, y 16-17 (1971), pp. 195-207.

LENGER (M.T.), Nouvelle contribution à une réédition du C. Ord. Ptol., *Le Monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 676-698, bibliografía de historia social y jurídica del Egipto ptolemaico, de 1964 a 1974.

L'Archiv für Papyrusforschung analiza las ediciones de papiros. Urkundenreferat por U. WILCKEN hasta 1953 (Bd 15); F. y E. ZUCKER, 1956-1966 (Bd 16-18); en el futuro W. MUELLER (Bd 26). Juristische Literaturübersicht, por J. PARTSCH, luego L. WENGER hasta 1953 (Bd 15); H. J. WOLFF, 1943-1962 (Bd 17); J. MODRZEJEWSKI, Bibliographie de Papyrologie juridique 1962-1972 (Bd 24-25, 1976, pp. 265-328).

MODRZEJEWSKI (J.), «Chronique: Egypte gréco-romaine et monde hellénistique», *Revue historique de droit français et étranger,* desde 1961.

SEIDL (E.), «Juristische Papyruskunde Bericht», *Studia et Documenta Historiae et Juris,* desde 1935. En 1970, con la colaboración de A. CLAUS y L. MUELLER.

INTRODUCCIONES

BATAILLE (A.), «La papyrologie», *L'Histoire et ses méthodes* (París, Col. Pléiade, 1961), pp. 498-527.

MONTEVECCHI (O.), *La Papirologia* (Turín, 1973).

SEIDER (R.), *Paläographie der griechischen Papyri* (Stuttgart, I, 1967; II, 1970).

TURNER (E. G.), *Greek Papyri. An Introduction* (Oxford, 1968).

LISTAS DE PAPIROS

A. CALDERINI publicó desde 1921, en *Aegyptus,* la lista de los *Testi recentemente pubblicati,* con la mención de su contenido. Continuada tras la muerte del autor, la lista alcanza ahora unos 14 000 números.

O. MONTEVECCHI (*La Papirologia,* pp. 104-117) cita, para cada uno de los reinados de los Ptolomeos, los principales papiros e inscripciones que les conciernen, en el campo de la historia política.

O. MONTEVECCHI (*La Papirologia,* pp. 407-431) da el inventario de los papiros y ostraca griegos del Egipto ptolemaico (inventario elaborado por S. DARIS) y los siglos en los que son citados.

OATES (J. F.), BAGNALL (R. S.), WILLIS (W. H.), «Checklist of Editions of Greek Papyri and Ostraca,», *The Bulletin of the American Society of Papyrologists,* II (1974), pp. 1-35.

PEREMANS (W.), «Heuristique des papyrus grecs», *Les Etudes classiques,* 12 (1944), pp. 257-272 (inventario de las publicaciones de listas de papiros agrupados por temas).

Lista de los papiros de los «Archivos de Zenón», en PRÉAUX (Cl.), *Les grecs en Egypte* (Bruselas, 1947), pp. 87-90. Además SKEAT (T. C.), *Greek Papyri in the British Museum (now in the British Library),* vol. VII, *The Zenon Archive* (Londres, 1974).

CRESTOMATÍAS. RECOPILACIONES

HUNT (A. S.), EDGAR (C. C.), *Select Papyri,* texto y traducción inglesa de 400 papiros documentales (Londres, Loeb) I: *Private Affairs* (1932), II: *Official Documents* (1934), reprints 1956 et 1963.

LENGER (M.-Th.), *Corpus des ordonnances des Ptolémées,* Acad. royale de Belgique, Cl. lettres, Mémoire in-8.º, t. LVII, fasc. I (Bruselas, 1964).

MITTEIS (L.), WILCKEN (U.), *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde; I: Historischer Teil,* von U. WILCKEN; II: *Juristischer Teil,* von L. MITTEIS (Leipzig, 1912).

PREISIGKE (F.), *Sammelbuch griechischer Urkunden aus Aegypten* I (Estrasburgo, 1915), continuado por F. BILABEL y, luego, por E. KIESSLING, constaba, en 1977, de 12 volúmenes, donde se habían publicado de nuevo, con Índices, más de 11 000 papiros editados en diversas revistas. La colección incluye también las inscripciones y ostraca griegos de Egipto.

TCHERIKOVER (V.), FUKS (A.), *Corpus papyrorum Judaicarum,* 3 vols. (Cambridge, Mass., 1957-1964). El vol. I está dedicado a los papiros de época ptolemaica.

WILCKEN (U.), *Griechische Ostraka aus Aegypten und Nubien,* 2 vols. (Leipzig-Berlín, 1899). Véase, además, la lista de OATES..., citada *supra.*

DICCIONARIOS Y REPERTORIOS

CALDERINI (A.), *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell' Egitto greco-romano,* I, 1 (El Cairo, 1935), I, 2 (Madrid, 1966), II, 1 y 2 (Milán, 1973) a cura di S. DARIS.

FORABOSCHI (D.), *Onomasticon alterum papyrologicum. Supplemento al Namenbuch di F. Preisigke* (Milán-Varese, I, 1967 - IV, 1971).

PEREMANS (W.), VAN'T DACK (E.), *Prosopographia Ptolemaica* (Lovanii, Studia Hellenistica), I (1950) - VIII (1975).

PREISIGKE (F.), *Berichtigungsliste der griechischen Papyrusurkunden aus Aegypten* I (Berlín-Leipzig, 1922), continuada por F. BILABEL, y luego por M. DAVID, B. A. VAN GRONINGEN, E. KIESSLING, E. BOSWINKEL (VII, Leiden, 1976).

— *Namembuch enthaltend alle griechischen, lateinischen, ägyptischen, hebraïschen, arabischen und sonstigen semitischen und nichtsemitischen, Menschennamen, soweit sie in griechischen Urkunden Aegyptens sich vorfinden* (Heidelberg, 1922).

— *Wörterbuch der griechischen papyrusurkunden* I (Berlín, 1925 - III, 1929), continuado por E. KIESSLING. Puesta al día comenzada por E. KIESSLING en 1944 y proseguida, vol. IV, 1958-1971. Suplemento de 2 vols., bajo la dirección de W. RUBSAM (Amsterdam, 1969-1971). Este suplemento recoge los datos publicados entre 1940 y 1966.

RONCHI (G.), *Lexicon theonymon rerumque sacrarum et divinarum ad Aegyptum pertinentium quae in papyris, ostracis, titulis Graecis Latinisque in Aegypto repertis laudantur* (Milán, 1974-1977), 5 fascículos (terminado).

BRESCIANI (E.), dans MONTEVECCHI (O.), *La Papirologia,* pp. 432-433, Edizioni di testi demotici documentari di età tolemaica e romana (una scelta).
REYMOND (E. A. E.), *Embalmers' Archives from Hawara. Catalogue of the Demotic Papyri in the Ashmolean Museum* I (Oxford, 1973) (bibliografía de las ediciones de papiros demóticos).
SEIDL (E.), *Demotische Urkundenlehre* (Munich, 1937).
— *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* Aegyptologische Forschungen begründet von Alexander Scharff, Heft 22 (Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1962), lista de las publicaciones de documentos demóticos, pp. 191-195.
GRELOT (A.), *Les papyrus araméens d'Egypte* (París, 1972).
KRAELING (C.), *The Brooklyn Museum Aramaic Papyri* (New Haven, 1953). Introducción importante sobre la vida de la colonia judía de Elefantina.

NUMISMÁTICA

Sólo indicaremos aquí las formas de orientarse en este terreno, en el que las publicaciones de tesoros y de piezas aisladas son muy numerosas.

E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* menciona en la bibliografía de cada capítulo las fuentes numismáticas, cuando las hay.

Respecto a la importancia económica de la moneda, véase nuestro capítulo «Economía». Véase el Addendum al final.

INTRODUCCIÓN, MANUALES, BIBLIOGRAFÍAS

N. B. — *Numismatic Notes and Monographs* y *Museum Notes* son publicados por la American Numismatic Society, indicación que no volveremos a dar.

NOE (S. P.), *A Bibliography of Greek Coin Hoards,* Numismatic Notes and Monographs núm. 78 (Nueva York, 2.ª ed., 1937).
THOMPSON (M.), MÖRKHOLM (O.), KRAAY (C. M.), *An Inventory for Greek Coin Hoards,* published for the International Numismatic Commission, The American Numismatic Society (Nueva York, 1973), actualización de la obra de P. NOE.
CLAIN-STEFANELLI (E. E.), *Select Numismatic Bibliography* (Chicago, 1965), pp. 1-80: el mundo griego (recoge la bibliografía rusa).
HEAD (B. V.), HILL (G. F.), MACDONALD (G.), WROTH (W.), *Historia Numorum, a Manual of Greek Numismatics* (Oxford, 1911) (Chicago, new and enlarged edition, 1957).
HILL (G. F.), *A Guide to the principal Coins of the Greeks* (Londres, British Museum, 1959).
JENKINS (G. K.), *Monnaies grecques,* traducción de C. BIUCCHI (Friburgo, Suiza, 1972); cap. VII: «L'époque hellénistique», pp. 225-308; numerosas láminas.
KRAAY (C. M.), *Greek Coins* (Londres, 1966).
SELTMAN(Ch.), *Greek Coins* (Londres, 1933; 3.ª ed., 1960).

Se encontrará la lista de estos catálogos en la bibliografía de Ch. SELTMAN, *Greek Coins*. Hay que mencionar las grandes colecciones del British Museum, de la Bibliothèque Nationale de París, de Berlín, de Nueva York, de Cambridge.

Sylloge Nummorum Graecorum recoge, desde 1931, las monedas de las colecciones privadas.

ESTUDIOS BASADOS EN RECOPILACIONES POR REYES, CIUDADES O REGIONES

BELLINGER (A. R.), «Essays on the Coinage of Alexander the Great», *Numismatic Studies* 11 (New York, 1963). En las pp. 83-113: «The Successors and the Cities.»

BIVAR (A. D. H.), «The Bactrian Coinage of Euthydemus and Demetrius», *Numismatic Chronicle,* 1951.

FRANKE (P. R.), *Die antiken Münzen von Epirus,* Bd I: *Poleis, Stämme und Epeirotischer Bund bis 27 v. Chr.* (Wiesbaden, 1961).

GIESECKE (W.), *Das Ptolemäergeld* (Berlín, 1930).

HACKENS (T.), «A propos de la circulation monétaire dans le Péloponnèse au IIIe siècle av. J.-C.», *Antidorum W. Peremans,* Studia Hellenistica, 16 (1968), pp. 69-96.

IMHOOF-BLUMER (F.), *Kleinasiatische Münzen* (Viena, 1901-1902).

— *Die Münzen der Dynastie von Pergamon* (Berlín, Abh. Preuss. Akad., 1884).

HANSEN (E.), *The Attalids of Pergamon* (Itaca, 1947), apéndice II, *Coin Types of the Pergamene Kingdom* (2.ª ed., 1971).

JENKINS (G. K.), «Monetary Systems of the early Hellenistic Period», *Proceedings of the International Numismatic Convention* (Jerusalén, 1963).

LE RIDER (G.), *Suse sous les Séleucides et les Parthes. Les trouvailles monétaires et l'histoire de la ville.* Memorias de la Misión Arqueológica en Irán, núm. 38: Misión de Susiana (París, 1965).

MAC DOWELL (R. H.), *Coins from Seleucia on the Tigris,* Univ. of Michigan Studies, Human, series, vol. 37 (Ann Arbor, 1935).

MAMROTH (A.), «Die Silbermünzen des Königs Philippos V von Makedonien», *Zeitschrift für Numismatik,* 40 (1930), pp. 207-303.

— «Die Bronzemünzen des Königs Philippos V von Makedonien», *Zeitschrift für Numismatik,* 42 (1935), pp. 219-251.

— «Die Silbermünzen des Königs Perseus», *Zeitschrift für Numismatik,* 38 (1928), pp. 1 ss.

MATTINGLY (H. B.), «Some third Magistrates in the Athenian new Style Silver Coinage», *Journal of Hellenic Studies,* 91 (1971), pp. 84-93; en Apéndice, lista, de los años 140-39 a 82-81.

MERKER (I.-L.), «The Silver Coinage of Antigonos Gonatas and Antigonos Doson», *Museum Notes,* 9 (1960), pp. 39-52.

MÖRKHOLM (O.), «Seleucid Coins from Cilicia», *Museum Notes,* 11 (1964), pp. 53-62.

— *Studies on the Coinage of Antiochus IV of Syria* (Copenhague, 1963).

NEWELL (E. T.), *The Coinages of Demetrius Poliorcetes* (Oxford, 1927).

— «The Seleucid Mint of Antioch», *American Journal of Numismatic,* 51 (1917).
— *The first Seleucid Coinage of Tyre,* Numismatic Notes and Monographs núm. 10 (Nueva York, 1921).
— *The Seleucid Coinages of Tyre. A supplement,* Numismatic Notes and Monographs núm. 73 (Nueva York, 1936).
— *The Pergamene Mint under Philetaerus,* Numismatic Notes and Monographs núm. 76 (Nueva York, 1936).
— *The Coinage of the Eastern Seleucid Mints. Seleucus I to Antiochus III* (Nueva York, 1938).
— *The Coinage of the Western Seleucid Mints. Seleucus I to Antiochus III* (Nueva York, 1941).
Pick (B.), Regling (K), *Die antiken Münzen von Dacien und Moesien* (Die antiken Münzen Nord-Griechenlands I-II, 1, Berlín, 1898-1910).
Seyrig (H.), *Trésors du Levant anciens et nouveaux,* Institut français d'Archéologie de Beyrouth.Bibliothèque archéologique et historique, t. XCIV, *Trésors monétaires séleucides* publicados bajo la dirección de Henri Seyrig, t. II (París, 1973.).
Svoronos (I. N.), *Ta nomismata tou Kratous tôn Ptolemaiôn* (en griego), 3 vols. (Atenas, 1904); vol. 4: traducción alemana y apéndices, 1908.
Tarn (W.W.), The Greeks in Bactria and India (Cambridge, 3.e ed., 1966), Apéndices 1 y 3 y véase índice en los nombres de los soberanos.
Thompson (M.,), *The New Style Silver, Coinage of Athens* (Nueva York, 1961).
— «A Hoard of Greek Federal Silver», *Hesperia,* 8 (1939), pp. 116-154.
Von Fritze (H.), *Die antiken Münzen Mysiens* I (Berlín, 1913).
— *Die Münzen von Pergamon* (Berlín, Abh. Preuss. Akad, 1910, Anhang, Abh. I).
Whithead (A. B.), «Notes on the Indo-Greeks», *Numismatic Chronicle,* 1940, pp. 89-122; 1947, pp. 26-51; 1950, pp. 205-232.

ESTUDIOS SOBRE LAS MONEDAS COMO FUENTES HISTÓRICAS

Allouche-Lepage (M.-T.), *L'art monétaire des royaumes bactriens.* Essai d'interprétation de la symbolique religieuse gréco-orientale du IIIe au Ier siècle av. J.-C. (París, 1956).
Babelon (J.), *Le roi Pyrrhos,* Centennial Publication of the American Numismatic Society (1958), pp. 53-71.
Bellinger (A.), «The Coins from the Treasure of the Oxus», *Museum Notes,* to (1962), pp. 51-67.
Brett (A. B.), «The Benha Hoard of Ptolemaic Gold Coins», *Museum Notes,* 5 (1952), pp. 1-8.
— «Dated Coins of Ptolemy V», *Museum Notes* 2 (1947).
Curiel (R.), Schlumberger (D.), *Trésors monétaires d'Afghanistan,* Mémoires de la délégation archéologique française en Afghanistan, 14 (1953).
Curiel (R.), Fussman (G.), *Le trésor monétaire de Qundus,* Mémoires de la délégation archéologique française en Afghanistan, 20 (1956) (sobre los reyes de Bactriana).
Firatli (N.), Robert (L.), *Les stèles funéraires de Byzance gréco-romaine* (París, 1964) (moneda y magistrados epónimos en 221-220).

JENKINS (G. K.), «An early Ptolemaic Hoard from Phacous», *Museum Notes,* 9 (1960), pp. 17-37.
LE RIDER (G.), *Deux trésors de monnais grecques de la Propontide* (París 1963).
— *Monnaies crétoises du IVe au Ier siècle.* Etudes crétoises de l'Ecole française d'Athènes (París, 1966).
LÉVÊQUE (P.), *Pyrrhos;* sobre la moneda: pp. 423 ss.
MORKHOLM (O.), «A Greek Coin Hoard from Susiana», *Acta Archaeologica,* 36 (1965), pp. 127-156 (constata que la ciudad de Susa fue ocupada por los partos hacia 139-138).

Louis ROBERT. Se encontrará la bibliografía de sus trabajos referentes a la numismática en el *Index du Bulletin épigraphique.*

Recordemos aquí:

ROBERT (L.), *Etudes de numismatique grecque* (París, 1962).
— *Documents de l'Asie Mineure méridionale: inscriptions, monnais, géographie* (París, Ginebra, 1966).
— *Monnais grecques* (París, Ginebra, 1967).
ROBINSON (E. S. G.), Cistophori in the Name of King Eumenes, *Numismatic Chronicle,* 1954, pp. 1-7 (estas monedas corresponderían a las acuñaciones de Aristónico).
ROSTOVTZEFF (M.), «Some Remarks on the monetary and commercial Policy of the Attalids, *Anatolian Studies presented to W. H. Buckler,* pp. 277-298.

Henri SEYRIG. La mayor parte de sus trabajos para los cuales se basa en las monedas, han aparecido en *Syria.*

Se localizarán los más antiguos por el índice de la publicación, aparte de sus artículos de *Syria* de 1931 a 1941, bajo el título de *Antiquités syriennes,* vol. III (París, 1946).

Citamos, a continuación, algunos de los artículos más recientes.

SEYRIG (H.), «Antiquités syriennes LXVII. Monnaies contremarquées de Syrie», *Syria* 35 (1968), pp. 194-196 (sobre la crisis financiera provocada en el reinado de Seleuco IV por la obligación de pagar las indemnizaciones exigidas por Roma).
— «Aradus et sa Pérée sous les rois Séleucides», *Syria* 28 (1951), pp. 208-215.
— «Monnaies hellénistiques», serie de artículos en la *Revue Numismatique,* hasta el tomo 13 (1971). Véase, especialmente, 5 (1963), pp. 7-64 y 7 láminas (intento de datación de las vicisitudes de la influencia ptolemaica en Siria y Palestina).
— «Parion au IIIe siècle avant notre ère, *American Numismatic Society Centennial Publication* (1958), pp. 603-625.
— «Monnaies hellénistiques de Byzance et de Calcédoine», *Essays presented to Stanley Robinson* (1968), pp. 183-200 (sobre los avatares políticos y económicos de Bizancio y de Calcedonia según las emisiones monetarias).
— *Notes on Syrian Coins,* Numismatic Notes and Monographs núm. 119 (Nueva York, 1950).
THOMPSON (M.), «Ptolemy Philometor and Athens», *Museum Notes,* 11 (1964), pp. 119-130.

ZERVOS (O.), «The early Tetradrachm of Ptolemy I», *Museum Notes,* 13 (1967), pp. 1-16.

HISTORIA GENERAL

The Cambridge Ancient History, obra colectiva; vol. VI: *Macedon 401-301 B. C.,* 3.ª impresión 1953; vol. VII: *The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome,* 2nd impression with corrections 1954; vol. VIII: *Rome and the Mediterranean 218-133 B. C.* (1930); vol. de láminas II y III.

AYMARD (A.) y AUBOYER (J.), *L'Orient et la Grèce antique. Histoire générale des civilisations* (Paris, 1953; 4.ª ed. revisada y corregida, 1961).

AYMARD (A.), *Etudes d'histoire ancienne* (París, 1967): reedición de 43 memorias y artículos, precedida de una bibliografía de los trabajos de ANDRÉ AYMARD (abreviado: *Et. hist. anc.*).

BAKHUIZEN (S. C.), «Social Ecology of the Ancient Greek World», *L'Antiquité classique,* 44 (1975), pp. 211-218: presentación de trabajos y proyectos en esta nueva dirección de las investigaciones.

BARTSON (L. J.), HAMMOND (M.), *The City in the ancient World,* Harvard Studies in Urban History (Cambridge, Mass. 1962), bibliografía pp. 388-590.

BELOCH (K. J.), *Griechische Geschichte,* IV, 1 y 2, *Die griechische Weltherrschaft* (2.ª ed., Berlín-Leipzig, 1925-1927; anastática, 1967).

BENGTSON (H.), Die Strategie in der hellenistischen Zeit, *Münchener Beiträge,* I: núm. 26 (1937); II: núm. 32 (1944); III : núm. 36 (1952).

— *Griechische geschichte von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit,* Handbuch der Altertumswissenschaft fundado por I. von Müller (3.ª ed., Munich, 1965; reimpresión, 4.ª ed., 1969).

BEQUIGNON (Y.), *La Grèce, Alexandre, le monde hellénistique,* Histoire universelle, Encyclopédie de la Pléiade I, pp. 701-811 (París, 1956).

BIKERMAN (E.), «Alexandre le Grand et les villes d'Asie», *REG,* 1934, pp. 346-374.

BRAUNERT (H.), «Hegemoniale Bestrebungen der hellenistischen Grossmächte in Politik und Wirtschaft», *Historia,* 13 (1964), pp. 80-104.

— *Das Mittelmeer in Politik und Wirtschaft der hellenistischen Zeit* (Kiel, Veröffentlichungen der Schleswig – Holst. Universitätsgesellschaft, NF núm. 49, 1967).

BRAVO (B.), *Philologie, histoire, philosophie de l'histoire* (Varsovia, 1968). (Estudio sobre J. G. Droysen, historiador de la Antigüedad).

CARY (M.), *A History of the Greek World from 323 to 146 B. C.* (Londres, 1932; reedición con un complemento bibliográfico por V. EHRENBERG, 1972).

COHEN (R.), *La Grèce et l'hellénisation du monde antique,* col. «Clio» (3.ª ed., 1948).

DELVOYE (Ch.), ROUX (G.), *La civilisation grecque de l'Antiquité à nos jours* (obra colectiva) (Bruselas, 1967).

DROYSEN (J. G.), *Geschichte Alexanders des Grossen* (Gotha, 1833; 2.ª ed., 1880); *Geschichte der Diadochen* (1836); *Geschichte der Epigonen* (1843).

Estas tres obras han sido refundidas bajo el título *Geschichte des Hellenismus* (1877), traducido por A. BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire de l'hellénisme* (París, 1883).

EHRENBERG (V.), L'État grec (2.ª parte, época helenística), traducción francesa con una actualización de la bibliografía a cargo de E. WILL (París, 1976). La traducción se realizó de la 2.ª edición alemana (Leipzig, 1958). Existe también una edición inglesa (*The Greek State,* 2.ª ed., Londres, 1969).

HADAS (M.), *Hellenistic Culture. Fusion and Diffusion* (Nueva York, 1959).

Fondation Hardt, *Entretiens sur l'Antiquité classique,* núm. VIII (1961), *Grecs et Barbares* (Vandœuvres-Ginebra, 1962).

HEUSS (A.), *Stadt und Herrscher des Hellenismus in ihren staats-und völkerrechtlichen Beziehungen* (Leipzig, 1937; reed. Klio, Beiheft 39, 1963).

JONES (A. H. M.), *The Greek City from Alexander to Justinian* (Oxford, 1940; 2.ª ed., 1966).

JOUGUET (P.), *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient,* col. «L'Evolution de l'humanité» (1926; reed. revisada, 1937); nueva ed. (París, Albin Michel, 1972) con bibliografía complementaria de las publicaciones de 1937 a 1971 a cargo de M. MORET.

KLOSE (P.), *Die völkerrechtliche Ordnung der hellenistischen Staatenwelt in der Zeit von 280-168 v. Chr.,* Münchener Beiträge, 1972.

LÉVÊQUE (P.), *L'aventure grecque* (París, 1964), capítulo helenístico reproducido en la colección «U», con el título *Le Monde hellénistique* (París, 1969).

OLIVA (P.), BURIAN (J.), *Soziale probleme im Hellenismus und im römischen Reich* (Praga, 1973) obra colectiva.

OLSHAUSEN (E.), *Prosopographie der hellenistischen Königsgesandten,* Teil I: *Von Triparadisos bis Pydna,* Studia Hellenistica, 19 (Lovanii, 1974).

PETIT (P.), *La civilisation hellénistique* (París, col. «Que sais-je?», 1962; 2.ª ed., 1965).

PRÉAUX (Cl.), «Sur les causes de décadence du monde hellénistique», *Atti del XI. Congresso internazionale di Papirologia* (Milán, 1965), pp. 475-498.

— «Les villes hellénistiques principalement en Orient. Leurs institutions administratives et judiciaires», *Recueils de la Société Jean-Bodin,* VI: *La Ville* (Bruselas, 1954), pp. 60-134.

RANOWITSCH (A.), *Der Hellenismus und seine geschichtliche Rolle* (Berlín, 1958), traducción de una obra publicada en ruso (Moscú-Leningrado, 1950).

SCHNEIDER (C.), *Kulturgeschichte des Hellenismus,* 2 vols. (Munich, 1967-1969).

SEIBERT (J.), *Historische Beiträge zu den dynastischen Verbindungen in hellenistischer Zeit,* Historia, Einzelschriften, Heft 10 (Wiesbaden, 1967).

TOVAR (A.), MARÍAS (J.), FERNÁNDEZ-GALIANO (M.), d'ORS (A.), *Problemas del mundo helenístico* (Madrid, 1961).

Von POEHLMANN (R.), *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt* (3.ª ed., Munich, 1925).

WILL (E.), *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.),* 2 vols. (Nancy, 1966-1967).

LOS DIÁDOCOS

AUCELLO (E.), «La politica dei Diadochi e l'ultimatum del 314 av. Cr.», *Riv. Fil.,* n. s. 35 (1957), pp. 382-404.

BADIAN (E.), «The Struggle for the Succession to Alexander the Great», *Studies in Greek and Roman History* (Oxford, 1964), pp. 262-275.

BAYER (E.), *Demetrios Phalereus der Athener,* Tübingen Beiträge z. Altertumswissenschaft 36 (Tubinga, 1942) (repr., Darmstadt, 1963).
BERVE (H.), *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage,* 2 vols. (Munich, 1926).
BRIANT (P.), *Antigone le Borgne. Les débuts de sa carrière et les problèmes de l'assemblée macédonienne* (París, 1973).
– D'Alexandre le Grand aux Diadoques, le cas d'Eumène de Kardia», *REA,* 74 (1972), pp. 34-49 (sobre la pervivencia de la organización administrativa).
CLOCHÉ (P.), *La dislocation d'un empire: les premiers successeurs d'Alexandre le Grand* (París, 1959).
De SANCTIS (G.), «Atene dopo Ipso», *Riv. Fil.,* 1936, pp. 134-154 y 253-273.
De SANCTIS (G), Perdicca, *Studi italiani di Filologia classica,* n. s., vol. 9, fasc. 1 (1931), pp. 5-24.
ELKELES (G.), *Demetrios der Städtebelagerer* (Diss., Breslau, 1941).
ERRINGTON (R. M.), From Babylon to Triparadeisos: 323-320 B. C., *JHS* 90 (1970), pp. 49-77 (appendice chronologique pp. 75-77).
FONTANA (M. J.), *Le lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315,* Atti dell'Accademia di Scienze, Lettere e Arti di Palermo, ser. 4, vol. XVIII (1957-1958) (Palermo, 1960).
GEYER (F.), Lysimachos 1, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1928), cols. 1-31.
GLOTZ (G.), ROUSSEL (P.), COHEN (R.), Alexandre et le démembrement de son empire, G. Glotz, *Histoire grecque* (París, 1938; reed, 1945).
HEUSS (A.), Antigonos Monophthalmos und die griechischen Städte, *Hermes* 73 (1938), pp. 133-194.
LEPORE (E.), Leostene e le origini della guerra lamiaca, *Parola del Passato* 10 (1955), pp. 161-185 (analyse des sources de Diodore).
MANNI (E.), *Demetrio Poliorcete* (Roma, 1951).
ROSEN (K.), Die Bündnisformen der Diadochen und der Zerfall des Alexanderreiches, *Acta Classica* 11 (1968), pp. 182-210.
SCHUBERT (R.), *Die Quellen zur Geschichte der Diadochenzeit* (Leipzig, 1914) (reimpr., Aalen, 1964).
SIMPSON (R. H.), Antigonos the One-Eyed and the Greeks, *Historia* 8 (1959), pp. 385-409.
– Polemaeus' Invasion of Greece in 313 B. C., *Mnemosyne,* 4.ª serie, 8 (1955), pp. 34-37.
– The historical Circumstances of the Peace of 311, *JHS* 74 (1954), pp. 25-31.
VEZIN (A.), *Eumenes von Kardia* (Munster, 1907).
WIRTH (G.), Zur Politik des Perdikkas 323, *Helikon* 7 (1967), pp. 281-322.
WESTLAKE (H. D.), Eumenes of Cardia, *Bull. John Rylands Library,* 37, pp. 309-327.

GRECIA, MACEDONIA, LAS LIGAS

ADCOCK (F.), MOSLEY (D. J.), *Diplomacy in ancient Greece* (Londres, 1975).
AYMARD (A.), *Les assemblées de la confédération achaïenne. Etude critique d'institutions et d'histoire,* Bibl. des Univ. du Midi, fasc. XXI (Burdeos-París, 1938; reimpr. anast., Roma, 1967).

— *Les premiers rapports de Rome et de la confédération achaïenne (198-189 av. J. C.),* Bibl. des Univ. du Midi núm. 22 (Burdeos, 1938; reimpr. anast., Roma, 1970).
— «L'organisation de la Macédoine en 167 et le régime représentatif dans le monde grec», *Class. Phil.,* 45 (1950), pp. 96-107 = *Et. hist. anc.,* pp. 164-177.
— «Les stratèges de la confédération achéenne de 202 à 172 av. J.-C.», *REA,* 30 (1928), pp. 1-62 = *Et. hist. anc.,* pp. 1-45.
AYMARD (A.), «Recherches sur les secrétaires des Confédérations aitolienne et achaïenne», *Mélanges Iorga* (Paris, 1933), pp. 71-108.
— «Sur l'assemblée macédonienne», *REA,* 62 (1950), pp. 115-137 = *Et. hist. anc.,* pp. 143-163.
BADIAN (E.), «The Treaty between Rome and the Achacean League», *Journal of Roman Studies,* 42 (1952), pp. 76 ss. (fecha: 192 y discusión).
BALDSON (J. P.), «Rome and Macedon 205-200 B. C.», *Journal of Roman Studies,* 44 (1954), pp. 30-42.
BERVE (H.), *Die Tyrannis bei den Griechen,* 2 vols. (Munich, 1966-1967), 4.ª parte: «Epoque hellénistique».
BÉQUIGNON (Y.), «La retraite de Philippe V en 198 et l'invasion étolienne en Thessalie», *BCH,* 52 (1928), pp. 444-465.
BIBAUW (J.), «La paix de Phoinikè, dernière koinè eirènè de l'histoire grecque?,» *Hommages à Marcel Renard II,* col. «Latomus», vol. 102 (Bruselas, 1968). pp. 83-90.
BICKERMAN (E.), «Les préliminaires de la seconde guerre de Macédoine», *Revue de Philologie,* 3.ª ser., 9 = 61 (1935), pp. 59-81; 161-176.
BOSQUET (J.), «Convention entre Myania et Hypnia», *BCH,* 89 (1965), pp. 665-681 (simpolitia entre dos pequeñas ciudades de la Lócrida en 190 a. de J. C.).
BRISCOE (J.), «Rome and the Class Struggle in the Greek States 200-146 B. C.» *Past and Present,* 36, (1967), pp. 3-20.
BRUNEAU (Ph.), «Contribution à l'histoire urbaine de Délos à l'époque hellénistique et à l'époque impériale», *BCH,* 92 (1968), pp. 633-709.
CHROUST (A. H.), «International Treaties in Antiquity. The diplomatic Negociations between Hannibal and Philip V of Macedon», *Classica and Medioevalia,* 15 (1954), pp. 60-107.
DANOV (C. M.), Pydna, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. 10 (1965). cols. 833-842.
DAUX (G.), «Adeimantos de Lampsaque et la renouvellement de la Ligue de Corinthe par Démétrios Poliorcète», *Archeol. Ephemer.,* 1953-1954 (= *Mélanges Oikonomos,* fechadas en 1955), pp. 245-254.
— *Delphes au IIe et au Ier siècle depuis l'abaissement de l'Etolie jusqu'à la paix romaine, 191-31 av. J.-C.,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 140 (París, 1936).
DEININGER (J.), *Der politische Wiederstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.* (Berlín, 1971).
De LAIX (R. A.), «Polybius' Credibility and the Triple Alliance of 230-239 B. C.», *California Studies in Classical Antiquity,* 2 (1969), pp. 65-83.
ERRINGTON (R. M.), *Philopoemen* (Oxford, 1969).
FERGUSON (W. S.), *Hellenistic Athens* (Londres, 1911), reimpr. s.d.

FERRERO (B.), *Le origini della II guerra Macedonica,* Atti dell'Accademia di Scienze, Lettere e Arti di Palermo, serie IV, vol. 19, parte II (Palermo, 1960), 156 páginas.
FEYEL (M.), *Polybe et l'histoire de Béotie au IIIe siècle avant notre ère,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 152 (París, 1942).
FINE (J. V. A.), «The Background of the Social War of 220-217 B. C.», *American Journal of Philology,* 61 (1940), pp. 129-165.
FLACELIÈRE (R.), *Les Aitoliens à Delphes. Contribution à l'histoire de la Grèce centrale au IIIe siècle av. J.-C.* (París, 1937, Bibl. Ec. fr. Ath. R., fasc. 143).
FORTINA (M.), *Cassandro, re di Macedonia* (Turín, 1965).
FRANKE (P. R.), «Zur Finanzpolitik des makedonischen Königs Perseus wärhend des Krieges mit Rom», *Jahrbuch für Numismatik,* 8 (1957), pp. 31 ss.
FRASER (P. M.), BEAN (G. E.), *The Rhodian Peraea and Islands* (Oxford, 1954).
FUKS (A.), «The Bellum Achaicum and its social Aspects», *The Journal of Hellenic Studies,* 90 (1970), pp. 78-89.
GELZER (M.), *Die Achaica im Geschichtswerk des Polybios,* Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften (Phil.-Hist. Kl., Jahrgang 1940, núm 2).
GEYER (F.), «Makedonia, E. Geschichte», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1928), cols. 697-771.
— Philippus V, *ibid.* (1937), cols. 2303-2331.
GIOVANNINI (A.), «Les origines de la troisième guerre de Macédoine», *BCH,* 93 (1969), pp. 853-861.
— «Polybe et les Assemblées achéennes», *Museum Helveticum,* 1969, pp. 1-17.
— *Untersuchungen über die Natur und die Anfänge der bundesstaatlichen Sympolitie in Griechenland,* Hypomnemata 33 (Gotinga, 1971).
GRANIER (F.), «Die makedonische Heeresversammlung. Ein Beitrag zum antiken Staatsrecht», *Münchener Beiträge,* 13 (1931).
GRUEN (E. S.), «Aratus and the Achaean Alliance with Macedon», *Historia,* 21 (1972), pp. 609-625 (invierno 227-226; crítica de Polibio, II, 47 ss.).
GUGGENMOS (A. T.), *Die Geschichte des Nesiotenbundes bis zur Mitte des III. Jahrhunderts vor Chr.* (Diss. Würzburg, 1929).
HABICHT (C.), «Epigraphische Zeugnisse zur Geschichte Thessaliens unter den makedonischen Herrschaft», *Ancient Macedonia* (1970), pp. 265-278.
— «Samische Volksbeschlüsse der hellenistischen Zeit», *Mitteilungen des deutschen Archaeologischen Instituts, Athenische. Abteilung,* 72 (1957) [1959], pp. 152-274.
HEINEN (H.), *Untersuchungen zur hellenistischen Geschichte des 3. Jahrhunderts v. Chr. Zur Geschichte der Zeit des Ptolemaios Keraunos und zum Chremonideischen Krieg,* Historia, Einzelschriften 20 (Wiesbaden, 1972).
HILLER VON GAERTRINGEN, Rhodos, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. V (1931), Geschichte 4-7, cols. 772-809, el conjunto del artículo, cols., 731-840.
HOFFMANN (W.), «Philopoimen», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1941), cols. 76-95.
HOLLEAUX (M.), *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle avant J.-C. (273-205),* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 124 (París, 1921).

KAHRSTEDT (U.), «Synedrion», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1932), cols. 1333-1350.

LAIDLAW (W. A.), *A History of Delos* (Oxford, 1933).

LARSEN (J. A. O.), «The Assembly of the Aetolian League», *Transactions of the American Philological Association,* 83 (1952), pp. 1-33.

— *Representative Government in Greek and Roman History,* Sather Classical lectures núm. 28 (Berkeley, 1955; 2.ª ed., 1966).

Greek Federal States. Their Instituions and History (Oxford, 1968).

— «Was Greece free between 196 and 146?», *Class. Phil.,* 30 (1935), pp. 193-214.

LENK (B.), Molossi, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1935), cols. 15-25.

MAC KENDRICK (P.), *The Athenian Aristocracy 399 to 31 B. C.,* Martin Classical Lectures, núm. 23 (Cambridge, Mass., 1969).

MAGIE (D.), «The "Agreement" between Philip V and Antiochus III for the Partition of the Egyptian Empire», *Journal of Roman Studies,* 29 (1939), pp. 32 ss. (contra la autenticidad de este tratado).

MELONI (P.), *Perseo e la fine della monarchia Macedone* (Roma, 1953).

MOSSÉ (Cl.), *La tyrannie dans la Grèce antique* (París, 1969), 3.ª parte: «La tyrannie à l'époque hellénistique», pp. 147-201 (Demetrio de Falero, Agatocles Nabis, Aristónico).

MUYLLE (J.), «Le traité d'amitié entre Rome et la Ligue étolienne», *L'Antiquité classique,* 38 (1969), pp. 408-429.

PIRAINO (M. T.), «Antigono Dosone, re di Macedonia», *Atti dell'Accademia di Scienze, Lettere e Arti di Palermo,* serie 4.ª vol. XIII, Parte segunda, Lettere (anno accademico, 1952-1953), fasc. III, pp. 301-375 (Palermo, 1953).

— «La Pace di Fenice, *Riv. Fil.,* 33 (1955), pp. 57-73.

POUILLOUX (J.), «Antigone Gonatas et Athènes après la mort de Chremonidès», *BCH,* 70 (1946), pp. 488-496 (inscripciones que demuestran la ocupación militar macedónica).

— *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos. I, de la fondation de la cité à 196 av. J.-C.,* Etudes Thasiennes III (París, 1954).

POUILLOUX (J.), DUNAND (Chr.), *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos. II, de l'an 196 av. J.-C. jusqu'à la fin del l'Antiquité,* Etudes Thasiennes V (París, 1958).

RADISTA (L.), «Bella Macedonica», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* (Berlín, Nueva York, I, 1972), pp. 564-589.

ROBERT (L.), «Adeimantos et la Ligue de Corinthe», *Hellenica,* 2 (1946), pp. 15-33.

ROESCH (P.), *Thespies et la confédération béotienne,* Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Lyon (París, 1965).

ROUSSEL (P.), *Délos, colonie athénienne,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 111 (París, 1916).

RYDER (T. T.), *Koine eirene. General Peace and local Independence in ancient Greece* (Londres, 1965).

SCHLESINGER (E.), *Die griechische Asylie* (Giessen, 1963).

SCHWAHN, Sympoliteia, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1932), cols. 1171-1266.

SOFMAN (A. S.), *Istorija antičnoj Makedonii,* 2 vols. (Kazan, 1960 et 1963); el vol. II trata las relaciones de Macedonia con Roma. Reseña de H. HEINEM en *Dèmosieumata tès Hetaireias Makedonicón Spoudôn,* 9 (1969), pp. 349-353.

SPIRIDAKIS (S.), *Ptolemaic Itanos and Hellenistic Crete,* Univ. of California Publications in History núm. 82 (Berkeley, 1970).
TARN (W.W.), *Antigonos Gonatas* (Oxford, 1913).
TREVES (P.), «Studi su Antigono Dosone», *Athenaeum,* 12 (1934), pp. 381-411, y 13 (1935), pp. 22-56.
VANDERPOOL (E)., MAC CREDIE (J. R.), STEINBERG (A.), Koroni: «a Ptolemaic Camp on the East Coast of the Attica», *Hesperia,* 31 (1962), pp. 26-61. Cf. ibid., 33 (1964), pp. 69-75, Koroni: the Date of the Camp and the Pottery.
Sobre la discusión que han provocado estos descubrimientos que datan de Ptolomeo II, cf. J. y L. ROBERT, Bull. épigr., *REG,* 1964, núms. 168 y 169.
VAN EFFENTERRE (H.), *La Crète et le monde grec de Platon à Polybe,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 163 (París, 1948; reedición con una actualización de la bibliografía 1968).
WALBANK (F. W.), *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940; reprinted with a new Foreword). Bibliografía, pp. 351-365.
WEHRLI (C.), *Antigone et Demetrios.* Etudes et Documents publiés par l'Institut d'Histoire de la Faculté des Lettres de Genève, 5 (Ginebra, 1968-1969).
WELWEI (K.W.), Das makedonische Hersschaftssystem in Griechenland und die Politik des Antigonos Doson, Rheinisches Museum, NF. 110 (1967), pp. 306-314.

ESPARTA

AFRICA (T.W.), «Cleomenes III and the Helots», *Califor. Studies in Classical Antiquity,* I (Berkeley, 1968), pp. 1-11.
— *Phylarchus and the Spartan Revolution,* Univ. of California Publications in History núm. 68 (Berkeley, 1961).
BADIAN (E.), «Agis III», Hermes, 95 (1967), pp. 170-191.
CHRIMES (K.), *Ancient Sparta. A Re-examination of the Evidences,* Publ. of the Univ. of Manchester, núm. 304, 2.ª ed., Manchester, 1952.
CLOCHÉ (P.), «La politique extérieure de Lacédémone depuis la mort d'Agis III jusqu'à celle d'Acrotatos fils d'Areus Ier», *REA,* 1945, pp. 219-242, y 1946, pp. 29-61.
DAUBIES (M.), «Cléomène III, les hilotes et Sellasie», *Historia,* 20 (1971), pp. 665-695.
— «Un chassé.croisé diplomatique dans le Péloponnèse au IIIe siècle avant J.-C., *L'Antiquité classique,* 42 (1973), pp. 123-154.
EHRENBERG (W.), «Sparta, Geschichte», § IV, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1929), cols. 1265-1445.
FUKS (A.), «Non-Phylarchean Tradition of the Programme of Agis IV», *The Classical Quarterly,* n. s. 12 (1962), pp. 118-121.
— «The Spartan Citizen-Body in mid-third Century B. C. and its Enlargement proposed by Agis IV», *Athenaeum,* n. s. 40 (1962), pp. 244-263.
GABBA (E.), «Studi su Filarco. Le biografie di Agide e di Cleomene», *Athenaeum,* n. s. 35 (1967), pp. 3-55 y 193-239.

LARSEN (J. A. O.), «The Aetolians and the Cleomenic War», *The Classical tradition, Literary and historical Studies in Honor of Harry Caplan* (Itaca, 1966), pp. 43-57.
OLIVA (P.), *Sparta and her social Problems* (Amsterdam-Praga, 1971).
OLLIER (F.), «Le philosophe stoïcien Sphairos et l'œuvre réformatrice des rois de Sparte Agis IV et Cléomène III», *REG,* 1936, pp. 536-570.
POZZI (F.), «Le riforme economico-sociali e le mire tiranniche di Agide IV e Cleomene III, re di Sparta», *Aevum,* 42 (1968), pp. 383-402.
ROEBUCK (C.), *A History of Messenia from 369 to 146 B. C.* (Chicago, 1941).
ROUSSEL (P.), *Sparte* (París, 1939).
SHIMRON (B.), *Late Sparta. The Spartan Revolution 243-146 B. C.,* Arethusa Monographs III (1972).
— «Polybius and the Reforms of Cleomenes III», *Historia,* 13 (1964), pp. 147 ss.
— «Nabis of Sparta and the Helots», *Class, Phil,* 61 (1966), pp. 1-7.
URBAN (R.), «Das Heer des Kleomenes bei Sellasia», *Chiron,* 3 (1973), pp. 95-102.
TEXIER (J. G.), *Nabis,* Annales littéraires de l'Université de Besançon, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 14 (París, 1975).
WALBANK (P.W.), «The Spartan ancestral Constitution by Polybius», *Ancient Society and Institutions, Studies presented to Victor Ehrenberg* (Oxford, 1966).

EPIRO-ILIRIA

CABANES (P.), *L'Epire de la mort de Pyrrhos à la conquête romaine (272-167),* Annales littéraires de l'Université de Besançon, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 19 (París, 1976) (datos más recientes sobre las fuentes y la bibliografía).
CROSS (N. G.), *Epirus, a Study in Greek constitutional Development* (Cambridge, 1932).
DELL (H. J.), «The Origin and Nature of Illyrian Piracy», *Historia,* 16 (1967), pp. 344-358.
FINE (J. V. A.), «The Problem of Macedonian Holdings in Epirus and Thessaly in 221 B. C.», *Transactions and Proceeding of the American Philological Association* 63 (1932), pp. 126-155.
FRANKE (P. R.), *Alt-Epirus und das Königtum der Molosser* (Diss. Erlangen, 1954).
HAMMOND (N. G. L.), *Epirus. The Geography, the ancient Remains, the History and the Topography of Epirus and adjacent Areas* (Oxford, 1967).
HAMMOND (N. G. L.), The Kingdoms in Illyria circa 400-167 B. C., *Annual of the British School of Athens* 61 (1966), pp. 239-253.
— Illyris, Rome and Macedon in 229-205 B. C., *The Journal of Roman Studies* 58 (1968), pp. 1-21 (cartes).
KRONASSER (H.), Illyrier und Illyricum, *Sprache* II (1965), pp. 155-183 (fuentes sobre los ilirios vistos por los romanos y los griegos).
LÉVÊQUE (P.), *Pyrrhos* (París, 1957), sources pp. 22 ss.
NENCI (G.), *Pirro, aspirazioni egemoniche ed equilibrio mediterráneo* (Turin, 1953)
NIKOLANCI (M.), Contacts gréco-illyriens sur la côte Est de l'Adriatique, *Archaeologica Yugoslavica* 5 (1964), pp. 49-60 (resumen de los resultados de la ciencia yugoslava de la posguerra).

MAGNA GRECIA

La Magna Grecia nel mondo ellenistico, Atti del 9.º Convegno di Studi sulla Magna Grecia, Taranto 1969 (Nápoles, 1970).

BENGTSON (H.), Ueber einige Beziehungen zwischen Sizilien und der hellenistischen Welt, *Kokalos* 10-11 (1964-1965), pp. 319-332.

BERVE (H.), *Die Herrschaft des Agathokles,* Sitzungsberichte Bayer. Akademie fase 5 (Munich, 1952) (étude des pouvoirs d'Agathocle).

— *König Hieron II,* Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften Philos.-Histor. Klasse, neue Folge 47 (Munich, 1959).

KIENAST (J.), Pyrrhos, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1963), cols. 108-165.

MANNI (E.), Agatocle e la politica estera di Siracusa, *Kokalos* 12 (1966), pp. 144-162.

RIZZO (F. P.), *La Sicilia e le potenze ellenistiche al tempo delle guerre puniche.* Indagine storico-prosopografica. I. Rapporti con Cos, l'Egitto e l'Etolia. Supplementi a Kokalos, núm 3 (Palermo, 1973).

SANDBERGER (F.), *Prosopographie zur Geschichte des Pyrrhos* (Diss. Munich, 1969; erschienen Stuttgart, 1970).

VAN COMPERNOLLE (R.), La clause territoriale du traité de 306-305 conclu entre Agathoclès de Syracuse et Carthage, *Revue belge de Philologie et d'Histoire* 32 (1954), pp. 395-421.

VARTSOS (I. A), *Ho Pyrrhos en Italia* (en griego, Atenas, 1967).

WUILLEUMIER (P.), *Tarente des origines à la conquête romaine* (Paris, 1939).

REGIÓN DEL MAR NEGRO

BELIN DE BALLU (E.), *L'histoire des colonies grecques du littoral nord de la mer Noire* (París, 1960; 2.ª ed., 1965).

— *Olbia, cité antique du littoral nord de la mer Noire* (Leiden, 1972).

BENGTSON (H), «Neues zur Geschichte des Hellenismus in Thrakien und in der Dobrudscha», *Historia,* 11 (1962), pp. 18-28 (decreto de Histria, hacia 200 a. de J. C., publicado por LAMBRINO, *Rev. Et. roumaines,* 5-6, París, 1960, pp. 180-217).

BLAVATSKAYA (T.V), *Les villes situées à l'ouest du Pont-Euxin entre le VIIe et le Ier siècle avant notre ère* (en ruso) (Moscú, 1952).

BLAVATSKI (B. D.), *L'agriculture dans les anciens Etats nord-pontiques* (en ruso).

— «Le rayonnement de la culture antique dans les pays de la Pontide du Nord», *VIIIe Congrès international d'Archéologie classique,* 1965, pp. 393-403.

BOETTIGER (F.), «Die städtische Be-und Entwässerungsanlagen Olbias und der Versuch einer Characterisierung der Kommunalpolitik der Stadt», *Wissensch. Zeitschr. der Fr. Schiller-Univ. Iena, Ges.-und Sprachwiss., Reihe,* 14 (1965), pp. 67-71.

CONDURACHI (E.), «Les villes pontiques et leur importance pour l'histoire ancienne du Sud-Est européen», *Bulletin de l'Association internationale d'Etude du Sud-Est européen* (Bucarest), III, 1 (1965), pp. 19-30.

DANOFF (C. M.), «Pontos Euxeinos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. IX (1962), cols. 866-1175 (fundamental para la bibliografía rusa).

DANOV (C. M.), La côte ouest de la mer Noire dans l'Antiquité (en búlgaro) (Sofía, 1947). (Del mismo autor que el precedente.)

EFTIME (V.), «Imports of stamped Amphorae in the lower Danubian Regions and a Draft Rumanian Corpus of Amphora Stamps», *Dacia,* n. s. 3 (1959), pp. 195-215.

GAJDUKEVIČ (V. E.), *Das Bosporanische Reich* (Berlín, 1971).

— «Problemes d'histoire économique du Bosphore» (en ruso), *Vest. Drev. Ist.*, 1966, núm. 95, pp. 47-64.

GEYER (F.), «Mithridates», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1932), cols. 2157-2215 (de la época helenística, los núms. 6 a 23).

HABICHT (C.), «Prusias», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1957), cols. 1086-1128.

HARMATTA (J.), *Studies on the History of the Sarmatians* (Budapest, 1950).

LENK (B.), «Thrake 3», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1937), cols. 393-452 (historia hasta el fin de la época helenística).

MIHAILOV (G.), «La Thrace aux IVe et IIIe siècles avant notre ère», *Athenaeum,* n. s. 39 (1961), pp. 33-44.

NEWSKAJA (W. A.), *Byzanz in der klassischen und hellenistischen Epoche* (übersetzt von H. Brunschwitz, Leipzig, 1955).

PEČIRKA (J.), «Country Estates of the polis of Chersonesos in the Crimea» (en checo), *Listy Filologiché,* 91 (1968), pp. 279-288.

PIPPIDI (D. M.), *Epigraphische Beiträge zur Geschichte Histrias in hellenistischer und römischer Zeit,* Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Sektion für Altertumswissenschaft, 34 (Berlín, 1962).

PIPPIDI (D. M.), *Contributi la istoria veche a Romaniei* (Bucarest, 2.ª ed., 1967), edición revisada y ampliada con resúmenes en francés.

— *I Greci nel Basso Danubio dall' età arcaica alla conquista romana,* traducido por G. BORDENACHE (Milán, 1971).

— «Les colonies grecques de Scythie Mineure à l'époque hellénistique», *Balkan Stud.,* 6 (1965), pp. 95-118.

PIPPIDI (D. M.), BERCIU (D.), *Din istoria Dobrogei.* I Geti si Greci la Dunarea de Jos din cele mai vechi tempuri pîna la cucerirea romana (Bucarest, 1965) (resumido por P. ALEXANDRESCU, «Une nouvelle synthèse de l'histoire des villes grecques de la Dobroudja préromaine», *Revue roumaine d'Histoire,* 7, 2 (1968), pp. 263-279).

PIPPIDI (D. M.), POPESCU (E.), «Les relations d'Istros et d'Apollonie du Pont», *Dacia,* n. s. 3 (1959), pp. 235-258.

ROSTOVTZEFF (M.), *Iranians and Greeks in South Russia* (Oxford, 1922).

ŠELOV (D. B.), «Le Bosphore et le Tanaïs du IIIe au Ier siècle av. J.-C.», *Vest. Drev. Ist.,* 102 (1967), pp. 36-46 (en ruso con resumen en inglés).

STOIAN (J.), *Etudes histriennes* (Bruselas, col. «Latomus», vol. 123, 1972).

ŠURGALA (I. G.), «Importation d'Alexandrie sur le littoral nord de la mer Noire» (en ruso), *Vest. Drev. Ist.,* 94 (1965), pp. 126-140.

VULPE (R.), «Le problème des Bastarnes à la lumière des découvertes archéologiques en Moldavie», *Nouvelles Etudes d'Histoire présentées au Xe Congrès des Sciences historiques* (Bucarest, 1955), pp. 103-119.

WASOVICZ (A.), *Olbia pontique et son territoire,* Annales littéraires de l'Université de Besançon, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 168 (París, 1975).

WELSKOPF (E. C.), *Hellenische Poleis* (obra colectiva), 4 vols. (Berlín, DDR, 1974); cap. II: «Hellenisierung, Hellenen und Barbaren: 1. Poleis in den Schwarzmeergebieten» (Estudio de situaciones de crisis, sobre todo en el siglo IV y, ocasionalmente, en el siglo III a. de J. C.).

ASIA MENOR

BEAN (G. E.), MITFORD (T. B.), «Sites old and new in Rough Cilicia», *Anatolian Studies,* 12, (1962), pp. 185-217.

— *Journeys in Rough Cilicia in 1962 and 1963,* Denkschriften Wiener Akademie, 85 (1965).

BEAN (G. B.), *Kleinasien* I (Stuttgart, 1969).

BENGTSON (H.), «Die Bedeutung der Eingeborenenbevölkerung in den hellenistischen Oststaaten», *Die Welt als Geschichte,* 2 (1951), pp. 135 ss.

BICKERMANN (E.), «Notes sur Polybe I: le statut des villes d'Asie après la paix d'Apamée», *REG,* 50 (1937), pp. 217-239.

BÜRCHNER, «Ephesos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1905), cols. 2773-2822, a completar con S. KARWIESE Ephesos, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. XII (1970), cols. 248-364, y D. KNIBBE, cols. 1588-1704.

— «Smyrna, E. Hellenistische Stadt», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1929), cols. 746-765.

BOSCH (C. E.), *Studien zur Geschichte Pamphylien* (Ankara, 1957).

BROUGHTON (T. R. S.), «New Evidence on Temple Estates in Asia Minor», *Studies in Roman economic and social History in Honor of A. C. Johnson* (Princeton, 1951), pp. 236-250.

CADOUX (C. J.), *Ancient Smyrna. A History of the City from the earliest times to 324 A. D.* (Oxford, 1938).

DOERNER (F. K.), «Inschriften und Denkmäler aus Bithynien», *Istanbuler Forschungen,* 14 (1941).

DOWNEY (G.), *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest* (Princeton, 1961).

HAUSSOULIER (B), *Etudes sur l'histoire de Milet et du Didymeion,* Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes, fasc. 138 (París, 1902).

HERRMANN (P.), «Antiochos der Grosse und Teos», Anatolia, 9 (1965, publicado en 1967), pp. 29-159.

HEUSS (A.), «Die Freiheitserklärung von Mylasa in den Inschriften von Labranda», *Le Monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 403-415.

HILL (G.), *History of Cyprus* I (1940).

HILLER VON GAERTRINGEN, «Miletos, Geschichte», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1932), cols. 1586-1622.

KLEINER (G), «Priene», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. IX (1962), cols. 1181-1221.

— *Alt-Milet,* Sitzungsberichte der Wiss. Gesel. Frankfurt (Wiesbaden, 1966).

MAGIE (D.), *Roman Rule in Asia Minor to the End of the 3rd century after Christ,* 2 vols. (Princeton, 1950).

— «Rome and the City-States of Western Asia Minor from 200 to 133 B. C.», *Anatolian Studies presented to W. Buckler* (Manchester, 1939), pp. 161-185.
MEYER (E.), *Die Grenzen der hellenistischen Staaten in Kleinasien* (Zürich-Leipzig, 1925).
REINACH (Th.), *Trois royaumes de l'Asie Mineure: Cappadoce, Bithynie, Pont* (París, 1889).
SMITH (S.), *Babylonian Historical Texts* (Londres, 1924).
STAEHELIN (F.), *Geschichte der kleinasiatischen Galater,* (2.ª ed., Leipzig, 1907).
SVENCICKAJA (J. S.), «Droit de cité et droit de propriété terrienne dans les villes hellénistiques de l'Asie Mineure» (en ruso), *Vest. Drev. Ist.* 96 (1966), pp. 44-53.
VITUCCI (V. G.), *Il regno di Bitinia* (Roma, 1953).
WELLES (C. B.), Hellenistic Tarsus, *Mélanges de l'Université Saint-Joseph* 38 (1962) (= *Mélanges offerts au Père René Mouterde),* pp. 41-76.

SELÉUCIDAS

AYMARD (A.), «Autour de l'avènement d'Antiochos IV», *Historia,* 2 (1953-1954), pp. 49-73; *Et. hist. anc.* (París, 1967), pp. 240-262.
— «Une ville de la Babylonie Séleucide d'après les contrats cunéiformes», *REA,* 40 (1938), pp. 5-42; *Et. hist. anc.,* pp. 178-211 (respecto a M. RUTTEN, *Contrats de l'époque séleucide...* Se trata de Uruk).
— «Du nouveau sur Antiochos III d'après une inscription grecque d'Iran», *REA,* 51 (1949), pp. 327-345; *Et. hist. anc.* pp. 212-229 (se trata de la inscripción de Laodicea Néhavend, publicada por L. ROBERT, *Hellenica,* VII).
— «Du nouveau sur la chronologie des Séleucides», *REA,* 57 (1955), pp. 102-112; *Et. hist. anc.,* pp. 263-272 (acerca de SACHS-WISEMAN, «A Babylonian King-List», *Iraq,* 1954).
BADIAN (E.), «Rome and Antiochus the Great: a Study in Cold War», *Classical Philology,* 54 (1959), pp. 81-99.
BIKERMAN (E.), *Institutions des Séleucides,* Haut-Commissariat de la République française en Syrie et au Liban, Service des Antiquités, Bibliothèque archéologique et historique, t. XXVI (París, 1938).
— «Bellum Antiochicum», *Hermes,* 67 (1932), pp. 47-76.
— «The Seleucids and the Achaemenids», *Atti del Convegno sul Tema: La Persia e il mondo greco-romano (Roma, 11-14 aprile, 1965),* Accad. dei Lincei 1966, pp. 87-117.
BOUCHÉ-LECLERCQ (A.), *Histoire des Séleucides* (París, 1913; reimpr. anast., Bruselas, 1963).
EDSON (C.), «Imperium Macedonicum. The Seleucid Empire and the Literary Evidence», *Class. Phil.,* 53 (1958), pp. 153-170.
HADLEY (R. A.), «Hieronymus of Cardia and early Seleucid Mythology», *Historia,* 18 (1969), pp. 142-152.
KAHRSTEDT (V.), *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit,* Abhandlungen der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, Phil. Hist. Klasse XIX, 2 (Berlín, 1926).

MAC DONALD (A. H.), «The Treaty of Apamea (188 B. C.)», *Journal of Roman Studies*, 57 (1967), pp. 1-8.
MAC DOWELL (R. H.), *Stamped and inscribed Objects from Seleucia on the Tigris*, University of Michigan Studies. Humanistic series núm. 36 (Ann Arbor, 1935).
MORKHOLM (O.), *Antiochus IV of Syria*, Classica et Medioevalia Dissertationes, núm. 8 (Copenhague, 1966).
MUSTI (D.), «Aspetti dell' organizzazione seleucidica in Asia Minore nel IIIe sec. a. C.», *La Parola del Passato*, 20 (1965), pp. 153-160.
— «Lo Stato dei Seleucidi. Dinastia, popoli, città da Seleuco I ad Antioco III», *Studi Classici ed Orientali*, 15 (1966), pp. 61-197.
OTTO (W.), *Beiträge zur Seleukidengeschichte des 3. Jhdts v. Chr.*, Abhandlungen der Bayer. Akademie der Wiss., Phil.-Hist. Kl. 34, fasc. 1 (Munich, 1928).
POLAČEK (A.), «Le traité de paix d'Apamée», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité*, 3.a serie, 18 (1971), pp. 591-621.
ROSTOVTZEFF (M.), «Seleucid Babylonia, Bullae and Seals of Clay with Greek Inscriptions», *Yale Classical Studies*, 3 (1932), pp. 1-114.
SCHMITT (H. H.), *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos' des Grossen und seiner Zeit*, Historia, Einzelschriften, Heft 6 (Wiesbaden, 1964).
SEYRIG (H.), «Séleucus Ier et la fondation de la monarchie syrienne», *Syria*, 47 (1970), pp. 290-311.
WILL (E.), «Rome et les Séleucides», *Ausfstieg und Niedergang der römischen Welt*, herausgegeben von H. TEMPORINI (Berlín-Nueva York, 1972), pp. 590-632.
— «A propos d'Antiochos III et de son temps», *Revue de Philologie*, 40=92 de la colección (1966), pp. 284-294 (acerca de H. H. SCHMITT, *Unters. zur Geschichte Antiochos' des Grossen)*.
— «Les premières années du règne d'Antiochos III (223-219 av. J.-C.)», *REG*, 75 (1962), pp. 72-129.
WOLSKI (J.), «The Decay of the Iranian Empire of the Seleucids and the Chronology of the Parthian Beginnings», *Berytus*, 12 (1956-1957), pp. 35 ss.
— «L'effondrement de la domination des Séleucides en Iran au IIIe siècle av. J.-C.» *Bulletin intern. de l'Académie polonaise des Sciences et des Lettres*, Classe de Philologie, Supl. núm. 5 (1939-1945, Cracovia, 1947), pp. 13-70 (de 250 a 239).
ZAMBELLI (M.), «Ricerche per la storia di Antiocho il Grande a della sua età», *Riv. Fil.*, 95 (1967), pp. 366-380 (acerca de H. SCHMITT, *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos' des Grossen)*.
— «L'ascesa al trono di Antioco IV Epifane di Siria», *Riv. Fil.*, 88 (1960), pp. 362-389.
— «La composizione del Secondo Libro dei Maccabei e la nuova cronologia di Antioco IV Epifane», *Miscellanea greca e romana* XVI (Roma, 1965), pp. 195-299.
— «Crisi monetaria e separatismo municipale durante el regno di Antioco IV Epifane», *Seconda Miscellanea Greca e Romana* (Roma, 1968), II, pp. 293-333.

HELENISMO DE LA ALTA ASIA

ALTHEIM (F.), REHORK *(J.), Der Hellenismus in Mittelasien* (Darmstadt, 1969).

BERNARD (P.), «Première campagne de fouilles d'Aï Kahnoum», *CRAI*, 1966, pp. 127-133.
— *Fouilles d'Aï Khanoum. Campagnes 1965, 1966, 1967, 1968.* Memorias de la Delegación Arqueológica francesa en Afganistán, t. XXI (París, 1973).
— «Fouilles de Aï Khanoum (Afghanistan). Campagnes de 1972 et 1973», *CRAI*, 1974, pp. 280-308; Campaña de 1974, *ibid*, 1975, pp. 167-197.
BERNARD (P.), «Aï Khanum on the Oxus: a Hellenistic City in Central Asía», Albert Reckitt Archaeological Lectures 1967. *Proceedings of the British Academy*, 53 (1967), pp. 71-95.
BLOCH (J.), *Les inscriptions d'Açoka*, traducidas y comentadas, Collection Emile Senart (París, 1950).
COLLEDGE (M. A. R.), *The Parthians* (Nueva York, 1967).
DEBEVOISE (N. C.), *A political History of Parthia* (Chicago, 1938).
DIAKONOFF (I. M.), LIVSHITS (V. A.), *Parthian Economic Documents from Nisa*, Corpus Inscriptionum Iranicarum, Part II, Inscriptions of the Seleucid and Parthian Periods and of Eastern Iran and Central Asia, Plates I (Londres, 1976).
FINOT (L.), *Les questions de Milinda*, Milinda-Pañha traducido del pali con introducción y notas (París, 1923).
FISCHER (K.), «Literatur zu griechisch-indischen Beziehungen», *Gnomon*, 38 (1966), pp. 279-288.
— «Alexandropolis metropolis Arachosias. Zur Lage von Kandahar an Landverbindungen zwischen Iran und Indien», *Bonner Jahrbücher*, 167 (1967), pp. 129-232.
FOUCHER (A.), *La vieille route de l'Inde de Bactres à Taxila*. Memorias de la Delegación francesa en Afganistán, 2 vols. (París, 1947).
GHIRSHMAN (R.), *L'Iran, des origenes à l'Islam* (París, 1964).
HARMATTA (J.), «Zu den griechischen Inschriften des Aśoka», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungariae* XIV, fasc. 1-2 (1966), pp. 77-85.
JUNGE (P.), SCHUR (W.), Parthia, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1949), cols. 1968-2029.
MARSHALL (Sir John), *Taxila*, 3 vols. (Cambridge, 1951).
MASSON (V. M.), «Denejnoe khoziaistvo drevnei Srednei Azii po numizmatitcheskim dannym» (La economía monetaria del Asia Central antigua según los datos numismáticos), *Vestn. Drev. Ist.*, 52 (1955).
— «Novye dannye po drevnei istorii Merva» (Nuevos datos sobre la historia antigua de Merv), *Vestn. Drev. Ist.*, 38 (1951), pp. 89-101.
NARAIN (A. K.), *The Indo-Greeks* (Oxford, 1957).
SCHLUMBERGER (D.), «Le temple de Surkh-Kotal en Bactriane», *Journal Asiatique*, 1952, pp. 433-453; 1954, pp. 161-205 (con 3 inscripciones publicadas por R. CURIEL); 1955, pp. 269-279; 1964, pp. 303-326.
— «The Excavations at Surkh Kotal and the Problem of Hellenism in Bactria and India», *Proceedings of the British Academy* 1961, pp. 77-95 y lám. I-XXIV.
SCHLUMBERGER (D.), BERNARD (P.), «Aï Khanoum», *BCH*, 89 (1965), pp. 590-657.
SCHLUMBERGER (D.), ROBERT (L.), DUPONT-SOMMER (A.), BENVENISTE (E.), «Une bilingue gréco-araméenne d'Asoka», *Journal Asiatique*, 246 (1958), pp. 1-48 (el texto griego se halla reproducido en *SEG*, XX (1964), núm. 326, con bibliografía).

SCHLUMBERGER (D.), «Une nouvelle inscription grecque d'Açoka», *CRAI,* 1964, pp. 126-140; Edición por E. BENVENISTE, *Journal Asiatique,* 1964, pp. 137-157.
SCHWARZ (F. F.), «Mauryas und die Seleukiden. Probleme ihrer gegenseitigen Beziehungen», *Gedenkschrift Brandenstein* (Innsbruck, 1968), pp. 181-190.
TARN (W. W.), *The Greeks in Bactria and India* (Cambridge, 1938; 2.ª ed., 1951; 3.ª ed., 1966).
THAPAR (R.), *Asoka and the Decline of the Mauryas* (Oxford, 1961) (bibliografía).
WOLSKI (J.), «L'historicité d'Arsace Ier», *Historia,* 8 (1959), pp. 222-238 (WOLSKI expulsa de la historia a Arsaces o Tiridates, primer rey de los partos).
— «Arsace II et la généalogie des premiers Arsacides», *Historia,* 11 (1962), pp. 138-145.
— «Les recherches modernes sur l'histoire des Parthes», *Mélanges Michalowski* (Varsovia, 1966), pp. 735-740.
— «Les Iraniens et le royaume gréco-bactrien», *Klio* 38 (1960), pp. 110-121.
— «L'effondrement de la domination des Séleucides en Iran au IIIe siècle av. J.-C.», *Bulletin de l'Académie polonaise des Sciences et des Lettres,* Clase de filología, de historia y de filosofía, número suplementario, 5 (1939-1945) (Cracovia, 1947), pp. 13-70.
— «The Decay of the Iranian Empire of the Seleucids and the Chronology of the Parthian Beginnings», *Berytus,* 12 (1956-1957), pp. 32-52.
WOODCOCK (G.), *The Greeks in India* (Londres, 1966).

EGIPTO LÁGIDA

N. B.— El manual reciente de O. MONTEVECCHI, *La Papirologia* (Turín, 1973), aporta una importante bibliografía que nos permite citar aquí tan sólo los títulos más recientes y algunos «grandes clásicos».

ALEJANDRÍA

BERNAND (A.), *Alexandrie la Grande* (París, 1966).
CAVENAILE (R.), «Pour une histoire politique et sociale d'Alexandrie. Les origines», *L'Antiquité classique,* 41 (1972), pp. 94-112.
FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria,* I, Text; II, Notes; III, Indexes (Oxford, 1972). El índice remitirá al lector a todas las fuentes y a una bibliografía completa, que nos permitirá reducir al mínimo nuestra bibliografía sobre Alejandría.

HISTORIA POLÍTICA DE EGIPTO

ABEL (K.), «Der Tod des Ptolemaios IV, Philopator bei Polybios. Eine historisch-textgeschichtliche Studie», *Hermes,* 95 (1967), pp. 72-90.
Actas de los congresos internacionales de Papirología (15 congresos). Se encontrará la lista en O. MONTEVECCHI, *La papirologia,* p. 436. Hay que añadir el Congreso XXX en Marburgo; XIV, en Oxford; XV en Bruselas.
ALLIOT (M.), «La Thébaïde en lutte contre les rois d'Alexandrie sous Philopator et Epiphane (216-184), *Revue belge de Phil. et d'Hist.,* 29 (1951), pp. 421-443.

BEVAN (E., «A History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty» (Londres 1927); trad. franc.: *Histoire des Lagides* (París, Payot, 1934).

BOUCHÉ-LECLERQ (A.), *Histoire des Lagides,* 4 tomos (París, 1903-1907, reimpr. anast., Bruselas, 1963).

DESANGES (J.), «Les chasseurs d'éléphants d'Abou Simbel', *Actes du XCIIe Congrès national des Sociétés savantes, Strasbourg et Colmar 1967,* sección de Arqueología (París, 1970), pp. 31-50.

HARMATTA (J.), «Das Problem der Kontinuität im frühhellenistischen Aegypten», *Acta Antiqua,* 11 (1963), fasc. 3-4, pp- 199-213.

HAUBEN (H.), «A Royal Toast in 302 B. C.», *Ancient Society,* 5 (1974), pp. 105-117.

HEINEN (H.), «Les mariages de Ptolémée VIII Evergète et leur chronologie. Etude comparative de papyrus et d'inscriptions grecs, démotiques et hiéroglyphiques», *Akten des XIII. internationalen Papyrologenkongress, Marburg an d. Lahn, 1971. Münchener Beiträge,* núm. 66 (Munich, 1973), pp. 147-155.

— «Heer und Gesellschaft im Ptolemäerreich», *Ancient Society,* 4 (1973), pp. 91-114.

HUSS (W.), «Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios' IV», *Münchener Beiträge,* núm. 69 (Munich, 1976).

JÄHNE (A.), «Die "Syrische Frage", Seleukeia in Pierien und die Ptolemäer», *Klio,* 56 (1974), pp. 501-519.

KERTÉSZ (I.), «Ptolemy I and the Battle of Gaza», *Studia Aegyptiaca,* I, Recopilación de estudios dedicados a Vilmos Wessetzky (Budapest, 1974), pp. 231-241.

LEWIS (N.), *Inventory of compulsary Services in Ptolemaic and Roman Egypt,* American Studies in Papyrology, 3 (1968).

LONGEGA (G.), *Arsinoe II,* Università degli Studi di Padova, Publ. dell' Istituto di Storia Antica, VI (Roma, 1968).

LORTON (D.), «The supposed Expedition of Ptolemy II to Persia», *Journal of Egyptian Archaeology,* 57 (1971), pp. 160-164. (El Persit de la estela de Pithom sería Palestina.) (Véase W. W. TARN, *Ptolemy II and Arabia.*)

MOOREN (L.), «The Governors General of the Thebaid in the second Century B. C.», *Ancient Society,* 1.ª parte, 4 (1973), pp. 115-132; 2.ª parte, 5 (1974), pp. 137-152.

— «Ueber die ptolemäischen Hofrangtitel», *Antidorum Peremans: Studia hellenistica,* 16 (1968), pp. 161-180 (revista de estudios recientes).

— «Die angebliche Verwandtschaft zwischen den ptolemäischen und pharaonischen Hofrangtiteln», *Proceedings of the XIVth International Congress of Papyrology* (Londres, 1975), pp. 233-240.

OTTO (W.), *Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemaers. Ein Beitrag zur Politik und zum Staatsrecht des Hellenismus,* Abhandl. der Bayer. Akad, der Wiss., Philos-Hist. Abteil, n. Folge, Heft 11 (Munich, 1934).

OTTO (W.), BENGTSON (H.), *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches. Ein Beitrag zur Regierungszeit des 8. und des 9. Ptolemäers,* Abhandl. der Bayer. Akad. der Wiss., Philos.-histor. Abteil., n. Folge, Heft 17 (Munich, 1938).

PLAUMANN (G.), *Ptolemaïs in Oberägypten. Ein Beitrag zur Geschichte des Hellenismus in Aegypten* (Leipzig, 1910).

PEREMANS (W.), VAN'T DACK (E.), «Prolégomènes à une étude concernant le commandant de place lagide en dehors de l'Egypte», *Antidoron Martino David*

oblatum (Papyrologica Lugduno-Batava XVII, Leyden, 1968), pp. 81-99 (en las pp. 88-89, lista de los dinastas de Chipre en el reinado de Ptolomeo Sóter).
PEREMANS (W.), Ueber die Zweisprachigkeit im Ptolemäischen Aegypten, *Studien zur Papyrologie und antiken Wirtschaftgeschichte (Festschrift F. Oertel)* (Bonn, 1964), pp. 49-60.
— ««Ptolemée IV et les Egyptiens», *Le Monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 393-402.
PESTMAN (P.W.), «Harmachis et Anchmachis, deux rois indigènes du temps des Ptolémés», *Chronique d'Egypte,* XL (1965), pp. 157-170 (bibliografía,).
PRÉAUX (Cl.), «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides», *Chronique d'Egypte,* XI (1936), pp. 522-552.
SANTI AMANTINI (L.), «Tolomeo VI Filometore re di Siria?», *Rendiconti della Classe di Lettere e Scienze Morali e Storiche dell' Istituto Lombardo,* 108 (1974), pp. 511-529.
SEIBERT (J.), «Philokles, Sohn des Apollodoros, König der Sidonier», Historia, 19 (1970), pp. 337-351.
— «Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios I», *Münchener Beiträge* núm. 56 (Munich, 1969).
— «Ptolemaios I. und Milet», Chiron, I (1971), pp. 159-166.
SWAIN (J. W.), «Antiochus Epiphanes and Egypt», *Class. Phil.,* 39 (1944), pp. 73-94.
SWINNEN (W.), «Problèmes d'anthroponymie ptolémaïque I. Nom et nationalité des prêtres du culte éponyme d'Alexandre et des Lagides», *Chronique d'Egypte,* XLII (1967), pp. 156-171.
TARN (W. W.), «Ptolemy II and Arabia», *Journal of Egyptian Archaeology,* 15 (1929), pp. 9-25.
THISSEN (H. J.), *Studien zum Raphiadekret* (Beiträge zur klassischen Philologie 23. Meisenheim am Glan, 1966).
THOMAS (J. D.), *The Epistrategos in Ptolemaic and Roman Egypt.* Part I: *The Ptolemaic Epistrategos,* Abhandlungen der Rheinisch-Westfalischen Akademie der Wissenschaften, Sonderreihe: Papyrologica Coloniensia, vol. VI (Opladen. 1975).
TURNER (E. G.), «A Commander-in-Chief's Order from Saqqâra», *The Journal of Egyptian Archaelogy,* 60 (1974), pp. 239-242 (papiros de la época de Alejandro).
VAN'T DACK (E.), «Les commandants de place lagides à Théra», *Ancient Society* 4 (1973), pp. 71-90.
VOGT (J.). «Kleomenes von Naukratis, Herr von Aegypten», *Chiron,* 1 (1971), pp. 153-157.
VOLKMANN (H.), «Ptolemaios 18-39, PAULY-WISSOWA», *Real Encyclopädie* (1959), cols. 1600-1761.
WELLES (C. B.), «The Ptolemaic Administration of Egypt», *Journal of Juristic Papyrology,* 3 (1949), pp. 21-47.
— «The Role of the Egyptians under the first Ptolemies», *Bulletin of the American Society of Papyrologists,* 7 (1970), pp. 405-510.

CIRENE

BERVE (H.), «Ophellas, PAULY-WISSOWA», *Real Encyclopädie* (1939), cols. 632 ss.

CHAMOUX (F.), «Le roi Magas», *Revue Historique,* 216 (1956), pp. 18 ss. (con bibliografía).

EHRENBERG (V.), «Ofella di Cirene», *Riv. Fil.,* 66 (n. s. 16) (1938), pp. 146 ss.

MACHU (J.), «Cyrène: la cité et la souverain à l'époque hellénistique», *Revue Historique* (1951), pp. 41-55.

WILL (E.), «La Cyrénaïque et les partages successifs de l'empire d'Alexandre», *L'Antiquité classique,* 29 (1960), pp. 369-390.

– Ophellas, Ptolémée, «Cassandre et la chronologie», *REA* (1964), pp. 320 ss.

ROMA

ACCAME (S.), *Roma a la conquista del Mediterraneo orientale* (2.ª ed., Nápoles 1968).

ASTIN (A. E.), *Scipio Aemilianus* (Oxford, 1967).

Aufstieg und Niedergang der römischen Welt. Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung, herausg. von Hildegard TEMPORINI I (Berlín, 1972), que citaremos *Aufstieg und Niedergang* (publ. continua).

BAYER (E.), «Rom und die Westgriechen bis 280 v. Chr.», *Aufstieg und Niedergang* I (Berlin, 1972), pp. 305-340.

BENGSTON (H.), «Das Imperium romanum in griechischer Sicht», *Gymnasium,* 71 (1964), pp. 150-166.

BRISCOE (J.), «Eastern Policy and senatorial Politics 168-146 B. C.», *Historia,* 18 (1969), pp. 40-70.

CASSOLA (F.), *I gruppi politici romani nel III° secolo. A. C.* (Trieste, 1962).

DAHLHEIM (M. W.), *Struktur und Entwicklung des römischen Völkerrechts im dritten und zweiten Jahrhundert v. Chr.,* Vestigia 8 (1968): en las pp. 141-146, fuentes y bibliografía sobre las embajadas.

GRIMAL (P.), *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques* (París, 2.ª ed., 1975).

HEINEN (H.), «Die politischen Beziehungen zwischen Rom und dem Ptolemäerreich von ihren Anfängen bis zum Tag von Eleusis (273-168 v. Chr.)», *Aufstieg und Niedergang,* I (Berlin , 1972), pp. 633-659.

HOLLEAUX (M.), «Recherches sur l'histoire des négociations d'Antiochos III avec les Romains», en *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecques* V (1957), pp. 163 ss.

– *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle abant J.-C-(273-205),* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. núm. 124 (París, 1921).

HOPITAL (R. G.), «Le traité romano-étolien de 212 av. J.-C.» *Revue historique de Droit français et étranger,* 4.ª serie, 42 (1964), pp. 20-48; 204-246.

KLAFFENBACH (G.), *Der römisch-ätolische Bündnisvertrag vom Jahre 212 v. Chr.,* Sitzungsberichte der Berliner Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Phil. -Hist. Klasse 1954, fasc. 1.

KNIBBE (D.), *Die römischen Gesandtschaften nach dem Osten in der Zeit von 230-129 v. Chr.* (Disertación, Viena, 1959).
LEVI (M. A.), *L'ellenismo e l'ascesa di Roma* (Turín, 1969).
LIEBMANN-FRANKFORT (Th.), «Valeur juridique et signification politique des testaments faits par les rois hellénistiques en faveur des Romains», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, 13 (1966), pp. 73-94.
— *La frontière orientale dans la politique extérieure de la République romaine depuis le traité d'Apamée jusqu'à la fin des conquêtes asiatiques de Pompée,* Académie royale de Belgique, Mémoires in-8º, t. LIX, fasc. 5 (Bruselas, 1969).
MANNI (E.), «L'Egitto tolemaico nei suoi rapporti politici con Roma, I: L'Amicitia», *Riv. Fil.,* n. s. 27 (1949), pp. 79-106; II: «L'instaurazione del protetorato romano», *ibid.,* n. s. 28 (1950), pp. 229-262.
NICOLET (Cl.), *Le métier de citoyen dans la Rome républicaine* (París, 1976).
PETZOLD (K. E.), «Rom und Illyrien. Ein Beitrag zur römischen Aussenpolitik im 3. Jahrhundert», *Historia,* 20 (1971), pp. 199-223.
PICARD (G. Charles), *Hannibal* (París, 1967), bibliografía, pp. 251-268.
SCHLAG (U.), *Regnum in Senatu: das Wirken römischer Staatsmänner von 200 bis 191 v. Chr.* (Stuttgart, 1968).
SCHMITT (H.), Rom und Rhodos. Geschichte ihrer politischen Beziehungen seit der ersten Berührung bis zum Aufgeben des Inselstaates im römischen Weltreich, *Münchener Beiträge,* núm. 40 (1957).
SCULLARD (H. H.), *Roman Politics 220-150 B. C.* (Oxford, 1951; 2.ª ed., 1973).
SEAGER (R.), *The Crisis of the Roman Republic. Studies in Political and Social History* (Cambridge, 1969),
WERNER (R.), Das problem des Imperialismus und die römische Ostpolitik im zweiten Jahrhundert v. Chr., *Aufstieg und Niedergang* I (Berlín, 1972), pp. 501-563.
WILL (E.), Rome et les Séleucides, *Aufstieg und Niedergang* I (Berlín, 1972), pp. 590-632, ya citado en el apartado de los «Seléucidas».

JUDAÍSMO

ABEL (F. M.), *Histoire de la Palestine depuis la conquête d'Alexandre jusqu'à l'invasion arabe,* I: *De la conquête d'Alexandre jusqu'à la guerre juive* (París, 1952).
— *Les Livres des Maccabées* (París, 2.ª ed., 1949). Introducción, edición, traducción, comentario y bibliografía. La obra sólo concierne a los libros I y II.
BIKERMAN (E.), «Une proclamation séleucide relative au Temple de Jérusalem», *Syria.* 25 (1946-1948), pp. 67-85. Traducción y comentario de JOSEPHE, *Ant.* XII, 3, 4 §§ 145-146.
— *Der Gott der Makkabäer* (Berlín, 1937).
— «Zur Datierung des Pseudo-Aristeas», *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft und die Kunde der älteren Kirche,* 29 (1930), op. 280-298.
— *From Ezra to the last of the Maccabees. Foundations of Post-Biblical Judaism* (Nueva York, 1962).
— «Une question d'authenticité: les privilèges juifs», *Mélanges Isidore Lévy,* An-

nuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales et slaves de l'Université de Bruxelles, 13 (1953), pp. 11-34.
– «La charte séleucide de Jérusalem», *Revue des Etudes juives*, núms. 197-198 (1935), pp. 4-35. Carta de Antioco III en JOSEPHE, *Ant.* XII, 3, 3, §§ 138-144.
– «The Septuagint as a Translation», *Proceedings of the American Academy for Jewish Research*, 28 (1959), pp. 1-39.
– «Un document relatif à la persécution d'Antiochos IV Epiphane», *Revue de l'Histoire des Religions*, 115 (1937), pp. 188-223.
– «Heliodore au Temple de Jérusalem», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales et slaves de l'Univesité de Bruxelles*, 7 (1939-1944), pp. 5-40.
DEL MEDICO (H. E.), «Le cadre historique des fêtes de Hanukkah et de Purim,» *Vetus Testamentum*, 15 (1965), pp. 238-270.
DUPONT-SOMMER (A.), *Le quatrième livre des Maccabées* (París, Bibl. Ecole pratique des Hautes Etudes, París, 1939).
FÉVRIER (J. G.), *La date de composition et les sources de la Lettre d'Aristée à Philocrate* (Bibliothèque de L'Ecole pratique des Hautes Etudes, núm. 242, París, 1925).
FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), vol. III, Índice voz *Jews* y *Anti-Semitism* nos introduce en todos los problemas de la integración de los judíos en el helenismo, fuera de Palestina, y en la bibliografía más reciente, así como en las fuentes.
GINSBERG (H. L.), *Studies in Daniel* (Nueva York, 1948).
HADAS (M.), *The third and fourth Books of the Maccabees* (Nueva York, 1953).
HENGEL (M.), *Judentum und Hellenismus: Studien zu ihrer Begegnung unter besonderer Berücksichtigung Palästinas bis zur Mitte des 2. Jahrhunderts v. Chr.*, Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament (Tubinga, 1969).
LÉVY (I.), «Notes d'histoire hellénistique sur le second livre des Maccabées», *Mélanges Henri Grégoire* (Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales et slaves de l'Université de Bruxelles, 1950), pp. 681-699.
LIEBMANN-FRANKFORT (Th.), «Rome et le conflit judéo-syrien (164-161 avant notre ère)», *L'Antiquité classique*, 38 (1969), pp. 101-120.
MODRZEJEWSKI (J.), «Les Juifs et le droit hellénistique. Divorce et égalité des époux (C. P. Jud., 144)», *Jura*, 12 (1961), pp. 162-193.
MOMIGLIANO (A.), *Prime linee di storia della tradizione Maccabaica*, con una nueva bibliografía (Turín, 1931; reimpr., Amsterdam, 1968).
PELLETIER (A.), *Lettre d'Aristée à Philocrate*. Introducción, texto crítico, traducción, notas e índice completo de las palabras griegas (Fuentes cristianas núm. 89, París, 1962).
PORTEN (B.), *Archives from Elephantine. The Life of an ancient Jewish Military Colony (VIIth-IVth cent.)* (Berkeley, 1968).
RAPPAPORT (U.), «Bibliographie des travaux concernant l'histoire du judaïsme aux époques hellénistique et romaine (1946-1970)», *Etudes d'histoire du peuple juif et d'Eretz Israël* II (Haifa, 1972) (en hebreo con resumen en inglés).
REINACH (Th.), *Textes d'auteurs grecs et romains relatifs au judaïsme* (Paris, 1895; reimpr. Hildesheim, 1965).
STERN (M.), *Greek and Latin Authors on Jews and Judaïsm*, edited with introductions, translations and commentary, I, *From Herodotus to Plutarch* (Jerusalén, 1976).

STERN (M.), MURRAY (O.), «Hecataeus of Abdera and Theophrastus on Jews and Egyptians», *The Journal of Egyptian Archaelogy,* 59 (1973), pp. 159-168.
STIEHL (R.), «Das Buch Esther», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes,* 53 (1956), pp. 13 ss.
TCHERIKOVER (V.), FUKS (V.), STERN (M.), *Corpus Papyrorum Judaicarum,* 3 vols. (Cambridge, Mass., 1957-1964) (I, periodo helenístico).
TCHERIKOVER (V.), *Hellenistic Civilization and the Jews* (Filadelfia-Jerusalén, 1959).
TRAMONTANO (R.), *La Lettera di Aristea a Filocrate* (Nápoles, 1931), importante intoducción.
VAN'T DACK (E.), «La date de la Lettre d'Aristée», *Antidorum W. Peremans,* Studia Hellenistica, 16 (1968), pp. 263-278.
YARON (R.), *Introduction to the Law of the Aramaic Papyri* (Oxford, 1961).

EL REY, COMPRENDIDO EL CULTO REAL

ADCOCK (F. F.), «Greek and Macedonian Kingship», *Proceedings of the British Academy,* 39 (1953), pp. 163-180.
AYMARD (A.), «La monarchie hellénistique, II: L'institution monarchique», *Relazioni del X° Congresso internazionale di scienze storiche (Roma 4-11 settembre, 1955),* II, Storia dell' Antichità, pp. 123-135; *Et. hist. anc.,* pp. 123-135.
— «Basileus Makedonôn», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 4 (1950), *Mélanges Fernand de Visscher* III), pp. 61-97; *Et. hist. anc.,* pp. 100-122.
— «Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques», *Aegyptus,* 32 (1952) = *Raccolta... Vitelli,* pp. 85-96; *Et. hist. anc.,* pp. 230-239.
— «L'usage du titre royal dans la Grèce classique et hellénisique», *Revue historique de Droit français et étranger,* 4.ª serie, 27 (1949), pp. 579-590.
BADIAN (E.), «The Testament of Ptolemy Alexander», *Rheinisches Museum,* n. F. 110 (1967), pp. 178-192.
BRECCIA (E.), *Il diritto dinastico nelle monarchie dei Successori di Alessandro Magno* (Roma, 1903).
CERFAUX (L.), TONDRIAU (J.), *Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine,* Bibliothèque de Théologie, serie III, vol. 5 (París-Tournai, 1957). La bibliografía considerable que posee esta obra nos permíte limitar aquí nuestra bibliografía sobre el culto real.
DELATTE (L.), *Les traités de la royauté d'Ecphante, Diotogène et Sthénidas,* Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège (París, 1942).
COLLOMP (P.), *Recherches sur la Chancellerie et la Diplomatique des Lagides,* Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, fasc. 29 (París, 1926).
CORRADI (G.), *Studi ellenistici* (Turín, 1929), parte II, sobre los títulos de la corte.
FESTUGIÈRE (A. J.), «Les inscriptions d'Asoka et l'idéal du roi hellénistique», *Recherches de sciences religieuses* 39-40, *Mélanges Jules Lebreton* (1951-1952), pp. 31-46; *Etudes de religion grecque hellénistique* (París, 1972), pp. 210-225.

FONTENROSE (J.), «The Cult and Myth of Pyrrhos at Delphi», *Univ. of California Publications in Classical Archaeology* IV, 3 (Berkeley, 1960), pp. 191-266.
GOODENOUGH (E. R.), «The political Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Classical Studies,* 1 (1928), pp. 55-102.
GORTEMAN (C.), «Médecins de cour dans l'Egypte du IIIe siècle av. J.-C.», *Chronique d'Egypte,* XXXII (1957), pp. 313-336.
HABICHT (C.), *Gottmenschentum und griechische Städte,* Zetemata 14 (Munich, 1956; 2.a ed., 1970).
HADAS (M.), SMITH (M.), *Heroes and Gods. Spiritual Biographies in Antiquity* (Nueva York, 1965).
HAMPL (F.), *Der König der Makedonen* (Diss. Leipzig, 1934).
HOÏSTAD (R.), *Cynic Hero and Cynic King* (Diss. Upsal-Lund, 1948).
MAC EWAN (C. W.), *The Oriental Origin of Hellenistic Kingship,* Studies in Ancient Oriental Civilization XIII (Chicago, 1934).
MACURDY (G. H.), *Hellenistic Queens,* The Johns Hopkins University Studies in Archaeology 14 (Baltimore, 1932).
MOOREN (L), *The aulic Titulature in Ptolemaic Egypt. Introduction and Prosopography,* Koninkljke Akademie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten (Bruselas, 1975).
— «La hiérarchie de cour ptolémaïque» (Lovanii, *Studia hellenistica,* 23, 1976).
MURRAY (O.), «Aristeas and Ptolemaic Kingship», *The Journal of Theological Studies,* n. s. 18 (1967), pp. 337-371.
NENCI (G.), «Il segno regale e la taumaturgia di Pirro», *Miscellanea di Studi Alessandrini in memoria di Augusto Rostagni* (Turín, 1963), pp. 152-161.
PASSERINI (A.), «La tryphe nella storiografia ellenistica», *Studi italiani di Filologia Classica,* n. s. 2 (1934), pp. 35-56.
PEREMANS (W.), VAN'T DACK (E.), *Prosopographia Ptolemaica,* VI: *La Cour,* núms. 14479-14737, Studia Hellenistica, 17 (Lovaina, 1968).
POSENER (G.), *De la divinité du Pharaon,* Cahiers de la Société Asiatique, núm. 15 (París, 1960).
RITTER (H. W.), *Diadem und Königsherrschaft.* Untersuchungen zu Zeremonien und Rechtsgrundlagen des Herrschaftseintritts bei den Persern, bei Alexander dem Grossen und im Hellenismus. Vestigia 7 (Munich, 1965).
ROBERT (L.), «Un décret d'Ilion et un papyrus concernant les cultes royaux», *Essays in honor of C. Bradford Welles* (New Haven, 1966), pp. 175-211 (culto de Antíoco Ier).
SCHMITTHENNER (W.), «Ueber eine Formveränderung der Monarchie seit Alexander d. Grosse», *Saeculum,* 19 (1968), pp. 31-46 (el reino tiende a convertirse en propiedad privada del soberano).
SCHUBART (W.), «Das hellenistische Königsideal nach Inschfriften und Papyri», *Archiv für Papyrusforschung,* 12 (1937), pp. 1-26.
SCOTT (K.), «The Deification of Demetrius Poliorcetes, *American Journal of Philology»,* 49 (1928), pp. 137-166 y 217-239.
STROHEKER (K. F.), «Zu den Anfängen der monarchischen Theorie in der Sophistik», *Historia,* 2 (1953-1954), pp. 381-412.
TAEGER (F.), «Zum Kampf gegen den antiken Herrscherkultes», *Archiv für Religionswissenschaft,* 32 (1935), pp. 282-293.

— «Isokrates und die Anfänge des hellenistischen Herrscherkultes», *Hermes,* 72 (1937), pp. 355-360.
— *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes,* 2 tomos (Stuttgart, 1957-1960).
TCHERIKOVER (V.), «The Ideology of the Letter of Aristeas», *The Harvard Theological Review,* 51 (1958), pp. 59-85.
TONDRIAU (J.), «Dionysos, dieu royal. Du Bacchos tauromorphe primitif aux souverains hellénistiques Neoi Dionysoi», *Mélanges Henri Grégoire* (Ann. Inst. Oriental de l'Univ. Bruxelles, 1953), pp. 441-466.
VOLKMANN (H.), «Der Herrscherkult der ptolemäer in phönikischen Inschriften und seis Beitrag zur Hellenisierung von Kypros», *Historia,* 5 (1956), pp. 448-455.
— Die Basileia als *endoxos douleia, Historia,* 16 (1967), pp. 165 ss.
WELLES (C. B.), *Royal Correspondence in the Hellenistic Period* (New Haven, 1934).
WELWEI (K. W.), *Könige und Königtum im Urteil des Polybius* (Diss. Köln, Heberde-Ruhr, 1963).
WILCKEN (U.), Zur Entstehung des hellenistischen Königskultes, *Sitzungsberichte der Preuss. Akad. Wiss., Phil.-Hist. Kl* núm. 28 (1938), pp. 298-321.

LA GUERRA

ADCOCK (F. E.), *The Greek and Macedonian Art of War,* Sather Classical Lectures núm. 30 (Berkeley, 1957, anast., 1967).
— *Roman Art of War under the Republic,* Martin Classical Lectures núm 8 (Cambridge-Nueva York, 1940; anast., 1970).
ANDERSON (J. K.), «Philopoemen's Reform of the Achaean Army», *Class. Phil,* 62 (1967), pp. 104-105.
AYMARD (A.), «Le partage des profits de la guerre dans les traités d'alliance antiques», *Revue Historique,* 217 (1957), pp. 233-249; *Et. hist. anc.,* pp. 499-512.
— «Remarques sur la poliorcétique grecque», *Annales de l'Est* (Univ. de Nancy), Mémoire núm 22, 1959, pp. 3-15; *Et. hist. anc.,* pp. 474-486.
DUCREY (P.), *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique, des origines à la conquête romaine,* Ecole française d'Athènes. Travaux et mémoires des anciens membres étrangers de l'Ecole et de divers savants, núm. 17 (París, 1968).
GARLAN (Y.), «Fortifications et histoire grecque», *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne,* vol. publié sous la dir. de J.-P. VERNANT (París, 1968), pp. 245-260.
— *La guerre dans l'Antiquité* (París, 1972).
— *Recherches de poliorcétique grecque* (París, 1974).
KREBS (W.), «Elefanten in den Heeren der Antike», *Wissenschaftl. Zeitschrift der Universität Rostock* 13 (1964), pp. 205-220.
KROMAYER (J.), *Antike Schlachtfelder in Griechenland. Bausteine zu einer antiken Kriegsgeschichte,* I-II (Berlín, 1903-1907). (II, *Die hellenistisch-römische Periode, von Kynoskephalae bis Pharsalos.*)
KROMAYER (J.), VEITH (G.), *Heerwesen und Kriegsführung der Griechen und Römer,* Handbuch der Altertumswissenschaft fondé par I. von MÜLLER (Munich, 1928).

— *Schlahten-Atlas zur antiken Kriegsgeschichte* (Leipzig, 1922).
LAUNEY (M.), *Recherches sur les armées hellénistiques,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, núm. 169, 2 vols. (París, 1949-1950).
LÉVÈQUE (P.), «La guerre à l'époque hellénistique», *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (París, 1968), pp. 261-287.
MARSDEN (E. W.), *Greek and Roman Artillery. Historical Development* (Oxford, 1969).
— «Polybius as a military Historian», en *Polybe,* Fond. Hardt XX (1974).
ORMEROD (H. A.), *Piracy in the ancient World* (Londres, Liverpool, 1924).
PEREMANS (W.), VAN'T DACK (E.), *Prosopographia Ptolemaica,* II: *L'armée de terre et la police,* Studia Hellenistica, 8 (Lovaina, 1952).
PRÉAUX (Cl.), «La paix à l'époque hellénistique», *Recueils de la Société Jean-Bodin,* núm. 14 (Bruselas, 1961), pp. 227-301.
RODGERS (W. L.), *Greek and Roman Naval Warfare* (Annapolis, 1937; reed, 1970).
ROUSSEL (D.), «Remarques sur deux batailles navales, Naupacte (429) et Chios (201)», *REG,* 82 (1969), pp. 336-341.
TARN (W. W.), *Hellenistic Military and Naval Developments* (Cambridge, 1930).
VOGT (J.), *Struktur der antiken Sklavenkriegen,* Abhandl. d. Akad, der Wiss. und Lit. Mainz, Geistes-und Sozialwiss. Kl. 1957, núm. 1.
VOLKMANN (H.), *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenist.-röm. Zeit,* Abhandl. d. Akad. der Wiss. und Lit. Mainz, Geistes-und Sozialwiss, Kl., 1961, núm. 3.
VERSNEL (H.S.), *Triumphus. An Inquiry into the Origin, Development and Meaning of the Roman Triumph* (Leyden, 1970).
WIENICKE (A.), *Keltisches Söldnertum in der Mittelmeerwelt bis zur Herrschaft der Römer* (Diss. Breslau, 1927).
WINTER (F. E.), *Greek Fortifications* (Londres, 1971).

ECONOMÍA Y SOCIEDAD

ANDRÉADÈS (A.), «L'administration financière du roi Lysimaque», *Mélanges Paul Thomas* (Brujas, 1930), pp. 6-15.
ASHERI (D.), *Distribuzioni di terre nell' antica Grecia,* Memorie dell' Accademia delle Scienze di Torino, Cl. Sc. Mor. Stor., Filol, 10 (serie 4) (Turín, 1966).
BOGAERT (R.), «Banquiers, courtiers et prêts maritimes à Athènes et à Alexandrie», *Chronique d'Egypte* XL (1965), pp. 140-156.
— *Banques et banquiers dans les cités grecques* (Leyden, 1968) (cubre el período helenístico y el período clásico: recopilación de fuentes, especialmente para Delos en el período helenístico, e importante bibliografía).
BOLKESTEIN (H.), *Wohltätigkeit und Armenpflege im vorchristlichen Altertum* (Utrecht, 1939).
BRAUNERT (K.), *Das Mittelmeer in Politik und Wirtschaft der hellenistischen Zeit* (Kiel, 1967).
BRIANT (P.), «Villages et communautés villageoises d'Asie achéménide et hellénisti-

que», *Journal of the economic and social History of the Orient,* 18 (1975), pp. 165-188.

BRUNT (P. A.), *Italian Manpower 225 B. C.-A. D.* 14 (Oxford, 1971).

BURFORD (A.), *The Greck Temple Builders at Epidauros. A social and economic Study of building in the Asclepian Sanctuary during the 4th and 3rd cent. B. C.* (Liverpool, 1969).

CARCOPINO (J.), *La loi de Hiéron et les Romains* (París, 1914; reimpr. anast., 1965).

CARY (M.), The Sources of Silver for the Greek World, *Mélanges Glotz* I (París, 1932), pp. 133-142.

CASSON (L.), «The Grain Trade of the Hellenistic World», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association,* 85 (1954), pp. 168-187.

FINLEY (M.), *Studies in Land and Credit in Ancient Athens 500-200 B. C. The Horos-inscriptions* (New Brunswick, 1951).

— *Problèmes de la terre en Grèce ancienne,* ouvrage collectif, Civilisations et Sociétés 33 (Ec. prat. Hautes Etudes - Sorbonne, 6.e section: Sciences économiques et sociales. Centre de Recherches historiques) (París, 1973).

— *L'économie antique* (París, 1975), trad. de *The ancient Economy* (1973).

— «The Black Sea and Danubian Regions and the Slave Trade in Antiquity», *Klio,* 40 (1962), pp. 51-59.

FUKS (A.), «Patterns and Types of social-economic Revolution in Greece from the fourth to the second Century B. C.», *Ancient Society* 5 (1974), pp. 51-82.

GATTI (C.), «Aspetti della euergesia nel mondo ellinistico. A proposito di prestiti di privati a città», *La Parola del Passato,* 22 (1967), pp. 192-213.

GILLE (P.), «Les navires à rames de l'Antiquité: trières grecques et liburnes romaines», *Journal des Savants,* 1965, pp. 36-72.

GOLOUBKOVA (E. S.), «Formes de dépendance de la population rurale en Asie Mineure du IIIe au Ier siècle avant J.-C.» (en ruso con un resumen en inglés), *Vest. Drev. Ist.,* 101 (1967), pp. 25-44.

HATZFELD (J.), *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénique* (París, 1919).

HEICHELHEIM (F. M.), *Wirtschaftsgeschichte des Altertums vom Paläolithikum bis zur Völkerwanderung der Germanen, Slaven und Araber* (Leyden, 1938; 2.a ed., 1969; trad. ingl.: *An ancient economic History,* Leyden, I, 1958: II, 1964).

— *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus* (Jena, 1930).

— «Sitos». PAULY-WISSOWA. *Real Encyclopädie* Supl. VI (1934), cols. 819-892.

KENT (J. H.), «The Temple Estates of Delos, Rheneia and Myconos», *Hesperia,* 17 (1948), pp. 243-338.

LACROIX (M.), «Les étrangers à Délos pendant la période de l'indépendance», *Mélanges Glotz* II (París, 1932), pp. 501-525.

LEWIS (D. M.), «The Athenian Rationes Centesimarum», M. FINLEY *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (París, 1973), pp. 187-214.

MOLINIER (S.), *Les «maisons sacrées» de Délos au temps de l'indépendance de l'île (315-166 av. J.-C.)* (París, 1914).

PEČIRKA (J.), «Homestead Farm in Classical and Hellenistc Hellas», M. FINLEY, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (París, 1973), pp. 113-148 (bibliografía rusa importante).

PIPPIDI (D. M.), «Le problème de la main-d'œuvre agricole dans les colonies

grecques de la mer Noire», M. FINLEY, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (París, 1973), pp. 63-82 (importante bibliografía rusa y rumana).
PRÉAUX (Cl.), «Institutions économiques et sociales des villes hellénistiques principalement en Orient», *Recueils de la Société Jean-Bodin,* VII: La ville, 2.ª parte (Bruselas, 1955), pp. 89-135.
— «Epoque hellénistique», *Troisième Conférence internationale d'Histoire économique, Munich, 1965* (París, 1968), pp. 41-74.
ROSTOVZEFF (M.), *The social and economic History of the Hellenistic World* (Oxford, 1941), trad. ital. par M. LIBERANOME y G. SANNA, *Storia economica e sociale del mondo ellenistico* I (Florencia, 1966).
— «Notes on the economic Policy of te Pergamene Kings», *Anatolian Studies presented to Sir William Ramsay* (Manchester, 1923), pp. 359-390.
— «Rhodes, Delos and Hellenistic Commerce», *The Cambridge Ancient History* VIII (1930), pp. 619-667.
— *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates,* Beiheft I de *Archiv für Papyrusforschung* (Leipzig-Berlín, 1910).
TROFIMOVA (M. K.), «Iz istorii ellenisticheskoj ekonomiki. K voprosu o torgovoj konkurentsii Bospora i Egipta v III v. do n.c.» (Sobre la historia de la economía helenística: contribución al problema de la competencia comercial entre el Bósforo y Egipto en el siglo III a. de J. C.), *Vest. Drev. Ist.,* núm. 76 (1961), pp. 46-68.
Von PÖHLMANN (R.), *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt,* 3.ª ed. por F. OERTEL (Munich, 1925).
WASOWICZ (A.), «Traces de lotissements anciens en Crimée», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'Ecole française de Rome,* 84 (1972), pp. 199-229.
WILL (E.), «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations,* 9 (1954), pp. 7-22.
— «Limites, possibilités et tâches de l'histoire économique et sociale du monde grec antique», *Etudes d'archéologie* (París, 1963), pp. 153-166.
ZIEBARTH (E.), *Beiträge zur Geschichte des Seeraubs und Seehandels im alten Griechenland* (Hamburgo, 1929).
— «Zur Handelgeschichte der Insel Rhodos», *Mélanges Glotz* II (1932), pp. 909-924.

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN EGIPTO

ANDREADES (A.), «Antimène de Rhodes et Cléomène de Naucratis», *BCH,* 53 (1929), pp. 1-18.
BINGEN (J.), «Présence grecque en milieu rural ptolémaïque», M. FINLEY, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (París, 1973), pp. 215-222.
— «Grecs et Egyptiens d'après PSI 502», *Proceedings of the XIIth International Congress of Papyrology* (Ann Arbor, 1970), pp. 35-40.
BONNEAU (D.), *La crue du Nil, divinité égyptienne, à travers mille ans d'histoire (332 av.-641 apr. J.-C.)* (París, 1964).
BRAUNERT (H.), «Idia. Studien zur Bevölkerungsgeschichte des ptolemäischen und römischen Aegypten», *Journal of Juristic Papyrology,* 9-10 (1955-1956), pp. 211-328.

— *Die Binnenwanderung, Studien zur Sozialgeschichte Aegyptens in der Ptolemäer- und Kaiserzeit,* Bonner Historische Forschungen, 26 (1964).

CADELL (H.), «La *geórgia* en Egypte: genèse d'un thème économique et politique», *Le monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 639-645.

CALDERINI (A.), *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano* I, 1 (El Cairo, 1935), voz *Alexandreia* (productos y oficios).

CRAWFORD (D. J.), «The Opium-Poppy. A Study in Ptolemaic Agriculture», M. FINLEY, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (París, 1973), pp. 223-251.

— *Kerkeosiris. An Egyptian Village in the Ptolemaic Period* (Cambridge 1971).

EVANS (J. A. S.), «A social and economic History of an Egyptian temple in the Greco-Roman Period», *Yale Classical Studies,* 17 (1961), pp. 143-283.

FICHMAN (I. F.), Referate: «Fünfzig Jahre Papyrologie und Erforschung der Sozial- und Wirtschaftsgeschichte des griechisch-römischen Aegyptens in der Sowjetunion», *Archiv für Papyrusforschung,* 20 (1970), pp. 133-144.

FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), cap. 4: «Industry and Trade», I, pp. 132-188 y notas en el vol. II.

HERRMANN (J.), «Studien zur Bodenpacht im Recht der graeco-ægyptischen Papyri», *Münchener Beiträge,* núm. 41 (1958).

KORTENBEUTEL (H.), *Der ägyptische Süd-und Osthandel in der Politik der Ptolemäer und römischen Kaiser* (Berlín, 1931).

OERTEL (F.), *Die Liturgie. Studien zur ptolemäischen und kaiserlichen Verwaltung Aegyptens* (Leipzig, 1917).

PACKMAN (Z. M.), *The Taxes in Grain in Ptolemaic Egypt. Receipts from the Granary in Diospolis Magna 164-88 B. C.,* American Society of Papyrologists, 4 (1968), 78 p.

PEREMANS (W.), «Egyptiens et étrangers dans l'agriculture et l'élevage en Egypte ptolémaïque, *Ancient Society,* 5 (1974), pp. 127-135.

PIKOUS (N. N.), «Çarskie zemledel'cy (neposredstvennye proizvoditeli) i remeslenniki v Egipte III v. do n. e» (Moscú, 1972), *(Agriculteurs royaux [producteurs immédiats] et artisans dans l'Egypte du IIIe siècle av. n. è.),* Moscú, 1969. Véase reseña de H. HEINEN, *Chron d'Eg.* XLV (1970), pp. 186-188.

PIKOUS (N. N.), «A propos de la diagraphè tou sporou», *Proceedings of the XIIth International Congress of Papyrology* (American Studies in Papyrology, 7 (1970), pp. 405-410.

PRÉAUX (Cl)., *L'économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939), Complemento bibliográfico y discusión de tesis: «L'économie lagide» (1933-1958), *Proceedings of the IXth International Congress of Papyrology* (Oslo, 1961), pp. 200-232.

— *Les Grecs en Egypte* (Bruselas, 1949).

— «De la Grèce classique à l'Egypte hellénistique: la banque témoin», *Chronique d'Egypte,* XXXIII (1958), pp. 243-255.

— «Les modalités de l'attache à la glèbe dans l'Egypte grecque et romaine», *Recueils de la Société Jean-Bodin* II (Bruselas, 1937), pp. 35-66; 2.ª ed., revisada y ampliada (Bruselas, 1959), pp. 33-65.

PREISIGKE (F.), *Girowesen im greichischen Aegypten* (Estrasburgo, 1910).

REEKMANS (T.), *La sitométrie dans les Archives de Zenon,* Papyrologica Bruxellensia III (Bruselas, 1966).

— «Economic and social Repercussions of the Ptolemaic Copper Inflation», *Chronique d'Egypte,* XXIV (1949), pp. 324-342.
— «Monetary History and the Dating of Ptolemaic Papyri», *Studia hellenistica* 5 (1948), pp. 15-43.
ROSTOVTZEFF (M.), *A large Estate in Egypt in the third Century B. C. A Study in Economic History.* University of Wisconsin Studies in the Social Sciences and History, 6 (Madison, 1922).
SCHNEBEL (M.), Die Landwirtschaft im hellenistischen Aegypten, *Münchener Beiträge* núm. 7 (1925).
SWARNEY (P. R.), *The Ptolemaic and roman Idios Logos* (Toronto, 1970, American Studies in Papyrology, 8).
SWIDEREK (A.), «La société indigène en Egypte d'après les archives de Zénon», *Journal of Juristic Papyrology* VII-VIII (1954-1955), pp. 231-284.
UEBEL (F.), *Die Kleruchen Aegyptens unter den ersten sechs Ptolemäern,* Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlín, 1968, 3.
— Die frühptolemäische Salzsteuer, *Atti dell XI° Congresso Internazionale di Papirologia, Milano 1965* (Milán, 1966), pp. 325-368.
VIDAL-NAQUET (P.), *Le Bordereau d'ensemencement dans l'Egypte ptolémaïque.* Papyrologica Bruxellensia V (Bruselas, 1967).
WILCKEN (U.), «Puntfahrten in der Ptolemäerzeit», *Zeitschrift für ägyptische Sprache* 60 (1925), pp. 86-102.
WILCKEN (U.), «Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft», *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im deutschen Reiche,* 45 (1921), pp. 349-420.
WILL (Ed.), «Chabrias et les finances de Tachôs», *REA,* 1960, pp. 254-275.
WÖRRLE (M.), «Aegyptische Getreide für Ephesos», *Chiron,* I (1971), pp. 325-340.

ESCLAVITUD

Actes du Colloque de 1971 sur l'Esclavage, Annales littéraires de l'Université de Besançon (París 1973).
Actes de Colloque de 1972 sur l'Esclavage, ibid. (París, 1974).
BIEZUNSKA-MALOWIST (I.), *L'esclavage dans l'Egypte gréco-romaine,* I: *Période ptolémaïque,* Polska Akademia Nauk (Varsovia, 1974). Lista de fuentes y bibliografía, donde se encontrarán los trabajos anteriores de la Sra. BIEZUNSKA sobre la esclavitud en Egipto.
BLAVATSKAJA (T. V.), GOLUBCOVA (E. S.), PAVLOVSKAJA (A. I.), *Die Skalaverei in hellenistischen Staaten im 3-1 Jahrhundert v. Chr.,* Uebersetzungen ausländischen Arbeiten zur antiken Sklaverei, 3 (Wiesbaden, 1972).
BRIANT (P.), «Remarques sur "laoi" et esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique», *Actes du Colloque de 1971 sur l'Esclavage,* Annales littéraires de l'Université de Besançon (París, 1973), pp. 93-133.
FINLEY (M. I.), *Slavery in classical Antiquity. Views and Controversies* (Cambridge, 1960), volumen colectivo editado por M. I. FINLEY.
FUKS (A.), «Slave War and Slave Troubles in Chios in the third Century B. C.», *Athenaeum,* n. s., 46 (1968), pp. 102-111.

LEVI (M. A.), «Ricerche su schiavitù e lavoro tributario nel mondo ellenistico». *Rendiconti della Classe di Lettere e Scienze Morali e Storiche dell' Istituto Lombardo,* 108 (1974), pp. 25-65.

VIDAL-NAQUET (P.), «Réflexions sur l'historiographie de l'esclavage», *Actes du Colloque de 1971 sur l'Esclavage,* Annales littéraires de l'Université de Besançon (Paris, 1973), pp. 25-44.

VOGT (J.), *Struktur der antiken Sklavenkriege,* Abh. Akad. Mainz, núm 1 (1957).

– *Sklaverei und Humanität: Studien zur antiken Sklaverei und ihrer Erforschung.* Historia Einzelschriften, Heft 8 (Wiesbaden, 1965); 2.ª ed., ampliada, 1972).

VOLKMANN (H.), *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberter Städte in der hellenistisch-römischen Zeit,* Abhandl. Akad. Mainz, núm. 3 (1961).

WESTERMANN (W. L.), «Enslaved Persons who are free», *American Journal of Philology,* 59 (1938), pp. 1-30.

– Sklaverei, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. VI (1935), cols. 894-1068.

ZEL'IN (K. K.), TROFIMOVA (M. K.), Formy zavisimosti v vostochnom Sredizemnomor'e ellinisticheskogo perioda (Moscú, 1969) (Las formas de dependencia en el Mediterráneo oriental en la época helenística), reseña de I. F. FIKHMAN, en la *Chronique d'Egypte,* XLV (1970), pp. 182-186 (importante bibliografía de los trabajos soviéticos, p. 182).

DERECHO

BOZZA (F.), «Il matrimonio nel diritto dei papiri dell' epoca tolemaica», *Aegyptus* 1934, pp. 205-244.

ERDMANN (W.), «Die Ehe im alten Griechenland», *Münchener Beiträge,* núm. 20 (1934).

FINCKH (H. E.), *Das Zinsrecht der gräko-ägyptischen Papyri* (Erlangen, 1962).

FINLEY (M.I.), «The Problem of the Unity of Greek Law», *La storia del diritto nel quadro delle scienze storiche, Atti del I. Congresso della Società italiana di storia del diritto* (Florencia, 1966). pp. 129-142.

FREZZA (P.), «La capacità delle donne nei papiri greco-egizi», *Aegyptus,* 1931, pp. 363-385.

GAUDEMET (J.), *Institutions de l'Antiquité* (París, 1967) (época helenística pp. 215-250).

GERNET (L.), *Droit et société dans la Grèce ancienne,* Publications de l'Institut de Droit romain de l'Université de Paris XIII (París, 1964) (reimpresión de artículos completados con notas y menciones bibliográficas nuevas).

GUÉRAUD (O.), *Enteuxeis. Requêtes et plaintes adressées au roi d'Egypte au IIIe siècle avant J.-C.,* Publications de la Société royale égyptienne de Papyrologie. Textes et Documents I (El Cairo, 1931).

KLOSE (P.), Die völkerrechtliche Ordnung der hellenistischen Staatenwelt in der Zeit von 280 bis 168 v. Chr. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts, *Münchener Beiträge* núm. 64 (1972).

KOSCHAKER (P.), *Ueber einige griechische Rechtsurkunden aus den östlichen Randgebieten des Hellenismus,* Sächsische Akademie der Wissenschaften, Phil. Hist. Kl. Abhandlung 42 núm. 1, Leipzig, 1931.

KRELLER (H.), *Erbrechtliche Untersuchungen auf Grund der gräko-ägyptischen Papyrusurkunden* (Leipzig-Berlín, 1919; anast. 1970).

KRÜCKMANN (O.), *Babylonische Rechts-und Verwaltungsurkunden aus der Zeit Alexanders und der Diadochen* (Diss. Berlin, 1931).

KÜHNERT (H.), *Zum Kredietgeschäft in den hellenistischen Papyri Aegyptens bis Diokletian* (Freiburg i.-Breisgau, 1965).

LENGER (M. Th.), «Comment les Ptolémées ont-ils fait la loi dans les territoires non égyptiens de leur obédience?», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, VI (1959), pp. 209-225.

LENGER (M. Th.), *Corpus des ordonnances des Ptolémies,* Académie royale de Belgique, Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques, Mémoires, Collection in-8.º, 2.ª serie, t. LVII, fasc. 1 (1964). Complémento bibliográfico: «Nouvelle contribution à une réédition du C. Ord. Ptol.», *Le monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 676-698.

– «Les Ptolémées législateurs», *Revue d'Histoire du Droit,* 42 (1964), pp. 5-17.

MALININE (M.), «Partage testamentaire d'une propriété familiale (Pap. Moscou núm. 123)», *Revue d'Egyptologie,* 19 (1967), pp. 67-85 (documento de derecho griego redactado en egipcio).

MATHA (G.), *The Demotic Legal Code of Hermopolis West,* edited by G. R. HUGHES, El Cairo, 1975 (Institut français d'Archéologie orientale).

MITTEIS (L.), dans MITTEIS (L.), WILCKEN (U.), *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde;* II: *Jur. Teil;* 1: *Grundzüge;* 2: *Chrestomathie* (Leipzig, 1912).

– *Reichsrecht und Volksrecht in den östlichen Provinzen des römischen Kaiserreichs* (Leipzig, 1891).

MODRZEJEWSKI (J.), *Introduction bibliographique à l'histoire du droit et à l'ethnologie juridique, A/8 Monde hellénistique* (Bruselas, Editions de l'Institut de Sociologie, 1965).

– Chronique. «Droits de l'Antiquité. Egypte gréco-romaine et monde hellénistique», *Revue historique de Droit français et étranger,* 4.ª serie, anualmente desde 1961.

– «Die Geschwisterehe in der hellenistischen Praxis und nach römischen Recht», *Zeitsch. der Savigny-Stift. für Rechtsgeschichte, Roman. Abt.* 81 (1964), pp. 52-82.

– «Zum Justizwesen der Ptolemäer», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Romanistische Abt.* 80 (1963), pp. 42-82.

– «Réflexions sur le droit ptolémaïque», *Jura,* 15 (1964), pp. 32-56.

– «Chrématistes et laocrites», *Le monde grec* (Bruselas, 1975), pp. 699-708.

– «La règle de droit dans l'Egypte ptolémaïque», *Essays in honor of C. Bradford Welles* (New Haven, 1966), pp. 125-173.

OATES (J. F.), «The Status Designation Persès tès Epigonès», *Yale Classical Studies,* 18 (1963), pp. 1-129.

PARTSCH (J.), *Griechisches Bürgschaftsrecht* (Leipzig, 1909).

POLAND (F.), *Geschichte des griechischen Vereinswesens* (Leipzig, 1909).

PRÉAUX (Cl.), Le statut de la femme à l'époque hellénistique principalement en Egypte, *Recueils de la Société Jean-Bodin,* XI: *La femme,* 1.ª parte (Bruselas, 1959), pp. 127-175.

— «Sur la réception des droits dans l'Egypte gréco-romaine», *Mélanges F. De Visscher* IV: *Revue internationale des Droits de l'Antiquité* V (1950), pp. 349-359.
— «Note sur les contrats à clause exécutoire», *Chronique d'Egypte* XXXIII (1958), pp. 102-112.
PRINGSHEIM (F.), *The Greek Law of Sale* (Weimar, 1950).
— «Ausbreitung und Einfluss des griechischen Rechtes», *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften,* Philos-Hist. Klasse 1952, pp. 1-20.
RUPPEL (W.), «Politeuma: Bedeutungsgeschichte eines staatsrechtlichen Terminus», *Philologus* 82 (1927), pp. 268-312 y 433-454.
RUPPRECHT (H. A.), «Untersuchungen zum Darlehen im Recht der graecoaegyptischen Papyri der Ptolemäerzeit», *Münchener Beiträge* núm. 51 (1967).
SEIDL (E.), *Ptolemäische Rechtsgeschichte,* 2. völlig umgearbeitete Auflage (Glückstadt, Hamburgo, Nueva York, 1966). Aegyptologische Forschungen begr. von A. Scharff, hrg. von H. W. Müller, núm. 22.
— «Juristische Papyruskunde Bericht», *Studia et documenta historiae et iuris,* desde 1935 (en 1970, unter Mitarbeit von A. CLAUS und L. MUELLER).
RUTTEN (M.), *Contrats de l'époque séleucide conservés au Musée du Louvre* (París, 1935).
TAUBENSCHLAG (R.), *The Law of Greco-Roman Egypt in the Light of the Papyri 332 B. C.-640 A. D.* (Nueva York, 1944; 2.ª ed., Varsovia, 1955).
— Opera Minora (2 vols. Varsovia, 1959). Se encontrará la lista de los artículos incluidos en esta recopilación, en la bibliografía que da M. Th. LENGER en *Corpus des Ordonnances des Ptolémées,* pp. 318-320.
THOMPSON (Sir Herbert), *A Family Archive from Siut from Papyri in the British Museum* (Oxford, 1935).
VATIN (C.), *Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée à l'époque hellénistique,* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 216 (París, 1970).
WELLES (C. B.), *Royal Correspondence in the Hellenistic Period* (New Haven, 1934).
— «New Texts from the Chancery of Philip V of Macedonia and the Problem of the Diagramma», *American Journal of Archaeology,* 42 (1938), pp. 245-260.
WOLFF (H. J.), *Written and unwritten Marriages in Hellenistic and Postclassical Roman Law* (Haverford Pa, 1939).
— «Faktoren der Rechtsbildung im hellenistisch-römischen. Aegypten», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Romanistische Abt.,* 70 (1953), pp. 20-57.
— *Beiträge zur Rechtsgeschichte Altgriechenlands und des hellenistisch-römischen Aegypten,* Forschungen zum römischen Recht hrg, von M. Kaser, W. Kunkel, F. Wieacker, núm. 13 (Weimar, 1961).
— «Plurality of laws in Ptolemaic Egypt», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* 3.ª serie, VII (1960), pp. 191-223.
— «Hellenistisches Privatrecht», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Romanistische Abt.,* 90 (1973), pp. 63-90.
— Das Justizwesen der Ptolemäer, *Münchener Beiträge,* núm. 44 (1962; 2.ª ed., 1970).

ARCHIMÈDE, texte édité et traduit par Ch. MUGLER, Collection des Universités de France, 4 vols. (París, 1971).

AUJAC (G.), *Strabon et la science de son temps* (París, 1966).

BERGER (H.), *Die geographischen Fragmente des Eratosthenes* (Leipzig, 1880).

BERTHELOT (M.), *Les origines de l'alchimie* (París, 1885).

BIDEZ (J.), «Les Ecoles chaldéennes sous Alexandre et les Séleucides», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales et slaves de l'Université libre de Bruxelles,* III (Volumen ofrecido a JEAN CAPART) 1935, pp. 41-89.

BIDEZ (J.), CUMONT (F.), *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanes et Hystaspe d'après la tradition grecque,* 2 vols. (París, 1938).

BOLL (F.), BEZOLD (C.), *Sternglaube und Sterndeutung* (5.ª ed. con suplemento bibliográfico por H. G. GUNDEL, Leipzig-Berlín, 1966).

BOUCHÉ-LECLERCQ (A.), *L'astrologie grecque* (París, 1899; reimpr. anast., Bruselas, 1963).

COHEN (M. R.), DRABKIN (I. E.), *A Source Book in Greek Science* (Nueva York, 1948).

DICKS (D. R.), *The Geographical Fragments of Hipparchus* (Londres, 1960).

DION (R.), Pythéas explorateur, *Revue de Philologie,* 40 (1966), pp. 191-216.

DRACHMAN (A.G.), *Ktesibios, Philon und Heron,* Acta historica scientiarum naturalium et medicinalium, Biblioteca Universitatis Havniensis, vol. 4 (Köbenhavn, 1948).

— *The mechanical Technology of Greek and Roman Antiquity. A Study of Literary Sources,* Acta hist. scient. nat. et med., vol. 17 (Köbenhavn, 1963).

DUHEM (P.), *Le système du monde, de Platon à Copernic,* 2 vols. (París, 1913-1914).

EUCLIDES. Véase FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), I, pp. 385-396 y 403-422 (influencia). Ediciones, véase II, p. 568, n. 114.

EUDOXIO DE CNIDE, *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos.* editados por F. LASSERRE, Texte und Kommentare, núm. 4 (Berlín, 1966).

FARRINGTON (B.), *Science and Politics in the ancient World* (Londres, 1939; 3.ª ed., 1965).

FORBES (R. J.), *Studies in ancient Technology,* XII vols. (Leiden, 1955-1964).

FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972); vol. I, Part II, pp. 305-793, está dedicado a la cultura alejandrina. Para la «ciencia» propiamente dicha, pp. 336-446 (Medicina, matemáticas y ciencias aplicadas). Las notas, vol. II, cap. VII, pp. 495-646, dan fuentes transcritas y bibliografía completa.

GISINGER (F.), Pytheas, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1963), cols. 314-366.

GUNDEL (W.), GUNDEL (H. G.), «Astrologumena», *Südhoffs Archiv,* Beiheft 6, 1966, pp. 1-120, astrologia clásica y helenística.

GUNDEL (W.), GUNDEL (H. G.), Planeten, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1950), cols. 2017-2185.

HALLEUX (R.), *Le problème des métaux dans la science antique* (París, 1974).

HEATH (T. L.), *Aristarchus of Samos* (Oxford, 1913; 2.ª ed., 1959).

— *A History of Greek Mathematics,* 2 vols. (Oxford, 1921).

— *Apollonius of Perga* (Oxford, 1896).

HERÖFILO DE CALCEDONIA, véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* índice Herophilus.
HULTSCH (F.), «Hipparchos über die Grösse und Entfernung der Sonnes», *Berichte über die Verhandlungen der königlich Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften zu Leipzig,* Sitzung von 7 Juli 1900, pp. 169-200.
JAEGER (W.), *Diokles von Karystos* (Berlín, 1938) (sobre la fecha de Diocles, véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* II, p. 500, n. 29).
JONES (W. H. S.), *The medical Writings of Anonymus Londinensis* (Cambridge, 1947).
LAFFRANQUE (M.), *Poseidonios d'Apamée* (Paris, 1964).
LINDSAY (J.), *Origins of Astrology* (Londres, 1971).
— *The Origins of Alchemy in Graeco-Roman Egypt* (Londres-Nueva York [1970]).
LLOYD (G. E. R.), *Greek Science after Aristotle* (Londres, 1973).
LONIE (I. M.), «Erasistratus, the Erasistrateans and Aristotle», *Bulletin of the History of Medicine,* 38 (1964), pp. 426-443.
LUCAS (A.), *Ancient Egyptian Materials and Industries* (Londres, 4.ª ed. revisada y ampliada por J. R. HARRIS, 1962).
MAULA (E.), *Studies in Eudoxus' Homocentric Spheres,* Commentationes humanarum Litterarum 50. Societas Scientarum Fennica (Helsinki, 1974).
MICHLER (M.), *Die alexandrinischen Chirurgen. Eine Sammlung und Auswertung ihrer Fragmente,* Die hellenistische Chirurgie, t. 1 (Wiesbaden, 1968).
MUGLER (Ch.), *Dictionnaire historique de la terminologie optique des Grecs* (París. Klincksieck, Etudes et Commentaires, núm. 53, 1964).
MUELLER (K. E.), *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung* I (Bonn, 1972).
NEUGEBAUER (O.), *The exact Sciences in Antiquity* (Copenhague, 1951; 2.ª ed., Providence, 1957; 3.ª ed., Nueva York, 1962).
PEDECH (P.), *La géographie des Grecs* (París, 1976).
PLEKET (H. W.), Technology and Society in the Graeco-Roman World, *Acta Historiae Nerlandica* 2 (1967), pp. 1-25.
REGENBOGEN (O.), «Theophrastos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. VII (1940), cols. 1354-1562.
REHM (A.), «Hipparchos» (18), PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1918). cols. 1666-1681.
REINHARDT (K.), Poseidonios, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1954), cols. 558-826.
REY (A.), *La science dans l'Antiquité,* 5.º vol.: *L'apogée de la science technique grecque, L'essor de la mathématique* (París, Evolution de l'humanité, 1948).
REYMOND (A.), *Histoire des sciences exactes et naturelles dans l'Antiquité gréco-romaine* (París, 2.ª ed., 1955).
SAMBURSKY (S.), *The Physical World of Late Antiquity* (Londres, 1962).
— *Physics of the Stoics* (Londres, 1959).
SARTON (G.), *A History of Science,* 2 vols.: II *Hellenistic Science and Culture in the last three Centuries B. C.* (Cambridge, Mass., Londres, Oxford, 1959).
SCHNABEL (P.), *Berossos und die babylonisch-hellenistische Literatur* (Leipzig, 1923; reprod. anast., Hildesheim, 1968).
THIEL (J. H.), *Eudoxus of Cyzicus,* Hist. Stud. 23 (Utrecht, 1966).

THOMSON (J. O.), *History of ancient Geography* (Cambridge, 1948).
Von FRITZ (K.), *Grundprobleme der Geschichte der antiken Wissenschaft* (Berlín-Nueva York, 1971).
WOLFER (E. P.), *Eratosthenes von Kyrene als Mathematiker und Philosoph* (Groninga, 1954).
WOODHEAD (A. G.), «The State Health Service in Ancient Greece», *Cambridge Historical Journal,* 10 (1952), pp. 235-253.

CULTURA

Travaux du Ve Congrès d'Etudes classiques. Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien, publicados por la Fédération internationale des Etudes classiques (París, 1975).
CASSON (L.), *Travel in the ancient World* (Londres, 1974).
DELORME (J.), *Gymnasion. Etude sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce, des origines à l'Empire romain.* Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome, 196 (París, 1960).
DEVAMBEZ (P.), FLACELIÈRE (R.), SCHUHL (P.-M.), MARTIN (R.), *Dictionnaire de la civilisation grecque* (París, 1966).
FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972); cap. 6: «Ptolemaic Patronage: the Mouseion and Library»; cap. 8: «Alexandrian Scholarship»; cap. 10: Aspects of Alexandrian Literature» (bibliographie considérable). Véase también índice, *Callimachus.*
GUARDUCCI (M.), *Poeti vaganti e conferenzieri dell' età ellenistica,* Memorie dell' Accademia dei Lincei, Sc. Morali CCXXXVI, serie VI, vol. II, fasc. IX (1929), pp. 627-665.
HOLL (K.), «Das Fortleben der Volkssprache in Kleinasien in nachchristlicher Zeit», *Hermes,* 43 (1908), pp. 240-254.
MARROU (H. I.), *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (París, 1948; nueva ed., 1965).
PACK (R. A.), *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt,* 2d. revised edition (Ann Arbor, 1965).
PARSONS (E. A.), *The Alexandrian Library, Glory of the Hellenistic World* (Amsterdam, 1952; 2.ª ed., 1967).
PELEKIDÈS (C), *Histoire de l'éphébie attique* (París, 1962).
PFEIFFER (R.), *History of Classical Scholarship from the Beginnings to the End of the Hellenistic Age* (Oxford, 1968).
RÉMONDON (R.), «Problèmes de bilinguisme dans l'Egypte lagide» *(UPZ* I, 148), *Chronique d'Egypte* XXXIX (1964), pp. 126-146.
SCHNEIDER (C.), *Kulturgeschichte des Hellenismus* (Munich, I, 1967; II, 1969). El volumen II se refiere al período helenístico.
SNOWDEN (F. M.), Jr. *Blacks in the Antiquity. Ethiopians in the Greco-Roman Experience* (Cambridge, Mass., 1970).
TARN (W. W.), GRIFFITH (G. T.), *Hellenistic Civilisation* (Londres, 3.ª ed., 1952), trad. franc. de la 1.ª ed., de 1927 (París, Payot, 1936).

BARIGAZZI (A.), *La formazione spirituale di Menandro* (Turín, 1965).
CANTARELLA (L.), *La letteratura greca dell'età ellenistica e imperiale* (Florencia, 1968).
COLLART (P), «Les papyrus scolaires», *Mélanges Desrousseaux* (París, 1937), pp. 69-80. Bibliografía complementaria reciente en O. MONTEVECCHI, *La Papirologia* (Milán, 1973), p. 401.
CROISET (A. y M.), *Histoire de la littérature grecque* V (París, 1899). Período alejandrino por A. CROISET. La obra va a ser actualizada y rehecha.
DAUMAS (F.), *Les moyens d'expression du grec et de l'egyptien comparés dans les décrets de Canope et de Memphis,* Suplemento a los Annales du Service des Antiquités de l'Egypte, cuaderno núm. 16 (El Cairo, 1952).
De FOUCAULT (J. A.), *Recherches sur la langue et le style de Polybe* (París, 1972).
EICHGRÜN (E.), *Kallimachos und Apollonios Rhodios* (Diss. Berlín, 1961).
Fondation Hardt, «Entretiens sur l'Antiquité classique XV», *Ménandre. Sept exposés suivis de discussion* (Vandoeuvres-Ginebra, 1970).
— Entretiens sur l'Antiquité classique XIV, *L'épigramme grecque* (1969).
GIANGRANDE (G.), «Das Epyllion Catulls im Lichte der hellenistischen Epik», *L'Antiquité clasique,* 41 (1972), pp. 123-147.
GOW (A. S.), PAGE (D. L.), *The Greek Anthology. Helleniste Epigrams,* 2 vols. (Cambridge, 1965).
KOEHNEN (A.), *Apollonios Rhodios und Theokrit* (Gotinga, 1965).
LESKY (A.), *Geschichte der griechischen Literatur* (Berna, 1957-1958; 2.ª ed., 1963), trad. anglaise: *A History of Greek Literature* (Londres, 1966).
MANDILARAS (B. G.), *The Verb in the Greek non literary Papyri* (Atenas, 1973).
MASSA-POSITANO (L.), *Eroda. Mimiambo I,* Collana di St. gr. LI (Nápoles, 1970).
MAYSER (E.), *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit* (Leipzig, 1920-1938); Bd. I, 1ster Teil, 2.ª ed., von H. SCHMOLL (Berlín, 1970).
MONTEVECCHI (O.), *La Papirologia* (1973), pp. 73-85: La lingua dei papiri documentari. Importante bibliografía sobre la *koinè* y sobre el bilingüismo.
PAGE (D. L.), *Literary Papyri: Poetry* (London, Loeb Classical Library, 1941, 4th revised impression, 1942).
PALM (J.), *Ueber Sprache und Stil des Diodoros von Sizilien. Ein Beitrag zur Beleuchtung der hellenistischen Prosa* (Lund, 1955).
PEEK (W.), *Griechische Versinschriften* I (Berlín, 1955).
PFEIFFER (R.), *Callimachus,* 2 vols. (Oxford, 1949-1953).
ROHDE (E.), *Der griechische Roman und seine Vorläufer* (Leipzig, 3.ª ed., 1914).
SIFAKIS (G. M.), *Studies in the History of Hellenistic Drama* (Diss., Londres, 1967),
Von CHRIST (W.), SCHMID (W.), STAEHLIN (O.), *Geschichte der griechischen Literatur* II (de 320 a. de J. C. a 100 d. de J. C.) (Munich, 1929-1961).
WEBSTER (T. B. L.), *Hellenistic Poetry and Art* (Londres, 1964).
Von WILAMOWITZ-MOELLENDORF (U.), *Hellenistische Dichtung in der Zeit des Kallimachos,* 2 vols. (Berlín, 1924; 2.ª ed., 1935).
ZIEGLER (K.), *Das hellenistische Epos* (Leipzig, 2.ª ed., 1934).
ZUCKER (F.), *Menanders Dyskolos als Zeugnis seiner Epoche,* Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, 1965.

FILOSOFÍA

BABUT (D.), *Plutarque et le stoïcisme,* Publications de l'Université de Lyon (París, 1969).

BAILEY (C.), *Epicurus* (Oxfod, 1926; anast., Hildesheim, 1970).

BALDRY (H. C.), *The Unity of Mankind in Greek Thought* (Cambridge, 1965).

BRÉHIER (E.), *Chrysippe* (París, 1910), 2.ª ed. con el título *Chrysippe et l'ancien stoïcisme* (París, 1951).

— *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme* (París, 1908).

BRIDOUX (A.), *Le stoïcisme et son influence* (París, 1966).

BRUN (J.), *Le stoïcisme,* col. «Que sais-je?» (París, 1958).

BUFFIÈRE (F.), *Les mythes d'Homère et la pensée grecque* (París, 1956).

CHRISTENSEN (J.), *An Essay on the Unity of Stoic Philosophy* (Copenhague, 1962).

DAHLMANN (H.), *Varro und die hellenistischen Sprachtheorie,* Problemata, núm. 5 (Berlín, 1932).

DAL PRA (M.), *Lo Scetticismo greco* (Milán, 1950).

De VOGEL (C. J.), *Greek Philosophy. A Collection of Texts,* selected and supplied with some Notes and Explanations, 3 vol. Vol. III: *The Hellenistic and Roman Period* (Leiden, 1950-1959; 2.ª ed., 1964).

DUDLEY (D. R.), *A History of Cynicism from Diogenes to the sixth Century A. D.* (Londres, 1937; anast., Hildesheim, 1967).

EDELSTEIN (L.), KIDD (I. G.), *Posidonius, the Fragments,* Cambridge Classical texts and Commentaries, 13 (1972).

FESTUGIÈRE (A. J.), *Etudes de philosophie grecque* (París, 1971), reed. de artículos.

— *Epicure et ses dieux* (París, 1946; 2.ª ed., 1948).

FRASER (P. M.), *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), cap. 9: «Currents of Alexandrian Philosophy», pp. 480-494.

GIANNANTONI (O.), *I Cirenaici* (Florencia, 1958).

HANSEN (E.), *The Attalids of Pergamon* (Ithaca-Nueva York, 1947), cap. IX: «Attalid Patronage of Learning», pp. 353-394 (reed. 1971).

HEINZE (R.), *Xenocrates* (Leipzig, 1892).

HÖÏSTAD (R.), *Cynic Hero and Cynic King* (Uppsala, 1948).

HOVEN (R.), *Stoïcisme et stoïciens face au problème de l'au-delà,* Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, fasc. 197 (Liège-París, 1971).

KRAEMER (H. J.), *Platonismus und hellenistische Philosophie* (Berlín, 1971).

LONG (A. A.), *Problems in Stoicism* (Londres, 1971). Esta obra colectiva, editada por A. A. LONG, reúne 10 estudios sobre la epistemología, la lógica, la ética y la metafísica del estoicismo. Es un libro fundamental y la aproximación indispensable a la doctrina estoica.

— *Hellenistic Philosophy, Stoics, Epicureans, Sceptics* (Londres, 1974).

METTE (H. J.), *De Cratete Mallota s. Pergameno Memoria Varroniana* (Diss. Berlín, 1931).

ROBIN (L.), *Pyrrhon et le scepticisme grec* (París, 1944).

SCHUHL (P.-M.), *Les stoïciens,* textos traducidos por E. BRÉHIER, editados bajo la dirección de P.-M. SCHUHL (París, 1962). Bibliografía, pp. 1393-1402.

— L'état des études stoïciennes, *Actes du VIIe Congrès de l'Association Guillaume-Budé* (París, 1964), pp. 263-276.
TARN (W. W.), «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Proceedings of the British Academy* 19 (Londres, 1933).
— *Antigonos Gonatas* (Oxford, 1913). cap. VIII: «Antigonos and his Circle», pp. 223-256.
THESLEFF (H.), *The Pythagorean Texts of the Hellenistic Period,* Acta Academiae Aboensis, ser. A. Humaniora, vol. 30, núm. 1 (Turku, 1965).
USENER (H.), *Epicurea* (Leipzig, 1887; anast., Roma, 1963).
VAN STRAATEN (M.), *Panetius* (Amsterdam, 1946).
Von ARNIM (J.), ADLER (M.), *Stoicorum Veterum Fragmenta,* 4 vols. (Leipzig, 1903-1924). El volumen de índices constituye un valioso instrumento de trabajo.
Von ARNIM (J.), Karneades, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* cols. 1964-1985.
Von FRITZ (K.), *Quellenuntersuchungen zu Leben und Philosophie des Diogenes von Sinope,* Philologus, Supplementband 18, 2 (Leipzig, 1926).
WEHRLI (F.), *Die Schule des Aristoteles.* Texte und Kommentar (Basilea, 1944-1959; reed. en curso 1967): 1. Dikaiarchos; 2. Aristoxenos; 3. Klearchos; 4. Demetrios von Phaleron; 5. Straton von Lampsakos; 6. Lykon und Ariston von Keos; 7. Herakleides Pontikos; 8. Eudemos von Rhodos; 9. Phainias von Eresos, Chamaileon, Praxiphanes; 10. Hieronymos von Rhodos, Kritolaos.

RELIGIÓN

International Bibliography of the History of Religions (Leiden).
Etudes préliminaires aux religions orientales dans l'Empire romain, publicados bajo la dirección de M.-J. VERMASEREN (Leiden, 54 volúmenes en 1976), que abreviamos *EPRO.*
BELL (H. I.), *Cults and Creeds in Graeco-Roman Egypt,* Liverpool Monographs in Archaeology and Oriental Studies, 2^d impression with addenda (Liverpool, 1954).
BOTTIGELLI (P.), «Repertorio topografico dei templi e dei sacerdoti dell' Egitto tolemaico», *Aegyptus,* 21 (1941), pp. 1-54.
BRUNEAU (Ph.), *Recherches sur les cultes de Délos à l'époque hellénistique et romaine* (París, 1970).
COOK (A. B.), *Zeus. A Study in Ancient Religion,* 5 vols. (Cambridge, 1914-1940).
CUMONT (F.), *L'Egypte des astrologues* (Bruselas, 1937).
— *Lux Perpetua* (París, 1948).
— *Les religions orientales dans le paganisme romain* (París, 4.ª ed., 1929).
DELEKAT (L.), «Katoche, Hierodulie und Adoptionsfreilassung», *Münchener Beiträge,* 47 (1964).
DERCHAIN (Ph.), «Essai de classement chronologique des influences babylonniennes et hellénistiques sur l'astrologie égyptienne des documents démotiques», *La divination en Mésopotamie ancienne et dans les régions voisines* (Estrasburgo, 1966), pp. 147-158.

— «L'authenticité de l'inspiration égyptienne dans le Corpus Hermeticum», *Revue de l'Histoire des Religions*, 161 (1962), pp. 175-198.

DIETRICH (D.), *Der hellenistische Isiskult als kosmopolitische Religion und die sogenannte Isismission* (Diss. Leipzig, 1966).

DUNAND (F.), «Les mystères égyptiens aux époques hellénistique et romaine», *Mystères et syncrétismes. Etudes d'histoire des religions*, 2 (Estrasburgo, 1975), pp. 11-62.

— «Culte d'Isis dans le bassin oriental de la Méditerranée», 3 vols. *EPRO*, 26 (Leiden, 1973).

FARNELL (L. R.), *Greck Hero-Cults and Ideas of Immortality* (Oxford, 1921).

FARRINGTON (B.), *The Faith of Epicurus* (Londres, 1967).

FESTUGIÈRE (A. J.), *Etudes de religion grecque et hellénistique* (París, 1972), 18 artículos escritos de 1935 a 1970.

— *La Révélation d'Hermès Trismégiste*, 4 vols. (París, 1949-1954).

FRASER (P. M.) *Ptolemaic Alexandria* (Oxford, 1972), cap. 5: «The Cults of Alexandria», I, pp. 189-304; II, notas, pp. 323-461.

— «Two Studies on the Cult of Sarapis in the Hellenistic World», *Opuscula Atheniensia* 3 (Lund, 1960), pp. 1-54.

— «Current Problems concerning the early History of the Cult of Sarapis», *Opuscula Atheniensia* 7 (Lund, 1967), pp. 23-45 y 4 láminas.

GRANDJEAN (Y.), «Une nouvelle arétalogie d'Isis à Maronée», *EPRO*, 49 (Leiden, 1975).

HANI (J.), *La religion égyptienne dans la pensée de Plutarque* (París, 1976).

HARDER (R.), *Karpocrates von Chalkis und die memphitische Isispropaganda*, Abh. Akad. Wiss. Berlin, Phil.-Hist. Kl., 1943, Heft 14.

HEYOB (S. K.), «The Cult of Isis among Women in the Graeco-Roman World», *EPRO*, 51 (Leiden, 1975).

HORNBOSTEL (W.), «Sarapis, Studien zur Ueberlieferungsgeschichte, den Erscheinungsformen und Wandlungen der Gestalt eines Gottes». *EPRO*, 22 (Leiden, 1973).

JEANMAIRE (H.), *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus* (París, 1951), último capítulo: «Evolution du Dionysisme après Alexandre».

KLAFFENBACH (G.), Die Nikephorien von Pergamon, *Mitteilungen des deutschen Archaeol. Instituts* 3 (1950), pp. 99 ss.

— Asylienurkunden aus Kos, Abhandl. Deutsch. Akad. Berlin, 1952=*SEG*, XII (1955), núms. 368-384.

KOBYLINA (M.), «Divinités orientales sur le littoral nord de la mer Noire», *EPRO*, 52 (Leiden, 1976).

LECLANT (J.), «Histoire de la diffusion des cultes égyptiens», *Annuaire de l'Ecole pratique des Hautes Etudes 1968-1969*, V.ª sección, pp. 122-131 (bibliografía).

MALAISE (M.), «Inventaire préliminaire des documents égyptiens découverts en Italie», *EPRO*, 21 (Leiden, 1972).

— «Les conditions de pénetration et de diffusion des cultes égyptiens en Italie», *EPRO*, 22 (Leiden, 1972).

MATZ (F.), *Dionysiake Telete. Archaeologische Untersuchungen zum Dionysoskult in*

hellenistischer und römischer Zeit, Akad. Wiss, und Lit. in Mainz. Abh. der Geistes- und Sozialwiss. Kl. 1963, Heft 15.
MERKELBACH (R.), *Isisfeste in griechisch-römischer Zeit. Daten und Riten,* Beiträge zur klassischen Philologie, Heft 5 (Meisenheim am Glan, 1963).
MORENZ (S.), *La religion égyptienne,* trad. de la ed. alemana de 1960, por L. JOSPIN (Paris, 1962).
MÜLLER (D.), *Aegypten und die griechischen Isis- Aretalogien,* Abh. Sächs. Akad. Wiss., Ph.-Hist. Kl. 53, Heft 1 (Leipzig-Berlín, 1961).
NILSSON (M. P.), *Geschichte der griechischen Religion* II, *Die hellenistische und römische Zeit,* 2.ª ed. (Munich, 1961). Hdb. der Altertumswissenschaft begründet von I. von Müller, V, 2.
— *The Dionysiac Mysteries of the Hellenistic and Roman Age,* Acta Instituti Atheniensis Regni Succiae, series altera in-8º, núm. 5 (Lund, 1957).
NOCK (A. D.), *Essays on Religion and the Ancient World,* 2 vol. (Oxford, 1972): se encontrará ahí la reedición de la mayor parte de los artículos de A. D. NOCK referentes a la religión helenística, que por tanto no citamos aquí.
— *Conversion. The old and the new in Religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo* (Oxford, 1933).
OTTO (E.), *Gott und Mensch nach den ägyptischen Tempelinschriften der griechischrömischen Zeit,* Abh. Heidelberger Akad. 1964.
OTTO (W.), *Priester und Tempel im hellenistischen Aegypten* (Leipzig, 1905-1908).
Religions en Egypte hellénistique et romaine, Travaux du Centre d'Etudes supérieures spécialisé d'histoire des religions de Strasbourg (París, 1969).
ROLLEY (C.), «Les cultes égyptiens à Thasos. A propos de quelques monuments nouveaux», *BCH* 92 (1968), pp. 187-219.
ROUSSEL (P.), *Les cultes égyptiens à Délos du IIIe au Ier siècle* (París, 1915-1916).
SALDITT-TRAPPMANN (R.), «Tempel der ägyptischen Götter in Griechenland und an der Westküste Kleinasiens», *EPRO,* 15 (Leiden, 1970).
SAUNERON (S.), «Un document égyptien relatif à la divinisation de la reine Arsinoé II,», *Bull. de l'Inst. français d'Archéologie orientale,* 60 (1960), pp. 83-109.
— *Les prêtres de l'ancienne Egypte* (París, 1957).
SOKOLOVSKI (F.), *Lois sacrées de l'Asie Mineure* (París, Ecole franç. d'Athènes. Travaux et mémoires des anciens membres étrangers, fasc. IX, 1955).
— *Lois sacrées des cités grecques* (París, *ibid.,* fasc. XI, 1962).
STAMBAUGH (J. E.), «Sarapis under the early Ptolemies», *EPRO,* 25 (Leiden, 1972).
TRAN TAM TINH (V.), *Le culte d'Isis à Pompéi (Images et cultes)* (París, 1964).
VIDMANN (L), *Isis und Serapis bei den Griechen und Römern,* Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten, Bd 29 (1970).
— *Sylloge Inscriptionum Religionis Isiacae et Sarapiacae* (Berlín, 1969).
VOLKMANN, *Ptolemaia,* PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* cols. 1578 ss. (1959).
WIDENGREN (G.), *Les religions de l'Iran* (París, 1968).

Chroniques des fouilles, dans *Bulletin de Correspondance hellénique, American Journal of Archaeology, Journal of Hellenic Studies,* Crónica arqueológica en la *Revue des Etudes grecques.*

Les *Rapports de fouilles* son mencionadas por J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN, F. VILLARD, *La Grèce hellénistique,* col. «L'Univers des Formes» (París, 1970), en la bibliografía por lugares, pp. 371-379.

Pergamon gesammelte Aufsätze, Pergamenische Forschungen 1 (Berlín, 1972).

ADRIANI (A.), *Repertorio d'Arte dell' Egitto greco-romano,* serie A (scultura), vol. I y II (Palermo, 1961); serie C (architettura), vol. I y II (Palermo, 1966); serie B (pittura); serie D (arti minori).

— *Sculture monumentali del Museo Greco-Romano di Alessandria,* Documenti e Ricerche d'Arte Alessandrina I (Roma, 1946); II (Roma, 1948).

— *Testimonianze e momenti di scultura Alessandrina,* Documenti e Ricerche d'Arte Alessandrina II (Roma, 1948).

— *Divagazioni intorno ad una coppa paesistica del Museo di Alessandria,* Documenti e Ricerche d'Arte Alessandrina III-IV (Roma, 1959).

— *Le gobelet en argent des Amours vendangeurs du Musée d'Alexandrie,* Société royale d'Archéologie d'Alexandrie, cuaderno núm. 1 (1939). El cibilete es del siglo I-II d. de J. C., pero ADRIANI estudia los antecedentes de este tipo de objeto.

BAMMER (A.), *Die Architektur des jüngeren Artemision von Ephesos* (Wiesbaden, 1972).

BIEBER (M.), *Alexander the Great in Greek and Roman Art* (Chicago, 1964).

— *The Sculpture of the Hellenistic Age* (Nueva York, 1955; 2.ª ed., revisada, 1961).

BLANCK (H.), Porträt-Gemälde als Ehrendenkmäler, *Bonner Jahrbücher des Rheinischen Landesmuseums in Bonn* 168 (1968), pp. 1-12.

BROWN (B. R.), *Ptolemaic Paintings and Mosaics and the Alexandrian Style,* The Archaeological Institute of America Monographs on Archaeology and Fine Arts, núm. 8 (Cambridge, Mass., 1957).

BUSCHOR (E.), *Das hellenistische Bildnis* (2.ª ed., Munich, 1971).

CHAMONARD (J.), *Les mosaïques de la Maison des Masques,* Exploration archéologique de Délos XIV (París, 1933).

CHARBONNEAUX (J.), MARTIN (R.), VILLARD (F.), *La Grèce hellénistique,* col. «L'Univers des formes» (París, 1970). La bibliografía que dan los autores nos permite limitarnos aquí a mencionar tan sólo algunos títulos.

COULTON (J. J.), *The Architectural Development of the Greek Stoa* (1976).

FOUCHER (A.), *L'art gréco-boudhique du Gandhara,* 3 vols. (París, 1905-1922).

HOEPFNER (W.), *Zwei Ptolemaierbauten. Das Ptolemaierweihgeschenk in Olympia und ein Bauvorhaben in Alexandria,* Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Athen, Abteilung, Beiheft 1 (Berlín, 1971).

KLEINER (G.), *Die Ruinen von Milet* (Berlín, 1968).

MARCADÉ (J.), *Aus musée de Délos. Etude sur la sculpture hellénistique en ronde bosse découverte dans l'île* (París, 1970).

— *Recueil des signatures de sculpteurs grecs.* 2 vols., Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome (París, 1953 y 1957).

MARTIN (R.), *L'urbanisme dans la Grèce antique* (París, 1956; 2.ª ed., ampliada, 1974).
MARTIN (R.), *Recherches sur l'agora grecque,* B. Ec. fr. Ath. R., 174 (París, 1951).
MICHALOWSKI (C.), *Les portraits hellénistiques et romains,* Exploration archéologique de Délos, XIII (Paris, 1932).
MUSSCHE (H. F.), *Les portraits des Séleucides* (Leiden, Publicaciones del Instituto arqueológico e histórico holandés de Estambul, 1968).
PERDRIZET (P.), *Les terres cuites grecques d'Egypte de la Collection Fouquet* (Nancy, 1921).
PETSAS (Ph.), *Pella. Studies in Mediterranean Archaeology* (Lund, 1964).
PICARD (Ch.), «Comment traiter méthodiquement des Arts hellénistiques?», *Revue belge de Philologie et d'Histoire,* 39 (1961), pp. 5-25.
— «Sur quelques représentations nouvelles du phare d'Alexandrie et sur l'origine alexandrine des paysages portuaires», *BCH,* 76 (1952), pp. 61-95.
— *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture,* 5 vols. (París, 1935-1966), vols. IV y V.
POULSEN (F.), *Gab es eine Alexandrinische Kunst?,* From the Collections of the Ny Carlsberg Glyptothek 2 (Copenhague, 1938).
RICHTER (G. M. A.), *The Portraits of the Greeks,* 3 vols. (Londres, 1965).
ROUX (G.), *L'architecture de l'Argolide aux IVe et IIIe siècles av. J.-C.,* 2 vols (París, 1961).
ROWE (A.), DRIOTON (E.), *Discovery of the famous Temple and Enclosure of Serapis in Alexandria,* Anales del Servicio de Antigüedades de Egipto, Supl. 2 (El Cairo, 1946).
SCHEFOLD (K.), SEIDL (M.), *Der Alexander-Sarkophag* (Berlín, 1968).
SCHLUMBERGER (D.), *L'Orient hellénisé. L'art grec et ses héritiers dans l'Asie non méditerranéenne,* col. «L'Art dans le Monde» (París, 1970).
SEGALL (B.) *Tradition und Neuschöpfung in der frühalexandrinischen Kleinkunst,* Winckelmanns Programm der archäologischen Gesellschaft zu Berlin, núms. 119-120 (1966).
SIEDENTOPF (H. B.), *Das hellenistische Reiterdenkmal* (Waldsassen, 1968).
TEFNIN (R.), «Un portrait de la reine Bérénice II trouvé en Egypte», *L'Antiquité classique,* 38 (1969), pp. 89-100.
VALLOIS (R.), *L'architecture hellénique et hellénistique à Délos jusqu'à l'éviction des Déliens (166 av. J. C.)* I (París, 1944); 2.ª parte (París, 1966).
— *Les constructions antiques de Délos. Documents* (París, 1953).
VERMASEREN (M. J.), «The Legend of Attis in Greek and Roman Art», *EPRO,* 9 (Leyden, 1966).
VICKERS (M.), «Hellenistic Thessalonike», *JHS,* 92 (1972), pp. 156-170 (estudio de urbanismo).
Le rayonnement des civilisations grecque et romaine sur les cultures périphériques, Actas del VIIIº Congreso internacional de Arqueología clásica, París, 1963, 2 vols. (París, 1965).

ADDENDUM A LA BIBLIOGRAFÍA

El lector encontrará aquí las obras de cuya publicación hemos tenido noticia en el curso de la impresión de este libro.

Actes du Colloque d'Histoire sociale, 1970. Annales littéraires de l'Université de Besançon, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 4 (París, 1972).

Assimilation et résistance à la culture gréco-latine dans le monde ancien. Trabajos del VI Congreso internacional de Estudios clásicos, Madrid, septiembre de 1974 (1976).

BAGNALL (R. S.), *The Administration of the Ptolemaic Possessions outside Egypt* (Nueva York, Columbia Studies in the Classical Tradition, 1976).

BAR KOCHVA (B.), On the Sources and Chronology of Antiochus I's Battle against the Galatians, *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 199 = n.s. 19 (1973), pp. 1-8.

BIZIÈRE (F.), «Comment travaillait Diodore de Sicile», *REG,* 87 (1974), pp. 369-374.

BOLLAK (J.), LAKS (A.), *Etudes sur l'épicurisme antique* (Publ. Univ. Lille, III, 1977).

CASSON (L.), *Ships and Seamanship in the ancient World* (Princeton, 1971). Bibliografía importante.

— *Travel in the ancient World* (Londres, 1974).

COULTON (J. J.), *The architectural Development of the Greek Stoa* (1976).

De LAIX (R. A.), «The Silver Coinage of the Aetolian League», *California Studies in Classical Antiquity,* 6 (1973), pp. 47-75.

ENGEL (R.), «Zum Geschichtsbild des Hieronymos von Kardia», *Athenaeum,* n. s. 30 (1972), pp. 120-125.

FRASER (P. M.), *Samothrace,* II, 1: *The Inscriptions on Stone* (1960).

— *Rhodian Funerary Monuments* (1977).

GAUTHIER (F.), *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon* (París-Ginebra, 1976).

HAMERTON-KELLY (R.), SCROGGS (R.), editores de *Studies in Judaïsm in Late Antiquity. Jews, Greeks and Christians. Essays in honor of William David Davies* (1976).

HAMMOND (P. C.), *The Nabataeans* (Göteborg, 1973).

HANSEN (E. V.), *The Attalids of Pergamon;* la 2.ª ed. data de 1971.

HANI (J.), *La religion égyptienne dans la pensée de Plutarque* (Collection d'Etudes mythologiques, 1976).

HENGEL (M.), *Juden, Griechen und Barbaren: Aspekte der Hellenisierung des Judentums in Vorchristl. Zeit* (Stuttgart, Bibelstudien, 1976).

KOENEN (L.), *Eine agonistische Inschrift aus Aegypten und frühptolemäische Königsfeste,* Beiträge zur klassischen Philologie (1977).

LAUFFER (S.), *Die Bergwerksklaven von Laurion* (2.ª ed., 1975).

MAROTI (R.), «Der Sklavenmarkt auf Delos und die Piraterie», *Helikon* (1969-1970), pp. 24-42.

MERITT (B. D.), «Athenian Archons 347/6-48/7 B. C.», *Historia,* 26 (1977), pp. 161-191.

MOOREN (L.), *La hiérarchie de cour ptolémaïque,* Studia hell., 23 (Lovaina, 1977).

MÜLLER (B. J.), *Ptolemaeus II Philadelphus als Gesetzgeber* (Dissertation, Colonia, 1968).

NACHTERGAEL (G.), *Les Galates en Grèce et les Sôteria de Delphes*, Academie royale de Belgique, Mémoires de la Classe des Lettres, collection in-8.º, 2.ª serie, t. LXIII, fasc. 1 (Bruselas, 1977). Bibliografía importante.

NASTER (P.), COLBERT DE BEAULIEU (J. B.), FAGERLIE (J. M.), *A Survey of Numismatic Research 1966-1971:* I. *Ancient Numismatics* (Nueva York, 1973).

NICOLET (Cl.), *Rome et la conquête du monde méditerranéen:* I. *Les structures de l'Italie romaine* (París, PUF, 1977, Nouvelle Clio). Bibliografía importante que abarca también la época helenística.

ORTH (W.), «Königlicher Machtanspruch und städtische Freiheit», *Münchener Beiträge*, 71 (1977).

RASKOLNIKOFF (M.) *La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain* (Estrasburgo, 1975).

ROUSSEL (D.), *Les Siciliens entre les Romains et les Carthaginois à l'époque de la première guerre punique. Essai sur l'histoire de la Sicile de 276 a 241.* Annales littéraires de l'Université de Besançon. Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 3 (París, 1970).

SAN NICOLO (M.), «Aegyptisches Vereinswesen zur Zeit der Ptolemäer und Römer», 2.ª ed. con reseñas bibliográficas de J. HERRMANN, *Münchener Beiträge* 2 (2.ª ed., 1972).

SEIBERT (J.), «Die Schlacht bei Ephesos», *Historia*, 25 (1976), pp. 45-61.

SKEAT (T. C.), «Notes on Ptolemaic Chronology, IV. The 16th Year of Ptolemy Philopator as a Terminus ad quem», *The Journal of Egyptian Archaeology* 59 (1973), pp. 169-184.

WILL (Ed.), «Bulletin historique i histoire grecque», *Revue historique*, 257, 2 (1977), pp. 365-427 (época helenística, pp. 398-427).

WOERRLE (M.), «Antiochos I, Achaios der Aeltere und die Galater. Eine neue Inschrift in Denizli», *Chiron*, 5 (1975), pp. 59-87.

WOLFF (H. J.), Hellenistisches Privatrecht, *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, Romanistische Abteilung, 90 (1973), pp. 63-90.

YOUTIE (H. C.), *Scriptiunculae*, 2 vol. (Amsterdam, 1973), colección de artículos que se han vuelto a imprimir.

Cuando esta obra está ya en compaginadas, hemos considerado útil citar algunos trabajos que hemos conocido *in extremis*, ya fuera porque son muy recientes o porque no los habíamos tenido en cuenta.

AKURGAL (E.), *Ancient Civilizations and Ruins of Turkey from prehistoric Times until the End of the Roman Empire* (3.ª ed., Estambul, 1973).

ALTHEIM (F.), STIEHL (R.), «Die Seleukideninschrift aus Failaka», *Klio*, 46 (1965), pp. 273-281.

AUJAC (G.), «Eratosthène, premier éditeur de textes scientifiques?», *Annales publiées par l'Université de Toulouse-Le Mirail*, n. s. 13 (1977), pp. 3-24.

AVI YONAH (M.), «Palaestina», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie*, Supl. XIII (1973), cols. 321-454.

BEAN (G. E.), *Aegean Turkey, an Archaeological Guide* (Londres, 1966).
— *Turkey's Southern Shore, an Archeological Guide* (Londres, 1968).
— *Turkey beyond the Maeander, an Archaeological Guide* (Londres, 1971).
BENGTSON (H.), *Herrschergestalten des Hellenismus* (Munich, 1975).
BOEHRINGER (C.), *Zur Chronologie Mittelhellenistischer Münzserien, 220-160 v. Chr.* (Deutsches Archäologisches Institut, Antike Münzen und Geschnittene Steine, Bd V, Berlín, 1972, un vol. de texto, un vol. de láminas). Se trata solamente de monedas de peso ático (Pérgamo, Seléucidas, Rodas, Atenas); bibliografía.
BOGAERT (R.), «Il commercio internazionale e le banche», *Storia e civiltà dei Greci,* 8, *La società ellenistica, economia, diritto, religione* (Milán, 1977), pp. 375-399 (mapa de producciones).
BOLLAK (J.), *La Lettre d'Epicure* (París, 1971).
— *La pensée du plaisir, Epicure, textes moraux, commentaires* (París, 1975).
BUNGE (J. G.), «Münzen als Mittel politischen Propaganda: Antiochos IV. von Syrien», *Studii Classice* 16 (1974) pp. 43-52.
— «Antiochos Helios. Methoden und Ergebnisse der Reichspolitik Antiochos' IV. Epiphanes von Syrien im Spiegel seiner Münzen», *Historia,* 24 (1975), pp. 164-188.
— «Theos Epiphanes. Zu den ersten fünf Regierungsjahren Antiochos' IV. Epiphanes», *Historia,* 23 (1974), pp. 57-85.
CLARYSSE (W.), «Harmachis, Agent of the Oikonomos: an Archive from the time of Philopator», *Ancient Society,* 7 (1976), pp. 185-207, láms. I-V.
COHEN (G. M.), *The Seleucid Colonies, Studies in Founding, Administration and organization,* Historia, Einzelschriften, Heft 30 (Wiesbaden, 1978), bibliografía importante.
DAVIS (N.), KRAAY (C. M.), *The Hellenistic Kingdoms Portrait Coins and History* (Londres, 1973) (hermosas ampliaciones, cuadros genealógicos de las dinastías).
DE CÉNIVAL (F.), *Cautionnements démotiques du début de l'époque ptolémaïque* (París, 1973).
DI BITONTO (A.)., «Frammenti di petizioni del periodo tolemaico», *Aegyptus* 56 (1976), pp. 109-143.
Etudes déliennes, publiées à l'occasion du 100e anniversaire du début des fouilles de l'Ecole française d'Athènes à Délos (Paris, *Bulletin de Correspondance hellénique,* Suplemento 1, 1973).
GAUTHIER (Ph.), *Symbola* (Nancy, 1972).
GEHRKE (H. J.), *Phokion, Studien zur Erfassung seiner historischen Gestalt* (Zetemata, 64, Munich, 1976).
GERACI (G.), Ricerche sul Proskynema (estratto della Rivista *Aegyptus,* anno 51, 1971, fasc. I-IV).
HABICHT (C.), «Zipoïtes II», dans PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie* (1972).
— Hellenistische Inschriften aus dem Heraion von Samos, n.º 2, *Athenische Mitteilungen* 87 (1972, aparecido en 1974), pp. 191-228.
HACKENS (T.), LÉVY (E.), «Trésor hellénistique trouvé à Délos en 1964», *Bulletin de Correspondance hellénique,* 89 (1965), pp. 503-566, láms. X-XXIII.
HADLEY (R. A.), «Royal Propaganda of Seleucus I and Lysimachus», *Journal of Hellenic Studies,* 94 (1974), pp. 50-65.

HAMMOND (N. G. L.), *A History of Macedonia,* vol. I: *Historical geography and Prehistory* (Oxford, 1972).
HARRIS (H. A.), *Greek Athletics and the Jews* (Cardiff, 1976).
HAUBEN (H.), «Fleet Strength at the Battle of Salamis, 306 B. C.», *Chiron,* 6 (1976), pp. 1-5.
— Rhodes, «Alexander and the Diadochi from 332 to 304 B. C.», *Historia,* 26 (1977), pp. 307-339.
— «The first War of the Successors (321 B. C.), chronological and historical problems», *Ancient Society* 8 (1977), pp. 85-120.
HEINEN (H.), «Zur Sklaverei in der hellenistischen Welt», *Ancient Society* 7 (1976), pp. 127-149; 8 (1977), pp. 122-154.
HERTER (H.), «Kallimachos», PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. XIII (1973), cols. 184-266.
HEYOB (S. K.), *The Cult of Isis among Women in the Graeco-Roman World* (EPRO 51, Leiden, 1975).
Historiographia Antiqua, Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans septuagenarii editae (Lovanii, 1977). Los artículos que citamos a continuación se refieren a la época helenística: SCHEPENS (G.), Historiographical Problems in Ephorus; PEDECH (P.), Les historiens d'Alexandre; WALBANK (F.W.), Polybius' last ten Books; von FRITZ (K.), Poseidonios als Historiker.
HÖLBL (G.), *Zeugnisse Aegyptischer Religionsvorstellungen für Ephesus,* Estudios preliminares a las religiones orientales en el Imperio romano, 73 (Leiden, 1978).
HUSS (W.), Ptolemaios III. als Sarapis?, *Jahrbuch für Numismatik und Geldgeschichte* 26 (1976), pp. 31-36.
— «Eine ptolemäische Expedition nach Kleinasien», *Ancient Society,* 8 (1977), pp. 187-193.
JAMESON (S.), Lykia, PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopädie,* Supl. XIII (1973), col. 265-308 (bibliografía importante).
JEPPESEN (K.), «A royal Message to Icaros. The Hellenistic Temple of Faïlaka, Kuml», *Årbog for Jysk Ark. Selskab* (Ährus, 1960), pp. 174-187.
KEENAN (J. G.), SHELTON (J. C.), *The Tebtunis Papyri,* IV (núms. 1094-1150), (Londres, Egypt Exploration Society, Graeco-Roman Memoirs, núm. 64, 1976).
KLEINER (F. S.), NOE (S. P.), *The early Cistophoric Coinage* (The American Numismatic Society, Numismatic Studies núm. 14, Nueva York, 1977). Corpus, bibliografía, introducción, catálogo por ciudades emisoras.
KROMANN (A.), MÖRKHOLM (O.), *Egypt, The Ptolemies,* fasc. 40 de la Sylloge Nummorum Graecorum (Museo nacional de Copenhague, 1977). 696 monedas sobre 22 láminas.
LANG (M.), *Graffiti of the Athenian Agora.* Excavations of the Athenian Agora, Picture Book núm. 14 (Princeton, 1974).
LE CORSU (F.), *Isis, mythe et mystères* (París, 1977).
LE ROY (C.), «Pour le centenaire des fouilles de Délos: synthèses et publications récentes», *Revue des Etudes grecques,* 86 (1973), pp. 239-259.
LEWIS (D. M.), «The Chronology of the Athenian New Style Coinage», *Numismatic Chronicle,* s. 7, t. 2 (1962), pp. 275-300.

MASSON (O.), «Nouveaux graffites grecs d'Abydos et de Bouhen», *Chronique d'Egypte,* 51 (1976), pp. 305-313.

MASTROCINQUE (A.), «Eumene a Roma (172 a. C.) e le fonti del libro macedonico di Appiano», *Atti dell' Istituto Veneto,* 134 (1975-1976), pp. 25-40.

MICHAELIDOU-NICOLAOU (I.), *Prosopography of Ptolemaic Cyprus* (Gothenburg, 1976).

MITCHINER (M.), *Indo-Greek and Indo-Scythian Coinage,* 9 vol. (Londres, 1975-1976). Catálogo, fotografía de todos los tipos, bibliografía de los tesoros y de los trabajos, mapas, interpretación histórica.

MOMIGLIANO (A.), *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization* (Cambridge, 1975).

MOOREN (L.), *The Aulic Titulature in Ptolemaic Egypt, Introduction and Prosopography,* Verhandelingen Koningl. Acad. voor Wetenschappen van België, 37, núm. 78 (1975).

NICOLAOU (I.), MÖRKHOLM (O.), NICOLAOU (K.), *A Ptolemaic Coin Hoard = Paphos,* vol. I (Nicosia, 1976).

Numismatique antique, problèmes et méthodes. Etudes d'archéologie classique, IV = *Annales de l'Est* publicados por l'Université de Nancy II, editados por DENTZER (J. M.), GAUTIER (Ph.), HACKENS (T.), (Nancy-Lovaina, 1975).

ONASCH (C.), «Zur Königsideologie der Ptolemäer in den Dekreten von Kanopus und Memphis (Rosettana)», *Archiv für Papyrusforschung,* 24-25 (1976), pp. 137-155.

PASSONI DELL' ACQUA (A.), «Euergetes», *Aegyptus* 56 (1976), pp. 177-191.

PEREMANS (W.), «Egyptiens et étrangers dans le milieu d'Alexandrie au temps des Lagides», *Ancient Society,* 7 (1976), pp. 167-176.

— «Un groupe d'officiers dans l'armée des Lagides», *Ancient Society,* 8 (1977), pp. 175-185.

POUILLOUX (J.), *Les inscriptions de la Terrasse du Temple et de la région nord du sanctuaire,* núms. 351-516. Ecole française d'Athènes, *Fouilles de Delphes,* t. III, Epigraphie, fasc. IV (París, 1976).

SEYRIG (H.), *Volume dédié à Henri Seyrig = Revue de Numismatique,* VIe série, t. XV (1973). Contiene una bibliografía de Henri Seyrig.

SWINNEN (W.), «Sur la politique religieuse de Ptolémée Ier», en *Les syncrétismes dans les religions grecque et romaine* (Paris, 1953).

TARN (W. W.), *Hellenistic Civilisation* a une 3.e *édition* (Londres, 1974).

THOMPSON (D.B.), *Ptolemaic Oinochoai and Portraits in Faience. Aspects of the Ruler-Cult.* Oxford Monographs on Classical Archaeology (Oxford, 1973).

THOMPSON (M.), «Athens again», *Numismatic Chronicle,* s. 7, t. 2 (1962), pp. 301-333.

TREU (K.), «Die Menschen Menanders. Kontinuität und Neuerung im hellenistischen Menschenbild». *Der Mensch als Mass der Dinge. Studien zum griechischen Menschenbild in der Zeit der Blüte und Krise der Polis = Veröffentlichungen des Zentralinstituts für Alte Geschichte und Archäologie,* Bd 8 (Berlín, 1976), pp. 399-421.

TURNER (E. G.), «L'érudition alexandrine et les papyrus», *Chronique d'Egypte,* 37, núm. 73 (1962), pp. 135-152.

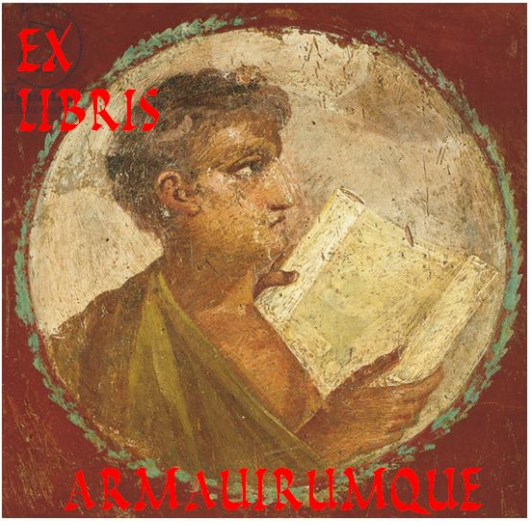
VAN'T DACK (E.), «Encore l'énigme de l'épistratège ptolémaïque», *Ancient Society,* 7 (1976), pp. 177-184.

– «Sur l'évolution des institutions militaires lagides. Colloques nationaux du Centre national de la Recherche scientifique», núm. 936, *Armées et fiscalité dans le monde antique* (París, 1977), pp. 77-105.

WILL (E.), MOSSÉ (C.), GOUKOWSKY (P.), *Le monde grec et l'Orient*, t. II: *Le IVe siècle et l'époque hellénistique* («Peuples et civilisations», II, París, 1975).

ZIEGENAUS (O.), de LUCA (G.), *Das Asklepieion* I, *Der südliche Temenosbezirk in hellenistischer und frührömischer Zeit=Altertümer von Pergamon*, Bd XI, 1 (Berlin, 1968).

Las obras de numismática, que son numerosas en este *Addendum*, nos han sido indicadas amablemente por Tony HACKENS, profesor de la Universidad católica de Lovaina, a quien agradecemos, además, el haber llamado nuestra atención sobre la incertidumbre de la fecha de la moneda de «nuevo estilo» en Atenas. El profesor Hackens resume los datos del problema en el Tesoro helenístico encontrado en Delos en 1964, *BCH*, 89 (1965), pp. 511-518. La fecha inicial sería la de 196 para THOMSON *(The New Style. Silver Coinage of Athens)*, 164 para M. D. M. LEWIS («The Chronology of the Athenian New Style Coinage», *NC*, s. 7, t. 2, 1962, pp. 275-300). T. Hackens pone de relieve que, en ambas hipótesis, los argumentos dejan lugar para la incertidumbre.



Fuentes y métodos

LAS FUENTES LITERARIAS NARRATIVAS

A) HISTORIADORES

1.º Historias universales

Fueron varias las historias universales que abarcaban la época helenística. Puede encontrarse la lista de aquellas de las que tenemos alguna noticia en F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 2.ª parte A (Leiden, 1961), núms. 73-105.[1]

Sólo una de esas historias universales ofrece todavía hoy un relato continuo que, comenzando en Nínive y los asirios, prosigue hasta Augusto y menciona a Tiberio. Nos referimos a la de Justino, en la cual los libros XI a XLIV se refieren a Alejandro Magno y la época helenística, contemplada tanto en el mundo romano como en el mundo oriental.

Ignoramos en qué años vivió Justino, pero es anterior a san Agustín, el cual le cita. Su obra es simplemente un resumen de las *Historias filípicas* de Trogo Pompeyo, un galorromano de Vaison que escribió en latín, en la época de Augusto, «la historia de Grecia y del universo para que los hechos ilustres de los griegos puedan leerse en nuestra lengua, al igual que los nuestros pueden leerse en griego» (prefacio de Justino). Justino extrajo de esta obra —gigantesca por la amplitud del tema y por el esfuerzo de clasificación— lo que consideró esencial para componer «un ligero ramillete de flores» *(veluti florum corpusculum fecit)*. Pero este ramillete resulta decepcionante: el compendio, demasiado sumario, abunda en confusiones. Prácticamente, no se cita fecha alguna y diferentes acontecimientos aparecen unidos de forma incoherente. Los episodios novelescos se desarrollan en la forma deseada por el autor y se subraya con insistencia el «justo castigo del malvado».

Pero, por deficiente que resulte esta obra, trata sobre unos períodos para los cuales constituye nuestra única fuente: por ejemplo, la irrupción de los partos en el Irán seléucida (libros 41-42).

Resulta imposible decir con seguridad cuáles eran las fuentes de las que dispuso Trogo Pompeyo. Naturalmente, hay que pensar en la historia de los diádocos de Jerónimo de Cardia (*F. Gr. Hist.*, núm. 154) o, para los partos, en Apolodoro de Artemita (*ibid.*, núm. 779), que utiliza Estrabón, o tal vez en Polibio o incluso en

Timágenes (*ibid.*, núm. 88), erudito alejandrino del siglo I a. de J. C., que escribió un libro de biografías de reyes.[2] dado que estas obras se han perdido, a excepción de la de Polibio, es imposible comprobar la hipótesis de su utilización por parte de Trogo Pompeyo.

La historia universal de Diodoro nos habría proporcionado una información más valiosa si se hubiera conservado su *Biblioteca histórica* hasta su culminación en época de César. Pero el relato, que comienza en la guerra de Troya, no sigue de forma continua sino entre los libros I a V y del XI al XX, hasta el año 302; por tanto, los libros que se refieren a la historia helenística, XVIII-XX, sólo tratan de los diádocos. Del resto de la obra, que contaba con XL libros, únicamente poseemos fragmentos conservados por Focio y por otros abreviadores.

Diodoro, que vivió en el siglo I a. de J. C., tiene para nosotros tan sólo la función de transmisor. Ha conservado resúmenes y extractos de autores que, sin él, hoy serían desconocidos. A veces, cita a sus fuentes, pero sólo vagamente indica su deuda para con ellos. Por lo que se refiere a la historia de los diádocos, cita especialmente a Jerónimo de Cardia[3] (XVIII, 42; 50; XIX, 44; 100); a Duris de Samos[4] (XV, 60, 6), cuya historia comienza en 370-369, para terminar posiblemente en 281-280[5] y que el abreviador menciona en XXI, 6, a propósito de las guerras de los romanos contra los galos y los samnitas; a Timeo de Tauromenio,[6] al que utiliza para los acontecimientos de Occidente y, sobre todo, para la historia de Agatocles (XIX, 1-10).[7]

Diodoro establece sus dataciones por medio de los arcontes de Atenas y los cónsules de Roma, pero la coincidencia no siempre es exacta.[8] Además, la atribución de un acontecimiento determinado al arcontado ha de ser considerada con precauciones. Así, por ejemplo, el arconte bajo cuyo mandato se concluyó el pacto de la segunda Liga ateniense, no es el mismo en la inscripción en que aparece mencionado (*IG* II ^{2}, 43) y en Diodoro (XV, 28, 2).

De cualquier forma, ofrece para la historia de los diádocos un relato coherente y detallado que ha hecho llegar hasta nosotros informaciones de los autores contemporáneos de los acontecimientos. Así, Jerónimo de Cardia y Duris tuvieron —el primero, al servicio de Eumenes y luego de Antígono y, el segundo, en su ciudad— una experiencia política que da valor a los libros XVIII a XX de Diodoro.

Por otra parte, Diodoro no se limita siempre a transmitir uno tras otro los relatos de sus antecesores. En ocasiones, con respecto a un mismo acontecimiento compara varias fuentes, revelando, a través de sus divergencias, que la incertidumbre de nuestros conocimientos se remonta a la Antigüedad. Por ejemplo, opone las afirmaciones de Timeo a las de «otros historiadores», a los que no nombra, respecto al número de refugiados muertos por Agatocles (XX, 89, 5) o respecto a las subvenciones concedidas a éste por los cartagineses (XX, 79, 5). Asimismo, juzga la veracidad de sus fuentes, por ejemplo, con respecto a Timeo y Calias de Siracusa (XXI, 17). Cuando describe las orillas del mar Rojo y el aspecto y las costumbres de los etíopes, advierte a sus lectores cuáles son las fuentes que ha utilizado: Agatárquides y Artemidoro y «algunos otros historiadores que viven en Egipto». A ello añade su propio viaje a Egipto, en el curso del cual no dejó de interrogar —vieja tradición— a sacerdotes y a embajadores llegados de Etiopía para comprobar las afirmaciones de los historiadores y elaborar su propia descripción, basada en la

concordancia de estas fuentes (III, XI).[9] Método crítico y ecléctico a un tiempo, aunque no sabemos si lo practicaba de primera mano o si las informaciones habían sido seleccionadas y elegidas por algún predecesor. Utiliza, además —eso afirma—, junto a las fuentes narrativas, informes de misiones depositados en los archivos reales (III, 38, 1). Ahora bien, es muy posible que en algunos casos los conociera a través de sus fuentes narrativas. W. Peremans ha puesto de relieve que en su descripción de Etiopía, Diodoro debe a Agatárquides el conocimiento de los informes de la misión del explorador Simias [10] y que de ese historiador tomó la exposición metodológica (III, 38, 1).

En ocasiones, Diodoro da la impresión de tener en mente a varios autores (por ejemplo, XXI, 17), pero ¿los leía de primera mano o utilizados ya por uno de sus predecesores?

Este historiador resulta de un valor desigual, ya que cambia de óptica o de prejuicios según las fuentes que utiliza. Por ejemplo, los intereses y prejuicios de Jerónimo de Cardia se traducen, en Diodoro, en un tratamiento privilegiado de las figuras de Eumenes de Cardia, Antígono el Tuerto y Casandro, mientras que a Lisímaco, Ptolomeo I y Seleuco I se les otorga menos importancia. Nosotros sufrimos estos errores de enfoque, que sólo en el caso de Ptolomeo podemos superar.

Según Polibio (V, 33), la primera historia universal digna de este nombre es la de Éforo, que escribió en el siglo IV. Polibio conocía otras, según afirma, que no menciona. Después de Éforo hubo una serie de historias, que son generales por el deseo de abarcar los acontecimientos del mundo entero, pero que no son universales en el tiempo, en el sentido de que cada uno de los historiadores continúa a su antecesor. Así, Jerónimo de Cardia abarca los acontecimientos ocurridos entre 323 y 282; Filarco de Atenas, entre 272 y 219, y Polibio, entre 220 y 146. A continuación, viene Posidonio, del que no sabemos hasta qué año llega su narración, luego Nicolás de Damasco y, posteriormente, aparece Estrabón, que —según dice en XI, 9, 3— toma el relevo de Polibio. De todos estos autores sólo quedan algunos fragmentos y la obra de Polibio (aunque lo cierto es que, de este último, sólo conservamos cinco libros de un total de cuarenta).

En definitiva, si exceptuamos a Justino, muy insuficiente, entre los años 302 (fecha en la que se detiene la parte de Diodoro conservada íntegramente) y 220 (cuando comienza la historia propiamente dicha de Polibio) no existe un relato seguido que pueda guiar al historiador.

Polibio, nacido hacia el 208 en el seno de una familia notable de Megalópolis, intervino en la vida militar y política de su patria antes de ser rehén en Roma, en 168. Los elementos de su biografía surgen de su obra (véase F. W. Walbank, *A historical Commentary on Polybius,* Oxford, I, 1957; II, 1967).

Su amistad con Escipión Emiliano (XXXI, 23-30) le permitió acceder, en Roma, a una documentación de valor excepcional. Así, conoció los textos de los tratados de Roma con Cartago (III, 26, 1), con los etolios (XXI, 32, 2-14 y 30, 1-5, tratado del año 189) y con Antíoco III (tratado de Apamea de 188: XXI, 43, cf. 17, 3-9). Como consejero, como conocedor del arte de la guerra y como embajador, participó activamente en la política romana en Grecia y en Cartago. Las misiones diplomáticas le llevaron a Egipto, Marruecos, la Galia, España, Cilicia y Siria, y siempre

afirma que hay que conocer personalmente los sitios y las regiones (XII, 25 *e*, 28 *a*, 4).[11] Liberado en 151, regresó a menudo a Roma. Murió hacia 120 o 117.

Su historia debía continuar la de Arato de Sición, que llevó su obra hasta el 220 (I, 3) y comienza en la 140 Olimpiada (220-217). Pero en los libros I y II, Polibio recuerda los hechos anteriores (I, 5), remontándose hasta la época en que se detiene la historia de Sicilia y de Occidente contada por Timeo, y a la primera expedición de Roma fuera de Italia, en 264.

Si Polibio no fue el primero en querer contemplar los acontecimientos del mundo entero, sí fue el primero en concebir la historia universal como una estructura que pretende extraer de la interdependencia de los acontecimientos. Polibio sabe que esa idea la debía a la transformación que había vivido y que él formula de esta forma: «Cómo y mediante qué tipo de organización política casi todo el mundo habitado, dominado en 53 años no completos (221-220 a 168-167), cayó bajo un único imperio, el de los romanos. De tal hazaña no se sabe que haya sucedido antes» (I, 1).

Así, al igual que Heródoto y Tucídides, Polibio respondió a la conmoción que produjo en una inteligencia alerta el sentimiento de vivir acontecimientos de un carácter nuevo que habrían de ejercer una influencia determinante sobre el porvenir. Por otra parte, había visto a su patria desde la tierra del enemigo, y un enemigo al que admiraba, lo cual, sin duda, agudizó su objetividad, de igual forma que Tucídides, exiliado, había visto a Atenas desde fuera y Heródoto al mundo griego en un contexto bárbaro.

Polibio percibió la novedad de una situación, pero esa novedad, que nosotros llamados «helenística» y que remontamos a la sucesión de Alejandro, para Polibio no comienza a manifestarse hasta 220, cuando se produce la aparición de Roma en el primer plano.

Define sin tregua su proyecto de construir un conjunto coherente y racional. Explica y justifica su método,[12] critica a sus predecesores, especialmente a Filarco (II, 56) y a Zenón de Rodas (XVI, 20), y, más aún, a Timeo (los extractos conservados de estos ataques están reunidos en el libro XII).[13]

Según dice el propio Polibio, su relato se circunscribe a la *historia pragmática*, es decir, a los *meros hechos políticos y militares*.[14] Ciertamente, la comprensión de esos hechos exige, primero, una vasta documentación obtenida en los libros y archivos (XII, 25 *e*). El recurso a los archivos no es nuevo. Ya Heródoto, Tucídides, Éforo y Timeo citaban documentos (véase P. Pedech, *op. cit.*, pp. 377-389). La comprensión de las acciones militares y políticas exige también —según Polibio— una visita a los lugares que explican la estrategia de las batallas (XII, 25 *e*; V, 21, 3-9) y una experiencia de la política y de la guerra (XII, 25, *e, g, h*).

Polibio dedica también una gran atención a la psicología de los jefes, a los que somete a un análisis agudo, pero con frecuencia parcial.[15] También le interesa la psicología de los pueblos, para los que señala un modelo: los arcadios, cuya música atemperaba las costumbres que la montaña hacía que fueran austeras (IV, 20, 3 ss., y 21) o los etolios, acusados de todas las violencias (por ejemplo, II, 3, 3; 4, 6; 45, 1; 49, 3; IV, 3, 1; IV, 67). Polibio opina que el temperamento de los hombres puede cambiar el curso de los acontecimientos, cuando la pasión llega a oscurecer la razón. Polibio explica también la historia por las instituciones. Conocemos las

páginas que dedica en el libro VI a las constituciones de Roma, Esparta, Creta y Cartago.

Por contra, en su obra la economía no aparece como principio determinante (sin embargo, menciona los motivos económicos de la guerra entre Rodas y Bizancio: IV, 38 ss.). En cuanto a los hechos culturales, los contactos entre las culturas sólo le interesaron a través de la etnografía, donde quedó encerrada la historia de la cultura, con un Agatárquides, un Artemidoro o un Estrabón, a los que hay que añadir los autores de monografías sobre los pueblos bárbaros, como Hecateo de Abdera, que estudió las costumbres de los egipcios y de los judíos. El mundo de Polibio es un mundo de reyes, de jefes militares y de ciudades. Nunca se ocupa de las zonas rurales, que aprovisionan a esos reyes y a las ciudades, a no ser para indicar la situación de un campo de batalla o para explicar que se destruyeron las cosechas. Polibio se mueve dentro de una capa social muy limitada, pero es verdad que se trata de la que hace la historia. Ha sido al recurrir a la epigrafía cuando las ciudades han aparecido bajo una luz diferente a la de las codicias de los reyes, y la papirología nos ha descubierto a los campesinos y la economía.

En un principio, la historia de Polibio debía abarcar los 53 años de expansión romana, de 220 a 168, con una mención de los acontecimientos ocurridos a partir de 264. Posteriormente, amplió su relato hasta la toma de Cartago y la destrucción de Corinto en 146 (XXXIX, 8). El libro XL, que se ha perdido por completo, contenía —según se anuncia en el libro XXXIX— cuadros cronológicos e índices.

De todo este material, sólo conservamos en toda su extensión los cinco primeros libros, que llegan únicamente hasta 216. Afortunadamente, los libros perdidos son utilizados —en las partes dedicadas a narrar los acontecimientos en los que Roma ocupó el papel estelar— por Tito Livio en los libros XXI a XLV de su *Historia romana,* que abarca los años 218-167. En los casos en que se conservan ambos textos —el de Polibio y el de Tito Livio—, vemos que el historiador romano, aunque a veces se limita a traducir a su maestro griego, no siempre le sigue tan de cerca (véase P. G. Walsh, *Livy, his historical Aims and Methods,* Cambridge, 1961). El dato valioso que aporta Tito Livio es el conflicto de ambiciones que guiaban las acciones de Roma.

Cuando se utilizan los extractos de los libros perdidos de Polibio, hay que tener siempre en cuenta las intenciones del lector que los conservó y recordar, también, que no están situados necesariamente en el libro y en el lugar que ocupaban en la obra original. Esto es importante de cara a los problemas de cronología.

Pero, para nosotros, Polibio no es únicamente un historiador. Es un hecho cultural en sí mismo. Su fe en la explicación racional, su exigencia de precisión, su gusto por la polémica y el finalismo que guía su reconstrucción de los acontecimientos, todo ello aparece también en las otras ramas de la ciencia helenística.

2.º Historias especiales

La pérdida de las historias universales sólo en parte se ve compensada por los fragmentos que se conservan de historias de reyes, ciudades, pueblos y regiones. Jacoby ha agrupado los fragmentos de historias de los reyes y de las dinastías bajo el

título de *Zeitgeschichte* de los *F. Gr. Hist.* Los números 117-153 se refieren a Alejandro, y los números 154-199 a la época helenística. Mientras que algunas historias de Alejandro Magno han llegado hasta nosotros enteras (las de Diodoro, Quinto Curcio, Arriano y la *Vida* de Plutarco; cf. W.W. Tarn, *Alexander the Great,* II, 1950, pp. 1-134), nada se ha conservado de la historiografía original de los reyes helenísticos. Jacoby (*F. Gr. Hist.*, II, B, Kommentar, pp. 543-544) atribuye la relativa pobreza de la historia de los reyes y su casi total desaparición, al hecho de que este género narrativo está más próximo al elogio que a la historia. Carece de interés general, de convicción, de objetividad y, por tanto, puede cansar al lector. ¿Pero es que acaso el público buscaba la objetividad? En el siglo II de nuestra era, Pausanias subraya que las historias de las casas reales habían caído en desuso. «La época de Atalo y de Ptolomeo —dice— es tan lejana que la tradición acerca de ellos se ha perdido y los escritos de los historiadores que los reyes habían impulsado para que recordaran sus hazañas, han caído aún más pronto en desuso» (I, VI, 1). Más adelante intentaremos explicar este fracaso.

Pese a todo, es necesario destacar algunos nombres.

Jerónimo de Cardia (*F. Gr. Hist.*, núm. 54), nacido hacia 365 y muerto centenario, fue contemporáneo de Alejandro (del que fue archivista) y de los diádocos (véase F. Jacoby, *Hieronymos von Kardia,* en Pauly-Wissowa, *Real Enc.*, cols. 1540-1560 (1913) y R. Engel, «Zur Geschichtsbild des Hieronymos von Kardia», en *Athenaeum,* 1972, pp. 120-125). Amigo de Eumenes de Cardia (Diodoro, XVIII, 42 y XIX, 44), luego sirvió a los Antigónidas y fue, sobre todo, administrador del mar Muerto (id. XIX, 100, 1). Su historia, que según Diodoro (XVIII, 42) se centraba en los sucesores de Alejandro, abarcaba, sin duda, los cincuenta años transcurridos desde la muerte de éste, en 323, y la muerte de Pirro, en 272. En cierta medida (que no podemos precisar con exactitud), esta obra es la base de los libros XVIII a XX de Diodoro, donde precisamente Eumenes y Antígono aparecen en lugar destacado. Por otra parte, Plutarco, en la *Vida de Eumenes,* y Diodoro, en los libros XVIII y XIX, tienen una fuente común. Algunos detalles, como la vida en la fortaleza de Nora, donde Eumenes se hallaba bloqueado, son prácticamente idénticos. Sabemos que Jerónimo estaba con Eumenes en Nora (Diodoro, XVIII, 50). Estos detalles sólo pueden proceder de él. Pero las cosas no siempre son tan simples, pues hay divergencias en la forma en que Plutarco y Diodoro utilizan a Jerónimo de Cardia. Así, Plutarco pone un discurso patético en boca del moribundo Eumenes (*Eumenes,* 17), discurso que no encontramos en Diodoro. Por otra parte, cuando Plutarco cita a Jerónimo en su *Vida de Pirro* (17, 4; 21, 8; 27, 8) lo hace para oponerlo a otros historiadores.[16]

Jerónimo de Cardia fue embajador de Eumenes ante Antípatro (Diodoro, XVIII, 42) y, luego, de Antígono ante Eumenes (XVIII, 50, 4). Tras la muerte de éste pasó al servicio de Antígono (XIX, 44). Demetrio Poliorcetes le nombró harmosta y epimeleta de los beocios (Plutarco, *Demetrio,* 39, 2). Así pues, fue testigo de numerosos acontecimientos.

La reconstrucción de su obra es problemática. Imaginamos su estilo a partir de los episodios de la persecución de Eumenes por Antígono en Diodoro (libros XVIII y XIX) y en la *Vida de Eumenes,* de Plutarco: relatos de batallas fáciles de seguir, detalles geográficos, indicaciones psicológicas y, sobre todo, evocación de la

personalidad «heroica» de Eumenes, aspecto que hay que mirar con prudencia.

Tradicionalmente, se afirma que Jerónimo de Cardia es la fuente en que se basan los historiadores de los diádocos: Diodoro (XVIII y XIX), Plutarco y Cornelio Nepote para su *Vida de Eumenes,* Arriano, para su historia —perdida— de los diádocos, y Polieno para los capítulos sobre Eumenes (VIII) y sobre Antígono (IV) del libro IV de las *Estratagemas* y, por último, Trogo Pompeyo, sustituido por Justino para los libros XII-XIV. No es difícil comprender hasta qué punto resulta problemática la búsqueda de las huellas de un autor perdido en una obra perdida (por ejemplo, Jerónimo de Cardia en los *Diádocos* de Arriano). Por otra parte, Polibio (VIII, 10) afirma que se escribieron innumerables historias de las luchas entre los generales de Alejandro tras la muerte de éste. ¿Por qué, pues, han de atribuírsele tantas cosas a Jerónimo de Cardia?

Su historia terminaba en 272. Es en esa fecha cuando Filarco (*F. Gr. Hist.,* núm. 81) toma el relevo. Suidas afirma que «ha escrito en 28 libros la historia de la expedición de Pirro de Epiro al Peloponeso, y que su obra llega hasta la muerte de Ptolomeo Evergetes y de la reina Berenice y hasta la muerte de Cleómenes de Esparta, al que había atacado Antígono (es decir, hasta 219). Había escrito también la historia de Antíoco y de Eumenes de Pergamo».

La mayor parte de los fragmentos de esta obra perdida proceden de Ateneo. Se trata de anécdotas que no indican necesariamente el tono general de la obra. Polibio le critica duramente (II, 56, 59, 61, 62, 63) por sus errores, por su escaso interés por las causas y por el mal gusto de su patetismo. ¡Pero Filarco atacaba a Arato y a la Liga aquea, a la que elogiaba Polibio! Filarco admiraba a Esparta y a Cleómenes, lo que explica el juicio favorable de Plutarco, que se basa en él (*Vida de Cleómenes,* 5; 28; 30), sobre ese monarca.[17]

Las *Memorias* de Arato de Sición (271-213), que fue estratego de la Liga aquea, llegan hasta el 220. Sólo se conservan fragmentos de esta obra (véase F. W. Walbank, *Aratos of Sicyon,* 1933). Polibio (II, 37-71 y libros IV y V *passim*) y Plutarco, en la *Vida de Arato* y en las de *Agis* y *Cleómenes,* revelan que lo utilizan como fuente, en el tono pro-aqueo de sus palabras. Por otra parte, Polibio califica sus *Memorias* de fieles y verídicas (II, 40), mientras que en II, 47, reconoce que Arato había silenciado algunas negociaciones secretas.

Muy poco es lo que se conserva de la historiografía de los Ptolomeos (*F. Gr. Hist.,* núms. 160-161). El parte de victoria redactado posiblemente por Ptolomeo III sobre las operaciones de la tercera guerra de Siria y que ha sido encontrado en un papiro (*P. Gurob* = U. Wilcken, *Chrestomathie der Papyruskunde,* Hist. Teil, núm. 1), el *Elogio de Filadelfo* en el *Idilio* XVII de Teócrito, la *Carta de Aristeas a Filócrates* sobre la traducción de la Biblia, y la descripción del *Cortejo de las Ptolemaia* de Calíxeno de Rodas, conservado por Ateneo (196A-203B) no son de carácter propiamente histórico. Pero Ptolomeo IV surge a plena luz en Polibio, que utiliza fundamentalmente a Ptolomeo, hijo de Agesarco de Megalópolis, y en una milagrosa historia de persecución de los judíos en el libro III de los *Macabeos.*

En cuanto a la historiografía específica de los Seléucidas, también ha desaparecido completamente (*F. Gr. Hist.,* núms. 162-166). Pero también para este tema contamos con Polibio, en pasajes numerosos y extensos, y con los libros I y II de los *Macabeos,* que son sustituidos por las *Antigüedades judaicas,* de Flavio Josefo,

testimonios –¿hay que decirlo?– totalmente hostiles a Antíoco IV. Es cierto que se conserva la *Siríaca* de Apiano. Este funcionario imperial del siglo II d. de J. C., que hizo carrera en Egipto, de donde era originario, y también en Roma, redactó una historia universal por regiones. Sus libros sobre Egipto se han perdido. Se conserva todavía la *Siríaca* y, parcialmente, la *Macedónica,* la *Ilírica,* la *Historia de Mitrídates* y las *Guerras civiles.* Resulta difícil identificar las fuentes de cada una de estas obras, y la utilización de Apiano exige una crítica que está lejos de desembocar siempre en conclusiones seguras.

También para los reyes de Macedonia [18] (*F. Gr. Hist.,* II, B. núms. 167-169) y los Atálidas [19] (núms. 170-172), el balance de lo que se conserva es muy pobre, de manera que, junto con Tito Livio, nuestra fuente fundamental es Polibio, gracias a las *Legationes* que ha conservado un abreviador.

Las monografías históricas sobre ciudades y pueblos fueron muy numerosas en la Antigüedad. F. Jacoby cita más de 600, cuyos fragmentos se hallan reunidos en los núms. 262-856 de la III parte (reimpresión en Leiden, en 1964) de los *F. Gr. Hist.* Estas fuentes, que son un caudal de informaciones, a menudo de enorme valor, ya porque son la única fuente existente sobre una ciudad o un pueblo determinados o porque completan datos procedentes de otras fuentes, son utilizadas desde hace mucho tiempo.

Hubo monografías antiguas no sólo sobre la mayor parte de las grandes ciudades, sino también sobre las más pequeñas, como Hermíone (núm. 436) o Ícaro (núm. 437). Todas ellas se han perdido. Sólo a través de las historias de los reyes y en las inscripciones, o por medio de la arqueología, se puede elaborar –no sin importantes lagunas– la historia de Atenas, de Rodas, de Alejandría, de Antioquía, de Pérgamo, de Éfeso, de Mileto o de Bizancio. Numerosas ciudades han desaparecido, como aquella que se levantaba en el Oxus en el emplazamiento de Aï Khanum y que fue descubierta de manera fortuita no hace más de quince años. El cuadro de las ciudades del delta de Egipto en el siglo IV de nuesrtra era (cf. J. Lallemand, *L'administration civile de l'Egypte au IVe siècle,* p. 102) revela la existencia de un gran número de ciudades que no habían sido mencionadas antes de esta época. ¿Hay que recordar todas las Alejandrías? Sin embargo, una moneda, una piedra con inscripciones utilizada como dintel y las rigurosas deducciones de Louis Robert han servido muchas veces para poder conocer el nombre de un lugar (más adelante volveremos sobre estos trabajos).

Mencionemos, también, las historias de «pueblos», que fueron numerosas, pero que igualmente se han perdido. Se escribieron una serie de *Indica* (*F. Gr. Hist.,* núms. 709-721), *Parthica* (núms. 779-782) o *Galatica* (núms. 291-293).

Citaremos una última clase de fuente narrativa: las *Vidas de personajes ilustres.* Este género se remonta a la *Ciropedia* y *Agesilao* de Jenofonte, así como al *Evágoras* de Isócrates. Polibio escribió una *Vida de Filopemen,* que se ha perdido (X, 21). Al igual que los autores de la Segunda Sofística, Plutarco adopta el formato corto, de una hora de lectura, el estilo de la conferencia. En el primer capítulo de la *Vida de Alejandro,* Plutarco explica el objetivo y el método de sus biografías. «No escribimos historias –afirma–, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirve más para pintar un carácter que batallas en que

mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades.» Una *Vida* es un retrato psicológico elaborado a partir de una selección de fuentes, que Plutarco menciona a veces y que combina para dar coherencia al relato. Se trata siempre de vidas de hombres que han escrito una página de la historia. Los personajes que Plutarco supo crear, así, con un genio extraordinario, se han impuesto, a pesar de la crítica, en la historiografía moderna. Alejandro «existe» no gracias a Diodoro o Arriano, sino gracias a Plutarco. Y cuando leemos una historia narrativa de la época helenística escrita en nuestros días, observamos un cambio de tono cuando el autor evoca a un rey o a un jefe al que Plutarco ha definido de algún modo. Dividida en personajes, la historia deja de ser historia en las *Vidas paralelas:* los móviles de la acción quedan desligados del tiempo. Aplicar a Plutarco la crítica histórica, desbrozar un su texto para aislar sus fuentes supone, en cierta manera, equivocarse de dirección. Sin embargo, es lo que hay que hacer y lo que se ha hecho. Pero tal vez el retrato que así se obtiene es tan ilusorio, al faltar precisamente los hechos que los sustentan, como el que había creado Plutarco a partir de algunos hechos seleccionados para cubrir su objetivo. ¿Acaso se alcanza la verdad de un personaje cuando se borra su estatura heroica para darle una verosimilitud banal?

Para varios períodos y, en especial, para los acontecimientos del dominio de Roma en el Oriente mediterráneo, Plutarco es, con o sin Polibio, la fuente fundamental. Las vidas de *Flaminino, Paulo Emilio, Pirro* y *Demetrio Poliorcetes* son fuentes esenciales para la historia de Macedonia, de Roma y –con las de *Filopemen* y *Arato*– de las ligas griegas. Las vidas de *Agis* y *Cleómenes* han transmitido durante mucho tiempo los prejuicios que Plutarco recibió de sus fuentes. Sin la *Vida de Antonio,* todo lo que sabríamos de Cleopatra sería el estremecimiento de alegría de Horacio al saberla muerta. Y sin la *Vida de Eumenes de Cardia,* habríamos perdido una parte de la historia de Antígono el Tuerto, de Ptolomeo I, de Seleuco I y de Perdicas.

Digamos algo sobre la historia anecdótica: las *Estratagemas* de Polieno, los *Apotegmas de reyes* de Plutarco y los mil y un pequeños aspectos recogidos por Ateneo se insertan entre las grandes lagunas de nuestras fuentes.

Las *Estratagemas* de Polieno están ordenadas por reyes y jefes. Se trata de batallas, de sitios de ciudades que haya que tratar de situar. Pero como nunca se citan fechas y dado que las homonimias son frecuentes en los nombres de reyes, los datos de Polieno aparecen con frecuencia rodeados de incertidumbre. Así, por ejemplo, en VII, 39-40, describe una lucha entre macedonios y persas, en la Persida, pero no sabemos si hay que situarla en el reinado de Seleuco I o en el de Seleuco IV (véase E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique,* I, pp. 252-254).

B) CARACTERÍSTICAS DE LAS FUENTES NARRATIVAS

1.º LAS LAGUNAS

W. W. Tarn lamenta, en el Apéndice I de su obra *Antigonos Gonatas,* la desaparición casi total de los historiadores del siglo III. La inexistencia de «Vidas» de Plutarco por lo que respecta a los Ptolomeos, los Antigónidas y los Seléucidas a

partir de Demetrio Poliorcetes agrava las lagunas de nuestra información. Los reinados de Ptolomeo Filadelfo, Antíoco II y de Antígono Gonatas son muy mal conocidos por la tradición narrativa: las anécdotas mencionan acontecimientos sin fecha; la cronología es incierta, a consecuencia de la mutilación de Diodoro después de 302; las fuentes sobre la guerra de Cremónides son muy deficientes. Durante cincuenta años, a partir de 283, perdemos la huella de la presencia seléucida en Irán. La primera guerra de Siria (274-271) no es conocida sino a través de un documento babilónico (Smith, *Babylonian Historical Texts* (1924): *Brit. Mus.* 92689) y una estela jeroglífica de Pithom (Sethe, *Hierogl. Urk. der gr.-röm. Zeit,* II, 1904).

¿Cómo explicar este naufragio?

En primer lugar, la literatura histórica no es la única que ha desaparecido y el siglo III no es el único que ha sido maltratado. A partir de Aristófanes, no contábamos con una comedia completa hasta el descubrimiento del *Discolo* de Menandro, y no existe una tragedia posterior a Eurípides. De la época helenística no se conserva ningún escrito filosófico completo. También se ha perdido la obra de los médicos alejandrinos y la de sabios como Eratóstenes e Hiparco. Nada sabríamos acerca de los médicos a no ser por Galeno, ni de los astrónomos y geógrafos sin Estrabón, Plinio el Viejo y Ptolomeo. Idéntica situación hay que lamentar con respecto a la obra de los gramáticos y filólogos, a no ser lo que aflora de ella en los escolios. Por último, también se ha perdido casi por completo la poesía lírica y épica, de Calímaco y de tantos otros autores. La historia no iba a ser la excepción.

En realidad, la tradición manuscrita no podía producir un número de ejemplares capaz de asegurar la supervivencia segura de las obras.

Por otra parte, sabemos que las historias –universales o limitadas– eran de una gran extensión, lo cual invitaba a abreviarlas. Pero las abreviaciones acababan con el original. Eso fue lo que ocurrió con Trogo Pompeyo. Otras veces se perdía una parte de los *volumina* o de los *codices,* suerte que corrieron autores como Polibio y Diodoro.

Además, la larga extensión de las obras fatigaba al lector. En tiempo de Pausanias (I, 6, 1), nadie leía ya a los historiógrafos que habían consignado los ilustres hechos de los reyes helenísticos. Diodoro (XX, 1) afirma que los lectores «se saltan los discursos» en la obra histórica, e incluso que «desanimados por la prolijidad intempestiva del historiador, abandonan simplemente la lectura». Podemos imaginar qué tipo de resumen sucinto exigía el lector para evitar perderse en las disputas y enfrentamientos de los diádocos, cuando leemos el *Epítome de Heidelberg* de un autor desconocido (*F. Gr. Hist.,* núm. 155) o el Epítome de Focio de la *Historia de los diádocos* de Arriano (*F. Gr. Hist.,* núm. 156). En cuanto a Pausanias ofrece un resumen muy sucinto de la historia de los Ptolomeos y de los Atálidas, para responder al gusto de la época. Por su parte, Polibio comienza con estas palabras su exposición sobre la evolución de las constituciones (VI, 5): «Es posible que este problema de la evolución natural de las constituciones aparezca expuesto con más precisión en Platón y en algunos otros filósofos. pero sus disertaciones, complicadas y demasiado detalladas, no son accesibles sino a un número pequeño de lectores. Por esa razón, intentaré resumir de este tema aquello que creo que interesa a la historia pragmática.» También la Segunda Sofística

realizó este tipo de historia de breve extensión: conferencias, debates, vidas, apotegmas.

Las lagunas de las fuentes narrativas condicionan el trabajo del historiador moderno. Cuando pasamos de los diádocos a las monarquías helenísticas, nuestra exposición ha de ser menos detallada, menos segura; gracias a la información que proporcionan los papiros, puede extenderse sobre la economía de los Lágidas, pero sólo puede analizar superficialmente la economía de los Seléucidas, dada la ausencia de fuentes.

2.º LAS CARENCIAS DE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Los historiadores antiguos, cuyas obras leemos todavía, intentaban, como lo había hecho Tucídides (véase J. de Romilly, *Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956), mostrar, mejor o peor, que lo que había sucedido debía *suceder* y *podría volver a suceder* (Polibio, XII, 25 *b*). El objetivo de sus relatos era el de advertir, el de guiar las decisiones políticas. Esa finalidad exigía que *la historia fuera presentada como racional* y que los hechos fueran seleccionados con miras a realizar la misma demostración, que la hipótesis fundamental fuera finalista o determinista.

Pero en la búsqueda de la explicación sólo utilizaban un registro limitado, aquel en que se movían los debates de las asambleas o los consejos de los reyes: la guerra, las luchas por la hegemonía, el choque de orgullos, los errores de cálculo, la personalidad de los jefes y los estereotipos de las razas y los pueblos en los cuales se creía.

No explican satisfactoriamente la ampliación de los dominios, que es donde tratamos de encontrar hoy en día la explicación de los acontecimientos. Las *causas económicas* no les interesaron apenas. Tal vez no eran un móvil tan poderoso como lo son hoy en día en la actuación de los Estados, y debemos evitar exagerar la importancia que pudo tener la economía en las decisiones de los reyes y las ciudades.

Por otra parte, la historia pragmática *descuida los hechos culturales,* que hoy nos parecen un factor de primera importancia. Así, los historiadores antiguos no se preocupan por estudiar la evolución de la religión o la expansión de los cultos orientales. Las clases sociales aparecen como facciones, más que como entidades culturales o económicas. Los filósofos sólo merecen atención en cuanto que consejeros de los reyes y, aunque hubo obras sobre sus doctrinas, como la de Diógenes Laercio, los historiadores antiguos no ven en la filosofía un efecto o una causa del devenir histórico. Es en los cuadros cronológicos de un historiador como Eusebio donde los hechos culturales son mencionados, a veces, junto a los hechos políticos.

Las costumbres de los pueblos bárbaros fueron objeto de estudios etnográficos que han conservado Estrabón o Diodoro o incluso Arriano en *La India,* pero las relaciones que los griegos mantuvieron con ellos entran en el terreno de la curiosidad y la desconfianza. Los historiadores, si es verdad que reconocen deber mucho a los egipcios y a los caldeos en los dominios de la magia, la astronomía y la medicina, a veces subrayan la existencia de una helenización «paternalista». Nunca

supieron percibir la vitalidad de las culturas bárbaras y la influencia que podían tener sobre el helenismo.

Por último, aunque lo nieguen, como Polibio,[20] los historiadores antiguos están cargados de *prejuicios.* Destaquemos, ante todo, que todos ellos pertenecen a las clases sociales superiores: era necesaria la experiencia de la política y de la dirección de la guerra para escribir la historia. Los campesinos y los artesanos no tienen cabida en su presentación de los hechos. Ello responde a la jerarquía de valores en las ciudades, donde la vida política activa estaba reservada a los propietarios de tierras, jerarquía que ratifica Aristóteles.

Polibio, que pretende ser objetivo, en realidad distribuye el elogio y la censura de acuerdo con sus simpatías. Son los vencidos quienes están en el error (por ejemplo, IX, 12), aquellos a los que Roma ha eliminado. Son los grandes malditos de la historia: Filipo V, Perseo, Antíoco IV son, para Polibio, culpables de una trágica desmesura. Ptolomeo es acusado de una culpable indolencia por no haber explotado la victoria de Rafia. El reformador Nabis es un tirano cruel, mientras que los etolios y los galos son calificados por Polibio de feroces saqueadores.

El historiador moderno querría remar a contracorriente en este mar de prejuicios, pero en lo que ha llegado hasta nosotros de la historiografía antigua raras veces hay una nota discordante que nos indique en qué sentido deshacer el prejuicio. En efecto, ¿qué se puede hacer si Plutarco ha tomado de Polibio los elementos para escribir su *Vida de Filopemen*? ¿Qué hacer para encontrar a otro Nabis —cuando no el verdadero— si Polibio (XIII, 6, 8; XVI, 13) Tito Livio (XXXIV, 22), Diodoro (XXVII, 1) y Plutarco (*Flaminino,* XIII) representan una sola tradición sin contrapartida? Al contrario, para la historia de Cleómenes, en lucha contra los aqueos y los macedonios, hacia 225, Polibio, que sigue a Arato, indica (II, 56) que «algunos prefieren a Filarco», lo cual hace precisamente Plutarco en la *Vida de Cleómenes.* También Pausanias (I, 13, 9) hace referencia a la parcialidad que Jerónimo de Cardia manifiesta respecto a Pirro para agradar a Antígono, lo cual ofrece un punto de partida a nuestra crítica. Pero, ¿dónde buscar los elementos para un conocimiento objetivo de los etolios cuando Plutarco (por ejemplo, *Flaminino,* 15) sigue a Polibio (IV, 3) en el odio que éste les demuestra? Tito Livio (XXXIV, 24), que se inspira también en Polibio, dice a propósito de los etolios: «De griegos sólo tienen la lengua y de hombres, el rostro. La vida, las costumbres, todo es en ellos más salvaje que entre los pueblos bárbaros y entre los animales más feroces.»

A la hora de utilizar los libros de Polibio o de Diodoro, que sólo se han conservado parcialmente, hay que recordar que dependemos de los intereses que guiaron la *elección de los extractos.* Y en el caso de los extractos más cortos, la ausencia de contexto impide sacar de ellos datos demasiado precisos. El punto de vista romano que predomina en la selección de los extractos da al ascenso de Roma al primer plano un mayor relieve, en nuestras historias helenísticas modernas, que a las relaciones con la India o a la política de los Ptolomeos. Es posible, pues, que las proporciones de nuestro cuadro se vean falseadas desde el principio y de manera irremediable.

Desde la Antigüedad se produjeron *importantes divergencias* y errores en la fijación de los hechos, en su interpretación y en la situación misma del texto de los autores. Veamos algunos ejemplos. Respecto a la penetración de los partos en las

satrapías seléucidas de Partiena y en Hicarnia, hay dos versiones, la de Estrabón, cuyo texto ha de considerarse con precaución (XI, 9, 2-3), y la de Justino (XLI, 2-4). El orden de los acontecimientos y los nombres de los personajes implicados no coinciden y resulta imposible concluir si ambos autores se basan en una sola fuente (en este caso, las *Parthica* de Apolodoro de Artemita) o en fuentes discordantes.[21] Justino tiene abundantes errores materiales y lapsus que han sido corregidos desde hace mucho tiempo.[22] El ecléctico Plutarco, cuando escribe sus *Vidas* tiene ante sí —no hay que dudarlo— varias fuentes que compulsa. En el libro VI de su *Historia Natural,* Plinio revela lo que sabe de las regiones del mar Caspio, de la India y del golfo Pérsico, según los itinerarios y los diarios de Onesícrito y de Nearco. Pero respecto al golfo Pérsico, menciona que esos diarios «no tienen ni los nombres de las etapas ni las distancias» y vacila, a menudo, entre varias localizaciones (VI, 25, 4). Sin embargo, reconoce los progresos que se han hecho en el conocimiento de la India en el reinado del emperador Claudio, gracias a las exploraciones y a las embajadas, constantes desde la época de Alejandro. «De todas formas —añade—, es imposible ser exacto: todos los relatos son divergentes e increíbles.» Pero éste es el escepticismo un tanto indolente de la época de Plinio. Encontramos también en Estrabón, especialmente en los dos primeros libros, discusiones en las que las opiniones diferentes de Eratóstenes e Hiparco revelan una incertidumbre similar.

Pero no es necesario trasladarse a los lejanos confines del mundo conocido para constatar la imprecisión de los datos que nos ha transmitido la Antigüedad. El estudio de R. Flacelière sobre *Les Aitoliens à Delphes* revela nuestras dudas acerca de la localización de muchas ciudades o aldeas de Grecia (p. 2 y mapa). La recopilación de las listas anfictiónicas del siglo III, en la época del dominio etolio (pp. 385-404), y el catálogo cronológico de las inscripciones de Delfos (pp. 419-498) confirman el número de incertidumbres por la abundancia de interrogantes. Es imposible establecer, ni siquiera basándose en Estrabón (XII, 5 = C567), las fronteras del asentamiento de los gálatas en el Asia Menor. Y los límites de la penetración seléucida y lágida en Siria van apareciendo lentamente gracias a los trabajos de Henri Seyrig (que se pueden encontrar en *Syria*), homólogos de los de Louis Robert para el Asia Menor (especialmente, en *Études anatoliennes et villes d'Asie Mineure*), que han añadido datos de gran importancia a U. Kahrstedt, *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit* (Berlín, 1926) y E. Meyer, *Die Grenzen der hellenistischen Staaten in Kleinasien* (Zurich-Leipzig, 1925).

Los datos numéricos han sido objeto de crítica desde la Antigüedad. Así, Polibio (II, 62) afirma la escasa verosimilitud de un botín de 6000 talentos que, según Filarco, habría obtenido Cleómenes en Megalópolis. Diodoro, que pasa de una fuente a otra, refiere (XVII, 109) el envío de 10 000 soldados a Macedonia por parte de Alejandro; en XVIII, 12, da una cifra de 13 000. Plutarco conoce también datos divergentes sobre el número de soldados muertos en la batalla de Heraclea del Siris, en Italia (*Pirro,* 17).

3.º LOS SISTEMAS CRONOLÓGICOS[23]

Por lo que se refiere a la datación, el trabajo de los historiadores antiguos no era

Universidad de ... Filosofía - Biblioteca

sencillo y las incertidumbres y dudas son numerosas ya en la Antigüedad. En efecto, sabemos que los griegos contaban los años por un epónimo, magistrado o sacerdote, diferente, por tanto, en cada ciudad, o por el año del reinado de un rey, o mediante una era en la que el punto de partida era real o imaginario, cuando se trataba, por ejemplo, de la guerra de Troya.

A esta multiplicidad de cómputos hay que añadir el hecho de que el año civil no comenzaba en todas partes en el mismo punto del año solar y, además, que dado que los meses eran lunares y que el año solar no se dividía en un número entero de meses lunares, se intercalaban, según un ritmo que no era fijo ni unificado a través del mundo griego –y que ni siquiera era regular en una misma ciudad o en un mismo reino–, meses lunares de más.

Por otra parte, es difícil para nosotros determinar con precisión el comienzo de determinadas eras, especialmente, la de los Seléucidas.[24] Así, los calendarios eran concretos –el año se designaba por el nombre de un hombre– y locales, de forma que la duración y el comienzo del año variaban según la ciudad o el reino. Veamos cómo respondieron los historiadores a esta situación.

Tucídides, tal vez por influencia del astrónomo Metón, riguroso medidor del año y del mes,[25] aportó al pensamiento histórico la exigencia de la datación precisa. Es con una referencia del año solar –la estación– con la que relaciona toda su cronología (II, 1). En V, 20, afirma expresamente su rechazo de la datación por año epónimo, porque se trata de una unidad demasiado larga. Además, al contar los años a partir del primer año de la guerra del Peloponeso, crea una era.[26] Tucídides se aparta, pues, del calendario de las ciudades para referirse a una unidad astronómica, que es universal.

Éforo,[27] sin duda en razón de la dificultad de establecer los sincronismos entre los calendarios locales en los que sus fuentes sitúan los acontecimientos que relata, expone por regiones su historia universal. Utiliza para cada región la cronología de sus fuentes, ya sea por epónimos o por generaciones,[28] y, cuando ello le es posible, establece sincronismos.

Los progresos de la astronomía en el siglo III impulsaron a la cronología, y también a la cartografía, hacia un sistema de referencias único y preciso para las localizaciones en el tiempo y en el espacio.

El primer historiador que, por lo que sabemos, adoptó un sistema único de referencias fue Timeo, que vivió durante la segunda mitad del siglo IV y la primera del III.[29]. Sitúa los hechos en la sucesión de las Olimpiadas, adoptando, en consecuencia, la era olímpica, que comienza en 776 a. de J. C. Por Polibio –al que exasperaba su preocupación por la precisión– sabemos que le faltaba, entonces, integrar en el cómputo olímpico los acontecimientos que recogía en cómputos epónimos diversos. «Si existe un autor –dice Polibio– que compare, remontándose a los orígenes, la lista de los éforos con la de los reyes de Esparta, la de los arcontes de Atenas y la de las sacerdotisas de Argos, que las ponga en relación a las listas olímpicas y que ponga en evidencia los errores que cometen las ciudades en la elaboración de esas listas, aunque sólo fuera por una diferencia de tres meses, ése es Timeo» (XII, 11, 1).

Nos han llegado los nombres de algunos autores de ese tipo de listas: Hipias de Elis (481-411), que hizo una lista de olimpiónicos (*F. Gr. Hist.,* núm. 6, F 2);

Demetrio de Falero (a finales del siglo IV), una lista de los arcontes de Atenas (*F. Gr. Hist.*, núm. 228, F 1-3); Helánico de Lesbos (siglo V), una lista de las sacerdotisas de Hera de Argos (*F. Gr. Hist.*, núm. 4, F. 74-84); Filocoro de Atenas (h. 340-263), una lista de olimpiónicos (*F. Gr. Hist.*, núm. 328).

El progreso siguiente consistió en dividir la Olmpiada en cuatro años. Esto lo hizo Eratóstenes,[30] que, además, descubrió numerosos errores de las crónicas locales. Preocupación por la precisión que, al igual que en el establecimiento de las coordenadas de su mapa, revela la influencia de los astrónomos de la época.

Eratóstenes, al comenzar sus índices con la conquista de Troya y terminarlos, al parecer, a la muerte de Alejandro, renunció a los hechos mitológicos, que excluyó, por tanto, de la historia.

Polibio adoptó el cómputo por Olimpiadas[31] divididas en años. Para él, las Olimpiadas comienzan con los juegos, en la segunda luna llena después del solsticio de verano; los años de las Olimpiadas son considerados iguales y comienzan en el mismo fenómeno luni-solar. En el interior del año hay, además, referencias a las estaciones y Polibio señala los sincronismos entre Roma y el mundo griego, lo cual da a su historia el carácter de universal.[32]

Pero después el esfuerzo se interrumpe, como ocurre en todos los campos de la ciencia griega. Apolodoro de Atenas, alumno del estoico Panecio, redactó una Crónica en verso (*F. Gr. Hist.*, núm. 244), que llega hasta el año 125. Sigue contando aún por años de arcontes. Diodoro designa los años por el arcontado epónimo de Atenas y por los consulados de Roma; admite ciertas asimilaciones artificiales y, por otra parte, a veces hace el cómputo por Olimpiadas, precisamente al comienzo de los libros XIX y XX, que nos conciernen.

Por último, los autores de *Vidas*, especialmente Plutarco, olvidan las precisiones cronológicas. Este autor expone su perplejidad al comienzo de su *Vida de Numa* (1, 6): «Es difícil establecer las fechas con precisión.» Es cierto que en el caso de Numa se trataba de tiempos casi míticos y que tal vez exagera las divergencias e incertidumbres de sus fuentes para llegar a hacer de Pitágoras el maestro de Numa (es lo que dice R. Flacelière en su edición de la *Vida de Numa*, París, CUF, 1964, pp. 170-171). Hay que decir que Plutarco muestra las dificultades que producen las cronologías discutidas. Por lo demás, raras son las fechas precisas en sus *Vidas*.

Dado que la obra de los historiadores helenísticos se ha perdido parcialmente y que la ordenación de los fragmentos de Polibio en una secuencia cronológica no es siempre segura, y como además, a partir del año 302 (año en que acaban las partes de la obra de Diodoro que se han conservado íntegramente) nuestra lista de arcontes atenienses presenta lagunas —a pesar de la epigrafía—, es fácil comprender que los datos cronológicos que poseemos a partir del siglo III no son nada seguros. En efecto, por las inscripciones conocemos varios arcontes de la Atenas helenística, pero ante la falta de datos que lo confirmen no podemos siempre establecer el orden de sucesión de estos magistrados.[33] Parece ocioso señalar que no es posible acudir a Justino para establecer las bases de una secuencia cronológica mínimamente rigurosa.

Así pues, la pérdida de la mayor parte de la literatura narrativa helenística se deja sentir en los esfuerzos de los historiadores modernos por establecer unas dataciones. El número de problemas cronológicos que E. Will menciona en las notas de su

Histoire politique du monde hellénistique, o el estudio completo y crítico que ha hecho Walbank de las fechas del reinado de Filipo V (*Philip V of Macedon*, pp. 295-335), dan una idea de los problemas que subsisten en este aspecto.

Digamos, además, que hay que desconfiar de la ilusoria precisión que se espera encontrar en las menciones de eclipses que los autores antiguos hacían coincidir con la historia de una gran batalla (la de Pidna, por ejemplo). Con frecuencia, esa coincidencia es simplemente una creación literaria.[34]

La validez de la secuencia cronológica que nos proporciona un historiador depende, evidentemente, de la exactitud de los anales que haya utilizado él mismo y la fuente en la que se basan.

4.º FUENTES DOCUMENTALES DE LA HISTORIA NARRATIVA

En la base de cualquier trabajo histórico, dice Polibio (XII, 25 *b*), se halla el conocimiento exacto de los *discursos auténticos*. Igualmente, hay que «buscar en las memorias antiguas».[35] Las ciudades griegas «hacen grabar en los muros los acontecimientos en el orden en que se producen» (V, 33, 5). Una crónica de estas características se ha encontrado en Paros (Mármol de Paros, *F. Gr. Hist.*, núm. 239) y en Lindos (ed. C. Blinkenberg y *F. Gr. Hist.*, núm. 532). Por otra parte, los reyes hacían que se llevara el diario de sus acciones de guerra y conservaban su correspondencia diplomática y el contenido de sus conversaciones verbales. Así, se contaba que Alejandro había hecho incendiar la tienda de su archivista, Eumenes, para hacerse con el oro que éste había guardado allí. El oro se fundió, pero los archivos del rey se quemaron. Éste «escribió a los sátrapas y a los estrategos (gobernadores) de todas partes para que le enviaran copias de los documentos destruidos» (Plutarco, *Eumenes*, 2, 2-3). Esto es lo que se hace también en la actualidad para reconstruir los archivos destruidos en las acciones de guerra.

Los reyes helenísticos tenían su hipomnematógrafo [36] y los archivos, tanto los de las ciudades como los del palacio, se consultaban para fundamentar la argumentación de los diplomáticos. Polieno (IV, 6, 2) dice que Antígono consultaba los *hypomnemata* (informes) de las misiones diplomáticas para documentarse acerca de las embajadas anteriores.

Naturalmente, había que evitar que la correspondencia secreta cayera en manos del enemigo. Así, cuando fue vencido en Cinoscéfalos, Filipo V hizo quemar sus archivos para evitar que los romanos se apoderasen de ellos (Polibio, XVIII, 33, 2-3).[37]

Sabemos que Diodoro (o la fuente que él utiliza) había consultado los *hypomnemata* reales de Alejandría (III, 38).[38] Por otra parte, los *hypomnemata* podían estar en contradicción con otros documentos, por ejemplo, los de los enemigos. Así, en la *Vida de Pirro* (21, 8), Plutarco constata que los *hypomnemata* de Pirro y de Jerónimo de Cardia dan un número de muertos entre los romanos en la batalla de Ausculum, distinto del que menciona Dionisio de Halicarnaso.

Los *hypomnemata* son la base de las *Memorias* que escribieron algunos reyes, deseosos de relatar su propia historia. Por desgracia, nada se conserva de las Memorias de Pirro, que cita Plutarco (*Vida de Pirro*, 21), o de las de Ptolomeo Evergetes II (*F. Gr. Hist.*, núm. 234).

A partir de Heródoto [39] y Tucídides,[40] los historiadores utilizaron, además de los archivos, los documentos grabados en piedra. Éforo, Calístenes y Timeo desarrollaron ese método. Según Polibio (XII, 11, 2), Timeo «va a buscar documentos en estelas conservadas en el fondo de santuarios y descubre, a las puertas de los templos, los decretos de hospitalidad». En el siglo II, Polemón coleccionó los documentos inscritos sobre piedra en Atenas, Delfos, Esparta y Sicione. Cratero había elaborado hacia 271 una recopilación de inscripciones de Atenas. En Polibio, los documentos son abundantes. Gracias a él conocemos el texto íntegro o resumido de los tratados que había podido ver en Roma, donde se conservaban en bronce en el *tabularium*,[41] por ejemplo, el tratado de Apamea (XXI, 43), el de Aníbal con Filipo V (VII, 9) y el resumen de algunos tratados referentes a los asuntos aqueos.[42] A través de Zenón de Rodas o de algún otro,[43] Polibio conocía los archivos rodios. Tenía acceso, además, a los archivos de los Escipiones y, más concretamente, a su correspondencia política.[44].

Esta importancia concedida al documento, esta exigencia de precisión que luego habría de perderse en la época helenística, nos ha legado, a pesar de las lagunas de las fuentes narrativas que los transcribieron, algunos de los puntos sólidos en los que se basa nuestra reconstrucción y nuestra interpretación de la historia de esa época. Pero, como Polibio utilizó fundamentalmente las fuentes romanas, es sobre todo la historia de la expansión de Roma en Grecia y Oriente la que se encuentra mejor ilustrada. La pérdida de Timeo, Arato y Filarco hace que las noticias sean escasas a este respecto por lo que hace al siglo III.

Si los tratados citados por Polibio tienen visos de ser auténticos, la crítica se muestra más reservada con respecto a las actas que regulaban las relaciones de los reyes con el pueblo judío y que cita Flavio Josefo en las *Antigüedades judaicas*.[45]

Con mayor precaución aún hay que considerar las *Cartas* de los grandes personajes que tanto admiran Diodoro o Plutarco, pues es sabido que las *Cartas apócrifas* fueron un género muy cultivado en la Antigüedad.[46] Así, Diodoro (XVIII, 57-58) utiliza cartas de Poliperconte y de Olimpia a Eumenes de Cardia, en las que le piden que acuda en ayuda de los reyes. Sin duda, Diodoro se basaba en Jerónimo de Cardia. Ahora bien, P. Briant ha demostrado que se trataba de falsas cartas escritas por Jerónimo y Eumenes, para conciliarse al ejército.[47]

LA EPIGRAFÍA

Trataremos aquí, fundamentalmente, de la epigrafía griega. Las inscripciones latinas, jeroglíficas o arameas sólo excepcionalmente nos dan alguna información sobre la época helenística, que, por tanto, lamentablemente, debemos analizar de forma muy exclusiva desde el punto de vista griego.

La inscripción, documento auténtico y contemporáneo, no nos ofrece sino aquello que, ya fuera de carácter público o privado, se consideraba digno de que sobreviviera, no sólo por parte de los reyes, que hacían grabar sus órdenes y el relato de sus victorias, sino también por parte de las ciudades, que publicaban sus propias decisiones, y por parte de los particulares, que debían decidir el futuro de sus

bienes, de sus voluntades o de su recuerdo. Pero las excavaciones y los hallazgos fortuitos de inscripciones sólo nos ofrecen una información esporádica.

¿Qué se grababa en piedra? Los tratados entre ciudades o entre reyes y ciudades revelan el grado de autonomía de estas últimas (por ejemplo, la carta otorgada a Cirene por Ptolomeo I) (*SEG,* IX, 1) o la carta de la Liga de las ciudades griegas formada bajo la dirección de Antígono y Demetrio en 302 (*SEG,* 1, 75). Las actas de la anfictionía délfica, estudiadas por R. Flacelière y por G. Daux, muestran las fluctuaciones del poderío de los etolios y de Macedonia. Las cuentas y los inventarios de los templos nos dan —especialmente en Delos— información sobre la economía de los santuarios, la tesaurización de monedas de procedencias diversas, la construcción y restauración de los edificios sagrados, la descripción de las joyas y de los objetos de orfebrería donados a los dioses, las fiestas religiosas y, por la procedencia de los dones registrados, sobre la política. Las dedicatorias de botín, como la de Pirro en Dodona (*Syll.,* 3.ª ed., 392) o la de los Atálidas a Atenea y a Zeus de Pérgamo (*OGIS,* 273-281; 283-285) indican la presencia de los dioses en los hechos de guerra. Las leyes sagradas (véanse las recopilaciones de F. Sokolovski) y las menciones de los sacerdotes epónimos nos introducen en el terreno de los ritos.

Los epitafios nos dan una información relativamente escasa sobre las creencias escatológicas, pero los nombres y la edad de los difuntos permiten realizar estudios sociológicos, en tanto que el carácter estereotipado y los errores de prosodia en los epitafios métricos traducen, al mismo tiempo, la fidelidad al pasado cultural y el proceso de degeneración de esta cultura.

La organización interna de las ciudades, la policía municipal (en Pérgamo, por ejemplo, *OGIS,* 483), las magistraturas, el funcionamiento de las asambleas, los recursos fiscales, las aduanas y derechos de entrada, la financiación del aprovisionamiento y de la construcción de las murallas, elemento esencial de supervivencia, todos estos aspectos nos son conocidos casi exclusivamente a través de la epigrafía.

Los decretos de reconocimiento a los evergetes —reyes, embajadores, extranjeros o ciudadanos— revelan las dificultades económicas y los «peligros» que las guerras de los reyes hacían correr a las ciudades. Los ataques de los piratas, los galos o los bárbaros, las hambres y las epidemias constituyen el trasfondo de angustia de la época helenística.

El derecho privado aparece en los instrumentos de publicidad de las ventas de inmuebles y de las hipotecas, en las actas de manumisión por venta del esclavo al dios de Delfos o de otros templos y en la creación de fundaciones funerarias, que se grababan en piedra.

El reconocimiento de los asilos por parte de los reyes y las ciudades, el registro de esos asilos y también de los tratados procedentes de todo el mundo griego, en Delfos y en Olimpia, son expresión de la unidad del mundo helenístico, a pesar de las guerras que lo desgarraban.

Unidad cultural que se mantenía mediante las fiestas y los juegos panhelénicos. En este contexto aparecen las inscripciones que conmemoraban los viajes de los *theoroi* que anunciaban las fiestas, así como de los actores y los atletas que probaban su suerte en las pruebas. Por su parte, los médicos tenían que ir de ciudad en ciudad cuando surgían las epidemias, y luego se les honraba en ellas. Las firmas de los escultores y el reconocimiento otorgado a los árbitros extranjeros testimonia,

también, la circulación de los «portadores de cultura» a través del mundo helenístico. Finalmente, los innumerables monumentos votivos son la base de cualquier estudio de la religión y, particularmente, de los cultos reales, en el período que estudiamos.

Por otra parte, esta unidad cultural se manifiesta por el sincronismo de la evolución de la lengua y de la escritura de un extremo al otro de los territorios donde el griego expresaba relaciones oficiales. Las inscripciones revelan, aquí, la impermeabilidad casi total del griego a las influencias de las lenguas indígenas. De igual forma, la pervivencia de estas últimas está atestiguada por las inscripciones bilingües, o incluso trilingües, en Egipto (decretos de Cánope y de Rosetta: *OGIS,* 56 y 90) o en Bactriana (edictos de Asoka en indio, arameo y griego: D. Schlumberger, *CR Ac. Inscr.,* 1964, pp. 126-140).

LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DE LAS INSCRIPCIONES

El primer problema que se plantea a este respecto, radica en que muchas inscripciones no están fechadas o mencionan un epónimo que no podemos datar. La datación por medio de la escritura tiene un margen de error no inferior a cincuenta años. En cuanto a la datación de las inscripciones por el contexto arqueológico o numismático es imposible, muchas veces, a excepción de aquellas que proceden de excavaciones recientes.

Son muy pocas las inscripciones que no están mutiladas. Con frecuencia, es problemática la reconstrucción de los elementos singulares. Pero la redacción de las actas oficiales seguía fórmulas rigurosas, que constituyen la diplomática, la cual variaba según las ciudades o los reyes y según la época. El conocimiento de la diplomática —que ha hecho progresos decisivos gracias a los trabajos de Louis Robert— otorga un alto grado de fiabilidad a determinadas dataciones y reconstrucción de inscripciones.

Un segundo problema se plantea: para integrar en una relación histórica los hechos, casi siempre aislados, que conmemoran las inscripciones, hay que crear «dossiers de comparación», que permitirán, por su parte, precisar la datación y las reconstrucciones. Esos «dossiers» revelan el grado de generalidad del fenómeno social del que da fe la inscripción.

No hay que olvidar que, por lo que hace a la historia política, la epigrafía sólo ofrece la versión oficial de los acontecimientos, es decir, la de la mayoría triunfante. Hay que leer entre líneas la opinión de los minoritarios, de los vencidos, de la mayoría oprimida. Así pues, las inscripciones no revelan de forma inmediata lo que puede pensar la masa silenciosa a la que tampoco las fuentes narrativas conceden la palabra. Lo que queda grabado en la piedra es, tal vez, el final de un conflicto. Es necesario llegar a saber en qué consistió ese conflicto a través del acta que pretendía solucionarlo.

El tercer problema surge respecto a la necesidad de relacionar los datos epigráficos con las otras fuentes de la misma época o del mismo medio. En la época helenística existieron una serie de «medios epigráficos»: Delos, Delfos; las ciudades de Asia Menor (Ilión, Éfeso, Pérgamo, Priene, Mileto o Magnesia del Mean-

dro); Cos, la Caria, Rodas; Atenas; Olimpia; Egipto; Siria; Seleucia del Tigris; Susa; Chipre; Cirene; Creta. Por contra, Macedonia, Esparta y Bitinia proporcionan pocos documentos inscritos en piedra. Por su parte, Delos se conoce casi únicamente a través de la epigrafía y la arqueología, lo cual ocurre también en el caso de las ciudades costeras del mar Negro. La publicación de las *Inscriptiones graecae (IG)* se lleva a cabo según un plan geográfico, sistema que también siguen el *Supplementum epigraphicum graecum (SEG)* fundado por Hondius y el *Bulletin épigraphique* de Jeanne y Louis Robert en la *Revue des Études grecques*. Para aquellas zonas que no están comprendidas en las *IG* (Asia Menor, Egipto, Siria, Irán, Bactriana), las inscripciones forman uno o varios tomos de los resultados de las excavaciones, o bien se publican aisladamente para ser incluidas luego en la distribución geográfica en el *SEG* y en el *Bulletin épigraphique* de J. y L. Robert. De esta forma, pueden examinarse con facilidad los «medios» epigráficos.

Por otra parte, el historiador no debe reparar en medios para aclarar cualquier acontecimiento o situación social. A veces se da la situación afortunada de poder contar, para un mismo hecho, con una fuente epigráfica, una fuente narrativa, una fuente arqueológica y, eventualmente, una fuente numismática. Veamos algunos ejemplos. Una inscripción (*Syll.*, 3.ª ed., 386) conmemora en Atenas, hacia 282-281, la expulsión de la guarnición macedónica de la Colina de las Musas, hecho que cita Pausanias (I, 26, 1-3), el cual cita otras conmemoraciones (29, 13). Sabemos que el lugar donde se desarrolló la batalla, que, según Plutarco (*Demetrio*, 28-29), costó la vida a Antígono el Tuerto en 301, es Ipsos, dato que conocemos únicamente por una inscripción (*Syll.*, 3.ª ed., 374). Un decreto de Atenas en honor de dos extranjeros (*Syll.*, 3.ª ed., 346) corrobora el relato de Diodoro (XVIII, 15, 8-9) de las operaciones navales de la guerra lamiaca. La felicitación a Delfos por parte de Cos y la dedicación de un sacrificio a Apolo, cuya aparición salvó el santuario del ataque de los galos (*Syll.*, 3.ª ed., 398), confirma el relato de Pausanias (X, 23, 3) que hace referencia a la existencia de dos grupos de galos, uno de los cuales atacó Delfos, mientras que el otro se dispersó a través de Grecia, en tanto que Justino (XXIV, 6-8) y Diodoro (XXII, 9) [48] sólo mencionan el ataque a Delfos. Por otra parte, la alegría manifestada por Cos, lugar tan alejado del paso de los galos, es un testimonio de la unidad cultural del mundo griego, a la que nos referíamos más arriba. La victoria de Pirro y de los tarentinos y los romanos, ocurrida en 280, nos es conocida no sólo por varias fuentes narrativas (Plutarco, *Pirro*, 16-17; Pausanias, I, 12) sino también por la dedicatoria de las primicias del botín, que ha sido encontrada en una placa de bronce en Dodona (*Syll.*, 3.ª ed., 392). La autenticidad del testamento de Atalo III, en el que legaba a los romanos su reino de Pérgamo, era negada por Salustio (*Ep. Mitr.*, IV, fr. 69, 8). Una inscripción de Pérgamo despeja las dudas que pudieran existir sobre este tema (*OGIS*, 338, donde pueden encontrarse las fuentes narrativas que atestiguan ese legado). Por contra, una inscripción de Cirene (*SEG* IX, 7) revela la existencia de un testamento de Ptolomeo el Joven, Evergetes II, en favor de los romanos. Ningún texto narrativo menciona ese legado, aunque es cierto que la obra correspondiente de Polibio se ha perdido casi por completo. En Tyrrheum, Acarnania, se ha encontrado un fragmento de estela en el que estaba grabado el tratado romano-etolio de 212 (*SEG*, XIII, 382; XVI, 370; XVII, 280), del que Tito Livio (XXVI, 24) ha conservado las principales cláusulas. Éstas no coinciden en las

dos fuentes en lo tocante al futuro de los territorios conquistados, que, según la inscripción, quedarían todos en manos de los etolios, mientras que el botín iría a Roma, salvo en los casos de conquista común.[49] Los Atálidas hacían ofrenda de una parte del botín conseguido en sus victorias a Zeus o a Atenea de Pérgamo. El altar y el friso de los monumentos erigidos con ese fin contenían inscripciones que conmemoraban victorias sobre los Seléucidas y sobre los galos (*OGIS,* 273-279; 280-281; 283-285 de Atalo I; 298 de Eumenes II). Estas dedicatorias, sin fecha, poco explícitas y, además, mutiladas, no se inscriben de forma segura en el contexto de las fuentes narrativas, de por sí bastante decepcionantes. También en Pérgamo, la reina Apolónide es elogiada después de su muerte por sus virtudes ejemplares, elogio grabado en piedra (*OGIS,* 308) y que tiene su réplica en el que le dedica Polibio (XXII, 20). En diferentes términos, el decreto y el historiador exaltan la misma imagen ideal de la madre y de la esposa y esa concordancia indica, una vez más, que entre el historiador y las clases dirigentes existía una unidad cultural y de puntos de vista que relegaba en el silencio o en la confusión de «los conflictos» la vida de las clases populares. Sólo los papiros griegos de Egipto nos permitirán fijar la atención en un ámbito social diferente.

Podríamos hacer más larga la lista de las relaciones entre las fuentes epigráficas y las fuentes narrativas (véanse las notas sobre las fuentes en cada uno de los capítulos de E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique*).

LA PAPIROLOGÍA

Los papiros griegos de la época ptolemaica son las únicas fuentes de la historia helenística que nos hacen escuchar la voz de la campiña, aunque se trata de la campiña egipcia, que en la Antigüedad era singular por muchos conceptos.[50] Es el Egipto rural, ese país que los griegos despreciaban y explotaban a un tiempo. En efecto, sólo en la época romana los papiros nos introducen en las ciudades helenizadas de Oxirrinco, Arsínoe o Hermópolis. Tebas se nos aparece únicamente como una gran oficina de impuestos, por causa de los miles de recibos de impuestos que se daban en fragmentos de barro, los ostraca. Sus templos no aparecen en los papiros sino en el contexto de las mezquinas disputas de su personal subalterno, aspecto en el que nos introducen también, atestiguando la pervivencia y la impermeabilidad de la cultura egipcia, los papiros demóticos. En cuanto a Alejandría, la humedad de su suelo ha impedido la conservación de los papiros y, aparte de los que eran enviados al campo, son las fuentes epigráficas y narrativas las que nos han permitido conocer el brillante papel que desempeñó en la historia de la cultura.

Desde fines del siglo XIX se han publicado más de 5000 papiros ptolemaicos y más de 1000 ostraca del mismo período.[51] Pero diversas consideraciones limitan la importancia de estos documentos de cara a nuestro conocimiento general de la historia helenística. Ante todo, agrupados a menudo en archivos, proceden de un número reducido de lugares sobre los cuales nos dan información únicamente durante algunos años. Obtenemos, así, información sobre veinte años de la vida de *Filadelfia,* aldea de El Fayûm donde surgió el gran dominio del ministro Apolonio, que dirigió a mediados del siglo III su intendente Zenón (los llamados papiros «de

Zenón»). Es la Filadelfia que, más tarde, en la época romana, encontraremos habitada por veteranos y artesanos, en una serie de papiros conservados en Berlín. Tenemos, también, una rápida visión de la colonia griega de *Elefantina* que, gracias a las excavaciones alemanas, nos ha dado el papiro fechado más antiguo, un contrato de matrimonio del año 311 (*P. Elefantina,* 1). Luego, en el *oasis de El Fayûm,* los papiros —contemporáneos de los papiros de Zenón— encontrados por Flinders Petrie y los que se conservan en Lille y que debemos a Pierre Jouguet, nos muestran cómo era la gestión de la tierra donde se asentaron los mercenarios griegos que poseían tenencias. Un conjunto de súplicas transmitidas como encabezamiento de solicitudes (*Enteuxeis* publicadas por O. Guéraud) nos permiten conocer las pequeñas disputas de la vida cotidiana en el medio rural. También del siglo III, los papiros de *Hibeh,* aldea situada en la entrada meridional de El Fayûm, excavada por la *Egypt Exploration Society,* se refieren al mismo medio. En el siglo II, y desde fines del III, tenemos información sobre *Tebtunis,* aldea de El Fayûm donde los excavadores ingleses, y luego los italianos, han encontrado registros territoriales que, junto con la correspondencia administrativa, constituyen una documentación de historia económica de valor inapreciable, pero limitada a un solo ámbito. También en el siglo II, tenemos una cierta luz sobre la vida en el *Serapeum de Menfis* (*Urkunden der Ptolemäerzeit* de U. Wilcken), que una serie de sensacionales descubrimientos recientes de centenares de papiros griegos, demóticos y arameos, por parte de arqueólogos ingleses, nos permitirán conocer también en el siglo III, e incluso a fines de siglo IV. Asimismo, los papiros nos permiten obtener una cierta información sobre *Tebas* en el siglo II *(Urk. Ptol. Zeit)* y sobre los propietarios de Pathyris, en el Alto Egipto, donde se hablaba griego y egipcio.

Reseñamos por último, la existencia de dos largos papiros de importancia extraordinaria: los *Dikaiomata* (editados por la *Graeca Halensis*), recopilación de leyes y de precedentes reunidos para fundamentar una defensa, que nos introducen en la vida jurídica y judicial de Alejandría, a mediados del siglo III, y las *Revenue Laws* de Ptolomeo II (editadas por Grenfell y Mahaffy y reeditadas por J. Bingen), pliego de condiciones de arrendamiento que organizaba la recaudación de la parte que correspondía al rey en la producción artesanal y agrícola de Egipto, y las condiciones de arrendamiento de los bancos.

¿Cómo insertar esta documentación «en láminas» en el seno de la historia general del mundo helenístico?

En primer lugar, encontramos en los papiros algunos ecos de los acontecimientos políticos en Egipto y en el exterior. Pierre Jouguet los reunió en 1933, en el Congreso de Papirología de Munich (*Münchener Beiträge zur Pap. und ant. Rechtsgeschichte,* 19, 1934, pp. 62-101). Este tema se estudió también en el Coloquio de Saarbrücken, Papyrologie und Altertums Wissenschaft (*Annales Universitatis Saraviensis,* Phil. Fak. 9, 1-2, 1959). Pueden completarse los datos a este respecto, consultando W. Peremans-E. Van't Dack, *Prosopographia Ptolemaica,* vol. VI, 1968. ¿Hacen falta algunos datos? Citemos los mensajes de simpatía del dinasta amonita Tobías a Ptolomeo Filadelfo y a su ministro Apolonio (*P. Cairo-Zenón,* 59075 y 59076); la fecha del matrimonio de la princesa Berenice, hija de Ptolomeo II, con Antíoco II, para sellar el fin de la segunda guerra de Siria (*P. Cairo-Zenón,* 59251, que atestigua el viaje de la princesa el 9 de abril de 252); el boletín de victoria de

Ptolomeo III en su avance por el norte de Siria (*P. Gurob,* en U. Wilcken, *Chrest. Pap. Hist. Teil,* núm. 1); los ingresos de Licia y la Tracia, aún ptolemaicas, hacia 201 (*P. Tebtunis,* 8, en U. Wilcken, *ibid.,* núm. 2); algunos nombres y carreras de gobernadores de Chipre (*Prosopographia Ptolemaica,* VI).

Por lo que respecta a los acontecimientos internos, tenemos datos para hacer un esbozo de la historia de las revoluciones del siglo II, de las «usurpaciones» etíopes y, por la mención de las fechas, de las idas y venidas en el poder de Ptolomeo VI Filometor, de Ptolomeo VIII, Evergetes II, de Cleopatra II y de Cleopatra III (H. Heinen, «Les mariages de Ptolémée VIII Evergète II et leur chronologie», en *Akten des XIII. internationalen Papyrologenkongress, Marburg-Lahn, 1971 = Münchener beiträge zur Pap. und ant. Rechtsgeschichte,* 66, 1974, pp. 147-155).

Pero nada tenemos de los archivos reales a los que Diodoro (III, 38, 1) dice haber tenido acceso y, si exceptuamos ciertos escritos de Calímaco, los papiros no nos han dado a conocer apenas nada de las obras de la literatura y la ciencia alejadrinas.

Sin duda por azar, los papiros griegos nos ofrecen la mejor documentación sobre los períodos en los que las fuentes narrativas son más deficientes; los años de mediados del siglo III y la segunda mitad del siglo II. Pero no pueden sustituir a esas fuentes, ya que su aportación, centrada en la economía rural, nos sumerge bruscamente en otro mundo, sin conexión inmediata con aquel que vivían los reyes. Además, los papiros provocan una hipertrofia de hechos económicos en el estudio del siglo III por parte de los historiadores modernos y, al mismo tiempo, un tránsito brusco y falaz de un mundo en guerra a una sociedad en paz. Incluso en materia económica, los lugares y las épocas no coinciden en los diferentes conjuntos papirológicos. Es cierto, no obstante, que la depresión económica que revelan los papiros en el siglo II —corroborada por la numismática— constituye una de las explicaciones plausibles de la disminución de la actividad política de los Lágidas en el mundo helenístico durante ese período. Depresión de la economía, es decir, disminución de la producción y, en consecuencia, de los ingresos reales. El proceso se nos aparece con claridad: el campo, donde los canales de irrigación, mal cuidados, no aportaban ya el agua necesaria, fue abandonado, y Alejandría recibió a los campesinos que acudían allí a probar fortuna; fenómenos todos ellos que revelan, entre otros, los registros de gestión de la tierra de los papiros de Tebtunis.

Pero el historiador no puede extrapolar a las otras zonas del mundo helenístico, ni siquiera a la vecina Siria, las estructuras económicas que los papiros revelan en Egipto. La singularidad del pasado faraónico y del paisaje geográfico, así como la ausencia de grandes estragos causados por la guerra en la historia de Egipto, lo convierten en un país diferente. El mundo rural egipcio sólo entraba en contacto con el mundo griego a través de Alejandria y del rey, los cuales lo explotaban. Esos lazos se debilitaron cuando el poder real perdió su fuerza en el siglo II.

En el capítulo dedicado a la economía encontraremos la información que debemos a los papiros en este terreno. Baste con resaltar aquí que es la única fuente que ofrece datos cuantitativos abundantes que permiten elaborar algunas estadísticas, pues las fuentes narrativas sólo mencionan los ingresos globales de los reyes, el botín y los efectivos de los ejércitos que participaban en la guerra. En cambio, hay una serie de datos cuantitativos que conocemos tan sólo gracias a los papiros. Así

ocurre, por ejemplo, con los precios y los salarios, el consumo diario de un hombre, la tensión entre los ingresos más elevados y los más bajos, la superficie media de las explotaciones, los elementos de una casa y la duración de la vida (en verdad, esto último tan sólo para la época romana), las tarifas aduaneras, el tonelaje de los barcos de navegación fluvial, el coste y el tiempo que tardaban los transportes, las tasas de interés, el rendimiento de las tierras, los arrendamientos y alquileres, la superficie de determinadas aldeas y la proporción de las tierras de diversas categorías, agrícolas, fiscales o jurídicas, los ingresos reales de algunos distritos, las necesidades de productos oleaginosos evaluados por nomos, la inflación de precios y el hundimiento de la moneda ocurrido en el siglo II, etc. Estos datos, en verdad excepcionales y de valor incalculable por esa excepcionalidad, no nos permiten, sin embargo, sino realizar algunas aproximaciones sin gran precisión.

Por otra parte, los papiros son testigos de enorme valor para la historia de la cultura. Los papiros literarios (lista de R. Pack, 1965, actualizada por O. Montevecchi, *La papirología*, 1973, pp. 337-394) nos permiten conocer que un autor era leído en un momento y un lugar determinados. De todas formas, no es posible evaluar cuán numerosa era su audiencia ni conocer —la mayor parte de las veces— en qué medios se leía su obra. Así, los papiros literarios encontrados en los envoltorios de las momias, como los fragmentos del *Sycionen* de Menandro conservados en París, han sido hallados fuera de su medio. No hace falta decir que nada se sabe de los papiros comprados a los anticuarios y, en consecuencia, de procedencia desconocida, como el *Díscolo* de Menandro. Sin embargo, se distinguen con bastante facilidad los ejemplares escolares, y ello es muy importante. Podemos conocer, así, que las antologías, responsables de la pérdida de una gran parte de la literatura griega, se formaron a partir del siglo III (P. Jouguet-O. Guéraud, *Un livre d'écolier*). Sería erróneo sacar conclusiones estadísticas sobre el número de textos de uno u otro autor encontrados en los papiros. A lo sumo, hay que admitir la existencia de una abrumadora mayoría de los papiros homéricos, indicio de una fidelidad a la cultura tradicional, de la que dan fe también los papiros jurídicos.

Otro aspecto cultural es el de la coexistencia de dos lenguas, la egipcia y la griega. Papiros griegos y papiros demóticos proceden, con frecuencia, de medios distintos, aunque no necesariamente. En el *Serapeum* de Menfis o en Pathirys, cerca de Tebas, convivían gentes pertenecientes a una y otra cultura o que incluso pasaban de la una a la otra, como se ve en algunos contratos de Pathirys (*The Adler Papyri*, publicados por E. N. Adler, J. G. Tait, F. M. Heichelheim y F. L. Griffith). Incluso en un lugar donde el dominio correspondía por entero a los griegos, como el que nos dan a conocer los «papiros de Zenón», hay algunos papiros demóticos, porque a juzgar por los nombres, significativos todavía en el siglo III, la mano de obra era egipcia. Sin embargo, muchos de esos egipcios hacen escribir en griego a Zenón. Precisamente, gracias a los nombres, la *Prosopographia Ptolemaica* de Peremans y E. Van't Dack revela, en el ámbito del trabajo, la vocación específica de los pertenecientes a cada una de las dos culturas. Además de la agricultura y la ganadería, había oficios típicamente egipcios (por ejemplo, los de cervecero y arriero) y, por supuesto, las actividades administrativas correspondían a los griegos, al menos en los niveles más altos. Por otra parte, el escriba que redacta en Tebtunis, en el siglo II, los registros territoriales y fiscales escribe o hace escribir en griego,

pero todo indica que se halla en un medio egipcio, al cual él también pertenece. Esta relativa impermeabilidad de las dos culturas provocaba conflictos, de los que nos dan noticia, desde el siglo III, algunos papiros de Zenón, algunas *enteuxeis* y, en el siglo II, un papiro del *Serapeum*. Naturalmente, en las proximidades de los templos es donde se ha encontrado el mayor número de documentos demóticos. En realidad, existen más de lo que puede pensarse, pero la escasez de especialistas en demótico hace que su publicación se realice a un ritmo mucho más lento que la de los papiros griegos.

La pervivencia de la cultura indígena, de la que dan fe estos papiros, queda atestiguada también por las prestigiosas inscripciones jeroglíficas de época ptolemaica que cubren los muros de los templos de Edfú, Denderah, Kom Ombo o Esna, por no citar sino aquellos que se vieron más favorecidos por las donaciones de los Lágidas. Los cartuchos de los reyes nubios atestiguan el repliegue de los reyes griegos a mediados del siglo II, interrumpiendo durante algunos decenios la historia de las relaciones de los Lágidas con el clero. El conjunto de los papiros jeroglíficos, bien explotado por lo que respecta a la cronología, podría aportar aún numerosos datos acerca de la economía de los templos.

LA NUMISMÁTICA

En nuestra bibliografía habrá encontrado el lector los medios para obtener las fuentes numismáticas, ya sea en la edición de colecciones o tesoros o en las recopilaciones por reyes, ciudades o regiones. (Véase, además, *Addenda*, t. II.)

Ed. Will menciona, en una nota a cada uno de los capítulos de su *Histoire politique du monde hellénistique*, las fuentes numismáticas, indicando lo que éstas aportan o, por contra, las incertidumbres que no aciertan a despejar.

En el capítulo dedicado al rey, analizaremos las funciones de la moneda real y las opciones políticas y económicas que expresaba. Para completar la información ofrecemos también en ese capítulo algunos datos sobre la moneda de las ciudades, en la medida en que ésta expresa las relaciones entre las ciudades y los reyes.

Lo que nos queda por hacer es ofrecer algunos ejemplos de cómo se inscribe la numismática en nuestra información histórica. Pero plantearemos primero algunos aspectos de método.

Cuando son las únicas fuentes disponibles, las monedas no ofrecen al historiador una información muy consistente, especialmene cuando se trata de piezas que han sido halladas de forma aislada. En efecto, la datación de la moneda puede resultar difícil porque muchos reyes la acuñaban con la efigie de uno de sus predecesores. Es cierto que cuando se trata del retrato del rey reinante, el envejecimiento de los rasgos permite constituir, a veces, series cronológicas, pero de cualquier modo no nos revela fechas absolutas. Muchas veces, el estudio de los tesoros hace surgir series que pueden articularse entre sí gracias a los símbolos que tienen en común.

A estas dificultades de datación se añaden las de localización de los lugares de emisión. En efecto, algunas ciudades acuñaban moneda con efigies reales y el monograma de la ciudad podía ser ambiguo o consistir en un símbolo difícil de

identificar. Hay que señalar, además, que se daba el caso de que varias ciudades de una misma zona utilizaran los mismos símbolos y acudieran a los mismos artistas para que los grabaran. Es éste un hecho cultural interesante, sin duda, pero constituye un obstáculo para la tarea de identificación del numismata.

Desde el punto de vista de la historia económica, es interesante elaborar el mapa del territorio en el que circulaba una moneda determinada. Pero para fijar los límites de ese mapa se hace necesario utilizar el peligroso argumento *a silentio*, tanto más arriesgado cuanto que dependemos del azar de los posibles hallazgos de monedas.

A pesar de este cúmulo de incertidumbres, el historiador puede encontrar informaciones de enorme valor en las monedas, estableciendo una serie de convergencias de probabilidades y de coincidencias seguras con otras fuentes. Los trabajos de Henri Seyrig, Louis Robert, Georges Le Rider, E. Bickerman, E.T. Newell, Marg. Thompson, Mamroth y O. Mörkholm ponen de relieve los frutos que puede rendir la adecuada utilización de informaciones complementarias.

Veamos ahora algunos ejemplos. Hay períodos o zonas para los que carecemos de fuentes narrativas. Por ejemplo, todo lo que sabemos sobre Mitrídates IV, que fue rey del Ponto entre 170 y 150 aproximadamente, lo debemos a las monedas y a algunas inscripciones —muy escasas— que han sido encontradas. Asimismo, la única fuente narrativa que menciona a los reyes de Bactriana Diodoto I y Diodoto II (hijo del anterior) es Justino (XLI, IV, 8-10; V, 1). Pero las evidentes confusiones cronológicas de este autor dificultan la reconstrucción de los acontecimientos. Una serie de monedas (Seltman, l. LIV, 8; 9) revelan la pervivencia de los mismos tipos, primero con el nombre de Antioco y, luego, de Diodoto, rey. ¿Pero cómo distinguir, en la serie continua de los Diodoto, las piezas de uno y otro de los dos reyes de este nombre que cita Justino? Cabe preguntarse, incluso, si hubo dos reyes de ese nombre, si Diodoto I fue rey y si acuñó moneda con su nombre. La numismática, única fuente de datos a este respecto, no puede dar respuesta a nuestros interrogantes. El criterio estético, que algunos han invocado, para basar un orden cronológico en la evolución del tipo, es subjetivo (cf. E. Will, *Hist. pol.*, I, pp. 280-281). De igual forma, algunos de los sucesores de Eutidemo de Bactriana sólo son conocidos por las monedas, que es imposible clasificar debido a la ausencia de fuentes literarias. Cuando menos, estas monedas revelan —hecho significativo de la resistencia del helenismo— que al norte del Hindukush se acuñaban piezas de peso ático y de leyenda griega, mientras que al sur se utilizaba el peso indio y las leyendas se grababan en prakrit (véase R. Curiel-G. Fussman, «Le trésor monétaire de Qundus», *Mém. déleg. arch. franç. en Afghanistan*, 20, 1965, y E. Will, *Hist. pol. du monde hellénist.*, II, p. 349, así como Ch. Seltman, *Greek Coins*, lám. LV, 4, moneda de Eucrátides en griego para Bactriana, y LVI, 1, 2, moneda cuadrada del mismo, bilingüe para la India). Un tesoro encontrado recientemente en Susiana, en ausencia de otras fuentes, establece que Susa fue tomada por los partos hacia 139-138 (O. Mörkholm, «A Greek Coin Hoard from Susiana», en *Acta Archaelogica*, 36, 1965, pp. 127-156).

En ocasiones, la numismática revela la causa económica de un hecho político, para el cual no dan explicación las fuentes narrativas. Así, por lo que se refiere a la situación de Grecia tras la derrota de Filipo V de Macedonia en Cinoscéfalos, en

197, a manos de Flaminino, Polibio (XVIII, 47) dice simplemente: «La mayoría (de los comisarios romanos) era de la opinión de ceder a Eumenes Oreos (Histiea) y Eretria, pero ante la oposición de Tito, su proposición no fue tenida en cuenta y así, poco tiempo después, el Senado proclamó la independencia de esas dos ciudades y de Caristo.» Pues bien, es sabido que la ciudad de Histiea en Eubea, era un punto estratégico para el acceso a Demetrias (Volo). Pero el estudio de la zona de circulación de sus monedas ha permitido a Louis Robert (*Études de numismatique grecque,* 1951, p. 211) demostrar la importancia comercial de esta ciudad y, por tanto, los ingresos que podía obtener en ella Eumenes. Esto explica tanto la codicia de Eumenes, apoyado por el Senado, como la negativa de Flaminino, deseoso de no favorecer demasiado el poder del Atálida.

Veamos otro ejemplo. Sabemos que se situaba en 229 –fecha de la recuperación de El Pireo por Atenas de manos de la guarnición macedónica– el advenimiento del «nuevo estilo» de la moneda ateniense. La efigie arcaica de Atenea fue sustituida entonces por la de la Partenos de Fidias, con el casco de triple penacho y, en el reverso, la lechuza, posada sobre un ánfora y rodeada de una corona; de ahí el nombre de estefanéforo dado a esa nueva moneda. M. Thompson («The Beginning of the Athenian New Style Coinage», en *Am. Num. Soc. Museum Notes,* 3, 1952, pp. 25-33, y *The New Style Silver Coinage of Athens,* 1961, p. 107) ha demostrado que el «nuevo estilo» no comenzó en 229. En efecto, un tesoro encontrado en Corinto en 1938, cuyo enterramiento queda fechado con posterioridad a 226-225 por un tretradracma de Seleuco III, no contiene piezas atenienses del «nuevo estilo». M. Thompson se siente inclinada a fijar el comienzo de ese estilo en 196, pero la fecha ha sido discutida. A propósito de la mención del estefanéforo de plata en la isla de Anafe, Louis Robert («Monnaies dans les inscriptions grecques», en *Revue numismatique,* 1962, pp. 16-17 = *Opera Minora,* II, pp. 1043-1044) señala la gran circulación de los estefanéforos, según los tesoros censados por M. Thompson (*The New Style Silves Coinage of Athens* pp. 473-545). La abundancia de este tipo de monedas y la amplitud de su dispersión demuestran la prosperidad económica de Atenas en el siglo II.

Las pretensiones de los usurpadores de acceder a la realeza, especialmente entre los Seléucidas, se expresan en su intención de acuñar moneda. A este respecto, la numismática confirma y precisa, en algunos casos, los datos de las fuentes literarias. Esto ocurre, por ejemplo, en el caso de Aqueo (E. Will, *Hist. pol.*, II, pp. 18-21). Por contra, Antígono Dosón, tutor leal de Filipo V, no acuñó moneda con su nombre.

Las leyendas y los tipos de sus monedas indican las etapas del acceso de los Atálidas a la realeza (véase E. Hansen, *The Attalides of Pergamon,* pp. 201-208 y Apéndice II). Filetero acuñó primero alejandros con el nombre de Lisímaco, del que era tesorero, y luego estateros, con el nombre de Seleuco I, con el cual se unió. Finalmente, añadió su nombre. Eumenes I sustituyó la efigie de Seleuco por la de Filetero. No hubo ningún rey atálida que hiciera grabar su propio nombre en las monedas que acuñaba. Por otra parte, en las monedas de plata acuñadas por los reyes de Pérgamo, la uniformidad del tipo en los reinados sucesivos indica que se trataba de una moneda que inspiraba confianza, lo que se confirma por la amplitud de la zona en la que se difundió.

Nada tiene de insólito que los reyes de Pérgamo grabaran en sus monedas la efigie de algunos de sus predecesores. Incluso cuando se convirtieron en reyes, los diádocos acuñaron alejandros. Y las ciudades, aun cuando no acuñaran moneda para un rey, grababan muchas veces efigies reales —sacralizadas, además, por el tocado— en las monedas de plata. Así, muchas ciudades independientes de la región de la Propóntide y el Helesponto, acuñaron con la efigie de Lisímaco, después de la muerte de éste en la batalla de Corupedion. Henri Seyrig («Parion au IIIe siècle avant notre ère», en el *Centennial Volume of the American Numismatic Society*, 1958, p. 614) ha elaborado un mapa provisional de las ciudades de esa región que acuñaron moneda con la efigie de Lisímaco tras la muerte de éste.[52] Entre ellas figuran Bizancio, Calcedonia, Cíos, Cícico, Parion, y Odeso e Istria en la costa del mar Negro. La elección de ese tipo pudo deberse a la confianza que inspiraba esa efigie a los comerciantes. Ahora bien, ese hecho demuestra con toda seguridad que la derrota y la muerte de Lisímaco no colocaron a esas ciudades bajo la dependencia de los Seléucidas. Estas emisiones «pseudo-lisimaquias» ponen al descubierto un «bloque monetario» que, como afirma H. Seyrig (p. 619), constituye «el límite de la soberanía de Seleuco». He aquí un buen ejemplo de la contribución de la numismática a la historia política. Parece oportuno citar aquí una reflexión de Louis Robert («Monnaies dans les inscriptions grecques», en la *Revue numismatique*, 1962, pp. 7-24 = *Opera Minora*, II, pp. 1034-1051): «No hay que pensar que una colaboración entre expertos será el camino adecuado para una comprensión total. Muchos ejemplos lo demuestran: el binomio "historiador-numismata" o el de "epigrafista-numismata" pasará junto a los auténticos problemas; cada uno de ellos no plantea al otro sino aspectos parciales y no ve el conjunto, sin hablar de la confianza acrítica concedida al experto. En el interior de cada sabio es donde puede realizarse, gracias al espíritu de curiosidad y de investigación más allá de las barreras, la "historización" de la investigación numismática» (pp. 21-22).

Es innecesario decir que la moneda, por el patrón y por las áreas de difusión, es una fuente de historia económica. Los *patrones* revelan unidades económicas, pero también políticas o culturales. La amplia difusión del patrón ático en la época helenística se remonta a Alejandro, que lo eligió para sus monedas. Fue el que adoptaron los Seléucidas, Pérgamo hasta que se acuñaron los cistóforos, y Etolia. Egipto, Cirene, Rodas y las ciudades que acuñaron cistóforos eligieron un patrón más ligero, próximo al patrón fenicio. Era éste el que estaba en vigor en la Fenecia lágida hasta la conquista seléucida, en el año 200, y el que fue introducido de nuevo allí a mediados del siglo II, por Demetrio I, por su enemigo Antíoco V y por Alejandro Balas, bajo la influencia de Ptolomeo VI, que así podía vincular a Fenicia con al entidad económica egipcia (véase E. Bikerman, *Institutions des Séleucides*, pp. 213-214). Eran acuñaciones de oro.

La pérdida de peso de 1/12 o 1/11 que sufrieron las monedas macedónicas en el reinado de Perseo, entre 171 y 168, revela, sin duda, los problemas de tesorería que le causó la tercera guerra de Macedonia.

Por el contrario, Rodas incrementó el peso de sus monedas en el siglo II. ¿Cuándo ocurrió eso exactamente? Una inscripción de Delos ha permitido a Louis Robert (*Études de numismatique grecque*, 1951, pp. 143 ss.) demostrar que ese cambio debió de producirse en torno a 175 y no inmediatamente después de la

batalla de Pidna (168). Lógicamente, esto sitúa la reforma en el momento en que Rodas se hallaba en el cenit de su poder económico, situación que varió después de Pidna, cuyos corolarios la afectaron gravemente (Polibio, XXX, 31).

En Egipto, la numismática confirma los datos de los papiros respecto a la larga y profunda crisis económica del siglo II, que impuso en esa región una economía cerrada (véanse los trabajos de T. Reekmans citados en la bibliografía).

La recuperación económica de Macedonia, emprendida por Filipo V después de la batalla de Cinoscéfalos, es atestiguada hacia 186 por Polibio (XXIII, 10) y especialmente por Tito Livio (XXXIX, 24, 1-4). La novedad de los tipos monetarios introducidos en esa época (Seltman, p. 225, lám. LI, 2) y el volumen de las emisiones guardan relación con la reanudación de la actividad en las minas de plata, que Tito Livio menciona entre otras reformas.

Podríamos dar muchos otros ejemplos de la relación de la numismática con otras fuentes de nuestra información histórica. Veamos un último caso, que se refiere a las condiciones de la acuñación. Sabemos que para hacer una moneda se situaba sobre un cuño grabado, que sería el anverso, un fragmento de metal —encajado en un yunque— del peso requerido y ablandado a la temperatura deseada; se cubría ese cospel con el cuño superior, el *character*, que sería el reverso de la moneda y que recibía el golpe del martillo. Dado que era sometido directamente al impacto, el cuño superior se deterioraba más de prisa que el inferior y debía ser renovado varias veces para un solo cuño utilizado como yunque. Así, en las monedas atesoradas se pueden descubrir la vida más o menos larga de los cuños y el volumen de la emisión. Los cuños se conservaban en los templos. Los inventarios del opistódomos del Partenón de Atenas contienen cuños, lo cual ocurre también en los inventarios de Delos. Louis Robert («Monnaies dans les inscriptions grecques», en la *Revue numismatique*, 1962, pp. 22-24 = *Opera Minora*, II, pp. 1049-1051) ha puesto de relieve lo que la mención de 18 cuños superiores por 5 inferiores en dos inscripciones de Delos (1450 A, 198, que se debe completar con 1430, f. 13). aporta para el conocimiento de las condiciones de la acuñación.

LA ARQUEOLOGÍA

Sin fijar nuestra atención en la historia del arte, mencionemos la importancia de las fuentes arqueológicas y sus conexiones con las fuentes literarias y epigráficas.

Existen diversos «medios»: las ciudades —agoras y acrópolis— y los santuarios. Existen también la arqueología de los objetos, transportados o tesaurizados, imitados también. Sólo los tomamos en cuenta, aquí, como indicios de las tendencias de una sociedad.

Por lo que respecta a las ciudades, el período helenístico es un período privilegiado. En muchas de las ciudades de la costa egea del Asia Menor —Mileto, Esmirna, Éfeso, Pérgamo, Priene, Cos y Rodas— se han realizado excavaciones. Conocemos sobre el terreno los avatares de sus murallas y sus puertos, los desplazamientos del hábitat, mientras que las inscripciones nos dan a conocer las causas de esos fenómenos. Durante la Paz Romana, las ciudades descendieron desde la acrópolis a la llanura. Se aprecia visiblemente la gravedad de la destrucción de Corinto en 146,

mientras que la elevación de su acrópolis nos permite comprender por qué nunca fue posible tomarla al asalto.

Ciertamente, existen lagunas: no se han encontrado muchos restos de la Apamea del Orontes de la época helenística y nada ha aparecido de los palacios sepultados de Alejandría que describe Estrabón (XVII, 1, 8 = C 793).

A menudo, las casas de las aldeas se construían de adobe, sistema que aún se utiliza a veces hoy día en Oriente y en Grecia. Sólo han aparecido restos de esas casas en Egipto, al borde del desierto.

Durante la época helenística se multiplicaron los edificios públicos: teatros, pórticos, gimnasios, palestras, baños, bibliotecas, cisternas, acueductos y monumentos conmemorativos.

Los gimnasios, los baños y los teatros son el signo de la implantación de los griegos o de gentes helenizadas. Pero, ¿quién se sentaba en las gradas de los teatros de Babilonia y de Petra? ¿Y qué espectáculos contemplaban?

Conocemos muchos monumentos de forma indirecta, a través de su representación en mosaicos o monedas (por ejemplo, el faro de Alejandría, que aparece dibujado también en el famoso Vaso de cristal de Begram). Otros son descritos por diversos autores: Estrabón, Vitruvio, Pausanias, por citar tan sólo los más importantes.

Los santuarios son «medios» donde la arqueología se completa también con la epigrafía y los autores. Cuando se trata de santuarios panhelénicos, los templos ampliados y las capillas nuevas —en Olimpia, en Delfos y en Delos— proclaman la piedad de los reyes y su búsqueda de prestigio. El recinto sagrado se llenó de monumentos conmemorativos de victorias, ocupando los generales romanos el lugar de las ciudades, los reyes y los atletas griegos. De estos monumentos apenas se han encontrado sino los basamentos, que a menudo conservan aún inscritas la dedicatoria y la firma del escultor, confirmando, salvo algunas excepciones, los datos de Pausanias.

En Delos, la epigrafía es un perfecto complemento de la arqueología: las cuentas de los hiéropes nos hacen asistir a la construcción del teatro, del santuario de Zeus en la cima del monte Cinto y a la restauración de muchos edificios. Los inventarios nos conducen ante las repisas de los templos de Apolo y Artemisa, donde se acumulaban las joyas y objetos de orfebrería, todos perdidos, datos históricos fechados donde desfilan los reyes rivales. Las cuentas de la construcción de los templos nos permiten conocer los salarios y la importancia de las inversiones realizadas. Junto con los inventarios, nos informan del interior de los templos y de su mobiliario, del que nada subsiste.

Junto con la epigrafía, la arqueología nos muestra un hecho típico de la época helenística: la instalación de los reyes en los santuarios, hecho atestiguado tanto por los monumentos a ellos dedicados como por los monumentos que los monarcas ofrecen. En Egipto, las construcciones de los Ptolomeos en los lugares sagrados, en Edfú, Karnak, Kom Ombo o Denderah, son notables y caracterizan las relaciones de los reyes con el clero. También en ellos aparecen inscripciones y relieves en las paredes de los templos.

A la arqueología debemos también el conocimiento de la expansión de los cultos orientales, especialmente, el de Isis y Serapis en el mundo griego.

Así, los monumentos son muchas veces el soporte de la epigrafía: sobre los muros están grabadas, junto con muchos otros actos jurídicos, las manumisiones délficas, tan importantes para la historia de la esclavitud.

Refirámonos, por último, a los objetos como documentos históricos. Si su procedencia es clara y se conoce el lugar donde fueron encontrados, se pueden reconstruir los itinerarios comerciales. Pero no siempre se dan estas circunstancias favorables para el desarrollo de la historia. No obstante, sí ocurren en el caso de las asas de ánforas que llevan grabada una marca de origen y que se han encontrado por millares en lugares bien delimitados. Otro tanto podemos decir acerca de las monedas.

En cuanto a los objetos de vidrio, de bronce, de marfil y de terracota, las procedencias son dudosas, a veces, pero los análisis químicos podrán dar, a no dudarlo, algunas indicaciones en el futuro.

En determinados medios urbanos donde se ha realizado una excavación concienzuda, la arqueología permite hacer una historia del gusto y del estilo por estratos sociales. Así, en Delos hay casas ricas y otras que lo son menos; cerca de Alejandría existen tumbas judías y tumbas de oficiales macedonios. Esta coexistencia, acompañada o no de intercambios de influencias, debería ser explotada por el historiador.

NOTAS DEL CAPITULO «FUENTES Y MÉTODOS»

1. E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* II, pp. 469-494, recoge cuanto se sabe acerca de los historiadores antiguos que constituyen las fuentes de la historia helenística. Véase también E. MANNI, *Introduzione allo studio della storia greca e romana* (Palermo, 2.ª ed., 1962); V. LA BUA, *Filino-Polibio, Sileno-Diodoro, Il problema delle fonti dalla morte di Agatocle alla guerra mercenaria in Africa* (Palermo, 1966).
2. Sobre Timágenes y las fuentes de Trogo Pompeyo, véase Th. LIEBMANN-FRANKFORT, «L'histoire des Parthes dans le livre XLI de Trogue-Pompée: essai d'identification de ses sources», en *Latomus,* 38 (1969), pp. 894-922 (bibliografía y discusión).
3. *F. Gr. Hist.,* núm. 154. Véase R. H. SIMPSON, «Abbreviation of Hieronymus in Diodorus», en *Amer. Journal of Philology,* 80 (1959), pp. 370 ss.
4. *F. Gr. Hist.,* núm. 76. Véase T. ORLANDI, «Duride in Diodoro», en *La Parola del Passato,* 96 (1964), pp. 216 ss.
5. Véase P. LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* p. 27.
6. *F. Gr. Hist.,* núm. 566. Las citas explícitas de Timeo son numerosas en Diodoro: véase el índice de la edición de DINDORF-MULLER (Didot).
7. En los capítulos 6-8 del libro XIX de DIODORO, en el relato de las matanzas de Agatocles en Siracusa, se aprecia el gusto por el patetismo que Polibio reprocha a Timeo. Véase R. BOTTIN, «Les sources de Diodore de Sicile pour l'histoire de Pyrrhus, des successeurs d'Alexandre le Grand et d'Agathocle», en *Revue belge de Philologie et d'Histoire,* 1928, pp. 1307-1327.
8. Véase L. S. SMITH, «The Chronology of Books XVIII-XX of Diodorus Siculus», en *American Journal of Philology,* 82 (1961), pp. 290 ss.; y la bibliografía de E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* I, p. 35, que cita especialmente los trabajos de E. Manni.
9. Cf. W. PEREMANS, «Diodore de Sicile et Agatharchide de Cnide», en *Historia,* 16 (1967), pp. 432-455.
10. W. PEREMANS, *op. cit., loc. cit.*
11. Sobre estos viajes, véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe* (Paris, 1964), pp. 515-518, que distingue varios estadios en la concepción de la geografía para Polibio, en tanto que instrumento del conocimiento histórico.
12. P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe* (París, 1964), es la obra clásica sobre este tema, en la que se encontrarán todas las fuentes y discusiones, así como la bibliografía.
13. P. PEDECH, *op. cit.,* índice, en los nombres de los historiadores anteriores y contemporáneos de Polibio, permite encontrar los pasajes en los que éste les critica.
14. Esta definición es la que establece P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 21-32.
15. Así, por lo que respecta a Filipo V (referencias en PEDECH, *op. cit.,* pp. 108 y 223-224), F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940), pp. 55, 93, 120-121, 135, 256, 278-282, critica la parcialidad de Polibio. Véase también el juicio sobre Antíoco IV, en el libro XXVI, sobre Ptolomeo Filopátor, V, 34, sobre Perseo (PEDECH, *op. cit.,* pp. 224-225; una parte de las fuentes se halla en Tito Livio). Véase, en general, PEDECH, *op. cit.,* pp. 204-253.
16. Cf. P. LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* pp. 22-26; P. BRIANT, «D'Alexandre le Grand aux diadoques: le cas

d'Eumène de Kardia», en *Revue des Études anciennes,* 1972, pp. 32-73, y 1973, pp. 44-81.

17. Véase E. GABBA, *Studi su Filarco* (Pavía, 1957); T. W. AFRICA, *Phylarchus and the Spartan Revolution* (Berkeley-Los Ángeles, 1961); J. KROYMANN, «Phylarchos», en Pauly-Wissowa, *Real Enc.,* Supl. VIII (1956), cols. 471-489.
18. Cf. W.W. TARN, *Antigonos Gonatas,* Apéndice I, pp. 410-414. Véase también F.-W. WALBANK, *Philip V of Macedon* (Cambridge, 1940), Apéndice I, pp. 278-288, y pp. 351-352.
19. E. HANSEN, *The Attalids of Pergamon* (Itaca-Nueva York, 1947), da una lista de todas las fuentes en su bibliografía, pp. XIX-XXXVI, al comienzo de cada uno de los capítulos históricos. Hay que subrayar que no se ha conservado ninguna historia especial de estos reyes.
20. Véase X, 21; o la crítica de TIMEO, XII, 12; asimismo, VI, 20. Cf. P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe,* p. 601.
21. E. WILL, *Histoire Politique du monde hellénistique,* pp. 274-276, expone detalladamente las distintas opiniones sobre este tema y la bibliografía.
22. Por ejemplo, en XXVII, 2, 10, cita «Eumenes de Cardia», en lugar de Atalo en la guerra contra Antíoco Hiérax y los galos. En XLI, 4, 7, él —o el escriba— escribe Teodoto en lugar de Diodoto.
23. El último autor que expone el estado de la cuestión, junto con la bibliografía, es A. E. SAMUEL, «Greek and Roman Chronology. Calendars and Years in classical Antiquity», en el *Handbuch der Altertumswissenschaft,* fundado por Iwan von MÜLLER, I, 7 (Munich, 1971).
24. Véase H. HAUBEN, «On the Chronology of the Years 313-311 B. C.», en *American Journal of Philology,* 94 (1973), pp. 256-267.
25. Sobre Metón, véase el artículo de KUBITSCHEK, «Meton 2», en PAULY-WISSOWA, *Real Enc.* (1932), cols. 1458-1466.
26. Sobre las eras, véase A. E. SAMUEL, *op. cit.,* pp. 245-248 (bibliografía).
27. *F. Gr. Hist.,* núm. 70.
28. Véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe,* p. 433, que cita *F. Gr. Hist.,* núm. 70, F 115 y 123 (que se refieren a los tiempos míticos).
29. *F. Gr. Hist.,* núm. 566 (F 125-128 para la cronología). Véase P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 433-434.
30. Tras una exposición de principios, las *Cronografías* de ERATÓSTENES contenían un cuadro cronológico, del que nos da una referencia CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (*Stromates,* I, 138, 1-3 = *F. Gr. Hist.,* núm. 241 F 1 *a*). Sobre la obra cronográfica de Eratóstenes, véase P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* I, pp. 456-457, y las notas correspondientes, en el vol. II.
31. Véanse las fuentes en P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 449, n. 98.
32. P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 436-496, analiza el carácter relativo de la cronología y de la exposición histórica. Discute todas las fechas que da Polibio. Se trata de un trabajo fundamental.
33. Véase el cuadro cronológico de los arcontes de Atenas, «The Athenian Archon-List», elaborado por A. E. SAMUEL, *op. cit.,* pp. 212-222, para el período posterior a 302, con la bibliografía. G. NACHTERGAEL, «L'archonte athénien Polyeuctos et la périodicité des Sôteria étoliennes», en *Historia,* 25 (1976), pp. 62-78, hace una contribución decisiva en este tema.
34. Véase A. DEMANDT, *Verformungstendenzen in der Überlieferung antiker Sonnen- und Mondfinsternissen* (Abhandl. Akad., Mainz, 1970, núm. 7).
35. Sobre la utilización de estos documentos por parte de Polibio, véase P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe,* pp. 377-388.
36. Véase P. COLLOMP, *Recherches sur la chancellerie et la diplomatique des Lagides* (Estrasburgo, 1920).
37. Sobre los *hypomnemata,* relaciones de acciones políticas o militares, véase F. BOEMER, «Der Commentarius. Zur Vorgeschichte und literarischen Form der Schriften Caesars», en *Hermes,* 81 (1953), pp. 210-250, y A. E. SAMUEL, «Alexander's Royal Journals», en Historia, 14 (1965), pp. 1-12.

38. Véase W. PEREMANS, «Diodore de Sicile et Agatharchide de Cnide», en *Historia,* 16 (1967), pp. 439-445.
39. Véase H. VOLKMANN, «Die Inschriften in Geschichtswerk des Herodots», en *Convivium, Festgabe für Konrad Ziegler* (Stuttgart, 1974), pp. 41-65.
40. C. MEYER, «Die Urkunden in Geschichtswerk des Thukydides» (*Zetemata,* 10, Munich, 1955).
41. Cf. APIANO, *Sir.,* 39; MEMNÓN, en *F. Gr. Hist.,* núm. 434 f 18.
42. Véase la lista de estos tratados en P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe,* p. 378.
43. Véase P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 379-380.
44. Cf. P. PEDECH, *op. cit.,* pp. 380-382.
45. Véase E. BIKERMAN, «La charte séleucide de Jérusalem», en *Revue des Études juives,* 197-198 (1935), pp. 4-35.
46. Véase W.W. TARN, *Alexander the Great,* II, pp. 300-309, sobre las cartas (falsas) que cita PLUTARCO en la *Vida* de Alejandro.
47. P. BRIANT, «D'Alexandre le Grand aux diadoques: le cas d'Eumène de Kardia», en *Revue des Études anciennes,* 75 (1973), pp. 75-78.
48. Pero se trata de extractos. Sobre el sistema de confrontar las inscripciones y los textos, véase R. FLACELIÈRE, *Les Aitoliens à Delphes,* pp. 105-106.
49. Véase MUYLLE, «Le traité entre Rome et la Ligue Etolienne», en *L'Antiquité classique,* 38 (1969), pp. 408-429.
50. Nos referimos a la importancia de los papiros en las fuentes de la historia helenística, en el Congreso de Papirología de Marburg, *Münchener Beiträge,* 66 (1971), pp. 1-26.
51. Véanse las últimas listas de O. MONTEVECCHI, *La papirologia* (Milán, 1973), pp. 437-470.
52. El carácter póstumo de estas acuñaciones lisimaquianas se deduce de su inexistencia en un tesoro encontrado en Armenak, cuya formación parece ser ligeramente posterior a la muerte del rey.

Cuadro de sincronismos

Acontecimientos	*Hechos culturales*
323 (junio) Muerte de Alejandro. Reparto de las satrapías.	
323-322 Guerra lamiaca. Grecia contra Antípatro.	
323-322 Revuelta de los griegos de Bactriana.	
322 Pérdicas conquista Capadocia.	322 Muerte de Aristóteles. Teofrasto al frente de la Escuela.
322-321 Primera guerra de los diádocos, coalición contra Pérdicas.	
321 Antípatro da a Atenas una constitución oligárquica.	321 Primera comedia de Menandro: *La cólera*.
321 Ptolomeo deriva hacia Egipto el botín de Alejandro.	
321 Pérdicas ataca a Ptolomeo en Egipto. Es vencido y muerto.	
321 Conferencia de Triparadisos.	Hacia 320 Madurez de Pirrón de Elis, fundador de la Escuela Escéptica.
319 Muerte de Antípatro. Poliperconte, regente de los reyes, proclama la libertad de los griegos (restablecimiento de las democracias).	
319-316 Segunda guerra de los diádocos. Casandro y Antígono contra Poliperconte y Eumenes.	320-315 Inicio de la construcción de Aī Khanum en el Oxus.
317 (a comienzos) Casandro nombra a Demetrio de Falero epimeletes, instalándose en Atenas.	
317 (otoño) Olimpia hace asesinar a Filipo III. Es ejecutada por orden de Casandro.	

Acontecimientos	*Hechos culturales*
316 Eumenes de Cardia vencido y ejecutado por Antígono.	316 El historiador Jerónimo de Cardia entra al servicio de Antígono.
316-311 Tercera guerra de los diádocos. Casandro dirige la lucha contra Antígono.	
315 Antígono proclama la libertad de los griegos y funda la Confederación de los nesiotas.	Hacia 315 Inicio de la construcción del nuevo Didimeo de Mileto.
314 Independencia de Delos, hasta 166.	
312 Ptolomeo en Chipre y en Siria. Vence en Gaza a Demetrio Poliorcetes.	
312-311 Comienzo de la era seléucida.	312-311 (?) Exiliado por Agatocles, Timeo de Tauromenio se establece en Atenas, donde comienza a escribir su historia de Sicilia.
311-306 Guerra cartaginesa de Agatocles. Los cartagineses sitian Siracusa.	
310 Casandro hace asesinar a Alejandro IV y a su madre Roxana. Fin de la dinastía de los Argeades.	
310 Ptolomeo se anexiona Chipre. Nicocles y sus partidarios se suicidan.	Hacia 310 Retrato de Seleucio I por Briaxis.
309-308 **Areo I (309/308-265/264), rey de Esparta.**	
308 Ptolomeo recupera Cirene después de la muerte de Ofelas.	
308 Comienza la reconquista de la alta Asia por parte de Seleuco.	
308-307 Demetrio Poliorcetes libera a Atenas del dominio de Casandro. Exilio de Demetrio de Falero.	
306 Victoria de Demetrio Poliorcetes, aliado con Casandro y Seleuco, sobre Ptolomeo, en Salamina de Chipre.	
306 **Casandro (306-297), Seleuco (306-281), Antígono (306-301), Demetrio Poliorcetes (306-286), Lisímaco (306-281), se proclaman reyes.**	306 Epicuro (342-271) funda su escuela en Atenas.
	305-300 Mosaico de Gnosis en Pella.

Acontecimientos	*Hechos culturales*
305 **Ptolomeo (305-282) se proclama rey.**	
305-304 Demetrio sitia Rodas sin éxito.	305-300 El llamado sarcófago de Alejandro, en Sidón.
Hacia 303 Tratado de Seleuco I con Chandragupta.	Hacia 300 Investigación sobre Egipto, de Hecateo de Abdera.
302 Liga de los Antigónidas.	
302-293 Agatocles en Italia.	
301 Cuarta guerra de los diádocos, contra Antígono. Batalla de Ipsos. Muerte de Antígono.	Megástenes, embajador de Seleuco I en la India. Estatua de la *Tyche* de Antioquía. Cartago adopta el patrón monetario ptolemaico. El médico Herófilo en Alejandría. Euclides en Alejandría.
297 **Filipo IV, rey de los macedonios, Zipetes (298/297-279), rey de Bitinia, Mitrídates I (= III) (296 o 281-260 o 245, rey del Ponto.**	
	Hacia 290 Fundación del Museo de Alejandría.
296-294 Demetrio sitia y toma Atenas, defendida por Lacares.	
294-286 **Demetrio Poliorcetes, rey de los macedonios.**	292/291 Muerte de Menandro.
289 Muerte de Agatocles	
289-286 Coalición contra Demetrio Poliorcetes. 287-286 Pirro en Macedonia.	
286-283 Demetrio, prisionero de Seleuco I, hasta su muerte, en 283.	288-285 Muerte de Teofrasto. Estratón de Lámpsaco, jefe de la escuela Peripatética.
285-281 **Lisímaco, rey de los macedonios.**	Hacia 285 Zenódoto, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
284-281 Los aqueos reconstituyen su Liga.	
284-282 **Ptolomeo II Filadelfo, regente desde 284, rey (282-29 de enero** de 246).	Hacia 285-282 El navarco Patroclo explora las regiones del mar Caspio y del Asia central.
283 **Filetero (283-263), en Pérgamo, pasa de Lisímaco a Seleuco I.**	Hacia 285 Construcción del faro de Alejandría.
282 Seleuco invade las posesiones de Lisímaco en Asia Menor.	
281 Batalla de Corupedion. Derrota y muerte de Lisímaco.	
281 **Seleuco I, rey de los macedonios.**	
281 Muerte de Seleuco I.	

281 **Antíoco I (281-1 o 2 de junio de 261), rey.**

281 Tarento pide ayuda a Pirro contra Roma.

¿281?-278 Campañas de **Pirro, rey del Epiro,** en Italia.

281 **Ptolomeo Cerauno (281-fin de 280 o 279), rey de los macedonios.**

280 Victoria de Pirro sobre los romanos en Heraclea.

280 o 279 **Nicomedes I (280 o 279-hacia ¿250?, rey de Bitinia.** Fragmentación del Asia Menor seleúcida.

279 Victoria de Pirro en Ausculum.

280-279 Invasión de los galos en Macedonia.

279 Los galos en Grecia.

279-277 (?) **Interregno en Macedonia: Meleagro, Antípatro el Etesio, Sóstenes.**

279 (?) Muerte del jefe galo Brenos.

278-277 Nicomedes I introduce a los galos en Asia Menor.

278 (?) Paz entre Antíoco I, que renuncia a Macedonia, y Antígono Gonatas, que renuncia al Asia Menor.

278-276 Pirro expulsa a los cartagineses de Sicilia (salvo Lilibeo y Mesina); en 276, vuelve a penetrar en Italia.

Comienzos de 277 Los etolios en la Anfictionía de Delfos.

Comienzos de 277 (?) Antígono Gonatas detiene a los galos en Lisimaquia.

277(?) **Antígono Gonatas (277-275 (?), y luego 272-240/239), rey de los macedonios.**

Hacia 280 Beroso (madurez hacia 290) escribe en griego la historia de Babilonia para Antioco I.

Hacia 280 Areo, rey de Esparta (hacia 309/308-265) introduce la moneda de plata en Esparta.

Hacia 280 Madurez del epigramático Leónidas de Tarento.

Acontecimientos	*Hechos culturales*
Hacia 276 Filetero y las ciudades de Asia Menor resisten a los galos.	Hacia 276 Los *Fenómenos* de Arato (hacia 315-240).
Verano del 275 Pirro vencido por los romanos en Benevento.	Hacia 275 Madurez de Herondas, de Teócrito.
275/274 Victoria de Antíoco I sobre los galos.	
Otoño de 275 Pirro vuelve al Epiro.	
274-271 Primera guerra de Siria: Ptolomeo II contra Antíoco I.	
274 Pirro en Macedonia y en Tesalia. Antígono Gonatas huye.	
273 Intercambio de embajadas entre Alejandría y Roma.	
272 Antígono Gonatas regresa a Macedonia.	272-200 Período cubierto por la historia de Filarco.
272 Muerte de Pirro.	
Desde 272 Tiranías filo-macedónicas en el Peloponeso.	
Hacia 270 Victoria de Antíoco I sobre los galos en Asia Menor.	Hacia 270 Madurez del astrónomo Aristarco de Samos (hacia 310-230).
270-260 Revuelta de esclavos en Quíos.	
Entre 269 y 262 (?) Guerra de Cremónides (cronología incierta).	Hacia 270 Segundo período de construcción de Aï Khanum.
Hacia 268 **Coronación del rey maurya Asoka, en la India.**	Hacia 270-245 Apolonio de Rodas, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
268 (?) **Hierón II de Siracusa (¿268?-215).**	
263 **Eumenes I en Pérgamo independiente (261-241).**	Hacia 264 Madurez de Calímaco.
263-262 (?) Capitulación de Atenas, sitiada por los macedonios en el curso de la guerra de Cremónides.	263 Redacción de la crónica (mármol) de Paros.
261 (?) Victoria de Eumenes I y de Ptolomeo II sobre Antíoco I, cerca de Sardes. Pérgamo, estado independiente.	262-190 El geómetra Apolonio de Perga.
261 **Antíoco II, rey (261-246).**	

Acontecimientos	*Hechos culturales*
Hacia 265 o 260 Nicomedes I funda Nicomedia.	
Hacia 260/259-253 Segunda guerra de Siria entre Ptolomeo II y Antíoco II.	Hacia 260 (?) Fin de la literatura de los atidógrafos con Filócoro.
Hacia 260 **¿Ariobarzanes, rey del Ponto? ¿260-250?**	Hacia 258 ¿El médico Erasístrato en Alejandría?
256 o 255 (?) **Ariárates III, rey de Capadocia (256 o 255 (?)-220).**	
253 o 252 Paz entre Antíoco II y Ptolomeo II.	
252 Matrimonio entre Berenice, hija de Ptolomeo II, y Antíoco II.	
251 Levantamiento de Grecia contra Alejandro, sobrino y usurpador de Antígonos Gonatas.	Hacia 250 *El niño estrangulando a una oca*, de Boeto. *Mimiambos*, de Herondas.
251 Arato hace entrar a Sición en la Liga aquea.	Madurez de Arquímedes (287-212).
250 (?) **Zielas (¿250-entre 230 y 227?), rey de Bitinia.** Cenit del poderío de Ptolomeo II en el Egeo.	Exploración del África oriental, con el objetivo de buscar elefantes para Ptolomeo II. El médico de Filino de Cos en Alejandría.
Hacia 250 Embajadas de Asoka en occidente.	Traducción de la Biblia al griego (los Setenta).
260 (?) o 245 (?) **Mitrídates II rey (=IV) (→ 220), rey del Ponto.**	
247 (?) **Arsaces I (± 247 - ± 210/9) rey de los partos (parnos).**	
247 Invasión de los parnos (luego llamados partos) en Partiena.	
246 **Ptolomeo III, Evergetes (29 de enero 246-222), rey. Seleuco II (246-226 o 225), rey.**	
246-241 Tercera guerra de Siria, llamada de Laodice. Ptolomeo III contra Seleucio II.	
Hacia 246/5 Revuelta de Andrágoras, sátrapa griego de Partiena.	Hacia 245-205 (201) Eratóstenes, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
244 **Agis IV, rey en Esparta (244-241).** Reformas sociales en Esparta.	
Verano de 243 Arato arrebata el Acrocorinto a los Macedonios.	

Acontecimientos	*Hechos culturales*
241 Arato expulsa a los etolios del Peloponeso. **Atalo I sucede a Eumenes I en Pérgamo.**	
Entre 241 y 235 (?) Guerra «fratricida» de Seleuco II contra Antíoco Hiérax. Paz en 236 (?). Cronología incierta.	240 Primera representación en Roma de una tragedia y de una comedia de origen griego en versión latina de Livio Andrónico (hacia 284-204).
Hacia 240-239 **Diodoto adopta el título de rey en Bactriana. Muere antes de 236.**	Hacia 240 *Los argonautas* de Apolonio de Rodas.
239 **Demetrio II (239-229), rey de los macedonios.**	Pílono de Ptolomeo III en Karnak. Desarrollo de la arquitectura griega en Bactriana.
239 o 238 Los partos aplastan la revuelta del sátrapa Andrágoras y amplían sus conquistas en Partiena e Hicarnia.	
238 o 237 Atalo I vence a los galos en las fuentes del Caico. **Atalo I, rey (238 o 237-197) de Pérgamo.**	
235 **Cleómenes III (235-222), rey de Esparta.**	
231-230 Fin de la monarquía en Egipto. Ataque de los ilirios.	Hacia 232 El estoico Crisipo (hacia 280-207) sucede a Cleantes en la dirección del Pórtico.
Entre 230 y 227 **Prusias I (entre 230 y 227-¿182?), rey de Bitinia.**	
229 **Antígono Dosón (229-221), tutor de Filipo V, rey de Macedonia.**	Hacia 230 El astrónomo Sudines compone tablas lunares para Atalo I.
229 Comienzo de la guerra de Cleómenes III contra la Liga aquea.	229 Los escultores tratan el tema del galo moribundo.
229-228 Arato libera Atenas de su guarnición macedónica.	
229-228 Primera guerra de los romanos en Iliria contra la reina Teuta y sus piratas. Teuta interrumpe la piratería contra los itálicos.	228 Los romanos admitidos en los Juegos Ístmicos.
227 Reformas sociales en Esparta, por parte de Cleómenes III,	
227 o 226 Terremoto en Rodas.	
226 Muerte de Antíoco Hiérax.	

226 o 225 **Seleuco III (226 o 225-223), rey.**

225 Arato y Antígono Dosón se alían contra Cleómenes III.

224-223 Liga helénica de Antígono Dosón.

223 **Antíoco III el Grande (223-julio de 187), rey.**

222 Batalla de Selasia: Cleómenes III vencido por Antígono Dosón.

222 (fines) **Ptolomeo IV Filopátor (fin de 222-oct./nov. 205), rey.**

222-220 Revuelta de Molón contra Antíoco III. Molón vencido totalmente.

221 Antíoco III invade la Celesiria, siendo rechazado.

221 **Filipo V (221-verano 179), rey de Macedonia.**

221-220 Rodas y Prusias exigen y obtienen la supresión de los peajes por parte de Bizancio.

220 Usurpación de Aqueo en Asia Menor. Atalo I contraataca.

220 **Ariárates IV (220-163), rey de Capadocia.**

221-217 Guerra de los aliados: Filipo V y los etolios contra los aqueos y Esparta. Paz de Naupacto en 217.

219 Muerte de Cleómenes III en Egipto.

219-217 Cuarta guerra de Siria. Antíoco III vencido en Rafia (junio de 217).

217 Roma vencida por Aníbal en el lago Trasimeno.

216-213 Campaña de Antíoco III y de Atalo I contra Aqueo, vencido y muerto en 213

Hacia 220 Sala hipóstila en Delos. Casas helenísticas en Delos.

Acontecimientos	*Hechos culturales*
215 Tratado de alianza de Filipo V con Aníbal.	Hacia 215 *Retrato de Crisipo,* de Eubúlides.
214-205 Primera guerra de Macedonia. Roma contra Filipo V. 214: operaciones en Iliria.	
213 Muerte de Arato.	
212 Marcelo toma Siracusa.	212 Muerte de Arquímedes.
212 Alianza romano-etolia contra Filipo V.	
212-205 Anábasis de Antíoco III en la alta Asia.	
210 (?) **Arsaces II (± 210-191), rey de los partos.**	Hacia 210 Acondicionamiento de la acrópolis de Lindo.
209 Atalo I aliado en Roma contra Filipo V.	Hacia 210 Comienzo de la devaluación de la moneda en Egipto.
208 Prusias I ataca a Atalo I, que regresa a Pérgamo.	Hacia 210 Nacimiento de Polibio (hacia 210-125).
207 Filopemen, estratego de la Liga aquea, aplasta a los espartanos en Mantinea.	
206-185 Revuelta de la Tebaida en Egipto Los reyes usurpadores Harmachis y Ankhmachis.	
206 Los etolios abandonan la alianza con Roma.	
205 Paz de Fénice entre Roma y Filipo V.	204-201 a 189-186 Aristófanes de Bizancio, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
204 Reformas sociales de **Nabis en Esparta.**	
Verano de 204 **Ptolomeo V Epifanes (verano de 204-180), rey.**	204 Introducción del culto de la Gran Madre en Roma.
203-200 Filipo V asola el norte de Grecia y los estrechos. Rodas y Atalo I piden ayuda a Roma.	
202-200 Quinta guerra de Siria. 200: Victoria de Antíoco III en Panion. Celesiria en poder de los Seléucidas.	
202 Victoria de Escipión en Zama.	Hacia 200 Pórtico de Filipo V en Delos.
Hacia 200 Los hunos en Asia central.	Hacia 200 Acondicionamiento del teatro de Pérgamo.

Acontecimientos	*Hechos culturales*
200-196 Segunda guerra de Macedonia.	Hacia 200 Madurez del alquimista Bolos de Mendes. Sabiduría de Salomón. Libro de Daniel.
junio 197 Flaminino derrota a Filipo V en Cinoscéfalos.	
197 Filopemen contra Nabis, en Esparta.	197-150 Gran altar de Pérgamo.
197 **Eumenes II (197/159), rey de Pérgamo.**	
196 Flaminino proclama la libertad de los griegos.	196 Obras de arte griegas llevadas a Roma.
196-179 Filipo V hace resurgir la economía y el poderio de Macedonia.	
194 Los romanos abandonan Grecia.	
192 Muerte de Nabis, vencido por Filopemen.	
192-188 Guerra de Roma contra Antíoco III, 191: Antíoco, vencido en las Termópilas, abandona Grecia.	Hacia 190 *La Victoria de Samotracia.*
	Hacia 190 El griego en la Cancillería parta.
189 Escipión derrota a Antíoco III en Magnesia del Sipilo.	Hacia 190 Heráclides Crítico escribe una *Descripción de las ciudades* y de las obras de arte.
189 Guerra romano-etolia. Derrota de los etolios.	
189-188 Paz de Apamea entre Roma y Antíoco III.	190-185 Gran Pórtico de Filipo V en Megalópolis.
187 Aníbal en la corte de Prusias I de Bitinia.	Hacia 189/186-175 Apolonio el Eidógrafo, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
187 **Seleuco IV (187-175), rey.**	
186-183 Guerra de Eumenes II contra Prusias I.	
183 Suicidio de Aníbal.	
183 o 182-179 Guerra de Eumenes II contra Farnaces del Ponto.	
182 **Prusias II (182-149), rey de Bitinia.**	
180 **Ptolomeo VI Filométor (180-145), rey.**	Hacia 180 Polemón de Ilion recopila inscripciones y escribe una *Descripción de Grecia.*
179 **Perseo (179-168), rey de Macedonia.**	

Acontecimientos	*Hechos culturales*
175 **Antíoco IV Epifanes (175-164/163), rey.**	
175-164 Conflictos en Judea. Tradicionalistas contra helenistas. Persecución de Antíoco IV. Resistencia de los macabeos. Restablecimiento del culto ancestral en el Templo de Jerusalén.	Hacia 175 Antíoco IV hace que se reanude la construcción del Olimpeion de Atenas.
¿171? **Mitrídates I (Arsaces V) (¿171?-138), rey de los partos.**	175 (?)-145 Aristarco, jefe de la Biblioteca de Alejandría.
171-167 Tercera guerra de Macedonia. 171-169: operaciones ilirias.	
170-168 Sexta guerra de Siria. Antíoco IV invade Egipto por dos veces. Roma exige su retirada.	Hacia 170 Pórtico de Eumenes II al pie de la acrópolis de Atenas.
5 oct. 170-164 Reinado conjunto de Ptolomeo VI, Ptolomeo VIII y Cleopatra II.	168 Crates de Malos en embajada a Roma para Eumenes II.
170 (¿) **Mitrídates IV rey (=VI) (¿170?-¿150?), rey del Ponto.**	
22 de junio de 168 Paulo Emilio derrota a Perseo en Pidna. Creación de las cuatro repúblicas de Macedonia.	168 Los tesoros del palacio de Pella en Roma.
167-152 Conflictos entre Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII, Evergetes II.	
166 Delos, colonia ateniense.	
165-164 Antíoco IV en la alta Asia.	
163 **Demetrio I y Alejandro Balas (163-145), reyes.**	
163 **Ariárates V (Mitrídates) (163-130), rey de Capadocia.**	
159 **Atalo II (159-138), rey de Pérgamo.**	161-126 El astrónomo Hiparco consigna sus observaciones.
150-145 **Ptolomeo VI y Demetrio II en el reino de los Seléucidas.**	155-150 Pórtico de Atalo II en el ágora de Atenas.
149 **Nicomedes II (149-95), rey de Bitinia.**	

148 Insurrección de Andrisco, el pseudo-Filipo, en Macedonia. Macedonia, provincia romana.

146 Guerra de Acaya. Saqueo de Corinto por los romanos.

146 Caída de Cartago.

N. B.— Se habrá observado que las fechas de los Ptolomeos son, en su mayor parte, precisas. Esto es posible gracias a la doble documentación emanada de sus archivos griegos y de los templos egipcios. La coincidencia de los anales griegos y de los babilonios, más precisos, rinde idéntico servicio a la cronología de algunos Seléucidas. Los Atálidas y los reyes de Macedonia, que, como en el caso de los Seléucidas, son objeto de la historia de Polibio y de Diodoro, no plantean problemas. En efecto, tuvieron también, desde el principio, archivistas diligentes.

Pero por lo que respecta a las pequeñas dinastías que ocuparon una parte del dominio de los Seléucidas, nuestra documentación es deficitaria y la cronología incierta. Particularmente, el comienzo de su cómputo dinástico se deduce de forma aproximada a partir de los únicos datos seguros que se conocen. Los cuadros de A. Bouché-Leclerq, *Histoire des Séleucides,* II (París, 1914), pp. 637-648, siguen siendo útiles, aunque se haya introducido en ello más de una variación.

En cuanto a los reyes del Ponto, sin pretender que ésta sea la decisión más acertada, seguimos el artículo de F. Geyer, «Mithridates», núms. 6 a 12, en Pauly-Wissowa, *Real Enc.* (1932), cols. 2157-2215 (fuentes y discusión), completado por H. Volkmann, en *Der Kleine Pauly* (1969), cols. 1354-1359. para elcomienzo de la dinastía parta de los Arsácidas, seguimos a J. Wolski, «L'historicité d'Arsace Ier», en *Historia* 8 (1959), pp. 222-238, que expulsa a Tirídates de la historia; y Arsaces II y la genealogía de los primeros Arsácidas, en *Historia* 11 (1962), pp. 138-145. Por último, por lo que se refiere al estudio de Bitinia, remitimos al lector a C. Habicht, «Prusias», en Pauly-Wissowa, *Real Enc.* (1957) cols. 1086-1128.

Para las fechas del advenimento al trono de los Ptolomeos, puede recurrirse a T.-C. Skeat, *The Reigns of the Ptolemies* (2.ª ed., 1969) y A. E. Samuel, *Ptolemaic Chronology* (1962).

Los acontecimientos

No vamos a relatar en detalle los acontecimientos de la época helenística, por cuanto Édouard Will lo ha hecho en las páginas de dos volúmenes publicados en Nancy en 1966 y 1967, *Histoire politique du monde hellénistique.* En esa obra pueden encontrarse no sólo los hechos, sino también el inventario y la crítica de las fuentes, una argumentación de las causas y un estado de la cuestión de los diversos aspectos, con bibliografía. Parece, pues, innecesario repetir lo que ha sido hecho de forma tan acertada. Se ha anunciado una reedición de la citada obra.

Nos limitaremos, por tanto, a indicar aquí las grandes líneas de la historia «événementielle», sin entrar en las controversias. En cambio, citaremos la fuente principal para cada acontecimiento.

La imposible unidad

Fue a Pérdicas a quien confió Alejandro, al morir, el anillo real, cuyo sello autentificaba las actas de soberanía y les daba fuerza obligatoria. «Y —añade Diodoro, XVII, 117— como sus amigos le preguntaran a quién le entregaba la realeza, respondió "al más fuerte"».

Estas palabras, inventadas, sin duda, *a posteriori,* resumen lo que sería el móvil fundamental de los diádocos y de sus sucesores: llegar a ser el más fuerte. Fue Pérdicas quien intentó con mayor tenacidad mantener el legado de Alejandro en su integridad. Pero esa unidad no respondía más que a la unión personal que ciudades, pueblos y reyes mantenían por conceptos diversos con el conquistador; no era, pues, una unidad sólida.

Alejandro había muerto sin descendencia y el ejército macedónico designó como sucesor suyo a su hermanastro retrasado, Filipo Arrideo, bastardo de Filipo (Didoro, XVIII, 2) y reservó los derechos del hijo de Alejandro, al que había de dar a luz Roxana.

Los generales confiaron a Pérdicas la dirección general de los asuntos y la autoridad sobre los demás jefes. Cada uno de éstos tenía, sin embargo, un cargo específico: Cratero era regente del reino, Pérdicas quiliarca, es decir, jefe militar, en tanto que Antípatro permaneció con el cargo de estratego, como encargado de los asuntos de Europa.

Los tutores de los reyes serían Antípatro, Pérdicas y Cratero.

Primera distribución de las satrapías: 323

Pérdicas se reunió con los generales y procedió a la distribución de las satrapías con carácter inmediato, en nombre del rey Filipo Arrideo. De la lista completa que cita Diodoro (XVIII, 3), recordaremos aquí que Egipto correspondió a Ptolomeo, el centro y norte de Anatolia —que había que conquistar— a Eumenes de Cardia, el sur de Anatolia a Antígono, Tracia y las orillas del mar Negro a Lisímaco, Macedonia a Antípatro y, según añade Arriano (*F. Gr. Hist.*, núm. 156, 1), Grecia a Cratero.[1] Diodoro enumera también las satrapías de la alta Asia y de los confines de la India, algunas de las cuales permanecieron en manos de la nobleza local. Finalmente, Seleuco quedó como comandante de la guardia real de los hetairos, sin asignación territorial.

La revuelta en Bactriana. La guerra lamiaca

Muy poco después de estas decisiones, tomadas en Babilonia, la idea unitaria sufrió el asalto de los deseos de liberación: los griegos de Bactriana, por un lado, y Grecia, por otro. En Bactriana, la sublevación había comenzado ya en 325 (Diodoro, XVII, 99, 5-6) y se reavivó en 323 (Diodoro, XVIII, 7). *Pérdicas sofocó ese movimiento.* La secesión de Bactriana habría de seguir siendo una preocupación para los Seléucidas.

En Grecia, Atenas reanudó su política antimacedónica, respondiendo al llamamiento de Leóstenes e Hipérides. Demóstenes fue llamado para que regresara de su exilio y se le cubrió de honores. Los mercenarios despedidos por Alejandro pululaban ociosos por los mercados del cabo Tenaro. El dinero dejado por Harpalo permitiría contratarlos. El regreso de los desterrados, que Alejandro exigió a las ciudades en su carta leída con ocasión de los Juegos Olímpicos en 323 (Diodoro, XVIII, 8), había inquietado a los enemigos de los exiliados y alumbrado la llama antimacedónica. Los etolios y —tras las primeras victorias— Corinto y la Argólida se unieron a Atenas. Antípatro se vio bloqueado en Lamia, pero la muerte de Leóstenes ante los muros de Lamia y la llegada de refuerzos comandados por Leonato (el cual murió también, a no tardar, en campaña) y luego por Cratero, hicieron variar la situación. La llamada guerra lamiaca desembocó en 322 en la *derrota de Atenas*, en el mar en Amorgos y en tierra en Cranón, en Tesalia (Diodoro, XVIII, 9-13; 17-18; Justino, XIII, 5). Antípatro permitió que los atenienses conservaran sus bienes, su ciudad y sus riquezas pero les impuso una constitución oligárquica censitaria. A los más pobres les concedió tierras de cultivo en Tracia, siendo así 12 000 que abandonaron la ciudad. No quedaron más que 9000 ciudadanos activos. Una guarnición macedónica quedó asentada en Muniquia y Atenas perdió Oropos y Samos. La imposición de constituciones oligárquicas sería una constante de la política macedónica. Rodas consiguió expulsar a su guarnición macedónica (Diodoro, XVIII, 8).

En cuanto a los etolios, siguieron resistiendo, retirados en sus montañas (Diodoro, XVIII, 24-25). El invierno les hubiera abocado a la rendición, de no haber sido salvados por las campañas de Pérdicas, que exigían que Antípatro tuviera las manos libres para hacerle frente.

El grito de guerra «por la libertad de los griegos» lanzado por Atenas (*Syll.*, 3.ª ed., 317) se extendería a lo largo de dos siglos. Pero serían los reyes y los romanos quienes lo retomarían.

Por otra parte, al privar a Atenas de casi las dos terceras partes de sus ciudadanos. Antípatro debilitó la capacidad militar de la ciudad, como había debilitado al conjunto de Grecia al abolir las ligas y asociar a cada una de las ciudades a Macedonia, por separado. Hipérides fue ejecutado después de haber ensalzado a los guerreros muertos junto a Leóstenes, en esa guerra mal calculada. Por su parte, Demóstenes se suicidó.

Primera guerra de los diádocos: la eliminación de Pérdicas

Al tiempo que estallaban estos movimientos de independencia, comenzaron las luchas entre los generales, deseosos de imponer sus ambiciones. Se crearon alianzas por medio de enlaces matrimoniales y, además, se crearon parentescos con Alejandro. Pero, sobre todo, proliferaron las luchas.

Pérdicas comenzó ayudando a Eumenes de Cardia a coquistar su satrapía al dinasta de Capadocia, Ariárates, que fue vencido y crucificado (Diodoro, XVIII, 16).

Pérdicas pretendía actuar como jefe en nombre del rey. Con razón o sin ella, creía ser objeto de diversos complots. Fue la obsesión que le acompañó durante toda su corta carrera. «Sospechaba de todo y desconfiaba de todos», dice Arriano (*F. Gr. Hist.*, núm. 156, 1, 5). Ante todo, sospechaba de Antígono, al que acusó ante el ejército.

Más tarde, desconfió del cada vez mayor poder de Ptolomeo, quien en 321, cuando se dirigía a socorrer a los demócratas expulsados de Cirene por un tal Tibrón, tomó posesión de Cirenaica. Por otra parte, al desviar hacia Alejandría el cortejo fúnebre de Alejandro, Ptolomeo dio la impresión de tener ambiciones de realeza. Pérdicas le acusó también ante el ejército macedónico. Ptolomeo se disculpó, pero Pérdicas invadió Egipto. Llegado al extremo del delta, actuó imprudentemente al obligar a cruzar el río a sus hombres, que perecieron ahogados. Los supervivientes le culparon del desastre y le ejecutaron (Diodoro, XVIII, 33-36). Era el año 321.

El duelo de Antígono y Eumenes: 321-316

En ese mismo momento se había producido el enfrentamiento entre Eumenes y Antígono, que costó la vida a dos aliados de este último: Neoptólemo y Cratero. El ejército macedónico condenó a muerte a Eumenes por la muerte de Cratero. La acción de Antígono tenía, pues, ahora, un fundamento jurídico: ejecutaría la condena formulada por el ejército. La persecución duraría cinco años, del 321 al 316.

La muerte de Pérdicas abrió la sucesión a la tutela de los reyes, Alejandro IV, hijo de Roxana, y Arrideo, que compartían la realeza. Después de que Ptolomeo

desempeñara la tutela, ésta volvió a Antípatro, quien la ejerció «con el poder soberano» (autocrator), dice Diodoro (XVIII, 39, 3).

Hecho esto, Antípatro procedió en Triparadisos, en la alta Siria, a un nuevo reparto de las satrapías (Diodoro, XVIII, 39). Ptolomeo conservó Egipto. Eumenes, condenado, perdió Capadocia, que pasó a manos de Nicanor. Babilonia pasó a poder de Seleuco. Antígono fue nombrado estratego del ejército real, con la misión de combatir a Eumenes y Alcetas; Casandro, hijo de Antipatro fue nombrado quiliarca y adjunto de Antígono, para impedir que éste, que era estratego de Asia, acumulara todo el poder.

Diodoro (XVIII-XIX) y Plutarco *(Vida de Eumenes)* hacen de Eumenes la figura central de los años 321-316. Lo que ocurre es que ambos se basan en Jerónimo de Cardias, compatriota y amigo de Eumenes (Diodoro, XVIII, 50). Luchó a su lado en la última batalla, fue hecho prisionero y Antígono lo atrajo a sus filas (Diodoro, XIX, 44). Es decir, conocemos de primera mano el enfrentamiento entre Antígonos y Eumenes, aunque es posible que Jerónimo de Cardia haya exagerado un tanto.

Eumenes, que no era macedonio, se convirtió en cuñado de Alejandro a través de su esposa persa hermana de Bársine (Plutarco, *Eumenes,* 1). Fue nombrado archivista. Su fidelidad a los reyes parece haber determinado sus amistades, sus odios y sus decisiones.

Eumenes, vencido primero, se refugió con 600 fieles, entre ellos Jerónimo de Cardia, en el castillo de Nora, en los confines de Capadocia y Licaonia (Diodoro, XVIII, 41; Plutarco, *Eumenes,* 10. Las tropas se pasaron al bando de Antígono, que se apoderó también de los ingresos de las satrapías.

Segunda guerra de los diádocos: 319-316

En esa tesitura, Antígono, que había ofrecido a Eumenes la reconciliación, se enteró de la muerte de Antípatro en 319. Éste había designado en el testamento a Poliperconte como tutor de los reyes y comandante de las tropas, con gran descontento de su hijo Casandro (Diodoro, XVIII, 48), al que, no obstante, había nombrado quiliarca, todo ello ignorando las prerrogativas del ejército macedónico.

Casandro, considerándose menospreciado, reunió una coalición contra Poliperconte, aglutinando bajo su estandarte a Ptolomeo, Antígono y Lisímaco. En Asia, Antígono se negó a obedecer a los reyes o a sus tutores (Diodoro, XVIII, 50). Para él, Asia eran los tesoros persas y una reserva de hombres y de caballos. Pero su punto débil era la flota. No obstante, tenía que terminar su lucha con Eumenes; intentó la reconciliación y le liberó de Nora. Pero Eumenes encontró apoyo y vio cómo Poliperconte le confiaba el mando de los ejércitos reales (Diodoro, XVIII, 53 y 58). Así pues, la coalición de Casandro y Antígono, en la que Ptolomeo y Lisímaco aparecen en un segundo plano, luchó a un tiempo contra Poliperconte y Eumenes.

En 319, Poliperconte intentó conseguir el apoyo de las ciudades griegas, haciendo que los reyes proclamaran el restablecimiento de las constituciones que habían sido abolidas por Antípatro en 321, para sustituirlas por regímenes oligárquicos. Los exiliados fueron reclamados a Atenas, que recuperó Samos y pudo restaurar los honores concedidos a sus aliados de la posguerra lamiaca (*Syll, 3.ª* ed., 317;

Diodoro, XVIII, 56). Era la primera nota del tema de la «libertad de los griegos» que habrían de interpretar los monarcas helenísticos y los romanos.

Dado que Grecia estaba implicada, tanto en el camino de Antígono como de Casandro hacia el poder supremo, se combatió por mar y, también, en Asia.

Después de diversos avatares, en que Foción, servidor de la oligarquía establecida por Antípatro, fue condenado a muerte, los puertos de Atenas quedaron finalmente en poder de Casandro (Diodoro, XVIII, 66-67), que no se preocupó de favorecer la democracia.

En 317, Casandro estableció en Atenas al filósofo Demetrio de Falero, alumno de Teofrasto, como epimeletes. Demetrio estableció una democracia censitaria. Diodoro (XVIII, 74) menciona el tratado que Atenas concluyó con Casandro. Éste conservaría Muniquia «hasta el fin de la guerra contra los reyes», es decir, contra Poliperconte. El sistema de guarniciones macedónicas se mantendría durante más de un siglo.

Poliperconte intento apoderarse del Peloponeso, pero fracasó ante Megalópolis (Diodoro, XVIII, 69-71) A pesar de su proclamación de libertad, «la mayor parte de las ciudades griegas, abandonando el bando de los reyes, pasaron al de Casandro», quien, además, entró en Macedonia (Diodoro, XVIII, 74-75) La estrategia de Poliperconte abrió un segundo frente en Grecia, lo cual podría aliviar a Eumenes. Pero para ello era necesario que se cerrara el paso de Grecia a Asia. Ello explica el combate naval en aguas de Bizancio, donde la victoria, que se había mostrado esquiva a Casandro, correspondió finalmente a su aliado Antígono (Diodoro, XVIII, 72).

En 317, Casandro hizo que el ejército condenara a Olimpia por el asesinato de su hermano, de Filipo Arrideo y de su esposa. Fue ejecutada (Diodoro, XVIII, 49; 57-58; 65; XIX, 11; 35-36; 49-52). Casandro casó con Tesalónica, hermanastra de Alejandro y relegó a Alejandro IV y a Roxana en Anfípolis (Diodoro, XIX, 52).

En 316, Eumenes, a quien Antígono había acosado como a una bestia, desde el Asia Menor hasta Mesopotamia, fue entregado por sus soldados, condenado y ejecutado (Diodoro, XIX, 12-34; 37-44). Antígono contrató a su servicio a Jerónimo de Cardias, al que nombró su historiógrafo. A partir de ese momento, aparece en nuestras fuentes con un aire menos codicioso y es situado en el primer plano de la escena política.

Tercera guerra de los diádocos: 316-311

Antígono, dueño de Asia, pretendía obligar a Seleuco a que le rindiera cuentas de su satrapía de Babilonia. Éste se negó y se refugió en Egipto, lo cual dio lugar a una nueva coalición. La guerra —enfrentamiento entre los aliados contra el más poderoso— provocó en las ciudades un cambio total de los regímenes políticos y unos exacerbados deseos de libertad y, entre los mercenarios, la esperanza de conseguir botín en Asia, que fue saqueada sin que realmente fuera ocupada y organizada. La muerte de Eumenes había dejado en manos de Antígono los tesoros de Susa y de Media (Diodoro, XIX, 48). Los soldados de Eumenes se enrolaron en su ejército. Antígono actuó entonces como soberano y redistribuyó las satrapías

de la alta Asia; además, hizo condenar y ejecutar a Pitón, sátrapa de la Media (Diodoro, XIX, 46), y a otros antiguos generales de Alejandro (Diodoro, XIX, 47).

El enfrentamiento entre Antígono y Casandro

Como contrapunto a la ambición de Antígono, se afirmó la ambición de Casandro, que disputó a Poliperconte la alianza de las ciudades griegas.

Las hostilidades contra Antígono comenzaron con un ultimátum. Lisímaco, Ptolomeo y Casandro exigieron que Antígono restituyera Babilonia a Seleuco, Siria —que había comenzado a invadir— a Ptolomeo, la Frigia helespóntica a Lisímaco, y Capadocia y Licia a Casandro (Diodoro, XIX, 57). Por su parte, Antígono reunió sus fuerzas.

La coalición contra Antígono: 316-311

Antígono rechazó el ultimátum e invadió Fenicia en 315. En Tiro, que resistió (XIX, 58), hizo que el ejército macedónico condenara a muerte a Casandro y se hizo otorgar el título de epimeletes del rey Alejandro IV (XIX, 61).

En 315, retomando la idea de Poliperconte, proclamó la «libertad de los griegos». Los griegos quedarían «libres, autónomos y sin guarnición» (Diodoro, XIX, 61). Una inscripción de Colofón[2] muestra que esa proclamación se extendió a los griegos de Asia. Ptolomeo respondió inmediatamente mediante una proclamación análoga (Diodoro, XIX, 62).

El Egeo, Grecia y Fenicia, donde existía la posibilidad de construir y albergar una flota, fueron objeto de una competencia diplomática. Los reyes de Chipre estaban divididos entre Ptolomeo y Antígono (Diodoro, XIX, 59). Antígono se instaló en el corazón del Egeo, tomando la dirección de la Liga de las islas, en una fecha discutida, entre 315 y 308 (Diodoro, XIX, 62); Durrbach, *Choix,* núm. 13). El patrocinio antigónida sobre Delos, que se había liberado de Atenas, duraría hasta 286, fecha de la muerte de Demetrio Poliorcetes.

Antígono atacó a Lisímaco en las orillas del mar Negro. Confió Siria a su hijo Demetrio, que fue derrotado en Gaza en 312, acción que permitió a Seleuco regresar a Babilonia (Diodoro, XIX, 90-92).

Así se inició el camino hacia la paz. En 311, Antígono aceptó las condiciones, que Diodoro ha hecho llegar hasta nosotros (XIX, 105). Lisímaco conservaba Tracia; Ptolomeo, Egipto y Antígono, Asia. Al mismo tiempo, se declaró la independencia de los griegos. Casandro quedó como estratego de Europa y epimeletes del rey, al que hizo asesinar, junto con Roxana, en 310. Así, junto con la descendencia de Alejandro, acababa la ficción de la unidad. Al comprometer a los griegos a defender su autonomía (Carta a la ciudad de Escepsis, *OGIS,* 5 = Welles, *Royal Correspondence,* 1), Antigono pretendía crear una potencia política suplementaria, por supuesto, a su servicio. Pero el enfrentamiento respecto a la orientación de esa libertad sería constante entre las ciudades y los reyes.

Seleuco era ahora independiente en Babilonia. Emprendió la reconquista de Susiana, Media y de algunos países limítrofes (Diodoro, XIX, 90-92), lo que le llevó a enfrentarse, en 303, con Chandragupta de Bactriana. Hacia 303 se concluyó un tratado: se reconocía la epigamia entre griegos e indios, y Seleuco cedía al maurya Gedrosia, Aracosia y Gandara a cambio de 500 elefantes (Estrabón, XV, 2, 9 = C 724). Antígono, retenido en el Egeo, no intervino.

Ptolomeo, a quien Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, había arrebatado Siria, se retiró a Egipto (Diodoro, XIX, 93). Pero Antígono fracasó en su intento de añadir Petra y Nabatena a sus posesiones de Siria (Diodoro, XIX, 94-100).

En 310, Casandro se reconcilió con Poliperconte, que fue nombrado estratego del Peloponeso. Esto provocó la aproximación entre Antígono y Ptolomeo. ¿Acaso pretendían repartirse Grecia? En 308, Ptolomeo intentó, en vano, implantarse sólidamente en el Peloponeso. Demetrio «liberó» Atenas de manos de Casandro, retenido en el Epiro (Diodoro, XX, 45-46; Plutarco, *Demetrio,* 8-14).

En Atenas se le honró con un culto. Demetrio de Falero, el hombre de Casandro, se retiró a Tebas, y luego a Egipto, donde fundó la biblioteca de Alejandría. Se implantó entonces en Atenas una democracia más abierta, que entró en alianza con Demetrio Poliorcetes. Pero el entendimiento entre Ptolomeo y Antígono se interrumpió al surgir el problema de la hegemonía marítima.

En 306, Demetrio infligió una severa derrota naval a Ptolomeo en Salamina de Chipre (Diodoro, XX, 47-52; Plutarco, *Demetrio,* 15). Demetrio ocuparía Chipre hasta 294. Impulsados por su victoria, Antígono y Demetrio tomaron el título de rey (Diodoro, XX, 53; Justino, XV, 2). Lo mismo hicieron Ptolomeo –aun vencido–, Seleuco, Lisímaco y Casandro (Plutaco, *Demetrio,* 18, 1).

La rivalidad entre los reyes y la inestabilidad de las alianzas

En 305-304, Antígono necesitaba a Rodas para asegurarse el dominio del mar. Demetrio la asedió por tierra y mar con numerosas máquinas, gigantescas pero vulnerables. No consiguió tomar la ciudad, a la que Ptolomeo aprovisionó en todo momento (Diodoro, XX, 81-88; 91-100; Plutarco, *Demetrio,* 21-22). Rodas dedicó a Ptolomeo un culto de «salvador»; de ahí el nombre dinástico de Sóter.

Tras su fracaso en Rodas, que no pudo desligar de su alianza con Ptolomeo, Demetrio regresó a Grecia. Arrebató Calcis y Corinto a Casandro y Sición a Ptolomeo (Diodoro, XX, 100; 102-103; Plutarco, *Demetrio,* 23-27). Conquistó también Acaya y Egion; una guarnición macedónica se instaló en el Acrocorinto, que no se rendiría sino ante Arato, en 243.

La liga de Demetrio: 302

En 302, estas victorias permitieron a Demetrio restablecer una Liga de los griegos, similar a la que Filipo había creado en Corinto en 338. El texto de este pacto

de fidelidad con los Antigónidas fue grabado en Epidauro (*SEG*, I, 75; cf. II, 56; III, 319; XI, 399). La organización de Grecia para que pudiera defenderse de sus enemigos fue el modelo sobre el que los reyes de Macedonia construyeron incansablemente su política. Poliperconte moriría en el año 302.

La muerte de Antigono en la batalla de Ipsos: 301

Así, pues, en 302 Demetrio se instaló en Grecia en detrimento de Casandro, que tuvo que limitarse a intentar pactar con Antigono (Diodoro, XX, 106). Pero, al exigir su sumisión incondicional, lo rechazó al bando de Ptolomeo. Lisímaco y Seleuco, con los que formó una *nueva coalición*. Casandro, que partió de Macedonia, comenzó una vez más a «liberar» Grecia. Lisímaco ocupó diversos lugares de Eolia y de Jonia, especialmente Éfeso (Diodoro, XX, 107). Por su parte, Ptolomeo penetró en Siria. Antigono abandonó la alta Siria y se dirigió al escenario egeo de las operaciones (Diodoro, XX, 108-109). Demetrio se unió a su padre y recuperó Éfeso (Diodoro, XX, 111). Por último, Seleuco se presentó en Capadocia con los elefantes de Chandragupta (Diodoro, XX, 113).

Se detiene aquí el relato seguido de Diodoro, lo que nos deja casi sin fuentes hasta el año 220, en que comienza el relato de Polibio. Entre 300 y 220, la historia debe ser elaborada a partir de algunas *Vidas* de Plutarco, de algunas inscripciones y de las escasas informaciones de Justino.

El enfrentamiento se produjo en 301, al acabar el invierno. Antígono perdió la batalla, encontrando, además, la muerte (Plutarco, *Demetrio,* 28-29). Por una inscripción de Atenas (*Syll,* 3.ª ed., 374) y un pasaje de los anales de Paros, sabemos que fue en Ipsos, en Frigia, donde se produjo la derrota de Antígono.

Demetrio, expulsado de Atenas (Plutarco, *Demetrio,* 30), perdió toda Grecia a excepción de Corinto. Carecemos de información acerca de la reestructuración de fronteras que siguió a esta batalla. A grandes rasgos, Lisimaco extendió su poder sobre el litoral del Asia Menor, Seleuco abandonó la Celesiria a Ptolomeo, pero conservó el norte de Siria. No sabemos con seguridad por donde discurría la frontera que separaba los territorios de ambos. Además de Corinto, Demetrio conservó Chipre y la Liga de las islas, que se disolvió en 302.

Demetrio, rey de Macedonia: 294

Casandro murió en 298 o 297 y, a no tardar, también su hijo Filipo IV. En 294, Demetrio hizo que el ejército le proclamara rey de Macedonia (Plutarco, *Demetrio,* 37). Alejandro, el más joven de los hijos de Casandro, fue muerto. Así quedó establecido el derecho de Antígono Gonatas, hijo de Demetrio, y de sus descendientes a una monarquía que, como en todas partes, se hizo independiente.

Una vez más, Demetrio contempló la idea de apoderarse de Atenas, que cayó en 294 tras una larga resistencia (Plutarco, *Demetrio,* 33-34). Pero Ptolomeo aprovechó la circunstancia de que se entretuvo en el Peloponeso para apoderarse de Chipre en

294 (Plutarco, *Demetrio,* 35). Lisímaco extendió su protectorado sobre Jonia (*Syll.,* 3.ª ed., 368, de 289-288).

Fue en ese momento cuando apareció en escena Pirro, rey del Epiro. Había casado con Lanasa, hija de Agatocles de Siracusa, que le había entregado Corcira en concepto de dote.

Demetrio, tras haber sofocado una revuelta de Beocia, comenzó a buscar una base de operaciones contra la piratería etolia: se apoderó de Corcira y casó con Lanasa, divorciada ya de Pirro (Plutarco, *Pirro,* 10). En 289 se firmó la paz (Plutarco, *Demetrio,* 43).

La ascensión de Pirro y de los etolios al primer plano acabó de ahogar a Macedonia, presionada en el este por Lisímaco y amenazada en el norte por los bárbaros. Ptolomeo aprovechó la circunstancia para ampliar su influencia sobre el Egeo: entre 291 y 287, la Liga de las islas pasó a ser controlada por él.

El fin de Demetrio: 286-283

Así aislado, Demetrio cayó en 286 ante los ataques combinados de Pirro, que tomó Beroe, y de Lisímaco, que penetró en Macedonia por el este y el norte (Plutarco, *Demetrio,* 44). Abandonado por sus soldados, Demetrio huyó a Asia y se entregó a Seleuco en 286 (Plutarco, *Demetrio,* 49). Éste le mantuvo en una cautividad no demasiado dura en Quersoneso de Siria, donde murió en 283.

El personaje impulsivo, pero capaz de calcular una acción, según Plutarco, responde tal vez únicamente a una tipología; tipología hecha de oposiciones, en este caso frente al tipo prudente y calculador que se atribuye a Ptolomeo Sóter.

¿Cómo hablar de la existencia de una política en una partida de ajedrez en que cada uno avanza un peón en cuanto lo permite una debilidad o un descuido del adversario?

El fin de Lisímaco: 281

La muerte de Demetrio dejó frente a frente a Pirro y a Lisímaco, que iban a disputarse Macedonia (Justino, XVI, 3). Antígono Gonatas, no poseía los medios necesarios para hacer valer sus derechos. Sin embargo, conservó Demetrias (Volo), Corinto y Calcis, «cerrojos de Grecia».

En una acción fulgurante, Lisímaco conquistó Macedonia, Tesalia, Tracia, Asia Menor y Bitinia. Bizancio quedó en libertad (Plutarco, *Pirro,* 12, y Justino, XVI, 3, 1).

De pronto, estalló una tragedia de palacio: a instigación de su segunda mujer, Lisímaco hizo condenar a muerte a su hijo Agatocles, tenido con su primera mujer y su presunto heredero (Justino, XVII, 1, 4; Pausanias, I, 10, 4). Filetero, tesorero de Lisímaco, le abandonó para unirse a Seleuco. Éste invadió las posesiones asiáticas de Lisímaco y le asestó el golpe de gracia en Corupedion, en Lidia, probablemente en febrero de 281 (Will, I, p. 86). Lisímaco no podría fundar una dinastía.

Ptolomeo I murió en 282. Seleuco sólo sobrevivió siete meses a su victoria.

Murió en 281 en Macedonia, al caer en una trampa que le había tendido Ptolomeo Cerauno (Justino, XVII, 2, 4). Así terminó la generación de los diádocos.

Ptolomeo Cerauno, rey de Macedonia: 281-280 o 279

Ptolomeo Cerauno era el hijo mayor de Ptolomeo I, nacido de Eurídice. Su padre le había marginado del trono de Egipto en beneficio de Ptolomeo Filadelfo, hijo de su segunda mujer, Berenice (Justino, XVI, 2, 7). Se hizo proclamar rey en Macedonia, en 281, pero se produjo entonces una segunda tragedia de palacio: casó con su hermana Arsínoe, viuda de Lisímaco, e hizo asesinar a los dos hijos que ésta había tenido de Lisímaco. Arsínoe se refugió entonces en Samotracia (Justino, XXIV, 2-3).

Nada más acceder al trono Cerauno, aparecieron los galos. El monarca, sin experiencia en la lucha contra los pueblos del Norte, fue vencido y murió en la batalla en la que se enfrentó con ellos en 280 o 279 (Justino, XXIV, 4, 8-11; 5; Diodoro, XXII, 3-4).

Los galos. Antígono, rey de los macedonios: ¿277?

Los galos, conducidos por Brenos, se precipitaron sobre Grecia (Diodoro, XXII, 3-4; Justino, XXV, 1-2) hasta Delfos, donde los focenses, beocios y etolios les pusieron en fuga, dirigidos por una aparición de Apolo (Diodoro, XXII, 9; Memnon, *F. Gr. Hist.,* 434 F. 8, 8; 11; Pausanias, I, 4; X, 19-23; Polibio, IV, 46). Se organizaron fiestas anfictiónicas de *Soteria* para conmemorar la salvación de Grecia, de la que los etolios se consideraban protagonistas.

Episodio legendario y confuso. Pero los galos, asentados en Asia Menor, constituirían una preocupación constante para los Atálidas y Seléucidas, lo mismo que ocurriría con los galos de Tracia con respecto a Bizancio. La «victoria contra los galos» sería el signo de la cualificación real, comenzando por la que consiguió Antigono Gonatas sobre los que se retiraban de Grecia, en Lisimaquia, en 277 (Justino, XXV, 1-2). El victorioso Antigono fue aclamado como rey por los macedonios, que después de un año de anarquía habían quedado sin soberano. Otra rama del pueblo galo se asentó en Tracia y en el noroeste de Asia Menor, donde constituyó el reino de Tylis, que durante mucho tiempo habría de ser una grave preocupción para Bizancio (Polibio, IV, 46).

Agatocles de Siracusa

La participación de Cartago y de Roma en la política helenística haría que pasara a un primer plano el Epiro, base potencial de un segundo frente contra Macedonia y trampolín de Roma en Oriente. Pero volvamos un poco hacia atrás.

Según dice Timeo, Justino (XXII y XXIII, 1-2) y Diodoro (XXI, 17), ven a Agatocles como un guerrero infatigable y un tirano cruel. Su expansión en Sicilia

supuso una inquietud para Cartago, contra la cual luchó en 311-310 (Diodoro, XX, 54-72; 77-79; 89-90), consiguiendo en 309 la ayuda de Ofelas, gobernador de Cirene. Pero su aventura fracasó: Ofelas fue asesinado y Agatocles no pudo conquistar Cartago (Diodoro, XX, 42). En 307, firmó una paz que garantizaba el statu quo y que le permitió regresar a Sicilia. Poco después, en 306-305, se proclamó rey —según dice Diodoro (XX, 54)— a imitación de los otros diádocos.

Luego, atacó a los brucios y lucanios ante la petición de ayuda por parte de los griegos de la Magna Grecia (Justino, XXIII, 1-2). Murió en 289 y Cartago invadió una parte de Sicilia (Justino, XXIII, 2, 13).

Pirro

Pirro, rey del Epiro, iba a introducir a Roma en los asuntos de Grecia. Plutarco (en su *Vida de Pirro*), Pausanias, Justino y Diodoro hablan de él calificándolo de guerrero impulsivo. P. Lévêque, que ha dedicado a Pirro una monografía, ya clásica, le atribuye, por el contrario, un serie de designios lúcidamente calculados. He aquí un problema de la historia: ¿acaso quienes la hacen saben cuáles son las consecuencias de su acción?

Pirro en Italia y Sicilia

En 281, los lucanios y samnitas, así como Tarento, todos ellos amenazados por Roma, solicitaron la ayuda de Pirro. Su ambición le hizo dudar entre Italia y Macedonia. Finalmente, eligió Italia y derrotó por dos veces a los romanos: en Heraclea del Siris en mayo de 280 (*Syll.*, 3.ª ed., 392) y en Ausculum, en Apulia, en 279 (Plutarco, *Pirro,* 21). La muerte de Ptolomeo Cerauno habría podido inducirle a apoderarse de Macedonia. En efecto, Pirro era yerno de ese rey y primo de Alejandro, pero en el período transcurrido entre 278 y 276 conquistó Sicilia a los cartagineses, con la excepción de Lilibeo y Mesina, que conservaron los mamertinos. Pensó incluso en perseguir a los cartagineses en África, pero los sicilianos, una vez libres de éstos, no se decidieron a secundar a Pirro en sus proyectos. A su regreso a Italia, en el otoño de 276, acudió en socorro de los samnitas y de los tarentinos, una vez más en contra de Roma. Fue vencido en Benevento por el cónsul Manio Curio Dentato (Plutarco, *Pirro,* 22-25) en 275.

Pirro contra Antígono

Pirro regresó al Epiro e invadió Macedonia. Antígono, vencido, se retiró a Tesalónica (Justino, XXV, 3; Plutarco, *Pirro,* 26), lo que dejó en poder de Pirro el botín, el ejército y los elefantes que ambicionaba. Se apoderó también de Tesalia (Pausanias, I, 13). Antígono, derrotado por segunda vez, huyó y se ocultó. Esto ocurrió en el año 275. Las lagunas que presentan nuestras fuentes nos impiden conocer las circunstancias en que Antígono regresó a Macedonia en 272. Según

Pausanias (I, 13, 2), había conservado algunas ciudades de la costa. Veremos que la más importante de ellas era Corinto.

Pero, en 273, Pirro acudió en ayuda de Cleónimo, hijo de Cleómenes II, que había sido apartado del trono de Esparta por su sobrino Areo I. El rey epirota creyó haber encontrado así el medio de asentar su poder en el Peloponeso y de tomar Corinto. La resistencia de Esparta se lo impidió. Basándose en Filarco y Jerónimo de Cardia, Plutarco (*Pirro,* 26-27) hace una descripción patética de la participación de las mujeres en la defensa de la ciudad. Antígono debió de aprovechar la circunstancia de la resistencia de Esparta.

Pirro se dirigió entonces a Argos, donde le había llamado una facción antimacedónica. Allí se encontró con Antígono y resultó muerto al intentar conquistar la ciudad en 272 (Plutarco, *Pirro,* 26-34; Justino, XXV, 4-5; Pausanias, I, 13). En ese mismo año, los romanos conquistaron Tarento (Tito Livio, *Periocha,* 14).

La segunda generación de los reyes helenísticos
Antíoco I, Ptolomeo II y Antígono Gonatas

Al igual que sus sucesores, Antíoco debía protegerse en los tres ángulos de su reino. Pérgamo permaneció leal con Filetero y algunas ciudades de la costa (Justino, XVII, 1, 7-8; Estrabón, XIII, 4, 1 = C 623). Mileto le confirió la eponimia en 280-279 (*Syll.,* 3.ª ed., 322). En el norte de Asia Menor, Zipetes había adoptado en 298-297, el título de rey de Bitinia (Memnon, *F. gr. Hist.,* núm. 434 F 12, 4-5). Mitrídates I se convirtió en rey del Ponto (Diodoro, XX, 111; Apiano, *Mitrídates,* 9) en 296 o 281, no lo sabemos con exactitud (Will, I, p. 120), y extendió su poder sobre Capadocia y Paflagonia. Las ciudades griegas de la costa sur del mar Negro habían constituido una Liga del Norte (Memnon, *F. Gr. Hist.,* núm. 434 F 7).

En el norte de Siria, Antíoco tuvo que sofocar una revuelta de Seleucis (*OGIS,* 219, reeditado por L. Robert, *Essays Welles,* 1966, pp. 175-210).

En el *Egeo,* Ptolomeo II recibió honores en 279-278, en Mileto, a la que había concedido tierras (*OGIS,* 322, l. 38). Aproximadamente en 276, se había convertido en dueño de Caria (J. y L. Robert, *Mél. Lévy,* 1953, pp. 555 ss.). Protegió también a Samos (*SEG,* I, 364). Panfilia estaba en su poder desde 278 (decreto inédito que cita Will, I, p. 122). Nada sabemos con respecto a la alta Asia, en donde Antíoco ejercía el cargo de gobernador, para el cual había sido nombrado por su padre. En el Noroeste, Antíoco conquistó Bitinia a Nicomedes, hijo de Zipetes, al cual apoyaban Antíoco y la Liga del Norte. Pero la llegada de los galos a Macedonia neutralizó a Antígono, que firmó la paz con Antíoco, probablemente en 278 (*OGIS,* 219, l. 13).

Nicomedes llamó a los galos en 277. Éstos saquearon las ciudades de la costa y la campiña del noroeste del Asia Menor (*Syll.,* 3.ª ed., 410 y *OGIS,* 223, que menciona un tributo de *Galatika* a Eritrea; *OGIS,* 765, de Priene; *Didyma,* II, 426 ss., de Dídima). Antíoco acabó venciéndoles en 275-274 (*Didyma,* II, 426) y les asentó en el norte de Frigia (Estrabón, XII, 5, 1 = C 567).

Pero toda esta cuestión está rodeada de incertidumbre.

La primera guerra de Siria: 274-271

Las fuentes son incompletas y la cronología incierta sobre esta guerra que estalló en 274. Ignoramos las condiciones en que se produjo la paz. Pero en el *Idilio* XVII, escrito antes de la muerte de Arsínoe II, en 270, Teócrito enumera las posesiones de Ptolomeo II (en los versos 86-90): «Posee una parte de Fenicia, de Arabia, de Siria, de Libia, del país de los negros etíopes; manda sobre todos los panfilios, los guerreros cilicios, los licios, los carios ansiosos de combatir, y en las islas Cícladas». Sin duda, el poeta exagera. Pero, ¿hasta qué punto?

Entre 277 y 274, Ptolomeo II había puesto fin a la secesión de su hermanastro Magas, al que Ptolomeo I había confiado Cirenaica. En ese momento tuvo que sofocar una revuelta de sus mercenarios galos (Pausanias, I, 7; Polieno, II, 28).

Los últimos años de Antíoco I —entre 271 y 261— nos son mal conocidos. Su hijo Seleuco, corregente desde 279 (*OGIS* 220) debió de morir antes que él, pues en 268 fue sustituido en ese puesto por su segundo hijo, Antíoco II (*OGIS* 222, l. 38), que se convertiría en rey.

En Pérgamo, Filetero murió en 263, sucediéndole su sobrino Eumenes. Cerca de Sardes obtuvo una victoria sobre Antíoco (Estrabón, XIII, 4, 2 = C 624) que le sirvió para conseguir la independencia. La efigie del Seléucida desapareció de sus monedas. A partir de ese momento, los Seléucidas deberían tener cuidado con Pérgamo, aunque fuera su aliada.

Antígono, Grecia y Macedonia

En 274, Antígono, que había sido vencido y expulsado por Pirro, conservaba aún Corinto, que suponía una barrera para cualquier intento de Areo I de Esparta de extender su poder hacia el Norte. Pero para alcanzar Corinto, cuando la Grecia continental le era hostil y prohibida, el dueño de Macedonia debía poseer al menos Demetrias (Volo), Calcis y el Pireo, que jalonan la vía marítima hacia el istmo. Entre 280 y 272, El Pireo y Muniquia se perdieron para Macedonia (Flacelière, *Ait. à D.*, pp. 84, 190).

El ataque de los galos contra Grecia central (Pausanias, X, 23) hizo pasar al primer plano a los etolios, que defendieron Delfos. Ante la inexistencia de fuentes literarias, las listas de los representantes de las Anfictionía[3] ofrecen las únicas noticias sobre la ascensión de los etolios y la fidelidad de una ciudad determinada hacia los macedonios. En efecto, éstos y sus satélites no estuvieron presentes en las asambleas de la Anfictionía.

Así, en la primavera de 277, por primera vez dos etolios fueron hieromnémones (representantes) en la Anfictionía (*Syll.*, 3.ª ed., 399). En 276, los tesalios desaparecen de las listas, lo que significa que se hallaban de nuevo bajo la influencia de Macedonia. Los etolios tenían entonces tres votos (*Syll.*, 3.ª ed., 405). En 272, Atenas y Eubea se hallaban representadas en las Anfictionía (*Syll.*, 3.ª ed., 416, 417, 418). Por tanto, se habían liberado de la tutela macedónica, de la que se vieron libres hasta 264. Al mismo tiempo, el número de los hieromnémones de los etolios pasó de 3 a 5.

La muerte de Pirro, ocurrida en 272, alivió la amenaza sobre el flanco sur de las posesiones de Antígono. En el Peloponeso llevó a cabo una acción fundamentalmente diplomática. Apoyó el establecimiento de tiranías filomacedónicas en Elis (Pausanias, V, 5, 1), Megalópolis en 272 (Pausanias, VIII, 27, 11; Plutarco, *Agis,* 3, 5; Justino, XXVI, 1) y, sin duda, también en Argos, donde reinaban Arístipe y sus descendientes. El apoyo a estos regímenes tiránicos sería una constante de la política macedónica en Grecia.

Ptolomeo II y la guerra de Cremónides (entre 267 y 262)

La acción diplomática de Ptolomeo agrupó contra Antígono a Areo de Esparta —cansado de la tutela moral de quien le había salvado de Pirro—, a los partidos opuestos a las tiranías filomacedónicas en las ciudades, a los aqueos —que arrastraton consigo a algunos arcadios— y, por último, a Atenas, que dio a la guerra antimacedónica el nombre del promotor del decreto que la decidió (*Syll.,* 3.ª ed., 434-435), la *guerra de Cremónides,* concebida como una guerra de liberación de las ciudades, con el tradicional llamamiento a la «libertad de los griegos».

No es fácil establecer las causas de esta guerra. ¿Fue el deseo —no atestiguado— de Arsínoe II de colocar en el trono de Macedonia a uno de los hijos que había tenido con Lisímaco (Tarn. *Ant. Gon.,* p. 290), el temor de ver cómo una Grecia dominada por Macedonia rechazaba el trigo de Egipto (Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World,* pp. 215-216) —traducción española Historia social y económica del mundo helenístico, Madrid, Aguilar—, aunque nada atestigua esta razón económica, o el deseo de Ptolomeo de proteger el Egeo de las iniciativas macedónicas que contrariarían sus recientes progresos en la zona (Will, I, pp. 199 ss.)? ¿No pudo ser también la causa la necesidad de abatir a cualquier potencia en ascenso, no importa cuál fuera, y, en este caso, la necesidad de Ptolomeo de destruir a Antígono como un aliado potencial de Antíoco? ¿Y en el caso de los griegos, no influiría el esquema siempre activo del pasado de las guerras médicas y de la «libertad de los griegos»?

Desconocemos el detalle de las operaciones de la guerra, así como la cronología (Will, I, p. 196, la sitúa, sin ninguna seguridad, entre 267-266 y 262). Conocemos un hecho bélico, sin que nos sea posible precisar la fecha. Se trata de una victoria naval de Antígono Gonatas en Cos (Plutarco, *De se ipsum laud,* 545 C; *Apophthegmata regum* 183 C; Ateneo V, 209 E [Moschion]). Así pues, la guerra de Cremónides benefició a Antígono. Éste ocupó Atenas, donde instaló a un delegado suyo (*Syll.,* 3.ª ed., 454). Precisamente en Atenas, el fracaso de esta nueva guerra de liberación parece haber acabado para siempre con cualquier veleidad de política independiente. La ciudad perdió El Pireo y también Muniquia.

Los etolios, que no habían participado en la guerra, afianzaron su influencia en Grecia central, a juzgar por las listas de los delegados en las anfictionías (*SEG,* II, 261).

En el Egeo, Delos aceptó tanto el patrocinio de Antígono como el de Ptolomeo II (fuentes en Will, I, pp., 205-207).

Antíoco I murió el 1 o el 2 de junio de 261 (Sachs, «Babyl. Texts», en *Iraq,* 16 (1954), p. 206), después de una batalla contra Eumenes de Pérgamo, en la que fue derrotado.

Los Ptolomeos y los Seléucidas se habían disputado Siria durante un siglo. Egipto no se sentía seguro si no estaba protegido al menos por la Celesiria, cuyo límite septentrional era, por otra parte, impreciso. Por su parte, los Seléucidas pensaban que si penetraban en Siria, dificultarían las comunicaciones de los Ptolomeos con la costa sur de Asia Menor, donde se hallaban asentados. Por ambas partes, la ofensiva se veía como una defensa preventiva. Nada sabemos de las operaciones de la segunda guerra siria. Al menos, vemos a los agentes de Apolonio, ministro de Ptolomeo II, dedicarse a un comercio de esclavos en Palestina e Idumea (Fuks-Tcherikover, *Corp. Pap. Jud.,* I, núms. 1-6), mientras que una disposición de abril de 260, que contiene una declaración de esclavos y de ganado, menciona los cautivos de los soldados (M. Th. Lenger, *Corp. Ord., Ptol.,* 21-22). Estos indicios son poco significativos.

Sólo conocemos un hecho, el que puso fin a esta guerra. En 253, Berenice, hija de Ptolomeo II, fue entregada en matrimonio a Antíoco II, aportando una «gran dote» (San Jerónimo, *in Dan.,* XI, 6). Ignoramos si la dote consistía en un territorio o en los ingresos de Celesiria. El médico de Apolonio, quien, junto con éste, acompañó a la princesa hasta la frontera, escribió al intendente de Apolonio (*Pap. Cairo-Zenón,* 59251 = *SB* 6748) por asuntos de negocios; su carta es del 9 de abril de 252. Para casar con Berenice, Antíoco II había repudiado a Laodice, no sin hacerle importantes donaciones (*OGIS* 225 = Welles, *Roy. Corr.,* 18-20). De la comparación del *Idilio* XVII, hacia 270, con el inventario de lo que Ptolomeo afirma haber recibido de su padre en la inscripción de Adulis (*OGIS* 54), se desprende que Ptolomeo II perdió algunos territorios del Asia Menor. En efecto, en la inscripción faltan Cilicia, Panfilia y Jonia, que Ptolomeo III proclama haber añadido a su herencia. Esta derrota en Asia Menor indicaría la existencia de operaciones navales. ¿Hay que situar en ese contexto una batalla de Andros, cuya fecha y cinscunstancias desconocemos? (*status quaestionis* en Will, I, p. 211)

En Cirenaica, las intrigas de su madre no impidieron a Berenice, hija de Magas, contraer matrimonio con Ptolomeo III, fortaleciendo así la presencia ptolemaica en Cirene. Ptolomeo II murió el 28 de enero de 246. A pesar de las pérdidas territoriales en el Asia Menor, dejó un Egipto bien organizado, formando un bloque perfectamente definido, a diferencia de los reinos inestables y cambiantes de Antígono y Antíoco. La política egea y griega de los Lágidas nos parece un «suplemento» que no afectó a Egipto. La pusieron en práctica porque eran reyes griegos y porque era una forma de conseguir que los demás reyes les respetaran. Pero tal vez, para ellos, eso era lo fundamental.

Después de esa guerra, Antíoco II tuvo que restablecer la situación en Asia Menor, donde la influencia de Pérgamo era cada vez mayor en las ciudades de Eólida, como lo atestigua la numismática. Hacia 260, Nicomedes I de Bitinia fundó Nicomedia (Estrabón, XII, 4, 2 = C 563-564). Todo eso explicaría el deseo de Antioco II de asegurarse la base de Bizancio. La cronología de esta guerra, a la que hace referencia Memnon (*F. Gr. Hist.,* 434 F 12, 14, 15) es incierta.

Antíoco II murió poco antes de agosto de 246. Inmediatamente estalló el odio de Laodice contra la egipcia Berenice, que la había suplantado. Berenice se refugió con su hijo en Dafne, cerca de Antioquía. Ptolomeo III se apresuró a acudir en socorro de su hermana, que, sin embargo, no carecía de partidarios en Éfeso y Cilicia. Un papiro de Gurob (Wilcken, *Chrest.*, núm. 1) contiene un comunicado de guerra que da fe de la entusiasta acogida de la población y de una recuperación de objetos sagrados. Pero la marcha triunfal de Ptolomeo III hacia el Éufrates no tardó en verse interrumpida por una revolución que estalló en Egipto y de la cual nada sabemos. En todo caso, el 11 de julio de 245, un documento cuneiforme redactado en Babilonia, está datado por Seleuco II (A.T. Clay, *Legal Documents from Erech dated in the Seleucid Era,* núm. 17). Esmirna proclamó haber permanecido fiel a Seleuco (*OGIS* 229). En la inscripción de Adulis (*OGIS* 54) Ptolomeo hace inventario de sus conquistas: Cilicia, Panfilia, el Helesponto y Tracia..., sin contar Bactriana. Justino (XXVII, 2) indica que Seleuco recuperó las ciudades, pero se retiró a Antioquía, lo que quiere decir que Ptolomeo conservó Siria, aunque no sabemos hasta cuándo. Justino (XXVII. 2, 9) menciona la existencia de una tregua de diez años, sin detallar las cláusulas territoriales.

Terminada la guerra, a Seleuco II se le planteó una cuestión que no dejaría de formar parte, en adelante, de la historia de los Seléucidas: la del usurpador. En efecto, Laodice forzó a Seleuco a admitir a su hermano menor, Antíoco Hiérax (el Halcón), como corregente y a que le nombrara gobernador del Asia Menor. Ése sería un segundo frente, la codicia de Hiérax. Pero habría un tercero: los confines de Irán y de la India.

La alta Asia

La lentitud de las comunicaciones hacía difícil la defensa y la explotación de la alta Asia, a partir de las bases mediterráneas en las que sus tradiciones y sus enemigos retenían a los Seléucidas, quienes, además, sólo en occidente encontraban sus mercenarios. Lo cierto era que la expansión de los mauryas y de los parnos amenazaba las ciudades fundadas en Oriente por Alejandro y Antíoco I. De cuanto sucedió allí [4] sólo conocemos algunos hechos aislados.

Primer jalón. En el tratado que concluyó Seleuco I con Chandragupta, el reconocimiento de la validez del matrimonio (epigamia) entre griegos e indios indica una tendencia a la asimilación.

Segundo jalón. Para conservar los territorios de la alta Asia no cedidos a Chandragupta, se hacía necesaria una presencia activa. De ahí que se planteara la descentralización.

En 294 o 293, Seleuco I había concedido a su hijo Antíoco la corona de la alta Asia. También se fundaron ciudades, como Seleucia del Tigris, réplica de Babilonia a las puertas del Irán. La realización de misiones de reconocimiento hacia el Caspio

y el Oxus por Patroclo y Demodamante (Plinio, VI, 49, 58), la fundación de una ciudad griega en el Oxus, en Aï Khanum, y la existencia de fortificaciones en el oasis de Merv indican que se construyeron bases contra los nómadas. La sedentarización se reconoce en el Khorezm por la existencia de canales de irrigación.

Tercer jalón. Los edictos de Asoka publicados en griego, en Kandahar, y que fueron encontrados en 1964 (D. Schlumberger, *CRAI,* 1964), atestiguan tanto la vitalidad de la cultura griega en Bactriana como la expansión del rey maurya, quien hacia el 260 pretendía convertir el mundo al budismo.

Entre 283 y 230 o 227 desaparece toda huella de la presencia seléucida en Irán. No explotaremos este argumento *a silentio* y, en consecuencia, nos abstendremos de intentar averiguar las causas de esta eventual ausencia de los Seléucidas.

Cuarto jalón: Andrágoras y los parnos. Hacia 246-245 está atestiguada una secesión en la Partiena. Fue la secesión de Andrágoras, que coincidió con la tercera guerra siria (Apiano, *Sir.,* 5). No fue un hecho fortuito. Andrágoras acuñó moneda pero sin llegar a ostentar el título de rey (A. R. Bellinger, *The Coins from the Treasure of the Oxus,* Am. Num. Soc., Museum Notes, 10, 1962, p. 66). Fue el hombre fuerte que defendió las marcas, en este caso contra la invasión de los escitas nómadas, los parnos, que atravesaron el Ocos y se asentaron en la Partiena, lugar de donde tomarían el nombre de partos (Estrabón, XI, 9, 2-3 = C 514-515). Sin duda, una serie de circunstancias análogas concurrieron cuando Diodoto I se independizó en Bactriana, en la época en que Seleuco II estaba inmerso en su guerra contra Hiérax (Justino, XLI, 4, 5).

Por lo general, estas marcas amenazadas, defendidas por un hombre fuerte, eran fieles a su cultura y deseaban defenderla. Las investigaciones realizadas recientemente en esos lugares, así como la calidad de las monedas de los primeros reyes de Bactriana, ilustran el vigor de la cultura helénica.

La invasión de los partos costó la vida a Andrágoras. Fue muerto en 239-238 por Arsaces (Justino, XLI, 4, 7), La derrota de Andrágoras aceleró, tal vez, el proceso que llevó a Diodoto a adoptar el título de rey. Pero la invasión de los partos, que se asentaron al este del mar Caspio, aceleró el proceso de independencia de Bactriana. Lamentablemente, nada sabemos sobre los comienzos de los partos. Estrabón (XI, 8-9 = C 513) acumula una serie de nombres de pueblos sin precisar nada sobre ellos, y los historiadores modernos se han esforzado por aclarar aquello que los historiadores antiguos no veían con claridad. Los mapas antiguos —el de Eratóstenes, que utiliza Estrabón— son cada vez menos precisos, a medida que nos alejamos del Mediterráneo. Ignoramos la extensión del reino de Diodoto, cuyo centro se hallaba en Bactriana.

Para reaccionar contra la disgregación de Oriente, Seleuco II debía haber firmado la paz con Hiérax, lo cual hizo en 236. Entonces, se dirigió contra Arsaces, quien tras su victoria sobre Andrágoras había conquistado la Partiena e Hicarnia, al sureste del mar Caspio, aliándose con Diodoto II, hijo de Diodoto I. Justino (XLI, 4, 9) menciona una victoria de Arsaces. Estrabón (XI, 8, 8 = C 513) evoca la huida de Arsaces ante Seleuco II. Las monedas, en las cuales no podemos distinguir a Diodoto I de Diodoto II, no despejan nuestras dudas. Desde la época de Alejandro

Magno, la distancia, la imposibilidad de «ocupar» el terreno, junto al hostigamiento continuo en los frentes de Occidente, habían condenado al aislamiento y, luego, a la asimilación, a las avanzadillas griegas dejadas en los confines de la India.

Antíoco Hiérax y los reyes de Asia Menor

También en Asia Menor se manifestaron veleidades secesionistas. En Bitinia, en el año 250, Zielas, hijo de Nicomedes, afirmó ser aliado de Ptolomeo II (*Syll.*, 3.ª ed., 456 = Welles, *Royal Corr.*, 25). Por contra, Mitrídates II del Ponto había contraído matrimonio con una hermana de Seleuco II, quien le habría entregado en concepto de dote la Gran Frigia (Justino, XXXVIII, 5, 3). En Capadocia, hacia 255, Ariárates III se proclamó rey (Estrabón, XII, 1, 2 = C 533) y casó con otra hermana de Seleuco II (Diodoro, XXXI, 19, 6). Pero Hiérax era también cuñado de estos reyes. Los monarcas, junto con Zielas de Bitinia, eligieron la alianza de Hiérax cuando, hacia 241, Seleuco entró en guerra con éste. Los mercenarios galos derrotaron a Seleuco en Ancira, en 240 o 249 (Justino, XXVII, 2, 10-12).

Atalo I de Pérgamo y los galos

Tras la victoria, los galos volvieron sus armas contra Hiérax, quien, según dice Justino (XXVII, 2, 11-12), tuvo que «comprar su libertad a precio de oro». A continuación, Justino (XXVII, 3, 1 ss.) relata la aparición en la escena de Atalo de Pérgamo (por error le llama Eumenes de Bitinia). Atalo I, que sucedió en 241 a su primo Eumenes, detuvo a Hiérax y a sus galos ante los muros de Pérgamo y, aprovechando este éxito, tomó el título de rey y salvador. Persiguió a sus enemigos y, en la ciudadela de Pérgamo, ofreció a Atenea los monumentos de sus victorias. Victoria sobre Antíoco y los galos toistosages y tectosages, a los que detuvo en el Afrodision de Pérgamo (*OGIS* 275 y 280); sobre los galos solos, en las fuentes del Caico (*OGIS* 269 y 276); sobre Antíoco en la Frigia Helespóntica (*OGIS* 274), en Lidia (*OGIS* 278) y en Caria (*OGIS* 279). Se convirtió en dueño de toda el Asia Menor seléucida. La cronología de estas victorias no es segura. Dado que la primera victoria le valió a Atalo el título de rey y ese título no es posterior a 236, habría que situarla, siguiendo a Will (*Hist. pol.*, I, p. 268) hacia esa fecha.

Hiérax, vencido en el Oeste, se dirigió hacia el Este. Pero en su huida fue asesinado, «más o menos en el momento en que moría Seleuco»; dice Justino (XXVII, 3, 7-12), es decir, en 226-225 (según Sachs-Wieseman, *Iraq*, 16, 1954, p. 207).

Fue, pues, Atalo quien se benefició del enfrentamiento entre Hiérax y Seleuco II. Seleuco III no reinó más que entre 226 a 223. Murió asesinado a manos de un galo en el curso de una expedición contra Atalo I (Polibio, II, 71, 4; IV, 48, 6-8; Eusebio, I, col. 253).

Después de la guerra de Cremónides, Antígono Gonatas tenía en su poder Demetrias, Calcis, El Pireo y Corinto, desde donde vigilaba el Peloponeso. La muerte de Areo en Corinto, en 265-264, le dio un cierto respiro. Había encargado a su hermano Cratero la custodia de Corinto y de Calcis. Muerto Cratero, su hijo y sucesor Alejandro usurpó la dignidad real pero desapareció en una fecha que ignoramos (Trogo, *Prol.*, 26; *IG*, 9, 212 de Eretria). De cualquier forma, El Pireo quedó en manos de Antígono, que perdió Atenas y Argos (*Syll.*, 3.ª ed., 454; *SEG*, III, 98). Eso ocurrió entre 253 y 251, fecha de la toma de Sición por Arato.

Arato y la Liga aquea

Nuestras fuentes se centran ahora en Arato y la Liga aquea. Arato había escrito sus *Memorias*, que no se han conservado, pero en las que se basó Polibio, y también Plutarco para su *Vida de Arato*. Las ligas, la aquea y la etolia, desempeñaron un papel preponderante en la historia política. La importancia de su participación en las guerras romano-macedónicas nos hace pensar que su poder era grande a mediados del siglo III. De hecho, gracias a las ligas, Grecia sería un elemento a tener en cuenta en el juego de las grandes potencias.

Arato, hijo del tirano de Sición, Clinias, educado en Argos tras el asesinato de su padre, tenía 20 años en mayo de 251, cuando recuperó Sición de manos del tirano Nicocles (Polibio, II, 43; Plutarco, *Arato*, 2-4; 5-9; 9-10). Como siempre, el regreso de los exiliados planteó problemas de indemnización. Una subvención de Ptolomeo II, a quien vendió una serie de cuadros (Plutarco, *Arato*, 13), ayudó a Arato a resolverlos. Sición se adhirió a la Liga aquea, que desbordó así su núcleo original en torno a Patras, Dime y Egion (Polibio, II, 41). Por instigación de Arato fue derrocado el tirano filomacedónico de Megalópolis. Los aqueos y los beocios se disputaban Beocia. Los aqueos fueron vencidos en Queronea en 245 (Polibio, XX, 4; Plutarco, *Arato*, 16). Beocia perdió el país de los locrios opuntes en beneficio de los etolios.

El trasfondo de la lucha, que se anunciaba en forma de un rechazo, por parte de Arato, de las tiranías filomacedónicas, no era otro que el de dilucidar si el Peloponeso sería aqueo, macedónico o etolio. A mediados del siglo III, los etolios ampliaron su área de acción, que se definió por las garantías contra su propia piratería que concedieron a muchas ciudades de las Cícladas y de Jonia: Delos (Durrbach, *Choix*, 41),[5] Esmirna (*SEG* II, 261), Quíos (*Syll.*, 3.ª ed., 443 = *SEG.*, II, 258). La ascensión de los etolios se plasmó también en la reorganización de las *Soteria* de Delfos, que de anfictiónicas pasaron bajo su égida, en tiempo del arconte ateniense Polieucto, en 246-245.[6]

Aqueos, etolios y macedonios codiciaban el Peloponeso y se espiaban unos a otros. Pero, para penetrar en el Peloponeso, el rey de Macedonia tenía que atravesar Grecia central, es decir aliarse con los etolios o vencerlos, o bien conseguir que los aqueos debilitaran su fuerza en el flanco sur. Los macedonios intentarían los tres procedimientos.

Toma de Corinto por Arato: 243

En 244, un ejército etolio conquistó el Peloponeso desde la costa Oeste hasta Mantinea, que era una posesión de Arcadia. Arato reaccionó, y en julio-agosto de 243 ocupó el Acrocorinto (Plutarco, *Arato,* 18-24; Polibio, II, 43,4-6), que era defendida por el estoico Perseo. Se apoderó también de los puertos de Corinto, lo cual le permitió acceder al Egeo. Megara, Trezene y Epidauro se unieron a la Liga aquea, mientras que Argos permaneció fiel a Antígono (Plutarco, *Arato,* 24). Ptolomeo III fue nombrado estratego honorario de la Liga aquea, alianza que podía consolidar su posición en el Egeo. Pero los etolios permanecían en el corazón del Peloponeso y Antígono se alió con ellos para intentar tomar a contrapié a los aqueos, que le hostigaban (Polibio, II, 45; IX, 34, 7 y 38, 9). El tratado preveía el reparto de Acaya.

Se formaron, pues, dos coaliciones: etolios y macedonios contra los aqueos, Ptolomeo y Esparta. Pero Esparta tenía escaso peso específico, en razón de la crisis social que inspiró al rey Agis IV una serie de reformas que fracasaron (véase nuestro capítulo sobre este tema). Arato renunció a la ayuda de Esparta (Plutarco, *Agis,* 13-15) y detuvo en Pellene a los etolios que intentaban cruzar el istmo (Plutarco, *Arato,* 31-32). Luego firmó la paz con los etolios y los macedonios. El rey Leónidas entró en Esparta, donde restableció el orden conservador; Agis fue ejecutado (Plutarco, *Agis,* 16 ss.). Pero su viuda casó con Cleómenes, quien fue nombrado rey en 235 e hizo renacer el ideal de Agis. Los etolios saquearon Laconia (Plutarco, *Cleómenes,* 18, 2; Polibio, 34, 9). Arato intentó, en vano, apoderarse de Argos (Plutarco, *Arato,* 25) y de Atenas (Plutarco, *ibid.,* 33, 2). Antígono Gonatas murió en las postrimerías de 240 o a comienzos de 239. Una vez más hay que subrayar las carencias de nuestras fuentes. Si en las *Memorias* de Arato vemos cómo Antígono reacciona al final de su vida, ante la toma de Corinto, por métodos diplomáticos en lugar de iniciar una acción armada, en cambio, nada sabemos de lo que ocurría en Macedonia y, muy especialmente, del hostigamiento de los bárbaros en la frontera septentrional, que habría podido retener a Antígono en esa zona.

Demetrio II: 239-229

Con el sucesor de Arato, Demetrio II, las alianzas se invirtieron: los aqueos se aliaron con los etolios y Macedonia con Epiro, alianza ésta que fue sellada con el matrimonio de Demetrio II con Ptia, hija de Alejandro II de Epiro (Justino, XXVIII, 1, 4, sobre el matrimonio; Polibio, II, 44, 1, sobre la alianza). Entre los dos bloques estalló una guerra a la que se ha dado en llamar «demetríaca». El objeto de la discordia era el Peloponeso, el istmo y Beocia. Eso ocurrió en 239. Megalópolis, donde el tirano que la gobernaba renunció al poder, ingresó en la Liga aquea. No sabemos cuándo terminó ese conflicto, en el que éxitos y reveses se repartieron entre los dos bandos (Plutarco, *Arato,* 25-29).

Epirotas e ilirios[7]

Pero en el Oeste se planteó una situación nueva. Al extinguirse la dinastía reinante, Epiro se constituyó en una federación, que conoció una serie de revueltas sociales (Justino, XXVIII, 3, 1-8). Ese debilitamento estimuló a los ilirios en sus acciones piráticas, dirigidas por un dinasta de nombre Escerdilaida (Polibio, II, 5) y, luego, con el asentimiento de Teuta, viuda de un tal Agrón (Polibio, II, 5). Los epirotas, atacados por esos piratas, consiguieron el apoyo de los aqueos y los etolios, que dominaron provisionalmente a los ilirios (Polibio, II, 6). Si Demetrio II no intervino en el conflicto. fue porque tenía que enfrentarse, en el Norte, con una invasión de los dárdanos, en el curso de la cual encontró la muerte en el año 229 (Polibio, II, 44, 2). Tesalia se rebeló.

En esta situación catastrófica, Demetrio II dejó un hijo, todavía un niño, llamado Filipo. Antígono Dosón, primo de Filipo, iba a controlar con mano firme la situación.

En 229, los romanos, que en 241 habían acabado victoriosamente la primera guerra púnica (Polibio, II, 43), enviaron una embajada a Teuta, para quejarse de la actividad de los piratas. Pero los ilirios continuaron atacando a los comerciantes italianos y asentaron en Epidamne y en Corcira a uno de sus hombres, Demetrio de Faros (Polibio, II, 9-10). Los romanos reaccionaron enérgicamente: Corcira, junto con Demetrio de Faros y Apolonia, se situaron bajo su tutela. En 228, Teuta perdió casi toda Iliria y Roma le impuso el pago de un tributo (Polibio, II, 11-12). Cuando toda Grecia quedó sometida a Roma. Polibio interpretó este hecho como un comienzo (II, 2). Pero es el historiador el que confiere a los hechos su sentido. Roma ignoraba el porvenir.

Antígono Dosón: 229-221

Después de un primer momento de desconfianza, el «pueblo» de los macedonios admitió a Antígono Dosón, nieto de Demetrio Poliorcetes, como estratego y tutor de Filipo (Justino, XXVIII, 3, 9-16; Polibio, IV, 5, 3). Aunque los macedonios le hubieran conferido el título de rey en una fecha incierta (*Syll.*, 3.ª ed., 518), no se comportó como un usurpador. Macedonia se hallaba rodeada. Antígono contuvo a los dárdanos (Justino, XXVIII, 3, 14). Los etolios participaban, en número de 14, en la Anfictionía de Delfos.; serían 15 en 226 (Flacelière, *Les Ait à Del.*, núms. 33-35, pp. 404-406). Antígono recuperó una parte de la Fócida y Tesalia (Flacelière, *ibid.*, 253 ss.). La Liga aquea ayudó a Atenas a recuperar El Pireo, Muniquia, Salamina y Sunion (Plutarco, *Arato*, 34, 3-4; Pausanias, II, 8, 6; *Syll.*, 3.ª ed., 497; *IG* II², 1011, 14). En Argos, Arato consiguió convencer al tirano Aristómaco, de tendencia filomacedónica, para que abandonara el poder e hiciera que su ciudad participara en la Liga aquea, lo cual fue imitado por los tiranos de Fliunte y Hermione (Polibio, II, 44).

Pero, en Esparta, apareció la figura de Cleómenes III, que pretendía que su ciudad fuera capaz de conquistar el Peloponeso después de efectuar una serie de reformas sociales. Sobre este asunto, las fuentes son detalladas pero, a veces,

contradictorias. Polibio, que se basa en las *Memorias* de Arato, es hostil a Cleómenes, mientras que Plutarco, que se basa en Filarco para escribir su *Vida de Cleómenes,* es favorable a éste, en tanto que en la *Vida de Arato* comparte el punto de vista de los aqueos. Plutarco, que cita y discute sus fuentes (*Arato,* 38), no unificó sus puntos de vista.

Cleómenes III: 235-222

Este rey llevó a buen puerto las reformas que había proyectado Agis IV: reforzamiento del cuerpo de los iguales, abolición de las deudas y redistribución de las tierras. Todo esto llenó de inquietud a la Liga aquea y a los conservadores de toda Grecia. Un ataque de Cleómenes contra Megalópolis inauguró una primera fase de hostilidades, en 229 (según E. Will, *Hist. Pol.,* I, pp. 338-339; Polibio, II, 46; en 225). Después de dos años de lucha con suerte diversa, Cleómenes regresó a Esparta, donde terminó sus reformas, condenando a muerte a los éforos y exiliando a sus oponentes (Polibio, II, 47; Plutarco, *Cleómenes,* 8, 10-11; *Arato,* 35-37). Polibio (II, 47), que es antiespartano, porque basa su relato en Arato, acusa a Cleómenes «de haber convertido en tiranía la legítima monarquía», cuando, en realidad, Cleómenes pretendía imitar a Solón y Licurgo (Plutarco, *Cleómenes,* 18, que se basa en Filarco). La reforma de Cleómenes fue también moral, y ello le permitió conseguir un ejército fuerte al que no permitía dedicarse al pillaje y al que Cleómenes armó al estilo macedónico. Para Esparta, el restablecimiento de la fuerza militar era una cuestión de supervivencia. Así, en 226, Cleómenes se dirigió hacia el noroeste del Peloponeso y ocupó Tegea, Mantinea y Farai de Acaya, derrotando a los aqueos en Hecatombeon (Plutarco, *Cleómenes,* 14; *Arato,* 39). Quedaba por saber si los aqueos se aliarían con Cleómenes o con Antígono. Arato preparó en secreto la decisión. La asamblea de Egion decidió la alianza con Antígono (Plutarco, *Cleómenes,* 15-18; *Arato,* 40; crontradicciones conológicas entre las dos fuentes; Polibio, II, 47; 51). La fecha de ese viraje, que resultó escandaloso, podría ser la de 225 (Will, I, p. 351). Filarco, al que sigue Plutarco (*Cleómenes,* 16) dedica a Arato todo su desprecio. Pero en la *Vida de Arato,* para la cual se basa en las *Memorias* de su héroe, Plutarco describe la amistad mutua entre Arato y Dosón. Polibio justifica el viraje por razones de Estado, soberanas en la política de los reyes, «que no consideran a nadie como enemigo natural, sino que adaptan a sus intereses los odios y las amistades» (II, 47).

Cleómenes reanudó sus conquistas. Se apoderó de Argos (Plutarco, *Cleómenes,* 17; *Arato,* 39) antes o después de la alianza, pues no es posible resolver la contradicción de las dos fuentes. Sin embargo, Arato recuperó Argos e hizo que ejecutaran al tirano Aristómaco (Plutarco, *Arato,* 44; Polibio, II, 53, 59). Las ciudades, apenas tomadas por Cleómenes, pasaron a los aqueos. En 224, Antígono recuperó el Acrocorinto, precio de su alianza. Fue éste un duro golpe para Arato, que tan orgulloso se había mostrado en 241 al arrebatársela a los macedonios (Plutarco, *Arato,* 44; Polibio, II, 54). Sin embargo, las ideas de Cleómenes provocaron en las ciudades el enfrentamiento entre ricos y pobres. La alianza de Arato y Antígono era, en cierta forma, la de los reformistas y conservadores: ¡situación paradójica!

Pero había que derrotar a Esparta. En 224, Antígono Dosón, fiel a la política secular de los reyes de Macedonia, provocó la formación de una *Liga general de los griegos,* que lleva su nombre en la historia y de la que fue hegemón. Sus miembros eran confederaciones, y no ciudades; estaba presidida por el rey de Macedonia, pero conservaba su autonomía (Polibio, II, 54; *Syll.,* 3.ª ed., 518). Vislumbramos en Polibio (IV, 9; 16; 22; 25; V, 103) la estructura de esa liga a principios del reinado de Filipo V. Las decisiones no eran ejecutivas sin el acuerdo de las ciudades (Polibio, IV, 26), novedad que paralizaría su acción (véase el capítulo dedicado a las ligas).

La guerra contra Cleómenes se reanudó en la primavera de 223. Antígono ocupó numerosos posesiones en el Peloponeso. Con el propósito de regenerar su ejército. Cleómenes vendió su libertad a seis mil ilotas al precio de cinco minas por cabeza (Plutarco, *Cleómenes,* 23). Pero Ptolomeo III le retiró su subvención: era una premonición (Polibio, II, 63). Finalmente, fue vencido en Selasia, en julio de 222 (Polibio, II, 65-69). Victoria importante, pero que nada resolvió. Cleómenes regresó a Egipto, donde se suicidó después de un golpe de fuerza fracasado, en Alejandría (Polibio, II, 69; V, 39). Esparta fue conquistada y Antígono restableció la antigua constitución de la ciudad. Pero al cabo de algunos días abandonó precipitadamente la ciudad para dirigirse a Macedonia, que los ilirios estaban saqueando (Polibio, II, 70). Murió poco después, en 221, por efecto de la tisis.

Los nuevos protagonistas

En 223, Antíoco III, segundo hijo de Seleuco II, sucedió a su hermano Seleuco III. A finales de 222, Ptolomeo IV sucedió a Ptolomeo III, y en 221, Filipo V se convirtó de forma efectiva en rey de los macedonios, a los 17 años.

Estos nuevos reyes recogieron los problemas políticos de sus monarquías respectivas. Antíoco, aparte de la guerra de Siria, tendría que hacer frente a los usurpadores y a una multiplicidad de problemas: Pérgamo, Egipto y la alta Asia. En cuanto a Ptolomeo IV, tendría que enfrentarse con la guerra de Siria y con el agravamiento de las tensiones internas. Macedonia sufriría la inconstancia de las ligas y el enfrentamiento con Roma. Polibio (IV, 2) considera un hito decisivo esta nueva generación de hombres. En verdad, sería una época decisiva, pero sobre todo por la aparición de Roma en la escena política, y no a causa de una renovación de los métodos y los hombres.

Antíoco III (223-187) y los usurpadores

Un «usurpador» en cada extremo del reino. En un principio, Aqueo, aunque aclamado rey «por el pueblo», siguió como gobernador del Asia Menor occidental, que reconquistó a Atalo I en 222. Sin embargo, Atalo siguió conservando Pérgamo (Polibio, IV, 48). En el otro extremo, Molón, sátrapa de la Media, avanzó hacia el Oeste en 222, llegó al Tigris e incluso a Dura-Europos en el Éufrates (Polibio, V, 45-48). En sus monedas aparecía con el título de rey (Newell, *Eastern Sel. Mints,* pp. 85 ss.; 204 ss.). Siguiendo los consejos de un tal Hermias, Antíoco III, cuya

mirada estaba puesta en Siria, había olvidado perseguir a Molón. Luego, se apresuró a ir contra él y le abocó al suicidio (Polibio, V, 49-54).

En la primavera de 220, Antioco, que había permanecido en el Este, intimidó a los jefes bárbaros, sus vecinos, y especialmente a Artabarzanes de Atropatena (Polibio, V, 55). Hermias cayó en desgracia y Antíoco le hizo asesinar (Polibio, V, 56).

Quedaba Aqueo, que entre tanto había tomado el título de rey y avanzaba hacia Antioquía. En 220, Antíoco se dirigió al encuentro del rebelde (Polibio, V, 57), que seguía acuñando moneda real (Newell, *Western Sel. Mints,* pp. 267 ss.) Ptolomeo IV, que a través de una serie de asesinatos se había desembarazado de los posibles pretendientes y mentores, se hallaba solo, a los 17 años, bajo la férula de Sosibio y Agatocles. Polibio, influido por su fuente, Ptolomeo de Megalópolis, valora muy negativamente a este rey. Antíoco se dirigió a Siria.

La cuarta guerra de Siria (217) y las reconquistas asiáticas

En la primavera del año 219, Antíoco progresó por el norte de Siria. Para ganar tiempo, Sosibio discutió los derechos jurídicos de los dos reyes sobre esa tierra. Reclutó oficiales y unos 75 000 hombres, de los cuales 20 000 eran egipcios. 73 elefantes completaban el ejército (Polibio, V, 63-67). Rotas las negociaciones, Antíoco se dirigió hacia Egipto. El potencial de ambos ejércitos era sensiblemente igual. Antíoco fue derrotado en Rafia el 23 de junio de 217. Ptolomeo le persiguió hasta el norte de Siria. Sin embargo, la paz le permitió conservar Seleucia de Pieria (Polibio, V, 79-87 y *Estela de Phitom,* publicada por Spiegelberg, *Münch. Akad, Sitz. Ber.,* 1925, 4.º fasc.). Polibio y Justino (XXX, 1) le acusan de no haber sabido explotar su victoria. Pero esa victoria le proporcionó un botín ingente, objetivo fundamental de la campaña. Por otra parte, los egipcios, armados para esa guerra, tomaron conciencia de su valor y comenzó, entonces, una revuelta intermitente pero larga, que ninguna amnistía podría apaciguar definitivamente (Polibio, V, 107) (véase W. Huss, *Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios,* IV, Munich, 1976).

Por su parte, Antíoco debía restablecer su autoridad sobre el Asia Menor y el Irán.

En Asia Menor surgieron tres amenazas: Aqueo, Pérgamo y las ciudades de la costa, y los reinos del Ponto y Bitinia. Mencionemos también una guerra que en 220 enfrentó a Bizancio, Rodas y Prusias I y en la que Aqueo y Atalo I permanecieron neutrales. El motivo de la guerra fue el peaje que Bizancio impuso por el paso de los estrechos, a fin de recaudar fondos para el pago del tributo que exigían los galos de Tracia. Rodas exigió —y finalmente obtuvo— la libertad de paso (Polibio, IV, 38-52).

Aqueo no había atacado a Antíoco durante la cuarta guerra siria, porque hostigaba en el Asia Menor a Atalo I y amenazaba a Prusias (Polibio, V, 72-77). Por su parte, en el año 218, Atalo había realizado un alarde militar en las ciudades de Eolia y la Jonia. Avanzó hasta las fuentes del Caico y los estrechos, donde instaló un contingente de galos (Polibio, 77-78). Pero Prusias aniquiló a sus molestos vecinos (Polibio, V, 111, 1-7). Siempre «se aniquilaba» a los galos, pero siempre había que

comenzar de nuevo. No existía una «política gala»: los galos estaban en todas partes y en todos los bandos.

Liberado de los problemas de Siria por la paz de 216, Antíoco iba a acabar con Aqueo. Para cercarle se alió con Atalo I y le acorraló en Sardes, ciudad a la que sitió (Polibio, VII, 15-18). Aqueo fue capturado, torturado y ejecutado en 213 (Polibio, VIII, 15-21).

Una vez desembarazado de Aqueo, Antíoco III se dirigió hacia Irán y Bactriana, tradicional movimiento de alternancia que se imponía a los Seléucidas. Respecto a esta larga campaña que transcurrió entre 212 y 205, no poseemos fuentes continuas, salvo Justino, muy incompleto, al que veremos nuevamente en nuestras referencias. En Bactriana, Diodoto II sucedió a Eutidemo antes del año 227 (Polibio, XI, 34). Apenas conocemos de él algo más que sus hermosas monedas. Arsaces II iba a ser el nuevo rey de los partos (Justino, XLI, 5, 7). En 212. Antíoco III comenzó su expedición por la alta Asia. Pretendía asegurarse tributos en dinero y caballos y conseguir la colaboración de los tributarios mediante un matrimonio con una princesa seléucida. Un pacto similar concluyó con Jerjes de Armenia, que contrajo nupcias con Antióquide, hermana de Antíoco, y que se comprometió al pago de un tributo único (Polibio, VIII, 23).

En 211, Antíoco retiró del templo de Ecbatana, en la Media, el oro y la plata que lo adornaban y el total le supuso 4000 talentos (Polibio, X, 27). Había que «desbloquear» las riquezas inmovilizadas en beneficio de los mercenarios.

En 209 comenzó una penosa progresión hacia Hicarnia y los partos a través de desiertos y montañas (Polibio, X, 28-31). El rey de los partos, Arsaces II, se convirtió en aliado de Antíoco III (Justino, XLI, 5, 7). A continuación, le tocó el turno a la Bactriana. Era el año 208. Eutidemo, vencido en el Arios (Polibio, X, 49), se refugió en Bactres, donde Antíoco le asedió, en vano, durante dos años (Polibio, XXIX, 12, 8). En 206, los dos reyes se vieron obligados a negociar ante la amenaza de los nómadas. Siempre el mismo esquema: Eutidemo, defensor de las marcas amenazadas, permaneció como rey y Antíoco prometió a su hijo Demetrio que daría en matrimonio a una de sus hijas (Polibio, XI, 34). A no tardar, en 206-205, pasó a la India, donde renovó la amistad con el rey Sofagaseno, que le proporcionó elefantes, víveres y tesoros (Polibio, XI, 34). Después regresó a Occidente, tras cuatro años de anábasis, a través de Aracosia, Drangiana y Carmania (Polibio, XI, 34). Dio un rodeo por Gerra (Bahrein) y obligó al jefe árabe, cuya libertad respetó, a prometerle la entrega de un tributo de plata, incienso y mirra (Polibio, XIII, 9).

Tanto en Oriente como en Occidente, el desmembramiento provocó la usurpación de las prerrogativas reales. Pero, ¿por qué Molón y Aqueo eran «usurpadores» a los que se dio muerte, mientras que Jerjes, Arsaces, Eutidemo y Sofagaseno se convirtieron en aliados, tan sólo tributarios, defensores del helenismo y a los que se convertía en yernos y cuñados? La explicación es que Babilonia, a la que amenazaba Molón, y el Asia Menor, que ocupó Aqueo, eran ya los reductos del reino, a la vez que Asia Menor era el trampolín codiciado de las ambiciones egeas de las grandes dinastías helenísticas.

Es a esta Grecia a la que debemos volver nuestra atención. A la muerte de Dosón, ocurrida en 221, Filipo V era, pues, rey (Polibio, II, 70). Polibio subraya el

deterioro psicológico de este joven rey en cada etapa de su carrera; ese hombre inteligente, y bien dotado, que se entregó a la violencia.

La guerra de los aliados: 220-217. Roma de Iliria: 219

La frágil liga de Dosón se disolvió. Los etolios hicieron incursiones en el oeste del Peloponeso. Arato reaccionó. Fue vencido en Cafias, en Arcadia (Polibio, IV, 3-13). Como siempre, la lucha entre las grandes potencias avivó la guerra civil en las ciudades, donde los partidos hicieron un llamamiento a los etolios, a los aqueos y a los macedonios. Así, Cnosos solicitó la ayuda de los etolios contra Lito, mientras que los aliados de éste llamaron a Filipo en su ayuda (Polibio, IV, 53-55). Una asamblea aquea, celebrada bajo la presidencia de Filipo, decidió la guerra contra los etolios, para liberar a quienes habían obligado a entrar en su liga y para restablecer la autoridad de los anfictiones sobre el templo de Delfos, autoridad que los etolios habían usurpado (Polibio, IV, 25). Pero la guerra se estancó. En 217, Filipo, que acababa de arrebatar Tebas de Ptiótida a los etolios, acudió a los juegos nemeos. En esa fiesta, se produjo un lance imprevisto. «Mientras el rey comenzaba a contemplar los juegos gimnásticos, un correo de Macedonia le entregó un pergamino anunciándole que los romanos habían sido vencidos por Aníbal» (en el lago Trasimeno) (Polibio, V, 101). El rey leyó la misiva en silencio y luego la leyó a Demetrio de Faros, que estaba a su lado. Demetrio le aconsejó que pusiera fin a la guerra cuanto antes, se dirigiera a Iliria y penetrara en Italia (Polibio, V, 101). No nos plantearemos aquí si el relato es verídico, pero admiramos el arte del historiador de indicar, mediante un silencio, un hito decisivo en la historia.

Es bien cierto que la paz de *statu quo* concluida en Naupacto en 217 (Polibio, V, 102-105) —los etolios perdieron algunas plazas, pero permanecieron en Delfos— traducía la súbita consciencia del peligro romano. En el momento de la firma del tratado, Polibio atribuye a Agelao de Naupacto una advertencia solemne: los griegos debían unirse ante la amenaza procedente de Occidente, donde el vencedor, ya fuera cartaginés o romano, no se contentaría con la conquista de Italia (Polibio, V, 104).

Los romanos habían abandonado Iliria en 228, convencidos de haber frenado las ambiciones de Demetrio de Faros. Pero muy pronto, éste, aliado al dinasta-pirata Escerdilaida, y asentándose en el reino de Teuta a la muerte de ésta, sobrepasó hacia el Sur los límites que Roma le había fijado (Polibio, IV, 16). Roma reaccionó y en 219 se instaló en Iliria, expulsando a Demetrio (Polibio, IV, 37), el cual pasó entonces a ser el consejero antirromano de Filipo V (Polibio, V, 12; VII, 13).

La primera guerra de Macedonia: 215-205

Al atacar a Roma en Iliria, era lógico que Filipo V se aliara con los enemigos de Roma. Polibio (VII, 9) da el texto griego de la alianza de Filipo con Aníbal con vistas a una guerra común contra Roma para liberar Corcira, las costas de Iliria y recibir

los rehenes otorgados a Roma por Demetrio. El texto latino de Tito Livio (XXIII, 33), bastante diferente, menciona la existencia de designios de largo alcance, improbables en esa época, y de un proyecto de reparto del mundo.

El tratado provocó el descontento en el Peloponeso y entre los aqueos. Filipo reaccionó brutalmente, por otra parte en vano, atacando Mesenia (Polibio, VII, 12; VIII, 12). Arato, enfermo de muerte, abandonó gradualmente la solidaridad con Filipo, y Polibio (VIII, 12) cree que éste le hizo envenenar (cf. Plutarco, *Arato,* 49-53; Pausanias, V, 29-82). Demetrio de Faros resultó muerto en un ataque contra el Itomo, acrópolis de Mesenia (Polibio, III, 19).

En 214, Filipo atacó Iliria, donde se enfrentó con el pretor M. Valerio Levino (Polibio, VIII, 13-14 y VIII, 1).

Respuesta al tratado de Filipo con Aníbal: tratado romano-etolio

En 212, Roma, segura de sí misma tras la victoria en Siracusa, se alió con los etolios, que agruparon en su torno a quienes se sentían indignados por las brutalidades de Filipo en Mesenia, especialmente, Esparta, Elis y Mesenia. Los etolios pretendían reconquistar Acarnania, en poder de Filipo, y Roma prometió su ayuda. Pérgamo, que era su aliada, entraría también en la alianza con Roma. El *Tratado romano-etolio,* ratificado probablemente en el año 210, estipulaba que Roma cedería a los etolios las ciudades y sus territorios, conquistados mediante las armas, reservándose todo el botín o la mitad de él en caso de conquista en común. La versión etolia, que se conserva parcialmente en una inscripción en piedra (*SEG,* XIII, 382; XVI, 370 y XVII, 280) es más explícita que la de Tito Livio (XXVI, 24), quien, por otra parte, reproduce las disposiciones establecidas en caso de paz separada de uno de los dos aliados con Filipo (cf. Polibio, IX, 39; XI, 5; XVIII, 38).

Los romanos penetraron en el golfo de Corinto. Filipo, por su parte, irrumpió por todos los frentes: Iliria, Dardania, Tracia y Tesalia, y los etolios se lanzaron sobre Acarnania (Tito Livio, XXVI, 25) y progresaron por todas partes (Polibio, IX, 41-42; X, 41-42; XI, 7; 11-18). Los romanos ocuparon Egina (Polibio, IX, 42, 2) y la entregaron a los etolios, los cuales la vendieron a Atalo (Polibio, XXII, 8, 10; cf. *OGIS* 281). La lucha se generalizó en todas partes (Tito Livio, XXVII, 30-33; XXVIII, 5). Rodas, Quíos, Ptolomeo IV y Atenas ofrecieron en vano su mediación (Tito Livio, XXVII, 30). El juego de las alianzas amplió la zona del conflicto: Atalo I fue proclamado estratego de los etolios en 209 (Tito Livio, XXVII, 29) y Prusias entró en el bando de Filipo (Tito Livio, XXIX, 12).

Pero, súbitamente, Filipo tuvo que regresar a Macedonia para hacer frente a una invasión de los dárdanos (Polibio, XXVIII, 8). ¡Debilidad secular de los reyes de Macedonia, la amenaza bárbara! Hubo botines y masacres, y Grecia resultó desangrada.

Los etolios pronto se sintieron desanimados: Atalo fue llamado a Asia, por cuanto Prusias había invadido su territorio (Tito Livio, XXVIII, 7); Filopemen, elegido estratego de los aqueos, obtuvo sobre los espartanos una victoria en Mantinea, en el año 207 (Polibio, XI, 11-18; Plutarco, *Filopemen,* 10). En 206, Filipo asoló la capital de los etolios, Termo, y saqueó el templo (Polibio, V, 9; IX, 30; XI,

7, 2). Los etolios se convencieron, entonces, de la necesidad de establecer con Filipo una paz por separado, paz que supuso la pérdida de Tesalia occidental, el Egeo y el golfo maliaco (Polibio, XI, 4-6; Tito Livio, XXIX, 12) y que Roma les reprocharía como una ruptura de la alianza (Tito Livio, XXXI, 29). No obstante, los romanos —al igual que Filipo— también deseaban la paz. Ésta se firmó en *Fénice,* en el Epiro, en 205 (Tito Livio, XXIX, 12; *status quaestionis* de Will., *Hist. Pol.,* II, pp. 81-84, sobre la inclusión de Ilión y Atenas al lado de Roma). Roma ocupó definitivamente Iliria.

Naturalmente, por debajo de los protagonistas y guiando sus decisiones se enfrentaron, tanto en Roma como en las ciudades griegas, las diversas facciones, con sus ambiciones y sus rencores.

Entre 205 y 200, Roma, ocupada en África, se desinteresó de Grecia.

La indignación creciente de Polibio (XIII, 3-4) indica el descenso de popularidad de Filipo entre los aqueos, mientras que en Esparta, Nabis reanudó el programa de reformas y de expansión territorial de Cleómenes (Polibio, XIII, 6-8). Los etolios, debilitados y endeudados, pensaban en una legislación revolucionaria (Polibio, XIII, 1). Filipo, por medio del pirata Dicearco, controló el Egeo y ocupó Creta, lo que le supuso un enfrentamiento con Rodas, pero también una serie de ventajas que le permitieron volver a contar con una flota (Polibio, XIII, 4; XVIII, 54; Diodoro, XXVIII, 1).

La quinta guerra de Siria: 202 o 201-200

Durante la tregua en las hostilidades entre Roma y Filipo, éste discutió con Antíoco III (en 203-202) sobre un eventual reparto de Egipto o, al menos, de sus posesiones exteriores (Polibio, III, 2, 8; XV, 20; Tito Livio, XXXI, 14). La ocasión parecía propicia: Ptolomeo IV había muerto a fines del año 205 y su hijo, Ptolomeo V, tenía tan sólo cinco años. La reina madre, Arsínoe, fue asesinada, asumiendo el poder el ministro Agatocles (Polibio, XV, 25, 1-3). Por otra parte, Agatocles no tardó en ser asesinado por los alejandrinos, que se rebelaron (Polibio, XV, 25-33). Por contra, Antíoco intentaba fortalecer la cohesión de su reino. Suprimió el cargo de sátrapa, base de la usurpación, y desmembró las grandes satrapías (cf. Will, *Hist. Pol.,* II, p. 96).

Antíoco III invadió Siria en 202 o 201. Escopas el etolio, que dirigía las tropas egipcias, resistió durante largo tiempo en Gaza, pero tuvo que capitular tras la *victoria de Antíoco en el monte Panion,* en el año 200. Así terminaba, al cabo de un siglo, la dominación ptolemaica en Siria (Polibio, XVI, 18-19; 22 *bis;* 39). Fue entonces cuando intervino Roma, a petición de las embajadas egipcias. Conminó a Antíoco a no poner el pie en Egipto y a Filipo V a evacuar las posesiones ptolemaicas del Asia Menor (Justino, XXXI, 1, 1-4, sobre Antíoco; XXX, 3, 4, con respecto a Filipo).

La segunda guerra de Macedonia: 200-196

Mientras Antíoco se dirigía a Siria, Filipo V asoló la región de los estrechos con la colaboración de Prusias (Polibio, XV, 21-24; Tito Livio, XXXI, 31). Esta acción de

Filipo despertó la inquietud de Atalo y de Rodas. En 201-200 sitió a la guarnición ptolemaica de Samos. Rodas, que intervino en el conflicto, fue derrotada por mar en Lade (Polibio, XVI, 10, 1), tras lo cual Filipo invadió Mileto y puso, en vano, sitio a Pérgamo (Polibio, XVI, 1). Hubo otra batalla naval en Quíos, con resultado indeciso (Polibio, XVI, 2-9). Ignoramos en qué orden cronológico ocurrieron estas dos batallas. Filipo saqueó la Caria pero se dejó bloquear en Bargilia por las flotas de Rodas y Pérgamo, y su ejército sufrió los efectos de la falta de alimentos (Polibio, XVI, 12; 24; Diodoro, XXVIII, 5).

Rodas y Pérgamo, inquietas ante los ataques de Filipo, solicitaron ayuda a Roma en el otoño del año 201. Roma acababa de triunfar sobre Cartago (año 202) en Zama. Estaba, pues, lista para entrar en Asia (Polibio, XVI, 24; Tito Livio, XXXI, 2).

En la primavera del año 200, Filipo salió de Bargilia y sitió El Pireo (Tito Livio, XXXI, 14), pero fue expulsado por una escuadra enviada desde Rodas y Egina, posesión de Atalo (Tito Livio, XXXI, 14). Atalo y los rodios fueron recibidos triunfalmente en la Atenas liberada (Polibio, XVI, 25; Tito Livio, XXXI, 14-15). No conocemos la cronología exacta de estos acontecimientos, dado que el orden de los fragmentos de Polibio se ha establecido, en ocasiones, de forma aproximada.

Comenzó entonces la larga serie de «misiones de información» que el Senado iba a enviar a Grecia y Asia. Tres legados, con la misión de reconciliar a Antíoco III y Ptolomeo V (Polibio, XVI, 34) se detuvieron en Atenas en el momento en que «Nicanor, uno de los lugartenientes de Filipo, saqueaba el Ática y avanzaba hasta la Academia» (Polibio, XVI, 27). Los legados comunicaron a Filipo que Roma no permitía que nadie interviniera en Grecia ni en los asuntos de Ptolomeo. Filipo rechazó el ultimátum y sitió Abidos. Obligados a capitular, sus habitantes se suicidaron. Los legados romanos volvieron a plantear el ultimátum a Filipo, pero fue en vano (Polibio, XVI, 25-34).

Era octubre del año 200. Roma había cambiado de lenguaje y de estilo. La victoria de 202 sobre Cartago había dado a la clase social que había hecho esa guerra una clara conciencia de su fuerza y, asimismo, la ambición de obtener nuevas victorias. Las familias dirigentes, consagradas a la carrera militar, exigían conquistas, tanto por el triunfo como por el botín. Tito Livio insiste en este móvil (véase el análisis de Will, *Hist. Pol.*, II, p. 124 y C. Nicolet, *Le métier de citoyen dans la Rome républicaine,* 1976, pp. 467-472). Los romanos no esperaron más. Desembarcaron en Iliria y Corcira, y a partir de allí ampliaron su ocupación, mientras que los «pequeños reyes» de la región se sometieron (Tito Livio, XXXI, 18; 27-28). Filipo sitió de nuevo Atenas, víctima pasiva (Tito Livio, XXXI, 25), donde Tito Livio subraya (XXXI, 44) que se hacía la guerra con la letra y la palabra. No obstante, durante los años 200 y 199 no hubo operaciones decisivas.

Flaminino: Cinoscéfalos

T. Quintio Flaminino fue elegido cónsul para el año 198-197. No había cumplido aún los 30 años. Roma exigió a Filipo que abandonara todas sus conquistas. Una *Vida* de Plutarco y Tito Livio (XXXII-XXXIII) nos hablan de un Flaminino convertido en héroe, que recupera en nombre de Roma el tema de la «libertad de

los griegos». Flaminino es el tipo de aristócrata agente de la ascensión de Roma y el hombre de la realeza según el ideal helenístico: filoheleno por cultura, diplomático sutil y sensible, antítesis del brutal Filipo. Seguro de la fuerza de Roma, supo escuchar y esperar a que madurase en Filipo la incertidumbre de la derrota.

Nada más producirse su elección para el consulado, Flaminino se trasladó al Epiro. Encontró a Filipo junto al río Aoos y le exigió la evacuación de todas las ciudades de Grecia. El rey insistió en conservar las que le habían legado sus antepasados, pero Roma quería el todo o nada. En definitiva, los dos enemigos estaban abocados a la lucha (Tito Livio, XXXII, 10; Diodoro, XXVIII, 11).

En el desfiladero del Aoos, Flaminino atacó por la retaguardia a Filipo, que tuvo que huir (Tito Livio, XXXII, 11-12). Los romanos entraron en Tesalia, donde Filipo había puesto en práctica la política de «tierra quemada» (Tito Livio, XXXII, 13-15). Atravesaron Grecia central hasta el golfo de Corinto y su flota, en concordancia con las de Rodas y Atalo, que operaban en el golfo sarónico, tomó Corinto en un movimiento de tenaza (Tito Livio, XXXII, 16-18). Los aqueos, siempre enfrentados con Nabis, fueron invitados a declarar su apoyo a Roma o a Filipo. Tito Livio (XXXII, 19-23) analiza su perplejidad y su angustia, pues se hallaban divididos. Finalmente, la mayor parte de las ciudades de la confederación ratificaron una alianza con Atalo y con Rodas. El tratado con Roma, que debía someterse a plebiscito, sería firmado más tarde, entre 196 y 192 (Tito Livio, XXXII, 23). Los romanos necesitaban la ayuda de los aqueos para el sitio de Corinto, acción que iniciaron inmediatamente pero en la que fracasaron (Tito Livio, XXXII, 23). En Argos, el partido de la clase acomodada mantuvo a la ciudad en la alianza de Filipo (Tito Livio, XXXII, 25).

En ese momento se iniciaron a orillas de Nicea, en la Lócrida, conversaciones entre Filipo —que se negaba a abandonar las plazas estratégicas Demetrias, Calcis y el Acrocorinto— y Flaminino, que exigió el abandono total de Grecia y que, además, dio largas al asunto, pues esperaba ser prorrogado en su misión y reservar para él la victoria y la gloria (Polibio, XVIII, 1-12; Tito Livio, XXXII, 32-37, que sigue de cerca a Polibio; Plutarco, *Flaminino,* 7, 1-2). En Nicea, los griegos expusieron sus agravios, que constituyeron para el Senado el pretexto para continuar la guerra. Flaminino fue prorrogado en su cargo.

Filipo confió Argos a Nabis, el cual la saqueó (Tito Livio, XXXII, 38) abolió las deudas, repartió las tierras y pasó al bando de los romanos (Tito Livio, XXXII, 39). Beocia se unió a Roma (Tito Livio, XXXIII, 1-2). Filipo, abandonado, tendría que combatir en condiciones muy difíciles, al no disponer más que de una juventud macedónica diezmada por tantas guerras.

Fue en Tesalia, en *Cinoscéfalos,* donde Flaminino derrotó a Filipo en junio de 197 (Polibio, XVIII, 18-27; Tito Livio, XXXIII, 6-10, que cita a Polibio; Plutarco, *Flaminino,* 7-8). Los griegos no desaprovecharon la oportunidad y, así, los aqueos ocuparon Corinto (Tito Livio, XXXIII, 14-15); Rodas reconquistó una buena parte de su Perea de Caria (Tito Livio, XXXIII, 18). Roma tomó Leucade (Tito Livio, XXXIII, 16-17). Por supuesto, los dárdanos invadieron el norte de Macedonia, pero Filipo los rechazó (Tito Livio, XXXIII, 19).

La derrota de Filipo era inevitable. Como subraya Tito Livio (XXXIII, 19), Roma no tuvo que luchar en dos frentes a la vez. La segunda guerra púnica había

terminado ya cuando se inició la segunda guerra de Macedonia. Por otra parte, Grecia fue saqueada por sus propios soldados, sin compensación, mientras que Roma realizaba sus acciones de saqueo en el exterior. El potencial humano de Roma era también superior: sus familias aristocráticas, habituadas a la toma de decisiones y a la competencia de ambiciones, aportaban un personal diplomático y militar bien formado. La sed de conquista y de gloria de esa clase aristocrática poseía dos instrumentos de acción que se controlaban mutuamente: el Senado asumía la prudencia diplomática y los cónsules conducían los combates que impulsaba el pensamiento senatorial.

Es verdad que Roma no se había fijado un plan de largo alcance, pero poco hay realmente de fortuito en el encadenamiento de hechos que condujeron a la conquista de Grecia. El azar de las batallas sólo decidía el tiempo que las cosas tardaban en producirse. Es cierto que la lógica del proceso se ve acentuada, quizá, por la concepción de la historia de Polibio y Tito Livio, pero en este caso los puntos de vista sociológicos de los historiadores modernos confirman esa necesidad del acontecimiento, que aquéllos querían mostrar.

En definitiva, Filipo solicitó la paz e hizo destruir los archivos reales de Larisa para no comprometer a nadie. El decreto del Senado especificaba que el monarca macedónico evacuaría todas sus posesiones griegas, tanto en Asia como en Europa (Polibio, XVIII, 33; 44; Tito Livio, XXXIII, 11-13; 24). Entregaría a los romanos los prisioneros y desertores que tenía en su poder, así como sus barcos de puente, con excepción de cinco navíos ligeros y del barco real. Asimismo, pagaría una indemnización de guerra de 1000 talentos. Tito Livio (XXXIII, 30) menciona una cláusula de limitación de los efectivos del ejército, cláusula que no encontramos en Polibio, pero cita otra fuente, Valerio de Antium.

Las cláusulas del decreto inquietaron a los etolios por dos razones. Por una parte, Roma no les había consultado y ellos deseaban el aniquilamiento de Filipo o, al menos, la garantía de que no volvería a la guerra. Por contra, Flaminino defendía una paz sin rencores, que dejase a Filipo Macedonia, porque una Macedonia fuerte —principio de las marcas— protegería a Grecia de los bárbaros y, también, porque deseaba una Grecia pacificada para enfrentarse a Antíoco, que, como bien sabía, había de iniciar las hostilidades inmediatamente. Flaminino añadió, además, que Roma sabía ser generosa. El Senado le confirmó una vez más en su cargo, porque conocía a los griegos y porque sabía utilizar alternativamente la paciencia y la firmeza (Plutarco, *Flaminino,* 5-6).

Rodas y Pérgamo, otras «grandes potencias», también se vieron beneficiadas (Polibio, XVIII, 44-45; Tito Livio, XXXIII, 30-31). Por otra parte, una serie de guarniciones romanas permanecerían en el Acrocorinto, Calcis y Demetrias (Tito Livio, XXXIII, 31). Flaminino se ocupó de yugular la codicia de sus aliados griegos y anunció la colaboración desinteresada de Roma. Por otra parte, en el Senado se enfrentaban los proyectos opuestos de sus enemigos, pese a los cuales él pretendía «durar» (Tito Livio, XXXIII, 31 y 34). El decreto contenía, pues, algunos equívocos.

En los juegos ístmicos de 196, Flaminino proclamó el segundo aspecto de la nueva situación: *la libertad de los griegos y su autonomía.* Polibio (XVIII, 46) relata esta ceremonia con un sentido del suspense y de teatralidad muy helenístico. Luego, se produjo la frenética aclamación del liberador por parte de la multitud

(Tito Livio, XXXIII, 32-33). Pero en seguida vinieron las interpretaciones y restricciones. Los etolios, los aqueos, Rodas, Pleurato y Aminandro recibieron algunas ciudades y territorios (Polibio, XVIII, 47; Tito Livio, XXXIII, 34). Por último, se discutió sobre la relación jurídica de las ciudades a las que Roma había «dado» la libertad (Tito Livio dice *munus*), con su salvadora. Una serie de comisarios romanos fueron enviados a Antíoco para invitarle a liberar a los griegos de Asia —primera gestión ante el Seléucida (Tito Livio, XXXIII, 34)— y se invitó a Filipo a que estableciera una alianza con Roma, lo cual fue aceptado por el rey macedónico (Tito Livio, XXXIII, 35).

Quedaba aún un problema en Grecia. Se trataba de Nabis, que seguía ocupando Argos y contra cuyas reformas se levantaban todos los hombres ricos. Roma, ayudada por Eumenes y por los aqueos, le acorraló en Esparta. Nabis fue vencido, pero Roma le permitió subsistir en Esparta, aunque hizo entrar a Argos en la confederación aquea (Tito Livio, XXXIV, 22-41; Plutarco, *Flaminino,* 13).

A fines del verano de 194, y pese a la oposición de una parte del Senado y de Escipión, que temían un ataque de Antíoco, Flaminino fue llamado a Roma, repatriándose además todas sus tropas, incluida la guarnición del Acrocorinto (Tito Livio, XXXIV, 43; 48-52). Los griegos dedicaron a Flaminino cultos y monumentos. Éste se llevó de Grecia obras de arte, oro y plata para su triunfo (Plutarco, *Flaminino,* 14). Así, Roma quería significar que había sido la liberadora desinteresada de Grecia, sin que le impulsaran motivos de conquista. ¿Sinceridad o duplicidad? Tal vez ambas cosas, pues una política surgida de concesiones mutuas entre partidos opuestos no puede reducirse nunca a términos simples.

Roma contra Antíoco III: 197-188

En la primavera de 197, Antíoco III se había apoderado de Éfeso y de las posesiones ptolemaicas de Cilicia y Panfilia. Esmirna y Lámpsaco expusieron al Senado su reivindicación de libertad. Por su parte, Antíoco avanzaba por el Helesponto. El Senado le conminó a renunciar a las ciudades griegas de Asia y a no penetrar en Europa (Polibio, XVIII, 47; 50-52; Tito Livio, XXXIII, 39-40). Antíoco respondió que era únicamente de su generosidad y no de los romanos de quienes las ciudades de Asia debían obtener la libertad. El conflicto estaba virtualmente iniciado.

En 195 firmó la paz con Ptolomeo V, que conservó Chipre, algunas plazas de Grecia oriental y Tera. En 196, el decreto de Rosetta (*OGIS* 90), de los sacerdotes reunidos en Menfis, mostraba las concesiones que la monarquía había hecho al clero para conseguir su lealtad en el curso de un largo período de revueltas.

No se ha conservado ningún fragmento de Polibio para los años 195-192.

A fines de 195, Aníbal reaparece cerca de un rey, con todo su odio contra Roma. Huye de Cartago y se reúne en la corte de Antíoco III (Tito Livio, XXXIII, 45-49; XXXIV, 60) y, desde allí, amenaza a los romanos. Eumenes II, de Pérgamo, que había sucedido a Atalo I en 197, apoyaba a los romanos, puesto que Antíoco era para él una amenaza permanente. Roma, ante el llamamiento de Antíoco para firmar un tratado de amistad, se mostró dispuesta a renunciar a su protección sobre

las ciudades de Asia, pero continuó exigiendo que el rey abandonara Europa (Tito Livio, XXXIV, 57-58). Pero Antíoco, tal vez contando con la ayuda de los etolios y de Nabis, se mostró intransigente y pasó el Helesponto (Tito Livio, XXXIV, 57-59). Aníbal intrigaba en Cartago para luchar en Italia. Los etolios rompieron con Roma. Así, todo comenzó de nuevo (Tito Livio, XXXIV, 60-62). Uno de los embajadores de Antíoco, Minion, subrayó ante el Senado que los romanos, defensores de la libertad de los griegos, no habían dudado en esclavizar a las ciudades griegas de Italia y Sicilia (Tito Livio, XXXV, 16). En efecto, Marcelo había conquistado Siracusa en 212. Por otra parte, Antíoco se declaró defensor de la libertad de los griegos de Europa, en contra de Roma (Tito Livio, XXXV, 12-20; 22-23; 25-39; 41-43). Tito Livio (XXXV, 12-20) evoca las dudas de Antíoco respecto al hecho de que Aníbal entrara en guerra. Paralelamente (XXXV, 23-24), describe la perplejidad del Senado ante la postura de Antíoco, que no se decidía a atacar, mientras se enfrentaban las intrigas de los candidatos al consulado. En Grecia, Nabis, que se había enfrentado con Filopemen (Tito Livio, XXXV, 27-30), fue asesinado finalmente por un etolio (Tito Livio, XXXV, 35-36). En las ciudades, los «descontentos y la multitud», excitados por los etolios, estaban de parte de Antíoco, mientras que los ricos se pusieron del lado de Roma (Tito Livio, XXXV, 31-34). Por su parte, Flaminino, enviado nuevamente a Grecia, multiplicaba los contactos. El conflicto no acababa de estallar.

Finalmente, Antíoco se decidió a atravesar el Egeo. Fue aclamado por la asamblea de los etolios (Tito Livio, XXXV, 44), que acababan de tomar Demetrias (Tito Livio, XXXV, 43). Los etolios y Antíoco mintieron sobre sus fuerzas respectivas. Los aqueos se situaron al lado de Roma (Tito Livio, XXXV, 48-50), al igual que Filipo. Antíoco ocupó Calcis, pero Manio Acilio Glabrio y P. Cornelio Escipión, elegidos cónsules, se unieron a Filipo en Tesalia y derrotaron en las *Termópilas* a Antíoco III, el cual tuvo que reembarcar hacia Asia (Tito Livio, XXXVI, 13-21; Polibio, XX, 8, 6).

En resumen, se afirmaba que se combatía para dar la libertad a las ciudades, libertad ilusoria. Los cónsules combatían para superar a sus enemigos en Roma. Las ciudades conservaban un valor estratégico. Hacía ya más de cien años que se luchaba por los mismos lugares. Roma adoptó todos los esquemas tradicionales de Grecia, incluidos la retórica y el derecho público. Por su parte, cada uno de los aliados de Roma mantenía sus objetivos tradicionales. Filipo, Tesalia y Demetrias; los aqueos, Mesenia y Elis (Tito Livio, XXXVI, 33; 31). En las ciudades todo eran revueltas y expropiaciones. Por último, en el otoño de 191 (Tito Livio, XXXVI, 27-30) se firmó una tregua entre los etolios y los romanos.

En Roma, las grandes familias se repartían las provincias «calientes», que proporcionaban gloria y botín (por ejemplo, Tito Livio, XXXVI, 1). Lucio Cornelio Escipión fue nombrado cónsul para el año 190 y consiguió Grecia, donde le acompañó su hermano Publio, el Africano (Tito Livio, *ibid.*). Con la ayuda material de Filipo V, al que se devolvió a su hijo Demetrio, que era rehén de los romanos, se dirigieron hacia los estrechos (Tito Livio, XXXVII, 1-7; Polibio, XXI, 2-4; Justino, XXXI, 7, 1-2). La flota romana contaba con el apoyo de las de Pérgamo y Rodas. Dos batallas navales, la primera en agosto de 190, en Side (Tito Livio, XXXVII, 23-24) y la segunda en septiembre, en Mionesa (Tito Livio, XXXVII, 27-32),

dejaron fuera de combate a la flota de Antíoco y a los refuerzos fenicios aportados por Aníbal (Polibio, XXI, 13). Los dos ejércitos aterrorizaban a las ciudades para inducirlas a tomar partido.

Antíoco deseaba llegar a un tratado y ofreció la concesión de las ciudades de Eolia y Jonia, además de las de Europa, Esmirna y Alejandría de Tróade. Aceptó también pagar una indemnización de guerra parcial, pero L. Escipión exigió la evacuación hasta el Tauro, no ya las ciudades sino toda la línea fronteriza. Asimismo, exigió la indemnización total de los gastos de guerra de Roma (Polibio, XXI, 13-15; Tito Livio, XXXVII, 34-36). Ante la perspectiva de una derrota total, Antíoco decidió correr la suerte de un último combate.

El enfrentamiento tuvo lugar en *Magnesia del Sipilo,* a comienzos de 189 (Tito Livio, XXXVII, 37-44). Antíoco fue vencido, a pesar del concurso de sus elefantes. Todas las ciudades griegas se liberaron. Los romanos aceptaron discutir con el Seléucida las cláusulas del último ultimátum. Añadieron la entrega de rehenes, entre ellos el futuro Antíoco IV, la entrega de Aníbal y el pago de 15 000 talentos en concepto de indemnización de guerra (Polibio, XXI, 17; Tito Livio, XXXVII, 45). La indemnización de guerra, novedad impuesta por Roma, era, en suma, un botín diferido y, al mismo tiempo, una justificación jurídica del botín. Durante las negociaciones, Roma redujo a los etolios, que pretendían apoderarse de Macedonia. La paz, que se firmó en 189, les privó de Acarnania, la Fócida, la Málida y la Ptiótida y les impuso una indemnización y la entrega de rehenes. Entre otras ciudades que escaparon a los etolios, seguimos un poco el caso de Delfos (*Syll.,* 3.ª ed., 607-612; Daux, *Delphes au IIe et au Ie siècle,* pp. 266-271).

Cn. Manlio Vulso rechazó a los galos del Asia Menor más allá del Halis, con la ayuda de Eumenes II (Tito Livio, XXXVIII, 12-27; XXXIX, 7, triunfo de Cn. Manlio; Polibio, XXI, 35-39).

La paz de Apamea (188)

La paz con Antíoco se firmó en 188, primero en Roma. A continuación fue ratificada en Apamea (Polibio, XXI, 24; 42-43, texto; Tito Livio, XXXVIII, 38). Recordemos las principales cláusulas de la paz. Ante todo, territoriales, que se concretaron en la retirada de Antíoco más allá de la línea Halis-Tauro, con la prohibición de luchar en la zona evacuada. Entrega de Aníbal y de otros consejeros antirromanos. Desmilitarización de Antíoco, con la entrega de los elefantes y de la flota, a excepción de diez barcos; prohibición de reclutar mercenarios en los países sometidos a Roma (a partir de entonces, el contingente humano formaba parte, pues del territorio). Regulación de los litigios pendientes con Rodas. Indemnización de guerra de 12 000 talentos, que habría de ser satisfecha en doce anualidades. Entrega de rehenes. Las eventuales diferencias con respecto a estas cláusulas serían dirimidas mediante arbitraje o por las armas, a elección de las partes.

Rodas y Eumenes no participaron en el tratado. Desde luego, no era por la libertad de los griegos por lo que habían luchado estos aliados de Roma, sino para conseguir su parte en los despojos de un rey vencido. Polibio (XXI, 18-24) y Tito Livio (XXXVII, 52-56) mencionan la decepción y las intrigas de aquéllos. Fue el

Senado el que concedió a Eumenes los territorios del Asia Menor y de las orillas de Helesponto, así como Licia y Caria –hasta el Meandro– a Rodas. Era, por tanto, Roma, la que «daba» algo a sus aliados y, de esta forma, llegado el momento, podría revocar las donaciones. En esas regiones, las ciudades griegas que antes de la batalla de Magnesia se hallaban libres, seguirían siéndolo, mientras que las que pagaban tributo a Antíoco se verían liberadas de él. Aquellas que lo pagaban a Atalo, deberían entregarlo ahora a Eumenes, a quien pasaban también Éfeso y la ptolemaica Telmese. Este reparto fue difícil, pues se basaba en la historia, no siempre aceptada, de las relaciones de las ciudades con los reyes, y en la geografía, no siempre muy segura en el espíritu de los comisarios romanos (excelente *status quaestionis* en Will, *Hist. Pol.*, II, pp. 190-193). Ariárates IV de Capadocia entró en la alianza romana (Polibio, XXI, 45; Tito Livio, XXXVIII, 37 y 39). En cuanto a los galos, se confió a Eumenes la tarea de dictarles las condiciones de paz (Tito Livio, XXXVIII, 37 y 40). Los romanos evacuaron Asia y Grecia para demostrar que no les guiaban intenciones anexionistas (Polibio, XXI, 47; Tito Livio, XXXVIII, 40-41). Egipto, que no era mencionado en el tratado, no recuperó Siria y, en cuanto a Pérgamo, salió muy beneficiada de la guerra.

El fin de Antíoco III: 187

Sin duda, la alta Asia debía haber basado su esperanza de liberación en el desastre de Magnesia. Pero Antíoco, vencido, reaccionó todavía en el Este. Se dirigió allí, después de haber designado como corregente a su hijo, el futuro Seleuco IV. Por medio del pillaje, intentó recaudar allí el montante de la indemnización de guerra que debía a los romanos. Murió cuando estaba saqueando un templo en Elimaida (Diodoro, XXI, 15; Justino, XXXII, 2, 1-2), el 3 o 4 de julio de 187 (Sachs-Wieseman, *Iraq* 16, 1954, p. 207).

Las consecuencias de la paz de Apamea

La paz de Apamea iba a ser preludio de otros conflictos, y ello por dos razones. En primer lugar, en Roma las grandes familias, ávidas de gloria y botín, saqueaban las provincias donde la guerra daba buenos frutos. Asia tenía la reputación de poseer riquezas fabulosas, y el ejército que había luchado en Asia había introducido en Roma un lujo que producía la envidia de todos (Tito Livio, XXXIX, 6). Pronto estallaron escándalos, por ejemplo, el proceso seguido contra Lucio Escipión, acusado de no haber entregado al tesoro público todo el botín obtenido en Asia (Tito Livio, XXXVIII, 53-60, da las versiones divergentes de sus fuentes). Las guerras debían tener un rápido desenlace para poder conseguir éxitos en sólo un año de consulado.

La otra razón radicaba en aquellos que se consideraron frustrados por esa paz, pues ésta no cambió las condiciones de vida, ni las mentalidades, ni las desconfianzas recíprocas entre las ciudades, las ligas y los reyes. Rodas seguía temiendo, como siempe, la influencia de Pérgamo en los estrechos. Filipo y los etolios soñaban con

recuperar, cada uno, las mismas zonas de la Grecia occidental y central; y los aqueos querían apoderarse del Peloponeso. El libro XXII de Polibio comienza con el inventario de las quejas contra los aqueos y contra Filipo.

Comencemos por los aqueos. En 188, Filopemen tomó Esparta e hizo que regresaran quienes habían sido exiliados por Nabis. Ello provocó revueltas sociales que indispusieron a Roma con los aqueos (Polibio, XXII, 12). En 184, Mesenia, la eterna disidente y la eterna víctima, decidió abandonar la Liga aquea. Filopemen intervino en 183. Fue herido, hecho prisionero y obligado a beber la cicuta (Polibio, XXIII, 12; Tito Livio, XXXIX, 49-50; Plutarco, *Filopemen,* 16; *Syll.,* 3.ª 624).

Para aplacar el orgullo de los reyes, el Senado escuchó las reivindicaciones de las ciudades. Las víctimas de los conflictos sociales acudieron a quejarse a Roma, provocando investigaciones y comprobaciones. Polibio (XXIII, 1) se refiere a la multitud de embajadores que intrigaban ante el Senado. Todo un mundo de expertos vivía de ello. Por su parte, Filipo V, frustrado por los resultados de su alianza con Roma, reorganizó su reino. Para luchar contra ella en mejores condiciones, si llegaba el caso, hizo que la costa occidental de Macedonia quedara desierta y la pobló con tracios y otros pueblos bárbaros. Además, provocó la muerte de los macedonios que habían abandonado su causa durante la segunda guerra de Macedonia (Polibio, XXIII, 10; Tito Livio, XXXIX, 23; XL, 3). «Reconstruyó sus finanzas, imponiendo un gravamen sobre las tierras y el comercio marítimo, realizando prospecciones mineras y reanudando la explotación de las minas abandonadas», lo cual, según Tito Livio (XXXIX, 24) era indicio de intenciones hostiles contra Roma, como también lo era que intentara estimular el incremento de la natalidad.

Tito Livio ha reunido una requisitoria contra las violaciones, por parte de Filipo, de las restricciones que se le habían impuesto, ya que le atribuye la responsabilidad de la tercera guerra de Macedonia (XXXIX, 23-24). Así, no evacuó Ainos, Maronea y las posesiones tracias de Antíoco, lo que produjo la irritación de Eumenes, al que las había cedido Roma (Polibio, XXII, 6). Filipo fue conminado a abandonar esas regiones, después de que se hubiera realizado una investigación senatorial. Se negó a obedecer (Polibio, XXII, 11; 13-14; XXIII, 1-3; 8; Tito Livio, XXXIX, 24-29; 33-35; 46-48; 53). La consecuencia de este hecho fue que los tesalios y la Anfictionía se lanzaron en brazos de Eumenes, garante de su autonomía (*Syll.,* 3.ª ed., 630). También los atamanes y los perrebos reclamaron la devolución de sus ciudades (Tito Livio, XXXIX, 33). Roma no sólo escuchó a los representantes de cada ciudad, sino también a los de cada facción (Polibio, XXIII, 1; Tito Livio, XXXIX, 46). Finalmente, entre 184 y 181, Filipo pensó en masacrar a los dárdanos por medio de los bastarnos e instalar a éstos en su lugar. Pero al conocer la noticia de su muerte en 179, los bastarnos saquearon el país (Tito Livio, XL, 57-58).

En 183, y para defenderse de estas acusaciones, Filipo había enviado a Roma a su hijo Demetrio, que permaneció allí como rehén e hizo amistades (Polibio, XXIII, 1-2; Tito Livio, XXXIX, 47). Perseo, el hijo mayor, de quien se decía que era bastardo (Tito Livio, XXXIX, 53), y que envidiaba a su hermano, impulsó a Filipo V a que hiciera asesinar a Demetrio en el año 180 (Polibio, XXIII, 1-2; 7; 10; Tito Livio, XXXIX, 35; 47-48; 53; XL, 5-16; 20-21; 23-24). Tito Livio (XL, 54-56) presenta la muerte de Filipo, en 179, como el desenlace de la tragedia del remordimiento.

Eumenes II denunció que la recuperación de la economía macedónica y las transferencias de población eran indicio de la voluntad de Filipo de hacer la guerra a Roma (Tito Livio, XLII, 11). Los griegos se atemorizaron ante el asentamiento de los bastarnos en las proximidades (*Syll.,* 3.ª ed., 643). La celebración de dos matrimonios hizo pensar en posibles coaliciones: Perseo casó con la hija de Seleuco IV, y Prusias II con la hermana de Perseo (Tito Livio, XLII, 12). Eumenes se sintió amenazado.

Sin embargo, lo primero que hizo Perseo fue pedir al Senado que renovara la alianza concluida con su padre y le confirmara el título de rey (Tito Livio, XL, 58, 8).

Pero se le reprochaba todo. Cuando acudió a la frontera Norte para rechazar a los sapeos y a su rey Abrúpolis, «amigo de Roma», Eumenes vio en ello un gesto antirromano (Polibio, XXII, 18, 2; Tito Livio, XLII, 13; 40; 41). Según Polibio (XXV, 2), las amnistías fiscales, el perdón de deudas y el regreso de los exiliados suscitaron el entusiasmo general. Entre 179 y 174, Perseo extendió su influencia a Delfos, adonde acudió en peregrinación, y volvió a ocupar un lugar en la Anfictionía restaurada (Tito Livio, XLI, 23; *Syll.,* 3.ª ed., 636; cf. Daux, *op. cit.,* pp. 304 ss.). Eumenes le acusó de preparar, por medio de esta demagogia, su lucha contra Roma. Entre los etolios se enfrentaban los endeudados con los ricos romanófilos, lo cual se reprochaba a Perseo (Tito Livio, XLI, 25; XLII, 5; Diodoro, XXIX, 33). La multitud –dice Tito Livio (XLII, 30)– era favorable a Perseo y a los macedonios; los grandes se hallaban divididos, pero en general apoyaban a Roma. Desde 198, los aqueos habían prohibido a todo macedonio la entrada en los territorios que controlaban. Perseo les pidió que derogaran esa prohibición (Tito Livio, XLI, 23; 24).

En Asia, Eumenes había vencido a los galos (186-183) y, luego, a Farnaces del Ponto (183-179). Asesinado Seleuco IV en 176-175, su sucesor Antíoco IV se proclamó amigo de los romanos y, desde ese momento, se deshizo la alianza del Seléucida con Perseo, que había sido sellada con un matrimonio. Pero Rodas, temerosa de que Eumenes pudiera controlar los estrechos, se aproximó a Perseo (Polibio, XXV, 3).

Este cambio de alianzas polarizó, así, en torno a Perseo y Eumenes II, dos coaliciones. La causa ocasional del estallido del conflicto fue el atentado fallido contra Eumenes, cuando en su regreso de Roma a Pérgamo ascendía hacia Delfos; atentado del que se acusó a Perseo como instigador (Tito Livio, XLII, 15-16; 40). Roma quería acabar con Perseo. Le calumnió.

Pero, en Roma, el gesto fatal se retrasó, pues si los *homines novi* deseaban la guerra, la aristocracia senatorial quería la paz y, hay que decirlo también, Roma, ocupada todavía en Hispania, no estaba aún preparada (Tito Livio, XLII, 43; 47). Se limitó, entonces, a enviar misiones diplomáticas a las ciudades. El apoyo de Rodas fue solicitado tanto por Roma como por Perseo (Polibio, XXVII, 1-7; Tito Livio, XLII, 37-46). Los enviados de Roma se encontraron a veces, codo a codo, con los de Perseo (Tito Livio, XLII, 38-42). Tito Livio (XLII, 30) subraya que las ciudades griegas no podían estar tranquilas, salvo si dos rivales poderosos se controlaban mutuamente. Roma concluyó una tregua con Perseo para ganar tiempo (Tito Livio,

XLII, 43), mientras que Perseo envió a las ciudades una notificación en la que justificaba su política (Polibio, XXVII, 4).

Pero, en 171, dos plebeyos partidarios de la guerra, P. Licinio Craso y C. Casio Longino, fueron designados cónsules (Tito Livio, XLII, 28). Las tropas partieron mientras los diplomáticos todavía fingían buscar la paz. El ejército de Perseo era numeroso y estaba atestado de bárbaros, tracios y galos. Apenas había en él contingentes de las ciudades. Tito Livio (XLII, 52) observa que 26 años después de la batalla de Cinoscéfalos, Macedonia había sido repoblada. Por contra, en Roma el ejército estaba fatigado por la guerra de Hispania y de Liguria y Tito Livio (XLII, 34) pone en boca de un soldado el recuento de la larga lista de las guerras en las que había participado, pero también su aceptación de la que iba a comenzar. Un último acto diplomático: en 171, Roma explicó su posición en un manifiesto dirigido a los griegos, que fue hecho público en Delfos (*Syll.*, 3.ª ed., 643), y reanudó las acusaciones contra Perseo, que Tito Livio atribuye a Eumenes.

En 170-169 comenzaron las operaciones en Iliria, donde el rey Gentio, que había intentado en vano que Perseo pagara por su colaboración, fue totalmente aplastado (Polibio, XXVIII, 8-9; XXIX, 3-4; Tito Livio, XLIII, 1; 18-21; XLIV, 23; 26-27; 30-32; *Syll.*, 3.ª ed., 643, 1. 28).

La actividad diplomática recomenzó. Rodas se debatía en la incertidumbre, dividida entre dos facciones, una favorable a Roma y la otra partidaria de Perseo. Esta incertidumbre habría de resultar fatal (Polibio, XXVIII, 2; 16-17; XXIX, 3). Eumenes, que se había ofrecido a Perseo como mediador (Polibio, XXIX, 7-9), vio cómo se enfriaba la actitud del Senado con respecto a su persona, prefiriendo a Atalo II (Polibio, XXIX, 6). Tito Livio (XLIV, 24-25) atribuye a Perseo la intención de establecer una «alianza de reyes» contra Roma, pues había intentado ganar también para su causa a Antíoco (Polibio, XXIX, 4).

El conflicto se hallaba, pues, en un *impasse*. Pero, en 168, Macedonia fue confiada al cónsul Paulo Emilio (Tito Livio, XLIV, 30) y, desde ese momento, los acontecimientos se desarrollaron de forma vertiginosa. Paulo Emilio, que desembarcó en la actual Itea, penetró a marchas forzadas en Macedonia y, en una batalla fulgurante, aplastó a Perseo en *Pidna* el 22 de junio de 168 (Tito Livio, XLIV, 41-42; Plutarco, *Paulo Emilio,* 14-23, que consultó y discutió a Polibio). Perseo se entregó a los romanos junto con su hijo primogénito (Tito Livio, XLV, 4-6). Las ciudades de Macedonia se rindieron al vencedor (Tito Livio, XLIV, 43-46) y Paulo Emilio se dirigió a Grecia en un viaje de descanso (Tito Livio, XLV, 27-28; Plutarco, *Paulo Emilio,* 27).

En 167, el Senado confió a diez comisarios la misión de discutir con Paulo Emilio la suerte de Macedonia. La monarquía fue abolida. El país, al que se anexionó el Epiro, fue dividido en cuatro distritos autónomos (Estrabón, VII, frg. 47), tal vez con una asamblea común (Tito Livio, XLV, 18, 29 y 32). Las monedas muestran que los distritos estaban numerados. Nadie podría casarse ni vender o comprar tierras fuera de su distrito. A esa compartimentación se añadió el desmantelamiento del poder político basado en el oro (cierre de las minas de oro y plata, pero no de las minas de cobre y hierro; prohibición de importar sal, que era utilizada en el tratamiento del oro) y el aniquilamiento del poderío militar (prohibición de cortar madera para la construcción de barcos; desmilitarización, salvo en las zonas

fronterizas septentrionales expuestas a las incursiones de los bárbaros). Finalmente, los impuestos fueron reducidos.

En Grecia, una investigación sobre el comportamiento de los notables durante la guerra provocó numerosos arreglos de cuentas, condenas y suicidios (Polibio, XXX, 6-9; Tito Livio, XLV, 31). Las ciudades anexionadas por Perseo en Grecia fueron declaradas libres (Tito Livio, XLV, 29). Atenas recuperó Lemnos, y Delos se convirtió en colonia ateniense (Polibio, XXX, 20). El Epiro fue entregado al saqueo de los soldados romanos. Ocurrió una auténtica masacre (Polibio, XXX, 15). Plutarco (*Paulo Emilio,* 28) habla de 150 000 prisioneros, cifra que también menciona Polibio.

Tito Livio (XLV, 32-42) y Plutarco (*Paulo Emilio,* 29-37), que siguen a Polibio (cuyos fragmentos sobre estos acontecimientos no se conservan), describen el asombro de los romanos ante los tesoros del palacio de Pella. Estos autores evocan, además, las fiestas fastuosas de un Paulo Emilio tratado como un rey. A continuación, Paulo Emilio remontó el Tíber en la galera real de Macedonia al frente de una flota cargada de armas, vajilla preciosa, tapicerías, oro, obras de arte y esclavos que participarían en su triunfo, precediendo a Perseo y a sus hijos. Paulo Emilo –afirma Plutarco (37)– entregó al tesoro tal cantidad de dinero que el pueblo no tuvo que pagar impuestos hasta la época de Hirtio y de Pansa, es decir, hasta la primera guerra entre Antonio y Octavio. Una orgía de riqueza se apoderó de Roma, dando pleno sentido a la victoria. Percibimos aquí el carácter predador de la asociación del ejército y las grandes familias, que orientaban las decisiones políticas de Roma. Pero los soldados se consideraban frustrados y el triunfo, obtenido a pesar de la envidia de algunos, se vio ensombrecido, en el caso de Paulo Emilio, por la muerte de sus dos hijos.

Subrayamos que Roma no ocupó Macedonia. Bastaba con aniquilarla. Pero no todo el mundo murió en ella.

Pérgamo desde la paz de Apamea hasta Pidna: 188-168

El engrandecimiento de Pérgamo después de la paz de Apamea provocó conflictos con sus vecinos. Un conflicto con Prusias I de Bitinia, al cual aconsejaba Aníbal, pues Roma había entregado a Eumenes una parte de Bitinia, en el caso de que éste la conquistara (Tito Livio, XXIX, 46), desembocó en 183 en una solución favorable a Eumenes, quien, entre tanto, había vencido a los galos. Aníbal, acorralado, se suicidó (Justino, XXXII, 4, 6-8; Tito Livio, XXXIX, 51-52). Eumenes multiplicó las donaciones a las ciudades griegas con fines propagandísticos, donaciones que los aqueos rechazaron como interesadas (Polibio, XXII, 7-8). El mundo griego fue invitado a las fiestas de Niceforia, en Pérgamo, donde el gran altar conmemoraba la victoria sobre los galos.

Luego, Eumenes atacó a Farnaces I del Ponto al frente de una coalición (182-179). Farnaces acababa de ocupar Sínope (Polibio, XXIII, 9) y de invadir Capadocia (Polibio, XXIV, 13). Este conflicto se solventó con la mediación de una comisión romana favorable a Eumenes (Polibio, XXIV, 14). El tratado (Estrabón,

XII, 3, 11) obligó a Farnaces a devolver sus conquistas, salvo Sínope, que convirtió en su capital (Latyshev, *Inscr. Ant. Orae Septent. Pont. Eux.* I², 402).

Deterioro de las relaciones de Roma con Pérgamo

En 168 estalló una rebelión de los galos contra Eumenes y Roma no ayudó al rey de Pérgamo, al que el Senado trató con total frialdad, hasta el punto de negarse a recibirlo, mientras que lo hacía con Prusias y con los embajadores llegados para felicitar por la victoria de Pidna (Polibio, XXX, 19). Ignoramos las razones de ese enfriamiento. Sin embargo, Eumenes triunfó una vez más sobre los galos, poco después de Pidna (*OGIS,* 305, 751-763; Polibio, XXIX, 22). Eumenes se anexionó entonces Galacia. Pero, en 166, el Senado la otorgó a los galos con la condición de que no volvieran a salir de sus fronteras (Polibio, XXX, 28). La victoria de Pidna había hecho innecesaria para Roma la alianza de Pérgamo.

Deterioro de las relaciones de Roma con Rodas: 188-168

El tratado de Apamea, de 188, liberó a Rodas de la amenaza seléucida que se cernía sobre sus posesiones del Asia Menor. Rodas se hallaba en el cenit de su poderío económico. Estaba aliada con varias ciudades: Mileto y Heraclea, por ejemplo (*Syll.,* 3.ª ed., 633, § 4). Se le confiaba con frecuencia la labor de arbitraje, lo que revela su crédito político. Así lo hicieron, por ejemplo, Priene y Samos, entre 192 y 186 (*Syll.,* 3.ª ed., 599).

Pero el debilitamiento del poderío de los Seléucidas por el tratado de Apamea, y la eliminación de Macedonia después de la batalla de Pidna, permitieron a Roma prescindir tanto del apoyo de Rodas como del de Pérgamo. Por otra parte, Rodas se mostraba siempre temerosa de un avance atálida hacia los estrechos (Polibio, XXVII, 7), lo que le impedía aliarse abiertamente con Eumenes, con el consiguiente aislamiento.

La primera fricción con Roma ocurrió a propósito de Licia. Licia, que, con la única excepción de Telmeso, había sido atribuida a Rodas por el tratado de Apamea (Tito Livio, XXXVII, 56), afirmaba ser aliada de los rodios. Éstos, por su parte, pretendían tenerla sometida (Polibio, XXII, 5 y XXV, 4). Roma, a la que acudieron los licios para que interpretara la cláusula del tratado, decidió que se trataba de una alianza y no de una cesión (Polibio, XXV, 4; Tito Livio, XLI, 6). Los rodios acusaron a Eumenes de haber instigado la queja de los licios (Tito Livio, XLII, 14).

El segundo punto de fricción fue el hecho de que Rodas no hubiera elegido entre Roma y Perseo. Rodas propuso su mediación a los dos beligerantes y, por otra parte, subrayó hasta qué punto dañaba la guerra a su comercio (Tito Livio, XLIV, 14-15). Después de la batalla de Pidna, Roma olvidó sus miramientos con respecto a Rodas. De nada valió que en esa ciudad los partidarios de Perseo fueran condenados a muerte, pues Roma la trató como si fuera una ciudad vencida (Polibio, XXX, 31; Tito Livio, XLV, 10). Los embajadores de Rodas abandonaron la neutralidad de otro tiempo e imploraron, con vestido de duelo, la clemencia del Senado con toda

humildad (Tito Livio, XLV, 21-25). Por primera vez, los rodios intentaron aliarse con una gran potencia. Nunca habían pactado con un rey, «para poder especular con las esperanzas de cada uno de ellos», dice Polibio (XXX, 5). Pero Roma rechazó a los rodios, que no conseguirían su alianza hasta el año 165 (Polibio, XXX, 23; 31). Les conminó a retirar sus guarniciones de Cauno y Estratonicea, que habían recibido, sin embargo, de Ptolomeo y de Antíoco (Polibio, XXX, 21 y 31). Rodas no sólo deploró la pérdida de los ingresos de los territorios que le habían sido arrebatados, sino que constató que la franquicia otorgada al puerto de Delos iba a arruinar el comercio del suyo (Polibio, XXX, 31). De cualquier forma, poco después volvería a controlar Cauno, Milasa y Alabanda, en Caria (Tito Livio, XLV, 25).

La sexta guerra de Siria: 170-168

En Egipto, después de la ilusoria pacificación que siguió al decreto de los sacerdotes reunidos en Sínodo, en Menfis (*OGIS,* 90), una rápida devaluación de la moneda indica y justifica la debilidad del país, cuyo rey, por otra parte, no participaba en el escenario político internacional.

En 180 murió Ptolomeo V (Polibio, XXIV, 5). Su viuda, Cleopatra I, hija de Antíoco III, cuyo matrimonio había sellado la paz entre el Lágida y el Seléucida, era tutora y regente de Ptolomeo VI. Murió en 176. Los Seléucidas (Seleuco IV sucedió en 187 a su padre Antíoco III) afirmaban que las anualidades de la indemnización de guerra impuesta en el tratado de Apamea eran imposibles de satisfacer. Seleuco, cuya simpatía por Perseo era evidente, era el enemigo potencial de Roma y Pérgamo. El hermano menor de Seléuco, Antíoco, que se hallaba en Roma como rehén, fue intercambiado por Demetrio, hijo de Seleuco IV. Así, en 175, cuando este último fue asesinado por su ministro Heliodoro (Apiano, *Sir.* 45), fue Antíoco IV quien heredó la corona con el asentimiento de Roma y de Eumenes (*OGIS* 248).

Antíoco IV, Epifanes, que reinó entre 175 y 164-163, es una figura maltratada por la historiografía antigua. Polibio (XXVI, 1) le califica de violento y vanidoso, e incluso de loco, y Tito Livio (XLI, 20) dice lo mismo, aunque recuerda sus donaciones a las ciudades griegas y a sus templos. Los I y II *Macabeos* hablan de él con repugnancia. Nos abstendremos aquí de hacer un juicio al respecto, como tampoco lo hemos hecho con Filipo V o Perseo.

Después de cinco años de latencia y, sin duda, de preparativos, los cinco últimos años del reinado estuvieron marcados por tres acontecimientos: la sexta guerra de Siria, la revuelta judía y la campaña en la Alta Asia.

La sexta guerra de Siria (170-168), contemporánea de la tercera guerra de Macedonia, no provocó la intervención armada de Roma. En Egipto, los conflictos sociales revelaron la insatisfacción del elemento indígena, es decir, del clero y del campesinado.

En la corte del joven Ptolomeo VI reinaban sus tutores Euleo y Leneo. Diodoro (XXX, 15-17) dice del primero que era un eunuco, y del segundo, que se trataba de un antiguo esclavo sirio. La opinión peyorativa que manifiesta con respecto a ambos ha pasado a la historiografía moderna. W. Otto (*Zur Geschichte der Zeit des 6.*

Ptolem, (1934) ha querido ver en ellos a unos representantes de la influencia oriental y, por tanto, negativa, aceptando el prejuicio antiguo que relaciona los conceptos, vagos, de Oriente y desidia. Sin embargo, L. Robert (*Gnomon,* 35, 1963, pp. 71-75) ha demostrado que el nombre de Euleo es macedónico, aunque, en verdad, ello no quiere decir nada definitivo con respecto al origen del personaje.

Conocemos mal los detalles de la guerra. Dado que Roma no participó en las hostilidades, Tito Livio no nos ha dejado un relato continuo y los escritos de Polibio han desaparecido en gran parte por lo que se refiere a estos años. Ignoramos si fue Antíoco, como dice Tito Livio (XLII, 29), o Euleo y Leneo, a los que acusa Diodoro (XXX, 16), quienes desearon el conflicto. La disputa sobre los derechos que cada uno creía tener sobre Siria (derecho de herencia y derecho de conquista en el caso del Seléucida; dote de su madre por lo que respecta al Lágida) fue planteada ante el Senado romano, que no quiso tomar una decisión (Polibio, XXVIII, 1).

En 170, Ptolomeo VI, Filométor, que contaba a la sazón 14 o 16 años, fue declarado mayor de edad (Polibio, XXVIII, 12) y casó con su hermana Cleopatra II. Ambos asociaron al trono a su joven hermano Ptolomeo VIII, Fiscon (*P. Rylands,* 583).

Antíoco IV ocupó Perusa (Polibio, XXVIII, 18; 21). Euleo y Leneo desaparecen, aunque ignoramos cómo, siendo sustituidos por Comanos y Cineas (Polibio, XXVIII, 19). Antíoco era prácticamente dueño de Egipto, a excepción de Alejandría. Sus tropas saquearon los templos (*P. Tebtunis* 781). Ptolomeo VI inició negociaciones con Antíoco (que era su tío) (Polibio, XXVIII, 19) y los dos reyes se entrevistaron. Fue entonces cuando los alejandrinos expulsaron a Ptolomeo VI y proclamaron como único rey a Ptolomeo VIII Fiscon. Antíoco sitió Alejandría para situar en ella a Ptolomeo VI (Polibio, XXVIII, 23), pero fracasó y se retiró en 169. Las fuentes, demasiado fragmentarias, no nos permiten conocer las causas.

La segunda fase de la guerra comenzó con la reconciliación de los dos Ptolomeos y de Cleopatra II. Ese reforzamiento de la tríada real inquietó a Antíoco, que invadió nuevamente Egipto en 168 y envió su flota para ocupar Chipre (Polibio, XXIX, 27; Tito Livio, XLV, 11; *II Macabeos,* X, 13). Los tres Lágidas intentaron, en vano, pese a la intervención de Licorta y de Polibio, obtener la ayuda de los aqueos (Polibio, XXIX, 23-25). Consiguieron el apoyo de Roma (Polibio, XXVIII, 22; Tito Livio, XLIV, 19 ss.). Antíoco llegó hasta Menfis y adoptó el título de rey de Egipto (*P. Tebtunis,* 698). Iba a apoderarse de Alejandría cuando Popilio Lenas, enviado por Roma, le dijo en Eleusis que desistiera, dirigiéndose entonces a Chipre para desalojar a las tropas que estaban asolando la isla (Polibio, XXIX, 27; Tito Livio, XLV, 12-13). Antíoco, que conocía la victoria de Pidna, obedeció a los romanos, quienes, por lo demás, apoyaron a Demetrio, que les pareció que tenía mayor legitimidad para oponerlo al rey de Egipto.

La cuestión judía

Mientras ocurrían estos acontecimientos en Egipto, Antíoco IV estaba enfrentado a los judíos, hecho que ignoran los historiadores griegos y latinos, al menos en los fragmentos que se conservan de sus obras. Dependemos, para este tema, de las

fuentes judías: el Libro de Daniel, los libros I y II de los Macabeos y Flavio Josefo. En el capítulo dedicado al helenismo y los judíos, en el segundo tomo de esta obra, el lector podrá encontrar el relato del enfrentamiento que se produjo entre los judíos ortodoxos y Antíoco IV. Sin detener la helenización de las clases superiores, los ortodoxos preservaron la pureza de la religión judía. La paz se firmó entre Antíoco V, todavía un niño, y Judas (*II Macabeos,* XI, 13-38). El pontificado iría haciéndose autónomo, por etapas. La helenización ganaría terreno, pero la religión restablecida permanecería indemne.

En 168, Antíoco IV felicitó a Roma por su victoria de Pidna sobre Perseo (Tito Livio, XLV, 13). Luego, «ante el relato de los juegos organizados por Paulo Emilio en Macedonia (en 167)» y para superarlo, en 166 dio a Dafne unos juegos más espléndidos aún, en los que por primera vez se ven desfilar gladiadores (Polibio, XXX, 25-26; Diodoro, XXXI, 16; cf. Ateneo, V, 194).

La expedición de Antíoco IV en la alta Asia

En la batalla de Magnesia, elementos iranios combatieron en las filas del ejército de Antíoco III (Tito Livio, XXXVII, 40). En los juegos de Dafne, organizados por Antíoco IV, ya no aparecen (Polibio, XXX, 25-26). Eso hace suponer que después de Magnesia se hundió el edificio de vasallajes construido por Antíoco III (la observación es de Will, *Hist. Pol.,* II, p. 292).

Aquí desaparecen las noticias de Polibio y Tito Livio. La cronología es incierta y la información procede de algunos fragmentos de Apolodoro de Artemita citados por Estrabón, de las *Partica* de Arriano, de las *Stathmoi Parthikoi* de Isidoro de Carante y de las monedas, todo ello bajo la retícula, muy pobre y confusa, de Justino. En cuanto a los *Macabeos,* de la muerte de Antíoco IV sólo retienen lo que es, para ellos, castigo divino por su sacrilegio.

Mientras se hundía el imperio maurya, se afirmaba la potencia bactriana, en manos de Demetrio I, hijo de Eutidemo I, vasallo en otro tiempo de Antíoco III. Estrabón (XI, 11 = C 516), que cita a Artemidoro de Artemita, señala que Demetrio y, sobre todo, Menandro, llevaron a los conquistadores griegos de Bactriana más lejos de lo que había llegado Alejandro y amplía hasta el Seres esa expansión, que atravesando los Paropamisades, habría desembocado en el Hipanis, afluente del Ganges y (en XV, 1, 27 = C 698), desde allí, hasta el Ganges y Pataliputra.

A los nombres de Demetrio y Menandro se añade el de Eucrátides, quien, según Justino (XLI, 6), tomó el poder en una Bactriana agotada por las guerras y preparó una expedición hacia la India. Hay que citar, por último, a un tal Antímaco, conocido solamente por las monedas (Tarn, *Gr. in Bactr. and Ind.,* lám. I).

Las conexiones cronológicas de estos personajes son inciertas, al igual que las informaciones sobre la India, obtenidas –Estrabón es consciente de ello (XV, 1, 2 = C 685)– de los viajeros que no habían visto más que una parte de ella, con ocasión de las expediciones militares. Esta situación de la documentación y la dificultad de fechar las monedas explican las divergencias de los historiadores modernos (Tarn, Narain, Simonetta) con respecto a las personas y las expediciones (Will, *Hist. Pol.,* II, pp. 294-296).

Cuando menos, sabemos con seguridad que hubo un avance bactriano hacia la India y que Antíoco IV partió hacia la alta Asia (Justino, XLI, 6; *I Macabeos,* 3, 27-37; *II Macabeos,* 9).

¿Por qué y contra quién esa expedición? Lo ignoramos. No sabemos si el avance de los partos, aislando la Bactriana del Irán, y que Justino dice ser contemporáneo de la expansión de Eucrátides hacia la India *(loc. cit.),* permitió a Antíoco ampliar sus objetivos más allá del Irán. Tampoco sabemos si Antíoco IV murió en Persida, posiblemente a fines de 164 o comienzos de 163. El saqueo de un templo en Elimaida, que Polibio (XXXI, 9) le atribuye como una expresión de locura sacrílega, es, sin duda, una repetición de la historia de la muerte de Antíoco III.

A partir de entonces, el elemento activo en la alta Asia sería el reino de los partos, donde hacia 171 tomó el poder Mitrídates I *alias* Arsaces V (Tácito, *Hist.,* V, 8, 4-5; Le Rider, *Suse,* pp. 311ss.), llevando el dominio de los partos del Cáucaso hasta el Éufrates.

Las consecuencias del triunfo de Roma: 168-146

En Grecia, las ligas y ciudades cayeron en una política de pequeñas miras. El juego de los partidos, del que debido a la mutilación de Polibio sólo conocemos elementos esporádicos, se organizó sobre un programa social –ricos contra pobres–, con una sola orientación en cuanto a política exterior, Roma, que apoyaba a los ricos.

En Egipto, el desquiciamiento fue obra de una clase sacerdotal cada vez más poderosa que hizo fracasar el poder del rey, situación favorecida por las luchas dinásticas entre Ptolomeo VI Filométor y Ptolomeo VIII Evergetes II, su hermano menor (no hubo un Ptolomeo VII en Egipto. El hijo de Filométor, que debía haber adoptado ese título, murió joven, en 150, como gobernador de Chipre con título real, bajo el epíteto de Eupátor: *OGIS,* 125-127).

Los dos reyes se expulsaron uno al otro, alternativamente. En 167, Filométor, expulsado por su hermano menor, se retiró a Chipre, de donde le reclamó una embajada de los alejandrinos. En mayo de 163, los dos hermanos se repartieron el reino. Filométor conservó Egipto y Chipre, mientras que Evergetes II se quedó con Cirenaica. Sin embargo, Roma apoyó a Evergetes II en su proyecto de conquista de Chipre (Polibio, XXXI, 10; 17-19), mientras que Cirene se rebeló. Parece que, entonces, Filométor intentó hacer asesinar a Evergetes II (Polibio, XXX, 10), pues el testamento por el que éste lega a Roma la Cirenaica si moría sin descendencia (*SEG,* IX, 7) parece una réplica. A pesar de la ayuda de Roma, Evergetes II no consiguió reconquistar Chipre (Polibio, XXXIX, 7; *OGIS,* 116).

Cleopatra II, hermana de los reyes y luego, de forma conjunta, ésta y Cleopatra III, esposa y sobrina de Evergetes II, fueron asociadas al trono.

Si Roma vaciló en ese asunto preñado de consecuencias, es porque se oponían dos facciones, cada una de las cuales apoyaba a uno de los dos hermanos.

Durante ese tiempo, los ingresos reales disminuyeron en beneficio de los templos y se gestó la revuelta de los campesinos, mientras que en Alejandría las

fuerzas rebeldes ponían y quitaban reyes, en una repetición de lo que habían sido los poderes del ejército macedónico de otro tiempo.

En cuanto a los Seléucidas, tras el freno que habían sufrido los objetivos exteriores a la muerte de Antíoco IV, el fin de la dinastía viene caracterizado fundamentalmente por las disputas entre pretendientes al trono. Haremos una breve referencia a esta cuestión. Antíoco IV había confiado la tutela de su hijo Antioco V, aún niño, a un tal Filipo, que le había acompañado a Persia, y no a Lisias, que había sido su hombre de confianza. Pero Lisias eliminó a Filipo y conservó el poder (*I Macabeos,* 6, 63; *II Macabeos,* 9, 29; Flavio Josefo, *Ant. Jud.,* XII, 9, 2; 9, 7) Las fuentes son, aquí, judías.

Antíoco V no habría de reinar mucho tiempo. En efecto, en 162, Demetrio, hijo de Seleuco IV, que se hallaba en Roma como rehén, decidió escapar por consejo de Polibio, al considerar que no habían sido tenidos en cuenta sus derechos al trono. Desembarcó en Trípoli de Fenicia y avanzó hacia Antioquía, donde hizo dar muerte a Antíoco V y Lisias (Polibio, XXXI, 2; 11-15; *I Macabeos,* 7, 1-4; *II Macabeos,* 14, 1-2; Justino, XXXIV, 3, 6-9). La concesión del trono de Sitia dividía a la opinión romana. Los Escipiones eran favorables a Demetrio, mientras que una parte del Senado prefería la debilidad de un Seléucida niño (Polibio, XXXII, 2-3; Diodoro, XXXI, 28-29). No obstante, en 160 Roma reconoció a Demetrio I de Siria (Polibio, XXXI, 33).

En Jerusalén, la purificación del templo, llevada a cabo en 164, no había acabado con las discusiones con la dinastía. Sin duda, los asuntos judíos no tenían para ésta la importancia que la conservación de los libros de los Macabeos y de Josefo parece atribuirles, en ausencia casi total de fuentes sobre las otras regiones. En el momento en que Demetrio accedió al trono, el sumo sacerdote de Jerusalén era Alkimos, un «impío» para *I Macabeos,* 7, 8, es decir, un helenizante. Judas prosiguió, pues, la lucha contra Alkimos y contra el rey (*I Macabeos,* 9, 7-50). Tras la muerte de Judas, tomó el relevo su hermano Jonatán. La paz no se restableció hasta el año 152 (*I Macabeos,* 9, 70-73).

En Capadocia accedió al trono en 163 Ariárates V, primo de Demetrio pero su madre y nieto, también por ella, de Antíoco III (Polibio, XXXI, 3). Pero un hermano mayor, Orofernes, de quien Diodoro dice que era supuesto, pretendió también el trono y en 158 expulsó a Ariárates (Diodoro, XXXI, 32; Polibio, XXXII, 10). La disputa fue llevada ante el Senado de Roma. ¿Decretaría éste la división del reino entre los dos hermanos, procedimiento utilizado ya con los Lágidas? La cosa no era tan simple, pues la oposición entre Atálidas y Seléucidas encontró ahí la ocasión propicia para manifestarse: Atalo II apoyaba a Ariárates, mientras que Demetrio patrocinaba a Orofernes (Polibio, XXXII, 10 y 12). Atalo II, que había sucedido a Eumenes II en 159, restableció a Ariárates en el trono. Orofernes, refugiado en Antioquía, comenzó en esa ciudad una rebelión contra Demetrio (Justino, XXXV, 1, 3-4). El Senado de Roma reconoció a Ariárates y Capadocia –fracaso para Demetrio– entró en la órbita de Pérgamo. Una vez más, Roma había solucionado los problemas sin que se produjera un enfrentamiento armado. Así, el orden que quedó establecido le permitió concentrar sus esfuerzos en Hispania y pensar muy pronto en «destruir a Cartago».

Demetrio estaba abocado al fracaso. Se hallaba enfrentado con un pretendiente al trono, Alejandro Balas, quien se decía hijo de Antíoco IV y al que apoyaban de forma natural el Senado y Atalo II (Polibio, XXXIII, 17). Polibio atribuye a Demetrio una reputación siniestra (XXXIII, 18; Justino, XXXV, 1, 8; Josefo, *Ant. Jud.*, XIII, 2, 1). Es uno de los personajes maltratados por las fuentes, ya sean romanófilas como Polibio, o judeófilas, como los Macabeos y Josefo. Esta concordancia revela que sobre él se cernió una coalición de intereses. Reconocido por Roma, por Atalo II, por Ariárates V, por Ptolomeo VI, Balas es presentado por Justino (XXXV, 1, 6) y Apiano (*Sir.*, 67) como un impostor de oscuros orígenes, mientras que las fuentes judías se refieren a él como el hijo de Antíoco IV (*I Macabeos,* 10; Josefo, *loc. cit.*). Sin embargo, Ptolomeo VI le entregó a su hija en matrimonio (*I Macabeos,* 10, 51-58, donde se da la fecha de 150-149). Aunque se hallaba aislado, Demetrio reunió un ejército contra Balas, pero resultó muerto en el enfrentamiento (Justino, XXXV, 1, 9-111 *I Macabeos,* 10, 2; 48-50) durante el invierno del año 152-151.

El enfrentamiento entre Demetrio y Alejandro Balas fue explotado al máximo por Jonatán, quien obtuvo la paz y una auténtica autonomía que llegaba incluso al derecho de reclutar tropas, si hemos de creer las afirmaciones de *I Macabeos,* 10, 4-14. En un deseo de ofrecer más que su enemigo, Balas nombró sumo sacerdote a Jonatán en octubre de 152 (*I Macabeos,* 10, 15-21). Pero Demetrio ofreció la exención del impuesto y renunció a ocupar la ciudadela de Jerusalén. Además, había hecho importantes donaciones al templo (*I Macabeos,* 10, 22-45). Sin embargo, Jonatán desconfió y apostó por Balas, quien le trató como rey (*ibid.*, 46-47; 60-66; Josefo, *Ant. Jud.*, XIII, 2, 1-4, quien, además, atribuye a Demetrio una muerte valerosa).

Demetrio dejó dos hijos. El mayor, Demetrio II, desembarcó en Cilicia procedente de Creta, en 147-146 (*I Macabeos,* 10, 67), y conquistó Siria. Jonatán se asentó en Jafa, Ashod y Ascalón (*I Macabeos,* 10, 74-89).

So pretexto de llevar ayuda a su yerno Balas, Ptolomeo VI invadió Siria hasta Seleucia del Mar, viejo tema ya de la política egipcia (*I Macabeos,* 11, 1-8). Luego dio un giro radical y se unió a Demetrio II, al que, si podemos decirlo así, entregó a su hija (*I Macabeos,* 11, 9-12). Ignoramos si Ptolomeo se ciñó la diadema en Antioquía, tal como se afirma en *I Macabeos,* 11, 13, o declinó aceptar el trono que le ofrecían los habitantes de esa ciudad, por temor a los romanos y reservándose para ser el mentor de Demetrio II, según afirma Josefo (*Ant. Jud.*, XIII, 4, 7). Se dirigió contra Balas y éste se refugió en Arabia, donde se le dio muerte (Diodoro, XXXII, 10, 1; *I Macabeos,* 11, 15; Josefo, *Ant. Jud.*, III, 4). Por su parte, Ptolomeo, que fue herido en la lucha, murió tres días después (*I Macabeos,* 11, 18; Josefo, *Ant. Jud.*, XIII, 4, 8; Justino, XXXV, 2). Todo esto ocurrió antes del 19 de septiembre de 145 (*I Macabeos,* 11, 19). Demetrio II, liberado a un tiempo de Alejandro Balas y de Ptolomeo, reanudaría contra los partos la tradición seléucida de las expediciones hacia Oriente.

En cuanto a Jonatán, obtuvo de Demetrio II una situación aún mejor de la que gozaba hasta entonces (*I Macabeos,* 11, 20-37).

En Pérgamo, a la muerte de Eumenes II le sucedió su hermano Atalo II, que gozaba de las preferencias de Roma.

Una vez más entraron en conflicto Pérgamo y Bitinia, donde reinaba Prusias II. Prusias intentó saquear la ciudad baja de Pérgamo; pero, ciertamente, sin tomar al asalto el Acrocorinto era imposible ocupar la ciudadela de Pérgamo, a menos que fuera entregada. Así, Prusias II tuvo que contentarse con retirarse cargado de botín (Polibio, XXXII, 15). Roma, alertada por Atalo, envió una comisión de encuesta (Polibio, XXXII, 16; XXXIII, 1; XXXVI, 14). El Senado conminó a Prusias II a que interrumpiera las hostilidades e indemnizara a Atalo II (Polibio, XXXIII, 6). Con la ayuda de Rodas, de Ariárates, de Capadocia y de Mitrídates del Ponto, Atalo consiguió a duras penas que Prusias aceptara la sentencia de Roma (Polibio, XXXIII, 12, con la crítica de C. Habicht, en *Hermes,* 84, 1956, pp. 101 ss., sobre el orden de los fragmentos de Polibio, cf. Will, *Hist. Pol.,* II, p. 322). En 149, Prusias II, a quien Polibio niega cualquier cualidad de rey, fue asesinado por orden de su hijo Nicomedes (Polibio, XXXVI, 15; Justino, XXXV, 4).

Las repúblicas de Macedonia, creadas tras la batalla de Pidna, funcionaban mal, pues –como dice Polibio, XXXI, 2, 12– no tenían tradiciones democráticas. En 158, Roma autorizó la reapertura de las minas de oro y de plata (Casiodoro, *Chron. Minora,* ed. Mommsen, II, 130). Roma había colmado de bienestar a Macedonia, dice Polibio (XXXVI, 17, 13), al liberarla de sus luchas intestinas y de una monarquía tiránica.

Pero no podemos dejar de pensar que el orden romano no satisfacía a todo el mundo, pues en 149, cuando «cayó del cielo» un tal Andrisco, que afirmaba ser Filipo, hijo de Perseo, siendo que –dice Polibio (XXXVI, 10 = ed. Didot, XXXVII, 1 *d*)– el verdadero Filipo había muerto en Alba, dos años después de su padre, encontró en Macedonia un número importante de partidarios (Polibio, XXXVI, 10) para conseguir realizar una campaña fulgurante que en unos pocos meses le llevó hasta las puertas de Tesalia (Tito Livio, *Periocha,* 49 = *P. Oxi.* 668, ll. 100-102). Los tesalios pidieron ayuda a los aqueos. Roma, estupefacta, debió rendirse a la evidencia. Sin duda, el pseudo-Filipo, «que hizo perecer a muchos ricos» –dice Diodoro (XXXII, 9)–, gozó del apoyo de los pobres, cuyo rencor supo alimentar, pues Polibio, poco amigo de éstos, considera como un azote enviado por Dios la doble locura de los macedonios en la guerra civil y en el apoyo que prestaron al usurpador (XXXVI, 17, 13). Roma, al lado de los aqueos, fue derrotada primero (Polibio, *ibid.*), pero finalmente el pseudo-Filipo fue vencido por Q. Cecilio Metelo, que lo capturó y ejecutó en 148 (Tito Livio, *Periocha* 50 = *P. Oxi* 668, ll. 126-127). Había tenido tiempo de acuñar monedas inspiradas en las de Perseo.[8]

A partir de entonces, Macedonia se convirtió en provincia romana (Tito Livio, *Periocha,* 50).

Grecia: 168-146

Tras la batalla de Pidna, nuestras fuentes centran su interés en una auténtica epidemia de violencia entre partidarios y adversarios de Roma, abismo que coincide con la oposición entre ricos y pobres (Polibio, XXXVIII, 1 y 3; Diodoro, XXXII, 26-27). Fue una auténtica marea de condenas, ejecuciones, torturas, exilios y

suicidios. Polibio (XXXIII, 16) evoca así la desesperación de los rodios, que se adherían alternativamente a las decisiones más contradictorias para reconquistar el favor de Roma.

Las embajadas ante el Senado se multiplicaron, y Roma intentó contemporizar y crear numerosas comisiones de encuesta. Mil aqueos proscritos fueron enviados a Roma. Pasarían mucho tiempo en el exilio, a pesar de las constantes gestiones para que regresaran y, finalmente, sólo 300 volvieron a ver Grecia en 151-150, al cabo de 17 años (Polibio, XXXV, 6; Pausanias, VII, 10).

Sobre estos episodios, contamos fundamentalmente con el relato continuo de Pausanias (VII, 9-17), que utiliza una fuente que no es Polibio, aunque también es prorromana, y extractos de Polibio (XXXVIII, 9-18). Polibio, desgarrado entre su patriotismo aqueo y su admiración hacia Roma, manifiesta su piedad hacia la doliente Grecia y su cólera se dirige contra los dirigentes demagogos, que explotaron ciegamente a las masas para lanzarlas contra Roma en una guerra sin esperanza. En XXXVIII, 18, llega incluso a atribuir la victoria de Roma a la providencia, que quiso salvar, así, de la destrucción a los griegos que se estaban aniquilando entre sí. «Si no hubiéramos sucumbido tan de prisa –afirma–, estábamos perdidos». Polibio, ya no se siente impasible y lo sabe (XXXVIII, 4), pero no ve hasta qué punto le guía su miedo a las reivindicaciones populares. Entre tantos arreglos de cuentas de hombre a hombre o de ciudad a ciudad (Atenas y Oropos, Rodas y Creta), surgió la diferencia que opuso a Esparta con la Liga aquea, de la cual era miembro contra su voluntad y en la que se sentía vejada (Pausanias, VII, 12). En realidad, el conflicto era una querella secular entre Esparta y Megalópolis por un fragmento de territorio. Una sentencia de los aqueos, confirmada por Roma en 164, concedió la razón a Megalópolis, imponiendo una multa a Esparta (Polibio, XXXI, 1, 7; Tito Livio, XXXVIII, 34; *Syll.,* 3.ª ed., 665, donde puede encontrarse la historia de esta larga disputa).

El fundamento jurídico del conflicto entre Esparta y los aqueos era un enfrentamiento de competencias de jurisdicción. ¿Tenía derecho la Liga a juzgar, sin apelación posible, a uno de sus miembros o éste, Esparta, podía presentar su litigio ante el Senado de Roma? Pausanias supo ver el problema (VII, 10). Por otra parte, un conflicto parecido surgió entre otras ciudades de la Liga aquea (Pausanias, VII, 11).

En 147, la situación entre los aqueos y Esparta estaba tan envenenada que la Liga decidió luchar contra la ciudad de Laconia, a pesar de los «buenos oficios» de Roma (Pausanias, VII, 13). Después de realizar una investigación, Roma decidió ordenar a los aqueos que permitieran que Esparta abandonara la Liga y, también, que abandonaran Argos, Orcómeno de Arcadia y Heraclea del Oeta (Pausanias, VII, 14). Los portadores de la orden fueron molestados en la asamblea aquea y los espartanos que allí se encontraban fueron arrestados (Polibio, XXXVIII, 9; Pausanias, VII, 14).

Inconscientes de la desproporción de las fuerzas, los dirigentes aqueos, Critolao y Dieo, «del más bajo origen, enemigos de los dioses y azote de su pueblo» (Polibio, XXXVIII, 2, 8, impresionado por su irracionalidad), hicieron un llamamiento a toda la Grecia central para que luchara contra Esparta y contra Roma. Tema secular de la unión de los griegos por la libertad. El ardor revolucionario confundió las liberaciones de todas las tiranías: las de las deudas y las de Roma (Polibio, XXXVIII, 11).

Todavía se parlamentó. ¿Acaso el Senado esperaba la caída de Cartago para intervenir? Interpretación que Polibio conoce, pero que rechaza (XXXVIII, 9). Un furor ciego se despertó ante el llamamiento de Dieo (Pausanias, VII, 14). Tras él, Critolao fue estratego de los aqueos. Hizo declarar la guerra a Esparta y, más aún, a los «colaboradores» de Roma (Polibio, XXXVIII, 13). Se dirigió al encuentro de Metelo, que acababa de dilucidar la suerte de Macedonia. Fue vencido en Escarfea, cerca de las Termópilas, y desapareció en la batalla (Polibio, XXXVIII, 15; Pausanias, VII, 15). En 146 acabó su mandato su predecesor (Polibio, XXXVIII, 15). Para incrementar sus efectivos, hizo manumitir esclavos e impuso un impuesto extraordinario (Polibio, *ibid.*). Medidas ineficaces, que condujeron a la desesperación de los moderados. Dieo se negó a cualquier negociación con Roma (Polibio, XXXVIII, 16-17). Atrajo a Corinto a Mumio, sucesor de Metelo, iniciando una defensa de la ciudad, que abandonó en seguida sin combatir (Pausanias, VII, 16).

Se produjo entonces el implacable saqueo de Corinto por Mumio (Pausanias, VII, 16). Mujeres y niños fueron vendidos como esclavos y los hombres que no consiguieron huir fueron asesinados. La ciudad fue saqueada e incendiada y permanecería como un auténtico desierto hasta que, en el año 44 a. de J. C., César ordenara su reconstrucción (Diodoro, XXXII, Exc. Vat., 94-97).

Los historiadores modernos atribuyen a esta destrucción, similar a la de Cartago, un objetivo económico. En la actualidad, se ha puesto en duda esta interpretación. Por otra parte, ¿en qué podía Corinto dañar el comercio de Delos y de Italia? Por el contrario, en el comercio antiguo, era necesario que existieran numerosas escalas.

Por lo demás, la destrucción de Corinto tenía otros precedentes, además del de Cartago: Alejandro había destruido Tebas y Tiro, y Termo había sido aniquilada por Filipo V. No olvidemos que había que dar a los soldados oportunidades para el pillaje y, cuando se trataba de un romano, debía alimentar su triunfo. Asimismo, había que sentar un «ejemplo». El saqueo de Corinto demostró el poder de Roma y aseguró a sus protegidos, los ricos.

Pausanias ha recogido algunas indicaciones sobre las consecuencias políticas de esta breve «guerra de Acaya» (VII, 16). A pesar de los errores que transmite, parece que puede admitirse que se decretaron una serie de medidas de desmilitarización y la sustitución de regímenes democráticos por constituciones censitarias. Se ordenó la disolución de las ligas, pero luego se anuló la medida, Hay que hablar también de los tributos. Acaya no era provincia romana en ese momento. Polibio, que había acudido a Corinto procedente de Cartago, se jacta de haber podido evitar la destrucción de los monumentos de Filopemen (XXXIX, 3, 4) y da una idea de lo que fue el pillaje cuando afirma haber visto cómo unos soldados jugaban a los dados sobre unos cuadros. Los romanos le encargaron solventar las diferencias en las ciudades y explicar las nuevas constituciones. Fue él quien redactó «la compilación de leyes que debía ser la base de una jurisdicción común» (XXXIX, 5), y él se muestra muy orgulloso del servicio que prestó, así, a Grecia. Lamentablemente, las páginas dedicadas a esta cuestión se han perdido y su obra se detiene, precisamente, en el año 146, en el momento en que llega a su fin la independencia de Grecia.

En el año 75, Cicerón visitó Corinto, todavía en ruinas, y se sintió profundamente conmovido (*Tusc.*, III, 53).

NOTAS DEL CAPÍTULO «LOS ACONTECIMIENTOS»

1. Sobre todos estos personajes, cf. H. BERVE, *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage,* II.
2. Publicada por B. D. MERITT, *Amer. Journ. of Phil.,* 56 (1935), pp. 358 ss. Puede datarse entre 314 y 307-306. Cf. L. ROBERT, *Rev. Phil.,* 62 (1936), p. 158.
3. Véase R. FLACELIÈRE, *Les Aitoliens a Delphes.*
4. Véase W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India* (2.ª ed., 1951); A. FOUCHER, *La vieille route de l'Inde à Taxila,* 2 vols. (1947), y el excelente *status quaestionis* de WILL, *Hist. Pol.,* I, pp. 235 ss.
5. Esta inscripción corresponde al año 250.
6. Cf. G. NACHTERGAEL, en *Historia,* XXV (1976), pp. 62-78.
7. Véase P. CABANÈS, *L'Epire, 272-167* (1976).
8. Ch. SELTMAN, *Greek Coins,* l. LI, 6.

Mapa 1. El mundo helenístico

Mapa 2. La cuenca egea

Índice alfabético

Abatón, 63
Abidos, 114, 126, 185, 422, 423, 589
Abrúpolis, 130, 597
Abu Simbel, 330
Acarnania, 534, 587, 594
Acaya, 254, 290, 560, 567, 580, 609
Acilio, 82
Acrocorinto, 251, 254, 317, 554, 567, 580, 582, 590, 592, 607
Adonis, 407, 409, 411, 415
Adriani, M. A., 430
Adriano, 213, 364
Adriático, 227
Adulis, 7, 9, 129, 252, 340, 575, 576
Aecio, 377, 381
Aferema, 356
Afganistán, 195, 281, 283
África, VIII, 121, 265, 285, 287, 289, 298, 554, 571
Afrodisión de Pérgamo, 578
Afrodita, 52, 56, 57, 219
Afrodita-Hathor, 424
Agatárquides, 343, 441, 516, 517, 519
Agatárquides de Cnido, 37
Agatocles, 150, 231, 298, 516, 550, 551, 569, 571, 584, 588
Agatocles de Rodas, 226
Agatocles de Sicilia, 150
Agatocles de Siracusa, 5, 10, 12, 31, 75, 105, 230, 231, 569, 570
Agelao de Naupacto, 35, 133, 586
Agesarco de Megalópolis, 521
Agesilao, 314
Agis, 236, 315, 316
Agis IV, 313, 314, 316, 317, 554, 580, 582
Agripa, 382
Agrón, 581
Agustín, San, 515
Aï Khanum, 195, 522, 549, 553, 577
Ainos, 596
Akaba, 298
Akko, 197, 200, 339, 342
Alabanda, 601
Alba, 607
Alcetas, 564
Alcibíades, 134
Alcimo, 354, 355, 358
Alcmeón de Crotona, 398
Alejandría, VIII, 24, 25, 31, 34, 41-45, 58, 59, 62, 67, 72, 73, 82, 113, 114, 119, 156, 158, 163, 164, 167, 169, 171, 173, 174, 177, 183-187, 189, 190, 196, 197, 203, 206, 221, 222, 227, 228, 232-234, 237, 264-267, 269-271, 275, 279, 280, 282-289, 293, 294, 335, 338, 343-347, 358, 364, 365, 367, 368, 379, 396, 397, 402, 403, 409, 419, 420, 428, 430, 431, 434, 436, 437, 439, 446, 522, 530, 535-537, 544, 545, 551, 553, 554, 557-559, 563, 567, 583, 602, 604
Alejandría de Tróade, 594
Alejandro (hijo de Casandro), 568
Alejandro (hijo de Cratero), 579
Alejandro II de Epiro, 580
Alejandro IV, 550, 563, 565, 566
Alejandro Balas, 56, 79, 202, 355, 356, 542, 559, 606
Alejandro el Etolio, 311
Alejandro Magno, VII-X, 4, 6, 7, 12, 14, 16, 17, 23, 25-28, 30, 33, 37, 38, 46-51, 53, 56-59, 65, 68, 69, 71, 75-81, 83, 105, 107, 108, 115, 116, 121, 122, 129,

131, 133, 135, 136, 148, 150, 161, 172, 174, 195, 196, 199, 200-203, 206, 210, 211, 214, 216, 222, 232, 234, 249, 250, 262, 276, 280, 310, 315, 328, 329, 331, 339, 342, 343, 347, 380, 381, 390, 391, 395, 417, 418, 428, 430, 433, 436, 445, 515, 518, 520, 521, 523, 527, 529, 530, 542, 549, 551, 554, 561-564, 566, 571, 576, 577, 603, 609
Alexámeno, 320
Alkimos, 605
Amenofis IV, 416
Amenotes, 330
Amenotes III, 409
Amiano Marcelino, 44, 401
Amílcar, 143
Aminandro, 34, 592
Amman, 16, 126, 197, 200, 344
Ammón, 350, 420
Amón, 50, 51, 53, 56, 60, 63, 76, 78
Amorgos, 562
Ampelone, 200
Anafe, 541
Anais, 227
Anatolia, 210, 562
Anaxágoras, 28, 414
Anaxándrides, 327
Anaxarco de Abdera, 28, 49
Anaximbroto, 59
Ancira, 578
Andrágoras, 554, 555, 577
Andreas de Caristo, 32
Andrisco, 560
Andrónico, 33
Andros, 423, 575
Anfípolis, 77, 565
Aníbal, 7, 31, 32, 140, 141, 143, 531, 556-558, 586, 587, 593, 594, 599
Ankhmachis, 185, 557
Anticira, 104, 215
Antigodas, 75
Antigonea, 198
Antigónidas, 52, 520, 523, 551, 568
Antígono, 6, 9, 16, 20, 29, 38, 107, 111, 115, 122, 123, 129, 137, 198, 203, 204, 213, 216, 250, 289, 299, 342, 433, 516, 520, 521, 526, 530, 532, 549, 550, 551, 562-568, 570-574, 579, 580, 582
Antígono I, 217
Antígono de Caristo, 381
Antígono Dosón, 15, 17, 26, 138, 148, 251, 254, 257, 258, 317, 541, 555, 556, 581-583, 585, 586
Antígono Gonatas, 7, 15, 21, 28, 29, 38, 40, 56, 115, 117, 134, 207, 213, 217, 230, 252, 383, 438, 524, 552-554, 569, 570, 572, 574, 579, 580
Antígono el Tuerto, 7, 8, 19, 22, 30, 51, 101, 106, 115, 127, 129, 133, 138, 204, 211, 251, 517, 523, 534
Antímaco, 603
Antínoe, 364
Antíoco, 9, 14, 17, 21, 27, 143, 144, 176, 183, 221, 352, 353, 521, 540, 574, 576, 578, 583-585, 588, 591-596, 598, 601, 602
Antíoco I, 7, 9, 13, 16, 23, 32, 37, 54, 117, 134, 175, 210, 217, 222, 418, 552, 553, 572, 573, 575, 576
Antíoco II, 10, 38, 55, 524, 536, 553, 554, 573, 575, 576
Antíoco III, 3, 5, 8, 10, 11, 15-18, 26, 31, 32, 34, 36, 44, 55, 59, 67, 70, 77-80, 102, 107, 119, 126, 129, 133, 134, 136, 138, 141, 142, 145, 161-163, 175, 185, 203, 209-211, 213, 220, 223, 252, 253, 320, 347, 354, 517, 556-558, 583, 585, 588, 589, 592, 593, 595, 601, 603-605
Antíoco IV, 6, 10, 11, 16, 18, 21, 24, 30, 55, 70, 76, 78, 112, 117, 134, 136, 146, 161, 163, 176, 183, 186, 197, 207, 284, 343, 345, 350, 351, 353-355, 357, 358, 408, 522, 526, 558, 594, 597, 602-606
Antíoco IV Epifanes, 559, 601
Antíoco V, 10, 176, 354, 542, 603, 605
Antíoco V Eupátor, 352, 353
Antíoco VI, 32, 79
Antíoco VIII, 78
Antíoco de Comagena, 59, 60
Antíoco Hiérax, 11, 78, 555, 576-578
Antioquía, 44, 80, 197, 198, 221, 265, 350, 356, 522, 551, 576, 584, 605, 606

Antioquía del Orontes, 197
Antioquía de Pérsida, 220
Antióquide, 585
Antípatro, 106, 110, 117, 125, 137, 158, 203, 206, 216, 223, 224, 230, 310, 520, 549, 561-565
Antípatro de Sidón, 440
Antípatro el Etesio, 552
Antístenes, 390
Antoninos, 390
Antonio, 44, 279, 599
Anubis, 63, 423
Anuki, 63
Aoos, 590
Apanea, 9, 10, 115, 142, 143, 175, 198, 204, 211, 517, 531, 558, 594, 595, 599-601
Apamea del Orontes, 121, 197, 544
Apaturio de Alabanda, 436
Apeles, 32
Apeles de Bizancio, 119
Apelicón de Teos, 44
Apiano, 522, 606
Apio Claudio, 311
Apis, 23, 185, 188, 416, 417, 420
Apolo, 54, 55, 70, 79, 80, 82, 210, 235, 289, 291, 334, 350, 408, 410, 420, 438, 534, 544, 570
Apolo Citáredo, 80
Apolo de Amiclea, 83
Apolo de Delfos, 103
Apolo de Delos, 17
Apolo de Dídima, 176
Apolo Delio, 407
Apolo Pitio, 407
Apolodoro, 112, 310
Apolodoro de Artemita, 515, 527, 603
Apolodoro de Atenas, 529
Apolófanes, 32
Apolófanes de Seleucia, 32
Apolonia, 218, 295, 297, 581
Apolónide, 535
Apolónide de Cícico, 57
Apolónide de Lidia, 197
Apolónides, 105
Apolonio (ministro), 155, 168, 170-173, 223, 262, 263, 266, 285-287, 336, 337, 344, 349, 352, 367, 409, 429, 535, 536, 575
Apolonio de Citio, 30
Apolonio el Eidógrafo, 558
Apolonio de Perga, 30, 397, 400, 447, 553
Apolonio de Rodas, 45, 439, 441, 553, 555
Apuleyo, 408, 410, 411, 420-423
Apulia, 571
Aqueo, 11, 134, 144, 541, 556, 583, 585
Aqueronte, 56
Aquiles, 39, 47, 149
Arabia, 263, 285, 287, 288, 298, 299, 423, 424, 446, 573, 606
Arabia Feliz, 288
Aracosia, 567, 585
Arados, 202, 351
Arato, VIII, 31, 138, 254, 257, 259, 317, 402, 433, 521, 526, 531, 553-557, 567, 579, 580, 582, 585, 587
Arato de Sición, 258, 316, 518, 521
Arato de Soles, 29, 439
Arcadia, 251, 258, 310, 580, 586
Arcesilao, 41
Arcesilao de Pitane, 376
Areo I de Esparta, 315, 550, 552, 572-574
Aretusa, 83
Argéadas, 79
Argeades, 550
Argólida, 562
Argos, 6, 16, 105, 124, 217, 258, 310, 317, 319, 528, 572, 579, 580-582, 590, 592, 608
Ariárates, 23, 29, 34, 64, 563, 605, 607
Ariárates II, 578
Ariárates III, 554
Ariárates IV, 556, 595
Ariárates V, 64, 559, 605, 606
Ariobarzanes, 554
Arios, 585
Aristarco de Samos, 394-396, 400, 447, 553, 559
Aristeas, 441
Arístilo, 42, 396

Arístipe, 574
Arístipo de Argos, 230
Aristóbulo, 33, 50, 51, 262
Aristodemo, 115
Aristodícida de Aso, 23
Aristófanes, 45, 119, 228, 335, 432, 440, 442, 524, 557
Aristoloco, 209
Aristómaco de Argos, 217, 230, 581
Aristón, 380
Aristón de Soles, 20
Aristónico, 31, 231, 312
Aristónico de Pérgamo, 230
Aristóteles, 28, 42-44, 156, 236, 237, 328, 377-379, 382, 383, 385, 387, 388, 395, 396, 398-401, 403, 526, 549
Aristótimo de Elis, 230
Aristóxeno de Tarento, 377
Arquídamo, 316
Arquíloco, 309
Arquímedes, 30, 127-129, 263, 281, 396, 397, 400, 401, 403, 447, 554, 557
Arriano, 48, 418, 520, 521, 523, 525, 603
Arrideo, 563
Arsaces, 14, 577, 585
Arsaces I, 554
Arsaces II, 557, 560, 585
Arsaces V, 559 (v. *Mitridates I*)
Arsácidas, 560
Arsínoe, 409, 535, 570
Arsínoe II, 56, 59, 63, 78, 166, 170, 573, 574
Arsínoe Filadelfo, 59, 66
Artabarzanes de Atropatena, 584
Artafernes, 145
Artemidoro, 441, 516, 519
Artemisa, 46, 56, 70, 200, 213, 425, 438, 544
Artemisa Leucofriene, 220, 258, 438
Arthaśastra de Kautilya, 37
Ascalón, 606
Asclepio, 55, 82, 404, 410, 411, 419
Asclepio Sóter, 55, 440
Asclepios, 330
Ashod, 606
Asia, VIII, 5, 6, 8, 9, 28, 57, 79, 81, 82, 104, 106, 107, 111, 115-117, 119, 122, 133, 134, 143, 150, 157, 163, 175, 265, 275, 292, 339, 351, 352, 356, 408, 409, 410, 550, 551, 557, 559, 562, 564-566, 569, 572, 576, 583, 585, 587, 589, 592, 593, 595, 597, 601, 603, 604
Asia Menor, 254, 265, 270, 275, 277, 332, 339, 362, 424, 434, 438, 527, 533, 534, 543, 551-553, 556, 565, 568-570, 572, 575, 578, 583-585, 588, 594, 595, 600
Asoka, 105, 333, 533, 553, 577
Asso, 437
Astarté, 424
Astarté-Afrodita, 420
Astímedes, 131, 278, 279
Astipalea, 226
Asurbanipal, 14
Atálidas, 9, 34, 40, 41, 43, 44, 55, 59, 62-64, 71, 82, 156, 159, 174, 177, 199, 207, 208, 222, 265, 408, 522, 524, 532, 535, 541, 560, 570, 605
Atalo, 38, 65, 103, 140, 520, 587, 589, 590, 595
Atalo I, 3, 10, 14, 16, 19-21, 29, 30, 34, 36, 54-57, 103, 117, 134, 139, 203, 213, 220, 319, 402, 535, 555-557, 578, 583-585, 587, 592
Atalo II, 9, 11, 19, 21, 29, 33, 34, 55, 57, 63, 110, 146, 148, 222, 437, 559, 598, 605-607
Atalo III, 10, 158, 534
Atargatis, 424
Atena, 103
Atenas, VIII, 19-22, 29, 34, 40, 42, 44, 47, 52, 53, 57, 64, 68, 71, 72, 75, 76, 79, 114, 123-125, 134, 136, 137, 139, 142, 143, 145, 148, 158, 159, 172, 206-208, 211, 213, 214, 216-218, 220, 222-224, 226-228, 230, 231, 235, 236, 248, 249, 262, 290, 292, 293, 308, 309, 312, 313, 315, 326, 335, 342, 363, 364, 387, 396, 397, 402, 429, 431, 432, 434, 435, 437-439, 516, 518, 522, 528, 529, 531, 534, 541, 543, 549, 550, 551, 553, 555, 559, 562-568, 573, 574, 579, 587-589, 599, 608

Atenea, 43, 65, 77, 79, 82, 105, 408, 415, 532, 541, 578
Atenea de Pérgamo, 535
Atenea Lindia, 437
Atenea Niké, 435
Atenea Polias, 438
Atenea-Neith, 422, 425
Ateneo, 42, 184, 402, 433, 521, 523
Ateneo Bitón, 127
Atenodoro, 294
Ática, 214, 312, 340, 589
Atis, 407, 412
Atistódamo de Megalópolis, 230
Atlántico, 395, 446
Augusto, VII, VIII, 42, 159, 233, 279, 438, 515
Aulo-Gelio, 44
Ausculum, 530, 552, 571
Autoleón, 19
Autolico de Pitane, 400
Axos, 254

Baal Shamin, 350
Babilonia, VIII, X, 7, 29, 45, 77, 80, 129, 157, 175, 176, 199, 229, 262, 263, 328, 340, 345, 418, 441, 445, 544, 552, 562, 564-567, 576, 585
Bacón, 251
Bactres, 49, 585
Bactriana, 75, 78, 129, 199, 333, 358, 439, 533, 534, 540, 549, 555, 562, 576, 577, 585, 603, 604
Bagdad, 438
Bahrein, 585
Balcanes, 114, 116
Báquides, 355
Baquílides, 4, 28
Bargilia, 589
Bar Kochba, 358
Bársine, 564
Basa, 185
Begram, 281, 283, 544
Beirut, 235, 337
Bel, 176
Benevento, 553, 571
Ben Sirah, 348
Beocia, 42, 130, 211, 225, 262, 429, 569, 579, 580, 590
Berenice, 9, 10, 56, 58, 61, 67, 135, 200, 521, 536, 554, 570, 575, 576
Berenice I, 56
Berenice II, 78
Berenice de Cirendica, 232
Beroe, 569
Beroia, 197
Beroso, 29, 44, 328, 332, 441, 552
Bes, 420
Betanah, 171, 344
Bión de Boristene, 38
Bitinia, 215, 534, 551, 552, 554, 555, 558-560, 569, 572, 578, 584, 599, 607
Bitón, 30
Bizancio, 78, 82, 112, 117, 135, 143, 156, 215, 218, 276, 279, 295, 296, 335, 519, 522, 542, 556, 565, 569, 570, 575, 584
Boeto, 432, 554
Boetos, 63
Bolos de Mendes, 405, 558
Borsipa, 157
Bósforo, 19, 131, 295, 379, 398
Bosra, 221
Brenos, 552, 570
Briaxis, 80, 418, 550
Bubastis, 420
Buhen, 126, 330
Bulágoras, 221-223, 227
Bura, 254
Busiris, 422

Cafias, 586
Caico, 117, 134, 555, 578, 584
Calamos, 28
Calatis, 295, 297
Calcedonia, 82, 254, 335, 542
Calcidio, 376
Calcis, 142, 211, 387, 423, 567, 569, 573, 579, 590, 591, 593
Calias de Siracusa, 516
Calicadno, 143
Calímaco, 45, 68, 335, 429, 439, 448, 524, 537, 553
Calínico, 6

Calipo, 400
Calístenes, 49, 531
Calixeno de Rodas, 24, 163, 521
Cambises, 330
Camiro, 275
Cánope, 18, 56, 61, 67, 184, 331, 332, 419, 420, 447, 533
Capadocia, 101, 110, 162, 549, 554, 556, 559, 563, 564, 566, 568, 572, 578, 599, 605, 607
Caria, 117, 131, 278, 534, 572, 578, 589, 595, 601
Caristo, 541
Carmania, 585
Carnéades, 29, 34
Caronte de Naucratis, 66
Cartago, 77, 83, 107, 109, 143, 198, 279, 294, 517, 551, 560, 570, 571, 589, 592, 593, 605, 609
Casandria, 112, 115, 310
Casandro, 5, 21, 23, 105, 198, 203, 204, 207, 208, 224, 230, 250, 310, 517, 549, 550, 564-568
Caspio (mar), 37, 418, 527, 551, 576, 577
Catulo, 56, 448
Cáucaso, 604
Cauno, 278, 601
Caurio, 127
Celesiria, 8, 10, 134, 138, 342, 345, 346, 349, 556, 557, 568, 575
Celso, 403
Ceos, 249, 335
Cerauno, 6
Cerbero, 418
Cércidas, 36, 315, 391
Cércidas de Megalópolis, 308
César, 44, 516, 609
Cibeles, 332, 407, 412, 422
Cicerón, 381, 383, 386, 387, 609
Cícico, 21, 57, 542
Cicladas, 115, 251, 277, 573, 579
Cilicia, 10, 517, 575, 576, 592, 606
Cineas, 31, 34, 38, 133, 183, 602
Cineta, 215, 310
Cinoscéfalos, 15, 76, 79, 102, 103, 120, 162, 204, 530, 540, 543, 558, 589, 590, 598
Cinto, 235, 290, 420, 544
Cíos, 198, 215, 254, 542
Cirenaica, 10, 198, 424, 563, 573, 604
Cirene, 11, 50, 77, 78, 82, 84, 115, 184, 205, 206, 210, 212, 224, 228, 333, 335, 338, 364, 365, 403, 423, 532, 534, 542, 550, 563, 571, 604
Cirenea, 254
Ciro, 5, 12, 248
Claineas, 36
Clarke, 379
Claros, 438
Claudio, 233, 234, 527
Cleantes, 383, 413, 555
Cleanto, 29
Clemente de Alejandría, 418
Cleómenes, 198, 251, 315, 317, 319, 521, 526, 527, 580, 582, 583, 588
Cleómenes II, 572
Cleómenes III, 83, 313, 316, 555, 556, 581, 582
Cleómenes de Esparta, 17, 29, 31, 36, 40, 110, 148, 521
Cleómenes de Naucratis, 69, 172
Cleón, 208, 209, 216
Cleones, 317
Cleónimo, 572
Cleopatra, 10, 16, 44, 63, 78, 228, 267, 333, 356, 523
Cleopatra I, 601
Cleopatra II, 11, 59, 184, 212, 537, 559, 602, 604
Cleopatra III, 184, 288, 537, 604
Clinias, 579
Cloe, 432
Cnido, 33, 275
Cnosos, 135, 215, 228, 586
Colina de las Musas, 534
Colofón, 197, 199, 434, 566
Colona, 47
Comanos, 183, 602
Cómodo, 281
Conon, 396, 447
Constantinopla, 125

Copais (lago), 262
Copérnico, 396
Corcira, 10, 569, 581, 586, 589
Coré, 425
Corinto, 48, 77, 102, 106, 133, 138, 201, 204, 206, 249, 250, 258, 294, 309, 311, 317, 334, 519, 541, 543, 560, 567-569, 572, 573, 579, 580, 609
Corinto (golfo de), 587, 590
Cornelio Nepote, 521
Corupedion, 542, 551, 569
Cos, 33, 64, 123, 124, 228, 258, 311, 334, 439, 534, 543, 574
Cotis, 327
Cranón, 562
Crantor, 40, 376
Craso, P. Licinio, 598
Cratero, 125, 137, 531, 561-563, 579
Crates, 376, 390, 392
Crates de Malos, 45, 559
Cremónides, 207, 524, 553, 574, 579
Creta, 62, 106, 215, 218, 229, 254, 310, 424, 519, 588, 606, 608
Crimea, 262, 439
Crisipo, 383, 385, 386, 555
Critolao, 34, 257, 608, 609
Crotona, 106
Ctesibio, 397, 404, 435
Ctesifonte, 438

Champollion, 447
Chandragupta, 37, 551, 567, 568, 576
China, 328
Chipre, 4, 11, 64, 67, 77, 82, 118, 134, 160, 184, 188, 209, 275, 424, 534, 537, 550, 566-568, 592, 602, 604
Chnub, 63
Chnum, 187

Dafitis, 38
Dafne, 18, 24, 70, 80, 117, 163, 176, 284, 576, 603
Dafnis, 432
Damasco, 177
Dandamis, 28
Daniel, 442, 558
Dardanelos, 379
Dardania, 587
Darío, 33, 50, 106, 122, 174, 201, 248, 249, 333, 433
Deir-el-Bahari, 330
Deir-el-Medineh, 270
Delfos, 17, 19, 21, 22, 55, 64, 68, 81, 102, 130, 205, 219, 220, 254, 281, 333, 334, 350, 410, 424, 438, 527, 531-534, 544, 552, 570, 573, 579, 581, 586, 594, 597
Delos, 17, 19, 20, 22, 30, 34, 68, 102, 104, 131, 156, 166, 177, 223, 232, 234, 235, 248, 251, 275, 276, 278, 279, 281, 284, 289-291, 293, 294, 312, 318, 319, 335, 337, 344, 420, 432, 435, 436, 438, 532-534, 542-545, 550, 556, 557, 566, 574, 579, 586, 599, 601
Deméter, 52, 409
Demetriada, 52
Demetrias, 198, 541, 569, 573, 579, 590, 591, 593
Demetrio, 5, 29, 34, 51-53, 84, 104, 106, 127, 128, 139, 198, 250, 251, 276, 299, 532, 551, 566, 568, 569, 585-587, 596, 601, 602, 605, 606
Demetrio I, 10, 23, 162, 222, 354, 355, 356, 542, 559, 603, 605
Demetrio II, 55, 356, 357, 555, 559, 580, 581, 606
Demetrio de Bactriana, 26
Demetrio Catebata, 52
Demetrio de Falero, VIII, 29, 31, 42, 44, 158, 207, 208, 217, 224, 230, 231, 345, 364, 380, 529, 549, 550, 565, 567
Demetrio de Faros, 7, 31, 581-587
Demetrio Poliorcetes, 7, 9, 10, 16, 17, 22, 27, 29, 31, 51, 52, 55, 57, 68, 78, 79, 103-105, 115, 116, 127, 129, 138, 198, 203, 210, 218, 223, 250, 254, 310, 342, 409, 429, 520, 524, 550, 551, 566, 567, 581
Demetrio el Topógrafo, 436
Democedes, 33
Demócrito, 28, 379, 388, 389
Demodamante, 37, 577
Demóstenes, 48, 49, 72, 130, 321, 563

Denderah, 60, 68, 270, 330, 539, 544
Derveni, 433
Dicearco, 30, 115, 377, 378, 588
Dicearquía, 280
Dictinis, 425
Dídima, 438
Didimeon de Mileto, 434
Dieo, 609
Dikaiosine, 422
Dime, 186, 215, 254, 311, 579
Dinón, 18
Diocleciano, 438
Diocles de Magnesia, 385
Diodoro, 30, 32, 58, 116, 408, 410, 423, 424, 436, 441, 516, 517, 520, 521, 523-527, 529-531, 534, 537, 560, 562, 564, 566, 568, 570, 571, 601, 602, 605
Diodoto, 555
Diodoto I, 540, 577
Diodoto II, 540, 577, 585
Diógenes de Babilonia, 34
Diógenes el Cínico, 38, 40, 327, 328, 390, 391
Diógenes Laercio, 29, 30, 37, 381, 383-387, 389-391, 401, 525
Diógenes de Sínope, 390
Dión Crisóstomo, 390, 391, 419
Dionisidoro, 36
Dionisio de Halicarnaso, 530
Dionisio de Heraclea, 29, 37, 39, 46
Dionisio de Siracusa, 143
Dionisio Petosarapis, 183, 187, 188
Dioniso, 47, 56, 64, 65, 407-412, 414-417, 419, 421, 423, 424
Dioniso de Atenas, 64
Dioscórides, 33
Diotógenes, 69
Díscolo, 157
Dobrudja, 296
Dodona, 103, 532, 534
Dolopia, 130
Dorímaco, 311
Drangiana, 585
Drimako, 312
Dura, 198
Dura-Europos, 113, 126, 197, 199, 365, 583
Duris de Samos, 47, 52, 516

Ecbatana, 25, 199, 585
Edfú, 4, 45, 60, 68, 185, 270, 539, 544
Edipo, 5, 12, 47, 421
Éfeso, 21, 42, 44, 78, 80, 82, 199-201, 226, 228, 276, 340, 434, 438, 522, 533, 543, 568, 576, 592, 595
Éforo, 517, 518, 528, 531
Egeo (mar), 114, 119, 141, 150, 221, 254, 264, 424, 554, 566, 567, 574, 580, 588, 593
Egina, 10, 203, 213, 216, 587, 589
Egion, 251, 254, 258, 567, 579, 582
Egipto, X, XI, 4, 6-11, 14, 19, 20, 23, 25, 26, 28, 29, 38, 44-46, 50, 54, 58-61, 63, 65-79, 84, 102, 104, 107, 109, 111-114, 116-119, 129-131, 134, 135, 137, 150, 155-161, 163, 165, 166, 168, 171-174, 176, 183-188, 196, 197, 199, 200, 206, 210, 212, 213, 227, 228, 235, 262-267, 269-271, 275, 276, 279, 280, 282-286, 288, 289, 292, 294, 325, 327-329, 331-333, 335, 336, 338, 341-344, 346, 348, 350, 351, 356, 358, 363-366, 368-370, 402, 403, 405, 409-411, 416-418, 421, 422, 424, 428, 429, 434, 436, 439, 441, 442, 446, 447, 516, 517, 522, 533-537, 542-544, 549, 551, 556, 557, 559, 562-567, 570, 574-576, 583, 584, 588, 595, 601, 602, 604
Egira, 127, 258
Egóstenes, 213
Ein Geddi, 358
Eirene, 67
Elam, 62
Eleazar, 105, 345, 351
Elefantina, 58, 63, 333, 439
Eleusis, 183, 602
Elimaida, 353, 595, 604
Elis, 574, 587, 593
Emilio Regilo, 162
Empédocles, 381
Eneas el Táctico, 101, 126, 127

Enesidemo, 382
Enoanda, 390
Eolia, 568, 584, 594
Eólida, 211, 575
Epaminondas, 249
Epicteta, 41
Epicuro, 381, 387-390, 447, 550
Epidamne, 581
Epidauro, 250, 419, 568, 580
Epigenes, 17, 31
Epiro, 104, 122, 157, 552, 553, 567, 569-571, 580, 581, 588, 590, 598, 599
Epitadeo, 313
Equino, 16
Erasístrato, 335, 399, 554
Eratóstenes, 32, 45, 287, 328, 335, 378, 395, 397, 398, 447, 524, 527, 529, 554, 577
Ereso, 21, 211
Eretria, 541
Eritrea, 175
Escarfea, 609
Escepsis, 51, 204
Escerdilaida, 581, 586
Escipión, 14, 36, 82, 414, 557, 558, 592
Escipión, Lucio Cornelio, 593-595
Escipión, P. Cornelio, 593
Escipión el Africano, 159
Escipión el Asiático, L., 162
Escipión Emiliano, 517
Escipiones, 24, 150, 531, 605
Escitópolis, 111, 346
Escopas el Etolio, 148, 269, 311, 588
Esfero de Boristene, 38, 40, 316
Esmirna, 42, 82, 113, 199, 219, 222, 543, 576, 592, 594
Esna, 539
Esnah, 330
España, 354, 517
Esparta, VIII, 82, 115, 123, 124, 143, 148, 157, 216-218, 236, 249, 251, 254, 255, 258, 312-320, 350, 363, 414, 519, 521, 528, 531, 534, 550, 552, 554, 555, 557, 558, 572, 580-583, 587, 588, 592, 596, 608, 609
Espartoco, 19
Espasinu Carax, 196
Esquilo, 28
Estados Unidos, 268, 309
Estagira, 42
Estilpón, 29, 31
Estobeo, 377, 381
Estrabón, 50, 233, 367, 397, 398, 401, 409, 417, 434, 441, 515, 517, 519, 524, 525, 527, 544, 577, 603
Estratio, 33
Estratón de Lámpsaco, 377, 379, 398, 551
Estratónice de Caria, 20, 32, 56, 197, 203, 219, 278
Estratonicea, 601
Etiopía, VIII, 516, 517
Etolia, 102, 542
Eubea, 541, 573
Eubúlides, 557
Euclidas, 316
Euclides, 401, 447, 551
Eucrátides, 84, 540, 603, 604
Eudemo de Rodas, 340, 377
Eudoxio de Cícico, 288, 396
Eudoxo, 400
Eufanto de Olinto, 29
Éufrates (río), 113, 126, 129, 135, 184, 197, 365, 576, 583, 604
Euforión, 44
Euleo, 31, 601, 602
Eumenes, 38, 56, 58, 64, 103, 108, 115, 130, 144, 217, 516, 521, 530, 541, 549, 564, 565, 573, 592, 601
Eumenes I de Pérgamo, 78, 102, 521, 541, 553, 555, 575
Eumenes II de Pérgamo, 3, 7, 9, 18, 19, 21-23, 30, 33, 34, 55, 57, 68, 142, 145-147, 176, 319, 320, 535, 558, 559, 592, 594-600, 606
Eumenes de Bitinia, 578
Eumenes de Cardia, 30, 57, 65, 101, 103, 106, 109, 111, 112, 122, 129, 137, 517, 520, 531, 550, 562, 563
Eumenes Oreos, 541
Eupátor, 604
Eurídice, 570

Eurípides, 28, 46, 56, 339, 415, 432, 524
Europa, 5, 142, 261, 408, 561, 566, 591-594
Eutidemo, 15, 585
Eutidemo I, 603
Eutidemo de Bactriana, 11, 18, 540
Evágoras, 12, 27
Evémero, 425
Evergetes, 554
Evergetes I, 133, 172, 184, 207, 366 (v., también, *Ptolomeo III Evergetes; Ptolomeo Evergetes I*)
Evergetes II, 10, 11, 45, 135, 170, 183, 184, 186, 203, 206, 212, 218, 288, 346, 364, 367, 403, 534, 537, 559, 604 (v., también, *Ptolomeo VIII Evergetes; Ptolomeo Evergetes II*)

Fakus, 77
Farai de Acaya, 215, 582
Farnaces I del Ponto, 78, 558, 597, 599, 600
Faros (isla de), 281
Fayún, El, 114, 155, 170, 186, 263, 266, 269, 286, 332, 411, 535, 536
Fedra de Esfeto, 20
Fénice, 557
Fenicia, 8, 21, 77, 283, 342, 344, 346, 347, 349, 542, 566, 573
Fidias, 396, 429, 435
Figalia, 199
Filadelfia, 170, 171, 197, 200, 263, 409, 429, 536
Filadelfia del Fayún, 336
Filarco, 17, 105, 148, 161, 217, 313, 317, 433, 517, 518, 521, 526, 527, 531, 553, 572, 582
Filé, 63, 186, 330, 422
Filetas de Cos, 28
Filetero, 20, 21, 30, 78, 82, 199, 541, 551, 553, 569, 572, 573
Filino de Cos, 554
Filípedes, 20
Filipo (hijo de Perseo), 607
Filipo (regente), 6, 7, 47, 51, 250, 310, 352, 567, 581, 605
Filipo II, 4, 5, 9, 79, 108, 148, 150, 249, 309
Filipo III, 549
Filipo IV, 551, 568
Filipo V de Macedonia, 3, 9, 14-16, 18, 21, 23, 26, 27, 31, 34, 35, 76, 78, 102, 104, 110, 115, 116, 122-127, 130, 133, 135-141, 143, 144, 147, 148, 150, 162, 163, 177, 198, 199, 202-206, 214, 215, 222, 251, 257, 319, 354, 408, 438, 526, 530, 531, 540, 541, 543, 555-558, 561, 583, 585-593, 595-597, 601, 609
Filipo de Acarnania, 33
Filipo Arrideo, 561, 562, 565
Filipo de Oponte, 396
Filisto, 28
Filocles, 34, 334, 344
Filocoro, 529, 544
Filocres, 251
Filométor, 134, 183, 184, 186, 203, 356, 403 (v., también, *Ptolomeo VI Filométor*)
Filométores, 63
Filón, 143, 233, 234, 335, 425
Filón de Bizancio, 31, 127, 379, 404, 435
Filónides de Tebas, 29
Filopátor, 346 (v., también, *Ptolomeo IV Filopátor; Ptolomeo VII Filopátor*)
Filopemen, 136, 150, 255, 259, 320, 557, 558, 587, 593, 596, 609
Filotera, 200
Filoxeno de Eretria, 433
Filoxenos, 28
Flaminino, 13, 34, 36, 76, 79, 83, 111, 122, 127, 136-139, 143-145, 147, 149, 150, 162, 163, 204, 318, 319, 541, 558, 589-592
Flavio Josefo, 39, 233, 234, 521, 531, 603
Fliunte, 317, 581
Focea, 217
Fócida, 581, 594
Focio, 342, 516, 524
Foción, 216, 565
Francia, 12, 268, 309
Frigia, 110, 117, 568, 572
Frigia Helespóntica, 566, 578

Galacia, 600
Galeno, 42, 43, 45, 377, 381, 394, 397-403, 447
Galia, 141, 517
Galileo, 447
Gandara, 567
Ganges, 37, 603
Garizim, 351
Gaza, 103, 104, 107, 133, 200, 216, 342, 550, 566, 588
Gedrosia, 339, 567
Gentio, 140, 598
Gerra, 585
Ghandara, 448
Gibraltar, 379
Gitio, 13, 124
Gition, 319
Glabrio, Manio Acilio, 593
Gnosis, 550
Gorgan, 418
Gorgias, 381
Gorgilo, 15
Gortina, 218
Gran Frigia, 578
Grecia, VIII, XI, 16, 17, 19, 21, 36, 43, 76, 104-109, 114, 117, 120, 122, 132, 133, 137, 138, 141, 143, 146, 147, 157, 161, 162, 171, 183-187, 189, 195, 198, 203, 204, 214, 222, 225, 229, 232, 252, 253, 261-264, 266, 275, 277, 292, 309, 317, 325, 326, 339, 362, 409, 410, 429, 431, 515, 517, 527, 531, 534, 540, 544, 549, 552, 554, 557, 558, 562, 563, 565-571, 573, 574, 579, 581, 582, 585-593, 595, 596, 598, 599, 604, 607-609
Gurob, 576

Hadra, 284
Haliarte, 261
Halicarnaso, 112, 172, 275, 286
Halis, 9, 142, 143, 594
Hapu, 330
Harder, 423
Harmachis, 185, 557
Harpalo, 28, 107, 562
Harpócrates, 419, 422, 423
Hatshepsut, 330
Hécate, 420, 425
Hecateo de Abdera, 29, 328, 342, 343, 441, 519, 551
Hecateo de Mileto, 232
Hecatombeon, 582
Hecatompilos, 14
Héctor, 47
Hegatoclea, 32
Hegel, IX
Helánico de Lesbos, 529
Helectrione, 348
Helesponto, 134, 226, 424, 542, 576, 592, 593, 595
Heliodoro, 293, 349, 601
Hera, 415, 425
Hera de Argos, 529
Hera Basilea, 57, 63
Heraclea, 277, 552, 600
Heraclea del Latmos, 31, 54, 104
Heraclea del Oeta, 608
Heraclea del Siris, 527, 571
Heracleides, 235
Heracles, 40, 46, 47, 65, 76-78, 83, 236, 293, 340, 341, 391, 408
Heráclides de Bizancio, 36
Heráclides Crítico, 558
Heráclides del Ponto, 400
Heráclides de Tarento, 31
Herculano, 387
Hércules, 37, 64, 415
Hermes, 20, 26, 64, 340, 341
Hermes Trismegisto, 404
Hermias, 17, 31, 32, 583, 584
Hermíone, 522, 581
Hermópolis, 428, 535
Herodes, 63, 347
Heródoto, 37, 66, 232, 382, 387, 398, 408, 409, 421-423, 518, 531
Herófilo, 335, 398-400, 551
Herondas, 440, 553, 554
Herón de Alejandría, 127, 379, 401, 404, 435
Hesíodo, 42, 439
Hestia, 63, 425
Hicarnia, 527, 577, 585

Hicernia, 555
Hierón de Egira, 258
Hierón de Siracusa, 3, 4, 24, 39, 184, 276
Hierón II de Siracusa, 30, 77, 403, 553
Higía, 82
Hindukush, 540
Hipaco, 395
Hípalo, 288
Hipanis, 603
Hiparco, 394, 396, 397, 399, 400, 402, 404, 447, 524, 527, 559
Hipérides, 48, 49, 414, 562, 563
Hipias de Elis, 528
Hipócrates, 30
Hipódamo de Mileto, 224, 437
Hipólito, San, 377
Hircania, 418
Hircano, 347
Hirtio, 599
Hispania, 597, 598, 605
Histiea, 278, 541
Homero, 339, 390, 401, 433, 439
Hondius, 534
Horacio, 390, 523
Horus, 411, 421-423

Iadus, 342
Ibis, 420
Idumea, 575
Ifícrates, 327
Ifigenia, 56
Ikaros, 334
Ilión, 54, 533, 588
Iliria, 106, 555, 557, 581, 586, 587, 589, 598
Immotep-Asclepio, 404, 420
India, 18, 37, 75, 79, 84, 129, 174, 177, 196, 232, 282, 285, 287, 288, 416, 424, 447, 527, 551, 553, 562, 578, 585, 603, 604
Indo, 288, 446
Inglaterra, 68
Ío, 46
Íos, 423
Ipsos, 534, 551, 568
Irán, 524, 534, 576, 577, 584, 585, 604
Isidoro de Carante, 603
Isis, 63, 331, 332, 407, 410, 411, 414, 417, 419, 421-425, 544
Isócrates, 4, 24, 26, 522
Israel, 342, 345, 349, 352
Istria, 41, 215, 295-298, 542
Italia, 31, 129, 265, 275, 286, 294, 312, 424, 447, 527, 551, 552, 571, 586, 593
Itanos, 62, 229, 310
Itea, 598
Itomo, 587

Jafa, 606
Jaffa, 351
Jámblico, 332
Janto, 278, 438
Jantos de Lidia, 398
Jasón, VII, 12, 350, 432
Jasón de Cirene, 30, 337, 348, 441
Jasón de Feres, 326
Jenócrates, 376, 387
Jenófanes, 381, 382, 398
Jenofontes, 5, 269, 522
Jerjes, 7
Jerjes de Armenia, 585
Jerjes de Armosate, 174
Jerónimo, San, 129
Jerónimo de Cardia, 30, 515-517, 520, 521, 526, 530, 531, 550, 564, 565, 572
Jerusalén, 81, 157, 161, 174, 175, 213, 222, 223, 284, 339, 342, 343, 349, 350-352, 354-356, 559, 605
Jonatán, 355-357, 605, 606
Jonia, 568, 569, 575, 579, 584, 594
Jordania, 157
José (judío), 39, 165, 346, 348, 349
Josefo, 605, 606
Juan Hircano, 12, 348, 349
Judas Macabeo, 348, 349, 352-355, 358, 603, 605
Judea, 25, 30, 176, 344, 346-348, 355-357, 559
Juliano el Apóstata, 390, 391
Justiniano, 27, 159
Justino, 515, 517, 521, 527, 529, 534, 540, 568, 570, 571, 576-578, 585, 603, 606

Kafiai, 317
Kalabche, 331
Kandahar, 577
Kant, 378
Karnak, 4, 14, 68, 270, 330, 544, 555
Kerkeosiris, 263
Khorezm, 577
Kibotos, 281
Kime, 423
Kíos, 423
Kisia, 106
Kom-es-Chugafa, 428
Kom Ombo, 270, 539, 544
Kuweit, 334

Lacares, 551
Lacedemonia, 160, 321
Laconia, 124, 317, 580, 608
Lade, 589
Lágidas, 25, 32, 43, 55, 57, 62-64, 102, 115, 132, 157, 165, 168, 175, 176, 203, 207, 263, 276, 285, 417, 447, 525, 537, 539, 602, 605
Lagos, 8
Lamia, 562
Lámpsaco, 592
Lanasa, 10, 569
Laocoonte, 433
Laódice, 11, 22, 59, 67, 78, 135, 175, 176, 210, 554, 575, 576
Laodicea, 198
Laodicea de Fenicia, 293
Larisa, 199, 205, 225, 591
Laurion, 172, 269, 312
Lébedos, 199
Leibniz, 378, 379
Lemnos, 599
Leneo, 601, 602
Leningrado, 447
Leonato, 562
León el Isáurico, 279
Leónidas, 316, 580
Leónidas II, 314
Leónidas de Tarento, 440, 552
Leonorio, 117
Leontópolis, 358
Leóstenes, 48, 51, 107, 562, 563
Leto, 289, 425
Leucade, 590
Leuctra, 122
Leuctras, 249, 313
Líbano, 15, 130, 150, 347
Libia, 82, 410, 573
Licaonia, 110, 564
Licia, 131, 278, 537, 566, 595, 600
Licisco, 36
Licón, 38
Licópolis, 19, 185
Licorta, 34, 602
Licurgo, 314-316, 582
Lida, 356
Lidia, 117, 569, 578
Liguria, 598
Lilibeo, 552, 571
Lille, 536
Lindo, 275, 557
Lindos, 119, 437, 530
Lisandro, 47, 314
Lisias, 226, 352-354, 605
Lisímaco, 5, 20, 21, 29, 54, 75, 77-79, 199, 203, 211, 217, 218, 223, 517, 541, 542, 550, 551, 562, 564, 566-570
Lisimaquia, 56, 134, 254, 552, 570
Lisipo, 433
Lito, 135, 215, 586
Livia, 435
Livio Andrónico, 555
Lócrida, 590
Londres, 399
Loquias, 282
Luciano, 390, 410
Lucio, 421
Lucrecio, 381, 387, 389, 390, 407, 447
Luna, 425
Lutario, 117

Maat, 26
Macabeos, 358
Macedonia, 7, 9, 14, 22, 36, 40, 43, 47, 58, 59, 76, 79, 102, 104, 106, 111, 112, 115-117, 130, 132, 134, 141, 143, 148, 150, 162, 163, 177, 206, 207, 222, 230,

249, 255, 293, 310, 317, 321, 354, 438, 445, 522, 523, 527, 532, 534, 542, 543, 551-553, 555-560, 562, 563, 565, 568-574, 579, 580, 583, 586-588, 590, 591, 594, 596-601, 603, 607, 609
Magas, 573, 575
Magna Grecia, 106, 571
Magnesia, 104, 113, 143, 146, 199, 213, 220, 595, 603
Magnesia del Meandro, 218, 220, 228, 254, 258, 334, 437, 438, 533
Magnesia del Sipilo, 558, 594
Maia, 293, 425
Málida, 594
Mamroth, 540
Manetón, 29, 44
Manetón, 328, 441, 447
Manio Curio Dentato, 571
Mantinea, 105, 122, 148, 261, 317, 433, 557, 580, 582, 587
Márato, 202, 203
Maratón, 103, 326
Marcelo, 127, 129, 149, 150, 557, 593
Marco Aurelio, 386, 447
Mareia, 280
Mareotis, 280, 281
Mariette, 416, 417
Marisa, 337
Maronea, 84, 135, 596
Marruecos, 517
Masada, 25, 105, 125, 347
Masinisa, 19
Matatías, 351, 352, 355
Maurya Asoka, 37, 332
Máximo, Quinto Fabio, 311
Meandro (río), 213, 278, 595
Medea, 432, 433, 441
Media, 110, 112, 129, 130, 156, 355, 565-567, 583, 585
Medinet Habu, 14
Medinet-Madi, 332, 423
Mediterráneo (mar), 83, 177, 287, 380, 398, 577
Megalópolis, 17, 121, 198, 204, 213, 216, 217, 258, 317, 437, 517, 527, 558, 565, 574, 579, 580, 582, 608
Megara, 123, 254, 580
Megástenes, 37, 551
Meleagro de Gadara, 440, 552
Memmio, Q., 353
Memnón de Heraclea, 117, 201, 575
Ménades, 432
Menandro, 109, 157, 308, 336, 431, 442, 443, 447, 524, 538, 549, 551, 603
Meneceo, 387
Menecles de Barca, 184, 403
Menedemo de Eretria, 28
Menelao, 350, 353
Menfis, 19, 23, 26, 50, 61, 62, 101, 155-157, 183, 185-187, 232, 284, 330-333, 411, 416-418, 420, 423, 445, 538, 592, 601, 602
Ménipo, 141, 142
Menódoto, 382
Menón, 377
Mercurio, 293
Meroe, 397, 446
Merv, 197, 577
Mesembria, 295, 297
Mesenia, 123, 132, 199, 313, 587, 593, 596
Mesina, 552, 571
Mesopotamia, 15, 157, 177, 565
Metapa, 105
Metelo, Q. Cecilio, 607, 609
Metón, 396, 528
Metrodoro de Anfípolis, 32
Micale (cabo), 248
Milasa, 601
Milcíades, 103
Mileto, 21, 104, 143, 146, 200, 210, 217, 223, 264, 277, 295, 340, 437, 522, 533, 543, 550, 572, 600
Minion, 593
Mionesa, 593
Mirina, 431
Misia, 117, 199
Mitilene, 216
Mitrídates, 294, 559
Mitrídates I (alias Arsaces V), 551, 559, 572, 604
Mitrídates II, 554, 578

Mitrídates IV, 78, 276, 540
Mitrídates Eupátor, 63
Mitrídates del Ponto, 5, 607
Mnasilocos, 143
Mnesímaco, 174, 175
Mnevis, 185, 188
Modein, 351
Moisés, 12, 343
Molière, 443
Molón, 15, 31, 102, 134, 136, 556, 583-585
Mosco, 432, 436
Muerto (mar), 298, 520
Mumio, 106, 609
Munich, 432
Muniquia, 213, 562, 565, 573, 574, 581
Mustafa Pacha, 283
Mykonos, 291

Nabatena, 567
Nabis, 231, 318-321, 526, 557, 558, 588, 590, 592, 593, 596
Nabis de Esparta, 3, 83, 230
Nahr-el-Kelb, 15
Nanaia, 337, 424
Napoleón, 122
Naucratis, 23, 76, 156, 203, 338, 364, 367
Naupacto, 556, 586
Naxos, 311
Neantes de Cícico, 30
Nearco, 527
Neftis, 421
Negro (mar), 82, 104, 215, 221, 275, 276, 279, 293, 296, 362, 380, 398, 534, 542, 562, 566, 572
Neleo, 42, 43
Neoptólemo, 563
Nesiotas, 344
Newton, 379
Nicanor, 354, 355, 564
Nicátor, 6
Nicea, 34, 147, 590
Nicéforo, 6
Nicias, 269
Nicocles, 24, 26, 579
Nicófanes de Megalópolis, 36
Nicolás de Damasco, 517
Nicómaco, 42
Nicomedes, 559, 572, 578, 607
Nicomedes I de Bitinia, 552, 554, 575
Nicomedes IV de Bitinia, 10, 117
Nicomedia, 554, 575
Nilo, 126, 171, 280, 327
Nike, 79
Nilo (río), 286, 287
Nimfodoro de Siracusa, 235
Nimrud-Dagn, 59
Nínive, 515
Nisa (reina), 64
Nora, 520, 564
Nubia, VIII, 331
Numa, 529
Nysa, 423

Ocos, 577
Octavio, 599
Odeso, 295, 542
Ofelas, 198, 550, 571
Olbia, 20, 112, 226, 283, 295, 297, 298
Olimpia, 17, 21, 22, 32, 47, 68, 102, 103, 205, 334, 420, 434, 436, 531, 532, 534, 544, 549, 565
Olinto, 437
Onesícrito, 28, 328, 527
Onías, 346, 349, 350, 358
Onías III, 358
Onías IV, 358
Opis, 71
Orcómeno de Arcadia, 105, 258, 317, 608
Orestes, 39
Orofernes, 162, 605
Orontes (río), 133
Oropos, 123, 124, 562, 608
Orus, 61
Osireion de Abidos, 330
Osiris, 56, 409, 411, 415-417, 419, 421-424
Osiris-Mnevis, 420
Osorapis, 420
Osoromnevis, 420
Oxirrinco, 308, 332, 423, 535
Oxus (río), 195, 522, 549, 577

Paflagonia, 572
Palermo, 416
Palestina, 58, 125, 158, 160, 164, 165, 171, 197, 200, 333, 337, 342, 344, 348, 358, 446, 575
Palmira, VIII, 196, 221
Pan, 56
Panamara, 278
Panecio, 279, 383, 529
Panfilia, 134, 572, 575, 576, 592
Panion, 557, 588
Panjonio, 248
Panópolis, 186
Pansa, 599
Parion, 542
París, 538
Parmenion, 420
Paros, 530, 553, 568
Partenos de Fidias, 541
Partiena, 358, 527, 554, 555, 577
Pataliputra, 37, 603
Pathyris, 114, 538
Patiris, 367
Patras, 254, 579
Patroclo, 39, 551, 577
Paulo Emilio, 14, 18, 24, 43, 55, 102, 104, 136, 150, 162, 163, 253, 559, 598, 599, 603
Pausanias, 30, 402, 430, 433, 436, 520, 524, 526, 534, 544, 571, 572, 608
Pednelisa, 144
Pedro el Grande, 447
Pélope, 5, 12, 47, 56, 415, 421
Peloponeso, 105, 110, 115, 133, 138, 143, 216, 217, 248, 254, 258, 313, 316, 317, 333, 521, 528, 553, 555, 565, 567, 572, 574, 580-582, 586, 587
Pelusa, 27, 173
Pella, 40, 43, 102, 439, 550, 559
Pellene, 580
Penélope, 19, 421
Penteo, 415, 440
Peonio, 199
Pérdicas, 6, 7, 8, 101, 105, 106, 134, 137, 523, 549, 561-563
Perea, 277, 278, 590
Pérgamo, 25, 33, 38, 41, 43-45, 55, 57, 63, 68, 75, 82, 114, 177, 199, 207-209, 213, 221, 228, 294, 295, 312, 319, 325, 335, 340, 402, 431, 433, 435-439, 446, 447, 522, 532, 534, 535, 541-543, 551, 553, 556, 557-559, 572, 573, 575, 578, 583, 584, 587, 589, 591, 593, 595, 597, 599-601, 605-607
Pericles, 28, 101, 147, 159, 231, 259
Perrebia, 311
Perseo, 16, 18, 29, 36, 38, 40, 43, 55, 102, 104, 116, 130, 136, 140, 146, 150, 162, 163, 177, 217, 253, 311, 354, 526, 542, 558, 559, 580, 596-601, 603
Persépolis, 25
Persia, VIII, 4, 50, 77, 161, 177, 263, 326, 327, 424, 434, 605
Pérsico (golfo), 196, 395, 527
Persida, 523, 604
Perusa, 602
Pesinunte, 20
Petepamentis, 63
Petosiris, 428
Petra, VIII, 221, 298, 347, 438, 447, 544, 567
Peukestas, 417
Phitom, 15, 16, 161
Pidna, 14, 43, 102, 117, 146, 162, 530, 543, 559, 598-600, 602, 603, 607
Pilades, 39
Píndaro, 4, 28, 46, 56
Pireo, 123, 207, 213, 275, 409, 437, 541, 573, 574, 579, 581, 589
Pirro, 10, 12, 15-17, 26, 30, 34, 38, 75, 103, 106, 129, 133, 217, 520, 526, 530, 532, 534, 551-553, 569, 571, 573, 574
Pirrón, 381, 383
Pirrón de Elis, 28, 549
Pisidia, 144
Pisístrato, 43-45
Pitágoras, 529
Piteas, 30
Pithom, 332, 524
Pitocles, 387
Pitón, 37, 134, 566
Platea, 17

Platón, 28, 46, 343, 376, 377, 381, 388, 389, 395, 398-400, 402, 403, 409, 412, 424, 432, 524
Plauto, 443, 446
Pleurato, 140, 592
Plinio el Viejo, 404, 430, 433, 524, 527
Plutarco, 28, 48, 376, 377, 381, 387, 402, 403, 408, 412, 418, 422, 425, 433, 520-523, 526, 527, 529-531, 534, 564, 568, 569, 571, 572, 579, 582, 599
Plutón, 418, 419
Polemón, 376, 531, 558
Poliarato, 18
Polibio, 4, 34, 57, 102, 104, 122, 134, 142, 380, 397, 402, 414, 433, 440, 448, 515-519, 521-524, 526-531, 535, 541, 543, 557, 560, 568, 579, 582, 584-589, 591, 592, 596, 597, 599, 602-609
Polícrates, 14
Policrato de Samos, 43
Polieno, 521, 523, 530
Polieucto, 579
Poliperconte, 105, 121, 204-206, 213, 216, 310, 531, 549, 564-568
Politros, 340
Pompeya, 430, 432, 433, 435, 436, 438
Ponto, 75, 78, 199, 295, 296, 540, 551, 554, 559, 560, 572, 584
Ponto Euxino, 275
Popilio Lenas, 351, 602
Poremanres, 409
Poseidón, 48, 52, 56, 79, 235, 282
Posidonio, 45, 279, 376, 383, 395, 398, 517
Preisigke, 55
Preneste, 432
Príamo, 149
Priene, 54, 104, 211, 218, 279, 340, 437, 533, 543, 600
Pritanis, 213
Proclo, 376
Prometeo, 46
Propóntide, 542
Protágoras, 381
Protógenes de Olbia, 20, 221, 298
Prusias, 143, 148, 198, 556, 587, 588, 600
Prusias I, 131, 198, 555, 557, 558, 584, 599
Prusias II, 14, 34, 558, 597, 607
Prusias del Mar, 198
Psamético I, 330, 417
Psamético II, 330
Pseudo-Filipo, 560, 607
Ptah, 75
Ptia, 580
Ptiótida, 594
Ptolemaida, 197, 199, 200, 203, 284, 285, 339, 341, 356, 357, 364, 367, 431
Ptolemaion, 64
Ptolomeo, 4, 5, 7, 8, 16, 21, 24, 29, 30, 43, 50, 51, 54, 63, 64, 71, 77, 106, 137, 157, 159, 203, 211, 278, 317, 326, 333, 344, 364, 366, 371, 394, 397, 400, 405, 447, 520, 521, 524, 549, 550, 551, 562-564, 566-569, 601
Ptolomeo I Sóter, 9, 20-22, 27, 29, 31, 53, 56, 58, 101, 103, 104, 107, 127, 128, 205, 206, 216, 223, 224, 226, 228, 251, 342, 343, 403, 417, 517, 523, 532, 569, 570, 573 (v., también, *Ptolomeo Sóter; Sóter*)
Ptolomeo II Filadelfo, 3, 9, 10, 20, 21, 24, 28, 29, 31, 34, 43, 55, 56, 58, 59, 62, 66, 74, 75, 78, 82, 155, 156, 159, 170, 171, 173, 183, 200, 203, 217, 223, 251, 262, 263, 281-285, 287, 311, 330, 337, 344, 345, 364, 379, 383, 402, 409, 416, 417, 431, 524, 536, 537, 551, 553, 554, 570, 572-575, 578, 579
Ptolomeo III Evergetes, 9, 20, 39, 60, 61, 79, 82, 110, 132, 161, 222, 223, 226, 252, 317, 346, 366, 419, 420, 554, 555, 575, 576, 580, 583 (v., también, *Evergetes I; Ptolomeo Evergetes I*)
Ptolomeo IV Filopátor, 14, 15, 26, 28, 30-32, 34, 38, 40, 42, 58, 59, 107, 116, 119, 126, 134, 138, 141, 145, 161, 185, 209, 220, 234, 312, 345, 416, 419, 521, 556, 583, 584, 587, 588 (v., también, *Filopátor*)
Ptolomeo V Epifanes, 14, 19, 20, 22, 24, 31, 61, 67, 185, 557, 588, 589, 592, 601

Ptolomeo VI Filométor, IX, 11, 24, 31, 34, 59, 146, 356, 358, 537, 542, 558, 559, 601, 602, 604
Ptolomeo VII Filopátor, 604
Ptolomeo VIII Evergetes, 59, 537, 559, 602, 604 (v., también, *Evergetes II; Ptolomeo Evergetes II*)
Ptolomeo XII, 10, 33
Ptolomeo Alejandro I, 219
Ptolomeo Alejandro II, 10
Ptolomeo Auletes, 10, 30
Ptolomeo Cerauno, 552, 570, 571
Ptolomeo el Joven, 10, 11, 34, 534
Ptolomeo de Megalópolis, 30, 67, 584
Ptolomeo Sóter, 30, 38, 44, 58, 59, 76, 77, 156, 232, 287, 364, 569 (v., también, *Ptolomeo I; Sóter*)
Ptolomeos, 7, 27, 41, 43, 46, 60, 65, 66, 73-78, 82, 84, 112, 115, 118, 119, 121, 126, 133, 134, 150, 156, 159, 160, 164, 169, 172, 173, 185, 199, 200, 206, 251, 280, 282, 287, 331, 347, 370, 408, 417, 418, 434, 442, 521, 523, 524, 544, 560, 575, 602
Ptolomeo Epifanes, 183, 186
Ptolomeo Evergetes, 72, 521, 530
Ptolomeo Evergetes I, 7, 17, 18, 20, 56, 129, 135 (v., también, *Ptolomeo III Evergetes*)
Ptolomeo Evergetes II, 30, 74, 158 (v., también, *Ptolomeo VIII Evergetes*)
Publio, 414
Puzoles, 280

Queronea, 122, 195, 249, 579
Quersoneso, 133, 226, 234
Quersoneso de Siria, 569
Quersoneso de Táuride, 229
Quinto Curcio, 520
Quíos, 14, 21, 103, 165, 201, 211, 254, 263, 312, 553, 587, 589
Qumran, 442

Ra, 50, 51
Racotis, 197, 419
Rafael, 349
Rafia, 8, 14-16, 32, 34, 108, 112, 113, 116, 122, 141, 161, 185, 336, 345, 526, 556, 584
Ramata, 356
Ramsés II, 416, 417
Regilio, 82
Rhenea, 291
Rodas, 16-18, 20-22, 24, 36, 44, 75, 77, 104, 115, 119, 127, 128, 131, 139, 145, 146, 150, 156, 175, 199, 200, 203, 215, 217, 218, 223, 235, 252, 262, 264, 269, 275-279, 287, 290, 296, 312, 319, 333, 335, 348, 402, 433, 434, 439, 519, 522, 534, 542, 543, 551, 555-557, 562, 567, 584, 587-595, 597, 598, 600, 601, 607, 608
Rojo (mar), 37, 169, 200, 286-288, 424, 516
Roma, VIII, X, 10, 18, 23, 29, 31, 33-37, 40, 43, 68, 82, 83, 102, 104, 106, 130, 131, 134, 136, 137, 139-147, 162, 163, 184, 196, 204, 205, 211, 217, 251, 252, 257, 258, 263, 265, 276, 278, 279, 285, 286, 290, 294, 311, 312, 319, 321, 335, 337, 353-355, 358, 380, 385, 390, 407, 414, 424, 432, 535, 438, 446, 447, 517-519, 522, 423, 526, 529, 531, 535, 552, 553, 555-559, 570, 571, 581, 583, 586-588, 590-609
Rómulo, 12
Rosetta, 23, 61, 62, 447, 533, 592
Roxana, 550, 561, 563, 565, 566
Roxana de Bactriana, 328
Rude, 447
Rufo de Éfeso, 394
Rumeli Hissar, 125
Rusia, VIII, 296, 309

Safo, 382
Sais, 422
Saitafarnes, 112
Salamina de Chipre, 79, 128, 231, 326, 550, 567, 581
Salmoneo, 12
Salomón, 558
Salustio, 534

Samaria, 346, 356
Samos, 47, 114, 168, 211, 216, 221-223, 227, 271, 387, 562, 564, 572, 589, 600
Samotracia, 68, 226, 435, 570
San Juan de Acre, 197, 342
Saqqaram, 416
Sardes, 16, 145, 174, 176, 199-201, 438, 553, 573, 585
Sarpedón, 143
Selasia, 14, 122, 254, 317, 556, 583
Selene, 422
Seleucia, VIII, 209
Seleucia de Euleo, 337, 339
Seleucia del Mar, 606
Seleucia de Pieria, 55, 126, 197, 198, 209, 584
Seleucia del Orontes, 161
Seleucia del Tigris, 198, 199, 223, 232, 265, 534, 576
Seléucidas, X, 8, 15, 17, 21, 25, 30, 37, 47, 55, 59, 61, 62, 66, 67, 69, 71, 75, 76, 79-81, 83, 112, 113, 115, 118, 130, 133, 134, 141, 156, 157, 163, 165, 174, 175-177, 197, 200, 207, 209, 230, 232, 263, 276, 278, 287, 325, 333, 342, 355, 356, 358, 408, 521, 523, 525, 528, 535, 541, 542, 557, 559, 560, 562, 570, 573, 575-577, 585, 600, 601, 605
Seleucio I, 550
Seleucio II, 554
Seleucis, 572
Seleuco, 5, 8, 9, 67, 217, 517, 550, 562, 564-569, 573
Seleuco I, 10, 21, 29, 37, 44, 79, 129, 176,
197, 198, 232, 523, 541, 551, 576
Seleuco II, 11, 199, 219, 222, 334, 554, 555, 576-578, 583
Seleuco III, 11, 175, 541, 556, 578
Seleuco IV, 10, 11, 21, 23, 209, 217, 293, 349, 350, 354, 357, 523, 558, 595, 597, 601, 605
Seleuco Nicátor, 54
Selge, 144
Sémele, 46, 415
Séneca, 386, 447
Serapis, 63, 337, 404, 407, 410, 411, 414, 416-420, 425, 544
Seres, 603
Sestos, 340
Seth, 421, 422
Setis, 63
Sexto Empírico, 381-383, 405
Shami, 62
Sicilia, 105, 106, 130, 131, 294, 312, 333, 439, 518, 550, 552, 570, 571, 593
Sición, 19, 52, 55, 198, 214, 254, 554, 567, 579
Sicione, 531
Side, 593
Sidón, 34, 251, 334, 344, 551
Simón, 81, 349, 357
Simplicio, 378, 379, 399
Sínope, 276, 418, 599, 600
Siracusa, 22, 28, 77, 83, 102, 105, 128, 129, 149, 231, 550, 557, 587, 593
Siria, VIII, 31, 32, 34, 77, 111, 122, 126, 133, 135, 157, 160, 173, 176, 184, 200, 209, 211, 287, 289, 337, 338, 342-344, 347, 356, 410, 431, 517, 521, 524, 527, 534, 536, 537, 550, 553, 554, 556, 557, 559, 564, 566-568, 572, 573, 575, 576, 583-585, 588, 595, 601, 602, 606
Sitia, 605
Siut, 73
Sócrates, 377, 381, 390, 414
Sofagaseno, 161, 585
Sófocles, 28, 339
Solón, 308, 309, 315, 363, 364, 582
Sorano, 394
Sosibio, 584
Sosígeno, 399
Sosilio, 31
Sosístrato, 231
Sosos, 436
Sóstenes, 552
Sostrato de Cnido, 34, 281
Sóter, 65, 567 (v., también, *Ptolomeo I Sóter; Ptolomeo Sóter*)
Sóter II, 288 (v., también, *Ptolomeo Sóter*)
Split, 438

Stabias, 436
Sudines, 555
Suez (golfo de), 288
Sunion, 581
Susa, 61, 110, 229, 262, 279, 337, 339, 424, 534, 540, 565
Susiana, 339, 540, 567

Tácito, 418
Tachos, 77
Tanagra, 271, 284
Tanit, 83
Tántalo, 46
Tarento, 12, 119, 571, 572
Tasos, 214
Tauro, 9, 142, 143, 594
Taxila, 437
Tebaida, 157, 186, 187, 288, 367, 557
Tebas, 17, 21, 105, 131, 156, 157, 160, 199, 250, 369, 535, 538, 567, 609
Tebas de Ptiótida, 125, 149, 261, 586
Tebtunis, 155, 266, 537, 538
Tegea, 201, 314, 317, 582
Teleste, 28
Telmese, 595
Telmeso, 21, 203, 278, 600
Temis, 425
Temístocles, 125
Temnos, 199
Tenaro (cabo), 107, 562
Teócrito, 7, 56, 68, 431, 432, 440, 441, 448, 521, 553, 573
Teodoro, 67
Teodoro de Cirene, 29
Teodoto el Etolio, 119, 126
Teofrasto, 29, 41-43, 290, 377-379, 381, 549, 551, 565
Teognis, 309
Teopompo, 130
Teos, 57, 63, 64, 340
Teos-Lebedos, 133
Tera, 41, 63, 223, 592
Terencio, 443, 446
Termo, 102, 105, 148, 587, 609
Termópilas, 558, 609
Tesalia, 122, 225, 311, 553, 562, 569, 571, 581, 587-590, 593, 607
Tesalónica (hermanastra de Alejandro), 423, 565, 571
Tesenephi, 267
Teseo, 5
Tesibio, 379
Tespias, 20, 42, 63, 311, 312
Teuta, 555, 581, 586
Thaibis, 367
Tíber, 599
Tiberíades, 111
Tiberio, 515
Tibrón, 563
Tigris, 196, 583
Timágenes, 516
Timarco de Mileto, 355
Timeo, 425, 518, 528, 531, 570
Timeo de Tauromenio, 516, 550
Timócaris, 42, 396
Timómaco, 433
Timón, 42, 235, 381, 382
Timón de Fliunte, 383
Tinos, 228
Tira, 295
Tirídates, 560
Tiro, 200, 235, 293, 337, 566, 609
Tirteo, 101
Tisafernes, 431
Tito, 541
Tito Livio, 76, 121, 448, 519, 522, 526, 534, 543, 587, 589, 590, 591, 596, 598, 599, 602, 603
Toas, 143
Tobías, 172, 337, 334, 346, 536
Tomi, 215, 295-297
Toth, 26, 61, 420, 423
Tracia, 116, 117, 134, 135, 226, 263, 537, 562, 566, 569, 570, 576, 584, 587
Trajano, 213, 299, 364
Tralles, 56
Transjordania, 344, 347
Trasimeno (lago), 141, 556, 586
Trezene, 580
Trifón, 32
Triparadisos, 549, 564
Trípoli de Fenicia, 354, 605

Tritea, 215
Tróade, 51
Trogo Pompeyo, 515, 516, 521, 524
Troya, 516, 528, 529
Tucídides, 121, 134, 135, 448, 518, 525, 528, 531
Tuditano, 162
Tukh-el-Qarmus, 284
Tylis, 570
Tyrrheum, 534

Ulises, 5, 12, 19, 421
Uruk, 61, 62, 210, 223
Uruk-Warka, 210

Vaison, 515
Valerio de Antium, 591
Valerio Levino, M., 587
Vaticano, 349, 436
Virgilio, 390, 448
Vitruvio, 397, 435, 438, 544
Volo, 541, 569, 573
Vulso, Cn. Manlio, 594

Xenócrates, 28, 40
Xenón, 308

Yaliso, 275
Ysis, 410

Zama, 557, 589
Zenódoto, 45, 551
Zenón, 29, 38, 40, 170, 184, 187, 226, 285, 329, 336, 337, 383, 429, 535, 538, 539
Zenón de Rodas, 121, 518, 531
Zeus, 48, 50, 55, 56, 58, 65, 76, 77, 79, 83, 103, 351, 408, 410, 413, 415, 418-420, 434, 535
Zeus de Baoticece, 176
Zeus de Cleante, 411
Zeus de Dodona, 17
Zeus de Olimpia, 84, 350, 434
Zeus de Pérgamo, 532
Zeus Hypsistos, 235
Zeus Sóter, 55
Zielas de Bitinia, 554, 578
Zipetes, 5, 117, 551, 572